La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Noviembre 12 de 1859. Núm. 26.

LA SEMANA.

SANTIAGO, NOVIEMBRE 12 DE 1859.

A nuestros lectores.

Deseamos ser consecuentes i continuar usando con vosotros, benévolos lectores, de la misma sinceridad que empleamos al iniciar esta publicacion. Os expusimos entónces nuestras esperanzas i propósitos, i es justo que os digamos ahora lo que ha sido de tales propósitos i de esperanzas tales. Aquellos, como recordaréis, se referían al objeto de nuestra revista, i estas se fundaban en la proteccion i fomento que ella debia esperar del público. Si los primeros eran altos i ambiciosos, no por eso han quedado defraudados; i como las segundas eran humildes sobre manera, tampoco han podido ser abatidas por los escollos i contrariedades que han hallado a su paso. Para realizar los unos, hemos encontrado el poderoso apoyo de una colaboracion intelijente, variada i numerosa; i para perseverar en las otras, hemos pedido a nuestro espíritu el aliento inspirado siempre por un trabajo que se estima provechoso i fecundo.

Porque no creemos, como no falta por desgracia quien crea, que los esfuerzos de la intelijencia son inútiles i estériles, cuando ejercita su actividad fuera de ciertas esferas de aplicacion inmediata i sin ponerse al servicio de interes mas o ménos parciales i esclusivos. Por el contrario, vivimos convencidos de que la accion de la intelijencia debe ser universal; porque no es solo saludable, sino tambien necesaria al progreso i felicidad sociales. Ella purifica los instintos de la materia, corrije las torcidas inclinaciones del egoismo, abre al corazon la puerta de los buenos sentimientos i aún de las grandes virtudes, ampara al desvalido, consuela al desgraciado, proporciona ocios amenos a los favoritos de la fortuna, destierra la pereza del sibarita i alimenta la dignidad del hombre laborioso. Su cultivo será siempre una fuente inagotable de gratas ocupaciones i honestos pasatiempos, un auxiliar imprescindible de la moral de un pueblo, i el elemento mas poderoso de sus progresos materiales. Pensar, sentir i obrar, tales son las tres condiciones de nuestro ser, los tres anillos de la humanidad, que enlazados forman una cadena difícil de romperse, i desprendidos se ajitan sin fruto e introducen perturbacion i anarquía en la sociedad.

Fuertes con esta conviccion i alentados por ella, hemos seguido sin desviarnos nuestro camino, llevando en paciencia las injustas recriminaciones de unos, el mal pensado desden de otros i la indiferencia de no pocos, i agradeciendo a nuestros lectores la buena acojida que hicieron i el favor que continuan dispensado a *La Semana*. Si algo sentimos, es que ellos no sean tan numerosos como son escojidos, i de consiguiente no nos permitan introducir desde luego aumentos i mejoras capitales en nuestra publicacion.

No desesperamos, sin embargo, de ver realizadas estas mejoras ántes de mucho tiempo. La honrosa proteccion que la Universidad principia a dar a nuestra revista, el apoyo decidido con que cuenta en el *Círculo de Amigos de las Letras* i el nuevo espíritu de ilustracion i estudio que va propagándose en nuestra sociedad, son las mejores prendas del incremento i prosperidad de *La Semana*. A decir verdad, el presente no la lisonjea gran cosa, pero en cambio el porvenir le hace las promesas mas seductoras. Sin fiar mucho en su palabra ni formarnos engañosas ilusiones, continuamos nuestra tarea i dejamos abierto con el presente número el segundo tomo de *La Semana*.

Al terminar, nos complacemos en poder consignar, al frente de este segundo tomo, nuestros agradecimientos i a pasionada admiracion por los interesantes trabajos que han atesorado en las columnas de *La Semana* sus distinguidos colaboradores. En su mejor parte, esta publicacion es obra de sus esfuerzos. Así

es que no tememos que de ella renieguen i la abandonen sin piedad. Antes bien, esperamos que seguirán amparando su naciente vida, hasta asegurarle una existencia estable, que venga a poner a salvo el honor literario de nuestra capital.

Los Redactores.

D. José Joaquin Olmedo.

POESIAS.

Es costumbre jeneral ilustrar la biografía i la edicion de las obras de un escritor eminente con su respectivo retrato. Conformándome a ese uso, voi a principiar mi trabajo sobre don José Joaquin Olmedo por la copia de una pintura de su persona i de su carácter que ha trazado él mismo en un romance dirijido a su hermana Magdalena, el cual es un juguete que tiene cierta gracia i soltura, aunque peca por difuso.

¡Cuán duro es retratarse,
I mas cuando uno es feo!
Por tí hago el sacrificio.
Lo mandas: te obedezco.
El pintor soi yo mismo:
Venga, venga un espejo
Que fielmente me diga
Mis gracias i defectos.
Ya está aquí, no tan mal:
Yo me juzgué mas feo,
I que al verme soltara
Los pinceles de miedo.
Pues ya no desconfío
De darte algun contento,
I mas cuando me quieres
I yo me lo merezco.
Imajínate hermana
Un jóven, cuyo cuerpo
Tiene de alto dos varas,
Si les quitas un dedo.
Mi cabello no és rubio,
Pero tampoco es negro,
Ni como cerda liso,
N como pasa crespo.
La frente es espaciosa
Como hombre de provecho;
Ni estirada, arrugada,
Ni adusta mucho ménos.
Las cejas bien pobladas
I algo oscuro su pelo,
I debajo unos ojos,
Que es lo mejor que tengo:
Ni mui grandes, ni chicos,
Ni azules, ni mui negros,
Ni alegres, ni dormidos,
Ni vivos, ni mui muertos.
Son grandes las narices,
I a mucho honor lo tengo,
Pues narigones siempre
Los hombres grandes fueron:
El célebre Virjilio,
El inmortal Homero,
El amoroso Ovidio,
Mi amigo i mi maestro.
La boca no es pequeña,
Ni mui grande en estremo:
El lábio no es delgado,
Ni pálido, o de fuego.
Los dientes son mui blancos,
Cabales i parejos,
I de todo me rio
Para que puedan verlos.
La barba es algo aguda,
Pero con poco pelo:
Me alegro, que eso ménos
Tendré de caballero.
Sobre todo, el conjunto
Algo tosco lo creo:
El color no es mui blanco,
Pero tampoco es prieto.
Menudas, pero muchas
Cacarañitas tengo,
Pues que nunca faltaron
Sus estrellas al cielo.
Mas por todo mi rostro
Vaga un aire modesto,
Cual trasparente velo,
Que encubre mis defectos.

Hermana, esta es mi cara:
¿Qué tal? ¿te ha dado miedo?
Pues aguarda, que paso
A pintarte mi cuerpo.
No es largo, ni encojido,
Ni gordo mi pescuezo;
Tengo algo anchos los hombros,
I no mui alto el pecho;
Yo no soi corcobado,
Mas tampoco mui tieso;
Aire de petimetre
Ni tengo ni lo quiero.
La pierna no es delgada,
El muslo no mui grueso,
I el pié que Dios me ha dado
Ni es grande ni es pequeño.
El vestido que gasto
Debe siempre ser negro,
Que, ausente de tí, solo
De luto vestir debo.
Una banda celeste
Me cruza por el pecho,
Que suele ser insignia
De honor en mi colejio.

Ya miras como en todo
Disto de los estremos;
Pues lo mismo, lo mismo
Es el alma que tengo.
En vicios, en virtudes,
Pasiones i talentos,
En todo ¡vida mia!
En todo guardo un medio;
Solo, solo en amarte
Me voi hasta el estremo.
Mi trato i mis modales
Van a par con mi jénio,
Blandos, dulces, sin arte,
Lo mismo que mis versos.

Este es pues mi retrato,
El cual queda perfecto,
Si una corona en torno
De su frente ponemos,
De rosas enlazadas
Al mirto i laurel tierno,
Que el Amor i las Musas
Alegres me ciñeron.
I siéntame a la orilla
De un plácido arroyuelo
A la sombra de un árbol,
Floridos campos viendo;
I en un rincon del cuadro
Tirados en el suelo
El sombrero, la banda,
Las borlas i el capelo.
Me pondrán en el hombro
Con mil lascivos juegos
La amorosa paloma
Que me ha ofrecido Vénus.
Junto a mí, pocos libros,
Mui pocos, pero buenos:
Virjilio, Horacio, Ovidio;

A Plutarco, al de Teyo,
A Richardson, a Pope,
I a tí ¡oh Valdes! ¡oh tierno
Amigo de las Musas,
Mi amor i mi embeleso.
I al pié de mi retrato,
Pondrán este letrero:
«Amó cuanto era amable,
Amó cuanto era bello.»

Ya que hemos visto lo que dice Olmedo de sí mismo, para completar el conocimiento de lo que le atañe, veamos lo que han dicho los demas.

El ilustrado editor de la *América Poética* ha encabezado las poesías de don José Joaquin Olmedo, a que dió cabida en la mencionada coleccion, con la siguiente noticia biográfica.

«El doctor don José Joaquin Olmedo nació en la ciudad de Guayaquil por los años de 1784, i recibió su educacion literaria en la capital del Perú. Fué diputado a las primeras cortes españolas, i perteneció al partido liberal que se formó en el seno de ellas. Evitando con fortuna las persecuciones de Fernando VII, regresó a las orillas de su querido Guayas, donde permaneció hasta que fué nombrado miembro del congreso constituyente del Perú en 1822.

«Cuando el libertador Bolívar puso al servicio de la libertad peruana su jenio i las lanzas de Colombia, nombró a los señores Olmedo i Paredes en calidad de ajentes diplomáticos cerca de algunas cortes europeas, reemplazando en este carácter al señor don Juan García del Rio. El doctor Olmedo residió en Lóndres hasta el año de 1828, en cuya época regresó a Guayaquil.

«Disuelta la república de Colombia, ocupó el señor Olmedo el puesto de vice-presidente del estado del Ecuador, cargo que renunció mui pronto, aceptando la prefectura del departamento de Guayaquil, cuyas funciones le permitian acercarse a su casa paterna i a su familia.

«La alta posicion social en que han colocado al doctor Olmedo sus servicios i sus talentos, no podia ménos que llevarle a la escena política en los últimos acontecimientos del Ecuador; en ellos ha sido miembro mui activo del gobierno provisorio que sucedió a la presidencia del jeneral Flores.

«El doctor Olmedo vive en Guayaquil, i pasa algunas estaciones del año en su hacienda de campo, la *Virjinia*. Allí, en el seno de esa naturaleza lujosa que él ha sabido pintar con tan eficaces colores, hallará el silencio amigo de las Musas; pero tambien allí ha de perseguirle «la gloria i el tormento de la existencia,» como él ha llamado a la *Fama*.»

El mismo erudito literato don Juan María Gutierrez, en otro artículo dedicado a las obras del vate de Guayaquil, e inserto en uno de los diarios de Valparaiso, suministra los siguientes datos que considero mui interesantes para dar a conocer los obstáculos que Olmedo tuvo que superar a fin de adquirir una educacion literaria.

«Se educó el señor Olmedo en Lima, dice, i estudió en la afamada universidad de San Marcos, tan antigua como Cárlos V; tan rica, que a principios del siglo diez i ocho hacía donativos a sus soberanos en cantidad de cincuenta mil pesos. Pero esta universidad que contaba trescientos cuarenta i cuatro doctores en su claustro en la época probable en que el señor Olmedo empezó a frecuentar las aulas, carecia de una cátedra de humanidades. De esta falta grave de que adolecian todas las universidades en América se lamenta el señor Olmedo en una carta escrita poco ántes de morir. «Ha provenido de esta falta, decia, que se hayan desvirtuado i evaporado en la sofística chácharа del foro, o en las sutilezas místicas de la teolojía, injenios sobresalientes que estaban destinados a brillar en la academia, en la tribuna i en el coro de las Musas.....Yo mismo, en mi predileccion por las letras humanas, que se ha tenido por una feliz disposicion a la poesía, yo mismo sabría alguna cosa de tan agradables estudios, i habria hecho algo de provecho, si desde el colejio hubiera encontrado maestros i enseñanza.....Para saber algo en aquel jénero, me he visto impelido, como por fuerza, a estudiar por mí mismo.....» Esas últimas palabras puede repetirlas todo americano español que haya seguido la carrera de las letras. ¡Quiera Dios que no vengan bien en adelante en la boca de los que han nacido en mejores tiempos i bajo influencias liberales!»

Sin embargo, a despecho de tantas dificultades, Olmedo logró adquirir con la constancia i el estudio una erudicion notable. «Es un individuo distinguido por las prendas mas amables del carácter, i por una vasta estension de conocimientos,» dice don José Joaquin de Mora que le trató, i que le ha dedicado una de sus producciones poéticas.

El poeta Olmedo murió en Guayaquil el 17 de febrero de 1847.

Los bienes poéticos que don José Joaquin Olmedo legó a la América son reducidos por el número, pero dignos de ser estimados por la calidad. Todas sus obras se limitan a nueve piezas orijinales i a cuatro traducidas. Hé aquí un inventario mas detallado de ellas.

PIEZAS ORIJINALES.

En la muerte de María Antonia de Borbon, princesa de Asturias.—Silva.—Lima. Mayo de 1807.

Mi retrato.—A mi hermana Magdalena.—Romance.—Lima, 1808.

A un amigo en el nacimiento de su primojénito.—Silva.—Lima, 1817.

La victoria de Junin.—Canto a Bolívar.—Silva.—1825.

Al jeneral Flores, vencedor en Miñarica.—Silva, 1835.

Alocucion pronunciada en el teatro de Guayaquil la noche de su apertura.—Silva.—20 de agosto de 1804.

En la muerte de mi hermana.—Soneto, 1842.

Para el album de la señorita Ortiz de Zevallos, insigne profesora de música, i de sus dos bellas primas.—Silva.—Lima, sin fecha.

Alfabeto para un niño.—Redondillas.—Sin fecha.

Inscripcion para el teatro de Lima.—Tres versos—id.

PIEZAS TRADUCIDAS,

Fragmento del Anti-Lucrecio.—Traduccion libre del libro IX, verso 771.—1816.

Ensayo sobre el hombre.—Traduccion de las tres primeras epístolas de la obra del poeta ingles Pope que lleva el mismo nombre. La primera de estas epistolas apareció en Lima el año de 1823, i las otras dos en Guayaquil el de 1840.

Traduccion de la Oda XIX *del libro I de* Horacio—Sin fecha.

Cancion indiana.—Traduccion de un pasaje de la Atala *de Chateaubriand.*

Este diminuto catálogo manifiesta que Olmedo practicaba a la letra el célebre precepto de Boileau.

Travaillez à loisir quelqu'ordre qui vous presse.

Nunca ha hecho mas de una composicion por año, i frecuentemente ha descansado varios años.

Pero si ha sido poeta poco fecundo, en cambio ha sido sumamente correcto i esmerado. Conócese por sus obras que prestó siempre el cuidado mas solícito a los menores detalles. Todo en él es pensado; todas sus producciones llevan el sello visible de la lima. Olmedo es lo que se llama un poeta verdaderamente clásico. Tiene mas habilidad que inspiracion; mas ciencia que pasion. Es gobernado, no por el arrebato poético, sino por el cálculo de los efectos què pueden producir ciertos procedimientos. Pone en ejercicio una táctica poética, como un jeneral emplea la estratejia. Arregla las figuras, las comparaciones, los pensamientos, segun un plan meditado con mucha detencion. Coloca aquí una apóstrofe, allá una máxima; por un lado una antítesis, por otro una esclamacion; prepara la venida de una reflexion profunda por medio de una descripcion amena i florida; toma la precaucion de colocar junto a los tintes oscuros, otros mas suaves para diversificar las impresiones; procura que las palabras tengan armonía imitativa, correspondiendo a los sonidos, movimientos i efectos que espresan; en una parte amontona las erres, destierra de otra las consonantes. Hace con sus ideas i con sus frases lo que hace un jeneral con sus cañones, sus caballos i sus hombres. Pero todo eso lo ejecuta con talento; sabe su arte con perfeccion; es un Sucre, un San-Martin, un Bolívar en la poesía.

El fuerte olor a aceite que exhala cada una de las composiciones de Olmedo esplica los largos intervalos que ha necesitado para enjendrar *esos hijos queridos del alma*, como llama Cienfuegos a los versos con tanto enojo del tremendo Hermosilla. Cada una de esas piezas ha costado una tarea tan pesada, que el poeta se ha visto obligado a tomar tiempo para robustecerse ántes de subir de nuevo a la trípode.

La poesía de Olmedo es erudita, académica. Los literatos la admirarán siempre; los individuos del profano vulgo no la aplaudirán mucho, ni ménos la aprenderán de memoria.

La circunstancia de ser el fruto del estudio, i no de la espontaneidad, hace que el tono de los versos de este autor sea altisonante, algo hueco. Toda composicion poética trae al espíritu la idea del instrumento que sería adecuado para acompañarla. Colocamos en la mano de los poetas, segun la naturaleza de sus injenios, un harpa, una zampoña, una lira, una flauta. Hai algunos cuyas obras no pueden leerse, sin que recordemos al punto las armonías de una orquesta. Por lo que toca a Olmedo, el instrumento adaptado a su canto es la trompa.

La mas antigua produccion del vate del Guayas es la silva que tiene por título: *En la muerte de María Antonia de Borbon, princesa de Asturias.*

Esta noble dama, primera esposa del infante de España, que fué mas tarde Fernando VII, murió de tisis en la península el 21 de mayo de 1806: pero la composicion de Olmedo, segun lo indica la fecha que lleva al pié, no vino a aparecer en Lima hasta mayo de 1807. La simple comparacion de esas dos fechas confirma lo espuesto acerca de la lentitud con que trabajaba nuestro autor.

El mérito clásico de esta pieza es tal, que ni Gallegos, ni Lista, ni Quintana la habrian considerado indigna de ocupar un lugar en la coleccion de sus respectivas poesías. Los conceptos i adornos de estilo de la silva mencionada tienen un colorido bíblico, que Olmedo no ha usado en sus otras producciones, pues preferia imitar a los poetas latinos, ántes que tomar por modelo a los libros sagrados.

El poeta principia por pintar con rasgos enérjicos la España agobiada bajo el peso de la santa cólera de Dios a causa de los pecados de sus hijos. El hambre, la peste i la guerra se han derramado por toda la estension del reino.

I aquella que llenó toda la tierra
Con hazañas tan dignas de memoria,
En sus débiles hombros ya ni puede
Sostener el cadáver de su gloria;
I la que un tiempo reina se decia
De uno i otro hemisferio,
I vió besar su planta, i pedir leyes
A los pueblos humildes i a los reyes,
Llora cual una esclava en cautiverio.

A fin de aplacar su justa ira, el Señor elije como víctima espiatoria a la princesa de Asturias. Llama al ánjel de la muerte, i le señala a la *digna primojenita de Iberia*: El ánjel se alza a la voz de Dios.

..... i reverente,
Velada de temor su faz gloriosa
Con las brillantes alas,
Le oye i ciñe la espada reluciente,
Del Ejipto a los hijos ominosa,
De su sangre aun teñida,
I vuela a obedecerle.....
Hiere i cae la víctima inocente,
Víctima de espiacion de sus pecados,
España delincuente;
I herida cae de aquella misma espada,
Con que una infiel nacion fué castigada;
Que al Todopoderoso
Es altamente odioso
Quizá mas que el infiel, su pueblo ingrato.

Antonia, el amor i la esperanza de la España, ofrece a Dios su sacrificio por la salvacion de su pueblo, i Dios la escucha. El poeta concluye apostrofando al a-lado ministro de la venganza celestial para que venga a anunciar a las naciones enemigas que la ira del Señor se ha serenado, i particularmente para que pronostique a los ingleses, que entonces se preparaban a invadir las colonias hispano-americanas, un seguro i completo escarmiento.

Como nota ilustrativa de estos versos, Olmedo coloca la que sigue: «Dos meses despues de escrita esta composicion, diez mil ingleses atacan a la ciudad de Buenos-Aires, i son vencidos por sus moradores i obligados a capitular.»

Esta poesía cortesana, en la cual se supone que la vida de una princesa intrigante vale a los ojos de Dios tanto como la prosperidad de un pueblo, no anuncia ciertamente al cantor de Junin, pero anuncia al cantor de Miñarica que habia de osar dirijirse a los Andes para que inclinasen sus encumbradas frentes ante uno de esos tantos caudillos americanos, azote i rémora del nuevo continente.

Despues del brillante estreno a que se han dirijido las reflexiones anteriores, trascurrieron diez años sin que Olmedo produjera otra cosa orijinal que el romance festivo de que se ha copiado una parte al principio de este artículo. Al cabo de ese

largo lapso de tiempo, que habria bastado a ingenios mas fecundos para producir volúmenes, interrumpiendo su prolongado silencio, dió a luz la silva *A un amigo en el nacimiento de su primojénito*, la cual no ha sido ménos aplaudida que la consagrada a la muerte de María Antonia de Borbon, aunque el colorido poético de una i otra sea mui diferente. La primera es una reminiscencia de la Biblia; la segunda imita las reflexiones metafísicas i morales de la poesía inglesa, a que era mui aficionado el autor, como lo manifiesta su traduccion de Pope. No pueden ciertamente negarse las bellezas esternas, diré así, de esta pieza; pero hai en lo sustancial de los conceptos una falta de delicadeza que ofende. Considerad que Olmedo se encuentra junto a la cuna de un niño, el hijo único de dos esposos que por diez años han estado pidiendo al cielo esa bendicion de su amor. El padre i la madre se hallan presentes, con el oído atento a la voz del poeta. Aguardan sin duda un horóscopo de felicidad. Pero Olmedo no sabe pronunciar mas que palabras lúgubres, no sabe espresar mas que presentimientos de desgracia.

¡Tanto bien es vivir, que presurosos
Deudos i amigos plácidos rodean
La cuna del que nace!
¡I en versos numerosos
Con felices pronósticos recrean
La ilusion paternal! Uno la frente
Besa del inocente,
I en ella lee su próspero destino;
Otro injenio divino,
Sed de saber i fama
I de amor patrio la celeste llama
Vé en sus ojos arder; i la ternura,
El candor i piedad otro divisa
En su graciosa i plácida sonrisa.
Pero ¿será feliz? o ¿serán tantas
Hermosas esperanzas, ilusiones?
Ilusiones, Risel. Ese agraciado
Niño, tu amor i tu embeleso ahora,
Hombre nace a miseria condenado.
Vanos títulos son para librarle
Su fortuna, su nombre.
Mas ¿qué hablo yo de nombre i de fortuna?
Si su misma virtud i sus talentos
Serán en estos malhadados dias
Un crímen sin perdon.....
. . . . . .
. . . . . Risel, cauto refrena
El vuelo de esperanza i alegría.
¡Oh cuántas veces una flor graciosa
Que al primer rayo matinal se abría,
I gloria del verjel la proclamaba

La turba de los hijos de la Aurora,
I algun tierno amador la destinaba
A morir perfumando el casto seno
De la mas bella i mas feliz pastora;
¡Oh cuántas veces mustia i desmayada
No llega a ver el sol! que de improviso
La abrasa el hielo, el viento la deshoja,
O quizá hollada por la planta impura
De una bestia feroz vé su hermosura!

Contemplando a aquel niño bajo el imperio de tanto desencanto, Olmedo manifiesta el deseo de que su nacimiento se hubiera diferido para otra época.

¡Oh si te fuera dado al seno oscuro,
Pero dulce i seguro,
De la nada tornar!... i de este hermoso
I vivífico sol, alma del mundo.
No volver a la luz, sino allá cuando
Ceñida en lauro de victoria, ostente
La dulce patria su radiosa frente:
I cuando el astro del saber termine
Su conocido jiro al occidente,
I el culto del arado i de las artes
Mas preciosas que el oro
Haga reflorecer en lustre eterno,
Candor, riqueza i nacional decoro;
I leyes de virtud i amor dictando,
En lazo federal las jentes todas
Adune la alma paz, i se amen todas.....
I ¡oh triunfo! derrocados
Caigan al hondo abismo
Error, odio civil i fanatismo.

Es cierto que despues de estos pronósticos de desgracia, de estas blasfemias contra la vida, el poeta encuentra acentos para estimular a su amigo Risel a que sepa a fuerza de talento i de virtud, no solo encaminar al bien la índole tierna de aquel niño, sino tambien purificar de algun modo el aire infesto que va a respirar; para dirijir palabras afectuosas i de consuelo a la pobre madre que despues de lo que habia oído debia hallarse trémula i aterrada; i para exhortar al recien nacido a que imite el ejemplo de sus virtuosos padres, i a que nada tema, teniendo presente

. . . . . que en cualquier estado
Vive el hombre de bien serenamente
A una i otra fortuna preparado.

Pero el golpe estaba ya dado; los funestos vaticinios de Olmedo debian haber herido en lo mas vivo del corazon a sus dos amigos; el tono mas calmado de la última parte de la silva no debió alcanzar a desvanecer la amargura de la primera. No pretendo seguramente que sea vedado llorar i mostrarse desengañado del mundo al lado de una cuna; pero creo que es intempestivo, poco delicado, cruel manifestar a un padre i a una madre que os piden una bendicion para su primero i único hijo el deseo de que ese niño que principia a vivir vuelva a la nada.

El canto a la *Victoria de Junin* deberia titularse mas bien, como lo ha observado el señor Bello, canto a la *Libertad del Perú*. La descripcion i celebracion de la victoria mencionada no forma mas que la primera parte de la pieza; pues la segunda está destinada a la de Ayacucho i sus consecuencias. La musa de Olmedo, armada de peto i de cristado morrion, se mezcla cual fiera amazona entre las filas de los guerreros patriotas que pelearon en Junin por la independencia de América,

I a combatir con ellos se adelanta,
Triunfa con ellos i sus triunfos canta.

Despues de habernos dado una descripcion de esta batalla, a la cual se supone presente, descripcion parecida a las que se leen en Homero, en Virjilio, en Ercilla, en todos los autores clásicos, el poeta hace que en la noche que sigue a esa pelea, se alce de improviso, a la vista de los vencedores, sobre las cúspides de los Andes iluminadas cual fulgentes faros, una sombra veneranda, de faz serena i de ademan augusto. Esa sombra es la del inca Huaina Cápac, que en un largo i poético discurso refiere a sus atónitos oyentes la victoria de Ayacucho, que el jeneral Sucre debia ganar cuatro meses mas tarde, i los resultados producidos por ese triunfo. Termina todo por un himno de victoria puesto en boca de las vírjenes del sol, i por la acostumbrada reprension de los poetas clásicos a su musa que ha osado revelar con débiles acentos los arcanos celestiales.

Los señores Mora i Bello han alabado el recurso

de que se valió Olmedo para unir las dos partes de su composicion.

«Solo un artificio injenioso, dice el primero de los literatos citados, en el *Correo literario i político de Londres*, podia formar el *simplex et unum* recomendado por Horacio, e indispensable en toda composicion artística. En efecto, cantar solo la accion de Junin, que fué la que Bolívar mandó en persona, hubiera parecido frio, cuando tan de cerca le siguió la de Ayacucho, que fué la que consolidó el triunfo de las armas americanas. Cantar solo la de Ayacucho, hubiera sido obligarse a oscurecer el héroe principal, que no estuvo presente al conflicto. La profecía del inca salva este inconveniente de un modo realmente épico, i conforme con el ejemplo de los grandes poetas de la antigüedad.»

«La materia del canto a la *Victoria, de Junin* dice el segundo en el *Reportorio americano*. presentaba un grave inconveniente, porque constando de dos grandes sucesos, era difícil reducirla a la unidad de sujeto, que exijen con mas o ménos rigor todas las producciones poéticas. El medio de que se valió el señor Olmedo para vencer esta dificultades injenioso. Todo pasa en Junin, todo está enlazado con esta primera funcion, todo forma en realidad parte de ella. Mediante la aparicion i profecía del inca Huaina Cápac, Ayacucho se trasporta a Junin, i las dos jornadas se eslabonan en una. Este plan se trazó a nuestro parecer con mucho juicio i tino. La batalla de Junin sola no era la libertad del Perú. La batalla de Ayacucho la aseguró; pero en ella no mandó personalmente el jeneral Bolívar. Ninguna de las dos por sí sola proporcionaba presentar dignamente la figura del héroe; en Junin no le hubiéramos visto todo; en Ayacucho le hubiéramos visto a demasiada distancia. Era pues indispensable acercar estos dos puntos e identificarlos, i el poeta ha sabido sacar de esta necesidad misma grandes bellezas, pues la parte mas espléndida i animada de su canto es incontestablemente la aparicion del inca.»

Aunque siento no aceptar la respetable opinion de dos críticos tan eminentes, me veo forzado a declarar que estoi mui distante de admirar tanto como ellos la aparicion del inca, evocada por el cantor de Bolívar. No puede negarse que el artificio empleado por Olmedo ha reunido en un solo cuadro las dos batallas de Junin i Ayacucho; pero esa unidad es solo aparente, ficticia. Recurriendo a un procedimiento análogo habrian podido ligarse la conquista i la independencia del nuevo mundo, por ejemplo. Así se eslabonan los sucesos mas inconexos, las épocas mas apartadas. Un arbitrio de esta clase lo salva todo. El *Nec Deus intersit* del sensato Horacio es una regla que debe aplicarse, no solo al desenlace, sino tambien a la trama de una fábula poética.

Fuera de esto, la aparicion del inca Huaina Cápac en el canto a Junin no es mas que una fantasmagoría ridícula que no puede haber conmovido al poeta, i que con mas fuerte razon no conmueve a los lectores. Una aparicion produce efecto cuando se refiere o se escucha con fé; pero no cuando es un recurso manifiesto de retórica, como sucede en el caso presente. El inca Huaina Cápac de Olmedo hace la misma impresion que los individuos disfrazados de ánjeles o demonios que aparecen en ciertas solemnidades relijiosas. A despecho de todos los ruidos que anuncian la vida del anciano monarca, a despecho de todo el aparato de luces que acompaña su presencia i de todos los atributos históricos i adornos de nieblas i de estrellas que le decoran, le recibimos frios i bastante fastidiados, como si fuera una de las pasiones o abstracciones personificadas de Voltaire.

La materia i la forma del resto de la composicion corresponden al procedimiento artificial de que acabo de hablar.

El lenguaje del canto a Junin es correcto; su versificacion fluida i armoniosa; su entonacion noble i elevada, como la de un trozo de epopeya; todo en él es esmerado, pero todo tambien revela mas la ciencia i el trabajo, que la inspiracion i el entusiasmo.

Podria decirse que Olmedo ha levantado en el canto a Junin un monumento a Bolívar con fragmentos de monumentos antiguos i piedras cortadas a imitacion de las que se empleaban en las construcciones de Grecia i de Roma. Por eso toda la obra tiene un colorido de otro siglo; en ella solo los nombres de Bolívar, de Sucre, de Junin, de Ayacucho son modernos. Parece que fuera uno de esos obeliscos de Ejipto que se han trasportado a algunas de las ciudades modernas de Europa, i en el cual se hubieran grabado entre los jeroglíficos e inscripcion-es antiguas otras relativas a sucesos recientes, acaecidos a nuestra vista. La obra es ciertamente bella, pero tiene el aspecto de haber sido ejecutada en edad mas remota i retocada últimamente a medias para ser consagrada a hechos posteriores a la fecha de su creacion.

Las imitaciones de los autores clásicos que aparecen en el canto a Junin son numerosas. Algunas de esas imitaciones son aun simples copias. Olmedo se ha acojido en esta i en sus otras producciones a uno de los privilejios de los poetas que Miguel de Cervantes Saavedra refiere en la *Adjunta al Parnaso* haberle comunicado Apolo Délfico: «No ha de ser tenido por ladron el poeta que hurtare algun verso ajeno, i le encajare entre los suyos como no sea todo el concepto i toda la copla entera, que en tal caso tan ladron es como Caco.» Escusado es recordar, en descargo del vate guayaquileño, que si no vacilaba en tomar *lo suyo* donde lo encontraba, conforme a la conocida doctrina de Moliére, no hizo en eso mas que seguir el uso de tantos poetas españoles, i de los mas encumbrados quizá, que no han tenido escrúpulo en cosechar lo que les convenia en las obras de los poetas latinos, como en cosa propia. Ahí está para testigo de ello Fraí Luis de Leon cuyas tan justamente admiradas, *Vida del campo* i *Profecía del Tajo*, han sido formadas con materiales de Horacio; ahí está don Francisco de Medrano que no halló dificultad en dirijir a sus amigos las odas del mismo poeta latino, cambiando solo los sobrescritos, por decirlo así, i sustituyendo el nombre de Licinio Murena por el de don Antonio Rosel, el de Cayo Crispo Salustio por el del licenciado Francisco Flores, el de Mecenas por el de Juan Antonio del Alcazar, el de Póstumo por el de Fernando de Soria, el de Pompeyo Grosfo por el del cardenal arzobispo de Sevilla Niño de Guevara.

El canto a *Junin* principia con los versos siguientes:

> El trueno horrendo que en fragor revienta,
> I sordo retumbando se dilata
> Por la inflamada esfera
> Al Dios anuncia que en el cielo impera.
> I el rayo que en Junin rompe i ahuyenta
> La hispana muchedumbre,
> Que mas feroz que nunca amenazaba
> A sangre i fuego eterna servidumbre;

I el canto de victoria
Que en ecos mil discurre ensordeciendo
El hondo valle i enriscada cumbre,
Proclaman a Bolívar en la tierra
Árbitro de la paz i de la guerra.

Este trozo es una traduccion casi literal de la primera estrofa de la oda 5, libro 3. de Horacio.

Cœlo tonantem credidimus Jovem
Regnare: præsens Divus habebitur
Augustus, adjectis britannis
Imperio gravibusque persis.

Estrofa que don Francisco Javier de Burgos ha traducido así:

Proclama a Jove el trueno retumbando
Potente númen del lumbroso cielo.
Al Británo feroz, al persa infando
César leyes dictando,
César el Dios será del ancho suelo.

Antes de seguir presentando otros ejemplos de las varias imitaciones que contiene el canto a Junin, considero interesante manifestar de paso que Bolívar encontraba la introduccion que acabo de citar demasiado pomposa, i contraria al precepto de Horacio:

Nec sic incipies, ut scriptor cyclicus olim:
Fortunam Priami cantabo et nobile bellum.
Quid dignum tanto feret hic promissor hiatu?

i al de Boileau:

Que le début soit simple et n'ait rien d'affecté.

Parece aun que expresó al autor sin rodeos su opinion sobre este punto. Hé aquí como Olmedo contestó a esa crítica en una carta dirijida desde Londres al libertador, que ha insertado en el número 185, tomo 8.°, del *Correo de Ultrmar* el distinguido poeta i crítico neo-granadino D. J. M. Torres Caicedo. «Ya que Vd. me dá tanto con Horacio i con su Boileau, que quieren i mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas i de pautas es para los que escriben didácticamente, o para la esposicion del argumento en un poema épico. Pero ¿quién es el osado que pretenda encadenar el jénio i dirijir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¡qué hablo yo de naturaleza! toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desórden es el alma de la oda, como dice su mismo Boileau de Vd. —Si el poeta se remonta, dejadlo: no se exije de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, i los críticos mas severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, i se les cae la pluma de la mano. Por otra parte confieso que si cae de su altura, es mas ignominiosa la caida, así como es vergonzosísima la derrota de un baladron.—El *ex-abrupto* de las odas de Pindaro, al empezar, es lo mas admirable de su canto.—La imitacion de estos *ex-abruptos* es lo que muchas veces pindarizaba a Horacio.»

Así como el principio, la conclusion del canto de Olmedo es tambien una imitacion.

Mas, ¿cuál audacia te elevó a los cielos,
Humilde musa mia? Oh! no reveles
A los seres mortales
En débil canto arcanos celestiales.

Estos versos son una traduccion de los siguientes, que se encuentran en la oda 3, libro 3, de Horacio.

Non hæc jocosæ conveniunt liræ.
Quo, Musa, tendis? Desine pervicax
Referre sermones Deorum, et
Magna modis tenuare parvis.

Lo que Burgos ha traducido de esta manera:

Mas, ¿do elevando el vuelo,
Vas, Musa juguetona?
Deja, deja las pláticas del cielo,
I no portento tanto
Liviana amengües con tu humílde canto.

Las imitaciones, se hallan no solo al principio i al fin de la pieza que estoi analizando, sino tambien en varios otros pasajes. Citaré para muestra algunos ejemplos.

La sombra del inca exclama apostrofando a Sucre:

Como la palma al márjen de un torrente,
Crece tu nombre.....

Esta es una traduccion casi literal del

Crescit occulto velut arbor ævo
Fama Marcelli.....

de la oda 12 libro 1 de Horacio.

La misma sombra dice a Bolívar:

Tú la salud i honor de nuestro pueblo
Serás viviendo, i ánjel poderoso
Que lo proteja cuando
Tarde al empíreo el vuelo arrebatares,
I entre los claros incas
A la diestra de Manco te sentares.

Este es un recuerdo del

Serus in cœlum redeas.....

de la oda 2 libro 1.

En el himno de las vírjenes del sol se habla de las «lides sanguinosas, que miran con horror madres i esposas,» lo que es una traduccion del «bella matribus detestata» de la oda 1 libro 1.

En la descripcion de la batalla de Ayacucho, el poeta dice que «Bolívar escurece a todos sus compañeros de armas, como el sol a los astros;» lo que es, con la sola variante del sol para la luna, el «micat inter omnes Julium sidus velut inter ignes luna minores,» de la oda 12 libro 1.

Se conoce que el *Carmen Sæculare* de Horacio ha inspirado el himno de las vírjenes del sol, que sin embargo es mas bello que su modelo.

En la arenga que Olmedo pone en boca de Bolívar ántes del combate, se encuentra esta máxima:

. . . . . Lidiar con valor i por la patria
Es el mejor presajio de victoria,

que es literalmente el verso que Diodoro de Sicilia cuenta en el libro 15 de su *Biblioteca histórica* haber recitado Epaminondas ántes de la batalla de Leuctras, cuando vinieron a anunciarle que los auspicios no eran favorables:

Combatir por la patria
Es el mejor de todos los agüeros.

A estas imitaciones demasiado fieles, i a otras que omito enumerar para evitar la tacha de prolijo, se agregan muchas reminiscencias de los poetas griegos i latinos, que se refieren a tradiciones i costumbres ajenas de los tiempos modernos. Así Olmedo hace una larga i bien elaborada alusion a los juegos olímpicos inmortalizados por Píndaro, i otra de igual naturaleza al retiro de Aquiles en

Sciros i a la astucia de que se valió Ulises para sacarle de allí; toma una comparacion de las carreras de carros usadas entre los griegos, i presta a la entrada del libertador Bolívar en Lima el aparato de un triunfo romano. I todavía dejo de considerar otros detalles de ménos importancia como la musa comparada a una bacante, los celestes dones de Baco i de Ceres, los mirtos de Venus i los laureles de Marte que se entrelazan en las sienes de aquel bizarro Córdoba que tan preclaro renombre adquirió en Ayacucho.

Esa propension a hacer uso de la mitolojía i de las creencias antiguas cuya significacion se ha perdido para la gran mayoría del público es tal en Olmedo, que hai en su canto una estrofa cuyo sentido, estoi seguro, se escapará a la jeneralidad de los lectores, a ménos que algun comentador se imponga la tarea de aclararla por medio de las correspondientes notas. Héla aquí:

Yo acaso mas osado le cantara, (a Bolívar.)
Si la Meonia Musa me prestara
La resonante trompa que otro tiempo
Cantaba al crudo Marte entre los traces,
Bien animando las terribles haces,
Bien los fieros caballos, que la lumbre
De la éjida de Palas espantaba.

Sin embargo, el canto a Junin en su jénero es una obra mui notable que hace honor a la poesía americana, i que merece estudiarse por todos los aficionados a la bella literatura.

Despues de haber compuesto la pieza de que acabo de hablar, Olmedo guardó silencio durante muchos años, asombrado, como él mismo lo dice, de que su musa hubiese tenido audacia para escalar el cielo, declararse gran sacerdotisa de los incas, describir batallas, predecir victorias i hacer temblar a los tiranos. Al fin, en 1835 le despertó de su somnolencia el triunfo alcanzado por el jeneral don Juan José Flores en Miñarica. La silva que trabajó para celebrar este suceso es, por lo que toca a las bellezas artísticas, una continuacion, a la verdad mui digna, de la que habia trabajado en honor de Bolívar; pero ¡qué diferencia de asuntos! El canto a Junin tenia por tema la elevacion del Perú a la categoría de nacion, i por héroe al libertador de un mundo; el canto a Miñarica tiene por tema un triste suceso de guerra civil i por héroe a uno de esos caudillos que han sido la vergüenza de la América española, el estorbo de la libertad i del progreso en el nuevo continente. Este himno de lucha fratricida es un triste complemento del himno de independencia. Doi pues elojios en abundancia a la valentía de las espresiones, a la exactitud de las imájenes, a todos los méritos literarios que realzan esa pieza; pero dirijo tambien reproches amargos al poeta que ha pulsado su lira a fin de halagar los oidos de uno de tantos tiranuelos.

«No habrá, dice don Juan María Gutierrez, quien al avistar la cana i erguida sien del Chimborazo, por enemigo que sea del vencedor de Miñarica, no esclame, sojuzgado por la belleza de la idea:

Rei de los Andes, la árdua frente inclina,
Que pasa el vencedor.....»

¡Falso! Me parece una indignidad hacer inclinar la frente a los Andes, ese estupendo monumento de la grandeza de la América, a los piés de don Juan José Flores. Reconozco la osadía de la espresion, que bien pudiera competir con la afamada de Rioja «ante quien muda se postró la tierra;» pero todos convendrán en que no está justificada por la importancia del individuo a quien se ha querido rendir ese homenaje.

En la recompensa misma que recibió Olmedo por su tributo de adulacion, sufrió el merecido castigo de haber quemado incienso a un mandon a cuya caída debia cooperar poderosamente mas tarde. Flores, especie de Dionisio americano, tenia la pretension de hacer versos. En correspondencia de la silva a *Miñarica*, compuso otra, que principia así:

¡Qué vida tan feliz, *Omero mio!*

Al pié de este verso viene una nota que dice: «Alusion a Olmedo, por lo cual se suprime la H en Homero.» Creo castigo suficiente para la falta de nuestro autor el haber dado ocasion a ser llamado *su Omero sin H* por semejante Aquiles. Siento sí que el poeta que habia terminado su canto a Junin pidiendo por premio «el odio i el furor de los tiranos,» haya recibido por premio de su composicion inmediata un agasajo ridículo de un caudillo que pretendia ser poeta por fuerza, como queria perpetuarse en la presidencia de una de las pobres repúblicas americanas.

Pero el pesar que me causa esta debilidad de Olmedo no es tanto, que me impida admirar, i copiar aquí, para que otros la admiren conmigo, una descripcion del caballo que un pintor podria tomar para modelo con preferencia a la tan celebrada de Pablo Cespedes, a la cual aventaja por la concision i la enerjía de ciertas espresiones:

I el caballo impaciente
De freno i de reposo,
Se indigna, escarba el suelo polvoroso;
Impávido, insolente
Demanda la señal: bufa, amenaza,
Tiemblan sus miembros; su ojo reverbera;
Enarca la cerviz, la alza arrogante
De prominente oreja coronada;
I al viento derramada
La crin luciente de su cuello enhiesto
Ufano dá en fantástica carrera
Mil i mil pasos sin salir del puesto.

Entre las obras traducidas de Olmedo, la mas notable es su version del ingles al castellano del *Ensayo sobre el hombre* de Pope; pero a juicio de críticos competentes, ese trabajo se halla mui distante de hacer innecesaria una nueva traduccion de aquella famosa obra. Las esplicaciones dadas por el mismo Olmedo para manifestar el método que ha seguido, están mostrando lo imperfecta i desemejante al orijinal que debe haber salido su traduccion.

En un prólogo que puso a la primera edicion de la primera epístola, dice: «Al principio aspiré a la gloria verdaderamente vana i pueril de traducir este *Ensayo* en casi igual número de versos que tiene el orijinal; mas cualquiera que conozca el carácter raro de la lengua i de la poesía inglesa, i el rarísimo del jenio de Pope, advertirá fácilmente que esa era una empresa desesperada. Yo percibí temprano mi error, i encontré tan poca fluidez en el estilo, tan poca armonía en el metro, tantas ideas omitidas, tantas transiciones o suprimidas o violentas en los primeros cincuenta versos que traduje, que naturalmente pasé al estremo opuesto, i me resolví a dar rienda suelta a mi imajinacion, apropiarme los pensamientos del autor, i espresarlos del mejor modo que pudiese, añadiendo algunas ideas, imájenes i alusiones oportunas, sustituyendo los símiles que creyese mas propios, haciendo lijeras inversiones, ampliando varias des-

cripciones, i sacudiendo el yugo de una rima rigurosa que en las traducciones es ocasion inevitable a ripios i a adiciones estrañas i superfluas; escollo que no pudieron salvar ni los mas doctos maestros como Leon i Herrera, Boileau i el mismo Pope.»

En una nota atribuida a Olmedo, aunque apareció anónima, que acompaña la segunda epístola, publicada el año de 1840 en el periódico que con el título de la *Balanza* redactaba en Guayaquil don Antonio José de Irisarri, se leen las siguientes palabras: «Esta epístola traducida tiene casi doble estension que su orijinal. Críticos de grande autoridad sostienen que este es el mayor defecto de una traduccion de Pope, cuyo estudio principal se conoce que era el de encerrar en la mas breve espresion el mas estenso pensamiento; i que ensanchar las ideas del orijinal era desfigurarlo enteramente. Esta observacion puede ser exacta hasta cierto punto; pero no es ménos exacta i segura la regla de que la claridad es el alma de toda composicion, especialmente en un poema didáctico, cuyo objeto es instruir, i de que la claridad rara vez está unida a la estrema concision.»

Creo que las observaciones anteriores escritas por el mismo traductor, harán estimar en lo que vale la traduccion del *Ensayo sobre el hombre*.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

Un canto del Crepúsculo.

(Victor Hugo.)

I.

Sus luces el alba enciende,
Huyen las densas tinieblas,
I los sueños i las nieblas
En pos de la noche van;
Perezosos se entreabren
Los párpados i las rosas;
Del despertar de las cosas
El ruido elévase ya.

El humo, el oculto nido,
Los albergues, la verdura,
Todo habla, canta i murmura
A un tiempo mismo, a una voz:
Habla a las fuentes el agua,
A las encinas el viento;
Transfórmase todo aliento
En voz de la creacion.

Su alma recupera todo:
La infancia sus simples juegos,
El hogar sus rojos fuegos,
Sus sonidos el laud.
Cada cual, del ancho mundo
En el haz, con loco empeño,
Vuelve a perseguir su sueño
Del nuevo dia a la luz.

Con el amor o la idea
En tenaz lucha secreta,
Hácia una suprema meta
En su vuelo todo vá:
El esquife busca un muelle,
La abeja busca un alveólo,
Busca la brújula un polo,
¡I yo busco la verdad!

II.

¡Verdad profunda! granito
Que dentro los mares brilla,
I el ancla de mi barquilla
En todo fondo encontró!
¡Firme cielo i pavimento
De las sombras de esta tierra,
Do de visiones se encierra
Vaga, innúmera lejion!

¡Verdad! rio inagotable
Que con su frescura halaga!
Fuente que la sed apaga!
Tallo para toda flor!
Claridad que de las cosas
En el alma se refleja!
Lámpara que brillar deja
Junto a toda causa Dios!

¡Arbol de dura corteza,
Ancha, majestuosa encina
Que el hombre troncha o inclina,
Segun su fuerza i poder;
De que nace amiga sombra;
A que el mortal se encarama,
Este sobre débil rama,
Sobre el fuerte tronco aquel!

¡Monte de que mana todo!
Sima que todo lo absorbe!
Sublime centella al orbe
Lanzada por Jehová!
Ojo tranquilo, en la frente
Abierto del ser supremo,
Que ciego no ve el blasfemo,
I alumbra a la humanidad!

III.

¡Oh universo! oh maravillas
Fuente de fulgor i ruido,
De que se llena el oido,
Con que se ofusca el mirar!
Playas en que la onda espira,
Bosques, del aura medrosos,
Vagos pliegues misteriosos
Del horizonte fugaz!

¡Azul que encubre el abismo
Del océano violento,
Cuando, al capricho del viento,
Dejando mi esquife huir,
Me inclino sobre las olas,
I escucho así con el alma
El que entona el mar en calma
Epitalamio sin fin!

¡Fresco azul de un cielo puro
Que está al mundo sonriendo,
Cuando ávido oir pretendo
Del espíritu la voz,

I busco ¡oh naturaleza!
La palabra vaga, oscura
Que el raudo viento murmura,
Que escribe el astro veloz!

¡Pura creacion! aliento
Universal! mar temida
Que ciñe cuanto se anida
Del cielo bajo el dosel!
Astros que el soplo divino
Lleva de oriente en ocaso!
Flores en que Dios acaso
Recoje escondida miel!

¡Oh campiñas! ¡oh follajes!
De la aldea campanario
Santo, humilde i solitario!
Universo fraternal!
Monte que al águila oculta!
Alba en que nace la brisa,
Del astro eterno sonrisa
Leve, efímera, fugaz!

¿No sois sino un libro inmenso,
Sin medio, sin fin, ni nombre,
En que a leer aspira el hombre
De su existencia la voz?
¡Frase que en vano sondamos!
En su sentido profundo
La vista descubre un mundo,
El alma contempla un Dios!

¡Bello libro que terminan
Los injénuos corazones;
En donde ignotas lecciones
Sueña el pensador hallar;
En cuyo márjen, aquellos
Que de Dios han recibido
Ancha frente:—«Hemos vivido»
Escriben al espirar!

¡Libro santo en que la nave
Con su vagabunda huella,
Libro santo en que la estrella
Con su radiante fulgor,
Un nombre tan solo trazan,
En su incomprensible vuelo,
Sobre la tierra i el cielo,
Un solo nombre—el de Dios!

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

De la Literatura Chilena.

SU NACIONALIDAD.—SU CARÁCTER I SU INFLUENCIA EN EL PROGRESO I FELICIDAD DEL PAIS.

O SEA

De la Literatura Chilena, considerada en sus fuentes, i en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de su nacionalidad e influir en el progreso i felicidad del pais.

Continuacion.

Temo cansar vuestra atencion, pero no puedo resistir al deseo de esponer ante vosotros la tela de otro Romance de Costumbres Industriales de la Gran-Bretaña, de útil aplicacion a nuestro romance, sea el de las costumbres del elegante, del *siutico*, del artesano, del roto, del gañan, del inquilino, del huaso o del salvaje; todos formando esa masa en que predomina el granito, el carbon, el elemento grosero, desagradable, que rinde culto al dinero i que detesta al rico.

En este otro romance, que lleva por título *El Norte i el Sud*(1), no hai rei dandy, pero tenemos una sociedad culta, moral e instruida, algo indecisa en su conducta, un poco debil de carácter, de una dulzura demasiado femenil, i de una delicadeza de espíritu demasiado susceptible i enfermiza, en presencia de una sociedad bárbara, mal desbastada, en la que no faltan ni los jigantes infatigables, ni la actividad desenfrenada que muele a los hombres como al cáñamo i el algodon, ni el desden por todo lo que no es sólido i palpable, ni los clamores que arranca un trabajo sin descanso.

De un lado, *el Sud*, bajo los rayos de un sol pálido i suave, ni demasiado caluroso ni demasiado frio, se estiende un pais de carácter moderado, sembrado de risueñas, i pintorescas chozas. Allí no hai bosques que oculten lobos, ni pantanos con exhalaciones insalubres, asilo de reptiles inmundos; no hai rocas abruptas, ni áridas llanuras: por todas partes un silencio profundo, turbado solamente por dulces voces que hablan de escrúpulos de conciencia, de visita a los buenos agricultores de las cercanías, de escuelas de aldea, de dolores de familia, del cultivo i de los goces del espíritu.

Del otro lado, en el norte de la Gran-Bretaña, el teatro del romance es del todo diferente. Es una ciudad embarrada, bulliciosa e infecta; el humo de las chimeneas oculta el cielo con sus negros vapores i cae sobre la tierra en una lluvia imperceptible de carbon; los carros cargados de mercaderías ruedan pesados i bulliciosos por las calles i en los grandes patios; el ruido desacorde de miles de martillos i de combos, el sonido uniforme i monótono de crueles máquinas, hacen oir dia i noche su infernal i aturdidora batahola; las locomotivas pasan i repasan a la distancia, lanzando al aire su silvido salvaje; i de abajo de la tierra, de sótanos i cavernas, se oye el refran de alguna de esas tonadas lúgubres i estrañas, con que procuran divertir su espanto sa miseria, séres condenados a trabajar sin descanso, privados del sol, del aire, i de cuanto hace amable i a veces tolerable la vida.

El Sud de la Gran Bretaña es la rejion donde habita el alma de la vieja Inglaterra; allí persisten los antiguos usos de la vida inglesa; allí existen lo monumentos i los recuerdos; allí moran las poblaciones agrícolas, sumisas i amoldadas por la aristocrácia; allí el caballero, el hacendado, es aun poderoso; el sacerdo-

(1) North and South.

te es respetado i venerado como en los mejores dias de la Iglesia anglicana.

Aquella es la patria de los espíritus moderados, monarquistas anglicanos, liberales pero aristocráticos, el apoyo del gobierno constitucional existente. Aquella es la Inglaterra Anglo-Normanda, en una palabra.

En el Norte, nada de Anglo-Normandos, Sajones puros, indomados o indomables, atrevidos, activos, peleadores, anarquistas; poco cultivo intelectual i un gran sentimiento práctico; ninguna otra educacion que la que dan los grandes negocios, i por toda erudicion un conocimiento exacto del estado de todos los mercados del mundo. Nada de viejas ciudades; i en lugar de ellas, ciudades que habian esperado en jérmen, el soplo del siglo XIX para alcanzar proporciones prodijiosas. Por clases superiores hombres ricos, duros, infatigables, valientes, observando con su telescopio, como un jeneral su ejército, las maniobras del mercado frances, americano o aleman; observando siempre como el marino, el viento, para saber de donde proviene que los algodones hayan subido o bajado las lanas. Las doctrinas corrientes en esta parte del pais son el radicalismo puro,—democrácia a la americana entre los ricos i patrones; tendencias socialistas entre los proletarios. Una economía política que descansa únicamente en el comercio: un derecho de jentes fundado en la paz a todo trance. Allí la Iglesia anglicana es ménos poderosa, i las sectas disidentes mas numerosas. Es una Inglaterra nueva en presencia de una Inglaterra vieja: allí está una Inglaterra creada por la industria, emancipada por el *bill de reforma*, que la revocacion de las leyes de cereales ha embriagado de orgullo, i que la guerra de Crimea ha diezmado.—La tierra de los Cobden, de los Bright de los Milners, que levanta i que boltea ministerios.

Sobre este teatro típico ingles, el autor del Romance *Norte i Sud*, pone en accion i movimiento pasiones, situaciones, personajes típicos tambien, tambien profundamente ingleses, ¿en provecho de qué? De una grande idea, de un gran sentimiento, de una gran necesidad social nacional.--La armonía de esos elementos apreciables en sí, en provecho de la felicidad comun i del engrandecimiento nacional.

Veamos como ejecuta su tarea.

En una aldea del Sud, coloca a un párroco, Mr. Hale, tímido, sensible, instruido, escrupuloso i tan en exceso cuidadoso de la salud de su alma, que raya en el egoismo.--A su lado, un ánjel en su mujer: bella alma que ha consagrado su vida con humildad, al estricto i tierno desempeño de sus deberes de esposa i de madre. Esta pareja evanjélica, tiene un hijo ya oficial de marina, i una hija que acaba de llegar de Lóndres, donde ha hecho su educacion al lado de una tia rica, de un modo mui superior a sus circunstancias.

Llega un dia en que a Mr. Hale le asalta la duda, i sospecha que existe alguna disconformidad entre sus opiniones relijiosas i las de la Iglesia anglicana, situacion mui natural en una relijion que somete el dogma a la razon individual: cree Mr. Hale que no puede en conciencia, seguir enseñando i predicando una doctrina que pugna con sus convicciones, i resuelve despedirse de sus feligreses. En vano Mrs. Hale hace ver a su marido que va a faltar a toda la familia el único medio de subsistencia:— qué importa: el libro, la biblia, está ahí abierta, i la duda sobre la interpretacion dada, adquiere mas i mas robustez.

El autor esplota en todos los sentidos del gusto ingles, la situacion bastante dramática en sí, de los tormentos de conciencia de un hombre honrado, i los temores de la miseria propia i de seres queridos. Por fin se salva, en su concepto, el alma de Mr. Hale, aunque se mueran de hambre la mujer i la hija; i Mr. Hale i su familia quedan sin recursos, i se resuelven a ir al Norte, a Northern Milton, ciudad de fabricantes sin ilustracion, de los que algunos ya ricos, desearian aprender de Mr. Hale, en la edad madura, mucho que no pudieron estudiar en su juventud activa i de trabajo. La Sra. Hale, ya atacada de pulmonía, deplora la necesidad del viaje a un clima que debe serle funesto: siente dejar aquellos lugares en que ha pasado tranquila su existencia, siente abandonar la sociedad de sus vecinos, sus amigas, entre ellas las Gormans.--«¿Las Gormans? dice Margarita, la hija, con sus aires, aristocráticos de Lóndres, «esa familia de fabricantes de coches que ha hecho su fortuna en el comercio, en Southampton?»--«La misma,» contesta la madre, pensando en el hermoso i rico Gorman, como en un buen marido para Margarita.--«I quién puede alternar con jentes de esa clase,» dice la hija.--I sin embargo esta Margarita es la llamada en el romance, a ser la hija del rei dandy, del Sud, casada con el mancebo vigoroso, hijo del jigante rei de las máquinas i del carbon, del Norte.

Llega la familia Hale al Norte en vísperas de estallar uno de esos motines horribles en que los trabajadores, un dia cansados de la escasez del jornal o del escesivo trabajo, se sublevan i atacan a pedradas la fábrica de su tirano: presencian el ataque i la defensa i la parte que en ellos toman las mujeres, los niños, i se espantan del horrible cuadro.

Allí, en Milton, el romance nos presenta un tipo del fabricante en Mr. Thornton, hombre de treinta años, bien formado, musculoso, ancho de hombros pero que no es un Apolo, por cierto. Hombre que ha hecho plata, nada ilustrado, pero dotado de escelente sentido práctico; con una espresion de resolucion i de poder en su fisonomía, que impresionan a la delicada i aristocrática Margarita, i que ya nos hace preveer que Margarita es la destinada a pulir i dar brillo a aquel diamante bruto, la alma de Mr. Thornton; puesto que ya principia tambien Margarita a influir de tal manera en las ideas de Mr. Thornton, que este empieza a sospechar

recien, que hai algo mas para el hombre que la tarea, ardua por cierto, de hacer dinero: que los jornaleros de las fábricas son algo mas i mas elevado, que máquinas de resortes o bestias; i que en los negocios puede entrar por algo, sin perjudicarlos, el sentimiento, cosa que hasta allí no podia él concebir.

Muere la pobre Mrs. Hale recomendando su hija a Mrs. Thornton, la madre del fabricante, mujer típica, que cumple con sus deberes, es tiesa, insociable, agria con sus inferiores, valiente i vigorosa, que aborrece i desprecia a Margarita por que llora i se aflije por la muerte i las desgracias de las hijas i de las mujeres de los trabajadores.

Al interior de las moradas de estos, cerrado con mil barreras al acceso de los estraños, nos permiten penetrar el carácter sacerdotal de Mr. Hale i la dulzura anjelical de Margarita; i allí el autor descubre a todas luces, de todos los puntos de vista, un cuadro infecto, espantoso, en que la prostitucion como la embriaguez son el recurso para aturdir el sufrimiento en unos, para no morir de hambre en otros: en que la naturaleza se venga de las máquinas, por las enfermedades que las máquinas desarrollan de una manera espantosa; en que las ideas morales se reducen a sentimientos naturales, mui debilitados por la miseria i el trabajo, del marido por su mujer, de esta por sus hijos: la amistad no existe, no se conoce en una clase en que el hombre ve en otro hombre un concurrente a su pan o a su trabajo: la camaradería toma el lugar de la amistad, casi siempre para un mal propósito, el vicio o el crimen. Allí los sentimientos relijiosos, mera de ciertas practicas esteriores, escasas en el culto severo protestante, quedan reducidos a cierto ateismo instintivo que emana del fondo del alma, como un grito de venganza, de dolor, de maldicion: ateismo que por otra parte no tiene nada de sistemático i es meramente la forma bajo la cual se reasume una vida de sufrimiento.

La mujer, la mujer en aquel mundo subterráneo, mas degradada que el hombre, marchita, afeada por el dolor i por la brutalidad, conserva solo de su primitivo carácter la paciencia, la abnegacion, el dolor silencioso i la muerte. Sus sentimientos relijiosos, se reducen a los instintivos de la delicadeza nativa de su alma, i se traducen en deseos, en hipótesis, en sueños sobre un mundo mejor, en cierta beatitud celestial. Leen la biblia por consuelo i jeneralmente prefieren en ella el libro del Apocalípsis. —Los cuadros del autor son admirables, en el colorido, en la esposicion, en el sentimiento: por cierto que al asistir a las conversaciones de Margarita con algunas de esas mujeres, en la confianza de la muerte cercana, cuando desaparecen las barreras i se hablan dos mujeres como iguales; al asistir a esas conversaciones marcadas por un misticismo febril, indeciso, emanacion de almas agotadas por el sufrimiento, de cerebros aturdidos por el ruido constante de las máquinas, se siente uno arrebatado, cautivado en favor de una idea cualquiera que tienda a hacer desaparecer una situacion tan terrible de cosas. ¿Qué efecto no producirá esta literatura en el público ingles? Inmenso, i se hace tan popular, mete tal ruido, que llega hasta nosotros, llega hasta mí.

Entre tanto los amores de Margarita i de Mr. Thornton se conducen en el romance, de la manera mas séria, mas inglesa; frios como el Norte, sin esos fuegos fátuos, sin arranques sensuales, sin atavios seductores, sin galantería. Mr. Thornton esplica el sentimiento que lo arrastra hacia Margarita, por el *convencimiento* que tiene, despues de bien examinado el negocio, que esta mujer *es necesaria* a su alma. —Margarita estima, digo yo, ama en Mr. Thornton cualidades admirables.

Una situacion esplicará la marcha de estos amores i el ascendiente que toman los buenos principios sociales que representa Margarita, el Sud, sobre los malos instintos, i en beneficio de los buenos elementos, que representa Mr. Thornton, el Norte.

Los trabajadores de Mr. Thornton abandonan el trabajo por insuficiencia del jornal. Mr. Thornton segun las ideas recibidas, no debe acceder a un aumento de jornal que justificaba por otra parte, una gran carestía de provisiones; i no vacila en dejar que se mueran de hambre los trabajadores sin trabajo, mandando traer, para no suspender su fábrica, trabajadores tambien hambrientos, de Irlanda. Lo que debia suceder, sucede: hai un levantamiento de obreros desesperados, de mujeres, de niños contra la fábrica, la casa, los obreros irlandeses i la persona de Mr. Thornton. Se levanta la espantosa tormenta: no están a mano soldados para comprimirla.—Margarita se halla casualmente en casa de Mr. Thornton.—Llega el instante en que los irlandeses debian caer en manos de sus enfurecidos i hambrientos enemigos, Margarita tiembla por aquellos inocentes i apostrofa a Mr. Thornton como a un cobarde, por dejarlos perecer.—«¿I qué puedo hacer yo, dice él? los soldados i condestables no pueden tardar en llegar i barrerán con esta canalla».—«Pero es que caerán muchos de esos hombres, mujeres i niños hambrientos, dice Margarita.—Eso no es mi cuenta ¿qué puedo hacer yo solo? repite.—Salir como un valiente, hablar a esos hombres, apelar a sus sentimientos de hombres: no los trateis como a bestias pues son hombres.—La palabra cobarde es la única que mueve a Mr. Thornton, lo único que le hiere en las palabras de Margarita, i sale solo a enfrentar a la muchedumbre, para probar que no tiene miedo.—Se presenta delante de su puerta que se cierra detras de él: a su aparicion la muchedumbre se detiene, espera; pero Mr. Thornton se olvida de la otra parte de la leccion de Margarita, i persiste en no ver hombres desesperados por el hambre, sino bestias rebeldes: llega el momento en que Mr. Thornton debe sucumbir, si no es por Margarita, que viendo el peligro i atribuyén-

dose la culpa, sale, abraza i cubre con su cuerpo a Mr. Thornton. La piedra que debia caer sobre este, hiere en el rostro a Margarita, i la sangre baña sus mejillas: entonces fué el turno de Mr. Thornton de sostenerla. Al aspecto de una mujer herida i desmayada, i esa mujer Margarita, aquella muchedumbre de furias, se conduele, se espanta de la idea, siempre repugnante al pueblo ingles, de tantos contra uno solo, i ese solo que sostiene a una mujer buena i hermosa, i esa mujer bañada en sangre: delante de aquel grupo, aquella muchedumbre retrocede i se retira.

El interes del romance está en los cuadros verdaderos i maestramente trazados, de las situaciones de la vida en las ciudades manufactureras: el pensamiento, el fin se traduce en la mutua i bienhechora influencia de las cultas i elevadas ideas del Sud, con los viriles, enérjicos i progresistas instintos del Norte, personificado este pensamiento en el matrimonio de Margarita i de Mr. Thornton.

Hai un pais, cuya literatura, con la desventaja notable del idioma inferior al nuestro, trabaja en el mismo sentido que he pretendido demostrar conviene mas a la nuestra. I esta analojía proviene de situaciones sociales tambien en ciertos respetos análogas con las muestras. Ese pais es la Rusia, pueblo jóven, vigoroso, compuesto de razas diversas, con siervos i señores, con mineros i hacendados dueños de grandes territorios. Allí tambien la literatura nacional contemporánea trabaja por aunar elementos sociales diversos, que recorren la escala social, desde el grado de la humillacion mas abyecta, hasta el mas alto de cultura i de la mas fabulosa riqueza.

El representante de la literatura rusa mas culminante, al decir de los franceses que es por quienes le conozco, es Aksakof, quien en un romance notable de costumbres, titulado. «Crónicas i recuerdos», que ha merecido los honores de la traduccion a varios idiomas, i cuya accion abraza tres jeneraciones, principiando por Catalina II i su corte hasta nuestros dias, se propone probar que la Rusia, que desde Pedro I se pretende civilizar a fuerza de *ukases* imperiales, es, bajo la cáscara de maneras cultas en las clases elevadas, enteramente bárbara, tártara cruda, en todas sus clases: i que así debe quedar hasta que la emancipacion de los siervos i la reforma jeneral de la administracion, no traigan el remedio único eficáz a la condicion deplorable de los Rusos.

No hai idea de la valentía con que Aksakof revela, que digo, desnuda a la Rusia en presencia del mundo, i muestra a todos que ese pueblo pulido en su superficie por la lija del vicio, es en el fondo, en la forma misma, bárbaro, miserable, esclavo todo él i desgraciado; i lo prueba con cuadros de la vida Rusa, en la corte, en las ciudades, en las aldeas, en los campos.

En los Estados-Unidos de que me he ocupado anteriormente, el carácter nacional i social de su literatura es mui marcado.

En aquel pueblo singular, en lucha eterna consigo mismo, en que el Norte, el Sud, el Este i el Oeste representan sociedades diversas, con instintos e intereses antagonistas, con necesidades diferentes, costumbres distintas, sin relijion oficial, pero que une en estrecho e indisoluble lazo el doble vínculo de la lengua i de la libertad; allí la literatura nacional trabaja activamente en la armonia de tan variados elementos, formando de ellos un todo característico i nacional, en que la humanidad lee, descubre i comprende el pensamiento de ese gran pueblo.

Compréndaseme bien: yo en materia del arte nada condeno, nada desdeño, no estoi en situacion de hacerlo; elijo, prefiero aquello que hace falta a mi propósito: dejo a un lado lo que no necesito, lo que me es superfluo, por lo que me es indispensable bajo el punto de vista del arte en servicio del pueblo i de la democrácia. Toda obra de arte que revele belleza, armonía, injenio, me es apreciable aun cuando mas no sea que como cultivo de la lengua i del gusto; pero tales obras no entran en el dominio de este estudio, ni ha sido mi propósito estudiarlas, ni menos juzgarlas.

Paso en seguida a tratar de la literatura histórica chilena, como la concibo i la deseo i que dejo para otra lectura.

DEMETRIO RODRIGUEZ PEÑA.

(*Continuará.*)

Una verdad sobre el hombre.

A la verdad, no hai animal mas divertido que el hombre.

¡Qué vida la suya!—Cuántas pretensiones no alienta, cuántas esperanzas no concibe, cuántos deseos no le carcomen, cuántas ilusiones no persigue, cuanto engaño no le burla, cuánta necedad no dice, chilla, vomita i ensarta en un dia este gaznápiro de la creacion!

Desde el sabio hasta el loco, desde el filósofo hasta el mentecato, desde el hombre de estado hasta el pillo, desde el publicista hasta el publicano, desde el poeta hasta el nene, desde la coqueta hasta la prostituta, desde el comerciante hasta el ladron, desde el hombre avisado hasta el bienaventurado, desde el patriota hasta el farsante, desde el rei hasta el autómata, desde el finchado magnate hasta el sencillo patan ¿qué es lo que en todos se vé, se toca, se siente, se palpa?—Ruido i viento, es decir—nada!

El hombre en su orgullo tiene el capricho de creer que en este bajo mundo hai mucho de grande, de maravilloso, de sorprendente, gracias a su labor i a su intelijencia. Pobre!

Nada existe en estado de servicio que sea su obra.—El hombre destruye no crea, imperfecciona no adelanta.—Si por la casualidad

no fuera, ahí se estaria arrullado por los mas dulces sueños de la ignorancia.—Que hable el vapor, ese gran invento que andando el tiempo ha de echar abajo toda frontera, ha de hacer de todos los pueblos un solo pueblo, de todas las razas una sola raza.—¿A qué debe su descubrimiento?—A la casualidad ayudada de una tetera.

En buena lójica: las teteras valen mas que el hombre.

Cuando se entra a seguir paso a paso, dia a dia, hora a hora, minuto a minuto la carrera de su vida,—se principia por odiarle i se termina por compadecerle.—Jamas acierta con lo que le conviene.—Siempre dá con la solucion del problema cuando ya para nada la ha menester.—Sucede al hombre lo que a los médicos:—sus aciertos quedan constantemente en esperanza.

Si el hombre se estudiara concienzudamente a sí mismo, el desenlace de toda existencia—no hai que asustarse—seria el suicidio.

Esta proposicion parecerá talvez aventurada. Pero entrando en el fondo de las cosas, observando lo que pasa sin la preocupacion que todo lo subvierte ni la ilusion que todo lo dora, se halla una triste verdad en lo que avanzamos.

El hombre marchita cuanto toca, desde la mujer hasta la flor.—No hai sentimiento que en su boca no sea una mentira,—no hai risa que no sea un sarcasmo,—no hai alegria que no turbe,—felicidad que no desnaturalice,—placer que no enturbie.—El convierte el amor en una prostitucion,—la ciencia en una banalidad,—la amistad en ridiculez,—el heroismo en quijotismo,—la abnegacion en candorosidad,—el aire que respira en veneno. Cuanto se mueve, tiene una vida, un aliento, muere, se desfigura, se seca o se despedaza por él, por su causa.—El hombre vive entre ruinas!

¿Quién es la ocasion de todas las plagas que lo aflijen?—El mismo. I despues se lamenta, levanta las manos al cielo, reniega de todo, cuando solo deberia renegar de sí propio.

Para divertirse i para aburrirse, para fastidiar i ser fastidiado, para matar i ser muerto,—necesita destruir i siempre destruir.

La mesa es uno de sus placeres.—¿Cuántos ayes si silenciosos desgarradores no han sido arrancados para satisfacer su hambre o su glotonería a cuanto alienta, vive i ama en el agua i en el aire? Cuántas inocentes avecillas no se han visto privadas de la noche a la mañana del ala de su madre, caida a los certeros tiros del cazador? Cuántas madres no han sentido su corazon despedazado al ver a sus hijuelos que alegres i tranquilos volaban de rama en rama, de flor en flor, ser de repente sorprendidos por un ruido estraño, e instantáneamente paralizados por todos los hielos de la muerte?

Por eso la naturaleza entera tiembla al acercarse el hombre.—El pajarillo huye desesperado, el árbol se estremece, la planta se inclina, la flor se dobla suave, triste i resignada.

El hombre lleva a todas partes el espanto, la desolacion i las lágrimas.—El hombre es el bandido de la creacion.

Matar para vivir, he aquí su vida.—De la cabeza a los pies cuanto le cubre es la obra del despojo o de la muerte.—Los encajes con que se adorna la hermosura, las delicadas telas que acarician sus aterciopeladas carnes, las flores que la perfuman el ambiente que respira, las perlas, los diamantes, los rubies que enreda en sus cabellos son la reunion de un sin fin de despojos, de muertes, de dolores, de tormentos.

Vosotras, mujeres de alma de ánjel i corazon de sensitiva, a quienes el menor riesgo hace palidecer, a quienes la desgracia hace derramar copiosas lágrimas,—sabedlo para vuestro terror i vuestro espanto,—es la muerte, es el dolor lo que os rodea, lo que os envuelve.

—No me creis. Os veo reir. Pero lo que os digo es cierto.

—Arrojad de vosotras esas piedras que adornan vuestra torneada garganta. Nadie podrá jamas contar los jemidos arrancados a la materia ántes de darla la forma en que la veis. —Arrojad de vosotras esa seda que os cubre. Mil muertes han sido necesarias para llegar a procuraros ese vestido.—Mirad los guantes que os oprimen las manos, los zapatitos que guardan vuestros divinos piés,—tambien son la obra de la muerte!

La muerte por culpa nuestra se cierne sobre todo lo creado. I el hombre que tanto destrozo causa no tiembla, cree caminar de perfeccion en perfeccion, de adelanto en adelanto, cuando camina de inmolacion en inmolacion.

Cuanto el progreso ha inventado no ha sido sino nuevos tormentos para todo lo creado. Antes siquiera el agua tenia el derecho de correr i el aire el de soplar en libertad: ahora hasta esos dos poderes se ven esclavizados, aprisionados, aherrojados con sin igual tirania i avilantez.

Pero los oprimidos se vengarán. Ai! entonces de nosotros!

Mas aquí no pára la accion devastadora del hombre. No contento con la sangre, las lágrimas, la amargura i el espanto de cuanto está bajo su dominio, va a ejercitar sus instintos destructores sobre sí mismo i sobre sus semejantes.

No satisfecho el hombre con despojar a la naturaleza, a todo lo que alienta en el aire, en el agua i en la tierra, despoja tambien al hombre.—El robo, la guerra i la conquista no son mas que un resultado de esa dominadora inclinacion que le hace encontrar la vida en la ajena muerte, la felicidad en la ajena desdicha, el placer en el ajeno dolor.

Echad la vista hácia todas partes, a las naciones mas bárbaras como a las mas civilizadas, a las tribus del Africa como a las mas cultas

sociedades de la Europa. ¿Qué es lo que por donde quiera se encuentra en honor, lo que arranca a los pueblos sus vítores i a la historia sus alabanzas?—La guerra, es decir, la destruccion del hombre por el hombre.

¿Cuáles son los grandes dias para las naciones?—Aquellos que les recuerdan las mas espantosas carnicerías.

Destruir i siempre destruir, tal es el destino del hombre. Nace, crece, envejece i muere destruyendo.

Si el hombre tuviera perpetuamente en memoria esta verdad, su existencia sería imposible, inconcebible.—Cada bocado sería para él un tósigo, cada beso de amor una espina, cada paso un remordimiento.

Felizmente la indiferencia lo salva.--No sabe el ser humano cuán grande es la deuda que con la indiferencia tiene contraida.--Sin ella no hai felicidad. La felicidad es ella.--No hai que olvidarlo.

Desgraciado de quien no lo crea. En ninguna parte encontrará paz ni tranquilidad:--ni en la virtud, ni en el vicio, ni en el bien, ni en el mal, ni en el mundo de los sueños, ni en el mundo de las realidades.

No deis oidos a los que la indiferencia combaten.--Ellos son los peores enemigos de toda terrestre ventura.

Comed, dormid sin acordaros del que sufre, del que llora, del que padece ni del que muere, i habreis dado con la verdadera palabra de ese enigma que se llama dicha humana.

. . . . . .

. . . . . .

Tal vez se nos preguntará: ¿qué se deduce de todo lo dicho?

Se deduce que los locos i los idiotas son los felices de la tierra.

Justo Arteaga Alemparte.

Soneto.

Tú te quedas, amada, i el destino
A partir solo i triste me condena,
Cuál tierna flor que arranca i que cercena
De su jugoso tallo el torbellino.

¿Qué puede haber de hermoso en el camino,
En la cascada que entre guijas suena,
En la pradera de verdura llena,
Qué hai que no cause llanto al peregrino?

Sin tu talle jentíl, tus bellos ojos,
Sin tu boca divina, sin tu acento,
¿Qué habrá que pueda no causarme enojos,

Qué habrá que darme pueda algun contento?—
Solo de amor tu confesion síncera,
Solo el futuro bien que mi alma espera.

Z. Rodriguez.

Ecos de la semana.

Santiago, noviembre 12 de 1859.

Sumario.—Santiago lloroso i sofocado. - Defuncion de ultramar.—Felicidades de los que mueren.—Desgracias de los que viven.—Semana teatral.—Círculo literario.

Nuestra capital se ha presentado esta semana de peor talante aún que el en que estaba la anterior; displicente i fastidiada como un Inglés, dolorida i taciturna como un hipocondríaco. Todo ha sido parte para colocarla en situacion tan lastimosa. Los hombres i la naturaleza se han afanado a porfía en procurarle causas de pesadumbre i motivos de desagrado. La humanidad muriéndose i el tiempo enardeciéndose han provocado de consuno un concierto de jemidos i regaños musicalmente intolerables. En los salones no se ha hablado sino de accidentes funestos, de muertes inesperadas i catástrofes sangrientas, miéntras que en las calles se ha caminado entre nubes de polvo i bajo una temperatura digna de la zona tórrida. De esta suerte, la conversacion i el movimiento se han hecho penosos, i Santiago no ha pensado sino en buscar un paño bastante grande con que enjugar sus lágrimas i un baño bastante profundo en que zabullirse.

No ha contribuido poco a los pesares de nuestra capital el vapor de la quincena última, que ha sido portador de malas nuevas. Noticia suya es la muerte violenta del ministro chileno residente en Lima, triste suceso que todos conocen. ¡Qué de rumores mas o ménos increibles, qué de conjeturas mas o ménos inverosímiles, qué de comentarios mas o ménos aventurados, no ha hecho nacer la noticia de este asesinato! Pero sobre tantos comentarios, conjeturas i rumores, se ha elevado la voz de la opinion pública para agradecer i aplaudir la jenerosa conducta del Perú con ocasion de la muerte de nuestro enviado, i lamentar en esta muerte una pérdida considerable. Don Ramon Luis Irarrázabal era un hombre público de conocida habilidad, que habia servido al pais por muchos años i en elevados puestos.

No es esta, sin embargo, la única pérdida sensible i la única llorada de nuestra poblacion durante la semana. La estacion presente, que infunde nuevo aliento en todas partes, le ha dado tambien nuevos brios a la muerte, i la temida Parca está haciendo abundante cosecha de existencias. ¡I qué existencias! Las mas tiernas i delicadas, las mas bulliciosas i festivas! Los niños, los pobres niños, con sus miradas de ánjel i sus sonrisas de querubin, son ahora los objetos de su odiosa predileccion. El campo de la infancia, en que las rosas no tienen espinas ni los árboles frutos amargos, es a donde la muerte ha ido a buscar sus indefensas víctimas. ¡Estraña inconsecuencia de la primavera! Mientras que las hojas reverdecen i las flores rompen sus botones i los frutos maduran i las espigas se doran, la infancia palidece, se marchita i espira. Espira blanca, diáfana i lijera, como se exhala el humo del incienso quemado delante del altar. ¿I qué son a la verdad los niños mas que los perfumes de la vida humana? ¡Felices ellos que no han tenido intelijencia sino para creer ni corazon sino para amar, que no han podido sentir las torturas de la duda ni gustar la hiel del odio, que no han llegado a ser hombres para ser juguetes de

sus pasiones, amantes para ser burlados, amigos para ser vendidos, políticos para engañar i ser engañados, oradores para ser pifiados, escritores para no ser leidos, sábios para vivir pobres, honrados i dignos para vivir calumniados!

Así pues, si es triste, no es estraño el desolado aspecto de Santiago en los dias de esta semana. Ojos marchitos por el llanto, mejillas inflamadas por la sofocacion, respiraciones difíciles i entrecortadas por los sollozos o la falta de aire, suspiros, lamentos, regaños, gruñidos, interjecciones de dolor o fastidio, fisonomías demudadas por este o aquel, andar fatigoso i lúgubre conversacion, tal es el cuadro que se ha ofrecido a la vista i oidos del observador. I apenas si este cuadro es un pálido trasunto de las desventuras de Santiago, en que cada vecino llora alguna pérdida o devora algun desengaño. El que no ha visto morir esta semana una persona querida, ha contemplado muerta a lo ménos una esperanza de rifa. Porque las rifas entran tambien en la cuenta de nuestros males i han venido a traernos nuevas decepciones, llevándose ilusiones nuevas. La fiebre aleatoria que nos consume, amenaza convertir el comercio en una lotería i someter la industria al sistema electivo de nuestra forma de gobierno. A poco andar tendremos que ir a sacarlo todo de la urna. ¡Quiera Dios que esa urna no se convierta en caja de Pandora!

Pero démos tregua a tan tristes memorias i presentimientos, i ocupémonos de los buenos recuerdos que nos ha dejado la semana teatral. Bien merece la pena de hacerlo, pues el teatro ha sido esta semana un manantial abundante de novedades, i lo que mas vale, de divertidos espectáculos. Zarzuela nueva, comedias nuevas, bailes nuevos i artistas nuevos, i estas nuevas cosas i personas buenas ademas; todo ha cooperado a rejuvenecer el teatro i hacerlo participar de las galas i atractivos de la primavera.

Los diamantes de la corona, ejecutada por primera vez el sábado i repetida el domingo, es la mejor zarzuela que hasta hoi se ha cantado i la que se ha cantado mejor. Su música española es graciosa i viva, tierna a veces i a veces festiva, orijinal casi siempre, lijera i fácil de contínuo; i su argumento, traducido del frances por Camprodon con envidiable acierto, tiene todo el interes de una perfecta combinacion dramática i de una versificacion deliciosa.

Las tres damas duende, comedia del teatro frances arreglada al español por don Ventura de la Vega, fué representada el mártes, con merecido aplauso, a beneficio de la Sotomayor. El enredo de esta pieza es bastante injenioso, el desenlace un matrimonio como en casi todas las comedias, el protagonista un jóven galan enamorado como es de rigor, i los duendes tres damas jóvenes i bonitas como en el teatro acontece de ordinario. Estas protejen a aquel secretamente, logran con sus diligencias restituirle la herencia paterna i procurarle un buen empleo, i para colmo de felicidades, una de ellas le concede su blanca mano. Sobre esta trama, bien desenvuelta, se ha tejido un diálogo lleno de viveza i propiedad que hace de la pieza una comedia amena e interesante.

La calumnia, comedia de Scribe i traduccion de don Ventura de la Vega, se ejecutó el juéves con buen éxito i sirvió para el estreno de un artista de los mas distinguidos que han visitado nuestra escena, de don Mateo O'Loghlin. *La calumnia* figura entre las producciones mas capitales del fecundo dramaturgo frances, i figura con razon entre ellas. Perfecto conocedor de los recursos teatrales i hábil observador del corazon humano, Scribe halla sin esfuerzo el interes dramático, es inesperado sin dejar de ser verosímil, conmueve el corazon con una palabra, i enreda i desenlaza sus piezas sin trabajo ni violencia. Así, por ejemplo, en *La calumnia* todo es natural i lójico: la accion principia lánguidamente, camina en los primeros actos paso a paso, aumenta poco a poco en velocidad, hasta que por fin se precipita i corre a la catástrofe; i entónces el espectador, ávido i suspenso, palpita de interes i emocion.

Esta comedia, la anterior i la zarzuela—*Los diamantes de la corona*, forman junto con la repeticion—*El estreno de una artista*, una pieza en un acto—*Los dos preceptores* i el contingente de baile de la Thierry, la suma de la exhibiciones teatrales de la semana.

El interes de ésta, ya bastante poderoso con tales representaciones, ha sido acrecentado, i no poco, con el estreno de Florez, tenor cómico bastante bueno i actor dramático mui notable, i la reaparicion de O'Loghlin en nuestra escena, despues de largos años de ausencia. Este ha sido aplaudido lucamente en *La calumnia*, en que permitió apreciar su voz sonora i simpática, su pronunciacion clara i correcta, sus modales irreprochables, la propiedad de su declamacion i la maestría con que sabe interpretar su papel. No ha sido ménos feliz en el desempeño de los suyos Florez, a quien el público ha hecho una excelente acojida.

Estos dos nuevos actores no deben sin embargo hacernos olvidar a los antiguos, á la Mur, sobre todo, que acaso nunca ha cantado con más perfeccion i sentimiento que el domingo, a pesar de que siempre cante sentida i perfectamente; a Clapera que en los *Diamantes de la corona* fué oportuno i cantó deliciosamente; a Gonzalez, que hace rápidos progresos i se hace aplaudir con frecuencia; a los esposos Gaitan, justamente celebrados; a Garces, siempre en vena; i a la Sotomayor, que nunca se olvida de aprender su papel i hacerlo con propiedad.—Inútil sería decir que la Thierry continúa fascinando al público con sus prestijiosos movimientos.

La semana teatral corrida ha satisfecho plenamente las exijencias mas ambiciosas, i acaso la que va a empezar no será ménos afortunada. Las dos funciones que ya se anuncian prometen novedad e interes:—*Catalina Howard* para mañana, i *Sullivan* para el mártes, a beneficio de Gaitan. Esta última tiene pues, un doble atractivo: es una pieza notable i ademas una ocasion, que el público no despreciará, de manifestar su aprecio i simpatías a un verdadero artista, como lo es Gaitan.

En la reunion de anoche, el círculo literario pudo oir una bellísima composicion en verso de don David Campusano titulada: *A Dios*: una oda burlesca de don Manuel Blanco Cuartin i la introduccion a un estudio sobre la batalla de Ayacucho, que lleva entre manos don Joaquin Blest Gana i será, a juzgar por esta brillante introduccion, algo mui bueno i mui digno de este literato.

Domingo Arteaga Alemparte.

Imprenta del Correo, Pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA CENTRAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Noviembre 19 de 1859. Núm. 27.

LA SEMANA.

SANTIAGO, NOVIEMBRE 19 DE 1859.

El espíritu público i las instituciones.

«Los derechos del hombre estaban en la cabeza de Solon; no los escribió, pero los consagró i los hizo prácticos.

«....La libertad no debe estar en un libro; debe estar en el pueblo i reducida a práctica.»

SAINT-JUST.

«Lo que está escrito no es nada.

DE MAISTRE.

Hai en política una ilusion que viene acarreando males de no escasa consideracion al adelanto de las sociedades, a la amplitud del horizonte de sus pensamientos, aspiraciones i trabajos.—Esta ilusion es la que hace creer que los pueblos son la obra de las instituciones que los rijen.

Nada es mas contrario a las verdades que enjendra la observacion i la esperiencia. Sostener, alimentar tan absurda esperanza es desconocer de lastimosa i completa manera las leyes del desenvolvimiento social.

La sociedad reina.

Sus delegados gobiernan.

Esto es:—la sociedad imprime el movimiento, concibe la idea, dá la palabra de órden:—Sus delegados secundan ese movimiento en las esferas de la accion que les ha sido concedida.

Esta es la marcha indispensable, fatal de toda mejora, de todo cambio, de todo progreso, para ser posible de aclimatar, para rendir frutos reales, sin contrariedades, sin obstáculos que vencer, sin desgrácias que obrar, sin ruinas que marquen su paso.

Pero los políticos que se dicen hombres de reforma no lo quieren o no lo saben comprender así. Se imajinan favorecer a la sociedad cuando no hacen sino violar sus leyes, violentar sus voluntades.

De aquí que la causa del bien i la verdad se vea en no pocas ocasiones desacreditada, despopularizada, mirada con ojeriza o miedo.

Una sociedad, por mas atrasada que se la suponga, por mas postrada que se la juzgue, siempre encierra en sus entrañas un gran fondo de buen sentido, un instintivo orgullo por sus prerrogativas, una conciencia en su fuerza i su poder que nada es parte a desarraigar.—Por eso los que, en su deseo de llevar a una sociedad por la buena senda, no se paran en medios i echan mano de la fuerza cuando la persuacion no les basta, cometen la mas funesta de las aberraciones.—Donde aguardaban ver brotar la union, ven jerminar, crecer, robustecerse la division, el odio;—donde aguardaban introducir el concierto, la armonía, se presenta, para su espanto, el mas triste desconcierto, el mas espantable antagonismo;—donde creian encontrarse con la victoria i sus ovaciones, se encuentran con la derrota i sus desengaños;—donde creian encontrar un pueblo que de rodillas los ensalzaba, encuentran un pueblo con el arma al brazo que los anatematiza, que pide su esterminio i grita:—guerra!

De manera que, despues de haber trabajado i sufrido, se hallan con que en vez de sacar a la sociedad del rumbo de los abismos, hácia el cual se imajinaban que vogaba, la han precipitado en él.

De no: investigad, estudiad el por qué de las dificultades que tiene la verdad para triunfar, para unificar en su seno, animar con su calor a los hombres i a los pueblos. Estamos seguros que toda investigacion i todo estudio hecho con imparcialidad, sin que ninguna estraña idea turbe el alma ni ningun ajeno sentimiento el corazon, vendrá a dar por resultado esta verdad:

La violencia no es el camino del progreso.

El progreso es la obra de las mayorías.

Córrase la historia de las sociedades de hispano-américa desde que se dieron una vida propia. ¿Hai sociedades que hayan pasado por mayor número de fluctuaciones? Hai socieda-

des en que el descontento del presente haya ejercido un poder mas tiránico i sin contrapeso?—La Francia misma, esa nacion que se considera como el proto-tipo de la versatilidad, se queda mui atras, en sus mudanzas, del mas tranquilo i sensato de los pueblos de la América latina.

I de tanto ir i venir, de tanto caer i levantar, de tanto tanteo, de tanta prueba, de tanto eror i tanto arrepentimiento ¿qué es lo que en fin de cuentas han sacado estas sociedades?—Nada!

Al contrario: si se vá a parangonar su presente con su pasado; este vale mas que aquel. Si de ámbos se vá a deducir su porvenir, ni todo el optimismo del doctor Pangloss seria bastante a no echar por tierra las mejor arraigadas esperanzas.

Esto no tiene otra causa que esa funesta usurpacion que los Fariceos de la política vienen ejerciendo sobre los derechos i prerrogativas de la sociedad.

A nuestros pueblos no se les dice:—Marchemos! se les grita:—Marchad!—Si no lo hacen se les empellonea, se les maltrata, se les arrastra mal de su grado a donde se pretende que vayan.

Así, cada revolucion,—si tal nombre pueden recibir nuestros trastornos,—no hace otra cosa, no arriba a otro resultado que a un agotamiento de la fuerza, del vigor, del brio social.—Tras cada revolucion no vemos un pueblo que se levanta, que vive, que se rejenera, que progresa—sino un pueblo que se arrastra, que agoniza de fatiga i de dolor.—Tras cada revolucion no son ideas, principios los que quedan de pié—son odios, son intereses personales, son nuevas semillas de lucha, de division, de desarmonía.—Tras cada revolucion no es un pueblo el que se alza—es un caudillo, no es una gran verdad la que se proclama—es un nombre pomposo.

Aun cuando esto no se quisiera ¿cómo impedirlo tampoco? cómo hacer de la noche a la mañana suceder en las intelijencias la ilustracion a la ignorancia, la luz a la oscuridad?

Decididamente, no son las leyes, los decretos los que pueden dar a un pueblo la capacidad de la libertad: ¿de qué sirven las mejores instituciones cuando la sociedad carece de la voluntad para aprovecharse de ellas, cuando estraños manejos son parte a burlarlas?

¿Se cree, por acaso, que basta con proclamar libre a un pueblo para que lo sea?—Semejante creencia arguye un absoluto desconocimiento de la índole de las sociedades, sobre todo de las nuestras.

Es preciso no engañarse: los que aguardan la rejeneracion de una nacion de las reformas políticas se llevan un soberano chasco. Esas no son sino una consecuencia inmediata i directa de las sociales. Empezar por ellas es esponerse a producir muchos males i ningun bien, a turbar la sociedad por solo turbarla, a desorientar la marcha de las esferas de su actividad, en lugar de imprimirle nueva vida i movimiento nuevo.

¿A qué se podrá arribar con la mas liberal lei de elecciones a la disposicion de una mayoría que se deja intimidar por el sable del esbirro, que vende su voto, que hace un comercio infame de su derecho, de su conciencia i de su soberanía? Qué podrá salir de elecciones en que el dinero es el regulador de las opiniones?—La elevacion i el triunfo de la especulacion i el oro. No será el mérito el que se levante,—será la riqueza, no será el mas digno,—será el mas activo i esperto en esas transacciones político-comerciales.

¿Cuál de todas las libertades que constituyen la democracia i hacen la felicidad, la tranquilidad de los pueblos, podrá fructificar en naciones no preparadas para recibirlas? —Ninguna!

Todas se vén desnaturalizadas, dejeneradas de lastimosa suerte.

La libertad electoral—será el derecho de comerciar con la conciencia.

La libertad de la prensa—el derecho de vomitar hiel i veneno sobre el contrario, será la polémica que todo lo subvierte i bastardea, en vez de la publicidad que todo lo aclara, que busca por donde quiera la verdad.

La libertad de asociacion—el derecho de conspirar a la luz, de hacer ostentacion de la mas desenfrenada demagojia.

Lo propio que con estas libertades acontecerá con las demas que de estas se desprenden o a que estas sirven de corolario.

No nos cansaremos de repetirlo: no son las instituciones las que hacen los pueblos,—ellos son los que forman las instituciones.—Una sociedad no puede vivir de una vida prestada ni ficticia, necesita una vida suya propia.

Es una garrafal ausencia de lójica la que padecen los hombres que se titulan de reforma al querer imponer a la sociedad su manera de ver, de juzgar i de pensar.—Porque no es

otra cosa esto de tratar de rejenerar a una nacion a fuerza de leyes, es decir,—a fuerza de mandatos.

A los pueblos no se les manda.

A los pueblos se les persuade.

Enséñese a un pueblo a ser libre i lo será a despecho de las leyes mas tirantes, de los gobiernos mas recelosos.

Cada escuela que fundemos será un gran paso dado hácia la república i la democracia.

Cada reforma política que emprendamos, ántes de haber obrado la social, será tiempo i labor perdidos.

Los pueblos hacen las instituciones.

Nunca las instituciones han hecho un pueblo.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

De la Literatura Chilena.

SU NACIONALIDAD.—SU CARÁCTER I SU INFLUENCIA EN EL PROGRESO I FELICIDAD DEL PAIS.

O SEA

De la Literatura Chilena, considerada en sus fuentes, i en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de su nacionalidad e influir en el progreso i felicidad del pais.

Continuacion.

V.

De todos los jéneros de literatura esplotados entre nosotros, ninguno lo ha sido en tanto grado como el histórico; i sin embargo, ninguno es mas difícil, ninguno requiere mayor estension i diversidad de conocimientos, mayor caudal de dotes morales e intelectuales, que la literatura histórica.

Asusta verdaderamente la sola idea de los conocimientos, i cualidades que el arte moderno exije del historiador. Por lo mismo que la historia no está sujeta a formas necesarias i precisas; por lo mismo que ella es, de todos los jéneros de literatura, el mas vario i multiple; por lo mismo que ella deja un ancho campo al talento del escritor, segun el punto de vista que elije, segun su jenio, la época o el fin que se propone; las dificultades por vencer son mayores, i mayores tambien los medios necesarios para vencerlas. I sin embargo, en este ramo de literatura, la nuestra cuenta ya obras de gran mérito i escritores distinguidos. ¿Será que las dificultades mismas han estimulado este estudio? ¿O habrán las pasiones políticas entrado por mucho en el fomento de la literatura histórica? O, lo que es mas probable, ¿habrán nuestros escritores obedecido en esta predileccion, a un impulso de la época en la direccion de los estudios históricos?

Sea de ello lo que fuere, el resultado es que nuestra literatura posee en crónicas, biografías e historias propiamente dichas, un caudal considerable que la historia jeneral completa i filosófica que está por escribirse, recojerá algun dia. Ella vendrá, esa historia de nuestra vida en sus relaciones con nosotros mismos, con el mundo, con el universo, i posesionándose de todos esos detalles, de ese número infinito de hechos consignados en nuestra historia social, política, militar, constitucional, científica, eclesiástica, consignará lo que merezca sobrevivir, aquello que sea durable en su relacion eterna con la naturaleza del hombre i con el pensamiento de la humanidad: ella distribuirá sabiamente con el discernimiento que dá la ciencia, todos los detalles de costumbres, de artes i de conocimientos, toda la variedad de la vida humana, impartiendo a todo el movimiento, la gracia, la novedad que el arte moderno exije de toda buena composicion histórica.

Yo he pedido al romance, a la poesía, a la novela chilena, yo pido al teatro chileno, un nacionalismo peculiar e independiente; esto es, he pedido i pido a las obras de ficcion i de imajinacion, la espresion de la vida, las costumbres, las necesidades, las pasiones chilenas; o en otros términos, que el argumento sea sacado de nuestras costumbres i nuestras aspiraciones. Ahora pido a la historia chilena, cuyo argumento necesariamente ha de ser chileno, que se guarde de encerrarse en los límites estrechos para ella, de la nacionalidad chilena; que por el contrario levante la vista i traspase esas barreras, en la apreciacion filosófica de acontecimientos eslabonados precisamente con la marcha de la humanidad.

"No es necesario que Dios mismo hable, dice Tocqueville, para descubrir signos ciertos de su voluntad: basta examinar cual es la marcha habitual de la naturaleza i la tendencia continua de los acontecimientos; yo sé sin que el Creador alce la voz, que los astros signen en el espacio las curbas trazadas por su dedo.» En efecto, todos sabemos, sin que Dios hable, al observar el movimiento del mundo en su lei constante del progreso, que la humanidad marcha empujada por su mano poderosa. Yo sé, i lo sabeis vosotros, que no hai acontecimiento histórico por adverso que parezca, que en realidad no sea un eslabon mas en la cadena de la vida humana universal, un paso dado en la via del progreso, una grada ascendida en la elevacion del pueblo hacia sus ulteriores destinos, el mejoramiento social, la libertad, la democracia. De aquí proviene el carácter *sincrónico* que debe revestir la historia en nuestros dias; esto es, que al consignar los hechos relacionados con un pueblo particular, no prescinda del vínculo que une su existencia al pasado de la humanidad i a la existencia actual de los demas pueblos.

Una historia para ser eficaz, para ser útil i grande, debe precisamente ser sincrónica;

pues ella no puede prescindir del hilo, del vinculo que la une al movimiento de los otros pueblos. No hai ni puede concebirse pueblo tan completamente aislado, que prescinda de los otros pueblos al grado de no ser influido por ellos. La China misma, ese ideal del aislamiento, a pesar de sus murallas, no ha podido evitar el *sincronismo* de la humanidad; i el cañon de los *bárbaros* no ha venido a hacer otra cosa en el siglo XIX, que advertir al mundo del movimiento que desde muchos siglos operaban las ideas. El cañon en el siglo XIX ha venido a abrir para el comercio, las puertas que de nada habian servido, para impedir la entrada a las ideas.

El acaso por otra parte, es inadmisible en las apreciaciones históricas: el acaso es una espresion inventada en nuestro orgullo, para determinar efectos cuyas causas no alcanzamos o no comprendemos. Por un acaso fué descubierto el nuevo mundo por un pobre Jenovés, i sin embargo, en la apreciacion histórico filosófica de ese hecho, Colon realiza de una manera sublime por ese descubrimiento, la accion i el pensamiento de la humanidad de toda una época, de todo un siglo, del siglo XV.

Fué por acaso que un monje fanático, predicase la necesidad de las cruzadas para la reconquista del Santo-Sepulcro, i sin embargo esa cruzada representaba la idea, la necesidad imperiosa de una época: era una idea, una necesidad política i social cristiana, en la lucha de supremacía relijiosa i política con el mahometanismo tan prepotente entónces: era un pensamiento que la humanidad venia fermentando i madurando desde larguísimos años, i que llegado el dia, un hermitaño, una mujer, un niño, el acaso, como llamamos, debia realizar.

Fué por acaso que hubo una revolucion francesa, i un Napoleon, i un Príncipe de la Paz, i un Rei Cárlos IV, i una reina prostituida, i un príncipe como Fernando, i las escenas de Bayona, i la invasion de España, i la guerra de la Península; i que coronase estos acasos el mas grande i trascendental de todos, que medio mundo picase el cable que la unia a una punta de la Europa: que la América fuese irremisiblemente independiente!

Nada hai casual en la historia del mundo, a no ser que se suponga todo casual en su marcha. Lo segundo es imposible, es absurdo en vista de la lójica admirable que preside al desenvolvimiento de la humanidad: es preciso atribuir, pues, este fenómeno a una causa primaria, orijen de todo lo creado—a Dios. Descubrir pues la mano de Dios en medio de la algazara del mundo, en los estravíos de las pasiones de los hombres, en la oscuridad de sus crímenes, en la claridad i verjel de sus virtudes, esa es la mision del historiador, ya sea que escriba la historia de Chile, ya la de cualquiera otro pais. Descubrir pues las causas de esos efectos que nos dejan pasmados i que el vulgo llama acaso; mostrar el hilo sutil, imperceptible a veces, pero que nada ha roto ni romperá, que liga los efectos a las causas, i esas causas a la vez efectos, a otras causas anteriores, hasta arribar a la causa primaria, a Dios: discernir entre causas i efectos i no tomar a estos por aquellas, como ha sucedido en muchos sistemas filosóficos en que vemos tomar el efecto por la causa, lo creado por el Creador, la naturaleza por Dios!: descubrir, discernir todo eso; alumbrar con esa luz la narracion de los conocimientos, uniendo a esa tarea la gracia en la composicion, la vida, la imajinacion, esa es la mision del historiador. I dígaseme ahora si exajero cuando digo que asusta la sola idea de los conocimientos, los talentos i virtudes que requiere tan árdua empresa.

Para llenar tarea tan inmensa, requiere el historiador por cualidades morales, que formen el alma, permítaseme hablar así, de su talento, en primer lugar, el amor a la verdad; no a la verdad muerta, emanacion de los archivos i protocolos, sino la verdad deducida, encontrada en la fisonomía de los personajes, en sus pasiones, en las costumbre, en las situaciones, juzgadas, no desde el punto en que nos hallamos i en que nosotros vivimos, sino de la época en que ellos vivieron i las situaciones de tiempo, de lugar i circunstancias en que se encontraron.—No es posible juzgar a Colon por las ciencias jeográficas del dia, ni su navegacion segun las cartas de vientos i corrientes oceánicas del teniente Maury.

La otra cualidad moral del historiador, debe ser el amor a la humanidad i a la libertad; pero aun ese amor i esa idea de la libertad deben ser contemporáneas en lo posible de los acontecimientos, so pena de cometer anacrónismos disparatados, como serian juzgar a los conquistadores por las ideas actuales de libertad i del derecho; juzgar a O'Higgins o a Carrera por las leyes constitucionales que hoi nos rijen.

Se exije del historiador justicia imparcial, si bien no es posible exijírsela impasible: no, no; el mejor historiador es aquel que depone como testigo i juzga, que sufre o se alboroza segun que lo que cuenta es adverso o feliz.

Por último se le exije patriotismo.—Si, patriotismo. Pasó ya el tiempo en que se imponia al historiador el deber de no tener patria; en el dia el historiador ha de sentir cuando narre para hacer sentir i que se le crea; i estas condiciones no puede llenarlas sin patriotismo.

A estas virtudes debe reunir el historiador, talentos mas difíciles de poseer, mas raros aun, que esas virtudes.

La historia de un pais puede compararse a un grande rio, tanto mas grande i caudaloso cuanto mas estenso sea el espacio recorrido, mas lento su curso, mas o menos considerable el número de tributarios que desembocando en

él, confundan i aumenten con su propio caudal, el de sus aguas.

La historia antes de asumir el carácter filosófico grave i majestuoso, antes de ser gran rio, principia por innumerables manantiales i arroyuelos conocidos, que vienen a formar i aumentar sus aguas. Estos manantiales son innumerables i determinados por una variedad infinita de conocimientos, relacionados con la etnolojia, la filolojia, las ciencias políticas, las ciencias naturales, las ciencias de la guerra, de la marina, de las finanzas.

Entre esas innumerables ciencias que todas vienen con su luz reunida, a formar la antorcha que guia a la historia en sus investigaciones, la etnolojia, la filolojia, la cronolojía, la biografía son que las forman, por decirlo así, el cuerpo moviente de la historia. De aquí la importancia histórica de las memorias, los cuentos, los chismes mismos de ciertas épocas; i cuando Horacio Walpole llevaba i traia cuentos del palacio a la Corte, de la Corte al gabinete, creia que aquello era solo manejos políticos; i al consignar esos cuentos no sospechaba que contribuia a la historia de uno de los reinados mas notables de la Gran-Bretaña.

No hai quien no conozca las memorias de San-Simon i de Duclos i no hai quien en el dia no les acuerde una gran importancia histórica.

Bosquejadas a grandes rasgos las cualidades personales del historiador, permítaseme considerar las diversas formas históricas, que segun la naturaleza de los asuntos i de las circunstancias, reconocen los maestros del arte. Mo arrastra a este estudio, nó la pretension de enseñar a los que saben, sino la necesidad que me impone mi programa, de trazar el terreno en que concibo que debe moverse nuestra literatura histórica, para ser fiel a su nacionalidad e influir en la suerte i los destinos del pais.

Las formas históricas las dividen en tres: La primera es la forma llamada *conjetural*, la que deriva su existencia, del trabajo injenioso e investigador, que busca la verdadera marcha de la humanidad en medio de la obscuridad de los primeros tiempos, sin otro auxilio para averiguar la verdad, que un pequeño número de obras incompletas, mutiladas, de monumentos orijinales i primitivos esparcidos a gran distancia, i que con tales medios reconstruye la historia por la adivinacion a veces, i por la conjetura. Esta forma de historia es la que hacen los modernos con un caudal grande de conocimientos ausiliares, siempre que quieren razonar sobre la antigüedad, i rehacer la historia de pueblos que no existen.

La segunda forma histórica es la *crítica o sábia*, i que se refiere a épocas mal conocidas si se quiere, como por ejemplo la edad media, pero llenas de monumentos que interrogados a la luz de las ciencias i la crítica, dan a conocer la verdad clara, i pura de toda conjetura o adivinacion.

La tercera i última, es la forma llamada *completa*, la que se refiere a las épocas que estan mas próximas a nosotros, que cuenta a la imprenta por su principal auxiliar, i en que la civilizacion, i las ciencias, han dejado contínjentes poderosos en que la intelijencia i el trabajo descubren la verdad.

La historia conjetural no tiene otras reglas que el pensamiento del escritor.

La história crítica o sabia, reconoce dos formas opuestas bajo las cuales puede ser tratada: o bien por el desenvolvimiento metódico i detallado, o por el resúmen exacto i rapido, con supresion de todo detalle innecesario al conocimiento de la verdad. Esta última forma era la preferida por los escritores del siglo XVIII, por Voltaire en su *Ensayo sobre las costumbre i jenios de las naciones;* por Robertson en su *Introduccion a la Historia de Cárlos V.*

La historia *completa* i detallada, la historia actual, es la que impone al historiador esos grandes deberes, esa universalidad de conocimientos, esas virtudes, ese talento, que acabo de esponer como condiciones del historiador cual lo concibe el arte actual.

Sobre esas tres formas históricas que acabo de enumerar, esparce su soplo de vida, su resplandor divino la eterna filosofía: ella i solo ella, liga, da forma, vida, movimiento, alma a los fragmentos históricos; ella es la que no limitándose ya al mero exámen i desenvolvimiento de sistemas, se aplica por el estudio del órden en que esos sistemas se han sucedido i las circunstancias que los hicieron nacer, a descubrir las huellas de las operaciones sucesivas del espíritu humano.

La historia actual para contemplar el espectáculo intelijente de los siglos reunidos i de las naciones en marcha, tiene que subir a las alturas de la filosofía. El prefacio de la grande epopeya del siglo XIX es la filosofía de la historia; i el grande hecho que la filosofía de la Historia descubre, es el advenimiento, cada vez mas marcado, de un número mayor de hombres a la vida moral i política; esto es el inevitable desenvolvimiento de la democrácia i la necesidad cada vez mayor para todo hombre que pueda influir en sus semejantes, de trabajar en la educacion de esa fuerza tumultuosa.

En el hecho constante de la importancia i preferencia dada por nuestros escritores a los estudios históricos, la literatura chilena ha obedecido a una impulsion a que obedece hoi el mundo entero, i en esto veo una prueba, si tal prueba fuese necesaria, de lo quimérico que seria la pretension de aislar nuestras letras, nuestro pensamiento, de las letras i el pensamiento del resto del mundo. Nó, no es ahí a donde debe conducirnos el nacionalismo apetecido en nuestra literatura, sino a unirnos, tales cuales somos sin máscara, sin disfraces, en lazo estrecho de confraternidad, a nuestros hermanos los americanos; a nuestros

padres, nuestros amigos, nuestros maestros los europeos.

En efecto, si tendemos la vista sobre el resto del mundo, sobre esa Francia centinela avanzada de la civilizacion, que lanza un grito de alerta a cada nueva idea que se presenta o se anuncia, a esa nacion espiritual i escencialmente habladora, incapaz de guardar un secreto, propio o ajeno, palanca indispensable en el movimiento del mundo; si estudiamos lo que pasa, veremos: en política la intelijencia del presente comprendida en sus relaciones aparentes u ocultas con el pasado; en las ciencias teolójicas, el abandono de la rutina de la interpretacion literal, i la aplicacion de la crítica moderna al estudio de los libros sagrados de todas las naciones, llevando la erudicion histórica por caminos enteramente nuevos; las bellas artes recibiendo del estudio de la antigüedad un socorro precioso; veremos por fin en todos los ramos de los conocimientos humanos, una importancia incesante i progresiva dada a los estudios históricos. La vocacion histórica del siglo es incontestable, i la esplican los adelantos en la ciencias a la vez que los acontecimientos prodijiosos que contemplamos. De esos acontecimientos no es de los menos notables el que dió por resultado la independencia de la América española, i la separacion de esa América, en nacionalidades distintas cuando la brisa disipaba apenas el humo del combate de Ayacucho. Allí se dieron el último abrazo de hermanos i se fraccionó un gran pueblo, en nuevas nacionalidades, para quienes principió aquel dia la carrera de prueba i sufrimientos, de lágrimas i de sangre, en persecucion de una idea; esa idea es la verdadera realizacion del pensamiento democrático que elaborado en el mundo por la filosofía, llegó en su vuelo providencial a nosotros, i constituye el alma de nuestra revolucion i de nuestra existencia política.

La revolucion Hispano-Americana representaba entónces una idea, una idea de alta filosofía encarnada en ella, e hija de la filosofía del siglo XVIII—Así es en efecto, i esa idea que dió vida a esa revolucion, es el alma de nuestra existencia revolucionaria, es la idea que sustenta, ajita i trabaja a toda la América española. El *Círculo* acaba de laurear en su Certámen literario de setiembre, un excelente estudio histórico de nuestro amigo don Joaquin Blest, escrito bajo la santa inspiracion de esa fatalidad histórica. Desde el principio hasta el fin, desde el epígrafe de Monteagudo hasta la última espresion, ese escrito revela que la Independencia americana era inevitable como la realizacion de un pensamiento que venia elaborando el mundo en su marcha de progreso; que era incontrarrestable, invencible, fatal, por la naturaleza misma de su oríjen filosófico i divino.

El problema no admitia otra solucion, sin caer en el dedalo de la casualidad i del acaso, admitido como causa histórica.

El historiador chileno debe pues mostrarnos, en conceptos tan sobrios como atractivos, el lazo que une a la emancipacion chilena con la emancipacion jeneral hispano-americana: a ésta con la revolucion Francesa, con la revolucion de las colonias Británicas de la América del norte, i a todas con la filosofía del siglo XVIII.

Ningun hecho histórico puede considerarse aisladamente, puesto que reconoce precisamente derivacion mas o ménos aparente, mas o ménos misteriosa, de causas jenerales que pueden manifestarse localmente aquí o allí; pero que emanan siempre de ideas que elabora la humanidad entera.

En la realizacion de las ideas, los hombres que ocupan la escena histórica son meros instrumentos de la Providencia. Colon, Pizarro, Valdivia, Washington, O'Higgins, Carrera, San-Martin, Bolívar, deben ser apreciados por la historia segun las ideas que representaban i a que servian; ellos constituyen en su mision transitoria, fuerzas en favor de ideas que tienen la edad del mundo, i que el mundo elabora, fermenta i madura por medios misteriosos que el historiador descubre. Ellos son hombres, formas pequeñas, falibles, mortales, que representan ideas inmortales, que tienen la edad del mundo, que han crecido con él i destinadas a marchar siempre con el tiempo, infatigable, constante, infinito.

Nuestra revolucion representaba una idea, un pensamiento, que comprendian los pocos a que obedecian instintivamente los mas; un pensamiento americano, humanitario. Ese pensamiento luchó entónces contra el primer enemigo que se presentó a combatirlo; pero la existencia de luchas que le preparaba su misma esencia revolucionaria i filosófica, no terminó ni podia terminar en Ayacucho, en Chiloé, ni en el Callao con la cesacion completa del dominio español en la América. Ese pensamiento, el pensamiento a que obedecieron instintivamente los hombres del año 10, ha seguido luchando, lucha todavia contra resistencias lójicas i naturales, i luchará aun hasta que luzca en toda su brillantez la verdad de las instituciones democráticas que son la forma actual de ese pensamiento, que reasume todo el porvenir infalible de nuestras sociedades. Descubrir la marcha de esa idea, de ese pensamiento en su tránsito por los hombres i las cosas, por situaciones i acontecimientos, he ahí la árdua pero bellísima tarea de nuestra literatura histórica.

Una historia asi escrita traeria inmensos beneficios. En política, iluminaria i ayudaria a la marcha presente de la República la esperiencia i la ciencia del pasado. En nuestras relaciones con el mundo, nos daria a conocer a esa Europa que ni nos conoce, ni nos estudia, ni nos comprende en otras relaciones que las de consumidores. En su diplomácia de mercaderes, ve en nuestras disenciones, no el efecto de grandes causas, de grandes prin-

cipios que luchan con obstáculos naturales i lójicos con nuestros antecedentes, sino contiendas pequeñas, hijas de pasiones bastardas, que no contrabalancean virtudes cívicas que poseemos como ellos i tal vez en mas alto grado que ellos. I por último tal historia tendria el grande i benéfico efecto de inspirar la fé i la esperanza a almas ardientes i elevadas que desesperan del presente i del porvenir, sin mas que porque ven a este mui abajo de sus elevadas concepciones i aquel mui lejano para su ardorosa esperanza; pero que se curarian de su pesimismo ilustrado al contemplar el camino andado, la altura conquistada. El menor efecto de la historia que apetezco seria producir el contentamiento necesario a la prosecucion vigorosa del trabajo, i que apesar de cuanto pudiera aflijirnos, esclamásemos siempre con la abnegacion del Dr. Pangloss, cuando le cortaban las narices: «todo es para lo mejor en el mejor de los mundos posibles.»

DEMETRIO RODRIGUEZ PEÑA.

Dios.

DEDICADA A MI PADRE.

I.

Aliento de esos mundos que marchando
Por una lei eterna encadenados
Siempre uniformemente están jirando
Sobre los vastos campos azulados,
Tú que a sus masas un impulso dando
Las movisteis cual átomos alados,
Perdona mi insensato atrevimiento
I dá a mi númen inspirado acento.

Si eres el padre de la luz hermosa
Que en torno al orbe vaporosa jira,
Si eres el creador de cada cosa
I del aire tambien que ella respira:
Sufre que entusiasmada i ardorosa
A tí te cante mi modesta lira,
Humilde sí, mas fuerte i resonante
Para cantar tu trono centelleante.

Yo diviso, señor, tu sabia mano
En la tierra, en los mares i en el cielo,
En el rocío que tapiza el llano
I de las aves en el raudo vuelo,
La veo conmover el oceano
I el espacio rodear de espeso velo,
Dar perfume a la flor i movimiento
Al insecto i al hombre sentimiento.

Que eres la vida de la humana vida,
El cáliz de esa flor de mil aromas,
Su sol de luz radiosa i bendecida
Que aun para el ser mas vil el rostro asomas,
Céfiro que sostiene a las palomas
Cuando en tranquila i apacible huida
El aire cruzan hácia tí mirando
I te envian sus himnos arrullando.

¿Dónde llevar los ojos, dó la mente
Posar tratando de olvidar tu nombre?
En vano a tu grandeza indiferente
Quiere escéptico e infiel mostrarse el hombre.
¡Cómo poder ahogar lo que se siente
Si no hai nada en la tierra que no asombre,
Si el espacio en su nada majestuosa
De tí nos habla en lengua misteriosa!

Sube irradiando el sol por sobre el monte
I árboles, campos, rios, ilumina,
Aclárase lejano el horizonte
I parece mas verde la colina:
Miéntras que cual osado Faetonte
La alondra de voz clara i arjentina
Lánzase en pos del sulco luminoso
Preludiando su canto melodioso.

I a su cantar responden mil gorjeos
Que despiertan gozosa a la natura,
I llevando en el pico sus trofeos
Los pajarillos cruzan la llanura.
Dejaron a pesar de sus deseos
Su embalsamado lecho de frescura
Los matinales céfiros i el vuelo
Dieron por sobre el limpio riachuelo.

I a su paso las flores se mecieron
I en perfumado aliento suspiraron,
De su sueño las alas sacudieron
I sus lindas corolas elevaron.
Los prados nuevas tintas recibieron,
De lirios i jacintos se pintaron:
Murmura el agua, blanda es su armonia
Que saluda amorosa al nuevo dia.

El aire es dulce con su soplo suave
Como aliento de vírjen adormida,
I hendiendo bosques e impulsando al ave
Se desparrama en átomos de vida.
Todo a extasiarse i a vivir convida,
Todo ser bello i sorprendente sabe,
Sol, montes, prados, bosques, riachuelos,
Flores, céfiros, aves, altos cielos.

I el alma allá se eleva. ¡Oh cuán dichoso
El que extasiado en tan sublime escena
Contempla de amor lleno i de alborozo
Cómo todo en el orbe se encadena!
I puede comprender este grandioso
Concierto que el espíritu enajena
I el poder creador, inmenso, eterno,
Que, único árbitro, rije su gobierno.

II.

Ya oculto el sol, una vislumbre vaga
Se ajita vacilante en la pradera,
I en su canto parece que se embriaga
La melodiosa fuente placentera.
Tímida al fin su limpidez apaga,
Falta de luz, i murmurando espera
A esa beldad que viene sonriente
En su cristal a reflejar la frente.

Ténues murmullos en acordes suaves
Vagan en alas de la fresca brisa,
Son los últimos cantos de las aves,
Al sol que huyó la postrimer sonrisa.
Es la hora de paz; sus penas graves
Olvida el hombre i pura se desliza
Muda oracion que el universo lanza,
De admiracion, de amor i de esperanza.

¡Qué de ricos aromas! La llanura
Túnica viste de olorosas flores
Que en el rocio beben su frescura
I de la luz reciben sus colores.
De ellas en torno el céfiro apresura
Sus jiros mil arrebatando olores
Que como incienso entre sus alas lleva
I audaz con ellos hasta Dios se eleva.

Hai en la tarde un algo misterioso
Que arroba el alma en éxtasis divino;
El campo yace en calma, vagaroso
Del ave errante apenas se oye el trino.
I el cielo azul ¡qué bello i majestuoso!
¡I ese último reflejo purpurino!...
La tierra envia con amor estremo
Su exhalacion humilde al Ser Supremo.

Va aumentando la sombra; de repente
Allá sobre los montes, indecisa,
Lejana claridad ciñe su frente
I ya mas limpia i bella se divisa.
Pasa un momento.... Cándida i luciente
La luna exhala su primer sonrisa,
I ese rayo de luz inmaculada
Es de Dios la benéfica mirada.

Que tú en los astros luminosos moras,
Su rumbo en el espacio dirijiendo,
I ya brillas en fúljidas auroras
O estás el orbe con tu amor cubriendo.
Tú del tiempo gobiernas a las horas
I se calla a tu voz el mar tremendo:
En el aura balsámica te meces
I con tu aliento todo reverdeces.

Cuando a tu voz en el espacio mudo
Vaya a romper sus leyes la armonía
I destrozando su brillante escudo
El sol perezca i aniquile al dia,
El cielo inmenso quedará desnudo
E irán sus mundos a la nada fria,
Mas tú seguirás siendo como has sido
I en lo infinito vagaras mecido.

DAVID CAMPUSANO.

MEMORIA

SOBRE

La historia de la filosofía i de la medicina (1).

Douce lumière, hélas! me seras-tu ravie?
LA FONTAINE.

Consideraciones sobre la historia de la filosofía i la medicina.—Alianza que debe existir entre ellas.—Ignorancias eternas.—La fé como último resultado.

I.

Si consideramos a la filosofía como la ciencia de la verdad, i meditamos sobre lo limitado de las facultades humanas, no se estrañará que el hombre desde que ha tenido conciencia de su vida haya intentado examinar los elementos que la constituyen, i pretendido averiguar cual es el destino que está llamado a desempeñar en este mundo.

¿Quién soi? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voi? son seguramente las primeras preguntas que se habrá dirijido, i las que deben haberlo impulsado al estudio de sus facultades físicas i morales, a la indagacion de los fenómenos que a cada segundo se operan en su ser, i al análisis de los móviles que empujan o determinan los actos de su voluntad; cuya responsabilidad le manifiesta el irrecusable sentimiento de su conciencia.

De aquí, pues, de esta conjénita pretension provienen los esfuerzos que han manifestado siempre las sociedades para hallar la verdad; i por ella se esplica, i hasta se sanciona, la temeridad que en distintas épocas ha demostrado el hombre al recorrer las diversas sendas que le ha ofrecido su innato deseo de averiguacion, despeñándose unas veces en el error, i otras prosiguiendo su camino iluminado por la luz celeste que debe, al fin, conducirlo a la realizacion de sus esperanzas.

II.

Si echamos una ojeada a los pueblos antiguos, si examinamos su organizacion social i política, si buscamos las causas que han debido producirlas, uno no puede ménos que confirmarse en la idea de que el hombre ha nacido para estudiarlo todo, i, por consecuencia de este peculiar instinto, para cumplir una mision mucho mas elevada todavía que la que desempeña a favor de los cinco mil años de estudio i de las felices transformaciones que ha visto operarse en su suerte por la mano de la Providencia.

Si dirijimos, pues, una mirada escrutadora sobre el hombre, i lo seguimos desde la cuna de su civilizacion hasta el instante de aparecer sobre la tierra el *Hombre-Dios*, es forzoso convenir en que las facultades humanas, apesar de su creciente desenvolvimiento, enredándose en las mismas soluciones de sus problemas, entrabándose con los propios hilos a favor de los cuales debia penetrar en el tortuoso laberinto de la investigacion, jamas pudieron, hasta la época que hemos apuntado, hallar el objeto de sus ansias, por carecer de la estrella que debia encaminarlas al puerto de la verdad por entre las embravecidas olas del error i los jigantescos escollos de la ignorancia i del vicio.

III.

Destruido el paganismo, establecida la relijion cristiana en las naciones del occidente, la filosofía,

(1) Leido en el *Círculo de amigos de las letras.*

como es natural, tomó otro curso; siguió, ayudada de la luz de la revelacion, un rumbo no esplorado todavía; i a favor de ésta es como vamos a contemplarla mas tarde coronada de gloria, i dispensando con mano ábierta i protectora un reguero de luz divina para alumbrarnos los arcanos del porvenir, i perseguir con sus rayos al error en todas las encrucijadas, en todas las pendientes, en todas las simas en que se esconde despues de haber sido vencido cuerpo a cuerpo por ella.

Despues de la destruccion del Imperio Romano, es decir de la caida del mundo antiguo, sucedió, como era lójico que sucediese, que hecho trizas el edificio pagano, derribadas las imponentes columnas que lo sostenian, tendiese irritada la mano de Dios una noche de mil años sobre la grandiosidad de aquellas ruinas.

En el largo curso de estas tenebrosas tinieblas, la filosofía despojada ya de sus falsos atavíos, purificada de los vicios que la manchaban, huyó despavorida a esconder su cabeza venerable en el solitario asilo de los claustros; i desde allí, desde aquel encierro ofreció, como sabemos, su mano jenerosa al inmortal Bacon para que la sacase de la oscuridad en que habia querido sumerjirse durante seiscientos años, como para llorar los estravíos de su juventud, i nutrirse a un tiempo con el robusto alimento de la fé que le faltaba.

IV.

Sabido es que al escolasticismo se opuso la *esperiencia*, i que a la autoridad i al dogmatismo sucedieron, con la aparicion del jénio citado, la investigacion i el analisis; i que de allí surjieron las doctrinas de aplicacion a todos los ramos que forman el inmenso repertorio de las ciencias.

Abierta la senda de la averiguacion sistemática, libre ya el espíritu para poder recorrer en la esfera de la conciencia todas las veredas que conducen a la verdad, es claro que la intelijencia humana pudiese añadir a las verdades creidas i respetadas las pruebas de su creencia i su veneracion i, lo que es mas, que lograse aplicar el fruto de sus estudios a todos los diversos departamentos del saber.

V.

Como mi objeto es pintar especialmente la alianza que debe existir, entre la filosofía i la medicina, me contraeré a esponer las aplicaciones que en los tiempos modernos se ha hecho de aquella a la ciencia que tiene por objeto el estudio de las leyes en que se asienta la vida del hombre i, por contraposicion, el de las que esplican como ésta se perturba, se descompone i rompe, al fin, en consecuencia de los mismos principios en que se basa la vitalidad de la especie.

VI.

«Tomando el estudio de la medicina desde la irrupcion de los bárbaros del Norte hasta el comienzo de la historia moderna, dice el Dr. Abercrombie en un artículo publicado en la enciclopedia médica, el espíritu no puede ménos que sorprenderse al verla reducida en todo ese lúgubre periodo al empirismo mas mezquino, apostatando de la elevacion en que la habia colocado la Escuela Griega i de la tendencia que le habia señalado Hipócrates.»

Efectivamente, si se estudia la época a que alude el escritor citado, uno no puede ménos que aflijirse al contemplar el espectáculo que ofrece la ciencia médica. Entregada esclusivamente en manos de los escolásticos, profesada solo por los judios, que en todas las cortes de Europa eran médicos de cámara de los reyes: confundido su estudio con el de la alquimia i la nigromancia: aplastadas sus esperiencias con el peso de la supersticion mas grosera: mal comprendidas las elevadas tendencias que encierra, no era posible que lograse durante este dilatado eclipse de la razon humana continuar la tarea del estudio comenzado.

Fué, pues, la ciencia durante el período que citamos, segun el sentir de los mas doctos historiadores de ella, solo una masa informe i confusa de disparatadas doctrinas, en que las abusiones mas chocantes i ridículas eran veneradas como las verdades mas puras i los resultados mas preciosos de la esperiencia.

VII.

Descuidado el estudio de la anatomía, desconocido el de la fisiolojía, i repleto el espíritu de los errores mas crasos respecto a las verdades físicas i químicas ¿cómo era posible que la medicina formase, no decimos una ciencia, siquiera lo que se llama un cuerpo de doctrina, careciendo, como se hallaba, de toda base en que poder formular los principios indispensables a todo sistema? Tan cierto es esto, que a cada paso tropezamos en la historia de los siglos décimo tercio, cuarto i quinto con los hechos mas repugnantes a este respecto; i los que solo a favor de su misma risible estravagancia consiguen hoi mas bien hacernos compadecer de tan infelices tiempos que indignarnos por horribles que se les considere.

Voltaire en su «Ensayo sobre las costumbres» hace notar que la mayor parte de los asesinatos de príncipes i grandes, atribuidos jeneralmente por los escritores del tiempo a los judios, no son otra cosa que acontecimientos mui naturales, i en que solo la ignorancia de la química i de las nociones mas sencillas de la patolojía ha podido dar motivo a estas recriminaciones.

El Dr. Gendrin, hablando del atraso en que hasta hace poco se encontraba la química-médica dice así: «la toxicolojía, ciencia de ayer, i en la que es fuerza dar un lugar mui preferente al Sr. Orfila, atendiendo a sus aplicaciones fisiólogo-patolójicas i tirapeúticas, es causa todavía de muchos errores judiciales, de muchas falsas acusaciones, como lo comprueban las revelaciones inútiles que hemos visto, i por las que mas de un inocente ha espiado en los mayores tormentos sus pretensos delitos.»

En efecto, si en nuestros dias, i en Francia, se ha suscitado una ruidosa polémica sobre la culpabilidad de Mma. Lafarge: si hace solo diez o doce años hemos visto por parte de los mas distinguidos médicos i químicos una encarnizada contienda con motivo del envenenamiento del marido de esta desgraciada; si Orfila, en fin, i Raspail i otros muchos sabios han disentido de parecer sobre el proceso que se le formó, dejando el juicio del público incierto, vacilante, apesar de sus luminosos escritos, i haciendo al cabo pensar a muchos que la sentencia de prision perpetua que pesa sobre aquella mujer, ha sido injusta ¿cómo estrañar que en la edad media, entre aquella barbárie jeneral, entre aquellos usos, costumbres i lejislacion tan estravagantes, se hiciesen imputaciones de emponzoñamiento a los míseros judios, cuando éstos sin mas crímen que su anatematizada nacionalidad eran considerados ya como hechiceros, brujos o encantadores?

VIII.

Sin embargo, en el oriente en esta época se cultivaban las ciencias, las artes i la medicina con especialidad, asombrando las esperiencias de los

Arabes hasta a los mismos sábios europeos de este siglo, que las estudian no solo como una curiosidad sino como los eslabones de la cadena científica, que sirve para unir el desarrollo presente de la intelijencia a sus primeros destellos.

IX.

El viaje a la Asia, emprendido por la Europa con el fin de rescatar el sepúlcro del Salvador, fué causa, i mui grande, apesar de las razones alegadas por los escritores del pasado siglo, de los progresos que principiaron a sentirse en los siglos XIII i XIV, en toda ella merced a la piadosa locura que se moteja.

Si es cierto que la lepra, desconocida en Europa, se trajo de aquella peregrinacion: si la rabia del juego fué tambien estendida por los Cruzados: si los hospitales se llenaron de enfermos i las ciudades de mendigos; si la Europa, en fin, presentó el cuadro de la mas lastimosa desolacion, tambien lo es que tales contrastes fueron compensados con usura con la creacion del *poder municipal*, que puso coto a la opresion de los orgullosos señores feudales, estableciendo una potencia que sirvió de escudo a la tiranía, i de la que, puede decirse, se deriva la *libertad moderna*, a quien debemos las instituciones liberales que han cambiado la faz de os pueblos, i que prometen hacer una completa feliz revolucion en el modo de ser de todas las naciones.

Las Cruzadas si trajeron, pues, tantos daños, importaron así mismo muchos inestimables beneficios, entre los que, demas de todos los que he enumerado, deben contarse en primera línea los adelantos científicos que se consiguieron con la introduccion de los descubrimientos i del estudio que se hacia en el Oriente de las ciencias naturales.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

(*Continuará.*)

La Beata.

CUENTO DRAMI-TRAJI-CÓMICO.

> Si j'épouse une femme *dévote*, répondez, Hermas, que dois-je attendre de celle qui veut tromper Dieu et qui se trompe elle-même.
>
> LA BRUYERE,—*Des femmes.*

La accion corre en ferrocarril, al estilo moderno.—La escena pasa en Santiago.—El lugar de la escena es una pieza pobremente amueblada; i en cuyas desnudas paredes se ven algunas estampas de santos.—Una puerta lateral conduce a un patio, i otra en frente del espectador da a la calle.

—

PERSONAJES.

PASCUAL, FERMINA, INES, JUANA, PABLITO, ARTURITO, LUISITA, TOMAS, UNA GATA.—Pueblo de beatas.

—

ESCENA I.

PASCUAL, FERMINA.

PASCUAL.—Pero, mujer de Dios, ¿quieres no ser majadera? ¡Vaya que has dado en linda gracia! No es mala manía querer llevarse todo el santo dia en la iglesia. Ya la casa no se cuida; ni los niños se vén; ni.... No parece sino que fuera la iglesia tu casa.

FERMINA, *con enerjía.*—¡Esta es otra aquella! ¡No faltaba mas! ¿Por qué me quitas que asista al templo de Dios? Ya se vé! como eres un desalmado que te ries de todo; un hereje....

PASCUAL.—Estás loca, Fermina? ¿Yo hereje? ¿Sabes tú qué cosa es un hereje?

FERMINA.—Pues no he de saberlo? Un hombre que no es relijioso ni asiste a un sermon..... un hombre que.... Vaya!.... un hereje en buenas palabras.

PASCUAL.—Perfectamente esplicado.—Pero óyeme, mujer, i sé razonable una vez en tu vida. ¿No ves que me confieso i que oigo misa entera los domingos i demas dias de fiesta?

FERMINA.—Sí; porque esa es tu obligacion.

PASCUAL.—Precisamente porque es de mi obligacion: pero miéntras yo hago lo que me obliga, tú haces todo lo contrario. Todo es faltar a lo que Dios manda.

FERMINA.—¡Jesus, María! Faltar a lo que Dios manda! Vaya, lo que es no haber oido jamas un sermon! ¿No dice Dios que seamos relijiosos? Si tú frecuentaras la casa del Señor, sabrias todas estas cosas.

PASCUAL.—Yo jamas te he dicho que dejes de ser relijiosa: lo que ahora te advierto es que Dios manda que la mujer obedezca a su marido; cuide de su casa i atienda a sus hijos. En fin, muchas cosas manda Dios de que tú no te acuerdas. Ya ves que yo tengo que ir al taller: ¿cómo quieres dejar esto solo?

FERMINA.—Vaya, Pascual; desde que trabajas con ese mister, el ingles carrocero, te has vuelto hereje i mal cristiano: Dios me perdone. Ya se vé! como todos los gringos son unos.... Ave María! (*se santigua*).

PASCUAL.—Calla, Fermina; no hables así de un hombre de bien; i que quizás sea mas buen cristiano que tú misma.

FERMINA.—Vírjen de Dios vivo! El habia de ser? A que no oye jamas un sermon siquiera, ni se confiesa, ni asiste a una procesion: i sabe Dios si será bautizado.

PASCUAL.—Dale con tus sermones i procesiones. Díme francamente: ¿Es tu objeto aprender algo, cuando asistes a un sermon?

FERMINA.—¿I a qué querias tú que fuera? Caramba si aprende una en un sermon; i mas cuando es de Semana Santa, porque entónces está toda la iglesia iluminada, i hai pasos con judios.....

PASCUAL.—Pero vé, mujer, en lo que te fijas.....

FERMINA, *con fuego.*—Calla, Pascual; si tú oyeras hablar a frai Nicolas, no dirias nada. Me parece que lo estoi viendo: tan buen mozo: i lo bien que habla. ¡Si dá gusto oirlo! Anoche estaba la iglesia llena.

PASCUAL.—I sin embargo, tú me confesaste que habias echado un buen sueño miéntras duró el sermon.

FERMINA.—Sí; pero fué al principio cuando empezó con aquello del alma humana, i qué sé yo, que no se entendia. Mas si hubieses visto el fin: entónces si que fué lo bueno! cuando dijo que todos estábamos condenados a penas eternas.... ¡Buena cosa de padre sabio! Si no se entendia la iglesia de puros gritos i llantos.

PASCUAL, *aparte.*—(Esta cabeza no tiene cura). (*Alto*) En fin, mujer, no iras ahora, porque hai que cuidar aquí, i yo tengo que ir al taller. Otro dia que yo esté desocupado, podrás haraganear a tu gusto. (*vase*).

ESCENA II.

FERMINA, *se deja caer llorando en una silla, i tapándose la cara con las manos, con muestra de mucha aflicion.*—Qué desgraciada soi, ¡Dios mio! qué marido es éste que me has dado, que no me deja asistir a tu santo templo? i ni aun en los dias de funcion! Buena cosa! ¿Qué hará una con un hombre así tan... Pero es preciso que se las cante tambien ¡caramba! Que venga un cualquiera aquí a.... ¡Válgame Dios! (*tocan la puerta de la calle*). ¿Quién es?

ESCENA III.

FERMINA, JUANA.

JUANA, *entrando.*—¿Se puede entrar?

FERMINA.—¿Cómo no, Juanita?

JUANA, *abrazándola.*—¿Cómo estás Ferminita?

FERMINA, *con jovialidad.*—Mui buena, Juanita. Siéntate por aquí... aquí sobre esta alfombra, está mas blandito. Pero dime, niña, qué vientos te han traido por aquí?

JUANA.—Es que iba a la iglesia a oir el sermon de hoi; i he venido aquí de pasadita. Creo que ha de estar mui lindo.

FERMINA, *suspirando.*—Así dicen : i debe de ir mucha jente.

JUANA.—Por supuesto! Acabo de ver los anjelitos para las andas de Nuestra Señora: pero qué luciditos que iban!

FERMINA.—¿Si? Esos serian tal vez los que iba a vestir la Anselma, la baratillera del portal.

JUANA.—Esos mismos. Para algo ha de tener habilidad la pobre: como es así tan.... tan no sé cómo, parece que no fuera capaz de nada.

FERMINA.—Así es niña; pero mejor es callarse, por caridad.

JUANA.—Sí, sí; bastantes cosas sé saben de ella.... i si no fuera malo decirlo, yo... pero la caridad antes de todo.

FERMINA.—Por supuesto. Hoi por tí i mañana por mí, como dice el adajio. ¿Qué me podrias decir de la Anselma que yo no supiera? Como hemos sido amigas antiguas, ella me ha confiado todos sus secretos.

JUANA.—En cuanto a eso no, porque no sé ningun secreto de ella pues nunca nos hemos tratado, i solo hablaba de lo que se corre : quiero decir, de esas amistades malas que ha tenido.... Dios me perdone : tal vez serán los malas lenguas los que andan corriendo eso, por desacreditar, i nada mas.

FERMINA.—Sí, niña : si hai tantos hombres sin caridad que solo saben levantarle al prójimo. ¿No te acuerdas de aquel hombre alto que visitaba mucho a mi comadre Peta?

JUANA.—¿Uno medio tuerto?

FERMINA.—El mismo. Es mui pícaro ese hombre. Le entraron celos i peleó con mi comadre; i le dijo de una hasta ciento, niña.

JUANA.—¡Miren no mas eso!

FERMINA.—I anduvo chismeando i levantándole mil cosas a mi comadre, que era un horror aquello.

JUANA.—I por qué era todo eso?

FERMINA.—De celoso, no te digo, niñá? Porque frai Nicolas iba a casa de mi comadre : agarró una tirria con el santo relijioso, que Dios nos libre.

JUANA.—Bendito sea Dios! ¡Buena cosa! ¿I que él pretendia a la Peta para casarse?

FERMINA.—I así que hubiera sido, pues, niña, ¿qué mal le podria hacer el padre, para que este hombre fuese al convento a decirle al guardian mil cosas?

JUANA.—¿Sí?

FERMINA.—Como te lo cuento, niña. Lo pusó mal con el padre provincial tambien porque supe que habian tenido los dos con frai Nicolas sus dimes i diretes.

JUANA.—¡Qué barbaridad de hombre! i tan bueno como es frai Nicolas.

FERMINA.—Es un santo.

JUANA.—Dicen que él es el del sermon en la fiesta de hoi.

FERMINA.—De veras? Pues entónces estará mui lindo, porque lo hace tan bien que dá gusto oirlo. Qué voz tan bonita! Ayer no mas tuvimos una disputa con la Anselma, que me porfiaba que frai Eujenio predicaba mejor.

JUANA.—I qué sabrá ella de sermones? ¿cómo querrá comparar aquel vozarron de su frai Eujenio con la vocesita de frai Nicolas? I tan apersonado como es en el púlpito!

FERMINA.—I luego, niña, que vá a ser provincial.

JUANA.—Bien lo merece. Peor para los que quieren que salga frai Abundio; pero yo les prometo que no se la han de llevar mui pelada.

FERMINA.—¿Con que a frai Abundio quieren meter de provincial? ¿Para qué servirá aquel padre tan feo? Nó; no puedo creer. Pero haremos lo posible por que salga frai Nicolas.

JUANA.—Como que él ha de salir; ya lo verás.

FERMINA.—Sí; por supuesto : porque tiene tanto partido, i todas le queremos tanto. No hai mas que llamarlo al confesonario, i ya está allí con aquella carita llena de risa que dá gusto; miéntras que frai Abundio con su cara de vinagre que solo para cortar leche sirve.

JUANA, *riendo.*—Dices bien, niña. ¿Sabes tú quién será el guardian?

FERMINA.—Eso si que es seguro que saldrá frai Lorenzo, segun me lo dijo el otro dia un corista mui hábil que vá a casa.

JUANA.—¿Aquel que queria dejar el hábito por casarse con la rusia?

FERMINA.—El mismo. Pero despues se arrepintió porque empezaron los habladores que era una herejia..... Si ahora todo ha de ser enredos i cuentos nada mas ¿qué les importaria a los habladores el que la rusia se casase o no? No sino que solo por hacer mal tercio lo hacen.

JUANA.—¡Qué jente tan mala hai en el mundo!

FERMINA.—Sí, niña : yo no sé como Dios no hace llover fuego. Como te iba diciendo, el demonio, (Ave Maria!) se metió en las cosas de la rusia i todo lo dió vuelta..... Lo cierto del caso es que sea cierto o no sea lo que contaban de ella, nunca es bueno urgarle el honor a nadie..... Hartas lágrimas le ha costado esto a la pobrecita.

JUANA.—Creo que se interpuso de por medio frai Antonio, el capellan de las monjas.

FERMINA.—Así supe. ¿Pero qué me quieres decir de frai Antonio cuando es él?... ya tú me entiendes.

JUANA.—Ah! sí, sí. Con frai Antonio (yo lo conozco mucho) no hai quien se meta. Ahora ha metido todo el brazo en el capítulo; i por él dicen que estará mui reñido.

FERMINA.—Pero trabajito les ha de costar para que lo ganen. Ahí les avisaremos a las amigas.

JUANA.—Sí; no tiene remedio : ha de salir no mas frai Nicolas.—¿No sabes? ayer le mandé un regalito, i como él es tan bueno, me retornó con este rosario, con cuarenta dias de induljencia. Mira, niña! que medalla tan linda.

FERMINA.—A ver! Cierto que es mui bonita. Pues yo tambien le he de hacer unos dulces.

JUANA.—I mira que las cuentas son traidas de Jerusalen, del mismo palo de la cruz.

FERMINA.—Bendito sea Dios! I cómo las podrán traer de tan léjos?

JUANA.—Vaya si está léjos Jerusalen! ¿No has oido hablar de California?

FERMINA.—Pues no!

JUANA.—Pues Jerusalen está diez tantos mas léjos, segun me lo dijo el hermano Francisco que anda pidiendo limosna.

FERMINA.—Buena cosa!

(*Suenan campanas a lo léjos, i por la puerta del fondo se ven pasar muchas mujeres cubiertas con mantos negros, i con alfombras, en traje de iglesia.*)

JUANA.—Pero, hijita ¿oyes como repican? Ya va siendo hora de acercarse: ¿qué no piensas ir hoi a la funcion?

FERMINA, *con tristeza.*—Me es imposible, Juanita.

JUANA.—¿I por qué? Mira que aquello estará mui lindo.

FERMINA.—Así lo creo. Pero mi marido no ha querido que vaya.

JUANA.—Hábrase visto! ¿I por qué es eso?

FERMINA.—Yo no sé, hijita. Siempre estamos en continua guerra.... Pero como él es hombre..... al cabo una ha de cederle en todo. Ahora no mas acabo de tener con él una reyerta, i me ha prohibido que vaya a la funcion, lo cual he sentido mucho.

JUANA.—Pues es de sentirlo, porque estará mui bonita. ¿Qué te parece? toda la iglesia iluminada; i ahora que está recien compuesta, será cosa de ver aquello.

FERMINA.—Pues no ha de ser así! Yo fuera, pero no vaya a saberlo Pascual, i....

JUANA.—I qué! No faltaba mas! ¿Siempre ha de estar a lo que ellos dicen? Pues yo tengo al mio como una sedita. ¿Qué te puede hacer Pascual? No hará mas que enojarse; i eso en caso de que llegue a saberlo.

FERMINA, *dudando.*—Sí, pero....

JUANA.—No hai pero que valga, porque hemos de ir i nada mas. ¿Cómo habias de perder una funcion tan linda como ésta?

FERMINA, *dudosa.*—Pero, niña; no sé como dejar esto solo.

JUANA.—Ahora sí! ¿No tienes a Inesilla, la de ña Claudia?

FERMINA.—Sí; aquí la tengo desde que me la prestó para que anduviera trayendo al chiquito.

JUANA.—Pues entónces ¿qué mas tienes que dejarla con los niños?.... (*empieza de nuevo a pasar jente*). Mira como vá la jente para la iglesia: apresúrate, porque aquello estará que no se cabe de apretado.

FERMINA, *haciendo un esfuerzo.*—Bueno, bueno, vamos. (*Se asoma a la puerta lateral*). Ines! Ines!.. ¿No oyes que te llaman? (*con voz alterada*). ¿Estabas sorda?

ESCENA IV.

FERMINA, JUANA, INES, *con un niño en los brazos.—Tras de ella vienen otros dos como de seis a siete años.*

INES, *con precipitacion.*—Aquí estoi, señorita.

FERMINA.—¿Cómo está el niño? ¿Ha llorado?

INES.—No ha llorado en toda la mañana.

FERMINA.—Almorzó las sopitas que le guardé anoche?

INES.—¡Qué habia de almorzar el anjelito, si se las comió la gata!

FERMINA.—¿I cómo no habias dicho nada? (*Se acerca a una alacena i saca un huevo*). Dale entónces este huevito. Miéntras tanto te quedarás tú aquí, que nosotros vamos a dar una vueltecita por ahí.

INES.—Bueno, pues, señorita.

FERMINA.—Mira: i anda preparando el almuerzo, que estaremos luego de vuelta (*mirando en torno de si misma*). ¿Dónde estará mi alfombra?

INES.—Aquí esta. (*Vá a un rincon de la pieza i la encuentra tras de una petaca que allí se halla*).

PABLITO (*uno de los niños*), *vá a abrazar a Fermina.*—Para dónde vá, mamita? ¿Voi yo tambien?

LUISITA.—I yo tambien, no?

PABLITO, *con alborozo.*—Voi a ponerme mi gorra i mis calzones nuevos?

FERMINA, *acariciando al niño.*—Nó, hijito; ya vuelvo luego: espérenme aqui con Ines, que yo les traeré dulce.

PABLITO.—¿Si? ¿Me trae dulce i bollos?

LUISITA.—¿I a mí tambien, nó, mamita?

FERMINA.—Sí, sí, a los dos; pero esténse sosegados.... ¿Vamos, Juanita?

JUANA.—Vamos pronto, porque ya estará la iglesia hasta la puerta. (*Vánse*).

ESCENA V.

INES, PABLITO, LUISITA, ARTURITO.

INES.—¡Vaya con esta doña Fermina! Dejarme sola aquí i que yo no pueda ir a la procesion! Buena cosa!.... (*Empieza Luisita a llorar porque Pablito le ha quitado un juguete*). Miren que chiquillo este tan pleitista! (*a Luisita*). Calle, hijita, calle; a Vd. no mas le han de traer dulce.

LUISITA.—Ah! ah! ah!.....

INES, *enojándose.*—Mire que si no calla, voi a llamar al vijilante.

PABLITO, *se asoma a la puerta maliciosamente.*—Sí, sí; aquí viene con el sable.

INES.—Pero yo tengo que ir a la cocina a ver el almuerzo. (*Deja al chiquito sentado sobre una alfombra pequeña*). Vaya, pues, cuiden Vdes. a su hermanito, que yo ya vengo. No vayan a salir para afuera, porque el vijilante les pega. No llore, Luisita. (*Vase*).

ESCENA VI.

PABLITO, LUISITA, ARTURITO *andando en cuatro piés ---Despues* LA GATA.

PABLITO.—¿Para dónde iria mi mamita? Mira, Luisita, vamos jugando al pim-pim-sarabin?

LUISITA.—Bueno.

PABLITO.—I despues hacemos casitas para jugar a las visitas, con las silletas, no?

LUISITA.—Bueno. ¿Hagamos casitas?

PABLITO.—Bueno (*mostrando a Luisita las sillas*). De aquí para allá son tuyas i para acá son mias. (*Empiezan a tender las sillas, miéntras Arturito gatea i grita de cuando en cuando*).

PABLITO, *con aburrimiento.*—Luisita, ¿en dónde estará mi carretita?

LUISITA.—Quién sabe!

PABLITO.—Ah! ya me acuerdo: aquí la dejé dentro de la petaca. (*Vá al lugar designado i saca de allí un juguete*). Aquí esta!

LA GATA, *viene entrando perezosamente.*—Miau!

PABLITO, *contento,*—Bueno! Vamos amarrándole la carreta a la gata. (*La llama con cariño*). Gatita, gachicha....

LA GATA, *acercándose.*—Miau! miau!!

PABLITO.—Caramba! Si es mui bueno este bueí!

(*Ata la carretilla al pescuezo de la gata. Esta quiere correr, asustada, i el nudo corredizo la aprieta la garganta: entónces se vuelve furiosa; rasguña a Pablito, i echa a correr, llevándose por delante a Luisita. Ambos empiezan a llorar a duo, seguidos por Arturito; de manera que esta infernal escena se hace inaguantable*).

ESCENA VII.

DICHOS, INES, *que viene al oir los gritos de los niños.*

INES.—Qué chiquillos estos! Si no se han de estar sosegados jamas! Pero qué ha sido esto?

PABLITO.—La gata que me vino a rasguñar. Ah! ah! ah!...

INES.--Estarias jugando con ella.... Habráse visto, pues! Si en un ratito que los dejé solos han hecho mil cosas.... Pero cómo ha de repicar una tambien i andar en la procesion!

ESCENA VIII.

DICHOS, PASCUAL, *que entra mui ajitado.*

PASCUAL.--¿Qué embolismo es éste? Si por casualidad no me vá a avisar la seña Tristana, no sé en qué habria venido a parar todo esto.... ¿Qué ha habido, Ines?

INES.--No ha sido nada, señor....

PASCUAL.—¿Cómo no ha sido nada? i ese niño?

INES.--Fué la gata que rasguñó a Pablito: yo estaba en la cocina, cuando....

PASCUAL.--I la Fermina?

INES.--Acaba de salir.

PASCUAL, *colérico.*--Buena cosa! cuando la prohibí espresamente que saliera! I lo estaba diciendo. Ve a llamarla, Ines. (*Sale Ines corriendo por la puerta que da a la calle*).

ESCENA IX.

DICHOS, *ménos* INES.

PASCUAL, *habla consigo mismo, miéntras los niños se entretienen en el estrado.*--Si no hai trabajo mayor que lidiar con una mujer porfiada! I... caramba!.... Si uno pone las manos sobre ellas, se vuelven un quirquincho..... Por cualquiera cosita que uno haga por enderezarlas, se levantan a las nubes i agarran el cielo con las manos.... Buena cosa! i no hai forma de que agarren el camino derecho jamas. (*Se pone la cabeza entre las manos con muestras de mucha tristeza*).

ESCENA X.

DICHOS, JUANA *i* FERMINA, *que entran sin ver a Pascual.*

FERMINA.--Gracias a Dios, hijita, que hemos llegado sin novedad. ¡Buena cosa de jente! Mas vale así que no hayamos entrado a la iglesia, porque quien sabe que nos hubiera sucedido con la atracazon de la jente..... (*vé a Pascual*) Pascual! Dios mio!

PASCUAL, *encarándose a Fermina.*—¿No te lo decia, mujer? Esto es lo que habia de suceder por tu porfía (*le muestra a Pablito*).

FERMINA.--Tengamos la fiesta en paz, Pascual. Pero ¿qué ha sucedido?

PASCUAL.--¿No ves ese niño?

FERMINA, *observando a Pablito herido.*--Jesus María! Por eso no queria ir, Juanita.

PASCUAL.--I fuiste porque yo te lo prohibí.

FERMINA.--No seas así, Pascual! Si esto no ha sido mas que una casualidad.

PASCUAL.--I si estas casualidades se repiten..... ten cuidado, Fermina, que....

JUANA, *mediando entre los dos esposos.*--Esté en paz el matrimonio, que así lo manda Dios. Dice bien la Ferminita: todo no ha sido mas que una pura casualidad. El demonio sin duda ha metido aquí su cola.

PASCUAL, *enojado.*--Por supuesto, pues en cosas en que Vdes. se meten ha de andar el mismo Luzbel en persona.

FERMINA.--Vaya, Pascual, no hables, pues que...

JUANA.—Vamos! tengan paciencia, pues con ella se gana el cielo.

PASCUAL.—Si eso fuera cierto, yo estaba seguro de deberle el cielo a mi mujer.

FERMINA.—Tú tampoco eres tan santo que digamos, porque a veces agarras unas tunas, que Dios nos libre.

JUANA, *con voz melosa.*—Haya paz en el matrimonio, que todo se remediará. Esto no ha sido (dice bien la Ferminita) mas que pura casualidad.

PASCUAL.—Deje Vd. sus casualidades por Dios... Si.... i el dia ménos pensado hallo la casa quemada, por casualidad se entiende.

JUANA.--No sea bueno, Pascual; no diga Vd. eso.... Pues yo tambien he dejado mi casa sola, i mi hijito ha quedado a cargo de la Manuela, que es la única muchacha que allí tengo.... ¿A qué nada les ha sucedido?

PASCUAL, *dudando.*--Dios lo quiera.

ESCENA XI.

DICHOS, TOMAS, *que entra mui ajitado.*

TOMAS, *a Juana sin mirar a nadie.*—¿Estabas aquí?

JUANA, *asustada.*—¿Qué hai, Tomas? ¿qué ha habido?

TOMAS.—I me lo preguntas, mujer, cuando eres tú quien deberia responderme?

JUANA.—Pero, Tomas, por Dios, díme pronto ¿qué ha sucedido?

TOMAS.—¿Quieres saberlo? Oye: dejaste al niño con la muchaca sola; ésta inquietada como la señora, a ido a ver tambien lo que pasa en la calle, i el niño por juguetear con el perro, ha caido en el pozo.....

PASCUAL, *a Juana.*--¿Vé Vd. otra casualidad?

JUANA.---Calle, hombre por Dios: Jesus Maria! ¿I qué se habrá hecho el anjelito? (*Sale precipitadamente seguida de Tomas*).

ESCENA XII.

DICHOS, *ménos Juana i Tomas.---Durante la escena entra Ines, quien al ver a Pascual tan irritado, vuelve a salir al momento de la pieza.*

PASCUAL.---¿Te convencerás al cabo, Fermina, de lo que te he dicho?

FERMINA.---Sí, Pascual; pero la culpa tambien está en la criada que no cumple con su obligacion.

PASCUAL.---¿Cómo quieres que la criada cumpla con su obligacion, cuando vé que la señora se olvida de ella?

FERMINA.---Válgame Dios! ¿con qué no se cumple con su obligacion oyendo el oficio divino en la casa del Señor? Si tú frecuentaras las obras piadosas, sabrias cuanto se gana visitando los templos; sabrias cuantas induljencias hai concedidas por.....

PASCUAL.---Calla, mujer, la boca; no estés hablando necedades.... Induljencias! No profanes esa santa palabra que no entiendes. ¿Crees que ganas induljencias, porque vas a la iglesia a ver las luces i la jente? Si quieres ser caritativa i piadosa, puedes serlo, i me darás gusto con ello. Yo jamas te he impedido el que visites a un enfermo, el que le dés de comer a un hambriento; el que socorras una necesidad, en pudiendo..... Sabe que se te ha

impuesto la carga del matrimonio para que cumplas con sus santas obligaciones, cuales son de enseñar i cuidar a nuestros hijos (que harto lo han menester los pobrecitos), i no para andar de Seca en Meca luciendo la beatitud.

(*Cae el telon.*)

DANIEL BARROS GREZ.

Vence el engaño al amor.

(Episodio tradicional.)

A MI QUERIDO AMIGO D. NICOLAS VILLEGAS.

I.

De como un amante correspondido suele esperar en vano.

Es una noche de invierno
Triste por demás i oscura,
Aunque el azul de los cielos
Espesas nubes no enlutan.
Pero brillan las estrellas
Con luz tan escasa i turbia,
Que semejan fuegos fátuos
Que se apagan mas que alumbran.
En imperceptibles copos
El hielo se desmenuza,
De tejados i azoteas
Posándose en las alturas,
O escarchándose en las aguas
De pantanos i lagunas.
El aire sopla tan manso
Que su roce no se anuncia
Por el rumor mas lijero
Cuando en las calles se empuja.
Parece el aliento helado
Que vaga dentro las tumbas,
Segun penetra su hielo
I el silencio con que cruza.
Es una de aquellas noches
De que los viejos se asustan,
I que a los mozos agradan
Pues sus intentos ayudan.
El viejo teme le ataque
En noche tal una puna
U otra recia enfermedad
Que le abra la sepultura:
Siente el jóven un calor
Que el corazon le chamusca
I saborea la copa
En que su existencia endulza.
El viejo vé entre las sombras
Espectros, fantasmas, brujas,
I otras cosas que en su miedo
La fantasia acumula:
Vé el mozo dos lindos ojos
Que en la oscuridad le anuncian
El premio de sus afanes,
Remedio de sus angustias:
I así el jóven i así el viejo
Puestos en distintas rutas,
Siempre en noches semejantes
Aquel confia, este duda.

Está la noche aparente
Para amorosas empresas,
Dá a los galanes valor
I a los ancianos arredra.
Es esta, pues, la elejida
Por el capitan don César
Para alcanzar a su afecto
La ansiada correspondencia.
Audaz i valiente mozo
Que ha mucho tiempo que lleva
Cautiva el alma en las gracias
De una anjelical morena.
El capitan la idolatra
I ella admite sus finezas;
Mas no han podido alcanzar
La ventura que desean.
Pues aunque ella tambien le ama
I a todo se halla dispuesta,
La adoran otros galanes
Que cuidadosos la acechan,
Ya que conseguir no pueden
Que ella fina les atienda.
Que asaz egoista el hombre
Si una hermosa le desprecia,
Ejerce sobre ella al punto
El *triste papel* de dueña.....
¡Miserable condicion
Con que talvez se contenta
El que mira se evaporan
Las esperanzas mas bellas,
Que concibiera feliz
Contemplando a una hechicera
Jóven, cuyos lindos ojos,
Al amor sirven de flechas!
Mas, sigamos con la historia,
Que esto de nada interesa,
I tambien por que aborrezco
Hhablar de cosas como estas:
De lo que me pertenece
Yo cuidaré como quiera,
I bien sabré acomodarme
Si lo ajeno me molesta.

Uno sobre todos anda
De los que no ama Carlota,
Que no hai noche que a las puertas
De esta no cuente las horas.
I es mozo tambien que el vulgo
Como valiente le nombra,
Fama que, segun se dice,
En fuertes lances se apoya.
Pero el capitan don César
Tiene fama a mas de gloria
Que en la guerra ha conseguido
Con hechos de armas que asombran.
De suerte, que aun cuando sabe
De que aquel galan les ronda,
Temor ninguno le inspira,
Pues lo crée mui poca cosa.
El otro que esto barrunta
Mas sus empeños redobla;
Porque hoi apura tan solo
De su venganza la copa,
O es acaso que le arrastra
Frenética pasion loca,
I vela con la esperanza
O talvez porque se ahoga.
Por que el desvario crece
Donde la razon no sobra,
I al lado del desconsuelo
Siempre la esperanza brota.
Pero cesemos aquí
De digresiones odiosas,
Que mi musa es principiante
I en filosofar se acorta.
I mucho mas en el dia

Que la crítica está en voga
I se debe criticar
Bien o mal—esta es la moda.
E infeliz quien no la sigue
I aun cuando sea la forma,
La calidad del papel.....
Criticar cualquiera cosa,
Por que el bautismo le cae
De—un ignorante—una bola.

Salió el valiente don César
De su casa sin recelo,
Saltándole de placer
El corazon dentro el pecho.
Que por fin va a ver cumplidos
De su pasion los deseos
I nada importan despues
Los mas terribles tormentos.
Si ya de la que idolatra
Se cuenta el único dueño,
¡Nadie podrá disputarle
En adelante aquel cielo
Que nos abre una mujer
Cuando premia nuestro afecto!
Cruzaba calles i calles
Con paso mas que lijero,
De hallarse con la que adora
Ansiando el dulce momento.
Si hace su imajinacion
Del otro galan recuerdo,
Suelta alegre carcajada
En lugar de mostrar miedo.
Pues que si llega a encontrarle
A matarlo está resuelto,
I mandarle de un revés
A parar a los infiernos.
Llega por fin a la casa
I se detuvo un momento
Observando entre las sombras
Por si alguien podía verlo,
I no divisando un bulto
Ni el menor rumor sintiendo,
Dió el aviso convenido
Quedando siempre en acecho.
—«¿Qué será del pobre diablo?
Murmuraba en su embeleso,
Quizá el frio de esta noche
Lo ha acobardado en su empeño.»
I así dichoso don César
En grata ilusion envuelto
No alcanza, que su destino,
Como la noche mas negro,
Ya derrama en su existencia.
Hondo vaso de veneno.....
¡Ah! dejémosle gozar,
Que por desgracia bien luego
El infelice sabrá
Lo que le ha guardado el cielo.

Fué en vano que el capitan
Aguardase una hora, dos,
Tres i cuatro, de Carlota
No obtuvo contestacion.
La convenida señal
Veinte veces repitió,
I las últimas con rabia
Mas bien ya que con amor.
Al fin en el horizonte
Apareciendo del sol
El primer rayo indeciso
Que baña la creacion,
Desesperado don César
A su casa se volvió.
Cruzó de nuevo las calles;
Mas hora su corazon
En vez de grata ventura
Siente estraño sinsabor.
No sé que secreto aviso
Le va presajiando atroz
Con infernales ideas
Una existencia de horror.
Quiere en vano darse cuenta
Preguntando a su razon,
Pero tambien fascinada
La ofusca tenaz sopor.
La celestial perspectiva
En que don César creyó
Ha huido i en su lugar
Mira un cuadro de dolor.
Abriendo apénas el broche
Del delicado boton,
Seca a veces en el prado
Queda la mas linda flor.
Casi nunca una esperanza
Nos rie trayendo en pos
Realizada la ventura
Que espléndida nos pintó.....
¡Pobre don César! talvez
Todo ha sido una ilusion,
Un ensueño celestial
Que idealizó vuestro ardor,
Quizá de Carlota ha sido
Pasajera inclinacion,
I en un momento de calma
Miró un abismo i huyó.
Pronto la verdad sabrémos,
Alzando el denso crespon
Que hasta ahora entre sus pliegues
A don César lo ocultó.

RAFAEL SANTOS.

(*Concluirá.*)

Ecos de la semana.

Santiago, noviembre 19 de 1859.

SUMARIO.—Ruido i movimiento a discrecion.—Cuerdos espectadores i *turistas* incautos.—Escena de desolacion.—Semana teatral.—Círculo literario.

La novedad mas prominente, si no la mas divertida, de la semana, ha sido indudablemente la ceremonia a que dió motivo el domingo la bendicion del ferrocarril del Sur. En la mañana de aquel dia, cuatro mil personas de toda condicion, sexo i edad se congregaron en el espacioso recinto de la Estacion, atraidas por las mas brillantes promesas de ruido i movimiento. I tamañas promesas no quedaron por cierto defraudadas: hubo ruido hasta asordar los oidos, i movimiento hasta desvanecer la cabeza. Como era consiguiente, los ídolos con faldas, las deidades femeninas, engastadas profusamente en la concurrencia, se mostraron mas sordas que de costumbre a los votos i preces de sus adoradores; al paso que los galanes perdieron la cabeza i se entregaron indefensos al arbitrio de tan celestes dueños.

Este no fué sin embargo el único contratiempo de la fiesta. Los mas prudentes se contentaron con asistir a una misa solemne, ver bendecir, una tras otra, cinco locomotivas, i oir la palabra elocuente del prebendado Taforó; pero otros no se hallaron satisfechos con tal espectáculo, sino que, presas de

un apetito desordenado de locomocion, fueron a ocupar un asiento en los coches del largo tren que iba a partir, i se lanzaron en alas del vapor a buscar los Graneros. ¡Incautos que no sabian que estaban vacios! Se deslizaron durante muchas horas por los bruñidos rieles, se cernieron un momento sobre el abismo abierto por el cauce del Maipo, cruzaron los cerros de la Angostura por un camino usurpado al granito, i tocaron al fin la codiciada meta; mas ¡qué cruel decepcion no les aguardaba al llegar! El hambre i la sed se habian despertado con la marcha; la desapiadada prisa del conductor no les habia permitido saciarlas en las estaciones del camino, i confiaban los ilusos *turistas* en que los Graneros estarian bien provistos. Desgraciadamente esta esperanza gastronómica fué burlada del modo mas completo i lastimoso. Ayunos i sedientos, arrepentidos i mohinos, los pobres viajeros tuvieron que volver sobre sus pasos, despues de haber divisado, por entre los claros del bosque reverdecido, la blanca silueta de Rancagua estampada en el horizonte. Al distinguir la histórica villa, acaso no pensaron en las gloriosas proezas de que fué teatro en otro tiempo, sino tan solo en las gallinas i capones, en las frutas i legumbres, en las cubas de mosto i vino que hoi debe de encerrar en su seno. I un suspiro desfallecido, un gruñido despechado o una esclamacion hambrienta se escaparia entónces de sus lábios.

Aun sin tomar en cuenta los accidentes fortuitos, un viaje en ferrocarril nunca será sino un pasatiempo mediocre i desabrido, i en la presente estacion será siempre un paseo abominable. Al estridente sonsonete, a la monotonía imperturbable que jamas abandonan el movimiento de un tren, agregad la sofocacion de una atmósfera ecuatorial i la omnipresencia del polvo, que ciega la vista, falsea el olfato i traba la respiracion, i no tendreis mucho que hacer para convenir conmigo, benévolos lectores, en la falta de amenidad de las escursiones por ferrocarril.—Triste era, a la verdad, el cuadro que ofrecia el domingo por la noche aquel mismo desembarcadero de la Estacion tan alegre por la mañana. En vez de las vivas miradas, festivas figuras, sonrisas bulliciosas, levitas acepilladas, blancas camisas, caras limpias i peinadas cabezas que se habian ostentado al partir, contemplábanse ahora vestidos sucios i descompuestos, cabelleras desgreñadas, ojos lánguidos i apagados, fisonomías amortiguadas, pálidas i grotescamente pintorreadas de polvo. No se hablaba sino que se gruñia, no se reia, pero se juraba, i la fatiga i desazon se veian impresas en todos los semblantes i se espresaban por la boca de todos. Los aficionados al teatro se hacian notar principalmente por la enerjía con que maldecian de su estrella i de sus instintos de locomocion. La hora era avanzanda; los coches del ramal de sangre, asaltados por un jentío que no podian contener, les negaban su entrada; i entre tanto el teatro habria comenzado, acaso ya Catalina Howard se habria bebido el narcótico, i ellos no estaban allí ni podrian llegar quién sabe hasta que hora. ¡Oh rabia! oh dolor!

Aunque tarde, llegaron sin embargo; como tambien hemos llegado ahora nosotros, benévolos lectores; pues el resto de la semana no ha tenido, fuera del teatro, mas que novedades en blanco i billetes de rifa en blanco.

Huérfana de zarzuela, la semana teatral no ha sido por eso ménos pródiga de buenos ratos, ménos amena, variada e interesante que la anterior. El drama se encargó de divertirnos por sí solo, i lo ha conseguido a las mil maravillas, merced a la eleccion de las piezas i a la ejecucion de los actores, aunadas para producir tan laudable resultado.

En el desempeño, O'Loghlin, la Mur i Gaitan han hecho, como era de rigor, la mayor parte del gasto; i despues de estos, no se han mostrado tampoco mezquinos la señora de Gaitan, siempre oportuna, la Sotomayor, que brilló bastante el mártes para dejar desapercibido el eclipse de la Mur, Florez, que es un buen actor bufo, i Garces, simpático e insinuante como de ordinario. Cuatro artistas precoces, cuatro niños preciosos, hijos de Gaitan, contribuyeron a la variedad del beneficio de éste, i la Thierry ha desparramado en los espectáculos las flores de su gracia i las maravillas de su arte.

En la eleccion de las piezas, a un drama de Dumas *Catalina Howard*, ha sucedido una comedia de Melesville, *Sullivan*, i a ésta otra de Breton, *Es una vieja*!—La primera de estas creaciones es harto conocida i ha sido juzgada tiempo ha: es una concepcion en que brilla la llama del jenio dramático, a pesar de las exajeraciones de la escuela i del abuso de ciertos recursos teatrales que buscan mas la conmocion de los sentidos que las emociones del alma.—La segunda, *Sullivan*, es una hermosísima comedia, en que la verdad i maestría empleadas para dibujar los carácteres, rivalizan con una fábula sencilla, perfectamente combinada, llena de movimiento i creciente interes.—La tercera es... una pieza de Breton, insuperable, inimitable.

La zarzuela nos promete reconciliarse esta noche con la escena i llama al público al beneficio de la municipalidad. ¿Quién dejaria de asistir, cuando se le ofrece la ocasion de ser benéfico i divertirse al mismo tiempo, de realizar cumplidamente el *utile et dulce* de Horacio?

El círculo de amigos de las letras, tuvo la satisfaccion de oir a noche la segunda i última parte del brillante trabajo del señor Rodriguez Peña sobre nuestra literatura nacional.

En un estilo animado, lleno de colorido i vida, de elegancia i agrado, nos ha bosquejado un acabado cuadro de lo que debe ser la historia entre nosotros, para que rinda frutos benéficos a la marcha de nuestras sociedades hácia el anhelado punto de la democrácia, esa tierra prometida a todos los hombres i todos los pueblos que creen en la razon i adoran en la justicia i el derecho.

Termina el señor Peña su trabajo haciendo varias indicaciones llenas de talento, de verdad i utilidad sobre el arte dramático en Chile.

En su justicia i buen sentido, no pasa tampoco por alto ciertas tristes preocupaciones que alienta nuestra sociedad con respecto a las labores literarias i les aplica su digno i merecido ramalazo.

El señor Rodriguez Peña ha hecho un verdadero servicio a nuestra naciente literatura i dado una nueva i espléndida prueba de que el arte i la ciencia, el hombre de razon i el hombre de imajinacion, el sentimiento i la cabeza pueden hacer un feliz consorcio.

El señor *Blanco Cuartin* nos hizo oir despues del señor Peña varias composiciones en verso llenas de aguda sátira, de donaire i lijereza. En unas cuantas veces nos ha probado Blanco Cuartin que es filósofo, médico, cristiano i poeta.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Noviembre 26 de 1859. Núm. 28.

De la Literatura Chilena.

SU NACIONALIDAD.—SU CARÁCTER I SU INFLUENCIA EN EL PROGRESO I FELICIDAD DEL PAIS.

O SEA

De la Literatura Chilena, considerada en sus fuentes, i en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de su nacionalidad e influir en el progreso i felicidad del pais.

Conclusion.

V.

Continuacion.

He dicho que la historia jeneral, completa i filosófica de Chile, está por escribirse; pero no puede ocultarse que existen numerosos i ricos monumentos, fuentes claras i accesibles, de donde sacar todo el caudal de datos que tamaña empresa demanda.

A la época conjetural de la historia de estas comarcas, viene hoi a prestar su luz radiante la nueva ciencia de la filolojía comparada; i segun ella, se insinua ya el oríjen asiático de los pueblos que por aquí encontraron el Evanjelio i la conquista, en el siglo XVI.

La forma histórica *crítica* i *sabia*, será la que convenga mas a la época un tanto obscura i vaga de la primera irrupcion del espíritu europeo por el desierto silencioso de Atacama, sombreado por los pendones de Castilla que sustentaba el brazo robusto de Almagro (1).

Ultimamente, con el resultado de las investigaciones conjeturales i críticas, viene la forma completa, la que abarca el mayor espacio en nuestra existencia social, a aumentar el caudal de los conocimientos con que ya ella cuenta, dejando al talento del historiador, un campo inmenso de investigacionese que él sabra distribuir i narrar con gracia i atractivo, en cuadros encadenados en la idea, si bien variados al infinito en la forma, en la pasion i el colorido; prestando a cuadros de cadáveres i sombras evocadas, la vida, el movimiento; i esta es la parte poética del historiador, por que el historiador ha de ser poeta; no el poeta que miente, sino el poeta que galvaniza, da vida i actualidad, a lo muerto i que no existe.

I si al caudal de datos i a una sóbria educacion literaria, agregamos la tendencia irresistible de los talentos al cultivo de la literatura histórica, ¿por qué no creer que este jénero de literatura esta llamado a un desenvolvimiento notable entre nosotros? I si ella reviste los carácteres requeridos para ser útil e influyente, ¿porqué no creer que ella llegue a serlo, i no en una época mui remota?

La fé, la fé nos falta. Tengamos fé; tengamos confianza en que la buena semilla produce siempre buen fruto, i mucho bueno brotará.

No sé si es Bacon quien ha dicho hablando de los sistemas filosóficos, que en la superficie se encuentra siempre la duda; pero que en el fondo se halla siempre la verdad. Lo mismo puede decirse de toda clase de estudios: al principio el desaliento, i a medida que mas se penetra en ellos, a medida que mas claro se va viendo, mayor es el encanto que ellos inspiran al alma, mayor es el contento: al revez de lo que pasa en el órden físico, en el cultivo de las ciencias en la superficie esta la obscuridad, en el fondo la luz, la claridad.

La imprenta, ese grande invento, produjo en la manera de escribir la historia un cambio mui notable. Antes de ella, o cuando aun era rara i cara, el historiador, en la imposibilidad de copiar inmensos manuscritos, incorporaba en el cuerpo de su narracion la substancia de esos monumentos. Esto si bien era mas comodo para el lector, tenia sus peligros; i no eran de los menores, o el falsamiento de los hechos o la ocultacion de una parte de ellos. El derecho de abreviar impone el deber de decirlo todo o de nada omitir; pero el ejercicio del derecho no siempre era correspondido por el cumplimiento del deber. En el dia, la imprenta barata, ha introducido la práctica de acompañar toda narracion histórica, de un volúmen de notas, apéndices i documentos, que cuando no dicen algo en contradiccion a la apreciacion del historiador, contienen las mas veces un caudal de noticias de que no se ha dado cuenta el mismo. I adviértase, que en una apreciacion de la Historia de Escocia, de Robertson, el honrado Robertson, que he leido en la *Revista de Edimburgo*, hallo formulado este reproche. ¿Será que Robertson intentase en ello una supercheria? Nada de eso; era que Robertson como presbiteriano, apreciaba los hechos relacionados con Maria Stuart, como él los concebia pasando por el prisma presbiteriano. Mas él, a fuer de honrado, nos dá en las notas, apéndices i documentos, los medios de llegar a distintas conclusiones. Lo mismo se reprocha a Voltaire i aun a Thiers, ese pequeño jigante historiador.

(1) «No hai, dice Gay, un hecho de tanta vaguedad entre los autores, como la espedicion de Almagro.»

Pero es que la abundancia de notas i documentos justificativos que debemos a la imprenta barata, tiene otra utilidad mayor, si no para el lector para el historiador sucesivo; i es la facultad en que este se encuentra de ser independiente en sus apreciaciones, de los historiadores anteriores, evitando uno de los escollos mas grandes que encuentra la historia, i es la de repetir errores que otros dijeron, sin mas que porque ellos lo dijeron.

Hume. el mismo célebre Hume, ha sido acusado en nuestros dias por la crítica inglesa, de haber tomado trozos enteros de un historiador anterior, el Docto Carte, i de al describir i juzgar la revolucion de Inglaterra, no haber consultado los debates parlamentarios, contentándose con estractos truncos de la célebre obra de Clarendon.

Nuestros historiadores actuales tendrán pocos historiadores antiguos que los estravien, pero en recompensa un caudal de monumentos que con método i talento podrán utilizar. Tendrán es cierto que recurrir con frecuencia al arte de pintar *d'après nature;* pero este trabajo del espíritu aun reaccionando sobre el pasado i una naturaleza muerta o alterada por el tiempo, dará a sus cuadros frescura i vida.

Entre esos monumentos que posee nuestra literatura histórica, tenemos en Gay una coleccion valiosa i científica que contiene cuanto podria desear la sana investigacion histórica. Esa coleccion, sea cual fuere la importancia literaria i política que quiera darsele, es un archivo popular ordenado, de cuanto en ciencias políticas, Zoolojía i Botánica necesita la historia; i es un monumento honroso para el pais. Gay se queja de que no se le haya permitido concluir la obra; esto es, que haya cesado la subvencion a que ella debia su existencia, antes de poder dar a luz otros tratados de ciencias naturales relacionados con Chile: pero así mismo esa obra es de un gran valor histórico i científico.

Ademas i por último, Chile que ha sufrido ménos que otras repúblicas sacudimientos repentinos i radicales en su sociabilidad, si bien los sufre con frecuencia en la tierra que ocupa, posee archivos ricos en documentos, accesibles i regularmente ordenados.

VI.

Llego al teatro nacional i su literatura; i aquí encuentro tambien un rico venero inesplotado. Algunos talentos han hecho ensayos en este jénero; pero esos ensayos si bien conciliaban las leyes del arte en la forma, eran en el fondo, en el argumento como en la forma estranjeros. Solo una que otra escepcion en el jénero dramático histórico. En los demas ramos, habiendo tanto que reformar, tanto que correjir, tanto a que aspirar en nuestra vida social, pocos han cultivado la literatura teatral entre nosotros, de otro modo que en críticas mas o ménos artísticas i detenidas, mas o ménos rápidas para la prensa periódica.

¿Habré de fatigar vuestra atencion al grado de dar las formas diversas que hoi asume el teatro literario en el mundo? I para qué? para demostrar cuales de esas formas podria adoptar el nuestro? Trabajo inutil seria desde que consideremos el teatro i sus producciones como el romance en accion, como la vida, i entónces cuanto hemos dicho del romance, de la novela i de la poesía nacional, convendria al romance, a la novela, a la poesía en accion, al teatro literario.

El será como toda obra de imajinacion, tanto mas meritorio, tanto mas bello, tanto mas influyente, cuanto mas verdadero sea en las situaciones, en las apreciaciones nacionales chilenas; cuanto mas útil, moral i nacional se presente. Esto es i para concluir, situaciones morales, i carácteres o personajes que desarrollen esas situaciones con nacionalidad, con gracia, con fuerza, con verdad i movimiento.

Felizmente para nuestros jóvenes talentos, la literatura teatral en nuestros dias, emancipada de la lei rigorosa de las tres unidades, i de las numerosas trabas del arte antiguo; vuelta en sí del estravío revolucionario de ahora pocos años, lleva hoi un curso mas sóbrio, ménos violento i exajerado, que sabe conciliar el fuerte retoque de ciertos tintes necesarios al drama, con las condiciones de lo posible i verdadero. Mantenerse en justos límites, estudiar los grandes maestros del arte; i estudiarlos con tal discernimiento que se arribe al conocimiento de lo que en ellos deba admirarse, deba imitarse, deba desecharse. Estudiar a Shakespeare, no como lo juzga Voltaire, sino como un jénio del drama, eco fiel de las pasiones de su época, nacional en su traje, universal en el pensamiento; el padre del romanticismo: a Corneille el poeta Aristotélico, esclavo de las tiránicas leyes artísticas de esta escuela: a Racine el padre de la trajedia greco-francesa: a Calderon orgullo de la literatura castellana, modelo universal de las letras, en el jénero lírico dramático: a Moliére el poeta filósofo, el filósofo que canta i rie: a Moratin, Victor Hugo, Dumas, Breton de los Herreros....No perder de vista las exijencias de la sociedad chilena, de la época, en la filosofía del arte. Este será en mi concepto, un buen camino para el nacimiento i desarrollo progresivo i sábio, de la literatura teatral entre nosotros.

VII.

Una duda me asalta en este momento, un poco tarde es verdad, i es la de si ¿habrá quien no crea en la influencia de las letras i de los hombres de letras, sobre la sociedad? Creo que no, si se interroga a los que piensan i observan; me temo que si, si se interroga al vulgo, o a los que miden la influencia por las pesetas. La riqueza dirán estos es la verdaderamente i la única influyente; pero es que la riqueza es ciega a no poder dar un paso, sin los ojos de la ciencia i de las letras. El cormerciante, el hacendado, el minero, se dirá; pero es que sin negar a las fuentes i medios productores i reproductores de la riqueza públi-

ca, todo su valor; ese valor tiene influencia en cuanto representa ideas, necesidades, medios que solo pueden manifestar, propalar, defender las letras. La riqueza, la riqueza bruta es como el mineral bruto que sale de la mina, inservible miéntras no pasa por la amalgama del mercurio de las ciencias, i por el cuño de las letras.

Negar la influencia de las letras seria negar la influencia de las ideas i del pensamiento, precisamente lo único que sobrevive, lo único que queda, marcha i crece con el mundo. Todas las glorias viven su tiempo i perecen; la gloria de las letras es la única incontestable i sagrada, por que ella representa la prepotencia de la intelijencia, la soberanía del gusto i el triunfo de los principios eternos sobre que descansa la sociedad humana.

Las épocas del mundo son concretadas, circunscritas i conocidas por el movimiento literario. Así se conoce i forma época, el siglo de Pericles porque en él llegaron a su apojeo las letras i la civilizacion griega: se conoce i forma época, el siglo de Augusto, apojeo del poder i de las letras de Roma: se conoce i forma época, el siglo de Luis XIV, i se le distingue de los demas por el brillo de la literatura francesa i la influencia de esta sobre la humanidad. Siempre, siempre es la idea, el pensamiento del mundo, esto es, la literatura, la que se viene manifestando, creciendo, influyendo, eterna siempre.

Todo el esplendor, toda la grandeza de una época se desvanece con el tiempo. La maleza ha crecido i borrado las huellas en los campos de Platea i Marathon; i los buhos se anidan en el antiguo palacio de los Cesares romanos; solo las obras del jénio atraviesan las edades, iluminando como una antorcha la marcha de la humanidad. ¿Qué queda hoi en el mundo de esa Troya, de esa época entera de Homero¿ Unicamente Homero o lo que se llama Homero! ¿Qué queda del antiguo imperio romano? Su lejislacion, sus letras, frescas como producto de ayer.

Qué quedaria de Luis XIV, el rei galante, la personificacion del despotismo monárquico en su apojeo, en su egoismo, si las letras, personificadas en Molière, Racine, Boilean, Fenelon, Bossuet, la Fontaine, Chapelet, no hubiesen influido poderosamente i dado a su reinado el único brillo perdurable? Cada fiesta dada en Versailles viene eternizada por el nacimiento de alguna obra jefe de literatura; i la historia toma en cuenta la fiesta, la recuerda, solo en cuanto en ella nació alguna obra del injénio i del arte que deja impresa en el espíritu de las naciones una memoria eterna.

Hai quien atribuye a Corneille, a su trajedia, al heroismo que respiraban sus Scipiones, sus Gracos, sus Sertorius i sus soberbios romanos, reanimados al fuego de su jenio, el que el mundo cuente a los Condé los Catinat i a los Turenas.

Luis XIV, el monarca absoluto, caprichoso, vano, envidioso, presumido, despótico ante quien tembló la Francia sesenta años, temblaba delante de un solo hombre, i ese hombre era Bossuet, el hombre de letras.

En la edad media, i me parece que no podemos colocarnos mas abajo en la hipótesis de la nulidad de la influencia literaria: en la edad media, los bárbaros que desde muchos siglos conmovian las fronteras del bajo imperio romano; i con los instintos, el aspecto i el vestido de bestias feroces parecian impelidos hácia el Occidente por una mano poderosa e invisible, tocaron al fin al momento supremo de una transformacion en la vida de la humanidad. Una civilizacion nueva, se levanta, i en esta civilizacion, ¿cuál es la idea, cuál el pensamiento que la señala, la distingue, le dá nombre, le forma época? Será el de la barbarie feroz, inhumana, brutal con piel de tigre i de leopardo? No señores, es la de un libro, ese libro es el Evanjelio, es el cristianismo, manso, indefenso, pacífico que por la palabra, predicando la fraternidad a los hombres, pidiendo la libertad para los siervos, restituyendo a la mujer su carácter de castidad i de dulzura, convirtió a los bárbaros en caballeros i dió a sus feroces instintos de guerra, formas humanas i civilizadas.

La guerra i la fé; el cristianismo i la caballería, he ahí la edad media. I en esa edad media la literatura crece, se desarrolla, a imájen de la vida de entónces, pero influenciándola, dominándola a la manera que dominan las letras, lenta, imperceptible pero irresistiblemente.

Entre los literatos influyentes de la época, i dejando a un lado a la turba de panejiristas Bizantinos, ahí está Santo Tomas de Aquino, profundo pensador que en otra época habria sido un gran poeta; el mismo a quien sus contemporáneos llamaban el *buei mudo* aludiendo a la fuerza i la gravedad de su dialéctica i a lo poco que hablaba. Ahí están San Buenaventura, Brunetto Lattini, Dante Alighierri, el desconocido autor del primer romance, del célebrado *Cid campeador*, monumento de la lengua poética española; Juan Lorenzo, San Fernando que elevó esa lengua a la categoría de lengua política, i Don Alfonso el sabio que la elevó a lengua científica. Los literatos árabes mismos, influyeron inmensamente en los destinos de la edad media, i han dejado impresa la huella de su carrera en la vida de la humanidad, a pesar de los 20,000 volúmenes de sus obras que les quemaron los cristianos, si hemos de creer a las investigaciones mas recientes sobre estos actos de vandalaje que se atribuyen a mahometanos i cristianos de aquella época.

Pero, a ¿qué ir tan léjos? ¿qué trajo ese 89 que renovaba el mundo cubriéndolo de ruinas? Una filosofía—un libro! ¿qué trajo nuestra emancipacion, nuestra independencia? Esa misma filosofía, ese mismo libro!

Mucho se habla en denigracion del cultivo de las letras, como medio de influencia i como

carrera de riqueza. Entre tanto la carrera de las letras es la única que dá influencia, poder, riqueza, a los que no han recibido haciendas o minas por herencia. Tambien es necesario recordar que hai algo de mas digno i elevado en la vida del hombre que la mera ocupacion de acumular riqueza. Para la felicidad la riqueza es buena cosa, pero solo cuando concurre con buena salud corporal, virtudes i una intelijencia cultivada. Sola, ella sirve mas a otros que a quien la posee. El rico mismo ignorante cuando al oir un lindo verso, pregunta —cuánto dá eso—lo hace buscando un consuelo a su incapacidad de hacer otro tanto, a pesar de su dinero.

Estudio, estudio; el estudio es el que vence imposibles, el que nos aproxima a Dios, el que consuela en la adversidad, el que dá fruto i goces en todas las estaciones de la vida, el que concilia honra i provecho; i aun tomado como una necesidad, como un mal

«L'étude après l'amour
C'est le plus doux des maux.»

VIII.

El espíritu de asociacion es característico de nuestra época. En las relaciones internacionales, en las ciencias, en las letras, esta palanca poderosa del progreso, produce los mismos prodijiosos resultados que en la asociacion de capitales para la industria, el crédito, la riqueza. Ya no trabaja el sabio en la soledad i el aislamiento sin mas asociacion que una idea, una *Eureka* querida, que él solo no realiza i que lega al mundo para que la adivine i la continúe. En el dia las letras, las ciencias como la política, discuten sus intereses en la plaza pública. El alambre eléctrico sirve a la astronomía para seguir i aun sorprender por la comunicacion inmediata entre los observatorios, la marcha o faz de los cuerpos celestes en las situaciones mas ventajosas. Un jeólogo sobre el Dawalajira, en Asia, comunica con un jeólogo sobre el Sorata, i por la comparacion franca de sus observaciones i de sus trabajos, combinan la edad del levantamiento, i el vínculo que ligua en los sistemas de montañas, esa arruga del globo que llamamos Andes con la otra arruga del globo que llaman Himalaya.

Maury, el ilustre Maury, llama a todo el mundo, interesa a todas las naciones, en una vasta asociacion científica marítima, dirijida a llevar sobre su injenioso sistema de vientos i corrientes, su famoso sistema de la circulacion atmosférica i oceánica, el concurso simultáneo de las observaciones de todos los navegantes.

Leverrier que de un piélago de números i de cálculos, vé un dia asomar el descubrimiento de un nuevo planeta, llama en su auxilio a sus hermanos de la ciencia; i el que solo en los números veia ese planeta, encarga a los que pueden verlo por sus telescopios, que lo busquen allá, en cierta direccion en el espacio. Los astrónomos, los asociados, los hermanos en la ciencia, buscan i encuentran la gloria de Leverrier en honra del espíritu de asociacion.

A estas ventajas tan conocidas corresponde en alto grado el círculo que aquí se reune, atraido por la franca i cordial hospitalidad de nuestro amigo Lastarria. El estímulo, el fomento al estudio de las letras que este Círculo promueve, se hace sentir ya de una manera notable. Desterradas del campo de nuestras discusiones i trabajos, la política de la situacion i las cuestiones relijiosas, nada hai que destruya la armónica i franca comunicacion del pensamiento en el cultivo de la literatura a que nos entregamos de tan buena gana.

Un círculo análogo ha iniciado sus trabajos en la segunda capital de la República, en Valparaiso, i en el concurso simultáneo de sus tareas con las nuestras, no es difícil preveer mui utiles resultados.

—

Señores: He concluido la tarea que me impuse desde que acepté el honor que se me hacia, invitándome a concurrir a estas reuniones; honor que para mí comprendia la obligacion de contribuir con mi contingente, pequeño que fuese, a la marcha de vuestros trabajos. He llegado por fin al término que una ilusion de óptica, frecuente en un pais de alturas i montañas, me hizo aparecer mas cercano de lo que realmente estaba. Hemos llegado al fin, i lo que mas estraño, no es que yo haya podido, mal que mal, llegar a término, sino que me hayais acompañado.

Mi trabajo, flaco en la parte artística i escolástica, recibe toda su fuerza, si alguna tiene, del pensamiento que le sirve de base, i de la intencion que lo dicta.

Ese pensamiento, esa intencion inculcados, pueden reasumirse en esta aspiracion: que la literatura nacional, para ser nacional e influyente, debe dirijir sus esfuerzos, debe ilustrar i apasionarse por todas las cuestiones que interesen la educacion moral de la democrácia.

De buenas intenciones dicen que está empedrado el infierno. Felizmente las que han dictado estashojas no tienen por qué ir al infierno; pues si no dan por resultado bien alguno, no pueden causar un daño: al contrario, para mí al ménos, tienen un gran resultado, i es el darme algun derecho para asistir a estas reuniones; de modo que cuando alguno pregunte: «¿qué hace Peña en este Círculo?» pueda decirse con verdad i franqueza:—que es un oyente bien intencionado que ha pagado con lo que posee, el asiento que se le ha ofrecido.

Demetrio Rodriguez Peña.

A una flor.

Yo ví en tus pétalos rojos
Reflejarse los destellos
De la aurora,

I dar a la rosa enojos
Al adornarte con ellos
De hora en hora.

Ví las gotas de rocío
En tus hojas suspendidas
Vacilar,
Como de llanto tardío
Las lágrimas desprendidas
Al llorar.

I luego al caer pausadas
Por tu cáliz resbalarse
Destilando,
Como perlas nacaradas
Que la aurora al despertarse
Vá arrojando.

Los árboles que te vian
Te daban con rama tanta
Fresca sombra.
I las yerbas que nacian
Formában bajo tu planta
Verde alfombra.

Con el sol del medio dia
Turjente forma tomáste
Deliciosa;
De tu cáliz la ambrosía
Con profusion derramaste
Voluptuosa.

Por tus hojas se escapó
De tu cáliz entreabierto
Grato aroma:
La brisa te lo arrancó
I lo traspuso al desierto
Por la loma.

¿Por qué tus rosadas hojas
Arranca al pasar el viento
Sin piedad,
Te roba tus tintas rojas
I se goza en tu tormento
Su crueldad?

Ai! pobre flor! no sabías
Que el buscar las impresiones
Del amor,
Es buscar las agonías
Las agudas vibraciones
Del dolor.

Con los golpes del destino
La luz que en el alma brilla
Palidece,
I en la mitad del camino
Sin alcanzar a la orilla
Desfallece.

Como a tí los vendabales
Que nos envia la suerte
Nos marchitan,
I los goces terrenales
Nuestros pasos a la muerte
Precipitan.

¿Quién como tú no ha sentido
Esos alhagos traidores
Del placer,
Recuerdos que en el olvido
Se marchitan cuál las flores
Al nacer?

¿En este mar de la vida
A vogar siempre con calma
Quién alcanza,
O alguna ilusion querida
Para clavar en el alma
La esperanza?

Veloz por el alma pasa
Acariciando al deseo
La ilusion,
I el corazon nos traspasa
Con su loco devaneo
La pasion.

Así la ilusion traidora
Que entónces te fascinaba
Te consume,
Pues la brisa engañadora
Al besarte te arrancaba
Tu perfume.

Hoi de tu tallo caida,
Por el calor agostada,
Pobre flor,
En tu corola esparcida
Vá la imájen acabada
Del dolor.

Camilo H. Cobo.

MEMORIA

SOBRE

La historia de la filosofía i de la medicina.

Douce lumière, hélas! me seras-tu ravie?
La Fontaine.

Consideraciones sobre la historia de la filosofía i la medicina.—Alianza que debe existir entre ellas.—Ignorancias eternas.—La fé como último resultado.

Continuacion.

X.

Con la destruccion del Imperio Griego, verificada por la toma de Constantinopla por los Turcos, si vemos desgraciadamente cegada la intelijencia Ateniense por la Cimitarra Musulmana, con relacion al asunto que nos ocupa no tenemos que lamentar este acontecimiento, pues obligados con este motivo los sabios de Corinto i Aténas a buscar un refujio contra la cuchilla de sus conquistadores, vinieron a ocultarse en las cortes de Europa; las cuales, merced a esta hospitalidad, lográron verificar algunos adelantos mui notables para la época i aclimatar entre los rudos habitantes del Occidente el cultivo de las ciencias, de las artes liberales i mecánicas i de los oficios, que habia principiado ya a establecerse a favor de las espediciones que hemos apuntado.

La invencion de la pólvora de cañon, la de la imprenta, la del magnetismo, de la brújula, el descubrimiento de América, unidos a estos acontecimientos, parecen deslindar ya los tiempos. La historia moderna comienza ya a estender su crepúsculo, i la razon, ayudada de su luz, va a salir en breve radiante de sus sombras.

XI.

«Si principian a clarear las tinieblas, dice un historiador Español, en los albores del siglo décimo sesto respecto a las ciencias naturales en Europa, debido es apuntar este hecho como resultado del estudio de los libros Hebreos, Caldeos, Arábigos, etc., que con la toma de Constantinopla nos trajeron los griegos, los judios i los arabes.» «Bárbaro nuestro continente en todo lo que lleva el nombre de ciencia, la España, apesar de ser el pueblo mas adelantado en aquella época, debió mucho a los libros, a la literatura de los fujitivos, como lo acreditan las obras de ese siglo de oro para siempre famoso en la historia de la civilizacion Europea.»

Tan marcada es esta influencia, que hasta la literatura española de aquellos dias si se ostenta tan lozana i vigorosa, es únicamente, como se conoce por la lectura de sus poetas i prosadores, por el estudio que se hacia de la literatura Oriental i del que se comenzaba a hacer en varios ramos de las ciencias por los primeros injenios de ella.

XII.

Si, dejando el siglo décimo sesto, contrayéndonos esclusivamente a la filosofía i la medicina, pasamos al siguiente, las encontrarémos no solo ya desnudas de los harapos con que hasta entónces se envolvian, sino cubiertas con el majestuoso manto de la gloria, henchidas de conocimientos, i alhagadas por la esperanza de poder desarrollar en el porvenir sus vastos planes i recojer los aplausos de la humanidad agradecida a sus beneficios.

XIII.

Bacon i Newton en Inglaterra, Descartes en Francia, Leibnitz en Alemania, aparecen, pues, sucesivamente a mediados de aquella centuria, i no como satélites de otros cuerpos luminosos sino como otros tantos soles que van a establecer, cada uno por separado, un sistema solar propio, a cuyo derredor han de hacer jirar por fuerza a los que hemos visto resplandecer en el siglo posterior i en la mitad del que atravesamos. Iluminado Bacon de Verulamio con la luz resplandeciente de su jenio, i poseido de que lo único que faltaba a las doctrinas metafísicas era la mano segura de la esperiencia, formaba los principios de la *filosofía espiritual*, la que, basada sobre los descubrimientos ya alcanzados, i sostenida por el poderoso sustentante de la observacion, crea, como era necesario, una escuela filosófica desconocida hasta entonces. Imponente, majestuosa, indestructible, apesar de la nota de empirismo con que la tachan sus adversarios, ésta deberá siempre ser considerada como el hecho mas notable del espíritu humano, pues que ha sido causa de la revolucion mas provechosa que se haya operado jamas en la filosofía

Descartes abre tambien al espíritu una carrera sin límites: indaga las facultades de que está dotada el alma humana, traza sus destinos, anatomiza sus pasiones, i no contento con analizar todo lo que le pone por delante su deseo de indagacion, con descubrir los secretos móviles del pensamiento, con apreciar los invisibles resortes de la voluntad humana, estudia la materia, la compone, la descompone, la vuelve a unir, i llega hasta disecar la luz, creando su sistema *des tourbillons*, con el que disputa a Newton, al hombre que, segun Voltaire, se acerca mas a la divinidad, el secreto de la irradiacion de aquella.

Newton i Leibnitz a su vez, i sin mas prévia confidencia que la inspiracion, inventan *el cálculo infinitesimal*: sienten lo mismo, piensan de idéntica manera i, remontándose en la esfera del pensamiento a un tiempo mismo i a una misma altura, tienen sus discípulos que convenir en que la gloria del nuevo descubrimiento pertenece a ambos contendientes.

XIV.

Llegada a esta altura la filosofía, no era posible que pudiese encumbrarse mas; i así lo ha sido, pues de los muchos i diferentes sistemas nacidos de aquella fuente, no se vé uno solo que haya podido ir mas allá del punto a donde la llevaron los esfuerzos de los que se titulan con justicia padres de la filosofía moderna.

Con todo, las escuelas filosóficas se han multiplicado hasta el infinito: se han formado innumerables sistemas, unos injeniosos, estravagantes otros; se han resuscitado de la antigua filosofía las mas bellas i luminosas teorías; se las ha comentado, añadido, modificado, refundido; pero, apesar de todo este ímprobo trabajo, no se ha conseguido otra cosa que entorpecer mas el camino de la verdad, desfigurando los inmortales escritos de la filosofía antigua, i haciendo, lo que es mas doloroso, que cansado el espíritu de esta batalla abandone la tarea de la indagacion, i se lanze en brazos de un empirismo bochornoso i mortífero.

En efecto, el espiritualismo de los Escoceses, el ideólogo-teolojismo de los alemanes, el racionalismo o panteismo o eclectismo de la moderna escuela francesa ¿son otra cosa que una copia adornada del platonismo, del neo-platonismo de Alejandría i de los otros mil sistemas de las escuelas del Pórtico i del Liceo?

XV.

El siglo décimo séptimo debe, pues, ser considerado como el punto de partida de la filosofía moderna; i al hablar de él, es forzoso hacer mencion de dos hombres estraordinarios, cuyo escepticismo frio, cuya doctrina seca i desencantadora tuvieron desgraciadamente tan funesta influencia en el espíritu de la filosofía que abrazó i proclamó como suya la secta de filósofos franceses del siguiente i en el que manifiestan en nuestros dias los partidarios del moderno panteismo, disfrazado con el título de escuela ecléctica. Eran estos Spinosa i Bayle, quienes, no queriendo seguir el método de la observacion circunspecta i minuciosa adoptado por Bacon, desdeñando la ruta trazada ya por la escuela cartesiana, i desentendiéndose a un tiempo de la filosofía-física de Newton, que pretendia haber dado al traste con aquella, llevados de su orgullo, de su espíritu frio, de su corazon no ménos helado, del instrumento del analisis nno de diseccion i terrible; consiguiendo, al fin, una fama que no puede llamarse verdadera gloria, por cuanto ha sido adquirida a espensas de la tranquilidad i fé del espíritu.

XVI.

Dejando a la filosofía en manos de la escuela analítica establecida por el de Verulamio, paso a examinar el estado en que se encontraba la ciencia médica en aquel tiempo.

XVII.

Por supuesto, las verdades físicas alcanzadas por

Descartes i Newton no pudieron ménos que refluir de una manera poderosa sobre ella; pues que, adelantados los conocimientos físico-matemáticos, fuéle ya permitido al arte de curar estender algo mas de lo que lo habia hecho hasta entónces el campo de la observacion i de la práctica. El Dr. Caillot, en su obra sobre la patolojía jeneral, se espresa en estos términos.—«Encerrados los estudios medicales durante la edad media en el estrecho recinto del escolasticismo: olvidados ya los principios de la escuela griega, era de creerse que la medicina no pudiera levantarse en muchos siglos de su postracion; mas por fortuna de la humanidad resucitó, ayudada de la luz de la filosofía esperimental, abrazada por Bacon, i de las verdades físico-matemáticas descubiertas por Descartes; i de seguro para no volver a sumerjirse en la tumba en que estuvo encerrada por tanto tiempo.»

XVIII.

Concretándonos particularmente al estado en que se encontraba la medicina en Francia durante la época a que alude este escrito, diré, ateniéndome a las memorias i libros del tiempo, que aunque sus adelantos habian sido notables i como instántaneos a favor de los nuevos descubrimientos, no por eso podria decirse que habia alcanzado el grado de perfeccion que se necesitaba, i que debia ser como consecuencia de los progresos que habia hecho ya la filosofía.

Seguramente la fisiolojía, si hemos de creer a los mas concienzudos profesores actuales, era aun casi desconocida; i la razon de ello es, que no habiendo, apesar de los trabajos anatómicos de Curambau de la Chambre, médico de Luis XIII, i otros cuantos inferiores a éste, llegado la anatomía al punto en que la llevaron muchos célebres profesores del siglo posterior, era imposible que el cuerpo humano, no conocido todavía en sus mas menudos filamentos, se prestase a un estudio profundo de sus diversas i complicadas funciones.

Así, las evoluciones del cerebro, las del corazon i de los pulmones, que han llegado hoi a un estado de precision asombrosa, las de los ganglios, plero solar, las del aparato nervioso, i en una palabra, las de todo el sistema en que estriba la vida de relacion, no solo eran el objeto de las creencias mas absurdas, sino que se prestaban, por consecuencia de la ignorancia en que se hallaba la ciencia, a un sistema terapeútico, que no puede ménos que asombrar hasta al mas lerdo estudiante de nuestras escuelas.

La prueba de lo que decimos es que las enfermedades que consisten en la alteracion del sistema nervioso i del respiratorio, no se curaban en tiempos de Luis XIII i Luis XIV sino con repetidas i abundantes emisiones de sangre; lo que prueba que el elemento sanguíneo era el único de los que constituyen la vida, que medio se conocia entónces i al que se atribuia esclusivamente la vitalidad de los seres orgánicos. Desconocido el nervioso, mal comprendidas las funciones de la vida orgánica, trabucadas las que establecen la de relacion, es claro que no hai porque estrañar los desaciertos que se cometian en la práctica, ni ménos por que culpar de ellos a los médicos de aquel entónces.

XIX.

Sabido es que Luis XIII, sin tener una constitucion pletórica, sin esperimentar ningun síntoma de aquellos en que pueden suponerse necesarias las deplesiones de sangre, no habia llegado a la edad de veintidos años i contaba ya con veintitantas sangrías.

¿I no podria decirse, con mas que sobrado fundamento, que la mala terapeútica, que la ignorancia médica, que la falta de filosofía contribuyeron eficazmente a formar de aquel príncipe solo un muñeco coronado, tanto mas odioso cuanto que sus crueldades i vicios no tienen ni siquiera la disculpa de una organizacion atlética?

Dejando al físico todo el influjo que puede concedérsele, haciéndose cargo de todo el imperio que pueden ejercer sobre la conducta del hombre la robustez, la exhuberancia vital, que en Enrique VIII de Inglaterra i hasta en el mismo Enrique IV de Francia, esplican sus desenfrenadas pasiones ¿no deberá atribuirse a la mala práctica, repito, de los médicos de aquel monarca la ineptitud, la crueldad i hasta los escandalosos hábitos que consumieron su disoluta cuanto insignificante existencia? La *anemia* producida en él por el sistema debilitante, empleado para curar el reumatismo hereditario que lo aquejaba ¿no es una de las causas mas eficientes de la incapacidad que manifestó en su gobierno, de la distancia que, por contraposicion al bizarro i galan soldado que le habia dado el ser, tenia por las mujeres, i hasta de la cínica pasion que profesó a Cinq-Mars, i a la que sacrificó la vida de éste, llevado de los celos, como podria hacerlo el mas desvergonzado de los héroes de Petronio?

Como este ejemplo hai muchos, muchísimos que justifican l o que asiento, i que manifiestan que mis aserciones no están basadas en falsas conjeturas ni en relaciones romancescas.

A Cárlos VIII se dió por remedio que durmiese con una jóven que, segun los empíricos doctores de su corte, debia renovar la vitalidad que le faltaba; i hasta en nuestros dias los médicos ingleses partidarios de la Genocóncica o ,arte del rejuvenecimiento recetaron al virtuoso Jorje III que se acostase entre dos aldeanas doncellas para que así con la exhalacion de su cuerpo i el contacto de su transpiracion, pudiese el decrépito monarca recobrar el aliento que el tiempo le negaba i la razon que muchas veces deja como un triste compañero de la ancianidad i los dolores.

Cito solo estos hechos como comprobante del atraso en que se hallaba la ciencia entónces, i como en testimonio del principio que me he propuesto: que la medicina no puede ménos que estraviarse separándose de la filosofía; i que para evitar tan funestos daños no solamente es forzoso que la siga en su espíritu sino que establezca con ella una alianza íntima indestructible.

XX.

Como otra prueba mas de lo dicho, añadiré que desconocida la ciencia que, con el nombre de fisiolojía, nos enseña el ejercicio de las partes componentes del cuerpo humano, era consiguiente que la que lleva el título de patolojía i tiene por objeto trazar el cuadro preciso de las enfermedades, asegurando a cada una su verdadero tipo, no pudiese formar un cuerpo de doctrina, por cuanto sus observaciones no podian jirar sino en vagas conjeturas, i estas, por lo mismo, concretarse hasta formar un todo compacto, que es el alma de todo sistema.

La terapeútica, como hija de la química i de las ciencias naturales, por la razon tambien de hallarse estas en un estado tan notable de atraso, no obstante los progresos verificados últimamente, imposible, de todo punto imposible era que formase un encadenamiento de hechos prácticos, razonados e hiciese un papel distinguido en el arte

médico de entónces. Así vemos con asombro que en la patria de Bossuet, de Racine, de Boileau, etc., en donde acababa Descartes de predicar sus doctrinas ideolójicas i sus descubrimientos físico-matemáticos, los amuletos, *los talismanes*, *las tinturas de larga vida*, *los elixires de rejuvenecimiento*, fuesen las indicaciones curativas contra los soñados hechizos, brujerías, influencias maléficas de los astros i otras estravagantes paparruchas que la luz de la filosofía no habia aun logrado desterrar del asilo de las ciencias.

Como la química era casi desconocida; la patolojia i terapeútica de los envenenamientos eran casi nulas; i por lo mismo cuando se perpetraban crímenes de esa especie, la justicia no hallaba otro medio de asentar sus fallos que juzgando por instinto de los hechos que en el dia no pueden decidirse sino con el auxilio de la medicina legal.

¿Qué datos, pues, seguros podrian tenerse entónces acerca de un envenenamiento del que no se encontraban mas pruebas que el cadáver? ¿I cómo hallar en este la comprobacion del delito, cuando no se conocia a fondo la composicion i descomposicion de los venenos, ni ménos se sabia los efectos patolójicos de ellos, comprobados, como lo están hoi, por las observaciones de la anatomía patolójica i los esperimentos de la química-médica?

Si así no fuese ¿no se esplicaría cómo el marques de Santa-Cruz, ayudado de su amante la marquesa de Brinvilliers, pudiesen por tanto tiempo ejercer pacíficamente el apetito voraz de destruccion de que se hallaban poseidos? I no se diga que las personas que fueron víctimas de sus envenenamientos desaparecieron, pues a mas de cinco o seis de ellas se mandó por la autoridad hacer la autopsía, como realmente se hizo, no consiguiéndose al fin, i a favor de tanto trabajo, mas pruebas del hecho que las vagas suposiciones a que daba naturalmente lugar la escandalosa repeticion del delito. Un escritor frances, en la vida de esta Locusta de los tiempos modernos, dice: «que los facultativos, hallaron los intestinos ennegrecidos, engurjitados de sangre en los dos primeros cadáveres que inspeccionaron, i que solo por eso concluyeron que habian sido envenenados; pero sin asentar, como prueba del crímen ni el análisis de los líquidos contenidos en el estómago ni ménos informar sobre el estado patolójico en que se hallaban las vísceras abdominales a consecuencia del veneno.» Supúsose, pues, que el arsénico fué la causa de la muerte; i por confesion de la marquesa vino a saberse despues que no era este el veneno de que se habia servido el marques de Santa-Cruz para dar muerte a sus acreedores, sino de una sustancia líquida, que por las señas se infiere no ser otra que el ácido prúsico dilatado en algun otro vehículo que el que se emplea en nuestras farmacías.

Muerto Santa-Cruz, descubierto su laboratorio, examinados los frascos i los polvos que se hallaron en la pieza donde preparaba sus tósigos, i reconocidos minuciosamente por los profesores mas distinguidos de Francia, solo se pudo averiguar, despues de tan menudas investigaciones, que las sustancias contenidas en las redomas i papeles eran venenosas; descubrimiento que no debía haber costado mucho, por cierto, a los doctores aquellos en vista de los hechos repetidos que habian presenciado.

Igual cosa sucede si echamos los ojos sobre el proceso de Derrue, que por ese mismo tiempo fué quemado en Paris. —Igual ignorancia química, patolójica i terapeútica: iguales embarazos en la justicia criminal para decidir si las víctimas de aquel monstruo habian muerto por este o el otro veneno, con estas o las otras circunstancias; i sabe Dios que si la casualidad no hubiese presentado datos evidentísimos de otro jénero, habria podido él entregarse por mucho tiempo mas al espantoso oficio por que fué supliciado.

XXI.

La Italia, que por esta época habia hecho adelantos mui notables en las ciencias naturales, si hemos de creer a los mismos médicos italianos, se encontraba así mismo en poder de un empirismo médico el mas vergonzoso, que no se diferenciaba en nada del que lucia en la corte de Alejandro VI.

Conocido es que el veneno que, segun dice Guicciardini, causó la muerte de este pontífice era una sustancia llamada *cantarella*, la cual, si atendemos a lo que nos enseña la materia médica, no es otra que las cantáridas, veneno, por cierto, mui poco digno de figurar entre las infinitas sustancias venenosas del reino animal que comprende la toxicolojía moderna; i al que por la ignorancia de aquellos dias se calificó por los doctores mas afamados de Roma como uno de los ajentes mas mortíferos que poseia la medicina. Una equivocacion le habia costado la vida, no obstante de ser, como lo afirma el mismo escritor, preparado el brevaje por las mismas manos de su Santidad para regalar a los cinco cardenales que asistieron a su último banquete; i a ella debemos, sin duda, la relacion de las propiedades venenosas de la dicha *cantarella* de los doctores romanos.

XXII.

De la España de este siglo igual o peor cosa puede decirse, pues se hallaba todavía mas atrasada en el estudio de las ciencias naturales que lo que habia estado bajo los reinados de Cárlos V i Felipe II. Varios hechos de envenenamiento de que nos hace mencion la historia española comprueban esta asercion, i esplican por que costóle tanto al famoso Antonio Perez dar la muerte a Escovedo, que con un estómago de hierro se burlaba de los brevajes que cuidadosamente preparaba para él el asesino Gil de Mesa, encargado por el ministro de hacer desaparecer, con la vénia de su señor, a aquel confidente importuno de sus amores.

XXIII.

Por todo lo espuesto se verá que durante el siglo XVII, como ya lo he repetido, la medicina, careciendo de los estudios de ciencias naturales que son indispensables, i separándose de la proteccion que debia prestarle la filosofía, no formó ni pudo formar propiamente una ciencia, ni ménos prestar sus servicios, como ha sucedido despues, para alivio de la humanidad doliente.

XXIV.

El siglo décimo octavo estaba ciertamente destinado para operar este beneficio, para hacer que aquella, desenvolviéndose de las ligaduras con que la oprimia aun el escolasticismo i la degradaban la supersticion i la ignorancia, cobrase una nueva vida i mui en breve un esplendor no conocido todavía desde la destruccion de la escuela griega.

El siglo, pues, de la filosofía, la era del exámen habia amanecido para la humanidad: leyes, costumbres, usos, ciencias, artes, todo, en fin, era preciso que pasase por el escalpelo de la crítica, que se descompusiese, que se disecase para que la razon, sentada sobre todos aquellos destrozos, es-

cojiese a placer de en medio de ellos las joyas que merecian el honor de volver a engastarse en su corona.

La *Enciclopedia* gobernada por Voltaire, alimentada por Diderot, ayudada por D'Alambert, Morellet, i los infinitos secuaces de éstos, era la que debia hacer los gastos del combate. Ciencias, artes, relijion, jurisprudencia, historia, filosofía, todo se puso en movimiento, de todo se usó, de todo, si se quiere, se hizo abuso, hasta que al fin lograron los atletas de aquella jigantesca contienda no solo echar a bajo los trozos que desfiguraban el antiguo edificio social, los mezquinos adornos que lo afeaban, sino convertir en ruinas hasta los cimientos que lo sostenian; escapando de este cataclismo solo la razon i como avergonzada, si es posible decirlo, de los crímenes que se habian perpetrado a su nombre.

XXV.

Durante todo el reinado de Luis XV, como sabemos, la filosofía trabajó sin descanso por estirpar los abusos, las rancias preocupaciones que se hallaban entronizadas en todas las jerarquías sociales; pero para ello vióse forzada a entablar, como era natural, desde fines del pasado siglo una lucha tenaz contra todo lo existente, i de tal naturaleza que las rongojas del combate, hasta el período que puso fin a aquella encarnizada batalla, no se dejaron sentir del pueblo, sino solamente de la clase a que pertenecian los obreros de este pensamiento.

Ciertamente, la filosofía proclamada por Voltaire, el materialismo de Helvecio i del baron de Holbach, el espiritualismo semi-sensualista de Juan Santiago, únicamente se abrian camino i hallaban eco en los pensadores de la clase proletaria, los que, aplastados por la miseria, léjos de proclamar en alta voz los males de su situacion, hacian un acopio de ideas i rencores para encender despues a las multitudes con aquel fuego en que perecieron hechos pabesas tronos i reyes, opresores i oprimidos i hasta los apóstoles mismos de aquel incendio.

XXVI.

Durante los dos primeros tercios de aquel siglo, contraidos los espíritus únicamente a la investigacion de las verdades prácticas de la filosofía i la política, mal pudieran circunscribirse a formar teorías de ninguna clase; por el contrario, lo que pretendia la razon entónces no eran sistemas ingeniosos sino resultados, no sueños apacibles i gratos sino realidades por tristes i dolorosas que fueran.

Por esto es que ni Voltaire formó escuela filosófica propiamente dicha, ni mucho ménos los otros que, con el título de *filósofos*, ajitaban convulsivamente el espíritu en todos los ramos del saber i el corazon en todos sus sentimientos.

El deismo i el materialismo de entónces no eran franceses, eran de Bayle, de Locke, de la escuela inglesa, que, vulgarizada por Voltaire, patrocinada por Condillac, i torcida a voluntad por los enciclopedistas, servia como de palanca para la destruccion que tan estéril como impiamente emprendieron contra el Cristianismo.

La Francia, decia Napoleon, es de la relijion de Voltaire; pero esto mismo que aparentemente pudiera aducirse como una razon para sostener que éste formó una escuela de filosofía propia, está probando que Voltaire solo encarnó en el pueblo frances la duda, el escepticismo, la burla, la impiedad, vicios por cierto que no podrán señalarse como doctrinas ni que jamas han formado lo que se denomina un sistema en las especulaciones del espíritu humano.

El platonismo, el neo-platonismo, el estoicismo, el epicureismo, etc., etc. i todas las infinitas sectas, doctrinas i teorías que hasta Bayle i Espinosa presenta la filosofía ¿reconocerian, por ventura como hermanos al espiritualismo de Rousseau, al ateismo de La Metrie, de Helvecio, de Holbach i al sensualismo estraido de Locke i convertido en materialismo por Condillac? ¿Se harian cargo, si viesen, los autores de aquellos diversos sistemas de la responsabilidad que tan lijeramente se les atribuye? De ninguna manera: la filosofía del siglo XVIII no echó mano del exámen contemplativo para la difusion de estas o las otras teorías, para la formacion de tal o cual escuela filosófica: nada de eso, sino de la crítica de los hechos, manejada la mas veces por la impiedad i la burla, que eran las armas que, a juicio de aquellos filósofos, debian reducir a polvo todas las creencias existentes.

XXVII.

Con todo, apénas penetramos en la mitad de esta grandiosa centuria, la profunda oscuridad que envuelve al hombre desaparece, el crepúsculo vacilante que ilumina el espíritu tórnase en un sol abrazador i luminoso, i el campo de las ciencias depurado de los abrojos i malezas, préstase jeneroso a recibir en su seno la jerminadora semilla.

En la plenitud, pues, de este siglo memorable, el pueblo frances hasta entónces embrutecido i esclavo, adquiere la conciencia de sus derechos, de su destino, adivina sus glorias, entreve la mision que ha recibido de Dios para ilustrar las naciones de la tierra i, movido como los antiguos cruzados para la conquista de la tumba del Salvador, corre a arrebatar de las manos de la supersticion i la tiranía el cetro envilecido de la razon i la justicia.

XXVIII.

Montesquieu examina los gobiernos, desentraña las leyes en que se asientan, descubre los muelles en que descansa el despotismo, averigua los elementos con que se forman las repúblicas, i con el cuadro del hombre en todas las latitudes del globo permite al espíritu encumbrarse hasta la averiguacion de su suerte i al corazon tomar a su cargo la defensa de las ideas.

Rousseau hace mas: lo que esplica Montesquieu, él lo manda: lo que aquel idealiza con el espíritu tranquilo, él lo siente ardiendo en santo amor de la justicia; lo que aquel discute, él lo resuelve, i con su *contrato social* establece, al fin, el modo como el esclavo puede hacer trizas las cadenas i formar un edificio que lo proteja sin mas pedestal que la virtud i sin mas artífices que la *libertad*, la *igualdad* i la *justicia*.

Voltaire no crea, zapa, destruye, corroe todos los usos envejecidos, todas las creencias, todas las preocupaciones, i por desgracia en la tarea de destruccion que se impone no solo gasta con la aguda lima de su jénio el orin que ensucia la verdad sino que llega hasta rayar el manto de oro que la envuelve.

Diderot, semejante a los *peones* del juego de ajedrez, vá adelante en el combate: su jénio lo alienta, a nada teme, vá hasta estrellarse en los confines del campo de batalla con el ateismo i, tomándolo como arma destructora de todo lo existente, lo prohija tambien como instrumento de de-

fensa, como elemento de vida, i el pueblo, recibiendo incautamente lo que su mentor le ofrece, se taja los dedos, se hiere él mismo con el propio escudo que se le presenta. Hasta Federico II, el vencedor de Rosbach, presta su ateismo de plomo para que la Francia su vencida, tenga mas copioso bagaje en la pelea contra la supersticion: se llama *filósofo*, se hace frances por el espíritu, i la filosofía es la primera vez que presenta entre sus filas como soldado a un hombre ceñido con la diadema de los reyes.

Catalina II, la Semiramis del norte como se la llamaba, tampoco quiere quedarse atras en esta cruzada: soberana, déspota, mujer, no importa, ella se alista tambien entre las filas, i desde San-Petersburgo ofrece premios a los combatientes, coronas a los poetas, palmas a las ciencias i hace, en fin, que los cincuenta millones de esclavos que oprime tengan una lejislacion modificada por los consejos del que se denomina patriarca de la filosofía.

Los otros satélites de estos grandes destructores siguen su impulso: el baron de Holbach realza la materia, abate i enloda el espíritu, ensucia i degrada el alma: Helvecio proclama tambien el ateismo, desmintiéndolo con su noble conducta, i sin conocer ni haber estudiado a fondo ni el uno ni la otra: La Metrie blasfema hasta irritar al mismo Voltaire, éste delira, aquél insulta: todos, en fin, se contradicen, se combaten, se atropellan en la pelea; pero todos ellos ván a un punto; pero todos ellos son movidos por un mismo deseo; pero todos ellos llegan, finalmente, hasta la almena en que se encastillan los reyes, en que se forjan cadenas para los oprimidos, en que se crean errores para quebrantar el cuello de la razon, vicios con que entorpecer la virtud; i peleando cuerpo a cuerpo en el asalto, vuela súbitamente el edificio i aplasta entre sus escombros, no solo a los combatientes por la tiranía sino hasta a los heróicos pujilistas de la libertad del mundo.

XXIX.

Dejando a la filosofía por un instante, volveré a ocuparme de la medicina para tratar de averiguar si durante el tiempo citado logró añadir algunos nuevos trofeos a los que habia conquistado hasta entónces.

XXX.

Dijimos que con la luz del décimo octavo siglo, debia conseguir la ciencia ensanchar la esfera de sus conocimientos, i en ello no asentamos una paradoja, por cuanto de las doctrinas médicas i la práctica ejercidas hasta entónces comenzaron a desterrarse insensiblemente las sutilezas escolásticas que aun las desfiguraban, i, sobre todo, las ridículas prescripciones farmacéuticas que creia el vulgo como inefables remedios celestes.

«Efectivamente, dice un médico frances, poco a poco fueron estirpándose de nuestra terapéutica aquellos brevajes confeccionados las mas veces por la ignorancia mas supina de la botánica i de la química, i destinados únicamente para conformarse a las exijencias del vulgo: aquellos remedios, en fin, tan extravagantes como misteriosos i a los que la ignorancia atribuia siempre una milagrosa virtud apesar de ser víctima de ellos.»

XXXI.

Como vemos, la medicina a mediados de este siglo debió tomar naturalmente otro rumbo, i, así fué, pues engrandecida ya con los descubrimientos hechos en las ciencias naturales por D'Alambert, Buffon i algunos otros, fuéle posible seguir una carrera sistemática de estudios, la que no se ha interrumpido por fortuna hasta el momento presente.

Sin embargo, apesar de que por entónces se estudiaba i se conocia medianamente la fisiolojia, i se habian hecho mas que notables adelantos en la anatomía, no eran suficientes aun todos estos progresos; no, faltaba i faltaba mucho todavía para que la ciencia médica alcanzase todo su dominio, para que representase todo el papel a que está llamada por su trascendental influencia en la suerte de los hombres.

Tan verdadero es esto, que la corte de Luis XV, los mas orgullosos personajes de la aristocrácia, i hasta los mismos hombres científicos de aquel tiempo, no tenian en sus dolencias otro médico a quien confesarse que el suizo Dr. Tronchin, hombre, por otra parte, si hemos de creer a la amistad i respeto que le profesaban Voltaire, Rousseau, etc., verdaderamente digno de aprecio.

Pero aun este, que por la misma aceptacion que gozaba debemos creerlo una notabilidad, no está, si atendemos a uno que otro escrito que se conserva de él, a la correspondencia seguida con sus amigos los enciclopedistas i al olvido que a su respecto manifiestan los profesores del dia, colocado ni con mucho al alcance de los mas medianos prácticos de nuestra época.

Sabido es que el doctor, a quien hemos tomado por ejemplo por ocupar en aquel tiempo el primer lugar entre los médicos de Paris, no pudo resolver definitivamente si Rousseau tenia o no lo que él llamaba *pilipo* en el corazon; lo que prueba que el conocimiento fisiolójico i patolójico de esta víscera no le era completamente conocido.

Los remedios administrados por los prácticos sus cólegas, en las afecciones pulmonares, comprueban, si lo otro no mereciere atenderse, que tampoco se habia estudiado el aparato respiratorio de una manera conveniente.

Con efecto, sin suponer esta ignorancia notable en el ramo de la fisiolojía i patolojía ¿cómo podriamos esplicarnos que Rousseau, que tambien tenia nociones de anatomía i alguna tintura de fisiolojía, como lo prueba en su *Emilio*, no pudiendo saber a punto fijo si la afeccion pulmonar de que se figuraba atacado era verdadera, fuese a consultar, no bastándole las contestaciones de los médicos franceses, a doctores suizos, a quienes culpa de igual o mas crasa ignorancia?

Respecto a la cirujía operatoria en el mismo Rousseau hallamos una prueba de lo que decimos, de lo poco que habia avanzado, pues que nos cuenta que cansado del uso de las *candelillas* i las sondas que le habian prescrito los doctores para poder desahogar la vejiga, las abandonó completamente como así mismo las erradas medicinas que le recetaban para alivio de su estrechez conjénita de la uretra.

La enfermedad, tratamiento i muerte de Luis XV tambien nos confirman en esta idea, pues que, atacado por la viruela de resultas de haberse contajiado por el encuentro de un ataud, no recibió ninguno de los auxilios que hasta el último de los curanderos ofrese con provecho en nuestros campos.

Como prueba del terror que por entonces se tenia a las disecciones cadavéricas, recordaré tambien, que cuando uno de los jentiles hombres de palacio insistia por que el médico de cabecera del Monarca le hiciese la autopsía, recibió por respuesta de éste: que estaba mui bien: que él haria la

apertura del cadáver de su Majestad, pero con la condicion de que el solicitante lo tuviera por la cabeza. ¿Cómo, pues, podria pretenderse que las observaciones anatómicas fuesen minuciosas i constantes; ni mucho ménos que sin ellas la fisiolojía diese un paso i la patolojía i la clínica saliesen del oscuro recinto en que se hallaban sumerjidas?

XXXII.

Sin embargo, en medio de este atraso i a la sombra, una multitud de injenios principiaban a estudiar con un ahinco i con tal provecho, que la posteridad agradecida no podrá ménos de recordar siempre con placer i veneracion el último tercio de este glorioso siglo, con el que es preciso datar la resurreccion completa del arte o mejor asentar como la partida del bautismo de la medicina moderna.

Cuvier, Virei, Vicq D'Azir, Cabanis, Pinel, Roussel, el Baron Boyer, Bichat etc., i otros infinitos talentos de primer órden allí estudiaban, allí a la sombra del silencio i del retiro nutrian sus cabezas con todos los conocimientos de que es susceptible el entendimiento humano: allí, repito, embellecian su mente en el estudio i la meditacion, i el alma en los jenerosos transportes de la filantropía: allí como astros no elevados aun iban añadiendo, acrecentando diariamente su foco luminoso para aparecer en breve con la aurora del presente siglo como otras tantas estrellas inmortales en el cielo de las ciencias.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

(Continuará.)

Parabien a mi amigo....

Al fin, amigo, puedo verte libre
De esa pasion voraz que te ahogaba;
Tu existencia infeliz se marchitaba
E ibas víctima a ser de tu dolor.
En vano el labio del sincero amigo
Funesto porvenir te predecía
Anheloso por tí, nada podia
Calmar el fuego de tu inmenso amor.

Tiernos ensueños, blandas ilusiones,
Que de tu mente juvenil brotaban,
Como un ánjel de luz te presentaban
Al objeto fatal de tu pasion.
I engañada tu alma por el brillo
Que con los ojos del amante viste,
A sus plantas rendido le ofreciste
Tu existencia, tu fé, tu corazon.

Pero aquella mujer no comprendia
Ni tu incesante amor ni tus pesares,
Porque es de esas coquetas tan vulgares
Que no saben a otra alma comprender.
Es de aquellas mujeres que no tienen
Para el amor un tierno pensamiento;
Incapaces de un tierno sentimiento,
No es el amor perfecto su placer.

¿No viste en ella, dime, una coqueta
Que halagaba tu amor en su memoria
Solo, tan solo por tener la gloria
De agregar a su lista otro galan?

No; que amándola ciego i con delirio,
Al mirarla tan tierna i tan hermosa,
Tambien la imajinaste candorosa
I que sabia con pasion amar.

I te engañaste! la mujer querida
Que noble i pura te finjió el deseo,
Correspondió tu amante devaneo
Con engaño no mas i con traicion.
I una larga cadena de pesares
Ató entónces tu vida a la amargura,
Huyó por algun tiempo tu ventura
I el dolor conmovió tu corazon.

Mas, luego en tu alma la razon rompiendo
Ese velo de amor que la cegaba,
A la dulce ilusion que la encantaba,
La fria indiferencia sucedió.
I ahora en grata i deliciosa calma
Ves la vida pasar con alegría,
I goza mas feliz tu fantasía
Sin ese engaño cruel que la ofuscó.

Gózate, pues, amigo; el desengaño
Léjos de darte penas i tormento,
Trae a tu pecho dichas i contento
I a tu existencia trae paz tambien.
De la mujer que amastes, el engaño
A tu desprecio solamente alcanza;
I ahora tú burlando su esperanza
Contesta al desamor con el desden.

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

Mujeres i Flores.

¡Cuánto no se ha escrito sobre las mujeres i las flores!—I a fé que lo merecen.

Echando la vista hácia todas partes,—sobre el conjunto que el hombre puede abrazar con los ojos del cuerpo i con los del alma,—nada se encuentra mas delicadamente hermoso que las mujeres i las flores.—De ambas brotan, se desprenden los perfumes que embalsaman la existencia:—donde ellas están no hai tristeza posible, reina la mas loca, simpática i contajiosa alegría.

¿Qué serian sin las mujeres las atmósferas en que el alma se recrea?—¿Qué seria sin las flores i sus mil perfumes el aire que respiramos?

¿Dónde se albergan los placeres mas penetrantes?—En los bailes i los jardines—es decir—entre las mujeres i entre las flores.

Todo el que ama i busca la belleza ¿en quiénes personifica ese amor?—¿en quiénes lo encuentra?—En las mujeres i las flores.

Córrase la larga cadena de los seres, anillo por anillo, i no se hallará nada superior a esas dos creaciones, último esfuerzo de la divina poesía;—a esas dos creaciones que encierran en sí cuanto hai de mas grato, de mas dulce, de mas delicado, de mas sensible, de mas débil por su naturaleza i de mas fuerte por sus atractivos en cuanto vive i respira, sufre i go-

za, mata i rejenera en todos los órbes de lo creado.

La materia inanimada seria insípida, insoportable, sin las flores.—La materia que se mueve, que ama, que piensa ¿qué seria sin las mujeres?

Las unas como las otras existen con el favor de los propios vientos,—se marchitan, se deshojan i mueren al impulso de un mismo i envenenado aliento.

Las mujeres son flores que hablan.

Las flores son mujeres mudas.

Tronchad una flor—i la vereis palidecer, inclinarse i morir llena de tristeza i resignacion.

Arrebatad a una mujer sus ilusiones, hacedla respirar el quemante aliento de la pasion,—i la vereis enflaquecer, estenuarse i—sino morir—vivir en perpetua agonía.

Para que nada falte a la semejanza, ambas tienen un idéntico modo de dar la vida o de quitarla.—Ambas matan poco a poco—o vuelven a la vida instantáneamente.

Miéntras mas se observa a las mujeres i las flores, miéntras mas se estudia sus necesidades, sus aspiraciones, lo que hace sus delicias o sus penas, sus dolores o sus placeres, es mayor la paridad que entre ellas se nota.

Hai flores i mujeres feas.
Flores i mujeres hermosas.
Flores i mujeres insípidas.
Flores i mujeres descaradas.
Flores i mujeres peligrosas.
Flores i mujeres coquetas.
Flores i mujeres inocentes.
Flores i mujeres discretas.
Flores i mujeres indiscretas.
Flores i mujeres necias.
Flores i mujeres de mal gusto.

Hai tantas especies de mujeres como de flores.

Se asegura que todo hombre tiene sus semejanzas con algun animal;—que hai hombres leones,—hombres tigres,—hombres cangrejos,—esta es la especie mas abundante,—hombres gatos,—hombres perros,—hombres monos,—hombres conejos,—hombres cabros,—en fin, hombres animales.

Pues bien:—lo que sucede con los animales i los hombres sucede con las mujeres i las flores.

¿No es verdad que una mujer pálida i lánguida se parece a un lirio?—qué una mujer de frescas mejillas, de ojos penetrantes i vivos se parece a una rosa de rojos pétalos?—qué una mujer blanca como el mármol i helada como él hace la misma impresion de una camelia?

Pasad en revista, amigo lector, todas las mujeres que hayais amado,—i si tal cosa no os ha sucedido,—todas las mujeres que hayais conocido; poned sobre vuestra mesa un ramo de flores,—i vereis como cada una de esas flores os recuerda alguna de vuestras queridas o de vuestras conocidas,—i vereis como en ésta encontrais el delicioso perfume, el santo arrobamiento del primer beso, en la otra del primer abrazo, en la de mas allá el amargo dejo del primer pesar, en la de mas acá del primer desengaño,—i en cada una de ellas un parecido imposible con la mujer o mujeres que toda esa escala os han hecho recorrer.

Esto no es un capricho de la fantasía.—Mas de un hombre he conocido que palidecia en presencia de ciertas flores,—i palidecia porque esas flores le recordaban todo su porvenir destruido, toda una série de sueños disipada, todo un mundo de esperanzas deshecho mas pronto que la flor que tenia en la mano.

¿Qué otra cosa hai en lo existente mas fácil de destruir que una mujer i una flor?—¿Qué otra cosa de apariencias mas bellas i de encantos mas fugaces?—Qué es lo que el hombre, en su brutal conducta, arroja léjos de sí tan luego como no le encanta?—Las mujeres i las flores.—Una flor seca i una mujer marchita son igualmente insípidas para él.

Sin embargo—¿adónde se secan mas pronto las flores?—Bajo el dominio del hombre.—¿Adónde se marchitan mas presto las mujeres?—Bajo el aliento de ese mismo hombre.

En todo se parecen las mujeres i las flores:—ambas vienen a la vida con las primeras luces de la aurora:—ambas encantan las mañanas, perfuman las tardes, penetran de luz, de armonía, de belleza cuanto tocan, a cuanto se acercan, a cuanto las atrae:—ambas dan esa belleza—que es su vida—en holocausto del que las ama.

¿Cuáles son las flores que se ven primero arrancadas a la planta que las sustenta con su savia, que las guarda con sus hojas?—Las mas hermosas. ¿Cuáles son las mujeres que primero se sienten ahogadas por la cargada i dañosa atmósfera de los salones, que primero arrebata el hombre a su hogar?—Las mas hermosas tambien.

Oh! existe entre las mujeres i las flores una semejanza que espanta i que casi hace brotar las lágrimas de nuestros ojos.—Ambas vienen al mundo solo para hacer gozar con su dolor, para encantar i morir, para llorar miéntras el hombre rie,—para ser hoi sus sultanas i mañana sus esclavas!

Mui adelante podriamos llevar este paralelo, mas no lo queremos.—La amargura empieza a apoderarse de nuestra alma, i nuestro corazon, indignado contra el hombre que de tan absurda manera trata a lo mas bello que alienta bajo el sol,—es capaz de propasarse i llamarle el mono sabio de la creacion.

Con todo; es necesario que llenemos el papel que aun nos queda en blanco;—pero no ha de ser, por vida nuestra, con una disertacion sobre el hombre, esa última espresion de la presuncion i la necedad, de la ignorancia i el absurdo, que solo tiene talento para hacer de su existencia un infierno i marcar su camino con sangre i lágrimas.—Nó.—Espresarémos un deseo, una esperanza, una ambicion, un algo indefinible que siempre nos ha poseido, i

que bien puede ser una locura como un acto de justicia.—Ese algo—es que nos sea permitido arreglar el mundo a nuestra manera.

—Se nos preguntará talvez o sin tal vez ¿qué haríamos?—No dejar en él mas que mujeres i flores.

—Eso sería cruel,—se nos objetará:—pero sería bello, no hai que dudarlo.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Vence el engaño al amor.

(Episodio tradicional.)

A MI QUERIDO AMIGO D. NICOLAS VILLEGAS.

Continuacion.

II.

De como una esperanza fallida nos precipita al suicidio.

Está en su cuarto don César
Pensando en el caso estraño,
I aunque imajina un engaño
No lo puede en verdad creer.
Pues decididas finezas
De Carlota ha recibido,
Finezas que no han podido
De leve afecto nacer.

Mil veces arrebatada
Le ha jurado amor constante,
Los sonrojos del semblante
Jurándoselo mejor.
El no duda ni un momento,
Pero averiguar no puede
Cuál obstáculo no cede
A la voluntad de amor.

I si es que ha existido alguno,
No lo juzga tan terrible
Que hasta le fuera imposible
El recurso de avisar.
I sin poderse dar cuenta
El capitan se confunde,
Mientras en su pecho cunde
Indefinible pesar.

Quizá el galan que él creia
Que desgraciado velaba,
En secreto saboreaba
De Carlota el dulce amor.
I aun cuando ella desdeñosa
Ni una vez le sonreia,
Quién sabe si así escondia
De su cariño el ardor.

Pero crédito don César
No le dá a tal pensamiento,
I solo lo crée un tormento,
Un delirio de su afan.
¡Infeliz! i no divisa
Que su destino dorado,
Seco ya i despedazado
Juguete es del huracan.

I aunque a veces vé de cerca
Su terrible desventura,
El endulzarla procura
Con una grata ilusion.
¡Ojalá que así viviera
Para siempre, que aunque es triste,
Al ménos así le asiste
Un consuelo en su afliccion!

—

Pasó un dia i otro dia
I se pasaban los tres,
I don César ya sentia
Que en su pecho se encendia
La militar altivez.

Acomodó su vestido
I se preparó a salir;
Bien resuelto i decidido
Que si todo engaño ha sido
Se ha de vengar o morir.

De la jóven a la casa
Derecho pues se dirije;
Que allí sabrá lo que pasa,
I hasta a casarse se aplaza
Por si acaso se lo exije.

Por aliviar su tormento
Camina dispuesto a todo;
Que agotado el sufrimiento,
O la muerte o el contento
Busca ya de cualquier modo.

Llega por fin a la puerta
De Carlota, i su coraje
Se calma viendo desierta
La casa, i que está cubierta
De un fúnebre cortinaje.

—«¡Quién habrá muerto, aturdido
Don César clama al entrar....
Ella quién sabe si ha sido
I yo bárbaro he podido
De su corazon dudar!»

I fascinado se queda
En el patio, i vacilante;
Sin que contener ya pueda
Una lágrima que rueda
Por su pálido semblante.

Siente el capitan que el pecho
Terrible angústia le oprime,
I que el corazon estrecho
I en triste dolor deshecho
Al suspirar solo jime.

Sale de adentro un criado,
I don César le pregunta
Qué ha habido de desgraciado,
Pues mira todo enlutado
En lo que algo cruel barruntа.

—¡«Ah, señor! mústio contesta
I casi llorando el mozo,
La desgracia es bien funesta,
Un caso tan doloroso
Que dar noticia me cuesta.»

—«No me ocultes la verdad,
El capitan balbuceó;
Qué si Carlota murió,

A la misma eternidad
Irla quiero a buscar yó.»

—«Há tres dias que ha espirado
De un modo tan repentino....»
—«Cesa, dijo anonadado
El capitan, que adivino
Lo demas que habrá pasado.»

I así el infeliz diciendo
A su casa se encamina;
Entra a su cuarto corriendo,
I de una pistola asiendo
En su pecho la fulmina....

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Murió don César!—La suerte
Que ayer le sonrió hechicera,
Hoi combatiéndole fiera
Lo hizo entregarse a la muerte.

Ayer le brindó ventura
Una esperanza en la vida,
I hoi creyéndola perdida
La sigue a la sepultura.

Este es el triste destino
Que acaso solo encontramos,
Cuando mas nos lisonjeamos
Con un porvenir divino.

Hoi dichosos nos creemos
De una ilusion en los brazos,
I si cae hecha pedazos
Tras ella la muerte vemos.

I es grato talvez morir
Perdida toda esperanza,
I creemos que se alcanza
Dejar así de sufrir.

. . . . . .

Que ignore aun, no hai persona,
De don César el fin triste;
Pero ninguno le asiste
Ni en tal conducta le abona.

Pues dicen que es necedad
Morir por una mujer,
Las que, suele suceder,
No van a la eternidad.

Ellos tendrán su razon
Para murmurar así,
Que por lo que toca a mi
No entro en tan árdua cuestion.

De que esta vida es un mar
Tengo para mí por cierto,
I la eternidad el puerto
Do creo se ha de arribar.

Pero el cuento prosigamos
I dejemos este punto,
Que la verdad del asunto
Talvez al fin la encontremos.

Pues sigue la narracion
Dejando por medio un año,
I entónces, no será estraño,
Que hallemos la solucion.

I en adelante sabremos
Lo que hai de falso o de cierto,
I obraremos con acierto
Por que esperiencia tendremos.

El suceso se olvidó
Pasado algun tiempo yá;
Mas luego el lector verá
El cuento como acabó.

RAFAEL SANTOS.

(*Concluirá.*)

Ecos de la semana.

Santiago, noviembre 26 de 1859.

SUMARIO.—Tres preguntas.—¿Por qué no hablais de modas?—¿Por qué no hablais de política?—¿Por qué no hablais de cosas sérias?—La cosa ménos séria de la semana.—Asilos para la vista.—Asilo para el uso de la palabra.

Tengo a la vista tres billetes que se me han dirijido esta semana: son tres preguntas que se me hacen.

«¿Porqué no hablais de modas?»—me dice *una lectora*.

«¿Porqué no hablais de política?»—me escribe *un lector*.

«¡Porqué no hablais de cosas sérias?»—me pregunta *un suscritor*.

Me apresuro a satisfacer estas tres curiosidades, i dando al César lo que es del César, principio por contestaros a vos, jentil lectora, que jentil habeis de ser por mas cristiana que se os suponga.

¡Porqué no hablo de modas! A la verdad que mi silencio en este punto seria imperdonable, sino fuese que la moda ha desaparecido de Santiago. Parece imposible, pero es así: la despótica consorte del buen gusto, el ánjel tutelar de los mercaderes, el mal jénio de los maridos i papás, la propicia divinidad de los hombres—bustos, el salvo-conducto de los nécios, el pasaporte de los mal criados, la suprema dispensadora de los triunfos de salon, el Ormuzd de la mitad de los mortales i el Ahriman de la otra mitad, en una palabra, la mas vieja i mudable de todas las coquetas ha dejado de existir. Si no me creis, buscadla por donde quiera i la buscaréis en vano. En vano pretenderéis hallarla en la forma de los vestidos, en la materia de las telas, en su color o en sus matices. Si pensais que los trajes de dos faldas son los únicos aceptables, desengáñaos mirando a esa donosa morena que no lleva mas que una i no echa de ménos la otra, o a aquella adorable niña¡que ha cambiado las faldas por los vuelos, si bien estos son de dia en dia mas escasos i ménos vistos. Contemplad en seguida con cuánto gracia no se os-

tenta una levita de muselina blanca, una que otra manteleta de sutil tafetan, tal cual *burnous* de diafano tejido, entre los innnmerables chales blancos o negros, hijos lejítimos o con mas frecuencia supuestos del punto de Chantilly; observad despues cómo las muselinas de cristal i las no cristalizadas se mezclan i confunden con los tules transparentes, con las gasas crepusculares, con los linones impalpables, con las multiplicadas concepciones metafísicas de la seda i el lino; i notad por último que el blanco no es el único dueño del color, como en un principio se temia, sino que todos los colores son ahora dueños del blanco i caen sobre su campo a listas, a cuadros, en pintas, en pequeñas flores, a guisa de moscas, bajo forma de escarabajos, o a pretesto de guarniciones. I en presencia de esta insana volubilidad de formas, de esta libertad desenfrenada de colores, de esta increible anarquía de matices, no dejaréis de reconocer conmigo, hermosas lectoras, que el imperio de la moda ha hecho su tiempo, como diria mas de un hablista de los nuestros. Como el orbe católico, el mundo de la elegancia es en este momento presa del *libre exámen*, enemigo de toda tiranía i de toda autoridad, i bajo sus golpes ha caido el despotismo de la moda. Digámosle, pues, adios i consolémonos de su pérdida pensando en los pocos despotismos que aún nos quedan i en los que pueden venirnos el dia ménos esperado.

I ya que os he hablado del despotismo *fashionable*, debo ahora hablaros de la libertad política, porque ¿quién habla en el dia de política sin hablar de libertad? No serán por cierto los fieles del progreso, que creen en ella, no serán tampoco los jansenistas políticos, que con ella se escudan; ni serán los gobernantes, que mandan siempre en su nombre si no siempre en su provecho; ni serán los gobernados, que obedecen a su nombre i a su nombre se sublevan. La política es el mas asíduo galan de la libertad, i los políticos son, aunque otra cosa parezcan a la simple vista, los cortesanos mas cumplidos i perfectos. ¡Qué de amables lisonjas, qué de galanterías i requiebros no prodigan todos ellos a la ilustre dama, tan solicitada hasta hoi i hasta hoi soltera! No es posible, sin embargo, pensar que todos sean igualmente sinceros; ántes bien, hai mas de un motivo para sospechar que no lo es casi ninguno. Bajo este aspecto la política se parece mucho a los hongos, o como nosotros decimos, a las *callampas*, que no todas son comestibles, i a las rosas, que no todas son buenas para dulce. Yo que, por precaucion, jamas como *callampas*, ni tomo jamas dulce de rosas, tampoco hablo nunca de política.—Ved, pues, curioso *lector*, el motivo de mi silencio en este particular.

A vuestro turno, vais a ser satisfecho vos, benevolo *suscritor*, que me habeis preguntado porqué no hablo de cosas sérias. La verdad es que, fuera de los hombres sérios, no he hallado hasta ahora cosa alguna que merezca llamarse tal. I, bien mirado, no es de sentirlo, porque nada es tan fastidioso como la seriedad, que habla poco, se mueve ménos i nunca rie ni llora. Llorar o reir es la perpétua alternativa de todo ser humano que no ha pasado al estado fósil de hombre serio. ¿I qué seria de la existencia sin estas dos voces del corazon? Qué seria de las almas sensibles i honradas, si no tuviesen la risa para vengarse de los tontos i los malvados, i las lágrimas para aliviarse del dolor i la felicidad? El hombre serio, que no llora ni rie, tiene mucho adelantado para la sepultura: ha perdido anticipadamente el corazon. Por fortuna, nosotros lo conservamos todavía, sensibles lectores, i de consiguiente reimos a menudo, lloramos de tarde en tarde, i nunca hablamos de cosas sérias, aunque siempre hablemos seriamente.

En prueba de ello, vamos ahora a hablar seriamente del teatro, que es la cosa ménos séria de que podria hablarse, i tambien la ménos séria de la semana, atendido que es la única durante ella que se ha movido i reido, que ha hablado i llorado.

Ha reido sin medida ni discrecion el domingo con *un casamiento a media noche*, lindísima comedia en tres actos del inagotable Scribe. Si habeis visto esta comedia, es inútil que os cuente su argumento, i si no la habeis visto, en vano esforzaría mis facultades narrativas para daros una idea descolorida de una fábula injeniosa i verosímil, desenvuelta naturalmente por una sucesion de escenas cómicas de la mejor lei, i por un diálogo palpitante de oportunidad i viveza.

Tambien se ha reido el lúnes, i ha escuchado con gusto la repeticion de *los Diamantes de la Corona*, la zarzuela mas afortunada i brillante que hasta ahora se nos ha cantado.—Aquella noche el teatro fué ademas singularmente brillante con todas sus arañas encendidas, i singularmente afortunado con la aparicion de la Mur, que no parece sino que fuera cometa que camina a su afelio. De desear seria que su órbita no fuese tan irregular como la de aquellos astros.

Ya el juéves no tuvo mucho de que reir, si bien bastante de que llorar el teatro en *El arte de Conspirar*, drama en cinco actos de Scribe, traducido por Larra. Esta pieza, conocida i gustada de nuestro público, tiene el doble mérito de ser una creacion de las mejores de Scribe i una traduccion de Larra, que ha logrado verterla en castellano con inimitable acierto. La accion del drama, como acontece de ordinario en los de Scribe, camina desmayada en los primeros actos, i la exposicion absorve buena parte de la pieza, sostenida mas por el diálogo i los carácteres que por el movimiento.

A la comedia, la zarzuela i el drama, de que os he hablado, se ha añadido el complemento de bai-

le de la Thierry, invariablemente insuperable, de Bernardelli, Corby i la Matilde, para formar el conjunto de la semana teatral, la cual, como veis, no ha sido avara de amenos pasatiempos e interesante variedad.

La mejor parte de este excelente resultado es debido sin duda a O'Loghlin, que continua siendo la delicia del público, ya caracterice a *Beati*, el teólogo gazmoño, o al conde de *Rantzau*, el sagaz i sumbon diplomático.—La Mur, a pesar de su esquivez, ha conseguido hacerse aplaudir locamente a fuerza de gracia i talento; i Clapera, el simpático zarzuelista, ha hecho que el público lamente sus largas ausencias.—En cuanto a Gaitan, justo es repetir que siempre es celebrado i siempre con razon, i en cuanto a su mujer, es justo felicitarla por su desempeño i por su beneficio, al que no faltó sino la concurrencia.—De la Sotomayor tampoco podrian decirse sino bienes ni dársele sino parabienes por sus rápidos adelantos; i respecto a los demas actores, bastará con certificar que han llenado la medida de sus fuerzas i absolverlos de culpa i pena.

La alameda i el teatro son hoi los únicos asilos en que los hombres ven i las mujeres son vistas, en que aquellos saludan a estas, i en que se forma uno que otro corrillo i se cruza una que otra conversacion. Por lo demas, Santiago que ya no llora ni rie como si fuera hombre sério, que ya no baila por miedo del calor, que sale poco a la calle por temor del polvo, va perdiendo hasta el uso de la palabra. Por fortuna, ahí está el *Círculo de amigos de las letras* para recordarle el empleo que se puede hacer de ella.

En la reunion que tuvo lugar anoche, el señor Valderrama se hizo oir con el agrado i atencion que siempre provoca, primeramente leyendo tres sonetos del señor Olavarrieta i en seguida en la lectura de un trabajo suyo que lleva por título: *Pájinas de mi diario.*

De los tres sonetos del señor Olavarrieta, igualmente perfectos en su forma i fáciles en su versificacion, hai uno que mas que los otros dos fué aplaudido, i vale bien los otros dos: es el que ha consagrado a la memoria de su padre. La ternura del pensamiento se enlaza en esta composicion con las bellezas que campean en las dos restantes.

En *las pájinas de mi diario*, el Sr. Valderrama ha tratado de buscar la causa que aun hace vivir a la luz del siglo XIX ciertas supersticiones i creencias en la majia i hechicería, que tuvieron nacimiento en la edad media, crepúsculo de nuestra civilizacion moderna. Este trabajo no es de pura observacion i análisis, sino que la imajinacion del escritor ha entrado en él para mucho. I la imajinacion del señor Valderrama, que se revela a cada paso en su estilo figurado i caloroso, es a no dudarlo ardiente i sombría. A ella es preciso culpar de la oscuridad de ciertas pinceladas que se han dado en el cuadro. La humanidad, por mas que se diga, no es hoi peor que ayer sino mejor, i será mañana mejor que hoi. El señor Valderrama por desgracia no lo cree asi, i juzga en consecuencia a nuestro siglo de un modo tan desventajoso como injusto en las *pájinas de mi diario.*

El señor Cifuentes leyó despues un estudio de crítica literaria, en el que aboga elocuentemente en favor de la poesía para que pueda vivir emancipada del pupilaje de la versificacion. Cree con Aristóteles, el famoso retórico antiguo, i con Lamartine, el famoso poeta moderno, i con muchos otros todavía, que hai poetas en prosa i prosadores en verso. I asi es la verdad: la rima no es capaz por sí sola de dar poesía al que no la tiene en el corazon, ni de quitarla al que la posee. Pero no es justo decir, como Lamartine lo dice, que el verso sea un juego pueril, un estéril desperdicio de injenio. Por fortuna, el señor Cifuentes no ha caido en esta exajeracion, al sostener los fueros de la poesía i desear su emancipacion de la rima; ha dado a esta el valor que tiene i no se atreverán a disputarle muchos de los que hablan la lengua castellana. Haya norabuena poetas en prosa, pero no por eso reneguemos de los poetas en verso.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

BIBLIOTECA NACIONAL

Imprenta del Correo, pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Diciembre 3 de 1859. Núm. 29.

MEMORIA

SOBRE

La historia de la filosofía i de la medicina.

Douce lumière, hélas! me seras-tu ravie?
LA FONTAINE.

Consideraciones sobre la historia de la filosofía i la medicina.—Alianza que debe existir entre ellas.—Ignorancias eternas.—La fé como último resultado.

Continuacion.

XXXIII.

A fines del reinado de Luis XVI, la medicina era ya majestuosa; ya no era ciertamente aquel vasto almacen de patrañas i supercherias que durante tantos siglos no habia servido ni para el alivio de la humanidad ni para la gloria de los que la profesaban.

El carácter del médico ya era respetado: ya los hombres que se dedicaban a la ingrata cuanto penosa tarea de curar las dolencias de sus semejantes merecian la veneracion i el cariño; ya no se traficaba con el embuste: ya no se hacia del estudio del hombre el mismo empleo que se habia hecho de la alquimía i la nigromancía; ya en fin, los que nos consuelan en nuestros dolores, los que nos libertan de las garras de la muerte i endulzan nuestra postrera agonía, no eran tenidos como seres mercenarios i despreciables sino como amigos mensajeros de paz i de consuelo, como sacerdotes vijilantes i esforzados de nuestra existencia.

XXXIV.

Vicq d'Azir habia ya completado a Harwing sobre la teoría de la circulacion; Cabanis, el Espinosa de la medicina, habia ya estudiado profundamente la estructura del hombre, las funciones de las partes que lo componen, asignado a la materia sus atributos, esplicado los fenómenos de la vitalidad i fundado desgraciadamente con su teoría *del sistema sensible* la escuela escéptica de que se ha hecho un abuso tan pernicioso i una arma tan terrible contra la filosofía.

Las observaciones de Boheraave, de Zimmerman, de Sydheham, de Huffeland ya formaban parte de la patolojía francesa; ya la Francia aclimataba en su suelo las prácticas de la Inglaterra i las sútiles observaciones de la Italia, i a vista de toda la Europa iba formando poco a poco el trono científico en que debia sentarse mui pronto.

XXXV.

La hora de la caida del trono sonó entretanto: el reloj del tiempo movido por la mano de Dios tocó vibrando el último instante del despotismo: murió la monarquía, murieron sus representantes i defensores, i, semejante a las aguas que anegaron la tierra hace cuatro mil años, un diluvio de sangre, cubrió aquella nacion, librando al fin de aquel espantoso cataclismo solo el arca en que estaba encerrada la filosofía con los derechos del hombre.

XXXVI.

El siglo XIX amaneció poco despues, i la Francia, correjida ya de sus petulantes estravios, i como huyendo de la libertad, a quien acusaba injustamente de los crímenes cometidos por sus bárbaros ministros, volvió a echarse en brazos del despotismo, pero no de un despotismo vergonzoso i menguado sino en el que personificó el Coloso de Córcega, en un despotismo de gloria, cuya mano, si bien la oprimía i arrebataba poco a poco sus libertades, la coronaba a un tiempo de laureles i hacia resonar el mundo con el eco atronador de sus victorias.

XXXVII.

Bajo el consulado i el Imperio si es cierto que las ciencias morales i las artes de imitacion tuvieron que replegar sus alas, por cuanto no teniendo así aire i espacio era imposible que remontasen su vuelo, tambien lo es que las ciencias exactas i las artes pudieron desarrollarse debidamente como lo muestran las obras que en todos ramos de ellas vieron la luz en aquel majestuoso período.

«La filosofía, dice un historiador frances, quedó huérfana, el pensamiento esclavo ¿de qué podría servirnos que la conciencia se hallase purificada i el espíritu libre de las quimeras que por tanto tiempo lo habian mecido?»

Tiene mucha razon Mr. Desmarets. Hasta la aparicion del *Jénio del Cristianismo* el corazon frances no habia oido un solo eco de consuelo, una voz que le asegurase su rehabilitacion: la Francia era cristiana, habia vuelto del deismo i del ateismo a la fé; pero no tenia fuente ninguna en que beber la inspiracion i empapar el sentimiento relijioso de que se hallaba poseida.

Una nacion ensangrentada, diezmada, que habia pasado por todos los crímenes, que habia gozado todos los extásis del entusiasmo, sentido todos los delirios del patriotismo, i tambien i mas profundamente, todas las tempestades del odio i de la embriaguez ¿cómo era posible que pudiese hallar en la negacion de la Providencia consuelo alguno, cuando ella sola era la que podia ofrecerle alivio en su horfandad i en su llanto?

Sin embargo, el autor de los *Mártires* i su compañera i rival en gloria la baronesa de Staël, tuvieron que abandonar la Francia, que ir ésta, como lo pretendia el jeneral Lavarin en la órden que de parte del Emperador le comunicó para que abandonase el territorio frances, a manifestar a otra parte la admiracion que profesaba a los grandes hombres de la Alemania: que ir aquel a cantar léjos del soberbio César las bellezas de la relijion, de la que se decia éste su restaurador: que caminar ambos como peregrinos por los demas pueblos de Europa por el delito de haber, el primero, resucitado el entusiasmo relijioso, i la segunda encaminado el espíritu de la nacion por la

senda del sentimiento trazada, i no seguida hasta ella, por el autor del *Emilio*.

XXXVIII.

Nadie ignora el odio que Napoleon profesaba a los ideólogos, conocida es la repugnancia con que miraba los estudios especulativos; i de esta aparente anomalía no será difícil darse cuenta, si atendemos a que no pueden convenirse ni hermanarse absolutamente ideas tan eterojéneas i enemigas como son las que sirven al hombre cuando analiza e indaga la verdad, i cuando, por contraposicion, establece contra todos los principios de justicia como dogma inconcuso el capricho o los indómitos arrebatos de su voluntad.

Los déspotas necesitan siervos; así, la filosofía, que hace de todos los hombres seres destinados a un mismo fin, i que condena i anatematiza el reinado de la fuerza sobre el derecho, no podia vivir ciertamente bajo el reinado del sable; nó, el ruido del tambor, el estampido del cañon i el humo de la pólvora no eran el incienso qué habia menester la ciencia de la verdad, en cuyo santurio no se penetra teñidas las manos de sangre i empuñando una espada, sino con la antorcha de la investigacion, que todo lo ilumina sin quemar, i con el corazon respirando benevolencia i esperanza.

El imperio aplastó a la filosofía, amedrentó a las Musas, que huyeron despavoridas de la mano de plomo con que el jigante las amordazaba; i solo el cálculo, los números con todas sus glaciales demostraciones fueron los que el nuevo Alejandro tuvo por cortejos de su despotismo, i los que merecieron de su omnipotencia un verdadero apoyo.

El héroe Macedon por complacer a su amada cortesana Thaïs, por darle una emocion sublime incendio a Persépolis; éste por obsequiar a su ambicion, único amor que conoció i al que sacrificó hasta sus glorias, redujo tambien a cenizas el templo de las Musas; porqué, como ya lo sabemos no necesitan los tiranos cánticos de amor i de esperanza sino el humilde i fino lenguaje que no contraria sus pasiones.

Chenier, Chinidollé, Mma. de Staël, Chateaubriand i tantos otros depositarios ilustres de aquella lengua proscripta, expiaron el atrevimiento de exhalar sus penas en palabras rimadas: se les castigó, se privó a uno de ellos hasta del alimento con que sostenia los últimos dias de su anciana madre; pero todo esto, i al lado de esta inconcebible i cobarde persecucion al injenio, era compensado con las victorias de la Francia, con esas hazañas del héroe, verdaderas epopeyas del primer poeta de la victoria que haya tenido el mundo.

XXXIX.

Vuelta la Francia a sus reyes, en poder del disimulado cuanto intrigante Luis XVIII, obligada la monarquía a recibir la pauta que le trazara el pueblo a quien debia su resurreccion, natural era que el espíritu, vuelto del espanto en que lo habia sumerjido el conquistador, saliese de su letargo; que la razon recobrase sus fueros; que la fantasía desenvolviera sus alas; i que otra vez, levantada la conciencia humana del abatimiento con que la avasallara el despotismo militar, el hombre volviese al cultivo de las ciencias morales, libre de sobresaltos i con la quietud que necesitan los trabajos de la especulacion filosófica.

Fuélo así, i Luis XVIII pudo recojer la gloria de ver desarrollarse bajo su reinado una multitud de talentos, que independientes de su influencia, como lo habian sido los que circundaron el trono de su abuelo, vinieron, sin pretenderlo él ni pensarlo siquiera, a constituir uno de los pocos títulos que pueda alegar para el reconocimiento de la Francia.

XL.

Royer Collard, Maine Biran, Destutt de Tracy fueron los primeros que rompieron el profundo silencio que embotaba el campo de la investigacion; aunque hablando en justicia, puede decirse que sus trabajos especialmente los de los dos posteriores no son de tal naturaleza que los constituya en un grado de altura comparable ni al que llegaron los filósofos de los dos pasados siglos, ni al que han alcanzado posteriormente algunos otros. La escuela Escocesa, de que son campeones Dugald Stwart, i Thomas Reid podria, es cierto, oponerles títulos mui justos para dividir con ellos nuestra admiracion, por cuanto si uno estudia sus sistemas i toma un resúmen de las ideas en ellos emitidas, i piensa en el espíritu que quisieron hacer triunfar, las obras de los escritores franceses citados, sin perder nada de su mérito por haberlos imitado, no pueden ménos que patentizarnos lo mucho que les deben.

Ciertamente, las apreciaciones de las facultades humanas, el espiritualismo de Royer Collard, por mas que se disfraze con el nombre de *eclectismo* ¿no son los mismos que el de Dugald Stwart con corta diferencia o, mas bien, con solo la disparidad indispensable aun entre los filósofos de una misma escuela? El modo como el alma procede a la investigacion de las ideas, la manera como se operan en ella los sentimientos, cómo deben ser consideradas las sensaciones, el fondo, en fin, de la doctrina espuesta en los ideólogos escoceses ¿se diferencian, por ventura, en algo que pueda merecer el nombre de oposicion filosófica con los que siguen Collard i sus discípulos?

Solo Destutt de Tracy a quien hemos nombrado porque sus talentos especulativos hacen precisa siempre una mencion, es, a mi juicio, el único profesor de todos los de ese tiempo que no solo no ha seguido a los dichos filósofos escoceses, sino que, separándose absolutamente ellos, ha venido a continuar el materialismo de Cabanis, en el que ha bebido la fuente de su teoría, i cuyo sistema abraza no obstante los nuevos estudios con que lo ha enriquecido i el esmero con que pretende ocultar la adopcion, apesar de todo, bien desgraciada que de él ha hecho.

XLI.

Aunque escocesa la Francia en su filosofía i admiradora tambien de la escuela inglesa, conservaba, sin embargo, un carácter de orijinalidad que hacia honor a sus trabajos, i prestaba a éstos la autoridad de una doctrina que podia citarse en el combate de las ideas sin temor de que se la acusara, como sucede en el dia, de un espíritu inconexo, heterojéneo, anárquico que quita toda la consistencia i enerjía indispensable en cualquier sistema.

Mirando el camino ya trillado, i sin duda cansado de seguir las huellas de la imitacion, quiso crear algo; i para ello se esforzó cuanto pudo, rompiendo lo primero con lo que, en su sentir, llamaba servilismo i no era en realidad mas que prudencia. De todo este supremo trabajo, la teoría de Larromiguière fué únicamente el fruto, la que, como se ha visto, ni ha podido, apesar de la voga que le dieron la novedad i la admiracion de sus discípulos, formar un sistema orijinal, ni colocar a su autor en el rango de los primeros pensadores de la época.

La teoría de las facultades del alma, pasado un corto tiempo, se halló falsa, como era natural: se vió que por acrecentar el dominio del espíritu se habia arrebatado al organismo una propiedad: se notó que en el estudio *de la atencion, comparacion i del juicio*, únicas facultades que atribuimos al alma humana, se injertaba *la memoria*, haciendo así por esta alianza una mezcla de propiedades físicas i morales que daña notablemente a la unidad que debe existir en la marcha del pensamiento i que derriba al menor tropiezo la base toda del sistema.

Con todo, Larromiguière por la claridad de su espresion, por la abundancia de su raciocinio i la elegante fluidez de su elocuencia, cautiva todavía, i de su doctrina, falsa como es, puede sacarse siempre algun provecho si nos acompaña un criterio sano i un acendrado tino.

XLII.

Sin orijinalidad en los estudios ideolójicos mal podia la Francia estar contenta, i mucho ménos mirando que la Alemania producia cada dia nuevos sistemas, cuyo valor exajeraba la carencia de comercio filosófico entre ambas potencias.

Era preciso, pues, ser orijinal a toda costa: era necesario crear algo con que contradecir el dicho de Mma de Staël: que la Alemania es la patria del pensamiento; i Cousin fué el llamado para esta mision, para este cisma filosófico, que debia, en sentir de sus adeptos, hacer en la metafísica la revolucion que habia ocasionado en las creencias la reforma de Lutero.

Fundó en este sentido el nuevo adalid, premunido de la lectura de los filosófos alemanes de la escuela de Kant, que mui pocos al juicio de los mismos filósofos franceses entónces entendian, una nueva secta, con la que, afrancesando el nebuloso espiritualismo de los pensadores del Rin, embutiendo el liberalismo propiamente frances i comentando los principios del eclectismo de Royer Collard, se creyó haber logrado la última victoria en el campo de la psicolojía.

Un biógrafo de Mr. Cousin, hablando de la influencia que obtuvo el nuevo sistema, se esplica de esta manera: «la filosofía dicha habria producido algun bien, si contrayéndose su autor a amalgamar las ideas mas justas i sanas de los diversos sistemas alemanes, hubiese formado un todo compacto; pero no ha sido así pues enredada la metafísica con todas esas diversas teorías, i desfigurada por las tendencias de la política, puede decirse sin exajeracion que desde la aparicion de la obra de Mr. Cousin, la Francia se halla en la misma confusion que se supone produjo en la tierra la torre de Babel.»

Por apasionado que parezca el juicio del escritor que acabo de citar, estudiando las obras del filósofo frances no se puede ménos que hallarlo mui verdadero. En efecto, desenterrado el neo-platonismo, arrebatadas algunas verdades del espinosismo, mal seguido el espíritu de la escuela de Kant i tomadas unas cuantas doctrinas de los escoceses, apesar del aparente desden con que se las trata, i ademas adobado todo este amasijo con las ideas orijinales del autor, es imposible dejar de considerar al nuevo sistema de Mr. Cousin como una revuelta mezcolanza, en que el espíritu no pudiendo hallar asidero ni salida tiene por fuerza que caer desalentado en brazos o del empirismo, que es el letargo de la razon, o del escepticismo, que es la prueba mas patente del poco alcance de las facultades humanas.

Los escritos del *Globo*, periódico que hasta la caida de Cárlos X estuvo lanzando sin descanso artículos para dar consistencia a la doctrina *ecléctica*, son un testimonio de que la filosofía de Mr. Cousin, no ha podido llenar ninguno de los fines que tuvo en vista su fundador, ni ménos los de aquellos, que pretendian a su favor i bajo el pretesto de afrancesar las teorías alemanas, hacer pasar sus principios políticos, que no cubiertos con la nebulosa envoltura de la metafísica habrian encontrado de seguro una abierta resistencia.

I en efecto ¿cuáles son las tendencias de ese *eclectismo* que, segun Mr. Cousin, debia conciliar todas las opiniones i, sacando de cada sistema lo mejor, lo mas acequible, lo mas justo, formar una doctrina, que sin respeto por la *autoridad*, que pisoteando la *teocracia*, que ligando la *entolojía* con la metafísica, como no lo habia podido o querido conseguir Kant, fuese la última palabra de la filosofía i como el *credo* metafísico-político de las jeneraciones venideras?

Las que, por los hechos que hemos visto sucederse, se divisan no son otras, al juicio de los hombres pensadores, que el deseo de hacer servir a la filosofía de vehículo subterráneo para la difusion del liberalismo político, que, como sucedió, debia echar abajo la monarquía, apoyada en la filosofía católica, i abrir paso, contra la esperanza de los idealistas republicanos, a la consolidacion del imperio, última espresion del despotismo que aplasta i estruja a las naciones. Las palabras de Mr. Cousin están diciendo lo que asiento: «mis votos, mis esperanzas, dice, son que el *eclectismo* sirva de guía a la filosofía francesa del siglo XIX.»

A juzgar de la bondad de los sistemas por los resultados, por la aplicacion que de ellos se ha hecho i hace para el gobierno de los hombres, la doctrina de Cousin, dejando las teorías heterojéneas que abarca, no puede ser peor ni mas funesta.

Si tuvo parte en la caida de Cárlos X, si merced a su espíritu pudo la Francia ver a su cabeza al hijo del príncipe *Igualdad* que, segun los filósofos demágogos, representaba la revolucion en el trono, i si a este gobierno, con el empuje de los mismos principios, sucedió la malhadada república de 1848, no se podrá ménos que ver en el *eclectismo* de Cousin i sus discípulos una bien pobre filosofía en cuanto a creacion i órden i una mas que rica doctrina si se trata de remocion i anarquía.

Si es verdad que el *eclectismo* ha desacreditado para siempre el sistema de los enciclopedistas del siglo pasado, si es cierto que la escuela sensualista de Condillac ha recibido un golpe de muerte: si es verdadero que a favor de la importacion de la filosofía alemana ha logrado la Francia penetrar en el laberinto de sus sistemas ¿lo será tambien que el espiritualismo haya ganado un ápice en la estimacion de los hombres i servido como sustentante al cristianismo, que es la filosofía de que no puede desprenderse el mundo i la que está llamada a ejercer en las sociedades humanas la única influencia que puede serles provechosa?

Si la filosofía de Voltaire, Condillac, etc., no tuvo mas mision que destruir, i si por esto se la considera del mismo modo que en la medicina a los revulsivos empleados como instrumentos de curacion ¿por qué la nueva filosofía de Mr. Cousin, que nada ha creado, que nada ha substituido a lo que ha derribado, debe merecernos mas aprecio que aquella?

El espíritu es el mismo: emancipar al pueblo

por la licencia del pensamiento, libertar la razon del hombre rompiendo la conciencia que es la cadena con que la relijion la sujeta al deber i dirijirlo tambien a la independencia moral absoluta aunque sin blasfemia, a la libertad sin límites con la máscara del idealismo, son cosas idénticas en el fondo aunque a primera vista no lo parezcan. El cinismo de la filosofía del pasado siglo era el reflejo del escandaloso espectáculo que ofrecia la sociedad: el finjido espiritualismo de los eclécticos es tambien el retrato del disimulo hipócrita de nuestra época; así pues, despojando a las cosas del oropel que las encubre, se vé que el nuevo sistema que ha dominado a la Francia desde 1820 no tiene mas títulos a su gratitud que el que pueden alegar los fautores de la revolucion de 1789.

XLIII.

Sin detenernos a esponer las aplicaciones que de él se han hecho a la política, ni tratar de averiguar si las sectas que con el nombre de *socialismo*, *fourrierismo*, *sansimonismo*, [etc.. han aflijido tanto a la Francia, diré solamente, i de paso, que el estado de anarquía ideolójica parece haber antecedido a las revoluciones políticas, i que por lo mismo, la escuela de filosofía que he censurado no podrá ménos que cargar con la responsabilidad de los hechos de que se le acusa.

Hasta la inauguracion del nuevo imperio la anarquía social era el reflejo de la que ajitaba a la intelijencia: esceptisimo, ateismo, racionalismo, utopias en el pensamiento: desesperacion, rabia, opresion, miserias en el alma: confusion en todos los rangos de la sociedad, remocion absoluta en el seno de las multitudes; por donde quiera estragos: en el todo el caos: era pues lójico, fatal que la Providencia tornase a probar a la Francia que todo en la creacion tiene sus límites, i que la libertad, semejante a Euridice, suele perderse para siempre, si el Orfeo del pueblo no tiene la paciencia de contener sus emociones i sujetarse a los dictados de su propia conveniencia.

Napoleon III, como una efijie evocada de la tumba del primero de su nombre, debia ser quien encerrase los elementos dispersos del órden social, quien aterrase a la república, a la nacion que habia diezmado, empobrecido, oprimido i hecho para siempre gloriosa la espada de su antecesor. El debia ser i no otro el encargado de esta mision; porque así como la libertad no muere sino que se eclipsa, el despotismo tampoco desaparece por desgracia de la escena del mundo; probando con la eterna duracion de este antítesis el ser que gobierna a los hombres, que el bien i el mal no son sino los dos ejes en que se asienta la máquina del mundo.

XLIV.

Sobre el estado de la intelijencia, sobre el cuadro que presenta la Francia de hoi, nada podria decirse dogmáticamente: élla conquista, vence, i es derrotada despues de la victoria: ella es temida i parece tener miedo de su mismo poderío: élla es es gloriosa i se dice desventurada: ella, en fin, es la primera nacion del mundo, i su suerte i la del grande hombre que la rije no la codician hoi ni pueblos mui inferiores a ella, ni los mismos mandarines que despedazan nuestra pobre América.

¿Qué hace, pues, la filosofía otra vez bajo el dominio del sable?

¿En dónde está el *eclectismo* de Cousin,? ¿Dónde los mil sistemas que no hace diez años atronaban la Francia o, mejor, el mundo? ¿Dónde los obreros del pensamiento? ¿Han sido hechos cenizas en la Crimea o sus cadaveres fueron presa en el campos de Italia de los buitres de la Austria? No, la filosofía, la historia, la poesia huyen de la gloria de los héroes, dejan el campo, i verdaderas golondrinas emprenden viajes al traves de los mares i a tierras mui apartadas para no volver hasta que claree la aurora de mejores dias.

XLV.

Trazado el cuadro que ofrece la Francia intelectual, el que representa a mis ojos el de la civilizacion humana, para completar el pensamidnto que me he propuesto en este trabajo, volveré a tratar del asunto primordial de él.

A principios del presente siglo una constelacion de esclarecidos talentos invadió súbitamente el cielo de la Francia, la que, recorriendo desde entónces con incansable i asombrosa actividad toda la dilatada esfera de las ciencias, parece haberlas perseguido hasta sus mas apartados confines.

Trataré de seguirla aunque sea a vuelo de pájaro por esta vasta correría.

XLVI.

Durante el imperio, al que bajo el respecto de las ciencias morales i de las artes de imitacion acusé de esterilidad, fundado en el parecer de los mas juiciosos escritores de la época, es necesario tambien confesar que las ciencias exactas en todas sus ramificaciones se cultivaron con tan sorprendentes ventajas, que para siempre será memorable aquel período en que si la Francia perdió sus derechos políticos recobró, por otra parte, los mas incontestables para el reconocimiento de todos los pueblos. En el primer tercio, pues, del siglo actual, las ciencias naturales, empujadas por los descubrimientos i los estudios que a fines de la pasada centuria enriquecieron la intelijencia, puede decirse habian llegado a un grado de elevacion, que seguramente no tendrá cotejo, a pesar de los adelantos que en ellos se han hecho i hacen todavia, con ninguna era de las del mundo científico.

Los trabajos verificados por D'Alambert en las matemáticas trascendentales, en las que fué inventor, los que en la historia natural habia alcanzado el conde de Buffon, los que en las ciencias físico-matemáticas i la química habia conseguido el inmortal i malogrado Lavoisier, i los infinitos otros que, siguiendo las huellas de estos, habian hecho varios talentos tambien de primer órden, permitieron a Cuvier, Laplace, Monge, etc., llegar a la formulacion de las verdades científicas o, mejor, a la formacion de las ciencias que hoi cultiva la Europa con tanto brillo i provecho. Por lo que respecta a la medicina, el cuadro que ofrece a nuestra vista es grandiosa: la física habia alcanzado ya casi a toda su altura, la química, sino del todo esplotada en sus aplicaciones, se hallaba tambien en una elevacion en que no solo podia prestar a la terapeútica todo lo que necesitaba para la curacion de las enfermedades, sino a las artes, en cuyo servicio se la aplica en nuestros dias con tan milagrosas ventajas.

El estudio de la anatomía, que hasta entónces habia estado reducido a la descripcion de las partes componentes del cuerpo humano, ya era una ciencia inmensa. Cuvier no solo la estudia i enseña en el cuerpo humano, sino que, aplicándola a todos los seres creados, establece la comparacion en todas las diversas organizaciones de ellos, i remontándose de deduccion en deduccion, llega hasta trazar por medio de las verdades zoolójicas la

historia del jénero humano, a sentar positivamente la edad del hombre sobre la tierra, i a confirmar, esplicando las diversas revoluciones que ha padecido la creacion, las verdades espuestas en los libros sagrados.

Si Cuvier estiende la vista a todo lo creado, Bichat, jóven lleno de jénio i de esperanza, la concreta, por el contrario, en un solo objeto: en la organizacion del hombre: aplica el microscopio a todas sus fibras, a todos sus elementos, a todos sus imperceptibles resortes i, buscando sin descanso en la muerte las leyes de la vida, hace el mapa topográfico del cuerpo humano, muriendo, al fin, cansado de fatiga i de gloria, sin llegar a la edad madura i, desgraciadamente, sin haber podido completar su pensamiento.

La fisiolojia deudora en gran parte a los descubrimientos de Lavoisier, que habia esplicado la teoría de la respiracion, i a las observaciones de Vicq D'Azir i otros grandes maestros, si no habia llegado al mismo punto que la anatomía, no por eso dejaba ya de ser una ciencia inmensamente trabajada, como lo testifican las obras de los famosos médicos del imperio, entre los que deben notarse en primera línea a Corvisart, Pinnel, Lacenec, Larrey, Boyer Dupuytren, i otros jénios superiores i para siempre inmortales en la historia del arte.

La patolojía, clínica, la terapeútica, la medicina legal, todos los estudios, en fin, primordiales que constituyen la ciencia médica, habian hecho no solo inmensos progresos sino asentado principios eternos, que, aun atacados, no podrán venir al suelo, como sucede todos los dias a los particulares sistemas que sobre ellos se forjan.

Lacenec, ayudado de los conocimientos físicos, descubre, estudiando sin cesar a Hipócrates i a los sabios de la antigüedad, su sistema de *auscultaciones*, que ha permitido corroborar la fisiolojía del corazon i, lo que es mas importante, establecer un diagnóstico certero sobre las alteraciones que esperimenta aquella entraña i aplicar los remedios que pueden curarlas o cuando ménos hacerlas estacionarias.

Pinnel, no contento con estudiar al hombre físico, con dibujar las propiedades que lo componen, con estudiar las modificaciones que padece la materia orgánica, con señalar con mano maestra el cuadro de las enfermedades que asedian la existencia del hombre, lleva su espíritu hasta aplicar la metafísica a las perturbaciones corporales, formando así con su *nosografía* un inmenso almacen de verdades, filosófico-médicas, en que el profesor podrá seguramente en todos tiempos encontrar un manantial inagotable de sabiduría i esperiencia.

Larrey, el hombre mas honrado del mundo, como decia Napoleon, se aparta de los métodos cirurjicales establecidos hasta entónces, i participando tanto de los peligros del ejército como de la gloria conquistada por ellos, toma al campo de batalla por anfiteatro, a millares de héroes por objeto cariñoso de sus observaciones, i consigue en premio de sus inmensos i filantrópicos trabajos formar una nueva escuela de cirujía, la que debian continuar con tanto brillo sus sucesores, i por otro estilo tan célebres, los sabios Dupuytren, Delpeche, Velpan, etc.

Corvisart, profundo i sagaz observador de la naturaleza, mas amigo de seguir al hombre en las dolencias internas de su organizacion que en sus visibles sufrimientos, completa, si es posible espresarse así, con su vasto saber la ciencia de la cirujia personificada en Larrey.

Dejennetes lleva su heroismo hasta dar una leccion de cirujía, inoculándose él mismo, i con su propia mano, la peste delante del ejército intimado por ella en los arenales del Africa.

Todos estos jénios en fin, movidos solo por la gloria de la ciencia i los arranques de la filantropía trabajan de consuno, consagran su existencia entera en beneficio de la humanidad, llevando muchas veces la investigacion hasta el martirio; i al desaparecer ellos abandonan, como el viejo Atlas, el mundo científico que pesaba sobre sus cabezas, sobre los hombros de una juventud ansiosa de saber e ilustre por muchos títulos; pero movida, por un chocante e inconcebible contraste, por el espíritu estrecho del egoismo, que con la caida del imperio se hizo una epidemia en el pueblo mismo que por tanto tiempo habia vivido solo de glorias.

Entre los nuevos campeones la Francia tiene miles que se disputan la supremacía, el mundo infinitos jénios que admirar, las artes i las ciencias muchísimos acreedores de sus recientes i milagrosos descubrimientos; pero si estudiamos sus obras, si consultamos las relaciones que se nos hacen de sus vidas, el papel que desempeñan, no es posible dejar de estrañar en ellos aquella grandeza, aquel desprendimiento, aquella abnegacion que hicieron de sus maestros los verdaderos sacerdotes de la medicina.

Se me dirá, que el hombre no puede permanecer estacionario en medio de la corriente que ajita a su siglo; que no puede absolutamente separarse del curso de los acontecimientos; que es imposible que resista a su empuje, que haga abstracion de sus propios intereses; que se separe, en una palabra, de la cadena de la sociedad de que es un necesario eslabon; i yo responderé, que todo está bien, que todo es cierto, pero que no por eso debe el corazon dejar de lamentar el jiro que ha tomado el espíritu, i deplorar amargamente la estrechez de sentimientos que acompaña en el siglo que atravesamos no solo a los hombres de negocio, como se dice, sino hasta a los que viven en el templo de la sabiduría.

XLVII.

Pretender reducir en un cuerpo las doctrinas médicas que desde la desaparicion del imperio se han profesado; querer asignar un órden lójico, o cuando ménos, numérico, a los sistemas que han visto la luz, seria no solo una tarea superior a mis fuerzas, sino hasta inconducente del fin que me he propuesto.

No se me culpe, pues, si en la hilacion de los sucesos o anterioridad o posposicion de los nombres propios, invierto el órden, por cuanto, como ya lo he repetido, el objeto que me conduce no es otro que averiguar las relaciones que han mediado entre la filosofía i la medicina para deducir la estrechez íntima que debe existir entre ellas.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

(*Concluirá.*)

El campo.

(Inédita.)

Cuando la luz de la rosada aurora
El claro cielo dora,
Vése sobre la rosa purpurina
La gota cristalina
Que en la fresca mañana
Las flores engalana.

Muéstrase el sol, vivificante hoguera,
En la celeste esfera,
Ya su rayo purísimo i fecundo
Vuelve a la vida el mundo,
I un himno misterioso
Alza al Ser Poderoso.

Cruza veloz la blanca nubecilla,
Cual velera barquilla,
El mar azul del transparente cielo,
I en su rápido vuelo,
Traspuesto el bosque umbrío,
Deja el éter vacío.

En su verdor las hojas arrancadas
Corren arrebatadas
Por las violentas olas del torrente,
Cual fúljida ilusion
Que el destino inclemente
Arranca al corazon.

Se descuelga la lluvia pasajera
Que alegra la pradera.
Vuelve a mostrarse el sol, i el pajarillo
Posado en el tomillo,
Concertando las alas,
Luce ufano sus galas.

Quiebra su rayo la arjentada luna
En la quieta laguna.
Baja la cabra de la verde cima
I al redil se aproxima,
Atenta al bronco grito
Del triscador cabrito.

Cansado el labrador de su faena
Aguarda pobre cena
Que prepara solícita su esposa,
I tranquilo reposa
Al trémulo oscilar
Del fuego del hogar.

Atravesando el aire la lucerna
Su escasa luz alterna
Con larga oscuridad, como en la vida,
Tras la dicha perdida
Viene el pecho a cercar
La sombra del pesar.

Todo es aquí tranquilidad i calma
De que no goza mi alma
Por el dolor mi pecho comprimido
A Dios contínuo pido,
En mi existir odioso,
De la tumba el reposo.

Renovará constante la natura
Del bosque la verdura,
Correrá el rio, donde se desliza
El aura perfumada,
I yo seré ceniza,
Nombre olvidado, nada!

Manuel José Cortés.

D. Estéban Echeverria.

POESIAS.

Los arjentinos, sobre todo los bonaerenses, que se distinguen entre los americanos por la noble ambicion de fama militar i literaria, i que parecen pedir a Dios, como Olmedo, que dé

A las armas, victoria
Alas al jénio, i a las musas gloria -

repiten con orgullo el nombre del poeta don Estéban Echeverria, como el de los jenerales Belgrano, San Martin, Lavalle, Paz, i recuerdan con complacencia que el autor de la *Cautiva* es uno de los hijos que honran a la emperatriz del Plata, Buenos-Aires. Cual el padre amante que se apresura a referir los elojios arrancados por las gracias de sus niños queridos, publican a los cuatro vientos las pruebas de aprecio que ha conseguido el mérito poético de Echeverria.

Las *Rimas*, una de sus obras, han sido reimpresas en Cádiz, despues de haberse agotado en esta ciudad quinientos ejemplares que se habian enviado de una edicion hecha en Buenos-Aires.

El respetable poeta i literato español don Alberto Lista ha juzgado mui favorablemente la *Cautiva*.

El pintor Rugendas ha encontrado en esta composicion asuntos para sus cuadros.

El *Correo de Ultramar* ha publicado el retrato i un poema de Echeverria titulado la *Guitarra*.

Si la fama del poeta arjentino ha llegado hasta la culta Europa, ha penetrado tambien hasta la pampa bárbara, donde su nombre es conocido i respetado de los *gauchos*.

Mas Echeverria no tuvo desde el principio el estímulo de ese coro de aplausos para dedicarse al cultivo de las letras. Su primera publicacion literaria fué un desengaño.

En 1832 Echeverria era un jóven que comenzaba a vivir; tendria unos veinte i tres años; hacia solo dos que habia regresado a su patria de un viaje a Francia, donde habia pasado seis enteramente entregado al estudio; venia discípulo apasionado de las doctrinas románticas que los poetas i literatos franceses de la restauracion habian defendido con tanto brillo. Deseando hacer un estreno de su talento, dió a luz un poema corto con el título de *Elvira o la novia del Plata*.

Aquella época de turbulencias civiles en Buenos-Aires era poco adecuada para las obras literarias. La produccion de nuestro jóven poeta fué recibida con frialdad. Los lectores le faltaron; los periódicos se dignaron apénas ocuparse de ella.

Sin embargo, es preciso confesar la verdad; las ajitaciones políticas no eran la única causa de semejante indiferencia: el mismo Echeverria supo mas tarde hacerse oir en medio de la grita de los partidos. El mal éxito del estreno debe atribuirse ántes que todo al poco mérito de la obra, concep-

cion ultra romántica i satánica, en que figuran dos amantes i una tropa de espíritus diabólicos vistos en sueños por el protagonista, i que termina por la conduccion al cementerio de la heroina, muerta inopinadamente, miéntras la pesadilla contristaba a su novio, que, como es de regla, se deja morir de dolor sobre el atahud de su amada.

Pero el autor, que estimaba en mucho su trabajo, sufrió en gran manera al ver que el público no le daba la acojida favorable, entusiasta, que él habia aguardado. Miéntras componia su poema, se figuraba naturalmente, como todo escritor inesperto, que la sociedad de Buenos-Aires se iba a conmover con la aparicion de sus versos, i a hacer de ellos la materia obligada de las conversaciones durante algunas semanas. Así fué doloroso su desencanto al tocar la realidad. En vez de las alabanzas que habia soñado, encontro....no siquiera la crítica, sino la indiferencia.

A pesar de eso no se desanimó; tenia confianza en sus fuerzas, i debió decirse por lo bajo a sí mismo, señalando su frente: tengo algo aquí. Efectivamente, como lo veremos luego, Echeverria guardaba en la cabeza un poco de ese *algo* que el infortunado Andres Chenier sentia tanto, al trepar al cadalso, no haber alcanzado a dejar traducido en armoniosas frases. Nuestro poeta perseveró, e hizo bien.

En 1834 dió a la estampa una coleccion de poesías sueltas titulada *Los Consuelos*.

Si su primer ensayo habia sido recibido con frialdad, el segundo lo fué con entusiasmo. «Este libro, dice don Juan Maria Gutierrez, es el que ha hecho amado i popular el nombre del señor Echeverria en el Rio de la Plata.»

Desde la aparicion desgraciada de *Elvira* hasta la mui feliz de los *Consuelos*, Echeverria, jóven instruido, que habia tenido ocasion de comparar el viejo i el nuevo mundo, que habia tratado personalmente i con provecho a algunos de los personajes mas eminentes que ilustraban entónces a la Francia, i que era el primero talvez que poseia en Buenos-Aires las obras de los filósofos i literatos franceses en que se sostenian teorías nuevas, habia adquirido ascendiente sobre aquellos de sus compatriotas que eran aficionados al cultivo de las letras, se habia formado un numeroso círculo de admiradores, habia llegado a ser una especie de fundador de secta. Su nombre solo puesto en la portada de un libro era casi una seguridad de triunfo.

Pero, a mas del respeto que se profesaba al poeta, los *Consuelos* ofrecian por sí mismos un aliciente que debia contribuir poderosamente a su aceptacion jeneral, la novedad del estilo en que estaban escritos. Si se esceptúan las composiciones tituladas: *Profecía del Plata*, *La historia*, *A la independencia arjentina*, i *En celebridad de mayo*, las demas piezas de la coleccion no venian fechadas del Olimpo, ni habian sido inspiradas por Apolo. Sus formas, sus figuras, sus alusiones, sus pensamientos eran distintos de los que se acostumbraban usar. Aquellas poesías causaban a los lectores bonaerenses empalagados con las imitaciones clásicas, sabidas ya de memoria por todos, el mismo asombro que debieron ocasionar a los súbditos de los reyes católicos los productos del Nuevo Mundo, raros por su aspecto i su materia, que Colon llevó a España despues de haberlo descubierto.

La novedad era sin duda lo que constituia el principal atractivo de los *Consuelos*. Despues de eso, los años han seguido a los años. Las producciones orijinales de la nueva escuela poética han sido puestas al alcance de todos los americanos que han querido deleitarse con ellas; las imitaciones de los maestros románticos han sido tan multiplicadas como las de los clásicos; i segun siempre sucede, las imitaciones posteriores han sido mas sobresalientes que las primeras. Las poesías sueltas de Echeverria se asemejan a una cestilla de frutas exóticas que acaban de principiar a cultivarse en un pais; hai entre ellas una que otra regularmente lozana i sazonada; la mayor parte descubren por su aspecto descolorido i su falta de sabor que todavía no se hallan bien aclimatadas, i que aún no se conoce bien su cultivo; gustan porque son las primeras que se prueban de su clase; pero las que se recojen, trascurrido algun tiempo, con mas esperiencia i mas cuidado, hacen resaltar los defectos de la primera cosecha. La pieza 24 titulada *El i ella* i otras tres o cuatro son las frutas mas sabrosas de la cestilla; las restantes no llegaron a tener buena sazon. Los *Consuelos* son un libro cuyo valor no es intrínseco, sino que fué de circunstancias. En el año de 1834, i en la ciudad de Buenos-Aires parecieron valer mucho; pero el tiempo, ese anciano inexorable, que abate los imperios mas poderosos i destruye los monumentos mas sólidos de los hombres, ha quitado en pocos años, con su terrible guadaña, a la obra de Echeverria, ese lustre que durante un momento despidió tan brillantes resplandores.

Las *Consuelos* no sobresalen por la versificacion sonora i robusta de Maitin i de Lozano; no ostentan ni la correccion elegante de Bello, ni la maestría artística de Olmedo; no descubren los sentimientos apasionados de Heredia; no asombran por la valentia de Mármol i de Matta. Son composiciones de corto aliento, sin grandes ideas, sin grandes sentimientos, que tienen sencillez i claridad, dos calidades ciertamente bastante recomendables. El tono de casi todas ellas es quejumbroso; el poeta llora o se fastidia, o mejor, aparenta llorar i fastidiarse, sin esplicar por qué. La enfermedad que padece es una enfermedad romántica, la de no haber sido *comprendido*. Ha titulado sus poesías *Consuelos*, no porque estén destinadas a calmar los padecimientos de los que sufren; sino porque «divirtieron su dolor i fueron su único alivio en dias de amargura;» pero habria sido mas exacta i propio que las hubiera llamado *Lágrimas i desesperacion*; el rótulo habria correspondido así al contenido del libro.

En otro tiempo, los poetas antiguos, a quienes no habia asaltado el tedio de la existencia, deseaban que su nombre i sus obras les sobreviviesen; trabajaban para que sus semejantes guardasen un largo recuerdo de ellos; hacian votos a fin de que creciera siempre sobre sus tumbas, como sobre la de Virjilio, un verde laurel; buscaban en una palabra lo que se llama la inmortalidad en la tierra. Echeverria, poeta desengañado del mundo, no siquiera a los treinta años, como Espronceda, sino a los veinte i cinco, que estaba pronto a dejarte sin pesar «o morada de tiniebla i llanto, que repeles la virtud i que desconoces insensata el jénio que te ilumina», *escribia versos* para pedir que a su muerte formasen su cortejo fúnebre el silencio i el olvido.

DESEO.

Silencio, nada mas, i no jemido,
Lágrimas o suspiros yo demando,

En el instante lastimero cuando
Descienda helado a la mansion de olvido.

Jamas estéril llanto a la ternura
Debió mi pecho en sus acerbos males;
Solo apuré los tragos mas fatales
Que me brindó la impía desventura.

Dormir sin ser al mundo tributario,
Quiero en la noche tenebrosa i fria,
Sin que nadie interrumpa su alegria;
Morir, como he vivido, solitario.

Tú, nùmen de infelices, Dios de olvido,
Que a la nada presides misterioso,
Encubre con tus alas silencioso
El sepulcro de un ser desconocido.

Diciembre 30 de 1830.

Sin embargo, el escritor que no queria ser deudor a los hombres ni de una lágrima derramada sobre su atahud, que dirijia fervorosas oraciones al *Dios de la nada* para que le concediese la gracia de un completo olvido sufria una pena negra con la frialdad del público a la aparicion de *Elvira*, «i juraba en lo secreto de su conciencia, segun lo referia uno de sus amigos o admiradores en el *Diario de la tarde* de Buenos-Aires, tender en adelante sus alas, i ajitarlas de modo que resonaran con eficacia, i levantar el acento de sus armonías hasta que fueran escuchadas; juraba formarse un nombre, i trabajaba por no burlar la voz que le decia: *eres poeta*.» Esta contradiccion entre los propósitos i las palabras del autor de los *Consuelos* hace sospechar que su tristeza i amargura no eran mas que recursos de retórica romántica, como el *quó tendis, Musa?* «¿adónde me arrebatas, Musa?» era un lugar comun de los poetas clásicos que no tenian pudor en suponerse arrastrados por el empuje irresistible de una divinidad, en los momentos mismos que sudaban buscando una rima, o arreglando sus frases con una fatiga de galeote.

De todos modos, fuese verdadero o finjido su desencanto, Echeverria prosiguió trabajando con empeño. En 1837 publicó con el título de *Rimas* una nueva coleccion de poesías, que contiene varias piezas sueltas parecidas a las de los *Consuelos*, i el poema de la *Cautiva*, que es el pedestal de su fama.

Permitáseme hacer algunas reflexiones con motivo de este poema, pues suministra ocasion para discutir un punto literario de la mayor importancia.

Echeverria habia escrito en una de las notas de los *Consuelos*, estas palabras que merecen ser meditadas: «La poesía entre nosotros aún no ha llegado a adquirir el influjo i prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, i que hoi goza entre las cultas naciones europeas; preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio i orijinal, i que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, i la espresion mas elevada de las ideas dominantes, de los sentimientos i pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, i en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Solo asi, campeando libre de los lazos de toda estraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa i varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca.»

Llamo la atencion sobre la idea de que la poesía americana debe reflejar los colores de la naturaleza física que nos rodea, porque ese es el asunto de las reflexiones que voi a someter al juicio de mis lectores.

Echeverria compuso precisamente el poema mencionado para poner en práctica la idea indicada en la nota de los *Consuelos*, que acabo de citar. «El principal designio del autor de la *Cautiva*, dice en una *advertencia* colocada al principio de esta produccion, ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto, i para no reducir su obra a una mera descripcion ha colocado en las vastas soledades de la pampa dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor i el infortunio. El suceso que poetiza, si no cierto, al ménos entra en lo posible; i como no es del poeta contar menuda i circunstanciadamente a guisa de cronista o novelador, ha escojido, solo para formar sus cuadros, aquellos lances que pudieran suministrar mas colores locales al pincel de la poesía, o mas bien, ha esparcido en torno de las dos figuras que lo componen, algunos de los mas peculiares ornatos de la naturaleza que las rodea. El desierto es nuestro mas pingüe patrimonio, i debemos poner nuestro conato en sacar de su seno, no solo riqueza para nuestro engrandecimiento i bienestar, sino tambien poesía para nuestro deleite moral i fomento de nuestra literatura nacional.»

«El pensamiento de que la poesía americana debe esforzarse en reproducir la espléndida i lujosa naturaleza del continente que habitamos es sin duda mui digno de considerarse i fecundo en grandes resultados. Si nuestros poetas quieren que sus obras tengan mérito aún para los literatos europeos, es menester que se empeñen en estudiar la creacion, no en los libros que nos vienen del viejo mundo, sino en los espectáculos que se alzan aquí a nuestra vista. Es menester que aprendan a admirar las bellezas de nuestros mares, donde se ajita la vida de tan innumerables seres, de nuestros rios tan inmensos i majestuosos como mares, de nuestros montes que materialmente parecen tocar el cielo con sus crestas siempre nevadas, de nuestros bosques que Dios mismo ha plantado, tan frondosos i tupidos que es imposible, segun la espresion de Colon, distinguir a qué tronco pertenecen las ramas i las flores, de nuestros llanos o pampas dónde, segun dice Echeverria, la vista como el pájaro en medio del océano solo descubre cielo i soledades, que nadie alcanza a medir; es menester que se empeñen en que sus producciones sean una imájen de tan portentosas maravillas. Cuando tal hagan, los vates americanos podrán presentar a los aplausos de los desdeñosos europeos producciones que tengan una fisonomía propia i característica; i obrarán el milagro de convertir, conforme a ese proverbio árabe citado por Humboldt, los oídos de sus lectores en ojos para que contemplen por sí mismos las magnificencias de un mundo nuevo como la América. Pero desgraciadamente, los poetas americanos, tanto antiguos como modernos, han esplotado poco, mui poco esa rica veta; no se han dignado inclinarse para tomar el tesoro que estaba a sus piés por ocuparse en recojer las sobras de las riquezas de los habitantes del otro continente. Pueden contarse los que han intentado un ensayo análogo al de la *Cautiva* ántes i despues de Echeverria.

«Al paso que los historiadores del nuevo mundo, dice D. Enrique Vedia, uno de los eruditos traductores de la obra de Ticknor, en un prólogo no-

table puesto al tomo 22 de la *Biblioteca de autores españoles*, descubren alguna vez la impresion que en ellos causaba aquella naturaleza nueva, jigantesca i sublime, apénas se encuentra en ninguno de nuestros poetas el menor vislumbre de este sentimiento eminentemente poético. La *Araucana* de Ercilla, el *Cortés Valeroso* i la *Mejicana* de Laso de la Vega, el *Arauco domado* del padre Oña, las *Elejias de varones ilustres de indias* de Castellanos, la *Arjentina* de Barco Centenera, i otra porcion de escritos métricos, malamente llamados poemas, nada dicen de los efectos que en la imajinacion de sus autores debió causar el espectáculo de un nuevo continente con una vejetacion del todo desconocida; sus inmensos bosques, sus caudalosos rios, sus volcanes, sus cordilleras cubiertas de eternas nieves, ninguna inspiracion comunicaron a los hombres que, dedicados al culto de las musas, parece deberian mirar con predileccion i cariño las bellezas naturales; i así es que los poemas citados son simplemente relaciones rimadas de los hechos que ocurrian. Si es permitido aventurar alguna conjetura sobre esta circunstancia notable, que invierte, por decirlo así, el carácter e índole de estos dos jéneros literarios, parécenos que puede consistir en dos causas: la primera en el sello que imprimió a nuestra poesía la novedad introducida en ella a principios del siglo XVI por los partidarios de la escuela italiana, i la segunda en el modo de ver las cosas los respectivos escritores. Estas indicaciones merecen alguna esplicacion.

«La alteracion que sufrió la poesía española en la época que hemos citado consistió particularmente en dar toda importancia a las formas, descuidando hasta cierto punto las demas condiciones, i haciéndola de pura imitacion; perdió pues su carácter nativo, su orijinalidad i frescura, ganando por otra parte en pureza, correccion i elegancia; los ritmos italianos la dieron mayor armonía, i la copia de las ideas i pensamientos clásicos se llevó a tal estremo que en cualquiera situacion en que se hallase el poeta, su imajinacion le trasladaba a los tiempos mitolójicos i a los antiguos imperios de Grecia i Roma. Solo así puede esplicarse, por ejemplo, que Ercilla, para entretener a los soldados despues de una marcha penosa por las soledades de los Andes, les cuente una noche los amores de Dido i Eneas, en vez de trasmitir a sus lectores los efectos que en su fantasía causaba el grandioso espectáculo que la naturaleza ofrecia a sus ojos; solo así se comprende el olvido de este elemento poderoso de poesía entre los que se dedicaron a celebrar en verso las hazañas de los conquistadores del nuevo mundo.

«Si pasamos a los escritores en prosa, hallamos satisfactoriamente esplicada la circunstancia de la mayor atencion que prestaron a los objetos naturales: muchas de las relaciones orijinales son obra de los mismos capitanes i aún soldados: las marchas trabajosísimas que tuvieron que hacer por un pais enteramente desconocido, los obstáculos que la naturaleza les oponia, las sierras ásperas i encumbradas que tenian que vencer, los inmensos rios, pantanos i ciénagas que con grandes peligros se vieron obligados a salvar, les hacian forzosamente fijar su atencion en ellos, dándoles algun lugar, i no el ménos importante, al referir sus hechos i aventuras. Del mismo modo las dilijencias que practicaban para buscar el sustento necesario en ocasiones de escasez i aún hambre, les condujeron como por la mano al exámen i reconocimiento de animales i vejetales, dando principio de este sencillo modo al estudio de las producciones de aquellas tierras; i si a esto se añade el estado de exaltacion de los ánimos, arrastrados unos a tamaña empresa por la codicia, otros por el sentimiento relijioso, i otros, finalmente, por el ansia de distincion i de gloria, veremos que este mismo calor i entusiasmo pudo dar mui bien cierto colorido poético a narraciones que hoi leemos con interes mui inferior al de los que las estendian en medio de aquella conmocion que naturalmente excita en el hombre un país nuevo, unos pueblos ignorados i una naturaleza que jamas ha conocido.»

Ese fenómeno, cuyo orijen ha indagado Vedia con tanta perspicacia, ha continuado repitiéndose. En la época moderna, el sentimiento de la naturaleza aparece por lo jeneral mas bien en la prosa de los viajeros que en los versos de los poetas, salvo algunas distinguidas escepciones. Estos últimos, por no apartar la vista de las obras de Byron, Victor Hugo, Lamartine, Musset, Espronceda, Zorrilla, no la fijan nunca en la grande i primorosa obra de Dios que despliega delante de ellos sus maravillas i magnificencias. Esa distraccion inescusable les arrebata quizá su gloria. Es estremadamente limitado el número de las poesías modernas americanas en que aparecen pintadas las bellezas características de una tierra cuyos hermosos accidentes, segun un dicho de Colon, no bastarian mil lenguas a referir, ni mil manos a escribir; de una tierra, donde, segun otro contemporáneo de la conquista, Dios detuvo con complacencia sus miradas. Las únicas composiciones notables de esta especie que recuerdo son: el *Niágara* de Heredia, la *Agricultura de la zona tórrida* de Bello, el *Ombú* i *Montevideo* de Dominguez, la *laguna de Ranco* i la *naturaleza vírjen* de Valdivia recien invadida por la civilizacion, descritas en la leyenda de Sanfuentes *Inámi*, *la luz de los trópicos* de Mármol, *la pampa* en la *Cautiva* de Echeverria. Tambien merece mencionarse entre las anteriores, la descripcion a vuelo de pájaro del Nuevo Mundo que sirve de introduccion al bello canto que con el título de *A la independencia de América* ha compuesto últimamente don José Pardo, i que fué premiado en un certámen literario por el *Círculo de amigos de las letras* de Santiago. Agregad a los citados, si quereis evitar cualquier error de cálculo, seis composiciones mas de igual clase que yo haya olvidado al hacer la precedente enumeracion, o que no conozca; siempre el número de las poesías en que se manifieste el sentimiento de la naturaleza americana será sumamente reducido, sobre todo si se considera la importancia del objeto.

Nuestros vates se esmeran en inventar paisajes de fantasía, con colores vagos e indecisos, que, sean cuales fueren sus esfuerzos, son ofuscados por el brillo de los paisajes reales que nos rodean; particularmente falta a las descripciones de los poetas un requisito esencialísimo en las obras del arte, lo que se llama la verdad; por el contrario, varios prosadores han sabido reproducir en sus escritos el reflejo colorido de las escenas de la naturaleza americana.

Esplanaré por medio de ejemplos lo que voi diciendo.

Abro casi a la ventura la *Peregrinacion de Alfa*, obra científica i poética, económica i pintoresca, que el ilustre Humboldt no se habria desdeñado de firmar con su nombre, i que es debida a la elegante pluma del neogranadino don Manuel Ancizar,

aquel mismo que tan gratos recuerdos ha dejado entre sus amigos de Chile. El autor describe de la manera espléndida que va a leerse uno de los paisajes de la provincia de Ocaña.

«Los rios Borra, Tarra, Sardinata, Tibú i parte del Catatumbo, caudalosos i de hoyas apartadas por grandes serranías, llevan en silencio su corriente al traves de las selvas que se agrupan allí cargadas de aves i monos, tranquilos poseedores del alto ramaje; el jaguar, el cunaguaro i el lince duermen descuidados en la ribera. En vano pretende la vista rejistrar aquel espacio nunca transitado; los árboles se suceden a los árboles; las gruesas lianas que los escalan llevan enredadas multitud de plantas que se oponen como una cortina entre el esplorador i los misterios de la selva; óyense caidas de agua sordas i constantes, pasos de animales, aleteo de pájaros, ruidos confusos multiplicados por el eco; pero ni se ve mas allá de una corta distancia, ni se puede comprender si hai seguridad o peligro en penetrar adelante. Al pié de aquellos árboles la figura del hombre desaparece ofuscada por una sola de sus raíces, tendidas i fuertes como estribos que rodeasen un torreon; i frecuentemente las ramas tronchadas i el rastro de las fieras, cuya guarida quizá no está léjos, advierten que se pisa terreno vedado, i se afrontan riesgos superiores a la humana fuerza, débil por cierto en medio de una creacion desproporcionada, a ratos silenciosa, i entónces mas amenazadora. Quien siempre haya vivido entre los hombres, oyendo la voz de las ciudades i mirando con desden el mundo físico humillado por la industria de las multitudes, difícilmente comprenderá las emociones i el anonadamiento del que, traspasando los linderos de lo habitado, entra en los bosques americanos sin límites, sin sol, sin senda ni amparo; i siente removerse a su alrededor i sobre su cabeza seres de otra especie, que parecen congregarse para espulsarlo de sus dominios como enemigo intruso. Dios en el cielo, la soledad por todas partes, los hombres léjos, léjos tambien sus pasiones; i la imajen del mundo primitivo delante i majestuosa! Tales situaciones no se describen: se sienten, se admira la grandeza de la escena, pero espanta. El hombre nació para la sociedad; i así lo demuestra el gozo que esperimienta cuando sale de estos bosques, i encuentra el primer rancho habitado por semejantes suyos; llega cerca de ellos con el corazon abierto i el semblante benévolo; no son *estraños* para él: son sus hermanos.»

Las descripciones de este mérito abundan en la *Peregrinacion de Alfa*.

¿Hai muchos poetas americanos que puedan mostrar en sus versos cuadros tan coloridos, i sobre todo tan verdaderos, como ese que acaba de leerse escrito por Ancizar en *prosa vil*? ¿Los paisajes fantásticos que se usan en las composiciones poeticas sostienen la comparacion con los paisajes reales de la naturaleza de América, por ejemplo, el de esa enmarañada selva de Ocaña tan poblada de fieras, de pájaros i de insectos, como despoblada de hombres?

Para acabar de esplicar con toda claridad mi pensamiento, así como he puesto un ejemplo de una de esas magníficas descripciones del suelo americano, llenas de verdad i de sentimiento, hechas a la vista del modelo, que se encuentran en los prosadores, paso a poner un ejemplo de una de esas descripciones imajinarias, inexactas i disparatadas, de que suelen abusar muchos de nuestros poetas. Tomo el ejemplo a que aludo del *Arauco Domado* de Pedro de Oña, porque existe en este poema una descripcion de un ameno valle de Arauco, que es un tipo de aquellas de que hablo, i porque, como hasta la misma cortesía lo exije, siempre que se puede, es mas agradable hacer una crítica en cabeza de un poeta del siglo XVI, que no herir sin necesidad el amor propio de uno del siglo XIX. Gracias a este arbitrio, podré en la presente ocacion, decir con Iriarte

> Quien haga aplicaciones
> Con su pan se lo coma.

Hé aquí la descripcion que he anunciado con todo este preámbulo:

> Estaba a la sazon Caupolicano
> En un lugar ameno de Elicura,
> Do, por gozar el sol en su frescura,
> Se vino con su palla mano a mano;
> Merece tal visita el verde llano,
> Por ser de tanta gracia i hermosura,
> Que allí las flores tienen por floreo
> Colmalle las medidas al deseo.
>
> .....
>
> En todo tiempo el rico i fértil prado
> Está de yerba i flores guarnecido,
> Las cuales muestran siempre su vestido
> De trémulos aljófares bordado;
> Aquí vereis la rosa de encarnado,
> Allí el clavel de púrpura teñido,
> Los turquesados lirios, las violas,
> Jazmines, azucenas, amapolas.
>
> Acá i allá con soplo fresco i blando
> Los dos Favonio i Zéfiro las vuelven,
> I ellas, en pago de esto, los envuelven
> Del suave olor que están de sí lanzando;
> Entre ellas las abejas susurrando,
> Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,
> Ya de jacinto, ya de croco i clicie
> Se llevan el cohollo i superficie.
>
> Revuélvese el arroyo sinuoso
> Hecho de puro vidrio una cadena,
> Por la floresta plácida i amena,
> Bajando desde el monte pedregoso;
> I con murmurio grato, sonoroso,
> Despacha al hondo mar la rica vena,
> Cruzándola i haciendo en varios modos
> Descansos, paradillas i recodos.
>
> Vense por ambas márjenes poblados
> El mirto, el salce, el álamo, el aliso,
> El sauco, el fresno, el nardo, el cipariso,
> Los pinos i los cedros encumbrados,
> Con otros frescos árboles copados
> Traspuestos del primero paraíso,
> Por cuya hoja el viento en puntos graves
> El bajo lleva al tiple de las aves.
>
> Tambien se ve la yedra enamorada,
> Que con su verde brazo retorcido
> Ciñe lasciva el tronco mal pulido
> De la derecha haya levantada;
> I en conyugal amor se ve abrazada
> La vid alegre al olmo envejecido,
> Por quien sus tiernos pámpanos prohija,
> Con que lo enlaza, encrespa i ensortija.
>
> .....
>
> Entre la verde juncia en la ribera
> Vereis al blanco cisne paseando,
> I alguna vez en dulce voz mostrando
> Haberse ya llegado la postrera;
> Sublimes por el agua el cuerpo fuera
> Vereis a los patillos ir nadando,

I cuando se os esconden i escabullen,
¡Qué léjos los vereis de dó zabullen!

Pues por el bosque espeso i enredado,
Ya sale el jabalí cerdoso i fiero,
Ya pasa el gamo tímido i lijero,
Ya corre la corcilla i el venado;
Ya se atraviesa el tigre variado,
Ya penden sobre algun despeñadero
Las saltadoras cabras montesinas,
Con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos
Por la frisada, tosca i dura peña
En fujitivo golpe se despeña,
Llevándose de paso los oidos,
En medio de los árboles floridos,
I crespos de la hojosa i verde greña,
Enfrena el curso oblicuo i espumoso,
Haciendose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido i trasparente
Las guijas i pizarras del arena
Sin recebir la vista mucha pena,
Se pueden numerar distintamente;
Los árboles se ven tan claramente
En la materia líquida i serena,
Que no sabreis cuál es la rama viva,
Si la que está debajo o la de arriba.

Aunque don Cayetano Rosell haya calificado en el prólogo del tomo 29 de la *Biblioteca de autores españoles* de «bellísimo idilio» el canto 5 del *Arauco Domado*, de donde ha sido tomada la descripcion que precede; aunque el mismo trozo haya sido citado con recomendacion por varios literatos, i entre ellos por don Juan María Gutierrez, a quien las letras americanas deben tanto, en un artículo mui erudito e interesante sobre el mencionado poema, publicado en Valparaiso el año de 1848, artículo, lo diré entre paréntesis, que ha sido esplotado i aún plajiado sin pudor por algunos críticos españoles, la descripcion del valle de Elicura, compuesta por Pedro de Oña, que acaba de leerse, debe ser considerada con perdon de Rosell i de Gutierrez, como una amplificacion de retórica, ejecutada sin ningun discernimiento, cuyo modelo se encontraria, dado que pudiera hallarse, no en los campos chilenos, sino en los jardines botánicos. Ninguno de los árboles, escepto el mirto, ninguno de los animales, ninguna de las flores que se mencionan en ese trozo existen aún ahora en los bosques agrestes i primitivos de Arauco; mucho ménos podian existir en las florestas que cubrian ese pais en el siglo XVI. Suponer plantada esa rejion de álamos, fresnos i ciparisos; suponer enredada la vid en torno de estos troncos exóticos; cubrir el suelo de jasmines, azucenas, claveles i amapolas; hacer oir el susurro de las laboriosas abejas que fabrican su panal; decir que esos bosques están poblados de gamos, tigres i venados, hacer nadar en sus fuentes blancos cisnes, es, apropiándome una espresion de Horacio en el *Arte poética*, lo mismo que «pintar un delfin en las selvas, un jabalí en las aguas.» Tales adulteraciones de la naturaleza, permítaseme esta palabra, son tan vituperables, tan disgustantes como las adulteraciones históricas que afean los dramas del teatro español. Describir un valle de Arauco, i sobre todo de Arauco en la época de la conquista, a la manera de Oña es equivalente a contar, como lo hace Calderon, que Coriolano era un jeneral que servia en tiempo de Rómulo, i su esposa Veturia una de las sabinas robadas; que el Danubio corre entre Suecia i Rusia; que Jerusalen es puerto de mar; que Heródoto escribió una descripcion de América. La ilustracion se halla demasiado difundida en la actualidad para que se tolere la ignorancia de la historia o la de la naturaleza. Por desgracia, muchos de nuestros poetas modernos olvidan, como Pedro de Oña, al hacer sus descripciones, el importantísimo precepto del arte de que ya no son permitidos ni los anacronismos o errores históricos, ni las adulteraciones de la naturaleza; i son capaces de hablar en Chile, por ejemplo, de las flores de mayo o abril sin reparar que esa frase es verdadera en otras latitudes, pero no en la nuestra. ¿Por qué, en vez de copiar las conocidas i repetidas descripciones de los libros, no procuran representar en sus versos el espectáculo grandioso i nuevo de la creacion que se ostenta ante sus ojos? Observen la naturaleza, i encontrarán, a no dudarlo, colores vivos, brillantes, orijinales para engalanar sus obras.

Acabo de comentar la descripcion de un valle de Arauco, escrita en frases perfectamente coordinadas i en versos sonoros, pero falsa i disparatada hasta lo absurdo. Décidase con imparcialidad si esa descripcion puede compararse con la que paso a copiar, que sin embargo está en prosa, hecha por don Ignacio Domeiko, uno de esos entusiastas de la naturaleza, que como Ancizar han encontrado en la observacion de la realidad la poesía del mundo americano que la mayor parte de los versificadores han tratado de descubrir vanamente en la copia de los autores europeos. El cotejo de la descripcion de Oña con la de Domeiko será tanto mas instructivo i provechoso, cuanto que una i otra se refieren a Arauco. Tomo la segunda de estas descripciones, que es como sigue, de la obra titulada *Araucanía i sus habitantes*.

«Hermosos i bajo todo aspecto interesantes son los dos cordones de montañas que atraviesan todo el territorio araucano, el uno en la rejion de las *cordilleras de la costa*, i el otro en la *rejion subandina*. El árbol mas abundante, el que ejerce un dominio universal en toda la estension de las indicadas montañas, es el roble. Este árbol, no ménos imponente que las encinas de las riberas del Dnieper, alcanza muchas veces en los Andes a tener ochenta piés de altura, i su tronco grueso i derecho se halla desnudo de ramas hasta la primera mitad de su altura. Su madera, segun Pœppig, iguala en calidad a la de las encinas de Inglaterra i de Norte-América. Su compañero constante i tan parecido con él, como dos hermanos mellizos, es el pesado i duro raulí; los dos hasta la mitad de su altura se ven muchas veces matizados con infinidad de plantas parasitas i enredaderas. Al lado de ellos estiende sus ramajes verde-oscuros el fragante laurel, el pintoresco lingue con sus hojas correosas, el hermoso peumo con sus encarnadas chaquiras, i diversas especies de mirtos, tan variados en sus formas i tamaños, como en el corte i la distribucion de sus hojas, flores i frutillas. Encanta sobre todo con su deliciosa fragancia, de que se llenan las estensas riberas de los rios, la *luma*, cuya flor blanca i copiosa i rosada corteza hacen el contraste mas lindo con el verde de su menuda hoja.

«Al pié, i como al abrigo de esta vejetacion vigorosa i tupida, se cria otra mas tierna que parece pedirle el apoyo de sus robustas ramas. Aquí abunda el avellano vistoso i lucido, tanto por el color verde claro de su hermosa hoja, como por la elegancia de sus racimos de fruta matizados en diversos colores; con él se halla asociado e ha-

nelo tan simétrico en el desarrollo de sus ramas casi horizontales, tan derecho i tan lustroso en su espesa hoja. En ellos por lo comun sube, i entre sus flexibles troncos se entrelaza, la mas bella de las enredaderas, tan célebre por su flor encarnada, el *copigüe*, miéntras de lo mas profundo de sus sombras asoman a la luz las pálidas hojas del helecho, i miles de especies de plantas i de yerbas, que no abrigan en su seno ningun ser ponzoñoso, ninguna víbora o serpiente temible al hombre.

«En fin, para completar este lijero cuadro de las montañas de Arauco, he de agregar que, a donde quiera que nos dirijamos en el interior de aquellas selvas, encontramos largos trechos impenetrables, donde todos los árboles, arbustos i plantas se hallan de tal modo enlazados i entretejidos con un sinnúmero de enredaderas, lianas i cañaverales, que todo el espacio se llena de una masa informe de vejetacion, densa i compacta. Allí de las cimas mas elevadas de los árboles, bajan innúmerables cuerdas de madera, los flexibles *boques*, parecidos a los cabos de los navíos. Algunos de ellos cuál péndulos oscilan en el aire; otros firmes i tendidos, sujetan la orgullosa frente del árbol al suelo en que habia nacido. Mas abundantes que todos i mas cargados son los *coligües* que en parte trasforman toda la selva en un denso tejido de cañas con hojas afiladas, con cuyas cañas hace su terrible lanza el audaz araucano; i la *quile* mas tierna, sutil i mas flexible que los primeros, la que de su delgado ramaje i de su hoja angosta da abundante pasto a los animales; un pasto alto, frondoso, que se alza hasta las cimas de los mas altos robles i laureles, como si en medio de aquel excesivo lujo de vejetacion, aún las yerbas i los pastales se convirtiesen en árboles.

«En lo mas profundo de estas montañas, tras de aquellos densos i pantanosos cañaverales, en la parte superior de las *cordilleras de la costa* i en lo mas elevado de la *rejion subandina*, crece i se encumbra el esbelto, jigántico pino de piñones, la célebre *araucaria*. Su tronco se enpina a mas de cien piés de altura, i es tan derecho, tan igual como el palo mayor de un navío; tan vertical, firme e inmovil como la columna de mármol de algun templo antiguo. Su cogollo en forma de un hemisferio, con la parte plana vuelta hácia arriba, i la convexa para abajo, se mueve incesantemente, alargando i recojiendo sus encorbadas ramas, terminadas por unas triples i cuadruplas ramificaciones como manos de poderosos brazos. En las estremidades de estos brazos, en la cima horizontal del árbol, es donde maduran los piñones, el verdadero pan de los indios, que la naturaleza pródiga en estremo suministra a estos pueblos.»

Ignoro cuál sea el juicio que formen los demas; pero, por lo que a mi toca, hallo estremadamente superior la descripcion de Domeiko a la de Oña.

La de Domeiko abunda en espresiones pintorescas al mismo tiempo que peculiares de los objetos que se trata de representar; manifiesta que su autor estaba inspirado por la contemplacion de las bellezas naturales que tenia a la vista; es en fin un trozo que llama la atencion, porque no es la milésima copia de la concepcion de algun poeta famoso i conocido hasta de los niños.

¿Puede decirse lo mismo de la de Oña, esa descripcion tan llena de lugares comunes i de trivialidades, aglomeracion de plantas i de animales, que no podria aplicarse a ningun lugar determinado de la tierra?

Me parece que la respuesta a tal pregunta no es dudosa.

Ahí está pues entónces materializado en dos ejemplos lo que hace la mayoría de nuestros poetas, i lo que deberia hacer.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(*Concluirá.*)

Vence el engaño al amor.

(Episodio tradicional.)

A MI QUERIDO AMIGO D. NICOLAS VILLEGAS.

Conclusion.

III.

La fé que debe inspirarnos la constancia en las mujeres.

Era una noche de enero
I un año pasado habia,
I refrescaba hechicero
El ambiente placentero
El calor que deja el dia.

A la suave claridad
Que hermosa luna derrama,
Un jóven i una beldad
De un prado en la soledad
Se ven en la verde grama.

Muellemente recostado
El con un brazo la enlaza,
I en su rostro apasionado
Manifiesta demasiado
Como su pecho se abrasa.

Con mirada cariñosa
Ella tambien le contempla,
I harto revela la hermosa
Que su alma candorosa
En el fuego de él la templa

Apena un año ha pasado
I ya ha legado al olvido
A aquél don César amado....
¡Mal haya quien ha creido
No ser jamás olvidado!

¿Cuándo el capitan creeria
Que tan pronto le olvidara
Carlota, i por fin amara
Al mismo que aborrecia,
A quien tanto despreciara?

¡Ai! del hombre infortunado
Que en su pasion encendida
Juzga que toda la vida
Ha de ser siempre adorado
Por una mujer querida!

Envuelto en tan necio engaño,
Cuando cree gozar ventura
Tan solo hieles apura,
I bien luego el desengaño
Le probará su locura.

I pues que habla la esperiencia,
No nos lancemos a amar

Con acendrada vehemencia,
Que es mui difícil hallar
Eterna correspondencia....

. . . . . .
. . . . . .

CARLOTA.

—«No te quieras olvidar
Alberto, me has prometido
Aquella historia contar,
Cómo llegaste a alcanzar
Hacerte tú mi marido.»

ALBERTO.

—«Sí, Carlota: ahora te quiero
Divertir con esa historia;
Aunque alguna cosa infiero,
Para serte verdadero,
Que ha olvidado mi memoria.»

CARLOTA.

—«Solo deseo saber
La trama mas principal
Que, segun llego a entender,
Aquella ha debido ser
Una que no tiene igual.

Mil veces he trabajado
Por llegarla a adivinar;
Mas nunca me ha sido dado....
¿Cómo, ni por mí notado,
Me pudiste, dí, robar?»

ALBERTO.

—«Pues es mui sencillo a fé:
Viendo mi amor desdeñado,
A tu criada me gané,
Por que te diese en el té
Un narcótico estimado.»

A la jóven así dijo
El galan, i se prepara,
Aquella historieta rara,
A contársela prolijo
Segun hoi la recordara.

—«Carlota, te idolatraba
Con fina pasion ardiente,
I al mirarte indiferente
Padecia i mas te amaba.

Tu eras la única ilusion
De mi sueño mas hermoso,
I de mi pecho anheloso
La sola grata ambicion.

Así entónces yo vivia
Sin que tu cruel esquivez,
Se doblegase una vez
A escuchar la pena mia.

Este era mi triste estado,
I creció tal mi tormento,
Que del alma el sufrimiento
Quedó por fin agotado.

El engaño en ejercicio
Resolví entónces poner,
I bien pronto logré ver
Se me mostraba propicio.

Con dinero i cierto modo
Conseguí ganar tu criada,
I razon circunstanciada
Esta me daba de todo.

Me decia del amor
Que a don César profesabas,
I las finezas que dabas
A tan feliz amador.

Para poderte alcanzar
Mil recursos intenté;
Pero en vano todo fué,
Nada podia lograr.

I cada vez mas crecia
De mi pasion el delirio,
Mi existencia en tal martirio
Sintiendo que fallecia.

Cuando un medio, que divino
Debo juzgar hasta ahora,
Se me ocurrió i bella aurora
Iluminó mi destino.

Un narcótico busqué
De eficacia conocida,
I a la criada prevenida
Para el caso, lo entregué.

I ésta, cuando el té sirvió
Aquella noche, Carlota,
Sin descuidar una gota
En tu taza lo vació.

Te fuiste luego a tu lecho
El efecto aun sin sentir,
Pero allí te hizo dormir
De tu querer a despecho.

Te quedaste, pues, dormida
I con sueño tan profundo,
Que nadie habria en el mundo
Que te creyese con vida.

I aquí tendré que dejar
Lo que en tu casa ocurrió,
Que lo que en ella pasó
No traté de averiguar.

De que muerta te juzgaron
Duda no cabe un momento,
Puesto que hubo sentimiento
I que tambien te enterraron.

De donde yo te saqué
Para que fueses mi esposa,
I mi existencia penosa
Por otra feliz troqué.

Bajé a tumba sombria
Que te servia de lecho,
I el corazon dentro el pecho
Lleno de placer latia.

¡Ah, me acuerdo! las estrellas
Fueron testigos amantes,
Que iluminaron brillantes

De mi ventura las huellas.

Alzé el vaso encantador
De una esperanza cumplida,
I conocí que en la vida
«Vence el engaño al amor.»

I aquí la historia acabando
Se estrecharon cariñosos,
Para siempre venturosos
De su grato amor gozando.

RAFAEL SANTOS.

Tres sueños.

Oh! nada hai mas grato que la pereza! Deveras que no sabemos por qué el hombre le ha declarado tan cruda guerra.—Por todas partes no se oyen mas que himnos sobre himnos al trabajo.

El hombre es indudablemente un animal de mui raros gustos.

Si nosotros fueramos poetas--lo decimos como lo sentimos--no nos ocuparíamos de otra cosa que de cantar en todos los tonos, en todos los metros a la encantadora pereza,--a esa madre de los mejores momentos que hemos pasado en la vida, en cuyo seno no hai ni placer ni pena, ni goce ni dolor, ni tristeza ni alegría; en cuyo seno la existencia corre en un verdadero lecho de plumas.

¿Qué es la filosofía sino la espresion mas acabada de la pereza?—Diójenes en su tonel i Platon soñando con una república ideal, imposible ¿qué otra cosa son sino dos grandes perezosos?

Se asegura que los filósofos son los que mejor comprenden el mundo i la felicidad:--pues siendo cierto, mas abonadas son mis opiniones, mas comprobada se queda la absurda manera de proceder del hombre.

Es fuera de duda que tenemos razon.

--¿A cuántos ha muerto la pereza?

--No sabemos de ninguno.

—¡A cuántos no ha muerto el trabajo!—Su número se escapa a toda apreciacion.

De otra parte ¿hai nada mas amable, mas inofensivo que un perezoso?

Un perezoso no habla.
Un perezoso no murmura.
Un perezoso no rie.
Un perezoso no llora.
Un perezoso no grita.
Un perezoso no rabia.

De mi lo sé decir:—cuando la pereza me posee soi capaz de dejarme matar, por no tomarme el trabajo de defenderme.

Ahora ¿qué es lo que primero adormece la pereza?—Los deseos.—¿I dónde residen, de dónde parten todas las desazones del hombre?—Del deseo.—El deseo es el funesto jénio que lo lanza en los malos caminos, que para una vez que lo levanta, lo postra ciento.

. . . . . .
. . . . . .

Estas i otras reflexiones me hacia yo cierto dia en que era presa de la mas triste i funesta de mis desgracias,—la de tener que hacer algo,—la de tener que escribir.—Veia delante de mí algunos pliegos de papel blanco que era preciso llenar.—Esta sola idea me estremecia mas de lo que estremecerse debe el recluta cuando vá a recibir el bautismo del fuego,—que sea dicho por via de entre rayas—es el ménos cristiano de todos los bautismos.

Pero el tiempo volaba.—Cojí la pluma.—Volvíla a dejar en su lugar.—Eché una mirada de soslayo sobre el papel—i me puse de pié; para ir a buscar sin duda en los ángulos de la habitacion el tema que me faltaba—i que no venia—ni yo buscaba—sea dicho con franqueza.

Pronto, i sin saber cómo, me acerqué al mas seductor de mis muebles—una poltrona—que me ha procurado los mas plácidos i dulces momentos de mi vida.—Horacio habla con entusiasmo del salero paterno—*salinus paternus*.—¿Por qué no he de consagrar yo tambien unos cuantos renglones de agradecimiento a mi poltrona—mi mejor amiga,—a mi poltrona en que con tantas cosas he soñado,—a mi poltrona—en fin—que me lleva con tanta frecuencia a las rejiones del sueño, ese compañero del que sufre i del que goza, de todo el que le invoca de corazon—i con entera voluntad de quedarse dormido.

Pues,---como iba diciendo----me acerqué a mi poltrona,---sentí sus brazos tan amorosos,---creí ver en su mullido asiento tantas esperanzas de paz i felicidad, que no pude resistir a tanta seduccion---i me entregué a ella en cuerpo i alma. . . , ...
. . . . . .

---Esta digresion vá mui larga, dirá talvez algun lector.---Pero era necesaria para haceros saber que....que me dormí.

---Sí, señor, me dormí.

---¿I qué tiene de raro que Ud. se duerma? preguntará algun impertinente.---Yo tambien me duermo.

—Ojalá te durmieras para toda eternidad.

. . . . . .

Mas es el caso que no solo me dormí, sino que tambien soñé.

Soñé que habia dejado de ser escritor público, que todos los necios se habian muerto, que los acerados i sucios dientes de la escandalosa i vieja diatriva se habian mellado, que todos los que piden dinero prestado----para no pagarlo---habian muerto de apoplejía de deudas, que todas las feas se habian vuelto hermosas, que en el mundo no habia ni dolores—de muelas inclusive—ni pesares, ni lágrimas, ni jente engañada, ni política, ni gobiernos, ni clases distintas,---que todos teníamos la misma cara, el mismo carácter, las propias inclinaciones;---que hombres i mujeres, mujeres i hombres eran hermanos;---en una palabra---que este mundo era un paraiso.

Qué alegria la mia.—No cabia de contento.

—¿Si será verdad tanta dicha?—me decia de cuando en cuando.

Se corrió un dia i otro dia, una semana i otra semana, un mes i otro mes,—i no veia sino caras risueñas, mujeres hermosas, amigos fieles—i nada de papeles blancos por llenar.—Como don Quijote velaba de claro en claro i de turbio en turbio,—yo gozaba, ya estuviera el sol en la mitad del cielo, ya la noche, de los tristes compañera—como dice no sé quien—viniera a envolverlo todo en su negro manto.

Sin embargo, de repente empecé a sentir en mí algo estraño;—las mujeres hermosas me cansaban—tenia hambre de mujeres feas:—las caras risueñas me cargaban—hubiera dado lo que no tengo por ver un hombre que no riera, que no estuviera a todas horas con una tan imperdurable como estúpida sonrisa en los labios:—los amigos fieles me embromaban—deseaba con toda mi alma encontrar algun falso amigo, alguno de esos danzantes que hacen profesion de engañar a todo el mundo,—i que eran tan comunes en el mundo que habia abandonado.—Por último—hasta donde llegaria mi cansancio de aquella igualdad en el bien,—que suspiré por los pliegos en blanco que habia dejado sobre mi mesa.

Pero era el mayor de mis tormentos que queriendo rabiar solo conseguia reir,—que queriendo llorar—solo sabia alegrarme.

Oh! mi situacion era horrible!—El paraiso me pareció un infierno.—Quise huir, quise.... yo mismo no sé lo que quise.

. . . . . .

De repente, como por la obra de un golpe de magia, todo cambió en derredor mio.

Al paraiso en que pocos momentos ántes habitaba sucedió un verdadero infierno, a la alegría sucedió el pesar, a las risas de la inocencia, de la virtud i el candor,—sucedieron risas estridentes como las que deben salir de las fauces de los endemoniados; a los rostros vendiendo salud, vida, franqueza i felicidad,—sucedieron caras monstruosas, viejas de apergaminadas mejillas, que daban espantosos bostezos i dejaban ver sus bocas cavernosas, custodiadas por algun nauseabundo colmillo, que a manera de trompa asomaba entre sus rugosos labios.—Los hombres que divisaba tenian todos caras mas atroces que los jitanos de Hispaleto.—Jugaban, bebian, se insultaban i se mataban;—i todos al morir dejaban escapar de sus labios contraidos por los hielos de la muerte, una maldicion contra su vencedor,—o una blasfemia contra Dios.—Yo mismo me veia mas feo de lo que soi,—lo que no es poco decir.

Trataba de hablar i solo sabia rujir.

Trataba de librarme de aquella atroz pesadilla, i tras cada esfuerzo me sumia en ella mas i mas.

Corria la ciudad ó el infierno aquel, desesperado, jadeante.—Mi corazon pedia:—socorro! pero mis labios gritaban:—guerra!

Todo aquello era imposible, inconcebible, espantoso.

Me sentia morir.

Creia que la vida se me escapaba—i se me escapaba envuelta en una blasfemia, como la de los demas habitantes de aquella tierra infernal.

—Ah! si yo pudiese llorar!—me decia.

Pero mis ojos estaban secos.

De improviso un sin fin de viejas de lúbrica mirada se abalanzan sobre mí, me oprimen, me ahogan entre sus sucios i descarnados brazos. Procuro defenderme;—pero el número me vence.

Por fin,—no pudiendo mas—caigo en tierra sin sentidos.

. . . . . .

¡Entónces, oh! entónces! se escapa de mis labios un:—Dios mio! i una lágrima de mis ojos.—Mi corazon empieza a latir con fuerza desconocida, abro los ojos i veo a mi lado una mujer pura como un ensueño de niño, bella como el ideal de un poeta, que enjuga las lágrimas que inundan mis mejillas.

Voi a dar un grito de alegría—i ella lo ahoga en un beso.

En esto desperté!

. . . . . .

. . . . . .

Tal fué mi tercero i último sueño.

¿Hallaré alguna vez en este mundo esa creencia, esa lágrima i esa mujer que me ame?—Quien sabe!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Ecos de la semana.

Santiago, diciembre 3 de 1859.

SUMARIO.—La virtud de Santiago menoscabada.—Una Medea de estos tiempos.—Jupiter i la policia.—El ferrocarril se venga de las carretas en los bueyes.—Las pulgas i los indios.—Nuestra capital ha leido.—Semana teatral.—Círculo de amigos de las letras.

¡Qué segura tranquilidad, qué apacible sosiego el de nuestra honrada capital! No parece sino que durmiera el sueño de los justos, que son los que tienen el sueño mas pesado, segun se cuenta de los que durmieron en tiempos de antaño. Porque hoi en dia los justos ni velan ni duermen, sino que han desaparecido; no se les encuentra en parte alguna, ni siquiera en Santiago, donde la virtud es tan sólida, tan universal, de reputacion tan bien sentada. I esta misma virtud tampoco está a cubierto de toda sospecha. Ha habido esta semana mas de un motivo.... ha habido dos motivos para ponerla en duda:—un conato de infanticidio, i otro que no ha sido conato sino perpetracion de rapto, con todas sus lastimosas consecuencias. Siguiendo las huellas de Medea, bien que sin tocar a la perfeccion de su crueldad, una madre abandonaba una de estas noches a su hijo

recien nacido i lo daba por regazo el empedrado de nuestras calles; al paso que dos cocheros, protejidos por la oscuridad, se transformaban en torpes Sátiros para robar i ultrajar a una incauta dama. Son dos reminiscencias mitolójicas de la peor especie.

Mal que pese a nuestra cultura, no es esta la primera ocasion en que una mujer entrega sin piedad a una muerte cierta el fruto de sus entrañas i abate asi el orgullo de nuestra pobre humanidad, capaz de tan nobles acciones i de proezas tan infames, tan delicada i tierna a veces, i a veces peor que las aves de rapiña, que parten siempre con sus hijos su nido i su sustento, i peor tambien que las bestias feroces, que jamas rehusan a sus cachorros el abrigo de su guarida i el jugo de sus ubres.

I mal que pese a la prevision femenina, no es esta tampoco la primera ocasion en que las exorbitantes bellaquerías de los cocheros nos hacen recordar las metamórfosis del enamorado Jove. Pero el padre del Olimpo podia impunemente hacer de las suyas entónces que no habia en la tierra policía; hoi que la tenemos, deberian las cosas pasar de otra manera i castigarse severamente a los autores de tan ruines violencias, ya fuesen dioses o cocheros.

Entretanto, no han sido los párvulos i las mujeres las únicas víctimas de la semana; los bueyes, los mansos i laboriosos bueyes figuran así mismo en la cuenta de las inmolaciones. La locomotiva del ferrocarril del Sur ha triturado no ha mucho a uno de esos dignos e interesantes cuadrúpedos, e inaugurado con esta muerte una era de esterminio. Bien se deja conocer el móvil que ha impulsado a la locomotiva en la consumacion de tamaño atentado: no es otro que su rivalidad con las carretas, a quienes se esfuerza en vano por suplantar. No pudiendo nada contra ellas, se venga en sus fieles i pacíficos servidores de la humillacion que sufre.

Con el verano, los indios han vuelto a emprender sus correrías i la atencion pública a ocuparse de los indios. A este propósito, no ha podido menos que observarse la marcada analojía que existe entre los nietos de Caupolican i las pulgas. Como ellas, son lijeros, tenaces, matreros i difíciles de cojer; como ellas pican i desazonan, i como ellas finalmente vienen con el verano i se van con el invierno.

Contra su arraigada costumbre, nuestra sociedad ha leido esta semana, i despues de leer ha comentado un folleto que acaba de darse a luz con el título de: *El Gobierno i la Revolucion*. Bien quisiera, benévolos lectores, deciros esos comentarios, si no fuese que en este asunto la libertad de callar es la única vijente. Renuncio, pues, a exponeros la opinion que el público se ha formado de ese folleto i las opiniones que ese folleto forma de la última crísis i situacion presente del pais. Aunque anónimo, no hai peligro de equivocarse al reconocer al autor de este escrito en su aversion capital a las teorías i los sistemas, que formulan la verdad, en su anhelo constante por la práctica, tan fácil de convertirse en empirismo sin la luz de aquellas,, en el espíritu exclusivo que, como es consiguiente, guia sus apreciaciones, i en los arbitrarios calificativos de artificiales i académicas con que regala a las diversas formas de gobierno. Por una inversion injustificable, busca el derecho en el hecho, califica de utopía a la verdad que pugna por abrirse camino, i desde el primer capítulo, establece como únicas formas de existencia política la de la Rusia o la de la Inglaterra, i asevera que el pueblo de América no es susceptible de monarquía ni de república, no quiere dictadores ni quiere majistrados, no acepta tiranos ni acepta gobernantes patriotas i respetuosos de la lei.—No dejaré, por otra parte, de deciros que al lado de estos juicios, en mi entender falsos i funestos, se ostentan grandes i hermosas verdades, hábiles apreciaciones i nobles votos, que revelan el claro talento de su autor; sin contar con que el folleto está escrito en un estilo lleno de nervio i elegancia, siempre insinuante i cortés, siempre caloroso i activo, de tarde en tarde realzado por una erudicion sóbria i escojida.

Lleguemos al teatro, benévolos lectores, para divertirnos algunos momentos el sábado con *Don César de Bazan*, feliz creacion de Dennery i Melesville, palpitante de injenio i viveza; para recibir penosas impresiones el domingo con *El Ultraje*, drama sangriento e inverosímil; para ver el mártes cegar i recobrar la vista al *Campanero de San Pablo*; i por fin, para contemplar el juéves cómo una zarzuela afamada:—el *Dominó Azul*, puede perder su reputacion cuando se la canta mal.—Como era de rigor, O'Loghlin ha sido el héroe del drama, i la Mur, que tambien ha tomado parte en éste, ha sido la heroina de la zarzuela. Su valimiento con el público no ha alcanzado, sin embargo, a salvar a los demas cantantes que, escepto Clapera, han incurrido todos en el desagrado del soberano espectador. Se espera que dén sus escusas en la repeticion de *El Dominó Azul*, traicionado tan alevosamente. Mas afortunados que los zarzuelistas han sido los actores dramáticos: los esposos Gaitan, la Sotomayor i Garces se han hecho aplaudir con estrépito i, lo que mas importa, con justicia. La Thierry ha bailado como de ordinario en medio de flores i ovaciones.

En la reunion de anoche, el *Círculo de Amigos de las Letras* se ocupó de un proyecto importante. Trata de formar un libro que contenga una descripcion física de nuestra patria, de su suelo, riquezas i maravillas, que dé a conocer nuestra organizacion política i civil, que consigne los adelantos realizados en las ciencias i la literatura, i que de esta suerte nos haga ver a Chile a nosotros mismos i a los estraños. Es una hermosa i elevada tarea, cuya realizacion marcará una nueva jornada de nuestro viaje a la civilizacion.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL "JOSE TORIBIO MEDINA"

BIBLIOTECA NACIONAL

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Diciembre 10 de 1859. Núm. 30.

MEMORIA

SOBRE

La historia de la filosofía i de la medicina.

Douce lumière, hélas! me seras-tu ravie?
LA FONTAINE.

—

Consideraciones sobre la historia de la filosofía i la medicina.—Alianza que debe existir entre ellas.—Ignorancias eternas.—La fé como último resultado.

Conclusion.

XLVIII.

Del torbellino de las teorías, del caos de los sistemas médicos que durante la restauracion ajitaron el espíritu, era forzoso salir i encontrar al cabo, como sucede en la anarquía del órden político, un hombre que, dominando la turbulenta voluntad de los ambiciosos, estableciese el imperio de su pensamiento o, mas bien, el despotismo de su jénio.—Pero tambien lo era que el que estaba destinado a hacer callar en tales circunstancias a los contendientes, imponiendo sus concepciones como creencia infalible i sublime, estuviese dotado de un jénio sobresaliente, de vastos conocimientos i sobre todo, de una audacia de raciocinio inconstrastable. Todas estas prendas las reunia Broussais. Así desde que hace oir su voz sonora, desde que suelta sobre su auditorio el torrente de elocuencia verdaderamente encantadora que poseia; tan pronto como conmueve con su pomposa dialéctica los sistemas existentes i desenvuelve el que, segun se decia, debia sujetar para siempre a la ciencia i asignar a su autor un lugar eterno, no parece sino que la Francia hubiese oido la revelacion de un oráculo: teorías, sistemas, observacion, esperiencias, autoridad, todo se dejó a un lado, de todo se apostató, todo se despreció, i se concluyó, por último resultado, en adjudicar la palma al nuevo jénio, la que, por cierto, pertenecia de derecho a los verdaderos esploradores de la verdad.

XLIX.

Dominada la Francia por el Broussismo, haciendo alarde sus primeros profesores de la nueva doctrina, (que por supuesto pasó en breve a formar escuela) no escuchaba ni queria prestar oidos a las críticas que algunos sabios de su mismo suelo hacian del reciente sistema, i al que, por contraposicion, oponia la Inglaterra, no ménos visionaria en este sentido, el llamado de Brown, que ha formado tambien en este pais sectarios no ménos tenaces i mas prudentes que sus contendores.

El sistema antiflojístico i el reconstituyente disputaron en efecto, desde que se vieron, el cetro de la medicina con indecible encarnizamiento: se desenterraron libros, se resucitaron teorías, se apeló en defensa de los principios no solo a la autoridad, que, por otra parte se hacia gala de despreciar, sino hasta a la diatriba tan inútil como indigna de las conquistas del saber.

Pasados algunos años, el tan afamado sistema Broussista fué perdiendo gradualmente la importancia que se le asignó al principio, hasta que, por fin, muerto su autor i el espíritu libre ya del prestijio de su palabra, no creyó vergonzoso confesar que habia errado el gran maestro, ni ménos que era necesario abandonar aquel sistema que ni el mérito de la orijinalidad tenia por cuanto habia sido bebido en Galeno.

El famoso Broussais, si juzgamos como nació i vino a tierra su doctrina, me parece que mui bien puede ser comparado a Sanson: la fuerza de éste consistia en el pelo, la de Broussais en la palabra, cortado el cabello de aquel por Dalila, quedó reducido a la impotencia, helada la palabra de éste por la muerte, el maestro i sus discípulos los antiflojísticos se enterraron de golpe bajo las mismas columnas del templo que habian querido levantar al orgullo.

Fuera de la escena el hombre que hemos nombrado, la medicina cae en la confusion, sus profesores en el esceptícismo, i la sociedad, lo mismo que le habia pasado con la filosofía, en la incredulidad o el ateismo.

L.

Si Piovri descubre el plexímetro para poder por la percusion graduar el estado de los órganos pareuquimatosos: si Bouillant, le Bean, Pigeot i otros perfeccionan el estetoscopo para seguir al corazon hasta en sus mas imperceptibles murmullos: si se estudia i analiza la sustancia que forma el tubérculo: si se examinan las sales que componen los *cálculos biliares:* si el miscroscopio se aplica hasta en el insecto que roe los dientes; si la química ofrece la eterizacion para las operaciones cirujicales, despojándolas del dolor; si la anatomía patolójica se lleva hasta el grado de averiguar hasta en los mas recónditos filamentos del cadáver las dolencias de la vida: si se descubren todos los dias nuevos aparatos operatorios, nuevas sustancias: si se crean a cada momento nuevos artículos con que enriquecer la farmacia; nuevos procedimientos con que simplificar los remedios: si se remueven con avara codicia de investigacion todas las ciencias: si se espone, en fin, el hombre a los mayores suplicios por realizar una idea que ha soñado o entrevisto, todo esto, toda esta elaboracion inmensa de concepciones i trabajos, toda esta tortura del espíritu, todos estos dolorosos sacrificios no son tantos efecto del amor a la gloria, del deseo de servir a la humanidad, como la obra del interes material, de la codicia del oro, de ese *plutonismo* que, convertido en una relijion mas tirana que la de los bonzos de la India, no se contenta ya con tener por esclava a la materia i, arrebata en su voracidad hasta los sacerdotes del espíritu.

Al contemplar bajo este aspecto a la ciencia

médica, uno no puede ménos que ver en ella el reflejo de la filosofía que domina a la Francia: los filósofos se hacen políticos, abandonan el raciocinio i la especulacion i se entregan en cuerpo i alma a los azares de la vida pública: los médicos a su vez especulan como logreros con su talento, i parecen medir sus beneficios en la balanza del interes material por que los venden.

Los filósofos hablan del espiritualismo, condenan el ateismo del pasado siglo, reniegan de la inmoralidad de los escritores materialistas que han envilecido la filosofía, i al mismo tiempo proclaman ideas que vienen a dar por resultado un panteismo o un racionalismo que, no contentándose con las verdades que puede el espíritu abonar sin enloquecerse ni despeñarse, se hacen campeones de la verdad absoluta, obtenida a fuerza de la licencia del espíritu i van al fin a estrellarse, no pudiendo lograr el *infinito* a que aspiran, o con el torpe i perezoso escepticismo o en el mas antisocial i repugnante materialismo.

Los médicos a su turno, escriben libros, predican la observacion, hacen patente sus esperiencias, subliman el arte hasta hacerlo casi infalible en la pelea contra las fuerzas destructoras de la naturaleza, i en medio de todas sus doctrinas, de todas sus bellas teorias, de todos sus injeniosos descubrimientos, se divisa la falta de fé, de sistema, de sentimiento que les presta una perfecta similitud con aquellos sacerdotes que en el pasado siglo predicaban la moral de Jesucristo, manifestando a un tiempo con sus acciones el ateismo por que se hallaban tiranizados.

La influencia de la filosofía no solo se ciñe a las ciencias, a las artes, a la industria, i, en una palabra, a todas las faces que toma el espíritu para demostrar su actividad.—Escolástica en la edad media, las c encias lo eran tambien: esperimental en manos de Bacon, aplican estas el analísis sistemático, concienzudo, i van a parar a los descubrimientos mas portentosos que ha podido hacer el entendimiento humano. Majestuosa, llena de fé i de grandeza en poder de Mallebranche, Pascal, Bossuet, Fenelon, las ciencias en todos sus diversos departamentos siguen la impulsion jenerosa prestada por ella, i permiten simbolizar en estos grandes nombres todo el esfuerzo de que es capaz en la esfera del pensamiento el espíritu del hombre. Materialista, árida, seca bajo la tutela de los enciclopedistas, se reviste a su vez la ciencia de la misma árida tirantez bajo Cabanis, Laplace, Monge i otros que, apesar de la intimidad de la intelijencia, de la grandiosidad del jénio, revelan que el espíritu materialista hace todavía mas secas i glaciales las verdades de la física i del cálculo.

Laplace al responder a Napoleon que no necesitaba de la hipótesis de la existencia de Dios para la formacion de su *mecánica celeste*, cuando otra prueba no hubiese, bastaria para corroborar lo que digo, por cuanto el solo significa toda la tendencia i estension de las ciencias matemáticas en aquel tiempo.

«Hasta el pintor David, dice un escritor artista, testifica el materialismo de la filosofía del siglo XVIII: dibujaba estatuas: habia estudiado i pintaba con la mas minuciosa escrupulosidad hasta la última contraccion muscular; pero la vitalidad, el sentimiento, aquel no se qué, que permite a la pintura revelar el alma del pintor, faltaba absolutamente hasta en sus mas preciosos i afamados cuadros.»

Racionalista, panteísta o incrédula o escéptica desde el año 20 hasta el dia, no me parece que será difícil ver su retrato en el aspecto social, político, científico, que ofrece la Francia, ni ménos convencerse de que solo la filosofía puede imprimir al espíritu una tendencia humanitaria para desarrollar con provecho de la sociedad la fuerza creadora con que lo ha dotado la Providencia.

LI.

I al lado de todos esos casi fabulosos descubrimientos, i en medio de esa gloria indisputable que acompaña a la ciencia en nuestros dias ¿no se ven, como en prueba de lo que asiento, esos sistemas de medicina universal, esas panaceas, esos elixires maravillosos, esos ungüentos, esos jarabes, esos filtros infalibles que todo lo curan sin necesidad del médico, i con los cuales puede el hombre conquistarse sin el menor esfuerzo una felicísima inmortalidad?

¿No ha predicado en nuestros dias, i a vista i paciencia de la sociedad de Paris, el charlatan Morel de Derubampré el sistema que segun afirmaba era infalible para que los esposos pudiesen tener a voluntad hijos bellos, hábiles, i sobre todo, del sexo que les placiese? ¿No se recuerda a Agantage le Roi, que se daba los aires a la cabecera del enfermo de ser *iluminado*, no sabiendo en realidad ni los mas indispensables rudimentos de la ciencia? ¿No vemos a Raspail mismo fundar un sistema de medicina universal de la misma manera que hubiera podido hacerlo Paracelso en nuestros dias, o el famoso Turneisen médico de la corte de Viena, químico de profesion i a un mismo tiempo *horoscopista* i autor de almanaques u orácufos de buena ventura? En fin, hoi mismo no ha tenido Napoleon que arrojar de Francia a Hume, cuyos *prestijios* asustaban aun al vulgo como sucedió en tiempos de Cagliostro i Mesmer?

Si todo esto se tiene en cuenta andando los tiempos ¿no se nos creerá, i con razon, tan atrasados como en plena edad media? ¿Qué diferencia, pues, existe entre aquellas producciones monstruosas del espíritu, entre aquellas ideas estravagantes de *encantos*, de *simpatías de los cuerpos*, de *piedra filosofal*, de *virtudes secretas*, etc., etc., con las charlatanerías i patrañas con que todavía se embauca al vulgo para estafarlo i embrutecerlo?

¿I todo esto qué significa, pregunto yo? Injénio, me dirán los mas; pero yo les responderé, i quizás sin equivocarme, injénio, es cierto, pero no azuzado por un espíritu jeneroso, por el deseo de gloria, por la filosofía, sino por el hambre, por la codicia que consume a la Europa, por el oro, repito, por esa deidad única a quien el siglo presente adora, a quien todo lo sacrifica, i a quien llega hasta a ofrecer las mas preciosas conquistas de la intelijencia.

En el siglo en que los judíos Rostchild i Rirer son mas apreciados que los Arago i los Cuvier: en el siglo en que el espíritu sigue las mismas oscilaciones que el alza o baja de los intereses bursátiles: en que la diplomácia es tiranizada por los banqueros, i los reyes se hacen sus deudores, no estaria de mas ni fuera de propósito comparar a la civilizacion humana que pretende encaminar a la inmortalidad a las jeneraciones futuras, con Moises que, conduciendo a los israelitas a la tierra prometida, no quiere acompañarlos a entrar en ella.

En contra de lo que he dicho podrán asentarse ciertamente algunos argumentos. Pero, apesar de todo, creo que no se me citará razon ninguna con

que convencerme de que siendo, como es, la filosofía de hoi una revuelta mezcolanza de sistemas sin trabazon ni tendencia ninguna social o humanitaria, como se pretende, el hombre en cualquiera esfera que se le busque, i bajo cualquier aspecto que se lo considere, no ofrece, como vemos, el triste espectáculo de mostrarse indolentemente en brazos de un indiferentismo moral, o mejor, de un escepticismo el mas embrutecedor i culpable.

Si ando fuera de camino, esplíqueseme en buena hora cual es la razon de ese materialismo que despotiza no solo el comercio de la vida sino hasta el pensamiento que ocupa sin descanso el espíritu. ¿Por qué, pues, hasta en la poesía ha desaparecido aquel candor, que retrata la limpieza del alma, aquel espíritu alegre sin cinismo, triste sin amargura que refleja la ausencia de las tempestades del corazon? ¿Sufriríamos hoi una egloga, un idilio? ¿Haríamos un poema? ¿Se dedicaría un pintor a retratar las diversas idealidades que los misterios de la relijion le ofrecen? ¿Haria alguno de ellos Vírjenes a lo Murillo, a lo Rafael, cuadros como la cena de Leonardo de Vinci i el juicio final de Miguel Anjelo? Nó, i porqué? Porqué nos falta ilusion, poesía, sentimiento, pudor en el espíritu, transportes puros en el alma; porque el hombre de hoi nace viejo, desencantado, i toma la existencia no como el destierro espiatorio que ha de llevarlo a una patria celeste sino como el banquete en que debe saciar su voraz apetito i disputar a mano armada con sus comensales hasta la migaja de pan a que cree tener un incontestable derecho.

LII.

La filosofía francesa del siglo XIX es, pues, como lo he repetido, el espejo del estado social, científico, literario, artístico de la nacion: en toda ella anarquía, despotismo, confusion, gloria, riqueza, miseria, i en este heterojéneo compuesto de bienes i de males, lo peor es que se diga que aquella es la consecuencia fatal de la organizacion de la sociedad, i que, por lo mismo, está obligada a representar la figura a quien retrata.—Si fuese así, el espíritu humano desfalleceria, i léjos de esperar la realizacion del destino que le ha ofrecido i marcado el autor de la naturaleza, desesperaria de todo progreso i, lanzándose sin brújula al traves de los tiempos, caería mui en breve en la impotencia i la apostasía de sus mas preciosas facultades.

LIII.

Sin embargo, se dice que todo marcha, que todo prospera, que todo sigue la lei infalible del progreso; sí, es cierto: tenemos vapores que llenan todos los mares; ferrocarriles que cortan la tierra en todas direcciones, telégrafos, que no solo extienden su silenciosa i rápida voz por el espacio sino que con ella atraviesan en momentos los helados i profundos abismos del océano; descubrimos planetas, ocultos a la tierra en cinco mil años; hemos hecho mil i mil descubrimientos en las propiedades de los cuerpos; hemos conseguido que hasta el sol nos pinte los mas primorosos cuadros de la naturaleza con su pincel infalible: poseemos los milagros de la electricidad: con la *galvanoplastía* hemos logrado copiar el oro i la plata hasta hacerlos perder casi su valor en los usos domésticos: hemos resucitado el fuego Griego i hecho hasta del inocente algodon un elemento inflamable i mortífero: la guerra ha aumentado ya prodijiosamente su arsenal de destruccion i de muerte: la botánica, la química, todas las ciencias han venido a estender el dominio del hombre hasta hacerlo rei de la tierra: tenemos todo, en fin, todo lo hemos descubierto; todo lo hemos esplicado; pero en medio de tanta grandeza, de tantas maravillas, el alma humana está todavía en pié, impenetrable, cubierta con ese velo que la mano de Dios ha colocado sobre ella para que la atrevida mirada del hombre se estrelle si pretende indagar temerariamente mas allá de lo que puede su espíritu; para que ciegue con la luz que de ella misma a veces se desprende como para probar hasta donde llega el orgullo humano.

LIV.

De todo lo que rodea al hombre nada le es mas incógnito que el hombre mismo: los fenómenos de su pensamiento, las faces de su civilizacion, las peripecias de sus progresos, las causas de su atraso o estacionamiento; todo, en fin, lo que pertenece a su naturaleza íntima es un insondable misterio, cuya fuerza conoce i de cuya insuperabilidad se convenze cuando quiere llevado del orgullo disecarlos a placer para indagár las dudas que a cada segundo se despiertan en su pensamiento, i que, a semejanza del buitre de Prometeo, roen incesantemente su corazon tan frájil como presumido.

¿Qué le queda pues en estas ignorancias eternas? ¿Qué puede hacer en medio de estas abismosas tinieblas? Creer i esperar: no hai otro remedio.—Sin la fé no se puede absolutamente dar un paso, sin ella no se alcanza a penetrar jamas en la felicidad, a comprender nuestra suerte sobre la tierra, nuestro destino despues de la muerte: sin ella, en fin, no puede el hombre cumplir de ninguna manera la mision que le ha asignado la Providencia en sus inescrutables arcanos.

¿I quién está llamado a darle este beneficio? ¿Qué ciencia es la que puede ofrecerle en último resultado la felicidad, que como una sombra importuna sigue todas nuestras huellas i que jamas conseguimos tenerla un momento en nuestros brazos? La ciencia de la verdad, la filosofía, pero no la filosofía de los sistemas, que como esos castillos de naipes, con que nos entretenemos en la infancia, vienen al cabo a tierra, derribando nuestras ilusiones, i dejándonos en aquel dolor inesplicable que naturalmente sucede a la pérdida de una esperanza infinita.—La filosofía que necesita el hombre no es, pues, la que consiste en los juegos de la fantasía, en los atrevidos jiros del raciocinio para dar prueba de la grandeza de la concepcion humana: nó, es la que se asienta en la fé, en la palabra de Dios, revelada a los hombres por él mismo, bajo la envoltura humana; que no solo ha conseguido llegar lozana al traves del hielo de diez i nueve siglos sino que, por la divinidad que la constituye está destinada para conducir a la humanidad hácia la perfeccion compatible con su naturaleza.

Una vez establecida la filosofía sobre el pedestal de la verdad divina, la sociedad en todos los pueblos de la tierra, i bajo todos los aspectos de su civilizacion, prestaría un espectáculo maravilloso: si no nos es dado contemplarlo, al ménos es lícito a todo corazon elevado deleitarse con tan dulce esperanza, i sin miedo de que se le tenga por uno de esos soñadores que, considerando al hombre como causa i no como efecto, que creyendo su pasaje sobre la tierra desprendido de toda sujecion, e independiente su porvenir de otro poder que el de sus propias facultades, se desvela con la quimera de una perfectibilidad infinita, i no viendo, realizadas sus locas esperanzas cae al fin

en un pesimismo, que hace insoportable tan crudo desengaño.

Sin la filosofía cristiana, repito, ¿adónde nos llevan los sistemas? Unos, a un loco idealismo, a la creencia i pretension de una *verdad absoluta*, i, por consecuencia de tan temerario pensamiento, a vivir siempre poseidos por la rabia de una esperanza que jamas se satisface, por la sed de una bienandanza que nunca puede ser completa, i cuyo contraste le hacen, por desgracia, tan terrible las continuas penalidades que abruman nuestra vida. Otros, a un materialismo que envilece la dignidad humana, que quita al espíritu sus concepciones, que roba a la fantasía sus primorosos juegos, que nada nos ofrece en medio de la desventura; que enturbia hasta los más deliciosos instantes de nuestro fujitivo contento, i nos lleva al cabo muchas veces a todos los arrebatos, a todas las locuras, a todos los crímenes que son consecuencia necesaria de una organizacion rebelde, que no tiene freno que la contenga, idea que le imponga respeto, i conciencia que le ofrezca por ellos un tremendo castigo.

Otros, al ateismo, al delirio, a la blasfemia, a la vergüenza. Otros, en fin, o, mejor, todos a un trabajo estéril cuando no nocivo, a un desenfreno de la intelijencia que a nada conduce, que nada dá, que nada promete, sino que por el contrario, hace de la conciencia humana un resorte movible a todas direcciones, impotente para conducirnos a la felicidad, i mas que poderoso para amargarnos la existencia i hacer inútil, cuando no punible el viaje que hacemos por este mundo.

Entre Jesucristo i los filósofos media (si es posible i no atrevida una comparacion entre la sabiduría divina i el jenio limitado del hombre) la misma distancia que entre Colon i los navegantes: los descubrimientos de éstos son de detalle, los de aquel inmensos: se precisarán los lugares que pueblan el globo, se penetrará un poco mas allá en las rejiones polares; pero lo que es un mundo nuevo como el que descubrió el argonauta jenovés ya no podrá mostrarse a la admiracion de los hombres. Despues de Jesucristo en la esfera de la filosofía, de la moral, de la práctica, de la virtud ¿qué puede descubrirse que él no lo haya descubierto? ¿Qué puede decirse que él no lo haya dicho? ¿Qué aconsejarse que él no lo haya mandado? ¿Qué prometerse que él no lo haya ofrecido, i no como el hombre sobre su frájil palabra sino como Dios con su infalibilidad eterna i su ilimitada sabiduría?

Para dar remate a este trabajo, concluiré copiando las elocuentes palabras de Bacon, con motivo de la influencia de la filosofía sobre todas las ciencias: «la filosofía, dice, abraza el estudio de Dios, del hombre i de la naturaleza; así, no es filósofo el que no estudia profundamente estas tres entidades sobre que rueda el aparato del universo. La filosofía es la ciencia: la ciencia es la filosofía; ambas son hijas de la verdad infinita: en este sentido, no puede haber filósofo sin ciencia, sabio sin filosofía, ni ménos verdad alguna fuera del recinto donde se ostenta el que la irradía sobre la tierra solo a medias, con el fin, sin duda, de regalarnos con ella cuando hayamos penetrado en el augusto templo de la inmortalidad i la sabiduría.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

Epitalamio de los Bardos.

Antes ¡ai! que la estrella del silencio,
Apareciendo, impida los sonidos
De mi acordada lira,
Cantaré los encantos que me inspira:

Cantaré las delicias del que escoje
Una cándida, amante compañera,
Del que felice goza
Las caricias i halagos de una esposa.

La vida sin amor ¡ai! ¿qué seria....?
Un estéril breñal.... un sueño vano....
Un desierto espantoso
Bajo un cielo enlutado i tenebroso.

Un lazo es el amor dulce, süave,
Que une dos corazones para siempre:
De la vida la esencia,
Bálsamo que consuela la existencia.

Honremos, respetemos al que es padre;
En él la sociedad mire su apoyo,
La moral su consuelo,
I los hombres su guia i su modelo.

Amemos nuestro ser en nuestros hijos.
¿No son de nuestro amor el dulce fruto?
¿No vemos en su vida
Nuestra existencia misma renacida?

¡Desdichado del hombre que desdeña
A su esposa infeliz! Dios le abandona,
I solo i aflijido
El canto oirá del ave del olvido.

Amad a la mujer, que es para el hombre
Compañera en el mundo destinada:
Su rostro placentero
La furia desvanece del guerrero.

El polvo de su frente limpia ansiosa
Con sus ebúrneas delicadas manos,
Que enjugan condolidas
La sangre que destilan sus heridas.

Contemplad al mortal en este instante
¡Cuán sublime parece ante su amada!
Este feliz esposo
Tiene el aire de un jénio misterioso.

El es el olmo altivo que sostiene
Esa cargada viña que le oprime
Con rácimos de oro,
De la felicidad dulce tesoro.

I la esposa es la yedra que se enlaza
Al vigoroso tronco, al cual estrecha
Con un lazo tan fuerte,
Que romperlo podrá solo la muerte.

Satisfechos vogad, tiernos esposos,
En el mar de la vida turbulento;
En union sostenida
Vencereis la borrasca enfurecida.

Las tibias brisas que la noche exala
Ya esparcen por la selva sus jemidos,
I a la campaña traen con sus halagos
Del hondísimo valle los rüidos
Misteriosos i vagos.....
Del véspero la pálida vislumbre
Se extingue poco a poco en occidente,
I entre las sombras su empinada cumbre
Se vé ocultar Illimani potente.....

Las cuerdas se destemplan de la lira.....
Tiembla la voz.... el aire de la noche
Apaga su sonido.....,
¡La estrella del silencio ha aparecido!

MARIANO RAMALLO.

D. Estévan Echeverria.

POESIAS.

Conclusion.

Despues de lo que he espuesto, juzgo oportuna una corta esplicacion a fin de evitar una mala intelijencia de la doctrina literaria que he sostenido. Desenvolviendo un pensamiento del poeta Echeverria, a quien está dedicado este trabajo, he dicho que seria de desear que los vates americanos buscasen inspiracion en la lujosa i variada naturaleza de nuestro continente, esto es, que en vez de tomar por modelo de sus cuadros paisajes tan fabulosos como el jardin de las Hespérides, o los Campos Eliseos, sacasen sus colores e imájenes de este mundo nuestro, vírjen todavía desde un estremo hasta el otro, que está aguardando, hace ya centenares de años, poetas que le celebren, como estuvo aguardando durante siglos navegantes que osasen descubrirlo; pues los diez o doce que han tomado, algunos de ellos mui de paso, por tema de sus cantos los prodijios que ostenta la creacion en el nuevo mundo son demasiado pocos para llevar a término la tarea. Pero esto no significa que deban reemplazar en sus versos la poesía por la jeolojía, la botánica o la jeografía, so pretesto de reproducir el aspecto físico de América. La ciencia rimada seria aun mas fastidiosa que los lugares comunes de la retórica. No habria para qué tomarse el trabajo de sujetar al metro las palabras para espresar los límites de Chile, o para ensartar unos en pos de otros, a modo de cuentas en un rosario, veintiseis nombres propios de países, como lo ha hecho Ercilla en las dos octavas siguientes:

Es Chile norte sur de gran longura,
Costa del nuevo mar del sur llamado,
Tendrá del este al oeste de angostura
Cien millas, por lo mas ancho tomado:
Bajo del polo antártico en altura
De veinte i siete grados prolongado,
Hasta do el mar océano i chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.
(Canto I.)

Mira a Livonia, Prusia i Lituania,
Somojicia, Podolia i a Rusia,
A Polonia, Silesia i a Jermania,
A Moravia, Bohemia, Austria i Hungría,
A Croacia, Moldavia, Transilvania,
Valaquia, Bulgaria, Esclavonia,
A Macedonia, Grecia, la Morea,
A Candia, Chipre, Rodas i Judea.
(Canto XXVII.)

Estoi mui distante de pretender que los poetas americanos se pongan a componer poemas jeográficos a la manera de la *Arjentina* de Barco Centenera. Nó, a fé mia; los poetas deben ser poetas; i no jeólogos, botánicos, astrónomos o mineralojistas. Debemos tratar las cosas como corresponda al punto de mira en que nos colocamos. Un prado florido representa para un farmacéutico solo drogas, i por consiguiente enfermedades, dolor; para un poeta imájenes, ideas bellas, felicidad. Las flores son para el primero únicamente tónicos, laxantes, astrinjentes, narcóticos; para el segundo los símbolos de los afectos mas tiernos i delicados del corazon humano. Hago votos para que las obras poéticas de los americanos sean animadas por un amor verdadero i entusiasta de la naturaleza indíjena; pero nó, por Dios, para que sean pesadamente técnicas.

Ahora, ¿qué habrán de hacer nuestros vates a fin de poder ofrecer en sus producciones esa novedad de colorido que se les pide?

El medio de lograrlo es facilísimo de encontrar. Deben imitar lo que Echeverria practicó en la *Cautiva*, esto es, encerrar la erudicion con tres llaves, como Lope de Vega lo hacia con los preceptos, i estudiar sin intermediarios i por sí mismos la naturaleza. No deben contentarse, como Villemain i Sainte-Beuve lo han dicho de Delille, con sacar la cabeza por la ventana del salon para mirar la creacion.... i para mirarla por el lado del jardin, sino que deben ponerse en contacto inmediato con ella. Este es el modo de aprender a conocerla i a cantarla.

Silio Itálico que tenia la costumbre de intercalar en sus versos frases enteras de Virjilio, dándolas por suyas, tributaba, a lo que refiere Nisard, una especie de culto al autor de la *Eneida*; habia comprado una de sus *villas*, visitaba con frecuencia su tumba, solemnizaba todos los años con una fiesta el dia de su nacimiento. Haced con la naturaleza lo que Silio Itálico hacia con Virjilio. Si quereis que ella os dé inspiraciones, rendidle el homenaje debido. Es una diosa benigna que prodiga favores a sus devotos, i no una esfinje misteriosa que oculta sus secretos.

Don Estévan Echeverria ha tenido la gloria de haber sido uno de los primeros, no solo en tratar de reproducir en sus versos las peculiaridades pintorescas del continente americano, sino tambien en designar el estudio de la naturaleza como una fuente fecunda de poesía. Ya he dicho que escribió la *Cautiva* para poner en práctica su teoría, como Chateaubriand compuso los *Mártires* para dar un ejemplo de las doctrinas literarias del *Jénio del Cristianismo*. Examinemos el mérito de este poemita, que es uno de los primeros monumentos de la poesía de la naturaleza americana, sobre que tan largo he disertado a riesgo de fastidiar a mis lectores.

Estamos en la pampa arjentina. La noche ha confundido con sus tinieblas el cielo i la tierra.

Una tribu de indios, victoriosa en una *malocа* dada a una poblacion cristiana, detiene la carrera de sus potros en medio de aquellas soledades, en un paraje donde suele sentar sus tolderías.

Como viene contentísima con el botin de hombres, mujeres i ganados, rico i abundante como nunca, que trae de la espedicion, trata de solemnizar el buen éxito de su intentona en un bárbaro festin. Los salvajes se embriagan con el licor i con la sangre de yegua que beben sin sa-

ciarse al salir a borbotones de la herida. Alumbrados por fogatas, en vez de antorchas, celebran en cantos sus hazañas, i riñen a cuchilladas, hasta que la fatiga de la *maloca* del dia i de la disolucion de la noche los sumerje en profundo sueño.

Un silencio completo ha reemplazado a la algazara del festin.

En medio del campamento, herido i atado entre cuatro lanzas, aguarda que se cumpla su suerte un prisionero cristiano, a quien los indios reservan para una muerte cruel; es el famoso Brian, terror de la pampa, el jefe de la poblacion asaltada.

De repente se levanta de entre aquella turba de bárbaros dormidos, una mujer que lleva su mano armada de un puñal; anda a tientas; se conoce que busca algo; cuando tropieza con un indio, no vacila, i ántes que despierte, le clava su puñal; a fuerza de serenidad i audacia llega hasta el sitio donde Brian, aunque cautivo, duerme; la valerosa mujer le recuerda; corta las ligaduras que le ciñen el cuerpo, i le ayuda a incorporarse. Brian descubre en su salvadora a su esposa Maria. Los dos se entregan un momento al gozo de volver a verse. Maria dice a Brian:

Mira este puñal sangriento,
I saltará de contento
Tu corazon orgulloso;
Diómelo amor poderoso,
Diómelo para matar
Al salvaje que insolente
Ultrajar mi honor intente;
Para, a un tiempo, de mi padre,
De mi hijo tierno i mi madre
La injusta *muerte* vengar;

I tu vida mas preciosa
Que la luz del sol hermosa
Sacar de las fieras manos
De estos tigres inhumanos,
O contigo perecer.
Loncoi, el cacique altivo,
Cuya saña al atractivo
Se rindió de estos mis ojos,
I quiso entre sus despojos
De Brian la querida ver,

Despues de haber mutilado
A su hijo tierno, anegado
En su sangre yace impura;
Sueño infernal su alma apura;
Diole muerte este puñal.
Levanta, mi Brian, levanta,
Sigue, sigue mi ajil planta;
Huyamos de esta guarida
Donde la turba se anida
Mas inhumana i fatal.

El guerrero herido se pone en marcha apoyándose en su esforzada mujer, sin ser sentido por sus feroces guardianes, a quienes tienen abrumados el sueño i la embriaguez. La pampa que se estiende espaciosa delante de ellos les ofrece un refujio, pero lleno de peligros. ¡Protéjalos Dios!

La aurora comenzaba ya a disipar las sombras de la noche, i sin embago los indios dormian todavía. Subitamente aparece en la cima de una loma cercana un escuadron de jinetes que se precipita como un torrente, sable en mano, sobre los bárbaros desprevenidos. La matanza fué horrible; todos aquellos indios, tan insolentes pocas horas ántes, fueron degollados con sus hembras i sus hijuelos. La venganza inexorable de los cristianos siguió de cerca a la perfidia de los salvajes, asaltadores en tiempo de paz, de una poblacion que no tenia por qué aguardar un ataque.

Gran número de cautivos recobraron aquel dia la libertad. Pero los vencedores sintieron amargarse su triunfo con el pesar de no haber podido encontrar ni muertos ni vivos al valeroso Brian i a la bella Maria. ¿Cuál habria sido su suerte?

Entre tanto los dos desventurados esposos seguian internándos en la estensa pampa cuyo término no divisaban los ojos.

Debilitado Brian por la pérdida de sangre i el cansancio del camino, podia apénas mover la planta. El temor de ser alcanzado por los enemigos aumentaba su quebranto. A fin de proporcionarse algun reposo, i de ponerse a cubierto de los bárbaros, los dos fujitivos buscaron un abrigo en uno de los pajonales, que forman la principal vejetacion de la pampa.

Brian, presa de un mortal abatimiento, no es dueño ya de sus fuerzas.

Maria, a pesar de todo, no se desanima, i sigue atendiendo a la salvacion de su marido con una ternura heróica. Nada le acorbada : ni el hallarse sola en medio del desierto junto a un moribundo, ni el sentir los rujidos del tigre que vaga por los alrededores en persecucion de víctimas.

Bien pronto un riesgo terrible amenaza a los fujitivos. El aire se inflama; el sol se envuelve en pardos vapores; el viento arrebataba por el espacio de los cielos unas especies de nubes densas; veíase a lo léjos brotar de la tierra montes de humo rojo i ceniciento; un mar de fuego hacia correr por la llanura sus olas inflamadas; nada es capaz de detenerlo; todo lo invade, i cada vez es mas impetuoso; los pajaros huian despavoridos a su proximidad con todo el empuje de sus alas. Era una de esas quemazones espantosas que una chispa arrojada por descuido entre la yerba seca produce frecuentemente en la pampa.

Maria vé acercarse el incontenible incendio; vé que ya principia a invadir el vasto pajonal, ajitando desbocado su crin de fuego; Brian yace postrado, sin fuerza, sin movimiento; ¿dónde encontrar ausilio? ¿cómo escapar?

«Sálvate, decia suplicante el guerrero herido a su esposa; déjame morir solo; este lugar es ya un horno.»

Maria callaba.

Al fin, animada por el amor, toma una resolucion desesperada. Echa sobre sus débiles hombros la pesada carga del cuerpo casi inerte de su esposo, i corre hácia un arroyo que deslizaba sus aguas al traves de los campos, en las inmediaciones del pajonal. Llega jadeante a la orilla; sin demora se arroja a nado, llevando siempre a Brian sobre sus hombros; corta la corriente, i al cabo de algunos instantes, puede contemplar sin peligro, desde la opuesta ribera, el furioso incendio que se estingue por sí solo al contacto de aquella agua mil veces bendita.

Pero inútilmente los dos esposos han evitado las lanzas de los indios, las garras de los tigres, las llamas de la quemazon.

Era el segundo dia despues de su fuga. Brian, cuya existencia se iba apagando de un modo visible, clavó sobre su Maria ojos delirantes. Era evidente que la fiebre ofuscaba su razon.

Pensé dormias, la dice, (a Maria)
I despertarte no quise;
Fuera mejor que durmieras,
I del bárbaro no oyeras
La estrepitosa llegada.

¿Sabes?—sus manos lavaron,
Con infernal regocijo,
En la sangre de mi hijo;
Mis valientes degollaron.
Como el huracan pasó,
Desolacion vomitando,
Su vijilante perfidia.
Obra es del inicuo bando.
¿Qué dirá la torpe envidia?
¡Ya mi gloria se eclipsó!

De paz con ellos estaba,
I en la villa descansaba.—
Oye, no te fies, vela;—
Lanza, caballo i espuela
Siempre lista has de tener.—
Mira, donde me han traido.—
Atado estoi i ceñido;
No me es dado levantarme,
Ni valerte ni vengarme,
Ni batallar ni vencer.

Venga, venga mi caballo,
Mi caballo por la vida;
Venga mi lanza fornida,
Que yo basto a ese tropel.—
Rodeado de picas me hallo.—
Paso, canalla traidora,
Que mi lanza vengadora
Castigo os dará cruel.

¿No mirais la polvareda
Que del llano se levanta?
¿No sentis léjos la planta
De los brutos retumbar?
La tribu es, huyendo leda,
Como carnicero lobo,
Con los despojos del robo,
No de intrépido lidiar.

Mirad ardiendo la villa,
I degollados dormidos
Nuestros hermanos queridos
Por la mano del infiel.
¡Oh mengua! oh rabia! oh mancilla!
Venga mi lanza lijero,
Mi caballo parejero,
Daré alcance a ese tropel.

Pobre Maria! Todo su heroismo quedó infructuoso. Brian espiró en sus brazos, en medio de la pampa, léjos de todo recurso, sin mas amparo que el del ánjel que habia tenido por mujer.

Maria siguió sola su camino al traves del desierto, verdaderamente muerta en vida.

Despues de una marcha penosa en que la afliccion del ánimo le hace no sentir los padecimientos del cuerpo, encuentra al fin un destacamento de soldados de su difunto marido, que andaban en su busca.

Ella los mira i despierta.
—«¿No sabeis qué es de mi hijo?»—
Con toda el alma esclamó.
Tristes mirando a María
Todos el labio sellaron;
Mas luego una voz impía:
—«Los indios lo degollaron»—
Roncamente articuló.

I al oír tan crudo acento,
Como quiebra el seco tallo
El menor soplo del viento,
O como herida del rayo
Cayó la infeliz allí;
Viéronla caer, turbados,
Los animosos soldados;
Una lágrima la dieron,
I funerales la hicieron
Dignos de contarse aquí.

. . . . . .

Una a una, todas bellas
Sus ilusiones volaron,
I sus deseos con ellas;
Sola i triste la dejaron
Sufrir hasta enloquecer.
Quedaba a su desventura
Un amor, una esperanza,
Un astro en la noche oscura,
Un destello de bonanza,
Un corazon que querer;

Una voz cuya armonía
Adormecerla podria;
A su llorar un testigo,
A su miseria un abrigo,
A sus ojos que mirar.
Quedaba a su amor desnudo
Un hijo, un vástago tierno;
Encontrarlo aquí no pudo,
I su alma al regazo eterno
Lo fué volando a buscar.

Este es el argumento de la *Cautiva*; historia sencilla, pero tierna; que no estimula la curiosidad por la complicacion i las peripecias de los sucesos, pero que conmueve el corazon. No será estraño que los lectores al cerrar el libro, derramen una lágrima sobre él, como los soldados de Brian, a lo que cuenta el poeta, la derramaron sobre el sepulcro de la infeliz Maria.

Pero tengo una observacion que hacer sobre el argumento de la *Cautiva*.

Maria i Brian aparecen desde el principio sabiendo que su hijo ha sido asesinado por los bárbaros en la *maloca*.

Maria dice espresamente a su esposo en la parte tercera del poema, cuando le muestra el puñal con que corta las ligaduras que le ataban, tener destinada aquella arma, entre otras cosas que enumera, para *vengar la muerte de su hijo tierno*. Refiere igualmente en la misma conversacion a su marido que el altivo cacique Loncoi, aquel que ha *mutilado a su hijo*, se habia prendado de ella: pero que acaba de dejarle anegado en su impura sangre.

Brian en la parte octava, cuando la fiebre le hace delirar, dice a su mujer:

¿Sabes?—sus manos lavaron
Con infernal regocijo,
En la sangre de mi hijo.

I adviértase que el delirio de Brian, tal como lo ha pintado Echeverria, consiste, no en evocar visiones mentirosas, sino en reproducir lo pasado en el asalto de los indios con toda verdad, con pormenores, cual si fueran cosas que estuvieran verificándose en aquel momento.

¿Por qué entónces Maria en la parte novena pregunta por su hijo con tanta ansiedad como si ignorara la suerte que ha corrido?

¿No sabeis qué es de mi hijo?

¿Por qué la noticia del asesinato de aquel niño le causa tan dolorosa sorpresa, que al saberla solo cae desfallecida.

Como quiebra el seco tallo
El menor soplo del viento,
O como herida del rayo?

¿Por qué el mismo poeta, en versos que he copiado al esponer el argumento, manifiesta que la existencia de ese niño era el único vínculo que

Podia ligar todavía a la tierra a la infortunada María? ¿No ha repetido varias veces por boca de sus protagonistas que ese niño habia sido degollado por los bárbaros en el ataque de la villa?

El olvido que padece Echeverria es inescusable, particularmente tratándose de una incidencia que contribuye al desenlace del poema, i ocurriendo en un asunto sencillísimo cuyos menores detalles tiene mui presentes el lector.

Cervantes cometió en su *Don Quijote* faltas de esta especie; así no tuvo reparo en presentar varias veces a Sancho caballero en su asno despues de haber contado que se lo habia robado Jines de Pasamonte; pero, a mas de que los defectos, aunque sean apadrinados por grandes injenios, no son objetos de imitacion, tales incongruencias son mas tolerables en una obra burlesca como el *Quijote*, que en una sentimental como la *Cautiva*; en una obra larga como la novela mencionada, que en un poemita de dos mil ciento treinta i cinco versos, casi todos cortos, como el de Echeverria. Fuera de esto, Cervantes no se ha mostrado induljente consigo mismo, i ha sido el primero en reirse con mui buen humor de sus equivocaciones.

El descuido de que acabo de hablar es una muestra de un defecto jeneral que se nota en la *Cautiva*. La lectura de esta obra deja la impresion de un trabajo no limado; parece que le faltara la última mano. Hai partes oscuras, ideas intermedias omitidas o no suficientemente desenvueltas, trozos no mui bien trabados entre sí. Es necesario leerla dos veces para llegar a comprender el sentido de varios pasajes. Antes que un poema acabado, es una coleccion de notas para escribir uno. Se asemeja a los apuntes que va tomando un viajero con el objeto de redactar sus impresiones de viaje. Hai datos para pintar el aspecto jeneral de la pampa, la vuelta de una *maloca*, un festin de bárbaros, un degüello de indios, un pajonal, una quemazon, algunas de las costumbres de los pájaros peculiares de aquella estensa llanura; hai tambien datos para componer una historia interesante en que deben figurar caractéres enérjicos i orijinales, la cual está destinada a servir de lazo para ligar esos distintos fragmentos; mas el artista, limitándose a disponer los materiales, no ha concluido de construir el edificio. La *Cautiva* es un bello bosquejo, pero es un bosquejo.

Sin embargo es una obra de mérito mui recomendable, que ha señalado a los poetas americanos una senda nueva, i hasta el presente todavía mui poco trillada. Echeverria ha intentado practicar ese precepto de Horacio: *ut pictura, poesis*, que el docto Feijoo perifraseó diciendo: «la poesía es una pintura parlante, la pintura es una poesía muda.» Ha querido que sus versos espresen, no solo ideas i sentimientos, sino tambien colores que reflejasen la brillante naturaleza de nuestro continente. Aunque no hubiera realizado perfectamente su propósito, el haber tratado solo de llevarlo a cabo le habria asegurado un puesto distinguido en el Parnaso americano.

Echeverria habia escrito que la pampa era lo que debia proporcionar al arjentino riqueza i poesía, lo que debia satisfacer las necesidades de su cuerpo i de su alma. Habia compuesto, en conformidad de tal conviccion, un poema cuyo protagonista era puede decirse, esa pampa, «el mas pingüe patrimonio de los hijos del Plata.» Pero el autor de la *Cautiva* habia percibido las ventajas, mas no los peligros del desierto de verdura que se estendia por tantos leguas a los piés de la civilizada Buenos-Aires. Ahí estaban esos *gauchos* cuya pintura en verso podia causar un mui buen efecto literario, pero cuya intervencion en el gobierno del estado debia ser tan funesta, tan odiosa, tan sangrienta. Ahí vivia ese Rosas, ese loco de despotismo i de crueldad, esa reproduccion de Calígula, ese Minotauro, como le llama Echeverria, que habia de devorar tantas víctimas. Ahí habia la barbarie establecido el centro de su imperio. ¡Cuánto de esperanzas; pero tambien, ai, cuánto de amenazas en la pampa!

Echeverria, como todos los arjentinos de alguna distincion, fué el enemigo implacable del caudillo de gauchos que, cual si hubiera querido calificar con una palabra el fin de su dominacion asoladora, se hizo llamar el *héroe del desierto*, como Atila se hacia llamar el *azote de Dios*. No siendo hombre de armas, capaz de poder desempeñar el oficio de soldado, procuró al ménos convertir su pluma en una espada para atacar al tirano, como la habia convertido en pincel para reproducir el aspecto pintoresco de los llanos de su patria. Con este propósito compuso la *Insurreccion del sud de la provincia de Buenos Aires en octubre de* 1839, poemita en variedad de metros, que dió a luz, acompañado de notas i documentos.

El movimiento revolucionario que sirve de tema a esta composicion, tuvo principio en el pueblo de Dolores, i se estendió bien pronto al de Chascomus i a toda la campaña circunvecina.

Los insurrectos reunieron en el segundo de estos pueblos un cuerpo de milicias cuyo mando en jefe dieron a un teniente coronel de la guerra de la independencia, don Pedro Castelli, hijo del célebre vocal de la junta gubernativa que se estableció en Buenos Aires el memorable 25 de mayo de 1810. Entre los jefes sometidos a sus órdenes, se notaba Cramer, el comandante del núm. 7 en las batallas de Chacabuco i Maipo.

Los insurrectos abrigaban la esperanza de ser apoyados por una division de tropa de línea i de indios amigos que se hallaba acantonada en Tapalquen; pero esta division, en vez de fraternizar con ellos, vino a atacarlos, capitaneada por don Prudencio O. de Rosas, hermano del dictador.

La izquierda de los patriotas fué dispersada; mas el centro i la derecha arrollaron a los defensores del gobierno.

Ningun *colorado* (ese color era el distintivo de los de Rosas) se divisaba ya en lo que habia sido campo de batalla; solo habia quedado en él un grupo de jinetes *azules* (era ese el distintivo de los insurrectos) a las órdenes de un capitan Funes.

Miéntras tanto vuelve a presentarse en el campo un escuadron de coraceros *colorados*, ya medio rehecho. Funes, no solo se abstiene de arremeterle, sino que arrojando las insignias azules, se incorpora a los recien llegados.

Esta fuerza se organiza.

Principian entónces a regresar en pelotones i fatigados, de vuelta de la persecucion, los soldados del centro i de la derecha que habian salido vencedores. Los coraceros, que los acometen por partes, los abruman con facilidad. La suerte voluble de las armas da todavía una vez al mundo el triste espectáculo de la victoria por un lado, i la justicia por el otro.

Los suyos fueron a anunciar aquel inesperado triunfo a don Prudencio Rosas a cinco leguas del campo de batalla, hasta donde alcanzó a ir huyendo.

El valiente Cramer habia perecido en las primeras cargas.

Castelli fué degollado por los que le perseguian en su fuga despues de la accion. Su cabeza fué mandada colocar por don Prudencio Rosas, en medio de la plaza de Dolores, «en un palo bien alto, i bien asegurada para que no se cayese.»

Los restos de los patriotas que salvaron del combate de Chascomus se unieron en Corrientes a las fuerzas del jeneral Lavalle para emprender una nueva i mas larga campaña contra el poder de Rosas.

Narrando el suceso que dió orijen al poema de la *Insurreccion del sud*, he espuesto su argumento; i espresando ahora que esta composicion no es mas que el parte rimado, sin ninguna ficcion ni adorno, de lo ocurrido en el movimiento revolucionario de Dolores, hago en mi concepto su mas severa crítica. La versificacion no es el lenguaje de la musa de la historia. Es inadecuado referir la vida real en un idioma que está destinado a servir de órgano a las creaciones de la imajinacion.

Pero ya que Echeverria ha tenido por conveniente hacer estensivo el metro a un jénero de obras a que no corresponde, me parece oportuno manifestar su sinrazon tambien con cláusulas medidas i rimadas, por aquello de que es preciso hablar a cada uno su lengua. Mas como no sé componer versos, me limitaré, para salir del paso, a repetir los consejos irónicos que D. Leandro Fernandez de Moratin da a Fabio en la *Leccion poética* estimulándole a que trabaje poemas de la clase de la *Insurreccion del sud*.

Sigue la historia relijiosamente,
I conociendo a la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, nó, que es grande picardía:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa i pia.

I en todo cuanto escribas, ten cuidado
De no olvidar las fechas i las datas;
Que así lo debe hacer un hombre honrado.

Si el canto frijidísimo rematas,
Despediraste del lector prudente
Que te sufrió, con espresiones gratas,

Para que de tu libro se contente,
I aguarde el fin del lánguido suceso,
De canto en canto, el mísero paciente.

Don Estévan Echeverria, para escapar a las persecuciones de Rosas, tuvo que abandonar las comodidades de rico hacendado en las provincias arjentinas, i que buscar un asilo en Montevideo, esa hermana menor de Buenos Aires. Los años de proscripcion fueron muchos i largos para él. El infortunado poeta no debia tener el consuelo de cerrar los ojos en su ciudad natal. El adios que habia dirijido a su patria al marchar a la república Oriental era eterno.

Pero no anticipemos el órden de los sucesos, i prosigamos el exámen de las obras poéticas de Echeverria.

El *Correo de Ultramar* correspondiente al 15 de diciembre de 1849 publicó un nuevo poema de nuestro autor, titulado la *Guitarra*, o *Primera pájina de un libro*. Esta obra no ha sido destinada, como la *Cautiva*, a representar la naturaleza vírjen i pintoresca de la América. Su argumento es una de esas historias de amor i de celos que pueden ocurrir en Lóndres o en Pekin.

La figura de Celia, la heroína, es bella e interesante; forma un buen juego con la de Maria. Celia es una niña de diez i ocho años, mujer de un hombre adusto, con quien se habia desposado sin amor, i sin saber lo que era amor. Encontró a Ramiro, i conoció al punto que aquel jóven era la otra mitad que faltaba a su alma. Desde ese momento fué culpable de pensamiento, pero jamas lo fué de obra.

Echeverria no ha temido intercalar en su composicion la terrible i dramática escena de la *Parisina* de Byron, en que la esposa adúltera, dormida junto a su marido traicionado, revela en sueños su crímen. Celia descubre tambien a su esposo, en una situacion idéntica, la pasion que ha prendido en su pecho.

Querria copiar íntegros los pasajes de uno i otro poema relativos a esta escena; pero no teniendo el espacio suficiente me limitaré a la pintura que hacen del furor que se apodera del esposo ofendido. Alterando el órden natural, citaré primero la traduccion, o mejor dicho, pues es preciso llamar las cosas con su nombre, el plajio de Echeverria; i despues la concepcion orijinal de Byron.

Hé aquí el plajio:

Al oir estas palabras,
Delirios de amor intenso,
Interrumpidos a veces
De suspiros i silencio,
Que revelaban de su alma
Los mas íntimos secretos,
Dejó la cama su esposo
La sangre en furor hirviendo,
I echando mano a un puñal,
De su venganza instrumento,
Sin decir una palabra,
Los ojos chispeando fuego,
A herirla va.—De la luna
Penetrando los reflejos,
Por la ventana, bañaban
De Celia el rostro hechicero.
Entonce, i cual si pudieran
Manifestar sentimiento,
De su querida guitarra
Se tronzaron i rompieron
Las cuerdas todas repente,
Con son horrible jimiendo.—
Trémula, inmoble, al ruido
Soltó su mano el acero;
Desármolo la hermosura,
O quizá el remordimiento.
¿Como no apiadarse al ver
Tanta belleza? ¿Aquel seno
Todo hechizos inefables?
¿Aquellos labios risueños
Donde poco ántes los suyos
Enajenados bebieron
Gloria indecible, torrentes
De dulcedumbre i contento?
¿Aquel ánjel que fascina
Como serpiente, aun durmiendo?
Dudó talvez; mas mírola
Con tan espantoso ceño,
Con tan iracundos ojos,
Que si a los suyos abiertos
Hallaran, hubiera sido
Aquel su dormir eterno.
I con un mar de pasiones
En el corazon soberbio
Salió de allí, como el que huye
De algun pavoroso espectro,
Que su espíritu conturba.

Hé aquí el orijinal. «Azo (el marido engañado en *Parisina*) llevó la mano a su puñal; pero lo dejó volver a caer en la vaina antes de haberlo saca-

do enteramente. Ella es indigna de vivir, pero él ¿podia matar a una esposa tan bella?... ¡Si al ménos no hubiera estado durmiendo a su lado, si la sonrisa no hubiera aparecido en sus lábios!.... Nó; aún mas, no quiso despertarla; pero fijó sobre ella una mirada que habria dejado helados todos sus sentidos en un letargo mas profundo, si huyendo las fantasmas de sus sueños, ella hubiera abierto los ojos en ese momento, i percibido la frente de Azo inundada de gruesas gotas de sudor, en las cuales se reflejaba la sombría luz de la lámpara. Parisina ha cesado de hablar; pero duerme todavía ignorando que el número de sus dias acaba de ser contado.»

En un caso como el presente, los comentarios son inútiles.

Al traducir, o al imitar, si se quiere, a los grandes injenios como Byron, convendria mucho recordar la inscripcion que Orlando puso al pié del trofeo de sus armas,

Nadie las mueva
Que estar no pueda
Con Orlando a prueba.

Ademas, es regla que cuando se usan pensamientos ajenos, se tenga cuidado de citar el nombre del autor; a ménos de que los poetas románticos se crean autorizados para emplear como propios los conceptos de Byron, Goethe, Schiller, Hugo, Lamartine, con el ejemplo de los clásicos que así lo practicaban con Virjilio, Horacio, Ovidio etc., etc.

La narracion de la *Guitarra* adolece del mismo defecto que la de la *Cautiva*; es poco hilada; no tiene ni bastante coordinacion, ni suficiente desenvolvimiento; parece un simple diseño. Echeverria no es un buen narrador, aunque haya compuesto cinco o seis poemas.

La especie de maravilloso con que ha querido adornar su poemita, i del cual este saca su título, no causa absolutamente ningun efecto. Esa conexion misteriosa entre la guitarra i la suerte de Celia es una máquina pueril, incapaz de producir la menor ilusion. El punto en que mejor cabida tiene es talvez cuando el marido celoso, próximo a clavar el puñal en el corazon de su esposa enamorada de otro, se detiene, como se ha visto en los versos que he citado, entre otros motivos, por oir el ruido que hace la ruptura de las cuerdas del mencionado instrumento.

Echeverria ha publicado tambien un poema titulado *Avellaneda*, descriptivo i político, en que se propuso pintar la naturaleza de Tucuman, i cantar a un personaje de ese nombre, muerto gloriosamente por la libertad en la lucha contra Rosas.

No conozco de esta composicion mas que el principio del primer canto, inserto en el *Sud-América*, periódico que redactó en Chile don Domingo Faustino Sarmiento, i lo que él mismo autor dice en el siguiente capítulo de carta dirijida a don Juan Bautista Alberdi, a quien dicho poema está dedicado. «No sé si habré acertado en la pintura de Tucuman. En cuanto al carácter de Avellaneda, mas he atendido a lo ideal. No poco me ha dañado a este propósito la circunstancia de ser hombre de nuestro tiempo. No se pueden poetizar sucesos ni caractéres contemporáneos, porque la poesía vive de la idealizacion. Avellaneda es una trasformacion de un tipo de hombre que figura en todos mis poemas, en varias edades de la vida i colocado en situaciones diferentes.»

Sobre los últimos trabajos de que se ocupó Echeverria, i sobre los que proyectaba, se encontrarán algunas noticias en el capítulo de carta, tambien dirijida al mismo señor Alberdi, que paso a copiar. «El *Anjel caido* es un poema sério i largo; tiene once cantos i mas de once mil versos. Es continuacion de la *Guitarra*. El *Avellaneda* es una trasformacion del personaje principal de aquellos poemas. El *Pandemonium*, que escribiré, si Dios me da salud i reposo de ánimo, será el complemento de un vasto cuadro épico dramático, destinado a representar la vida individual i social en el Plata.»

Don Estevan Echeverria murió en Montevideo el 20 de enero de 1851 sin haber tenido la satisfaccion de volver a ver a su amada Buenos-Aires. Sus restos descansan en el mismo país en que fueron abiertas las sepulturas de otros dos poetas arjentinos, Rivera Indarte i Florencio Varela, fallecidos como él fuera de la patria i en la proscripcion, a causa de su oposicion al tirano don Juan Manuel Rosas.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

Perfiles matrimoniales.

Crescite et multiplicamini—han dicho los libros santos. El hombre,—que por cierto no tenia necesidad de que se lo repitieran dos veces,—se ha echado a cumplir a todo trance con el mandato de lo alto; sin curarse de las consecuencias.

Este *Crescite et multiplicamini* ha sido el orijen del matrimonio, base de la familia i principio de toda sociedad.

En este siglo en que cuanto existe i no existe, cuanto anda i no anda, cuanto se vé i no se vé, cuanto se cree i no se cree ha sido puesto en tela de juicio; en que ni Dios—el supremo bien, —ni el diablo—el supremo mal —han podido escapar al agudo i temerario escalpelo del análisis i la investigacion,—era mui natural i ademas lójico que la familia i la sociedad, i por consiguiente el matrimonio, pasaran tambien por la misma sala de anatomía.

Esceptuando la mujer, nada ha sido mas ventilado, mas atacado i defendido, mas cantado i maldecido, mas santificado i condenado que el matrimonio.

Nosotros que siempre hemos creido—en contrario de la opinion mas acreditada,—que todo el mundo tiene razon, encontramos que los ataques como las defensas, las minas como las contraminas que sobre el matrimonio se han emprendido, eran justos, se fundaban en los hechos, en la práctica.

El matrimonio es indudablemente un bien i un mal.

Un bien,—cuando es un bien.

Un mal,—cuando es un mal.

Parécenos que no hai una manera mas hacedera de revolver la cuestion:—tal es nuestra opinion por lo ménos.

¿Se la hallará estrafalaria?—Sea en buena hora:—pero no por eso será ménos exacta.

Porque, dígasenos:—¿hai una espresion mas acabada de la pureza, *del beatus ille qui procul*

negotiis del latino que uno de esos hogares domésticos que un ánjel en figura de mujer perfuma con su aliento, santifica con su presencia; en que la inocencia de cabellos rubios, de ojos azules como los cielos i profundos como ellos derrama la paz, la tranquilidad, la alegría, el contento? Dónde puede dar el hombre con una felicidad mas completa, mas sin restricciones, mas absoluta que en una intimidad semejante?

Si las contrariedades del mundo hieren su corazon,—ahí tiene una hada para curar su herida.

Si el trabajo le rinde,—ahí tiene un seno amigo en que reposar de sus fatigas.

Si llora o padece, si desespera o duda,—ahí encuentra una mano blanca como el armiño i suave como el terciopelo que seque su llanto, una voz dulce, penetrante, esquisita, como la voz de la buena nueva, que calme su padecer, que le vuelva a la esperanza i la creencia.

¿No es esto el cielo en la tierra, el eden en medio del desierto? Un poeta con toda su imajinativa podria concebir i realizar una escena mas acabada de ventura i sociego?

Al pié de un lienzo semejante ¿qué pondria el observador? Pondria, no lo dudamos:—el matrimonio es la suprema felicidad! el matrimonio es un bien!

Ahora: una media vuelta i descorramos por el estremo contrario la cortina del hogar.

¿Qué vémos?

Una mujer que suspira,—un hombre que se aburre.

Una mujer que llora,—un hombre que rabia.

Una mujer que medita,—un hombre que palidece.

Una mujer que bosteza,—un hombre que castañetea.

Qué insipidez! es la palabra que se vá a escapar de vuestros labios, lector amigo, al recorrer estos bocetos matrimoniales.

No os desespereis: mirad hácia este otro lado.

¿Qué divisais?

Un hombre que piensa, una mujer que lo acaricia.

¿En qué piensa el hombre?—En su fortuna que camina a su ocaso.

¿En que piensa la mujer?—En unas preciosas blondas que caerán maravillosamente a su justillo gris-perla.

Sigamos.

¿Qué se vé aquí?

Un hombre que rejistra papeles, que agrupa sumas tras sumas, restas tras restas; que compara haberes i debes, ganancias i pérdidas,—i se asusta i tiembla, i una lágrima se vá a escapar de sus ojos, cuando una mujer lijera como una cierva i cuyo rostro parece escapado de una tela de Murillo, abre con estrépito la puerta de su gabinete, i se precipita en sus brazos.

La lágrima se seca i una sonrisa de satisfaccion asoma a los labios del esposo que la pregunta:

—¿Me amas, Julia mia?

—Si, te adoro!....Nada ha sospechado.

¿Quién rie en esa habitacion?

Es una hechicera morena neglijentemente recostada sobre una poltrona color de rosa, como las palabras, como las imajinaciones que brotan los labios de un hermoso jóven, que emprende en aquel momento un asalto en regla sobre la plaza de un corazon.

—¿Vendrá Ud., ¡por Dios! Elvira?

—¿No sé....no puedo....quién sabe.

—Siempre con respuestas evasivas.....¿Sí o nó?

—Mi marido....calle Ud.

—Pero....

—A las ocho.

Dirijiéndose al marido que entra.

—Te aguardaba con impaciencia.

—A mí!... Sr. D. Cárlos a la órden de Vd.

Al cabo de un rato Cárlos se retira.

El esposo abraza a su cara mitad, se disculpa de su tardanza, dice algunas palabras amables sobre el que se marchó, enciende un cigarro i se echa a pensar en los mundos sublunarios.

—El matrimonio es una comedia—dirá algun lector.

Aguardad, aguardad un momento.

La una de la noche acaba de sonar.

Una mujer de perfiles mas delicados, de fisonomía mas suave, amorosa i dulce que una vírjen de Rafael, está sentada a la cabecera de una cuna—i llora!

A cada momento se levanta, se acerca a la puerta i escucha.—Pero nada se oye.

Las lágrimas vuelven a inundar sus mejillas marchitas por el insomnio i sonrosadas con ese rosado enfermizo que parece la huella de los quemantes besos del ánjel del dolor.

Inclina su admirable cabeza sobre la frente del niño que duerme el sueño de la inocencia e imprime en ella un beso silencioso.

—Pobre hijo mio, que desgraciado vas a ser! esclamá tras un largo rato de muda contemplacion.

En esto siente pasos

Corre a la puerta de la estancia.

Un hombre de rostro severo, de facciones contraidas i con el sombrero calado hasta los ojos aparece en el dintel.

Un grito de alegria se escapa del pecho de la jóven.

—Por fin has llegado.

—Sí, señora

—Te aguardaba.

—I para qué?

Las lágrimas bañan las mejillas de la madre i de la esposa.

El recien venido se marcha sin decirla siquiera adios!

—Habrá perdido, se dice la jóven.

I torna a sentarse a la cabecera de la cuna de su hijo.

—¿Os entristeceis lector?—Un momento mas, i concluimos.

¡Qué delicioso retrete! Parece fabricado por el amor.

¡Qué luz tan suave lo inunda todo!

Aquí no puede albergarse el fastidio.

Quién sabe! Hai tambien fastidios dorados!

Mirad hacia esa butaca.

¿Qué tiene esa mujer? Por qué tan meditabunda? Por qué tan contrariada?

Diez años hace que se vé casada con un hombre a quien no ama.

Ahora, tomad por esa puerta de la izquierda.

Un hombre se pasea con ajitacion. Un sudor frio empapa su frente. Una lágrima de fuego, una de esas lágrimas que reasumen todo un poema de dolor se escapa de sus ojos hundidos i cárdenos.

Ese hombre ama i no es amado.

Tiene celos i no sabe de qué.

. . . . . .

Despues de todo esto ¿qué es el matrimonio?—El matrimonio es, como todas las cosas de este bajo mundo, un compuesto de bien i mal, de risa i lágrimas, de virtud i crímen; es un idilio unas veces, una comedia las mas i un drama no pocas.

¿Quiénes son los que realizan el idilio?—Los virtuosos.

¿La comedia?—Los necios.

¿El drama?—Los sensibles.

Entónces ¿quiénes deben casarse?

Los virtuosos, los necios,—i todo el que lo desee.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Sonetos.

A MI PADRE.

Clara la luna, en el azul prendida
Del alto cielo, se columpia hermosa.
I a los besos del aura cariñosa
Sobre el tallo la flor queda dormida;

Dando apénas señal de aliento i vida
Todo en profunda languidez reposa,
I rodando la tierra perezosa
En blando sueño a descansar convida.

Mas del silencio i la apacible calma
Que reina en esta, o Dios, noche tranquila,
Por qué, infelice, no disfruta mi alma?

Destroza al corazon dolor impío
I lágrimas anublan mi pupila...
Recuerdo tu memoria, padre mio!

—

PLEGARIA.

Deten, Señor, tu diestra vengadora,
No descargues el golpe merecido,
Que tu siervo en el polvo confundido
I humillado ante tí perdon implora.

Aparta esa mirada aterradora
Por la cual el infierno estremecido
Lanza espantoso i lúgubre jemido
I el universo se conmueve i llora.

¿No dijiste, Señor, tú mismo un dia
Que volviendo hacia tí la criatura,
Implorando perdon lo alcanzaria?

Mas ya veo brillar allá en la altura,
Tras el rayo mortal de tu venganza,
El iris de la paz i la esperanza.

MANUEL JOSÉ OLAVARRIETA.

Nos complacemos en recomendar a nuestros lectores los artículos sobre *la Mujer* que hoi principiamos a publicar i han sido estractados con raro acierto por nuestro hábil colaborador.

La mujer.

POR P. BELOUINO.

Sres. Redactores:

He querido hacer algunos estractos de este libro que he leido con interes, i en el cual se estudia la mujer con singular acierto. Los exactos puntos de vista bajo los cuales se la mira; las consideraciones médico-filosóficas que abundan, sin apartarse del modo de ver vulgar, dan una idea mejor de un ser que no respetamos bastante porque no se medita sobre su carácter e inclinaciones, i cuyo conocimiento importa tanto estender, puesto que su influencia es marcada en todos los actos de nuestra vida individual i social.

Dejando a un lado la parte fisiolójica e histórica de este libro, elejiremos nuestros estractos de la parte moral, i de ella los capítulos que tengan mas interes.

GUMESINDO CLARO I CRUZ.

—

JENERALIDADES.

I.

Vamos a tratar de una cuestion de inmensa dificultad; de la mujer bajo el punto de vista moral.

Se ha dicho que la mujer es el enigma del mundo moral i su corazon un abismo de misterios;—ciertamente, i respetamos la universalidad de un sentimiento, que aun en medio de la esclavitud de las mujeres, las rodeaba con el prestijio de lo misterioso i lo desconocido.—Hai algo en ese sentimiento que sirve de un modo admirable a las tendencias poéticas que tiene el corazon a lo ideal.—El amor diviniza siempre su objeto, i toda divinidad requiere, no solo un altar, sino esa relijiosa media luz, esas nubes protectoras que fijan la contemplacion.—Parece que ello fuera el límite entre las cosas de la tierra i las del cie-

lo, pero que el alma i el corazon salvan para embriagarse con las delicias del ascetismo i lo indefinido.

Casi siempre se trata del objeto que nos ocupa bajo el imperio del corazon, con sus inspiraciones, sus deseos i sus desvarios; pero nosotros que procuramos ser útiles, resistiremos cuanto sea posible a esa inclinacion.

Procuraremos despoetizarlo, permítasenos la espresion, i en lugar del ideal que el corazon busca i desea, veremos las realidades que la esperiencia enseña. ¿I por qué no hacerlo? cuando el tiempo destruye nuestras quimeras i estingue en el cielo estrellado de nuestras ilusiones los astros mas puros i mas amados, comprendemos sus advertencias: desencanta nuestro corazon, para esclarecer nuestra razon.—Nuestras ilusiones eran las flores cuyo fruto es la esperiencia. ¡I eran bellas sin embargo esas flores sembradas en nuestro camino! Cuán caro pagamos la verdad!

Qué hemos visto al estudiar la naturaleza física de la mujer? Al ser humano varon i hembra, dos partes de un todo, ámbas incompletas tomadas individualmente.—La lei que nos muestra esa maravilla es magnífica, i simple como todo lo que procede de la omnipotencia.—Esa lei es el amor, ciencia divina i alma del mundo.—Lo produce todo en los cielos i en la tierra.—No hai una agregacion de materia que no le obedezca, aun donde la vida parece estinguida, i ni un ser aquí abajo que no le esté sometido.—Examinando la creacion entera, encontramos por donde quiera esa lei de amor: accion i reaccion; todo se produce bajo su imperio; es el soplo de Dios que anima al mundo.

Cuando estudiamos esa lei, por todas partes, en todos los seres la vemos producir la sexualidad.—En la materia bruta ella existe en bosquejo.—¿Cuál es la afinidad química que produce una sal? Afinidades, atracciones, palabras sin sentido creadas por la ciencia para servir a sus hipótesis, ¿qué espresais en el fondo, sino una forma de esa lei de amor que une en un abrazo íntimo las moléculas orgánicas? En una sal el alcalí, centro de atraccion, de asimilacion, que atrae a sí, que aspira, que recibe, es la parte femenina; miéntras que el ácido, enérjico i activo, que procura adherirse para producir, es la parte masculina.

Subiendo una escala, vemos la misma lei manifestarse en el reino vejetal, en seguida en los animales inferiores, i en fin desarrollada, con todo su esplendor en el ser humano el mas perfecto en la naturaleza animada.—No es ya la materia bruta, la vida vejetativa, la animalidad i sus instintos lo que está sometido a su poder: florece en dos seres cuya materia es vivificada por la imájen de Dios, ese soplo divino que se llama alma.

En toda la naturaleza la sexualidad se divide en dos: actividad i pasividad.—El primer término es el jénero masculino; el segundo el femenino, i constantemente los encontramos caracterizados por cualidades activas i pasivas inherentes a ellos; pero en ninguna parte es tan marcada esa division de facultades como en la especie humana, porque en ella no se trata solo de cuerpos i vitalidad, se trata de almas; i los sexos están en las facultades de las almas como en los órganos de los cuerpos. En la mujer, la dulzura i timidez de su alma le asignan su rol, así como el poder orgánico del hombre i la enerjía de la suya le asignan el que le corresponde.

Pero no debe concluirse de esto que la mujer posee facultades intelectuales o morales de una naturaleza especial.—Entre ella i el hombre no existe mas diferencia que las que se refieren a la desigualdad que Dios ha establecido en la parte que les ha acordado de los mismos dones: sin embargo esas diferencias constituyen, a pesar de las innumerables modificaciones individuales que se observan, algo de bien marcado entre ámbos sexos para justificar lo que acabamos de decir: *los sexos están en las facultades de las almas cómo en los órganos de los cuerpos.* Pero bien entendido que protestamos contra toda interpretacion literal, que daria a nuestro lenguaje una significacion materialista.

Para que hubiese union de sus corazones, Dios ha puesto entre el hombre i la mujer, bastantes diferencias para que no se chocasen al encontrarse en la línea estrecha de la personalidad i el egoismo: ha puesto bastantes semejanzas para que pudieran unirse sin esfuerzo i marchar el uno al lado del otro en líneas paralelas como el hermano i la hermana que van tomados de la mano.

Todo ha sido sabiamente previsto, admirablemente ordenado.—En el órden físico, la mujer i el hombre son las mitades de un todo, i con relacion al corazon, es lo mismo en el órden moral. No tienen de separado, de distinto, sino lo que constituye la esencia de la personalidad eterna, esa alma que se pierde o salva aisladamente i por sí sola.—Todo lo que se refiere a la vida de la especie es comun. Sus corazones están unidos: se envian recíprocamente el eco de cada afeccion, de cada transporte de amor. Se confunden sin cesar por la comunidad de los pensamientos i por el magnetismo de las simpatías. Cada uno de sus corazones vive con la afeccion que recibe i con la que dá, para concentrarse en seguida i reflejarse sobre una cuna donde reposa un nuevo ser a quien el amor maternal abriga i vivifica, i el amor paterno proteje.

La mujer ha recibido lo que hai de mas tierno i mas íntimo en esa division de las funciones del corazon.—Su amor está en armonía con su debilidad i sus deberes físicos.—Miéntras que el hombre trabaja afuera para la familia, ella, encadenada por sus deberes maternos, tiene necesidad para llenarlos de encontrar en su corazon tesoros inagotables de

ternura i afeccion. Su vida i su destino es amar.—Su amor que tiende en definitiva hácia un solo fin, que en último análisis aspira a reposar sobre alguna cabeza de ángel en la cuna, anima, vivifica, consuela, inspira todo lo que la rodea.

La mujer no razona, casi no estudia; aprende poco; todo lo ha recibido del instinto, i su amor se asemeja a su fé; ella no conoce ni sus causas, ni su naturaleza, ni sus consecuencias.—El amor es su esencia, su tendencia natural; ama como el agua corre, como el ave canta; ama como cree, porque Dios lo quiere.

El alma del hombre es eminentemente activa i espansiva.

El alma de la mujer es eminentemente pasiva i atractiva.

La sensibilidad domina en la mujer, i su intelijencia es dominada por las impresiones, que son el conductor por el cual casi todo le llega.—Es tanto mas profundo el choque que recibe, cuanto mas pasiva queda bajo la accion del ajente que la modifica, i miéntras mas intensa es esa modificacion, tanto mas se complace en esperimentarla.—Ella sufre i goza mas que el hombre, porque siente de un modo mas íntimo. Todo llega a su corazon i se transforma en sentimientos como el centro de la sensibilidad afectiva.

Esa sensibilidad esquisita que posee la mujer, opera en ella una sucesion continuada de pensamientos diversos, de emociones contrarias, de situaciones de espíritu frecuentemente incompatibles que asombran al observador.—En ella todas las pasiones se mezclan, se confunden; todos los sentimientos surjen a la vez. En lo que esperimenta, en lo que siente, en lo que piensa, hai algo de imprevisto que desconcierta la mejor atencion.—El dolor i el placer, el júbilo i la tristeza, la sonrisa i las lágrimas son cuerdas vibrantes del corazon que la sensibilidad mueve a su antojo i en un mismo instante.

La voluntad de la mujer es excesivamente tenaz porque no se ha debilitado por la resistencia, como la del hombre que es activa, violenta e impetuosa; no se estiende demasiado; casi nunca se manifiesta de un modo marcado, enérjico, militante, agresivo; se repliega i se concentra, fortificándose sin cesar por la meditacion: nada la desalienta ni desconcierta; formada de elementos pasivos, tiene la flexibilidad necesaria para doblegarse al menor obstáculo; cede para reaparecer, miéntras que la del hombre estalla i se quiebra.

Gracias a esa facultad de concentracion que tienen las mujeres, adquieren un poder de observacion a veces extraordinario. Siempre a la defensiva, adquieren una sagacidad, una penetracion excesivamente sutiles; un instinto particular las permite leer en las almas. Los individuos, las pasiones, los caractéres se ocultan en vano bajo apariencias engañosas, ellas rompen siempre el velo; parece que tuvieran en su poder el dominio de lo invisible. —Adivinan las impresiones de los demas con un arte, con una habilidad que cubren casi siempre con las esterioridades del atolondramiento, de la indiferencia, de la lijereza o de ese púdico embarazo que saben simular tan maravillosamente cuando no lo esperimentan.

Hubo un tiempo en que las mujeres pasaban por tener el don de profecía: muchos pueblos lo creian; i gracias a su sagacidad tenian por todas partes i tienen todavía el monopolio del arte de adivinar. En un tiempo pitonisas, hadas o sibilas, ahora brujas, adivinadoras i decidoras de la buena ventura.

La mujer tiene una tendencia excesiva a rodearse de misterio, a refujiarse en la media luz, que tanto encanto presta a la belleza i la gracia, i muchas veces abusa de ello en favor de su coquetería. Se complace en ese rol de ídolo, de semi-divinidad. Sabe que el hombre, ávido de felicidad, la busca siempre en lo desconocido; que necesita ilusiones, lo ideal; entónces se coloca con un arte maravilloso bajo el punto de vista mas conveniente.—Se presta así todas las cualidades de lo que oculta; sabe que no debe hacer mas que medias confesiones; que lo que no dice, debe ser como el perfume de lo que dice.—Muchas veces una mujer a quien se adora es mas artista que lo que se piensa.

Su penetracion, su astucia, su habilidad, su perseverancia son inconmensurables, i gracias a esas cualidades, domina en definitiva a los hombres.

Las cualidades recíprocas del hombre i la mujer, les marcan sus roles respectivos.

Lo mismo que en el órden físico, se efectua en el órden intelectual: siempre la accion pertenece al hombre.—El tiene la intelijencia activa, investigadora, creadora, fecundante en cierto modo: él es quien desarrolla una idea, quien descubre sus consecuencias i estiende sus aplicaciones.—Está eminentemente dotado de la facultad de trasmitir, por la enseñanza directa, la ciencia que ha adquirido; tiene ese poder de la intelijencia que entra en la de otro para la prueba i la conviccion.—En cuanto a la mujer, intelijencia eminentemente pasiva, recibe lo que el hombre conquista.—Lo que es lójico en él, en ella es fé: ella convierte la ciencia i la creencia en sentimiento, i cuando enseña, persuade en vez de convencer.

El rol de protector pertenece al hombre, porque él tiene la fuerza física i el valor.—La mujer lo conoce tan bien, que pone instintivamente su debilidad al abrigo de su brazo, i se refujia bajo su salvaguardia a la apariencia del menor peligro.—El levanta un parapeto o forma uno de su pecho contra el enemigo que amenaza a su compañera, a su familia.—Si la mujer asumiese el rol dado al hombre, aunque tuviese el valor necesario, sería traicionada por su impotencia física.

Comprendiendo el hombre que el aislamiento lo esponia a mil peligros, ha multi-

plicado prodijiosamente su poder protector, por medio de la asociacion.--Fundando la sociedad, dando leyes, aceptando deberes para garantirse derechos, ha manifestado una iniciativa intelijente i afirmado su poder personal sobre la mejor base que era posible.---En ella tambien tiene la supremacia i es natural i justo que la ejerza.--La sociedad que es su obra, puesto que la ha fundado, que la perpetúa por servicios personales, debe concederle los derechos correlativos a las cargas que le impone. ¿Cuál es la responsabilidad que las mujeres tienen en la vida pública? Pagan al reposo, a la seguridad de todos, ese tributo de sangre que los hombres tienen el deber de prestar? Son capaces de llenar las funciones públicas, que exijen audacia, enerjía, voluntad? Es racional que esentas de las cargas mas pesadas del ciudadano, participen en igual proporcion del ejercicio de sus derechos? Dejarán la cuna del recien nacido por la tribuna i descuidaran la economía de su casa para venir a reglamentar los negocios del Estado?

Nó, aquí todavía la fuerza, la iniciativa, la responsabilidad, pertenecen al hombre, como tambien el derecho superior.

Jeneral i naturalmente, ¿no es el hombre a quien toca la parte de sudores de aquí abajo, quien debe fecundar con sus esfuerzos la gleba del suelo, de la industria o de la ciencia? No es él quien debe suministrar ese pan cotidiano, a veces tan duro para ganar? Sea que tenga trabajo, sea que le falte, esa tarea diaría no le vuelve a la casa abrumado de fatiga o lleno de desaliento? La cadena del trabajo está remachada a su pié.--Al trabajo dá sus fatigas, al trabajo dá sus sudores, sus dias, su honor tambien; porque la falta de éxito es a veces castigada cruelmente por las leyes sociales.

Ahora bien, ¿no es evidente la supremacia del hombre como jefe de la comunidad? La naturaleza lo ha inscrito con brillantes caractéres, en la organizacion de los seres, en sus funciones, en sus roles, en sus aptitudes. ¿No es bastante para establecer el derecho? Cuando ha sido reconocida i ejercitada esa supremacia en todos los tiempos i en todos los pueblos, ¿se puede pretender despues de lo que acabamos de decir, que la fuerza ha hecho prevalecer el hecho contra el derecho? No, las leyes naturales, el testimonio universal, la razon, todo se acuerda con esa palabra del Jénesis: «estarás bajo la potestad de tu marido i él tendrá dominio sobre tí.»

La igualdad absoluta no es posible. Ninguna asociacion ofrece un ejemplo. En la sociedad conyugal es necesario un jefe, porque son necesarias una cabeza, una voluntad; por que si hai hijos, se necesita una autoridad sin apelacion, que nada balancee.--El antagonismo de los poderes los debilita.

Por desgracia el hombre ha traspasado casi siempre los límites del derecho i lo ha hecho dejenerar en tiranía. ---Ha sido preciso que el cristianismo viniese a rejenerar el mundo para destruir la esclavitud de la mujer i borrar ese anatema universal que la hacia considerar entre todos los pueblos como un ser de naturaleza inferior.---El hombre i la mujer son las dos mitades de un todo.---Ambos constituyen el ser humano.---Hai entre ellos consustancialidad de naturaleza, solo no hai paridad de tributos. I era necesario: destinados a la union no podian ser semejantes.---Dos seres no pueden completarse sino dándose reciprocamente lo que a cada uno falta en particular.

Sí, la mujer tiene la misma naturaleza que el hombre en lo físico i en lo moral.---Como él, tiene una alma intelijente i libre.---Al mismo tiempo que vive para las funciones que perpetuan la especie, debe, perfeccionar su individualidad moral.---Al lado del fin terrestre que debe llenar, tiene que procurar alcanzar el mundo del porvenir.---Dios le pedirá cuenta del empleo de sus facultades, en el ejercicio de sus derechos, como en el cumplimiento de sus deberes.---La mujer es responsable ante Dios..---He aquí lo que el mundo habia olvidado, ocultado, negado i lo que el cristianismo ha vuelto a la luz.---Rehabilitando esa verdad ha restituido a la mujer su lugar en el mundo, i la ha restablecido en su dignidad.

GUMESINDO CLARO I CRUZ.

(Continuará.)

Ecos de la semana.

Santiago, diciembre 10 de 1859.

SUMARIO.—Los placeres de la conversacion.—En Santiago no hai epidemias.—En Santiago puede haber incendios.—Un nuevo ajente de destruccion—Las hijas de María.—Semana teatral.—Círculo literario.

Los placeres de la conversacion no han sido a la verdad tales durante la semana. En rigor, así podria llamárseles desazones o dolores como placeres de la conversacion. Lo cual no quiere decir que haya sido ésta ménos animada i sostenida que lo que suele, sino tan solo que sus temas han sido poco afortunados. Apenas si se ha hablado un momento apaciblemente; apenas si se ha dado un instante de mano a las controversias encarnizadas, a las violentas protestas, a las ciegas alabanzas que ha concitado *el Gobierno i la Revolucion*, es decir, el folleto de este título; apenas si se ha puesto tregua un breve espacio a los sollozos i lamentos que han provocado las repetidas defunciones i catástrofes ocurridas en la semana. Casi no se ha conversado mas que gritando o llorando.

La muerte se hace de dia en dia mas diligente. No contenta con la opima cosecha del mes pasado, continúa segando en el presente con nuevo ahinco e infatigable actividad. Ora es una enfermedad prolongada i cruel, ora una apoplejía fulminante,

ora un envenenamiento involuntario el que mueve su hoz siempre cortante, nunca embotada. ¡I qué espigas las que caen! verdes las mas, o apenas doradas por el sol de la primera juventud!—Los fallecimientos se suceden unos a otros con espantosa rapidez, a tal punto que falta el tiempo para sentirlos i recordarlos todos. Es preciso olvidar el de ayer para lamentar el de hoi; desechar de la memoria la pérdida de la mañana para ocuparse de la de la tarde.—Se dice i se cree que en Santiago no reinan epidemias mortales: en cambio, reina constantemente una mortalidad epidémica.

A los terrores de la muerte han venido a agregarse las alarmas despertadas por los frecuentes amagos de incendio. Tres o cuatro casas han estado esta semana en peligro de abrasarse, i se empieza a temer que se propague entre nosotros la plaga de Valparaiso, sin haber ántes propagado sus bombas i su espíritu público.

Como si el fuego i las enfermedades no bastasen a la destruccion, ni los folletos apasionados a la discordia, se ha tratado en noches pasadas de introducir un nuevo ajente de esterminio, el pujilato. Por fortuna, el ensayo que se hizo el martes en el teatro no ha producido sino mediocres resultados, i es de esperar que no se repita.

De esta suerta, la conversacion ha navegado esta semana en deshecha borrasca, por entre escollos i bajíos, de Scila en Caribdis. Como se dice vulgarmente, no ha salido de las brasas sino para caer en las llamas.

Las malas impresiones recojidas en ella se han borrado solo a medias con los pasatiempos del teatro, con las frescas brisas de la Alameda i las luces i cánticos de las fiestas relijiosas.

La mas famosa entre estas, la terminacion del mes de María aglomeraba el jueves en la Iglesia de la Compañía una piadosa muchedumbre de almas devotas, i acaso tambien de devotos de estas almas.

Porque la concurrencia no estaba compuesta, como podria temerse, de beatas de profesion, desagradables de figura, regañonas i atrabiliarias, achacadas de asma o de dolores reumáticos, sino de lindas beatas de ocasion, de ojos centellantes, de latiente seno, de mejillas de rosa i cuello de marfil, capaces de hacer caer en idolatría al mejor creyente i de convertir a su fé al peor de los herejes. Contemplándolas absortas en su meditacion i piadosas oraciones, ¿quién no habría deseado morirse a trueque de que tales devotas rezasen despues por su alma? Pero entónces no podria volver a admirar el gracioso perfil de su cuerpo, su talle inquieto i palpitante, mal disimulado por los pliegues del manto. Vale mas no morirse.

Era preciso mirar a las hijas de María ántes de entrar en la iglesia. Entremos ahora que ya no alcanzara a ofuscarnos el brillo de su iluminacion, la radiante claridad esparcida pródigamente por millares de luces. Oigamos con recojimiento los himnos relijiosos que entonan deliciosamente muchas voces arjentinas, i olvidemos, para no perder ese recojimiento, que tales voces son ademas femeninas;—oigamos tambien la palabra evanjélica del predicador;—i oigamos por fin los tiernos adioses del director de las hijas de María.

Ya podemos retirarnos, i aún nos queda tiempo para ir al teatro, si quereis asistir, benévolos lectores, a la segunda representacion de *la Calumnia*.

Esta repeticion, ejecutada el jueves, i la de *los Diamantes de la Corona*, cantada el domingo, han sido acojidas del público con el mismo favor que en su estreno, i permitido a la Mar dividir con O'Loghlin la prez del triunfo. Se ha vuelto a aplaudir con justicia i entusiasmo al segundo en el papel de *Sir Roberto*, i se ha vuelto a oir con aplauso a la primera cantar graciosos boleros i sentidas romanzas.

La Thierry, empero, ha sido quien ha alcanzado la mejor parte de la semana teatral, con su beneficio del mártes. Esta funcion tenia dos atractivos poderosos,—el interes de la novedad i las numerosas simpatías de que goza la beneficiada; así es que aquella noche no hubo vacíos en la platea, no hubo palcos vacíos, ni el proscenio estuvo vacío de flores.—Se vió bailar a la Thierry, se la vió correr, volar i evaporarse en armoniosos jiros, i no se paró mientes en una comedia en dos actos de Scribe:—*Plan, plan*, bastante mediocre. Son cabezadas que el inagotable dramaturgo suele dar cuando, como Homero, dormita i se amodorra. *Aliquando dormitat Homerus.*

Entretanto, la semana teatral no ha terminado todavía. La funcion de esta noche, destinada por la empresa a favor de O'Loghlin i dedicada por O'Loghlin al *Círculo de amigos de las letras*, nos deja en libertad de ir a aplaudirlo (a O'Loghlin, no al Círculo) en *Don Francisco de Quevedo*. ¿Quién no querrá hacer uso de tan amable libertad?

En la reunion que tuvo anoche dicho *Círculo*, se discutió i dejó fijado el programa de los diversos capítulos i secciones que debe abrazar el libro sobre *Chile*, del cual ya os he hablado. Hecho esto, los Sres. Lastarria i Blest repartieron los trabajos entre las personas mas doctas i competentes del *Círculo* i de fuera de él. Como era consiguiente, estos dos literatos no dejaron de adjudicarse una porcion considerable de esos trabajos.

Para diversion de tan ardua tarea, se leyeron en seguida dos composiciones en verso,—una poesía al *¡Odio!*, del distinguido poeta boliviano Cortes, sombriamente enérjica;—i un soneto burlesco, bastante feliz, de don Z. Rodriguez.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Imprenta del CORREO, pasaje Bulnes, num. 14.

"JOSE TORIBIO MEDINA"

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Diciembre 17 de 1859. Núm. 31.

D. José Eusebio Caro.

POESIAS.

Don José Eusebio Caro es uno de los poetas mas eminentes de la América española. Natural de Nueva-Granada, ha desempeñado en su pais un papel importante como hombre público i como escritor. Hace mui pocos años que ha fallecido dejando su nombre esculpido en la historia civil i literaria de su patria. Todos sus conciudadanos se llenaron de afliccion i se cubrieron de luto por su muerte, sin distincion de clases ni de bandos. La sociedad neogranadina se apresuró a colocar una corona de laurel sobre el sepulcro que guardaba restos tan preciosos. Los representantes de la nacion, diputados i senadores, reunidos en sesion solemne, espidieron el siguiente decreto:

«Artículo 1.°—La república reconoce los eminentes talentos, el jénio vasto i profundo, i el nobilísimo carácter de José Eusebio Caro, i llora en la tumba de este jóven ilustre la irreparable pérdida de una de las bellas glorias de la patria.

Artículo 2.°—El congreso enviará a la señora viuda de Caro un ejemplar auténtico de este decreto.

«Dado en Bogotá a 19 de abril de 1855.»

Como se ve, el congreso de Nueva-Granada se olvidó de las discusiones políticas i de los proyectos de lei, en medio del duelo jeneral, para celebrar la apoteósis del ilustre difunto, i se convirtió en una especie de academia para otorgarle un diploma de suficiencia i capacidad, en términos tan honoríficos como merecidos.

Nadie empero ha tributado a Caro un homenaje mas espléndido, que uno de sus amigos, don José Joaquin Ortiz, quien ha cuidado de reunir en un volúmen todos los versos que aquel habia publicado durante las diversas épocas de su vida. Un libro vale mas para la fama de un escritor, contribuye mas a su inmortalidad, que un mausoleo, una estatua o un monumento, por magníficos i valiosos que sean. El tiempo, que no perdona al bronce ni al mármol, respeta una simple hoja de papel, cuando ha sido escrita por la mano del injenio. Un cuaderno de unas cuantas pájinas puede dar la vuelta al mundo i ser leído con avidez por millares de individuos, miéntras que una pirámide colosal no puede ser contemplada sino por el reducido círculo de personas que viven en el lugar donde se ha levantado, o que pasan accidentalmente por él.

Creo en mi humilde opinion que hai algo de exajerado en las alabanzas excesivas que se han prodigado a Caro en su tierra natal; pero no puede negarse que es un escritor de primera nota. Muchas de sus composiciones harian honor a las poetas mas distinguidos del viejo mundo.

Las poesías de Caro están divididas en diversas series con los títulos siguientes: *el huérfano, el pobre, el amigo, el granadino, el desterrado el camante* i *el padre*, que forman como otros tantos capítulos de la obra.

Talvez habria convenido que de la serie de piezas denominadas *el amante*, se hubiera sacado otra que habria debido llamarse *el esposo*. La distribucion material del testo habria sido de este modo mas acabada i perfecta. Los sentimientos de amante i los de esposo son mui diferentes entre sí para que puedan confundirse con un mismo nombre las composiciones inspiradas por ellos, ya que se ha querido hacer una clasificacion tan prolija.

El estilo de Caro no descuella por su colorido i brillantez; pero en cambio tiene nervio i entonacion. Aseméjase al fuego oculto por la ceniza que no despide chispas ni llamas; pero cuya proximidad se siente por el calor.

Hai libros de poesíes que causan al lector el efecto de un canastillo lleno de vistosas i fragantes flores que embriagan con su perfume i encantan con la variedad de sus matices; o el de un cofre de alhajas en que el rubí se encuentra al lado de la esmeralda i el topacio al del ópalo. Las poesías de Caro producen en el ánimo una impresion mui diversa. Esa profusion de comparaciones i de imájenes, de metáforas i de antítesis, que dan al lenguaje el aspecto de un rico mosaico o de un chal de cachemira, no abunda en ellas. La musa que le inspira no tiene esas alas de mariposa, tan radiantes i matizadas, pero al mismo tiempo tan frájiles e inconsistentes, de que está adornada la que inspira a algunos vates americanos.

El lenguaje de Caro es parecido al que por lo comun emplean los oradores. Las figuras de que se vale son las esclamaciones, las interrogaciones, todos los medios de que nos servimos para espresar raciocinios. En algunas ocasiones, perora i diserta como un diputado en su tribuna; argumenta i discurre como un profesor en su cátedra; i esto aun en aquellos asuntos que ménos se prestan para ello. Jeneralmente sus versos tienen una forma oratoria, mas bien que poética.

Estadista, literato i soldado, don José Eusebio Caro ha pulsado su lira en medio de los tumultos de los campamentos, de las disensiones de los partidos, de las amarguras de la prision, de las peregrinaciones del proscrito. El ha dicho de sí mismo:

. . . . . .
Fusil al hombro, i sable i daga al cinto,
De mi infancia he dejado las riberas.

I negros bosques, i anchurosos rios,
I verdes campos, i azuladas sierras
He visto, i luego el mar inmenso he visto,
I ví su soledad i su grandeza.

I en lid campal, entre humo, i polvo, i ruido,
I entre hombres, i caballos, i banderas,
Los valientes caer, de muerte heridos,
He visto a mi derecha i a mi izquierda.

I luego a pueblos fuí grandes i ricos,
I ví sus monumentos i sus fiestas,
Bailé sus danzas i bebí sus vinos,
I en el seno dormí de sus bellezas.

I en calabozos fétidos i frios
He dormido tambien entre cadenas;
I desnudo, i hambriento, i fujitivo,
He vagado tambien de selva en selva.

Esa lucha constante en que Caro ha vivido, ha comunicado mas vigor, mas temple, mas fortaleza a su alma. Así como el cuerpo se encallece, cuando no sucumbe, con las rudas fatigas de una campaña; así tambien el espíritu se fortifica con las ajitaciones de esa guerra de ideas que tiene por palenque la prensa, las cámaras, la plaza pública, el club; i se acrisola con los peligros de esa guerra de sangre que tiene por teatro los campos de batalla, i que de continuo marcha unida a la primera como el efecto a la causa. Cuando se respira esa atmósfera tempetuosa i cargada de electricidad, los sentimientos se convierten en pasiones, las creencias en fanatismo. La idolatría que se profesa a ciertos principios que se enarbolan como bandera, el entusiasmo de la victoria, la desesperacion de la derrota, los sinsabores del destierro, las peripecias tremendas de un combate conmueven profundamente nuestro ser, i son fuentes vivísimas de inspiracion.

Casi todas las composiciones designadas con los títulos de *el granadino* i *el desterrado* son excelentes. Voi a copiar algunas para que los lectores puedan juzgar de su mérito. No es posible comprender lo que se dice de un poeta, cuando no se conocen sus obras; como no es posible entender lo que se dice de un músico, cuando no se han escuchado sus armonías; como no es posible formarse idea de lo que se dice de un pintor, cuando no se han visto sus cuadros. En materia de arte, la forma importa mucho; i la forma no puede percibirse sino por medio de los sentidos corporales.

EL HIMNO GRANADINO,

Gloria in excelsis Deo, et in terra
Pax hominibus bonæ voluntatis.

I.

¡Gloria en el cielo a Dios! ¡Paz en la tierra
A los hombres de buena voluntad!
¡Gloria al que en sí la eterna luz encierra,
I al que es su imájen paz i libertad!

—

Un mundo entero, un mundo inmenso habia
Tendido en medio del azul del mar;
De polo a polo vírjen se estendia
Llamando a aquel que lo debiera hallar.

Montes de nieve, portentosos rios,
Cielos turquíes tintos de arrebol,
Praderas, campos, bosques mil sombríos
Que fecundaba sin el hombre el sol.

I un sabio hallóse, de pensar profundo,
Que, audaz i lleno de entusiasmo i fé,
Dijo en sí mismo:—Existe un nuevo mundo;
Yo soi *Colon*, i yo lo encontraré.

¡Ai! ¡cierto fué! tras indecibles penas,
Que soportó paciente su virtud,
Halló su mundo, i para sí cadenas
Que le cargó de un rei la ingratitud.

Mas hoi nosotros que por él vivimos,
Cuantos sin fin por él aun nacerán,
La paternal memoria bendecimos
Del gran Colon, nuestro segundo Adan.

—

¡Gloria en el cielo a Dios! ¡Paz en la tierra
A los hombres de buena voluntad!
¡Gloria al que en sí la eterna luz encierra,
I al que es su imájen paz i libertad!

II.

El rei ingrato fué tambien tirano;
I esas cadenas que a Colon forjó,
Por siglos, i a pesar del oceano,
El nuevo mundo dél las recibió.

De en medio al fin de la abyeccion, un hombre
Alzóse ardiendo en santa indignacion;
I él nos gritó:—*Bolívar* es mi nombre;
Libres sereis siguiendo mi pendon.

¡Oh, lo cumplió! Que al rayo igual su espada,
Igual su voz al trueno del volcan,
Libre dejó la América i vengada
De monstruos mil que nunca volverán.

Venció tiranos, i fundó naciones....
I calumniado i prófugo murió,
I solo el mar sus últimos perdones
I sus postreros votos escuchó.

Mas hoi los hijos de tu hermoso suelo
Te volvemos tu gloria i nuestro amor;
I en tí, que habitas con el Padre el cielo,
Bendecimos al gran libertador.

—

¡Gloria en el cielo a Dios! ¡Paz en la tierra
A los hombres de buena voluntad!
¡Gloria al que en sí la eterna luz encierra,
I al que es su imájen paz i libertad!

III.

¡Oh! justo es Dios; la ingratitud castiga.
El rei ingrato el cetro al fin perdió;
I al pueblo ingrato, Dios al fin lo obliga
A volver del error que cometió.

La dura vida ya nos sonreia,
Bajo la sombra de engañosa paz;
Mas Dios no el crímen olvidado habia,
I de nosotros apartó su faz.

¡Ai! vióse a un tiempo a cien i cien tiranos
Despedazar nuestra infeliz nacion;
Para librarnos de esas férreas manos,
Dios reclamaba un justo en espiacion.

I el justo hallóse; todos lo hemos visto
Del sol de octubre a la naciente luz;
¡*Neira!* sublime imitador de Cristo!
Tú te ofreciste a la sangrienta cruz.

¡Gloria en nombre de Dios, gloria sea dada
Al sabio cuya mente un mundo halló;
Al héroe que librónos con su espada;
Al mártir cuya sangre nos salvó.

—

¡Gloria en el cielo a Dios! ¡Paz en la tierra
A los hombres de buena voluntad!
¡Gloria al que en sí la eterna luz encierra,
I al que es su imájen paz i libertad!

Prescindamos de los juicios históricos sobre los cuales podemos abrigar opiniones diversas; prescindamos de Colon a quien se hace venir directamente en descubrimiento de la América, no obstante ser averiguado que solo buscaba un paso para las Indias, cuando tropezó, por decirlo así, con el nuevo mundo; prescindamos de Neira a quien se pone en la misma categoría de Colon i Bolívar, i solo tendrémos aplausos para las sonoras i valientes estrofas que acaban de leerse.

Don José Eusebio Caro queria la libertad para todos los hombres i la independencia para todos los pueblos. Aunque alistado, segun entiendo, en el partido conservador, consideraba la libertad como la mas bella aspiracion del hombre, i como una necesidad social de primera clase. Esta disposicion de su alma le hacia simpatizar con los indijenas de América que habian preferido la muerte a la esclavitud.

EN BOCA DEL ULTIMO INCA

Ya de los blancos el cañon huyendo,
Hoi a la falda del Pichincha vine,
Como el sol vago, como el sol ardiente,
Como el sol libre.

Padre sol, oye, por el polvo yace
De Manco el trono; profanadas jimen
Tus santas aras; yo te ensalzo solo,
Solo, mas libre.

Padre sol, oye, sobre mí la marca
De los esclavos señalar no quise
A las naciones; a matarme vengo,
A morir libre.

Hoi podras verme desde ei mar lejano,
Cuando comiences en ocaso a hundirte,
Sobre la cima del volcan tus himnos
Cantando libre.

Mañana solo, cuando ya de nuevo
Por el oriente tu corona brille,
Tu primer rayo dorará mi tumba,
Mi tumba libre.

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;
Sobre ella el cóndor que en las cumbres vive
Pondrá sus huevos i armará su nido
Ignoto i libre.

Los poetas americanos son mui celosos de la independencia de su patria. Todos ellos poseen alguna chispa de ese fuego divino que animó a Tirteo. El amor a la libertad es un de los distintivos que los caracterizan. En sus liras hai siempre una cuerda de bronce que vibra contra la opresion, particularmente contra la opresion estranjera. Don José Eusebio Caro ha escrito versos contra los españoles de antaño que pretendian sostener con las armas su dominacion, i contra los yankees del dia que hacen tentativas de conquista.

¡GUERRA!

Al campo, hijos de Bolivar!
Vamos a buscar el sable;
Que otra vez al aire ondea
De Junin el estandarte.

Hoi el ladron estranjero
Va a invadir nuestros hogares;
Ya del mar la espalda cubren
Sus huestes innumerables.

Quiere hacernos sus colonos,
Quiere hollar nuestras ciudades,
Incendiar nuestros sembrados,
Profanar nuestros altares;

Matar nuestra lengua hermosa,
I hundirnos en luto i sangre,
I gozarse en nuestros llantos,
I en nuestro oprobio gozarse.

¡Oh! ¡no! jamas!—¡Oh! primero
Pegar fuego a nuestros lares,
I la casa do nacimos
Hacer volar por los aires.

Primero abrir el sepulcro
Do nuestros abuelos yacen,
I con ellos en el polvo
Para siempre sepultarse.

¡Pensar subyugar al pueblo
Que con manos de jigante
Alzó al español un dia,
I lo arrojó entre los mares!

I ¿quiénes?... Llegar los vimos
Hipócritas suplicantes,
I llamar a nuestras puertas
I pedirnos hospedaje;

I albergue i pan encontraron,
I abrazo i sonrisa afable,
I ropas que los cubriesen,
I hogar que los calentase;

I porque pobres nos vieron,
I ricos ellos i grandes,
Contra sus nobles amigos
Hoi pretenden ensañarse.

¡Al campo, hijos de Bolivar!
Vamos a buscar el sable;
Que otra vez al aire ondea
De Junin el estandarte.

¡Infamia o guerra! nos gritan;
Una de dos; no hai exámen.
—Pues bien: ¡guerra, guerra a muerte!
I de ellos ninguno escape.

I vengan cuando quisieren,
I vengan cuantos gustaren,
I llamen a sus amigos,
I a Satanas tambien llamen.

Largas lanzas los esperen,
I hachas i limpios puñales,
I altas horcas, do de léjos
El mundo a verlos alcance,

I veneno, i hierro, i llama,
I peste, i calor, i hambre,
I jente libre i sin miedo
Que jamas huyó de nadie.

¡Huir! ¡los nietos de Sucre!
Los que en mas de cien combates
De tres colonias formaron
Tres naciones formidables.

¡Huir! del vil estranjero,
Mas vil que los viles canes
Que, cual signo de sus glorias,
Lleva en pos por nuestras calles.

¡Oh! ¡no lo espere! No espere
Que convertidos en pajes,
De rodillas nuestros hijos
Los piés jamas le descalcen;

Ni que a la cruz que orna humilde
Las tumbas de nuestros padres
Atados pasten sus potros
La yerba que en ellas nace.

No; que aun de ser colombianos
Nos acordamos bastante,
Para tirar guerra al rostro
Del pueblo que guerra trae.

I el buen llanero a la cola
Aun de su caballo sabe
Llevarse arrastrando a un toro....
Que mucho que a esos cobardes.

¡Al campo, hijos de Bolivar,
Vamos a buscar el sable;
Que otra vez al aire ondea
De Junin el estandarte!

Es de sentir que el belicoso romance que precede se halle deslucido por algunas frases o pensamientos prosaicos.

He dicho que la vida de Caro llena de peligros i ajitaciones habia enaltecido sus sentimientos, i esa es la verdad. Hé aquí unos versos de amor, escritos de noche, en una tienda de campaña i probablemente a la luz de una fogata, momentos antes de entrar a la pelea, los cuales están animados por toda la enerjía propia de tal situacion.

EN VISPERAS DEL COMBATE.

Tristes, mortales córrense mis dias;
Hoi como ayer, mañana igual a hoi;
Campos, montañas, cielos, todo cambia;
Pero no cambia, nó, mi corazon.

¡Mi corazon! en él cual siempre reinas;
Eterno en él aun vive el mismo amor,
Aquel amor que tú nacer hiciste,
Que solo morirá muriendo yo.

¡Nó! ni aun entónces morirá, Delina,
Mi amor, mi bien, mi orgullo, mi blason;
Mi alma inmortal lo llevará consigo
Al pié mismo del trono del Señor.

Pronto quizá... La muerte cerca tengo...
La odiosa muerte vaga en mi reedor...
Es alta noche... El enemigo en frente...
Tal vez mañana callará mi voz.

Si esta es mi hora postrera, tuya sea,
Todo el amor de que capaz soi yo,
Todo en mi pecho concentrado i junto
Te lo ofrezco, Delina, i te lo doi.

¿Lo aceptarás?... ¿Qué se oye?... ¡El enemigo!
Alarma suena ronco el atambor.
Truena el bronce... ¡Mis armas, mi caballo!
¡Oh! dame algunas lágrimas! —Adios!

Las composiciones que acaban de leerse son notabilísimas por muchos respectos. Esceptuando uno que otro pensamiento, una que otra frase, una que otra impropiedad, no merecen mas que elojios. El autor de ellas debe ser colocado entre los mas insignes poetas americanos por la robustez de los conceptos i el vigor de la espresion.

Caro tenia convicciones arraigadas i un alma incontrastable. En sus versos nunca quema incienso al poderoso; su musa no es una ramera descarada que se prostituye al primer rico que la paga.

Para conocer la severidad de sus principios, debe leerse todo el capítulo que se titula *el desterrado*, el cual ademas es mui sobresaliente por sus bellezas literarias. Las composiciones que dirije a *Ocaña* bajo cuyo hermoso cielo vió la luz, a *Maracaibo* que le sumistró un abrigo en su proscripcion, a su *Patria* que acababa de espulsarle i cuya imájen le sigue por todas partes, a su *hacha* i a su *hamaca* que pendientes de su espalda le acompañan en sus peregrinaciones, poco o nada dejan que desear.

Tengo remordimiento de conciencia por no haber incluido en la enumeracion que antecede las dos piezas tan sentidas i tan elevadas: *En unas bodas* i *Capa rota*.

Habiendo vuelto a hojear el volúmen de Caro, me ha parecido que quedaban en él varias poesías iguales, i talvez superiores, a las que he citado como ejemplos; habria sido preciso reproducir la mitad del libro para poder libertarse de dudas sobre el mérito comparativo de sus mejores composiciones.

Ya que he manifestado los títulos en virtud de los cuales debe adjudicarse al vate neogranadino uno de los lugares principales en el Parnaso americano, cumple ahora presentar el reverso de la medalla.

Dos son los defectos capitales que pueden reprocharse a las producciones de Caro.

El primero es la exajeracion que reina en muchas de ellas.

El segundo es cierta metafísica indijesta i vaga de que hace alarde para esplicar las cosas mas comunes i vulgares.

No puede negarse que Caro albergaba en su pecho un corazon de fuego que todo lo sentia con vehemencia suma. Así como hai individuos cuyas palpitaciones son tan fuertes i apresuradas que parece van a romperse sus arterias; así tambien hai hombres cuyos afectos son mas profundos i enérjicos que los del comun de la jente. Caro indudablemente era del número de estos; tenia esa felicidad o esa desgracia. Idolatraba a su padre, amaba con delirio a la jóven que despues fué su esposa, adoraba materialmente a su patria. Dotado de una alma ardiente, no es estraño que saboreara con un placer inefable las dichas de este mundo, i que sufriera con un quebranto sin igual las amarguras. Mui natural es que se desesperara con la muerte de su padre, i padeciera horriblemente con el destierro. Jamas he pensado, ni pensaré, en criticárselo. Todo eso es lícito, todo eso es permitido, todo eso está en el órden. Mas aun: para ser poeta se necesita ser capaz de recibir vivas impresiones i tener una sensibilidad esquisita. Un hombre apático no escribirá nunca versos que merezcan leerse. La calma, la frialdad, la flema no son compatibles con la inspiracion. Pero es el caso que don José Eusebio Caro no se ha encerrado dentro de los límites debidos, pues en ocasiones se ha salido visiblemente de ellos. Las pasiones, aun en el estado de mayor exaltacion, tienen cierto tono que no es posible levantar sin que nos hagamos ridículos. El amor a la patria o a la familia no basta para justificar toda pretension; no da carta blanca para que digamos cuanto se nos antoje. Caro, encareciendo i abultando de palabra sus afectos, se asemeja a un hombre que se empinara para parecer jigante. El poeta neogranadino templa a veces demasiado su lira, lo que hace que las cuerdas se rompan i estallen al tiempo de ser pulsadas, produciendo un sonido áspero i discordante. Véase el fragmento siguiente de la pieza titulada *Desesperacion:*

¿Qué espero ya? ¿Por qué vacilo? ¿Acaso
Mas allá de la tumba mi destino
Tambien me oprimirá? ¿Tambien la muerte
Traerá la espina del pesar consigo?
¡No! en la callada eternidad no sopla
El huracan del reino de los vivos;
Sus dilatadas soledades nunca
Barrió el dolor con fúnebres vestidos.
¡Oh! escóndame en sus senos! La honda llaga
De mi insanable corazon, alivio
Solo allí encontrará; solo su inmensa
Concavidad me servirá de asilo.
¿Qué busco ya en la tierra? ¿Del sepúlcro
Ha vuelto acaso mi primer amigo?
¿Sus acentos de paz i de consuelo
Otra vez sonarán en mis oidos?
¿Derramarán, cual en mejores años,
Aun sobre mí su celestial rocío...?

¡Nunca!.... mas ¡ai! que su paterna sombra
Ante mis ojos muéstrase, lo mismo
Que cual lo oí del moribundo labio
Soltar mi nombre en su postrer suspiro!
¡Mi padre...! ¡Sí! cuando trasmonta i se hunde
En occidente el astro de los siglos,
I triste suena por los altos cielos
La fatal hora en que nació el suicidio,
Mi padre se presenta.... Sí... mi padre!...
Del sol sentado en el inmenso disco.
Yo, yo lo veo... sus amantes brazos
Alarga tierno a su infelice hijo!
Ya vuelo a ellos.... ¡Ai! deja tan solo,
Deja que llore en el sepulcro mio;
Que cuando cubra mis cenizas, nadie
Sobre su losa lanzará un jemido!

Por mas que uno reverencie a su padre, por esclarecido que este sea, no es permitido verle sentado en el disco del sol, como los paganos se habrian figurado a Apolo. Del Capitolio a la roca Tarpeya no hai mas que un paso, decian los romanos; de lo sublime a lo ridículo no hai mas que una línea, dicen los retóricos. Bien puedo equivocarme; pero creo que Caro ha caido lastimosamente en varios pasajes de sus versos por querer encumbrarse demasiado.

La exajeracion que domina en las ideas trasciende hasta al lenguaje. No estará de mas observar que la perifrásis *astro de los siglos* para designar al *sol* no es mui propia, porque puede aplicarse a casi todos los luminares que tachonan la bóveda celeste.

Algunas de las composiciones de nuestro autor, entre otras la titulada *Mi juventud*, se parecen a monólogos de trajedia clásica por lo altisonantes i declamatorias. El trozo últimamente copiado no está esento de ese reproche.

En la pieza que lleva por título la *Nueva torre de Babel*, el poeta, apostrofando a Colombia, le pide que se levante del letargo en que yace, desentierre del polvo el pendon que *apedreó* a la tierra, que cubra con el casco sus cabellos, que *entorne* su pecho con la coraza, i que empuñe el acero vengador. Le asegura que, una vez armada de piés a cabeza, el leon de España lanzará triste el último rujido tan solo al ver la fugaz vislumbre de su cimera, i que todos los pueblos que encierra el orbe temblarán de espanto. Concluye el poeta su exhortacion diciendo:

I entónces... ¡oh Colombia! ¿Ves de tanta
Nieve cubierto aquel inmenso monte
Que el mundo oprime con robusta planta,
I entre el limpio horizonte
La eterna cima al padre sol levanta?

¿Lo ves?... Los siglos con temor le miran:
«El vivirá cuando por fin muramos.
Sobre él fugaces nuestras alas jiran;
Con ellas espiramos
I el vive! i él i su poder no espiran!»

¡Oh monte-rei!—Pues bien: a su alta cumbre,
Colombia, entónces tu estandarte eleva,
Fíjalo allí, i al *ancha* muchedumbre
Que el *bajo* mundo lleva
Muéstralo, i grita: «Aquí mi gloria alumbre.»

Que ese fanal sí alumbrará! Los suelos
Recorrerá, penetrará en los lares
Que el polo enluta con tenebrosos velos,
I por los combos mares
La grande luz reflejarán los cielos!

¡Ah! cuando del Señor la fuerte mano
Las puertas abra en que la mar se encierra,
I el fin decrete del linaje humano,
I se inunde la tierra,
I la cubra por siempre el océano;

El monte-rei, inmóvil i sereno,
Aun sacará la venerable frente,
I sobre él tu pendon, de gloria lleno,
Dominará esplendente
Del vasto mar el solitario seno.

I entre la noche eterna i desolada,
Colombia! en fuego, en oro i luz, tu nombre,
Escrito en la bandera desplegada,
Será la voz del hombre
Que sobreviva al mundo vuelto nada!

No dudo que estos conceptos serán talvez aplaudidos en la Nueva-Granada, porque el patriotismo suele cegar; pero estoi cierto de que no serán igualmente bien recibidos en las demas repúblicas americanas, i mucho ménos en las naciones europeas. Las exajeraciones en un escrito hacen el mismo efecto que los gritos en la conversacion: siempre disgustan a los oyentes. Puede admitirse en verso la metáfora continuada que forma lo que se llama una alegoría; pero la literatura no reconoce la hipérbole continuada que domina desde el principio hasta el fin de una composicion. La idea de que la sola presencia de Colombia hará temblar a todos los pueblos de la tierra es absurda por demas, i la de colocar su estandarte sobre una de las cimas mas elevadas de los Andes, para que alumbre al universo, como un faro de refulgente luz, no aparece motivada ni por los antecedentes ni por el actual estado de Colombia. Aunque me cueste confesarlo, ninguna de las antiguas colonias de la España ha hecho todavía nada para que su nombre, escrito con carácteres de oro i fuego, sea lo único digno de sobrevivir al mundo sumerjido por el diluvio. Los pensamientos espresados en la *Nueva torre de Babel* son el delirio de la fiebre, mas bien que el parto de un cerebro en su sano juicio.

He citado dos ejemplos tomados al acaso para hacer ver la exajeracion que se nota en algunas producciones de Caro; voi ahora a manifestar en pocas palabras la exactitud de mi segunda crítica referente al aparato filosófico que ha querido ostentar en los asuntos que ménos lo exijian.

La poesía no está reñida con la filosofía, sino que por el contrario puede i debe apoyarse en ella. Hasta cierto punto creo lo que dice Pedro de Oña en el canto XIV del *Arauco domado*

....donde no hai filosofía
No puede haber lejítima poesía.

Los injenios mas ilustres, tanto antiguos como modernos, se han servido de esa lengua armoniosa para espresar las nociones mas elevadas sobre el hombre, el universo, Dios. La inspiracion puede estenderse a todo cuanto existe; sus dominios no tienen límites fijos al norte o sud, al oriente u occidente. El poeta puede contemplar el mundo invisible detras del visible, i remontarse a las mas altas consideraciones sobre la creacion i su autor, sin dejar de ser poeta. La nube que pasa, la hoja que cae, la fuente que murmura, la mariposa que vuela de flor en flor, los ojos de una hermosa, no son el tema único i esclusivo del lenguaje métrico. ¿Quién se atreverá a negar que hai asuntos mas grandiosos que cantar? Los problemas mas árduos que pueden ocupar al jénero humano han sido tratados en verso con brillo i lucimiento; i no dudo que sucederá lo mismo en adelante. Pope ha publi-

cado su conocido *Ensayo sobre el hombre* en que se considera a este en sus relaciones consigo mismo, con la sociedad i con el universo, ensayo que los críticos miran como una obra maestra. Lucrecio ha compuesto un poema *Sobre la naturaleza*, que abraza el mundo entero, i que a pesar de la aridez de la doctrina que encierra, contiene bellezas de primer órden. Dante ha escrito una epopeya sublime, la *Divina comedia*, en que nos pasea por las misteriosas rejiones del purgatorio, el infierno i el cielo, tocando durante ese viaje estraordinario diversas cuestiones de política, moral i teolojía con tanta profundidad que hasta el dia se le interpreta i comenta. No necesitamos recurrir a esas obras famosas de vasto plan i de grandes dimensiones para encontrar versos de concepcion profunda. Hai tal pieza corta de Gœthe, tal copla de Beranger, tal *dolora*, de Campoamor, que merece leerse i meditarse por la materia de que trata. Seria inútil citar mas ejemplos de lo que asiento, porque cada lector debe recordar un sinúmero, apelando únicamente a su memoria.

Pero si la poesía adquiere fuerzas cuando se une con la filosofía, resultando de esa alianza obras admirables, decae i se arrastra cuando se liga con una vana metafísica. Las sutilezas pueriles i las abstracciones inintelijibles apagan el estro en vez de darle pábulo. El mismo Lucrecio i el mismo Dante que han escrito trozos admirables, han compuesto otros perversos cuando se han engolfado en consideraciones abstrusas i recónditas. Esos mismos soles de la poesía han padecido un eclipse cuando las nubes del error han oscurecido su entendimiento, o cuando se han ocupado pura i simplemente de especulaciones metafísicas.

El reproche que dirijo a Caro consiste, no en ser un poeta filosófico, lo que seria un mérito léjos de ser un defecto; sino en haber querido ostentar una ciencia aparatosa ,i una filosofía postiza en los actos en que ménos debiera hacerlo. En prueba de ello véanse las primeras estrofas de una composicion que dedica *a su promojénito*.

¿Quién eres tú que habitas ese seno,
¡Oh creatura! a quien yo de pasmo lleno,
Bajo mi mano siento remover?
¡Tú que en una mujer ya tienes madre,
Tú, de quien ya, feliz, me llamo padre,
Sin poderte siquiera conocer!

¿De dónde vienes? ¿sales de la nada?...
¿Hai nada pues? ¿hai cosa así llamada?
La nada es el no ser: ¿puede existir?
¿Puede ser fecundada? ¿i un vacío
Inerte, mudo, tenebroso, frio,
Luz, mente, vida puede producir?

¿De dónde vienes? ¿Cómo tu progreso
Maravilloso comenzó? ¿qué es eso
Que no era ayer i es hoi? ¿qué eras ayer?
¿Qué es empezar?—¡Crepúsculo sin nombre,
En que su débil vista cansa el hombre
Buscando el paso de la nada al ser!

¿I adónde vas? ¿qué te reserva el mundo?
¡Anjel de luz! ¿tu espíritu fecundo
Esplicará los cielos cual Newton?
¿O, demonio sangriento, por la tierra
El azote ajitando de la guerra,
De América seras Napoleon?

¿Virjen de un ciego voto arrepentida,
Triste, en el claustro pasarás tu vida
Llorando sin cesar ante la cruz?
¿O por la libertad de un pueblo heróico
A un calabozo iras, mártir estoico,
Para morir sin sociedad ni luz?

¿O en una linda i patriarcal cabaña,
Construida a los piés de una montaña,
Al borde de un torrente bramador,
Con tus manos labrando un ancho huerto,
Solo con tu familia i el desierto,
Te hará feliz un inocente amor?

¡Oh! ¡todo puede ser! sin duda, todo!
—¡Todo! diamante puro, sucio lodo,
Una persona, dos, varon, mujer:
A tu madre o a mí mas parecido....
¡Ai! aun acaso sin haber vivido,
Informe monstruo, mueras al nacer.

¡Oh! todo puede ser.—Débil simiente,
En tu existencia actual, de Dios la mente
Prepara tu ignorado porvenir;
Tal como en ese vientre de antemano
La oscura cárcel preparó su mano
Do ignorado comienza tu existir.

Si de tu ser conciencia i voz tuvieras,
Yo te rogara, sí, que nos dijeras
Qué vida llevas encerrado allí:
Tus lágrimas, tus risas, tus intentos
De escaparte, tus vagos pensamientos...
El hombre entero que jermina en tí.

¿Tienes un alma ya?—¿O ese destello,
Que hace del hombre el ser aquí mas bello,
Aun en su mano te lo guarda Dios?
O, así cual una sangre os alimenta
A tu madre i a tí, ¿su alma os alienta
I divide su luz entre los dos?

Esas disertaciones médico-filosóficas acerca del feto de su hijo, hechas por el padre con la mano puesta sobre el *esférico vientre* (espresion de Caro) de su mujer, serán lo que sé quiera, ménos poéticas. No soi partidario de la fisiolojía rimada, i no gusto de que el poeta tome actitudes de comadron. Algunas de las dudas indicadas por Caro con un tono serio i grave provocan la risa por su candor: ¿será hombre? ¿será mujer? ¿serán mellizos? ¿será un monstruo? Lo mas gracioso es que el autor, a pesar de sus multiplicadas hipótesis, no ha agotado todas las suposiciones posibles. Hojéese cualquier tratado de medicina, i se verá que hai otros casos que suelen ocurrir en los partos.

Todos los poetas han cantado hasta aquí al niño formado i nacido; Caro tiene la orijinalidad bien poco envidiable de haberlo cantado antes de salir del seno de su madre. El coloquio que entabla con el ser informe de su hijo, que no puede oir, que no puede contestar, que no es todavía mas que una palpitacion, para arrancarle sus secretos, es ridículo por su rareza i estravagancia.

La manía de disertar es tan injénita en Caro, que no pierde oportunidad de ejercitarla. La *Bendicion nupcial* es una composicion bastante larga, que tiene trescientos cuarenta i cuatro versos, i que ojalá tuviera ménos. Hé aquí su argumento. En los momentos mismos de casarse, Caro, como si fuera un ministro protestante i no un poeta, predica una especie de sermon alambicado i confuso para probar que el jénero humano debe crecer i multiplicarse; que el hombre está dotado de libertad i conciencia; que Dios juzga a las criaturas por la intencion, i no por el resultado de sus obras; i que perdona al pecador que se arrepiente. Es increible la palabrería que ha gastado para esponer verdades que saben hasta los niños. La disertacion peca, no solo por difusa, sino por trivial, i lo que es peor, por hinchada i hueca. Acto

continuo de haber pronunciado su largo i pesado discurso, el novio se vuelve hacia el sacerdote, i le dice:

Ven ya, pues, de Cristo apóstol,
I bendice nuestra union;
Nuestra union a que preside
Un ardiente i puro amor.

Hoi son puras nuestras almas,
¡Ai! quizá mañana no;
Mas el dia que bendices
No es mañana sino hoi.

Hoi felices nos sentimos:
Quizá al fin entre su horror
Nos sorprenda el infortunio
Con su paso de ladron;

Con los años quizá vengan
La frialdad i el desamor;
Quizá falta sobre falta
Nos lacere el corazon;

Quizá estos lazos tan dulces,
Tan dulces para los dos,
De escorpiones den al mundo
Infernal jeneracion!

Llega, bendícenos siempre;
Que tú, ministro de Dios,
No el resultado bendices,
Sino la actual intencion.

Solamente te pedimos
Que a nuestro Juez i Hacedor
Por nosotros cada dia
Alces tambien tu oracion.

Que rueges al Santo, al Fuerte,
Que débiles nos formó,
Nos socorra con su fuerza
Al venir la tentacion;

I si por fin luchando sucumbimos,
Que por Cristo de todos redentor,
Su amor devuelva a sus llorosos hijos,
Cuando clamen al Padre por perdon.

Que un novio diga en presencia de su novia, al recibir la bendicion nupcial, que talvez mañana sus almas no serán puras, que quizá con los años no se amarán i cometerán falta sobre falta, i que bien pudiera suceder que de su union naciese una jeneracion de *escorpiones*, es una de aquellas impertinencias soberanas que no tienen disculpa, i que no merecen perdon. Si se pusiera semejante trozo en boca de un figuron de comedia, todavía pareceria inverosímil.

El hombre que no cree en la eternidad de su amor es, o porque no ha amado nunca, o porque ha dejado ya de amar; i en ámbas hipótesis no debe casarse. Un espectador indiferente puede prever que, andando el tiempo, aquel afecto, ahora tan sincero i tan ardiente, será reemplazado por la tibieza o el desvío; pero el amante, el verdadero amante, que está próximo a ser feliz, no puede abrigar esos recelos, no puede figurarse jamas que ha de llegar dia en que deje de querer, en que odie, en que aborrezca a su futura esposa; no puede imajinarse nunca que su mujer ha de ser una Mesalina o una Lucrecia Borjia, o que sus hijos serán alacranes o escorpiones. Si tal cosa pensara, se sepultaria en un claustro, o se levantaria de un balazo la tapa de los sesos, ántes que contraer tan peligrosa union. El que se casa dominado por la pasion, como Caro, i no por un sórdido interes, debe estar persuadido de que su mujer vá a ser la carne de su carne, los huesos de sus huesos, el alma de su alma; i ¡pobre de él! si no lo siente, porque entónces su amor no es mas que mentira i finjimiento.

Por otra parte, la urbanidad misma, que no está desterrada de la poesía, impide que se recuerden algunas cosas, por verdaderas que sean, en ciertos lances o situaciones de la vida. ¿Diriais, por ejemplo, en un baile a una jóven rodeada de cien adoradores i resplandeciente de juventud, diamantes i hermosura, que de la noche a la mañana puede espirar, que sus galas serán cambiadas por una mortaja, i que su cuerpo tan airoso i esbelto se halla destinado a ser un cadáver asqueroso i fétido? No por cierto. ¿Cómo entónces os atreveis a decir a vuestra novia palabras mil veces mas hirientes, como os atreveis a decirle que talvez vá a ser una mujer impura i madre de escorpiones, cuando ese evento no es inevitable como la muerte, sino una suposicion antojadiza i caprichosa? Solo los ejipcios han colocado una calavera en sus festines; pero nadie todavía ha imitado esa costumbre.

La *Proposicion de matrimonio* es una composicion que forma pareja con la anterior por lo absurda i mal concebida. Un rápido análisis de ella lo pondrá de manifiesto. Despues de decir el poeta a la mujer a quien adora: te amo mas

....que patria, amigos, deudos, madre,
Mas que la sombra misma de mi padre,
Mas que la gloria, el mundo i el saber.
Por tí daria de laurel mi ramo,
Por tí daria nombre i apellido,
Por tí daria cuanto soi i he sido,
Por tí daria cuanto puedo ser,

agrega que ese amor tan vasto i noble no alcanza a llenar el gran vacío de su alma, como un vil raudal no alcanza a llenar el cauce seco de un inmenso rio. Todavía desearia amarla mas, pero tal cosa no es posible, porque el hombre es finito i limitado, i en la tierra nada hai perfecto. Solo despues de la muerte, en el cielo o en el infierno, cuando el hombre despojado de su vestidura mortal pasa a ser ánjel o demonio, hai amores u odios completos, absolutos, sin fin. Esperando esos tiempos mejores, i seguro de encontrar a su amante en la Jerusalen celestial, el poeta concluye diciéndole:

¡Oh! ¡qué me importa, pues, que aquí i ahora
El cetro del destino nos aparte,
Si en otro tiempo, al fin, i en otra parte
Me daras tanto i mas que puedes hoi!
¡Ni que me importa que por una hora
Hayas de ser de algun rival mas listo,
Si él no tendrá lo que él en tí no ha visto,
Lo que yo ví, lo que esperando estoi!

¿Qué le darás?.... No mas que lo que tienes;
Todo tu amor, amor perecedero!
Tu rostro hermoso, anjélico, hechicero....
Pero que al fin habrá de envejecer.
¡I nada mas! ¡i mas no son sus bienes!
Eres mujer, despues serás arcánjel;
¡Oh! ¡que yo tenga para siempre el ánjel,
I él tenga aquí cien años la mujer!

Dale aquí, pues, tu amor, tu fe, tu nombre;
Unete aquí con él en firme lazo;
¡Tu primer beso, tu primer abrazo!
Dáselo todo—¡La esperanza a mí!
¡Oh! ¡la esperanza! el solo bien del hombre!
Del pobre, el triste, el viejo, sola amiga!

Que a lo presente lo futuro liga,
I hace bajar el cielo al mundo así!

¡Ah! no me robes este dulce sueño,
Que hoi mi horfandad alegra i mi abandono!
¡Dime que allá, i al pié del santo trono,
Tendremos juntos un lugar los dos!
¡Dime que allá seré esclusivo dueño
De cuanto el Padre a tí te predestina!
Que allá por siempre para tí, Delina,
Seré el primero yo despues de Dios.

¿Es esto posible? ¿es esto natural? El poeta que caia ébrio de placer al perfume del aliento de su querida, cuyo nombre solo le turbaba i le enloquecia; que la adoraba mas que a la patria el proscrito, mas que a la libertad el prisionero, mas que al cielo el condenado del infierno; que se olvidaba por ella de las santas caricias de su madre i de la tumba venerada de su padre, no podia espresarse en esos términos. Esa conformidad es asombrosa. Tanta resignacion despues de tanta vehemencia es mas que estoica, es sobrehumana. El poeta neo-granadino, cediendo sin pesar los primeros abrazos i los primeros besos de la jóven a quien ama, es el tipo opuesto del protagonista del famoso drama de Calderon: *El mayor monstruo los celos i tetrarca de Jerusalen*, quien mandó por dos veces matar a una esposa virtuosa e inocente, de miedo que otro la poseyese despues de su muerte. El amor no raciocina como Caro; nunca sacrifica el presente al porvenir; i de sacrificar algo, procede en órden inverso. Alejandro Dumas pone en manos de Antony un puñal que llevaba esta inscripcion: *ahora i siempre*; ese, i no otro, es el grito de la pasion. El himeneo celeste indicado por el autor no habria satisfecho a nadie, incluso el mismo Caro; i la prueba mas convincente de ello es que concluyó por enlazarse con la jóven a quien hacia tan estraña proposicion de casamiento. Seamos francos. ¿Quién habria podido mirar con ojos impasibles que la mujer de su predileccion estuviera en brazos de un rival, i consolarse con la perspectiva remota de gozarla en el cielo? i digo remota, por no decir imposible, porque es evidente que si ella no habia querido unirse en esta vida, tampoco lo habria querido en la otra. Los celos no son una ficcion de la fábula, sino una realidad sobrado espantosa. Hacer abstraccion de ellos es desconocer la naturaleza humana.

La parodia que Caro ha querido hacer de Petrarca con el idealismo inverosímil de que acabo de hablar, no era sin embargo mui sincera que digamos. Demasiado bien sabia lo que era el deleite, el autor que ha escrito las magníficas estrofas con que principia la poesía titulada *Una lágrima de felicidad*.

Solos, ayer, sentados en el lecho
Do tu ternura coronó mi amor,
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,
Yo circundando con abrazo estrecho
Tu talle encantador;

Tranquila tú dormias, yo velaba.
Llena de los perfumes del jardin,
La fresca brisa por la reja entraba,
I nuestra alcoba toda embalsamaba
De rosa i de jazmin.

Por cima de los árboles tendia
Su largo rayo horizontal el sol,
Desde el remoto ocaso do se hundia:
Inmenso en torno del, resplandecia
Un cielo de arrebol.

Del sol siguiendo la postrera huella,
Dispersas al acaso, aquí i allí,
Asomaban, con luz trémula i bella,
Hacia el oriente alguna u otra estrella,
Sobre un fondo turquí.

Ningun rumor, o voz, o movimiento.
Turbaba aquella dulce soledad;
Solo se oia susurrar el viento,
I oscilar, cual un péndulo, tu aliento,
Con plácida igualdad.

¡Oh! yo me estremecí....! sí; de ventura
Me estremecí, sintiendo en mi redor
Aquella eterna, fúljida natura;
En mis brazos vencida tu hermosura;
En mi pecho el amor.

. . . . . .

I, en un rapto de gloria, de improviso,
Lo que mi alma buscaba hallar creí;
Una secreta voz del paraíso
Dentro de mí gritóme: Dios lo quiso;
Sea tuya alla i aquí.

Chassez le naturel; il revient au galop, dice Boileau. Caro es un comprobante de esta verdad. En su composicion titulada *El serafin i la mujer* ha desenvuelto poco mas o ménos la misma teoria que en la *Proposicion de matrimonio*; pero arriba a una conclusion enteramente diversa: se olvida del ánjel para caer a los piés de la mujer.

Es una observacion curiosa la de que casi todas las composiciones de Caro dignas de censura por su afectacion son dirijidas a su padre, a su esposa i a su hijo. Las hipérboles chocantes, el gongorismo indijesto, las declamaciones retumbantes se encuentran en ellas mas que en otras. Parecia natural que los versos que entonase sobre la tumba de su padre no contuvieran mas que lágrimas i sollozos. Cualquiera habria creido que tratándose de una mujer amada habria prodigado solo abrazos delirantes i besos de placer. Era de suponer que hablando de su hijo rebosara solo de ternura i de cariño. Nada de eso sin embargo. Las piezas peores son las que han sido inspiradas por esos seres cuyo nombre solo es miel para los lábios, música para el oido, alegría para el corazon. El prurito de filosofar, ese prurito que le ha llevado a rematar una de sus composiciones con este verso inaudito

El ente primo, inmenso, solo i uno

ha sido causa de que se pierda en divagaciones aereas i de que busque la poesía, no en el corazon, sino en la cabeza, aun en asuntos domésticos.

Felizmente los estravíos de Caro no han sido muchos. Mas son sus aciertos que sus descuidos: i si el surco que ha trazado no fuera tan derecho, no se conoceria lo torcido que es a veces, valiéndome de una espresion de don Tomas de Iriarte. Apesar de su misticismo nebuloso, con mucha frecuencia ha vaciado su alma en el papel, i ha pintado con suaves pinceladas sus emociones. Las poesías *Valse*, *Declaracion*, *Tus ojos i tu amor*, *Todo mi corazon*, *Contraste*, *Adios*, *Histórico*, *La venida a la ciudad*, *Un sueño*, *El i yo*, *En un baile*, *La he vuelto a ver*, *Tu nombre*, son bastante sobresalientes por el fuego que respiran.

He entrado en la discusion de las poesías amorosas, porque don José Eusebio Caro es un hombre sério en sus versos i consecuente en sus afectos. No ha rendido culto a la Vénus vaga; no ha

usado de un privilejio que se han arrogado los poetas para decirse enamorados cuando no lo están, i para cortejar a cualquiera hermosa que atrae sus miradas. Se conoce que sus poesías eróticas están dedicadas a una sola mujer. En todas ellas, excepto dos, no habla mas que de Delina, cuyo nombre pasará a la posteridad ligado con el suyo.

Caro es frecuentemente designado en su patria con el dictado de autor de *El Pobre*, dictado que se deriva de una de sus composiciones, bastante buena i notable.

Cualquiera que haya sido aficionado a la lectura de los poetas modernos habrá observado que hai un cierto número de asuntos que ha sido tratado por muchos de ellos, tales como *Dios*, la *Esperanza*, la *Duda*, la *Ramera*, el *Esclavo*, el *Beduino* o el *Cosaco*, la *Gloria*, la *Madre*, el *Niño* ya dormido, ya despierto, el *Poeta*, *Napoleon I*, *Bolivar* por los americanos, etc., etc. Entre esos asuntos está el del *Pobre* o *Mendigo*. Recuerdo desde luego cinco poetas, fuera de Caro, que han desenvuelto este tema: Víctor Hugo en la pieza 32 de las *Hojas de otoño*, titulada *Pour les pauvres*; Espronceda en la cancion del *Mendigo*; Abenamar i don Adolfo Berro en dos composiciones que tienen este mismo nombre; don Jacinto Chacon en una que se llama el *Pobre i el Rico*; por último nuestro autor en la que lleva por título *Mi suerte*. Los seis han tratado la materia, mas o ménos bien, pero todos de un modo diferente.

Hugo hace contrastar magníficamente la opulencia del rico con la miseria del pobre, a fin de estimular a los poderosos de la tierra a que socorran a los poderosos del cielo, segun él llama a los necesitados. El contraste mencionado ha sido espresado por el padre de los románticos de un modo admirable, i por pinceladas como la siguiente:

Ce riche est bien heureux; ses enfants lui sourient;
Rien que dans leurs jouets, que de pain pour les miens.

Espronceda ha preferido pintar al mendigo bribon, holgazan, sarcástico i mal agradecido, que «recibe los favores sin estima i sin amor.» A diferencia de la del poeta frances, la composicion del español, cualquiera que sea su mérito literario i la enerjía de su colorido, puede considerarse como una mala accion, que tiende a combatir en el corazon humano el noble sentimiento de la caridad, ese sentimiento que en vez de ser atacado, debe ser defendido contra el egoísmo de los felices del mundo.

Abenamar ha presentado una clase especial de mendigo; el protagonista de su composicion ha tenido jardines, palacios, parasitos, amantes; pero ya no tiene mas que harapos por único vestido, una caña por único apoyo, un perro por único amigo. La concepcion de esta pieza es poética; su ejecucion acertada.

El mendigo de Berro ha sido feliz, i concluye por volverlo a ser, a causa de la extraordinaria jenerosidad de un transeunte que le proporciona caudal i consideracion; es sensible que los bienhechores de esta especie solo se encuentren en el mundo de las *Mil i una noches*. Hai una apóstrofe del mendigo al sol bastante bella i oportuna; pero el conjunto de la pieza es mal concebido i peor hilvanado.

Chacon, en el *Pobre i el Rico*, ha contrapuesto aciertadamente las angustias de un menesteroso sin pan con las frivolidades de un pisaverde sin corazon.

Si supusiéramos entre los seis vates citados un certámen para tratar la materia, Caro no habria salido deslucido. Hé aquí íntegra su composicion:

MI SUERTE.

¡El pobre! al pobre menosprecia el mundo;
El pobre vive mendigando el pan;
Falsa piedad o ceño furibundo,
Cual un favor le dan.

La gloria al pobre le deniega un nombre,
El poder le deniega su esplendor,
La noche el sueño, su amistad el hombre,
La mujer el amor.

¡Oh verdes bosques, círculo del polo,
Montes, desiertos donde el rico va,
Mar insondable, eterno, inmenso, i solo,
El pobre no os verá!

¡Ah! en los ojos del pobre brota el lloro
I no enternece un solo corazon;
Que las lágrimas solo en copa de oro
Merecen compasion.

¡Vedlo! su pié la tierra triste pisa;
Todo en él nos revela el padecer;
Ojos sin luz, i labios sin sonrisa,
I vida sin placer.

I empero el pobre tiene una esperanza
Que vale mas que el mundo i mundos dos;
Inmenso bien que el oro vil no alcanza:
—¡El pobre tiene a Dios!

Estos versos son jeneralmente bellos i verdaderos; sobre todo la parte final es mui valiente. Lo único que ofende en ellos es la tercera estrofa. Espronceda habia puesto en boca de su bribon holgazan esta baladronada, que vendria bien en un conquistador despues de una gran victoria: «Mio es el mundo;» Caro ha puesto en la del héroe de su composicion el pensamiento humilde, pero tan falso como el arrogante de Espronceda, de que «él pobre no verá ni los verdes bosques, ni el círculo del polo, ni los montes, ni los desiertos adonde vá el rico, ni el mar insondable, eterno, inmenso, solo.» Un pobre puede ser pobre, i mui pobre, i ver los montes, el mar i los desiertos, si se quiere; i un rico puede ser rico, i mui rico, i no ver en su vida semejantes cosas. No hai ninguna relacion necesaria entre los objetos enumerados i la riqueza, o entre ellos i la pobreza. Lo que llama sobre todo la atencion son estas palabras: «desiertos donde el rico vá;» pues si hubiera de sostenerse como verdadera la afirmativa o la negativa de tal aseveracion, seria en todo caso la negativa: «desiertos donde el rico no vá.» Los favoritos de la fortuna viven bajo dorados artesones; i no en los yermos sin verdura i sin agua, a manera de hermitaños. Los ricos no gustan de viajar ni por las arenas del desierto, ni por las nieves del polo.

Es notable que el libro de Caro, uno de los primeros poetas de América, principie por un verso tan malo como el que sigue:

Este tu cuerpo es, pues, oh padre mio.

Aunque jeneralmente mui fluido i rotundo en su versificacion, Caro suele usar formas métricas sumamente desapacibles como por ejemplo estas:

¡Oh! morir en el mar! morir terrible i solemne
Digno del hombre!—Por tumba el abismo, el cielo por
Nadie que sepa donde nuestro cadáver se halla; (pali).
Que echa encima el mar sus olas, i el tiempo sus años.

GREGORIO VICTOR AMUNÁTEGUI.

La mujer.

POR P. BELOUINO.

(Artículos extractados para LA SEMANA.)

Continuacion.

Creados para un solo fin comun, el hombre i la mujer, tienen para cumplirlo, derechos i deberes igualmente imprescriptibles, igualmente sagrados.

La sumision de la mujer no es una esclavitud, i la dominacion del hombre no debe ser arbitraria i tiránica. El hombre no debe mandar, la mujer no debe obedecer, mas que en los límites del derecho i de lo justo.---Por lo demas, Dios ha arreglado admirablemente éstas relaciones. El hombre es la fuerza, la intelijencia; la mujer es la debilidad, es el corazon.---La union constituye una armonía en la cual el mandato i la obediencia deben ser como la union del alma i del cuerpo, como el acuerdo del corazon i el espíritu. Ni el uno ni la otra deben hacerse sentir, porque deben existir tan naturalmente, que sean imposibles los disgustos i las contrariedades. Se dirá que eso es lo ideal. Sea, pero es lo que debe buscarse.

En la mujer, el hombre no debe ver una cosa hecha para él, para sus goces, para los caprichos de sus deseos, para la tirania de su voluntad; debe mirarla como la compañera de su existencia, su igual en naturaleza, en dignidad, i en destinos futuros: ver en ella el ser débil que tiene necesidad de ser protejido por su brazo, instruido i guiado por su razon. La mujer no debe considerar al hombre como un señor, i con mucha ménos razon como un tirano; debe mirarlo como un apoyo, como un protector, como un guia. Deben marchar en la vida de la mano, como hermanos. Asi se endulzará la supremacia; asi se enaltecerá la subordinacion. De esa union de la fuerza i de la debilidad, de la intelijencia i del corazon, resultará un todo armonioso, en el cual el derecho i el deber se unirán tan intimamente, que ni uno ni otro se harán sentir. --La afeccion, el respeto a la mutua dignidad, elevarán los dos roles hasta el olvido de las dos individualidades. I ello formaria un todo, seria el ser humano, unidad magnífica coronando el edificio de la creacion i hecha a la imajen de Dios.—Así es como se ejerceria, segun los designios del Creador, la supremacia del hombre sobre la mujer.--

Cuando la mujer quiera tomar la supremacia, la autoridad que pertenece al hombre, obra contra su naturaleza; deja su rol por otro imposible.—Probaria solo que carece de las cualidades de su sexo i que envidia las del otro.--

Una mujer que quiere tomar la autoridad, o no tiene corazon, o solo una vanidad necia, o ama otra cosa que su marido; mal síntoma en ambos casos, insuficencia o vicio.

No pongais en duda lo que Dios ha querido; encontrad bueno lo que él ha hecho i someteos a ello, seguid instintivamente la via de sus mandamientos.—Sed i permaneced débiles, dulces i encantadoras, como la naturaleza os ha hecho.—No os hagais ese ser indefinido, esa caricatura híbrida, que se llama *marimacho*, i que dejando de ser una mujer, no podria llegar a ser un hombre.—A cada uno su rol, a cada uno su lugar: naturaleza lo quiere asi.—Mirar mas arriba es peor que un absurdo, es ridículo.

Cuando las mujeres quieran engrandecerse, es preciso que se hagan capaces de cumplir, bajo todos aspectos, las funciones sublimes para que han sido creadas.—El hombre tiene el imperio de lo esterior, i ellas el de la vida privada.—¡Ah! no procureis cambiar este poder por el nuestro.—Reinas por el corazon, no envidieis la rejencia del brazo i de los oropeles de la intelijencia.—Muchas veces hai mas recursos i verdades en el ascetismo del corazon i en las revelaciones intimas que Dios os hace, que en las aventuradas conquistas de nuestra intelijencia.—¡Cuán poderosas seriais si supieseis manejar la tirania de la debilidad!—Pero seria ir demasiado léjos; contentaos con ser nuestras institutrices como madres, nuestras amigas como esposas, nuestro correctivo como mujeres.—Comprended bien esta última palabra. ¿No ablandais por vuestra dulzura nuestra violencia i nuestra dureza? La rijidez de nuestra intelijencia, no se suaviza al contacto de la ternura que llena vuestro corazon?—¡Ah! en el mundo, os ha tocado la parte mas bella! En esta vida el hombre se ajita i remueve todo lo que le es estraño.—Funda la ciencia, erije monumentos, conquista laureles, llega a ser un héroe, un grande hombre. ¿I qué vale todo eso en el dintel de la tumba, para ese ser que no vive mas que un dia? Miéntras que fatigaba su brazo i su intelijencia, en su ruidosa lucha con los hombres i los acontecimientos, vosotras en el silencio de la vida íntima, como madres, como esposas, formabais su tesoro de creencias, de amor i de afeccion, únicas cosas que guarda en el momento que Dios lo llama.—Lo que ha hecho de meritorio, lo encuentra en los recuerdos que tiene de vosotras, en los sentimientos que como madres le habeis dado con vuestra leche, i que como esposas habeis vivificado con vuestra ternura.—Vosotras teneis el imperio del corazon.—*Amar es ser útil para sí mismo; hacerse amar es serlo para los demas.*—Un gran poeta ha reasumido en estas palabras vuestra vida i vuestra realeza. Aun una vez vosotras teneis la mejor parte.

En nuestros dias se habla mucho de la emancipacion de la mujer.—Se avanza en frases vacias esa gran palabra, para servir a sistemas que nada precisan.—Seria deseable que fuese ménos vaga. ¿Cuándo el rol de reformador, impondrá a aquellos que lo invisten, la obligacion de probar el mal i suministrar el

remedio? Así los reformadores deberian principiar.

¿En nuestra patria tiene la mujer necesidad de ser emancipada? Responderémos: tiene necesidad de ser mejorada.—En cuanto a emancipacion, ella lo está tanto cuanto debe serlo. ¿No tiene la plenitud de sus derechos, hablando de los que están en armonía con su naturaleza i su rol? La relijion no la ha libertado de la cadena de esclavitud que arrastraba por siglos i que los sistemas filosóficos, i leyes de diferentes pueblos no habian hecho mas que estrechar i remacharle mas i mas? Su rehabilitacion principiada en el establo de *Bethlehem*, consumada en la cima del *Golgotha*, no ha sido acojida por nuestras leyes, por nuestras costumbres? Estamos en esos tiempos bárbaros donde se la creia de naturaleza inferior, i se la trataba como a tal? Gracias al cristianismo, es considerada como la igual del hombre en naturaleza, i si la relijion le prescribe la sumision a su esposo, numerosos son los cuidados, los mandamientos por los cuales le garantiza su dignidad i su libertad natural.—Si no ha aceptado el vínculo conyugal, puede disponer de su libertad i de su persona tan pronto como es mayor.—La lei le abre la puerta del hogar doméstico que puede abandonar cuando lo halle por conveniente, para ir i obrar a su voluntad. Miéntras que le convenga permanecer bajo su propia autoridad, la lei le garantiza todas las libertades, todas las ventajas personales posibles--Quizás se dirá que ella la priva de ciertos derechos; sí, de los derechos que son deberes cívicos, inherentes al rol del hombre.--Pero la posicion escepcional en que ella queda, no cambia ni sus aptitudes ni su fin natural.—La lei no podria constituirle, por un privilejio legal, los derechos que pertenecen al hombre por el de la naturaleza. —Su renuncia absoluta o momentánea del rol para el cual ha sido hecha, no alcanzaria a hacerla apta para llenar el del hombre.

Cuando ella acepta el lazo conyugal, la lei no cesa de protejerla; al contrario, es solicita en su favor.—Si la coloca bajo la tutela del hombre, no cesa de tener los ojos abiertos sobre la conducta de éste.—Al menor llamado, a la menor queja, ella interviene. Muchas veces lo hace de oficio.—Es mui raro que la mujer no obtenga satisfaccion de los Tribunales, contra un marido disipador, culpable de mal trato o de injurias. En tales casos ella rompe el lazo conyugal, o al ménos lo dilata bastante para que la mujer quede fuera de peligro i no tenga nada que temer.

La conciencia pública se indigna i levanta en su favor, si es comprometida en una escena de escándalo o de violencia. ¿Cuánta no es la severidad de la opinion, respecto de cualquiera que ultraja una mujer, o que olvida los respetos que se le deben, las consideraciones que nuestras costumbres le acuerdan? Por mui abajo que haya descendido, siempre la proteje su título de mujer; i por decaida que se la suponga aun puede abrigarse bajo la salvaguardia de ese título sagrado.

Es preciso confesarlo, porque es la verdad, la mujer tiene, en nuestras leyes, en nuestras costumbres, en nuestros usos, las condiciones mejores i mas ventajosas que pudiera reclamar. ¿Pero sabe sacar de ello el partido conveniente? Nó, i ahí está el mal.—Mal que existe enteramente en su falsa educacion i en la mala direccion que se le dá; i bajo este aspecto hemos tenido razon para decir, que tiene necesidad de ser mejorada.

Jeneralmente se las educa con un solo fin, que es el de agradar i ser, no diremos amadas, sino admiradas i adoradas; dos palabras que corresponden a la excesiva vanidad que se cultiva en ellas, i al espíritu romanesco que viene a completar la obra.

Al ver el modo como se dirije la educacion femenina, uno se tienta a creer que esta mitad de la especie humana no valé la pena de ser formada, instruida, mejorada para sí misma.—Como si la mujer no fuese un ser razonable i libre, respetable de sus actos a Dios, que, como al hombre, le ha asignado un fin eterno,—se le traza un rol egoista, personal, enteramente ficticio i fatal; circunscrito a la coqueteria como medio, a la vanidad como resorte, a lo romanesco como fin en perspectiva.—Desconocimiento de la naturaleza de la mujer, que no se piensa en engrandecer, ni desarrollar; olvido de su dignidad, de su nobleza como ser intelijente.—Se le enseña a ganar el afecto de los hombres, a agradarles; sin ocuparse de darle esa bondad intrínseca, esa virtud, ese valor personal, fin del ser intelijente, i que produce todas las cualidades necesarias a su rol natural.

Las mujeres que piensan, se quejan a cierta edad, de esa educacion falsa que se les ha dado. Conocen su vacio. Comprenden, pasadas las ilusiones i llegada la realidad, que cuidando solo las apariencias, lo superficial i las esterioridades, se ha hecho una cosa indigna de ellas, de su destino, i en consecuencia sacrificado completamente su felicidad.—Cuando las flores de la juventud se marchitan, cuando pasa la hora de las coqueterias i cuando el espejo hace severas advertencias, las mujeres descendiendo en sí mismas, se indignan de su nulidad.—Ven con desesperacion que no son buenas para nada.—Culpan a los hombres de haberlas educado para no ser mas que vanas i coquetas, de haberlas encerrado en el culto de las cosas pueriles, para quedarse mas facilmente los señores.—Se quejan de no haber sido hechas mas que para ser el juguete de nuestras pasiones, en una palabra, solo para nosotros i de ningun modo para ellas.

Estos reproches son soberanamente injustos e infundados. Los hombres no se oponen de ninguna manera a que las mujeres reciban una educacion conveniente i digna; al contrario, lo celebrarian.

No hai un padre, un hermano, un esposo

que no sea de nuestro parecer, i que no pida para ellas esa educacion que ellas se quejan de no recibir.--Los que las aman tales como son, son los admiradores i los amantes. ¿I por qué ellas prefieren ántes que todo al que las ama o admira de un modo real o ficticio? porque a los admiradores i los amantes se les encuentra por todas partes, i escalonados con profusion en el camino, se contentan con apariencias i esterioridades, lo cual es harto mas fácil de adquirir que los méritos verdaderos. ¿Para qué trabajar tanto en cuidar cualidades reales, cuando la vanidad se conforma tan bien con la ostentacion de cosas esteriores i ficticias? Para qué ocuparse del alma, cuando se sabe que una es hermosa, i que las pasiones se contentarán con la envoltura? Adquirir por el estudio, por la reflecion, la cordura, la moralidad, la razon, la ciencia, cuesta muchos esfuerzos i trabajos; miéntras que cuesta bien poco llegar a ser agradable quedando un ser superficial.

El mal está en que las mujeres no toman en cuenta mas que nuestras pasiones; i nuestras pasiones, en efecto, se contentan con sus coqueterias, con sus monadas, con las seducciones de toda especie que ellas emplean para moverlas.

Veamos: ¿qué hacen desde que salen de la infancia? Son adiestradas por sus madres, con ayuda del instinto, en todos los artificios de la coqueteria, en los secretos de los mil medios de seduccion que constituyen el arsenal de las mujeres. ¿Es nuestra la falta si buscan tanto el agradar i producir efecto? Somos nosotros los que las consagramos al culto del espejo, los que les enseñamos todos los ardides del arte de agradar? Qué les pide nuestro amor? Precisamente las cualidades físicas i morales que ellas procuran simular.--Nosotros les pedimos la verdad donde ellas ponen el artificio, la franqueza donde ponen la impostura.---No disfraceis ni vuestro corazon ni vuestra fisonomia. ¿Creeis que con cualidades reales agradareis ménos que con esas mismas cualidades finjidas? Quizás agradareis ménos pronto, pero mejor i mas largo tiempo. No hai temor de que se os desenmascare. La admiracion, el amor que inspirareis tendrán un valor relativo a las cualidades que os adornan.

Para decir verdad, con relacion a los reproches que combatimos, las mujeres no deberian decir:---«¿Por qué los hombres nos educan así?» sino «¿Por qué las pasiones de los hombres nos aceptan así, tales como tenemos el arte de parecer?»--Porque las pasiones son débiles i las mujeres habiles; porque las apariencias son engañadoras; porque en definitiva, para llegar a las satisfaciones de la vanidad, no hai necesidad de los mismos elementos que para conquistar la recompensa del mérito i de la virtud.

La emancipacion de la mujer depende enteramente de su educacion.

Continuará. GUMESINDO CLARO I CRUZ.

La poesía i la versificacion.

¿En qué consiste la naturaleza íntima de la poesía, i quiénes merecen el nombre de poetas? Los críticos no están de acuerdo en este punto. Ya en la antigua Grecia, patria fecunda en tantos i tan ilustres jenios, Aristóteles establecia en su *Poética* los principios en que se funda el placer que nos causa lo que llamamos poesía. Aristóteles encuentra que la fuente de la poesía está en dos cosas que existen en la naturaleza humana: la tendencia a la imitacion que se manifiesta en los hombres desde la niñez i el placer que encuentran en el rítmo i en el canto. La causa de esa especie de encanto que comunica al alma la imitacion de la naturaleza, la encuentra aquel profundo crítico en que «no solamente los sabios, dice, sino todos los hombres en jeneral desean aprender, i para aprender no hai camino mas corto que la imájen». Pero reconoció tambien que eso no bastaba i que la imajinacion, la medida simétrica de las palabras en el discurso, la regularidad de los movimientos en el baile, la armonía de los sonidos en la música i el canto, ya como elementos aislados o en conjunto, eran la fuente mas fecunda de la poesía, de esas brisas misteriosas que brindan goces tan puros al corazon. Como consecuencia natural de estos principios, creyó Aristóteles que podian ser muchas las formas como pudiera manifestarse la poesía i sostuvo la opinion de que el poema épico podia existir en prosa, opinion que ha sido combatida por no pocos ni vulgares injenios.

La Harpe, rebatiendo en este punto a Aristóteles en su *Curso de Literatura*, dice: «Es necesario no *prostituir* los honores de un arte tan bello como la poesía; no se puede separar ésta de la versificacion.... i si pudiese alguno ser poeta en prosa, habria muchos que querrian serlo». Probablemente La Harpe ha sido el maestro a quien ha querido seguir el Sr. Gil i Zárate, cuando en su *Manual de Literatura* nos dice: «Los adornos poéticos son para la prosa como ciertas galas que sientan bien a los reyes i a los altos personajes; pero que deslucen aun mas a las jentes bajas, toscas i groseras. En esto nos fundamos para desechar lo que se llama prosa poética, la cual en su jénero nos parece tan mala como el verso prosaico.»

Si la Harpe i Gil i Zárate creen que la poesía se rebaja, haciéndola descender a la prosa, yo creo, que se la rebaja mucho mas haciéndola depender esclusivamente de la versificacion. La poesía no es otra cosa que la imitacion de la bella naturaleza, hecha con el objeto de deleitarnos. Así por ejemplo en la pintura el arte consiste en hacer una eleccion acertada de los objetos de la naturaleza i embellecerlos a fin de que el conjunto produzca en nosotros una impresion agradable; porque no todos los objetos son suceptibles de conmover deliciosamente el corazon humano. ¡Cuántos goces melancólicos e inefables no d rrama en

nuestra alma una música melodiosa i suave! Esa combinacion admirable de movimientos en medio de una calma inmensa que observamos en la esfera, ese concierto prodijioso de tantas i tantas maravillas, esparcidas sobre la haz de la tierra, que nos llena de admiracion i de contento, esas armonías misteriosas de la creacion ¿qué otra cosa son, sino la voz poética de la naturaleza? Poesía habrá en todo aquello que pueda despertar en nosotros el sentimiento de lo bello i de lo sublime, poesía habrá en todo aquello que sea capaz de hacernos esperimentar esos deleites plácidos, suaves, puros que tanto agradan al corazon i que mas se sienten que se esplican. Así el verso nos comunica estos sentimientos por la simetría de sus partes, por la cadencia rítmica de las palabras; de la misma manera que los comunican la música i el canto con sus armonías, el baile con la uniformidad de los movimientos i todas las otras bellas artes, así llamadas, porque saben conmover las mas delicadas fibras de la sensibilidad. Error es confundir las formas, por medio de las cuales se manifiesta este sentimiento, con el sentimiento mismo. La poesía existe en la naturaleza misma de las cosas; pero las maneras como se nos puede trasmitir son muchas i variadas: de palabra i por escrito, en la prosa o en el verso, en la pintura o escultura, etc. De aquí la division de la poesia o de las bellas artes, que son las formas de su manifestacion, como dicen otros, en plástica i fonética. No encuentro que sea razonable decir que no puede haber poesía en prosa porque muchos quisieran ser poetas entónces. Este argumento vale tanto como este otro: No pueden aspirar a la suprema majistratura todos los ciudadanos indistintamente, sino solo los de cierta casta privilejiada, por la sencilla razon de que de otra manera muchos querrian aspirar a ella. Privilejios tan infundados deben desaparecer hasta del recinto de la literatura. ¡No puede haber poesía sino en verso! I ¿dónde hai mas bellezas, qué escenas mas poéticas que las que presenciamos en los teatros, en las pompas relijiosas de los templos o en las escenas admirables de la naturaleza? I por qué razon? porque en los teatros, la pintura, la música, el canto, la palabra, casi todas las artes o las formas esteriores de la poesía, se combinan i se aunan para impresionarnos deleitándonos; porque estas mismas i variadas manifestaciones, que bastan cada una de por sí para despertar en nosotros el sentimiento de lo bello i de lo sublime, se combinan tambien en el templo para producir mayor efecto i elevarnos en alas de la contemplacion a donde los sentidos no pueden alcanzar; i porque, en fin, en las escenas reales de la naturaleza recibimos reunidas todas estas impresiones de la fuente misma cuyas bellezas i armonías tratan de imitar las artes.

Por consiguiente la poesía es un cierto órden de ideas i de sensaciones que producen en nuestro corazon el sentimiento de lo bello i de lo sublime. ¿Puede en un escrito en prosa manifestarse este órden de ideas i de sentimientos? Sí; porque un escrito en prosa contiene palabras, que representan ideas i sentimientos. ¿Puede igualmente manifestarse este órden en un escrito en verso? Sin duda, con la sola diferencia de que en esta vez, sujetas las palabras a cierta cadencia i armonía, se prestan mas a la manifestacion del sentimiento de lo bello i de lo sublime, por cuanto el fondo i la forma conspiran de consuno a un mismo fin. Convengo, no lo niego, en que el arte de la versificacion sea como por excelencia el instrumento mas digno de la poesía; pero no el único. Por esto i no por otra razon creo que se ha acostumbrado llamar poetas a todos los que escriben en verso por mas pobres de sentimientos que aparezcan, por sobrado humildes o vulgares que sean sus conceptos. Pero es necesario no olvidar que la poesía es un órden de cosas que existen en el fondo de la naturaleza i que, como tal, es independiente de las variadas formas bajo las cuales puede manifestarse, formas que, como el ropaje de la poesía, toman el nombre de *bellas artes*. Oportuno me parece recordar aquí que el mismo Sr. Gil i Zárate, combatiendo esta opinion, llama a la poesía mero adorno, haciéndola consistir en la forma que a los pensamientos presta la versificacion. De esta manera, si casualmente no se hubiera descubierto el arte de versificar, no habria poesía sobre la tierra, ni pudo haberla ántes que en la Grecia aparecieran los himnos órficos, que, segun entiendo, son las mas antiguas composiciones en verso de que se tiene noticia.

Ademas de esto, decidme, si tradujésemos en prosa los poemas de Homero, de Ariosto, de Milton ¿dejaria de existir en esos escritos la poesía, los conceptos elevados i nobles que contienen, los sentimientos que inspiran? De seguro que nó, i sin embargo el verso habria desaparecido. Perderian tal vez mucho esos poemas, quitando las bellezas de las formas, existirian los conceptos poéticos sin las galas orijinales del lenguaje, pero siempre existirian. Sucederia entónces a la poesía lo que a una hermosa si no se presentase a nuestra vista con sus vestidos de gala. No nos impresionaria como otras veces, pero la hermosa existiria siempre.

El único jénero de composiciones que pudiera exceptuarse de esta regla, es el que se llama poesia didáctica; porque quitado el verso quedarian desnudos de sus únicos adornos, los principios i las reglas, con todo el prosaismo que los caracteriza. Pero esta misma excepcion es una fuerte prueba en favor de la opinion que sostengo. He dicho que la esencia de la poesía está en el fondo de las imájenes i de los pensamientos i no en las formas que para manifestarse le prestan las bellas artes. Así, pues, en las composiciones didácticas, una vez que ha desaparecido la forma, desaparece el único adorno poético prestado por la

versificacion, deja de existir toda la belleza, sucediendo jeneralmente a estas composiciones lo que a ciertas feas que trabajan por parecer hermosas a fuerza de ataviarse, pero cuyo intento es vano, porque el adorno no es mas que lo accidental, lo accesorio de la verdadera belleza.

I si aparte de estas pruebas, fijamos nuestra consideracion en ese libro prodijioso, la Biblia, en ese libro sublime en el que, como dice Donoso Cortés, la humanidad está leyendo sin descanso por espacio de cuarenta siglos, i con leer en él de dia i de noche aun no ha concluido su lectura; en ese libro que como dice el ilustre orientalista Jones, citado por Cantu, contiene mas elocuencia, mas verdades históricas, mas moralidad, mas riqueza poética, i en suma mas bellezas de toda clase que las que se pueden hallar en todos los libros juntos, sea cualquiera el siglo o el idioma en que hayan sido escritos; en ese libro, en fin, que, segun el mismo Cantu, posee consuelos para todos los dolores, verdades para cada uno de los tiempos, consejos para cada uno de los estados; que, nutriendo las almas con la palabra de vida, eleva el entendimiento i cultiva el gusto de lo bello; que ha inspirado *La Divina Comedia*, *El Paraiso perdido*, las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, *La Athalia* de Racine, *La Mesiada* de Klopstock, *Los himnos sagrados* de Manzoni; si fijamos, repito, nuestra consideracion en este libro ¿no aparecerá con evidencia el peso i la razon de lo que digo? Porque la Biblia está en prosa, los hebreos no conocieron el ritmo ni la rima. Para La Harpe i Gil i Zárate, en la Biblia no habria poesía, i sin embargo David es el mejor poeta que ha tenido jamas nacion alguna, e Isaias no tiene par en lengua conocida.

¡No puede haber poesía sino en verso! Entónces nacion alguna de la América indiana tuvo poesía, porque ni recuerdo queda de que ninguna de ellas conociese el metro ni la rima, si se exceptúan algunos pocos cantos heróicos con que los aztecas recordaban las hazañas de sus héroes, en sus fiestas relijiosas, i otros de igual naturaleza en cuya composicion fué notable la célebre Anacoana en la isla de Haiti. Pero estas cortas excepciones no alcanzan a desnaturalizar la regla. ¿I es posible persuadiase de que entre tantos millones de hombres no hubiese ninguna intelijencia capaz de admirar la galana i esplendente naturaleza de la América, ningun corazon sensible que pudiese impresionar a los demas con la pintura de las pasiones humanas, madre fecunda de las doradas esperanzas, de las ilusiones desvanecidas, de todos los consuelos i tribulaciones del corazon, de todas las alegrías i las tristezas del alma; ninguno que con estos estímulos, siempre antiguos i siempre nuevos, sintiese arder en su pecho el fuego de la inspiracion i tuviese la habilidad de comunicar a sus semejantes sus impresiones i sus sentimientos? ¿Sostener que en todo un mundo no hai poesía ni poetas porque no se ha conocido en él la versificacion! No existe, i no porque se haya perdido, no existe el testo en que al dotar Dios de alta i fecunda inspiracion a ciertos seres privilejiados, les prescribiese que solo en verso pudieran espresar lo mucho que su corazon sintiese. Poesía habrá donde quiera que haya corazones sensibles; poeta será todo aquel que posea la facultad de sentirse conmovido con la idea de lo bello i de lo sublime, i el arte de trasmitir esta conmocion. Importa poco que lo haga por medio del verso o de la prosa, de la palabra o de la música, de la pintura o escultura, será poeta si sabe comunicarnos el sentimiento tierno o elevado de que se halle poseido. Para mí será mas poeta Chateaubriand en *Los Mártires*, en *Los Natchez*, en la *Atala* que el mismo señor Gil i Zárate en sus mas celebrados dramas en verso; David será siempre mas poeta en sus salmos en prosa que el académico La Harpe en sus correctos i numerosos versos, que la posteridad no leerá probablemente. Por eso, contra la opinion del mismo señor Gil i Zárate, creo que es una espresion mui exacta la de verso prosaico i prosa poética. Quiero recordar aquí lo que el señor Blanco Cuartin decia con este motivo en la última sesion del *Círculo*: «La poesía no es mas que el sentimiento, i ser poeta no es otra cosa que sentir a lo mujer.» Sin embargo, esto seria ser poeta para sí i no para los otros, razon por la cual no basta tener la facultad de *sentir a lo mujer* sino tambien el arte de trasmitir este sentimiento.

Decir pues que todos aquellos que poseen las cualidades que dejo apuntadas pueden ser poetas no es *prostituir* los honores de la poesía, sino al contrario es realzar su mérito; puesto que no se la hace depender ya de una condicion tan accidental como es la forma, sino de un órden harto mas elevado i raro, cual es el de sentir de cierto modo particular i saber comunicar este sentimiento; es dejar libre la ascension al Parnaso para que suban a él no todos los injénios que saben mas o ménos ataviarse con ese adorno que se llama verso, sino solo los que poseen un corazon sensible i una imajinacion creadora; quiero que se llamen poetas todos, si todos saben serlo, es decir, que tambien en la poesía quiero solo la libertad i no la prostitucion, no la licencia.

ABDON CIFUENTES.

—

Ecos de la semana.

Santiago, diciembre 17 de 1859.

SUMARIO.—Una planta exótica i otra planta indíjena.—Dos espectativas.—Muchos locos furiosos.—Los Rencagüinos, los Pirineos i Luis XIV.—Una ejecucion capital.—La única novedad plausible.—Santiago en los jardines.—Casados i enamorados.—Semana teatral.—Enciclopedia teatral.—Pascua teatral.—Los amigos de las letras en vacaciones.—Bibliografía.

Hai una costumbre que jamas llegará a adoptarse por los vecinos de Santiago, mal que pese a su espíritu de imitacion tan pronunciado i universal: esta costumbre es el suicidio. Rara vez o nunca se oye decir entre nosotros de personas que hayan atentado contre su propia vida, ni serán mas en adelante, seguro estoi de ello, las que dén que hablar por esta causa. El suicidio es el supremo esfuerzo de la desesperacion, i los santiaguinos están siempre esperando. La índole de nuestra poblacion está admirablemente organizada para la práctica de las virtudes teologales, de la esperanza en particular. Esta áncora de los tristes i menesterosos es la que mantiene amarrados en el puerto de la existencia a los vecinos todos de nuestra capital. Gracias a ella, si hoi lloramos, esperamos reirnos mañana; si hoi bostezamos, esperamos triscar mañana i regocijarnos; si hoi somos perezosos, esperamos ser mañana dilijentes; si hoi callamos, esperamos hablar mañana; si hoi nos agobia la indolencia i el egoismo, esperamos levantarnos mañana esforzados i amantes del bien comun; si hoi echamos mucho de ménos i hallamos algo de mas, esperamos no tener mañana nada de mas ni de ménos..... ¡Oh dulce esperanza, hija del cielo i hermana de los ánjeles, no te alejes de nosotros, no nos abandones!.... bate tus alas de esmeralda i ven a cernerte sobre nuestras cabezas, para que tu sombra nos ampare durante el dia, para que tu fulgor nos alumbre en la oscuridad, i podamos, como en otro tiempo los prófugos nietos de Jacob, atravesar el árido desierto i contemplar la tierra de promision, aunque no sea sino desde las eminencias lejanas.

Por fortuna, lo que hoi espera Santiago, es decir lo que espera con mas vehemencia, ni es tan difícil de alcanzar ni está tan léjos como la tierra de Canaan. Espera simplemente que el calendario le traiga la Pascua i que los rieles del ferrocarril lo lleven hasta Rancagua, que ya será llevarlo a alguna parte.

Esta inminente prolongacion de los rieles tiene locos de alegría i furiosos de entusiasmo, esto es, locos furiosos a los habitantes de la gloriosa villa. Preparan, para solemnizar la llegada de tan buenos huéspedes, todo jénero de fiestas i regocijos: habrá bailes, banquetes, iluminaciones, banderas, flores, repiques, cohetes, músicas, alocuciones i discursos, corridas de terneritos, corridas de caballos, i quién sabe si tambien parada.....militar. No caben de contento, no saben lo que se hacen .....ni aún lo que se dicen; imajinaos, benévolos lectores, que uno de ellos, corresponsal del *Ferrocarril*, pretendia ayer que entre Santiago i Rancagua habia Pirineos i que la locomitiva iba a aplanarlos como Luis XIV; asercion inverosímil jeográficamente hablando.

Mecida por los vaivenes de estas dos expectativas, nuestra capital no ha hecho esta semana mas que otra cualquiera, si se exceptúa una ejecucion capital, a que vosotros no asististeis sin duda, cultos lectores, ni yo tampoco asistí. No podría, pues, contaros sus pormenores, aunque lo quisiera, ni vosotros tampoco querríais oirlos. Sin embargo, en nombre vuestro, en nombre mio, en nombre de todos los asociados, se ha perpetrado esa ejecucion, se ha muerto a un hombre, se ha tomado un sangriento desquite, se ha ejercido la venganza legal. Si habia ántes de ayer algun ser humano indigno de la vida, era por cierto el soldado ajusticiado ese dia;—cobardemente criminal, habia desertado sus banderas i asesinado a su mujer, estaba manchado de traicion i alevosía;—pero la verdad es que no hai hombre alguno digno de recibir la muerte, que solo Dios puede quitar como es el único que puede dar la vida.

Por lo demas, poco o nada se ha hablado de este odioso suceso, i en verdad que ninguna falta le hacia a la conversacion tan triste tema. No han sido mucho mas alegres los que ha tenido a su servicio,—nuevas enfermedades, nuevas defunciones, nuevos impuestos, nuevos ministros, nuevas embestidas de los Araucanos i qué sé yo cuántas novedades mas.

Acaso la única novedad plausible de la semana ha sido el cambio marcado de la temperatura, que empieza a ceder amablemente de sus pretensiones ecuatoriales. Ya el calor es ménos sofocante, ya la sofocacion solo abruma a las humanidades exajeradas, ya se alienta, ya se respira. El ambiente se hace ménos pesado, se deja arrastrar suavemente del viento i viene a acariciar las hojas de los árboles, a juguetear en los diáfanos pliegues de la muselina, a desparpajar los cabellos, a besar las mejillas. Las mañanas, pálidas o sonrosadas, son siempre cariñosas i frescas; el sol con graciosa coquetería se tapa de cuando en cuando la cara con el chal de sus nubes i se esconde a los transeuntes del medio dia; i las tardes, vestidas de fantásticos celajes, voluptuosas i vagas, se columpian largo tiempo en el firmamento, siembran en el espíritu mil distracciones deliciosas, mil fujitivas imajinaciones, i se alejan lentamente i como a su pesar.

Nuestra sociedad no ha podido resistirse a estos atractivos i solicitudes del tiempo, i ha aprovechado de la ocasion para desperezarse, moverse i pasear hasta caer rendida. Ni ha sido la Alameda el

único teatro de sus escursiones. Tambien los jardines han visto invadidas de numerosos paseantes sus estrechas avenidas, sus misteriosas enramadas, sus discretos cenadores. Aguardando a la pascua para gustar las frutas, se ha ido entretanto a ver las flores i embriagarse con sus perfumes. I contemplando colores i aspirando aromas, ha ocurrido tal vez una idea feliz o a lo ménos una palabra afortunada, se ha reido entónces, se ha hablado en seguida, se ha preguntado despues, se ha respuesto, se ha anudado una conversacion, se ha despertado una simpatía, se ha insinuado una esperanza, se ha.....Porque estos paseos no se han dado a solas ni aisladamente, sino que las damas han buscado i hallado un apoyo en el brazo de los caballeros, que a su turno han buscado, sin hallarla siempre, una sonrisa en los labios de las damas.

El miércoles, en uno de esos paseos, la señora T....., a quien servia de caballero Arístides G...., decia a este:

—Los matrimonios han pasado de moda en Santiago.....Ha observado Vd.?.....ya nadie se casa....

—Es la verdad, señora; pero qué quiere Vd..... todo el mundo está enamorado....

—Razon de mas.....

—¡No tal! en Santiago se casan por no enamorarse, i se enamoran por no casarse.....

En el teatro, la zarzuela ha partido esta semana con el drama el imperio de nuestros oidos. El sábado i el domingo se ha declamado, el mártes i el juéves se ha cantado, salvo los casos en que se ha gritado, que no han sido pocos.

Una zarzuela nueva, *el Tramoya*, ejecutada a beneficio del director de orquesta, no ha logrado sino un éxito mediocre. I no por culpa de los cantantes. La Alvarez i Flores se hicieron aplaudir en ella, Clapera anduvo oportuno i feliz cuanto era dable, i la Mur consiguió transformarse en una vieja perfectamente ridícula. Pero la partitura es pobre de solemnidad, i el argumento en que se apoya grotesco e inverosímil.

Con mas gusto i aplauso que este estreno, fué oida la repeticion de *Jugar con fuego*, en que la Mur i Clapera reinaron como soberanos.

Antes de esta repeticion habia tenido lugar la de *Sullivan*, hermoso drama, bien desempeñado por los actores i bien acojido del público. En él nos dió O'Loghlin la medida de sus fuerzas i arrancó de manos del espectador calorosos aplausos.

Fué sin duda esa pieza mucho mejor ejecutada que lo habia sido la noche anterior *Don Francisco de Quevedo*, en cuyo desempeño tuvo que lamentarse el mal trato dado a los versos, sin ser esta la única falta lamentable.—Por lo demas, la famosa i única creacion de Florentino Sanz fué recibida del público con un entusiasmo digno de su reputacion tan bien sentada. Así es que apénas me atrevo a balbucear una sospecha que me asalta: ¿los encomios prodigados sin tasa a este drama son todos justos, imparciales, desapasionados? Tentaciones dán de no creerlos tales, cuando se observan ciertas escenas violentas, ciertos recursos inverosímiles, ciertas pincelad as poco diestras en la pintura de los personajes.

Pero si algo ha merecido llamar la atencion en la semana teatral, es el carácter enciclopédico que ván tomando las funciones de beneficio. La del mártes, por ejemplo, era todo un puchero musical, un manual de enciclopedia lírica. I no es esto todo, sino que el mismo fenómeno se ha reproducido en el personal de la concurrencia, en la de los palcos principalmente. ¡Qué novedad tan variada i fantástica la que ofrecia aquella noche! ¡Cuánto no habria podido estudiar un frenólogo en los cráneos de aquella concurrencia!

Entre tanto, si los santiaguinos esperan la llegada de la Pascua, el teatro espera tambien la llegada de *los Polvos de la Madre Celestina*, no ménos deseada que la primera. Por fin, ya se anuncia como cosa segura que esta nombrada comedia de májia será puesta en escena la entrante semana.

Anoche, el *Círculo de Amigos de las Letras*, despues de oir la lectura de un importante trabajo económico de D. V. Cruchaga, tan conocido ya i distinguido por sus estudios de hacienda, se ha declarado en vacaciones hasta el primer viérnes de marzo, en que volverá a proseguir sus tareas.

La bibliografía cuenta esta semana una novedad. Es un folleto que bajo el título de *El Peluconismo temblando ante el nuevo Polifemo* ha comenzado a circular en la mañana de hoi. Apénas he tenido tiempo de recorrer mui a la lijera las pájinas de esta publicacion flamante, destinada, como su título puede hacerlo sospechar desde luego, a la defensa del partido llamado *pelucon*, que por tanto tiempo ha dominado en la política de nuestro país i que tan maltratado ha sido en el folleto *el Gobierno i la Revolucion*. Mas, como donde las dan las toman, el autor de este último folleto ha sido a su turno puesto de oro i azul en la publicacion de que os hablo, i el partido pelucon, no solo defendido, sino tambien ensalzado e incensado profusamente.

Volveré a hablaros con mas espacio en mi próxima revista de este folleto, que acaso no alcanzará mucha circulacion, porque no se da sino que se vende al módico precio de 20 cts.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL "JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores:—Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Diciembre 21 de 1859. Núm. 32.

Algunas trabas de la Agricultura en Chile.

Se ha dicho que Chile ha de ser agricultor i marino, i es la verdad: por la feracidad de sus terrenos i por los variados climas de sus diversas latitudes, está llamado a producir casi toda especie de frutos; i por la configuracion de su suelo, en gran parte sinuoso, quebrado i de difícil acceso, requiere cuantiosos capitales para la apertura de vias de comunicacion terrestres. Faltando puertos en tierra para la extraccion de los frutos, es menester buscarlos en el mar. Toda la costa, llena como está de puntos aparentes para el establecimiento de puertos, le presenta un elemento de actividad comercial i de enriquecimiento futuro: por manera que al lado de las dificultades que hai que vencer por tierra para la viabilidad, está el elemento marino convidando a que se le emplee en beneficio de la República. Pocos paises hai en donde pueda hacerse con mas ventajas el comercio de cabotaje que en el nuestro. Las dificultades ya indicadas, en que casi todo el litoral se halla para la extraccion de sus frutos por tierra, ponen al agricultor en la triste condicion de entregarse a discrecion al fletero que lo esplota. No queda otro recurso que el mar; pero carecemos de puertos, i nuestra marina está en mantillas. Miéntras todas las miradas están fijas en el gran camino de fierro que con el tiempo dividirá lonjitudinalmente el valle central de Chile, nadie o casi nadie se fija en nuestras costas, cuyos productos, por falta de movilidad, tienen que ser consumidos en cada lugar o esportados fuera del litoral, con gran perjuicio de los productores. A veces solo ganan los fleteros i revendedores, pues el recargo que con el flete tiene que sufrir la produccion, hace que esta sea pagada a precios ínfimos. Hé aquí una de las causas del atraso de nuestra agricultura, i de la miseria en que yace casi todo el litoral del pais. De nada le sirve contar con terrenos capaces de producir un diez, un veinte i un treinta por uno, pues que la carencia de medios de movilidad anula en gran parte el producto. Por esto es que uno de los medios que creemos mejores para hacer salir a nuestra industria agrícola del sumo atraso en que yace, es poner las costas en comunicacion con el interior del pais, abriendo sendas practicables al traves de sus montañas. Ya que no es posible en ciertos puntos, por los excesivos gastos que se ocasionarian, abránse puertos de mar para que se establezca de hecho el comercio de cabotaje. Finalmente, cuando nuestros agricultores puedan producir con provecho; es decir, cuando se puedan poner nuestros frutos, sin grandes recargos, sobre los puertos de esportacion, entónces lo que falta para concluir la obra de nuestro adelanto comercial, es buscar un mercado en donde nuestros frutos sean vendidos con provecho de sus productores.

Pero al tratar de la falta de comunicacion terrestre, no podemos ménos de alzar la voz en contra de los abusos producidos por la ignorancia de muchos de nuestros propietarios costeños, i por la indiferencia de nuestros mandatarios. Muchos de los caminos del litoral pueden mejorarse notablemente con solo hacerlos jirar por los valles, en vez de llevarlos por las cuestas de los cerros, que es como se practica jeneralmente. Con esto ganaria no solo el público, sino el propietario mismo; pero mui pocos de estos comprenden los beneficios reales que les reporta a sus estancias la mejora de los caminos que pasan por ellas; i todos huyen de que se les *divida sus propiedades*, aun cuando con la division se aumente el comercio de sus respectivos lugares. Ya alguna que otra vez se ha intentado hacer ciertas modificaciones en muchos de nuestros principales caminos costeños; pero sin otro resultado que el desprestijio de las autoridades que quieren hacer el bien venciendo atrasadas preocupaciones. Con solo decir el rico hacendado que se le perjudica por que se le *parten* sus potreros de engorda, i reclamar de la arbitrariedad del mandatario, ya las cosas quedan como ántes estaban. Un poco de influjo con los poderes superiores lo hace todo. Si no fuéramos testigos de hechos infinitos, no hablariamos; pero hablamos así porque es así, i aun cuando nos da vergüenza decirlo, no por esto nos creemos ménos en el deber de hacerlo, para que se trate de curar el mal. ¿Será posible que se sacrifique el comercio de un departamento o de una provincia a la influencia de un rico, por respeto a su influjo? Esto es llevar al exceso el respeto de la propiedad, puesto que tan notablemente se perjudica con ello la sociedad entera.—Creemos que si la sociedad tiene derecho para obligar a un propietario a que venda, mal de su grado, un pedazo de terreno para que pase un canal, lo tiene igualmente para obligarlo a que dé paso al público, al comercio, a la industria, por ser esto un bien jeneral, al cual deben subordinarse los bienes particulares. I esto es tanto mas justo, cuanto qué obrando así se beneficia al propietario mismo qué se dice perjudicado.

¿I qué diremos de esa indiferencia de nuestros hacendados respecto del estudio de la agricultura? ¿Qué de esa perniciosa rutina que solo sirve para hacernos retrogradar? Pocos son los que tratan de estudiar, i muchos los que están dispuestos a rechazar los sistemas de labranzas que hombres intelijentes nos traen de pueblos civilizados. ¿No es una vergüenza ver hoi en grandes estancias el arado que provisionalmente usaron los españoles a su llegada a América? Hablarles de *máquinas* a muchos de nuestros hacendados es como hablarles en griego; i no pocos hai que sostienen acaloradamente la superioridad de nuestro sistema sobre los de naciones adelantadas como Estados-Unidos de América, Inglaterra i Francia. ¿I en qué consiste esta superioridad? *En que un arado nues-*

tro vale doce reales, miéntras que por un estranjero le cargan a uno veinte pesos. I no hacen cuenta lo que ahorran en bueyes, pues un arado nuestro trabaja ménos de la mitad que un americano: i no se acuerdan de lo que se gana en tiempo i en cosecha con un buen elemento de labor. Esta conducta es perjudicialísima, por el desaliento que introduce en aquellas jentes de un rango inferior acostumbradas a seguir el ejemplo del rico del lugar. ¿No es natural que un pobre se retraiga de comprar una guadaña, por ejemplo, i de aprender su uso, cuando la ve despreciada por el rico, cuya opinion respeta? ¿I cuanto no ganaría ese pobre segando en un dia lo que con su antiguo instrumento podria segar en cuatro o seis? Hai honrosas escepciones, sin embargo, i nos es grato decir que hemos visto personas í sabemos de otras, que animadas del deseo de progreso, tratan de introducir en sus estancias i de estudiar los mejores sistemas, enseñando ellos mismos a sus peones el modo de manejar el arado: ejemplo digno de imitarse.

No se oponen ménos al desarrollo de nuestra agricultura esas estancias inmensas, incapaces de ser cultivadas por un solo hombre. Hai propietarios que parecen seguir al pié de la letra el antiguo lema español: *Casas cuanto quepas*, i *tierras cuanto veas*. Viven en la miseria solo por *juntar reales* con que poder acrecentar sus ya inmensas propiedades; i en vez de sacar de ellas todo el provecho que debieran, su ahinco es ensancharlas hasta donde no alcanza la vista. Lo cual es solo efecto de nuestra poca industria; porque si la hubiera ¿no se emplearia mejormente esos capitales que comprando terrenos que no han de cultivarse? El objeto del propietario con este sistema, es asegurar su capital con un bien raiz i no pocas veces su ganancia consiste en el aumento de valor que la propiedad recibe con el tiempo. Hai fundos i no pocos que no han sido trabajados por falta de capitales, i cuyos dueños habrian hecho fortuna, si hubiesen vendido la mitad de ellos para cultivar con su producto la otra mitad. Una de las ventajas que acarreará con el tiempo la conversion del diezmo, es la division de la propiedad, pues que ya no se le manda pagar al productor en proporcion del producto que ha tenido realmente, sino en razon de los elementos con que cuenta para producir. Con este sistema se obliga al productor a sacar de dichos elementos el mayor provecho posible.

La creacion del banco hipotecario ha dado algun empuje a nuestra agricultura, suministrando a los propietarios dinero a un cómodo interes. Lástima es, sí, que desconociendo muchos hacendados el objeto de aquella institucion, empleen los capitales que de la Caja reciben en alimentar i fomentar la terrible i loca pasion del lujo. En vez de comprar arados, guadañas, trillos, etc, he visto a no pocos hacendados empeñarse en montar lujosamente su casa: pero como un buen amueblado i un par de espejos brillantes no serán hábiles para producir, si no es vanidad en sus dueños, es probable que estos concluyan por pagar caro su poco juicio.

Otro de los elementos de progreso agrícola con que podemos contar es la escuela de agricultura: pero pocos son los frutos que de él recojemos todavia, ya sea por nuestra natural desidia, ya porque dicho jardin apenas es conocido de nombre por nuestros hacendados. Aun cuando la escuela contase con todos los elementos de labranza; aun cuando ella ofreciese enseñar su uso a todas las personas que quisiesen visitarla, todavia no daria los resultados que se desean, porque siempre seria poco visitada por nuestra jente del campo. Esta ha menester que se la busque; se necesita empujarles, pues su desidia i pocos conocimientos no la dejan obrar. De aquí deducimos que el verdadero medio de educacion agrícola es el establecimiento de escuelas en todas las provincias. Hé aquí como se conseguirá solamente hacer de algun modo familiares a nuestros agricultores los medios i los instrumentos de labranza que mas provecho dan. Mientras no sean conocidos por nuestras jentes; miéntras que los conocimientos solo existan en un pequeño número de alumnos ¿qué resultado podemos esperar? Creemos, pues, que mucho mas vale para nuestro adelanto poseer seis u ocho escuelas ordinariamente dispuestas en las provincias, que tener una lujosamente ataviada en Santiago, en donde no será visitada sino de tarde en tarde por la jente curiosa. Es menester enviar la ilustracion i progreso a nuestros pobres pueblos, i no esperar que estos vayan a buscar a Santiago una cosa que no comprenden, i por la cual no creen deber perder su tiempo. Es menester buscar a las jentes en sus propios lugares, i venir a vencer la preocupacion e ignorancia, persiguiéndolas en su propio terreno. Solo así se conseguirá un resultado satisfactorio. No pedimos un gran aparato para cada ciudad: bastarian algunos arados, una guadaña, algunos sembradores, una rastra con un juego de gradas i cultivadores, agregando trillos, máquinas de segar, etc., en aquellos que lo merecieran o en donde los habitantes ayudaren los gastos. Un hombre medianamente intelijente podria esplicar el uso de estos instrumentos, admitiéndose a oirlo a todo el que lo quisiese. Aun se podria obligar a muchos por medio de pequeños premios pecuniarios distribuidos a aquellos que mas adelantasen en el manejo. Repetimos que esto nos bastaria por ahora, pues con ello se venceria en gran parte la preocupacion que en los campos existe en contra de los instrumentos de labranza, que son mirados por muchos (i no de la última clase) como cosa fabulosa.

Echase de ver bien que una vez formada la costumbre, ya las escuelas en forma que con el tiempo se establezcan encontrarán mas espedito el camino para el desarrollo de los conocimientos agrícolas.—Por esto creemos que las Mucipalidades de la República harian un verdadero bien a sus respectivos pueblos erijiendo en ellos esta clase de establecimientos en cuanto sus fuerzas lo permitiesen. Los vecinos mismos podrian ayudar por medio de erogaciones particulares al sosten de estas escuelas, cuyos gastos se harian notablemente menores presentando al pueblo objetos modelados en madera, solamente para que el maestro enseñara la teoria de su uso.

I sí se nos dijese que esto seria gravar al Erario con gastos exorbitantes, contestariamos que mas vale gastar mucho con provecho que ménos cuando en casi nada se aprovecha. Por otra parte ¿para qué son las rentas públicas sino para ser empleadas en beneficio de aquellos que las erogan? Pues bien: presupuéstese un tanto por ciento de lo que se saca de cada provincia, i empléese le en la mejora de su condicion agrícola.—Vuelva a los pueblos la sangre que de ellos se saca.—Razones de política debieran hacer obrar de esta manera a los gobiernos, pues no hai mejor sostenedor del órden i de la paz que la felicidad de los pueblos

mismos. Trátese de tenerlos ocupados; hágase que cada habitante (si es posible) vea el premio de sus labores, estableciendo esa movilidad tan necesaria al desarrollo del comercio i de la riqueza; i los buenos gobiernos no tendrán enemigos capaces de volcarlos.

DANIEL BARROS GREZ.

Adios.

EN EL MAR.

I.

Leila, adios! Ya los vientos contrarios
De tí me separan
I llenando inhumanos las velas
Impulsan mi barca.

Adios, dulce paloma querida,
Mi bella esperanza,
Pura vírjen de cándida frente,
Amor de mi alma.

En los aires contemplo embebido
Tu imájen amada
I tu suave, hechicera sonrisa
Me pintan las aguas.

Pero es triste el murmullo profundo
Del mar i del aura
Como un eco lejano i doliente
Que el pecho me embarga.

I no sé por qué al par que suspiro
Mirando las aguas,
A mi triste i marchita pupila
Se asoma una lágrima.

Tal vez cruza lijera el espacio
Un ave estraviada,
I mi llanto i mi triste suspiro
Confio a sus alas.

Tambien yo, de tí léjos llevado
Por suerte inhumana,
Voi cruzando los húmedos mares
Cual ella que pasa.

Desolado i lloroso contemplo
La límpida sábana
De los cielos i nada descubro
Que alivio me traiga.

Sombra solo diviso a lo léjos
I auroras opacas,
Desdichados i tristes consuelos
Del pecho que ama.

II.

I quizá tú dichosa sonries
Mi ausencia olvidando,
Miéntras yo en dolorosas endechas
Mi amor te consagro,
I embebido pronuncio tu nombre,
Tu nombre adorado,
I a mi oido tan solo sus ecos
Me traen los austros.

¡Ai de mí! el corazon se anonada
Si miro a lo alto,
I al volver a mi pecho los ojos
Desierto lo hallo.

Es el cielo sombrio sin luna,
Sin flores el campo,
Arroyuelo sin dulce murmullo,
Sin hojas el árbol.

A favor de los vientos la nave
Se avanza entretanto,
Por el mar de pacíficas olas
Mecido su casco.

I al compás de las olas i el viento
Se escuchan los cantos
Del marino, ave errante i sin patria,
Vagar desmayados.

El tal vez como yo se lamenta
Un nombre invocando,
I su triste plegaria la brisa
Destroza en pedazos.

Mas ya el sol escondió presuroso
Su disco dorado,
I la noche de sombras seguida
Se avanza al espacio.

¡Soledad! no se vé al horizonte
Bajel solitario,
Ni gaviota de blanco plumaje
Las olas rozando.

Adios, siempre, mi Leïla, al dormirme
Del mar en los brazos
Tú serás la vision de mis sueños,
Mi fúljido faro.

¿Volveré a contemplarte algun dia?,...
Lo sabe el acaso;
Solo sé que si ausente perezco
Será en tí pensando.

DAVID CAMPUSANO.

La mujer.

(Artículos extractados para LA SEMANA.)

Continuacion.

II.

BELLEZA.

Vamos a hablar de la belleza bajo el punto de vista estético.

¿Qué vamos a decir de ella? Diremos que es un barniz con el cual la naturaleza cubre sus obras de tierra i de polvo? O preferis,

bellas lectoras, que digamos: la belleza es la suave esflorescencia de las flores i de las frutas? ¡Ai! es exactamente lo mismo: el menor contacto hace perder al vaso su barniz, a la flor su adorno: i ¿qué es lo que queda en seguida? ¡Pobres flores humanas, vosotras lo sabeis bien!

Pero subamos mas alto, porque nos gusta observar hasta el fondo de las cosas; la galantería, el temor de desagradar, no nos detiene, i buscamos la verdad aun a su costa. La belleza no tiene nada de humano, nada de creado, es un rayo de lo alto que Dios hace lucir sobre el universo, sobre las flores, sobre vosotras, i que retira hácia él, como retira la luz, como estingue la vida.

«La belleza es Dios,» dice San Bernardo. Esta concisa espresion esplica, mucho mejor que todo lo que han dicho los filósofos, lo que es la belleza, lo bello estético.

Sí, cualquiera que sea el grado de perfeccion que un ser posea, que pertenezca al último grado de la escala animada, que sea materia bruta, planta o niña, siempre refleja algun rayo de la luz divina. Cuando Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imájen i semejanza,» cuando derramó sobre su rostro un soplo de vida, le comunicó una parte de la belleza de la cual él es la fuente. Considerado el ser bajo este punto de vista, tiene algo de sagrado; la belleza es entónces una cosa santa que no debe profanarse, i que Dios derrama sobre sus criaturas para elevarnos por grados hasta él. Si hubiese ofrecido a nuestra mirada los inefables resplandores de su divinidad, nuestra flaqueza orijinal i nuestro ojo mortal, se hubieran consumido como una yerba seca lo es por la llama; pero él ha derramado sobre sus criaturas, débiles destellos de la belleza suprema, para acostumbrar i alentar nuestros corazones. La belleza en las criaturas privadas de intelijencia es muerta e inanimada, no puede recibir de ellas ninguna influencia. Su pasividad no podria modificarla de ningun modo; ninguna de ellas la aparta de su santo destino para hacerla servir para el mal.

No sucede así entre las criaturas intelijentes; se efectúa en ellas como una fusion del espíritu i de la belleza. El espíritu se atribuye las cualidades físicas del cuerpo porque hasta cierto punto puede modificarlas, aumentarlas. En efecto les comunica la vida i la animacion misteriosa, sin las cuales las formas mas bellas, los contornos mas deliciosos, pierden su mas poderoso encanto.

La vanidad aparece entónces como la llaga de la belleza, el presente divino se cambia en mal, por el falso uso que de él se hace. El ser se aisla orgullosamente en la admiracion i en el amor de sí mismo, se hace un dios de su rostro, atrae por mil artificios las miradas del mundo, i en su vanidad recibe para sí homenajes que deberia santificar refiriéndolos a su autor, fuente de todo lo bello.

Hai dos clases de belleza, la belleza física i la belleza moral.

Físicamente, un ser es bello cuando posee las cualidades normales propias a su esencia i a su destino. La idea del ser envuelve la de individualidad; así, la belleza resulta de cierta armonía, de cierto acuerdo, de cierta forma de las partes que tienden a reunirlo todo en la unidad.

Aunque muchos cuerpos inorgánicos tienen la forma rectilínea, de donde resulta el ángulo que hiere la vista i rompe la armonía, se puede decir que casi todos los cuerpos han sido sometidos a la forma redonda que aproxima mas las partes al centro, las concentra mejor en la existencia aislada e individual. Todos los globos que se mueven en el espacio están sometidos a esta forma. La molécula elemental casi siempre es redonda, i en todo el reino orgánico, el mas perfecto en la creacion, la redondez es el tipo que ostentan casi todos los seres.

Esta forma coincide con la plenitud de la existencia; ella anuncia la fuerza i la duracion. Al contrario, cuando un ser comienza a perder la redondez, tiende a su disolucion; sus partes se desunen: la forma angulosa anuncia siempre la muerte: esta verdad es constante.

Observad al hombre cuando es jóven i sano, sus miembros se redondean, sus facciones se ensanchan, la cútis suavemente estendida sobre un tejido celular abundante, disimula las concavidades i las partes salientes. Si al contrario es viejo o enfermo, se dejan ver las asperezas, los ángulos se pronuncian, las sinuosidades destruyen la armonía de las líneas; la muerte no está léjos.

El color de los seres contribuye mucho a su belleza. Los colores brillantes, que reflejan vivamente la luz, parecen pertenecer propiamente a la vida, a la existencia; al contrario, los que son empañados, sombríos, mejor a la noche i a la muerte.—En sus dias de esplendor, la naturaleza se cubre de esa verdura que alegra la vista i la reposa deliciosamente; adorna las flores i las frutas con los colores mas variados i brillantes; pero cuando el invierno se acerca, el árbol pierde su verdor, la flor se marchita, i el color gris se estiende como un velo de duelo sobre toda la naturaleza; es la muerte, es la noche para ella. La salud en el hombre, pone de manifiesto sus colores rosados, sus matices delicados; la muerte los borra i desfigura el rostro, que se pone mate, empañado i helado.

Así, reasumiendo, la belleza física resulta del desarrollo normal i regular de los seres, manifestándose a la luz en toda la plenitud de sus atributos.

La belleza moral, es lo infinito, i todo lo que la intelijencia deriva de él; ella yace en la manifestacion de la verdad, del ser intelectual, en el alma del hombre.

El hombre que no ha embrutecido su alma

no puede vivir un instante, dar un paso en el universo, sin ser iluminado por los resplandores de esa belleza divina.—Si entra en sí mismo, cara a cara con las revelaciones íntimas que Dios hace a su pensamiento, i compara su nada con la grandeza suprema, se prosterna ante el pensamiento de lo infinito i de la eternidad; si eleva los ojos al cielo, vé rodar sobre su cabeza los millones de mundos que Dios sostiene en el espacio; si mira a sus piés, vé el insecto rastrero, otro mundo tan perfecto, tan prodijioso como los mundos celestes. Su mirada no tiene mas que elejir entre las maravillas de la creacion que lo rodean. La naturaleza ostenta a su admiracion bellezas sin número. La montaña que se eleva hácia los cielos, el torrente que rueda en cascadas sobre sus flancos resplandecientes de luz, el rio que despliega su plateado curso en las verdes praderas, el ave que hiende los aires, que halaga el oido con sus melodiosos cantos, el cuadrúpedo ájil que devora retozon el espacio, todo revela a su pensamiento la omnipotencia, la majestad del Dios creador de tantas maravillas.

Su alma, exaltada en presencia de ese espectáculo grandioso, toma su vuelo hácia los cielos i vá a perderse en el seno de la Divinidad. Entónces es cuando el sentimiento de lo sublime nace en ella i que se crea un tipo ideal de belleza que llega a ser el sueño de la ciencia, del arte i del corazon.

Tipo divino, que produce obras maestras, sacrificios sublimes i amores que llenan la vida humana de ilusiones, de dulces sueños de felicidades indecibles i de amarguras inauditas.

Felices los que no aman mas que a Dios, que no sueñan mas que con los esplendores de lo infinito, i que, en las místicas ascensiones de su alma hácia la divinidad, olvidan el mundo para siempre, i no descienden sobre la tierra mas que para llorar las cosas de acá abajo. Para ellos los goces puros, las verdaderas satisfacciones del corazon. ¡Ellos son, Señor, vuestros elejidos sobre la tierra, son vuestros santos predilectos para el cielo!

Pero ¡ah! quedan otros, i son los mas numerosos, que fijan sus miradas en los encantos de las hijas del hombre i cuyo tipo es una jóven de dulce fisonomía, de rubia cabellera, de mirar brillante, de intelijencia i de púdico amor; i que, envuelta en una mística atmósfera de candor i de inocencia, parece una madona en vuestros templos santos o bien un querubin que canta vuestras alabanzas en los cielos.

Pobres artistas, aun cuando fueseis Praxitéles o Phidias, no llegariais jamas a asir vuestro tipo ideal en ese rayo fujitivo que Dios hace lucir sobre la cabeza de las vírjenes. ¡Pobres amantes, si pudieseis fijarlo para siempre sobre la frente de la que amais! La belleza en cualquiera parte que se la encuentre, es siempre un reflejo divino que se vá a escapar hácia su fuente. Pero cualquiera que sea el tipo que uno se forme i que el corazon lo sepa o lo ignore, siempre se refiere a Dios, i en Dios existe; i de ahí viene que el mortal engañado, que lo persigue aquí abajo, no lo encuentra jamas.

Poetas, artistas, i vosotros, amantes, teneis sin embargo, es preciso confesarlo, la felicidad de las ilusiones i la de las esperanzas ¿en la mañana de un bello dia se piensa que vá a concluir? Cuando la belleza irradia en la frente de la que amais, leeis el infinito en su mirada, la eternidad en su amor, porque el corazon es hecho así: él presta al objeto de sus afecciones las cualidades que ha soñado; embellece con creaciones ideales la belleza real que lo seduce.

Las mujeres brillan a nuestras miradas con una doble belleza; con la de sus atractivos primero, i luego con la aureola divina con que nuestro amor rodea sus cabezas. Así divinizadas por nosotros las colocamos en nuestra adoracion sobre el ara del altar. Idolos de nuestro corazon, sed bastante hábiles, bastante santas, para ser las sacerdotisas de nuestro amor i para hacer subir hasta los cielos el incienso que quemamos a vuestros piés. De otro modo, si os dejais embriagar por la vanidad, por los homenajes, entónces se podria decir con un gran escritor: «Sí, la belleza es un funesto don.»

Dejadnos creer, i que sea una verdad, que los atractivos con que Dios os ha adornado no serán una desgracia para vosotras, una ocasion de caidas i prevaricaciones. No hagais del beneficio divino una fuente de orgullo i de pensamientos altaneros. Que vuestra alma candorosa refleje el rayo de lo alto como el agua los del sol. Haced de la belleza el auxiliar de la virtud, i que el corazon, el espíritu i los encantos formen un armonioso concierto, hagan soñar en el cielo i no inspiren mas que castos i santos pensamientos. Sed bellas como la madona a quien se implora de rodillas, con los ojos bajos i el alma en el cielo.

Nada es tan sublime como la mujer que une la belleza moral a la belleza física, i que deja el espíritu indeciso para decidir que encanta mas en ella, si la gracia de la forma, o la espresion que dá a todas sus facciones la misteriosa iluminacion de la inocencia i de la belleza del corazon.

Que el hombre que no ha pervertido su corazon, descienda en sí mismo; que busque en sus recuerdos mas suaves i mas poéticos; que evoque los que perfuman mas deliciosamente sus sueños i sus dias en adelante desprovistos de ilusiones; que diga qué tipos de mujeres buscaba en otro tiempo. En el fondo de su corazon, en el santuario de su pensamiento ¿encontrará esas bellezas elegantes, reinas de las fiestas mundanas, que deben al arte mas que a la naturaleza, i mas que a todo, a la coquetería, i que no tienen mas candor ni ti-

midez que lo que se necesita para aparentar tenerlas; virtudes que se detienen en el límite estremo de la conveniencia i de los usos recibidos? Nó, lo que él encontrará será alguna niña de mirar puro que él contemplaba en otro tiempo arrodillada sobre las gradas del altar, alguna bella niña que se retira melancólica sobre la arena de la playa i cuyos blancos piés eran besados por la ola. Será la mujer tímida i santa que no le miraba, i que él seguia con los ojos ruborizándose cuando ella pasaba.

¡Desdichado de aquel que vuelva a ver los lugares donde pasó su juventud sin encontrarlos consagrados por tales recuerdos!

Cuando el hombre ha vivido mucho, su corazon gastado, habrá probablemente profanado tantos castos amores, ofendido con su pensamiento tantas virtudes, que para consolarse, tendrá necesidad de recordar esas santas i puras emociones del pasado.

¡Cuánto se complace volviendo a ver en sus instantes de contemplacion esa dulce i bella jóven a quien diariamente esperaba, esa niña cuya voz solo oia de léjos cuando ella cantaba, i sin atreverse a aproximarse para oirla mejor! ¡Pura e inocente era entónces! Talvez ella no supo jamas, si no lo adivinó, el imperio que su belleza ejercia sobre él. Guardad niñas, vosotras tambien, guardad siempre el dulce recuerdo de esos primeros triunfos que no os han atraido pesares ni hecho derramar lágrimas. ¡Ojalá pudieseis, para vuestra felicidad, no inspirar jamas mas que un amor tan santo, tan puro, i no encontrar en vuestra memoria, al pensar en los años que ya no son, mas que tales recuerdos perfumados de inocencia i poesía!

El imperio que ejerce la belleza es absoluto, soberano; de todas las reyecías de la tierra, ella es la mas poderosa. Desde que el hombre siente latir su corazon, suspira al aspecto de la belleza, i toda su vida, la empleará en adorarla, en tributarle homenajes por el deseo, por el amor, por los pesares mismos que de ella deriva. Sueño de todos los corazones, fin de todos los esfuerzos, bálsamo de todas las desgracias, ella seduce, anima i consuela a la pobre humanidad. ¿Qué mas es preciso? un sueño, una esperanza, engañosas ilusiones, no es ésta la historia de todos?

El guerrero que arrostra la muerte, lleva en su corazon la imájen querida que sostiene su valor, que estimula su esfuerzo. El poeta se inspira pensando en la belleza que ama: el pintor hace revivir sobre la tela las facciones que le han encantado; el escultor hace de su amante una diosa, una madona; sus obras mas bellas son siempre inspiradas por el amor.

GUMESINDO CLARO I CRUZ.

(Continuará.)

¡Odio!

(Inédita.)

No quiero, no, vivir con esta vida
Monótona de calma:
Ajitarse prefiere loca el alma
De la angustia en la acerba convulsion.
Del odio o del amor ser sacudida
Pide afanosa al cielo:
El odio o el amor, mas nunca el hielo
Que siente cuando falta la pasion.

Cuando el amor mis dias alhagaba,
Del mundo las escenas
Tranquilas, de placer i encanto llenas,
Con entusiasmo ardiente contemplé.
Deshecha la ilusion que me engañaba,
Busco cuadros sombrios,
Como lo son los pensamientos mios
Sin la mentida dicha que anhelé.

No quiero ver su luz amarillenta
Reflejando la luna,
En la tranquila faz de la laguna
Que duerme de las brisas a la par.
Quiero ver desatada la tormenta
Cruzar el negro cielo,
Brillar el rayo, estremecerse el suelo,
Turbulento ajitarse el hondo mar.

Léjos, léjos de mí los sentimientos
Benévolos, que un dia
Insensata abrigaba el alma mia
Cuando engañada se prestó al amor.
Ahora que la ajitan los tormentos
Del desengaño cruel,
Quiere saborear la amarga hiel
De triste i lamentable desamor.

Así como al cadáver aun le queda
En su mansion oscura
La tardía e incesante mordedura
De repugnante insecto destructor:
Tal, muerto el corazon, si se le veda
Del amor el contento,
Puede abrigar el ágrio sentimiento
De la venganza, el odio i el rencor.

Cual buitre que no aparta ni un instante
De su presa los ojos
Complacido mirando los despojos
Que deja la sangrienta destruccion:
Del odio el pensamiento, así anhelante,
Mantiene la esperanza
De volver mal por mal, i la venganza
Baña en placer amargo el corazon.

Ver que perece de tormentos lleno
El odiado enemigo,
De su fin desastrado ser testigo,
De un corazon herido es el placer.
¿Qué importa oir despues dentro del seno
Tu voz, Remordimiento,
Si el odio el alma llena de contento
A su víctima viendo padecer?

¡Amor, afecto efímero, inconstante!
Tu imperio solo dura
Lo que en el cielo de una noche oscura
De fugaz meteoro el breve arder.
Entre tanto, o Rencor, vives constante
Aun en la tumba helada:
De tu antorcha a la luz mi sombra airada
Buscará en el infierno.... a esa mujer!

MANUEL JOSÉ CORTÉS.

D. Salvador Sanfuentes.

POESIAS.

En 1842 se promovió en Chile una cuestion literaria que ajitó los ánimos tanto como una cuestion política, o una cuestion relijiosa.

Redactaba a la sazon el *Mercurio de Valparaiso* don Domingo Faustino Sarmiento, escritor arjentino, que entónces principiaba su carrera, pero que en la actualidad es conocido en toda la América española por sus obras de distintos jéneros i la intervencion que ha tenido en los últimos sucesos de Buenos-Aires. Cuantos leen en Chile saben perfectamente lo que es Sarmiento, que ha tenido la felicidad o la desgracia de dar tanto que hablar de sí, en bien i en mal, aplaudido por unos i aborrecido por otros. Sus producciones, siempre apasionadas, por lo mismo siempre interesantes, a veces profundas, son, no una invitacion a la discusion, sino una declaracion formal de guerra contra los que no piensan como él quiere. La pluma es en sus manos materialmente una de esas espadas toledanas que cargaban los galanes pendencieros del teatro de Lope i de Calderon. Sarmiento parece querer herir mas que raciocinar. Escribir para él es obrar; pero obrar con enerjía, con un denuedo ciego, con un arrojo inaudito. Nada puede hacerle acobardar en esa lucha periodística, en que se combate con palabras, i no con balas, i en la cual se derrama tinta, i no sangre, pero que suele ser tan peligrosa como una batalla verdadera, i capaz de costar a los que se comprometen en ella riqueza, tranquilidad, honra i hasta la vida. Se refiere que, en tiempo de la caballería, un paladin no reparaba en habérselas él solo con todo un ejército; Sarmiento en su puesto de periodista no tiene tampoco miedo ni consideracion a nadie; ataca a los militares como a los sacerdotes, a los individuos como a las corporaciones; no respeta ni las preocupaciones mas arraigadas, ni las creencias mas queridas, ni las vanidades mas irritables del público. El que empleara tanto valor en talar campos, en matar hombres i en destruir ciudades llegaria a ser un jeneral ilustre, talvez un conquistador famoso a quien se prodigarian honores, se entonarian himnos, se obsequiarian coronas, se erijerian estatuas; Sarmiento que muestra ese mismo valor para atacar lo que considera un error, para predicar lo que juzga una verdad, si bien logra que sus obras sean siempre leídas con interes, cosecha odios en recompensa de la osadía con que manifiesta sus convicciones. Las naciones defienden con mas empeño el prestijio de sus preocupaciones, que la existencia de sus miembros.

Sarmiento ha nacido en San Juan, poblacion oscura i atrasada que se levanta en medio de la pampa arjentina; no ha cursado nunca las clases de un colejio; no ha seguido estudios metódicos i reposados; pero Dios le ha dotado con una inteligencia vigorosa i fecunda, que no se sacia de aprender, i que posee una aptitud prodijiosa para aplicar al mundo en que vive las ideas que adquiere en los libros; ha puesto en su pecho un corazon grande, i tan apasionado como el de un africano; i le ha concedido una confianza en sí mismo, una conciencia de su capacidad, un concepto de su propia importancia tales, que le alientan a arrostrar sin vacilacion las resistencias de todos.

Una persona de semejante carácter i de semejante educacion debe ser inclinada a pensar por sí misma sin respetar ni los hechos existentes, ni las opiniones admitidas. La instruccion libre i aventurera que se habia dado sin mas maestro que su propia reflexion habia naturalmente de arrastrar a un hombre del temple de Sarmiento a ser hereje en literatura, en política i en relijion.

Fácil es de concebir que un redactor de esta especie debia escandalizar frecuentemente a los lectores del *Mercurio* por el atrevimiento de las tésis que defendia, sobre todo, si tenemos presente que esto se verificaba en 1842; desde entónces acá han trascurrido diez i siete años, i se han dicho tantas cosas por la prensa, que el público chileno ha llegado a ser bastante ménos asustadizo.

Cierto dia Sarmiento escribió en el *Mercurio* que era un desatino estudiar la lengua nacional. Dejaos de ocuparos de palabras, dijo, i procurad adquirir ideas. El castellano es un idioma muerto para la civilizacion; el pueblo que habita la península ibérica no tiene nada que enseñarnos.

Como era de esperarse, esta amonestacion fué recibida como un desacato contra el buen sentido, pero estaba espresada de modo que causó indignacion, i no desprecio. Dijérase lo que se dijera, la opinion de Sarmiento pareció una herejía literaria, mas no un disparate que debiera dejarse correr sin contestacion. Así se encendió una polémica acalorada sobre si los chilenos debian cultivar o nó su lengua natal.

En el calor de la disputa, álguien dijo que los escritores arjentinos usaban un lenguaje detestable. Desde este momento se ligó a la cuestion primitiva otra mas grave e importante, que vino a dar al debate mayor interes.

Sarmiento dilucidó el nuevo tema de discusion que se le proponia con la pasion i encarnizamiento que le son característicos. «Esos literatos *bastardos* como se quiere, dijo en el *Mercurio* de 22 de mayo de 1842 aludiendo a los arjentinos, han escrito mas versos, verdadera manifestacion de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria; i nosotros (los chilenos) con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los *admirables modelos*, con la posesion de nuestro castizo idioma, no hemos sabido hacer uno solo, lo que es uno, que parecemos perláticos con ojos para ver, i juicio sano para criticar i para admirar con la boca abierta lo que hacen otros, i sin aliento ni capacidad de mover una mano para imitarlos.»

Hé aquí puesto en discusion por un diarista un hecho notable que merecia ser considerado con detencion. Habian trascurrido treinta i tantos años desde que Chile se habia insurreccionado contra España. ¿Cuáles eran las obras literarias que habia producido en tan largo lapso de tiempo? ¿Dónde estaban sus poetas, sus historiadores, sus críticos, sus literatos de cualquiera especie? ¿Habia pensado ese pueblo? ¿Dónde estaban los frutos

del desenvolvimiento intelectual a que habia llegado.?

La pregunta era categórica, i exijia una respuesta terminante.

El amor propio nacional se irritó al oir que se negaba la fecundidad intelectual de los chilenos; pero la realidad de las cosas era abrumadora. El cargo por desgracia era demasiado efectivo; i los chilenos no tenian escritores verdaderamente tales que citar. Mas, por lo mismo que éramos hasta entónces tan pobres de literatos, se procuró aparentar que podriamos enumerar muchos, i de mérito. Se dijo que «desde el sábio orador i distinguido poeta Camilo Henriquez hasta el galano escritor del *Filopolita* i *Araucano*, i el émulo de Cervantes en sus *Cartas patrióticas*,» habian florecido un gran número de escritores que se distinguian por lo correcto de su lenguaje.

Pero ¿cuáles eran?

Habria sido preciso nombrarlos; mas ahí precisamente estribaba la dificultad. En el período que principia con la aparicion de la *Aurora*, primera publicacion chilena, i que concluye con la de las *Cartas patrióticas*, podian citarse los nombres de Camilo Henriquez, de don Manuel Gandarillas, de don José Miguel Infante i de don Diego José Benavente; pero esos eran escritores puramente políticos i poco literatos. Los de esta especie que habian ilustrado con sus producciones la prensa chilena eran, puede decirse, casi todos estranjeros; don Antonio José de Irisarri guatemalteco, don Juan Egaña peruano, don Bernardo Monteagudo arjentino, don Juan del Rio colombiano, don José Joaquin de Mora español, don Buenaventura Blanco nacido en Buenos-Aires i educado en España. don Adres Bello venezolano. Como literatos chilenos solo podian enumerarse don Miguel Varas i don Buenaventura Marin que habian adaptado a la enseñanza de nuestros colejios algunas lecciones de filosofía moderna, i doña Mercedes Marin de Solar, nuestro único poeta hasta esa época; el *distinguido poeta* Camilo Henriquez i el autor de la cancion nacional, don Bernardo Vera no merecian semejante título. Nuestro solo historiador era el benemérito patriota fr. Javier Guzman que habia referido la historia de su pais con el estilo de una nodriza. La imputacion del redactor del *Mercurio* era pues tan injuriosa como exacta; podia decirse que los chilenos no tenian escritores, puesto que a duras penas alcanzaban a nombrar una media docena.

«¿A qué causa atribuir, decia Sarmiento, tamaño fenómeno?.....¿Al clima que hiela las almas?.....¿A la atmósfera que sofoca i embota la imajinacion?.....¡Bella solucion por cierto que, no solo condena a la impotencia i a la esterilidad la jeneracion presente, sino que insulta a las venideras, i pronuncia sobre ellas un fallo tan injusto como arbitrario! Nó; no es el clima que es variado i risueño, i que ha cobijado almas enérjicas i guerreros valientes. No es eso; es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los grámaticos, el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infrinjir las reglas, lo que tiene agarrotada la imajinacion de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones i alientos jenerosos. No hai espontaneidad; hai una cárcel guardada a la puerta por el inflexible culteranismo que da sin piedad de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios; i en lugar de ocuparos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o fr. Luis de Leon, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; i cuando sintais que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales; i en seguida escribid con amor, con corazon, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie, pero bueno o malo será vuestro, nadie os lo disputará. Entónces habrá prosa, habrá poesia, *habrán* defectos, *habrán* bellezas. La crítica vendrá a su tiempo, i los defectos desaparecerán. Por lo que a nosotros respecta, si la lei del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habriamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros (don Andres Bello), sin otro motivo que serlo demasiado, i haber profundizado mas allá de lo que nuestra naciente literatura exije los arcanos del idioma, i haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las esterioridades del pensamiento, i de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas i de la verdadera ilustracion. Se lo habriamos mandado a Sicilia, a Salvá i a Hermosilla, que con todos sus estudios no es mas que un retrogrado absolutista, i lo habriamos aplaudido cuando lo viesemos revolcarlo en su propia *cancha*; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.»

Segun aparece del trozo anterior, en el cual se predica contra el castellano con la palabra i el ejemplo, Sarmiento atribuia la esterilidad de la literatura chilena a dos causas diversas: falta de ideas, i estudio demasiado esmerado del lenguaje i de la forma.

La primera de esas causas me parece exacta, la segunda falsísima.

Los chilenos no tenian ni prosadores, ni poetas, porque sus injenios mas sobresalientes no sabian qué decir, i porque la inmensa mayoría del público, ese vulgo profano, pero indispensable al literato, desde que nadie habla o escribe para no ser oído o leído, era incapaz, no solo de fomentar, sino aún de comprender las obras literarias. El entendimiento humano es, por lo jeneral, como el campo donde, si no se siembra la semilla, en vez de espigas crecen cardos i malezas. ¿Cómo habiamos de tener escritores, cuando el curso de humanidades se reducia al estudio de la jeografía de Urcullu, al de los jéneros i conjugaciones castellanas, al de las declinaciones i conjugaciones latinas, a la traduccion torpe i descuidada del *Epitome historiæ sacræ* i de la *Eneida* de Virjilio, i al estudio de memoria del *Curso de Filosofía* de Marin i del *Compendio de las lecciones de retórica de Hugo Blair*? ¿Quién habia de perder tiempo en escribir, cuando el público ignorante no sentia la necesidad de leer? El atraso de la sociedad era la única i verdadera causa de que no se compusiera en Chile ni prosa, ni verso. A medida que los estudios fueron siendo mas completos, a medida que la ilustracion fué difundiéndose, principiaron a aparecer literatos de todas especies, buenos i malos, pero tan numerosos i de tan distintas clases, como en cualquiera de las otras repúblicas hispano-americanas.

Pero tanto como era de cierta la primera de las

causas señaladas por Sarmiento a nuestra esterilidad literaria, tanto era de errónea la segunda.

En primer lugar, la lengua patria no era cultivada en Chile con esmero; los chilenos hablaban el castellano poco mas o ménos tan mal, cómo el resto de los americanos; i algunos años mas tarde todavía, don Andres Bello, recomendando que se adquiriese la *Coleccion de autores españoles* de Rivadeneira, podia decir con sobradísima razon que escribiamos en una jerigonza que solo tenia curso en el estrecho recinto de nuestro pais.

En segundo lugar, el cultivo diligente de la forma, jamas ha sido obstáculo para el desenvolvimiento de una literatura; al contrario, es resquisito indispensable para sus progresos. Sin buen lenguaje, la espresion de las ideas no tiene ni claridad, ni exactitud. Sin buen estilo, una obra literaria es un bosquejo, un embrion, algo que ha nacido, pero que no se ha desarrollado convenientemente. Una forma esmerada, segun la elegante espresion de un crítico eminente, es lo que salva los escritos del olvido, como la magnífica caja de cedro en que Alejandro Magno guardó el manuscrito de la *Iliada* fué lo que ha hecho llegar hasta nosotros esa obra monumental del divino Homero. «El estilo ha dicho Victor Hugo, es lo que asegura la duracion de la obra i la inmortalidad del poeta. La espresion bella embellece el pensamiento bello, i lo conserva; es juntamente un adorno i una armadura. El estilo es para las ideas lo que el esmalte para los dientes.»

Así, Sarmiento abogando con calor para que se hiciera adquirir a los jóvenes ideas que fecundaran su intelijencia, se mostraba un pensador práctico i profundo; predicando con la palabra i el ejemplo en favor del empleo de los mas espantosos barbarismos de lenguaje, manifestaba ser «el ignorante por principio, por conviccion» como se titulaba en la estrafalaria definicion de sí mismo que daba en el artículo del *Mercurio*, que he recordado.

Los reproches del escritor arjentino picaron el orgullo de los jóvenes chilenos instruidos, i contribuyeron en gran parte a que los principales de ellos concibiesen i ejecutasen el proyecto de publicar con el título de *Semanario de Santiago* un periódico destinado a ser el órgano de la naciente literatura nacional.

El primer número del nuevo poriódico, que marcaba una época de progreso intelectual, salió a luz el 14 de julio de 1842.

Es mui triste recordar que la mitad de sus promotores han muerto ya en edad temprana: don Cárlos i don Francisco Bello, don Antonio Garcia Reyes, don José Maria Nuñez, don Manuel Talavera i don José Joaquin Vallejo.

Entre los redactores mas activos i entusiastas del *Semanario*, se notaba un jóven que acababa de pasar de los veinte i cuatro años, don Salvador Sanfuentes, discípulo de don Andres Bello. Sanfuentes habia nacido en Santiago el 2 de febrero de 1817, i se habia distinguido desde luego por su aficion a las bellas letras. Rayaba apénas en los diez i siete años, cuando el eminente humanista que le sirvió de maestro, publicaba en el *Araucano* una imitacion en verso de la célebre trajedia de Racine, *Efijenia en Aulide*, trabajada por su alumno, recomendándola en los términos siguientes: «En este trozo, a la exactitud de la medida, se junta la propiedad del lenguaje, que ciertamente es una cualidad poco comun entre nosotros; un tacto fino en variar las cesuras del metro; espresiones poeticas i sentidas en que el jóven alumno de las Musas se acerca bastante al gran modelo que ha tenido a la vista; i en una palabra, todas las señales de un instinto poetico que cultivado, podrá desmentir la opinion desfavorable que se tiene de las disposiciones de los chilenos para la mas bella i la mas difícil de las artes.»

Sanfuentes que habia hecho grande asunto de las invectivas de Sarmiento sobre la esterilidad de los talentos chilenos, escribió luego en el nuevo periódico una leyenda en tres cantos i variedad de metros titulada *El Campanario*, cuyo prólogo era una contestacion al artículo del *Mercurio*. Despues de hablar acerca de la dificultad de elejir un tema que a todos gustase dice en ese prólogo:

Pero sé tambien, chilenos,
Que si nunca comenzamos,
Campo vastísimo damos,
A los dicterios ajenos.

Ya sabeis lo que nos dice
Un periódico perverso:
Que no ha producido un verso
Nuestro caletre infelice;

A pesar que nuestro hermano
Mas estrofas ha medido,
Que lagrimones vertido
Por el monte i porel llano.

Sabeis tambien que indulgente
Serán con nuestros ensayos
Ciertos benéficos ayos
Que quieren hacernos jentes.

¿Qué tememos, compatriotas,
Con tan franco pasaporte?
Ea, ¡que no hai quien nos corte,
Ni diga: «Callad idiotas!»

Si no sabemos hablar,
Inventemos un lenguaje;
Todo lo vence el coraje,
I se trata de empezar.

El prólogo continúa en el mismo tono hasta el fin.

Estoi cierto que esta ha sido la primera i la última vez que don Salvador Sanfuentes ha empleado la ironia contra un adversario. De caracter apacible i bondadoso, es incapaz de volver sarcasmo por sarcasmo, aún en los límites de lo permitido. El tono belicoso del prólogo de *El Campanario* se esplica por el ardor impetuoso de la sangre de los veinte i cinco años. Sanfuentes formaba un contraste manifiesto con su competidor del *Mercurio*: el uno era todo modestia, el otro todo petulancia.

Ignoro la impresion que la lectura de *El Campanario* hizo en Sarmiento. Pero la presumo, pues encuentro en los *Recuerdos de Provincia* la frase siguiente, que puede ayudarnos a adivinar esa impresion: «De aquellas luchas (las promovidas por sus artículos de periódico,) salieron poetas para probar lo infundado de los cargos; salió *Jotabeche* reivindicando con éxito la aptitud nacional para los escritos lijeros.» Entre esos poetas que, segun el mismo acusador, probaron lo infundado de sus cargos, es imposible que Sarmiento no contase a Sanfuentes, el autor de la composicion poetica mas acabada que se dió a la estampa en aquella época. I tuvo razon de felicitarse de haber contribuido de cualquier modo que fuese a la concepcion de una obra de mérito tal, que basta ella sola

para sentar sobre una base firme la reputacion literaria, de quien la habia llevado a término.

El asunto de esta leyenda, que es una historia de amor desgraciado, como tantas otras, no ofrece en sí nada notable; mas lo que constituye su belleza es la pintura animada i exacta de varios tipos de la época colonial. Tomando por cuadro un argumento comun, el poeta ha evocado ante nuestros ojos con un arte de mágico las sombras de los personajes de otra edad, i ha sabido presentarlos con las creencias i maneras que les fueron peculiares. Los autores que figuran en el *Campanario* no son creaciones de novelista; son seres reales que han vivido. Hasta ahora no he leído nada que a mi juicio pueda dar mejor idea de lo que era la existencia doméstica de los colonos chilenos. Copio para ejemplo el siguiente retrato de un marques:

Cuando el siglo diez i ocho promediaba,
Cierto marques vivia en nuestro suelo,
Que las ideas i usos conservaba
Que le legó su castellano abuelo:
Quiero decir que la mitad pasaba
De su vida pensando en irse al cielo:
Viejo devoto i de costumbres puras,
Aunque en su mocedad hizo diabluras.

I amaba tanto las usanzas godas,
Que él hubiera mirado cual delito
El que se hablase de francesas modas,
O a Paris se alabase de bonito.
Sobre la filiacion de casi todas
Las familias de Chile era perito,
I de cualquier conquistador la historia
Recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
Aducia argumentos con destreza
Para hacer verosímil su concepto
De derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoi llamáramos inepto
Al hombre que albergase en su cabeza
De loca vanidad tales vestiglos;
Mas eso era frecuente en otros siglos.

I bien podia mi marques sin mengua
Alarde hacer de pretension tan loca,
Porque él era mui rico, i ¿a qué lengua
No hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
Un moralista, i su valor apoca:
Lo que yo siempre he visto desde chico,
Es que hace impune cuanto quiere el rico.

En el año una vez sus posesiones
Visitaba el marques por el verano,
Ejerciendo en sus siervos i peones
La amplia jurisdiccion de un soberano;
I luego a los primeros nubarrones
Que anunciaban el invierno cano,
Esento de molestias i pesares,
Tornaba con gran pompa a sus hogares.

I ora mandando hacer un novenario
En que sonaban cajas i cohetes,
Ora una procesion con lujo vario
De arcos triunfales, música i pebetes,
De admiracion llenaba al vecindario,
I daba a las beatas i vejetes
Para conversacion fecundo tema,
En que ensalzaban su piedad estrema.

Como ningun quehacer le daba prisa,
Dormia hasta las ocho este magnate:
En su oratorio le decian misa,
I tomaba despues su chocolate.
La comida a las doce era precisa,
I la siesta despues, i luego el mate,
I tras esto, por via de recreo,
Iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, i si del templo
Llama a escuela de Cristo el campanario,
El marques i los suyos dan ejemplo
De infalible asistencia al vecindario.
Si no hai distribucion, ya le contemplo
Rezar con la familia su rosario,
I luego ir a palacio dilijente,
Para hacerle la corte al presidente.

A las diez de la noche se despide,
Sin propasarse un punto de esta hora,
I vuelto a su mansion, la cena pide,
Porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
Donde cabrian bien sus cuatro ahora,
I viniéndole el sueño dulce i blando,
A las once el marques se halla roncando.

Desde la aparicion del *Campanario*, dejamos de estar espuestos a sufrir la vergüenza de tener que quedarnos callados, cuando se nos exijiese que nombráramos un poeta nacional.

Sé de positivo que Sanfuentes no observó con su primera obra, el precepto de Horacio de conservarla guardada nueve años, pues la fué publicando a medida que la iba componiendo, i urjido, puede decirse, por el editor del periódico a cuyas columnas estaba ella destinada.

A mas de esto, la trabajó en medio de ocupaciones mui estrañas a la literatura, premiosas i multiplicadas.

Casi niño todavía habia tomado parte en la administracion pública, sirviendo un empleo subalterno del ministerio de relaciones esteriores.

Su dedicacion al cumplimiento de sus obligaciones, la belleza de su carácter, lo distinguido de su talento, le elevaron bien pronto sobre la categoría de simple plumario de una oficina. En 1836, cuando la guerra entre Chile i la Confederacion Perú-Boliviana, acompañó al Perú a don Mariano Egaña como secretario de la legacion chilena.

A la vuelta de esta comision, fué promovido a oficial mayor del ministerio de justicia, culto e instruccion pública.

Se hallaba desempeñando este laborioso empleo, cuando contribuyó a la redaccion del *Semanario*, i compuso la leyenda de que he hablado.

En seguida, el torbellino de los negocios públicos a que le fueron arrastrando cada dia mas i mas su capacidad nada comun i la carrera misma que habia abrazado, pues, aunque abogado defendia poco, le impidieron seguir prestando el debido culto a las musas.

Fué elejido diputado al Congreso Nacional por los departamentos de Vallenar i Freirina, i nombrado en julio de 1843 primer secretario jeneral de la Universidad de Chile, que acababa de ser organizada.

En vez de hacer versos, cooperó con ardor a los numerosos trabajos que hubo de desempeñar esta naciente corporacion. Las actas del consejo universitario, correspondientes a esa época, cuya redaccion le correspondia como secretario jeneral, son verdaderamente clásicas. Sanfuentes no se limitaba a consignar en ellas un resúmen de lo que se discutia i acordaba, sino que acomodaba en bien coordinados discursos, los dictámenes que daban los miembros en forma de simple conversacion. Se cuenta que Egaña, que hacia parte del consejo como decano de leyes, oia siempre con

complacencia traducidas en las actas a razonamientos formales las opiniones que espresaba en las sesiones con el desgreño propio de una discusion familiar e improvisada; por lo cual repetia frecuentemente que el secretario jeneral de la Universidad era el rei de los secretarios.

Sanfuentes desplegaba un celo semejante en el desempeño de sus otros cargos.

En abril de 1845 pasó a servir la intendencia de Valdivia, de donde fué llamado por el presidente don Manuel Búlnes, al empezar su segundo período presidencial el 18 de setiembre de 1846, para encomendarle la cartera del ministerio de justicia, culto e instruccion pública.

No entra en mi plan referir la vida política de Sanfuentes, porque eso exijiria desenvolvimientos que necesitarian un cuadro mas vasto que el de estos apuntes meramente literarios. Mencionaré solo una incidencia que pone de manifiesto la pureza de su conducta. Todos recuerdan la ajitacion política que principió el año de 1847, i que no concluyó hasta despues de la batalla de Longomilla en 1851. Los ánimos llegaron entónces a un alto grado de exaltacion. Algunos periódicos tomaron un tono mui agresivo i personal, que no guardaba consideracion a nadie. Sanfuentes era ministro de estado; debia ser pues un blanco de ataque. ¿Sabeis cuál fué el apodo denigrante que se le aplicó? Se le llamó el *autor del Campanario*, lo que importaba tanto como decir por insulto a Bello que habia compuesto la *Agricultura de la zona torrida*, a Heredia el canto al *Niagara*, a Olmedo el canto a *Junin*, a Echeverria la *Cautiva*. El uso de tal denuesto en una época de frenesí político vale en favor de un individuo mas que un panejírico entusiasta.

Don Salvador Sanfuentes permaneció en el ministerio hasta junio de 1849, fecha en que el partido a que pertenecia fué reemplazado en el gobierno por otro que le era adverso.

Habiendo sido elejido diputado en las elecciones del último año mencionado por el departamento de Valdivia, i por los departamentos unidos de Santiago i la Victoria, perteneció a la cámara mas brillante que ha habido en Chile por el talento i la categoría de sus miembros, la actividad i variedad de sus trabajos, el interes dramático de sus discusiones, el gran número de asuntos de importancia de que se ocupó, lo bien representadas que estuvieron las diversas opiniones que gozaban de séquito en el pais. Sanfuentes tuvo el honor de distinguirse entre colégas tan sobresalientes, no tal vez por la viveza de su elocuencia, pero sí por la lójica de sus raciocinios i la sensatez de sus ideas. Desde entónces, ocupó uno de los primeros puestos en ese partido liberal que piensa que la lei debe i puede ser respetada; que quiere el progreso i la prosperidad para Chile sin exijir lo imposible, sin proponerse por fin la realizacion quimérica de una utopia; i que ha adoptado por divisa: justicia en todo i para todos.

A las tareas lejislativas, que fueron en aquel período bastante serias, agregó las forenses, pues se dedicó al ejercicio de su profesion de abogado, i las universitarias, pues reasumió su empleo de secretario jeneral de la Universidad.

A pesar de tantas i tan diversas atenciones encontró tiempo que dedicar al cultivo de las letras, que no habia abandonado nunca completamente, ni aún en medio de los quehaceres de la administracion pública, i de las ajitaciones de la política. En abril de 1850 principió a dar a luz por entregas una coleccion de sus *leyendas* i *obras dramáticas*; i el 1.° de diciembre de ese mismo año presentó a la Universidad en la sesion solemne, por encargo del rector don Andres Bello, una interesante memoria histórica: *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo.*

Para apreciar como es debido, el mérito de tal laboriosidad, es preciso tener presente que en la América española la literatura no produce plata, i que Sanfuentes, buen padre de familia, tenia que ganar el sustento de sus hijos con el sudor de su frente.

El primer tomo, que fué el único que apareció, de las *Leyendas* i *Obras Dramáticas* contiene la traduccion al español de la trajedia de Racine *Británico*, un drama orijinal *Juana de Nápoles*, i dos leyendas el *Bandido*, e *Inámi* o *la laguna de Ranco*.

Juana de Nápoles es una composicion que tiene algunas buenas escenas, pero cuyo conjunto es en mi concepto defectuoso. Su argumento está sacado de la *Historia de las repúblicas italianas* por Sismondi, aunque la narracion histórica ha sido algo alterada por el poeta. A fin de poder hacer algunas reflexiones, voi a presentar un lijero resúmen de la fábula que este drama contiene.

Roberto duque de Anjú habia usurpado el reino de Nápoles a su sobrino Cárlos Huberto, rei de Hungría. Deseando ántes de morir reparar hasta cierto punto esta injusticia, casó a su nieta i heredera Juana, de edad de cinco años, con Andres hijo segundo del rei de Hungría, de edad de siete.

Roberto de Anjú dispuso que Andres no podria ser coronado rei de Nápoles hasta que cumpliese veinte i dos años.

Al tiempo de su fallecimiento, Juana contaba diez i seis años, Andres diez i ocho. Estos dos jóvenes, casados, puede decirse, en la cuna, en vez de amarse, se odiaban. Sus gustos i caractéres eran diferentes. Juana, mujer lijera i voluptuosa, corria en pos de las fiestas i de los placeres; Andres, triste i austero, habia conservado en una corte afeminada las costumbres varoniles i medio selváticas de su patria. Juana pretendia ser la lejítima soberana de Nápoles; Andres sostenia que este reino era su patrimonio. Para que los motivos de aversion entre ambos fueran todavía mayores, Juana amaba apasionadamente a su primo Luis de Tarento, siendo arrastrada al adulterio por su tia i madre de este, Catalina de Bizancio, mujer corrompida e intrigante, que por el deseo de conseguir talvez para Luis la corona de Nápoles, no sentia repugnancia en servirle de tercera; Andres se habia prendado ardientemente de la bella Francisca, hija del sabio florentino Nicolas de Acciayoli, que le servia con sus consejos en las intrigas de la política.

En este estado de cosas se abre el drama.

Gracias a la intervencion de su hermano primojénito Luis, rei de Hungría, Andres obtiene una bula del papa que le permite colocar sobre su cabeza la corona de Nápoles ántes de los veinte i dos años.

Los cortesanos de Juana, i entre ellos su amante Luis de Tarento, tratan de impedir por las armas el cumplimiento de la disposicion pontificia, pero todos sus esfuerzos resultan impotentes; las tropas se manifiestan fieles al nuevo rei, i desatienden las invitaciones a la revuelta de los descontentos.

Andres espide una órden de espatriacion contra los principales partidarios de su esposa, incluso el amante de esta.

Por consejo de Catalina de Bizancio, que lo considera todo perdido, si tal órden se ejecuta, Juana desciende a suplicar a su detestado marido que la suspenda, pero solo puede obtener, i con mucho trabajo, un retardo de ocho dias. Ese plazo basta a los amigos de la reina para urdir una trama infame. Pensando con sobrado motivo que Andres, sin el apoyo de Acciayoli, será débil, procuran alejar a este de la corte, sin reparar en medios.

Es una noche de baile en el palacio del rei. Los nobles i damas napolitanos se entregan a los placeres de una fiesta en celebridad de la exaltacion al trono del nuevo monarca.

Andres olvida su poder i sus peligros danzando con Francisca.

El prudente Acciayoli contempla con pena la alegría de aquella feliz pareja; preve con sobresalto los malignos comentarios a que va a dar orijen la impetuosa pasion del rei por su hija.

En este momento los cortesanos de Juana se introducen por una puerta escusada en uno de los salones del palacio, i ponen una inscripcion que dice:

Andres le pagó a Acciayoli
De Francisca el deshonor.

Bien pronto, esta inscripcion, colocada en un lugar mui visible, es percibida por todos los concurrentes, por Francisca, por Andres, por Acciayoli, que la lee aterrado, i que resuelve regresar sin tardanza a su patria Florencia para salvar la reputacion de su hija.

Al dia siguiente, Andres se presenta en persona en la habitacion del padre de su amante. Observa con dolor los preparativos de viaje. Pide que Acciayoli i Francisca le concedan una conferencia. Les ofrece una insigne reparacion al agravio recibido: está resuelto a solicitar de Roma que anule su matrimonio con Juana, contraido en una edad en que él no ha podido prestar un consentimiento válido, i ruega a Acciayoli que acepte para Francisca la mano del rei i la corona de Nápoles.

El noble florentino rehusa la oferta; su hija no podria admitir un trono que es de otra; aceptar sería autorizar las calumnias de los perversos; pero en todo caso deja que Francisca resuelva.

La jóven habla. «Amo a Andres, dice; esta será la primera i la última vez que se lo diga; mas estoi decidida; iré a terminar mi vida en un convento de Florencia, donde a veces imploraré a Dios por la prosperidad de vuestro reino. Volveos a unir con vuestra esposa.»

Acciayoli i Francisca parten.

Andres queda contemplando desde una ventana la nave que aleja de su vista..... para siempre.... a la mujer que ama.

En este momento tan solemne, recibe una carta en que la culpable Juana se manifiesta arrepentida, solicita una reconciliacion, i le suplica que vaya a juntarse con ella al palacio de San Pedro de Morona, en la campaña de Nápoles, a donde se habia retirado.

Andres vacila: teme una asechanza; pero se le recuerda la obligacion que tiene de atender a la felicidad de sus súbditos, la súplica que Francisca le habia dirijido al partir para que perdonase a Juana, i accede.

Efectivamente un gran peligro amenazaba al rei. Luis de Tarento i los demas cortesanos de Juana habian aparentado partir para el destierro; pero habian vuelto secretamente a Morona, donde tenian el pensamiento de asesinar a Andres. La carta de la reina, cómplice de este atentado, era una astucia para atraerle a la celada.

Juana i Luis de Tarento aguardan en Morona la venida de Andres, sentados en el trono, conversando de amor i de ambicion. Oyen el sonido de una trompeta. Juana dice:

..... La llegada
De mi tirano esposo él nos anuncia.
Yo voi a recibirle; pero ántes,
A fin que mi valor no disminuya,
Colmame de caricias i de halagos
Hasta embriagarme. Adios, vuela i te junta
Con los amigos que tu ausilio esperan
Para herir al tirano....

Andres i Juana tienen una larga conferencia. Entre otras cosas, Andres refiere a Juana el noble proceder de Francisca; le cuenta que su última súplica ha sido: amor para la reina, olvido para ella. Juana se enternece, i concluye por decir con toda sinceridad,

Yo quiero ser virtuosa, i mi estravio
Lamentar para siempre en vuestros brazos.
Dadme vuestro perdon....

Habian llegado a este punto de terneza, cuando Andres recibe un mensaje en que se le anuncia que se ha esparcido en Nápoles el rumor vago de que pronto ha de estallar un movimiento contra el rei; i que talvez tiene algun fundamento, pues se sabe que los proscritos han vuelto misteriosamente.

Andres acrimina a Juana por las maquinaciones de sus parciales; ella protesta una i otra vez que ignora sus proyectos; pero suplica encarecidamente a su marido que se vuelva a Nápoles. Andres rehusa hacerlo. Juana insiste diciendo:

..... Lo repito:
Mi mas vivo deseo era salvaros.
Aun es tiempo tal vez.... Arrodillada
Os lo vuelvo a jurar por lo mas santo.
Escuchad mi consejo; él es sincero;
¿Qué mas añadiré, señor? *yo os amo.*
¿Cómo podria desear perderos?
Odiadme si quereis, pero alejaos.

ANDRES.

¡Luego el lugar prescrito es en Morona!
¡Luego se hallan aquí los conjurados!

JUANA.

¡Ah señor! por piedad..... ¿por qué ponerme
En tan terrible aprieto?

ANDRES.

¡Confesadlo!
Marcharé en el momento.

En esto, se oye dentro una voz semejante a la de un confidente del rei, que interviene en la pieza; esa voz pide ausilio. Andres se precipita al lugar de donde sale. Era un ardid de los conjurados para apartarle de la presencia de Juana. Andres es atacado, i da voces defendiéndose. Juana desesperada corre en su amparo; encuentra ya cerrada la puerta, forcejea por abrirla.

Luis de Tarento aparece con un puñal ensangrentado en la mano, i esclama:

..... ¡O Juana mia!
¡Ya eres libre! ¡Ya espira tu tirano.

Juana responde a Luis su amante, al que debia embriagarla de caricias para infundirle valor, «monstruo de maldicion!»

¡Viene a anunciarse que la habitacion está cercada por los soldados del rei.

LUIS (*acercándose a Juana.*)
..... Mis brazos
Juana te escudarán de todo riesgo.
JUANA (*huyendo.*)
Apártalos de mí, que están manchados
En sangre, sí, en la sangre de mi esposo!

Andres aparece arrastrándose moribundo hasta el umbral de la puerta; i señalando a los que están dentro de la escena, dice a sus guardias que se presentan en ese momento: «mirad a los asesinos;» i espira.

Espuesto el argumento del drama, paso a hacer las observaciones que su lectura me ha sujerido.

Nótase alguna oscuridad respecto de los antecedentes históricos que le sirven de base. El drama calla el motivo que tuvo Roberto de Anjú para determinar que Andres no ciñese la corona de Nápoles hasta los veinte i dos años; sin embargo la historia lo publica; i habria sido conveniente recordarlo o hacerlo saber a los espectadores para que comprendiesen mejor la situacion respectiva de los personajes. Roberto habia querido que uno de los herederos lejítimos se asociara a la soberanía que habia usurpado; pero no que su nieta fuese completamente privada de ella; i para conseguirlo, habia ideado que Andres no fuera coronado hasta que la autoridad de su esposa estuviera bien consolidada. La falta de esta esplicacion hace que el lector no se dé cuenta del objeto de la disposicion de Roberto, i de la importancia verdadera de la bula pontificia que la revocó.

El personaje de Juana de Nápoles deberia estar fuertemente pintado, i ocupar el primer lugar en una pieza a que da su nombre. Sin embargo no sucede así; aparece siempre en segundo término, particularmente en los primeros actos, en los cuales Catalina de Bizancio piensa i obra por ella. En todo el drama Juana es una figura poco definida, que se mueve por impulso ajeno.

Defecto mas grave todavía que los dos enumerados es a mi juicio lo poco sostenidos de los caractéres de Juana i de Andres. *Persona*, dice el cuerdo Horacio, *servetur ad imum qualis ab incepto processerit, et sibi constet*, esto es en castellano, «todo personaje

Sostenga su carácter sin mudanza,
I sea al fin cual se mostró al principio.

¿Se ha observado esta regla, cuyos fundamentos son tan solidos en los dos personajes de Juana i de Andres?

Juana detesta a su marido, ama a otro, ha sido ofendida por Andres como reina i como mujer, conspira contra éste, trama su muerte, i de repente, en el término de minutos, esperimenta el mas asombroso de los cambios hasta el punto de ponerse a idolatrar al mismo a quien aborrecia.

Pero, podria contestárseme, la ficcion del poeta está conforme con la verdad del historiador. «La noche del 18 de setiembre, refiere Sismondi, estando Andres en el lecho al lado de la reina, vinieron las camareras a anunciarle que habian llegado de Nápoles noticias de la mas alta importancia, i que los de su consejo aguardaban sus órdenes. *La reina pareció turbarse, e intentó detener a su marido, pero su tardío remordimiento cedió al temor.* Andres salió, i las camareras cerraron al punto las puertas de la cámara de la reina.» Cuenta que en seguida el rei fué estrangulado en un corredor vecino con un lazo de seda por los conjurados.

Mi contestacion seria sencilla. No criticaria que una jóven de diez i seis años, como Juana, a la próximidad del crimen, hubiera vacilado, sentido remordimientos; todo esto habria sido mui natural; mas mi observacion recae, no sobre la debilidad manifestada por una niña delante del asesinato, sino sobre ese amor apasionado de la esposa adúltera en favor de su marido, que con la transicion de un instante sucede al odio.

El carácter de Andres es tan poco sostenido como el de Juana. Se halla precisamente contemplando la nave que arrebata léjos de Nápoles para siempre a su idolatrada amante. Francisca acaba de darle al despedirse de él, un momento ántes, una prueba espléndida de amor tierno i desinteresado. Andres recibe en ese mismo instante una carta de una esposa que él sabe demasiado ser culpable i pérfida. Sin embargo consiente en volver a verla; llega hasta ajustar una especie de reconciliacion; habla de reinar junto con ella, guardando por lo ménos las apariencias de la armonía. ¿Es esto lójico? ¿Los pretestos que el poeta aduce para motivar un procedimiento tan estraordinario son bien poderosos, son admisibles?

Encuentro tambien descosido el episodio de los amores de Andres con Francisca, confesando no obstante que es lo mejor del drama. Creo que, en vez de contribuir a facilitar el curso de la accion, lo embaraza. Si Andres no hubiera amado a Francisca, i si ésta no hubiera sido tan digna de ser amada, habria sido ménos inverosímil la tentativa de reconciliacion del rei con la reina, que es lo que trae el desenlace.

Diré para concluir este punto que es mui fácil encontrar defectos en una obra dramática, pero que es mui difícil hacerla.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(*Concluirá.*)

Verdades amargas.

Se asegura que el hombre es un ser eminentemente sociable. Ello podrá ser mui cierto.—Lo que es nosotros jamas hemos sentido esa necesidad de sociedad que sin escepcion se nos achaca;—sea dicho con toda franqueza,—i mucho ménos los goces i ventajas que se afirma resultan de ella.

Al contrario: de cuanto la intelijencia humana ha inventado o está por inventar nada nos parece mas absurdo que la sociedad.

Qué es la sociedad sino una reunion de necios, de hipócritas, de mentirosos i farsantes que hacen el comercio de sonrisas, de saludos i de apretones de mano, como tú, lector, si eres agricultor el de frutos, si eres industrial el de artefactos, si eres ministro el de protestas, si eres opositor el de improperios, si eres comerciante el de jéneros,—procurando siempre sacar de ellos la mejor utilidad posible.

I no se nos diga que esto no es verdad.

Al que tal cosa tratara de sostener le diriamos:—entrad en vuestro corazon, pasad en revista lo que habeis hecho un momento ántes de leernos, en el mismo momento en que nos leeis,—si alguien acierta a entrar en vuestra habitacion,—i contestadme!

Si sois franco i la costumbre de tomar el rábano por las hojas cuando el tronco se os escapa no os posee,—como sucede a mas de uno que yo conozco,—el triunfo es mio i descernido por vos mismo.

Quien entra a profundizar la sociedad, a mirarla bajo sus innumerables faces de luz i sombra, de bien i mal, de virtud i crímen, de grandeza i miseria, de comedia i drama, necesita tener mas ilusiones que un poeta de quince años para no lanzar una blasfemia o un suspiro, una maldicion o una lágrima en cada paso que dá, en cada recodo que vuelve, en cada cima que trepa, tras cada careta que destroza. La sociedad no es sino un campo abierto a las batallas del mal que toma todas las formas, viste todos los disfraces, i solo una vez que otra se ostenta franco i valiente.

Entra Vd. en un salon. Todo el mundo le aprieta a Vd. la mano. Todo el mundo tiene para Vd. una sonrisa o una palabra amable. Miéntras Vd. saluda i le saludan tiene Vd. tantos amigos como concurrentes.

Muérase Vd. al dia siguiente,—lo que seria una mala ocurrencia por cierto,—i entre toda esa turba que ayer hacia parada de su interes por Vd., no encontrará uno solo que tenga un recuerdo, ni una lágrima, ni siquiera un suspiro para el que acaba de partir. I quien sabe si no faltará algun impío bufon que eche a volar alguna flamante chanzoneta, i tenga que pasar Vd. a la otra vida entre un coro formado por el ruido de la pala del sepulturero i las descompasadas risas de un corrillo de hombres alegres.

Pero no se muere Vd., se arruina.—Esto es peor, mucho peor.—Entónces, oh! entónces! nadie le conoce a Vd. sino para zaherirlo, para huir su cercanía, para husmear en su vida privada, para levantar con toda tranquilidad de conciencia el velo que oculta sus mas reconditos sentimientos, para decir medias palabras que son una infamia,—pues hacen creer se sabe de Vd. lo que no se sabe, que Vd. es un bribon, miéntras el felon que lo denigra pasa por un caballero sin tacha i sin reproche.

¿Qué seria del hombre sin la sociedad?—se pregunta por todas partes. Su existencia seria imposible—contestan los pensadores. Mentira o ilusion!—Lo único que tenemos alcanzado por su medio es la esclavitud del alma i del cuerpo, un tan eterno como absurdo e insoportable pupilaje.

Antes que tuvieramos sociedad i por consiguiente gobiernos i leyes, policía i policiales, justicia i jueces, lejislatura i lejisladores, soldados i guerra, verdugos i cadalsos, abogados i pleitos, los hombres, es cierto, dirimian sus diferencias ante el tribunal de su propia conciencia o de su propio capricho, el fuerte imponia la lei al débil, habia opresores i oprimidos, señores i esclavos,—lo que era una iniquidad. Con la sociedad se afirma,—nosotros no lo afirmamos,—esa iniquidad ha concluido.

Este es por lo ménos el sentir de la mayoría:—lo que prueba que esa señora no tiene un criterio mui notable que digamos i que el error es patrimonio de todos i la verdad de pocos.

¿Con qué la sociedad ha igualado al fuerte i al débil? Con qué con su favor ya los hombres no se matan entre sí?

Cuánta falsedad!—El hombre, que posee el raro e incontestable talento de subvertir cuanto su mano alcanza, ha hecho de la sociedad que tendia a la justicia, a la igualdad i al amor una mesa revuelta de bien i mal, de virtud i vicio, de grandeza i miseria.

Si en el dia un hombre no puede atentar a la vida de su semejante en medio de la calle i a la luz del sol sin ser muerto a su vez;—para que asi hayan dos muertes en vez de una, dos usurpaciones a los fueros de la humanidad en vez de una;—puede sí matarlo en su honor i su reputacion con una palabra calumniosa arrojada a tiempo, que correrá de boca en boca, de calle en calle, de salon en salon; i lo hará el blanco de las sátiras del uno, de las crueles lástimas del otro, i envenenará su existencia, i ahogará su alma, i destrozará su corazon, i soplará en sus ilusiones i las disiparà, i empujará sus esperanzas i las desbaratará, i le hará correr desesperado, loco, jadeante en busca de justicia i de verdad, para hallar solo la risa del desprecio, de la compasion o de la burla en todos los labios: i si llora, sus lágrimas serán miradas como la espresion del remordimiento:—i cuando al fin, despues de batallar noche i dia, de llamar sin fruto a todas las puertas, sucumbe, ¡el ruido discordante i aterrador de la calumnia lo acompañará hasta el mismo dintel de la eternidad!

Ahora ¿adónde están las ponderadas ventajas de la sociedad? Lo único que ha logrado es hacer cambiar al hombre de armas, mas no de sentimientos, dejar el puñal por la sátira, la pistola por la calumnia, la franqueza por la hipocresía.

En mejores tiempos o peores,—como los creen muchos,—podia uno contar a sus amigos i a sus enemigos, podia ponerse en guardia contra estos i confiar en aquellos. Pero hoi ¿quién puede decir que el hombre que le aprieta la mano, que le protesta abnegacion no está tramando en ese mismo momento su desgracia o su muerte, no acaba de pagar asesinos para su honra i su reposo? Quién puede decir hoi, tengo tantos amigos i cuantos enemigos? Nadie!

¿No es esto horrible? No saber si debemos confiar o desconfiar del que se nos acerca con la sonrisa en los labios, del que nos jura una amistad sin límites, del que pone a nuestra disposicion su bolsa i su vida,—de la segunda se hace mas gasto que de la primera;—no saber si hablan la verdad, si las palabras que nos dicen son la inspiracion del corazon i no de la cabeza.

Amamos: nos juzgamos correspondidos ¿Pe-

ro como asegurarnos que el fuego que brotan los ojos de nuestra dama no es una comedia? ¿Qué esa mujer a cuyos piés hemos puesto alma i corazon, en su interior no nos burla i en cada mirada que nos dirije i que nosotros ¡pobres insensatos! imajinamos llena de amor i de pasion, no hai sino la espresion hipócrita de la mas estrepitosa de las carcajadas que jamas haya resonado en el fondo de un alma?

Oh! si el hombre tratara de sorprender siquiera a medias los secretos de un solo corazon se volveria loco,—ya por no poder encontrar la solucion del enigma--o ya por haberla encontrado.

Por regla jeneral, la verdad es siempre una desilusion, un dolor, una lágrima.

Pero basta de amargas verdades.--Si todo es en este mundo risas, si la risa es la gran moneda de la vida, riamos i volvamos a reir i riamos hasta reventar, como dice Quevedo.

¿Qué saca Ud. de llorar, de desesperarse, de alzar el grito contra el mundo i el hombre.

¿Le oirá alguno? Nó!

¿Se enmendará alguno? Tampoco!

No hai a la verdad tiempo mas mal gastado que el que se ocupa en querer correjir al hombre. Es cosa probada que es animal de poquísimo escarmiento.

Quien quiera vivir en paz en este bajo mundo debe tratar de conseguir varias cosas.

Primera:--una insensibilidad a prueba de bomba.

Segunda-- una tolerancia a prueba de fanáticos.

Tercera:--una alegría a prueba de desengaños.

Cuarta:--un estómago a prueba de indijestiones.

I quinta:--una diplomacía a prueba de malas caras.

Miéntras esto no posea hará mal de lanzarse en el mar de la vida.--En lo mejor se ahoga!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Ecos de la semana.

Santiago, diciembre 24 de 1859.

SUMARIO.—Los niños en los exámenes.—Las artistas de la caridad.—Escaramuzas i batalla campal en el teatro.—Porvenir.

Esperando la noche de hoi, sus ramos de flores i sus canastas de frutas, se ha oido durante la semana a las mujeres i a los niños, a las unas cantar deliciosamente en un concierto de beneficencia, i a los otros discurrir en los exámenes con precoz habilidad.

Todos hemos sido niños i colejiales, i todos sabemos, de consiguiente, qué momento tan solemne i angustioso no es el de un exámen: el muchacho mas risueño se vuelve sério, el mas petulante modesto, el mas osado medroso en ese acto supremo de la infancia. I despues que ha pasado, qué dulce satisfaccion no se esperimenta, qué alivio, qué alegría, qué amable libertad de espíritu para triscar i correr, para gritar i alborozarse!.... Así pensaba uno de estos dias contemplando callados i graves a los tiernos alumnos del *Colejio mercantil*, que pasaban por latemible prueba. La emocion se pintaba en sus semblantes infantiles, los unos picarezcos, candorosos los otros, pero todos frescos e injénuos. Su turbacion no fué parte, sin embargo, para impedirles salir airosos del lance. Todos supieron evitar con destreza las acechanzas de su enemigo, esto es del examinador, deshacer sus emboscadas, atacar sus filas, ponerlas en fuga i coronarse con el laurel del vencedor. Algunos de entre ellos se hicieron notar i admirar por el denuedo i bizarría que desplegaron en el combate. Nada pudieron contra los imberbes paladines los ataques sucesivos de la Jeografía, la Cosmografía, la Historia, las Matemáticas, los Idiomas, etc., etc.

Los exámenes del *Colejio Mercantil* han sido, pues, brillantes i justificado de nuevo la reputacion de que goza este establecimiento. Don Manuel Zegers, su intelijente i celoso director, ha obtenido con este feliz resultado el mejor premio de sus ímprobos esfuerzos en la árdua cuanto importante mision que tiene a su cargo.

Siento no haber podido asistir, como lo deseaba, a los exámenes de otros colejios; porque habria querido llamar seriamente vuestra atencion, benévolos lectores, a un asunto de tanta trascendencia para el porvenir de nuestra patria, como lo es la educacion de la infancia.

Una concurrencia numerosa i escojida llenaba anoche el vasto i elegante salon de la Filarmónica. Mujeres hermosas i hermosos prendidos salpicaban de joyas i colores un ancho campo de hombres barbudos i levitas negras. Lo cual quiere decir que el sexo masculino formaba una inmensa mayoría. El objeto de esta reunion no era otro, como sabeis, que oir cantar, pero no como quiera a artistas vulgares, sino a las mas adorables i peregrinas artistas que jamas cantaron en bien de los pobres i desgraciados.

¡Qué dulce i hermosa es esa personificacion de la caridad que se envuelve en gasa i blondas, que deja escapar de sus rosados lábios notas penetrantes como un recuerdo de amor, suaves como la brisa, perfumadas como el aliento de las flores, que trasporta el oido a los mil mundos de la armonía, que hace pasear las imajinaciones por montes de rubíes i campos de esmeraldas i hace revolotear en torno de los ojos de nuestra alma mariposas de doradas i blancas alas que al tocar la tierra se convierten como, por el poder de una varilla májica, en preciosas mujeres, las cuales vienen a abrir las puertas de nuestro corazon con la llave de oro de la belleza!

Cuando uno echaba la vista sobre la plataforma colocada en el centro del salon i veia subir i bajar las deliciosas cabezas de las artistas de ocasion, que coronabnn un precioso talle circundado de nubes de blanca muselina, creia ver a la esperanza que va i viene, que encanta un momento i desaparece, que torna a aparecer i torna a encantar i torna a desaparecer. Sí, porque cada una de esos preciosas artistas era una esperanza de consuelo, de alegria para el pobre que vive con sus dolores, para la viuda que alienta con sus tristes recuerdos, para el huérfano que siente un vacio en su corazon, i llora, i no sabe de que.

Caridad, belleza, arte! tres santas palabras que-

reasumen todos los puros goces de la vida, que abren al corazon, las puertas de la virtud i el sentimiento i al alma las de la armonía.

Caridad, belleza, arte! vosotras sois el resumen de las existencias privilejiadas, vosotras sois las tres mas acabadas espresiones de la poesía que se resuelve en notas, en palabras golpes de pincel.

Esas tres palabras respiraban, hablaban, reian, cantaban i tambien suspiraban anoche, tenian por asilo cuerpos de silfide, corazones de ánjel i rostros de querubin.

El teatro no ha ofrecido grandes novedades en la semana que espira. Solo dos funciones hemos tenido hasta hoi variadas en su jénero i en su ejecucion. El domingo fué un drama bien conocido, gustado i afamado entre nosotros, *Pablo el Marino*, i el mártes una comedia de diálogo vivo, animado i polvoreado de gruesos chistes, *el Preceptor i su mujer*.

Pablo el Marino es propiedad de Dumas i es sin duda una de las joyas de su teatro. Pablo, el protagonista, es una figura colosal dibujada con un atrevimiento, con una seguridad de pincel i una fuerza de inventiva que solo el célebre dramaturgo posee. Bajo la corteza de un marino probado en cien combates, que tiene mas acciones heroicas en su hoja de servicios que años, que apenas toca en la edad de hombre i ya es el terror de la Inglaterra i el héroe victoreado por dos mundos, hai todo un filósofo, un modelo acabado del hijo i del hermano, un corazon que sabe comprender i consolar la desgracia, que llora i sufre como un niño al relato de la trájica muerte de su padre, que pide un seno de madre en que reposar su cabeza un instante siquiera i que cambiaria toda su gloria por oirse llamar una sola vez: hijo mio!

Pero tiene por desgracia una madre en quien puede mas una virtud que no tiene, pero que el vulgo necio le decierne que los dulces instintos de la maternidad, que prefiere una vida de lucha, de temores, de diarias angustias i constantes zozobras al desprecio del mundo,—que la espanta; que no duda ni un instante en sagrificar en aras de su postiza reputacion,-que tanto quiere, a sus hijos i a su esposo; que tiene valor para tronchar de un golpe el porvenir de una hija i no lo tiene para despreciar a ese mundo torpe, que la reverencia criminal i la condenaria mujer i madre.

Mas, como siempre sucede en el teatro i como debiera tambien suceder en el mundo, todos los secretos de la marquesa se descubren: Pablo sabe que es su madre, la señorita de Auray, su hija, sabe que es criminal. La marquesa tiembla de ver su reputacion por tierra; pero llega Pablo, Pablo a quien no ha querido reconocer, Pablo que para ella es antipatico como el espectro del remordimiento, Pablo que le recuerda todo un pasado de amor i falta que daria su vida por borrar, Pablo a quien ella cree un juez i que no es sino un hijo que con todo su corazon la ama a pesar de sus desvios; que no es sino el ánjel de la paz i la felicidad que viene a volver a ese hogar opulento en materiales riquezas i tal vez envidiado, la dicha de que carece. Lo consigue i desaparece.

Tal es, poco mas o ménos en globo el argumento de *Pablo el Marino*, argumento desenvuelto con toda la maestria de ese adivino de los mas íntimos secretos del corazon, que se llama Dumas. Qué escenas tan dramáticas! Qué de situaciones de grande efecto! A los que dicen que Dumas no es capaz de conmover las fibras mas delicadas del corazon, les responderemos:—leed a *Pablo el Marino*.

De *el Preceptor i su mujer*, lo único que nos queda que agregar despues de lo dicho mas arriba—es que fué bien ejecutada por la mayoría de los actores i soberbiamente por parte de Flores. Este es, sin restriccion, un actor cómico de primera fuerza i de lo mas notable que ha venido por estos teatros.

Pero todas las piezas ejecutadas hasta hoi no son mas que escaramuzas de mas o ménos importancia, fuegos de guerrilla para incomodar al enemigo, es decir para hacer llevar al público la mano al bolsillo: es esta noche cuando la empresa nos libra su gran batalla, esa batalla para la que hace cinco meses está haciendo sus avitallamientos, i que ha de ser el Austerlist o el Waterloo de la actual compañía. Esa batalla son los *Polvos de la Madre Celestina*, la gran comedia de majía que ha producido el teatro moderno. Cuantas maravillas no vamos a presenciar dentro de pocas horas en el teatro municipal: fusiles que andan i se truecan en escalera, cajones interminables, faroles que se reproducen, bailarines de tres piernas i tres piernas de un bailarin, jente que sube i jente que baja, que vuela i que la vuelan, que recorre diez continentes por lo ménos a mas de los conocidos. En fin, aquello va a ser una batahola, un ir i venir, un entrar i un salir de hombres i decoraciones capaz de asustar a un muerto i de dar curiosidad a una piedra.

Como veis, la semana ha ofrecido hasta hoi poco interes. Mas que en diversiones, se ha pensado en engañar la ansiedad de la expectacion i preparar el programa de las fiestas que en pocas horas mas van a poner en movimiento a todos los barrios de nuestra capital.

¡Qué cercano i brillante porvenir de regocijos i pasatiempos!

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO!

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Diciembre 31 de 1859. Núm. 33.

A rei muerto, rei puesto.

I.

El dia 31 de diciembre del año de gracia 1859 va a tocar a su término.

Entretanto, el mundo de los hombres continúa rodando como de costumbre por la inmensidad del espacio, mitad dormido i mitad despierto, los unos envueltos en sombras i silencio, los otros en luz i bullicio, sin curarse mucho, a lo que parece, de la muerte inminente i el advenimiento inmediato que se preparan.

En tan solemne momento, la poblacion de nuestro orbe terrácueo no se muestra ménos indolente e imprevisora, o mas inquieta i recelosa que lo que suele. Diríase que no habia leido el almanaque.

¡El almanaque! precioso boletin de las leyes del tiempo!

¡El tiempo! juez inexorable cuyas sentencias sin apelacion es preciso aceptar, como nuestras monedas de cobre, por la razon o la fuerza! de cuya jurisdiccion universal i omnipresente nadie puede declinar!

Pocos son, sin embargo, los que a ella se someten de buen grado: los mas prefieren ser juzgados en rebeldía.

Así es como lo son los perezosos, que quieren detener el tiempo como han detenido su actividad;

Así los disipados i aturdidos, que créen inagotables los talegos de su herencia i los dias de su vida;

Así las solteras de allende los treinta, que forcejean por clavar la rueda de los años, como otros la de la fortuna;

Así los viejos verdes, que en vano buscan un invernadero en que madurar;

I así por fin tántos i tántos otros prófugos de la justicia del tiempo, a quienes es menester citar por edictos i pregones.

Pero nada tenemos que hacer hoi con los habitantes de este mundo: se trata, por el contrario, de salvar sus límites, e ir a ver lo que pasa en este instante a la entrada de nuestro globo.

II.

El momento es propicio. Una estrecha puertecilla está entreabierta. Penetremos por ella cautelosamente.

Nos encontramos en un vasto i callado cementerio. Es el cementerio del siglo XIX. Sobre su suelo árido i desnudo cincuenta i ocho sepúlcros levantan sus moles de frio mármol, imponentes i mudas. Acerquémosnos i leamos las inscripciones de las lápidas.

Aquí dice:—*Año de* 1810. *Independencia* i *patria.*

Mas allá:—*Año de* 1814. *Heroismo i martirio.*

A pocos pasos se lee:—*Año de* 1818. *Victoria i república.*

I mas distante:—*Año de* 1823. *Civismo del pueblo, abnegacion del majistrado.*

Basta de inscripciones!.....las siguientes ya no son tan lisonjeras.....

Al lado del quincuajésimo octavo sepúlcro, un mozo ájil, membrudo i robusto está acabando de abrir una nueva fosa. Los rudos golpes de su azada desprenden de la tierra sonidos ásperos i sordos, que vibran lúgubremente en el perfecto silencio de la vasta soledad.

Terminada esta tarea, levanta sin trabajo una pesada losa que yace a sus pies i graba sobre ella en profundos caractéres:—*Año de* 1859. Vuelve en seguida a deponerla al borde de la fosa reciente i se dirije con lijeros pasos a la angosta puerta.

Al trasponer su dintel, encuéntrase frente a frente con un viejo macilento i encorvado que le cierra el paso. Es una figura taciturna i caduca: doce hondas arrugas pliegan su frente, desamparada del cabello; sus ojos, sumerjidos en profundas cuencas, son frios como los rayos de luna de invierno, i amortiguados como los destellos del sol cuando se pone; el pergamino de sus mejillas recuerda las hojas de otoño amarillas i secas: i su bo-

ca deprimida, no guarda ni reliquias del marfil. Su trémula i descarnada mano sostiene apénas sobre el hombro el baston del peregrino, de que pende un pequeño lio, i sus piernas temblorosas se doblegan i vacilan bajo el peso de su cuerpo decentado. Es un organismo que se desmorona, es una vida que se prepara a dejar su ruinosa habitacion. Ya habrán sentido los cuervos el olor del cadáver.

—Os aguardaba,—le dice en tono breve el fornido mancebo,—i vuestra huesa os aguarda todavía. Mas, ántes de dormiros en ella, dictadme la inscripcion de vuestra losa.

—¡Triste viaje es el que he hecho, jóven, i tristes memorias las que traigo!—le responde el anciano. I despues de tomar aliento unos cuantos segundos, continúa:

—He cruzado el mundo, he pasado por entre los hombres, invisible para los unos, menospreciado de los otros.

Pocos, poquísimos son los que han sentido mis pisadas, oido mi voz i escuchado mis consejos.

Los demas, aletargados por el deleite, abstraidos por las metafísicas del amor, asordados por los gritos de la ambicion, cegados por las polvaredas del odio, u ofuscados por el reflejo de los espejitos con que juegan al sol los sofistas, de dia en dia mas numerosos; no han visto que yo pasaba, no han oido lo que les decia.

Pero yo los he visto i los he oido.

Los he visto moverse sin objeto, ajitarse sin fruto, correr locamente para caer a poco trecho exánimes i lacerados.

Los he visto perseguir con ahinco insano los fantasmas de sus locas ilusiones, sin ver que atropellaban al paso i echaban por tierra las realidades de una cuerda esperanza.

Los he visto lanzarse con ansiosa rabia a los campos pintados de flores i dorados de espigas, no para segar éstas o cojer aquellas, sino para pisotear esos santos dones de la madre tierra i ajarlos impíamente bajo los cascos ferrados de sus caballos de pelea.

Los he visto, encendidas las mejillas, sanguinolentos los ojos i delirante el cerebro, abalanzarse los unos a los otros, chocar impetuosamente, cruzar las espadas, herir i caer en medio de roncos alaridos i desesperadas imprecaciones.—¡I los unos i los otros invocaban una misma palabra, profanaban en sus labios un mismo nombre, gritaban, rujian, blasfemaban:—justicia!

Los he visto, por causa de esa misma justicia, levantar el pendon de la asonada i blandir la lanza del bárbaro en medio de las ciudades temblorosas i lívidas de pavor, i alzar en seguida el afrentoso andamio de los patíbulos, para que el verdugo a sangre fria perfeccionase en ellos la obra sangrienta del furor.

I he visto despues suceder el silencio al ruido, mas no la calma a la ajitacion, ni la razon al delirio.

He oido entónces las amenazas a media voz que el despecho dicta siempre a los vencidos, sus juramentos de venganza, las promesas de su ira desarmada.... ¡últimas vibraciones de una esperanza que se apaga!

He oido al mismo tiempo los himnos desentonados de los vencedores, las profecías de su recelo, los cuchicheos de su inquietud.

He oido las protestas de los Pilatos empeñados en lavarse las manos, sin haberse ántes lavado el corazon.

He oido la voz de la parcialidad afanada por subvertir todas las palabras, trasmutar todos los nombres, corromper todos los significados, alterar todas las denominaciones, i destruir así los cimientos de las ideas, las bases del pensamiento.

He oido a los sicofantas de la prosperidad llamar bienes de Dios a los bienes de la suerte,

Honor a los honores,

Dignidad a las dignidades,

Virtud a la fuerza,

Crímen a la debilidad,

Traiciones a los reveses.

I despues de haber oido i visto a los hombres, he visto las llamas del incendio, que devoraba sus hogares i riquezas, i he oido los mujidos de la tierra ajitada i convulsa, que sacudia las murallas, desgajaba los techos i sepultaba bajo los escombros a los míseros mortales.

He oido finalmente los lamentos i el estertor de los moribundos, los vajidos de los huérfanos desamparados, el llanto de las viudas i los jemidos de las vírjenes prometidas, víctimas inermes de la muerte, que ha traido a la obra de esterminio un fuerte continjente de pestes i epidemias.

I delante de este cuadro pintado por la sangre i sombreado por la destruccion, he exclamado, como en otro tiempo aquel sibarita

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
JOSÉ TORIBIO MEDINA

coronado de Francia :—*Despues de mí el diluvio!*

Ahora bien, jóven, grabad sobre mi losa :—¡*Desolacion*!

—Sí grabaré,—le replica el mancebo;—pero no temais que el diluvio vuelva a cubrir la tierra: Dios no ha olvidado su promesa. Ved que ahora me envia a mí al mundo para llevarle ¡*Paz*!

—¡Sueño falaz, jóven iluso!—murmura el anciano.....

—Entrad!—le interrumpe el mozo.

I así diciendo empuja con brio al año 1859, que vá a caer expirante en la fresca huesa.

Aún no ha dado el último suspiro, cuando el año 1860 se pone en marcha.

III.

Miéntras tanto los hombres han saludado con distraida indiferencia al nuevo rei del tiempo, i gritado, parodiando la fórmula consagrada de las monarquías humanas :

—¡El año ha muerto!

¡Viva el año!

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Poesías.

A UN BUHO.

No mueve la brisa pura
La copa del roble erguido :
Por el hielo entorpecido
El arroyo no murmura....
Todo al silencio ha cedido.

Al blando sueño entregado
El universo reposa;
Mas en vijilia afanosa
Solo a tí, Buho, no es dado
Gozar de quietud sabrosa.

En el pardo campanario
Lanzas tu áspero graznido:
Tal vez la patria has perdido
I ahora lloras solitario,
Ausente el paterno nido.

¿El envenenado arpon
La desgracia te ha clavado?
¿Lloras a tu bien amado,
Una perdida ilusion,
La esperanza que ha pasado?

Si te sirve de consuelo
De un infeliz la agonía,
Como tú, yo en noche umb ía
Lloro en triste desconsuelo
Mi amada i la patria mia.

—

LA QUENA[1].

Es media noche, i la quena
Remeda, en triste sonido,
De una alma de pesar llena
El angustioso jemido.

Su lúgubre melodía
Es del dolor la espresion,
Voz que, de la tumba fría,
De amor habla al corazon.

Cuando su sonido vibra,
Halla un eco dolorido
En la mas sensible fibra
De un corazon aflijido.

Vuelve entónces a la mente
De nuestra vida la historia,
La imájen del dueño ausente,
Nuestra pena, nuestra gloria.

¡Ai! triste, triste de aquel
A quien robó muerte impía,
En un instante cruel,
Su esperanza i alegría!

Feliz, si pudiese el alma
Derramar en su dolor,
Para recobrar la calma,
Una lágrima de amor.

Mas yo inútilmente imploro
Al sordo, implacable cielo,
Vuelva a mis ojos el lloro
I blando me dé consuelo.

MANUEL JOSÉ CORTÉS.

(1) Instrumento de música, semejante a la flauta, usado entre los indios del Perú i Bolivia.

La mujer.

(Artículos extractados para LA SEMANA.)

Continuacion.

Así pues, los nobles pensamientos, las admirables obras maestras, los brillantes hechos de armas, todo nace bajo vuestra mirada inspiradora; la mirada de vosotras a quienes Dios hizo bellas.

Nadie puede sustraerse a ese dulce i terrible imperio: «El espectáculo de la belleza es seductor,» dice un antiguo filósofo; pero, debió agregar, i peligroso. Ella no permite jamas que se la frecuente o que se la toque impunemente. La mirada se detiene con delicia, sobre la fisonomía de una jóven bella; la contempla, la admira, i luego el corazon traspasado por un dardo mortal lleva una herida que tal vez no sanará jamas.

El niño apénas crecido, el jóven de pensamientos tímidos, el hombre de corazon gastado, el viejo helado por la edad, todos se in-

clinan bajo el cetro de la belleza, todos le ofrecen al pasar algunos granos de incienso.

Alguna vez ella encanta la existencia, la embellece con dulces sueños; ánjel consolador borra las huellas de los pesares, de las desgracias; sostiene el valor, hace ver el porvenir bajo un aspecto risueño; otras veces siembra la vida de dolores amargos, lleva consigo el reposo de un corazon que desdeña i que no puede desprenderse de ella.

¡Para algunos poetas cuya alma resuena armoniosamente en el dolor, cuántos bellos jénios se estinguen prematuramente devorados por afecciones desgraciadas i que la mirada de una belleza ha consumido sin vuelta, como débiles plantas súbitamente espuestas a los ardores de un sol devorador!

Casi siempre que el corazon se prenda de la belleza, no sube a la fuente de donde ella emana i en la cual solamente puede apagar la sed inmensa que lo altera; entónces se consume en vanos esfuerzos, en deseos sin recompensa. ¿De dónde viene entónces que los hombres no consideran jamas la belleza mas que al traves del prisma de sus vanas esperanzas, i de las ilusiones de su corazon? Nó, ella no tiene como se imajinan, satisfacciones infinitas que darles: luz pasajera, brilla un instante para estinguirse bien pronto, i las frentes privilejiadas sobre las cuales se detiene mas largo tiempo, hallan que su imperio no ha durado mas que un momento en comparacion de los largos años que pasan en sentirla.

Sí, la belleza pasa pronto; hai verdades que se querria callar o no creer, i que se manifiestan por sí mismas de un modo cruel; ésta es de ese número. Podria decirse que el tiempo tiene un feroz placer en mutilar las mas bellas obras de la naturaleza. En todo deja impresas sus huellas, marchita todo lo que brilla a nuestras miradas; las flores de los campos, como las flores humanas, las solas que jimen i lloran bajo su accion.

Los ojos i el corazon se habitúan fácilmente; las transformaciones lentas que se operan a nuestra vista despiertan apénas nuestra atencion: casi sin apercibirlo, todos envejecemos, los unos al mismo tiempo que los otros; la diferencia de hoi a ayer es mui poca cosa para impresionarnos. La belleza se estingue poco a poco, asi como el árbol se deshoja; desaparece insensiblemente i tal vez no hemos pensado en ello.

Para apreciar bien los estragos del tiempo, es preciso ver sobre las fisonomías el efecto de algunos años de ausencia. Los recuerdos no envejecen. Uno vuelve a ver en su pensamiento las personas ausentes como eran en el momento de partir. Esto es tan cierto, que, cuando despues de un largo destierro, se vuelve al lugar donde se pasó la juventud, uno se admira de encontrarlo todo cambiado, de no volver a ver esas niñas tan bellas, tan alegres, tan juguetonas, que se esperaba volver a hallar; son ahora madres fatigadas por los cuidados, los trabajos i las penas, i en cuyos rostros se conserva apénas un recuerdo borrado de lo que eran en otro tiempo.

Sí, la belleza pasa pronto, las mujeres lo saben bien; de ello dán testimonio los esfuerzos que hacen para conservarla o disimular los ultrajes del tiempo.

La Fontaine ha dicho que la gracia vale mas que la belleza. Estas palabras nos parece que espresan una alta verdad. Si La Fontaine ha querido decir que la gracia i la jentileza, que la vivacidad i la espresion de la fisonomía son preferibles al rostro dotado de esa belleza regular, inmóvil i fría, que existe solo en la configuracion, ha tenido ciertamente razon. En nuestra opinion nada hai ménos agradable que un lindo rostro que carece de esa animacion que manifiestan el corazon i la intelijencia.

Hemos visto muchas mujeres cuya figura al principio desagradaba i que aun podian llamarse feas; i que al cabo de un instante, saben encantar por la gracia de sus jestos, de su continente, por la espresion de sus facciones, por la animacion que dán a toda su persona.

Cuando la intelijencia, la bondad, el candor se demuestran en el lenguaje i en la mirada, se olvida la irregularidad de la figura, a ménos que uno no sea capaz de elevarse hasta las cosas del espíritu i del corazon.

Las mujeres no deberian olvidar nunca que el medio de suplir a la belleza del cuerpo, es tener la belleza del alma; ésta brilla siempre i los colores encantadores con que ilumina el semblante no se borran jamas. El tiempo nada puede sobre la belleza moral. «Si sois bellas, haced cosas bellas, dice Demetrio Phalère; si no lo sois, que vuestras buenas cualidades hagan olvidar vuestra fealdad.» «No juzgueis segun la belleza, sino segun las costumbres,» dice Eurípides. I San Bernardo espresa la misma idea diciendo; «dos santos desprecian la belleza del cuerpo por la del alma.»

¡Ai! ¿qué os quedará a vosotras que no apreciais mas que la belleza corporal, i que no procurais adquirir esa belleza del alma, de que hablamos? Luego que el tiempo haya ajado vuestros atractivos, i el tiempo marcha pronto, i los dias de belleza no son mas que la primavera de la existencia entera, vivireis olvidadas, abandonadas, menospreciadas talvez, pues no tendreis ya nada que pueda encantar vuestro círculo. En vano querreis persuadiros i persuadir a los demas de que aun sois bellas; vosotras i ellos vereis bien lo contrario. Durante los dias de vuestro esplendor no habreis recibido mas que homenajes materiales i groseros; cuando la belleza os abandone i que hayais perdido esos tristes homenajes, ¿podreis esperar otros?

¿Los hombres de intelijencia i de corazon

que no se aproximaron al orgulloso ídolo, vendrán a adorar sus cenizas?

Se os dice frecuentemente, la belleza es todo para una mujer: nosotros, que somos en esta materia juéces mas competentes que vosotras mismas, escuchadnos i creednos cuando somos suficientemente francos para deciros: nó, la belleza, no es bastante; es lo secundario. Admitid que os digamos: la belleza, no es nada cuando está sola; pues sobrado os respetamos para creer que no rehusariais el ultraje de una adoracion, que solo se dirijiese a lo que en vosotras hai de material. Adornaos pues con la belleza moral, adquirid los encantos del espíritu i del corazon, haceos bellas por vuestras cualidades; i tendreis seguramente mas felicidad en triunfar por vuestro mérito que por vuestra belleza.

Conocemos el poder de una bella cara, pero sabemos donde concluye: ella basta para embriagarnos de felicidad o para hacernos desgraciados, para poetizar una vida entera o para hacerla infortunada; pero el corazon i la razon maldicen muchas veces esa inclinacion fatal, i la belleza que seduce es una belleza que no se estima. Procurad hacer la felicidad de los que os aman, mas bien que llegar a ser para ellos un objeto de tormento.

La belleza seduce, eso no es bastante; es necesario que se haga amar, estimar i bendecir.

¡Felices aquellas que reunen el doble encanto de la belleza física i de la belleza moral! ¡felices aquellas que para consolarse de haber sido ménos favorecidas por la naturaleza, saben encontrar en los atractivos del corazon, en las gracias del espíritu, el medio de hacer olvidar que son ménos bellas! En la tierra solo el mal es verdaderamente feo, el bien encanta i seduce siempre.

La idea de la belleza es relativa en los diferentes pueblos, segun el grado de su civilizacion i de su desarrollo intelectual. Entre las naciones que mas han brillado por las ciencias, las letras i las artes, se han encontrado las ideas mas justas sobre la belleza, los mas perfectos tipos artísticos i las producciones mas notables.

A medida que se desciende en la escala de las civilizaciones, se encuentra tambien gradaciones proporcionales en los tipos de belleza que se forman los hombres.

El salvaje ignorante i brutal desfigura el tipo orijinal, modifica la obra de la naturaleza; comprime las frentes, aplasta o alarga los cráneos. Ciertos pueblos de América gustan de las frentes aplastadas; los habitantes vecinos del Phase, prefieren que la cabeza tenga la forma de un pan de azúcar. El Kalmucko, encuentra las facciones groseras i macizas de su compañera, mas perfectas que la fisonomía de las mas bellas Georjianas. El negro, gusta de los lábios gruesos i vueltos; el Mongol, de un rostro ancho.

¡Qué diferencia entre estas ideas de la belleza con las de los hermosos dias de la Grecia! i sin embargo, preciso es decirlo, nuestro tipo ha ganado en gracia, en poesía, sino ha ganado en cuanto a la forma. Praxitéles i Phidias copiaban los atractivos de sus queridas, cortesanas conocidas en toda la Grecia, i toda la Grecia admiraba, adoraba la belleza en la cortesana divinizada por el arte; el arte olvidaria su fin si se prostituyera asi, ahora que la idea cristiana ha restituido al alma su imperio, que ha dado a la materia la inferioridad debida. Se quiere que la pintura, que la escultura, como la poesía, no copien mas que tipos virtuosos, i hagan palpitar la inocencia, el candor, la pureza, bajo la forma material de la pintura, de la piedra o de la palabra.

Las cortesanas no representan ya la belleza entre los cristianos; la representan las santas i las vírjenes.

Hai por lo demas un hecho admirable i que prueba perfectamente que el hombre está hecho antes que todo para las cosas de la inteligencia i del pensamiento, i está en las modificaciones que forzosamente imponen al arte las civilizaciones i las relijiones, que operan en las razas cambios tan admirables, i que solo necesitan de algunos años para embellecer o degradar los tipos que aquel debe copiar.

El rostro es el espejo del alma, i en el viene a reflejarse el pensamiento con sus mil modificaciones; cuya asombrosa movilidad traduce al esterior todo lo que el alma siente, esperimenta o piensa. ¡I bien! todas esas cuerdas vibrantes de la fisonomía, clave armoniosa del pensamiento, quedan mudas casi para todos en el ser que no está dotado mas que de una débil inteligencia. Considerad la figura estúpida del idiota, ¿qué le falta? Su cara contiene físicamente todas las fibras necesarias para la espresion; pero su cerebro es impotente, el pensamiento no las anima. Casi absolutamente inmovilizadas, no tienen sus facciones mas que algunas espresiones groseras; se diria que su semblante lo constituyen solamente dos o tres masas carnosas. Este ser degradado parece estar colocado en el límite estremo de la bestialidad. Pero a medida que la inteligencia se eleva, destruye esa inercia que es propia de la materia i nada hai tan admirable como esa trasparencia con que el jénio ilumina el semblante del hombre. Cada faccion, se dibuja para dar a cada estado del alma un interprete; cada pasion viene a avivar esa tela animada. A medida que la inteligencia hace una conquista i se engrandece, una belleza mas adorna la fisonomía humana, una espresion nueva se manifiesta en ella para traducir un pensamiento nuevo.

Por otra parte el cerebro se agranda i desenvuelve en razon de la actividad que se le imprime. Todo órgano que se deja en reposo se abate i se consume hasta cierto punto. En todas las naciones que pasan del estado

salvaje o inculto a una civilizacion avanzada, no se tarda en ver ensancharse el cerebro, estenderse, elevarse la frente para corresponder a las conquistas de la intelijencia.

Este hecho es una verdad que todos los naturalistas, que todos los observadores han notado, i nuestros misioneros lo testifican con los salvajes convertidos al cristianismo. En este caso, la transicion de un estado normal abyecto i elemental, por decirlo asi, a un estado de ideas elevado i sublime era demasiado brusco para que la reaccion física no se hiciese sentir con admirable prontitud.

Con el auxilio de los monumentos que el arte nos ha dejado, se podria seguir paso a paso en los siglos esas transformaciones sucesivas de los tipos. Estamos mui poco versados en los conocimientos especiales que seria preciso tener para hacer otra cosa que indicar este punto interesante.

Veriamos desde luego la escultura ejipcia con sus líneas rectas, con sus figuras talladas en ángulos rectos, representar las ideas de fuerza, de grandeza, de poder, de dominacion que debian surjir las primeras de esas civilizaciones fundadas por la conquista i apoyadas en la fuerza.

En la Grecia la pintura i la escultura tienen un carácter bien diferente, en ellas domina la belleza física i la voluptuosidad unidas a los tipos grandiosos de la ciencia i de la fuerza. Ellas forman, en los tiempos antiguos, el período mas bello del arte; pero en medio de esas figuras de dioses i de diosas, de mujeres voluptuosas i bellas, solo se piensa en la tierra, en la felicidad i en los goces que en ella se procuran. Nada de virjinal ni cándido, nada de casto, sobre todo, imprime a las creaciones de los artistas, esa suavidad que perfuma al arte cristiano; en ninguna de sus estatuas ni cuadros hai una mirada que se dirija al cielo. Los griegos no comprendieron nada de los sentimientos que unen el alma humana a Dios i que reflejan favorablemente sobre las pasiones i pensamientos humanos, i embellecen tan deliciosamente las facciones del rostro.

Pasemos a Roma. En ella todas las ideas tienden a la conquista i a la dominacion. El arte adquiere un carácter de dureza i severidad estremas. Todo refleja el espíritu nacional. Roma artística nos admira, despierta en nosotros grandes ideas de poder, pero no nos seduce ni nos encanta.

Llega la transformacion cristiana i todo un nuevo órden de ideas i sentimientos se revela al alma humana; claridades celestes vienen a embellecer el tipo artístico. Las ideas del infinito, de la eternidad i de la espiritualidad del alma brillan en medio de las obscuridades del paganismo, i en un solo dia hace la intelijencia mas conquistas que las que habian podido procurarle todos los esfuerzos de los siglos pasados. Desaparecia todo lo que en las creencias rebajaba i envilecia el espíritu. La frente del hombre puede mirar al cielo su patria; sus destinos lo llaman allá. El mas simple de los cristianos tiene, sobre Dios, nociones mas elevadas que todos los filósofos de la antigüedad pagana. La caridad, virtud nueva, rayo celeste, viene a iluminar el mundo. En adelante la fraternidad del jénero humano, la libertad, la igualdad ante Dios, son obligaciones o artículos de fé para todos.

El alma se exalta en estas ideas grandiosas, la intelijencia tiene un campo enteramente nuevo: el corazon se ensancha inmensamente. La lei de amor que Jesucristo predica al mundo, une a todos los hombres entre sí, les enseña a despreciar el egoismo i el amor de la individualidad. El sacrificio se recomienda a todos, i las virtudes mas sublimes llegan a ser comunes entre los fieles.

Todas estas ideas, todas esas virtudes, todos esos sentimientos suscitados por la nueva relijion en el alma humana, dan a la fisonomía de los cristianos una espresion que no tenia la de los paganos. La carne estaba vencida, i las sublimidades del alma triunfaban.

El arte cristiano conquistó de un golpe sus cualidades mas preciosas, la poesia i la idealidad, i tuvo desde entónces una incontestable superioridad.

Sabemos bien, ciertamente, que los trastornos que tuvieron lugar entónces en el mundo, rompieron el pincel, el cincel i la lira en la mano de los artistas. Se perdió en cuanto a la forma, pero la idea estaba adquirida; i si la mano era ménos diestra, la semilla del jenio estaba en las almas.

Jamas el arte pagano habia hecho otra cosa que copiar la belleza material e inspirar sus creaciones con la espresion de las pasiones terrestres por decirlo asi. Su resultado mas bello, habia sido producir el lado ideal de la voluptuosidad: no se habia elevado mas.

El arte cristiano consideró la forma como cosa secundaria i quiso espresar el pensamiento. Espresó esa belleza interior, cuyo centro es el alma i que refleja la fisonomía. Estaba reservado a él comprender i espresar los sentimientos que unen el hombre a Dios.

Conoció a la vez que era el interprete de las cosas del alma i de las cosas celestes. Eso esplica esas auréolas luminosas con que rodea sus imájenes; esos rayos que parten del cielo i que son como un camino establecido entre Dios i el corazon humano. Fué el primero que supo leer en la fisonomía i copiar todas esas espresiones ascéticas que nacen en el seno de las intimidades de la adoracion i en las místicas aproximaciones del alma hácia la divinidad.

El arte pagano no habia espresado mas que el pudor cándido i natural en un tiempo en que la virjinidad era un oprobio.

La belleza entre nosotros está ménos en la forma i en la pureza de las líneas, que en la espresion enriquecida con todas las conquistas que el alma ha hecho. Una mujer bella entre

los paganos era un objeto de deseo; hablaba sobre todo a los ojos i a los sentidos. Para ser bella entre nosotros debe una mujer hablar al corazon i brillar preferentemente con esas perfecciones ideales que atraen el respeto i los homenajes.

El arte cristiano pudo hacer admirar el pudor de la inocencia i la pureza del alma, porque la virjinidad era honrada.

La belleza cristiana consiste sobre todo en una auréola de virtud que se eleva del alma como un perfume i que opera sobre el cuerpo una especie de transfiguracion.

La idea cristiana lo ha poetizado todo; ha puesto la forma en el último plan, la ha hecho en cierto modo el pedestal del alma.

Sin embargo la belleza de la forma tambien ha ganado; porque nada embellece tanto el rostro como la virtud, los buenos hábitos i los nobles sentimientos; nada iguala a la dulzura que la virjinidad da a las facciones i a la suavidad del colorido con que las ilumina.

Si la mezcla de las razas ha desfigurado los tipos primitivos, el cristianismo los ha ennoblecido i embellecido por todas partes, porque ha enriquecido el rostro humano con una multitud de espresiones nuevas i poéticas, i ha dado al alma una multitud de ideas sublimes i grandiosas, así como ha puesto en el corazon todos esos amores sublimes, esos sentimientos de fraternidad que forman el atributo mas bello de la naturaleza humana.

GUMESINDO CLARO I CRUZ.

(Continuará.)

Escenas de aquel tiempo.

—

EL MINGACO.

La palabra *mingaco* llegó a significar reunion entre las jentes de nuestro vulgo.—Faltando a nuestros labradores el dinero para establecer sus especulaciones i para realizar sus cosechas; faltando la accion i el verdadero espíritu de trabajo comercial, trataban de reunirse, cuando lo exijian las circunstancias, para ayudarse mutuamente en sus tareas. La única retribucion del trabajador consistia a veces en que le pagaran a él en la misma moneda, i cuando mas solia obtener una parte del producto que ayudaba a liquidar. La feracidad de nuestras tierras, junto con la ninguna esportacion, por falta de movilidad i viabilidad, producian la estrema escases en el numerario, que es lo que en todas partes debe ser el premio del trabajo: de aquí nacia la costumbre de pagar al trabajador *en jénero*, es decir con parte de la cosecha misma. Por manera que esta venia en último resultado a dividirse entre el primer propietario i los demas trabajadores que le ayudaban a realizarla. No trataré de hacer ver los graves inconvenientes que este sistema trae consigo en contra del comercio en jeneral; no trataré de probar lo antieconómico que es para la industria el que las tareas de los trabajadores no tengan precios establecidos i fijos, por ser esto bastante conocido de todos, ahora que se trata de mejorar i se mejoran en efecto tan notablemente nuestros sistemas de trabajo.

Véase lo que sucedia en aquellos tiempos: mingaco era la palabra mágica a cuyo sonido se reunian trabajadores de cualquiera especie de industria. ¿Queria un propietario, el rico del lugar por ejemplo, verdadero señor feudal, queria, digo, concluir una obra en un momento Pues bien, no tenia mas que *llamar sus jentes? a mingaco* para ver bien pronto su *faena* habilitada con sus propios inquilinos i con los trabajadores de las propiedades vecinas. La obra era, ya vendimiar una viña, ya deshojar un gran monton de maiz, ya hacer una cerca, una acequia de regadio, etc., etc. ¿Cuánto no era de admirar el ahinco que ponian casi todos los trabajadores en la conclusion de una faena, cuya única recompensa era *comer bien ese dia*? Porqué en el mingaco, rigorosamente hablando, no se pagaba otra cosa que la comida a los trabajores. A veces era un inmenso monton de duraznos, que habia que *pelar* para secarlos i convertirlos en *huesillos*. Todos los trabajadores, armados de sendos cuchillos i sentados en torno del monton, ponian manos a la obra con un teson admirable. Sobre la cúspide de aquel se veia una gran torta de harina, que servia de premio al mas activo de los mingaqueros. El que conseguia, alijerando las manos, derribar la torta hacia su lado, ese era el dueño del premio, i se llevaba el honor de la lijereza i constancia en el trabajo. Concluido este, o cuando la hora lo exijia, se levantaban a una los trabajadores para asistir a la gran comida i bebida que el dueño del mingaco les tenia preparadas. I comian no solamente los trabajadores, sino los chiquillos que llevaban i los mil ociosos i vagabundos que solian asistir con el único objeto de comer. Muchos de estos habia que solo se ocupaban en andar de mingaco en mingaco; i aun cuando no siempre eran mui bien recibidos, no por esto ellos se quedaban con hambre.

Otras veces el mingaco tenia por objeto un trabajo mas activo: el rodeo. A este ejercicio se concurria (i aun en el dia sucede lo mismo en alguna parte) por el placer de salir a lucir la ajilidad de los caballos i la *maestría* de las personas, en los difíciles i peligrosos manejos del lazo o de la *aparta*. Ningun otro premio tenia el corredor, despues de comer i beber a mansalva, que el que se dijese de su caballo, si lo merecia: *el caballo tal es cosa rica para las vacas*. No hai para que llamar mingaqueros a esta especie de trabajos, pues ellos constituyen la favorita diversion de nuestros *guasos*.—En efecto, ¿saben que en tal estancia estan en rodeo? pues bien, ya todo el vecindario aficionado está apercibido de lo que

ha menester para la campaña. Arréglanse caballos i monturas; sóbanse i resóbanse los amarillos lazos; afílanse los cuchillos grandes, i llénanse de harina tostada las bolsas de cuero de ternero. El *Guámparo* de cuerno de buei va en las alforjas, porque no ha de hacer falta el *ulpo*. Con esta provision i apero puede el guaso pasar dos o tres dias a cielo abierto, i alojando cuando mas debajo de un árbol: sus pellones, de pieles de carnero, le sirven de cama, i su gran poncho o guaroso chamanto es mas que suficiente paro servirle de cobija. Acompañado va siempre de sus inseparables perros, que jamas lo desamparan en sus correrías; i no pocas veces ha sucedido encontrar, por medio de estos fieles animales, el cadáver de su amo caido con caballo i todo en un barranco.

Amanece el dia prefijado para dar principio a la partida, cuyos jefes son los vaqueros o capataces de la estancia: estos, juntos con los mas conocedores de la localidad, disponen *gritar* los animales por aquel lado; *manguearlos* por esa orilla, i arrinconarlos en tal ensenada para formar allí el piño. Bien pronto resuenan en los valles i montañas los gritos de los guasos, los bramidos de los animales i el continuo ladrar de centenares de perros, que, azuzados desde lejos por sus amos, recorren impacientes los bosques i quebradas. Corresponde el eco de los cerros, duplicando los gritos i bramidos; toda la naturaleza viviente se pone en ajitacion; i no parece sino que una nueva vida animara a aquellas rejiones poco antes lóbregas i silenciosas. De los bosques del valle sale el ganado manso, al paso que se ven bajar de las montañas los *toros cerreros*, verdaderas fieras, cuando son irritados por los perros.

Mirad aquel toro medio salvaje, que no sé como se ha escapado de sus perseguidores: va rodeado de perros, i por mas lijero que baja *loma abajo*, no puede desasirse de ellos, semejante al ladron de una colmena, que por mas que corra no puede escapar de la nube de abejas que le rodea. Mirad como cuatro o cinco guasos van tras del toro: corren *a todo escape*; pero no tan lijero como ellos quisieran para dar alcance al animal, que los lleva a mas de dos tiros de lazo. I espolean a sus *gastados* caballos, maldiciendo de ellos porque el toro se les va. Pero otro huaso que viene llegando de refresco, i que ha visto al furioso animal huyendo, le sale al traves: se pára mirándolo de hito en hito; i *desojalando* su lazo, lo espera con la armada hecha. Ya sabe él que el animal ha de pasar por aquí o por allí, pues conoce todos los caminos: así es que en cuanto el prófugo bruto se halla al alcance de su armada, la lanza con tanto acierto, que *no le yerra*. En valde aquel brega por desasirse, i echando espuma por la boca, salta bramando de rabioso coraje, porque el cinchon del guaso es firme *i no le da soga ni un pelo*. Llegaron los demas guasos, i el animal se ve en el momento cubierto de lazos que lo obligan a su pesar a tomar parte en la funcion del dia.

Reunido el piño, lo llevan al corral, teatro de las hazañas del guaso. Allí esperaban en aquel tiempo las mujeres a sus bizarros paladines; i sentadas sobre las bardas del corral o de otra eminencia, se recreaban con delicia en el torneo. ¡Cuánta ajilidad no demuestran estos hombres en la corrida de los animales, ya sea en los bosques, ya en el corral! A veces es de temer por sus vidas al verlos desprenderse desde la cumbre de un cerro escarpado, bajando con la velocidad de un rayo, ¿i todo para qué? Para *cortar*, como ellos dicen, al animal que se les iba.

Tambien se hacian por medio de un mingaco las trillas..... I sabeis, querido lector, lo que es una *trilla*? Imajinaos un gran monton de trigo segado i rodeado de un espacioso círculo de estacada i ramas. La era, que así se llama este círculo, está rodeada de los aficionados, cuya impaciencia se deja ver por los chasquidos de sus *guarosos rebenques*. Sobre el monton está *la cantora* del lugar, con su guitarra en la mano, echando al aire tonada tras tonadá; i no pocas veces la acompaña su marido, el rabelisto. Miéntras que de la armónica pareja salen los entusiastas sonidos que alegran i llenan de vivo ardor a toda la concurrencia, dos o tres *horqueteros* levantan con sus horquetas sobre sus cabezas sendas gabillas de trigo *para que los cantores canten a la sombra*.—En la puerta de la era está el patron de la fiesta, rodeado de la aristocrácia de la concurrencia, haciendo beber a todos vino, aguardiente i la refrescante chicha de maqui, que no ha de hacer falta en ninguna trilla..... Por fin, ya es tiempo de que las yeguas entren a la era, la señal se dá, i principia *la pisa*, dando vueltas en torno del monton. Despues de un corto rato solo se oye los inmensos gritos de *ah! la yegua, ah! la yegua!* envueltos en una ardiente nube de polvo.....Bien pronto se oye el de *vuelta yeguas!* i estos animales, como si comprendiesen la voz, empiezan a deshacer las vueltas que acaban de dar. Cuando se ha concluido *la pisa* el capataz, que es como si dijeramos el maestro de ceremonias, grita: *fuera, yeguas*! La puerta de la era se abre, i salen los animales casi muertos de cansancio i bañados en sudor a pasearse por el llano. Los horqueteros principian entónces *a botar a la estaca* el trigo ya pisado, i a sacar del monton una nueva capa, operacion que se repite hasta que aquel queda reducido a la nada. Las yeguas descansan miéntras tanto, pero la cantora no descansa. Los intervalos entre *pisa i pisa* son unos verdaderos entreactos: varias mujeres con sus cántaros de licor, reparten a los trilladores sendos vasos *que los avivan i alegran*, dándoles fuerza i valor *para la pisa que viene*. Beben los ociosos como si trabajaran; i todos gritan i corren probando sus caballos en *tiradas i revueltas hasta ha-*

cerlos ovillo.....Qué boca de animal! qué rienda, señor! I lo bien que pisa! Vaya que no se pregunte; es una manteca!

Llegada la hora del medio dia, pasan los trilladores al lugar en donde les espera la mesa puesta, jeneralmente es el rancho mas vecino. Siéntase al rededor de ella la aristocracia, miéntras la democracia come sus platos *a suelecito pelado*, sirviéndose por lo regular de conchas de choro en vez de cucharas. En las trillas de rango no podian hacer falta los pasteles de maiz ni los *furundungos: el locro i el redondo mazamorron* eran *para la mesa del pellejo.*

Bien se echa de ver que los gastos de la comida gravaban el importe de la cosecha notablemente, hasta resultar no pocas veces que la comida valia mas que la cosecha misma.

El propietario agricultor, aun cuando en último resultado salia comprando el trigo a un subido precio, se contentaba con el honor de haber estado de trilla ese año.

Por fortuna ya las trillas de mingaco han desaparecido casi totalmente: ya los agricultores han sistematizado sus trabajos, pagando peones i no permitiendo asistir a sus trillas a toda esa multitud de ociosos que solo era atraida por los pasteles i el mazamorron.

I no solo en las trillas, sino tambien en casi todos los trabajos de nuestros campos, se ha desterrado el mingaco: quedan sin embargo vestijios de la antigua costumbre en algunos lugares de las costas. Nuestros agricultores, sistematizando sus trabajos, les han dado mas ensanche i provecho a sus especulaciones; i han podido estender sus relaciones comerciales, obteniendo mercados, i haciendo a veces oposicion a naciones adelantadas.

Daniel Barros Grez.

Bibliografía.

Hace poco que hemos tenido ocasion de leer un interesante opúsculo, titulado: *Bosquejo de los progresos de Hispano-América*, escrito por el distinguido poeta boliviano, don M. José Cortés, i publicado por la imprenta del *Comercio* en Valparaiso. Permítasenos hacer una lijera esposicion de lo contenido en esta obra, en virtud de la importancia que encierra para nosotros todo lo que tiene relacion con este nuestro suelo americano, cuyo pasado es jeneralmente tan poco conocido, cuyo presente se lamenta con tan poco fruto, i en cuyo porvenir solo divisan ruinas i desesperacion algunos espíritus poco aleccionados en esa lucha incesante de intereses opuestos que ha tenido que sostener la humanidad, para dar un paso en el camino del progreso.

La obra, que solo contiene 120 pajinas, está dividida en doce capítulos, precedidos de un breve prólogo i destinados a manifestar los progresos que realizó la conquista española en el mundo americano i los beneficios que ha dispensado a éste la revolucion de la independencia.

En el primer capítulo se contrae el autor a manifestar el estado de América ántes de la conquista. Cierto que por el título que lleva la obra no podriamos exijir mucho mas de lo que el autor ha hecho en esta parte; pero diremos que el cuadro que nos presenta de la civilizacion de la América indíjena es una pintura demasiado pálida de lo que en aquel entónces existia. I esto decimos por lo que hace a Méjico i Perú; que en cuanto a lo restante de la América, separa completamente de ella la atencion. Parece que el señor Cortés apénas ha consultado para su trabajo, a uno que otro de los autores modernos, como Robertson, a quien cita con mucha frecuencia; i no ha bebido sus ideas en las fuentes orijinales que afortunadamente no escasean, sino que por el contrario abundan en esta materia. Hai excelentes trabajos especiales sobre la antigua civilizacion de los americanos que, estamos seguros, el señor Cortés habria consultado con provecho, como son: *La Monarquía Indiana* de Torquemada, las historias de Sahagun, Echeverria, i Veitia que inserta Lord Kingsborough en su monumental obra, no desconocida en América, sobre las antigüedades mejicanas; *La Historia antigua de Méjico* por Clavijero; las historias de Montesinos i Balboa sobre el antiguo Perú, i la de Guatemala por Oviedo i Valdez, publicadas por Ternaux-Compans en su curiosa coleccion, i los trabajos mas recientes de Washington Irvings i Prescott. Pero ya que no los trabajos especiales, siquiera las obras jenerales que hai sobre la materia, como *Las Décadas de Indias* por Herrera, *La Historia natural i jeneral de Indias* por Oviedo i Valdez, *La Historia jeneral de Indias* por Las Casas, que ha publicado últimamente la Real Academia de Historia, de Madrid, i otras que no queremos citar por no rayar en fastidiosos.

Al hablar en el capítulo II de los efectos inmediatos de la conquista censurando, como se debe, la *mita*, los *repartimientos* i *las encomiendas*, es decir, la esclavitud i el trabajo forzado de los indios, encontramos este notable pasaje:

«Se cree jeneralmente que la codicia impelió a los españoles a la conquista del Nuevo-Mundo.—Error! Nada de lo que es grande i glorioso puede nacer de las malas pasiones; sea cual fuere la constancia i la fuerza que se les quiera atribuir, esas pasiones no son nunca las de una gran masa de hombres ni pueden por consiguiente animar los esfuerzos de todo un pueblo. Siempre que aparece en la historia un hecho de mucha magnitud, es necesario, en honor de la humanidad, buscar una causa moral, única capaz de producir grandes hechos i hacerlos durables. La sed del oro entró sin duda por mucho en la conquista de América; pero si no me engaño, la verdadera causa de

este acontecimiento se halla en el espíritu de proselitismo de que estaba animado el pueblo español. *La propagacion de la fé católica* era el motivo que se hacia valer en todas las leyes i en todas las concesiones que miran a la conquista de América. Si la España no hubiese estado penetrada de un vivo celo relijioso, no habria sido su lenguaje el que aparece en sus leyes. Los españoles que por siete siglos habian defendido su relijion estaban animados, cuando vinieron al Nuevo-Mundo, del mismo espíritu relijioso que los árabes a quienes acababan de vencer.»

«Cierto es que el proselitismo de los Españoles se mostró mui poco de acuerdo con la caridad evanjélica, i que los intereses mundanos se sobrepusieron a los del cielo; pero no es ménos cierto que algo de superior a la codicia movió a los conquistadores a acometer una empresa llena de peligros. Algunos hombres a quienes no podemos acusar de haber abrigado aquella mezquina pasion atestiguan que el designio de la conquista fué traer a la América la relijion i la civilizacion de la España.»

I a fé que el señor Cortés tiene razon. A trueque de denigrar a la España se cuidan mucho ciertos escritores de oscurecer el cuadro de la conquista, recargándolo demasiado de sombras, i culpables de un estudiado descuido o de un neglijente olvido, no fijan la atencion en los rasgos sublimes i bellos coloridos que a veces la abrillantan. Suele complicarse al gobierno español i a la nacion entera en aquella larga cadena de desastres, de desolacion i de muerte que hicieron pesar sobre los inocentes americanos los rudos conquistadores, i por lo que con tan sobrada justicia dijo el poeta:

Crímen fué de los tiempos, no de España.

«Si el caballero cruzado peleaba por la cruz i por la gloria, ha dicho tambien con razon Prescott, el caballero español peleaba en América por la cruz i por el oro.» No fué, pues, solo la codicia el único móvil de la España en sus conquistas de las Indias, sino tambien, como lo dice el señor Cortés, la propagacion de la fé católica. Si para colonizar estas comarcas malo i perverso fué el sistema de las encomiendas i el trabajo forzado, cuyo resultado era la esclavitud i la ruina de los pobres indios, era un corolario preciso del sistema feudal que por tantos siglos habia dominado en Europa i cuya jeneralizacion i antigüedad le daban título para que pasase aun a los ojos de los hombres de recta conciencia i de elevado entendimiento, como cosa fundada en estricta justicia. Juzgar los hechos de aquel entónces con las ideas de la época presente, equivale a ridiculizar a los hombres del siglo XVI porque no usaban el frac que usan los del XIX. Esto bastaria para disculpar a la España; pero cuando observamos a todos los monarcas españoles desde la inmortal Isabel I, animados de tan benévolos sentimientos en favor de los indios; que el deseo de su bienestar espiritual i terreno se advierte en toda su lejislacion concerniente a Indias; que la mayor parte de los historiadores de aquel tiempo alzaron una voz jenerosa i enérjica en favor de los americanos, condenando las demasias de sus mismos compatriotas; cuando observamos a un Bartolomé de Olmedo, a un Antonio de Montesino, a un Bartolomé de Las Casas, a un Lorenzana, a un Diego de Torres, a un Luis de Valdivia alzando el grito hasta el cielo en favor de los indios, protejiendo su libertad i procurando su remedio; cuando observamos, en fin, a estos i otros tantos misioneros venerandos, haciendo esfuerzos sublimes de caridad para mejorar la suerte de los vencidos; no podemos ménos de hacer justicia a la nacion española, rechazando la responsabilidad solidaria que se quiere echar a toda ella de los desacatos cometidos por los conquistadores en América. Asombra i con justicia encontrar en aquellos atrasados tiempos a esos misioneros españoles, a esos apóstoles admirables de la caridad i de la fé, proclamando principios tan liberales cual no reconocen aun en la época presente muchos espíritus egoistas, sin lei ni caridad; principios que hicieron valer en favor de la humanidad, en los bosques i en las ciudades de la América, en la España, en los consejos del monarca mismo. Nacion que en la conquista de las Indias produjo tantos desinteresados bienhechores del jénero humano, no puede haber sido movida puramente por la vil codicia.

En el capítulo III, que el señor Cortés destina a manifestar los efectos inmediatos de la conquista, es decir, a dar una idea de las instituciones españolas adoptadas para la América, se deja notar una gran carencia de datos i noticias que hubieran abierto mucho campo al distinguido talento del señor Cortés para que se hubiese elevado a consideraciones mas profundas e interesantes. No podemos, por otra parte, pasar en silencio dos cargos injustos que el autor hace a la España, que no hubieramos estrañado en un europeo, pero que estrañamos mucho en un americano como el señor Cortés, a quien no podemos disculpar este yerro.

Dice que la España no dió su idioma a las razas americanas ni tampoco se mezcló con ellas, sino que hubo entre ambas razas una separacion completa. Preguntaremos al señor Cortés: ¿Qué idioma se hablaba en todas las ciudades de la América, cuyo pueblo en su mayor parte era compuesto de indíjenas; qué idioma enseñaban en todas partes los encomenderos a los encomendados? ¿No era el castellano? En Chile habria desaparecido ya totalmente el idioma primitivo, si no fuera que en un ricon de su territorio aun quedan en pié los Araucanos i otras tribus independientes.

Pero me dirá el señor Cortés: eso sucedia

solamente en las ciudades. No tal. Llevaremos al señor Cortés a los campos i a los bosques i a los desiertos. El *huaso* chileno, el *gaucho* arjentino, los que habitan los llanos de Venezuela i de Méjico hablan todos el castellano, i no me negará este señor que tales jentes pertenecen casi en su totalidad a la raza indíjena. Si en el territorio que ocupan las grandes ciudades del Perú, Bolivia i Ecuador se encuentran todavía muchos de está raza que no han tomado el castellano, es por la incuria de los gobiernos republicanos que, como dice el mismo señor Cortés en otra parte, han hecho poco o nada para civilizarlos i mejorar su suerte. Lo único que poseen es tambien lo único que alcanzaron a dejarles los españoles cuando estos fueron echados de la América, es decir, la relijion cristiana que pueda consolarlos en su triste condicion pasada i presente.

I ¿qué idioma enseñaban los misioneros españoles a los moradores de los bosques i desiertos, desde la California hasta el estrecho de Magallanes? No otro que el idioma de los conquistadores. Los jesuitas obtuvieron el permiso *especial* de que los indios moros pudiesen cantar en su lengua i no en la latina i castellana los himnos relijiosos que les enseñaron; i los jesuitas del Paraguay, nos dice la historia, que *contra la costumbre jeneral de los misioneros*, no enseñaron a sus convertidos sino a leer i traducir el castellano, para evitar su contacto con los europeos, contacto que trataron de impedir a toda costa, sobre todo despues de los ataques que hicieron a las reducciones los *Memelucos de San Pablo*.

No conocemos otros hechos que pudieran exceptuarse de la regla jeneral, si excepciones pueden llamarse; porque, como dice D'Orbigny, si los jesuitas no pudieron jeneralizar el castellano en Moxos no fué seguramente por falta de voluntad ni de reiterados esfuerzos.

«¿Por qué, dice en su *Descripcion de Bolivia* (tom. 1, páj. 347), despues de la conquista i a pesar de una dependencia de 300 años, los habitantes de Cochabamba, de Chuquisaca i de Potosí hablan siempre la lengua quichua; así como los indíjenas de la Paz, de Oruro i de los altos llanos el dialecto aymará? Sucede con las lenguas lo que con la civilizacion: es el número lo que determina su mas pronta propagacion..... En jeneral, para que un idioma se pierda, es indispensable que sea doble mayor el número de los individuos que hablan aquel con que se haya mezclado i que trascurran ademas algunos siglos. La provincia de Moxos no se encuentra en semejante caso con respecto al castellano; pues apénas hai en ella de 30 a 50 personas que hablan este idioma europeo entre mas de 22,000 indíjenas que se sirven hasta el presente de varios dialectos americanos.

«Los jesuitas enseñaron el español en cada una de sus misiones, de lo que dán testimonio los documentos de aquella época; i no solamente esto, sino que trataron de jeneralizar una de las lenguas indíjenas, como lo practicaron en la provincia de Chiquitos estinguiendo los diversos dialectos que se hablaban en ella. Si no pudieron hacer otro tanto en Moxos, no ha sido, pues, por falta de voluntad ni de reiterados esfuerzos.»

Las excepciones no alteran el carácter de la regla jeneral, i los hechos citados prueban hasta la evidencia en qué grave error ha caido el señor Cortés al asentar que los vencedores no dieron su idioma a los vencidos.

Yerra mas gravemente, si cabe, al decir que los españoles no se mezclaron con los indíjenas. Si entre las naciones conquistadoras hai alguna que en presencia del derecho i la justicia puede presentar títulos que disculpen sus avances, es a no dudarlo, la España: porque dió a los vencidos su relijion, su lengua, sus costumbres, su civilizacion, i porque mezcló su sangre con la sangre indíjena, al paso que otras naciones no han consentido jamas en semejante mezcla. «La España, como observa un escritor, dió a la América, aunque poco, *todo lo que ella tenia.*» ¡Los españoles no se mezclaron con los americanos! I don Martin Cortés ¿no era hijo de Hernan Cortés i de la india Marina? Pedro de Alvarado ¿no dejó descendientes de sus concubinas indias? Diego 2.° Almagro ¿no era hijo del conquistador i de una india de Panamá? Francisco Pizarro ¿no tuvo dos hijos, Francisco i Francisca Pizarro, en Anjelina, nombre con que se bautizó a una hermana del Inca? Don Martin Oñez de Loyola, vencedor de Tupac Amaru ¿no se casó con doña Beatriz Claro Coya, hija única i heredera del inca Paury Tupac? Solo he querido citar algunos nombres, que por ser demasiado conocidos pueden servir al señor Cortés para correjir su yerro. ¿Pero desea mas nombres propios?

Hernan Cortés incorporó a su familia las tres hijas de Motezuma, hízolas educar en la fé católica i se casaron despues con *hidalgos* españoles. De una de ellas, llamada Tecuichpo i bautizada con el nombre de Isabel, descienden, como dice Prescott, las ilustres casas de Andrade i Cano Motezuma, por haberse casado sucesivamente con don Pedro Callejo i don Juan Cano, *españoles de noble prosapia*. De otra, bautizada con el nombre de Leonor, descienden las nobles familias de los Sotelos i Motezumas, i los condes de Miravalles. Los condes de Motezuma, descendientes de los príncipes aztecas, i entre los cuales es notable don José Sarmiento de Valladares que fué virrei de Méjico, mezcló su sangre, dice Solis, «con la mui noble e ilustre de los Guzmanes i Mendozas.»

Juan de Tobar, célebre jesuita mejicano, Cristóval de Castillo, Diego Muñoz Camargo, Cárlos de Cigüenza i Góngora, el inca Garcilazo de la Vega, don Justo Nicolas Salmaranza, canónigo honorario de la catedral del Cuzco i

último descendiente de los incas, i tantos otros historiadores americanos, que fueron fruto de la mezcla de ámbas razas española e indíjena, son testigos demasiado conocidos que desmienten con sus mismas personas la asercion del señor Cortés.

¡Los españoles no se mezclaron con los americanos! Si algo puede tacharse a los españoles en esta parte es cabalmente el que se hayan mezclado mas de lo que era justo i lícito. Azara en sus *Viajes a la América meridional* dice que los conquistadores tomaban por mujeres a las indias, por no tenerlas de Europa; unas en calidad de esposas lejítimas i otras como concubinas, las cuales solian ser en número mui crecido. Rui Diaz, citado por A. Magariños Cervantes en un artículo publicado en la *Revista española de ámbos mundos* sobre la mezcla de las razas en América, dice, al hablar del deseo que tenian los indios de emparentarse con los españoles: «....i daban a los capitanes i soldados sus hijas i hermanas para que les sirviesen, estimando mucho tener por este medio deudos con ellos, i así les llamaban cuñados, como se ha quedado hasta ahora este lenguaje entre ellos. Tuvieron de las mujeres que les dieron los naturales a los españoles muchos hijos e hijas, a las cuales criaron en buena doctrina i policía, etc.»

«La relajacion de las costumbres, dice el mismo Cervantes, hablando de cómo se efectuó prontamente la fusion de las razas; la voluptuosa influencia de un clima meridional, en algunos puntos, como Paragnay i Tucuman, tan ardiente como el de los trópicos; el instinto mas invencible de los seres dotados de sensibilidad, fuertemente estimulado por una vida muelle i poco laboriosa; hicieron que las razas se cruzasen rápidamente, se confundiesen los tipos, i un cambio radical i profundo se realizara en pocos años. Así al cabo de dos o tres jeneraciones, las misiones i reducciones de indios se convertian en pueblos españoles como los Chanás i Guaranís, como los del Baradero, Quilmes, Santo Domingo, Soriano i otros, *olvidando hasta su idioma nativo*, renegando hasta su orijen, queriendo todos descender de los primeros pobladores, algunos de ellos, mui pocos, oriundos o emparentados con las mas ilustres familias de la metrópoli.»

En el mismo artículo encontramos citado al arcedean don Martin del Barco Centenera, de cuyo poema citaré una sola estrofa para mostrar el término prohibido a que llegaron los españoles, mezclándose demasiado con las indias. Dice así:

El guaraní se huelga en gran manera
De verse emparentar con los cristianos,
A cada cual le dan su compañera
Los padres i parientes mas cercanos.
¡O lástima de ver mui lastimera
Que de aquestas mancebas los hermanos
A todos los que están amancebados
Les llaman hoi en dia sus cuñados!

¿I quién no sabe que los encomenderos convirtieron sus moradas en serrallos, en toda la estension de la América, i establecieron de hecho la poligamia por la escases que habia de mujeres europeas i la abundancia de las indias, junto con la facilidad que tenian los conquistadores para poseer a estas? «Algunos no se contentaron con una sola, dice Azara, i hubo gobernador que tuvo hijos de siete hermanas indias.» En una representacion que el licenciado Alonso de Zuazo hizo a la corte en 1516, i que el señor Quintana incorpora en su *Vida de Las Casas*, hablando de un malvado encomendero Lope de Conchillos, dice: «Tiene en su casa ocho o diez mozas por mancebas públicas, i de celoso no consiente que duerma hombre en su casa, aunque tiene en ella todo el oro del rei.»

¿Ignora el señor Cortés que los misioneros al alzar la voz en favor de la libertad de los indios, alegaban, para abolir las encomiendas i como razon mui poderosa, el desenfreno con que vivian los españoles llevando mala vida con las indias, de los cuales enlaces se multiplicaban mucho los hijos ilejítimos? ¿Ignora que la raza de los mestizos, que es la mas numerosa en América, i de la cual proceden nuestro bajo pueblo i otros muchos que no son pueblo es el resultado de la mezcla de un blanco i una india? Esto es tan sabido que hasta los mas escasos de noticias tienen conocimiento de ello. I si todavía no basta lo dicho, advierta el señor Cortés que los españoles no solo se mezclaron con las indias sino tambien con las negras, de lo cual ha resultado la raza de los mulatos. Nos alargariamos demasiado si citasemos al señor Cortés las innumerables obras sobre historia de América que le servirian para rectificar su error, error que lamentamos en un escritor del mérito del señor Cortés.

En el capítulo IV el autor trata de la independencia de la América española, suceso que con mucha razon no cree obra de las circunstancias, sino que lo califica de necesario, cuya realizacion debia haberse verificado tarde o temprano. Como amante de su patria i de su raza, el señor Cortés lamenta los males que pesan hoi sobre estas repúblicas; pero no desespera de lo porvenir.

«Los enemigos de las innovaciones, dice, piensan que los pueblos nunca estan en sazon para la libertad; no conocen que las naciones tienen un porvenir, i por eso, haciendo la apoteósis de los verdugos, lanzan una maldicion contra las víctimas que intentan despedazar sus cadenas. Los partidarios del réjimen colonial ven los males harto graves por cierto que aflijen a la América; pero olvidan los que sobre ella han pesado durante la dominacion española: no ven que en los horrores mismos de la anarquía hai algo digno del hombre, en tanto que en las calamidades del despotismo, no hai sino una profunda degradacion moral, señalada por la desaparicion del ser racional:

la anarquía acredita que hai hombres; la tiranía no prueba sino que hai bestias.»

Aplaudimos el ardiente amor a la libertad que manifiesta el señor Cortés, amor que no ha sido parte a templar ni la proscripcion ni las persecuciones.

»¿Qué son ademas, continúa, treinta años de dolorosos ensayos para pueblos que tienen que desprenderse de hábitos arraigados en tres siglos, i que han puesto en ejecucion un gobierno que se aparta de los sistemas consagrados por un largo trascurso de tiempo? ¿No han pasado siglos ántes de que la Europa llegue al estado en que hoi la vemos? ¿Qué ha sido el mundo antiguo bajo el despotismo frio i calculado del imperio romano? ¿Qué ha sido de la Europa en la edad-media con sus reyes nulos, sus pueblos envilecidos i sus señores revestidos de privilejios que son la vergüenza del jénero humano?..... La América sabrá sacar provecho de las lecciones de la esperiencia i vendrá dia en que llegue al objeto a que se encamina, aunque sea de caida en caida.» Reprobando la licencia, el señor Cortés quiere la libertad en el órden, i aleccionado por la historia del jénero humano, tiene fé en el triunfo de las buenas ideas i espera, confiado en lo porvenir. Tales hombres son los que la América necesita.

El autor trata en el capítulo VII del carácter que debe asumir la literatura americana para revestirse de un colorido local, interesante i nuevo. Piensa que nuestros poetas deben beber sus inspiraciones en nuestro propio suelo, donde el espectáculo de la naturaleza presenta cuadros tan grandiosos, tan variados i tan bellos como no los hai en parte alguna. Cree que, estudiando nuestro pasado, encontrarán riquezas inagotables que esplotar. «Cuando en un solo cuadro, dice, se refunda nuestro oríjen, nuestras costumbres, lo que pensamos i lo que sentimos, i, mas que todo, lo que hemos sido en nuestro oríjen, estará hecha la epopeya americana: nuestro poema será grande, imperecedero, como los Andes, esa epopeya de la creacion.»

Celebramos en gran manera que el señor Cortés profese estos principios, i tanto mas, que no se haya contentado con el precepto sino que tambien haya dado en este punto el ejemplo. Hemos visto publicada en la *Semana* una oda suya, *A la naturaleza del Oriente de Bolivia*, que el público ha leido con gusto. Ya cansan i fastidian esos poetas llorones, a quienes el mundo no sabe comprender, que están siempre quejosos de la fortuna cuyos golpes suelen provocar ellos mismos, i en lo que suele haber mas justicia de lo que uno pudiera esperar; que nos espetan de continuo la relacion de sus amores privados, que a nadie talvez interesan i que son asuntos que mas se vienen copiando que sintiendo desde Orfeo hasta nosotros; i al paso que desperdician sus aventajadas dotes en cantar argumentos insulsos que no merecen los honores de la lira, dejan abandonados i perdidos los brillantes cuadros que podrian honrar a las musas i que se encuentran a millares en nuestra historia antigua i moderna. Miéntras nuestros hombres de imajinacion no se convenzan de esta verdad que se viene predicando desde algun tiempo a esta parte, creemos que no deben abrigar grandes esperanzas de merecer los elojios de la posteridad o de evitar el completo olvido de sus nombres.

La formacion de bibliotecas de historia de América entraria por mucho en la tarea de difundir entre la juventud americana el deseo de instruirse a fondo en nuestro curioso pasado. I no se crea que esta idea es arbitraria. Hemos oido repetidas veces a muchos que se quieren llamar poetas, que nuestra historia no presentaba escenas interesantes ni para el teatro ni para la novela; siendo así que las hai, i en gran número, hasta para la epopeya. Como puede verse mui bien, esto no puede proceder sino de su supina ignorancia de los anales americanos.

El autor trata en seguida, aunque a la lijera, con interes i acierto, de las mejoras que, despues de la revolucion de la independencia, se han introducido en la industria, en el comercio, en el progreso de las ideas i en la lejislacion interior de los estados hispano-americanos; i concluye su obra con una discusion bien sostenida sobre el oríjen de la autoridad i los derechos del hombre, en que rebate las opiniones anti-republicanas del ilustre marques de Valdegamas, Donoso Cortés.

En conclusion diremos que, si bien la obra contiene ideas mui luminosas sobre lo que ha sido i debe ser la América, notamos que ha recorrido demasiado a la lijera un cuadro para el cual no basta el talento sino que tambien se requiere una gran copia de conocimientos especiales. No pretendemos por esto que el señor Cortés hubiera escrito una obra monumental como la que publicó en Londres John Mac-Gregor, titulada *The progress of América* (1847, 2 gruesos volúmenes folio); no ha sido esto tampoco lo que el autor se ha propuesto. Pero creemos que con la lectura de los historiadores primitivos de América tanto antiguos como modernos, le habria sido facil trazar con rápidas pero vigorosas pinceladas un cuadro mas exacto i cabal de la civilizacion i progreso del mundo de Colon. Un tanto estraño es, por ejemplo, que las autoridades que nos cita el señor Cortés en esta materia—sean Robertson i Cantú, i mucho mas que casi sean las únicas que parece haya consultado, cuando los acabados trabajos de Prescott sobre Méjico i Perú, que aquí andan hasta en manos de los niños, habrian sido para él un manantial abundantísimo, mun facil de aprovechar con manifiestas ventajas.

Pero junto con esta lijera observacion, i elojiando como es debido al autor por haberse ocupado de una materia tan interesante, diremos que en mérito de lo mucho bueno que

contiene su obra, disculpamos los defectos provinientes de la falta de datos, que se advierten en ella. No es suya la culpa, sino del grande atraso en que estás esta clase de estudio en su pais, i de la mayor i mas culpable indiferencia con que su gobierno i sus universidades los miran. De algun tiempo a esta parte se nota en el continente americano un deseo ardiente por estudiar su pasado; i aunque Méjico es talvez la única de las repúblicas hispano-americanas que puede contar ya con trabajos acabados sobre su historia nacional, sin embargo hace años que el gobierno granadino dictó un decreto por el cual se mandó obtener i reunir, a toda costa lo que concerniese a la historia de Colombia. Por lo que hace a Chile varios particulares, el gobierno i universidad se empeñan a porfia en difundir esta clase de estudios i en formar bibliotecas lo mas completo posible, no solo de lo concerniente a Chile, sino a lo restante de la América. Buenos-Aires tambien tiene el honor de haber creado un instituto histórico, al cual deberá seguramente la América importantes estudios.

Pero en Bolivia no sucede otro tanto. Ni el ejemplo de las otras repúblicas americanas; ni la derrota diplomática que ha sufrido últimamente en Chile en sus jestiones sobre posesion de una parte del desierto de Atacama, que no pudo o no supo apoyar en documentos competentes; ni la que talvez le está reservada en Rio Janeiro cuando interponga ante esa corte sus reclamos para reivindicar considerables porciones del territorio boliviano ocupadas actualmente, segun se asegura, por colonias brasileras; ni el especial interes con que debe mirar todo lo que tiene relacion con las esploraciones hechas en sus fronteras del oriente i el sur, para conocer las mejores vias de comunicacion, asi como tambien las que se han hecho en diversas ocasiones sobre la corriente de sus rios navegables, único i grau porvenir de la república; han sido parte para hacer que el actual gobierno de Bolivia no mire con la indiferencia i desprecio que sus antecesores un asunto de importancia, como es la adquisicion de obras i documentos sobre su historia i suelo, i aun sobre la América entera (*).

ADDON CIFUENTES.

(*) Sabiendo una persona del estranjero que el ilustre doctor Linarez habia sido elevado a la presidencia de Bolivia, propuso hace poco a su gobierno la venta de una curiosa coleccion de obras i documentos sobre la historia antigua i moderna de América, muchas de las cuales eran ya historias antiguas del Alto i Bajo Perú, ya viajes o diarios de navegacion por el territorio i rios de Bolivia, ya graves documentos i tratados sobre la enredadisima cuestion de límites con el Brasil i Chile, etc., etc. Pero el gobierno desechó la propuesta pretestando la *falta de fondos*, aunque talvez seria por considerar *inútil* dicha coleccion, pues el tesorero de Instruccion pública de Sucre informó que habia en caja los fondos necesarios. Posteriormente el Consejo de la Universidad de Chuquisaca desechó la propuesta, igualmente por *falta de fondos*. Para la compra se necesitaba nada ménos que la enorme suma de MIL PESOS!

Fábulas.

—

LA REFORMA DE LOS ANIMALES.

Un mono con entusiasmo
Peroraba cierto dia
A la turba de animales
Que en contorno se estendia:
«Si, señores, les gritaba:
Basta, basta de rutina;
Es menester reformarnos:
Preciso es cambiar de vida!»
—Viva! viva la reforma!
Viva el gran orador! gritan
Mil animales, entre ellos
El pavo real, la gallina,
El loro hablador, la urraca,
La rapoza i la aturdida
Perdiz.—Cuando hubo acabado
La confusa gritería,
Alza la voz el caballo,
I de este modo se esplica:
Me agrada, señores, ver
Que quereis cambiar de vida;
I reformar las costumbres
Es ya una cosa precisa....
(*Aplausos.*) Pero, señores,
¿A qué vienen tantos vivas?
Dejemos que el orador
Antes de todo nos diga
Cual es la marcha que tiene
Para ese cambio de vida:
Que si el medio que propone
Trae consigo la dicha,
Su camino seguiremos
Dejando la senda antigua,
Pero si lo que nos da
Es peor que lo que nos quita,
Soi de parecer, señores,
Que sigamos la rutina.
Los animales mas cuerdos
Aplauden i ¡bravo! gritan;
I hasta el borrico, a pesar
De los murmullos i risas,
Hace una venia diciendo:
Eso es cosa mui bien dicha.
Un cerdo que allí se hallaba
Roncando, a la gritería
Recuerda todo asustado,
I a su vecino se arrima;
Pregunta con voz chillona:
¿Qué es lo que esto significa?
Impónenle del asunto,
Miéntras tanto que él se estira,
Bostezando con pereza.....
—I esto es todo? al fin les chilla:
I por esto solo forman
Tan horrible algaravía?
Volviendo entónces a tenderse
Sobre la yerba mullida
Dejaos, les dice, de eso,
Porque es causa de mil riñas.
Si hasta aquí vamos tan bien,
Vivamos así, *a la antigua.*

Mirad cual se reciben las reformas:
El cuerdo las discute i analiza;
Halagan i seducen al incauto,
I qué hace el perezoso? Le fastidian.

—

EL BUEI I SU AMO.

Un necio (creo que era
Un poco mas de necio)
Estaba un dia arando
Con un buei un durísimo terreno:
I viendo que no entraba
El arado en el suelo,
Daba de picanazos
Al buei, sin agotar su sufrimiento.
Hasta que este le dijo:
¿No observas que el terreno
No podrá ser labrado,
Por encontrarse tan riscoso o seco?
Espera a que lo ablanden
Las aguas del invierno,
I que esté preparado
A recibir la reja con provecho:
Que ásí como se encuentra
No podrá ser compuesto;
I quedarás burlado,
Por mas que sean buei i arado buenos.
—Si aconsejar quisieres,
No seas majadero:
Busca tiempo oportuno,
Porque es lo que hace mas en los consejos,
Si no esta preparado
El ánimo a acojerlos,
Por mas buenos que sean,
Solo conseguirás perder el tiempo.

—

EL GLOBO AEROSTÁTICO.

Sin lastre i con solo el gaz,
Un globo elevarse piensa;
Mas es juguete del viento,
Que en el aire le da vuelta.
Así digo al entusiasta:
Si te falta la prudencia
(Que es del entusiasmo el lastre),
Fracasaras en tu empresa.

DANIEL BARROS GREZ.

Ecos de la semana.

Santiago, diciembre 31 de 1859.

SUMARIO.—Los únicos bienes de los hombres.—El año no se arrepiente.—Libertad de que no se usa.—Olvido de los santiaguinos.—Lo bello i lo útil.—Antítesis.—El apéndice de un folleto.—Un Zoilo que puede ser un ganso.—Monopolio teatral.

La Pascua pasó, i los recuerdos han sucedido a las esperanzas. ¡Qué rosadas no eran éstas, i qué pálidos no son aquellos!.....Qué quereis! las unas eran ilusiones i los otros son realidades.

El tiempo, Mercurio de Dios, mensajero de la eternidad, que arrebata en su velocísimo curso nuestras alegrías i deleites, nuestros afanes i vijilias, nuestras congojas i dolores, no nos deja mas que las huellas de sus pisadas impresas en la frente, los ecos de su voz latientes en el espíritu, los recuerdos, en una palabra.

Son éstos los únicos bienes que el hombre posée en tranquila i entera propiedad, sin trabajo, sin alarmas ni peligros. La flor se desata en aromas, la luz se difunde en rayos, la música se esparce en vibraciones, i nuestra vida se desparrama en recuerdos, que perfuman el alma, alumbran la intelijencia i acarician el corazon con deliciosas melodías.

El porvenir es la oscuridad de la duda, el presente es la inquietud de la esperanza, el pasado es la única realidad. Cada hora que suena, cada dia que huye, cada semana que expira, dejan escrita en el ánimo alguna palabra de consuelo o decepcion, i esa palabra es la que produce nuestra alegría o nuestro dolor en la hora, en el dia, en la semana siguiente. Nuestra alma es una pizarra en que escribe la memoria i borra el olvido.

Por mas que hagamos, no vivimos sino de recuerdos. Pensamos i sentimos porque recordamos: el temor es un recuerdo pavoroso, el odio es un recuerdo amargo, el amor es un recuerdo simpático; recordando deseamos, recordando esperamos, recordando nos sonreimos; lloramos, desesperamos i morimos recordando.

Merced a los recuerdos, todo se toca i enlaza: el dia de ayer revive en el de hoi, como éste revivirá en el de mañana; se dice ahora lo que ántes se ha hecho, se repite luego lo que se ha dicho, se comenta en seguida lo que se ha repetido, i de esta suerte los hechos se trasforman en palabras, las palabras en rumores, los rumores en comentarios, i éstos en opiniones.

A la verdad, vivir no es sino recordar.

En este sentido, nuestra capital cuenta hoi con muchos elementos de vida, tantos cuantos son los recuerdos que le ha dejado la presente semana. I la semana presente, que ha sido pródiga de novedades, es fecunda en recuerdos.

El año moribundo no ha querido desmentir su mal carácter, ni dado al espirar señales de arrepentimiento. En Valdivia, el incendio acaba de hacer de las suyas; en Valparaiso, ha habido últimamente una revolucion en sueños, i en Santiago, dentro de la Escuela de Artes i Oficios, una trasnochada en revolucion. Ni han faltado tampoco las muertes naturales i las muertes violentas en estos siete dias: se ha llorado muchos fallecimientos, se ha deplorado mas de un homicidio, se ha execrado un asesinato alevoso, en que el malhechor fué aprendido heroicamente por un mozo de veinte años que hace recordar el verso de Corneille:

La valeur n'attend pas le nombre des années.

Sin embargo, no todo ha sido luto i llanto durante la semana, salpicada, como está, de faustos acontecimientos que han servido de compensacion a aquellas catástrofes funestas.

Los rieles del ferrocarril del Sur han penetrado en Rancagua, los trenes se han deslizado por ellos con facil rapidez, i los vecinos de Santiago han quedado en aptitud de ir a aquella ciudad i regresar de ella en breves momentos, salvo casos fortuitos o fuerza mayor. Empero, nuestra poblacion no ha usado hasta ahora de esta libertad de locomocion sino con excesiva reserva, con economía desesperante. El domingo, dia de la inauguracion, los convoyes corrieron tan veloces como vacios, i los dias posteriores, no ha sido mas pesada su carga de pasajeros. Lo que sí ha sido pesado es el chasco de los Rancagüinos, que aún estarán esperando a sus huéspedes de Santiago, si ya no han desesperado de verlos llegar.

Por lo demas, la inasistencia de los Santiagui-

nos a las fiestas de Rancagua, si no es fácil justificarla, se explica fácilmente. Ha sido un olvido mui natural. Las reparticiones de premios, que han tenido lugar esta semana en casi todos los colejios, i los conciertos del Conservatorio de música, que se han dado el lúnes i el miércoles en el salon de la Filarmónica, han procurado a nuestra sociedad mil motivos de distraccion i entretenimiento i no le han permitido acordarse de la invitacion de Rancagua.

Esos dos conciertos que acabo de mencionar son sin duda la novedad mas atractiva de la semana, i no es de estrañar que, en dos noches distintas, hayan llamado al hermoso salon de la Filarmónica un compacto i distinguido concurso. Las mujeres, i aún las mujeres bonitas, no estaban en minoría, como la semana anterior, i rivalizaron con los hombres en el justo entusiasmo con que oyeron i aplaudieron a las alumnas i alumnos del Conservatorio. Unas i otros han salido perfectamente airosos de su estreno i despertado lisonjeras esperanzas en el progreso de las bellas artes en nuestra tierra. Porque hasta ahora, a decir verdad, si hemos andado mui de prisa en el camino de las conquistas materiales, si hemos realizado pingües beneficios en la esplotacion de lo útil, poco hemos sembrado i ménos cosechado en el campo de las artes liberales, poco, poquísimo hemos hecho en favor de lo bello. I sin embargo, el Conservatorio de música nos acaba de probar que podriamos alcanzar excelentes resultados en este órden, si la buena voluntad no nos faltase; que podriamos tener, sin grandes esfuerzos, buenos cantantes, buenos músicos, buenos artistas. Entónces ¿por qué no se estimulan eficazmente, por qué no se protejen con decision tan manifiestas disposiciones? ¿Se crée acaso que las bellas artes no son necesarias a la vida de un pueblo, que no forman una parte integrante de su civilizacion? Así parece que fuera, cuando se observa el menosprecio que afectan los unos i la indiferencia que los otros tienen por el arte i la literatura. Pero, tan universales como son esta indiferencia i ese menosprecio, están mui léjos de ser justos, ni aun disculpables. Por mas que se diga, un pueblo que quiere llamarse civilizado, no solo necesita extensos caminos de fierro, grandes fábricas, vastos almacenes, suntuosos edificios, lijeros carruajes, vestidos elegantes, buena mesa, buen vino i buena cama; sino tambien periódicos i libros, liceos i académias, pinturas i estátuas, cantores i comediantes, músicos i poetas. Esta verdad, que en otros paises figura entre las de Pero Grullo, es tachada de paradoja por mas de un compatriota nuestro.

Los hechos dicen mas que las palabras i muestran a cada paso la inmensa desproporcion que existe entre los adelantos de nuestra intelijencia i nuestros progresos materiales. Sin salir de esta semana, hemos tropezado con una antítesis curiosa, que refleja nuestro estado social. En los mismos dias que ha hecho su estreno el Conservatorio de música, débil, naciente i modesto, que cuenta apénas setenta alumnos, se ha inaugurado un soberbio establecimiento de crédito, denominado *Banco de Chile*, que ya ha inscrito en sus rejistros mas de dos mil acciones.

El folleto titulado *el Peluconismo*, de que os hablé hace dos semanas i que ha encontrado en el público pocos lectores i poquísimos aplausos, ha provocado en cambio muchas protestas i muchísimas censuras. Entre éstas hai una que se ha formulado por la prensa i dado a luz esta semana en *el Ferrocarril* con el título de *Apéndice* a aquel folleto. Es una rápida i sumaria justificacion de las administraciones anteriores al año de 1830, que ha hecho nacer algunos comentarios i llamado la atencion hácia aquella época de nuestra historia, tan mal estudiada, tan mal comprendida, tan poco conocida, i no obstante tan decisiva en nuestra organizacion política.

Aún tengo que detenerme un instante en la revision de los diarios para examinar la cuenta que, en *El Mercurio* del lúnes, da su corresponsal de Santiago del último número de *La Semana*.—Ya conoceis a este corresponsal, al Matusalen de los corresponsales, al huron de las noticias, al bueno de Cármona, al candoroso conspirador de márras, de quien os hablé en meses pasados cuando tuvo la infeliz ocurrencia de ponerse la barba en cabestrillo (¡error! debió ser la boca). Ved que ahora, abdicando su simpleza i hombría de bien habituales, se ha convertido en Zoilo, pero no como quiera, sino en un Zoilo armado de la mas perfecta deslealtad i dañada intencion. Al analizar un artículo del citado número de *La Semana*, *Verdades Amargas*, finje con maliciosa impertinencia no comprender el propósito de su autor, quien no ha hecho sino emplear la paradoja en servicio de la verdad, para poner de relieve las sombras del cuadro social, como ya en otros artículos lo ha practicado. Este sentido no podia escapársele a nadie, ni aun a Cármona; pero ha preferido desconocerlo traidoramente para citar en seguida un párrafo de aquel artículo i observar entre paréntesis que «se olvidó el autor que hace poco fué opositor» porque habla de los improperios de un opositor. ¡Consecuencia precisa, deduccion forzosa!... Eh! Señor Cármona, habeis cometido una mala accion, que por desgracia no me es posible atribuir a vuestra falta de perspicacia, tan notoria como es; habeis procedido indignamente, i mereceis una severa correccion, que os aconsejo imponeros vos mismo en la próxima cuaresma..... Mas, se me ocurre en este momento una sospecha. Acaso no habeis hecho en ese artículo sino servir de testaferro a un escritor anónimo, como os suele pasar a menudo, o facilitar inocentemente vuestro pico para que otro graznase con él. En tal caso, os compadezco mui de veras; habeis sido mas infeliz que los gansos, los cuales al fin i al cabo salvaron el Capitolio.

Los aficionados al teatro, fascinados todavía con los prodijios de *los Polvos de la Madre Celestina* han asistido en reducido número a las funciones del mártes i juéves, i aplaudido con poco calor *El hombre mas feo de Francia* i *El Valle de Andorra*.

Los Polvos de la Madre Celestina ha absorbido toda la atencion de nuestro público, todas sus ovaciones, todos sus expectadores. Ahora mismo se espera con impaciencia la noche de mañana, en que volverá a ponerse en escena la celébre comedia i a llenarse el teatro de maravillados concurrentes. I por cierto que hai de que maravillarse. ¡Qué perfecta tramoya, qué prestijiosas metamórfosis, qué agradables engaños, qué deliciosos desengaños!

Ahora, adorables lectoras i lectores benévolos, solo me resta desearos un buen año.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Imprenta del Correo, pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Enero 7 de 1860. Núm. 31.

PREVENCION

A nuestros suscriptores.

LA SEMANA se suspende hasta el 3 del próximo mes de marzo. La emigracion al campo de la mayor parte de nuestra sociedad, que ya ha comenzado, nos hace creer que la suspension temporal de nuestra revista será agradable a nuestros suscritores. Estos, por lo demas, no sufrirán ningun entorpecimiento en su suscripcion al trimestre que queda suspenso, arreglado, como está éste en sus recibos, por números i no por meses.

LA SEMANA se despide, pues, de sus lectores hasta el primer sábado de marzo.

LA SEMANA.

SANTIAGO, ENERO 7 DE 1860.

Los hombres i los empleos.

Siempre que se investigan i enumeran las causas que mas directamente influyen en nuestras perturbaciones políticas, se coloca en línea principal *la empleo-manía*.

Si ella no es en el fondo sino una de tantas formas como toman las aspiraciones de los individuos, es, por las circunstancias especiales que la modifican, uno de los jérmenes no solo de trastorno, de choque, de desequilibrio en lo establecido; sino, tambien, de desprestijio para los gobiernos, de mala jestion de los intereses jenerales, de desaprovechamiento de los elementos de progreso de una sociedad.

Por lo comun, se creen ciertos empleos públicos el asilo de la incapacidad.—Aquel que no puede hacer carrera en el foro, en el comercio, en la literatura, en la medicina o en cualquiera otra de las profesiones abiertas a la intelijencia,—se echa a pretender empleo. No hai un solo hombre sin carrera que no sueñe con ser empleado.

Esto es natural. Para ser abogado es necesario rendir exámenes i recibir grados, para ser médico, agrimensor i hasta teólogo sucede lo mismo;—solo para ser empleado no hai necesidad de estas molestias.

¿I por qué acontece tal cosa? Por acaso la direccion de los intereses grandes o pequeños de una nacion, es cuestion de tan poco momento que no haya menester preparacion ni estudios?

Quien esto creyera, desconoceria completamente el alcance i la influencia que tiene una buena administracion pública en el progreso de la sociedad.

Sin embargo, así parece que fuera al ver como se dan los empleos por la mayor parte de los gobiernos. En América, esta tierra de las revoluciones i de los gobiernos de un dia, con cada poder que sube o baja, sube o baja una falanje completa de empleados.—Resulta de aquí que la carrera de empleado público es la mas precaria de todas; no es una carrera, —desde que está sujeta a los vaivenes de la política, desde que el espíritu de partido se mezcla en la eleccion de los funcionarios i dá, —en no escasas ocasiones,—la supremacía a la opinion sobre la capacidad.

Esto hace que cada nueva administracion se componga de un personal improvisado, i que cuando las necesidades sociales piden que se obre,—se estudie; piden ser satisfechas,—se las ande buscando;—i en estudios e investigaciones se pierda un tiempo precioso.

Pero, no es solo en lo que se relaciona con los empleos de segunda clase, donde se advierte esta falta de competencia; se la advierte, tambien, en las mas altas jerarquias de la administracion.—De esta suerte, el empirismo ocupa el lugar de la ciencia; una práctica al galope i sin ninguna teoría que la ayude i la ilumine, el lugar que debia ocupar una competencia ilustrada i una instruccion apropiada.

En los paises rejidos por el sistema representativo se hace sentir, mas que en parte alguna, la carencia de conocimientos especia-

les en los hombres que son llamados a ocupar los altos puestos públicos. Su permanencia en ellos es por lo jeneral corta i ajitada. El gabinete no es un lugar de reposo, de meditacion i estudio, es una tienda de campaña donde no se vá a pensar sino a combatir, donde no se vá a crear planes administrativos, sino a ponerlos en planta.

Para conseguirlo es necesario que cada uno de esos puestos sea ocupado por hombres especiales, por hombres que no vayan a aprender en él, sino a poner en práctica lo aprendido.—Este es el solo i único medio de conciliar el bien social, su fomento i su incremento con el perpétuo cambio de hombres que trae el sistema representativo.

Desde que la sociedad ha dicho:—quiero gobernarme por mí misma, i ha puesto por obra su deseo, es preciso que se la procure los medios de conseguirlo.—El gran medio es la instruccion política i administrativa.

Es un error, tan funesto como estendido, —que basta un poco de buen sentido, una clara intelijencia i patriotismo para influir i aun rejir con acierto los destinos de una nacion.—Falso! Cuántos hombres de intelijencia no hemos visto, que puestos a la cabeza de un gabinete no han hecho mas que despropósitos. Así está Mr. de Chateaubriand, gran poeta i ramplon hombre de estado; que como poeta ha escrito el *Jénio del Cristianismo* i como político ha sido causa de la necia espedicion del duque de Angulema contra la libertad española; que como poeta ha hecho una obra colosal i como político una colosal simpleza.

Esto manifiesta que no basta la intelijencia, que es indispensable tambien, no solo la vocacion, sino el cultivo, la buena direccion de esa vocacion para ser hombre de estado, para ser buen político, buen administrador, buen financista.

El dia en que los empleos públicos,—desde los mas altos hasta los mas bajos,—no pudieran ser ejercidos sino por los hombres que hubieran dado sus pruebas de capacidad i de instruccion, en el ramo que entraban a servir, seria el último dia de la *empleo-mania*, de las nulidades ambiciosas, de los conspiradores i revolucionarios por especulacion,—que deshonran las mejores causas i subvierten los mejores principios.—La mitad de los trastornos por que los estados de la América del Sur han pasado i pasan, tienen su oríjen en e lhambre desenfrenada por los empleos.

Mas, para imponer tal obligacion, es ante todo indispensable que se den los medios de cumplir con ella.—Esto es lo que a nosotros nos falta completamente.

Por eso quisiéramos que, así como ponemos a nuestros jóvenes en disposicion de ser abogados, jurisconsultos, literatos, académicos, agrimensores, naturalistas, los pusiésemos tambien en estado de ser hombres de administracion.

Con esto se conseguiria detener el desprecio en que los empleos públicos van cayendo, cuando no son mui altos, i que tales empleos jamas se viesen en manos de las nulidades, que lo único que hacen es comprometer a los gobiernos que de ellos se sirven, los intereses que administran i la noble profesion que desempeñan.

De este modo, ni la incapacidad ni el empirismo, tendrian acceso en la direccion de la máquina gubernamental de una sociedad.

Esto, tal vez se nos objetará, seria establecer una jerarquía administrativa, seria contrario a la igualdad i al derecho que tienen todos los ciudadanos de aspirar sin distincion de clase ni condicion a los puestos del estado. Pero tal objecion, bien considerada, es mas especiosa que profunda.

La igualdad absoluta, no es ni ha sido nunca el nivelamiento de las intelijencias i las aptitudes, la igualdad entre el hombre de talento i el idiota, entre el hombre ilustrado i el ignorante;—la igualdad absoluta es el derecho, la libertad que tienen todas las facultades humanas para desenvolverse, para hacerse superiores, para hacerse reconocer de hecho i de derecho.—Toda otra igualdad es contraria a la lójica i la naturaleza, que, como dice un eminente publicista frances, Mr. de Girardin, «no es ni ménos arbitraria, ni ménos veleidosa que la sociedad en las ventajas que dispensa.»—Por eso la jerarquía, en vez de romper la igualdad—la fortifica, en vez de destruirla —la consolida.

Aquí no hemos hecho mas que apuntar a la lijera, dar, por decirlo así, los perfiles de la idea que quisiéramos ver, no solo desarrollada, popularizada, sino realizada.

Todo nuestro pensamiento puede reasumirse en estas cuantas palabras:—Crear hombres para los empleos—nó empleos para los hombres!

Ellas por sí solas entrañan una verdadera, fecunda i trascendental revolucion en la ma-

nera de ser de los paises americanos.—La buena administracion es la base del órden, del crédito, del consolidamiento de un gobierno.

El pasado ha sido de la fuerza.

El presente es de la administracion.

El porvenir será de la libertad.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

A la luna.

Ténue luz el horizonte
A lo léjos ilumina,
Brilla i crece;
I ya en la cumbre del monte
La clara luna arjentina
Resplandece.

Por el espacio divagan,
Entre diáfanos celajes,
Resplandores;
Las nubecillas que vagan
Forman vistosos encajes
De colores.

Suave i lijera la brisa
Entre las gallardas flores
Juguetea;
I mirando su sonrisa
I escuchando sus amores
Se recrea.

Entre el tul resplandeciente
Que dibuja el horizonte,
Majestuosa
La luna asoma la frente
Sobre la cima del monte
Fulgurosa.

Eres tú, luna hechicera,
A quien los astros adoran
En el cielo,
Solitaria compañera
De los que sufren i lloran
En el suelo.

Tú, luna, tambien doliente,
Tambien triste i consumida
De amargura,
Como aquella alma inocente
Que mira desvanecida
Su ventura.

Colgada en el firmamento
Como faro universal
Luminoso,
Prestas alivio i contento
Con tu destello al mortal
Pesaroso.

Si es cierto acaso que escuchas
Las quejas que a tí se elevan
Tristemente,
Si ves las acerbas luchas
Que en nuestro pecho se ceban
Ciegamente,

Oye, luna solitaria,
Mi melancólico acento,
Mis suspiros;
Oye mi tierna plegaria
Que quizás te lleva el viento
En sus jiros.

Cada noche que me veas
Llorar un perdido bien
Sin consuelo;
Así como hoi te paseas,
Ven a mirarme tambien
Desde el cielo.

Ven como hoi a acompañarme
I que lleguen tus fulgores
Hasta mi alma;
Que tú sola sabes darme
En medio de mis dolores
Blanda calma.

Si tú tambien das abrigo
Quizá a tristes desencantos
I pesares,
Ven a llorarlos conmigo,
I endulzarán nuestros llantos
Mis cantares.

Porque tú tal vez amando
Vas consumiendo tu vida
Con tristeza,
I es por eso que llorando
Ves marchita i abatida
Tu belleza.

I esas perlas que se notan,
Al lucir la luz del dia,
En las flores,
Son las lágrimas que brotan
De tu pecho la agonía,
Los dolores.

Esas gotas de rocío
Son las gotas de tu llanto
De tristura,
I ese llanto mudo i frio
No consuela tu quebranto,
Tu amargura.

Tú amas tambien i por eso
Acompañas cariñosa
Los amantes,
I tienen ese embeleso
De tu vida pesarosa
Los instantes.

Tú sabes que aquel que ama
Busca para su consuelo
Tu luz tibia;
Tu destello se derrama
Sobre su frente de hielo
I la alivia.

Tú suavizas alhagüeña
Las punzadoras espinas
Del dolor,
I a los amantes risueña,
Los que sufren adivinas
Por amor.

Por eso, luna hechicera,
Te llaman los que te adoran
Por consuelo,
Solitaria compañera
De los que sufren i lloran
En el suelo.

Agosto de 1859.

Luis Rodriguez Velasco.

La mujer.

(Artículos extractados para La Semana.)

Continuacion.

III.

DE LAS PASIONES DE LA MUJER.

Todas las pasiones tienen su orijen en la facultad de amar.

Esta facultad procede en el hombre de dos fuentes o mas bien se manifiesta, bajo un doble aspecto. Comprende la inclinacion del corazon hácia lo que le parece amable; i la inclinacion del espíritu hácia lo que le parece verdadero. Nace del corazon i de la intelijencia, de la sensibilidad i del razonamiento.

En la mujer, salvo algunas escepciones que podrian llamarse anomalías, esta facultad yace esclusivamente en la sensibilidad, en el corazon.

La lójica le es antipática: le tiene un horror innato, instintivo. Es preciso ser mui ignorante o mui torpe para pretender convencerla por el razonamiento. La verdad solo le llega acariciando alguna fibra sensible, i casi siempre hallará la intelijencia cerrada si no ha pasado previamente por el corazon. La mujer no adhiere a la verdad mas que por el amor: la encuentra amable o desagradable, i sobre todo la encuentra bella o fea. I bajo la forma lójica tiene siempre para ella este último carácter. La persuasion que va al corazon i la conviccion que va a la intelijencia, son dos caminos para llegar a ella, pero casi siempre el último está prohibido.

En el hombre domina la intelijencia i a esta es peculiar el obrar, el inclinarse a lo bello, hácia lo verdadero i tributarles un culto esterno.

En la mujer domina el corazon i le es propio el recibir lo verdadero, lo bello i tributarles un culto interior i de atraccion.

La intelijencia dá porque es activa; el corazon recibe porque antes que todo es pasivo.

A causa de esto las pasiones de la mujer son mas egoistas que las de los hombres; son mas personales i esclusivas.

Aquí no tiene un mal sentido esa palabra egoismo que tanto incomoda a las mujeres: i nada importaria, ellas niegan que son egoistas en sus pasiones i dicen que son abnegadas; pero aceptando ambas espresiones como sinónimas espresamos mejor nuestro pensamiento. Las mujeres tienen el egoismo de la abnegacion; i tienen la abnegacion del egoismo. ¿En una pasion cualquiera, se dan enteramente al objeto que la inspira? No, ellas quieren ese objeto enteramente para sí:—es cierto que son capaces de todo por él, pero es para aislarlo, para secuestrarlo, para absorverlo del todo en su corazon.

La diferencia suprema que hai entre los seres que componen la personalidad humana, está en que el hombre tiene la necesidad de amar i la mujer la de ser amada. Las pasiones del primero van a su objeto, son directas. Las pasiones de las segundas atraen su objeto a sí, son circunflejas.

Por este motivo, las pasiones de la mujer tienen una grande debilidad de accion, así como tienen un poder de atraccion excesivo. Por esto todas las que tienen su raiz en la intelijencia, como la ambicion, el orgullo, son casi nulas; miéntras que son mui desarrolladas las que la tienen en el corazon, como la vanidad i los celos.

Parece que el amor propiamente dicho sea el centro de donde parten como radios las otras pasiones de las mujeres. De él parte todo i todo vuelve a él.

En ellas la facultad de amar es pues mas limitada que la del hombre; se detiene en los horizontes que descubre el corazon. El último los traspasa i llega a los horizontes de la intelijencia. Esto se manifiesta en todo. Los hombres, se apasionarán por una relijion teolójica en la cual el pensamiento se ocupará de la grandeza de Dios i de las cosas del infinito: pero probad el quitar a las mujeres la relijion de amor que habla al corazon de Jesus i de la Vírjen, que les recuerda el pesebre de Bethlehem i a María al pié de la cruz.

Por esta disposicion particular, la mujer se enamora en todo de la forma. Las cosas esteriores son en efecto las que impresionan, i casi todo llega al corazon de la mujer por este medio: la sensibilidad es en ellas una cuerda vibrante estendida entre su corazon i el mundo, i casi podemos decir entre su corazon i Dios.

Sus pasiones se modifican segun la edad. Cuando niña se fija poco en el jóven de sus años aunque ya existen en ella todas las facultades del corazon de la mujer: ya ama todo lo que amará mas tarde, lo que amará siempre. Los mismos amores que rodean su cuna con risueñas esperanzas, con dulces revelaciones del porvenir, le presentarán mas tarde aun en el borde de la tumba, esos recuerdos del pasado con el perfume de las felicidades i amarguras de otro tiempo; porque el corazon se complace en recordar con sus goces los dolores que ha esperimentado.

Aun cuando la niña no comprenda todavia el porvenir, es preparada por sus instintos para llenar la sublimidad de su rol. Estudiadla bien, examinad hasta sus caprichos i encontrareis en pequeño lo que será mas tarde. Ya es madre por el corazon: vedla mecer su muñeca, vestirla, prodigarle todos esos tiernos cuidados que rodearán un dia la cuna de un recien nacido. ¿No es una madre verdadera por sus instintos i sus inclinaciones? No tiene en reserva en su corazon todos los sentimientos i ternuras maternales, para que mas tarde no tenga que aprenderlas, sino desarrollarlas naturalmente i por costumbre? Nunca es tan feliz como cuando tiene en sus brazos o sobre sus rodillas en lugar de su muñeca a un chiquitin color de rosa; i sin haberlo aprendido jamas sabe lo que debe decirle para divertirlo, que melodia debe cantarle para que cese de llorar, como debe balancearlo para que se duerma.

Muchas veces el hombre, aun en su edad mas temprana, se divierte en hacer o en ver sufrir porque tiene en el corazon instintos de crueldad que a veces la educacion difícilmente corrije; por el contrario la mujer compadece desde la misma edad todos los sufrimientos, i cada dolor despierta en su corazon un éco simpático. En ella son innatas la piedad, la caridad, la beneficencia i todas las virtudes análogas: conoce que está destinada por Dios para amar, consolar i curar a los desgraciados. Hermana de caridad del jénero humano, derrama en sus dolorosas llagas, el bálsamo de sus dulces consuelos.

Existen cosas de mas alta importancia sobre estos amores que solo tienen por objeto las de la vida social i privada. Madre del jénero humano, tronco sobre el cual florece la humanidad, debe la mujer a sus hijos la vida del alma así como la del cuerpo. Pero ella no pide a la ciencia ni a los razonamientos de los autores los motivos de su fé. Seria una anomalia; este presente inefable lo reciben del mismo que ha puesto en su corazon las ternuras instintivas que hemos señalado. Ella refleja como una onda trasparente la mirada de amor que Dios le envia; nace con fé, como nace madre i llena de afeccion por todo lo que en la tierra la necesita.

Miéntras que el niño dice su oracion por deber ella lo hace por amor. Arrodillada al lado de su madre se complace en repetir los nombres benditos que aquella pronuncia, i eleva al cielo sus manos unidas sin preguntar el por qué: le basta que haya allá arriba algo que amar, que implorar, una persona divina que lleva un nombre de niño, una vírjen con un dulce nombre de mujer, hácia los cuales suban las afecciones de su alma, las elevaciones de su corazon.

Con la pubertad principia en la mujer el desarrollo de sus pasiones; en esta edad esperimenta esos sentimientos i modificaciones del alma i del corazon que vamos a describir. I se conserva así, correspondiendo siempre las aptitudes de su corazon a sus facultades físicas, hasta la edad madura, hasta los límites de la vejez.

Despues de haber vivido para el servicio de la humanidad vive para sí misma. Parece que Dios le hubiera dado las horas de la edad madura i de la vejez para ser esclusivamente un ser razonable i para pensar en las cosas del cielo. Su intelijencia se desarrolla i se fortifica, i su espíritu se habitúa poco a poco a la reflexion. El tiempo, la esperiencia, i los cambios orgánicos que se han efectuado han debilitado los sentidos i el corazon. La mujer adquiere entónces una parte de las cualidades morales del hombre; cambia su corona de amor i de belleza por la razon, la prudencia del juicio i la gravedad del espíritu. Pero hai una parte de su corazon que Dios no cambia: hai en él una flor, la mas bella de sus amores de otro tiempo, que se conserva en todo su esplendor, cualquiera que sea la edad que alcance. La ternura maternal florece bajo el hielo de los sentidos i bajo la nieve de la vejez. La mujer es siempre madre. Despues de haber sido ella misma una flor humana, adorno del mundo, revive en sus hijas que lucen ahora donde antes ella brillara. Contempla su pasado, endulza su presente i refiere su porvenir a esas jóvenes cabezas que unen a sus cabellos blancos, sus bucles blondos i que le hacen gustar en una sonrisa los recuerdos i las delicias de la maternidad.

Para considerar las pasiones hemos tomado rasgos jenerales. Sin embargo muchas mujeres quedarán fuera de nuestras descripciones. Por todas partes hai escepciones, anomalias i nulidades; siendo esta última categoria bien numerosa en la mitad mas bella del jénero humano: son las sombras en un cuadro, los puntos obscuros que hacen resaltar las partes brillantes.

Realmente hai muchas mujeres nulas, de una nulidad absoluta e irremediable; pero tambien son numerosas aquellas en las cuales esa nulidad es aparente i relativa, i desapareceria si circunstancias favorables viniesen a despertar en ellas las facultades solo adormecidas que la constituyen. ¡Cuántas mariposas de alas doradas, flores animadas de la primavera, mueren crisálidas! En muchas la insuficiencia del corazon, por ejemplo, produce una gran vanidad, i llegan a ser insoportables por su intolerancia, tomando por virtud esa calma perfecta de los sentidos i del corazon, esa apatía total que las defienden de la pasion; i la armadura es tan espesa que nada puede llegar hasta las fibras del corazon.

Para el artista, para el poeta, estos seres incompletos no son mujeres. Pero ¡gran Dios! cuán vanas deben ser las cosas que nos agradan i que nos parecen bellas! Porque esos seres son para vos lo que deben ser, i sus obras deben contribuir a su salvacion o a su pérdida.

Solo se embellecen con adornos i esculturas las piedras esteriores de un monumento, pero las otras no son ménos importantes porque no ocupan la atencion del artista.

Dejemos al poeta, dejemos al amante divinizar la forma i adorar las armonías apasionadas que cantan al corazon de la mujer: dejémoslos suspender sus pensamientos, sus amores i los sueños de su imajinacion a esas brillantes vanidades. Nosotros tenemos necesidad de poner a un lado esos pensamientos para no hacer creer que despreciamos esas almas simples i tranquilas.

Aunque a la verdad no hai nada que tenga un atractivo mayor que una mujer hermosa cuyo rostro es animado por el corazon, ese instrumento armonioso que al menor contacto produce sus divinos sonidos; pero tambien ¿hai nada tan peligroso, tan amargo a veces?

Salomon esclamaba con la amargura de su corazon aflijido por el pasado: «i hallé mas amarga que la muerte a la mujer, la cual es lazo de cazadores i red el corazon de ella, prisiones son sus manos: es mas peligrosa que el veneno.» (Ecc. VII, v. 27.)

I muchas de las que han recibido del cielo esos tesoros de sensibilidad que nos encantan, cambiarian sin duda al fin de su carrera las decepciones, pesares i amarguras que les ha deparado esa superioridad, por esa vida calmada i tranquila, por esa nulidad del corazon i de la intelijencia que tanto se desprecia.

Pero, reasumamos lo que hemos dicho i cuyo desarrollo veremos en nuestros estudios sucesivos.

La sensibilidad constituye a la mujer.

De ella procede su facultad de amar.

Sus pasiones no son las mas veces mas que el juego de las cuerdas sensibles de su corazon.

La sensibilidad es casi ajena al razonamiento, i por esto las pasiones de la mujer casi estan sometidas a la impresion i a la sensacion.

Debemos principiar por las afecciones de la familia para llegar a los importantes fenómenos del amor, a los demas antes i despues del matrimonio, i seguir con la análisis de la facultad de amar en sus repulsiones. Pero queremos considerar lijeramente dos pasiones que se refieren a las depravaciones del gusto.

Las mujeres caen raramente en los excesos groseros de la intemperancia. Ellas tienen una constitucion delicada i débil; jeneralmente sus trabajos no son fatigosos i por consiguiente sus necesidades físicas son ménos imperiosas que en el hombre, i no necesitan alimentos tan reparadores. Pero todo es relativo. No es en la cantidad de los alimentos donde queremos buscar la pasion; ésta se encuentra en la sensualidad; i bajo el aspecto de los goces del gusto, la mujer es mas sensual que el hombre. Ella está privilejiada del lado de los sentidos: todos los fisiolojistas lo dicen i todos los observadores lo saben.

La intemperancia es una pasion que varia segun la edad de la mujer i segun las circunstancias que la rodean. Cuando niña es mui inclinada a los goces del gusto, i queda lo mismo cuando jóven a no ser que el elemento sentimental desarrolle cierto espiritualismo que las aparta de lo que es material i vulgar. Entónces apenas se alimentan para vivir; pero cuando han adquirido la esperiencia de la vida, cuando lo romanesco del corazon ha perdido su efervescencia, cesan de ser tan desdeñosas por las cosas que no son el amor i lo ideal. Descienden poco a poco a los goces de la mesa, que llega a ser para muchas una cosa importante a la edad en que de bueno o mal grado tienen que renunciar a interesar por los encantos de la juventud i de la belleza.

Cuando vive sola, su mesa es poco abundante, sus platos son siempre esquisitos, delicados i casi podriamos decir coquetos. Parece, decia un hombre de espíritu, que la mujer se alimenta con el borde de los lábios. En ello suele tener parte la coqueteria: hai mujeres que temerian se creyese que comen para vivir. Representando el papel de sílfides, apénas consienten humedecer sus lábios con un poco de agua azucarada, o en llevar a su boca algo que asemeje a un alimento. Divinidades ficticias que quieren convencernos de que viven de perfumes i que no tienen un cuerpo que alimentar. Este ridículo exceso no es raro; ¿pero qué pasa en el interior? sin duda no son ni tan aéreas, ni tan independientes de las exijencias de la naturaleza.

Hai mujeres que queriendo aparentar que realmente se alimentan, dañan su salud por el modo como lo hacen. El uso del té i del café está sumamente estendido; i estas sustancias excitantes, poco o nada reparadoras, reemplazan en un gran número de mujeres a todos los demas alimentos, Los órganos continuamente sobrexcitados, sufren sin cesar: una multitud de afecciones peligrosas i desagradables para ellas, son la consecuencia de esta nutricion que por lo demas ayuda maravillosamente a las lecturas que exaltan la imajinacion, que inflaman el corazon i tienen constantemente el sistema nervioso en un deplorable estado de excitacion. Muchas mujeres obran así por no engordar: pero en la naturaleza todo tiene sus exijencias que no deben contrariarse, i el organismo tiene las suyas como lo demas. Cada individuo está llamado a alcanzar un grado de desarrollo en relacion con su constitucion. La mujer que deberia adquirir cierta gordura i que la combate por la dieta se arruga i marchita prematuramente. Pierde bien pronto diez años de belleza: la palidez sentimental i el color melancólico que adquiere a los veinticinco años, la ponen fea a los treinta porque se ha agostado ántes de tiempo.

Miéntras mas se apartan las mujeres de su destino primitivo, mas cualidades naturales pierden para adquirir otras ficticias i aun defectos. Las que se entregan a un trabajo pe-

noso, estan obligadas a alimentarse como los hombres. Cuando la mujer avanza en edad tiene necesidad de una nutricion reparadora.

Parece que la naturaleza le diese compensaciones a medida que le retira el don de agradar, ¿i por qué nó? Todo nos demuestra que Dios ha querido dar a la belleza los encantos posibles; pero cuando ella se vá, puede tomar la mujer hábitos i gustos que ántes hubieran sido chocantes.

Las mujeres son mas o ménos dadas a la glotonería segun sus constituciones. La blonda no lo es tanto como la morena, necesita ménos alimentos i es mas delicada. La sanguinea come mucho i no tiene la delicadeza de las otras. La linfática come poco pero no ha pensado ni comprendido jamas que se debe ser mujer aun cumpliendo lo que la naturaleza ordena.

Si nos fuera permitido hablar un instante como médicos, satisfaced, les diriamos, las necesidades que la naturaleza os impone sin traspasar sus límites; si os entregais demasiado a los goces de la mesa, entorpecereis vuestra intelijencia i vuestro corazon perderá su sensibilidad: si caeis en el exceso contrario os enervareis, os pondreis feas i enfermizas i tendreis una existencia febril i nerviosa: os pondreis susceptibles i fantásticas. Guardad un término medio; dad al corazon perfumes i poesía pero no exajereis sin embargo, el corazon tiene tambien sus indijestiones; dad al cuerpo un poco de beefteack; los colores rosados que procura no van mal, bajo el raso blanco de un bello rostro; el estómago i el corazon no son tan enemigos como parecen: el amor i la belleza podrian prescindir tanto del uno como del otro.

El exceso de que acabamos de hablar, nos llama la atencion a otro, mucho mas raro pero del cual sobran ejemplos.

Las mujeres que son estremadas en todo, cuando se dan al uso de los licores fuertes, caen en la mas espantosa degradacion. I esta es tanto mas resaltante cuanto mas antipática era su naturaleza al vicio que las envilece. Beben el aguardiente abandonándose a los excesos mas deplorables, i bajo su influencia, manifiestan con mas prontitud que los hombres, lo que sienten i lo que piensan. Caidas de mas alto, es decir, de todas las sublimidades del pudor i de las misteriosas bellezas del corazon que Dios les habia dado, repugnan por su licencia.

Cuando una mujer ha caido en este vicio, llega al mas alto punto de envilecimiento. Si tiene un marido, si tiene hijos, es para ellos una llaga viva, incurable i llena de dolores. Si es sola tanto mejor; pero jamas debe esperar otro perdon que el de Dios; jamas la amistad, jamas el amor volverán a honrar una frente asi manchada. No trepidamos en decirlo, bajo el punto de vista humano, poético i relijioso talvez, prefeririamos en una mujer el libertinaje a la ebriedad.

Todo exceso es condenable. Es ridículo que haya mujeres que solo beben agua por tono; magnífico si fuera por necesidad. El agua es jeneralmente la mejor bebida i la mas sana, pero para muchas personas éste réjimen no conviene. Detestamos la coqueteria, bajo cualquier forma que se presente. La mujer que enrojece su agua con un vino de buena calidad, no perderá ciertamente la estimacion de nadie. Hacer lo que la necesidad manda es la regla que debe seguirse.

Al pasar la edad madura, adquieren las mujeres cualidades, por decirlo así, mas viriles que ántes i están mas sujetas a contraer los funestos hábitos de que hablamos i sobre todo las que están dotadas de una constitucion sanguinea.

Tendremos ocasion, en lo que nos queda que escribir, de lamentar otras miserias de la mujer. Pero en una como la que acabamos de señalar no podemos esperimentar piedad sino disgusto: aquí se transforma en un ser de tal modo degradado, que no tiene derecho a nada, ni aun al desprecio. Ya no tiene alma ni corazon.

GUMESINDO CLARO I CRUZ.

(Continuará.)

Adios A....

Fuerza es partir i separarse ¡oh Cielos!
¿Por qué al hombre infeliz, a quien la suerte
Separa de su amada, no consuelas
Siquiera con la dicha de la muerte?

Sin verte ¿qué verán mis tristes ojos?
Sin oirte ¿qué voz oirá mi oido?
¿Qué das, mundo infeliz, al que camina
Léjos del ánjel de su amor perdido?

¡I Dios es bueno! I cuando el fuego horrible
Del amor, a dos almas mezcla i funde,
Pone su brazo entre las dos, i no ántes
Juntas en el abismo las confunde!

Ven a mis brazos. ¡Muerte al que se oponga!
Son, cuando se aman, invencibles dos
Mas que el torrente, mas que el mar airado,
Mas que la diestra del eterno Dios.

Ven a mis brazos. De los Andes hijo
Un negro bruto ya impaciente espera:
¿Qué mar, qué monte atreverase osado
A detener nuestra veloz carrera?

¡Oh! yo contigo, juntos caminando,
Juntos bebiendo el agua de la fuente,
Trepando juntos las nevadas cumbres,
Juntos salvando el bramador torrente...!

Sueltas las riendas, el bridon se lanza
A do le lleva su entusiasta ardor:
¿No es un jardin inmenso el universo
Visto al traves del prisma del amor?

Tú, fresca sombra i cristalina fuente
Cuando arda el sol en medio del desierto,
Tú. abrigo i fuego para mí serias
Entre las nieves entumido i yerto.

¡Oh qué placer!.... sobre un peñon sentados,
Juntas mis manos con tus manos bellas,
Con tus ojos mirando i con mis ojos
El cielo azul, la luna, las estrellas!

¡Oh qué placer! ¡Maldito mi destino!
Fuerza es que parta i me separe ahora....
Me voi.... se va mi sombra. ¿Soi acaso
Distinto ser del ser que me enamora?

Voi a viajar como la flor que viaja
Marchita i seca en la rejion vacia,
En alas de aquel viento que del tallo
Cruel la arrancára al despuntar el dia.

¡Oh! ¿Lloras?.... Tambien siento que mis ojos
No mas ya pueden aguantar el llanto;
Lloremos juntos un instante, solos
El Cielo quiere que lloremos tanto.

Mírame una vez mas: vea en tus ojos
Tu alma que lucha por seguirme ansiosa.
¡Ah! cómo me enamoras; es tan bella
Cuando llora de amor la que es hermosa!

Ya me siento morir: mui mas que el fuego
Por mis venas la sangre ardiente va;
Se entorpece mi lengua, ya no veo,
Los pies no pueden sostenerme ya....

¡Adios!.... No puedo, es imposible.... muera
Mil veces ántes; pero muera así:
Muera, pero mirando tu semblante,
Muera ¡qué importa! siendo junto a tí.

Juntos, unidos, confundidos, venga
A arrancarme despues de entre tus brazos
El cruel destino. ¡Necio! nunca mi alma,
Nunca mi cuerpo.... arránqueme a pedazos!

Santiago, enero de 1860.

Z. Rodriguez.

D. Salvador Sanfuentes.

POESIAS.

Continuacion.

La leyenda de Sanfuentes que lleva por título el *Bandido* tiene un asunto bien interesante, que ha sido desempeñado con bastante acierto.

El autor nos trasporta a la meseta de uno de los montes del sur de Chile, defendida por quebradas i precipicios, i cubierta por espesos i sombríos árboles. Un cuerpo de bandoleros celebra allí juegos i fiestas en honor de Maria, a quien ama con pasion el jefe de la banda, Fernando. Era este un esclavo negro que aborrecia a los blancos como a los verdugos de su raza. Por vengar a los suyos, habia muerto a su amo, se habia hecho asesino, habia reunido un grupo de desalmados, i habia llegado a ser el terror de la comarca. Era Maria una desgraciada jóven española a quien el bandido, en una de sus correrías, habia arrebatado de en medio de un baile con que se solemnizaba el matrimonio que debia unirla, dentro de pocos momentos mas, a Anselmo, el preferido de su corazon. Aquella mujer causaba la felicidad i la desesperacion de Fernando que la idolatraba, i que conocia no ser correspondido por ella.

Apénas ha trascurrido una noche despues de esta primera escena tan alegre i festiva en que todo es flores, juegos, danzas, embriaguez, alegría, cuando a los regocijos suceden las luchas sangrientas en que todo es muerte, desolacion, dolor.

Un humo espeso principia a envolver el monte; en seguida, el resplandor de un mar de llamas que se precipitan por todas partes manifiesta a los bandoleros que se hallan cercados por un vasto incendio.

Bien pronto Fernando i su jente conocen que aquel fuego invasor sirve de vanguardia a un destacamento que viene en su persecucion. Precisamente, Anselmo, el novio de Maria, era quien capitaneaba la tropa de los asaltantes.

Atacadores i atacados traban luego un combate encarnizado.

Anselmo i Fernando se encuentran i se acometen con furor. En lo mas recio del empeño de ambos caudillos, se oye de súbito un grito desgarrador que sale del centro de un rancho cuyo techo pajizo comenzaba el fuego a incendiar. Al oirlo, cayó falto de vigor el brazo de Fernando, que corre al lugar de donde aquella especie de lamento habia partido. Anselmo sigue tras él. Fernando saca en sus brazos a Maria de entre las llamas del rancho. Al punto que ella percibe al jóven español, esclama: «Anselmo mio.» Anselmo que la reconoce se precipita como furioso a arrancársela al malvado que la lleva; mas el negro logra volver a ocultarla, i torna a la pelea. Los dos rivales se arremeten con una rabia incontenible. Anselmo, ménos fuerte, cae al parecer muerto bajo los golpes de su adversario.

El triunfo no vuelve la tranquilidad al ánimo de Fernando, que se siente despedazado por los celos. Ese grito de Maria: «Anselmo mio» habia sido, sin duda, un grito de amor.

Exacerbado por la desesperacion, siente placer en referir a Maria que ha dado la muerte a su amante. «Le he muerto,» dice a aquella infeliz i desolada mujer,

¡Ha muerto! i su cadáver en el monte
Ser de las fieras alimento hoi debe.

El dolor de la espantosa noticia quita los sentidos a Maria; pero al fin vuelve en sí. La idea de que los restos de su querido Anselmo van a servir de pasto a las aves de rapiña causa a su alma una angustia insoportable. Con el designio de evitar semejante afrenta al cadáver de su novio, no tiene embarazo en recurrir a una mentira, i dice con labio balbuciente que Anselmo es, no su amante, sino su hermano.

Apénas el negro escucha esto, se demuda, i consiente arrepentido en que se dé sepultura al jóven español.

Maria se dirije a llenar ese triste i piadoso deber. ¡Cuál fué su júbilo inespresable al descubrir que Anselmo respiraba todavia! Gracias a los solícitos cuidados de la jóven, el herido se reanima. Maria alcanza a suplicarle, ántes de que Fernando

se presente i pueda oirlo, que aparente ser, no su novio, sino su hermano.

Anselmo asistido por Maria recobra rápidamente la salud, mas es tratado por ella con un cariño tal, que Fernando no puede apartar la desconfianza, i se siente torturado por los celos.

Anselmo principia a instar a Maria para que se vuelva a sus hogares; ella le escucha trémula i confusa; se ve forzada a esplicarse: el secreto que hubo de revelar a Anselmo fué terrible; era la concubina del negro bandido, pues su deshonor habia sido el precio de la vida de su anciano padre.

Anselmo es presa de un furor delirante; insulta i amenaza a la desgraciada Maria, que se aparta de su vista con el corazon despedazado.

Durante la noche, Maria vuelve a presentarse a Anselmo; viene pálida i trémula; le dice que no sintiéndose con fuerzas para soportar su desprecio se ha envenenado; i hablando así, espira a los piés de su amante.

Anselmo se desespera; busca a gritos a ese Fernando que le ha hecho para siempre desgraciado; el negro aparece; Anselmo se arroja sobre él; los dos luchan un momento; al fin Fernando clava su puñal en el pecho de su rival, que exhala el último suspiro junto al cadáver de Maria, i asiéndose de una de las manos de la jóven.

Fernando contempla un corto rato aquellos dos cadáveres; separa con el pié sus dos manos que habian quedado enlazadas; i se aleja de tan horroroso espectáculo.

Inmediatamente convoca a sus compañeros; reparte entre ellos cuanto tiene; i marcha a entregarse a la justicia que le hace espiar sus crímenes en un patíbulo.

Ha llegado el caso de discutir una cuestion literaria análoga a la que he considerado en el artículo sobre el poeta arjentino don Estévan Echeverria. Dije en ese artículo que las peculiaridades de la naturaleza americana eran una fuente fecunda de poesía, que hasta ahora habia sido mui poco esplotada. Puede decirse otro tanto del carácter i costumbres singulares de los indíjenas de América i de esa parte de poblacion intermedia entre estos i la jente civilizada oriunda de Europa, poblacion semi-bárbara, que es una amenaza i un estorbo en casi todas las jóvenes repúblicas hispano-americanas, como los *gauchos* de las provincias arjentinas, i los *llaneros* de Venezuela. Los vates americanos deberian a mi juicio, en vez de calcar las obras europeas, buscar inspiracion i argumentos nuevos en esas sociedades orijinales, que presentan un aspecto tan diferente del que ofrecen las sociedades cultas del viejo i nuevo mundo, i que contienen tipos sumamente característicos e interesantes.

Dos grandes escritores han dedicado sus eminentes talentos a pintar en sus producciones literarias a los indíjenas de América: don Alonso de Ercilla i Zúñiga, poeta español del siglo XVI i Fenimore Cooper, novelista yankee del presente siglo; pero cada uno de ellos lo ha ejecutado de una manera especial que conviene mucho observar con alguna detencion.

Todos saben que Ercilla es el autor de la *Araucana*, ese poema que Cervantes ha calificado de «uno de los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, capaz de competir con los mas famosos de Italia, i una de las mas ricas prendas de poesía que tiene España;» i en el cual Voltaire ha visto una *Iliada*; pero que Sismondi ha comparado a una gaceta en verso, i donde Humboldt no ha encontrado ni un rastro siquiera de entusiasmo poético. Sin embargo, a pesar de juicios tan contradictorios, la *Araucana* de Ercilla, que no cuenta ménos de veinte i dos mil versos endecasílabos, ha sido declarada por la opinion mas jeneral e ilustrada el primero de los poemas épicos, o mejor dicho, tentativas de poemas épicos castellanos, que no son solo treinta i seis como lo asegura Sismondi, sino trescientos cincuenta desde el poema del *Cid* cuya fecha se fija hácia el año 1,200 hasta el *Colon* de Campoamor, dado a luz en 1853, segun los he contado en el prolijo catálogo que el erúdito don Cayetano Rosell ha formado, tanto de los publicados, como de los inéditos.

A mas de éste, la *Araucana* tiene el mérito de ser el tronco de que se han derivado un cierto número de composiciones narrativas, mas o ménos apegadas a ella, que constituyen una verdadera familia literaria.

Entre las muchas calidades que los críticos han querido dar como esenciales de eso que llaman epopeya, i sobre cuya definicion no se entienden hasta ahora, Nisard enumera la de que la obra que aspire a ese título tan pomposo como vago ha de preceder a una literatura nacional, o mejor dicho, debe crearla. Así Homero, Dante, *Shakespeare*, continúa Nisard, deben ser considerados como poetas épicos, porque sus obras han sido una fuente fecunda de inspiracion para las jeneraciones que les han sucedido. La literatura griega ha nacido de Homero; mucha parte de la italiana de Dante; mucha de la inglesa de Shakespeare.

No tengo para qué examinar esta doctrina, pues basta para mi intento enunciarla.

Ahora, *si licet magnis componere parva*, la *Araucana* presenta este punto de semejanza con la *Iliada* i la *Odisea*, la *Divina comedia* i los dramas del gran trájico ingles: ha enjendrado tambien una série de producciones poéticas, inspiradas por la admiracion con que ha sido leida.

Permítaseme presentar aquí una especie de árbol jenealójico de esa familia literaria cuyo padre comun es don Alonzo de Ercilla, advirtiendo que voi a componerlo siguiendo las doctas indicaciones de Pinelo, Molina, Ticknor, Gayangos, Vedia i Rosell.

Araucana—consta de tres partes que se imprimieron: la primera en 1569, la segunda en 1578 i la tercera en 1589.

Arauco domado—poema por Pedro de Oña—1596.

Araucana—cuarta i quinta parte por don Diego Santistéban i Osorio—1597.

Algunas hazañas de las muchas de Don García Hurtado de Mendoza—comedia por el conde del Basto, Luis de Belmonte Bermudez, don Juan Ruiz de Alarcon, Luis Velez de Guevara, don Fernando de Ludeña, don Jacinto de Herrera, don Diego de Villegas i don Guillen de Castro; la cual fué representada con notable aparato en Madrid, e impresa en 1622.

Arauco domado—comedia por Lope de Vega—1629.

Compendio historial del descubrimiento, conquista i guerra del reino de Chile—poema por el capitan don Melchor Xufré del Aguila—1630.

El Gobernador prudente—comedia por Gaspar de Avila, en que se trata de don García Hurtado de Mendoza—1654.

Los Españoles en Chile—comedia por Francisco Gonzalez de Bustos—1665.

A mas de las obras anteriores que han sido impresas, existen otras que hasta ahora permanecen manuscritas, a saber:

El marques de Cañete en Arauco—comedia por Lope de Vega, segun Pinelo.

Poema *sobre las guerras de Chile*—del cual habia una copia, segun Molina, en la librería de Barcia.

Puren indómito—poema por Fernando Alvarez de Toledo, que trata de la rebelion de los araucanos i de la muerte del gobernador don Martin García de Loyola, a lo que dice Pinelo, i que es inapreciable como monumento histórico, a lo que asegura Rosell. El consejo de la Universidad de Chile acaba de dar algunos pasos para buscar medios de facilitar su publicacion.

Hai todavía otras obras que son, no una continuacion o trasformacion de la *Araucana*, como las precedentemente mencionadas, pero sí una derivacion de ella, las cuales tratan de asuntos, ya que no idénticos, por lo ménos análogos al que sirvió de tema a Ercilla. Estas obras son las que siguen:

Conquista de Nueva-Castilla—poema anónimo, que se supone compuesto hácia la mitad del siglo XVI, i que ha sido publicado en 1848 por don J. A. Sprecher de Bernegg.

La Mejicana—por Gabriel Laso de la Vega—1588.

Elejias de varones ilustres de Indias—por Juan de Castellanos—1589.

El Peregrino indiano—por Pedro Madrigal, que trata de la conquista de Méjico por Cortés—1599.

Elojios en loor de los tres famosos varones don Jaime rei de Aragon, don Fernando Cortés marques del Valle i don Alvaro Bazan marques de Santa-Cruz—por Gabriel Laso de la Vega—1601.

La Arjentina—por Martin del Barco Centenera—1602.

La Grandeza mejicana—por don Bernardo de Balbuena—1604.

Historia de la Nueva-Méjico—poema por el capitan Gaspar de Villagra—1610.

La aurora en Copacabana—comedia de don Pedro Calderon de la Barca, escrita ya en 1651.

El Nuevo Mundo—por Francisco Botello de Moraes i Vasconcelos—1712.

Lima fundada—por P. de Peralta Barnuevo—1732.

Las naves de Cortés destruidas—canto épico compuesto por don Nicolas Fernandez de Moratin en 1777.

Las Naves de Cortés destruidas—canto épico compuesto por don José María Vaca de Guzman en la misma fecha i publicado en 1778.

Méjico conquistada—por don Juan Escoiquiz—1798.

En la lista de las composiciones derivadas de la *Araucana*, deben incluirse ademas tres leyendas de Sanfuentes, una de las cuales merece el nombre de poema, obras de que tengo todavía que hablar.

La influencia del libro de Ercilla sobre don Salvador Sanfuentes es, no una presuncion mas o ménos probable, sino un hecho cierto, que éste mismo ha dado a conocer. En una carta dirijida por Sanfuentes al editor de la *América poética* se leen estas palabras, que podrian desvanecer cualquiera duda, si la hubiese: «Para mí la poesía es la primera de las artes. Me reconozco deudor a la *Eneida* de Virjilio, a la *Araucana* de Ercilla i a las trajedias de Juan Racine del entusiasmo que desde mi primera juventud concebí por ella.»

Dígase lo que se quiera sobre el mérito de la *Araucana*, no puede negarse que una obra que ha producido una tan larga descendencia deje de tener un gran valor literario; pero no es esta la ocasion de apreciar minuciosamente las bellezas i defectos de la composicion de Ercilla, ni es tal mi propósito. Bástame haber dado una idea jeneral de su importancia en la literatura española para el objeto que me propongo de manifestar la manera como ha presentado los tipos i costumbres de los indíjenas de América, i como ha hecho que otros los presenten por seguir con intento o sin él un modelo que habia sido, i ciertamente con justicia, tan aplaudido.

Me parece que el conquistador poeta de Chile no ha acertado a reproducir la fisonomía propia i peculiar de los indios. El teatro de su poema es Arauco; el argumento de ese poema son sucesos que realmente se han verificado en esa comarca; pero Ercilla ni se ha empeñado en pintar el lugar de la escena con los colores verdaderos, ni ha procurado retratar a los indíjenas con pinceladas que pudieran hacer concebir a los lectores las diferencias que habia entre ellos, i los demas miembros del jénero humano. Sus indios producen el efecto, no de indios verdaderos, sino de españoles disfrazados de indios. Me recuerdan a esos hidalgos que en el capítulo LVIII de la segunda parte del *Quijote* aparecen con sus familias jugando *a la Arcadia* en un ameno prado vecino a su aldea, vestidos de pastores i zagalas.

Tan cierto es que los bárbaros de la *Araucana* se asemejan a farsantes de mascarada, que Ercilla a veces, en lugar de exhibirlos completamente vestidos con trajes nacionales, les deja por olvido una parte de la ropa o de las insignias españolas, i habla de que usaban espadas, celadas, alfanjes, cimitarras, arneses. En el canto XVI Colocolo dice que sus compatriotas han perdido con gran deshonra tres banderas; i en el XXI el grave cacique Caniomangue marcha al frente de sus mocetones al son de roncos atambores destemplados en señal de duelo por el fallecimiento de su anciano padre.

Si los indios de Ercilla descubren por ciertas partes de sus vestidos i armas, que son españoles netos, mucho mas lo dejan ver por el estilo de sus discursos.

Es divertido por ejemplo oir a Tucapel espresarse en conceptos como si fuera algun literato de la corte de Felipe II, en las estrofas que siguen:

> Ya tendreis en memoria el desafío
> Que Rengo i yo tenemos aplazado;
> Así mismo el que tuve con su tio,
> Que quiso mas morir desesperado:
> Viendo el gran deshonor i agravio mio,
> I cuanto a mi pesar se ha dilatado,
> Quiero, sin esperar a mas rodeo,
> Cumplir la obligacion i mi deseo;
>
> Que asaz gloria i honor Rengo ha ganado
> Entre todas las jentes, pues se trata
> Que conmigo ha de entrar en estacado,
> I así vanaglorioso lo dilata;
> Mas yo, de tanta dilacion cansado,
> Pues que cada ocasion lo desbarata,
> Pido que nuestro campo se fenezca,
> Que no es bien que mi crédito padezca;

Que ya Peteguelen, astutamente,
Con aparencia de ánimo engañosa,
A morir se arrojo entre tanta jente,
Por padecerle muerte mas piadosa;
I así se me escapó mañosamente,
Que fué puro temor, i no otra cosa;
Pues si ambicion de gloria le moviera,
De mi brazo la muerte pretendiera.

Tambien Rengo, de industria, cauteloso,
Anda en los enemigos mui metido
Buscando algun estorbo o modo honroso
Que le escuse cumplir lo prometido;
I debajo de muestra de animoso
Procura de quedar manco o tullido,
I para combatir no habilitado,
Glorioso con me haber desafiado.

Ercilla refiere que Caupolican envió a desafiar por medio de un mensajero al gobernador don García Hurtado de Mendoza en la misma forma que habria podido hacerlo Bayardo, o algun otro de la flor i nata de los caballeros sin miedo i sin tacha.

¡Oh capitan cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traido;
Que el gran Caupolicano, deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud i esfuerzo en ti se halla,
Pide de solo a solo la batalla.

Que siendo de personas informado
Que eres mancebo noble floreciente,
En la arte militar ejercitado,
Capitan i cabeza desta jente,
Dándote por ventaja de su grado
La eleccion de las armas francamente,
Sin escepcion de condicion alguna
Quiere probar tu fuerza i su fortuna.

I así, por entender que muestras gana
De encontrar el ejército araucano,
Te avisa que al romper de la mañana
Se vendrá a presentar en este llano,
Do con firmeza de ambas partes llana,
En medio de los campos mano a mano,
Si quieres combatir sobre este hecho,
Remitirá a las armas el derecho.

Con pacto i condicion que si vencieres
Someterá la tierra a tu obediencia,
I dél podrás hacer lo que quisieres
Sin usar de respeto ni clemencia;
I cuando tú por él vencido fueres,
Libre te dejará en tu preeminencia;
Que no quiere otro premio ni otra gloria
Sino solo el honor de la vitoria.

Mira que solo en que esta voz se estienda
Consigues nombre i fama de valiente,
I en cuanto el claro sol sus rayos tienda
Durará tu memoria entre la jente;
Pues al fin se dirá que por contienda
Entraste valeroso i dignamente
En campo con el gran Caupolicano
Persona por persona, i mano a mano.

Esto es a lo que vengo, i así pido
Te resuelvas en breve a tu albedrío,
Si quieres por el término ofrecido
Rehusar o acetar el desafío;
Que, aunque el peligro es grande i conocido,
De tu altivez i ánimo confio
Que al fin satisfarás con osadía
A tu estimado honor i al que me envía.

Don García le responde: Soi contento
De acetar el combate, i le aseguro
Que al plazo puesto i señalado asiento
Podrá a su voluntad venir seguro.
El indio que escuchando estaba atento,
Mui alegre le dijo: Yo te juro
Que esta osada respuesta eternamente
Te dejará famoso entre la jente.

Hubo algo de lo que cuenta la *Araucana*; pero ni el mensaje de Caupolican fué tan medido i cortes como el de un paladin de la Edad Media, segun lo ha referido Ercilla; ni el toquí araucano señaló campo al caudillo español dejándole la eleccion de las armas; ni don García aceptó el reto del modo sério i caballeroso que cuenta la última estrofa, como si se tratara de irse a medir de igual a igual con otro guerrero cristiano.

La invitacion a un combate singular de Caupolican, que Ercilla ha narrado en octavas tan bien peinadas, se redujo simplemente a una amenaza de bárbaro, que el gobernador recibió por cosa de burla. En una relacion hecha por don García en Cañete a 24 de enero de 1558, se refiere de la manera siguiente el suceso a que la *Araucana* ha dado todo el aparato de un desafío caballeresco: «Así me detuve en el mismo asiento de Arauco quince dias, rogándoles con la paz a los indios, pero ellos mas pensaban en pelear que no darla, porque cada dia salian los que no se podian juntar, a escaramuzar con los corredores, i matáronme allí un buen soldado; visto que estos me decian que no querian venir de paz, hasta ver como me iba con Cupulican, que tenia mucha jente, i habia muerto al gobernador pasado, i tambien me habia de matar a mí, i que no darian ellos la paz; i así por esto acordé partir de allí, i fuí a dormir tres leguas de allí, i envióme a decir el Cupulican, que él habia comido al gobernador i a los demas cristianos, i que así haria a nosotros otro dia por la mañana, i visto esto, tuvimoslo por cosa de burla, porque otras muchas veces lo habia dicho.»

El cotejo de estas dos narraciones de un mismo hecho, la de Ercilla tan artificial, la de Hurtado de Mendoza tan llana, dice mas sobre la manera inexacta i defectuosa que tuvo aquel célebre i eminentísimo poeta de presentar a los indios, que cien pájinas de reflexiones.

Fenimore Cooper se ha esforzado mas que Ercilla en pintar las calidades distintivas de los indíjenas de América. Sus *pieles rojas* tienen ideas, costumbres i modo de espresarse diferentes de los blancos; se conoce que realmente han nacido, no en las ciudades, sino en las praderas, o en las florestas, o al borde de los grandes lagos. Los indios de *El Puritano de América*, de *El último de los Mohicanos*, de *La Pradera*, de *Los plantadores* son personajes *sui generis* que hablan i obran como no acostumbran hacerlo las jentes civilizadas. Hai pues mucha mas observacion, mucha mas verdad en las novelas de Cooper, que en el poema de Ercilla. El novelista norte americano se ha propuesto reproducir fielmente la naturaleza vírjen de su patria, i los habitantes primitivos de ella; si lo ha conseguido o nó mas o ménos bien, ese es otro asunto; pero no cabe duda que ha conocido que los indios se distinguian de los blancos algo mas que por el color, i que ha tenido la intencion de no confundir a los primeros con los segundos.

Por esto, Guizot ha podido decir en su *Historia de la civilizacion en Europa* que, a pesar de que a su juicio la *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos* es el único libro en que

puede verse lo que es un bárbaro i la vida de un bárbaro, sin embargo, las novelas de Cooper referentes a los salvajes de América son despues de la obra de Agustin Thierry, aunque en un grado bien inferior, i de una manera mucho ménos simple i verdadera, las que mejor han reproducido el estado de barbarie.

«En las novelas de Cooper, i en algunas de las obras en que los alemanes han ensayado pintar a sus feroces antepasados, agrega el mismo sabio escritor en la *Historia de la civilizacion en Francia*, hai sin disputa un sentimiento bastante vivo, bastante verdadero, de ciertas partes, de ciertos momentos de la sociedad i de la vida bárbara; de su independencia, por ejemplo; de la actividad i de la pereza que se hermanan en la tal vida; de la hábil enerjía que el hombre despliega en ella contra los obstáculos i los peligros con que le asedia la naturaleza material; de la violencia monótona de sus pasiones, etc. Pero la pintura es mui incompleta, tan incompleta que aun la verdad de lo que está mejor reproducido se halla frecuentemente alterada.» Guizot dice en fin que el defecto de la manera de Cooper consiste en haber procurado hacer resaltar solo algunas calidades de los indios, i en haber dejado en la sombra otras no ménos importantes, jeneralmente los vicios de los bárbaros i los males de la vida salvaje, las cuales hacen falta a la perfeccion de los retratos i a la armonía del cuadro.

Mas dése el valor que se quiera a las críticas de Guizot, el mérito de las novelas de Cooper aparece de las palabras mismas del último ministro de Luis Felipe. Obras de imajinacion como ellas, que han representado uno de los estados sociales del hombre mejor que todas las obras serias, escepto una, deben ocupar un lugar distinguido entre las producciones del injenio humano.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(*Conchuirá.*)

El atolondrado.

Sr. don Samuel Donoso.

Desde que me pedisteis, mi querido amigo, que hiciera el retrato del atolondrado, he tratado de recojer los materiales necesarios al efecto. Puse manos a la obra impulsado mas bien por mi deseo de complaceros que por la esperanza de cumplir con mi objeto. No lleveis a mal que emplee en mi cuadro las tintas que vos mismo me habeis suministrado: todavia me acuerdo de lo que me deciais acerca del atolondrado; i mientras mas lo estudio, mas noto en él cuanto he oido de vuestra boca. Sin duda lo conociais bien cuando me deciais que era un hombre candoroso, irreflexivo i falto de prevision, cuya excesiva timidez lo hacia trastornarse a veces hasta el estremo de no acertar en sus acciones mas sencillas; cuando me hablabais de sus faltas ante la sociedad, de aquellas faltas inocentes en que a cada paso cae, de aquello de no saber en donde se encuentra por el entorpecimiento moral que en él enjendra el temor de no obrar bien; cuando me deciais que no siendo el atolondrado un necio, lo parecía en ciertas circunstancias, i en fin cuando me haciais fijarme en ese excesivo temor que casi siempre le asiste de obrar mal, temor que solo sirve para hacerlo obrar peor. Como vos estoi yo bastante convencido de que no proviene esto de falta de capacidad, pues no pocas veces lo he visto discurrir con sagacidad i tino desempeñándose con bastante buen éxito en los negocios de la vida. Ya se ve que lo he observado como a solas i obrando en presencia de sus intimidades; mas en sacándolo de aquí, a un teatro mas estenso, ya no es el mismo. Como carece de la confianza de sus fuerzas, cualquiera circunstancia, hasta la vista de una persona estraña, es perjudicial a su modo de ser. No parece sino que un cierto temor le dominase, segun es lo al revez que suele decir i hacer las cosas, cuando está fuera de su centro. I lo peor es que los tropezones que dá lo enredan i trastornan cada vez mas: en valde se afana por deshacerse de su turbacion, pues el mismo ahinco que en ello pone lo hace atolondrarse mas i mas. Se turba, tropieza, se enciende, tropieza de nuevo, i no sabe como huir las equivocaciones. Mas esperad que se rehaga i que se refresque, i lo vereis tomar posesion de sí msimo. . . . . Ya es otro: ya es responsable de sus acciones.

Sé mui bien que no tengo necesidad de deciros que le dispenseis esas faltas sociales en que suele caer mui a menudo, pues bien sabeis que no lo hace por falta de voluntad. No es culpa suya, si al querer daros un objeto que le pedis, os pasa otro: está distraido. No le pidais demasiada lijereza, porque hará a destiempo i peormente lo que exijais de él. Cualquiera cosa, siquiera sea la mas sencilla, será en tales circunstancias, un latin para él.

Pero ¿quereis verlo espedito i portarse con prontitud? No lo violenteis: dejadlo marchar a su paso.

No sé si os habreis fijado, amigo mio, en nuestro orijinal, cuando algun negocio le preocupa demasiado. Ensimísmase de tal modo, que no es estraño oirle dar *las buenas noches* a la mitad del dia, i saludar mui cortesmente a su criado, mandando a las visitas que le acerquen asiento al recien venido. Su distraccion nace de que no está allí donde al parecer está.

Allí está solo la estatua; el alma ya luego llegará....ya está con él.... ya podeis dirijirle la palabra, i no estrañeis de que os encante con su conversacion.

Si mi memoria no me engaña, creo haberos oido que el trato con las jentes quita algun tanto el aturdimiento de ciertos espíritus, i los hace reflexivos, atentos, i dueños de sí mismos. Yo soi de esta misma opinion, porque he visto no pocos distraidos i atolondrados mejorar notablemente de condicion con el trato del mundo, lo cual los hace despojarse de aquella timidez excesiva que les perjudica.

Pero lo que os deseo, como amigo que soi

vuestro, es que no deis con cierta clase de hombres, vanos i presuntuosos hasta el atolondramiento. Estos vienen a ser como el polo opuesto de nuestro orijinal. Bien dicen cuando aseguran que los estremos se tocan. No parece sino que estos hombres creyeron que hacen falta en la sociedad, segun es la precipitacion con que se presentan. Son capaces de llevarse los trastos por delante; i tened cuidado de no encontraros a su paso. Dejadles pasar; haceos a un lado para que se presentan. Dejadlos hablar; que en cuanto a interrumpirlos, mas fácil es parar con la mano el curso de uno de esos precipitados i bulliciosos torrentes, que bajan de nuestros Andes a saltos i como despeñándose; levantando espuma i bulla al pasar por entre los riscos de las quebradas que recorren.

La demasiada presuncion i vanidad nos hace a veces hablar de repente sobre cosas que no entendemos; i sin saber como, nos encontramos en mas de una dificultad. Si no tenemos una buena dosis de impavidez, nada mas fácil que nos atollemos i se nos pierda de vista la puerta de la salida, por mas que se presente abierta ante nuestros ojos. El entendimiento se tupe i no se ve lo que se mira ¿qué estraño será entónces que el vanidoso atolondrado vea las cosas al reves, i raciocine de no mejor manera? A vos mismo os habrá sucedido sin duda encontraros con un jóven precipitado i sin tino, que tomando las riendas en una conversacion, a cuya presidencia aspira, hace oir dislates, los unos sobre los otros; i tropezando aquí i allí con su propia ignorancia, se aturde, se eleva, vuelve a caer, tartamudea, se pone colorado....No os quiero hablar del atolondrado impávido, porque este aun cuando a turdido, no tiene vergüenza, i corta cuando no puede desatar los nudos. Le vereis a veces bastante aflijido i como entrecortado par una risa irónica, por una réplica a tiempo, por una pregunta cuya respuesta no le convenga....pero a fuer de valiente, el no se quedará callado.

Concluyo, amigo mio, esta carta, demasiado larga ya, pidiendo me dispenseis, si mi pobre brocha no ha conseguido traducir fielmente vuestra idea. No es culpa mia si no he puesto todo lo que falta, ni quitado todo lo que sobra a este borron: culpad solo a la incapacidad i no a la voluntad de vuestro amigo de corazon.

DANIEL BARROS GREZ.

A un poeta que me pedia versos.

Dices que cante, i la amargura embota
Las armonías de mi pobre lira:
Le pido endechas, i responde solo
Solo con llanto.

Quieres que cante, i donde quiera veo
Solo tristeza i padecer contínuos,
Quieres que cante, i de mis ojos corren
Lágrimas siempre.

Cante en buen hora el amador dichoso
A quien le espera perfumado beso,
Blandas delicias, celestial, encanto,
Dulces transportes.

Cante el que pulsa la encordada lira
De Lamartine, i a sus sonoros ecos
Ve que se doblan en divino arrobo
Almas virtuosas.

Cante el que lleva palpitando al seno
Contra el dolor un corazon de roca
I solo fácil a jemir si escucha
Suaves acentos.

Cante el que vive en el placer bañado
Nutriendo solo de ilusion el alma,
I respirando de Esperanza el hálito
Que da la vida.

Pero, que cante el que tan solo llora
De aqueste mundo la brutal fiereza,
El que recibe de su afan en premio
Solo desdenes,

I ve que el tiempo con su nieve escarcha
Los finos rizos de su negro pelo,
Surca de arrugas la espaciosa frente,
Tórnalo anciano,

Eso seria cual pedir abrigo
Del setentrion a los blanquiscos hielos,
Regazo blando a la empinada cumbre
De áspero monte.

Eso seria cual buscar perfumes
En esas flores que las tumbas cercan,
Pedir consuelos, proteccion, amparo
A los que mueren.

Igual valdria demandar luceros
A las tinieblas, de la noche amigas,
Eso seria una crueldad horrible
En el que goza.

No así me pidas, te lo ruego, cantos,
No así me exijas lo que yo no tengo;
Pórque al hacerlo das indicios claros
De que cruel eres.

Tu que el dintel de la existencia pisas
I apénas cuentas mui floridos años,
Debes ser bueno en no agraciar con burlas
Al que padece.

Con todo, amigo, si mi voz te agrada
Por complacerte lloraré si quieres;
Pero te pido que si ves mis lágrimas,
De ellas no rias.

Pues que en un tiempo como tú cantaba
I recibia de mi canto en premio

Suaves halagos, que al recuerdo solo
Rómpese mi alma.

Mas ¡ai! ya todo concluyó, ya vivo
Como la sombra de un pasado alegre,
Como aquel eco que la dicha deja
Como en recuerdo!

MANUEL BLANCO CUARTIN.

Ecos de la semana.

Santiago, enero 7 de 1859.

SUMARIO.—Desercion universal.—Una historia en *zigs zags*.—La perfidia femeninas.—Torments teatrales.—Tibiografía.

¡Qué triste semana! qué crueles momentos!... momentos de separacion, de despedida, de adios! Todos se apresuran a dejar la capital, todos parten, todos se van, i si todos se fuesen por el mismo camino, es bien claro que nadie tendría por que sentir. Mas, no es así desgraciadamente, i la distinta direccion que toma cada caravana es causa de amargas separaciones, de tiernas despedidas, de patéticos adioses. Los unos corren a Valparaiso en busca del océano i sus cerúleas ondas, mientras que los otros se dirijen, llenos de esperanzas sanitarias, a los baños de Chillan, para empaparse en sus virtudes sulfurosas o ferrujinosas, i entrar así edificados o, si se quiere, reedificados en la próxima cuaresma. Algunos van a asilarse en Peñaflor, unos pocos en San Bernardo i muchos en las haciendas circunvecinas, donde ya empiezan a caer las espigas i levantarse las eras.

Nuestra sociedad deserta, pues, en masa de Santiago, que no tardará mucho en quedarse en cuadro. ¡Desgraciado del que permanezca fiel a sus banderas i se resista a abandonar la capital! De aquí a poco no hallará en su vasto recinto sino puertas cerradas, calles solitarias, ecos mudos. ¡Tres i cuatro veces desgraciado el que se queda, si está enamorado i ha visto alejarse al ídolo de su corazon! En vano tratará de encontrar un consuelo, persuadiéndose que la ausencia acrisola los tiernos sentimientos: metales son estos que vale mas no someter a la prueba de la copelacion

. . . . . .

Así empezaba a hablar con vosotros, benévolos lectores, cuando tuvo la feliz idea de venir a visitarme un distinguido literato nuestro i excelente amigo mio, a quien quiero i admiro mui de veras. Jamas he tenido una interrupcion mas oportuna, ni oido jamas una historia mas interrumpida que la que mi espiritual colaborador me contó primero de palabra i me obsequió despues por escrito, para hacer redundar en vuestro provecho los momentos de su visita. Ved aquí trascrita testualmente esa historia, cuya propiedad he querido respetar a pesar del jeneroso desprendimiento de su autor.

«I a propósito del abandono que está haciendo nuestra amable i calurosa capital del centro de su movimiento, para buscar otra esfera en que ajitarse mas fresca i desahogadamente, contaremos a nuestros lectores una conversacion habida entre dos individuos que querian hacer lo que están haciendo ya muchos de nuestros apasionados a la locomocion.

«Supongamos que el uno de nuestros interlocutores se llamaba Juan i el otro Pedro, porque ¿qué interes pueden tener nuestros abonados i los que no lo sean, en que nosotros les revelemos los verdaderos nombres de dos seres desgraciados? Ninguno. I como no puede existir semejante interes, persistiremos en llamar al uno Juan i al otro Pedro.

«Dijimos que eran Pedro i Juan dos seres desgraciados, cosa que tampoco debe causar estrañeza a nadie. ¡Hai tanto Pedro i tanto Juan en el mundo que son verdaderamente desgraciados, que de ninguna manera sorprenderá que hayamos topado con un Pedro i un Juan que lo sean en realidad! Pedros hemos conocido que no daban muestra de mucha felicidad a la simple vista de todo observador desapasionado. Su continente era un trasunto del talante demacrado del santo de su nombre. San Pedro Alcántara podía pasar por un mozo rollizo al lado de aquellos Pedros. I Juanes hemos visto que sin ser Juanes de las Viñas, porque jamas tuvieron ninguna, ni nada que se lo pareciera, no eran otra cosa que Juanes. Unos Buenos Juanes, o unos Juanes Lanas. El Juan Lanas es bajo cierto punto de vista un ser no enteramente desgraciado. Pero esta es cuestion que no nos toca resolver en la presente oportunidad, i que quedará en suspenso para la próxima aparicion de *La Semana*.

«Deciamos, pues, que oimos una conversacion entre dos individuos a quienes bautizamos con los nombres de Pedro i de Juan. Supóngase el lector que Pedro no era como San Pedro Alcántara flaco i desmedrado, sino que era bajo, regordete, mofletudo, talludito i entrado ya en años; frisaba por lo ménos en los cuarenta. Supóngase tambien el lector que vestia como la estacion lo requiere: pantalon blanco, chaleco de piqué, fracatuza a lo pije i sombrero chambergo. Si era un fieltro fino de media onza, o un ordinario afilador, es cosa que no podremos afirmar decididamente.

«Juan era flaco, narigon i tenia un par de grandes ojos negros que brillaban, bajo dos espesas cejas del mismo color, como las linternas de un cabriolé en noche oscura. Peinaba a la *dernière* una cabellera frisada que desde la ancha frente se partia hasta el cogote, echando a diestra i a siniestra las dos mitades de la poblada crencha. Sobre si tenia o no bigote, es cosa de que ahora no nos acordamos. Pero sí tenemos mui presente que en la atrevida cara de nuestro Juan, se notaban algunas

picaduras como de viruelas o cosa que se lo parecia, indicio de haber tenido, sin duda, aquella enfermedad de que dicen que suelen adolecer los jóvenes. Juan, pues, era jóven, bastante jóven, mui jóven. Si nuestros lectores quisiesen saber cómo estaba vestido Juan, figúrenselo con pantalon de casimir color pizarra, un thwin verde botella, sombrero negro, chaleco negro o blanco, porque a decir verdad no le vimos el chaleco. Esto ya vemos que no seria un inconveniente para describir el tal chaleco; porque cosas de mayor importancia se han descrito por hombres que jamas las han visto; pero nosotros que llevamos por norte la veracidad, nos hacemos escrúpulo de hacer comulgar a nuestros lectores con ruedas de molino. Nosotros no queremos hacerlos comulgar con nada, máxime cuando ignoramos si se han confesado. En todo caso no se comulgarian con una rueda de molino, aunque se tragaran un chaleco de nuestra invencion. Hai quien se traga cosas ménos dijeribles todavía, (¡bendito sea Dios!) i no padecen ni siquiera una indijestion.

Olvidábasenos en el decir que tanto Pedro como Juan llevaban sendos bastones. I esto no quiere decir que llevaban bastones grandes, enormes bastones, como podria creer alguno de los muchos que aplican aquella palabra sendos en un sentido que no tiene, sino que simplemente significa que cada uno llevaba su baston. Si algun curioso lector nos dijere que a qué viene esta leccion de castellano, le contestaremos que esa leccion le viene al que le viene, i que si al curioso lector no le hace novedad, hai otros mas curiosos que él, que todavia se quedarán preguntando a alguna persona que les merezca fé, si es o nó verdad que la tal palabrita tiene ni mas ni ménos el significado en que la empleamos. No siempre se ha de escribir para los que todo se lo saben. Hai quien nada ignora como aquellos que saben el griego enseñado por Quevedo. I aunque digan otros que este es cuento viejo, no por eso dejaremos de decir, que aquel inmortal i chistosísimo desvergonzado, decia que para saber el griego, no habia mas que decir que se sabia, porque todos los que decian que lo poseian, lo sabian bajo su palabra. Hai, pues, quien nada ignora, bajo su palabra, se entiende, i aunque no den esto a entender con palabras, lo demuestran mui a menudo con jestos bastante significativos de aquella suficiencia que vale lo mismo, i que huele a ignorancia desde cien leguas.

«Hecha esta digresion que de mui buena gana habriamos suprimido, si no hubiera nuestra pluma tomado la carrera desenfrenada que podrá conducirla talvez a un precipicio, intentamos proseguir el interrumpido cuento de nuestro Pedro i nuestro Juan. Pero no queremos todavía iniciar a nuestros lectores en el misterio, hasta no decirles que en todo lo que llevamos dicho, debe reconocer la mas pura i recta intencion de nuestra parte. Alguien ha dicho que de buenas intenciones está empedrado el infierno, i no faltará quien quiera enviarnos las nuestras a aumentar el número de los guijarros de tan caluroso lugar. Pediremos, sin embargo, que se nos dispense por ahora, siquiera no sea por otra razon que en gracia de la sofocante estacion que atravesamos, i que será sin duda en algo parecida a la que debe enseñorearse en el reino de Pluton.

«Pedro i Juan, como decimos, llevaban sendos bastones. No vaya a creerse por esto que no llevaban otras muchas cosas que es uso i costumbre llevar. Por ejemplo, llevaban botas de charol (nada habiamos hablado del calzado de nuestros dos personajes). Si dijimos de los sombreros, no hai razon alguna para pasar en silencio las otras estremidades. Saltaremos, pues, de la cabeza a los pies. No se nos diga que andamos por los estremos; porque luego vamos a tocar a los medios. *In medio consistit virtus.*

«Es verdad que lo de pasar de los estremos a los medios, no puede hacerse sino saltando tambien, así como saltamos de la cabeza a los pies de Juan i de Pedro. Pero los saltos están de moda, i hacen gracia, i nosotros no queremos ser ménos que nadie. Ahí están los saltos de las fantasmas en *Los polvos de la Madre Celestina* i los saltos, mil veces mas graciosos, de nuestra afamada bailarina, la mimada Thierry. Ahí está el salto del agua que ya comienza a poner de moda la aparicion de las brevas nuevas. Cuando dijimos que los saltos estaban de moda i hacian gracia, disculpando con ello los saltos que nosotros dábamos sobre Pedro i sobre Juan, no hemos tenido la intencion de hacernos graciosos. Sabemos que no hai nadie tan desgraciado como el que quiere i pretende decir o hacer gracias, no tenemos cara de graciosos. Por el contrario, si de alguna cosa pretendiéramos tener nuestra cara, no quisiéramos que fuera *cara de risa o cara de Pascua*, sino mas bien *cara de vinagre o cara de pocos amigos*. Así como así, son tantos los que hai en este mundo que se llaman amigos, sin que sean capaces de serlo de nadie, que mas vale tener mui pocos, poquísimos; porque, como dice otro refran, del mal el ménos.

«Contamos entre nuestros buenos amigos a todos los suscritores de la *Semana*: estos son sin duda nuestros verdaderos i sinceros amigos, por ahora. Ellos nos dán las mas inequívocas muestras de cordial i sincero agradecimiento, i a no ser porque queremos a todo trance serles gratos, ahora mismo seguiriamos relacionando el interrumpido cuento de nuestros buenos amigos Pedro i Juan, que hemos interrumpido tantas veces i que nos vemos en la imprescindible necesidad de dejar truncado, hasta la próxima aparicion de la *Semana*. - La historia de Juan i de Pedro es mas larga

de lo que nuestros lectores pueden pensar, i las columnas de los *Ecos*, no dán espacio bastante para narrarla con la debida exactitud. Hubiéramos querido que así no pasara; pero es lo cierto que en esto, como en todo, *el hombre propone i Dios dispone.*»

Hasta aquí la historia de mi amigo, quien, a solicitud mia, ha tenido que concluirla sin haberla comenzado. El tiempo i el espacio me hacian falta i me quedaba todabia por contaros una ocurrencia, nacida de la sed de locomocion en que hoi se abrasan los habitantes de Santiago.

Se dice i aún se cree jeneralmente que las mujeres son todo corazon, i así sería en realidad si no fuese que son todo injenio. ¿Qué diplomático por sagaz que sea, qué jeneral por estratéjico que se le suponga, serian capaces, no digo de vencerlos, sino solo de habérselas con esos seres privilejiados que no son divinos porque son femeninos, que conocen los recursos de la guerra mejor que el gran Napoleon i saben las astucias de la diplomácia mejor que Napoleon el pequeño? Oid sinó una historia flamante, a la cual ha dado oríjen la exclusiva preocupacion que hoi tiraniza a nuestra capital, tan libre por lo comun de preocupaciones.

Es posible que no conozcais al Sr, X... ní, de consiguiente, los principios de severa economía que reglan su conducta. Rico como un gran señor i avaro como un pulpero, crée a pié juntillas en la máxima yankee: *el tiempo es dinero*, i se contenta con gastar aquel i guardar éste. Vive, pues, con el tiempo, i morirá de seguro con su dinero. Sometido a tal sistema, no es de estrañar que el Sr. X... tenga por los viajes la mas enconosa antipatía i haya resistido constantemente a las exijencias de sus lindas hijas para cambiar, durante el verano, los aires de la capital por los huracanes de Valparaiso.

Las hijas del Sr. X, *turistas* de vocacion, han estado, sin embargo, mui lejos de desistir de sus pretensiones vagamundas, renovadas hace un mes nuevamente i nuevamente rechazadas. Perplejas se veian en la semana pasada i próximas a perder la risueña esperanza de un viaje, cuando acertó a entrar el médico de la casa, buen facultativo i mejor cortesano. Bastante feliz para merecer la confianza de las dos hermanas, no tardaron éstas en hacerlo sabedor de sus cuitas. Las dos hermanas fueron a su turno bastante felices para que el doctor las secundase en sus propósitos con científica amabilidad.

—Hai un medio infalible, las dijo, de realizar el viaje anhelado.

—Cuál, doctor?

—Que una de las dos se enferme de tal suerte que los baños de mar se hagan indispensables.

—I qué enfermedad seria la mas eficaz?...

—Una afeccion al corazon.

—Fácil es hacerse de ella; pero papá no querria creer en nuestro mal.

—Tambien hai un medio infalible para vencer esa incredulidad.

—I es?...

—¿Sabeis lo que llaman los juriconsultos el cuerpo del delito?

—Sí.

—Entónces, buscad el cuerpo de vuestra enfermedad.

. . . . . .

Al dia siguiente la señorita Edelmira X... miraba a hurtadillas a un imberbe galan, colejial *fashionable*, que hasta ese dia habia paseado su calle infructuosamente; al segundo dia lo miraba de frente i con fijeza; al tercero, un tierna esperanza brotaba en el pecho del tierno mancebo.

Entretanto el señor X..., puesto en guardia por el doctor, habia observado i creido descubrir los síntomas de una afeccion grave.

Al cuarto dia, el viaje a Valparaiso quedaba resuelto.

En este momento las señoritas X.... se pasean por aquel puerto, entre nubes de polvo i ráfagas de viento, i no consagran acaso ni un recuerdo compasivo al amante colejial, favorito de la víspera. ¡O *perfidia* femenina!

Gracias al teatro, hemos salvado esta semana los escollos de la monotonía. La serenidad i calma de la atmósfera se ha visto contrastada por las tormentas del teatro.

El mártes, la resistencia de la Thierry a bailar la *cueca* ajitó las olas del océano espectador de un modo alarmante, i anoche, algunos entorpecimientos de la tramoya produjeron una borrasca deshecha.

Por lo demas, la semana teatral no ha ofrecido en sus diversas funciones, salvo la del domingo, sino escasa concurrencia i escasísimos aplausos. El público, pronto a irritarse, pronto a reprobar, ha sido mas que de costumbre remiso en su asistencia i ovaciones. No es estraño. Entre las enfermedades de la estacion no son las menos frecuentes los ataques biliosos, que han alcanzado hasta al soberano espectador i explican su displicencia.

Nuestra bibliografía acaba de enriquecerse con una estimable adquisicion, los *Elementos de derecho administrativo chileno*, por don Santiago Prado, que se han dado a la estampa en la presente semana. Nuestra revista acojerá la oportunidad mas próxima para ocuparse con detenimiento de este libro, que las luces i talento de su autor recomiendan desde luego poderosamente.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
JOSE TORIBIO MEDINA

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Marzo 3 de 1860. Núm. 35.

LA SEMANA.

SANTIAGO, MARZO 3 DE 1860.

El diarismo en la América Española.

I.

LA PRENSA EN EL SIGLO XIX.

La prensa es el gran poder de las sociedades modernas. Negarlo, es negar la evidencia, es desconocer el mecanismo social de la actualidad, los resortes que lo mueven i encaminan.

Hácia donde quiera que se echa la vista en todo el espacio que abarca el radio de la civilizacion, bajo todas las formas de gobierno, —despótico, monárquico constitucional o republicano democrático,—la prensa es un poder a pesar de las persecuciones, de las trabas con que se la encadena, de las mordazas con que se procura hacerla guardar silencio.

En los mismos ataques que se la dirijen, está, no hai que dudarlo, la mejor prueba de su fuerza, de su prestijio, de su influencia.— Siempre que una injusticia se quiere cimentar, es la prensa el primer poder que se trabaja por desmoronar, es su voz la que se hace por ahogar, son sus fallos los que mas se temen.

¿Cuál es el hombre de estado, el gran diplomático, el gran reformador, el gran tirano como el gran liberal, que no busque, no alhague, no mime a la prensa, no la pida un borde de su inmenso manto para cubrirse con él?

Pásense en revista los gobiernos mas despóticos, mas personales, mas irresponsables de la Europa i de la América. Napoleon III, que se rie de todas las potencias, que engaña a los mas astutos diplomáticos, que tiene quinientos mil hombres sobre las armas, que posée una inmensa escuadra surcando todos los mares, que mantiene bajo su dominio imperial mas de treinta i seis millones de hombres, que ha vencido al Austria, que ha vencido a la Rusia, que no teme a la Inglaterra, que ha jugado i juega con todo el mundo ¿de quién tiembla, sin embargo? contra qué potencia de nada han servido toda su astucia, toda su diplomacia, todos sus ejércitos de mar i tierra?—Contra la prensa!

La impone silencio, es verdad, ¿pero en ese mismo silencio no hai algo como un anatema contra su poder? en esa opresion en que se la mantiene no se encierra un perdurable ataque contra el imperio? Por qué, si la prensa nada vale, nada puede, ni nada es, no se la deja libre en sus risas i en sus lágrimas, en sus alegrias i en sus dolores, en sus aplausos i en sus censuras, en sus elojios i en sus indignaciones? Por qué, si la prensa no es un poder, no se la deja espresar en toda libertad, lo que piensa, lo que siente, lo que cree, lo que juzga de cada suceso, de cada hombre i de cada acto?

La prensa es un poder, lo volvemos a repetir; i ciego de quien no lo vea!

I no solo es un poder, sino el primero de todos los poderes, desde que tiene por bases no la fuerza, sino la conviccion, desde que no violenta, sino que encamina.—Es el primero de los poderes, el mas respetable i respetado, porque es, tambien, el único tal vez que comprendiendo la dignidad humana, sus fueros i derechos,—adora en ellos, se apoya en ellos, no los destruye sino que los consolida, no los ataca sino que los defiende,—vive en completa i sincera alianza con ellos.

Ahora, miéntras los otros poderes tienen sus límites, fuera de los cuales no son nada, no pueden nada ¿cuáles son los límites de la prensa? Lo que ella dice, aconseja, prescribe, manda en Paris o en Londres ¿pierde su influencia porque pasa los mares? La verdad lanzada a la publicidad en el corazon de la Europa ¿no despierta con igual fuerza, no hace palpitar los corazones, pensar las cabezas de polo a polo, donde quiera que haya un hombre que sepa lo que es sentir i lo que es comprender, que crea

en la verdad? Cuando la prensa grita:—injusticia! cuál es el eco que no responde tambien —injusticia?

Los demas poderes para estenderse necesitan de la conquista i la opresion. La prensa ¿cómo se estiende?—Ilustrando i libertando.

La fuerza puede someter a su poder medio mundo; pero marcando con sangre, con lágrimas de desesperacion i tristeza cada paso que dá; amontonando tras ella ruinas, cadáveres, odios, venganzas, clamores sin fin.—La prensa hace lo mismo, sin derramar ni una gota de sangre, ni una lágrima; llevando la alegría, el amor, la fraternidad a los corazones, la fé a las almas, la esperanza a los que desesperan, consuelos al que sufre, bálsamos a todas las heridas, calmantes a todos los dolores, luz i verdad a todas las intelijencias.

Búsquese mision mas santa, mas noble, mas elevada, i no se la encontrará.—La prensa es el poder de los poderes porque los resume todos:—ella lejisla, ella hace justicia, ella ejecuta: ¿dónde está el gran criminal a quien no haya marcado con un sello de ignominia, a quien no haya traido a la plaza pública i afrentádolo, escarnecídolo, dádolo en espectáculo, no a un pueblo, como hacen nuestros códigos de estrecho alcance—sino a todos los pueblos? Dónde está el mártir de la idea o del deber en cuyo honor no haya entonado un cántico, que han repetido todos los vientos, todos los mares, que han murmurado todas las selvas, que ha pasado por cima de las mas altas montañas?

Si la adulacion pagada suele abrirse paso a su recinto, hai mil voces para ahogarla, para estrangularla, para gritar mas fuerte que ella:—No la creais! está mintiendo! se degrada! es el oro el que habla, no es la conviccion! ahí no hai un pensamiento sino un cálculo! ahí no hai un juez sino un lacayo! ahí no hai un hombre sino un eunuco!—I la verdad se deja oir, i la adulacion desvergonzada, cínica, vendida, es rechazada, como un leproso pestilente, del hogar de todas las conciencias honradas, de todas las grandes convicciones, de todas las sublimes espansiones, i lo que se aguardaba fuese una nota llena de vibracion, de armonía en el concierto inmenso, colosal, portentoso de la publicidad, no es sino un sonido ronco i antipático a cuya cercanía todos los oidos se tapan.

De esta suerte no hai esfuerzos capaces de oscurecer la verdad. La mentira tiene que dejarla franco el paso i verse perseguida de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de estado en estado i de continente en continente.—Un déspota puede ganarse plumas cortesanas que lo ensalcen, lo glorifiquen, lo santifiquen en el recinto de su dominio; pero no por eso dejará de salir, apesar de sus aduanas, de sus guardas, de sus espías i de sus ajentes de la fuerza pública,—una palabra independiente que venga a mostrar a todos la verdad, a señalarles en donde está la razon, la justicia i el derecho.

No hai medio de escapar de los fallos de ese tribunal que tiene por ajente al mundo, que todo lo vé, todo lo sabe o lo adivina, todo lo comprende, todo lo juzga; que discierne sin apelacion el elojio o la censura, que critica o alaba, consagra o condena, perdona o castiga a pueblos i reyes, a grandes i pequeños, a fuertes i débiles.

¿Puede darse un poder mas inmenso? Una hoja de papel que basta para alarmar a los reyes en sus tronos, para fortalecer a los pueblos en sus esperanzas, para llamar a todos a la justicia, para cambiar la faz de la humanidad! Porque la cambiará, pese a los miopes que creen que el hombre i las sociedades han dicho su última palabra, cuando solo empiezan a divisar los horizontes del porvenir!

En este siglo en que todas las dominaciones vacilan, en que nadie ni nada tiene seguridad en el dia de mañana, en que los profetas de desgracia miran prepararse una ruina inmensa; en este siglo en que no ha habido verdad contra la que no se haya atentado, influencia contra la que no se haya conspirado; en este siglo, en fin, en que Dios i el hombre, el cielo i la tierra, el espíritu i la materia han sido puestos en juicio, entregados al irrespetuoso escalpelo del análisis ¿cuál es el poder que no ha bamboleado, que se ha robustecido miéntras los otros se debilitaban, que ha engrandecido miéntras los otros se deprimian, que ha ganado el terreno que los otros perdian?—La prensa.

Ni un solo progreso se ha obrado que no haya venido a aumentar su fuerza. Que lo diga el vapor. ¿No es su mejor ausiliar?

Miéntras la prensa dá al pensamiento una voz poderosa, el vapor la conduce a todas partes. La prensa habla: el vapor vá a llevar su palabra a todos los puntos del globo, sin que la distancia la haya hecho perder nada de su calor, de su uncion ni de su vida.

Prensa i vapor!—tales son los dos grandes ajentes del progreso en el presente, de la unidad en el porvenir.—La prensa, unificando la atmósfera intelectual, hace a los pueblos partícipes de las mismas ideas, verdades, creencias, principios, esperanzas i aspiraciones.—El vapor, poniéndolos en casi diario contacto, armoniza sus intereses, desarrolla su comercio, sus industrias, sus artes;—i ambos de consuno, la prensa con sus ideas i el vapor con el rápido contacto que establece, borran las necias ojerizas de raza, de estado a estado, de ciudad a ciudad; echan por tierra ese tabique de las nacionalidades, que hasta ahora solo ha traido a las sociedades division, antagonismo, guerra.

Tres son las formas que reviste el pensamiento por medio de la prensa, tres son sus soldados en esta cruzada :—el libro, el folleto i el diario.

El primero es la manifestacion del pensamiento nutrido por la ciencia, razonado, pesado en la tranquilidad del gabinete.

El segundo es inspirado por las cuestiones i los intereses del momento i dictado por el caloroso entusiasmo i la ardiente conviccion de las discusiones i aun de la polémica.

El tercero es la sociedad reflejada dia por dia, hora por hora, minuto por minuto, con todos sus pensamientos, todas sus esperanzas, sus dudas, sus temores, sus vacilaciones; llorando aquí; riendo un poco mas allá; sublime de indignacion, de cólera en el siguiente renglon; suave como una brisa de primavera un poco mas adelante; en una palabra, es el daguerreotipo de la sociedad i el hombre, en que todo se mezcla, se confunde, se toca i se rechaza; en que se rie i se llora, se habla i se grita, hai entusiasmo i cansancio, fé i duda, heroismo i cobardia.—Si la sociedad piensa, el diario piensa con ella.—Si la sociedad se indigna, el diario se indigna con ella.—Si la sociedad busca la resolucion de un problema, ahí está el diario para ayudarla en sus investigaciones.—Si la sociedad tiene miedo, ahí está el diario para reflejar ese miedo.—No hai una palabra, una idea, una aspiracion social que el diario no apunte i comunique. Todo lo vé, todo lo oye, todo lo juzga, sobre todo opina. —Apénas la sociedad ha espresado a medias su pensamiento, cuando el diario lo sabe todo entero, lo ha mirado bajo todas sus fases de bien i mal, lo ha censurado o alabado, alentado o atacado, lo ha muerto o le ha comunicado una vida poderosa.—Hoi se perpetra un asesinato : mañana se sabe, por medio del diario, a cien leguas a la redonda, la última palabra pronunciada por la víctima, su última contorsion, el mas insignificante accidente que ha antecedido o seguido al crímen.—Está en todas partes : a la cabecera del lecho del moribundo célebre, para recojer su postrera espresion :—al lado de la poltrona del ministro omnipotente, para adivinar su pensamiento : —en la plaza pública, para seguir el flujo i reflujo del océano popular :—en los parlamentos, para escuchar, juzgar, victorear o ridiculizar a los oradores. Nada se le oculta, nada es parte para conjurar su fallo ni nadie consigue sustraerse a él.

Como se advierte, la esfera del diario es inmensa, todo tiene un lugar en su recinto. Esto hace que su influencia se aumente cada dia mas.

Mientras el libro necesita, para ser leido i aprovechado, de tranquilidad, de meditacion, de intelijencias preparadas de antemano para gustarlo i comprenderlo;—mientras el folleto no persigue siempre sino el ataque o la defensa mas o ménos animada, apasionada i brillante, de cierta cuestion o determinado interes del momento;—el diario tiene lectura, entretenimiento, instruccion i aprendizaje para todo el mundo; para el político, para el hombre de ciencia, para el comerciante, para el industrial, para el navegante, para el rico i el pobre, para el banquero i el capitalista; para todos contiene alguna noticia, alguna cifra, algun descubrimiento importante. A este le dá cuenta de la marcha de la opinion. Al otro de los últimos descubrimientos de la ciencia. Al de mas allá de los precios corrientes de todos los mercados. Al rico de nuevas empresas en que colocar con lucro sus capitales. Al pobre de nuevos medios en que utilizar sus fuerzas. Al banquero del alza i baja de los fondos públicos. Al navegante del nuevo escollo descubierto. Al industrial de la máquina inventada para hacer la produccion mas rápida i barata. —Nadie deja de encontrar en el diario algo que hable a sus gustos, a sus inclinaciones o a sus intereses.

Esto hace creer a muchos que la tendencia natural de las cosas ha de resumir en el diario el libro i el folleto, lentos en su elaboracion i limitados en su interes.

A la verdad no carece de razon tal presuncion.—Mientras los diarios van en aumento,

os libros disminuyen. Quizá, sin exajeracion, puede asegurarse que para veinte que lean los diarios, no hai uno que lea libros. En todas partes se encuentra el diario, en bien pocas el libro.

Esta tendencia es tan triste como cierta. Ayer, se tenia una buena idea que popularizar,—se escribia un libro : hoi, se escriben unos cuantos artículos. Ayer todo libro era la manifestacion de un pensamiento mirado bajo todos sus aspectos : hoi hai bien pocos libros que tengan esa unidad. Ayer los libros daban materia a los artículos de diario : hoi de los artículos se hacen libros.

Esto, piensan muchos, hará a las sociedades mas i mas superficiales, las acostumbrará a desflorar las cuestiones i a no profundizarlas nunca, a conocer los perfiles de una idea, jamas su fondo, jamas todas sus manifestaciones, jamas las innumerables consecuencias que de ella se desprenden.

La verdad de esta observacion no se puede negar; pero tal es el siglo, i es necesario conformarse con él, es necesario seguirlo en sus caprichos, en sus veleidades, en su desordenada, pero fecunda carrera.—El siglo XIX siente, comprende en todo su alcance su ignorancia i está hambriento de saber. Quiere saberlo todo aunque no profundice nada. Busca el hecho, pocas veces la razon del hecho.—Parece constantemente poseido por la idea de lo corto de la vida i quiere aprovecharla. Quiere burlar al tiempo, como ya con el vapor ha burlado al espacio, i tocar a las puertas de la eternidad diciendo:—Si nada he profundizado, todo lo he visto, todo lo he conocido, todo lo he tocado.

El diario es la espresion de esa necesidad que alientan las sociedades. De aquí su inmensa e incontestable influencia. Cuando se viaja al vapor, es necesario pensar tambien el vapor!

Así vémos por donde quiera en los dominios de la intelijencia, la inspiracion sucediendo a la meditacion, la rapidez a la mejoria.—Para encontrar una produccion en que se revele el estudio, la reflexion, el hombre que piensa ántes de escribir i no escribe ántes de pensar, es casi constantemente indispensable volver atras.

Abundancia i baratura es lo que se pide en literatura como en industria. Todo se vá haciendo cuestion de fábrica.—Los trabajos intelectuales se pagan por renglones, como los jéneros por varas.

Esto se atribuye, por los mas, al mercantilismo que se insinúa en todas las esferas de la vida i la actividad de las sociedades, que lo reduce todo a una cuestion de tanto por ciento.

No negaremos esa influencia. Pero ántes que ella, obra en esta tendencia esa necesidad de movimiento, de cambio, de perpetua alternativa que forma una de las líneas mas características de la situacion actual del mundo.—Hai hambre de novedad. Hoi nos fatiga lo que ayer hacia nuestro placer. Mañana arrojarémos con desprecio lo que hoi nos entretiene, nos encanta i tal vez nos hace felices.—Nadie está en mejor posicion de obedecer a esta tendencia que el diario. Solo en él puede satisfacerse esa persistente i dominadora necesidad.

De esta manera el diario tiene una vasta mision que cumplir; una responsabilidad mui grande gravita sobre sus hombros.—La sociedad todo lo espera, todo lo busca en él : es preciso que no engañe su espectativa, que no la fatigue sin fruto.—I este rol no es transitorio, va en progreso, se adhiere a la esencia misma de las naciones. Desde este momento su dominacion no es fugaz como el capricho, es permanente como el hábito, como la necesidad.

Las sociedades se han puesto en sus manos, le han entregado su presente i su porvenir: ¿cómo cumple en América con ese noble deber?—De esto es de lo que vamos a juzgar. Amargas verdades tendrémos que decir; pero la cuestion es demasiado vital en sus consecuencias para dar cabida a las reticencias hijas del miedo o de una mal aconsejada prudencia.

La prensa américo-hispana ¿está o nó a la altura de su mision? cree o nó en su poder i en su fuerza? sabe o no sabe conservar su dignidad i sus fueros?—El lector que nos siga sin prevencion en el largo estudio que emprendemos—decidirá.

Tenemos altos deseos, arraigadas esperanzas, profundas convicciones. Queremos que sean satisfechos esos deseos, realizadas esas esperanzas, justificadas esas convicciones.—Tal es nuestra ambicion.

Justo Arteaga Alemparte.

Viaje a los baños de Chillan.

I.

DE SANTIAGO A TALCA.

Duros son, en verdad, los trances de la vida, duros i numerosos los dolores a que la providencia nos sujeta; pero a pesar de los enormes sufrimientos que de continuo nos aquejan, i no obstante lo descontento que vive cada cual con la suerte que en este mundo le cabe, ninguno quiere sustraerse a tan amargas penalidades i encuentra siempre en los horizontes de su pena una vislumbre de esperanza que lo hace aferrarse a la existencia con un ardor desesperado. Por esto es que tantos dejan sus tristezas, sus negocios, sus mujeres i sus penates al abrirse la estacion de verano, para emprender un viaje a los baños de Chillan en busca de la salud. Chillan, o mas bien dicho los baños de su cordillera, son por ahora lo que la moda tiene declarado como panácea universal de todos los males del cuerpo.—Ya se inventarán algunas aguas termales para las dolencias del alma, porque en punto a progreso la ciencia no reconoce límites ni la credulidad de los hombres mucho ménos.

La moda un dia me tomó tambien de la mano a principios del mes de enero del año en que nos hallamos, i nos hizo comprar un boleto de pasaje hasta Talca en las dilijencias del correo.—La víspera de mi viaje me despedí de mis amigos.

—¿A dónde vas, Nadie?

—¡A los baños de Chillan! contestaba yo con poco ménos orgullo que si hubiera dicho «A coronarme de emperador.»—Porque si no iba a coronarme, iba por lo ménos a azufrarme, para cumplir con los caprichos de la moda.

Al siguiente dia, me hallaba en un caro del ferrocarril del sur, que no obstante llamarse de segunda clase, era de primera, gracias a la injeniosa combinacion inventada por no sé quien de sus empresarios.

—¿Dónde están los carros de primera clase? preguntaba un viajero que parecía regresar a su provincia sin haber conseguido dejar el pelo de la dehesa en las calles de la opulenta capital.

—Está Vd. en ellos, le contestó uno de los empleados.

—No, señor, en la puerta dice «segunda clase.»

—Lea Vd. el aviso i verá que son de primera, le contestó el otro volviéndole la espalda.

El provinciano se dirijió hácia mí abriendo tamaños ojos.

—¿Qué aviso? me preguntó.

—Un aviso milagroso, le dije, que trasforma en primeros los que ántes eran segundos.

—Para eso debian tambien trasformarnos las chirolas en pesetas dobles, dijo él.

I se sentó refunfuñando entre dientes.

Todos oimos entónces una voz sonora que gritó.

—¡*All wright*!

—¡Caramba! qué a la inglesa están por aquí! esclamó el provinciano; ¿qué dice el gringo? preguntó dirijiéndose a mí.

—Las siete en punto, le contesté, sacando mi reloj al tiempo que el tren abandonaba la estacion. Mi viajero de provincia se arrojó desesperado sobre su asiento.

I así marchamos, haciendo mas estaciones que las que se corren la semana santa i oyendo en cada una de ellas el «all wright» del director del tren, a lo que el provinciano con su buen sentido no dejaba de esclamar:

—¡Caramba! qué a la inglesa son los de esta tierra! al oir que las jentes del pueblo repetian en coro i como protestando de tan británico abuso ¡Ol rai! ol rai! pique no mas, no le he cuidao.

A las diez i cuarto nos hallábamos en Rancagua, la heróica villa, que por entónces lloraba en varios comunicados dirijidos a los periódicos de la capital la desgracia de que la estacion del ferrocarril se hubiese establecido fuera del recinto de la poblacion. Esta será la mil millonésima, prueba por lo ménos, de que la condicion del humano linaje, exceptuando al pacientísimo Job, es la de quejarse siempre de su suerte.

De la estacion me condujeron a un hotel, en medio del polvo i mecido por los crueles resortes de un antiguo birlocho con honores de *cabra*, que me deparó la providencia sin duda para manifestarme que el bien i el mal, la tristeza i la alegría, lo suave del ferrocarril i lo áspero de los birlochos van alternándose siempre en nuestra carrera, cosa que ya sabia de antemano i que el lector habrá conocido tambien por pocas primaveras que cuente de existencia. Bien pronto me convencí de que en aquel pueblo, ántes silencioso como un claustro que está léjos de la época del capitulo, la civilizacion habia llegado en alas del vapor

arrojando de allí nuestros antiguos habitos i lenguaje para aclimatar los usos en moda del antiguo mundo.

—¿Hai almuerzo pronto? pregunté a un sirviente que se me presentó con servilleta en mano, sintiéndome aguijoneado por un apetito de viajero.

—Sí, señor; ¿qué quiere que le sirva?

—Veamos; ¿qué es lo que hai?

—Hai *bisté*, *huevos a la copa*, *filete de buei*, *fricasado de cordero*.....

—Bueno, bueno, le dije, traeme cualquier cosa. I luego, en mis adentros, no pude ménos de esclamar: ¡oh civilizacion! ¡oh vapor! que en lugar de nuestra antigua i clásica cazuela me regalas con *filetes* i *fricasados*! Qué darían nuestros abuelos i los padres de la independencia por comer en Rancagua un *fricasado* de cordero!

Estas ideas aumentaron mi apetito en términos que casi hallé bueno un detestable estofado de cordero que me presentaron con el nombre pomposo de *fricasado*; i si bien no volví a desearlo para las pasadas jeneraciones, que en paz descansen, libres de nuestros mundanales fricasados i percances interminables, no dejé de convencerme que en medio de ese barniz de pedantería que cubre jeneralmente a toda innovacion, valia mas tener en Rancagua hoteles en donde alojarse en vez de las antiguas posadas, que siempre andaban reñidas con la limpieza i todo lo que pareciese comodidad para los infelices viajeros.

A la una del dia nos hallábamos varias personas en la puerta del hotel esperando la salida de la dilijencia. El sol nos prodigaba sus mas ardientes caricias—un sol de enero capaz de hacer llorar de sofocacion.—I por entónces no se ofrecia mas pasatiempo que observar el semblante de los viajeros i mirar la calma imperturbable con que los empleados de la dilijencia aceitaban las ruedas de la inmensa mole que debia conducirnos a Talca.—Tras los interminables momentos de la espectativa, abriéronse por fin las puertas del carruaje i cada cual se precipitó sobre él tratando de ganar el mejor asiento. Una señora, que creyó sin duda que los fueros de su sexo la daban el derecho de subir primero, se abalanzó al abordaje con tal precipitacion que enredando su crinolina en el tirador de la puerta, hizo que el borde de ésta azotase con furia las narices del viajero que la acompañaba i queria subir despues de ella. A la risa jeneral siguieron los comentarios sobre los inconvenientes de la crinolina, i las imprecaciones del paciente que no hallaba el pañuelo de narices para secar la sangre que de ellas principió a brotar en abundancia.

—A qué vendrá ese apuro, decia el infeliz, rejistrándose los bolsillos.

—Pero, hijo, a qué te paras en la puerta.

—¿I cómo querias que subiese? Bien te decia que no se debe viajar con crinolina; pero las mujeres son tan porfiadas!

Durante este altercado matrimonial, los demas pasajeros habiamos ido colocándonos como era posible.—Al cerrarse la puerta del carruaje vimos cada cual con espanto que éramos nueve.

—Aquí no hai mas que aguantar, dijo sentenciosamente el provinciano del ferrocarril, sacando un cigarro i el mechero.

—Pero, señor, aquí estamos apretados como sardinas, dijo otro secándose el sudor de la frente.

—¿A qué hora llegarémos a Chimbarongo? preguntó uno.

—Mire cochero, decia otro ¿habrá sandillas en el camino?

En esto se oyó el chasquido de una huasca, i la dilijencia se pone en movimiento haciendo temblar la calle i estremecerse hasta los sesos de los intrépidos viajeros. Al subir la puente de la calle que está próxima al hotel, los tres viajeros que ocupaban la banca de adelante, como obedeciendo a la vez a una imperiosa voz de mando, abandonan sus asientos i caen impelidos por el violento empuje del coche, como otras tantas bombas sobre los que ocupaban el banquillo del medio, los que a su turno i como en calidad de revancha, al descender la puente, se arrojan sobre los primeros, empujados esta vez por la señora de la crinolina i los otros dos viajeros que ocupaban los asientos de atras. Esta rápida evolucion no se efectuó, por supuesto, sin grandes voces i algazara, quejas de los unos i risas de los mas pacientes, miéntras que el que acababa de emplear el símil de las sardinas decia con mucha seriedad, que habia gran diferencia entre el ferrocarril i el alborotado vehículo que nos conducia.

—¡Qué gracia! decia el provinciano, póngale a este una *locomotiva* i *riyeles* i verá si *corcobea*.

Así continuamos la ajitada marcha durante el dia en medio de las conversaciones, de los

choques i de saltos desesperados a cada piedra que nos obstruia el camino. El sol parecia complacerse en nuestra lastimosa situacion redoblando la intensidad de sus rayos i haciendo aparecer en el rostro de cada viajero los tintes de púrpura mas alarmantes.—En esos momentos ninguno parecia pertenecer al sistema linfático que predomina en nuestro pais i que tan bien esplica la notable apatía del carácter chileno: todos los rostros aparentaban el sistema sanguíneo mas pronunciado i la idea de las apoplejias fulminantes era lo que a cada momento heria la imajinacion del observador. El polvo, por otra parte, en densas nubes se enseñoreaba del abrasado recinto de la dilijencia, i los estornudos mas o ménos ruidosos de los viajeros habrian hecho que Hipócrates agregase al aforismo en que asienta que el estornudo quita el hipo, que para librarse de esta impertinente enfermedad el modo mas eficaz seria viajar en dilijencia.

Apénas si con tan incómoda ajitacion los ojos podian estender sus miradas sobre los verdes i risueños valles que desde el borde del camino se estienden hasta el pie de las cordilleras del oriente i de la costa, ostentándose por todas partes el activo trabajo que los va enriqueciendo a medida que la propiedad territorial va sufriendo mas numerosas subdivisiones; apénas si el alma, aletargada por la fiebre del cuerpo, se atrevia a divisar las juguetonas imájenes de la infancia correr por las laderas, bajo las protectoras sombras de los bosques, o sentarse a turbar con alegres juegos la cristalina corriente de los arroyos cercados de verdura. Esa pomposa majestad de los campos, las suaves emanaciones de las flores silvestres que vienen a despertar en la memoria los dormidos recuerdos, la exuberante riqueza de la vejetacion que en todas partes ostenta el lujo de sus galas, toda esa magnífica poesía de la contemplacion, solo podia brillar para nosotros como fugaces relámpagos que un barquinazo de la dilijencia apagaba con sus furiosos movimientos, arrojándonos a la vida material por el dolor de un golpe contra el vecino o la copiosa traspiracion que mediante aquel sistema de ajustamiento habiamos alcanzado a nuestro pesar.

En la tarde, por fin, llegamos a Chimbarongo, cuando las piernas con agudos calambres protestaban contra semejante método de locomocion. Allí no ha llegado el ferrocarril ni cosa que se le parezca, allí no hai *filetes* ni *fricasados*; pero abundan, en cambio, los bichos creados al parecer para mortificacion de los viajeros. Despues de pasar la noche, i no de dormirla, volvimos al amanecer a la dilijencia i seguimos andando por valles i despoblados, atravesando pueblos viejos, llenos de polvo, deshabitados al parecer i donde, en el mes de enero, se ostentan todavía bajo los aleros de las casas, los faroles que han servido para las *luminarias* en las fiestas cívicas del 18 anterior.

A las seis de la tarde bajábamos a Talca, i digo bajábamos porque los fundadores de esta ciudad, ilustrada con recuerdos históricos de reciente fecha, tuvieron la peregrina idea de elejir el lugar mas bajo de aquel valle, como para concentrar mejor los rayos del sol en el verano i el curso de todas las aguas en invierno.

Febrero 26.

NADIE.

Continuará.

Literatura americana.

En la literatura española se distinguen los mismos rasgos que marcan el carácter de la España. El honor, la jenerosidad, el orgullo, la galantería, el espíritu caballeresco, los sentimientos relijiosos caracterizan la literatura española. Las imájenes brillantes i atrevidas que algunos atribuyen a la literatura de los árabes, de quienes se dice que las tomaron los españoles, a cuya imajinacion las atribuiriamos de buena gana, son tambien uno de los lineamientos que distinguen la fisonomía de la literatura española. Todos esos rasgos aparecen mas o ménos en las diferentes épocas de la vida literaria de España; pero en el renacimiento de las letras fué cuando se mostraron con todo el gusto de la antigüedad, con toda la regularidad de las formas clásicas. El siglo XVI, que fué literalmente el siglo de oro de la España, fué tambien metafóricamente la edad de oro de su literatura. El teatro español fué el modelo del frances i del ingles. La antigüedad, al salir de su tumba, llevaba en su seno el jérmen fecundo que debia dar vida al injenio español. Desgraciadamente la corrupcion siguió mui de cerca al renacimiento de las letras; i a las buenas prendas de la literatura del siglo XVI, sucedieron el alambicamiento de las ideas, la falsedad de los sentimientos, i los defectos

del estilo, que mirados como primores, se espresaban con la palabra *discreciones*.

«Despues de Cervantes, dice A. Martin, la España, creadora del drama moderno, cae abatida por un sueño letárjico : la civilizacion de España expira, i su musa no tiene acentos. A la época de Cervantes sucede el reinado de Moreto, de Quevedo, de Góngora. La raza de los autores dramáticos se extingue por grados; esa España inspiradora de Corneille, llega a ser imitadora sin fuego, i comentadora sin gracia.»

Los pocos escritos publicados en América durante el coloniaje, estaban sujetos a las mismas vicisitudes i llevaban el sello del gusto dominante en España, por lo cual deben incluirse en la literatura española. La literatura hispano-americana propiamente dicha, data de la guerra que se encendió por la independencia del Nuevo-Mundo. Honra es de los americanos no haber envilecido sus facultades, cantando al ruido de sus cadenas. Durante el largo i silencioso período de la esclavitud, han devorado en secreto sus sentimientos. Teniendo bastante sufrimiento para no quejarse, han tenido tambien bastante dignidad para no pronunciar una sola voz que pareciese el elojio de la tiranía. Con la lucha por nuestros fueros empezaron nuestras inspiraciones; i asi debia de ser, porque los pueblos necesitan de grandes acontecimientos que les ofrezcan el asunto que las ficciones deben engalanar. Haciendo una reseña de todos los portentos que ha producido la imajinacion, se verá que la verdad ha sido su fondo. La Ilíada i la Odisea, ya se miren como obras de una sola persona, segun lo ha creido la antigüedad, o ya se atribuyan a toda una escuela poética, como piensan Vico i otros, son poemas basados en acontecimientos reales. La verdad está, bajo muchos respectos, pintada en la Eneida. Milton debió sus inspiraciones a la guerra civil de su patria. Hai en el Dante la verdad del odio i de la venganza de que estaban animados los güelfos i los jibelinos : un escritor ha dicho que en la *Divina Comedia* está retratada la libertad de la Italia, naciendo de la lucha sangrienta del sacerdocio i del imperio. Puede añadirse que la pintura del infierno es la imájen de los horrores a que estaba entregada la patria del primer injenio de la Europa moderna. El mismo fondo de verdad se halla en la *Farsalia*, en la *Jerusalen*, en las *Lusiadas*. Sin salir de América, el poema de Ercilla tiene por asunto el heroismo con que los hijos de Arauco resistieron a la conquista. La guerra que, por los consejos de la razon i en defensa de sus fueros, emprendió la América española, debia inflamar la imajinacion de los americanos i hacerse el asunto dominante de nuestra literatura. En efecto, la libertad es el jénio que anima las composiciones americanas. Entre los monumentos levantados a nuestra literatura, deben tener un lugar preferente los escritos del hombre que ha dado gloria i libertad á la América. Oigase a Bolívar, cuando refiriéndose a la América, dice : «¿quién se atreverá a levantar tronos en esta tierra abrasada por los rayos de la libertad, i pronta a devorar esos cadalsos réjios?» Por una de esas inconsecuencias a que están sujetas las imajinaciones ardientes, esa misma América que debió a Bolívar tan merecido elojio, fué despues el objeto de un amargo sarcasmo. Parece que el hombre que, al enarbolar el estandarte de la independencia, tuvo fija la vista en el porvenir del Nuevo-Mundo, la volvió al presente cuando dirijiendo una *Ojeada al continente americano*, dijo: «En América los tratados son papeles; las constituciones libros; las elecciones combates; la libertad anarquía i la vida un tormento.» Sea de esto lo que fuere, el sentimiento de la libertad es uno de los rasgos característicos de nuestra literatura.

La melancolía que, segun madame de Staël, es la inspiracion del talento i el distintivo de la literatura moderna, i en especial de la del norte, es tambien uno de los mas fuertes colores de la nuestra. El jénio melancólico de los americanos se debe quizá a las impresiones que dejan en el alma las vastas soledades del Nuevo-Mundo, i tal vez ha sido sustentado por la servidumbre de que hemos sido víctimas. Pudiera ser tambien que llevando una vida de reconcentracion en que el alma no se distrae con los goces tumultuosos de las grandes ciudades, tan escasas en América, tengamos todo el tiempo necesario para entregarnos a meditaciones que al paso que son mas frecuentes i profundas, dejan mejor conocer el destino humano, destino sério en verdad. Sea cual fuere el valor de estas conjeturas, la música lúgubre i acaso monótona de los americanos, su vida silenciosa i retirada, todo prueba que hai en ellos un fondo de melancolía i de tristeza; i todo debe dar a sus composiciones un aire que lleve el carác-

ter del sentimiento de que están dominados. Nuestras pasiones i sentimientos, alimentados en el silencio, deben de tener una intensidad de que carecen las afecciones nacidas en el movimiento de la vida. Por la misma razon debemos penetrarnos íntimamente de la importancia de los grandes intereses de la humanidad. La libertad, que resume todos los derechos del hombre, debe sernos tan querida, que no es estraño aparezca siempre en los cantos de nuestros poetas.

La sencillez i la naturalidad son tambien dotes de nuestra literatura. El jénio del Nuevo Mundo se muestra sin esos vanos atavíos a que suele recurrir una vieja civilizacion, como recurre a postizos adornos la mujer que por la edad ha perdido los encantos de su sexo. Un literato ha dicho que el buen gusto debe existir en la novedad i abundancia de los objetos, i que solo la saciedad se inclina a lo caprichoso (1). ¿I dónde hallar la variedad que en América? Hablando de ella dice un distinguido americano: «No parece sino que el autor de la naturaleza quiso hacer gala de su poderío, al dejar salir de sus manos el continente que habitamos. Su vasta estension, las formas colosales de sus montañas i de sus rios, la riqueza de sus producciones, la magnificencia i el lujo de su vejetacion, su zoolojía tan variada, tan diversa de la del mundo antiguo, el esplendor de la ornitolojía tropical, lo bello i majestuoso de las escenas, tan distintas todas, hablan al sentimiento i a la imajinacion, llenan de goces el espíritu, i elevan el alma del hombre dotado de sensibilidad i verdadero patriotismo a la admiracion i gratitud que son debidas al Supremo Hacedor, por la prodigalidad con que ha derramado en América la vida orgánica, i con que ha querido enriquecernos (2).»

Fuera de la naturaleza física i de sus relaciones con los sentimientos, la naturaleza moral es en América una fuente inagotable de bellezas. Sin conocer los crímenes de las sociedades viejas; sin hallarse los americanos en la triste situacion en que se encuentra el hombre que no puede llenar sus mas urjentes necesidades; i sin tener esa irritabilidad de los que no están contentos, forzoso es tengan una disposicion mui manifiesta a los sentimientos tiernos i delicados.

A mas de la literatura de que hablamos, i que puede llamarse escrita, hai otra que no se conserva sino en la memoria del pueblo, i es para nosotros lo que los romances para los españoles, una literatura verdaderamente orijinal. Nótase en ella la pobreza de ideas, la incorreccion del lenguaje i todos los defectos de que adolecen las producciones de los que no cultivan las letras; pero en cambio es rica de sentimientos, natural, sencilla, espontánea, llena de imájenes tomadas de nuestras costumbres i de nuestro jénero de vida.

La elocuencia parlamentaria presenta en América hombres que por sus cualidades pueden ponerse al lado de los mas eminentes oradores de Europa. Sin embargo, no en todas partes tiene la tribuna el mismo brillo: el poder ha sofocado en algunas secciones americanas la libertad, que es el alma de la elocuencia. La de la cátedra sagrada, ménos hostil a las autoridades, ha tomado un carácter mas social desde que la filosofía se ha hermanado con las doctrinas de la relijion.

Vista nuestra literatura bajo los rasgos que le pertenecen en la actualidad, se podria quizá presajiar su porvenir, porque los hechos presentes sirven de premisas cuyas consecuencias se deducen en el tiempo señalado por la Providencia. Sin entrar en pormenores a este respecto, baste decir que nuestra literatura debe, en gran parte, versar sobre la vida real. Llamados por la forma de nuestro gobierno a participar de la direccion de los negocios públicos, no podemos ménos que dar una tendencia práctica a nuestra literatura. Esa tendencia parece tanto mas indispensable, cuanto que aun nos quedan por hacer grandes esfuerzos para asegurar los resultados de nuestra emancipacion; i a ese fin deben propender las ciencias i las letras. Hemos dicho que nuestra literatura debe versar en *gran parte* sobre la vida práctica, porque no es nuestro ánimo desterrarla del imperio de lo ideal. Léjos de pretenderlo sabemos que la imajinacion inspira las mas fuertes emociones i dá un vivo interes a las composiciones literarias: sabemos que la realidad viene estrecha al injenio.

Si queremos la realidad i la fantasía, queremos tambien comprender en nuestra literatura todos los tiempos: queremos que el injenio saque ventaja de lo presente, que no olvide lo pasado i que se dirija al porvenir. Aunque nuestros literatos no han descuidado nuestra actualidad, no han prestado bastante

(1) Mr. Villemain.
(2) El Sr. Garcia del Rio.

atencion a nuestras tradiciones; les ha interesado mas el porvenir, a donde con preferencia ha dirijido la vista la musa americana. Los pueblos nuevos, lo mismo que las personas jóvenes, tienen delante de sí una perspectiva inmensa, i su literatnra no puede por consiguiente dejar de hacer oir la voz de la esperanza.

Lo que ántes hemos dicho no importa pretender que la literatura americana sea completamente orijinal; de ningun modo: ella debe ser, bajo muchos respectos, el resultado de las luces que posee el mundo. Remitámonos a un hecho reciente. La filosofía espiritualista que acaba de penetrar en el suelo americano, es ahora mismo uno de los rasgos de nuestra literatura. Si puede decirse que el espíritu de la literatura i filosofía sensualista está espresado por estas palabras de Byron: «sonrio contemplando que, despues de la muerte, no quedará de mí mas que una fria ceniza,» el espíritu relijioso de nuestra literatura está en esta espresion: «Dios i la esperanza de cumplir en otro mundo el destino que nos señala la Providencia.»

Hoi que la imprenta i el comercio ponen en contacto todos los pueblos, naturales que la literatura de un pais tome algo de lo que pertenece a la de los demas. Pudiéramos decir de las producciones literarias de diferentes pueblos, lo que de las razas humanas, que a medida que se cruzan se acercan a un tipo comun. La literatura americana que debe tener muchos rasgos de las que la han precedido, debe tener forzosamente semejanzas mui notables con la española. La España nos ha dejado el colorido de su literatura en su lengua, en esa lengua de que dice Raynal, «que es brillante como el oro puro, sonora como la plata, grave i mesurada como la danza de su nacion, noble i decente como las costumbres de la antigua caballería.» Si los españoles decian de los árabes: «han tomado nuestra tierra; pero la han cubierto de oro,» nosotros podemos decir a los españoles: «han llevado nuestro oro; pero nos han dejado su hermoso idioma.»

A pesar de lo que hai i debe haber de comun entre nuestra literatura i las que la han precedido, aquella tiene ahora mismo una fisonomía propia, porque las semejanzas i no las diferencias, son lo que constituyen la naturaleza de las cosas.

Si la literatura de las naciones hispano-americanas presenta hasta ahora un mismo semblante, por haber sido uno mismo el sacudimiento que aquellas recibieron, es indudable que despues se mostrarán diferencias harto sensibles. Ahora mismo ya se advierten algunas particularidades en la literatura de las distintas secciones hispano-americanas. Así, en algunas partes se ostenta la imajinacion calmada, serena i profunda como los rios caudalosos que riegan la América; en otras engalanada, risueña i pomposa como la vejetacion de nuestros valles; aquí lijera i brillante como la mariposa de nuestros bosques; allí, magnífica, inflamada como las montañas volcánicas de la cordillera. Así, rasgos comunes i diferencias mui notables entre nuestra literatura i la de los pueblos de distinto oríjen; i por el contrario, diferencias leves i semejanzas mui profundas en la literatura de los pueblos de Hispano-América,—tal nos parece la fisonomía que en la actualidad muestra el injenio americano.

La literatura de cada una de las secciones americanas seria todavía mas nacional, si se hiciera valer las tradiciones de cada una de nuestras repúblicas, tradiciones en que consiste nuestra mitolojía. No contribuiria ménos al mismo propósito el jénero de vida de cada nacion. Véase al gaucho arjentino entonando en alta noche, al son de la guitarra, una lúgubre cancion. Solo en el seno del dolor puede haber nacido esa tétrica armonía: la sentida endecha arjentina no puede ser sino la inspiracion de una pasion profunda, alimentada en la soledad de los bosques; solo al aspecto del desierto, imájen severa de la eternidad, pueden modularse esas notas que se prolongan como para llenar el vacio de la naturaleza i del corazon. Tanto en la poesía popular arjentina como en la cultivada por el arte, se encuentra algo del fatalismo oriental. No seria estraño que los españoles trasmitiesen a sus hijos los arjentinos, algo de la herencia poética que recibieron de los árabes. Esta asercion parece confirmada por la semejanza que se nota entre el canto arjentino i el de los juglares españoles de la Edad-media: se sabe que este no fué mas que un jemido prolongado, i que aun ántes de la época mencionada, tenia el canto español el mismo carácter. Silio Itálico dice, hablando de los gallegos que servian en los ejércitos romanos:

Misit dives Gallegcia pubem
barbara nunc patris ululantem carmina liquis(1).

(1) Lib. III.

Hai otro punto de semejanza entre el trovador español i el *payador arjentino*: aquel iba de romería en romería cantando canciones de jesta al son de la rota i de la vihuela; éste canta sus improvisaciones, yendo de tapera en tapera.

Pero sea lo que fuere de estas semejanzas, un gaucho arjentino, uno de esos guerreros que combatiendo por la libertad de su patria, enrojecieron su lanza con la valiente sangre española; uno de esos hombres que son la personificacion de la historia de su pais, mezcla de elevacion i de crímenes, de heroismo i de barbarie, puede ser un tiempo lleno de orijinalidad i bellezas. Esos hombres que han hecho prodijios por la libertad, i que despues de la emancipacion han sembrado en el suelo arjentino los horrores de la guerra civil; esos bandidos que de la piel de un enemigo hacen la *lonja* con que amarran su potro, al paso que se hacen matar por un amigo, pueden sin duda alguna dar a la poesía los mas bellos colores, prestándole las virtudes i los vicios de un pueblo orijinal.

Cuando en un solo cuadro se refunda nuestro oríjen, nuestras costumbres, lo que pensamos i lo que sentimos, i mas que todo lo que hemos sido en nuestro oríjen, estará hecha la epopeya americana: nuestro poema será grande, imperecedero como los Andes, esa epopeya de la creacion.

Por lo demas la literatura, sea del pais que fuere, debe ser filosófica, i tener la noble aspiracion de prescribir lo bello en su oríjen, es decir, lo infinito. «El campo de la filosofía i la poesía, dice P. Rochery, es uno mismo: se llega al mismo objeto por dos caminos diferentes. Es un error creer que la poesía no puede llegar a donde vá la filosofía. Lo infinito pertenece a ámbas; pero la una lo percibe siempre bajo el aspecto de la belleza; la otra bajo el de la verdad. El poeta está siempre conmovido; el filósofo siempre tranquilo. El uno es el profeta; el otro el sacerdote. Lleno de fé, o como se dice vulgarmente, lleno de entusiasmo, el uno afirma lo que el otro esplica i demuestra. Estoi seguro porque siento, dice el poeta; estoi seguro porque sé, dice el filósofo. Al uno le pedimos la pintura de sus sentimientos; al otro el desenvolvimiento de sus ideas.» ¿Qué importa que el poeta nos muestre en sus cuadros la nieve secular de los Andes o la eterna primavera de la América, si del fondo de esos bosques o de la cima de la cordillera no hace salir una voz que, hablando a la conciencia, eleva el corazon i el pensamiento al autor de la naturaleza?

Percibiendo lo bello en lo infinito se percibe necesariamente el bien, que es una de las faces del infinito, i percibiéndolo se percibe el principio de la moralidad. Sentir ese principio i hacerlo sentir debe ser el objeto de la literatura: la que llegue a este punto, no merecerá la acusacion que un elocuente escritor ha hecho de la literatura francesa de nuestros dias. «Abrid, dice Aimé-Martin, nuestras mejores obras nuevas; estudiad esta literatura que ciertamente no carece de fuerza ni de talento, pero que ha perdido su mision reparadora, sumiéndose en la materia. Os rodean figuras horribles, os oprimen dramas espantosos: estais en un mundo fantástico, en que sois presa de los suplicios i de los verdugos. No hai una mirada al cielo, un sentimiento del corazon. Al ver todas esas formas humanas que el crímen pone en movimiento, diriais que el Alberico del Dante marcha en la calles de Jénova, cuando su alma ha bajado ya a los infiernos. No es ya la vida ni la muerte; es un cadáver animado por un demonio. Ved el tipo de nuestras creaciones literarias, los héroes de nuestros dramas i de nuestras ficciones. Se diria que el objeto del arte no es mas que el espanto i el disgusto.» Desconoceria en verdad su objeto la literatura que no tendiese a moralizar a los hombres i a los pueblos: es menester que del fango mismo del crímen sepa sacar una luz que nos muestre encantadora la virtud. La ciencia i el arte deben ser medios que contribuyan al cumplimiento del destino humano. La filosofía ha de mostrar el camino del bien, alumbrado por la antorcha de la verdad; la literatura debe mostrarlo sembrado de flores, a la luz apacible de lo bello o al rayo deslumbrador de lo sublime.

MANUEL JOSÉ CORTÉS.

Don Guillermo.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

I.

EL AGUILA.

Mui mal pintada era la que llenaba una gran enseña que estaba enclavada encima de una puerta de la calle de Cochrane, en Valparaiso; pero en su pechuga, i como guare-

cido por sus enormes alas, mostraba un escudo en forma de corazon azul tachonado de estrellas blancas, que bien decian que el dueño de la fonda de adentro era uno de esos orgullosos ciudadanos de la feliz rejion de América que riegan el San Lorenzo i el Missisipi.

En una tarde de invierno húmeda i nebulosa trasminaba aquel caramanchel de un espresivo olor a café, que provocaba i atraia a cuantos marineros navegaban el lodo de aquellos andurriales. Yo, que habia lanzado en ese océano las enormes lanchas que llevaba por suecos, caí tambien en la tentacion i me zampucé en la ahoyada fonda, no sin que l umbral me descubriera la cabeza e hiciese rodar mi sombrero por el barro, pues aquella puerta estaba calculada para hombres bajos i de gorra de lana, i no para los que, aunque pigmeos, calzamos nuestras cabezas con un cubo de felpa.

Esto supuesto, imajinaos cual no seria mi admiracion al ver en el recinto de la sala junto a una mesa a un enorme yankee plegado en tres dobleces sobre la silleta que le servia de sustentáculo, i pendiente de una nariz colosal que podria haber servido de centro i arco a dos ojos del puente grande del Mapocho.

Lo primero que se me ocurrió, despues de mi sorpresa, fué preguntarme por dónde habria entrado allí aquel jigante. Pasé en revista puertas i ventanas, tragaluces, escotillas, todos los agujeros de la fonda; i se aumentó mas mi confusion cuando ví que por la mayor de aquellas avenidas, apenas cabia la nariz de mi hombre. Decididamente, lo habian puesto allí para edificar la casa. Solo cuando se me vino esta reflexion digna de Descartes, me tranquilizé, cual el porfiado matemático que no se tranquiliza, sino despues de haber resuelto un problema, haciendo un millon de garabatos.

Entónces pensé en acercarme a aquella maravilla para verla, oirla i palparla; i asi como que no quiere la cosa, me senté a su mesa con gran confianza. Una mirada tranquila i llena del portentoso yankee me inundó todo entero. Quedé calado, es decir, conocido hasta el fondo, i le inspiré la misma simpatia que él habia despertado en mi corazon.

"Mozo, traiga V. café,» esclamé casi asustado, i mi vecino poniendo su enorme cachimba entre sus enormes lábios, volvió a mirarme con agrado, como si se alegrara de retirar su vista de los grotescos marineros que llenaban el recinto i espesaban la atmósfera con sus emanaciones tabacosas.

El no era marino, visiblemente: su porte era grave, semblante pálido i sereno, sonrisa natural en su boca, pelo a la Caracala, i su cuerpo antediluviano envuelto en un hermoso sobretodo camaleon a la Benjamin Constant. Tenia delante su café casi agotado, i mas que destilada una botella que debió ser de jinebra cuando se la pasaron llena.

El vapor embalsamado del café que me servian flotó entre nuestras caras, pero sin alcanzar a su nariz; nos miramos al traves, i ambos aspirándole, esclamamos: ¡Que café! él con voz baja, sin duda por temor de hacer estallar los vidrios a soltarla entera, i yo en mi tiple usual. Estaba establecida la corriente eléctrica de la amistad con aquella sola esclamacion en que se habian encontrado nuestros bellos espíritus; nos comprendiamos; pero yo si que comenzaba a dudar de la solucion de mi problema i no acababa de comprender cómo habia entrado allí aquel hombre acompañado de su nariz i de su paltó.

—¡Qué buen café! me dijo, con un acento casi paternal.

—Excelente, le repliqué, i como estaba yo preocupado con mi problema, agreguéle esta pregunta—¿Ha entrado Vd. a tomarlo?

—Sí, señor, desde que salí, acostumbro entrar aquí todas las tardes a tomar este buen café. ¡Hacia tántos años, tan largos años que no lo tomaba! esclamó con acento dolorido.

—¿Vd. sale? le pregunté yo sorprendido, ¿i entra a tomar este buen café?

—Sin duda, me replicó; desde el primer dia de mi salida, pasé en la tarde por aquí, por recorrer las calles, i el aroma de este café despertó mi antigua aficion a tan rica bebida, i me entré sin titubear. Pedí café, i bebí cuanto me sirvieron. ¡Hacia tántos años que no gustaba este nectar celestial....!

—¿Por dónde entró Vd.?

—Por la misma puerta que Vd., i sin perder el sombrero, como Vd.

—¡Cosa estraña! Es tan baja esa puerta, i esta casa es tan estrecha, que....

—Si pero no hai estrechuras para quien ha vivido tantos años como yo bajo de tierra, dijo dando un suspiro de lo mas hondo de su pecho.

—Ya..... No le será difícil a Vd. entrar

por cualquier parte, ¿no es esto? Pero ha entrado Vd. por allí? dije señalándole la puerta.

El hombre volvió entónces a inundarme con una mirada, requirió su cachimba, cabalgó su pierna derecha sobre la izquierda, i como descontento de mi estupidez miró a otra parte.

—¿Es Vd. chileno? me preguntó mirándome de reojo.

—Neto, le respondí con orgullo.

—Se conoce, me dijo, lanzando una bocanada de humo, i escanciándose el concho de su cafetera en la taza. Volvió a suspirar, i despues de una pausa, que me tenia aterrado, tornó a mirarme con amor, i agregó: ¿Conoce Vd. los *restaurants* de la ciudad? Sabé Vd. dónde se sirva tan buen café con mas decencia i con ménos concurrencia de marineros?

—Nó, señor, pero es probable que en casa de Guinodie se halle tan bueno como aquí.

—Será algun *restaurant* frances el que Vd. me nombra?

Si, caballero, el mejor, segun creo, de la ciudad.

—No me gusta, será farsa de café lo que allí sirven; prefiero tomarlo bajo el pabellon de las estrellas, aunque sea entre marineros; al fin estos son hombres que andan sin máscara, i que no están en escena, sino cuando se columpian en las gavias tomando o soltando rizos.

—No ha entrado Vd. nunca al café de Guinodie?

—No sin duda, desde que salí no he entrado mas que aquí, i al hotel de Europa donde alojé.

—Sí, eso se comprende, el hotel de Europa es el que está en la plaza Municipal, uno de puerta mui grande i de patio, ¿no es asi, caballero?

—Justo, ese es el hotel de Europa. Pero al parecer Vd. está preocupado, jóven con las puertas anchas i las pequeñas. ¿Le ha causado mucha impresion el coscacho que se dió en el umbral de ésta al entrar? Serénese Vd., nadie se fijó en eso, i aquí entre ingleses no tiene Vd. que temer. Nosotros no nos curamos de los golpes que cada hijo de vecino se da donde puede. Cada uno es dueño de golpearse cuando Dios le deja de su mano.

Este lenguaje me sorprendió. ¿Quién será este hombre? decia yo entre mí. Yo lo he tomado por yankee al ver su estravagante figura, i sin embargo él habla de Dios, cosas poco conciliables, a no ser que sea un yankee rico, que son los únicos que creen en Dios, porque necesitan ser ricos para pensar en tener una relijion. Ahora se hace el ingles, i eso es mas difícil de creer, porque un ingles no habla jamas el español, como este lo habla, a no ser que haya nacido en Jibraltar o en otra parte de la Península. ¿Quién será este hombre? Estas reflexiones me calentaban la cabeza, i para salir de una vez de mis aprietos, hube de abordar de frente la dificultad.

—¿Es Vd. norte americano? le pregunté.

—Por afeccion i casi por principios, pero he pasado en Estados-Unidos lo mejor de mi vida ántes de venir a Valparaiso.

—Está Vd. aqui mucho tiempo ha?

—No tengo cuenta del tiempo que hace. He sabido despues de mi salida que está corriendo el año 51, i solo ahora principio a contar fechas.

—Pero ¿ha estado Vd. siempre en Valparaiso?

—Supongo que sí, porque fué aquí donde llegué de Inglaterra, mi patria; aunque el Valparaiso de hoi no es ni siquiera una sombra del Valparaiso que ví a mi llegada.

—¿Piensa Vd. permanecer aquí?

—No precisamente aquí, porque debo principiar desde mañana una eterna peregrinacion entre Valparaiso i Santiago.

Volví a callarme, confuso con semejantes respuestas. ¡Quién es este hombre, Dios mio! esclamaba en el fondo de mi alma. Cómo podré descubrirlo? De dónde ha salido, qué ocupacion tiene? Abismado estaba yo en mis reflexiones, cuando él se levantó, pagó su puesto i salió despidiéndose de mí con una insinuante cortesía.

No quedé ménos asombrado, cuando advertí que no tenia la talla estraordinaria que yo le habia visto, sino un cuerpo airoso, elegante i de una altura no tan enorme. Su andar era grave, de paso largo i casi rápido. Llegó a la puerta i la salvó con mas facilidad que yo, dejándome abrumado bajo el peso de mi curiosidad.

II.

LA SEGUNDA TARDE.

La curiosidad suele ser una pasion en algunos, aunque siempre lo es en todas: la caja de Pandora fué abierta por pura curiosidad; la primera manzana que se gustó en el mun-

do fué comida tambien por pura curiosidad. Es verdad que fueron mujeres las que tales atentados cometieron; pero tambien es cierto que los hombres no les van en zaga; con la diferencia de que la historia no nos señala grandes crímenes cometidos por curiosidad, cuyo autor no sea una mujer. Testigo, el pecado de comer manzanas, que ha cundido desde la madre Eva, que dió el ejemplo, hasta nuestros dias, de un modo espantoso i con un contajio inevitable, que no perdona edad ni sexo.

No es tan peor que la curiosidad no produzca tales estragos cuando anima a los hombres: al fin no les pica a estos sino por esplorar i descubrir rejiones desconocidas, donde no pocas veces se pierden, como Sir John Franklin en las nieves polares, i tantos otros que en alas de la filosofía o en los lomos del Pegaso han ido a parar en las mas ardientes alturas de una cabeza caliente.

Como quiera que sea, la curiosidad es el instinto mas útil que tiene la especie humana: sin él no habriamos habitado este mundo del bien i del mal, i habriamos tenido que podrirnos en la eterna primavera del paraiso terrenal: sin él careceriamos de tantos descubrimientos como han hecho los curiosos en los dominios del espíritu i en las rejiones del globo.

Ese instinto me disculpe, pues al dia siguiente de mi escena con aquel hombre tan curioso, yo no pensaba, ni veía, ni oia, ni hacia cosa alguna que no fuese para satisfacer la ardiente curiosidad con que tal ente me habia contajiado. En la tarde de ese dia llovia como es uso en Valparaiso, de atravieso, i de arriba abajo, i aun de abajo para arriba, en fuerza de un huracan antojadizo que soplaba sin sujetarse a lei ni a regla ninguna: entónces no sirven suecos ni paraguas, sino una buena resolucion para lanzarse en aquellas calles, que rivalizan con el mar por sus corrientes. Yo tuve esa resolucion, i a las cuatro estaba ya instalado en la misma mesa del Aguila, donde habia conocido al objeto de mi pasion.

La fonda estaba poco visitada, i el patron mascaba tabaco, apoyando toda su mole sobre sus propios brazos, que tenia cruzados juntos sobre el mostrador, a cuyo respaldo estaba en pie. Miraba tristemente a la puerta, por donde entraban a veces, en lugar de parroquianos, fuertes ramalazos de lluvia impelidos por el viento. Su mirada era fija i parada, como de ojos sin vida, su rostro era atezado, redondo i peludo, cruzado por una ancha boca de la cual arrojaba a menudo torrentes de zumo de tabaco mascado. Un gorro lacre de marinero coronaba aquel cuadro.

Pasada una hora comenzé a desesperar de mi esperanza, i como habia bebido i pagado bastante café, me creí con derecho de interpelar al patron; i lo hize mui afablemente, hablando del tiempo, tema obligado en todos los casos en que no hai que hablar, o en que uno necesita introducirse a platicar con otro. Mas el patron no me respondió: lo único que hizo fué mirarme con ese desprecio con que los ingleses o sus descendientes los yankees, miran a todos los que les hablan en español. Picado un poco mi amor propio, volví a levantar la voz, repitiendo en ingles lo que antes habia dicho en español: el patron entónces soltó las amarras a sus ríjidas e inmóviles facciones, i tejió conversacion con la mayor familiaridad, como si estuviera con un antiguo conocido.

—Dígame Vd. ¿quién es ese hombre con quien tomé café ayer en esta mesa?

—¡Oh! ese es un hombre que ha venido varias veces a tomar café al Aguila.

—¿No lo conoce Vd.?

¡How! si, mucho, hace dias que viene aquí, i todos mis parroquianos lo han visto tomar café i jinebra.

—¿Como es su nombre?

—Mr. Livingston. ¡Oh! paga mui bien i bebe mucho, i paga siempre en onzas antiguas.

—¿Pudiera Vd. darme noticias de él?

—¡Oh! Mr. Livingston toma mucho café, parece un frances pero paga mui bien.

—¿Mr. Livingston es ingles?

—¡Oh! Habla ingles mui bien.

—¿De dónde ha venido aquí?

—Viene del hotel de Europa, todos los dias a tomar café.

—¿Pero de dónde, de qué pais ha venido a Valparaiso?

—¡How! Mr. Livingston ha llegado mucho tiempo ha; pero solo en estos últimos dias se ha hecho parroquiano del Aguila, por el buen café que aquí se sirve.

Cansado yo de interrogar aquella mole tabacosa, i sin esperanzas de adelantar en mis investigaciones, determiné irme al mismo hotel de Europa, resolucion suprema, que

me presentaba el camino mas corto para llegar a mi descubrimiento. Despedíme del patron, i eché a nadar ácia la plaza de la Municipalidad. El patio del hotel estaba inundado i su escala azotada por la lluvia; pero nada me arredró. Penetre por pasadizos oscuros i silenciosos hasta el hogar de la patrona, conducido por un muchacho de la casa.

Era aquella una francesa, con gorra por supuesto, i de formas ópticas mui raras, pues representaba ni mas ni ménos una de esas muñecas encaramadas en una bala que se mueven en todas direcciones, segun el impulso. Sin poderme definir su aspecto i sin darme cuenta de sus líneas, porque la luz era mui opaca, me le fuí al abordaje inmediatamente, con la palabra: ella me recibió el ataque con una inundacion, con un diluvio de frases de todos calibres, que, aseguro, me aterró; i si mi curiosidad no hubiera sido tan grande, me habria dado por derrotado por aquella voz tiple, que salia de una larinje que no tendria ménos de setenta años de uso continuo.

Al nombrarle a Mr. Livingston, ella como si hubiese estado enamorada del ingles, suspiró con ternura, i entre esclamaciones i aspavientos me aseguró que habia partido esa misma mañana para Santiago, sin mas ropa que su sobretodo i una frasada; i como se suelta la tarabilla, cuando principia a rodar la piedra del molino, ella se soltó diciendo: —«l mire Vd., caballero, don Guillermo, que asi se llama Mr. Livingston, no se ha ido como quien es, sino a pie, a pesar de que tiene bastante dinero para pagar todos los carruajes que quiera. Tomó su ropa al hombro i con su cara siempre risueña echó a andar, despues de pagar su cuenta en el hotel. Mr. Livingston es hombre mui estraordinario, habla con los espíritus, no duerme, se rie solo, se pasea a la media noche, se encierra de dia, no tiene equipaje, i sin embargo le sobra el dinero en su faltriquera; habla todas las lenguas, todo lo sabe, no tiene curiosidad por nada, cuenta muchas historias, pero no habla con todos. Solo a mi me abria su corazon, solo conmigo conversaba; ya se vé, hace tantos años que nos conocemos.... Cuando yo llegué a Chile con mi Ferran, siendo yo todavia mui jóven, él era cajero de la casa de Monsieur Waddington, i fue uno de los primeros huéspedes que tuvimos en el hotel de Francia que estableció Ferran. Entónces lo conocí, lo traté i fuimos grandes amigos. Un dia de esos se desapareció de repente, i no volví a verlo mas hasta hace pocos dias que se apareció aquí. Yo le hize saber que me hallaba viuda, porque a Ferran se le ocurrió destaparse la cabeza de un pistoletazo; le conté mi historia, él me oyó no mas, i hoi se ha ido sin volver a conversar mas de estas cosas»..... La patrona dió un suspiro i yo me sentia mareado.....

III.

EL CAMINO DE VALPARAISO.

No canto el polvo, nó, que envuelve a los viajeros en un dia de verano, ni aquellos interminables lodos en que se atascan en un dia de julio. Nó, eso seria cantar al gobierno o a sus injenieros, que se recrean en remover durante el buen tiempo cuanta tierra hai en el camino, o en acarrearla por carretadas, para que haga bastante barro en el invierno. Cada loco con su tema: yo respeto la de nuestros tutores, i por eso debo acatar tambien su ciencia de componer carreteras i de construir ferrocarriles: a bien que el costo no sale de su bolsa, sino de los ataditos que el pobre hace en la punta de un mal pañuelo, para tener con que pagar peajes, barreras i sisas.

Mi cantar no es en sí bemol, como se necesitaria para espresar las angustias del triste caminante que tiene que dejarse despeñar por aquellas cuestas, haciendo esguinces a las carretas que se agolpan, gozando de la plena independencia de locomocion que les deja la lei para andar como quieran en los caminos, rabie quien rabiare.

Mi cantar es ménos serio, ménos triste, pues templo i modulo mi rabel para recordar a todos cuantos han atravesado el susodicho camino de Valparaiso una cosa que todos han visto, en la cual todos han fijado su atencion, sobre lo cual todos han discurrido a su modo por un momento, i la cual todos olvidan hasta que vuelven a verla otra vez.

Esa cosa es un hombre indefinible que marcha i marcha siempre a pie por las veredas del camino, haya sol o llueva a torrentes, haya lodos o tierra en que envolverse. El marcha siempre con paso igual i seguro, sin mirar a su alrededor, sin volver sus ojos a ninguna parte. Lleva la cabeza inclinada en ademan de ir absorto en un pensamiento terrible. Su tez es blanca, como la de los habitantes del norte de Europa, i sus lacias canas caen a confundirse con una barba blanca en que se divisan todavia los visos dorados de un cabello que fué rubio en otro tiempo. Su estatura elevada va

un poco disimulada por una lijera inclinacion hacia adelante, i por una frasada que lleva colgada en el hombro. El largo i añoso poncho que lo cubre deja ver a veces los faldones de un paltó, último recuerdo de una condicion perdida.

¿Quién es ese hombre? se preguntaén todos los pasajeros que lo encuentran o lo alcanzan, i si la pregunta se dirije alguna vez al cochero o postillon, el pregunton observa que el postillon o el cochero se recata un poco, se sonrie como con miedo, i agrega un no sé, o cuando mas esplícito anda, dice que es un ingles que anda siempre por el camino, que no pára en ninguna parte, i que apenas llega a Santiago vuelve a salir para Valparaiso, i en esta ciudad entra tomando la playa, i sale en seguida sin que nadie sepa a donde se dirije.

Alguna vez se presenta al caminante la ocacion de dirijir la palabra a aquel hombre raro, entonces vé un semblante apacible que se sonrie i unos ojos azules que miran con dulzura, pero no entiende las breves palabras que modula el peregrino, sin detener su paso rápido i firme. Si uno es bastante jeneroso para alargarle una moneda, el peregrino estiende la mano i la recibe, sin variar su actitud; i si el que ha usado esa jenerosidad, pudiera observar al peregrino mas adelante, lo veria llegar a un rancho del camino, agasajar los perros, acariciar a los niños i dar la moneda que acaba de recibir a alguno de los pobres habitantes de la choza, siguiendo despues su camino con el mismo paso firme i seguro que traia.

Pero sea dicho en verdad : no hai jente ménos observadora ni mas indiferente que la que transita aquel camino. Si el transeunte es chileno, ya se sabe que no se le ha de dar nada de nada, que mira sin ver lo que va encontrando, i que si ve lo que mira, no surje en su ópaco espíritu ni una observacion, ni un pensamiento. Ni es mas observador si es estranjero : el ingles, va despreciándolo todo i absorto en el negocio que lo hace caminar : el yankee, va despedazando el coche con su navaja, i mirando la comarca, se imajina como la *escuatraria* si Chile se anexara a las estrellas : el frances, va como una tarabilla i levantando el codo a cada instante para besar su botella; el aleman, va criticando cuanto mira; el español, contando andaluzadas o elojiando su peninsula; i el italiano, va cantando o platicando por boca i narices sobre la independencia de Italia.

Asi es que el peregrino hace jeneralmente su camino como por un desierto; i tan seguro va de eso, que a menudo se rie solo i habla con los espíritus, sin curarse de los transeuntes : él es el señor del camino, está allí como en su casa, i conversa con los duendes que lo asisten como si no estuviera en público.

Mas no se ha escapado de mi curiosidad, pues aunque pertenezco a la mas honorable de aquellas nacionalidades, i tengo mucho de su característica indolencia, poseo tambien bastante necedad para preciarme de que no se me va ninguna, i no era posible que el perpetuo viajero se escapase a mi curiosidad.

Asi sucedió que estando yo de paso en Casa Blanca, i estacionado en la puerta de la posada de D. Duardo, como le dicen los cocheros, admirando con todas las fuerzas de mi espíritu los insondables barriales de las calles de aquel pueblo en un dia de invierno, pasó por allí el peregrino con su cabeza inclinada i moribunda, con paso tranquilo i seguro, como si pisara en un pavimento de mármol. Mi primera mirada cayó de lleno sobre su nariz, que era bastante hermosa para llevarse la preferencia, i luego la recorrí por la vasta mole de su cuerpo, creyendo reconocer al mismísimo hombre que tanto me habia interesado en otro tiempo en la fonda del Aguila. Quise llamarle por su nombre, pero algo misterioso debió operarse en mi espíritu en ese momento, porque me sentí mudo i sobre todo me creí atraido tras de los pasos del peregrino como por una fuerza irresistible.

Dí las órdenes convenientes a mi conductor para que, si no volvia a encontrarme, entregase mi equipaje en Santiago, i tomé la direccion a esta ciudad a pie, siguiendo al viajero a cierta distancia. Al salir de las goteras del pueblo, cosa que conocí, no por la ausencia de tejados, sino porque disminuia el barrial, apuré el paso, i llegando a una distancia conveniente de mi perseguido, esclamé:

—Don Guillermo, óigame Vd. una palabra.

El viajero paró, i volviendo hácia mí con benevolencia, me dijo:—Yo tambien lo he renocido a Vd., a pesar de que no lo he visto sino una sola vez en la fonda del Aguila : ¿qué quiere Vd.?

—Hacer el camino con Vd. para conversar largo, mui largo, porque me muero de deseos de ser su amigo.....

—I de saber mi historia ¿nó es esto? me interrumpió el peregrino sonriéndose.

No pude negárselo. Le confesé mi interes, mi curiosidad, i le rogué que me abriese su corazon como a un amigo. Muchas fueron las condiciones que me puso, muchas las pruebas que me exijió de lealtad, muchas las preguntas que me hizo para comprender mi carácter; pero ello es que marchamos juntos, i tardamos tres dias en llegar a la capital, tres dias durante los cuales ví i oí las cosas mas asombrosas que jamas he visto i oido, tres dias durante los cuales se trasformó cien veces Mr. Livingston, tres dias en fin en que yo fuí tambien a mi turno metamorfoseado a cada paso por mi compañero, i permanecí invisible para todo el mundo, hasta para mi cochero, que buscándome, me alcanzó i no me vió, dejándome abandonado en el camino.

Ahora que me he humanizado de nuevo i que he recobrado mis facultades, voi a contar lo que oí i ví, por si hai curiosos, como yo, que deseen saber el sino de aquel hombre misterioso, o por si hai quien quiera leer cosas estupendas sin daño de nadie i sin peligro.

ORTIGA.

(Continuará).

Cartas sobre el Teatro Moderno.

CARTA PRIMERA.

Sr. D. Justo Arteagá Alemparte.

Querido amigo :

En algunas de nuestras conversaciones he tenido ocasion de manifestar a Vd. mis ideas sobre varios puntos concernientes al arte dramático moderno. Aunque diferimos, por lo jeneral, en nuestro modo de apreciar a ciertos autores, acaso en el fondo de la doctrina no estamos separados. Yo trataré en estas cartas de consignar a Vd. mis principios, al mismo tiempo que haré la crítica de algunas obras dramáticas que gozan de jeneral aceptacion i que, en su jénero, han sido consideradas como obras de primera clase.

Me ha parecido que semejante método podia dar mas claridad al pensamiento, i lo he escojido sin vacilar. La doctrina se hace mas perceptible en cuanto va acompañada de los ejemplos.

Vd. sabe que yo no tengo predileccion por ninguna de aquellas escuelas en que se ha dividido el mundo literario : que tanto el clasicismo como el romanticismo en el arte dramático, me parecen capaces de producir, como han producido, bellezas de primer órden. Por consiguiente, alejado de todo espíritu de secta, solo busco la verdad i la belleza dramática, donde quiera que pueda encontrarla, separándome de la escuela a que el autor pertenezca. Mi tarea, pues, se reducirá a notar los aciertos i los defectos que encuentre en las obras que me propongo examinar, segun entiendo i concibo la belleza i la verdad dramática.

El teatro dramático es para la juventud actual de nuestra patria una cosa nueva. Entregados, por el espacio de diez i seis años, casi esclusivamente a las impresiones musicales, hemos estado privados de asistir a aquella accion que desarrolla el drama, complicada o sencilla, melancólica o alegre, en que los personajes no supone uno que deben moverse, como le sucede cuando lee una pieza dramática, sino que los ve andar, ajitarse, accionar, agruparse i producir el complemento de la accion que imperfectamente produce la simple lectura. La juventud recibe una impresion tanto mas fuerte, cuanto ménos acostumbrada está a esa clase de espectáculos, i no tarda en discernir la corona de su aprobacion al autor, cuando apénas merecia un aplauso la ejecucion.

Es que a la inesperiencia no le es dado apreciar en su justo valor las obras del arte, i la juventud, por lo regular, solo tiene inesperiencia. La boga de ciertos autores en determinados tiempos, no puede ni debe probar en favor de la bondad intrínseca de sus producciones. El aura popular, si deslumbra a alguno, no debe ser al crítico ni al filósofo. Estos saben de antemano que no siempre el laurel del triunfo en materia de arte dramático ha sido discernida con tino por el juez mas apasionado que se conoce: el público.

Todo arte tiene sus reglas. Salirse de ellas es quebrar con la belleza i la verdad. El arte dramático las tiene inmutables i eternas, a mi juicio. No quiero hablar de aquellas en que se encerraba el arte clásico griego o latino. Esas reglas nacian en parte de condiciones especiales anexas a la forma de sus teatros. Hablo de aquellas reglas que no es dado infrinjir cuando se busca tal o cual efecto, cuando se camina a tal o cual fin determinado. Autores hai que pretendiendo hacerme llorar, solo han conseguido hacerme reir. ¿Por qué? Porque equivocaron el camino de mi corazon, porque no supieron encontrar la manera de herir la cuerda sensible que habia de hacer que brota-

rá una lágrima de mi párpado. Para esto, pues, hai sin duda alguna reglas que no es dado transgredir sin esponerse a tropiezos considerables, a caer en profundas simas: el olvido viene de ordinario a echar su tupido velo sobre las aberraciones del arte, i viene con mas lijereza que la que pone la boga en sustentar con sus efímeras alas esas creaciones a que faltó el fondo o la forma, dos condiciones esenciales al arte, sin las cuales no hai obra que no perezca.

Las reglas de que quiero hablar se encuentran en la belleza i en la verdad. En vano pretenderia un autor interesarme con la exajeracion o la mentira. Solo es bello lo verdadero. Ni todo lo verdadero es capaz de producir la belleza dramática como lo requiere el arte moderno i las sociedades en que vivimos, porque hai verdad que no es digna de la escena.

Aquí entran las facultades del autor a calcular aquella accion, aquella pasion que sea capaz de interesar i de concentrar fuertemente la atencion del espectador en el drama. Puede interesarse de muchos modos. Lo difícil consiste en el arte dramático en interesar siempre i al mayor número de espectadores intelijentes.

No creo con Lope de Vega, que deba escribirse para la multitud por aquel principio de que

> El vulgo es necio, i pues lo paga, es justo
> Hablarle en necio para darle gusto.

Le sucederá al autor que se acomode al gusto del vulgo necio, lo que le ha sucedido a aquel insigne poeta i extraordinario talento, fundador de la escuela moderna. Perder i malgastar el prodijioso don de la fecundidad con que a manos llenas lo dotó la naturaleza. Hacer mil ochocientas comedias cuya lectura apénas soportamos los que buscamos en el arte otra cosa que un enredo mas o ménos bien combinado, una preciosa versificacion, prendas que Lope puede disputar a cualquiera. Este autor lega a la posteridad apénas un par de dramas cuya accion i personajes sostengan debidamente el interes dramático, i el cúmulo de sus obras viene a servir al fin para que otros injénios, ménos pródigos i mas ordenados, beban la inspiracion como en una fuente de la que es necesario separar todo lo que no es potable.

I Lope de Vega, sin embargo, estaba dotado de sensibilidad esquisita. Aventajaba en sensibilidad a casi todos sus contemporáneos de la moderna escuela, i ni esa prenda, ni su facilidad para concebir una fábula i esponerla con lucidez i precision, ni la majia de una versificacion fluida i hermosa, ni ninguno de los dotes que en él brillaban i que, económicamente dirijidos, hubieran podido hacer la reputacion de una docena de profundos dramaturgos, bastan para salvarlo del olvido en que yace, por no haber querido dar a sus caracteres mas unidad, mas igualdad, por no haber sido mas discreto en la eleccion de los resortes que debieron hacer ménos violentos el desenlace o la catástrofe de sus dramas.

Es, pues, visto que a un autor no le bastan para evitar una caida los talentos mas esclarecidos, si en el difícil desempeño de obras tan delicadas, existen defectos que el arte no puede disimular.

Calderon, que inmediatamente sigue a Lope de Vega ordena mejor su fábula, economiza mas sus medios i conduce la accion sin esfuerzo hasta llevarnos a un desenlace maestramente preparado. Las piezas de Calderon, acaso hoi mismo pudieran soportar la representacion, si el gusto moderno permitiera la clase de graciosos que él introduce en sus mejores dramas, i que no hacen a menudo otra cosa que embarazar la accion sin prestarle ninguna clase de interes. Hoi mismo pudiera representarse si hubiera querido triunfar ménos en la versificacion, proponiéndose dificultades, para tener el gusto de vencerlas; si la descompasada estension de sus relaciones no cansara la atencion del espectador, como sucede las mas veces en sus piezas mas preciosas, i si al fuego del entusiasmo hubiera podido o sabido mezclar la sensibilidad de que carece. Calderon abrasa la imajinacion, encanta el oido, es grandilocuente. Calderon es musical. Pero Calderon rarísimas veces es sentido. Calderon se deslie en frases, en comparaciones. El arte dramático debe huir de semejantes esfuerzos. En el drama nunca debe verse al autor, sino al personaje que se nos quiere poner en escena.

Me dirá Vd. que ¿por qué he gastado tanto tiempo en hablar de Lope i de Calderon cuando me he propuesto escribir a Vd. una carta sobre el teatro moderno? Contestaré a Vd. que no es posible hablar del teatro moderno de que me ocupo, sin recordar a Lope i a Calderon, fundadores de esta escuela que ha venido a ocupar un lugar al lado de aquella que

fundaron los latinos. La escuela española es la escuela moderna francesa. Víctor Hugo, Dumas, etc., no son otra cosa que discípulos de esta escuela, sus continuadores.

Acabo de nombrar a Vd. uno de los mas célebres poetas líricos i dramáticos de que se gloria la Francia moderna i acaso el dramático mas atrevido de su tiempo. Dotado de una alma ardiente, de una facilidad extraordinaria, Víctor Hugo se ofrece en primera línea a todo el que quiera estudiar el movimiento de la escuela a que pertenece en Francia. Sus piezas han sido objeto de las mas encarnizadas polémicas, el blanco de los tiros de sus enemigos literarios, i modelo de imitacion para sus secuaces. Víctor Hugo ha tenido que luchar con una sociedad entera, i hasta con la autoridad que esa sociedad se habia dado. Víctor Hugo, pues, es un atleta fuertísimo, que se presenta él solo armado de todas piezas, llevando en el corazon un valor a toda prueba i una maza de armas que solo un brazo jigantesco como el suyo podia airosamente manejar. Víctor Hugo ocupa la atencion de su pueblo por un espacio mui largo de tiempo. Asalta el teatro, se hace oir, se hace aplaudir frenéticamente i se hace criticar aun mas allá de lo que era permitido.

A pesar de todo esto, Víctor Hugo es un ejemplo mas de que no le bastan a un poeta, ni la inspiracion ni el jénio, si descuida, si desoye los consejos de ciertas conveniencias, de ciertas reglas que están vivas, latientes en el arte dramático, porque se hallan latientes i vivas en la naturaleza humana. Víctor Hugo, despues de haber él solo contrabalanceado el mérito de todos los franceses dramaturgos contemporáneos, Víctor Hugo pasa i se olvida casi, borrado de la escena, como si su fama, como si el alboroto que suscitó, como si el nombre de un gran poeta, que indudablemente lo es, no bastaran para salvar de muerte prematura a aquellas concepciones que dió a luz con tanta fé, con tanto amor, i que legó al furor de sus enemigos i a la admiracion de sus parciales.

La autoridad prohibia a Víctor Hugo una pieza (*Le Roi s'amuse*): seis semanas despues llamaba la atencion del público otra pieza *Lucrèce Borgia*. Víctor Hugo era capaz de hacer un drama cada quince dias, como habia hecho por apuesta una novela en ese espacio de tiempo, cuando aun era niño. Los motivos que dá para tal precipitacion en el prólogo de la Lucrecia, no nos satisfacen. Sus obras dramáticas, sin que él lo diga, se resienten de esa precipitacion.

Hagámonos cargo del pensamiento que ha presidido a estas dos creaciones, buscándolo en el prólogo ya citado que encabeza la publicacion de la Lucrecia.

"*El Rei se divierte* i *Lucrecia Borjia* no se parecen en el fondo ni en la forma, i ambas obras han tenido cada una por su parte un destino tan diverso, que la una quizás será un dia la principal fecha política del autor, i la otra la principal fecha de su vida. Cree deber decir, sin embargo, que estas dos piezas tan diferentes en el fondo, forma i destino, están estrechamente ligadas en su pensamiento. La idea que ha producido el *Rei se divierte*, i la idea que ha producido *Lucrecia Borjia* han nacido en el mismo momento i en el mismo punto del corazon. ¿Cuál es en efecto el pensamiento íntimo oculto bajo tres o cuatro superficies concéntricas en *El Rei se divierte*? Hélo aquí. Tomad la deformidad *física* mas horrorosa, mas repugnante; colocadla allí, en donde mas resalte, en el mas ínfimo lugar, en el mas recóndito i despreciado del edificio social; alumbrad por todas partes con la siniestra luz de los contrastes, a esa miserable criatura; i despues dadle una alma i poned en esa alma el sentimiento mas puro que el hombre tenga, el sentimiento paternal. ¿Qué sucederá? Que ese sublime sentimiento alentado bajo ciertas condiciones, transformará a vuestros ojos a la criatura degradada; que el ser pequeño se hará grande; que el ser deforme se volverá bello. En el fondo, ese es *el Rei se divierte*. ¿l bien? ¿qué es *Lucrecia Borjia*? Tomad la deformidad *moral* mas horrorosa, mas repugnante, mas completa, colocadla allí en donde mas resalte, en el corazon de una mujer, con todas las condiciones de belleza física i de la grandeza real que den realce al crímen; i ahora mezclad con toda esa deformidad moral un sentimiento puro, el mas puro que la mujer pueda esperimentar, el sentimiento maternal; en vuestro monstruo colocad a una madre; i el monstruo interesará, i hará llorar el monstruo, i esa criatura que os asustaba os dará compasion, i esa alma deforme se hará casi bella a vuestros ojos. Así, la paternidad santificando la deformidad física es *el Rei se divierte*; la maternidad purificando la deformidad moral es *Lucrecia Borjia*. En el pensa-

miento del autor, si la palabra *bilojia* no fuese una palabra bárbara, estas dos piezas no harian sino una bilojia *sui jéneris*, que podria tener por título: *El Padre i la Madre.*»

Cómo ha pretendido el autor interesar con estos personajes i si lo ha conseguido, lo veremos despues. Por ahora nos basta saber que ha querido en ambas piezas sobre las deformidades físicas i morales hacer que brillen los dos sentimientos mas puros del corazon humano.

La idea es dramática tanto en el uno como en el otro caso, es digna de la escena, i solo falta ver como el autor ha desarrollado su pensamiento, cómo lo ha conducido al término, cómo ha conseguido los efectos que se propone. Entre tanto, seguiremos con el autor considerando que el teatro es una cosa mui grande i mui seria; porque él sabe que «el drama, sin salir de los límites imparciales del arte, tiene una mision nacional, una mision social, una mision humana.»

Ya veremos si las piezas de que dejamos hecha mencion llenan esas condiciones, fuera de las condiciones del arte que son el objeto principal de esta carta. Porque yo creo con Victor Hugo, separándome en esto de Larra i otros pensadores, que es preciso «que la multitud no salga del teatro sin llevar alguna moralidad austera i profunda.» Al poeta dramático puede i debe pedírsela. Porque no se llama a un pueblo entero, no se le puede juntar para pervertirlo ni para engañarlo. Se le llama no solo para distraerlo i divertirlo, sino que tambien debe congregársele para revelarle alguna verdad, para darle alguna instruccion; para cultivar alguno de los delicados sentimientos que conviene siempre dirijir hácia noble fin. Sin esta intencion el teatro no se diferenciaria de aquellas informes farsas, titerescas que hacian moverse los groseros hilos de que disponia el arte en su infancia. Si todo adelanta, condenar al teatro a ser un instrumento de mera diversion i pasatiempo seria hacerlo retrogadar; porque ya desde épocas remotas se ha encaminado por ese sendero, i porque ámbos fines pueden i deben conjuntamente perseguirse.

Como esta carta va haciéndose ya demasiado larga, suspendo por ahora el análisis crítico de la Lucrecia Borgia que remitiré a Vd. tan pronto como me sea posible. Espondré el plan de esa pieza, i francamente le transcribiré a Vd. las impresiones que he recibido al leerla en el orijinal, notando los principales defectos que a mi juicio contiene i las bellezas que en ella se hallan.

HERMOJENES DE IRISARRI.

A la Libertad.

¡O Libertad! En mi primera aurora,
Tú fuiste mi divina aparicion:
Te me mostraste bella, encantadora,
En mis dorados dias de ilusion.

Cuando en la cumbre de elevado monte,
Al silbar en sus cóncavos el viento,
Via extenderse inmenso el horizonte,
Tú fuiste, Libertad, mi pensamiento.

Del cielo la extension, el mar undoso,
Tu nombre sacrosanto repitieron;
En todo lo que es grande i majestuoso
Mis ojos, Libertad, siempre te vieron.

Grande es tambien la muerte de los bravos
Mártires de tu lei: en su suplicio
Te he visto, al consumar viles esclavos
En el cadalso el grande sacrificio.

Fuiste un funesto sueño, horrible engaño,
Delirio de mi loca fantasía;—
A la pálida luz del desengaño
He visto por do quier la tiranía.

Está escrita, del mundo en los anales,
Del hombre la vergüenza i abyeccion:
Estúpidos o viles, los mortales
De su ignominia los autores son.

Cual sus alas tendiendo, en noche umbria,
La fiera tempestad al mundo espanta;
Así en la sociedad la tiranía,
El terror difundiendo, se levanta.

¿Fuiste un sueño i no mas? ¡Nó! que te siento
Ardiente, pura, inextinguible llama;
Del mortal eres el vital aliento;
Al noble corazon tu fuego inflama.

La tiranía estólida, altanera,
Eterna juzga efímera victoria:
Si hoi, Libertad, arrías tu bandera,
Es tuyo el porvenir, tuya la gloria.

Cual el sol con su luz resplandeciente
Del universo el ámbito ilumina,

Tal de la humanidad la augusta frente
Bañará, Libertad, tu luz divina.

Cuando de redencion suene la hora,
Tú, de los Andes levantando el vuelo,
Cruzarás de occidente hasta la aurora,
I llenarás del mundo el grande anhelo.

M. J. Cortez.

Cantilena.

¿No habrá esperanza, bien mio?
Tu desvio
Desechará mi pasion?
No endulzará tu ternura
La amargura
En que muere el corazon?

¿No te veré yo, querida,
Condolida
De mi constante penar,
Dejando el ceño tirano,
Con tu mano
Mis lágrimas enjugar?

¿Con esa boca de rosa
Amorosa
No me dirás, dulce bien,
Que mi tormento ha cesado
I has trocado
En compasion el desden?

En esa cara de cielo
Sin el velo
Del desdeñoso rigor
¿Brillar no veré hechiceros
Sus luceros
Derramando luz i amor?

¡Oh! si alumbrára la luna
Mi fortuna
Con su májico fulgor!
¡Si confundieran las brisas
Tus sonrisas
Con mis suspiros de amor!

¡Ai! si en tus brazos me viera,
Si tuviera
Mi delirio en ellos fin!
¡Si me embriagára sediento
Con tu aliento
En tus labios de carmin!

Dulces sueños seductores,
¡Si las flores
Fuerais de la realidad!
Sed del alma el alimento
I un momento
Haced mi felicidad.

Escucha mi cantilena,
Mi morena;
Presta oido a mi clamor,
I permite que tu amante
Delirante
Muera a tus plantas de amor.

Mariano Ramallo.

Ecos de la semana.

Santiago, marzo 3 de 1860.

Sumario.—El incógnito de los Santiaguinos.—La incógnita de sus personajes políticos.—El Atila de los bueyes.—Tres puntos de admiracion.—Un punto de narracion.—Otro punto de transicion.—Un tercer punto de reunion.

¿Santiago está ya repoblado? los enardecidos proscritos del verano han sido ya amnistiados por los templados aires de marzo i vuelto al seno de su capital mui amada? Ved aquí, benévolos lectores, una pregunta que dejenera en cuestion, i una cuestion que no es dado resolver *a priori*. Natural parece decidirse por la afirmativa si se recuerda que las cosechas han concluido, que la cuaresma ha principiado, que los tribunales se han abierto i los colejios han cerrado la época de vacaciones. Habrán regresado probablemente los hacendados i cambiado el caballo por el coche, i sin duda habrán regresado tambien las beatas, los abogados i los niños, i dado rienda suelta a su prodijiosa cuanto ordinaria locuacidad. De esta suerte, Santiago debe de haber recobrado los dos grandes ajentes de su actividad, los carruajes de los primeros i la lengua de los tres últimos. Los niños han de haber arrastrado consigo a sus mamás, los abogados a sus mujeres, las beatas a sus sobrinas i los hacendados a sus familias siempre numerosas i variadas. Así, es de presumir que se hallen hoi en dia congregados en Santiago todos los sexos, edades i condiciones que forman la masa de su poblacion racional: las solteras mas o ménos adorables, las solteronas mas o ménos devotas, las jóvenes esposas mas o ménos interesantes, las matronas

mas o ménos venerables, los niños mas o ménos mal criados, los hacendados mas o ménos ricos, los abogados mas o ménos aptos para todo, como que son nuestra panacea intelectual. Apénas si se habrán quedado atrás algunas tiernas parejas, perdidas en los sombrios i discretos boscajes, haciendo castillos en el aire i dando promesas al viento; o algunos remisos bañantes, enamorados del azufre de la cordillera o del salitre del océano. La gran mayoría de nuestro vecindario debe de hallarse de vuelta en Santiago.

Desgraciadamente esta induccion, tan verosímil i fundada como es, no tiene el carácter de la certidumbre, no cuenta en su apoyo con la prueba de Santo Tomás. Si nuestra sociedad ha vuelto, como parece probable, ha vuelto de incógnito i se obstina en guardarlo. Los paseos están solitarios, los salones cerrados, la conversacion apagada, mudos los ecos de la novedad, como en los dias mas abrasados de la canícula. El silencio i la inaccion gravitan sobre Santiago con todo el peso de la inercia, i le comunican cierto aspecto de falsa solemnidad. Creeríase que algo extraordinario se prepara, se espera, se teme; que un pensamiento tenaz atormenta todos los espíritus; que un acontecimiento latente trabaja sijilosamente por hacer su explosion. Diríase que nuestro sosiego de hoi no es sino la pérfida calma que anuncia el huracan. Empero, quien tal dijera i creyera, se engañaria lastimosamente. Nuestra poblacion tiene de ordinario el mismo aspecto i hace caer a los incautos en la misma mistificacion : parece que aguarda porque no se mueve i que piensa porque no habla, semejante a ciertos personajes políticos, que jamas han hecho ni dicho nada, i han dejado a la imajinacion de sus amigos i parciales el cuidado de medir el alcance de sus palabras no pronunciadas i la elevacion de sus acciones no cumplidas. Estos, si no son pozos, son a lo ménos minas de ciencia, explotadas por el prestijio de lo desconocido. ¿Harán alcance alguna vez? o hablarán alguna vez como el buei? Sábelo Dios. Entretanto, los bueyes les han tomado la delantera, i si no han hablado todavia entre nosotros, han hecho ya algo digno de recordacion en la semana que expira.

Uno de estos laboriosos cuadrúpedos acaba de inmolarse en bien de sus semejantes protestando heroicamente contra las usurpaciones del vapor, que hace tiempo trabaja por arrebatarles el imperio de la locomocion en nuestra dichosa patria. En la mañana del mártes un buei ha cerrado el paso al tren del ferrocarril que venia de Rancagua, i ménos afortunado que el Papa Leon, no ha logrado contener en su carrera a ese Atila de la raza bovina. La trompa de la locomotora separó violentamente de la via a aquel mártir de su buen derecho, que desvanecido, delirante, exánime, rodó por tierra, volvió a levantarse un instante i fue á caer sin fuerzas en el espacio vacío entre el penúltimo i el postrer carro del convoi. Este fué desprendido de los rieles, volcándose con estruendo, i no tardó en arrastrar en su caida al que le precedia, el cual, cortada la cadena que lo sujetaba al tren, ejecutó la misma evolucion de su compañero i fue a caer con él en la zanja del camino. La locomotora entretanto seguia su marcha, arrastrando el resto del convoi i cerrando los oidos a los gritos i lamentos de las víctimas, que quedaban desamparadas en el lugar de la catástrofe. Entónces los mejor librados del fatal accidente hubieron de prestar ayuda a los peor parados o, con mas verdad, a los peor tendidos; i los unos i los otros, fracturados, dislocados, heridos o contusos, tomaron a pié el camino de Rancagua, distrayendo la fatiga del viaje con la cantinela de su dolor, con el coro doliente de sus sentidas quejas, demasiado sentidas en verdad.

La noticia de este siniestro caso se esparció en breve por Santiago, como ya se habia esparcido por Rancagua, i Santiaguinos i Rancagüinos no han sabido qué admirar mas: si el heróico sacrificio del buei, la inefable resignacion de los volcados pasajeros, o el estoicismo *catoniano*, o *araucano*, que tanto vale, de los conductores del convoi.

Fuera de estos comentarios i aquellos quejidos, nuestra capital no ha desplegado los lábios para decir cosa alguna de interes. En estos dias los viajeros veraniegos tienen la palabra i cuentan a los habitantes raices de Santiago sus escursiones i aventuras recientes, sus buenas fortunas (nadie las cuenta malas o nadie cuenta las malas), sus lances siempre curiosos i extraordinarios, sus impresiones ya tiernas, ya pintorescas.

Nos hallamos en un momento de transicion poco lisonjero para el mayor número de los mortales: el trabajo despues de la holganza, la penitencia despues del placer, la cuaresma despues del carnaval, i lo que es mas duro que todo, el aula despues de un

asueto prolongado. ¡Pobres niños! Mui poco resignados i ménos contentos han de estar todavía. Aún conservarán frescos sus últimos recuerdos de libertad, de fiestas i juegos, i encerrados en la jaula del colejio, harán acaso memoria de los jilgueritos que no ha mucho cazaban i aprisionaban, i se arrepentirán de aquellas tiranías. ¡Oh! si los déspotas fueran niños!

Esta transicion esplica la recalcitrante pereza con que vuelve cada cual a tomar sus antiguos hábitos i restituirse a sus ocupaciones acostumbradas. Ni los *Amigos de las letras* han escapado de tan universal influencia. La reunion que anoche celebró su *Círculo* fué poco numerosa i consagrada exclusivamente a algunos acuerdos preparatorios. Resolvióse en ella invitar a todos los miembros del Círculo para la reunion del próximo viernes, por el órgano de *La Semana*. Espero que los *Amigos de las letras* querrán darse por notificados de la invitacion, que no dejará de ser aceptada.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Algunos padres de familias se han acercado a nosotros para pedirnos que recomendemos a la atencion del público el Colejio de Santo Tomas de Aquino, que ha recibido una nueva i ventajosa organizacion. La competencia i laboriosidad de sus directores i el patrocinio de su digno fundador permiten anticipar los rápidos adelantos que han de hacer los alumnos de este establecimiento.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Marzo 10 de 1860. Núm. 36.

BIBLIOTECA NACIONAL

LA SEMANA.

SANTIAGO, MARZO 3 DE 1860.

El diarismo

EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

II.

El diario necesita de la sociedad para vivir. Donde la sociedad carece de vida i pensamiento, el diario no es posible.—Por eso, para los pueblos americanos era un poder completamente desconocido ántes de la emancipacion.

Miéntras en Europa habia hecho la prensa dos grandes revoluciones i levantado el patíbulo que hizó rodar la cabeza de dos reyes; la América no sabia lo que era pensar, ni ménos que el pensamiento, nacido en una cabeza jenerosa, pudiera en unas cuantas horas ser oido de todos, conocido de todos, penetrar en todos los hogares, agrupar a su derredor todas las almas espansivas,—por medio de ese gran ajente de la publicidad que se llama la prensa.

No podia ser tampoco de otro modo. ¿Cómo habia sentir el hombre la necesidad de pensar ni de comunicar su pensamiento, donde toda palabra independiente, toda jenerosa espansion, todo signo de vigor intelectual estaban condenados como blasfemias contra Dios i alta traicion contra el rei? Qué vida activa ni fecunda podia existir en pueblos en que el comercio era el monopolio de unos cuantos, la industria era nula; en que le ignorancia i el fanatismo eran el solo patrimonio del individuo?

El colono americano no tenia mas que hacer en este mundo, que oir misa, amar al rei i dejarse esplotar por sus representantes.—El pueblo propiamente dicho no existia.—La poblacion la componian, en toda la estencion de la América, unos cuantos españoles i unos pocos naturales ociosos, enriquecidos a espensas de la masa bruta que constituia la gran mayoría.

En América no se pensaba, se rezaba.

En América no se comerciaba, se salteaba a los pueblos.

I ¡ai! del que hubiese intentado arrancarla de esa existencia ignominiosa, en que una sola verdad, una sola idea, una sola esperanza no cruzaba las intelijencias ni hacia palpitar los corazones! Ahí estaba la inquisicion para hacerle quemar en nombre de la relijion—o el tribunal civil para hacerle ahorcar en nombre del rei su amo.

Todo libro, fuera de novenas i devocionarios, estaba prohibido por las mas severas disposiciones reales. Los libros eran un veneno, que solo podia infiltrar en el corazon de los americanos el pernicioso instinto de la revuelta,—lo que no convenia ni a Dios ni al rei.—Los libros, enseñando a pensar, mostraban al hombre que ha nacido para la libertad: que hai algo que vale mas que el rei—i es la justicia; algo que vale mas que la esclavitud—i es la independencia; algo que vale mas que la autoridad que encadena el cuerpo i comprime la intelijencia—i es la libertad de discusion que vuelve a la intelijencia sus fueros i al cuerpo su libre accion.

Razon tenian los lejisladores españoles. ¿Cómo conservar su dominacion, cómo hacer del americano el instrumento dócil de su opresion, enseñándole, haciéndole vislumbrar siquiera sus deberes i sus derechos de hombre? —La España se dijo:—envolvamos a la América en la ignorancia para mejor dominarla;—i así lo hizo; i durante tres siglos fué la mitad del continente descubierto por Colon, una fuente de riquezas para la corona de Castilla i el asilo del error en todas sus fases;—del error en comercio, del error en industria, del error en política, del error en sociabilidad.—Oprimir, brutalizar, humiliar,—tal ha sido el sistema colonial de la España en el Nuevo-Mundo, o, por lo ménos, tales han sido sus resultados.

Se dice que nos daba lo que poseia. ¡Triste dádiva i pobre disculpa!

La prensa no podia vivir en esa atmósfera. La prensa nace, vive i crece con la libertad. Ha sido, pues, en América la hija de la revolucion; al reves de lo que ántes habia sucedido en Inglaterra i en Francia i de lo que hoi sucede en todas partes.

Su primera mision fue ayudar al pensamiento que nos dió independencia i libertad, consolidarlo en las masas, templar los corazones en el entusiasmo, en la fé, en la perseverancia, esos tres ajentes del triunfo de las grandes causas. Tuvo que ser eminentemente política i revolucionaria en sus primeros pasos; el desapiadado demoledor de todo lo viejo i el profeta que pronosticaba dias mejores. Nacida entre los gritos de independencia i patria i los primeros estampidos del cañon que debia asegurar esos bienes a todo un continente,—siguió, como era natural, el torrente, no lo dirijió.—Jamas dijo: paz! siempre guerra! guerra! hasta que seamos libres!

Esta fué la mas brillante campaña de nuestra prensa.

En seguida entró en una senda nueva en la que el bien i el mal se dan la mano i en la que no siempre se ha conservado sin mancha; pero en la que ha hecho tambien olvidar sus errores i sus estravíos, por grandes hechos realizados a su sombra. Si el sofisma, si la mentira, si la calumnia han encontrado una palabra en su recinto, en el que no debia dejarse oir otra voz que la de la justicia i el buen derecho; la han encontrado tambien la verdad, la dignidad, el patriotismo, la abnegacion i las convicciones mas nobles i jenerosas.

A ella debemos que la esclavitud haya sido rechazada de todos los códigos.—En la América española republicana no hai esclavos.

La debemos la libertad de pensar.

La debemos la libertad de enseñar.

La debemos la libertad de elejir.

La debemos, en fin, la ilustracion que empieza a ganar terreno en nuestras masas, a elevarlas al conocimiento de sus derechos i sus deberes, al trabajo, a la economía, al ahorro.

No hai un solo noble pensamiento que ella no haya apoyado, una sola reforma útil en que no haya tomado la iniciativa.

En estos dos primeros períodos de su existencia, el diario propiamente dicho no ha existido ni podido existir. La prensa no seguia dia por dia la multiple actividad de la sociedad sino una de sus fases,—la política. Ni podiá ser de otro modo: la política era la gran preocupacion, el esclusivo pensamiento de pueblos i gobiernos.—Solo andando el tiempo la esfera de sus estudios i observaciones se ha ido estendiendo, le ha permitido mas amplitud en sus movimientos, i ha hecho sentir la necesidad del diario;—i el diario ha venido: humilde en sus proporciones en un principio,—hoi grande, altanero, dueño de sí mismo i con la conciencia de su importancia. —En el dia se publican en América, a lo que tenemos noticia, treinta i dos diarios. Desarrollo portentoso de la publicidad, si se tiene en cuenta la manera de ser de estas sociedades, i la escasa proteccion que a la prensa dispensan.

Se advierte a este respecto en la América española un fenómeno que es indispensable apuntar, i sin cuyo conocimiento no se podria venir en cuenta de lo que influye en mas de una mala tendencia de nuestra prensa.

Vamos a él.

Las exijencias de la publicidad crecen cada dia mas. Hoi, los diarios de cortas dimensiones han desaparecido de los centros de actividad política i comercial. En Santiago, en Valparaiso, en Buenos-Aires, en Lima, en Montevideo, en Bogotá, en Caracas, en Méjico, los diarios se equiparan por su tamaño a los mejores de Europa.—Nos mantienen al corriente del movimiento político, literario, científico, comercial e industrial del mundo entero. Un diario que no satisfaciera esta necesidad mas o ménos bien, ya nada valdria, no tendria lectores.

Así la fundacion en América de una hoja cuotidiana demanda fuertes desembolsos.—Un diario para estar a medias montado necesita cuando ménos de dos o tres redactores, de tres o cuatro corresponsales en Europa i América, sin contar los de provincia. Este incompleto personal no le cuesta anualmente ménos de seis a ocho mil pesos.

Esto por el lado intelectual.

Ahora: por el lado material no son en nada menores los sacrificios que impone. La mano de obra es cara i la misma proporcion llevan los útiles de imprenta.—Segun los cálculos mas bajos, una hoja de las dimensiones que tienen nuestros diarios actuales no puede imprimirse con un gasto menor de veinte i cinco a treinta mil pesos anuales.

En conformidad con estas cifras, un diario no puede hacer frente a su existencia con

ménos de treinta i cinco a cuarenta mil pesos anuales.

¿Dan esta suma las suscripciones, avisos i demas inserciones? Con gran dificultad.

Los principales diarios de la América del sur no cuentan en término medio con mas de dos mil suscritores, de seis avisos al dia i de una que otra insercion. Esto es siendo esclusivos o poco ménos; que si no lo son, ya la cosa varia de carácter.—De cualquier modo, su vida es estrecha i sembrada de contrariedades. Cuando pueden vivir por sí propios, es entregándose en alma i cuerpo al abonado, ese tirano sin mas Dios ni lei que su capricho.—I estos son los mas felices; porque siquiera les es permitido llamarse independientes, aunque su independencia sea bien problemática i bien ilusoria.

La falta de apoyo que nuestra sociedad dispensa a la publicidad trae dañosas consecuencias. Se puede asegurar sin exajeracion ni pesimismo que cada uno de nuestros centros de actividad puede cuando mas sostener una hoja independiente.—Una prueba de esta verdad es esa multitud de publicaciones que nacen solo para morir.—Buenos-Aires, esa ciudad de los diarios i de los diaristas, solo alcanza a dar existencia cómoda al *Nacional* i la *Tribuna*.

No siendo la publicidad alimentada i mantenida por la sociedad, sus órganos tienen por precision que buscarse el apoyo que la masa social les niega, en un partido, en un círculo mas o ménos importante, mas o ménos jeneroso i noble en sus miras.

Ya tenemos aquí un principio de esclavitud para la prensa, un desvío de su verdadera mision. Porque, aun suponiendo que se deje a un diario subvencionado gran libertad en sus movimientos, esta no puede ser tal ni tanta que se le permita censurar a sus mismos favorecedores. Cuando estos yerren tendrá la libertad del silencio, que si es la mas cómoda es la ménos digna de la prensa.

De esta manera los dominios de la verdadera publicidad se restrinjen cada vez mas. Podrémos tener muchos diarios; pero diarios estrechos en sus miras i propósitos como lo son los partidos; diarios, no que estudien la sociedad en todas sus fases, que promuevan siempre su bien i la apartan con vigor, con prontitud, con valor del mal camino, sino diarios que todo lo vean por el engañoso prisma de las pasiones, los intereses, los rencores i las aspiraciones de partido.—En esta senda, el diario, en vez de ilustrar el juicio público, lo oscurece, lo mantiene en perpetua fluctuacion; en vez de reflejar en sus columnas las realidades de la vida de la sociedad para quien escribe, refleja los vaivenes, los antojadizos pareceres del partido que lo sostiene i que lo paga; en vez de indignarse con la sociedad, de reir, de llorar o de maldecir con ella, muchas veces se indigna cuando esta se halla del mejor humor, llora cuando la sociedad rie, i cree verla marchando a un precipicio, cuando la sociedad está segura de recorrer una senda llana, desembarazada i sin peligro alguno para su presente i su porvenir.

Esto no es cosa rara: es de todos los dias. Se observa en donde quiera que hai dos hojas de diverso matiz político.---La una augura siempre prosperidades al pais,---cuando la otra le pronostica grandes desgracias. La una se solaza en la calma,---cuando la otra vive sobresaltada por los nubarrones de una próxima tormenta que divisa en el horizonte. La una lo vé todo color de rosa,---cuando la otra lo vé todo color de fuego.

Con este método de ver, de juzgar i presentar los sucesos realiza la prensa el concierto mas discordante que se puede concebir.—Pero esto nada seria sin las consecuencias que entraña.

La primera de todas es falsear los hechos mas claros, mezclar la verdad i el error, la lójica i el sofisma, la realidad i la ilusion, el interes público i el interes privado, las conveniencias sociales i las miserias de partido hasta un punto tal que el mejor criterio vacila, se confunde, se pierde en un dédalo de dificultades i encontradas apreciaciones.

Se vá en busca de la luz i se encuentra la oscuridad.

Se vá en busca de la verdad i se encuentra la duda.

Se vá en busca de la razon i se encuentra la pasion.

Se vá en busca de un guía i se encuentra un traidor.

Resulta de todo esto que la prensa estravia al ignorante i se hace despreciar del hombre ilustrado.---Por eso, cuando Jefferson decia doliéndose de los males causados por la licencia de la prensa: «que era imposible dar fé a lo que nos llega por una via tan repugnante,» tenia razon.---Una vez comprometido el dia-

rismo en el camino de la parcialidad, se aleja de su mision, la subvierte, la reniega.

De juez se torna en cómplice;

De tribuna de la sociedad, en sentina de pasiones;

De faro que anuncia el puerto, en tea que presajia i trae el incendio.

Necesita vivir, i vive esplotando el mal i la mentira, la calumnia i el sofisma, desde que el bien i la verdad no ofrecen ventajas, no hallan quien los oiga ni ménos quien los pague.

No hai peores consejeros que la pobreza i el desamparo---i estos son por lo jeneral los asiduos camaradas de la prensa américo-hispana.---La culpa de su desmoralizacion no es, pues, tanto suya como de la sociedad, que parece en riña con la verdad i mas prendada de los aduladores que de los jueces.

Es una necesidad de vida o muerte para estas sociedades combatir el diarismo exclusivamente de partido. Miéntras un diarismo sin conciencia, sin moralidad i sin fé se tome por asalto el derecho de dirijir la palabra a la sociedad, la prensa será un peligro constante, permanente e inevitable.

Justo Arteaga Alemparte.

Viaje a los baños de Chillan.

II.

DE TALCA A LOS BAÑOS.

De Maistre en su espiritualísimo *Viaje al rededor de mi cuarto* divide su individualidad en dos seres distintos: el *alma* i la *bestia*, que a veces obran de consuno i en otras el alma se lanza en las rejiones ideales, miéntras que la *bestia* se complace delante de un buen almuerzo o reposa muellemente su pereza. A mi llegada a Talca, mi alma i mi bestia se hallaron en la mas pronunciada anarquía de aspiraciones. Aquella manifestaba su incansable anhelo de seguir adelante, so pretesto de que un profundo pesar le hacia necesaria la variedad contínua de escenas, i la bestia, apelando a ciertas reminiscencias infantiles, pretendia permanecer en Talca, alegando que recordaba con entusiasmo que aquella era la tierra clásica de los buenos *peje-reyes*.—El debate fué largo i azaroso; pero al fin la bestia se coronó con los laureles de la victoria e impuso un tratado (siguiendo siempre la costumbre enropea) para prolongar por dos dias la residencia en aquella amable ciudad.

Hecho esto, me lancé fuera de casa acompañado por un amigo que me servia de *cicerone*, i recorrí las calles desiertas i silenciosas en la mitad del dia, visitando los lugares que ocuparon las trincheras en la última revolucion, (que ojalá se quedase para siempre con ese adjetivo que la califique), luego el punto de la plaza en que fué herido Vallejo, i los puntos en que han sido heridas las torres de la iglesia matriz, que felizmente no han muerto como aquel, i todo en fin lo que la revolucion ilustró con su sangrienta huella i sobre lo cual creo no habrá dos opiniones perfectamente de acuerdo en la poblacion, tal es la diverjencia con que cada cual se espresa sobre la materia.

Talca, a pesar del silencio de sus calles, tiene ciertos aires de capital, que el viajero la concede de buen grado despues de pasar por las viejas i desaliñadas poblaciones que median entre ella i Santiago. Lo que distingue al Talquino es su amor esclusivo a su pueblo, que puede compararse con el de los antiguos romanos por la libertad, durante los buenos tiempos de la Señora del mundo. Allí se conserva todavía la franca cordialidad que las pretensiosas costumbres de nuestra capital han desterrado, i se deja notar un orgullo, que pocos pueblos ¡ai! tienen derecho de manifestar, por la moralidad que reina en sus relaciones sociales. Esto basta para probar al lector que en Talca no se vive todavía a la europea, bien que la moda i los figurines de Paris se imiten allí casi con la misma escrupulosidad que entre nosotros.

Terminados los dos dias que me habia concedido para residir en Talca, emprendí mi marcha al tercero i llegué a Chillan despues de atravesar el Maule i los arenosos campos de Longomilla, las incultas llanuras del Maule i del Ñuble en las que el viajero no encuentra mas distraccion que los frecuentes mirajes que se ofrecen a su vista en el horizonte, remedando inmensas lagunas de cristalina superficie sobre la cual se reflejan, en onduladas imájenes, los árboles que se divisan en lontananza. Fuera de este pasatiempo, en que la imajinacion es la que hace el mayor gasto, la naturaleza estéril de aquellos campos mas bien parece pertenecer a una nacion abandonada de Dios, que a la «vírjen del mundo, America inocente» de tan decantada feracidad. Cor-

tan esas planicies varios riachuelos, i las poblaciones del Parral i San-Cárlos vienen a recordar al viajero que atraviesa un pais civilizado. Estos pueblos, como todos los mayores i menores del sur, tienen por carácter distintivos una alameda, a imitacion de la de Santiago.—El pueblo que no tuviese alameda se creeria entregado a un eterno baldon. Los habitantes afectan por otra parte hallarse mui instruidos de todo lo concerniente a la capital, que a esa distancia cobra colosales proporciones, i el que puede, no pierde la oportunidad de hablar de su último viaje a Santiago i de las relaciones que aquí tiene. Todo esto como una cosa insignificante i que se dice solo por via de paréntesis para redondear una frase, porque el provinciano creeria faltar a su dignidad manifestando la menor admiracion por algo que no sea de su pueblo.

En Chillan solo permanecí una tarde i la empleé en visitar la poblacion i el hermoso templo de San Francisco, que sirve de principal ornato a la elegante aunque mui moderna plaza de este nombre. Desde allí se principian ya a presentir los famosos baños i a recojerse sobre ellos las mas abultadas i contradictorias noticias.

—Hai en los baños mas de dos mil personas, dicen unos.

—Muchos tienen que dormir sobre la nieve, añaden otros con imperturbable seriedad.

—Dicen que hai dias en que no tienen que comer.

—¡Pero qué *curas* tan milagrosas! Véa Vd., don Fulano, que pasó por aquí mas sordo que una tapia, cuentan ahora que le incomoda el ruido de las moscas.

—I doña Mengana, que llevaba un niñito mudo, dicen que le cuesta hacerlo callar para que se duerma.

—Por aquí pasó don Sutano: iba el pobre que daba lástima i me han dicho que ya no le junta la ropa de lo que ha engordado.

Llenos de tan lisonjeras esperanzas salen los viajeros de Chillan con direccion a la cordillera. A pocas leguas de camino principia la cadena de montañas por cuya pendiente deben recorrerse veinte leguas ántes de llegar a los baños. El camino es pintoresco i grandioso. La vejetacion ostenta allí increibles esfuerzos de riqueza i variedad. Los árboles seculares, entrelazados de plantas i enredaderas, prestan su sombra durante la mayor parte del tránsito, i el solemne silencio de aquellos bosques, campo de las correrías de Pincheira, recuerda los hechos novelescos de aquel memorable bandido, cuya guarida puede visitarse apartándose algunas cuadras del camino.

Pero la belleza salvaje de aquellos sitios, la magnificencia de la creacion manifestada en tan colosales proporciones!, los recuerdos de Pincheira i la pintoresca vejetacion de las quebradas i laderas, todo, todo desaparece ante un enemigo de esos lugares, implacable, sofocador, porfiado, que se burla de la mas evanjelica resignacion i hace que los ménos pacientes agoten mil veces el vocabulario entero de las imprecaciones i juramentos. Ese enemigo es el *Trumao*. Nombradlo delante de alguno que haya estado en los baños i le vereis enrojecerse como atacado por una súbita sofocacion. El *trumao* es un polvo sútil i espantosamente abundante, que nace del suelo vejetal de aquellas montañas, se alza en inmensas nubes, rodea al paciente por todas partes, penetra hasta al traves de los vidrios i ofende la respiracion i la vista en términos de dar al viajero el mas lastimoso aspecto que fisonomía humana puede revestir. Ante el *trumao* todos son iguales como ante las constituciones democráticas.—El trumao no reconoce casta ni sexo privilejiados. El semblante mas alegre i risueño toma a su influjo una espresion lacrimosa de penitente arrepentido. Las delicadas líneas del rostro femenino, como la varonil majestad del mancebo, se trasforman en caricaturas increibles, capaces de desesperar a Cham i a Gavarni. Romeo, Abelardo, Werther, todos los amantes reales e imajinarios se habrian reido a carcajadas al ver a sus queridas cubiertas del espantoso trumao.—Con él, toda ilusion es imposible; su mano burlona desfigura los semblantes con una crueldad sarcástica i desesperante. Posándose sobre las barbas de los hombres, que transforma en una mal sa áspera i compacta; pasando al traves de velo de las mujeres para dar a sus cejas i pestañas la mas risible trasformacion; depositándose por repetidas capas en todas las sinuosidades i puntos salientes del rostro; dando a las narices un aspecto de romadizo inveterado; sombreando los contornos de la boca para aumentar la inconsolable afliccion de los ojos; de todas maneras es inimitable su terrible poder, i a su implacable influjo cada cual parece llorar la pérdida de pasadas alegrías que nunca volverán, porque todos se figuran

que el trumao no se acabará jamas. Agréguese a todo esto el calor del sol, los rabiosos movimientos del carruaje sobre un camino desigual i pesado, los esfuerzos que involuntariamente se hacen para ayudar a los caballos fatigados al trepar cada pendiente, las contínuas estaciones que es preciso hacer para dejar pasar las numerosas carretas que frecuentan el camino, i se tendrá una idea de los dos dias de marcha que separan a Chillan de los baños de la cordillera.

Al segundo dia, despues de salir de una posada que se halla en la mitad del camino i que lleva el nombre de «Posada del valle», se llega por fin al pié de lo que ya puede llamarse la cordillera. Allí los viajeros deben abandonar el carruaje i subir hasta los baños a caballo, o en unos carretones con techo de lienzo tirados por bueyes que, no necesitando para su salud de las aguas termales, no se dan mucha prisa en llegar al término de aquella peregrinacion. Para emprender esta última jornada, todos echan pié a tierra i se apoderan de los caballos de los postillones, dejando ordinariamente a las damas el mas pacífico medio de locomocion que ofrecen las carretas. En esos momentos es cuando los viajeros se presentan bajo el punto de vista mas interesante i pintoresco. El trumao se ostenta sobre ellos en toda su grotesca realidad. Los trajes han perdido, como los rostros, su primitivo color i tomado el que las jentes del pueblo llaman comunmente "color polvillo del diablo.» Los zapatos parecen cargar con el polvo de cien siglos i adquieren cierto aire de parentesco con los troncos seculares de los robles que pueblan aquel paraje; los sombreros han perdido la orgullosa elevacion de sus alas i las inclinan agobiados por el peso tiránico del trumao, i el pelo, que de sedoso i luciente se ha trasformado en inflexible i opaco, deja escapar sus guedejas desordenadas en un sentido horizontal que prestan al aspecto de las fisonomías la mas cómica i desaliñada espresion. Así es que las sonrisas de alegría que al felicitarse de la llegada se prodigan unos a otros los viajeros, parecen mas bien espresar una sarcástica burla del vecino que un signo tan natural de urbanidad i complacencia; miéntras que cada viajero de los que ya se hallan cabalgando, si no pueden del todo tomarse por la viviente resurreccion de don Quijote, semeja por lo ménos al mas espantable de los bandoleros habidos i por haber. Las señoras al mismo tiempo se colocan en los bancos del carreton i emprenden la marcha con la resignacion de los mártires, despues de haber hecho inauditos pero inútiles esfuerzos para sacudir el trumao i volver la perdida elegancia a los entumecidos contornos de sus crinolinas. Dan el primer paso de los bueyes, óyense algunos gritos que el temor de ir a rodar por tierra arranca de las tímidas viajeras, i la cabalgata de varones pasa delante de ellas dejando tras sí una inmensa nube de trumao, al traves de la cual se dibujan los contornos de la impaciente banda como una falanje fantástica de las que en otros tiempos habitaron aquellas selvas con Pincheira.

—¡Jesus! qué hombres tan impolíticos! dice una señora del carreton, olvidándose que la galantería parece en aquellos lugares artículo desconocido.

—Felizmente, ya luego llegaremos, dice otra que ha ofrecido a las ánimas todos los padecimientos del camino.

—Suerte será si llegamos vivas, repone otra, ajitándose para buscar el aire en medio de la nube de polvo que las envuelve.

—¡Penco! pajarito! esclama el carretero animando a sus bueyes al subir una pendiente.

I los pacíficos animales emprenden la ascencion a un trote inusitado, haciendo perderse en el ruido del carreton el diálogo de los viajeras.

A las cinco de la tarde se divisan por fin las casas de los baños, que marcan el término de tan ajitada espedicion.

NADIE.

Continuará.

Don Guillermo.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

IV.

LA CUEVA DEL CHIBATO.

Para saber i contar i contar para saber que no ha mucho tiempo habia al pié de un cerro de la ciudad de Valparaiso una cueva al parecer mui somera, pero que en realidad era honda como la eternidad. Esta cueva estaba situada en el centro de la poblacion i en un paraje que era de paso obligado para todos los transeuntes, pues nadie podia ir del Puerto al Almendral ni del Almendral al Puerto sin atravesar la estrecha garganta que formaba el cerro de la cueva con el mar, i sin mojarse a

veces los pies en las olas que llegaban a estrellarse en tiempos de crece contra el morro.

Ahora ha variado todo eso, pues merced a la poderosa voluntad de un millonario, el morro fué recortado i la cueva tapiada i convertida en un sólido edificio de bóveda destinado a guardar los tesoros de un banco. Pero vamos hablando de los felices tiempos en que aquel Creso no habia cerrado todavia la cueva, para dejar en eterna prision lo que ella contenia. Entónces no habia la hermosa calle que hoi se vé allí, ni habia vecinos que habitasen los contornos, ni gas ni aceite que alumbrase la oscuridad de las noches : así es que aquel paraje era peligroso a ciertas horas i no podia un cristiano arriesgarse a atravesarlo impunemente.

La poblacion entera de Valparaiso sabe que, en la época a que nos referimos, habia dado a la cueva su nombre i mucha celebridad cierto Chibato monstruoso que por la noche salia de ella para atrapar a cuantos por alli pasaban. Es fama que nadie podia resistir a las fuerzas hercúleas de aquel feroz animal, i que todos los que caian en sus cuernos eran zampuzados en los antros de la cueva, donde los volvian *imbunches*, si no querian correr ciertos riesgos para llegar a desencantar a una dama que el Chibo tenia encantada en lo mas apartado de su vivienda.

Los que se arrojaban a correr aquellos peligros tenian que combatir primero con una sierpe que se les subia por las piernas, i se les enroscaba en la cintura i en los brazos i en la garganta, i los besaba en la boca; despues tenian que habérselas con una tropa de carneros que los topeaban, atajándoles el paso, hasta rendirlos; i si triunfaban en esta prueba, tenian que atravesar por entre cuervos que les sacaban los ojos, i por entre soldados que los pinchaban. De consiguiente ninguno acababa la tarea i todos se declaraban vencidos ántes de llegar a penetrar en el encanto. Entónces no les quedaba mas arbitrio para conservar la vida que dejarse *imbunchar* i resignarse a vivir para siempre como súbditos del famoso Chibato, que dominaba allí con voluntad soberana i absoluta, como muchos sultanes de este mundo.

Es pues escusado decir que nadie volvia de la cueva a referirnos sus misteriosas peregrinaciones, i que todas esas historias que contaba el pueblo se sabian solo por revelacion o intuicion. Pero lo cierto es que casi no habia familia que no contase la pérdida de algun pariente en la cueva, ni madre que no llorase a algun hijito robado i vuelto imbunche por el Chibato, pues es de saber que este no se limitaba a conquistar sus vasallos entre los transeuntes, sino que se estendia hasta robarse todos los niños mal parados que encontraba en la ciudad. I como Valparaiso es ciudad en donde hormiguean los niños, i como hai tantos niños que tienen madres tan descuidadas, si las tienen; i como para remate hai tantísimos niños que se distraen con cualquier friolera o que corren tras cualquier monada, aunque los imbunchen, el Chibato hacia una abundante cosecha, de modo que si no le tapan la cueva, tal vez tendria imbunchada a toda la poblacion a esta hora.

Fácil es imajinarse que el animal no se echaría por esas calles en su forma propia i natural a caza de muchachos; i asi es la verdad, pues cuentan las buenas madres robadas, que son brujas i tambien de vez en cuando brujos machos quienes roban chicos en la ciudad. Eso puede probarnos que el señor de la cueva tenia i tiene a su servicio algunas viejas, que precisamente han de serlo las brujas, que se ocupan en sonsacar muchachos; i sin duda tendrá tambien brujos jóvenes que sonsacan muchachitas para llevárselas a sus dominios. Pero seguramente esos fieles servidores que salian de la cueva no debieron entrar allí de otra parte, i sin duda fueron criados i nacidos en aquella rejion, o a lo ménos formados imbunches en edad temprana, para no tener inquietudes en el mundo esterior ni adherirse a partidos estraños ni a intereses ajenos de los de su poderoso señor,

V.

A PICOS PARDOS.

¿Quién no ha andado alguna vez a picos pardos? Confésemoslo llanamente : nadie deja de ser quien es ni deja de cumplir su sino en este mundo por haberse hecho gato alguna vez en su vida. Alejandro Magno no dejó de ser el mas célebre de los filibusteros de la antigüedad, ni sus capitanes dejaron de ser famosos guerreros por haberse andado a picos pardos, aquel con Taltestrida, reina de las Amazonas, i estos con las trescientas damas que de tan largas distancias acarreó consigo aquella reina de puro enamorada. Ni Julio César ha dejado de trasmitirnos su gloriosa fama, a pesar de que se echaba tan a menudo a picos pardos que llegó a ser el terror

de los maridos romanos, i mereció que sus soldados lo anunciasen de vuelta de sus triunfos, clamando: —*Romani, servate uxores, adducimus Calvum*», dicho que con su acostumbrada sabiduría nos recuerda el serio señor de Brantome.

Pero basta de erudiciones profanas, que no necesitamos de ellas para escusar a don Guillermo Livingston por haberse anublado alguna vez en aventuras nocturnas. Mister Livingston, a quien ya conocemos de vista, era antes de ser embrujado un hombre formal a las derechas. Cajero de un casa de comercio de Valparaiso, tenia ácia sus veinticuatro años tanto aplomo como un hombre de ochenta. A las cuatro de la tarde terminaba sus tareas i se instalaba en el hotel de Francia, donde comia sin hablar con nadie i sin beber una gota de vino. Concluida esta segunda faena, se acampaba en el meson a platicar con Madama Ferran i a tomar café hasta las ocho, hora en que se retiraba a su cuarto a leer i a dormir.

Pero un dia de esos hubo una linda almendralina que tuvo bastantes atractivos para arrancar algunas chispas eléctricas del helado corazon de nuestro conocido, i ya desde entónces se alteró un tanto su ríjido método de vida. Madama Ferran fué quedando poco a poco privada de aquellas sabrosas conversaciones de la tardecita, i la arenosa calle del Almendral contó un paseante mas, que como todos hacia su vuelta al puerto mas que de prisa al anochecer.

Andando el tiempo, se estrecharon tambien las relaciones de M. Livingston con la almendralina, i su amor llegó naturalmente i por sus pasos contados al período de la cristalizacion, período crítico en el cual está espuesto un amante ingles, mas que ningun otro, a perder la chaveta. Afortunadamente nuestro amigo no alcanzó a perderla, pues no alcanzó a salir de sus casillas mas que una sola vez.

I esa fue con ocasion de una cita. La bella almendralina, a pesar de que se llamaba Julia, habia sido no solo parca, sino pertinaz en no conceder a su enamorado, no digamos un favor, ni tan siquiera un dedo de sus blancas manos, para consuelo. Esto habia traido mui intrigado a don Guillermo, pues habiendo aprendido en sus estudios históricos que el emperador Severo habia perdonado a su infiel consorte solo porque se llamaba Julia, hallando mui natural que lo fuese una mujer de este nombre, el ingles comenzaba a dudar de la esperiencia del emperador, puesto que hallaba una Julia que parecia Lucrecia. Para salir de sus dudas i aprensiones, tomó la línea recta de todos los enamorados, procurándose una entrevista a la media noche. Durante muchos dias atacó en este sentido su inespugnable fortaleza, i al fin hubo de conseguir lo que tanto apetecía: Julia habia consentido en esperar a nuestro amigo en el huerto de su casa a las doce de una noche de verano, que para mayor fortuna era oscura.

Don Guillermo principió su tocador esa noche a las ocho, habiendo comprado en el dia por primera vez en su vida algunos perfumes que le costaron bien caros, tales como jabon de almendra, opiata i agua de la banda de cincuenta grados. A las once, despues de mil interrupciones, durante las cuales tuvo el enamorado brillantes ilusiones, ardientes soliloquios i no pocos ardientes suspiros, el tocador estaba concluido, i M. Livingston quedó de punta en blanco, aunque con fraque negro i guantes de castor verdes, que estaban mui en moda en el año de gracia 1828.

Entónces Mr. Livingston pensó en su seguridad personal, sabiendo que no era mui prudente arriesgarse por aquellas calles oscuras a ninguna hora de la noche, sin llevar armas que aumentasen la fuerza del transeunte nocturno. Un par de cachorritos de bolsillo bien cargados a bala formaban el arsenal del ingles: no se conocia entónces la invencion de Colt, i era preciso limitarse a dos tiros, fiando lo demas a la providencia.

Ya está nuestro aventurero en la calle a picos pardos. El corazon le latia con violencia i las piernas le flaqueaban, sin embargo de que no tenia que andar ménos de veinte cuadras para llegar al paraiso donde debia tentar a la primera Julia de este mundo que, en su concepto, habia necesitado de tentaciones.

Habia una profunda tranquilidad, i el triste silencio de la noche solo era interrumpido por el leve ruido que se prolongaba en toda la playa al impulso de la mansa resaca de un mar apacible. No se oia ni sentia nada en las calles, i don Guillermo pisaba despacito como si hubiera temido alterar el sueño de la ciudad con el sonido de sus botas.

VI.

EN LA PUERTA DEL HORNO SE QUEMA EL PAN.

Nuestro ingles habia ya tomado viento. Desvanecidas las primeras impresiones que le cau-

saran la soledad i el silencio de la calle, marchaba con rapidez i seguridad, como por un terreno conocido, i con la confianza, o mejor dicho, con el descuido que es natural en el que va entregado a su pensar.

En ese momento discurria M. Livingston que el emperador Severo podia haber tenido mucha razon, i se le hacia viva la parada; pues se imajinaba encontrar una Julia, que aunque no era como la romana, por no tener un marido emperador, podia ser de la propia naturaleza que aquel atribuia a todas las que responden a tan dulce nombre.

Cuando mas le halagaba esta ilusion, llegó a aquel paraje donde el mar estendia sus espumas casi hasta el cerro; i por no humedecerse las plantas o por conservar el lustre de sus botas, se inclinó a la derecha, rosándose con el morro de la cueva del Chibato; i al darle vuelta, recibió en el pecho un golpe violento que lo hizo saltar hácia atras como cuatro varas. Si M. Livingston hubiera sido ménos fuerte i no tan ajil, seguramente habria quedado tendido exánime al recibir tan feroz topetada.

Un instante le bastó para recobrarse de la sorpresa e incorporarse con un cachorro en cada mano, como valiente que era; pero tambien otro instante le bastó para quedar temblando de pies a cabeza, al verse frente a frente de un cabron enorme, que tenia el volúmen de un toro i los cuernos de un ciervo, i que miraba al ingles con dos ojazos como brasas que alumbraban todo el contorno. I asi medio desatentado M. Livingston i maquinalmente le disparó sobre la ancha i coronada frente uno de sus cachorros : el golpe de la bala sobre el cráneo fue como el eco de la esplosion, pero instantáneamente tambien rebotó la bala contra don Guillermo, colándosele derecha en la boca, que la tenia entreabierta por la sorpresa. El ingles, dando una estupenda gargajeada, escupió con fuerza la bala, que fué a parar a los pies del chivo; pero al mismo tiempo vió que las facciones de éste se contraian con una risa atroz, de la cual no pudo dudar cuando sintió que de aquel hocico enorme salia un balido como carcajada.

Veinte topetadas como la primera habria aguantado el animoso jóven por no ser el blanco de tan tremebunda carcajada, pero no por eso sucumbió. Antes bien su noble sangre le hirvió en el pecho, i con redoblado coraje le asestó otra vez en la frente su segundo balazo. El rebote de la bala tomó esta vez otro jiro, pues M. Livingston sintió que se le dormia la pelotilla en un ojo, i casi ciego con el golpe i la rabia, se arrojó sobre el cabron, i aferrándose de los cuernos con todas sus fuerzas, le dió una sacudida como para traerlo al suelo. El animal estuvo a punto de ceder, pues alcanzó a inclinar la cerviz; pero a su vez dió tambien un sacudon que hizo describir al ingles una voltereta, formando en el aire con todo su cuerpo un círculo perfecto, cuyo centro estaba en las manos, que permanecieron aferradas a los cuernos, porque los guantes verdes le servian para ello maravillosamente.

Puestas otra vez sus plantas en suelo firme, Don Guillermo volvió a la carga con mas fiereza para derribar a su adversario; pero entónces fueron mas impotentes sus fuerzas, porque fastidiado el chivo con tanta obstinacion, movió su cabeza con un poco mas de desenfado i tiró al enamorado jóven por los aires cuan largo era, haciéndole describir un arco que fue a terminar en la playa en el instante mismo en que el mar la bañaba con una oleada hermosa i repleta.

El estirado cuerpo del ingles, estendidos brazos i piernas, hendió violentamente las aguas, i éstas al retroceder mansamente a su centro, jugnetearon sobre él, rizándose i formando gorgoritos, sin desquiciarlo de la arena, donde se habia posado.

La linda imájen de Julia atravesó por la mente de M. Livingston como un vapor que se disipa, i un hondo suspiro que se exaló de su pecho. parece que se habia llevado su último aliento, pues quedó inmóbil como un cadáver.

VII.

NADIE SABE PARA QUIEN TRABAJA.

Ese es un adajio vulgar que encierra mas filosofía que la facultad designada con este nombre en la Universidad de Chile. No es esto decir que no sean mui filósofos sus miembros, pues a buen seguro que hartarian a desvergüenzas a cualquiera que se les atreviera, no siendo el gobierno; que cuando la autoridad hace o dice lo que quiere, no hai filosofías que se tengan, pues ella es mas filósofa que Aristóteles.

¿Quién no ha esclamado alguna vez herido con el cruel dolor de un desengaño—¡Nadie sabe para quien trabaja! ¿Pero quién ha escarmentado jamas al ver pasar el fruto de sus sudores a otro, que viene con sus manos limpias a gozarlo? Ya se vé, es una lei natural la

que nos hace aprovecharnos sin saber leer ni escribir de lo que otro nos deja sin comerlo ni beberlo, pero lei mui dispareja. Hai hijos de la dicha destinados a vivir del trabajo ajeno, pero a su lado estamos otros que sobre perder siempre lo que es nuestro, no nos hallamos nunca un centavo ajeno, ni encontramos jamas un leso que nos regale, o que pierda para nosotros lo que está de Dios que pierda para otros.

Este mundo es una gran colmena de abejas que melifican para otros; pero para muchos es tambien un ancho redil de carneros que llevan el vellon para sus amos, i no hai pocos para quienes es un espacioso establo de bueyes que se pintan solos para arrastrar el arado en beneficio ajeno. Lo que Maron decia que les pasaba a todos esos animales, nos sucede literalmente a los cristianos. Allá a los que no tienen la fé de Cristo les pasa algo peor : testigos el Asia, el Africa i la Oceanía enteras, donde el hombre no puede volar como las abejas, ni balar libremente como los carneros, ni rumiar en tranquilo descanso como los bueyes. No dejaria sin embargo de sucedernos a nosotros eso mismo, si el poder de los que mandan fuese místico, o si los que hacen profesion de lo místico fuesen mandones: donde quiera que la relijion es gobierno, o que el gobierno es el sacerdote, allí el hombre no solo está espuesto a llevar el vellon como los carneros, sino que, lo que es peor, si escapa de sus iguales, no escapa del amo comun, que a nombre de Dios lo convierte en bestia ahrto ménos limpia i noble que las abejas, que los carneros i los bueyes del cantor de Arcadia.

Para aprovecharse de aquella dispareja lei de nuestra naturaleza, toda la dificultad consiste en hacerse zángano, sin parecerlo. Pero el zángano nace como el poeta i no se hace como el orador : la gran mayoría nace para abejas, i por eso es que no hai quien escarmiente al saber por esperiencia en cabeza propia que nadie sabe para quien trabaja. El que nació para trabajar tiene que criar hijas bonitas para el zángano, tiene que ahorrar i atesorar para el zángano, tiene que envejecer i gastar las fuerzas de sus miembros o los alientos de su espíritu para que goze el zángano. I es tal el imperio de esta lei, que a sabiendas el avaro vive en la miseria por guardar para los zánganos, el usurero aprieta la soga a los ahorcados para capitalizar para los zánganos, i el rico tonto se desvive i madruga i se fatiga de la noche a la mañana i de la mañana a la noche, tan solo para que gozen los zánganos que despues de su muerte van a dividirse la herencia.

¡Cómo ha de ser! El refran dice— «Dios te dé ovejas e hijos para ellas» ;— pero no dice —«i lobos para comerlas», porque esto no hai necesidad de desearlo, pues lo que sobra son lobos en este mundo pecador.

Así le sucedió al interesante M. Livingston, segun lo supo mucho tiempo despues por un cura que encontró de paso para el otro mundo. Siguiendo la relacion de este santo varon, sucedió que a las once i media de aquella noche terrible, salió Julia haciéndose que andaba en puntillas i se encaminó a una higuera de su huerto, la cual daba frente a un portillo por donde debia entrar su desgraciado amante a gozar de la entrevista que tanto le habia costado conseguir. Pero el cuarto de donde salió la hermosa Julia no quedaba solo: sentados allí en estrecho círculo cuchicheaban la mamá de la doncella, el cura de la parroquia i dos amigos de éste. Habia un complot. Se trataba de sorprender a la niña, que se haria la sorprendida, en el momento de abandonarse dulcemente en los brazos de su amante, que realmente iba ser pillado en todo el rigor de la palabra, pues se trataba nada ménos que de cazarlo, i casarlo infraganti. La mamá habia tenido buen cuidado de ocultar el nombre herético del novio, por evitar los escrúpulos del señor cura; pero valiéndose del ascendiente que tenia en su ánimo, lo habia persuadido de que la cosa era mui llana de hacer, i le habia asegurado la soltería del amante de Julia.

El perro de la casa, que era tan celoso como su ama vieja, dió unos cuantos ladridos al sentir ruido en la huerta, hasta que olfateó el perfumado ambiente de su ama niña; pero eso bastó para que se desgañitarán los perros de la vecindad, que siendo leales vasallos de un tio de Julia, callaron cuando tambien les dió en las narices el aroma de la familia.

«Asi ladran los perros cuando sale a verme Julia,» dijo entónces el hijo del tio, que a la sazon estaba en pié todavia picando un pliego de papel, donde iba a poner entre corazones i flechas picadas unos versos para su prima.

Decir i hacer, todo fue uno : el primo salió de su cuarto, apenas lo intentó; saltó la cerca de su huerto i estando en el vecino, creyó ver con los ojos del alma a su adorada Julia levan-

tando con la mano el mismo traje de muselina con que la habia visto en la tarde, para sacar con mas libertad un lindo pié calzado con zapatitos de cabritilla bordados i ligados a la mórbida pierna con atacados de cinta negra que subian cruzándose para arriba. Era el momento en que Julia llegaba a la higuera, temblando de emocion i sin oir ni ver nada de lo que pasaba.

Lo que no sabemos decir, porque la historia calla en este punto, es si el primo era el sostituto de don Guillermo en el corazon de Julia, o si estaba colocado mas alto. Lo cierto es que uno i otro la adoraban, i ella los amaba a ambos, al uno por ser su primer amor i al otro por ser su amor segundo, bien que la mamá no estaba por los primeros amores, porque, segun su esperiencia, se contraian sin cálculo i a riesgo de no tener en un matrimonio mas que pan i cebollas que comer.

Cuando ménos lo pensaba Julia, se halló entrelazada por los brazos de su primo, que entre sorprendido i enojado la reconvenia porque no le habia avisado que iba a salir. Julia callaba, porque no sabia que responder; pero dando a su desagradable sorpresa todo el aire de una emocion amorosa, le hizo creer que iba a confesarse al dia siguiente, i que por el calor, habia salido a examinarse debajo de la higuera.

A esto se siguió un ardiente escopeteo de súplicas mútuas, la una porque la dejaran sola, i el otro porque le dieran una muestra mas de amor, aunque fuese a riesgo de aumentar el catálogo del exámen de conciencia. No habia remedio : Julia necesitaba terminar pronto aquella escena, antes que llegase M. Livingston; i acababa de abrir sus brazos al primo, cuando cayeron sobre la pareja como llovidos la mamá, el cura i los testigos.

Allí fué Troya : ciega la mamá de entusiasmo al ver el acierto de sus planes, hizo su papel como lo tenia estudiado, sin conocer a su sobrino; i dando el último golpe maestro, declaró que aquello no se arreglaba sino con un casamiento incontinenti, porque el honor de su hija no podia quedar en peligro i descubierto ni un momento mas. No se queria otra cosa el primerizo de Julia; así es que sin vacilar respondió tres veces «sí quiero» a las tres preguntas sacramentales que el cura le habia dirijido antes que escampase el torbellino de reconvenciones de la tia. Julia estaba aturdida, pero como el cura contaba de antemano con su consentimiento, no atendió a sus respuestas balbucientes, i dió su bendicion, desahogando la relijiosa espansion de su corazon con un suspiro.

El cura quedaba satisfecho de poner con dos dedos una barrera insuperable al pecado mortal. Julia se desmayaba en los brazos de su novio.—I la mamá, que acaba de reconocer a su sobrino en un cabeceo que tenia por maña i costumbre en todas circunstancias, corrió despavorida pidiendo luces a gritos.....

El cura despues de muerto no refirió mas de esta historia a M. Livingston; pero este creia mui probable que cuando las aguas del mar se entreabrieron para dar un lecho en las arenas a su cuerpo arrojado al aire por el Chibato de la cueva, Julia entreabria tambien sus sábanas para dar un lecho abrigado i muelle al marido que acababa de cazar a la media noche.

Todo puede suceder, porque nadie sabe para quien trabaja; pero como hai en este mundo una justicia que tarde o temprano nos mide con la misma vara que nosotros medimos, es de presumir que no se casara impunemente aquel primo, que tenia una maña tan sintomática, i que sin saber lo que pensaba el emperador Severo, casaba con una Julia medio desmayada, a la media noche i debajo de una higuera que ella habia elejido de árbol de la ciencia para otro Adan.

ORTIGA.

(*Continuará*).

No mas pobres.

Sr. D. Domingo Arteaga.

Querido amigo :

Hablando ayer de la mendicidad i de los medios de evitarla en Chile, quiso Vd. que le apuntase por escrito alguno de los que se indicaron en nuestra amigable plática, con el objeto de consignar una idea que talvez podria ser útil i de llenar al propio tiempo un vacio de este número de su *Semana*. Voi, pues, a complacerle aunque sea de carrera i brevemente.

Vd. lo sabe: la Europa, aun en medio de sus guerras i de sus dificultades políticas, no ha cesado hasta ahora de trabajar por mejorar la condicion de sus clases obreras. Afortunadamente ésta no es para nosotros cuestion de hoi, pero si lo será de mañana o pasado, en especial la del inquilinaje i del proletariado, porque todo cuanto jira en torno nuestro

lleva impreso el sello de las diferencias i de la desigualdad. En fortuna como en educacion i capacidad, en hábitos i costumbres como ante la lei, la igualdad (dígolo con perdon de nuestro *sabio* código fundamental), apénas es otra cosa que una alegre pero ridícula quimera. Al lado del fuerte oímos constantemente jemir al débil, el poder como la riqueza siguen siendo la herencia de los escojidos, junto a la vana ostentacion del rico encontramos a cada paso la miseria del pobre.

En Chile no hai, en verdad, sino dos clases de hombres, pero la sima cavada entre ámbos es espantosa i profunda. Derívase de aquí i nace como resultado lójico de esa desigualdad la necesidad de la mútua asistencia; pero no basta para llenar tan importante objeto tener buenos deseos i abrigar el pensamiento de hacer el bien. Es preciso ántes investigar el mal i tratar de evitarlo en su oríjen; pero es necesario, sobre todo, que el pensamiento aquel sea ilustrado i bien dirijido; porque de lo contrario, la sociedad empeñada en socorrer a los menesterosos vendria tal vez a imponerse un sacrificio tan enorme como estéril. Tal me parece, por ejemplo, el *poor's tax* de los ingleses.

Pero si el activo especulador i el capitalista opulento necesitan, para adelantar sus intereses, de la cooperacion de la sociedad i de la proteccion de los gobiernos, ¿cuánto mas no habrán de necesitarlas los inválidos del trabajo, el jornalero anciano, el gañan a quien postra la enfermedad en el lecho del dolor, i la familia huérfana i desválida del pobre a quien la lei sume en un calabozo miéntras se confirman o desvanecen los indicios que le acusan de haberla infrinjido?

Necesidades son éstas que cada dia i a cada paso reclaman el cuidado de la administracion i los beneficios de la caridad privada o pública. Sin embargo, los socorros que ellas dispensan vuélvense a veces en daño de los socorridos, porque (Vd. lo sabe como yo) la cama del hospital i el hospicio para la vejez son de ordinario los escalones de la tumba del pobre. Ya pues que, por fortuna nuestra, el subido precio del jornal i la baratura de las subsistencias no han desarrollado hasta ahora entre nosotros la lepra de la mendicidad, tratemos si es posible de destruirla en su oríjen; i ya que no necesitamos crear un impuesto para llenarla i que luego se vácie como el tonel de las Danaides, procuremos siquiera echar las bases de una institucion que produzca los mismos resultados, sin tener los inconvenientes de los impuestos forzosos.

Yo creo la cosa posible, como se lo decia a Vd. ayer, i pienso que, mediante una combinacion fácil i preparada con tiempo, puede obtenerse un arbitrio tan poderoso como el de una fuerte contribucion pública, para impedir que cualquier individuo nacido en Chile i hecho inhábil para ganar su vida por enfermedades, prision, vejez u otra causa análoga, caiga en una miseria estrema i esté libre siquiera de la cruël necesidad de mendigar el pan. Voi a reasumirle mi proyecto en breves términos.

Desearía yo que la pequeña suma de 4 reales, o sea 50 centavos, mitad del derecho parroquial compulsivo que pagamos para cristianizar a nuestros hijos, se depositase al tiempo del bautismo de toda criatura en una caja especial establecida en la cabecera de cada departamento, dándose en retribucion a los padres una papeleta como certificado del entero para los fines que luego indicaré. Viviendo el bautizado hasta la edad de veinte i cinco años, encontrándose atacado de una enfermedad que le incapacite para ganar la subsistencia, i probando ante el municipio que no tiene medios ningunos con que subsistir, o que los que posée por una via cualquiera no alcanzan a 50 pesos anuales, la caja receptora le completaría esta suma sin mas requisito que la presentacion del certificado referido.

La caja seria servida con poquísima labor por las tesorerías mismas de cabildo, i nadie podria escusarse de pagar la imposicion de que se trata. Aquellos que por su estrema miseria no pudiesen hacerlo, serian impuestos a costa de la municipalidad de su pueblo (lo que importaria bien poca cosa, ménos talvez de lo que cuesta anualmente una escuela frecuentada por pocos educandos); fuera de que cada municipio debe suponerse interesado en que sus vecinos tengan derecho a la pension aquella, puesto que así el pueblo entero se veria libre de la mendicidad i de sus tristes i funestas consecuencias.

El producido de la imposicion se remitiría mensualmente a la Tesorería Jeneral que abriría a este ramo cuenta separada i seria la encargada del servicio de la **Caja central:** cada semestre se invertiría lo colectado en cédulas del *Banco Hipotecario*, compradas como lo acostumbra el *Porvenir de las Familias;* i los réditos de 8 por ciento anual, la utilidad re-

sultante del alza de los billetes, la multiplicacion de los ingresos por el impuesto o bien por la amortizacion de las cédulas sorteadas, pero mas que nada el interes compuesto de todas estas inversiones hechas siempre ventajosamente i a poquísimo costo, todo eso formaría al cabo de poco tiempo el fondo comun suficiente para el socorro de los pobres de que venimos hablando.

Calculado ahora el número de nacimientos que tenemos en Chile, estos recursos, mediante la capitalizacion de los réditos, constituirían al cabo de 25 años un fondo de tres a cuatro millones de pesos, fondo cuyo producido líquido, discretamente administrado, bastaría para asignar una renta vitalicia hasta de cien pesos anuales a todo chileno indijente, tanto mas cuanto que éstos solos tendrian derecho a la subvencion o socorro, aun cuando todas las clases de individuos nacidos desde hoi hubieran contribuido a formarlo.

Es bien claro que los saludables efectos de tal institucion se harian esperar 25 años. Pero ¿qué son 25, 50 ni aun 100 años en la vida de un pueblo? ¿No es evidente que si al inaugurarse el gobierno pelucon, el gobierno de los ricos que era el mas interesado en ello, se hubiese ejecutado lo que acabo de indicar, o algo semejante, gozariamos hoi, a bien poca costa, de las ventajas de una institucion tan humana como benéfica? ¿No es claro que el grito de la limosna *por amor de Dios*, no nos lastimaria a cada paso el corazon i los oidos, cuando ni aun sabemos si el que la pide es digno de recibirla? ¿No es indudable que so pretesto de la manquedad finjida i de la llaga falsa, como decia el buen Sancho, no andarian, como andan jeneralmente entre nosotros, los brazos ladrones i la salud borracha? ¿No es indudable que si algo se hubiese hecho en este sentido, hoi nos veriamos libres de la mendicidad i el gobierno podria hacer lo que hoi no puede, reprimirla como un vicio i castigarla como un delito social?

Sea como fuere, mi amigo: yo que no soi diputado, munícipe, ministro ni cosa que lo valga, sino simplemente un pobre diablo, falto de toda iniciativa en cosas públicas, creo que mi idea es una de tantas ideas que un gobierno debe hacer examinar i aun adoptar si se le demuestra la llaneza de su ejecucion. En cuanto a su utilidad, yo la creo incontestable, tanto mas si la dotacion de los párrocos por el Estado deja de ser otra cosa que un gran *desideratum*, i pienso que ella es, i con mucho, preferible a los malos hospicios, al impuesto de pobres de la Gran-Bretaña i a las plagas i percances que emanan de la miseria.

Soi su amigo,

GONZÁLEZ.

Cartas sobre el Teatro Moderno.

CARTA SEGUNDA.

LUCRECIA BORGIA.

Sr. D. Justo Arteaga Alemparte.

Querido amigo:

Despues de lo que dejo a Vd. copiado en mi anterior del prólogo de Victor Hugo, sobre la intencion dramática de la Lucrecia, réstanos ver como ha correspondido la ejecucion al pensamiento, la obra al asunto.

Lucrecia, se nos dice, ha salido de Ferrara i, ayudada de un disfraz, se ha introducido en Venecia. Para esta escapatoria tiene motivos que van a revelarnos las primeras escenas del drama. Hai en el servicio de la república de Venecia un jóven aventurero, que se llama Jenaro, sin padre ni madre conocidos; este jóven con otros de su edad, se divierte en la ciudad de las lagunas en medio de un bullicioso carnaval. La señora Lucrecia hace espiar a aquel jóven, quiere verlo, quiere hablarlo, quiere una sola vez, por lo ménos, tener el gusto de oir su voz i saciarse en la belleza de su varonil semblante. Para esto hace que se introduzca en la compañía de los jóvenes, bajo nombre supuesto, uno de aquellos parciales de la señora Lucrecia en quien tiene la mas amplia confianza, se llama Gubetta; pero en Venecia se le conoce con el nombre de conde de Belverana. Gubetta i Lucrecia son uña i carne, Gubetta i Lucrecia están enteramente ligados con los lazos del crímen: ninguno, pues, mas apropósito para secundar los planes de la emprendedora duquesa, que el cómplice i el instigador de los atentados de aquella perversa mujer.

Observemos con alguna detencion el carácter singular del bandido Gubetta, porque representa en la pieza uno de los papeles mas importantes.

Gubetta es atrevido, astuto, decidor, satírico i de índole avezada a la maldad; es una de las figuras mas repugnantes que puedan concebirse moralmente: lleva su desfachatez i su descaro hasta hacer la mas amarga burla

de su propia señora, en su misma presencia. Gubetta está impuesto de los sangrientos secretos de la familia Borgia; i tanto los conoce, que puede historiarlos con sus respectivas fechas de años, dias i horas: hasta sabe los nombres de los ocultos testigos que pudieran dar fé de ciertas catástrofes. Gubetta es, pues, un personaje que desde que aparece en la escena, llama fuertemente la atencion.

La escena tercera nos presenta cara a cara a la señora Lucrecia i a Gubetta. Jenaro está dormido sobre un banco a un estremo del teatro.

La sola vista del hermoso jóven dormido ha despertado en el corazon de Lucrecia los sentimientos mas jenerosos : en el mismo momento resuelve poner en libertad a todos aquellos enemigos que tenia destinados i próximos a recibir una muerte inevitable. «Ordenad, señora, dice Gubetta, siempre tengo cuatro correos prontos a partir.» I cuando oye que Acciaioli, Buondelmonte, Cazola, Spadacapa i Capra deben ser puestos en libertad, trepida, duda i no puede dejar de exclamar : «¿Qué órdenes me estais dando? ¡Ah! Dios mio! ¡Qué lluvia de perdones! ¡qué granizada de misericordia! ¡estoi anegado en clemencia! ¡yo voi a ahogarme en ese diluvio de buenas acciones!» I Lucrecia contesta : «Buenas o malas ¿qué te importa con tal que yo te las pague?»

Gubetta se burla de los pensamientos de clemencia de Lucrecia. «¡Pobre de mí, Gubetta! Si ahora se os antoja volveros misericordiosa ¿qué me volveré yo?» Pero ni esto ni nada distrae a Lucrecia de su propósito. Ella está resuelta a labrarse otra reputacion de la que se ha adquirido : quiere ser una mujer honrada, i el deseo de ser bendecida, tanto como ha sido odiada, se ha posesionado de su alma. Porque existe un corazon que quiere atraerse, i cuyo odio o cuyo desprecio hácia ella le serian insoportables.

I cuando Gubetta pregunta : ¡Yo quisiera saber a quién amais señora! i Lucrecia contesta de una manera que podia i debia hacer sospechar a Gubetta, que se trataba de alguien que estaba ligado a Lucrecia con lazos mas poderosos que los de un simple capricho momentáneo, puesto que le dice que no es amor al padre, ni al hermano, ni al marido, ni al amante, sino que es otro amor, el que llena su alma, Gubetta se descamina, pierde el tino i lo atribuye a lo que estaba léjos de suponerse, a que Lucrecia comienza a hacerse virtuosa por el amor de Dios! Primera inconsecuencia del carácter de Gubetta. Era preciso que el autor no nos hubiera dado la idea que de este personaje tomamos al principio, para que creyésemos racional en él esa conclusion.

Pero se dirá : Gubetta no sabe, ni ha oido que Lucrecia tuviera un hijo. Eso es falso. Gubetta lo ha oido, no a Lucrecia, es verdad; pero lo ha oido, cuando no ántes de la accion que desarrolla el drama, en el drama mismo. En la primera escena, en presencia de Gubetta, dice Jeppo que hai un niño de por medio, cuyo padre solamente quiere nombrar, i que éste era Juan Borgia. Adviértase que se está hablando de los criminales e incestuosos amores de Lucrecia con sus hermanos, amores que Gubetta conoce. Ese niño, dice Maffio, «debería ser un hombre» por el tiempo en que hablan. ¿Cómo, pues, a Gubetta tan entendido, tan vivo, tan conocedor de los secretos de la casa de Borgia, no se le ocurre que Jenaro es el hijo de Lucrecia, ese hijo de quien ya se ha hablado i de quien él debe haber tenido noticia ántes de escuchar la conversacion de los jóvenes en la primera escena? El mismo, en la segunda, nos dice que *él sabe mas que los* jóvenes que acaban de retirarse.

Se dirá que, distraido con las novedades que advierte en el carácter de su señora i cómplice, se equivoca i no dá a las palabras que oye toda la importancia i el sentido en que Lucrecia las pronuncia. Para eso debemos atribuir a Gubetta demasiada falta de malicia. I entónces no es el Gubetta que oimos hablar en la escena tercera, el mismo que hemos oído en las dos anteriores. Mas adelante veremos que este carácter es falso bajo otros aspectos.

Seguiré relacionando la esposicion de la pieza. Lucrecia, embriagada con la vista de aquel hijo a quien idolatra, no puede contenerse, se aflije, llora, se quita la careta para enjugarse las lágrimas, i en ese momento es reconocida por dos enmascarados que la observan. Lucrecia, de rodillas a la cabecera de Jenaro, depone un beso sobre la frente de su hijo, quien todo sobresaltado despierta i quiere saber por qué lo besa aquella mujer. Cómo oyen ruido, se van de la escena, no sin que Jeppo i Maffio, dos compañeros de Jenaro que vuelven a ella, la reconozcan, i se propongan darla a conocer a Jenaro, que suponen que no sabe quien es ella.

Vueltos al mismo lugar que momentáneamente abandonaron Lucrecia i Jenaro, ella se quita la careta para que su hijo la mire i la conozca. Esta es una de las mas interesantes escenas del drama. En ella hai movimientos de ternura que hacen esperar otra cosa de lo que sucede mas tarde. Lucrecia puede medir casi con certidumbre, que Jenaro se ha hecho una idolatría del amor de una madre que no conoce, pero a quien ama tanto mas cuanto que, por cartas que de ella ha recibido, sabe que es noble i la mas desgraciada de las mujeres. En la exajeracion de su amor filial, dícele Jenaro que daria su vida en este mundo por ver llorar a su madre, i que daría su vida en el otro por verla sonreirse.

Pero esta delicada i tierna escena es de repente interrumpida por la multitud de los jóvenes atolondrados, que vienen a descubrir a Jenaro quién es aquella mujer, a quien suponen peligroso que ame, i de cuyas garras quieren a toda costa librarlo. Lucrecia se cubre, pero en vano; porque ha sido reconocida por sus mortales enemigos. Cada uno de ellos tiene algun asesinato que echarle en cara, alguna persona querida de su propia familia sacrificada a los odios de Lucrecia, a su sed de sangre i de rapiña. Jenaro no oye el nombre de aquella mujer; porque solo dice cada uno de ellos el mal que ha recibido. En vano Lucrecia de rodillas les pide compasion i misericordia. Los jóvenes están frenéticos; sigue cada uno a su turno contando el catálogo de los crímenes de Lucrecia, i el mas espantoso de los golpes con que podian amenazarla, lo recibe al terminar esa tempestuosa i terrible escena, cuando Jenaro, oyendo que aquella mujer se llama Lucrecia Borgia, la arroja de sí con horror.

De esta manera concluye la primera parte del acto primero. La segunda pasa en Ferrara. Todos aquellos jóvenes han cometido la imprudencia de ir a Ferrara, precisamente a la ciudad donde reina Lucrecia Borgia como soberana, i en donde a cualquiera se le ocurriria que los que ménos podian contar con la cabeza sobre los hombros, eran los que habian cometido la imprudencia de provocarla tan sangrientamente como ellos lo hicieron. Harto la conocian, para confiar en las inmunidades que les proporcionaba el carácter de adictos a la embajada veneciana. Para los asesinos i los envenenadores no hai inmunidades que respetar. Pero eso no quiere decir otra cosa, sino que tales jóvenes podian ser un poco mas aturdidos que lo son otros i los mas, i que despreciaban los riesgos que iban a correr.

Lucrecia solo tiene presente su venganza i su afrenta. Lucrecia se ha visto despreciada por el único ser que amaba en el mundo, i Lucrecia abandona todo pensamiento de misericordia i de paz, toda idea de nueva vida, toda ilusion de otra fama que la que ya habia adquirido de vengativa i de cruel. Es, pues, visto que, como decia Gubetta, Lucrecia no podia nunca ser una buena mujer.

La duquesa de Ferrara ha ideado la mas diabólica invencion que puede caber en cabeza humana para vengarse de sus enemigos. Los hace invitar a un festin por una mujer que se titula la princesa Negroni i que no es otra cosa que un ajente de las venganzas de Lucrecia. En ese convite deben morir envenenados todos los jóvenes que la insultaron. El plan es combinado con Gubetta; pero no sin que este haya sido amonestado, en mas de una ocasion, para que tuviese el mayor cuidado de que nada sucediera a Jenaro. Sobre este punto tranquiliza Gubetta a Lucrecia. Este es un asunto que corre por cuenta de Gubetta.

Pero una vez solo, Gubetta entra en cuentas consigo mismo i dice: «¿Quién será este Jenaro i que diablos querrá hacer de él? La señora Lucrecia no me fia todos sus secretos, ni con mucho; pero éste pica mi curiosidad: i... ya que ella se guarda de mí, es preciso que no se imajine que voi a servirla por esta vez.» Esta es la primera revelacion que se hace al espectador de que Jenaro corre un peligro inminente. El encargado de vijilar sobre la seguridad de Jenaro se negará, sin otro motivo que el de no haber obtenido una plena confianza de su señora, a prestar a Jenaro toda la asistencia que convenia a su seguridad.

Inmediatamente despues de esto los jóvenes entran en escena, conversando de sus amores, de sus aprensiones, de sus temores a las venganzas de Lucrecia; i entre bromas i veras reconvienen a Jenaro por su inclinacion a Lucrecia Borjia. Jenaro se incomoda i comete la imprudencia mayor que podia cometer un individuo de la comitiva de la embajada veneciana. Los crímenes de Lucrecia Borjia que sus amigos le han contado, sublevan su corazon jeneroso contra aquella malvada mujer. Pretende una venganza para

sus amigos. Ya que no puede gravarla en la frente de la ofensora, quiere que quede en relieve sobre la frente del palacio que le sirve de morada. Así tambien dará a sus compañeros un elocuente desmentido de esos rumores que ellos hacen correr acerca de sus supuestos amores con Lucrecia. Súbese, pues, sobre el banco de piedra que está bajo el balcon, i con su puñal hace saltar la primera letra del nombre de Borjia que decora la fachada, de manera que esta mutilacion manifiesto a todo el mundo que aquel palacio no es otro que el palacio de la ORJIA.

El duque de Ferrara hacia espiar a Jenaro i otro tanto practicaba la duquesa por su parte, miéntras tienen lugar estos acontecimientos. Dos hombres vestidos de negro se presentan tan pronto como los jóvenes se retiran haciendo algunas reflexiones sobre la ocurrencia de que se deja hecha mencion; i aquellos dos hombres, despues de observarse i de reconocerse, sabiendo que no pueden ambos cumplir por la parte que les toca con el encargo que ha recibido el uno del duque i el otro de la duquesa, resuelven encomendar a la suerte la ejecucion. La vida de Jenaro va a jugarse, i se juega a cara o cruz, tirando una moneda al aire. El ajente del duque gana la partida i el de la duquesa abandona el campo. Un momento despues se presentan a la puerta de Jenaro los esbirros que deben prenderlo.

Así acaba la segunda parte del acto primero de este drama. Haré algunas reflexiones ántes de pasar adelante.

La esposicion está en las primeras escenas del acto que hemos recorrido, i el drama comienza a interesar vivamente, desde que Lucrecia es reconocida i perseguida por los jóvenes que la insultan. Aun ántes de esto, el espectador está preparado a lúgubres acontecimientos: las tenebrosas relaciones de aquellos mozos, la descripcion de aquel cadáver arrojado al Tiber en una noche oscura: el nombre del asesinado i el del asesino: están preparando el ánimo del espectador a presenciar desastres i desolaciones.. Lucrecia Borjia, aquella terrible i poderosa mujer, debe estar perfectamente acompañada de un séquito de bandidos obedientes i fieles, próximos a despedazar la primera presa que se les designe. Gubetta solo tiene cuatro correos prontos a salir adonde quiera despachárseles.

I a pesar de todo esto, vemos que la señora Lucrecia, no puede estar peor secundada por sus ajentes. Ya hemos notado en Gubetta que indica la intencion de no velar por la seguridad de Jenaro, i ahora vemos que el otro ajente Astolfo, se entretiene en jugar a cara o cruz la ejecucion de las órdenes de su señora. Comenzamos pues a sentir que no es tan terrible la señora Lucrecia, si no dispone de jentes mas vivas, mas fieles, mas prontas a ejecutar sus órdenes. ¿O será que para éstos, no es Lucrecia Borjia, la implacable i la vengativa Lucrecia que amenaza i castiga sin saber cómo i cuando ménos se piensa?

Puede argüirse que no deben buscarse en tan bajos caracteres, fidelidad i otras prendas que piden personajes de mas alta categoría; puede decirse que Astolfo, siendo un miserable cualquiera, no es inconsecuente en hacer lo que hace; i aun tambien puede agregarse que de ordinario tal debe suceder a los que descienden de la altura para bajar al lodo a encenagarse; que los príncipes que se lanzan en la carrera del vicio i de los crímenes, no deben encontrar sino ajentes viciosos i criminales, i que a estos no puede pedírseles jamas consecuencia alguna.

Todo esto es cierto; i todo esto que en otro caso pudiera salvar en un personaje la nota de poco discreto i avisado, no alcanza a componerse con la idea que de Lucrecia se ha formado el espectador. Para que el poeta pudiera disculpar a su Lucrecia de precipitada i de confiada, era preciso que nos hubiera retratado otra Lucrecia. La terrible mujer que ha hecho un cementerio silencioso de la ciudad de Ferrara, en donde solo se vé que cruza la plaza un hombre, i que este está envenenado, la Lucrecia de los puñales i de los venenos, la soberana que tiene a sus órdenes una comunidad de frailes de San Sixto, para ayudar a bien morir a las personas que a ella se le antoje envenenar, no es sin duda la Lucrecia que se valga de su caudatario Astolfo para que este burle sus órdenes. Todos en Ferrara deben saber que no es ella mujer que se queda con un agravio, sin tomar una ejemplar venganza. Ella lo grita así, i sus secuaces deben saber tambien que ella les demandará estrecha cuenta de cómo han ejecutado sus mandatos. Esto deben conocerlo todas las personas que la rodean i su caudatario Astolfo, como quien está mui cercano a la duquesa. Esto deben entenderlo lo mismo los plebeyos que los nobles. El temor mas cabida tiene en los primeros que en los segundos, i el temor de in-

frinjir los mandatos de Lucrecia Borjia, debia hacer que Astolfo obrase de diferente manera que como obró. Es verdad que a los criminales no puede pedírseles consecuencia. Pero es cierto tambien que es preciso suponer que todos los hombres, i los criminales mas que otros, tienen miedo a la muerte. El instinto solo de la conservacion, el amor a la vida debe hacer que cada cual, al lado de Lucrecia, tome el lugar que le corresponda, i los ajentes de Lucrecia no están en su lugar.

I es de notar que todos los peligros que corre Jenaro, todos vienen por falta de vijilancia de los ajentes de que Lucrecia se vale. Su marido ha salido a espiarla, ha venido a Venecia, i ella no lo ha sabido. Ella tiene ganado al criado de Jenaro; pero ese criado, apénas le ha servido para reducir a su señor a que tome la casa que ocupa, i entregarle la banda que lleva puesta, haciéndole creer que Fiametta se la ha enviado. Ha ganado a ese criado; lo cuenta por suyo; i este criado no le avisa mas tarde que su amo se encuentra en el banquete o la orjia de la Negroni. Diráse que este criado no tenia semejante encargo. Pero yo responderé que Gubetta tenia otro mucho mas explícito, mas importante, i tampoco quiso cumplir con él.

No adelantemos los acontecimientos. Termino por ahora. En mi tercera carta proseguiré el análisis de los carácteres del drama.

HERMOJENES DE IRISARRI.

Una travesura del diablo.

Cuento tradicional.

I.

En una calle existian
Frente por frente dos casas,
I si no mintió mi abuela,
Que esta historia me contara,
En la una habia una jóven
Por su hermosura afamada,
I en la otra un noble galan
Tambien de no ménos fama.
Unas quince primaveras
En la niña se ostentaban,
I a las veintidos el mozo
Escasamente llegaba.
Cada tarde él a la puerta
Parábase de su casa,
I no dejaba en ninguna
De hallarse ella a la ventana.
Sin duda se cruzarian
Algunas tiernas miradas,
O esas tímidas sonrisas
Con que amor incendia el alma;
Pues en un dia de marzo
Que en occidente espiraba,
Acercóse él a la reja
I a la jóven dió una carta.
Tómala pronto la hermosa
Sin que su madre notara,
I precipitadamente
Dentro del seno la guarda.

Cuando del siguiente dia
Teñia apenas el alba,
Cual nunca madrugadora
Dejó la niña la cama.
Despues que en el lavatorio
Su blanco rostro bañara
I despues que el espejo
Peinado arreglara i gala,
Abriendo entrambos cristales
Tomó asiento en la ventana.
No bien esto sucediera,
El galan que la aguardaba,
Aproximóse a la reja
I entablaron así plática:

EL.

«¿Con qué al fin puedo decir
Que mi dorada esperanza
Correspondiendo mi amor
Hazme realizado, Amalia?
¿Nó eran mentira los sueños
Que en mi dormir me halagáran,
En que víame a tu lado
Embriagado con tus gracias?
¿Tánto cual yo te idolatro
Es verdad que tú me amas?....
¡Escúchelo de tus lábios
Para no creer que me engaña
Un ensueño vaporoso!....

ELLA.

Sí, Manuel: dentro mi alma
Hace tiempo que por tí
Encendió el amor su llama.
Te lo hubiera confesado
Ya, si el pudor mi garganta....
O talvez la incertidumbre,
No embargase mis palabras.

EL.

¡Oh, ventura! Yo deliro!
¡La alegría me arrebata!....
¡Allá en mis sueños confieso
Ménos dicha imajinaba!

I Manuel fuera de sí
Las torneadas manos blancas
Teniéndolas en las suyas
Besaba de su adorada.
Ella solo sonreía
I hechicera le miraba,
Retratándose en sus ojos
De su querido las ansias.
Pero la tos de la vieja
Sonó en la vecina sala
I a separarse forzados
Viéronse Manuel i Amalia.
Cita se dieron los dos
Para la otra madrugada,

I dándose un adios fino
Rápido él tornó a su casa.

II.

Es una noche de invierno
Encapotada i oscura,
I en ráfagas zumbadoras
El viento las calles cruza.
De los revueltos nublados
Gotea pesada lluvia
I al léjos, de los relámpagos
Se alza la llama sulfúrea.
Es una noche de aquellas
Cuando al alma se acumulan
Negras i tristes ideas
Que la fantasía abulta.
Es una de aquellas noches
En que se teme a las brujas
I a los espectros que vagan
Allá en bandada confusa.
I mucho mas por los tiempos
A que mi historia se anuda,
Que reinaba la ignorancia
Con sus creencias absurdas.
El amante mas perdido
En aquesta noche, en suma,
No se atreviera a cumplir
Talvez la cita nocturna.
Pero es Manuel un valiente
A quien los miedos no asustan,
I ríe si de fantasmas
Algunos cuentos escucha.
De dos filos un puñal
Se acomodó a la cintura,
I dos cargadas pistolas
Guardóse como de ayuda.
Cálase luego el sombrero,
En la capa se rebuja,
I con suma precaucion
Echase a la calle oscura.
Crúzala despues lijero,
Aunque la lluvia la inunda,
I a la ventana de Amalia
Con cierta señal se anuncia.
Abrióse al punto un postigo
I un acento de dulzura:
—«Voi al instante la puerta
A abrirte mi prenda única.»
I tras aquestas palabras
Sin ruido el postigo juntan.

Quedó el galan esperando
A que le abrieran la puerta,
Cuando de alguna persona
Que asaz el paso acelera,
El rumor se apercibió,
Que hácia la casa se acerca.
Cuanto le fuera posible
Manuel al muro se llega,
I así se puso a aguardar
Que pasara el que viniera.
Al fin llegó el que venia,
I sacando una linterna
De debajo de la capa,
Reconoció si era aquella
La casa, i luego tres golpes
Dió a la puerta con reserva,
—«¿Quién está? dijo Manuel
Con voz desdeñosa i seca:
Sin duda que se equivoca
El que a esa puerta golpea.»
—«No me equivoco: estoi cierto
Que la que yo busco es esta.»
—«En esa casa yo vivo
I nunca os he visto en ella:
Examinad las siguientes
Recordando mas las señas.»
—«Estoi seguro i callad
Que hablar tanto me molesta.»
—«Retírese el importuno
Si no quiere le suceda
Alguna pesada mano.»
—¿Quién dice tanta insolencia?
No me engaño si me afirmo
Que es un tunante que acecha
Quizá el momento oportuno
Para algun robo que intenta.
¡Alejaos, miserable,
Al instante de esa reja;
Alejaos, o vuestra alma
De aquí al infierno se vuela!»
I el desconocido hablando
Con voz de cólera llena
Se aproximó a don Manuel
I una pistola le acerca.
Este al punto se apercibe
I prepara la defensa,
I al que asi le amenazara
Otra pistola le muestra.
En esto el desconocido
Risotada alegre suelta,
I con acento amistoso:
—«¿No es Manuel el centinela?»
—«¿Joaquin?»
—«El mismo ¿que aguardas?»
—«¿I tú, dime?»
—«Qué me abrieran.»
—«Cómo, eres el querido
De Amalia?»
—«Muchacha bella
Que, aunque de veras no la amo,
No es tampoco de perderla.»
—«I para esta noche cita
Te ha dado?»
—¡«Quién no lo acierta!»
—«Pues a mí tambien.»
—¿«Qué dices?....
Tú te burlas.»
—«Pues espera.»

En este instante jiró
Sobre sus goznes la puerta,
I reflejó hasta la calle
El resplandor de una vela.
Joaquin atrás de Manuel
Se puso i ambos se acercan;
Mas al llegar ¡oh, qué horror!
Una negra calavera
Sobre un jigante esqueleto
En vez de Amalia se muestra.
Ambos mozos a la vista

De aquella vision siniestra:
—¡Es el diablo! balbucearon
I desplomáronse en tierra.

I al punto allá por la nubes
Sonó alegre carcajada,
I entre roja llamarada
Ronco el trueno retumbó;
A poco cesó la lluvia
I sopló apacible el viento,
I sereno el firmamento
Su manto azul ostentó.

CONCLUSION.

No se hablaba de otra cosa
Al otro dia en Santiago,
Que del chasco que a Joaquin
I a Manuel jugara el diablo.
I aun cuando algunos creyeron
Solo era un cuento inventado,
Mi abuela me aseguraba
No habia nada de falso.
I yo a la verdad lo creo,
Puesto que despues buscaron
A Amalia, sin que la hallasen
En aquel ni en otro barrio;
I que al frente de la casa
De Manuel, un arruinado
I desierto caseron
En adelante encontraron.
I de entónces los dos mozos
Que reían de los beatos,
Oían misa cada dia
Con frecuencia comulgando.

RAFAEL SANTOS.

Ecos de la semana.

Santiago, marzo 10 de 1860.

SUMARIO.—Una semana que no es histórica ni mitolójica.—Rancagua.—Club literario.

¡Cuán pocos hai que digan alguna vez :—qué felices somos! i cuán pocos hai que dejen de decir a cada instante :—qué felices éramos! Mucho se engañaria sin embargo quien, dando crédito a tales exclamaciones, pensara que la felicidad habia escaseado en el comercio de la vida. Tan abundante es hoi como ayer o tan rara era entónces como ahora. Sucede sí con la felicidad lo mismo que sucede con el aire, que se nos escapa cuando pretendemos asirlo. La verdadera causa de aquel fenómeno no está, pues, sino en la índole de nuestra humana condicion. Entre las manías mas universales que se dividen su imperio, hai una que la domina constantemente, que siempre la ha dominado del mismo modo i que no dejará de dominarla con igual persistencia hasta el juicio final; i esa dominante manía es la de llorar sin tregua el tiempo que pasó. Desde la creacion hasta el dia la humanidad ha caminado incesantemente, i de entónces acá ha mejorado de todas maneras : ha aprendido mucho, se ha enriquecido mucho, ha ganado de consiguiente en ciencia i bienestar; pero no ha dado un solo paso sin creerse hoi mas desgraciada que ayer, sin echar de ménos el bien no siempre real de la víspera i sin recibir con indiferencia el bien del dia de hoi; mui positivo a menudo, sin desdeñar lo que posée i sin llorar lo que ha perdido. Nunca satisface al hombre la realidad del presente, i por brillante i rosada que sea, palidece i se anubla delante de los recuerdos de ventura pasada, que la imajinacion i la ausencia tiñen de dorados colores, como el ambiente i la distancia vuelven azules las montañas lejanas. La posesion deshace todo encanto, semejante a la luz del sol, que acaricia un instante i calienta suavemente para abrasar luego con sus rayos i hacer huir de su quemante resplandor; miéntras que la ausencia es como la luna que deja brillar solamente las estrellas del cielo i oculta a la vista las miserias de la tierra. Así tambien el hombre no recuerda del pasado sino las alegrías, al paso que recibe del presente las dichas con los dolores i las rosas con las espinas; se desconsuela entónces, se aflije i llora, imitando a los niños que lloran i maman a un mismo tiempo.

Llorando i mamando corre la vida para el hombre i la sociedad; i esto es tan cierto que hasta la nuestra, tan afortunada como es, no ha renunciado a esta preciosa libertad, ántes bien la ha ejercitado sin interrupcion i ha llorado i mamado siempre como el párvulo de mejor apetito i de pulmones mas poderosos. Hoi en dia sobre todo, si no mama mas que de ordinario, llora con tal abundancia i tenacidad que podria apostárselas a Magdalena la arrepentida, a Jeremías el profeta, a las nubes de invierno i aún a los sauces llorones. Inútil es decir que lo que llora es el tiempo pasado.

«¡Qué felices éramos entónces!» dice ahora sollozando nuestra buena capital, «cuando habia movimiento i animacion aunque no hubiese coches; paseos i fiestas aunque faltasen los grandes tocados i los grandes salones; cuando habia cordiales amistades sin guantes blancos, franca alegría sin embarazosa etiqueta, honradez sin dinero, patriotismo sin partida doble, talento sin pretensiones, costumbres sin modas! Pero ¡ai! todo eso pasó, i estamos mui léjos de aquellos dias de sinceridad i llaneza. Vinieron los muebles de crin i luego

los de seda con los tápices suntuosos i los espesos cortinajes, vinieron las calesas (que en paz descansen) i tras ellas los coches de mil formas i mil nombres, vinieron los figurines de París, sus sastres i sus modistas junto con los mercaderes de encajes i sederías, i vinieron todavia algunos centenares mas de emigrantes del viejo mundo que traian cada cual alguna novedad, alguna maravilla. Desde aquel momento todo cambió, inclusos los santiaguinos, que perdieron su buen humor por tener buenos muebles, que perdieron su libertad por aprisionarse en un carruaje, que perdieron su holgura por ajustarse a un figurin, que perdieron, en fin, tantas cosas que no han reemplazado i todos echan de ménos. Aquel nuevo réjimen no tardó mucho en desterrar las antiguas costumbres, pero no nos trajo otras nuevas, i nos entregó maniatados a los caprichos de la voluble moda. ¡Desde entónces jemimos bajo su absoluta tiranía, la peor de todas, la tiranía de lo imprevisto, de lo inesperado!»

Ved aquí una queja que no carece de fundamento. La verdad es que la moda ha hecho tantas conquistas entre nosotros que ha logrado sostituirse a las costumbres. I no se diga que tenemos costumbres porque contamos preocupaciones arraigadas, hábitos tenaces, usos invete rados, prácticas constantes. Ménos ciegas que la preocupacion, ménos maquinales que el hábito, ménos efímeras que el uso, ménos estrechas que la práctica, las costumbres de un pueblo se apoyan en sus opiniones i creencias, en sus sentimientos i aspiraciones morales, i son el barómetro de su civilizacion, el espejo en que se refleja su fisonomía. ¿Existe entre nosotros ese barómetro o ese espejo? Echese a buscarlos quien desée perder su tiempo como Paturot, en busca de la mejor de las repúblicas.

Vosotros, benévolos lectores, que no teneis de seguro las mismas pretensiones que aquel republicano, pensareis como la mayoría, que en Santiago no hai costumbres, i poseereis así la clave de tantos enigmas que en vano querriais descifrar sin ella. Veamos sino algunos:

¿Por qué no existe la opinion pública entre nosotros, que pensamos segun todas las apariencias?—Porque no tenemos costumbres.

¿Por qué no existe la sociedad entre nosotros, que somos evidentemente seres sociables?—Porque no tenemos costumbres,

¿Por qué no existe el órden sino en la compresion ni la independencia sino en el trastorno?—Porque no tenemos costumbres.

¿Por qué flota el pensamiento entre la anarquía de la duda i la autoridad del maestro?—Porque no tenemos costumbres.

¿Por qué temen los unos sin motivo i rabian los otros sin causa, se impacientan estos i se desconsuelan aquellos, i todos se fastidian?—Porque no tenemos costumbres.

¿Por qué esta semana ha habido tan solo vano ruido i charla insustancial?—Porque no tenemos costumbres.

Hé aquí una fastidiosa letanía que copia perfectamente la fastidiosa semana que vá a espirar, llena de insipidez i monotonia, falta de acontecimientos i hasta de chismes, sin historia i sin mitolojía.

Para encontrar recuerdos históricos, seria menester ir a buscarlos a Rancagua, donde parece que están frescos.

Un dia de esta semana fué de paseo a aquella ciudad un hijo del jeneral O'Higgins que se encuentra momentáneamente entre nosotros. Tal visita era para los Rancagüinos una feliz oportunidad, que no desperdiciaron, de recordar sus primeras glorias honrando en el hijo del ilustre patriota la memoria del defensor de sus murallas. El pueblo, a poco de haber llegado el huesped referido, se declaró en pleno regocijo, bailó con entusiasmo, se entusiasmó con frenesí, cantó a grito herido, brindó como un hijo de Albion, bebió como un Tudesco i comió como en noche de Navidad. El Gobernador i la Municipalidad promovieron luego entre el vecindario un sarao improvisado, pero lleno de animacion i alegría, en que las patriotas Rancagüinas hicieron pensar a muchos concurrentes que los Españoles no se habrian tomado a Rancagua si ellas se hubiesen pasado a los Españoles.

El *Círculo de Amigos de las Letras* se reunió anoche i acordó principiar sus lecturas el próximo viérnes. D. Joaquin Blest Gana tendrá la palabra en la noche de ese dia. Es superfluo pronosticar que la reunion será numerosa.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Imprenta del Correo, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Marzo 17 de 1860. Núm. 37.

LA SEMANA.

SANTIAGO, MARZO 17 DE 1860.

El diarismo

EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

III.

Dadme un punto de apoyo, decia Arquímedes, i haré jirar el mundo a mi capricho. —Ese punto de apoyo que Arquímedes pedia para el mundo físico, el progreso lo ha dado al mundo moral dándole la prensa.

Pero el hombre, que parece destinado, por una triste fatalidad, a subvertirlo todo, a impregnar en cuanto toca sus pasiones, sus caprichos, sus miserias, sus falsos juicios i sus aberraciones, a nivelarlo todo por la imperfeccion de su naturaleza, ha encajado la prensa en el estrecho marco de su pequeñez, alejándola asi de su destino grandioso i providencial.—Detenida en su vuelo, cortadas sus alas, zampuzada en el torbellino de las debilidades humanas, no ha podido elevarse sobre las pasiones i los intereses del hombre: ha gozado solo a medias de su poder i cumplido solo a medias con su mision.

De aquí es que la veamos en el dia comprometida en un falso camino, siendo un arma de dos filos con la que se ultima o se defiende alternativamente la verdad i el error, la justicia i la injusticia, el bien i el mal; siendo—ora la gran tribuna de la libertad, del progreso, de la moralidad i la ventura pública;—ora eco i sosten de toda opresion, de todo atraso, de cuanto puede mantener atada a una sociedad al poste de la ignorancia i la preocupacion. — De esta suerte las teorías, los principios i los sistemas mas opuestos se encuentran, se chocan, luchan i se despedazan en su campo, resultando en último término una confusion, una batahola inconcebible, imposible, en que la irreverencia i la piedad, la risa del impio i las jenuflexiones del creyente, los gritos destemplados de la rabia i la moderacion de la conviccion, los resoplidos de la calumnia i las tranquilas espansiones de la verdad, se hallan mas mezclados que los combatientes, sus caballos i sus carros en uno de esos inmensos campos de muerte, sangre i esterminio que nos presenta la Ilíada.—La razon vacila, la cabeza se pierde, los oidos zumban, el vértigo se apodera de las intelijencias en medio de ese va i viene de razon i pasion, de lójica i sofisma, de conviccion i especulacion, de abnegacion i cálculo que se advierte por todas partes en los dominios de la prensa cuando la pasion la inspira.

En esta situacion nada está libre. Tan pronto se vé tiznada la mejor reputacion, como levantado sobre el paves el vicio descarado, cínico. No hai nada que ponga a salvo de los tiros del odio, de la venganza o del resentimiento. Toda nocion de lo noble, de lo elevado se oscurece: no hai disidencias de opiniones, hai enemistades:—no hai hombres que discuten para convencerse, hai enemigos que se insultan, que pugnan por matarse en su reputacion:—no hai escritores públicos, hai insultadores públicos:—no se paga la verdad sino la mentira:—no se paga la justicia sino la injuria.

Resulta de esto que la prensa, que está llamada a servir sin descanso a todos los grandes intereses de la sociedad, a fortalecerla cuando vacila, a comunicarla fé cuando duda, a lanzarse la primera en los caminos del porvenir i demoler todo obstáculo, separar todo escollo, alumbrar toda oscuridad, conquistar, propagar, sostener i aclimatar toda verdad; que ella, que está llamada a dar a cada cosa su nombre, a cada hombre su lugar, a cada suceso su valor, no hace nada de esto, o hace todo lo contrario; i si no estravia a la sociedad la mantiene fluctuante, si no aumenta las dificultades del camino tampoco las separa, si no deja al error triunfante, le permite que luche con iguales armas contra la verdad, cuyos fueros es de su deber sostener sin permitirse transaccion ni reticencia.

Donde todos estos males se ostentan mas perceptibles es en el diarismo. Ahí es tambien donde su daño es mayor. La no interrumpida relacion que mantiene con la masa social sin distincion de clase, de fortuna, de capacidad ni de profesion, la inmensa influencia que ejerce, la atencion que todos le prestan, hacen estremadamente peligrosos sus menores descuidos.

¿Cuál es el oríjen de esta situacion, de este olvido de sus deberes que padece en la actualidad la prensa?—La polémica.

En ninguna parte tal vez se dejan sentir sus consecuencias de una manera mas directa que en la América española.

Entre nosotros la verdadera publicidad está aun por crearse. Lo único que existe triunfante i popular es la polémica,—i la polémica llevada a su última exajeracion.—Cuando mas necesaria es la publicidad, cuando solo por su medio se podrian salvar los conflictos de mas de una situacion difícil, es cuando ménos se la encuentra, cuando la polémica la vence, la amordaza i la invalida hasta el último punto.

Tómese al acaso cualquiera de las épocas de vida poderosa de nuestros diarios, i se verá la polémica reinando como soberana absoluta en sus consejos.—Búsquese la publicidad en los debates lejislativos, en los actos de los gobiernos, en los sucesos de la política, i no se la encontrará.—Los oradores han dicho mayúsculos dislates o verdades a puñados segun el color del diario que dá cuenta de las discusiones.—El gobierno jamas dá un traspié para los diarios oficiales, nunca acierta para los diarios de oposicion.—Cada suceso político es elevado a los cuernos de la luna por los diarios a cuyo partido favorece i escarnecido hasta la última degradacion por aquellos a cuyo partido daña.

¡Desventurado, entónces, del candoroso que los cree!—Los diarios lanzados en la polémica solo saben oscurecer la verdad.

Pero lo peor es que estas sociedades gustan de la polémica hasta un punto superior a toda ponderacion.—De no ¿cuándo se lee entre nosotros?—Cuando las pasiones de partido se hallan en fermentacion, cuando la prensa ha olvidado completamente el lenguaje de la razon i la discusion, i se ha entregado en cuerpo i alma a su Mefistófeles. Miéntras mas acre, mas inmoderada es la polémica, mayor es el interes, la curiosidad que despierta, mayor es el número de lectores que tienen los diarios. Entónces todos buscan, se arrebaten, se pelean los diarios. Entónces el escritor mas famoso, el mas hábil, el mas popular, es el que mas hiere a su enemigo, el que lo estropea, lo arrastra, lo befa, lo enloda sin curarse de la decencia propia ni de la moralidad social. —A poco andar el diario se convierte en una cátedra de denuestos, de calumnias, de mentiras, falsifica los hechos, tortura la verdad, olvida los principios por las personas, la rabia ocupa el puesto de la moderacion; no se trata de convencer sino de insultar, no se combaten las ideas sino las personas, no se busca el lado débil de las primeras sino las imperfecciones de las segundas. —Estamos en plena personalidad, en plena desvergüenza. Se levanta con mano impia el velo del hogar, se sacán a la plaza los mas secretos misterios del hombre; i con tal de causar una herida se olvida todo respeto i se sacrifica de una cobarde plumada hasta la debilidad i la inocencia.—Entónces la prensa es una ramera desbocada que merece ser escarnecida, abandonada por todos los hombres honrados!

Tales son los resultados de la polémica. Tal es tambien la senda en que con sobrada frecuencia vémos comprometido al diarismo americano.—En ella, como es natural, solo encuentra desprestijio para sí propio, daño para la sociedad.—Cuanto brota de la polémica es deletéreo, malsano, como las pasiones sin freno.

¿Qué aprovecha la sociedad de oir a dos diarios insultarse dia por dia? Qué bienes la reporta el conocer los secretos del hogar doméstico, las debilidades, los vicios íntimos de los hombres que la gobiernan o la dirijen cotidianamente la palabra?

La sociedad solo debe buscar i encontrar en el diario la verdad sobre los hombres i los sucesos. El diario debe ser un espejo en que se refleje su vida en cada una de sus manifestaciones. El diario debe juzgar a la sociedad no como ella quiera ser juzgada sino como lo ordenen la razon i el buen sentido. En una palabra, el diario debe ser la encarnacion de la verdad, debe decirla a todo el mundo con franqueza, con valor i ser en honor de ella temerario si es preciso.

Para conseguir este resultado es necesario hacer suceder a la polémica la discusion alumbarda por una amplia i leal publicidad.—Combatir, como algunos pretenden, la polémica con la polémica es el mayor de los absur

dos. El mal no se combate con el mal mismo sino con el bien. El error no tiene enemigo mas temible que la verdad.

La polémica es por lo jeneral la consecuencia de un hecho controvertido. Con una publicidad amplia, amplísima, no habria casi hechos controvertibles. ¿Cómo se podria sostener que un ministro faltaba a sus deberes, que un gobierno traicionaba los intereses de sus gobernados, cuando todo el mundo pudiera ser juez i testigo del menor de sus actos? Quién podría gritar :---¡bancarota! ¡malversacion! cuando mil documentos incontestables estaban probando lo contrario?

Si la polémica se aventuraba a levantar la cabeza, si se abria paso, no tendria éco, correria todos los ámbitos del pais llevando en la frente escrito con gruesos caractéres :---¡mentira! ¡calumnia!--Quisiera o nó, todo el que buscara ser oido tendria que batirse con las armas de la verdad, la razon i la buena fé.

Pero esto es lo que no se puede comprender en la América española.—Por donde quiera se anatematiza la polémica; pero se echa mano de ella i no hai uno que no baje a enlodarse en su cieno. Cuando nó, se la impone silencio, no con la verdad sino con la fuerza, haciéndola así jugar el papel de víctima a ella el verdugo de tanta reputacion, el pregonero de tanta calumnia, el asesino de tanta tranquilidad. ¡Necedad imperdonable de que tendrán que arrepentirse hoi o mañana los que la cometen!

Contra la polémica, lo volvemos a repetir, no hai mas que la publicidad.

Pásense en revista las leyes restrictivas dictadas ya por odio a la prensa en sí o ya por aversion a sus estravíos ¿qué bienes ha reportado de ellas la sociedad? Las miras de la prensa se han levantado? Se ha dado mas dignidad a su porte?

Nada de eso :—o la misma exajeracion de la lei ha hecho imposible su aplicacion, la ha desprestijiado : —o ha lanzado a la prensa en la callejuela de los subterfujios, de las fruslerias como en España, o del escándalo como en Francia.

Desde que la prensa ha venido a ser, como dice Lamartine, «una facultad, un sentido nuevo, una fuerza orgánica del jénero humano, su única palanca para obrar sobre sí mismo;» desde que la prensa es una necesidad indispensable para todo pueblo que vive, que respira, que se mueve, que progresa,—arrebatarle ese sentido nuevo, esa fuerza orgánica, esa palanca, esa necesidad, es violar sus derechos, es traicionar la mision de todo gobierno, es cortar momentáneamente el mal, suspender sus efectos,---no es estirparlo.

A la prensa, como a toda fuerza social, no se la debe comprimir sino dirijir; no se debe proceder en sus dolencias por amputacion sino por purificacion.---Los vicios de la prensa no son la obra de su naturaleza, lo son de las circunstancias esteriores que influyen en su juego. Apartémos esas circunstancias i habrémos estirpado el mal, no con el mal sino con el bien.

Comprendemos, sentimos i condenamos, con mas vigor que nadie, todos los podridos frutos del diarismo de partido que solo sabe vivir de la polémica destemplada en su tono i ciega en sus ataques; pero no creemos ni creerémos jamas que el medio de desacreditarlo, de arrebatarle la popularidad de que por desgracia goza en nuestras sociedades, sea santificarlo con la persecucion.

De aquí es que oimos llamarse diario independiente i valiente a aquel que no hace mas que echar lodo sobre los contrarios, agotar en su contra la calumnia i el dicterio; convertir la prensa en el conducto por donde salen a derramarse por la sociedad, a estraviar a sus masas, a agriar a sus hombres honrados, a ofender su decencia,---las bajas pasiones i el cobarde resentimiento.

¿Por qué ha de suceder tal cosa? Es necesario que todo tenga su verdadero nombre. Es necesario que combatamos con el que combate, que afrentemos al que trata de afrentarnos. Pero no con sus armas, sino con las de la verdad.

Queda aun otro gran medio de invalidar la polémica inmoderada, de restituir al diarismo la dignidad que con tanta frecuencia lo abandona. Este medio seria la supresion del anónimo. Todo escritor responde con su persona del juicio que emite, de la opinion que propala, de la injuria que infiere.

De esta manera, la prensa dejaria de ser una arma al servicio del cobarde, las columnas de un diario un punto de cita para los bandidos de la ajena reputacion.---Luego tendremos ocasion de notar lo que esto vendria a significar, la revolucion incontestable que obraria en los dominios del diarismo.

Miéntras tanto terminaremos pidiendo la estincion de toda represion, de todo tribunal especial para juzgar los delitos de la prensa.

—Del jurado no ha salido jamas la verdadera espresion de la conciencia pública sino de las pasiones dominantes en la masa jeneral de la nacion.---Si el gobierno que acusa es impopular, de valde es que tenga de su parte la razon, la lei i la justicia; el jurado absolverá, santificará a su enemigo i el libelista mas torpe será victoriado, ensalzado, elevado en hombros por el pueblo, considerado como una víctima arrancada al verdugo.—Si el gobierno cuenta con apoyo en el ánimo de los jueces,—el escritor mas moderado, mas justo en sus reproches, mas digno de la popularidad se verá condenado, encarcelado, estigmatizado, por ese tribunal siempre compuesto de cómplices o acusadores,---jamas de jueces!

Nada de tribunales especiales, lo repetimos. Esos tribunales son los verdugos del débil i los esclavos del fuerte. ¡Jamás de la pasion ha brotado la justicia!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Viaje a los baños de Chillan.

III.

EN LOS BAÑOS.

Mui rara es la felicidad completa en esta vida.—De esta sencilla verdad, que Adan el primero i despues todos sus descendientes han conocido a cada paso, los viajeros que llegan a los baños de Chillan se persuaden apénas se acercan a las casas de aquel establecimiento. La alegría de la llegada se anubla un tanto con la necesidad de desfilar en tan estrañas *fachas* por frente de los habitantes de ese lugar. Estos, agrupados en distintos corrillos, fijan todos con tenacidad sus miradas sobre los nuevos huéspedes, que se resignan a esta curiosidad con la esperanza de que sea ella el fin de sus percances :—bien que sientan en su interior esa inesplicable humillacion que esperimenta el hombre de las ciudades al verse cubierto de polvo entre jentes limpias i bien vestidas, talvez por una instintiva repugnancia que le infunde aquella prediccion: «polvo eres i en polvo te has de tornar.» —Tanto mas, cuanto que el que llega no solo cree que se ha de convertir en polvo, sino que ya se ha consumado el hecho, gracias a la solicitud del trumao.

No faltan entre los espectadores de aquella entrada algunos amigos que pronto se acercan a los viajeros a darles la bien venida, la que solo despues de un naufrajio se podrá recibir con mas gusto; i luego se entabla la conversacion.

—¿I qué hai de nuevo en Santiago? pregunta uno de los bañistas.

Los recien llegados reciben esta pregunta como si les pidiesen noticias de lo que pasa en el Japon, porque midiendo la distancia i los dias trascurridos desde la salida por las penalidades de la marcha, creen hallarse a una distancia incalculable de la capital.—A mas que preguntar si hai algo de nuevo en Santiago es como creer que al hijo del riquisísimo Creso, que era mudo de nacimiento, le vino el habla en vista de un inminente peligro en que vió a su padre; o algo tan estupendo e inverosímil como esto.—I aun así la comparacion es exajerada, porque en Santiago no sucede nunca nada de nuevo, i apénas si le vino el habla cuando se trató de desterrar al Arzobispo.—Con todo, uno de los que llegan ménos molidos responde con la frase inevitable:

—Nada, todo está mui tranquilo.

—Mucho calor debía hacer ¿no es así? preguntan los bañistas, que están mas avídos de noticias que un cronista de periódico.

—Eso sí, muchísimo calor, responde el viajero ménos estropeado.

—¿Muchas familias habrán salido yá?

—Este año no queda una alma en Santiago.

—I la pila, hombre, ¿yá la acabaron?

—Está quedando mui bonita. Los que llegan de Europa, dicen que puede figurar entre las mejores de París.

—*Oh, oh, c'est un peu fort!* esclama un frances que se halla a un lado, porque nunca faltan franceses en todo baño termal.

—¿I cómo le ha ido con el trumao?

—Ya me ve Vd. no me ha ido, sino que casi me ha vuelto.... loco.

Hai viajeros que se creen obligados a decir alguna gracia, como para hacerse perdonar lo ridículo de su catadura.

—Hombre ¿i mucha jente viene de Santiago?

—Están esperando que se cierren los tribunales.—He hablado con muchísimos abogados que me dijeron que vendrian.

—I la *Semana* ¿todavía sale? pregunta un literato que ha ido a buscar impresiones en la naturaleza, e inmersiones en las termales.

—Sí, todavía sale; pero está para entrarse.

—I dónde va Vd. a alojarse ¿arriba o abajo?

Esta pregunta vuelve en sí al viajero i pien-

sa por fin en dirijirse a los empresarios para proveerse de un cuarto, en el que no tarda en encerrarse despues de comer, para recuperar las fuerzas perdidas.

Acuéstase al fin con la satisfaccion de haber llegado i pensando que así como no hai plazo que no se cumpla, no hai tampoco camino que no tenga fin, i se duerme soñando con el trumao, con las curaciones fenomenales de los baños i con la carta que va a escribir a su casa para contar el viaje, porque cree que sin correr precisamente los peligros de sir John Franklin, ha llegado con mas felicidad que él a las rejiones polares.—Como aun en medio de los sueños hai casi siempre cierta hilacion de ideas, esta de las rejiones polares lo hace esperimentar una vivísima sensacion de frio i se revuelca en la cama buscando los lugares mas abrigados i principia a tiritar, siempre en sueños, i a soplarse las puntas de los dedos i a restregarse la nariz, como un niño que padece de lombrices, i a frotar el pié derecho contra el izquierdo i luego el izquierdo contra el derecho, i como el frio apura quiere tomarse ambos pies con las manos, que se resisten a desamparar la nariz, i se encoje con gran trabajo i al encojerse se interrumpe violentamente el sueño i.....abre los ojos creyéndose todavía en el polo. Un vientecillo glacial i penetrante le acaricia el rostro para continuarle despierto la ilusion. Aquel vientecillo le viene del frente, de arriba, por la espalda, por el piso, penetra jugueteando por todas partes i parece que todas sus corrientes se han dado cita en su pobre cara que está yerta i petrificada. Luego al acuñarse las frazadas saca un brazo con entera inocencia i las narices prorumpen en estrepitosos estornudos, que hacen temblar las tablas de que está compuesto el edificio de la habitacion. Esto no deja por supuesto de desvelarle i buscando el sueño i el calor que huyen de su cuerpo, siente pasar las horas, renovándose la pesadilla del polo u otra semejante cada vez que principia a dormirse, hasta que por fin los primeros rayos de la aurora le anuncian que ha lucido el dia en que debe dar principio al gran remedio, a los famosísimos baños.

Estos se hallan situados a una elevacion como de cinco mil pies sobre el nivel del mar i al pié del elevado pico de nuestra cordillera conocido con el nombre de «El nevado de Chillan.» A primera vista el observador se persuade que en las entrañas de aquella inmensa mole debe bullir algun dormido volcan que no estalla, haciendo saltar la punta de cerro que lo oculta, gracias a la facilidad con que los gases i vapores que se desprenden de su seno encuentran una salida a la superficie de la tierra. Esta idea la corroboran la inmensidad de columnas de vapor que por todas partes se elevan hácia el cielo, rujiendo con mas o ménos fuerza al desprenderse, segun su volúmen i las innumerables vertientes de agua que, a distintas temperaturas, brotan del fondo de la tierra, dejando al salir un sedimento abundante de las materias que contienen en disolucion.

Varias de estas vertientes reunidas i llevadas a una canal comun por medio de canaletas que parten de cada fuente, son las que forman los baños objeto de tantas esperanzas para los pacientes. Los baños son nueve cuartitos de tablas, alineados delante de la canal que conduce las distintas aguas, en los que se encuentra una tina de madera i un catre de tablones para reposar despues del baño. A mas de estos hai un baño frio que se llama el baño de fierro, i otro de vapor que está rodeado de cuatro piezas, con puerta al mismo baño cada una. El lugar por lo demas, es arido al rededor de las vertientes; pero majestuoso i pintoresco en todas las montañas de los contornos.—Este es el punto en el que trescientas personas, por término medio, se ajitan, se bañan, se divierten o se fastidian, bajan i suben, durante la estacion de verano, todas preocupadas de la misma idea: la de sanar; i lo que parece raro, todas aplicándose, con mui corta diferencia, el mismo método curativo para tan distintas dolencias.

A juzgar, sin embargo, por lo que dicen todos los asistentes a los baños termales del mundo, la enfermedad que reina con mas jeneralidad entre los seres racionales es la del estómago.—Lo propio sucede en los baños de Chillan, en los que el gordo i el flaco, el pálido i el sanguíneo, los mozos i los viejos, todos pretenden sufrir de esta universal enfermedad. —Apénas si tal cual veterano de la terrestre contienda, que tiene que hacerse conducir al baño en silla de mano, confiesa unos dolorcillos reumáticos que embarazan un tanto la primitiva ajilidad de su cuerpo, de la que habla con el entusiasmo que despliegan las señoras *ya respetables* al hablar de sus amores, o con el calor que emplean los calvos para recordar el mucho pelo que tenian. ¡Glorias todas efímeras que manifiestan que la humanidad

no abandona jamas el amor propio!—Fuera de los que tienen que recurrir a ajenos ausilios para trasladarse de un lugar a otro, todos los demas padecen del estómago, como dijimos, salvo dos o tres que, llegados casi a la obesidad, han ido a bañarse para enflaquecer i otros tantos que, reducidas las carnes a su mas simple espresion, usan las mismas aguas para engordar.—Esta estraña aberracion prueba que la prole de Adan está dispuesta a aceptarlo todo por la fé, por mas que pretendan enaltecerla los partidarios del racionalismo.

En los baños hai una aspiracion porfiada, anhelosa, jeneral i predominante : esta aspiracion es la de sudar.—Un habitante de las rejiones tropicales creería que esto es una burla, porque decírselo, sería algo como «*hablar de la cuerda en casa del ahorcado*» ; pero entre nosotros que semejante tortura es considerada como un exelente medio de mejorar la salud, aquel comun anhelo se esplica por sí solo i esplica tambien la constancia con que cada cual emplea el uso de las aguas termales.

Consecuentes con tan sudorífico propósito, todos acuden desde temprano a las vertientes de agua de azufre con vaso en mano i prefiriendo aquellas de donde el agua brota casi en estado de ebullicion.—Uno llena el vaso hasta el borde i sin atender a la subida temperatura del líquido ni a su nauseabundo sabor apura al contenido hasta los heces, con los ojos animados por la fé i acallando con la voluntad las protestas del paladar i del estómago, que hacen amagos de sublevarse i quieren repeler el infernal brebaje; luego vuelve a llenar el vaso i a vaciarlo con el mismo entusiasmo sin hacer un solo jesto, empleando despues igual decision en el tercero. Al cuarto su entusiasmo parece redoblar, sus ojos brillan con mayor fuego, su fisonomía toda se anima con los destellos brillantes de la esperanza, creciendo su vigor hasta el punto de tragar el quinto vaso en una especie de delirio. Para beber el sesto el estómago solicita un armisticio que alcanza sin gran dificultad, porque las perlas del sudor principian a humedecer la frente del atleta; pero espirado el término, las hostilidades comienzan nuevamente i pasa el sesto, espaldeado por el sétimo i seguido de cerca por el octavo : al noveno, ya no codicia el pobre paciente mas que la tranquilidad, pues el estómago hace valer sus derechos i principia a brincar desesperado.

Hai individuos que llegan por este método a despachar un número de vasos prodijioso·

Las mujeres son por lo jeneral ménos ardientes que los hombres en esta lucha a boca abierta con el agua de azufre—como que ellas tambien padecen, en jeneral, ménos del estómago que los hombres.—Algunas miran el primer vaso con una invencible o afectada repugnancia, se desesperan con el olor del agua i con su gusto, que por cierto no huele ni sabe a violetas o azahar, pero, al fin, lo tragan i aceptan un segundo i al cabo de algunos dias hai muchas que son capaces de hacer frente al mas intrépido bebedor.

Mediante estas sulfurosas libaciones hai algunos que llegan a un estado asaz crítico i molesto, igual o peor que el que les produciría el abuso de la jalapa, del palmacristi o de cualquier activo purgante i entónces, si sudan, no es en verdad de sofocacion, sino por ciertas agudas dolencias abdominales, revestidas de un carácter alarmante i tenaz, que hacen maldecir al apurado enfermo todas las aguas termales i la hora menguada en que se le ocurrió hacer viaje para beberlas.

Terminado este hidropático desayuno, el bañista se dirije a los baños en donde su criado espera la *corrida* para prepararle el suyo.—La corrida es la marcha de las distintas aguas en la canal comun, cuyo uso corresponde por turno fatal a cada uno : único sistema reconocido i respetado que establece cierta igualdad entre aquel cúmulo de exijentes pretensiones manifestadas para alcanzar la preferencia.—Llega por fin la corrida i el criado pregunta al amo la manera como debe prepararle el baño.

—Caliente, bien caliente, contesta éste, sin el menor miramiento por la sensibilidad de su epidérmis, teniendo únicamente en cuenta su propósito de sudar.

Preparado el baño de este modo i arreglada la cama sobre el catre de tablas, el criado sale del cuarto.

—¡Caramba, dice a los otros que esperan la corrida, el patron se va a *cocer vivo* ahora, porque el baño está como para pelar pollos.

El bañista, entre tanto, se sumerje en el agua caliente con la estoica resignacion de los mártires que se entregaban a las llamas para mayor honra i gloria de Dios: él, si no se quema, por lo ménos se *sancocha* para mayor felicidad de los dias venideros.—A pocos minutos el escesivo calor del agua comienza a producir su efecto en el paciente: la sangre acele-

ra su curso, las arterias se hinchan, el corazon se azota rabioso contra el pecho, el rostro se enciende, los ojos se dilatan en sus órbitas, la respiracion se pone ruidosa i ajitada i la frente se inunda de sudor. El buen bañista se halla entónces en su verdadero elemento, en plena felicidad i en plena i copiosa traspiracion. Muchos *aguantan* (es el término propio i consagrado) hasta media hora en aquel abreviado infierno. De allí se trasladan en seguida a la cama, donde permanecen sin hacer el menor movimiento para favorecer la traspiracion, sujetos a una tortura que, a ser inventada por la Inquisicion, se diría que es el refinamiento de la crueldad; pero que cada cual se impone diariamente con un coraje digno del resultado que se espera alcanzar.

Los que se dan baños de vapor sufren una prueba de su paciencia i valor mui parecida a la de los que se bañan en el agua. La columna de vapor que forma el baño está encerrada entre cuatro paredes de madera que limitan un espacio de dos metros de largo, proximamente, sobre uno de ancho: el techo es tambien de tablas i hai una reja de madera en el piso sobre el punto en que el vapor se desprende de la tierra en oleadas que, por momentos, parecen verdaderas llamas. En ese reducido recinto es donde debe ponerse el bañista. Como dijimos ántes, hai cuatro pequeñas puertas que conducen a otros tantos cuartos, en los que se encuentra un catre de tablas para la cama.---El bañista *primerizo* necesita de toda su resignacion i denuedo para encerrarse en aquella nube de vapor ardiente i espeso que ocupa todo el baño. Al asomarse, una oleada de vapor lo rechaza vigorosamente hácia fuera, haciendo nacer en su turbado espíritu mil fantásticas aprehensiones, en las que figuran volcanes que estallan, suicidios por asfixia i hasta ciertos vagos presentimientos de las torturas infernales; pero la esperanza de sanar, el cuotidiano ejemplo de los que de allí salen sin la menor lesion i el amor propio que reclama sus fueros, dan nueva enerjía al primerizo, que se lanza al interior como Curcio al seno de la tierra, junta la puerta i se recomienda a todos los santos del calendario. Bien pronto su espíritu se tranquiliza, la razon recobra su imperio i el bañista se convence de que todos sus temores han sido quiméricos por fortuna: puede respirar con facilidad i las quemantes caricias del vapor no alcanzan siquiera a producir una sensacion desagradable.

Dos veces hemos insistido en la descripcion del baño de vapor, porque como fieles narradores de nuestro viaje, no podemos guardar silencio sobre un hecho bastante curioso, propio de la topografía de aquel baño i que se repite con bastante frecuencia en el curso de una temporada.---Este incidente es el que podria llamarse el de los *encuentros al vapor*. El traje que todos los bañistas emplean para bañarse es el mismo con que Adan se paseaba por los pensiles del Eden.---Los intelijentes recomiendan este primitivo i sencillísimo *negligé* del Paraiso como el mas adecuado para lograr el verdadero provecho de los baños.---Libre de todos atavios se lanza, pues, el bañista al seno del vapor i a veces oye a su lado un lijero grito de espanto que por su acento pertenece al diapason de la voz femenina. ¡Oh sorpresa! oh confusion! oh encuentro inesperado!

—Señorita, dispénseme: yo no sabia.....

—Pero, señor; sálgase Vd: ¡qué trabajo! dice la voz femenina.

El importuno procura hender con la vista la nube del vapor para reconocer a su co-bañista, con ese instinto tan natural en el hombre, que quiere siempre saber con quien habla; pero casi no puede distinguir a dos pulgadas de distancia.

—Pero, señorita, dice ¿cómo me salgo si ya estoi sudando a *arroyos*?

—Pues entónces me saldré yo, replica la asustada dama, i sale, con la velocidad del rayo, dejando al porfiado varon el uso esclusivo del vaporoso recinto.

La noticia de esta escena se divulga bien pronto entre todos los habitantes de los baños engalanada con aditamentos, comentarios, hipótesis i algunas puntillas de chiste.

A las cuatro de la tarde, poco mas o ménos casi todos se han bañado ya i se ponen a esperar la comida en la sala de billar o en las habitaciones. La conversacion, en aquel aislamiento, no puede ser mui variada ni adquirir tampoco mucha animacion:

—¿Como le ha ido en el baño?

—Mui bien, sudé muchísimo.

—Yo me bañé esta mañana i todavía estoi sudando.

—Caramba que el vapor estaba fuerte.

—¿Ha llegado jente nueva?

—¿I de salud como le va?

---Lo mismo ¿i a Vd.?

---Todavía no me mejoro; pero estos baños no hacen efecto hasta despues.

---Ah, ah, bueno es saberlo: eso sirve de consuelo.

La conversacion languidece i cada cual se entretiene, como los navegantes, en contar los dias que les faltan para volverse a sus hogares.

La mesa toma cierta animacion porque en jeneral el apetito es de buena lei. Allí continúa la conversacion como el diálogo anterior, que puede considerarse tomado *d' après nature*, añadiéndose las voces siguientes:

---Mozo, agua de azufre.

---Mozo, agua de fierro.

Que se repiten desde el principio hasta el fin en todos los tonos, ya imperiosos, ya insinuantes, ya airados, segun el humor de cada cual i segun el tiempo que el criado tarda en atender al llamamiento.

En la tarde viene el paseo hasta la oracion, hora en que el vientecillo de cordillera refresca considerablemente la atmósfera. En la noche, los de un mismo círculo, se reunen a jugar malilla, a conversar o a oir cantar a alguna de las niñas cuando se puede conseguir *la* guitarra, porque mui rara vez hai dos de estos instrumentos, o bien asisten a la funcion de fantasmagoría i prestidijitacion que suele haber, como para probar el efecto de las aguas termales sobre la paciencia de los concurrentes.

Suele tambien aquella pacífica república, ver turbada su paz, sobre todo en las mañanas, por las acaloradas discusiones que se suscitan acerca del derecho a los baños, discusiones que suelen tomar la forma de un juego de manos, convertido en juego de villanos. Fuera de esto, que no es frecuente, la paz es octaviana. El órden, esta piedra filosofal de nuestras repúblicas, reina allí en la mas brillante de sus formas, porque todos tienen iguales derechos para procurarse la traspiracion, lo que en tal paraje equivale a la felicidad que buscamos en la vida ordinaria, cada cual por tan distinto rumbo i medios. Las ideas democráticas se practican tambien sencillamente i sin ostentacion ni cálculo: cada cual conversa o pasea con cualquiera de los co-bañistas sin inquirir si es noble de sangre o de bolsillo. Este hecho es digno de llamar la atencion del viajero, pues a la manera de ciertas plantas que solo crecen en las rejiones elevadas, él solo tiene lugar en la punta de la cordillera i podria llamarse por esto «la democracia cordillerana.»

Si todos ven con placer llegar la traspiracion, con, no menos contento ven llegar el dia de la partida. En la noche se despiden de los amigos, ofreciendo llevarles la correspondencia a Chillan, único medio que hai en aquel punto de comunicar con el esterior; i al siguiente dia, despues de surtirse el estómago de agua de azufre, como haria un camello para atravesar el desierto, dejan los afamados baños, cargados de las memorias que envian los que quedan a los parientes i amigos, i con las esperanzas de conocer despues la mejoría producida por los baños.—A veces, aunque no siempre, esta esperanza suele convertirse en un recurso de aburrido, en algo como la apelacion a la posteridad de los autores burlados.

NADIE.

Don Guillermo.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

VIII.

EL DE PROFUNDIS.

Pero, a propósito, ¿qué es de M. Livingston, a quien hemos dejado despatarrado en la playa despues de su descomunal pelea con la fiera de los cuernos?

¡Lo que son las mujeres, Dios mio! Qué admirable poder tienen para hacernos olvidar lo que mas nos interesa! Si el estudiante deja sus libros i muchas veces cuelga sus estudios por seguir un palmito de rosa; si el marido deja sus lares en completo abandono, arrastrado por unos ojos que le hacen comprender la sabiduría de la poligamia; i si hasta los viejos dejan a un lado la salvacion de su alma por perderla en una mujer que los aguanta, ¿qué mucho es que un narrador deje a su héroe estirado en el agua, mientras da cuenta a sus oyentes de una Julia que se habia atravesado en su cuento?

Previa esta escusa, vamos ahora a ver como se encuentra tirado largo a largo don Guillermo, ya no en la playa, sino en el suelo de un Deprofundis, que no sabemos si es cuarto o cueva, o si es un sepulcro o un cajon de coche u otra cosa parecida. Es aquello una cavidad rectángular donde el cielo, las paredes i el suelo son de pura piedra azuleja, sin grieta, ni abertura, ni puerta, ni ventana. Por dónde ha entrado allí el cuerpo de nuestro amigo, no lo sabemos. Por dónde entra ahora una vislumbre rojiza que alumbra la estancia, tam-

poco. ¿Qué sitio es aquel, a qué casa, palacio o cárcel pertenece? ménos. Pero ya que nada sabemos, observémos; pues la observacion es el principio del saber.

M. Livingston parecia vivo : su cara estaba hácia arriba i sus facciones enérjicas i regulares tenian un tinte sañudo que revelaba ira. Su cuerpo hermoso i esvelto tenia el aplomo de una persona que duerme.

De repente levanta una pierna i la posa sobre la otra; estira un brazo, luego el otro, como desperezándose, i los cruza sobre el pecho a diferencia de Durandarte que, alargando uno de los suyos, decia : «paciencia, i barajar.» Un hondo suspiro anuncia que ya vuelve en sí. Abre los ojos, discurre la vista por la estancia; se toca, se siente empapado i lleno de arena; busca su reló, no lo halla; mete sus dedos al bolsillo del chaleco, no encuentra su dinero; requiere su meñique en busca de un anillo de oro que llevaba destinado a la cita, i ve que habia desaparecido. Todo le anunciaba que habia caido en poder de bandoleros i que lo del chibato, cuyo recuerdo se le avivó al instante, no era mas que una farsa de Caco.

La prudencia le aconsejó entónces un reconocimiento del sitio. Se levantó, lo vió i tocó todo, i se persuadió de que estaba en una hermeticidad de viva piedra, que no tenia salida alguna i aun le pareció ver escrito de color oscuro el terrible

Lasciate ogni speranza, voi che entrate.

Abrumado, confuso, sin poder darse cuenta de su situacion, se quedó en pié, estático, la vista fija, la boca entreabierta i los brazos cruzados sobre el pecho. Pero M. Livingston estaba constipado, i fué repentinamente asaltado de un furioso estornudo que le hizo dar señas de vida. Instantáneamente se cuajó toda la roca de cabezas humanas que estornudaban a reventar. El ingles se espantó; aparta sus ojos de las murallas, mira al cielo i lo vé apiñado de cabezas estornudantes; baja la vista i vé el suelo cobijado de caras que todavia estornudan.

Don Guillermo cerró los ojos, recapacitó un poco, i juzgó que era juguete de una ilusion. Mas sereno, volvió a mirar, i advirtió que todas las caras le hacian guiñadas, visajes i muecas, i que le sacaban unas lenguas largas, húmedas i amoratadas. ¡Qué horror! Volvió a cerrar los ojos, i un momento mas de reflexion, le dió nuevo valor. Entónces meditó, apeló a todos sus recuerdos científicos i trató de indagar cuáles eran los medios naturales que podrian producir aquel fenómeno. El no queria consentir en que aquello fuese una cosa sobrenatural, ni abandonaba la presuncion de hallarse en una guarida de bandidos, que trataban de aterrorizarlo despues de haberlo robado. La calidad de la luz que lo alumbraba i la singular arquitectura de aquel Deprofundis o caverna le sujirieron la idea de que cuanto veia era un efecto de óptica producido por algun hábil prestijiador que habria entre las ladrones.

La dificultad estaba esplicada. El ingles abrió entónces los ojos mui tranquilo, i casi risueño volvió a mirar las caras que siempre le sacaban la lengua i le visajeaban. Dió unos cuantos pasos, i le pareció que pisaba en carne viva. Se acercó a la muralla de enfrente, i dirijiéndose a la cara mas atroz que le pareció, trató de apretarle las narices, pero la cara le tiró un tarascon, haciendo una horrible contraccion de enojo; los dientes se chocaron como las muezas de una tenaza, i M. Livingston vió que habia escapado sus dedos merced a su lijereza. Esta realidad que destruia su esplicacion científica, lo contrarió i lo enfureció de tal modo que dando a fondo un trompis a toda fuerza contra la cara que le hacia frente, se hizo pedazos el puño en la roca, como si no existiera aquel tapiz de cabezas humanas que veian sus ojos.

Mas su furia, no tanto por el dolor, se convirtió en nuevo espanto, cuanto porque observó que al dar su trompis, todas las cabezas habian achatado i estirado sus narices hácia la boca i habian echado barbas largas i cuernos retorcidos, convirtiéndose en cabrones de todos colores i aspectos. Aquellos cuernos se tocaban, eran una realidad visible como la que presenta a la simple vista cualquier animal cornudo. No habia remedio. Falto ya de ciencia i de coraje, nuestro héroe se declaró vencido, con el dolor de no poder repetir el dicho de Francisco I en Pavia, dicho que tantos otros repiten aunque no venga al caso, i que habria sido una blasfemia en esta ocasion, porque no era mui digno de un ingles el dejarse vencer por chibos, ni mui honroso para un amante rendido el caer agobiado bajo un diluvio de cuernos.

D. Guillermo se sentó en el suelo, entrelazó sus manos delante de sus rodillas, inclinó la cabeza como para ocultar su impotencia, i esperó resignado lo que sucediera.

IX.

COMIENZA A ACLARAR.

El corazon humano es mui leal, no hai duda; pero no sabemos porque el de M. Livingston palpitó al recuerdo de Julia, cuando su dueño habia quedado poco ménos que en cuclillas, al aspecto de tantos cuernos. A esa hora tal vez la bella almendralina, imposibilitada ya para tomar el velo de monja, i durmiendo en el brazo izquierdo de su primo i marido, soñaba con el ingles, pagando el primer tributo a la infidelidad conyugal. ¡Pero quién es dueño de un ensueño! Ni quién es árbitro de los augurios del porvenir! El cuadro que se representaba a los ojos del amante abandonado podia coincidir con el que pasaba por la imajinacion dormida de la infiel querida; pero si era una amenaza para el marido, bien podia ser tambien un emblema de lo que sucedia al amante. Tal vez aquello no era otro cosa que una espresion de la doble infidelidad de Julia, que traicionando a un querido, soñaba con traicionar tambien al otro. En todo caso, ello no seria mas que una corroboracion de la teoría del emperador romano sobre las Julias.

M. Livingston estaba realmente abatido. Amaba de buena fé, aunque no habia querido casarse de buenas a buenas. Al fin era comerciante i sabia que no se debia comprar sin muestras, sino cuando la especie es mui barata i no cuesta tanto como la libertad de un soltero. En eso meditaba, i no sabiendo si habia hecho bien o mal, desahogó su incertidumbre, sacudiendo la cabeza i dando un suspiro. No tan pronto abrió los ojos, cuando vió que se adelantaba hácia él un hombre de fraque negro como él, que marchando hendia la roca de la muralla como si fuera una nube o una sútil neblina.

Era el recien venido un hombre de regular estatura, flaco i nervudo, de pelo de color incierto por las canas que se le entreveraban, i de patilla angosta i mas canosa que la cabeza. Sus ojos grandes daban a su cara un aspecto agradable i risueño. Estregándose las manos como con gusto, le dijo con familiaridad:

—¿Cómo va don Guillermo?

—¿Quién es Vd.? contestó éste sorprendido de hallar allí quien lo conociera.

—Soi un escribano, añadió el otro sonriéndose.

—¿Qué tiene que hacer conmigo i en este sitio un escribano?

—Es que vá a venir el juez del crímen a interrogarle a Vd.

— ¡El juez del crímen! A mí que no soi delincuente! Que soi por el contrario víctima de un atentado atroz!

—No se asuste Vd.. Estos tienen la costumbre de entregar al juez del crímen a todos los que caen en sus manos. Pero ya se reformará eso : están pensando en someter a consejo de guerra a todos los que son de otro color. Ya eso será mas llano i ménos molesto para nosotros, porque un fiscal militar no tiene mas que atender a su formulario, para sacar culpable al interrogado, i sea o nó inocente pone su conclusion fiscal pidiendo que se le pase por las armas.

—¿Pero, por Dios, de qué se trata? exclam M. Livingston desesperado al oir hablar d procesos i acusaciones.

—Tranquilícese Vd., le dijo amablemente el escribano; sométase a todo lo que le manden, hágase el leso no mas, i verá como lo pasa bien. Cuando me atraparon a mí, quisierón hacerme imbunche para que hiciera mi noviciado, pero yo me allané a todo, i luego me dieron el mismo puesto de escribano que tenia allá en el mundo.

—Estupefacto M. Liv ingston, preguntó con voz ronca de terror.---¡I qué! Acaso no estamos en el mundo?

—Nó, en el de allá arriba, nó. En el de aquí abajo, sí; respondió el escribano.

—Luego estoi en una cueva de ladrones, esclamó el ingles; ya lo creia yo al encontrarme sin mi dinero ni mis alhajas!

—Nó, no son ladrones. Le han quitado a Vd. eso, porque los jénios están mui necesitados. ¿No vé Vd. que tienen que hacer tantos gastos!

Al oir esta respuesta del escribano, don Guillermo quedó mas confuso que cuando se desengañó de que las cabezas i caras que lo burlaban no eran efecto de la óptica. Se calló aterrado, i el escribano lo miró con compasion.

Despues de una larga pieza de silencio, miró al curial como implorando una esplicacion, i preguntándole adonde estaban.....

El escribano lo comprendió i le dijo :

—Estamos no sé adonde, don Guillermo; pero dicen que este pueblo es el de los jénios de la colonia, que se han refujiado aquí desde la revolucion de la independencia, i que desde aquí trabajan por inspirar a los de arri-

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

ba, por conquistar prosélitos i por hacer la contrarevolucion para reconquistar su poder. Yo no sé lo que haya en esto de cierto, yo veo todo lo que se hace aquí, i sé que es una pura picardia; pero.....

—¡I cómo no huye Vd.! le interrumpió el ingles sublevado en lo mas noble de su corazon al oir aquel lenguaje.

—Es imposible. Esto no tiene salida.

—Por qué no resiste Vd., por qué se somete a servir a la iniquidad!....

—Que quiere Vd. don Guillermo, si lo pagan bien a uno, i uno es pobre. No hai mas que aguantar.

Nuestro amigo vió que esa era la filosofía de todos en el mundo de donde venia, i comprendió que en aquel mundo subterráneo se encontraba con conocidos. El escribano era hablador, como muchos de su oficio; se revelaba sin embozo, i censuraba sin cautela a sus soberanos, como muchos empleados públicos vituperan al gobierno de que dependen, sin perjuicio de votar por él en las elecciones i de obedecerlo ciegamente en los mismos actos que le vituperan. Su filosofía es la del escribano: qué quiere Vd., somos pobres i nos pagan! ¡Cómo si la pobreza autorizara la maldad!

Pero con todo, M. Livingston no podia todavía atar los hilos que recojia. Lo que le descubria la afable locuacidad del interlocutor, quedaba oscurecido por la redundancia. Era necesario hacerlo que tuviese mas precision en sus respuestas.

—Por fin, insistió el ingles, ¿en qué pais estamos?

—En el pais de *Espelunco*, replicó el escribano con alguna solemnidad, voz que se deriva de la latina *Spelunca*, que significa *Cueva*. Aquí se usa mucho el latin, pues para ser buen Espelunco, es necesario siquiera poder leer los salmos del santo rei profeta i asistir a maitines.

—¡Cómo! ¿Se usan tambien esas cosas por acá?

—Sí, señor, todo lo que vá en derrota por allá arriba tiene aquí su refujio, principalmente la relijion.

—¡Hum! I dígame Vd. qué papel hace aquí ese chibato que me ha atacado a mí esta noche, i qué son esa multitud de cabrones que habia en estas murallas cuando Vd. entró?

—Ese chibato es el diablo, i los que se asomaban por aquí son sus ayudantes, que jeneralmente sirven de público en este tribunal para preparar el ánimo de los neófitos.

—¿Cómo se compadece esa asistencia de los demonios con las cosas relijiosas de que Vd. me habla?

—¡Oh! Eso es mui fácil de comprender. Como aquí se sirve a Dios, trabajando para que triunfe el espíritu antiguo tan atacado por la revolucion, es sin duda lícito poner en juego al Diablo i todas las cosas, porque todo depende en este mundo i el otro de Dios. Fuera de que el Diablo no hace aquí nada que no sea bueno: su oficio es reclutar jente, como lo ha reclutado a Vd., i luego abatirles la soberbia para que se rindan por el terror. Hai muchos dóciles como yo, que al instante nos allanamos a servir la causa. Hai otros mas resistentes, porque no han nacido con vocacion para ser Espeluncos: a esos se les somete al procedimiento de imbuncharlos, lo mismo que a los chicos que se pezcan, a los cuales se les hace imbunches para contar despues con mas seguridad con sus servicios.

—Tenga Vd. la bondad de esplicarme ese procedimiento i su objeto.

—*Inbumchar* se llama coserle al paciente con hilo fuerte i buena aguja todos los agujeros, salidas i entradas de su cuerpo, teniéndolo así cierto tiempo de noviciado, privado de los cuatro sentidos mas peligrosos que son ver, oir, oler i gustar, hasta que olvidado del uso de esos sentidos, se le puede imprimir el carácter e inclinaciones de un buen Espelunco. El tacto esterno se le deja libre, porque hai una tradicion entre los Jénios de la colonia, segun la cual no podrá desencantar a la libertad del encanto en que ellos la tienen, sino el hombre que sea capaz de vencer sin fuego ni hierro i sin el empleo de sus fuerzas corporales a cuatro monstruos que la guardan. Por aquí verá Vd. que no hai peligro en dejar a los neófitos el uso de sus manos, brazos i piernas.

La palabra del escribano fué interrumpida por la repentina aparicion en la estancia de todas las cabezas cornudas que se habian ántes ocultado.

X.

EL INTERROGATORIO.

Aquellas palabras i la variacion de escena hicieron creer a don Guillermo que soñaba. Cuando el entendimiento por sí solo no puede darse razon de un fenómeno se rinde al prestijio del misterio i cree en lo sobrenatural; pe-

ro hai hombres, como nuestro ingles, que por educacion i por carácter rechazan toda intervencion sobrenatural en las cosas de esta vida, i cuando no comprenden un hecho porque sus luces no les alcanzan o porque su corazon no ayuda al juicio, lo llaman ensueño o lo creen una ilusion del arte. Era esa la situacion de don Guillermo en los momentos en que el juez del crímen se acercaba a él hendiendo la roca, como la habia hendido el escribano, cual si fuera una neblina.

Era de aspecto sério el nuevo personaje, de cara pelada i llena, de ojos capotudos i despreciativos, i de boca que anunciaba soberbia en sus pliegues. Tenia este hombre un aire glacial i por su sequedad i sus maneras parecia como hecho a propósito para el oficio.

—¿Promete Vd. decir verdad en todo lo que se le pregunte? fué lo primero que dijo, clavando una mirada amenazadora en don Guillermo; i habiendo éste respondido afirmativamente, agregó: está bien, pero tenga entendido que si no declara la verdad, lo hago azotar por mano del verdugo.

A semejante amenaza, se enrojeció el rostro del ingles i sus ojos brotaron fuego; pero reprimiendo su furor, se limitó a observar que él era súbdito de S. M. el rei de la Gran Bretaña.

Esta palabra pronunciada con noble orgullo hizo a los demonios que presenciaban el acto mirarse i sonreirse complacidos, como si entre ellos i los hijos de la poderosa Albion hubiera alguna simpatía.

El juez haciendo un mohin de desprecio, agregó :

—No hai Gran Bretaña que valga, lo azoto a Vd. si no declara o si me anda con insolencias. Diga Vd. ¿quiere seguir aquí su jiro de comercio, con tal de que sirva relijiosamente a la causa de la colonia, como sus paisanos, i combata enerjicamente todas las innovaciones que se hacen en nombre de la libertad i todas las pretensiones que se dirijen contra el espíritu antiguo de nuestra madre patria?

—Nó, respondió secamente don Guillermo.

—¿Cree Vd. en la libertad?

—Sí.

—¿Cree Vd. en la república?

—Sí.

—¿Seria Vd. capaz de servir a estas ilusiones perniciosas i de sacrificar a ellas sus intereses de comerciante?

—Sí, i mil veces sí.

Que se le peguen cincuenta azotes, dijo el juez, dirijiéndose bruscamente al escribano.

—¿Por qué? preguntó M. Livingston.

—Porque miente, dijo el juez: un ingles como Vd. no puede pensar así.

—Un ingles imbécil, concedo, agregó don Guillermo: el que solo piensa hacer dinero, puede sacrificar a su negocio la libertad i el bienestar de sus semejantes; pero el ingles que ama el nombre de su patria, hará en cualquiera parte del mundo lo que sus antepasados hicieron para conquistar la libertad de que goza la jeneracion presente, i sacrificará sus intereses por alcanzar que la humanidad entera conquiste lo que la Gran Bretaña desea, o por lo ménos lo que ésta tiene ya conquistado.

Tan enérjica respuesta hizo al juez refocilarse en su silla, al escribano rascarse la frente, i a los cabrones de la muralla repiquetear con sus cuernos por efecto de un movimiento horizontal de duda o compasion que hicieron con la cabeza.

I mirando de hito en hito a don Guillermo, el juez le preguntó :—¿Entónces dice Vd. la verdad?

—Nunca digo sino la verdad pura, fue la respuesta.

—¡Luego es Vd. leso! le dijo el juez como sorprendido.

—Segun i conforme : yo llamo lesos a los que ocultan la verdad o mienten, no a los que dicen la verdad, porque en la verdad no hai peligro, ni el decirla trae los males de que va aparejada la mentira, dijo el ingles con aplomo.

—Vd. es un iluso, replicó el juez sonriendose malignamente, no tiene mundo, no es hombre práctico ni positivo. ¿Nó sabe Vd. que está en un pais donde nadie puede vivir sino en la paz, i que viene de un pueblo como el que está arriba, donde basta hacerse el abogado o el secuaz de lo atrasado i del espíritu de órden antiguo para abrirse paso a la fortuna, al poder i a todo lo que hai de grande en la realidad de las cosas prácticas?

—Puede ser así, dijo un poco despechado don Guillermo, pero yo no especulo con la mentira, ni quiero elevarme en alas de una ambicion innoble, atropellando los fueros de la verdad i de la justicia.

—Decididamente Vd. es un leso, esclamó el juez, a no ser que sea uno de esos locos de atar que traen el caletre trastornado por las ideas revolucionarias, i que pretenden refor-

mar el mundo, haciéndole olvidar la relijion i renegar de la obediencia pasiva a sus tutores naturales, sin cuyos bienes no hai órden ni sociedad posible. Contra esos locos obra nuestro poder, i mientras tengan este sagrado asilo los jénios del pasado, habrá esperanzas de que no cundan las ideas nuevas i de que se rehabiliten con todo su esplendor en América el espíritu i las costumbres de los afortunados tiempos de la colonia. Milagrosamente tenemos ardientes servidores en el pais, cuyas nstrañas habitamos, i no hai peligro de que los locos de la libertad logren desencantarla del poder de la *Mentira*, de la *Ignorancia*, del *Fanatismo* i de la *Ambicion*, que son los cuatro poderosos monstruos que la guardan, devorando a cuantos tienen la locura de encarárseles i de combatir con ellos.

—Yo deseo hacerlo, replicó con entereza i vivacidad don Guillermo, i sin hierro ni fuego venceré a esos monstruos, i les arrebataré su presa.

El togado i el golilla se rieron con desprecio, los demonios estiraron sus cabezas para mirar al ingles como a una cosa curiosa, i este quedó impasible i sereno, como el que revela naturalmente i sin esfuerzo lo que pasa en su conciencia.

El juez entónces, tomando un aire serio i ceñudo i ahuecando la voz, dijo : yo conozco la especie de locura que Vd. padece, pero como cuantos han venido con ella a estas rejiones, han curado milagrosamente con una simple costura, lo condeno a Vd. a sufrirla, con la calidad de que cuando se canse de ser *imbunche* i se sienta domado i dispuesto a servir a nuestra causa, avise, para que se le descosa. Pero si hai en Vd. una tenacidad sobre natural que lo mantenga firme en su locura, a pesar del *imbunchaje* de un año, irá Vd. a probar si puede desencantar a su diosa.

Un balido jeneral de las cabezas circunstantes sirvió de aplauso a esta sentencia definitiva. El juez i el escribano se eclipsaron en la roca, i una mano poderosa que apareció de lo alto pegada a un brazo colosal, agarró del cogote a don Guillermo i desapareció con su presa.

ORTIGA.

D. Salvador Sanfuentes.

POESIAS.

Conclusion. (1)

Sanfuentes ha seguido, como ya lo he dicho, las huellas, no de Cooper, sino de Ercilla, uno de los tres grandes poetas que en su primera juventud despertaron su entusiasmo por la poesía; pero ha sabido evitar con acierto algunos de los defectos en que incurrió el ilustre autor de la *Araucana*.

Inámi o la *laguna de Ranco*, una de las obras que componen la coleccion de leyendas i dramas publicada en 1850, fué su brillante estreno en ese jénero de composiciones sacadas de la historia o de las costumbres de los indíjenas americanos. El poeta chileno ha comprendido mejor que el español, su maestro, la necesidad de empeñarse en reproducir con colores exactos la naturaleza del nuevo mundo para poder presentar a los indios en un cuadro adecuado. Las personas de buen gusto habrian deseado que Ercilla, en vez de hablar de Dido o de la batalla de San Quintin, hubiera descrito las magnificencias que la creacion ostentaba a su vista. Sanfuentes ha procurado satisfacer tan justa exijencia esforzándose para que el lector perciba en la leyenda de *Inámi* un reflejo de los paisajes americanos, un perfume de las selvas primitivas. Principia pues por pintar el lugar de la escena de una manera que hace conocer que lo ha visitado personalmente, como en efecto ha sucedido. En seguida se complace en poblar con las invenciones de su fantasía las encantadoras islas que se levantan en medio de las cristalinas aguas de la laguna de Ranco.

El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Un mancebo español corria a rienda suelta por la selva que circundaba la laguna. A alguna distancia detras de él se oia el galope de varios caballos,

El fujitivo llega a la ribera; mira cuidadoso a todos lados; divisa una balsa vieja, que estaba varada en seco; impele su caballo hasta ella; se desmonta presuroso; la empuja al agua con todas sus fuerzas; se precipita en ella; desgaja de un árbol vecino dos ramas que convierte en remos; i hace correr por la laguna su frájil embarcacion encaminándose a una de las islas.

En el mismo momento asoma en la orilla

(1) Véase el número 34.

de la selva un destacamento de soldados, que venian a escape. Luego que perciben al mancebo que huye en la balsa, le gritan que se detenga. El fujitivo no les obedece. Los soldados hacen una descarga que hiere al jóven en un brazo, pero la herida es leve, i no le impide seguir remando. Los perseguidores se convencen bien pronto de que les es imposible alcanzarle, o hacerle daño. Vuelven riendas a sus caballos, pero juran que tornarán pronto con los recursos necesarios para no ser burlados una segunda vez.

El fujitivo conduce su balsa hasta la isla principal de la laguna, donde la primera persona que encuentra es una hermosa jóven india, Inámi, la hija idolatrada del cacique Colpi.

El estranjero cuyo nombre era Alberto pide i obtiene un asilo. Habiendo muerto en un duelo al hijo de un magnate español, era perseguido obstinadamente por la poderosa familia de su víctima, i venia buscando un refujio contra la venganza de sus enemigos.

Inàmi se ocupa en curar la herida del mancebo. El español contempla con admiracion la belleza singular de la india. El amor, un amor apasionado, no tarda en inflamar los corazones de aquel bello par de jóvenes, que parecian formados el uno para el otro. En breves palabras, Alberto resuelve abandonarlo todo por Inámi, se casa con ella, se queda en la isla, i llega a ser padre de una niña.

La felicidad de los dos esposos fué tan grande como poco duradera.

Sobreviene una noche borrascosa de invierno. En medio de los rujidos del viento, se oyen salir de la laguna gritos de angustia. Los isleños acuden a la ribera. Los mas animosos se arrojan a una canoa para volar al ausilio de los náufragos; pero la furia de la tempestad trastorna la embarcacion. Nadie se atreve a repetir la tentativa.

En este momento un nuevo jemido sale de la laguna. Al oirlo, Alberto, como si fuera impulsado por una fuerza irresistible, se precipita al agua sin vacilar. Despues de haber sostenido una lucha desesperada con las olas, vuelve a la playa trayendo asido el cuerpo inanimado de un anciano, le deposita en tierra, i cae a su lado desfallecido de fatiga.

Cuando socorrido por Inámi i los indios recobra los sentidos, reconoce en el náufrago a su padre Alejo; pero el vago presentimiento de un peligro futuro le obliga a decir a los isleños que aquel es solo un amigo suyo.

Gracias a sus solícitos cuidados, Alejo torna al fin a la vida.

El anciano anuncia a su hijo que ha venido para hacerle saber que puede regresar a sus hogares; Valdivia está rejida por nuevos mandatarios que conceden a Alejo sus favores, i que se hallan dispuestos a perdonar el estravío de Alberto.

El jóven queda anonadado; esquiva responder; i alegando por pretesto la suspicacia de los indios, le suplica que oculte que es su padre.

Alejo observa la turbacion de su hijo; recibe sobre todo con estrañeza la advertencia que este le hace.

El misterio se aclara bien pronto. El anciano descubre que Alberto es el esposo de Inámi, i que ha tenido en ella una niña. Considerando semejante enlace como un borron para su nombre, exije que Alberto lo rompa sin tardanza, i vuelva con él a Valdivia. El jóven resiste; propone al severo anciano diversos partidos; está dispuesto a marchar, pero con Inámi; si tal cosa no es posible, que su familia le olvide, i le permita quedarse en la isla; pero las reflecciones i los ruegos son inútiles.

El infeliz Alberto tiene que decidirse contra un padre respetado, o contra una esposa idolatrada. La situacion es sumamente dramática.

El jóven se pone triste, pensativo. Aunque ha cuidado de ocultar a Inámi las exijencias de su padre, no puede, agobiado de pesadumbre, prodigarle las mismas caricias que en tiempos mas venturosos.

Inámi observa el cambio que se ha operado en su esposo, i se entrega al mas acerbo dolor, atribuyendo su desgracia a la influencia maléfica del estranjero, de quien principia a sospechar que es un brujo.

Los isleños por su parte conciben la misma opinion. La frialdad inesperada e inesplicable que la presencia de aquel hombre ha introducido entre Alberto e Inámi; la pena profunda que desde su llegada abruma al jóven español; la deferencia ciega que a pesar de eso demuestra Alberto al anciano; la repugnancia que éste manifiesta a los indijenas, i que le hace evitar en cuanto puede el encontrarse con ellos, todo eso confirma en los indios la idea de que aquel viejo adusto es un ente malo i dañino.

Alberto que observa las prevenciones de los habitantes de la isla contra su padre, i que conoce las preocupaciones de los bárbaros,

comienza a temer por la vida de Alejo. Ruega al anciano que se ausente, pero este rehusa partir solo.

Alberto se encuentra en la alternativa, o de esponer al autor de sus dias a un riesgo cierto, o de abandonar a su esposa i a su hija.

Al fin, por salvar a Alejo, se decide a someterse a su voluntad.

Con el objeto de hacer a Inámi ménos dolorosa la separacion, le anuncia que se ve obligado a emprender un corto viaje para volver a ver a su madre; pero que regresará pronto a la isla.

Inámi no se deja engañar, i se entrega a la desesperacion.

El cacique Colpi le exije que le declare el motivo de su dolor. La jóven se niega a ello; pero, al fin, le confia que Alberto se dispone a dejarla, i que ella atribuye esa resolucion a la influencia del estranjero brujo desde cuyo arribo se ha interrumpido la felicidad de que gozaba con su esposo. Colpi, que participa de la opinion de los demas isleños sobre Alejo, encuentra mui fundada la sospecha de su hija, i determina castigar al viejo hechicero para poner término a los males de Inámi.

Efectivamente, Alejo se hallaba aguardando la canoa que su hijo habia ido a traer para atravesar la laguna, cuando cayó muerto bajo el puñal del iracundo cacique.

Alberto, a su vuelta, solo encuentra el cadáver de su padre. En tan tristes circunstancias se presenta Inámi. Alberto le descubre quien era aquel anciano. La inocente india le revela entónces la causa i el autor del asesinato. El español fuera de sí rechaza de su vista a su desconsolada esposa, a quien acusa de parricidio.

Alberto queda junto al cadáver de su padre, ajitado por los mas opuestos sentimientos. El respeto a la memoria de Alejo le impulsa a la venganza; el recuerdo de Inámi le hace espantarse de derramar la sangre de Colpi; pero el odio triunfa sobre el amor.

Alberto desafía a Colpi a un combate a muerte. El duelo tiene lugar a puñal en la cima de una roca vecina a la laguna de Ranco. El español mata al indio.

Despues de arrojar al agua el cadáver de su enemigo, Alberto se precipita a una canoa para huir léjos del ameno retiro donde sin embargo ha gozado tantos dias de dicha. Mas apénas habia partido, sale de lo alto de la roca un grito lastimoso. Alberto mira, i distingue a Inámi que en ademan suplicante le alargaba los brazos en que llevaba a su hija.

El jóven no tiene valor para continuar su marcha.

Al observar su vacilacion, la india no trepida en arrojarse al agua con su niñita para ir a nado a juntarse con su esposo. Apenas ha recorrido un corto trecho, cuando un bulto le impide el paso; Inámi reconoce el cádaver de su padre i lo adivina todo; lanza un jemido desgarrador; su primer pensamiento es buscar la muerte en el fondo de la laguna, mas mira a su hija i se contiene; hace un esfuerzo sobre sí misma; consigue depositar a la niña en la canoa de Alberto; i vuelve a morir, sin que éste pueda impedirlo, abrazada del cadáver de Colpi.

Tal es el resúmen descarnado de la fábula que forma el argumento de una de las mejores composiciones de Sanfuentes; es una historia tierna i entretenida que conmueve al lector, i mantiene despierta su curiosidad hasta el último verso.

Habiendo fundado en 1853 el erudito literato chileno Diego Barros Arana una revista literaria que tituló el *Museo*, Sanfuentes publicó en ella una nueva leyenda denominada *Huentemagu*, no ménos notable que *Inámi*. Su argumento es la historia de un araucano que recuerda a Petrarca, no ciertamente porque haya compuesto canciones, sino por lo platónico que se mostró en sus afectos.

En la sorpresa dada por los indios a la ciudad de Osorno el 21 de mayo de 1601, tocó en suerte a uno de los bárbaros vencedores una monja profesa del monasterio de Santa Isabel, llamada doña Francisca Gregoria Ramirez «de poca edad i de mucha hermosura,» segun el cronista Olivares. Huentemagu (así se nombraba el indio) se prendó apasionadamente de ella; pero la monja le impuso hasta el punto de conseguir, no solo que respetase su pureza i la sirviese como a señora, sino tambien que la devolviese a los españoles sin reparar en el riesgo a que se esponia, pues, segun refiere el jesuita Ovalle, «lo corrian mui grande de ser muertos de los otros indios por amigos de españoles los que les entregaban sus cautivos.»

«No pudiendo Huentemagu vivir al lado de su ídolo, dice Gay, quiso que una persona suya le recordase a ella,» i para eso dejó ir con doña Gregoria a su convento a otra mujer que poseia ya bautizada; pero los historiadores

Ovalle i Olivares ponderan todavía mas la fineza de este araucano, asegurando que por amor a ella se hizo cristiano, i la siguió hasta el monasterio donde tomó el oficio de criado «sirviendo como siervo a su misma sierva,» segun se espresa el primero, «hasta su muerte que el Señor le concedió mui dichosa i principio de mejor vida,» segun lo afirma el segundo.

Este es el prodijioso caso histórico testificado por los cronistas nacionales acordes en la sustancia, si bien discordes en los pormenores, que Sanfuentes ha poetizado con suma habilidad, i trasformado en una leyenda cuyo mérito no puede negarse con fundamento.

Habiendo renunciado nuestro poeta en 8 de octubre del año ántes mencionado el cargo de secretario jeneral de la Universidad, el rector de esta corporacion le dirijió la siguiente nota, que es mui honorífica para él i mui merecida.

«Santiago, Octubre 10 de 1853.»

«El Consejo universitario, en sesion de ocho del corriente, ha acordado dirijir a Vd. oficio dándole las gracias por los importantes i prolongados servicios que Vd. ha prestado a la Universidad en el desempeño de la secretaría jeneral, que ha tenido a su cargo desde que se instaló la institucion, i de la cual ha hecho Vd. renuncia. Todos los miembros del Consejo deploran la pérdida de un coléga tan honrado e intelijente como Vd. i aprecian en su verdadero valor el celo i acierto con que Vd. se ha conducido en las funciones del destino que deja. Por eso han creido un deber urjente el dar a Vd. este testimonio sincéro de los sentimientos que los animan, i el que suscribe, órgano del Consejo, se apresura a llenar este honroso deber, protestando a Vd. las mas cordiales simpatías, i el deseo vehemente de que la Providencia le bendiga i prospere.—Dios guarde a Vd.—*Andres Bello.*

Por este tiempo una larga i penosa enfermedad obligó a Sanfuentes a suspender sus trabajos literarios, i aún el ejercicio de su profesion de abogado.

En 23 de octubre de 1855, Sanfuentes fué nombrado ministro suplente de la corte de apelaciones de Santiago.

En 1.° de agosto de 1856, a propuesta de la Facultad de filosofía i humanidades, fué nombrado decano de la misma, cargo para que ha sido vuelto a nombrar otras dos veces consecutivas por designacion unánime de sus colegas, i que desempeña hasta el presente.

En 1857 dió a luz primero en los folletines del *Ferrocarril,* i despues por separado en dos volúmenes un poema de largo aliento, *Ricardo i Lucía o la destruccion de la Imperial*, que comprende 17626 versos, la mayor parte endecasílabos distribuidos en octavas. Sería un elojio mui mediocre decir que este poema merecería ser colocado en el catálogo de Rosell a que anteriormente he aludido, pues están incluidas en esa erudita lista muchas obras que son mui inferiores a la *Destruccion de la Imperial.*

La fábula de la composicion de Sanfuentes está bien concebida i bien desenvuelta. A fin de comprobar esta asercion, pasó a hacer un brevísimo resúmen de ella.

Los protagonistas son Ricardo, jóven español, hecho prisionero por los araucanos en el asalto del fuerte de Lumaco, i Alpina, jóven mestiza que ha crecido en la familia del cacique Brancol, a quien mira como padre. Los dos, que, sea dicho de paso, son cumplidos como todos los héroes de novela, principian por amarse, i terminan por convenir en casarse con satisfaccion de todos, ménos del indio Crino, que adora a la mestiza, que se lo hace saber, i que sin embargo se ve con el mayor furor pospuesto a un castellano.

Era una noche horriblemente tempestuosa. Los moradores del rancho de Brancol cenaban junto a una fogata, cuando apareció ante ellos un anciano cubierto con una manta andrajosa, i apoyado en un grueso i tosco baston. El estranjero pidió albergue para un caminante estraviado en medio de la tormenta. Cuando el dueño de la casa hubo accedido a su solicitud, el anciano desconocido, con todas las muestras de un hombre rendido de cansancio, se adelantó con lentitud, estendió sus manos hácia el fuego, e inclinó la cabeza sobre el pecho. Los circunstantes le observaban con atencion. Al cabo de algunos momentos, Brancol i el estranjero se reconocen i se abrazan tiernamente. El anciano recien venido era Maulican, un antiguo i famoso caudillo de los araucanos, padre de Alpina..

Pasados los primeros trasportes, Maulican fija en Ricardo torvos ojos, i exije que le espliquen la presencia de un castellano en medio de indios; pero todo su enojo se calma cuando sabe que el jóven es hijo del capitan Alvaro tan temible en la pelea, como benigno en la paz. «He amado a tu padre como a un bienhechor, dice a Ricardo: quedándote en

Arauco evitarias la triste suerte del noble Alvaro, a quien sus compatriotas han hecho morir de pesadumbre. ¡Ese es el premio que los buenos reciben entre ellos!»

Una noticia tan inesperada i tan funesta sumerje al jóven castellano en el mas profundo dolor.

Despues que los indios hubieron dado a Ricardo los consuelos que reclamaba su triste situacion, suplicaron a Maulican que les refiriese la larga historia de sus padecimientos i peregrinaciones. El viejo cacique accede a las instancias de sus amigos de la manera siguiente:

Volviendo en cierta ocasion de una correría, halla su rancho saqueado, sus mocetones dispersos, su esposa, que era una española, robada. El único individuo de su familia a quien encuentra, es la pequeña Alpina que los asaltantes han dejado olvidada. Maulican no tarda en averiguar que aquel espantoso destrozo ha sido causado por una tropa venida de la Imperial, confia su hijita a los cuidados de Brancol, i corre a la ciudad a reclamar a su esposa. El gobernador Mendoza, en vez de hacerle justicia, le encierra en un calabozo, desde donde el infortunado araucano percibe en medio de la mas horrible angustia los gritos de agonia de una persona que espira en el tormento, i que él sospecha ser su mujer.

Maulican permaneció encerrado hasta que vino a la Imperial con el cargo de juez visitador el capitan Alvaro, que le hizo comparecer a su presencia para ofrecerle una amplia indemnizacion de perjuicios i la devolucion de su esposa, si prometia apaciguar la tierra sublevada por vengarle. El cacique conviene en todo. Habiendo entrado el capitan Alvaro a averiguar el paradero de la mujer de Maulican, se descubre que el gobernador Mendoza se habia enamorado de ella, i que la esposa de este, furiosa de celos, la habia hecho asesinar bárbaramente. El indio, fuera de sí, al saber semejante horror, ahoga con sus propias manos a la culpable delante de los mismos jueces que practicaban la indagacion.

Alvaro compadecido del infortunio de Maulican, en vez de condenarle a muerte, le envia a Santiago para sustraerle a la venganza de Mendoza, i consigue que se le imponga solo un destierro al Perú, donde el indio permanece efectivamente algun tiempo en las tropas de Tupac-Amaru que se habia rebelado contra los españoles, hasta que este descendiente de los incas, vencido, perece en un cadalso. Entónces Maulican vuelve a Chile atravesando los Andes. Sabe que Mendoza está gozando de una grande influencia; que ha conseguido vengarse de la proteccion prestada por el capitan Alvaro a Maulican, haciéndole deponer por un consejo de guerra de sus grados i empleos por no haber podido defender contra los araucanos el fuerte de Lumaco cuyo mando se le habia confiado; i que el pundonoroso español, debilitado por las heridas que habia recibido en el combate de que se le hace un crímen, ha muerto de pesadumbre.

«El infame Mendoza, concluye diciendo Maulican, se encuentra rijiendo de nuevo la Imperial; pero se acerca la hora en que tu padre, o Ricardo, será vengado. En este momento se prepara un gran levantamiento de todo el estado de Arauco, dirijido por el toqui Paillamachu. Yo mismo he sido encargado, jenerosos amigos de mi infancia, de traeros la flecha; héla aquí. ¿No estareis prontos para asir la lanza a la primera señal de la pelea?»

Todos los indios presentes responden con entusiasmo al llamamiento. Solo Ricardo permanece triste i taciturno, porque teme verse arrastrado en una insurreccion contra su Dios i su rei a causa de su afecto a la mestiza i de su odio a los que han ocasionado el deshonor i la muerte de su padre. Pero los dias siguen a los dias, i el tiempo i el amor le hacen mitigar esos temores.

Miéntras tanto llega la época de su matrimonio con Alpina. La mestiza, a fin de ser digna esposa de un español, acaba de cambiar en el bautismo administrado por un venerable hermitaño su nombre araucano por el cristiano de Lucía. El sacerdote va a unirla ya para toda la vida con Ricardo, pero de repente la ceremonia se suspende, i no se oyen mas que gritos de guerra.

Un destacamento de jinetes españoles conducido por Crino, hacía destrozos en las habitaciones de Brancol. Aquel traidor, loco de celos, habia ido a denunciar al gobernador Mendoza la vuelta de Maulican, la próxima insurreccion, el casamiento de Ricardo con la hija del enemigo mas implacable de los castellanos en premio, decia, de su complicidad en los proyectos de los indíjenas; i se habia ofrecido a entregar a los culpables.

Aunque distraídos por una fiesta, los araucanos resisten con denuedo, pero son venci-

dos. La ranchería es incendiada. El viejo Maulican, ántes que caer vivo en manos de los españoles, se precipita voluntariamente en aquella inmensa hoguera. Brancol i Ricardo mal heridos son dejados entre los muertos. Lucía es llevada a la Imperial.

El gobernador Mendoza se apasiona tan perdidamente de la hija como de la madre. Pero el alzamiento jeneral de Arauco no le permite cortejar a la mestiza con libertad.

Los araucanos sorprenden al gobernador del reino don Martin de Loyola, que iba de viaje, i le matan; en seguida ponen sitio a la Imperial i a todas las ciudades que se habian levantado en su territorio.

Mendoza no obstante su valor indisputable, se ve reducido a la defensiva.

Durante el asedio, se entrega mas i mas a su pasion por Lucía; pero Crino, que se ha ligado a la servidumbre del gobernador para velar por la mestiza, i que ve con desesperacion que ha traicionado a la patria sin lograr poseer a la mujer por quien todo lo ha sacrificado, sabe defenderla de la lascivia del castellano.

Ricardo medio curado de sus heridas viene a incorporarse como simple espectador en el ejército araucano para ponerse en situacion de adquirir noticias sobre la suerte de su amante.

El hambre i la peste se introducen en la ciudad; los españoles se encuentran en la mayor consternacion, i no saben como alejar el peligro inminente que los amenaza. En tal estremidad, Mendoza propone a los araucanos decidir la suerte de la Imperial en un combate singular; él será el campeon de la plaza; los indios pueden confiar su causa, dice el mensajero del gobernador designando a Ricardo, al transfuga castellano que está en sus filas, i que no puede tener la intencion de vengar por brazo ajeno las injurias que pretende haber recibido de Mendoza.

Obligado por una provocacion tan directa, i por el recuerdo de tantos agravios, particularmente la deshonra de su padre i el rapto de su novia, Ricardo olvida que va a pelear contra su Dios i su rei, i obtiene el ser campeon de Arauco.

El combate tuvo lugar en un llano que se estendia entre la ciudad i el campamento de los sitiadores. Ricardo se hallaba próximo a obtener la mas espléndida victoria, cuando Crino, no pudiendo tolerar el triunfo de su feliz rival, le lanza traidoramente por detras una aguda pica, que le causa una lijera herida. Este incidente da oríjen a un tumulto que impide continuar i concluir el combate.

Mendoza ha salido herido i humillado. El malvado Crino le ofrece hacer caer a Ricardo en una celada. El gobernador no se avergüenza de aprobar un proyecto tan inicuo. Efectivamente Ricardo es atraido dentro de los muros de la Imperial con el aliciente de que vaya a salvar a Lucía, hecho prisionero i llevado ante un consejo de guerra.

Los jueces acaban de condenar al jóven a sufrir la pena de garrote por traidor, cuando un estruendo que nadie acierta por la pronto a esplicarse, turba a los españoles.

Era el caso que el toqui Paillamachu, que venia llegando de apoderarse de Valdivia, dirijia contra la Imperial los cañones mismos que habia quitado a los castellanos, i procuraba abrirse una brecha a balazos. Los sitiados no pueden contener a los asaltantes; Mendoza muere a manos de Ricardo; pero Crino, que no puede tolerar que Lucía sea de otro, la apuñalea, i perece bajo los golpes de un indio amigo del desdichado Ricardo. La Imperial es arrasada hasta los cimientos por los bárbaros. Ricardo cava una sepultura a su amante en el presbiterio de la arruinada catedral, i en seguida agobiado por el dolor al recordar la pérdida de Lucía, i por el remordimiento al contemplar tanto destrozo en que ha sido cómplice, huye, sin que jamas haya podido averiguarse la suerte que corrió.

Esta es la fábula principal del poema de Sanfuentes; pero a ella van unidos un gran número de episodios variados i bien pensados.

Por desgracia la espresion no corresponde siempre al mérito de la concepcion. Hai ciertamente estrofas que hacen honor al poeta, como las siguientes, que cualquiera se habria complacido en firmar

Despunta ya la alegre primavera
Con su tren de esmeraldas i de olores,
Vida i placer vertiendo por do quiera,
I el campo matizando en mil colores.
De aves inmensa multitud parlera
I enjambres mil de insectos bullidores
Por la etérea rejion se multiplican
I de los prados el verdor salpican.

Todo es animacion, i se diria
Que la naturaleza está de boda.
Inunda el aire célica armonía,
Suaves conciertos es la tierra toda.
En olas de perfumes i ambrosía
Se mece el alma, de placer beoda:

El aura blanda al aquilon destierra,
I amor reina en el valle i en la sierra.

I del arroyo el murmurar parece
Tierna queja de amor, suspira el viento;
La planta que en el campo reverdece
Rebosa en amoroso sentimiento:
Del gallardo laurel, cuando se mece,
Afectuoso es tambien el dulce acento,
I los humanos pechos mas se inflaman
Al ver que flores, agua i vientos aman.

pero hai tambien muchas otras que no merecen igual alabanza. Las frases son a veces enmarañadas, i están oscurecidas por trasposiciones sumamente violentas, como la que desluce los versos siguientes, i que tomo entre otras muchas, por ser la primera que se me presenta:

Dijo él, i caminando, con *ardores*.
A su seno estrechábala *supremos*.

Pero lo que particularmente afea la versificacion de la *Destruccion de la Imperial* es el empleo, por las exijencias de la rima, de palabras anticuadas, cultas, poco usadas o neolójicas, como las que siguen: *singulto, balumbo, acordanza, orambre, azoro, subvenio, entupirse, hirsuto, impervia, revulsa, lealtanza, torticero, gorja, impiadoso, astricto, consuntos, moble, inapetible, ferocia, soberbioso, amaro, híspidas, arrebolla, acogombra, solivio, carnaje, desgaire, manida, imburso, perquire, pervijilio, vulnerario, panojas, lacería, encapuzon, partiente, atoa, incoa, alcores, festeo, luismo, dardoso, enteco, gravedumbre, infracta, enesmistanza, causon, deciso, treno, zaina, escarceo, arrufa, destruyente, disimil, runfla, igualeza, heredaje, dubio, milites, moderamen, primevo*, etc., etc. Vese por estos ejemplos que Sanfuentes, en vez de hacer de la rima su esclava, como lo queria Boileau, se ha puesto humildemente a las órdenes de ella.

Un año despues de haber publicado *la Destruccion de la Imperial*, esto es, en 1857, Sanfuentes dió a luz en la *Revista de ciencias i letras*, i en seguida por separado, cuatro partes de un poema que lleva por título *Teudo o memorias de un solitario*, especie de diario en verso que el autor supone llevado por su héroe dia a dia para ir estampando las impresiones que recibia. Esta composicion, que me parece inferior a las demas que han salido de la misma pluma, está todavia inconclusa. «En una de nuestras escursiones por el Sur, dice el poeta en una corta advertencia que precede a la obra, vino casualmente a nuestras manos un antiguo manuscrito, donde habia consignado la mayor parte de su vida un misionero, que la terminó en el centro de la Araucania. Desde su primera lectura nos ocurrió la idea de que el asunto se prestaba a ser convertido en una obra literaria, i pusimos mano a la empresa en nuestros ratos de ocio. Fruto de este trabajo han sido los cantos que ahora vamos a publicar, i en que, conservando las impresiones del dia segun las estampaba en sus apuntes el solitario, no hemos hecho sino revestirlas de una forma poética. Daremos desde luego las cuatro primeras partes en que el diario está dividido, i que principian en el instante en que Teudo vuelve a su patria Sevilla despues de un largo cautiverio, que comenzó para él, como para el inmortal Cervantes, en la batalla de Lepanto, i terminan con la relacion de su peregrinaje a Tierra Santa.»

En octubre del último año mencionado don Salvador Sanfuentes volvió a ser llamado al ministerio de justicia, culto e instruccion pública, cargo que renunció a los dos meses i dias, volviendo a ejercer las funciones de juez en la corte de apelaciones de Santiago.

El 27 de abril de 1858 fué nombrado ministro suplente de la corte suprema de justicia, cargo que ha seguido desempeñando hasta ahora.

Habiendo sido propuesto este mismo año por el partido de oposicion para diputado en el departamento de Quillota, obtuvo igual número de sufrajios que el candidato gobiernista.

El claustro pleno de la Universidad, reunido el 12 de agosto de 1858, para formar la terna que en conformidad de los estatutos debe pasarse al gobierno para el nombramiento del rector que debia rejirla durante el quinquenio inmediato, asignó el primer lugar a don Andres Bello casi por unanimidad, i el segundo a don Salvador Sanfuentes por un gran número de votos.

Sé que nuestro poeta conserva inédita una traduccion en verso de la *Efijenie en Aulide* de Racine, i que está componiendo un drama orijinal tambien en verso cuyo argumento ha tomado de la historia del gobernador de Chile don Francisco Meneses, drama que tiene ya mui adelantado.

Nota.—Mi estimado amigo, el erudito i brillante literato Benjamin Vicuña Mackenna ha tenido la bondad de indicarme los siguientes poemas que yo omití en el catálogo de los inspirados por la *Araucana* de

Ercilla, publicado en el número 34 de *La Semana*, porque no tenia noticia de su existencia:

Conquista del Perú—por Juan de Mira Montes, poema heroico, manuscrito que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid. 1611.

La Hernandia—por Ruiz de Leon, poema publicado en el siglo pasado.

Atahualpa—tragedia por Cortes, publicada en el siglo pasado.

Fundacion i Grandezas de Lima—poema hispano-latino por Rodrigo de Valdes. 1687.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

Ecos de la semana.

Santiago, marzo 17 de 1860.

SUMARIO.—La cesta de Quevedo.—Interregno universal.—Pasatiempos.—Círculo literario.

El inmortal Quevedo, que supo decir tan agudos chistes i verdades tan agudas, supo tambien crearse en el curso de su romanesca vida situaciones de las mas peliagudas. La tradicion popular nos lo pinta, en cierta ocasion nocturna i amorosa, embarcado dentro de una cesta que desde un balcon izaba una blanca mano, detenido luego en la mitad de su navegacion aérea, i obligado así a oscilar entre el cielo i la tierra como nave que flota sobre una mar boba. Conocidísima es la respuesta dada por Quevedo a la ronda que acertó a sorprenderlo en tan cómico lance, i que no dejó de lanzarle el—quién vive? de ordenanza:

—Quevedo,
que no sube, ni baja,
ni se está quedo.

La misma respuesta podria dar nuestra capital a quien tuviese la ocurrencia de hacerle la misma pregunta, al contemplarla puesta en el mismísimo trance de aquel feliz injénio cuanto infeliz enamorado. No es otra en verdad nuestra situacion presente. Suspensos entre el verano que ya no existe i el otoño que aun no llega, entre un ministerio que está bajando i otro que está subiendo, entre el exámen de conciencia que ya se ha hecho i la absolucion de las culpas que aun no se ha recibido, entre los venturosos amores del campo que con él se abandonaron i las aventuras de la ciudad que tardan en reanudarse, entre los efímeros trajes de estío ya demasiado lijeros i los solemnes vestidos de invierno aun demasiado pesados, los vecinos de Santiago se sienten mecidos por los vaivenes de la incertidumbre, sin subir a la esperanza ni bajar al desengaño.

Hablando con propiedad, no podria decirse que nuestra actualidad marca una situacion, sino solo un momento de transicion, un punto de pasaje, la víspera de un cambio. Entretanto, nada ni nadie ha cambiado todavía, si se exceptúa el editor del *Mercurio*, que ha mudado de aires sin estar atacado de tísis, i el *Mercurio* mismo, que ha mudado de piloto i rectificado el rumbo.

Esperando mudanzas mas radicales, nos hallamos en un interregno universal.

El cielo es siempre azul hasta la monotonía, sereno hasta la desesperacion; pero el sol ha perdido su calor inquisitorial, las noches han dejado de ser tibias para volverse frias, el viento se ajita de tiempo en tiempo en ráfagas glaciales, i las hojas i las flores no tardan en despedirse de la naturaleza. Ya no reina el verano, pero el otoño no reina todavía, i nos hallamos en el interregno de las estaciones.

En la política, el mismo interregno tiene lugar, miéntras llega el advenimiento de un nuevo ministerio, que ya se hace esperar demasiado. No parece sino que la raza de los ministros se fuera perdiendo, tánto cuesta encontrarlos. Otra cosa pasaba en otro tiempo, en que brotaban, como los hongos, de la noche a la mañana.

Por fortuna, si los ministros temporales faltan a la política, los ministros espirituales no faltan a la conciencia. Pero como ésta está sometida a aquellos por ahora, no podria decirse que la conciencia impera, i es bien claro que tambien existe el interregno de la libertad moral.

Finalmente, los amores i la moda están asi mismo en receso i mantienen el interregno en nuestra situacion sentimental i *fashionable*. Entre nosotros la moda ejerce una grande influencia sobre el corazon, como que el vestido es el que siempre despierta las primeras simpatías entre dos almas *bien puestas*; así es que no debe esperarse novedad alguna en el mundo de los amores hasta que la moda haya fijado los trajes de la próxima estacion i permitido a los elegantes de ámbos sexos renovar la provision de sus roperos.

De esta suerte, el interregno es, como os decia, universal. El tiempo corre sin estacion reinante ni ministerio vijente, la conciencia ha perdido su imperio por hacer su sumision, los amores no despotizan a las almas sensibles, ni la moda despotiza a los amores, i el principio de autoridad no encuentra por donde quiera sino el fin de toda autoridad.

Para distraer la impaciencia o la inquietud

de estas horas de espera, nuestra sociedad no cuenta con muchos recursos, ni los pocos que posée son mui poderosos al efecto. Empero, a falta de otras mejores, ha buscado en ellos mediocres pasatiempos.

Desde luego, ha tenido a su disposicion los pasatiempos místicos, ora en la iglesia, ora en el ferrocarril, donde, embarcada en un convoi ordinario, ha podido andar anticipadamente las estaciones de Semana Santa i convencerse de que es infundado el temor que se abriga tocante a la rápida locomocion por ferrocarril i a sus peligros, los cuales solo existen los domingos i los martes cuando los bueyes se las tienen con la locomotiva.

En seguida ha podido leer los recientes tratados concluidos entre el coronel Barbosa i los comunistas de la Araucanía.

I por último ha podido hablar de las nuevas pilas que van a abrirse, de las nuevas estátuas que van a levantarse, de una solicitud para hacer funcionar el teatro que va a discutirse, i de muchas otras cosas que están por venir.

I despues de haber andado, leido i hablado, no habrá tenido mas recurso que seguir balanceándose silenciosamente en el columpio de su incertidumbre, en la cesta de Quevedo, i esperar en paciencia que alguien acabe por izarla alguna vez, si ántes cualquier mal intencionado no corta la cuerda i le procura una dolorosa costalada.

La reunion del *Círculo de Amigos de las Letras* fué anoche considerable en número e interes.

Como os lo habia anunciado, don Joaquin Blest Gana leyó un fragmento de un estudio histórico mui notable, sobre la batalla de Ayacucho, que lleva entre manos. Este fragmento contenía los retratos de los jenerales Sucre, La Mar i Córdova, tres figuras de las mas simpáticas entre los guerreros de la independencia americana. Blest Gana, que ha estudiado a sus héroes *con amore*, como se echa de ver fácilmente, ha pintado sus retratos con tintas mui calientes sin dejar de ser verdaderas. Los tres de que os hablo son tres biografías compendiadas escritas con singular gracia i talento.

Don Adolfo Balderrama leyó luego un estudio sobre las enfermedades dominantes en la Serena, que siento ser incompetente para apreciar i que hizo decir a un espiritual amigo de las letras:—Es preciso enviar por allá la guerra civil. Empero, sin juzgar el trabajo de Balderrama, es imposible desconocer su importancia i la copia de observaciones que lo enriquecen.

Por conclusion, don José Pardo permitió admirar el chistoso injenio de su musa en un soneto precioso que leyó i está dedicado a una dama de quien ignora hasta el nombre. Voi a daros el placer de gustarlo por vosotros mismos:

Soneto.

Versos tenaz de mi amistad reclama
El señor don José Perez Anguita,
En homenaje a cierta señorita
De quien pretende eternizar la fama.
Pero calla las dotes de la dama;
No declara si es alta; si es chiquita;
Si es morena; si es rubia; si es bonita.
Yo. . . ni siquiera sé cómo se llama.
I no obstante de ser terrible aprieto,
Digno del Cid i digno de Bernardo,
El de cantar a incognito sujeto,
¡Loca temeridad! no me acobardo,
I bien o mal hilvano este soneto.
Treinta i uno de Enero.

José Pardo.

Ved aquí una nueva reunion del *Círculo de Amigos de las Letras* que provoca nuevos elojios de mi parte : los Aristarcos no dejarán de notarlo i censurarlo. ¡Qué hacer! Entre la justicia i ellos, lo primero es lo primero.

Domingo Arteaga Alemparte.

Imprenta del Correo, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Marzo 24 de 1860. Núm. 38.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

LA SEMANA.

SANTIAGO, MARZO 24 DE 1860.

El diarismo

EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

IV.

Para ejercer los altos cargos públicos se necesita de delegacion. Es la sociedad la que hace los poderes i la que elije sus representantes.—Nadie puede arrogarse una sola de esas funciones de que depende la marcha de la nacion, la satisfaccion de sus necesidades, el fomento de sus intereses, jenerales o locales, grandes o pequeños, sin el beneplácito de esa nacion, sin que ella lo llame en su libre i espontánea voluntad.—No basta querer ser presidente de la república, diputado, juez, municipal, para serlo. Es necesario que el hombre que quiera optar a cualquiera de esos cargos de la administracion i gobierno de la sociedad,—manifieste sus títulos, pruebe su aptitud, su moralidad, su patriotismo.—Hasta para ser simple ciudadano con derecho de sufrajio se ha menester de ciertas condiciones.

Pero hai un poder que está sobre todos esos poderes, que los censura o alaba, los condena o absuelve, los aconseja, los manda, los mantiene constantemente pendientes de sus fallos, i cuyos miembros, sin embargo, no han tenido que someterse a nadie ni a nada, para erijirse en jueces de todo el mundo, abordar las cuestiones mas altas i trascendentales, hacerse los árbitros de la opinion, encaminar el juicio público i arrogarse su representacion:—Este poder es el diarismo!

Nada se exije para tener un puesto en su recinto.—Todo el que lo desea es diarista.—La lei no pide a estos censores de pueblos i gobiernos, que tienen en sus manos el órden i el desórden, la moralidad i el desenfreno, el bien i el mal de la sociedad, condicion alguna de capacidad, de instruccion, de antecedentes. Las prerogativas que la profesion de diarista concede no se desciernen,—se toman por asalto. Tan buen derecho tiene para ser diarista el hombre honrado como el cínico especulador; el que procura dirijir a la sociedad como el que trabaja por estraviarla; el hombre ilustrado como el ignorante; el político de altas miras i profundas convicciones como el farsante que no sabe ni lo que es, ni lo que desea; el ciudadano incorruptible como el venal.—Basta con dar una fianza de mas o ménos consideracion, que asegure el pago de las penas pecuniarias a que puede ser condenado el diario, para que quede fundado i el gobierno se encargue de esparcirlo por toda la estension del pais gratis o con un corto derecho de porte.

De esta manera no hai para el diarista otro juez que la sociedad, con respecto a las opiniones que sostiene, a las teorias que propala, a las ideas que defiende, a las tendencias buenas o malas que lo guian. Pero este mismo censor queda burlado desde que el diarismo es anónimo, desde que el diarista que juzga, que critica o alaba, no se presenta para ser juzgado, criticado o alabado a su vez.

Así, miéntras el primer majistrado de una nacion responde con su persona de los actos de su administracion, el juez de las sentencias que da, el diputado ante sus comitentes de la opinion que sostiene,—el diarista de nada es responsable, nada lo alcanza, ni el fallo de la justicia ni el de la opinion; puede desde las columnas de su diario sembrar por todo el pais la calumnia sobre los hombres, la mentira sobre los hechos; burlar las creencias mas santas, poner en tela de juicio las verdades mas claras, lanzar la hiel i el veneno de la difamacion sobre el honor ajeno, propalar el absurdo, la infamia, sin que nada sufra su personalidad.—Es acusado: mandará un testaferro que responda por él, que sufra por él, que sea por él encarcelado. Entre tanto él continuará arrojando a todos los vientos dósis

mas abundantes aun de calumnia, de infamia, de subversion;—i él, el calumniador público, el difamador a sueldo, quedará impune.

¿No es injusto, inhumano, inmoral, que tal impunidad sea permitida por la lei i la sociedad? Por qué si el diarista es un juez, si ejerce un sacerdocio, se oculta bajo la máscara del anónimo? Por qué el reo no ha de tener el derecho de conocer a su juez? Por qué la víctima no ha de conocer a su verdugo? Por qué miéntras el escritor que publica un libro lo pone bajo la garantia de su propia personalidad, i hacen lo mismo el orador, el majistrado;—solo el diarista no ha de tener el valor de sus opiniones i de sus actos,—el diarista! que influye mas que todos ellos en la direccion del juicio público? Por qué se oculta si cree sostener la verdad? Por qué se oculta si se cree el paladin del oprimido, del débil, de desamparado, i no se presenta con la visera levantada como cumple a un caballero? Solo el asesino se oculta.—El hombre honrado jamas!

¿Cuál es el escritor que ha ido a pedir al anónimo su amparo, cuando ha tenido que defender una causa justa i jenerosa, que popularizar una idea grande i salvadora?—No lo conocemos.

Siempre se recurre al anónimo cuando hai que perder a un rival, que vengar un desengaño, que herir una reputacion, que calumniar una intencion; es decir,—siempre que la personalidad, el interes egoista, la pasion o el odio son los ajentes que inspiran al escritor.

Ninguno de estos móbiles puede inspirar impunemente al diarista que firma.

El diarista que firma revisa con calma lo que ha escrito con pasion.

El diarista que firma jamas se permite un juicio aventurado, jamas da curso a un hecho que lo desdora sirviéndole de eco, jamas se constituye en difamador público.

El diarista que firma no quema hoi lo que adoraba ayer, porque sabe que su descrédito es indudable.

El diarista que firma contrae compromisos solemnes con la opinion, que le obligan a tener convicciones fijas i no de convencion.

El diarista que firma jamas se permite la personalidad, jamas vá a levantar con mano cobarde el velo del hogar, i ¡ay del que lo hiciera!

El diarista que firma, en fin, es un hombre que tiene que responder de su conducta ante el tribunal de la opinion; que se coloca a su respecto en igualdad de circunstancias; que si juzga puede ser juzgado, si censura puede ser censurado, si persigue puede ser perseguido, si difama, si calumnia, puede ser castigado.

El valor del diarista anónimo, es el valor del máscara que insulta premunido del antifaz, es el valor del asesino que hiere porque toma al transeunte desprevenido.—Qué diferente no es el valor del diarista que firma!—El valor del diarista que firma es el valor del caballero que sostiene lo que crée la verdad, es el valor del patriota que lo sacrifica todo a la salud de la patria, es el valor del soldado de la justicia i el derecho, que no palidece ánte riesgo alguno para mantener sus fueros.—El diarismo anónimo es un oficio de cobardes.—El diarismo firmado es el verdadero diarismo, el diarismo que se eleva sobre las miserias de los partidos, que busca la discusion, no la polémica, que no sostiene tan pronto la verdad como el error;—es el diarismo donde el principio domina a la conveniencia, la conviccion a la especulacion.

El diarismo anónimo hace la fortuna de los *condottieri* de la prensa.

El diarismo firmado hace imposibles las especulaciones inmorales con la opinion.

Entónces ser diarista será ser algo. No será simplemente una profesion que dá unas cuantas monedas, sino una profesion en la que se necesitará valor, abnegacion, desinteres i moralidad.—Entónces el diarista no será una máquina de hacer frases i nada mas,—será un alto funcionario, una potencia, un rei en su esfera, si sabe cumplir con su deber; podrá dirijir la opinion con un derecho lejítimo i no usurpado; dejará de ser un tirano irresponsable i se convertirá en un consejero leal, en un amigo desinteresado, en un censor a quien nada puede corromper.

Pero, se dice :—el diarismo firmado creará grandes diaristas, como en Francia; pero no grandes diarios, como en Inglaterra; dará amplia, inmensa publicidad a las opiniones individuales, mas no a las opiniones de la sociedad; será el órgano de un hombre, no del público; lo que un diario diga, sostenga i propale, no se considerará como dicho, sostenido i propalado por un partido o por la masa jeneral de la nacion, sino por el escritor cuyo nombre vá al pié del artículo :—los partidos quedarán desarmados ante la discusion i la publicidad. Sobre todo, el diario perderá su fran-

ca impertinencia, no será libre en sus movimientos, desarreglado como la improvisacion, variable como la inspiracion : el diarista será absorbido por el escritor : se sacrificará el fondo a la forma, la utilidad a la novedad, los intereses públicos al interes de conquistarse una reputacion.

En estas objeciones hai mucho de verdadero; pero tambien mucho de falso i antojadizo.

No vémos el porqué los grandes diarios i los grandes diaristas no puedan coexistir. El ejemplo de la Inglaterra que se aduce no tiene fuerza.

En Inglaterra, hai grandes diarios, no porque no hai grandes diaristas, sino porque la libertad de la prensa es un hecho constante, porque los diarios no están sometidos a una vida transitoria, porque la mitad de sus condiciones de existencia no depende de los caprichos del poder.—En Francia ha sucedido todo lo contrario. La existencia de la prensa ha sido siempre precaria,—ya por la obra de los gobiernos—o ya por la de la sociedad. ¿Qué diario cuenta en Francia la mitad de la edad del *Times*? Qué diario fundado en Inglaterra al mismo tiempo que la *Presse*, que los *Débats*, tiene en el dia mas poder, mas influencia, está mas caracterizado ante el público ingles, que cualquiera de esos órganos de la publicidad francesa?

De otra parte;—en Inglaterra los diarios no son sostenidos por los partidos ni por los abonados. La prensa inglesa no conoce el abonado. Son sostenidos por la sociedad que los toma por órganos para cuanto ha menester. Son los avisos los que sostienen los diarios ingleses.—De esta manera su independencia es completa. Por eso esa prensa nada arguye, nada prueba ni combate en esta cuestion. Su situacion es escepcional, i de una escepcion no pueden sacarse deducciones jenerales.—Póngase el diarismo frances en la misma condicion en que se halla el diarismo ingles, i verémos entónces si los grandes diaristas hacen imposibles los grandes diarios.

Pero volvamos a nosotros.

¿Cuál de los diarios de Sud-América de alguna consideracion puede decirse anónimo en su redaccion? A qué diario ha perjudicado tener por redactor confesado a Mitre, a Sarmiento, a Lastarria, a Gomez, a Gonzalez, a Godoy? El *Mercurio* jamas ha tenido redaccion anónima, i no por eso su influencia ha decrecido, su fama ha sido supeditada por la del diarista a que servia de tribuna.

A pesar de todo, queremos conceder que la importancia, el poder del diarismo, se minora con la supresion del anónimo. Pero, lo que pierda en poder lo ganará en moralidad. Si no es el eco del sentir jeneral, si no tiene por redactor al público, si no es dirijido por él, caprichoso, antojadizo, versátil como la opinion; —tendrá por redactor a la verdad i, como ella, será perseverante, lójico, sério i digno.

El diarismo firmado, nunca podrá ser, es cierto, el esclavo sumiso de los partidos. Pero esta no es una desgracia; al contrario, es el mejor de los resultados que se pueda obtener. Dirá la verdad envuelta en miel i polvoreada de oro si se quiere; pero la dirá, porque ese diarismo no será tampoco un cobarde ni un sempiterno lisonjero.

Para esto, seria necesario considerar al diarista que firma como un miserable, como un ser débil, como una intelijencia raquítica, incapaz de levantarse sobre las preocupaciones i las conveniencias sociales; pero un escritor de esa clase, amasado de estopa i de cieno, no será jamas un diarista, i si lo es, será aun mas miserable bajo el anónimo que bajo su firma. El hombre que adula en público se arrastra en privado.

La firma no arrebatará al diarista sus nobles cualidades, enfrenará solo sus tentaciones indignas.

Ahora: que un diarista, por el solo hecho de firmar ha de buscar por precision lo que brilla, lo que mete ruido, lo que despierta la curiosidad; que ha de convertir el diario en un escenario, en que venga a lucir a sus lectores las gracias de su estilo, la novedad de sus formas de diccion; que piense mas en ataviarse que en ser útil, mas en la cadencia de la frase que en la verdad i exactitud del pensamiento que encierra, es un cargo del todo antojadizo.

Si en Francia, si en España, sucede esto en muchas ocasiones, no es para nosotros la obra de la supresion del anónimo, nó,—es el resultado de los gustos del escritor i del lector. Ambos tienen ánsia de novedad, sus imajinaciones están influenciadas por lo desconocido, viven mas de sueños que de realidades. Esto les hace amar todo lo que es teoría sin curarse de su practicabilidad, imajinar mas que pensar, sentir mas que meditar, buscar lo que encanta la vista o regala el oido, ántes que lo que nu-

tre la intelijencia.—Ese diarismo superficial, dandy, de guantes amarillos i bota charolada, de maneras elegantes, de espresion comedida, que ocupa largo tiempo en su tocado,—es el resultado, no de esta o la otra circunstancia especial, sino de los gustos, de las inclinaciones, de las necesidades de la sociedad.

En último término, si la firma hace diaristas cobardes, lisonjeros i petimetres,—estamos por la cobardia que no injuria, ántes que por la cobardia que insulta, denigra, mancha, escupe sus babas sobre las mejores reputaciones premunida de su antifaz;—estamos por el lisonjero impertinente, ántes que por el calumniador desbocado;—estamos por el petimetre almibarado, ántes que por ese personaje sin maneras, que se lleva a todo el mundo por delante, que pisa el pié de éste, da un lancetazo al otro, aja el traje del de mas allá i rie i se burla a mansalva de todo el mundo.

Terminemos.—Dos males aquejan a la prensa hispano-americana,—la polémica personal —i el diarismo esclusivamente de partido, ciego, sordo a las necesidades de la sociedad, que no vé, no oye, no habla sino lo que le mandan ver, oir i hablar los hombres que lo pagan, a quienes ha vendido toda conciencia i toda personalidad.—Para evitar sino completamente a lo ménos en parte estos dos males ¿qué otro arbitrio que la supresion del anónimo se presenta?

Esperiencia bien larga se tiene de lo que valen las leyes represivas, de su impotencia absoluta en los dominios de la prensa. Esas leyes no son ni siquiera un paliativo, son cuando mas una mordaza aplicada a la boca del enfermo para impedirle que se queje, una mordaza que ni suspende los efectos del mal, ni vuelve a la sociedad su bienestar, ni a la prensa su dignidad.

Pero no pedimos que sea una lei la que suprima el anónimo; lo que buscamos i se debe buscar es que esa supresion sea la obra espontánea del diarismo mismo, que sea él el que avergonzado de sus propios estravios vuelva sobre sus pasos; que sea él, el que por su propia mano haga justicia de esos malos hijos de tan gran padre, que se llaman diarios de partido, diarios de guerra, diarios de ataque, guerrilleros, banderilleros de la prensa, i que no son en realidad sino jentes de depravadas costumbres que especulan con los malos instintos de la sociedad, que siembran por donde quiera el error i la calumnia, que van a vomitar en la choza del pobre odio contra la sociedad, contra el gobierno, contra toda superioridad,—ya se base en la intelijencia,—o ya en la fortuna; que van a llevar el espanto al hogar acomodado, la tristeza al corazon del ciudadano honrado, la desconfianza, el temor, la incertidumbre por todas partes; que no perdonan sexo, edad ni condicion; que sacan a la plaza pública los mas secretos sucesos de la vida privada;—que son, en fin, verdaderos bandidos de la honra ajena, órganos enérjicos de la calumnia, receptáculos de todo el lodo que en los bajos fondos de la sociedad, amontona el odio, el vicio, la especulacion i la farsa política ¡titiriteros desvergonzados que merecen ser quemados por la mano del verdugo;—i que sin embargo la torpeza de nuestras lejislaciones santifica casi siempre, i la desidia, la indiferencia, cuando no la cobardia, de los diarios i los diaristas honrados deja circular impunemente!

Esos hijos atrabiliarios de la prensa, esos son los que la desacreditan, la hacen temible i perjudicial;—i a esos se les amordaza con la firma!

El dia que el anónimo quede suprimido, el diarismo será el primero de los poderes, i el diarista el gran soldado del bien i la verdad, del derecho i la justicia.—Si yerra será noblemente.—Si deja las realidades por las sombras, el buen sentido por el buen efecto, no dejará jamas la verdad por la calumnia, el traje del hombre honrado por el disfraz del asesino de la honra ajena.

Entónces, la polémica, esa corruptora de los fueros de la razon, esa mujer sin pudor, que solo sabe hacer indecentes contorsiones, rujir, arrojar hiel i lodo por su boca de sentina,—dará paso a la discusion digna en sus ademanes, mesurada en sus espresiones; a la discusion que si no convence, impone respeto; si no atrae, no rechaza, si no hace partidarios, no hace tampoco enemigos.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Don Guillermo.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

XI.

LOS IMBUNCHES.

¡Feliz mil veces el que nace con alma de cántaro! Para ese el coser i hacer albardas todo es dar puntadas; i no ha menester de que

a él le peguen ninguna para ajustarlo a un molde. El que tiene el alma vacía se amolda a todas las ideas, o mejor dicho, recibe en su vacuidad cuanto le derraman. ¿Qué mas le dá que el mundo marche al oriente que al poniente, que triunfe Dios o Lucifer, que el hombre viva en libertad o muera en la esclavitud? Para él todo es uno, porque en este número se encierra toda su filosofía.

En la cueva del Chibato no se hacia imbunches a esa clase de hombres, porque los jénios del pasado encuentran en ellos su mejor cosecha. La gran mayoría de los seres humanos nace para la esclavitud, o por lo ménos para servir de pasto o de sosten a los tiranos. ¡Qué amarga es esta verdad! Qué terrible! Qué ofensiva al orgullo del hombre! ¿Pero se puede acaso dudar de ella en presencia de los millones que viven sometidos a la voluntad de un déspota, i de los millones de servidores, santificadores i cantores que halla el despotismo donde quiera que el infierno lo vomite?

Decíamos pues que contra esa gran mayoría no ejercian su poder los jénios de Espelunco, sino contra los rebeldes que, naciendo un poco mas alumbrados, se enamoran de la libertad i sirven a su triunfo. Pero como entre estos hai variantes, como en todas las plantas de una misma familia, sucede que muchos de los que no nacen para esclavos, son palomos a nativitate, porque tienen la condicion de seguir al primero que les hace *pió pió pió* i les arroja algunas migajas. ¡Admirable poder del hombre sobre la naturaleza, poder que modifica hasta los instintos i la organizacion. Para estos no habia en el pais de Espelunco ni cosaturas, ni suplicios, sino migajas i buen grano, pues los palomos tienen alas para trasmigrar de rama en rama en busca de su alimento.

Las costuras se reservaban solo para los espíritus fuertes, para aquellos que conciben la verdad, que la aman i la proclaman, que la sirven i se hacen crucificar por ella.

En esto estaban perfectamente de acuerdo los usos de la cueva con los del mundo que habitamos. Alguien ha dicho con mucho acierto que en todos tiempos se ha sacrificado i quemado a los pocos hombres que han sabido alguna cosa i que han sido bastante locos para dejar desbordar sus almas i para revelar al pueblo sus sentimientos i sus miras; i no hai nada de estraño en ello, puesto que en todos los tiempos los sacrificadores i los quemadores no han podido sostener su autoridad sino a la sombra de la mentira.

El buen corazon revela la verdad a los ignorantes i la ciencia descubre a los sabios la razon de las cosas; pero como el poder de los reyes no tiene corazon, o si lo tiene, lo tiene malo i corrompido, i como anda siempre atras de la ciencia, ha sucedido siempre que los amantes de la verdad i de la razon han sido despreciados i sacrificados como locos o como perturbadores del órden de cosas que se apoya en la mentira i en el mal. No parece sino que los soberanos tuviesen constantemente a su oreja un Mefistófeles que les estuviera gritando a toda hora;—«Despreciad la razon i la ciencia, esas fuerzas supremas del hombre; dejad al espíritu de la mentira que os afianze en sus obras de ilusiones i de encantamentos;» —pues vemos en todas partes i en todos tiempos que los que mandan se esfuerzan por sostener el error, cerrando los ojos a la luz de la ciencia que les descubre la verdad i que les revela la injusticia de sus leyes i de sus actos. ¡Ai del que tiene espíritu fuerte para aclamar la verdad! La persecucion i el sacrificio son su lote, i si tiene bastante fortuna para escapar con vida, el desencanto i el cansancio completan la obra agotando su fé, inhabilitándolo para siempre : son raros los que salvan de ese naufrajio.

Ese es el mundo; pero en Espelunco se habia perfeccionado el sistema : allí se habia sostituido la aguja a los medios ordinarios de persecucion usados por el despotismo vulgar. La aguja, este antiquísimo instrumentillo, que en los tiempos modernos ha sido tan perfeccionado, servía a los jénios del pasado para secuestrar completamente, para anular a los hombres animosos que no nacieran para la esclavitud, ni para ceder al hambre como los palomos. ¡Cuánto ganarian los gobiernos si adoptaran ese plan! Anulando a los amigos de la verdad i de la justicia, anularian tambien la libertad; secuestrándolos, no en una cárcel, sino en la sociedad misma, inhabilitándolos por medio del desprecio, del olvido; convirtiéndolos en verdaderos parias, los desarmarían i se ahorrarían de sacrificarlos pomposamente en un destierro, en un calabozo o en un patíbulo. Allá en la cueva se hacia esto fácilmente imbunchando a los rebeldes : acá al aire libre se puede tambien imbuncharlos, sin coserlos, pues basta agotarles el espíritu por medio de una perpetua hostilidad.

No sino, cosed a un infeliz mortal todas sus avenidas, todas sus entradas i salidas. Mantenedlo asi algun tiempo contrariado en todos sus instintos naturales, en todos los usos i costumbres que su organizacion le imprime, i vereis como su espíritu se agota, su fé se disipa, sus fuerzas se aniquilan. Esa era la suerte a que estaba sentenciado nuestro valiente don Guillermo, i los demonios ayudantes de la justicia ordinaria de aquel pais embrujado lo habian arrancado del De profundis en que fué interrogado para conducirlo al barrio de los imbunches.

XII.

TAMBIEN HAI BRUJAS HECHICERAS.

¡Qué órden tan admirable reinaba en el pais de Espelunco! Allí estaba el modelo del buen gobierno, no a lo Felipe segundo, que era lo que en otro tiempo se llamaba buen gobierno, sino del buen gobierno a la moda, que consiste en esclavizar al pueblo i en apretarlo hasta hacerle saltar la sangre i las lágrimas a nombre de la libertad i de los progresos i felicidad universal. Bien decia Mefistófeles: «La civilizacion que pule al mundo se ha estendido hasta el diablo: no se trata hoi de cuernos, de cola, ni de garras.... A ejemplo de los jóvenes he adoptado desde muchos años ha la moda de las pantorrillas postizas.»

Tal ha hecho el despotismo civilizado. Es preciso ser mui torpe para despotizar hoi como el rei Bomba, para presentarse al pueblo con cuernos, garras i cola, o con otras deformidades o adefecios a la laya, cuando se puede dominar tan bien a la sombra de una palabrota, como—«El imperio es la paz;» «Viva la federacion, mueran los salvajes unitarios,» «El principio de autoridad;» o de no gritando como los moros que invadian la España:—«Viva la relijion, vamos robando.»

Los Jénios comprendian bien i hacian mejor su tarea. El barrio de los imbunches era un gran seminario donde se preparaban buenos ciudadanos, pacíficos, modestos i mansos como bueyes. A los tontos no hai necesidad de prepararlos, a los egoistas tampoco, a los ignorantes ménos, a los palomos basta arrojarles migajas; pero a los que nacen con el espíritu chispeante, es necesario apagárselo, i para ello era un excelente medio el imbunchar-los. Allí estaban los imbunches, inermes e inertes, andando a tientas i a topetones, bajo la direccion de las brujas que los cosian i que los dirijian en sus pasos dentro de aquel limbo de preparacion. Mejores directores no podian haber hallado los Jénios, si es que condicion de las brujas sea el ser engañadoras, embusteras, rabiosas, envidiosas, cobardes i aleves.

Cuando M. Livingston cayó allí arrojado por los demonios, torbellinos de brujas se revolvian a flor de tierra tirando hebras de hilo de una madeja sin cuento, que se disputaban, se quitaban, arrojaban i enredaban; otras enhebraban convulsivamente sin agujas, i algunas las esgrimian en ademan de dar puntadas, haciendo visajes horrendos. Todos chillaban como micos, ahullaban como perros, maullaban como gatos, i gritaban i silbaban i pifiaban.

Un enjambre de brujas se echó sobre don Guillermo, cuando le vieron caer como llovido i en la misma situacion en que debió hallarse el padre Adan, cuando se vió de repente en el paraiso, estupefacto, abismado i sin alientos para tener malicia, ni pudor, ni virtud, ni esperanza, fe, ni caridad. Ese interregno del alma, esa evaporacion del espíritu producida por el espanto, realzó la belleza natural del ingles, bañándolo de un candor apacible, de una inocencia inefable, como la que aureola al niño hermoso que descansa desnudo en el regazo de su madre.

Las brujas se lo arrebataron i disputaron con una algazara propia de moros encarnizados en un combate: cual lo tomaba en sus brazos, esta lo hacia saltar por el aire, aquella lo peloteaba, la de mas allá volaba con él bien aferrado, hasta que una bruja la alcanzaba i se lo quitaba para volar con él en direccion opuesta. Todas preparaban sus agujas, algunas le tiraban sus puntadas i todas se enredaban i estorbaban por coserlo las primeras.

Pero una bruja hermosa, que tambien las hai, bruja que no merecia el nombre de tal, sino el de hechicera, porque cautivaba con sus ojos, i prestijiaba con sus movimientos graciosos, i tenia una cabellera castaño claro capaz de enredar el alma como una mosca en la telaraña, se apodera de repente del neófito. La caterva la sigue con furor, pero ella con sus hechizos, con sus untos o sus polvos, no se sabe cómo, se convierte, i metamorfosea al ingles en un abrir i cerrar de ojos, en pájaro, i ambos a dos tienden el vuelo, dejando al torbellino de brujas viejas i de brujas niñas revolcándose de rabia. Muchas repitieron la misma metamórfosis, pero aunque hubieran vola-

do como el halcon, ya no era posible alcanzar a la bella pareja que se remontaba i se perdia de vista.

XIII.

LUCERO.

M. Livingston hacia de pájaro a las mil maravillas. Volaba i mas volaba al lado de su pareja, sin abrir siquiera el pico para preguntarle a donde lo llevaba o para darle las gracias por su salvacion. Talvez dudaba él de poseer el habla o temia desencantar a su salvadora dando un gorjeo como el cuervo o algun graznido como el pavon de Juno. No se habia ensayado en todas las costumbres de su nuevo estado i aceptaba su papel de pájaro volátil simplemente con toda la buena fé de un ingles honrado, i por eso no se atrevia siquiera a pensar. Fuera de esto, la novedad del encanto i el placer de dar un volido lo traian arrobado; i en verdad que no era para ménos : verse cortando raudo los aires, dulcemente mecido por un par de alas que se balancean, es una delicia inefable que absorve el pensamiento i apaga la gratitud i todos los sentimientos que sirven de lazo entre los hombres que andamos. Los pájaros no deben sentir, ni deben tener vigor para pensar cuando van ejecutando una operacion tan estupenda como es el volar. Sin duda esa es la razon porque no se les vé hacer las funciones serias de la animalidad sino cuando se asimilan al hombre usando de sus dos piernas.

Así lo juzgó despues don Guillermo cuando recordó que viendo el mundo de Espelunco, allá a lo léjos, mecerse en su atmósfera inflamada, no recibió con esa vista mas impresion que si viera a Júpiter por el tubo de un telescopio; i de aquí concluyó que para pensar, discurrir i sentir como hombre era necesario tener la forma humana, i que fuera de esta forma el pensamiento i la sensacion cambian de naturaleza.

Otra cosa fue cuando ambos pájaros, poniendo fin a su volido, posaron en tierra sus pies humanos, viéndose convertidos instantáneamente en hombre i mujer situados a la puerta de un inmenso edificio. Ambos se miraron primero con curiosidad, despues con ardor, i sintiendo un simultáneo latido en el corazon, se abrazaron i se estrecharon como dos amantes antiguos que se encuentran despues de una larga ausencia.

Al primer respiro que desahogó su pecho, M. Livingston, mirando con avidez a su pareja i asaltado por un recuerdo, le tomó la mano cariñosamente, i le dijo :—Anjel mio, mi salvadora, quién eres, dime, tú no eres Julia ¿nó es cierto?

—No, yo soi Lucero, respondió la hechicera : así me llaman las tias desde que me trajeron del mundo i me enseñaron su oficio.

—¿Cuánto tiempo ha que estas aquí?

—Desde el primer año de mi edad fui robada de mi casa. No he conocido a mis padres i cuento ya veinte años de vida, veinte años que han sido para mi veinte siglos, i que serán una eternidad mas, si un hombre que me ame no me desencanta.

—¿Qué es necesario para desencantarte? Yo te amo; no, no, te adoro, te has hecho dueño de mi alma. ¿Qué he de hacer para salvarte, Lucero de mi vida?

—¡Ah! se necesita mucho! ¡Un gran sacrificio! El que me ama ha de peregrinar veinte años sin cesar entre dos grandes ciudades de mi patria, para hallar, al fin de tres mil viajes que ha de hacer en los veinte años sin que le falte ni sobre tiempo, el talisman del PATRIOTISMO que se ha perdido en una de esas ciudades. El dia del hallazgo será dia de gloria, de contento, de paz i de fraternidad; i yo podré volver a ejercer en mi patria mis funciones, pues soi el hada del noble sentimiento perdido. El hombre que acometa tan alta empresa ha de tener un corazon formado para el amor, i no para el odio, profundas convicciones, ardiente fé en el porvenir i perseverancia incontrastable. . . . . .

—Sí no es necesario mas, yo soi ese hombre, esclamó con entusiasmo M. Livingston: ponme en camino i fia en mí, Lucero, si no se necesita otra cosa.

—Sí, hai algo mas : el hombre de que hablamos ha de pronunciar de cierto modo en cada una de las dos ciudades tres palabras sacramentales cuantas veces llegue al término de un viaje.....

—Decidmelas, interrumpió con viveza don Guillermo.

—No, tratemos primero de tu salvacion; despues debo probarte, i cuando tenga en tí plena confianza, sabrás esas palabras.

—¿I cómo vas a salvarme?

—Voi a pedir a los Jénios tu libertad.

—¿Qué no sabes que estoi sentenciado? Los Jénios me forzarán a cumplir mi condena, a no ser que me permitan cumplir la promesa que he hecho de desencantar a la Libertad, ven-

ciendo sin hierro ni fuego a los cuatro monstruos que la aprisionan.

Una sonrisa inefable iluminó el bello semblante de Lucero, i luego con la ternura que inspira a una persona esperimentada la candorosa inesperiencia de un niño, tomó las dos manos de su amante i con dulzura le dijo :— No, piensa primeramente en hallar el patriotismo perdido; despues esa virtud celeste por sí sola completará la obra de vencer sin hierro ni fuego a aquellos monstruos.

—Entónces es indudable, replicó M. Livingston, que los Jénios me someterán a la sentencia que sobre mí pesa.

—Tampoco, no lo temas, le dijo Lucero; los Jénios practican aqui lo que inspiran a sus adeptos de allá arriba : aqui la voluntad que forma las leyes está sobre las leyes, i estas no se dictan sino para los indiferentes i para aplicarlas sin piedad a los enemigos; pero para los que las hacen i sus amigos son una regla elástica que se alarga i se encoje como conviene; conservando su forma. Un medianero rara vez deja de alcanzar lo que se desea, cuando pone en juego ciertas influencias : su empeño se convierte en interpretacion, cuando hai necesidad de salvar las formas, o simplemente en mandato, cuando la lei no se opone abiertamente. Asi caen las leyes i las sentencias, i asi caerá la que te condena, cuando yo haga valer mis relaciones i el interes que hai en tenerme siempre grata para que no anhele volver al imperio que me corresponde como hada del patriotismo.

—Soi tuyo, Lucero de mi alma; me entrego con amor a tu poder i sabiduría. Sálvame, que yo te pagaré con un inmenso amor; i aunque emplée toda mi vida en salvarte, moriré contento, si tu mantienes en mi ancianidad el fuego de mi corazon.

—No, tu alma i tu corazon no envejecerán, si te alienta mi amor; i aun cuando el tiempo blanquée tu cabeza i desgaste el vigor de tu cuerpo, yo le volveré su juventud i su hermosura con el primer abrazo que te dé allá en el mundo.

XIV.

EL ALCAZAR DE LOS JÉNIOS.

¡Ai desgraciado del que nace feo! ha esclamado algun poeta dominado del númen de la verdad, mas que del estro de la poesía; i en realidad que no es una ilusion poética la desgracia que trae consigo la fealdad. ¿Qué feo inspiró jámas un amor a primera vista? El feo que logra ser amado, lo consigue siempre a fuerza de mañas, o de bondad de corazon, o de injénio : por eso las mujeres que se ven conquistadas por un feo se escusan a menudo con un—«pero si es tan bueno,»—u ocultan su vergüenza bajo el prestijio de la habilidad o del talento de su feo. ¡Mas qué será, Dios mio, del que ademas de tener la fealdad en su cara, tiene la pobreza en el corazon i menguado el entendimiento! A ese solo puede salvarlo el capricho femenil, i si no sabe esplotarlo o si no es capaz de aprovecharse de las estravagancias de una mujer, no le queda otro mundo que la celda de un convento ni otro amor que el de Dios.

Al fin esto es algo : peor es entregarse como Calivan al amor del diablo. I sin embargo, hai tantos Calivanes en este mundo, que sin ser hijos de la bruja Sycorax, tienen una intelijencia grosera, un natural ruin i una figura humana con todos los instintos i deformidades de la figura bruta. ¡Para esos, la maldicion del hombre i de la mujer! El que nace Calivan i no tiene la virtud de la conformidad, i en lugar de hacerse bueno, cultiva la envidia, i se enardece con el odio i el egoismo, es un monstruo que no merece tan siquiera los caprichos de una bella sino las estravagancias de una fea, porque la mujer que se dejase conquistar por él, no podría disculparse con un—«pero si es tan hábil!»

Afortunadamente no se hallaba don Guillermo clasificado en ninguna de estas categorias de la fealdad, como facilmente se habrá colejido al verlo enamorar con solo su presencia a una hechicera tan encantadora por sus gracias como por sus artes. I aquel amor era como todos los que se descifran a primera vista: él i ella se habian leido el corazon, el uno al otro, i se habian intimado i casi cristalizado, como si llevaran largos dias de buen trato i de dares i tomares.

Hallábanse los enamorados a las puertas de un inmenso edificio, que era el alcazar de los Jénios, cuando se cambiaron sus últimas promesas. Lucero penetró en el alcazar seguida de su pájaro, el cual no tenia ya ni la forma de tal, ni la del padre Adan en que habia sido cazado : era el mismo hermoso don Guillermo que solia ver en su meson Madama Ferran por las tardes, con la diferencia de que su rostro estaba ahora radiante con las luces del amor i de la esperanza, i no sombreado por las dudas que en otro tiempo le inspiraba Julia.

Lucero se perdió en aquella atmósfera crepuscular que ocupaba los antros del alcázar, dejando a M. Livingston en un punto de apoyo desde donde podia descubrirlo todo. No habia allí salones, ni apartamientos, ni murallas, ni bóvedas, ni suelo: era un espacio inconmensurable, infinito, sin luz, porque no eran sus habitantes los Jénios de la luz, i tenuemente alumbrado por un claror parecido al de la incierta luna bajo la enramada de una encina, como el que alumbraba el infierno cuando el poeta lo visitó. Sombras diáfanas pero opacas circulaban lentamente, unas perpendiculares, otras inclinadas, estas recostadas muellemente en el ambiente, i muchas como hendiendo el aire para subir o descender: eran los Jénios, i los habia de todas dimensiones i figuras, pero conservando siempre aquella forma que los pintores dan al alma, cuando la representan desprendiéndose del cuerpo que muere. Voces metálicas, sonoras, vibrantes, como las que arranca una pasion ardiente, surjian de todas partes, al parecer en confusion.

Pero esa confusion era aparente: cuando don Guillermo fue recobrando el imperio de su discernimiento i el uso de sus sentidos, libre ya del estupor que le habia causado la novedad i estrañeza del espectáculo, observó que en todo reinaba un órden admirable, i que los Jénios, poseedores del portentoso poder de abrazar aquella inmensidad de una mirada, con su voz, con su atencion, se comprendian sin estorbo, i se ocupaban familiarmente de sus tareas sublimes. La intelijencia humana del ingles no alcanzaba a descifrar otra cosa sino que desde aquel centro inconmensurable partia la inspiracion para el mundo profano; pero no podia esplicarse cómo, ni podia distinguir a los mensajeros que trasmitian los apotegmas con que resonaban los antros. A juzgar como puede hacerlo un mortal, se trataba allí de muchos puntos simultáneamente.

En algunos círculos se ocupaban al parecer en dictar la constitucion política de un pueblo, pues se oia vibrar una o muchas voces que esclamaban:

«Aquella es la mejor de las constituciones políticas, que mas fácilmente puede ser desobedecida i burlada por los que mandan, mediante una sabia interpretacion, o merced a alguna cláusula que destruya las garantías que ella concede.»

«Los abusos de la autoridad son santos, o por lo menos inocentes, cuando se trata de evitar el abuso de la libertad i los abusos de los que obedecen.»

«La fuerza del poder no debe buscarse en la opinion ni en el concurso de los intereses de todos, sino en las armas i en los tesoros; pues la resistencia a las pasiones ajenas i a los intereses ajenos es la mejor política de los que mandan.»

En otras partes se oian proclamaciones que parecian consejos:

«No hai leyes buenas, se decia, si son malos los hombres encargados de aplicarlas, corromped el corazon de los hombres i no tendreis que temer de las reformas.»

«Enseñad a esperarlo todo de la voluntad de los que mandan, i asi acostumbrareis a los hombres a respetar la autoridad en las personas que la ejercen i no en las leyes.»

«Haced a los hombres desleales, disimulados e hipócritas, egoistas, orgullosos e intolerantes, i asi tendreis defensores contra toda novedad que hiera el sistema actual de vida.»

«Entretened al pueblo, quitadle todas las ocasiones en que pueda holgarse su espíritu, con el pretesto de atacar los vicios i de evitar la corrupcion, i asi lograreis inspirarle aquellas vírtudes.»

«Protejed i fomentad la relijion, como aliada del poder, porque mientras mas relijioso es el pueblo, mejor podrán vuestros aliados ayudaros a conservar el órden.»

Mas allá se oia que se trataba de prescribir el escudo de armas de una nacion, pues una voz sonora esclamaba de este modo:

«El emblema de un gran pueblo que está bajo nuestros auspicios no debe componerse del árbol de la libertad ni de los Andes i el sol. Es necesario que los símbolos sean mas adecuados, i si se han de buscar en la naturaleza, debe elejirse una ave de rapiña i un cuadrúpedo montaraz, uraño i tan inútil que ni siquiera haya sido visto por los hombres: orladas esas criaturas por dos ramas de laurel entrelazadas, formarán un verdadero jeroglífico de ese pueblo.»

Una luz mas viva ajitó el aire i Lucero radiante i veloz apareció a los ojos del ingles, que atónito i abismado contemplaba i oia con toda su alma lo que pasaba i se decia. Los ojos celestes de la hada i su semblante abierto i espresivo derramaron el consuelo i la esperanza en el corazon de su enamorado.

A NACIONAL
CA AMERICANA
TORIBIO MEDINA"

—Ya estás libre, le dijo, pero necesitas llenar una condicion de ceremonia.

—¿Cuál es? Ordena, Lucero, i serás obedecida.

—Los Jénios te conceden un indulto, pero debes solicitarlo en una representacion respetuosa en que implores perdon.

Una sombra siniestra cubrió la frente de M. Livingston, que bajó los ojos como pesaroso i triste.

—¿Qué te sucede? esclamó Lucero, dudas?

—No dudo, dijo él siempre mustio; pero de qué imploraré perdon? Cuál es mi culpa? ¡Hai mucho de indigno en la víctima que pide perdon a quien le oprime sin razon i sin mas lei que la de la fuerza!

Lucero se entristeció, pero reanimándose súbitamente, replicó:—Una gracia se pide siempre al poderoso.

—En verdad, observó M. Livingston, pero yo no creo que deba de pedir gracias cuando me hallo en el caso de reclamar justicia; i cuando no tengo quien me la haga, ni puedo valerme por mí propio, me resigno a mi suerte, ántes que implorar favor, porque un favor solo ha de pedirse o recibirse, cuando es grato deberlo.

—Comprendo tu dignidad, le dijo Lucero, oprimiéndolo cariñosamente con su brazo; i no solo la comprendo, sino que te amo ya demasiado para que pueda imponerte un sacrificio, ni contrariar tus sentimientos. Pero si no te libertas por este medio, tienes que arrostrar grandes peligros para conseguirlo con una fuga: yo te acompañaré, porque nuestra causa es comun, i padeceré contigo. Vamos!

—¡Imposible! Tampoco debo yo imponerte a tí sacrificios, déjame solo.....

—Me los impones sin ofenderme, i yo los acepto con amor i con la esperanza de que traerá tu libertad mi triunfo. Déjame el placer de ser tu guia, tu salvadora, que él es mas grande que las penas que tenga que sufrir por tí. ¡Vamos! ¡Adelante!

ORTIGA.

La vida.

ESTUDIO SEGUNDO : LA MUJER.

«*Las mujeres han perdido a mas mujeres que las que los hombres han amado*» dice un profundo pensador moderno.—I a pesar de que leyendo cualquier tomo de poesías parezca que los poetas han dejado sin amar a mui pocas de sus contemporáneas, juzgando por lo que ellos mismos dicen en sus versos sobre sus numerosas queridas; no obstante el aplomo con que ciertos individuos, que hacen profesion de Lovelaces, de Lauzun i de Richelieu, cuentan sus innumerables conquistas en los floridos campos de Venus; sin embargo de que cada mozo, al salir del colejio, parece decidido a prodigar su amor a cuanta mujer amable encuentra al paso, i a pesar de tantas apariencias que tienden a manifestar que en este mundo pecador la mitad de los vivientes racionales se ocupan de amar a la otra mitad; la severa sentencia que apuntamos, emanada de un estudio social hecho con buen criterio i escrupulosa rectitud, si bien no es altamente lisonjera para el bello sexo, encierra una verdad a la que ese sexo bello hará justicia en el fondo de su conciencia.—Ademas, ese concepto no es sino una forma mas elevada de aquel conocido adajio popular que declara como el mayor enemigo de todo ser humano al de su propio oficio, adajio que talvez en pocos casos se realizará mas cumplidamente que cuando se trata de las mujeres.

Por otra parte, inútil, casi, parece probar la fatal influencia que ejerce la mujer en todos los varoniles descarríos.—Ellas, segun la opinion de los sabios, son la única rémora que encadena a la tierra el sublime e ilimitado injénio del hombre, i sin duda alguna, para que en este siglo dichoso de estupendos descubrimientos no se haya resuelto aun el problema de la navegacion aérea, es fuerza que el que la providencia destinó para tan alto fin o no haya nacido aun, en cuyo caso la mujer que no lo ha dado a luz tiene la culpa, o se encuentre amartelado a la presente fecha, i en tal circunstancia la culpa de la mujer que lo enamora es tanto mayor e imperdonable.

La historia, tambien, nos prueba con su pedagójico estiramiento, la verdad de tan lastimosa influencia.—Desde Troya, que vió derruidos sus muros por la belleza de Elena, hasta Talca, que perdió sus brios en desastradas bacanales con las Elenas de sus suburbios, las edades antiguas, medias i modernas, abundan de ejemplos que demuestran su maléfico predominio.

De modo que deduciendo conclusion de reconocidos principios, se puede juiciosamente establecer que : las mujeres se pierden entre ellas, al mismo tiempo que pierden a los hom-

bres; luego la mujer es la perdicion del humano linaje.

Tal es el curioso i adorable ser, objeto del presente estudio.

I decimos adorable, porque en nuestro primer artículo mostramos que la mujer es la eterna preocupacion del hombre, eterno adorador de lo bello.

La mujer nace i el hombre se hace: esta es una verdad mucho mas absoluta en este caso que aplicada a los poetas i oradores.—Las dótes morales de la mujer principian a jerminar desde que la criatura, saliendo del limbo en que dormita durante los primeros meses de su vida, abre los ojos a otra luz que la del dia, a otra luz que la artificial que la rodea: a la luz de la intelijencia. Desde entónces, esa criatura posee ya el cúmulo de multiformes cualidades que en su completo desarrollo han de formar despues, el mas curioso personaje de la terrestre comedia.—A diferencia del hombre, cuyas facultades innatas son mui reducidas, mui distintas en cada cual, mui poco características de su sexo i suceptibles de estrañas modificaciones, a medida que la esperiencia, esta cruel madrastra, le arranca sus ilusiones, dejándole sus hostigosas realidades.

La vida de cada mujer es un poema, alegre o melancólico, ideal o positivo segun las dotes que cada cual recibe de la providencia.—Pero hai ciertos puntos de contacto en el carácter femenino que las asimila entre ellas de una manera jeneral, sea cual fuere la rejion i el clima en que han nacido;

La decidida aficion a todo objeto de adorno;

El amor

I la emulacion.

Mas de una hermosa tachará de injusta la anterior calificacion i sobre todo el órden en que la hemos colocado.—Esta dirá que jamas ha tenido aficion a los *trapos*, aquella que no ha amado nunca i esotra que en su vida ha tenido emulacion por ninguna mujer.—Insistimos, a riesgo de pasar por descorteses, en la absoluta jeneralidad del primer punto; en el segundo no dudamos que haya escepciones, bien que a ninguna aconsejamos vanagloriarse de serlo, i en el tercero diremos que estamos mui léjos de haber querido dar a esa palabra otro significado que el natural deseo que cada cual puede tener de brillar entre todas i sobre todas.—En suma, esas tres cualidades (notad que decimos cualidades) combinadas sabiamente por la naturaleza con los mil poéticos atributos que forman el carácter de la mujer, presentan en la escena de la vida esa criatura indefinible, fascinadora, vaporosa, cuya verdadera esencia burla las mas veces todo jénero de investigacion.

Decir que la mujer gusta de hermosos trajes, de encajes delicados, de deslumbradores brillantes, por conquistarse la adoracion de los hombres, es una de las mil impertinentes fatuidades que alimenta en su orgullo el pretendido rei de la creacion.—La mujer gusta de todo lo que puede engalanar su belleza por un instinto invencible, como el de un sabio por el estudio, como el de un gloton por los buenos manjares. En esa aficion no hai cálculo ni intencion premeditada: al elejir un vestido, la mujer se acuerda tanto de los hombres como el Sultan del Otomano Imperio de comulgar en cuaresma. Cruza sí por su imajinacion la idea del paseo donde debe lucirlo, el despecho de tal amiga que no podrá ostentar uno tan bello, las miradas de todas las que han de dar vuelta la cabeza para observarla despues que pasa i sobre todo la satisfaccion de cumplir un deseo vehemente, que casi no hai deseo que en la mujer no tenga las proporciones de tal.

La fuerza de ese deseo, tan solo puede esplicar ciertas uniones desproporcionadas que vemos en el mundo, miéntras que la jeneralidad de los hombres atribuyen buenamente a sus gracias personales la uniforme aspiracion de la mujer hácia el matrimonio.—La primera i la tercera de las cualidades que apuntamos hace poco, deciden de las tres cuartas partes de los afirmativos que las hijas de Eva pronuncian en aras de Himeneo. Dad a una niña soltera la noticia del matrimonio de una de sus amigas ¿cuál será la primera idea que alza la voz en su espíritu, cuál la que hará inmediatamente latir su corazon? la de hacer otro tanto:—la de casarse. Despues cuando se habla de los regalos de boda, del vestido aquel comprado en tal parte, de la manteleta cual, del aderezo que había en tal joyería, de los encajes que vende tal modista ¿en qué pensará ella?

—En mí, contestaría acomodándose la corbata el que la enamora.

—No es cierto: piensa en casarse contigo, dice la observacion, i esto forma una diferencia algo notable, mal que os pese,—señor mio.

La vida es así, una triste cosa si un poco de amor no la engalana.—Como dijimos ya, las tres cuartas partes de las niñas que desean tomar estado, que es lo mas sério que puede tomarse en este mundo, consideran al *candidato* como la mayor parte de los hombres a la política: un modo de surjir i de brillar—como las mariposas a las ramas en que se posan: un punto en donde ostentar las galas de su luciente traje; o bien lector, si mas os place, como mira un cojo a la muleta en que se apoya, porque las leyes sociales, hechas todas por el sexo barbudo, hacen a la mujer moralmente coja. Siendo soltera, no puede andar sola i es fuerza que ella, mas hábil que los lejisladores, busque una muleta en que apoyarse i elija por allí, como una necesidad imprescindible, i a falta de otra cosa, al primer hombre que se presente, para hacerlo el mas dichoso de los mortales. Este, que por lo jeneral, i en materia de amor, no solo es de buena pasta sino que es de pasta entera, se traga la píldora, dice que ha hecho una conquista i se lo cuenta a los amigos.—¡Ella triunfa!

Habiendo dejado la tercera cualidad, de las que descuellan en todas las mujeres, envuelta en la primera, nos queda aun por considerar la segunda: el amor.

Hé aquí la gran palabra que vienen repitiendo las jeneraciones pasadas hasta la nuestra.—Hé aquí la alegre aspiracion de los unos i la doliente queja de los otros; hé aquí una palabra que encierra una constante i jeneral preocupacion, que en sociedad no puede articularse sino con cierta reserva, ante la cual las niñas se ruborizan, las mamás se sonrien como de un alegre recuerdo, las mozas se animan i los papás bostezan, enviándole una mueca indijesta, al dirijirse a la mesa de la malilla o del rocambor.

En la vida amorosa del sexo débil, tal como la han formado nuestra civilizacion i costumbres, hai un objeto que desempeña un importante rol no obstante su condicion inanimada: ese objeto es la ventana.

No nos chanceamos, es la ventana:—la que han querido poetizar los vates de la edad caballeresca, la que figura en todas las modernas leyendas, la de las eternas cantilenas cantadas por eternos trovadores, la que en verso es tan indispensable a toda sultana, como su caballo a un procurador de número, porque no se concibe la existencia de sultana sin ventana ni procurador sin caballo, aunque estos últimos no sean consonantes como las primeras.

—Mui pocos arquitectos se habrán figurado, al trazar el plano de una habitacion, —casa o palacio—que ese hueco incompleto, adornado mas tarde con sus bastidores, endolados i sobre-marcos, ha de venir a desempeñar tan importante papel en nuestras relaciones sociales.—Nadie sabe para quien trabaja, dice el proverbio, i así es la verdad, que a la par que nada sospecha el arquitecto, tampoco el papá de la familia sospecha que la ventana es la primera brecha que abre paso al enemigo sitiador hácia el corazon de su inocente hija i hácia el dinero de su no ménos inocente bolsillo—propiedades ambas, que por ser tan movilizables, no ha pensado en ponerlas a cubierto de siniestros en alguna casa de seguros, como ha asegurado el mismo edificio, inclusa la ventana traidora.

La niña, aun ántes de poseer pasaporte para la sociedad, es decir ántes de hacerse moño, se sienta a la ventana a tomar el aire, i en el aire i al vuelo, las dulces miradas del mocito que pasa todas las tardes.—Antes que nuestros hábitos hubiesen tomado el carácter enropeo i culto que ahora los recomienda, era costumbre entre las familias santiaguinas salir por la tarde a la puerta de calle hasta entrada de las oraciones.—Pero las vijilantes madres observaron, quizá, que la cosa no es tan inocente como parece, i la costumbre aquella fué relegada a las provincias, como impropia ya de la capital, a la manera de esas familias en que la ropa que queda chica para los hijos mayores, se destina para los otros, que la necesitan *crecedera*.—Con esto las madres se creyeron ya seguras contra incendios, a tal punto que, cuando entre dos amigas que tienen hijas, quiere una de ellas ponderar a la otra la inocencia de su prole femenina, dice acercándosele al oido:

—Ay hija, si mis niñas son tan inocentes; figúrate que jamás salen a la puerta de calle.

I se arrellena satisfecha en el sofá, con la sonrisa del triunfo, cual si acabase de presentar la *cédula* de la última comunion de sus hijas.—Nadie está obligado a tener esperiencia de lo que no se hacia en su tiempo, de manera que esa orgullosa ilusion puede perdonarse a tales señoras, que son de los años en que el amor entraba por la puerta, como natural parece, i no puede exijírselas que sus conocimientos corran parejas con los progresos del siglo, para que adivinen la moderna

evolucion que *el rapazuelo niño* ha inventado en nuestros dias, dirijiendo sus flechas por las ventanas.

El hecho es que muchas madres ignoran esta moderna usanza i dejan libremente a sus hijas sentarse a la ventana, teatro de los primeros latidos del corazon femenino i de las primeras amorosas miradas de las que, como dicen esas madres, «no salen nunca a la puerta de calle.» El mozo o los mozos (que a veces la niña pluraliza los objetos de su pasatiempo) pasan delante de la ventana i lanzan una ojeada asesina, mas ardiente que un bostezo del Vesuvio, en la que van envueltas todas las declaraciones imajinables.—La plaza responde con igual proyectil; pero esta vez la mirada es mas suave i ménos insinuante, con el necesario recato que debe mostrar una niña bien educada; mas con la suficiente intencion para que el sitiador no desmaye en su platónica empresa.—La ventana, ántes i despues de esta escena, es el mudo confidente de la niña i acoje con igual complacencia los tiernos suspiros, que juguetean entre la reja ántes de subir al espacio, como las maliciosas sonrisas con que muchas se burlan del galan, de sus miradas i de su *simpleza.*

Ademas de ser el confidente de las niñas, la ventana las presta el mismo servicio que un observatorio a los astrónomos, i aunque no para mirar las estrellas, las sirve para satisfacer su curiosidad, observando cuantos pasan por la calle, i poder así pagarse en algo de los sacrificios a que las condena la continua reclusion que nuestras costumbres imponen a su juventud, a su actividad i a su alegria.

No se encierra el vapor en una caldera obstruyéndole toda salida, sin que al fin estalle rompiendo la superficie que lo oprime; ni se trata de apagar en una muchacha la llama de sus ilusiones i natural deseo de conocer la vida, sin arriesgarse a que ella *arroje su cofia al tejado* como dicen los franceses.—Por fortuna la ciencia inventó la válvula i la arquitectura la ventana.

A mas de la ventana, la niña tiene otra escuela en donde ejercitar su maestría para la lucha que la aguarda en la vida.—Esa escuela la encuentra en el teatro, de donde muchas veces sale sin saber la pieza que *se daba;* pero si las ojeadas que se repartian; la halla tambien en el paseo, i sobre todo en las tiendas, en donde la mamá, absorta en las percalas i quimoncitos que acopia para la familia menuda, apenas advierte que hai ciertos Adonis que parecen multiplicarse, tal es la invariable exactitud con que al salir de cada tienda los encuentra.

Pero esos amorcillos preparatorios, por decirlo así, pasan como la primera verdura de los campos i viene tras ellos la florida estacion primaveral de la vida de la mujer.

Nosotros la suponemos con fortuna física o metálica: es decir con belleza o con riqueza. Prescindimos de las desgraciadas a quienes la providencia niega alguna de estas felicidades: hai sobradas desdichas en la vida real para que tratemos de enternecer al lector con la pintura de sufrimientos ajenos.—Lanzada la niña con tales requisitos en la escena social, puede atravesar por ella con planta firme i ánimo seguro, porque posee una de las influencias májicas que siempre reinarán en el mundo.—Entónces es cuando la mujer aparece en toda su majestad, entónces cuando la superioridad de su organizacion triunfa con brillo del arrogante orgullo del hombre, que ha tenido a bien declararse en todo i por todo el mas perfecto ser de la creacion, a la manera de los reyes que imponian nuevas modas en el traje de la corte para ocultar alguna deformidad de sus augustos cuerpos.—Entónces es tambien cuando el hombre, sintiéndose ya vencido, avasallado, busca una estéril revancha i se pone a inventar teorías, queriendo hacer creer que él, dueño de la fuerza física, dueño de la fuerza moral, puede sin propio desdoro, dispensar algunas concesiones a la criatura débil que se llama mujer.

Desde nuestra niñez hemos visto preconizar, ya por las palabras, ya por los libros, la pretendida debilidad de la mujer. I andando el tiempo i andando tambien nuestra esperiencia, hemos visto que esta es una de las supuestas verdades que, como muchas otras, tienen tanto de tales como tienen de eficacia las virtudes que recomiendan a cada cosmético en los pomposos anuncios con que vienen envueltos.—Esa verdad, tambien, es una especie de cosmético moral con que el hombre ha querido dar cierto lustre a su virtud de dudosa consistencia i empañada.

—La mujer es un ser débil i sin enerjía moral, os dirá un hombre de los que consumen una botella de brandi al dia, con perjuicio de su dignidad i de su bolsillo, sin encontrar jamas la fuerza suficiente para despren-

derse de un vicio que lo llevará al sepulcro.

—¡Oh, la virtud de la mujer es tan frájil! os dirá un libertino, que hasta se ha olvidado ya del modo de pedir al cielo que *non inudcat in tentationem*, tanto es lo que con la tentacion se ha connaturalizado.

---No me diga nada, si las mujeres no piensan mas que en pasear, esclamará un buen padre de familia, que despues de dejar a su consorte cuidando a los niños, sale de su casa todas las noches hasta la una i dos de la mañana.

---¡Caramba, si las mujeres son tan botadoras! dirá en tono de queja alguno de los que arrojan cada noche en una mesa de juego el pan de muchos dias que arrebatan a su familia, i que despues de *botar* cuanto tienen en el bolsillo, son capaces de botar su honra, si aun la tienen, i de botar con ella sus hijos i mujer a la calle, por satisfacer su necesidad de dinero.

---Pero hombre, llegando a viejas, casi todas las mujeres se ponen *cicateras*, repetirá con frecuencia alguno de esos ricachos que no han esperado la mayoría de su edad para ponerse económicos i que cuando un pobre les pide una limosna contestan siempre: «perdone hijo, no tengo ningun cobre, será para otro dia.»

Cada cual supondrá a la mujer alguno de los defectos que en ellos abundan; cada cual tratará de vengarse del irresistible vasallaje que la tributa i cada cual tambien, si no es injusto, admirará en ella una sensibilidad superior a la suya, mas alma que la que en él alienta i mas virtud que la que él puede arrebatar, a duras penas, a sus furiosas pasiones.

Si la marcha de los años va restrinjiendo para el hombre el círculo de sus goces en esta vida, a la mujer la trae algo como una cuaresma perpetua.---Llega la vejez.---No tengais miedo, no hablaremos de ella, ni de los recuerdos que la alimentan.---Declaro jóvenes a todas mis lectoras; que nunca vienen mui tardios los años en que no se quisiera contar los que han pasado.--I al fin de cuentas, queda para entónces el mate, los jubileos i el cuidado de los nietos.

NADIE.

Recuerdos de Chañarcillo.

I.

Era un domingo de agosto de 53. Despues de un aguacero de seis horas, cosa rara en la comarca copiapina, un sol tibio en medio de una atmósfera vivificante bañaba las casas del mineral, brillaba en las canchas de sus faenas que entónces rendian riquezas inmensas i alumbraba los cerros desnudos de vejetacion, pero cuya superficie metálica los presenta al espectador con colores subidos como los del iris. Por lo demas, en aquella como en toda estacion, es triste i falto de vida el paisaje que ofrecen las llanuras i cerranías de la provincia de Atacama. La perspectiva se estiende a corta distancia por lo quebrado del terreno, i lo que alcanza a divisar el ojo son solo riscos enormes i cortados al capricho de la naturaleza, abismos, hondonadas, barrancos, precipicios i cuanto no puede mirarse sin esperimentar una sensacion de terror o de melancolia.

En efecto, fuera del corto espacio que ocupa la vega de Copiapó i de los pequeños planes con riego que se ven a las márjenes del rio de este nombre, el resto de las tierras quebradas o llanas presenta solo un yermo espantoso, un arenal continuo de color amarillento i donde solo se divisa de tarde en tarde, como un oásis, algun pequeño espacio reverdecido por esa vejetacion débil que produce la humedad aun entre los secadales del desierto.

Inútil seria querer buscar allí el amable silencio que en los campos de nuestras provincias centrales nos embeleza cargando de gratas ilusiones la imajinacion adormecida; que nos hace recordar la dicha pasada i creer que la gozamos de nuevo, o que nos pinta como presente el blanco lejano de la esperanza; no, nada hai en aquellos lugares que interese al alma ni que suavize el ardor de las pasiones del hombre. A la vista de aquel tétrico horizonte el corazon como que se inunda de tristeza; viénense a la memoria las persecuciones de la ingratitud i los estragos de la calumnia o la venganza; las miserias de la sociedad i las falsías de la política; la veleidad de las queridas i la deslealtad de los amigos; las inconsecuencias del destino i todo cuanto puede amargar el espíritu, escepto, empero, una cosa sola,—las espectativas de la fortuna,—que allí como en parte alguna de Chile se conciben i se desarrollan en una progresion espantosa,

por lo mismo que se tienen a la vista los prodijios que ha obrado la suerte en centenares de mineros afortunados.

Por lo demas, nada hai en aquellos lugares de lo que se vé a cada paso en la parte meridional del pais.—Ni el imponente espectáculo de una naturaleza inmensa por sus elementos i la variedad de sus cuadros, ni las cerranías peñascosas pero pintorescas i pobladas de árboles, ni los bosques de las montañas que vienen cubriendo todo el territorio, ni los prados de pastos artificiales o naturales, ni la abundancia de verdura i de frutas, ni la feracidad de los terrenos cultivados, ni las aguas riquísimas de los arroyos, ni mucho ménos las alegres casas de campo i la amabilidad de sus agrestes moradores, ¡nada! Por cualquier camino que se viaje en Copiapó es preciso atravesar solo desiertos de arena i vastas llanuras despojadas hasta de la mas mínima señal de verdura i vejetacion, i asi como el alma sufre, asi la vista se hiere con el aspecto contínuo de ese suelo sin vida, donde solo descubre el ojo peñazcos negros como la lava volcánica, i cerros cuyas enredadas vetas i ásperas desigualdades se asemejan al ceño del viejo avaro que quisiera defender contra la mano del hombre sus codiciados tesoros.

Es cierto que al entrar en la ciudad capital de la provincia varía el espectáculo i que al divisar sus modernas construcciones i sus elevados sauces, cuyo verdor amarillento como el de las plantas tropicales resalta en el fondo del monótono paisaje, repentinamente se encuentra cambiado el horizonte e involuntariamente uno se alegra como el que despues de una larga navegacion divisa las costas de la patria o percibe en el aire la fragancia balsámica de sus jardines i sus bosques. Pero de ahí en fuera, saliendo de la vega de Copiapó en cualquier direccion, el espectáculo siempre es uniforme i solo puede irse a los minerales por entre una larga cadena de montañas, que toma variadas direcciones i reviste siempre su superficie de diversos panizos o colores metálicos, pasándose en algunos parajes, especialmente en el antiguo camino de Chañarcillo, por una estrecha senda practicada en medio de la montaña, cortada a pico en parte por la naturaleza i en parte por el hombre, hasta llegar a la vasta planicie donde se asienta el famoso mineral de Chile.

Pocas cuadras al Oeste de este mineral i como 18 leguas al sur de Copiapó se encuentra el pueblo de *Juan Godoi*, donde queremos trasladar al lector, quien sin duda no ignora que en 832 un burrero de ese nombre, dando caza a un huanaco i cansado de perseguirlo, hubo de sentarse a esperar que sus perros volviesen a anunciarle que habian atrapado su presa i a guiarle al lugar de la victoria. Pero no bien se hubo sentado el dichoso burrero cuando siente el hielo de la piedra en que descansaba i mira i vé que era un creston de plata riquísima. Fuera de si, carga sus borricos lo mejor que puede, fija señales, establece su derrotero i con la cabeza trastornada i saliéndosele por la boca el corazon, llega a la ciudad con la noticia de haber descubierto nada ménos que el célebre i opulento Chañarcillo.

De entónces data la fundacion del pueblo, a quien, por una gratitud rara en Chile, se dió el nombre del descubridor del mineral. Hubo tiempo en que careció de todo i hasta de mujeres, que se declararon allí artículo de contrabando. Era aquello un portento social, como decia el gracioso Jotabeche: «Hombres barriendo, hombres lavando, hombres espumando la olla, hombres haciendo la cama, hombres friendo empanadas, hombres bailando con hombres, hombres cantando *la extranjera* i hombres por todo i para todo. Aquello era una colonia de maricones, un cuerpo sin alma i una de las cosas no ménos notables de nuestro pais.»

Asi vivió largos años la naciente ciudad, poblada cuasi en su totalidad por cangalleros. Pero la riqueza i el tiempo la han transformado i aunque falta de agua i situada en una pobre planicie, su cangalla i sus *cangalleros*. sus buenas mozas, su comercio i el ruido de una concurrencia numerosa i activa, siempre ocupada en especulaciones i negocios o entregada a las alegrias de la parranda i de la orjía, han hecho ya de ella un pueblo con vida propia, de manera que donde ántes no se escuchaba sino el canto de aves raras o el ahullido de los animales silvestres, hoi se siente a todas horas el pito de las locomotivas i el hervir vividor de la industria i de la civilizacion.

II.

Era un domingo, repetímoslo, i las calles i casas del pueblo de *Juan Godoi* estaban invadidas por la turba minera, que habia bajado de las faenas para venir a santificar el dia segun su costumbre. Llevados por la corrien-

te, nosotros bajamos tambien i entramos a un gran tambo que nos pareció mas decente i mejor concurrido que los otros.

Allí se bebia i se jugaba, se cantaba i bailaba sin cesar. Algunos reñian de vez en cuando, pero luego se reconciliaban apurando el vaso, abrazando juntos a las cantoras, o saliendo a bailar con alguna de ellas la *resfaloza* o la *moza mala*. El pisco i el coñac, el champaña i el brandi corrian a torrentes; porque debe advertirse que los mineros de Chañarcillo no saben beber sino licores finos. Ellos no conocen la *vaya* ni el *chacoli*, i en materia de ponche no acostumbran otro que el de buen ron, o cuando ménos el de anizado de Aconcagua.

Todos triscaban i se divertian, cada cual a su manera. En su alegria, unos arrojaban al aire sus gorros i sus culeros, otros danzaban, jugaban los mas, i tan contentos quedaban gananciosos como perdidos: todos, en suma, parecian dominados por el buen humor i querian como acabar de rendirse al peso de la ebriedad i de la algazara.

Un solo minero, jóven alto i pálido pero no desgreñado como los otros, permanecia sentado en un rincon, i, estraño a toda aquella batahola, mostrábase como poseido de una tristeza profunda. De repente alguno de los compañeros hubo de notarlo i esclamó soltando una carcajada:

—José Peralta! José Peralta! ¿hasta cuándo echas al diablo tu tonta melancolía? Mira, si tú no has de hacer como nosotros, lo mejor es que pienses en dejar el oficio.

El jóven no contestó, hizo apénas un jesto de impaciencia i siguió entregado a sus meditaciones. Entónces el que le habia dirijido la palabra continuó:

—Oye, tú no serás nunca un buen minero. Es cierto que no te falta coraje i que eres por lo demás un buen muchacho; pero tú no sabes beber ni enamorar i hasta hoi jamas has trabajado ni gustado como nosotros.

Peralta volvió a hacer otro signo de disgusto sin mirar a su interlocutor, pero éste prosiguió imperturbable:

—Sí: a tí te gusta mas guardar tus reales que gastarlos con los amigos o las muchachas. Pero, vamos, aprendiz de minero, bebe un buen vaso de pisco o que el diable te lleve!

Levantóse al momento el jóven, fijó una mirada en su interlocutor, tomó el vaso cuasi lleno de aguardiente i lo acabó de un sorbo.

—Ya ves, le dijo, que yo puedo beber como el mejor borracho de entre ustedes. Por lo demás, cuando me contrate en alguna faena, el patron dirá si soi o no un buen trabajador..... Entretanto ¡bárbaro! ponle freno a tu lengua i déjame tranquilo. Lo que a ustedes les divierte, a mí me enfada.

—Sí, ya lo veo, replicó el viejo minero alejándose: tú eres Peralta i los Peraltas han sido siempre tristes i melancólicos. Pero aguarda.... yo te manaré quien te quite la múrria.

Al momento una de las bailarinas, donosa chicuela i mui compuesta, bajó del tabladillo i vino a pararse al lado del jóven, que absorto en sus reflexiones acababa de volver a ocupar su banco.

Por el lujo del tocado i las maneras desenvueltas de la muchacha, conocíase el oficio a que talvez su familia mas que su inclinacion la tenian destinada; pero una corta vida de desórden o mas bien las premisas de un próximo libertinaje no habian aun destruido el encanto de su dulce i anjelical fisonomía. Su cútis suave i mórvida comenzaba a perder la tersura de la juventud, su tez ántes rosada habia tomado un color amarillento i su cuerpo i sus brazos enflaquecidos conocíase que principiaban a sentir la influencia disolvente del vicio; pero sus dientes eran blancos como perlas i su semblante, su apostura i la suave mirada de sus ojos azules no revelaban el desenfreno de las pasiones, sino mas bien la miseria de su existencia i el dolor de su alma.

—José, prorrumpió al punto, ¿porqué no tomas parte en la alegría comun? ¿No tienes gusto acaso de estar con tus amigos i con nosotras?

La jóven pronunció estas palabras con una voz dulcísima, luego se acercó mas i acariciando a José acabó por abrazarle o al ménos por rodearle el cuello con su brazo derecho. El mozo pareció entónces salir como de un sueño profundo, miró los ojos de su interlocutora, tomó su mano i la besó con ternura, porque conoció que su desgracia se habia insinuado en su corazon.

—¡Ai! díjola despues de recojer sus pensamientos, yo no puedo participar de la bulliciosa alegría de mis camaradas, nó! Anda, hija mia: canta, baila i goza tú con ellos como puedas i en cuanto a mí, déjame aquí triste i solo.

—Pero ¿por qué ese retraimiento, José? Yo procuraré divertirte, ven conmigo.

—Nó, déjame; yo amargaría el gusto de ustedes porque no estoi para alegrarme..... Pero aguarda (continuó), tú me agradas, niña hermosa, i quiero que te acuerdes de mí sea que me vuelva a Copiapó o me quede en Chañarcillo.

Diciendo esto sacó de su bolsillo una onza de oro i un pañuelo de seda blanco i diólos a la jóven.

Una lágrima asomó a los ojos de ésta. Levantóse al instante, puso la onza sobre el banco i esclamó:

—Ah! guarda tu onza, José, que yo no la necesito. El pañuelo, sí, lo tomaré, i cuando vuelvas para las fiestas de pascua me encontrarás con él, o si estás léjos, al mirarlo rogaré por tí.

Cubriéndose la cara con el fular, la jóven tomó la puerta i no volvió ese dia a presentarse en la parranda.

José continuó sombrío i meditabundo, al paso que la trifulca i los gritos de la comitiva minera se hacian mas i mas atronadores.

—¡Cuán mísera es mi suerte! decía en su interior el triste jóven.... ¿En qué consiste que no pueda yo hacerme superior a este malestar moral que me acosa i que domina la totalidad de mi existencia? ¿Por qué no he de sobreponerme a este fastidio de mí mismo i de los otros, a esta tristeza contínua, a este disgusto incesante que devora a la vez mi cuerpo i mi alma?

Mi corazon se oprime dentro del pecho i late con inquietud, porque un dolor recóndito entrava sin duda en mí los movimientos de la vida. ¿Es esta acaso una ciega fatalidad que me persigue?

Nó: la fatalidad i la ventura no existen sino con relacion a nosotros mismos. La imajinacion del hombre que dando vuelo a sus esperanzas trata de sobreponerse a los demas i llega hasta querer descubrir la eternidad, acaba forzosamente por limitar sus aspiraciones i tarde o temprano se convence de que toda felicidad se desvanece en el abismo del tiempo. El desconocimiento de esta verdad produce esa inquietud que viene a posarse en el fondo de nuestro corazon, i causa esos dolores secretos que lo ajitan sin cesar i que destruyen en él la fuente de toda alegría. ¡Demasiado lo sé yo, por mi desgracia!

Fuera quimeras entónces!... La felicidad es solo una palabra vana o cuando mas una ridícula ilusion... Una materia estraña a nosotros se opone a todo lo que el espíritu concibe de grande i de bello, de heróico i de sublime. En pos de cada esperanza realizada viene otra nueva, tras de cada deseo satisfecho un desencanto. Sin embargo, la privacion nos desespera i cuando alcanzamos los bienes de este pobre mundo tratamos de quimera lo que vale harto mas que todos ellos. Asi es, pues, como los nobles sentimientos que nos hacen sentir la vidase sofocan al nacer o languidecen ahogados por el tumulto de las sensaciones terrenales.

Pero ¿quién ha penetrado nunca estos pliegues del corazon? ¿quién hai que se jacte de conocer a fondo los secretos recónditos de su alma? ¿qué es lo que yo tengo? ¿qué es lo que siento? ¿por qué padezco i por qué sufro? Misteriosa hasta en medio de la luz, la naturaleza espiritual del hombre no se deja penetrar por la mirada ni la intelijencia, i no hai poder humano que pueda obligarla a descubrir lo que ella ha querido ocultarnos. ¿A qué sacrificarse entónces por buscar una felicidad que estamos ciertos de no encontrar jamás?

«*Trabaja para hacer fortuna,*» me dicen algunos. Pero ¿qué tengo yo con la fortuna si ella no ha de servir para hacerme feliz? Si la dicha es una quimera, el dinero no ha de poder convertirla en un hecho incontestable. I luego ¿cómo cambiar de naturaleza? ¿Puedo yo acaso ser otra cosa que lo que soi? ¿Quién podrá librarme del tormento de la duda? ¿No estoi viendo, por mi propia esperiencia, que ella es tanto mayor i mas terrible cuanto mas me afano por desvanecerla i combatirla?

Apenas cuento veinte años i sin embargo mi alma está ya profundamente herida! Si mi cuerpo es débil i se halla sujeto a una enfermedad incurable, mi espíritu tambien sufre dolores morales pero profundos. Vagos recuerdos de una felicidad entrevista apénas, sufrimientos positivos, penas ideales, persuacion de la desgracia arraigada en mi corazon, certidumbre de que la fortuna, aunque un gran bien, seria insuficiente para hacerme feliz: he aquí lo que me mortifica a todas horas, en todo momento, salvo los raros instantes en que el sueño, verdadera negacion del ser, aleja de mi estos disgustos de la existencia.

Antes que seguir viviendo así,—pensaba el jóven,—vale mas la muerte! Ah! esclamó al fin dando un suspiro: yo he venido al mundo en mala hora i nada, nada hai en él que baste a complacerme. ¿Para qué he sido creado?

¿porqué no me tragó el Océano en mi última travesía?

Al proferir estas palabras en su negro *spleen* i en su despecho contra la vida, una voz dura murmuró detras del jóven con burlona sonrisa:

– No llameis a la muerte con tanto empeño, amigo José, que ella vendrá por sí sola, no lo dudeis. Pero supongo que habreis sufrido mucho o que sereis mui desgraciado, cuando en vuestra corta edad i sin haber hecho todavia nada por la vida, quereis concluir con ella tan a destiempo.

Peralta volvió la cara i vió cerca de sí a un viejo minero escuálido i contrahecho, que con los brazos cruzados i como balanceándose sobre sus piernas, apoyaba muellemente sus codos sobre un estremo del meson de la chingana.

M. González.

(*Continuará*).

Cartas sobre el Teatro Moderno.

CARTA TERCERA.

LUCRECIA BORGIA.

Sr. D. Justo Arteaga Alemparte.

Querido amigo:

Me he detenido en el exámen de los caractéres de los ajentes de Lucrecia, personajes secundarios en el drama de que hablamos. Como interlocutores de segunda clase, en otro drama cualquiera pasarian desapercibidos. En la Lucrecia no sucede así: Alguno de ellos contribuye a la accion, tiene una parte mas que mediana en el enlace i es el principal autor de la catástrofe. Considerados, pues, bajo este punto de vista, Vd. conocerá que no he debido pasarlos por alto.

En esta mi tercera carta voi a hacerme cargo de la primera parte del acto segundo del drama.

Jenaro ha sido tomado por los esbirros del duque i conducido al palacio. Lo sabe el duque: la duquesa solo ha sabido que acaba de hacerse una afrenta a su apellido. El duque dá a Rustighello órdenes minuciosas, a fin de que sea pronta e inevitable la muerte de Jenaro, con quien vá, al parecer, a tener una entrevista. Pero la señora duquesa interrumpe momentáneamente esos designios, solicitando ser introducida a la presencia del duque. Le es concedido: entra en escena.

La duquesa está furiosa. Ha sabido que se le ha hecho un ultraje sangriento i viene a reclamar del duque que sea buscado el ofensor i castigado con el último suplicio. El duque le contesta que le es conocido el crímen i que el criminal está descubierto. Al saber que acaba de ser tomado preso i que está en poder del duque, despues de exijir que su marido le jure que no saldrá vivo del palacio el criminal, pretende conocerlo. El duque dá inmediatamente la órden conveniente para que se presente el prisionero.

El celoso duque vá a ver satisfechos sus deseos: Jenaro es para él un rival detestado: vá a ofrecerlo a la vista de su infiel esposa: vá a gozarse en la sorpresa, en el terror que ella esperimentará, al conocer que ha pedido nada ménos que la muerte de su cómplice, de su amante, del hombre que la hace abandonar su réjia morada para ir a buscarlo, entre el bullicio de los carnavales de Venecia, léjos de los suyos, en estranjeros paises. Todo esto es Jenaro para el duque, i solo eso es para él. Tan ardientemente desea que muera, como ardientemente le pedia la muerte de su ofensor la vengativa mujer.

Fácil es concebir el estupor que embarga el alma de Lucrecia al ver ánte sus ojos a Jenaro, al hijo de sus entrañas, al único ser por quien ella hubiera dado gustosa su vida, su fortuna i mas que la vida i la fortuna. I cuando el duque, dirijiéndose a Jenaro, le dice que buscan al hombre que ha hecho una enseña de irrision del nombre de su esposa, lo primero que a esta se le ocurre es defenderlo, negando inmediatamente que Jenaro haya sido el autor del desacato. Todos los movimientos de esta escena son naturales e interesantes. Hai en ellos espontaneidad: la madre i el amor de madre supera todos los peligros a que la situacion la espone. Busca disculpas, las halla; pero escolla siempre ante nuevas e imprevistas salidas del duque, ante preguntas a que no es dado responder sin revelar secretos que importa guardar.

Esta escena i las que se le siguen en la primera parte del acto segundo, llevan todo el grande interes del drama: en ellas está concentrada toda la intensidad de la accion dramática que se desarrolla en el resto de la pieza. Lucrecia no halla que hacerse. Pasa cerca de Jenaro i le dice que niegue. Pero Jenaro prefiere correr el riesgo de su vida a la mentira, i lo confiesa todo, respon-

diendo al duque que él es el hombre que busca. Lucrecia entónces, mirándose perdida, quiere hablar a solas con el duque. Sale el prisionero.

La duquesa se empeña en la salvacion de Jenaro : a toda costa quiere librarlo : es preciso hacer que el duque lo perdone. Para esto ¿qué resorte tocar? Primeramente, un deseo limpio, claro :—«Yo no quiero que muera ese hombre, señor duque.» —Pero este que tiene un placer en ver sufrir a Lucrecia, con el mejor modo posible i hasta con aire sumiso, le opone la palabra dada de hacerlo morir sin remedio. Otro camino es preciso encontrar entónces, i Lucrecia, como astuta i hermosa, se lanza en el de la coquetería. Con la gracia, con el abandono, con el amor, quiere obtener lo que no pudo con la simple emunciacion de la voluntad. ¡Cuánto arte es menester lucir para llevar al duque a conceder de buen grado la vida de Jenaro! Pues todo ese arte está consignado en preciosas frases en la escena cuarta. Lucrecia debe hallarse sorprendida al mirar que el duque se resiste al poder de todas sus seducciones. Ni la razones de estado, ni las de la relijion, ninguna óbra en el ánimo del duque : permanece sordo a todo convencimiento, a toda emocion.

Ya le parece advertir en el ceño de su marido que ha conseguido la vida de Jenaro, quiere abalanzarse a ponerlo en libertad, i es detenida por el impasible duque, quien encastillado en su juramento exije la muerte del culpable. Lucrecia no se esperaba tanta resistencia, porque no habia penetrado ni conocido el verdadero móbil que sublevaba las vengativas pasiones del duque, hasta que preguntándole ¿por qué no quiere concederle la *insignificante gracia* de la vida de ese capitan? el duque le revela la verdadera situacion en que se encuentra ánte sus ojos.—«¡Porque ese capitan es vuestro amante, señora!» le contesta enfurecido; i solo entónces comprende Lucrecia toda la estension de la desgracia i toda la inminencia del peligro que corre Jenaro.

Quiere Lucrecia hablar; pero solo pronuncia frases que el duque no la deja concluir. Su marido ha soltado ya el velo que cubria sus acciones; i sus pensamientos se espresan claros i netos, sin disfraz i sin ambajes. Don Alfonso está celoso, don Alfonso vá a vengar su mancillado tálamo, i don Alfonso comienza por mostrar a Lucrecia cuan impotentes son i serán para él los deseos de su esposa i sus cariños falaces, cuando le ha tomado aversion a todo lo que lleva su nombre, principiando por ella misma. Lucrecia recurre a la súplica, todo en valde. ¿Qué hacer? ¡la amenaza, entónces! Y a esta atrevida i conminadora salida : «¡Ai de vos don Alfonso de Ferrara, mi CUARTO marido! solo obtiene por respuesta los mismos desprecios i la misma negativa.

Lucrecia entónces busca otros recursos.—Si yo le hiciese conocer al duque que Jenaro no puede ser mi amante, quizas obtendria su perdon—dícese a sí misma, i tienta este nuevo camino de salvacion. «Veamos, don Alfonso. Si ese hombre ha cometido para conmigo el crímen de lesa majestad, ese hombre no puede ser al mismo tiempo mi amante.» A semejante argumento le contesta el duque que no le hace fuerza, porque un amante celoso o despechado, hace lo que a veces no quisiera o no debiera. Lucrecia se vé en la imprescindible necesidad de escojer entre los dos medios que el duque pone a su disposicion para terminar la vida de Jenaro, el hierro o el veneno. ¡Horrible situacion! Es preciso decidir al momento, porque Jenaro morirá a estocadas en la pieza vecina si Lucrecia no se resuelve en el acto por el veneno. Ella prefiere este último jénero de muerte. Una esperanza ha concebido: hai todavia un hilo de que asirse, en ella se encuentra una tabla de salvacion para el naufrajio de la vida de Jenaro : quizás haga que Jenaro se apodere de ella.

El prisionero es conducido a la escena para ser engañado por los duques, hasta hacerle aceptar la copa del licor fatal que debe poner un término a su vida. Para esto es necesario aparentar que se ha olvidado la injuria : se le ofrece servicio a la víctima en las filas de los soldados del duque. Jenaro se sorprende de la feliz conclusion de aquel asunto de que no pensó salir tan bien librado; pero al mismo tiempo, para terminar, quiere hacer saber al duque que el beneficio no ha caido en un hombre a quien no se deban consideraciones. El (Jenaro) en el asalto de Faenza, hácia dos años habia salvado la vida al duque Hércules de Este, padre de quien ahora tan jenerosamente lo perdonaba. Oido esto por el duque, conviene en que semejante accion merece recompensa, ofrécele dinero que Jenaro no toma sino para repartirlo entre los soldados del duque; i asi distraido i alhagado acepta, por fin, la oferta que el duque le hace de beber un

vaso de vino de Siracusa como buenos amigos.

El duque obliga a Lucrecia a servir ella misma el vaso de veneno a Jenaro : esta escena es aterradora. El espectador llega al fin de ella de susto en susto, de sorpresa en sorpresa, de lance en lance, sin que nada aparezca que pueda cambiar la suerte infeliz del prisionero. La pobre madre se vé en la imprescindible obligacion de dar a su hijo, por sus propias manos, la muerte, i ella se mantiene serena sin embargo; i por mas que sufra, es preciso que a los ojos de Jenaro no aparezca turbada: la menor resistencia de Jenaro a beber el vaso fatal le seria mucho mas funesta que la bebida con que va a envenenarse : la situacion es horrorosa. Una madre envenando a sabiendas a un hijo que idolatra, es un espectáculo horrible, i sin embargo era menester que asi sucediese si habia de guardarse el secreto del nacimiento de Jenaro i si el hijo habia de escapar a los filos de la espada que estaba suspendida sobre su cabeza.

Todo el refinamiento de crueldad del duque se comprende cuando se conoce que si ha reemplazado una ejecucion por otra, es porque ha querido gozarse en los tormentos que debe esperimentar la culpable Lucrecia, al envenenar por sus propias manos al hombre con quien la supone ligado con lazos criminales. Pero esta misma ferocidad dará ocasion a que se libre por entónces la vida del inocente. El duque no lo siente así. Ha visto ya colmados sus deseos. Jenaro está envenenado, debe morir i el duque lo deja todavia que exhale su último suspiro en brazos de la mujer que no ha podido evitar el destino que él le ha preparado. «Podeis volveros a Venecia cuando gusteis, le dice a Jenaro,» i a Lucrecia en secreto: «Dadme las gracias por dejaros sola con él. Tendreis que despediros. Vivid juntos, si os parece, los últimos momentos que le quedan de vida.»

El duque sale. Apénas solos, Lucrecia fuera de sí anuncia a Jenaro que está envenenado. —«Envenenado, señora ¿cómo?—Envenenado, sí.—Deberia haberlo sospechado desde que vos me servisteis el vaso.»—¡Qué golpe tan terrible para una madre que idolatra a su hijo! ¡Oirse llamar envenadora i asesina por el único ser cuyo amor hubiera deseado atraerse a costa de la vida, a costa de la fama! Pero es preciso salvar a Jenaro, es preciso que tome el contraveneno que ella lleva siempre consigo.—«Una sola gota de este contraveneno, i estais salvado, Jenaro.—¿I quién me dice, señora, que no sea este el verdadero veneno?» Nueva puñalada al corazon de la madre, nueva angustia que padecer. El peligro aumenta. Jenaro se resiste, Lucrecia no halla qué decirle para que le crea i beba. De Jenaro solo recibe denuestos i sarcasmos, i ella, sin embargo, es la madre de Jenaro, i es menester que Jenaro se salve. Los ruegos i las súplicas hacen al fin que Jenaro beba. Son tan tiernos los acentos con que se esplica Lucrecia, es a no dudarlo tan profundo el sentimiento con que implora que beba aquel elixir salvador, que, al fin, vencido Jenaro se resuelve, no sin que hasta el último instante le asalten dudas sobre las intenciones de Lucrecia.

Llega el momento de la despedida. Jenaro se ha salvado, pero Lucrecia no quiere separarse de él, sin que por lo ménos alguna cariñosa palabra le sea dirijida por aquel a quien acaba de salvar la vida. Un beneficio tan grande merece agradecimiento. Es preciso esperar que no nos odie aquel a quien hemos hecho tamaño favor. A Jenaro, sin embargo, se le ocurre en estos momentos hacerle esta pregunta: «Juradme por todo lo que os es querido, por mi propia cabeza, puesto que me amais, por la salvacion eterna de mi alma, juradme que vuestros crímenes no han tenido parte alguna en las desgracias de mi madre.» I cuando oye que Lucrecia no se lo puede jurar, Jenaro persiste en creer que solo Lucrecia es la autora de las desgracias de su madre. I en lugar de aquella dulce i cariñosa palabra que, al despedirse, buscaba Lucrecia en los lábios de su hijo, solo halla una tremenda maldicion.

No puede negarse que si el autor buscó la mejor manera de hacer odioso i repugnante el crímen, escojitó la mas imponente de todas para presentar lo aborrecible. Una mujer criminal, encenagada en el vicio i en la depravacion, era menester que tuviese un castigo horroroso i ejemplar; era necesario que esa mujer espiase cada lágrima que habia hecho derramar, con un rio de llanto; era justo que la que habia sembrado la desolacion en cien familias, tuviese por castigo el escarnio de los suyos. La esposa culpable que, abandonando la senda del deber conyugal, dá rienda suelta a sus pasiones i no teme mancillar el honor de su consorte, por mas que en la sombra quiera ocultar el fruto de sus ilícitos devaneos, debe temer a la vista de Lucrecia Borjia que el mismo ser que no debió venir al mundo, sea al fin quien amargue i envenene el corazon de la delincuente.

El autor no ha querido presentarnos al hijo que se abandona: ha querido mostrarnos al hijo a quien se ama, a quien, si faltó la vista de la madre, el amor no le faltó jamas, i aun asi ha querido hacernos ver, que ese mismo hijo puede llegar a ser el castigo de la mujer criminal. Hai toda una gran leccion moral en Lucrecia Borjia, mirada bajo este aspecto. Ha cumplido hasta aqui con una parte del propósito que su autor contrajo al escribirla.

En mi cuarta carta proseguiré la materia.

HERMOJENES DE IRISARRI.

Imprenta del Correo.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Marzo 31 de 1860. Núm. 39.

El Jeneral Sucre.

FRAGMENTO DE UN ESTUDIO SOBRE LA BATALLA DE AYACUCHO.

Despues de la victoria de Junin, el Libertador Bolívar entregó el mando del ejército al Jeneral don Antonio José de Sucre que desde el principio de la campaña desempeñaba el alto encargo de Jefe de Estado Mayor. La suspicaz envidia, la recelosa rivalidad, que siempre espian los pasos i comentan las acciones de los hombres elevados sobre sus semejantes, no dejaron en aquella sazon de susurrar que en el retiro del Libertador tenía no pequeña influencia el temor de comprometer su prestijio en una campaña aventurada, emprendida con una audacia que el éxito solo pudiera justificar; i que al hallarse en el corazon de los Andes, alejado de todos los recursos, contrariado por la estacion, en perseguimiento de los españoles cuyos próximos cuarteles les brindaban la comodidad de rehacerse, Bolívar tembló ante la inmensa responsabilidad que imprudentemente asumió i trató de desembarazarse de ella descargándola sobre Sucre. Los que así discurrian, si de buena fé pretendian reprochar al Libertador tan injurioso propósito, mal versados se mostraban en su carácter, i poco conocedores de las admirables prendas que lo constituian. La índole fogosa de Bolívar, su férrea voluntad, endurecida en los peligros, jamás debilitada en los desastres, inconmovible en la adversidad, no eran de aquellas que los obstáculos anonadan i se espantan del pensamiento por la dificultad de la obra. En el continuo batallar de catorce años, en las peripecias de una lucha a muerte que le pusieron a las veces bajo el puñal de los asesinos, que le obligaron a vagar por los bosques i desiertos, puesta su cabeza a precio, a mendigar refujio en estraña tierra, que en tantas ocasiones le vieron derrotado, perseguido, sin una esperanza a que tornar los ojos, aprendió a tener confianza en su venturosa estrella, vinculada con su injenio, tanto mas alentado cuanto era mas estrecho el lance que le apuraba. No era el temor, ajeno de su alma, no el esquivar las consecuencias de sus propios planes, lo que obligaba al Libertador a encomendar a estrañas manos la direccion de tan decisiva campaña: su presencia era necesaria en Lima, foco en que las facciones se disputaban la presa de la independencia aun no conseguida; i si un imperioso deber le llamaba a la cabeza del ejército, no menos urjente obligacion era el mantenimiento del gobierno que tanto debiera influir en el éxito de la guerra. Dejaba sobre todo al frente de las operaciones al único capitan que podia igualársele en el prestijio, i que le aventajaba en ciertas dotes, mas que la audacia necesarias en aquella campaña. Nadie como Sucre podia ocupar el lugar del Libertador; nadie como él merecia tamaña confianza i a ninguna sien venia como a la suya el laurel de la inmortalidad con que se ciñó en Ayacucho.

Fecunda en esclarecidos héroes fué la revolucion hispano-americana; grandes muchos nombres que sus fastos inmortalizan como ejemplos nunca igualados por las pigmeas jeneraciones que despues de ellos se han sucedido; pero entre todos, la historia detendrá su pluma con placer en el de Sucre, como el único que la posteridad podrá reverenciar sin mancha, limpio del lodo de las pasiones de bandería, de los crímenes que se encubrieron con el manto de la necesidad de la causa, de los graves errores que en la balanza de la justicia casi vencen el peso de la gloria de muchos de nuestros antepasados. Sucre era uno de los mas jóvenes de la brillante pléyade de jenerales que rodeaba al Libertador, entre los que se distinguian Paez, Santander, Montilla, Urdaneta, Soublette, i tantos otros en los que cada grado que habian obtenido recordaba una proeza. Como ellos, el jóven capitan se habia labrado dificultoso camino al través de la sangre i de los peligros de la guerra a muerte, i como ellos para llegar al mas en-

cumbrado puesto de la milicia habia necesitado correr la varia fortuna de aquella lucha, en que los vencidos en un dia se veian vencedores al siguiente, sucediéndose los descalabros i los triunfos, buscando un palmo seguro de terreno a que asilarse, el que poco antes señoreaba dilatada estension con sus victoriosas armas. Hubo en las campañas de la independencia colombiana mucho que la imajinacion puede asimilar a las escenas de las guerras púnicas: el incesante pelear; refriegas parciales, i grandes batallas; los jenerales que se levantan hoi triunfadores para hundirse mañana derrotados, el encarnizamiento de las parcialidades, lo voluble de la suerte, lo portentoso de los esfuerzos, variado panorama en que se ven desfilar los ejércitos, se divisan los patíbulos, se presencian los fusilamientos en masa, se contemplan las ciudades saqueadas, devoradas por las llamas que eternizaron la fama de Sagunto. Nadie se habria atrevido a pronosticar a Sucre el alto destino que en aquella revuelta lucha le estaba reservado : su natural circunspecto i reflexivo, su inclinacion al estudio de las ciencias, parecian apartarle del bullicio de los combates; su tímida modestia se habria creido inconciliable con el arrojo del soldado, i los delicados sentimientos que adornaban su alma, su austera moralidad, no eran los mejores antecedentes para descollar en los ejércitos, que en continua campaña suelen hacer de la licencia i de la insensibilidad cualidades que acreditan el valor i revelan el desprendimiento de la vida tan necesarios en el guerrero. Sucre tampoco tenia ninguna de aquellas prendas físicas que forman la fortuna i contribuyen al prestijio de mas de un militar; era su estatura pequeña, frájil su constitucion, endeble i flaco, confundiéndose insignificante entre las filas, perdiéndose como un niño entre los jigantescos llaneros: su suave voz, agradable para la conversacion, no podia elevarse a los sonoros acentos que llevan la obediencia i el entusiasmo al pecho del soldado; ni su modesta actitud i descuidados movimientos tenian el garboso desenfado que tanto realza la marcial apostura de un valiente; i por una anomalía propia de su carácter i estraña en las costumbres de sus camaradas, miéntras los otros oficiales cuajaban sus uniformes de vistosos bordados, colgando al pecho las medallas que acreditaban sus hazañas, el jóven jeneral preferia vestir una sencilla levita, abotonada con arreglo a ordenanza, llevando un traje limpio i decente siempre, nunca ostentoso, como si pretendiera esconder su importancia bajo humildes apariencias.

Sucre nació en 1793 en la fértil provincia de Cumaná, tierra fecundizada por el ardiente sol de los trópicos, que enciende las pasiones en temprana edad, vivifica la imajinacion desde la infancia, abriendo desde la adolescencia las puertas del corazon, exhuberente, pródigo de sensibilidad como de galas la naturaleza de aquellos climas, i que ardiente se entrega al frenesí del entusiasmo, a los devaneos del amor, a la molicie del deleite, estremoso en los deseos, fogoso en las aspiraciones; pero que las mas veces flaquea en la mitad del camino, i abandona la empresa apenas comenzada. Sin embargo, el jóven Cumanés parecia haber nacido en las rejiones templadas de nuestro continente, dotado de la fria razon, de la circunspecta prudencia, que algun dia harán de Chile el pueblo mas floreciente sino el mas simpático de nuestra América. El estudio de las matemáticas, al cual se dedicó en sus primeros años, le imprimió tal vez el hábito de órden, de regularidad i de disciplina que tanto le recomendó como subalterno i de tanta utilidad le fué como jefe, que le hizo comprender los vicios de que adolecia la improvisada organizacion de los ejércitos patriotas, ponerle remedio con infatigable constancia, dedicarse con severa escrupulosidad a la reforma del estado mayor, de las cajas militares, a la fatigosa instruccion de reclutas, miéntras otros caractéres mas impetuosos i ménos reflexivos, solo veian en la guerra la gloria ruidosa de los combates, sin comprender que casi siempre es el premio de la paciente preparacion del organizador. Militar científico en aquella época en que una carga a la bayoneta era la mejor maniobra estratéjica, procuró adquirir en los libros la teoría del arte de la guerra que andaba tan diseminada, i aprovechando los breves respiros que permitia la incesante contienda, se afanaba en acopiar conocimientos que mas tarde le realzaron entre sus compañeros, i le permitieron combinar con el cultivo de su profesion, las nociones literarias que le recomendaban como parlamentario, como estadista i diplomático. Con la prudente observacion que le caracterizaba, adivinó mui luego que no era el valor lo que faltaba a los

soldados patriotas, sino la subordinacion i la obediencia; i con la firmeza de voluntad que sin ostentacion desplegaba en oportunas ocasiones, siguió un sistema de severidad militar que ninguna consideracion le obligaba a relajar.

Don Antonio José de Sucre como casi todos los jóvenes de aquella época, cuya abnegacion dificilmentecomprenderá el egoista mercantilismo de nuestra edad, se sintió abrasado del sacro fuego que alentaba el pecho de nuestros padres, i niño aun, trocó el sosiego de las aulas i la comodidad de su hogar respetable, por las fatigas de la guerra. A los diez i siete años era teniente de injenieros, i mui en breve se hizo notar por su exactitud en el servicio, por su desvelo en la organizacion, por la circunspeccion de su conducta que, atrayéndole la confianza de los jefes, inspiraba a los camaradas el aprecio de un carácter prescindente de rencillas, ajeno a rivalidades, frio talvez en la seriedad de la palabra poco prodigada, si bien delicado, cuando la necesidad de una demostracion ponía a prueba su sensibilidad. Sucre abrazó la nueva causa con la asentada conviccion de un espíritu reflexivo, i como el que contrae indisoluble vínculo, consagró desde entónces su vida entera al esclusivo servicio de la patria, del que no fueron parte a distraerle, las privaciones de una perpetua campaña, la certidumbre de la afrentosa muerte que se reservaba a todo prisionero, los frecuentes reveses de los independientes, la bárbara crueldad de una lucha repugnante a su jenerosa piedad. La direccion del Estado Mayor era la comision que casi siempre se le encargaba, i en ella sirvió a las órdenes de los jenerales Mariño, Bermudez i ultimamente a las del mismo Libertador, que, sin miramiento a su juventud, utilizó sus talentos en la honrosa mision de representar a Colombia en el tratado que con el jeneral Morillo hubo de celebrarse, para regularizar la guerra i poner término a los atroces degüellos i fusilamiento de prisioneros. A Sucre, jeneral de brigada a los veinte i cinco años, cúpole en suerte levantar aquel bello monumento que concluía la guerra entre caribes i antropófagos, señalando los límites que la civilizacion prescribía a una contienda entre hombres que hablaban la misma lengua, que alimentaban la misma jenerosa sangre i que adoraban el mismo Dios de paz i de misericordia.

Colocado Sucre al lado del Libertador, no tardaron en ligarse con estrecho lazo de recíproca amistad, que era en el primero la sincera efusion del entusiasmo inspirado por la superioridad del injenio de Bolívar, cuya grandeza reverenciaba sin envidia, mientras el Libertador hostigado por menguadas rivalidades, rodeado de ambiciones crecidas al amparo de su prestijio, divisó en Sucre al hombre que se complacía en comprenderle sin sonrojo, i en quien las mas sólidas prendas del carácter privado, se combinaban con dotes harto raras para el mando de los ejércitos i la administracion de los estados. No brillaba en él la temeraria valentía de Paez, no tenía talvez la actividad de Zaraza, no sabia lanzar su caballo a la carga ni blandir la lanza como Monagas, ni hubiera podido disputar a Arismendi la palma de la astucia; pero ninguno era mas sereno que él en los peligros, mas hábil para espiar con provecho los desaciertos del enemigo, para preveer los lances de la batalla con la frialdad del que juega una partida de ajedréz, fecundo siempre en los recursos de la táctica, ahorrando con avaricia la sangre de los soldados, mirando la victoria sin estrepitosa alegría, hallándole la derrota apercibido para reunir los elementos que asegurasen el futuro triunfo. I despues, cuando todos creian concluida la tarea, cuando cada cual enjugaba la hoja de su sable i pedia al sueño la recompensa de las fatigas del dia, el vijilante Sucre no daba punto a su trabajo mientras hubiera una órden que distribuir, un parte que dar, un solo detalle que arreglar para la marcha o seguridad del ejército. Sucre no era un sableador, ni un arrojado paladin que acomete aventuradas hazañas : la disciplina i la estratejía eran sus armas favoritas, sin que por ello tratara de mezquinar su vida nunca recordada en las tribulaciones, ofrecida siempre sin vana ostentacion de pasajero ardimiento.

Talvez por aquella misteriosa lei de simpatía entre contrastados caractéres, puede esplicarse la que Bolívar i Sucre se profesaban, sin que el primero mirase con celo la rápida elevacion del segundo, sin que el vencedor de Pichincha pretendiera disputar el puesto que ocupaba el vencedor de Boyacá, alto entre todos con la grandeza del que lleva en su frente el signo de providencial distincion. Modesto el uno, ruboroso como tímida doncella, apacible el semblante, mesurado en la accion i en el discurso, sin resolverse nunca sin reflexiva meditacion; desenfadado el otro, petu-

lante con la conciencia de su valer, colorida, elocuente su palabra animada con espresivos jestos realzados por el brillo de sus fogosos ojos, tan audaz en el concepto como veloz en la ejecucion, i siempre colocándose en el primer lugar como el actor que se adelanta en el escenario a los coros i comparsas que le siguen. I sin embargo aquellos dos hombres supieron respetarse con recíproca estimacion, i cuando Bolívar, abandonado por sus antiguos jenerales, vió convertirse en clamor contra su tiranía el himno que antes se elevaba a su gloria, perdida la popularidad, olvidada la gratitud, encontró a Sucre entre los pocos que habiéndole acompañado en su cenit querian seguirle hasta su ocaso. El grande hombre por su parte, cuando una bala asesina concluyó la vida del Mariscal de Ayacucho, dió suelta a su dolor en una biografía que dictó a su secretario, como si a ningun otro que a él considerase digno de levantar el monumento mortuorio del héroe infortunado.

Vencidos los españoles en Venezuela i arrinconados en Nueva-Granada en las cerranías de Pasto, resolvió el Libertador encargar a Sucre el mando de una division que ausiliara el movimiento revolucionario que a la sazon se operaba en Guayaquil. El Jeneral colombiano, aprovechando la separacion de los dos cuerpos enemigos que marchaban el uno desde Quito a las órdenes del Presidente Aimericle i el otro desde Cuenca con el Coronel Gonzalez a su frente, se dirijió rápidamente al encuentro del segundo cuya completa derrota consiguió en Taguachi. Fuele empero adversa la fortuna en la batalla empeñada con el primero, que en Guachi dió el mas severo golpe al ejército patriota, comprometido por el ardoroso Mires en un combate reprobado por la prudencia de Sucre. Sin desmayar este por el grave reves, se dedicó a reunir nuevas tropas, i puesto en campaña arrolló a los españoles en Riobamba, siguiólos al corazon de sus recursos i obtuvo en las faldas del Pichincha una de las victorias mas espléndidas, por lo completo del triunfo i la moderacion del vencedor, que no vaciló en conceder a los vencidos una jenerosa capitulacion. Con aquella feliz campaña, quedó para siempre asentada la reputacion militar de Sucre, nuevamente probada con igual ventura en la reduccion de las reliquias realistas que todavía turbaban las montañas de Pasto. El afortunado caudillo obtuvo el grado de Jeneral de division, marchando a colocarse entre los famosos jefes que surjieron en la revolucion colombiana.

Habiendo el Congreso Peruano solicitado el ausilio de Bolívar para llevar a cabo la empresa de la emancipacion, felizmente iniciada i no proseguida por San-Martin, se envió desde Guayaquil un refuerzo de 3000 Colombianos i poco despues a Sucre que debia ponerse a su cabeza. El jeneral arribó al Callao en la mas angustiosa coyuntura, destrozado el ejército independiente en las tristes jornadas de Torata i de Moquegua, soberbios los españoles con sus recientes triunfos i dirijiéndose Canterac a Lima al frente de 9000 hombres, aunque los patriotas cifraban grandes esperanzas en la lucida espedicion que hácia el sud se habia despachado al mando de don Andrés Santa-Cruz. Tuvieron los diputados peruanos que quedaron en Lima, la cordura de conferir plenos poderes al jeneral colombiano, cuyas tropas impotentes para resistir el crecido número de las de Canterac se encerraron en las fortalezas del Callao, sitiadas por los españoles, bien que éstos, desistiendo de su inútil empeño, contramarcharon al sud a reunirse con sus compañeros amenazados por Santa-Cruz. Sucre, deseoso de cooperar al éxito de la campaña emprendida por aquel jeneral, se movió tambien en direccion al sud; pero la total dispersion del ejército de Santa-Cruz le puso en el apurado trance de operar una difícil retirada, hostigado de cerca por partidas enemigas i en la que solo su enérjica prudencia pudo salvar la division. Nuevo realce dieron aquellas operaciones a la fama de Sucre ya bastante pregonada, i nuevos títulos se labró con ellas para la estimacion del Libertador, cuyo jefe de estado mayor fué nombrado, cuando el Presidente de Colombia arribó al Perú i tomó el mando del ejército espedicionario.

Tal era el jefe a quien Bolívar encargó la direccion de la campaña. Prudente, celoso de la disciplina, hábil en las maniobras, tenaz en la empresa, firme en la conviccion, entendido como pocos, como ninguno leal, modesto i jeneroso, con todas las virtudes cívicas, con todas las prendas del guerrero, ménos la aficion a los combates, que aceptaba como una triste necesidad. Para el que conozca la historia sud-americana, Sucre será siempre el segundo de nuestros guerreros despues de Bolívar, i el primero entre todos los varones esclarecidos de nuestro continente, que nunca ha producido ninguno que lo iguale en la pureza de la

gloria, inmaculada como la auréola de intachable grandeza.

JOAQUIN BLEST GANA.

Don Guillermo.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

XV.

DIGRESIONES.

No sabemos cuanto tiempo habia pasado desde que don Guillermo fué trasportado como cuerpo muerto de la playa del Pacífico a los antros de la cueva del Chibato, ni cuanto va trascurriendo desde que emprendió su fuga con Lucero desde los umbrales del Alcázar de los Jénios en busca de su libertad. Si, como creian los antiguos, el espacio i el tiempo no son mas que simples relaciones de los seres; o si el tiempo, como creen otros, no es mas que la determinacion de la duracion hecha por el entendimiento i revestida de formas por la imajinacion, de todos modos no podemos saber como consideraban esos casos los habitantes de Espelunco, pues ni conocemos acertivamente sus relaciones, ni tenemos datos sobre el modo como contaban la duracion. Lo mas probable es que no les hubiese alcanzado la correccion Gregoriana, por católicos que fuesen, i que por consiguiente sus meses i sus años fuesen mui diferentes de los nuestros. ¿Quién sabe si aquel año de noviciado que hacian sufrir a los inbunches no era un siglo? ¡Ya se vé que eso no habria sido tan malo, pues hai espíritus tan tenaces que no se doman jamás! Testigo aquel porfiado prisionero de Chillon, de quien nos cuenta Byron, i a quien no le bastaron ocho años de argolla para dejar de ser republicano; i tambien aquel otro viejo empecinado a quien no bastaron diez i seis años de silencio forzado, ni tres de reclusion rezando los salmos penitenciales, para que dejase de hacer alarde de sus herejías esclamando *e pur si muove*, cuando se levantó del sitio en que lo puso arrodillado la santa inquisicion para que abjurase sus errores. ¡Rara condicion la de algunos hombres que no saben jamas amoldarse a las circunstancias para pasarlo bien, i que prefieren sacrificarse por una quimera de esas que se llaman teorías o utopias! Bien merecido tienen su mal, i ellos solos lo sufran, con la maldicion del diablo, i la befa de la jente sensata que sabe vivir. Nosotros los hombres prácticos, los vividores, como se decia al estilo antiguo, no debemos incomodarnos por mejorar el mundo: si somos súbditos, bien nos viene el obedecer i callar, porque donde manda capitan no manda marinero, i porque al fin i al postre no hai nada mejor que el Gobierno; i si por fortuna somos mandones o estamos en peligro de serlo, ahi está nuestro modelo, el ladino Sancho que cuando se las soñaba en el reino de Micomicon, esclamaba: «¿qué se me dá a mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá mas que cargar con ellos i traerlos a España, donde los podré vender i adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar un título o algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, i no tengais injénio ni habilidad para disponer de las cosas, i para vender treinta, o diez mil vasallos en dácame esas pajas: por Dios que los he de volar chico con grande, o como pudiere, i que por negros que sean, los he de volver blancos, o amarillos: llegaos, que me mamo el dedo.» Asi han dejado a los pueblos mamándoselo algunos expresidentes i ministros americanos que se han ido a vivir descansados todos los dias de su vida a Europa, i a gozar de los frutos de su injénio, que no lo tuvieron menos grande que Sancho. ¿Hai mas que imitarlos? ¡Bueno es el mundo i bien se está San Pedro en Roma!

Otra cosa que ignoramos es el como la hermosa Lucero inició a su querido en sus hechicerías, enseñándole a metamorfosear su figura instantáneamente, a volar por lo alto como pájaro, a arrastrarse como culebra por lo bajo i a resbalarse como pez entre las manos. Ya se ve que todo eso i mucho mas era preciso a quien tenia que andar acendereado i perseguido en un pais donde la policia estaba servida por brujos capaces de dar caza al mismo cojuelo, si hubiese ido a incomodar i a alterar el órden. Semejante policía no cabeceaba ni roncaba cuando estaba de servicio, ni incomodaba con pitos ni gritos a los vecinos que la pagaban, ni mostraba su valor sableando a los inermes i estropeando a los beodos, ni probaba su vijilancia dejando robar a los ladrones, sin prenderlos, i aprisionando i espiando a los enemigos de la autoridad que no hacen daño. No, aquello era otra cosa, i don Guillermo tenia mucha necesidad de las artes de su dulce amiga para escapar del peligro de las agujas de que ya le habia salvado una vez.

¡Ah! cuanto dieran algunos de por acá para alcanzar a poseer esas artes diabólicas! Pero es el caso que debe haber mucho de cierto en lo que pensaba de nosotros el padre Malebranche, cuando sostenia que el alma no obraba de manera alguna sobre el cuerpo, i que Dios es el único que obra sobre el alma i sobre el cuerpo: asi es que por mas que uno desee volverse perro para amar i no sentir o moscon para fastidiar al prójimo, jamas lo consigue, porque Dios no quiere, i porque el cuerpo solo puede acordar sus movimientos al pensamiento mediante la accion divina. No queda mas recurso que un pacto con el diablo. ¿Pero esto quién lo consigue, ni quién puede verle la cara a ese ánjel? Desde que él acabó sus tareas en el mundo, se jubiló i desapareció para siempre: hoi ya ni se acuerda de nosotros. Estuvo tanto tiempo enseñándonos i nos enseñó tanto, que viendo que en maldades i necedades podiamos darle lecciones, se estregó las manos complacido i se retiró a descansar. Solo allá de tarde en tarde, cuando aparece un Fausto en el mundo, cosa que no se ha visto mas que una vez, i en Alemania, suele darle el padre viejo permiso para venir a acompañarlo.

Ahora hai quien evoca los espíritus i tiene comercio con ellos; pero ese es un negocio absolutamente yankee que no se puede hacer en todas partes ni por todos. Santos i notabilísimos varones ha habido que lo han tomado a lo sério i aun han lanzado contra los que lo hacen anatemas i escomuniones. ¡Pero quién tiene la fé o las creederas que estos santos necesitan tener! Los yankees de los espíritus se han de estar riendo de esas creederas, como se rien de los que les compran los jamones i moscadas de madera que venden tan barato.

Como quiera que sea, si no hai cuerpo que no tenga su espíritu, en ese grande i admirable órden de la naturaleza, lo cierto es que hai muchos humanos que al parecer no tienen el suyo, a no ser que lo tengan tan escondido como las rocas o los árboles. Pero tanto el arte de evocar esos espíritus ocultos, como las demas artes diabólicas, no se pueden aprender facilmente en el estado actual de cosas. Desde que la filosofía ha dado al traste con la fé, los brujos han ido a esconderse en los antros de la tierra, i quien no tenga la fortuna de M. Livingston, no puede ponerse al habla con ellos ni aprender sus hechizos.

Mas en obsequio de la verdad i en honor de nuestro héroe debe reconocerse que lo de brujo no disminuyó en un ápice sus instintos de buen ingles, pues lo primero que hizo en el pais de su peregrinacion fué instruirse del estado en que se hallaban las garantias del *habeas corpus*, ya que tanto le interesaba conservar el suyo. Pero halló que en materia de prisiones, aquello era una atrocidad, porque sobre estar habitualmente presas, como en un convento, aquellas jentes, sucedia que no habia brujo ni bruja, como quien dice perro ni gato, que no tuviese la facultad de mandar a la cárcel i aun de condenar a muerte a cualquiera estante o habitante, aunque no fuese mas que por verle mala cara. La seguridad individual no era allí conocida, sino por los servidores de los Jénios, que al fin como de la carda, estaban exentos de los percances que ellos eran encargados de hacer sufrir a los demas. El ingles se asustó de ver que el *habeas corpus* estaba suspenso sin ceremonia, i nunca perdió el susto por mas que procuraba imitar a los paisanos suyos que por allí encontraba enteramente conformes i contentos con esa inseguridad; pero no advertia que estos eran tambien de la carda, miéntras que él habia desechado las propuestas de afiliacion que en otro tiempo le hizo el juez del crímen de Espelunco.

Pero en cuanto a libertad de pensamiento, era eso otra cosa: los Jénios dejaban la libertad de pensar i la de hablar por lo bajo cuanto se quisiera, con tal que no se pasara de la conversacion privada; i era libre el chismeo i el cuchucheo hasta lo infinito i se podia hasta soplar a la oreja un *venticello* de aquellos cuya fuerza describia don Basilio tan sabiamente. No, en ese punto estaban todos a sus anchas i contentos; i hasta se les dejaba campo abierto para hacerse oradores públicos, si querian, pues no se prohibia el hablar a gritos ni a los histriones, ni a los predicadores, ni a los panejiristas del gobierno de los Jénios, siempre que en todas esas loas fuesen estos loados i no enlodados.

La misma libertad existia para el pensamiento escrito: ¡gracias a Dios, existia la libertad de imprenta! La censura estaba rigorosamente abolida para ántes i despues del parto: la autoridad no censuraba ántes de la publicacion lo que parian los escritores, pero tampoco permitia publicar ningun parto que la censurase a ella. La lei era pareja i por consiguiente justa, pues cuando un gobierno no

censura previamente las obras, tiene justicia para no permitir la publicacion de escritos en que lo censuren a él o a sus amigos. ¡Qué cosa mas racional!

Mas don Guillermo, ingles al cabo, no comprendia esta libertad de imprenta, i se imajinaba que mas bien era una libertad de mentir por escrito con patente autorizada, pues observaba que los escritores eran verdaderos prestijiadores que embaucaban a sus lectores, variando el sentido de las cosas, adulterando los hechos, i convirtiendo en liebres todos los gatos. Segun él, habia una perfecta contradiccion entre los hechos que tocaba en la sociedad i los artículos que leia en la prensa; pues mientras que en aquella todo era malo, atrasado i podrido, para esta no habia gobierno mas justo i liberal ni mejor administrador ni pueblo que hiciera mas progresos ni que fuese mas afortunado que el de Espelunco.

Solo un ingles puede tener la estravagancia de no conocer que hai un derecho natural tan sagrado como el de la defensa propia, i es el del propio elojio. Los ingleses no conocen cuanto cinismo i perversidad hai en revelar nuestros vicios, i en descubrir nuestras lacras, pues ellos hallan mui natural i puesto en razon el censurar a sus gobiernos i el criticar sus vicios sociales. ¡Qué falta de patriotismo tan imperdonable! ¡Qué ingratitud! Maldecir de su propia madre, acusando sus vicios, i atacar a su gobierno descubriendo sus pasteles son verdaderos parricidios que merecen el terrible consorcio del jimio, del gallo i la culebra. Pero los ingleses no solo cometen esos crímenes diariamente, sino que asilan en su tierra a todos los perseguidos i les dejan amplia libertad para que maldigan de sus gobiernos i desacrediten a su patria, revelando al mundo lo que como buenos patriotas debian callar, basta que se trate de los suyos, pues entre buenos hermanos todo debe quedar en casa. No hai emigrado en Inglaterra que no haya gozado de esa libertad de desacreditar: los españoles de Fernando VII, los franceses de Napoleon, los napolitanos del rei Bomba i hasta los arjentinos de Rosas. ¡Qué mucho, si los malos se dan la mano i se protejen! Pues esos mismos emigrados cometen cuando pueden en sus paises los mismos crímenes, echando sin vengüenza a la estampa sus vicios sociales, i celebrando a los escritores que eso hacen hasta elevarlos a la categoría de clásicos! ¿No han hecho eso los españoles con su Larra i los franceses con una caterva de escritores parricidas? ¿No han elevado estátuas a Voltaire, a Cervantes i a otros maldicientes de este jaez? ¿I los ingleses no se llenan la boca con los nombres del dean Swift i del cura Sterne, dos sacerdotes protestantes tan deslenguados i sarcásticos contra las costumbres de su tiempo, como el benedictino Rabelais?

Pues esa perversidad era lo que echaba de ménos el ingles entre los virtuosos habitantes de la cueva, quienes, si como criaturas frájiles, tenian sus defectos, como buenos cristianos se los disimulaban i como buenos patriotas los callaban para no desacreditar su cueva ni a sus amos.

Viciado por la educacion el criterio de don Guillermo, i agriado su ánimo por la persecucion de que era víctima, no podian ser acertados los juicios que se formaba del pais que recorria; i haciendo abstraccion de ellos, para salvar nuestra responsabilidad, asi como de las cuestiones de tiempo i modo que pueden sucitarse sobre la duracion de su peregrinacion en la cueva i sobre su aprendisaje de las artes diabólicas, sigamos sus pasos hasta el punto donde lo encontramos al principio, i basta de digresiones.

XVI.

PRIMER CUADRO.

—*Grandes voces.* ¡No hai que salir! De aquí no nos moveremos! Estamos en paz! Aquí no hai riñas ni bulla! Afuera los brujos! Muera la policía!

—*Un jefe.* Si saldrán! No se permiten reuniones! Afuera, afuera!

Suenan los sablazos. Un gran grupo de hombres sin armas se echa sobre los sableadores, que retroceden.

—*Algunas voces de estranjeros.* ¡Por aquí, por aquí! Viva la autoridad! Favor a la lei! Rodeadlos, tomadlos presos. . . . !

Reforzados los brujos por los estranjeros, dispersan el gran grupo en fracciones que huyen, i aprehenden a varios hombres que amarran i conducen a la prision. Los auxiliadores quedan en el mismo sitio i dos jóvenes, al parecer estranjeros tambien, se acercan i les hablan en lengua estraña.

—*Varias voces.* Tienen razon esos pobres diablos. Estaban quietos i no daban motivo.

—*Uno de los jóvenes.* ¿Entónces, por qué ayudasteis a perseguirlos?

—*Una voz.* Porque es necesario apoyar a la autoridad.

—*El otro jóven.* ¿Aunque no tenga razon?

—*Otra voz.* Ciertamente.

—*Primer jóven.* Habria sido mejor no mezclarse. Nosotros debemos prescindir i mantener neutralidad en todos los asuntos del pais.

—*Otra voz.* Ménos cuando se altera el órden i se pone en peligro nuestro propiedad.

—*Segundo jóven.* Podemos defender nuestra propiedad, no hai duda; pera cuando se halle atacada. La lei i el gobierno nos protejen, i es preciso confiar en esa proteccion, antes de anticiparnos a su accion. Si con el pretesto de evitar un peligro, nos creemos autorizados para tomar parte en las cuestiones intestinas, podremos equivocarnos mui amenudo i nos espondremos a atacar a nuestra vez, el derecho de otros.

—*Otra voz.* No importa: lo que nos conviene es la estabilidad del que manda, sea quien fuere, i cualquiera que sea su conducta. Nosotros no debemos mezclarnos en las cuestiones intestinas para averiguar quien tiene razon o a qué lado está la justicia; pero sí debemos en todas circunstancias apoyar a la autoridad, reforzar el poder, aunque sea el de Lucifer, porque eso es lo que conviene a nuestros intereses.

—*Otra voz.* ¡*All right*! No discutamos al aire: vamos!

Los dos jóvenes se separaron i siguieron hasta entreverarse en los grupos de jente del pueblo que llenan una espaciosa calle, i que marchan cabizbajos en una misma direccion.

—*Un hombre.* ¡Buen dar, amigos, que no podamos divetirnos donde nos dé la regalada gana!

—*Otro.* Ni cuando ni como queramos, sino como quieren los brujos.

—*Un viejo.* Toda la vida ha sido lo mismo: no hai mas que aguantar. Para morir nacimos i para sufrir vivimos.

—*Una vieja.* Como los burros: en eso nos parecemos i en la paciencia. Bienaventurados los que lloran.

—*Un mozo.* Porque llorarán siempre.

—*La vieja.* Bienaventurados los que han hambre i sed de justicia porque ellos serán hartos.

—*El mozo.* Para allá me las guardes. Somos pocos todavia; cuando seamos hartos se nos quitará la sed.

—*El hombre.* No hai mas que ir al garito: allí sí que es permitido divertirse.

—*El otro.* I caer en el garlito! Qué se ha de hacer!

—*Uno de los jóvenes.* ¿Por què no les permiten divertirse a donde ustedes quieran?

—*El viejo.* Así está mandado, señor.

—*El jóven.* ¿Quién lo manda?

—*La vieja.* ¡Quién puede! Aquí manda no quien quiere, sino quien puede.

—*El otro jóven.* ¿Quién es el gobernador de esta ciudad?

—*Un hombre.* ¡Quien sabe! Yo no lo conozco ni sé quien es.

—*Varias voces.* Ni yo tampoco. Yo ménos.

—*La vieja.* Yo no conozco mas que a algunos de los brujos que cuidan del órden.

—*El mismo jóven.* ¿Pero sabrán ustedes porque les permiten ir al garito i no a otra taberna?

—*El mozo.* ¡Miren que gràcia! Porque si allí pierde uno la plata que le adelantan, tiene que quedar obligado a servir!

—*El mismo jóven.* ¿En qué?

—*La vieja.* ¡Pregunton es el futre!

—*El hombre.* En ir afuera a traer niños.

—*El otro.* I hombres que hacer imbunches.

—*El viejo.* Para aumentar los vasallos.

Una vocería interrumpe el diálogo: es orijinada por una riña que se traba entre varios grupos. Todo se conmueve: los niños silban, las mujeres chillan i los hombres gritan, se revuelven, se entreveran, se golpean. Ayes i blasfemias se perciben en medio de la grita. Algunos hombres ensangrentados huyen. El tumulto se aplaca poco a poco; pero la policía no aparece. Solo quedan hombres jadeantes i de miradas atroces. Algunos arreglan sus vestidos, otros rien a carcajadas, i no pocos hai sérios i tristes.

Los jóvenes que se habian visto envueltos en el torbellino reconocen que han sido despojados por manos diestras de los adminículos que guardaban sus faltriqueras. Pero continúan mezclados con los grupos i siguen la marcha, anudando su diálogo, o mas bien empezando otro, porque sus interlocutores han desaparecido.

—*Primer jóven.* ¿Por qué ha sido la riña?

—*Una mujer.* Porque un hombre quiso vengarse de otro.

—*El segundo jóven.* Contadnos eso.

—*Un hombre.* ¡Con cuanto lo manda!

—*Primer jóven.* Lo suplicamos: no ten-

driamos con que mandarlo. Nos han dejado los bolsillos pelados.

Una carcajada universal estalló al oir esta gracia.

—*Otro hombre,* ¡Chuparse el dedo no mas!

Otra risotada acompañada de rechifla casi hizo avergonzarse a los preguntones. Una mujer comprendió la situacion de los jóvenes i se interesó por ellos, esclamando:

—Yo les contaré, pero vamos andando. Todos se pusieron en marcha. A los lados de los jóvenes caminaban mujeres i niños que los miraban con curiosidad. A alguna distancia iban hombres silenciosos que los miraban de reojo.

—*La mujer.* No era nada, sino que un hombre habia jurado que otro se la habia de penar; lo encontró ahora, i le metió el beldu-que.

Los amigos salieron a la defensa i se formó el pleito.

—*El segundo jóven.* ¿Qué le habia hecho el otro?

---*La mujer.* Le habia levantado el testimonio de que era desertor, i por eso le habian pegado muchos palos i lo habian tenido preso hasta ahora.

---*El primer joven.* ¿I lo habian tomado preso por el falso testimonio?

---*La mujer.* No señor, aquí agarran jente para que sirva, i así lo habian tomado.

---*Otra mujer.* Pero como cualquiera puede libertarse, dando un tanto en plata, este iba a dar lo que le tocase, i entónces el otro, que es un testimoniero, lo acusó en falso.

---*El primer jóven.* ¿Por qué fuerzan asi a la jente?

---*Un hombre de atras.* Porque somos pobres, i para el pobre no hai mas que zanja i horca.

---*El mismo jóven.* Se reclama.....

---*Una voz.* ¡A quien!

---*Otra voz.* ¡Contra quien!

---*Muchas voces.* ¡Para el pobre no hai justicia!

---*Uno de los jóvenes al otro.* Silencio, mas cautela, porque aunque estos no conocen a la autoridad, sino que la aborrecen, nunca falta entre ellos algun traidor que la busca para denunciar estas conversaciones, pues saben que esos denuncios se pagan jenerosamente.

Estas palabras no fueron oidas mas que por el otro jóven. El silencio sucedió por algunos momentos. Un silbido trajo otros, una palabra lanzada al aire provocó otras, i sin embargo de que todos marchaban en paz, comenzaron a elevarse algunos terrones i piedrecitas que caian perpendicularmente sobre los jóvenes.

Así continuaron hasta que fueron desapareciendo casi todos por la puerta de una fonda dentro de la cual habia gran ruido i movimiento.

Los dos jóvenes que habian entrado tambien tranquilamente, sin hacer caso de las provocaciones, se instalaron en una mesa que estaba sola; pero los circunstantes no podian reconocer en ellos a los que les habian hecho compañía por la calle, pues eran enteramente distintos en fisonomía.

---*Uno de los jóvenes al otro.* ¿Observas a algunos de esos hombres que entran a aquel caramanchel i salen de allí contando dinero?

---*El otro jóven.* Si, he visto a varios. ¿Se dá acaso dinero en ese cubichete?

---Nó, se presta, con la condicion de devolverlo antes de salir de este sitio. El que recibe se pone a probar fortuna en el juego, i si pierde, tiene que pagar el préstamo con su persona.

---¿Como así?

---Quedando obligado a servir en todo lo que lo ocupen los Jénios, principalmente en perseguir i cazar mas hombres en el mundo para aumentar el número de los que aquí sufren.

---¿No acaban de quejársenos esos mismos porque no se les hace justicia? No deploran su situacion, mostrando su odio contra la opresion que sufren? ¿Cómo es entónces que lo olvidan todo por satisfacer un vicio, i venden su misma libertad?.....

--¿No comprendes que todas esas contradicciones i esas miserias son efecto puro de la ignorancia? Esos hombres no conocen el poder de los Jénios sino por el mal que les hace; i sin embargo olvidan ese mal, por dar rienda a su egoismo, i sirven lo mismo que aborrecen.

---¡La ignorancia!

--Sí: observa la verdad de lo que te he dicho ya. Aquellos monstruos que encantan i aprisionan a la libertad, no son sino una alegoría de la verdad. Esos monstruos existen en la sociedad, son la sociedad misma, porque en ella están la ignorancia, la mentira, el fanatismo i la ambicion: circulan en su sangre. Recuerda lo que has visto, observa

lo que ves. ¿No viste ya la ambicion entronizada, trabajando por sostener su imperio? No viste ya la mentira infiltrada en la prensa i en la sociedad? Vé ahora la ignorancia encarnada en el pueblo mismo : observa mas i la irás encontrando en todas partes entrelazada fuertemente, de un modo indisoluble, con la mentira i el fanatismo. ¿Comprendes ahora como es que esos monstruos no pueden ser combatidos ni vencidos con el hierro i el fuego? Comprendes que para vencerlos por la fuerza seria preciso decapitar a la sociedad entera?

---Sí, Lucero: tú me iluminas, pero abates mi espíritu con tan terribles verdades, que me dan a conocer que la libertad no puede salvarse de sus enemigos, que la libertad es imposible!....

—No, Guillermo: la libertad no es imposible! ¿Por qué desesperas? La libertad es la justicia misma i existe en la naturaleza del hombre. Es cierto que ella aborrece la violencia, porque su triunfo no es la fuerza; pero aunque lentamente, tarde o temprano se abre paso ayudada por la ilustracion que mata la ignorancia, alumbrada por la verdad que ahuyenta la mentira. Cuando la accion de estos ajentes es dirijida por el patriotismo, ese amor celestial, esa caridad fecunda que armoniza nuestro interes con el de todos i que enjendra la noble ambicion de enaltecer la patria que nos dió el ser, entónces no se hace esperar el triunfo de la justicia; de la justicia, que, inspirando seguridad a todos, derrama en la sociedad la confianza, la tranquilidad i el contento, que dan dignidad al hombre i brillo a las naciones. ¡Ese es el imperio de la libertad!

ORTIGA.

Un recuerdo de Chañarcillo.

Continuacion.

III.

Al percibir a su interlocutor José retrocedió como por instinto a vista de su horripilante i diabólica figura; pero así que le hubo mirado i oido su voz creyó ver en él a un antiguo conocido de su padre, cateador de oficio, trabajador envejecido en los minerales de Copiapó i célebre, además, por una especie de don de doble vista que las jentes le atribuian en materia de descubrimientos i hallazgos mineralójicos.

Sentóse junto al jóven i subyugándole con su penetrante mirada, dándosele por un antiguo amigo de su familia, hablándole por su nombre i mostrándose interesado en conocer las causas de su tristeza i contribuir a la mejora de su suerte, entraron en plática.

Peralta le recordó que su padre, uno de los primeros exploradores de Chañarcillo, habia hecho gran fortuna i que todos le cortejaron i emparentaron con él miéntras fué rico; pero que abusando de su ignorancia le engañaron i cuando le vieron pobre le negaron el saludo i le volvieron la espalda hasta dejarle morir en la miseria.

Díjole que sus dos hermanos, ámbos mayores que él, habian perecido tristemente, el primero por un tiro que reventó ántes de tiempo en la mina Santo-Domingo, i el segundo asfixiado repentinamente por el arsénico al entrar con dos compañeros suyos al laboreo de planes de la mina San-Blas.

Que él solo quedaba de toda su familia para cuidar a su anciana madre i que, deseando socorrerla i teniendo horror a los trabajos mineros, se habia contratado en un buque chileno para llevar a Liverpool un cargamento de metales; pero que, a su vuelta a Caldera, habíase encontrado con la nueva del fallecimiento de aquella, acaecido durante el viaje, i que vió su casa desierta i tuvo que ir al curato a recibirse de los pocos andrajos que quedaron despues de cubrir los gastos de su entierro. Que esta desgracia, agravando el doloroso recuerdo de las pasadas, le traia lacerado el corazon i que deseaba morir, porque sin afecciones ni recuerdos que le ligasen al mundo, solo i mísero como el náufrago que arroja la tempestad en medio del océano, nada encontraba que pudiera hacerle amar su triste vida.

—Te compadezco de veras, amigo José, esclamó entónces el viejo con voz suave i maligna sonrisa.

—Sí, ya lo veo, continuó el jóven, vos como muchos me creeis loco, ¿i quién sabe si realmente no lo soi?.... la locura no es mas que un sentimiento exajerado a expensas de los otros! Pero la educacion que he recibido, el recuerdo de nuestra pasada fortuna i el espectáculo de mi miseria actual, la pérdida de todos los mios, mi madre, mi pobre madre muerta en un lecho del hospital i enterrada de limosna cuando los explotadores de mi familia nadan en la opulencia: todas esas sensaciones, doblemente mas tristes aquí, en Chañarcillo, teatro de nuestra antigua prosperidad i testigo

ahora de mi presente infortunio, yo las devoro solitario, pero ellas me atormentan sin cesar i parece como que se reunen i combinan para destrozarme el alma.

—No te engañes, amigo, replicó el viejo con sorna: esos males no bastan para tu desgracia, porque todos son providenciales o fantásticos.

—¿Decis que mis sufrimientos son exajerados i que mis penas son mas aparentes que reales? ¡Ojalá tengais razon! Puede que la debilidad de mis nervios me haga ver al traves de un vidrio de aumento todo lo que influye sobre mi suerte i lastima mi corazon. Pero ¿qué quereis? En las enfermedades nerviosas, como en los sentimientos del alma, hai un secreto que hasta ahora la ciencia no ha podido esplicar. Yo mismo me hago reflexiones en contrario, pienso, medito i trato de mejorar mi situacion, pero imposible!

Ese mismo sentimiento de la nada de nuestras vanidades, del dolor i la alegria, de la opulencia i la miseria, ese mismo sentimiento me mortifica i me fuerza a odiar la vida convenciéndome de mi desgracia. La incertidumbre de mi porvenir, mi enfermedad, los pasos inútiles que he dado para establecerme en una ocupacion que me convenga, el egoismo i la ingratitud de los favorecidos por mi padre, ¡oh! todo esto agota mis fuerzas, me representa constantemente el dolor i me quita hasta la voluntad de pensar en la vuelta de las alegrías que soñaba cuando niño.

—Vive i volverás a disfrutarlas, repuso el anciano con voz grave i profética.

—No lo espero, dijo tristemente el jóven. Hai momentos en que, andando por estos cerros, el encuentro de un conocido de mi niñez, el recuerdo de mi padre, un lugar cualquiera que me represente su memoria, una roca, la cancha o las casas de la mina que lleva su nombre, ¡ai! todas estas cosas me distraen un instante, pero un momento despues torno a mis cavilaciones i no hai un ser, no hai una sola idea que baste a mitigar la tristeza insondable de mi corazon.

—Trabaja, amigo José, replicó el viejo, i el vacío de tu corazon se llenará. Mira, continuó en voz mas baja: si me escuchas, yo puedo procurarte una fortuna, i en este siglo la fortuna es la felicidad!

—¡Vana quimera! El trabajo corporal o de la intelijencia, i todo esfuerzo empleado para ganar dinero, me parecen estériles i sin objeto. Si la felicidad se encuentra en este mísero mundo, no puede ser sino en el reposo i la inercia absoluta. Como los hombres del Indostan, yo creo que *mas vale estar sentado que de pié, acostado que sentado, muerto que vivo.*

—I entónces ¿a qué viniste?

—He venido con el propósito de trabajar; pero llegado aquí, mil pensamientos me han atormentado i hecho cambiar de resolucion. Será debilidad de mi carácter, será lo que querais; pero yo no puedo sin un profundo despecho ver propiedades que debieran ser mias haciendo la riqueza de otros mientras yo yazgo en la indijencia o al ménos en la miseria.

Vos lo sabeis, la mina que lleva el nombre de *Manto de Peralta* pudiera haber hecho la fortuna de muchas familias i solo pertenece a una, cuando yo, heredero único de toda esa riqueza, por la prodigalidad de mi padre o mas bien por mi propia desgracia, me encuentro pobre, aislado i en la necesidad de trabajar como un perro apénas para matar el hambre.

Estos recuerdos i mi horror instintivo por las minas, que tan mal han tratado a mi familia, me han impedido hasta ahora concertarme en ninguna faena. Mis compañeros me han traido aquí para distraerme, i aun he bebido creyendo que los licores fuertes mitigarian mi dolor; pero, al contrario, lo han aumentado i parece como que mi corazon i mi cerebro estuvieran próximos a estallar por el ardor excesivo de mi sangre.

IV.

Fija en el jóven su mirada de águila, i pasado un momento de muda concentracion, el viejo prorrumpió:

—Conozco, amigo, por todo lo que te oigo, que pronto nos dejarás i volverás a hacerte marino. Yo lo sentiré por la amistad que siempre tuve con los tuyos, pero tal vez fuera de aquí serán menores tus aflicciones.

—Sí, es cierto que lejos de aquí yo no he sufrido estos dolorosos recuerdos. En el mar mi corazon se ensanchaba cuando el buque, desplegando al aire sus velas, vogaba sobre las ondas i el viento silbaba al traves de las cuerdas i los mástiles. Entónces yo me subia sobre cubierta a contemplar la magnificencia del océano que se presentaba a mi vista imponente, majestuoso, inmenso, i en medio de la tarde o de la noche tranquila i sombria pensaba en mi vuelta al patrio hogar,

soñaba con mi pobre madre i con el gusto que tendria cuando volviese a ver a su José, no niño i débil como estaba al dejarla, sino hombre i dueño de las economías que iba a poner en sus manos como el fruto primero de mi labor.

Ah! recuerdo que, ántes de separarnos, ella me contaba las aventuras de su juventud i me hablaba con orgullo de las prodigalidades de mi padre cuando principió a explotar su famoso Manto; de sus placeres i sus fiestas i del gusto que ámbos tenian en participar de su fortuna con todo el que llegaba a pedirles; i luego, por contraste, hablábame tambien de la ingratitud i del abandono de sus protejidos i de las privaciones i la miseria de sus últimos dias. Oh! con ella, yo no me cansaba de oir todas estas cosas i muchas otras; pero ahora ¿quién podrá volverme esas satisfacciones inocentes? No, ya no tornaré a la mar. ¿Para qué irme léjos de la tierra donde descansan los mios i donde yo quiero descansar a mi turno? ¿Para qué volver tampoco a una ocupacion de todo punto inútil i vana para mí?

—Tus palabras, repuso el anciano, prueban que has sido bueno con tus padres i que tienes una alma noble i un excelente corazon. Pero esto no basta, José. La vida accidentada del marino no puede convenir a un hijo de Copiapó, ni nos cuadra el mar a los hombres nacidos en los arenales o en las grietas de los cerros, a los que buscamos una fortuna grande i rápida en el cateo o en el golpe incesante de la barreta i del combo. Oye : lo que a tí te conviene es el oficio de tu padre, pero seguido en regla, por conveniencia i vocacion, no de otra suerte, porque a no ser así tendrias que arrepentirte mas tarde. Escucha, pues, el consejo de un viejo esperimentado : deja a un lado tus preocupaciones i hazte minero!

—¿Qué me decis? replicó José. Líbreme Dios de venir voluntariamente a sumirme en esos antros infernales, nada mas que por una miserable ganancia, i eso para tener tal vez el mismo triste fin que mis hermanos i mi padre! Nó : antes que vuestro consejo, yo sigo el del poeta que decia, hablando de las minas:

> «Deja ese oficio vil que inclina al suelo
> Ojos nacidos para ver el cielo.»

—Así es el mundo. esclamó con enfado el viejo cateador: todos desdeñamos lo que no hemos aprendido a conocer.

Mira, prosiguió con calma, para mí nada hai tan soberbio i grande como el trabajo del minero, ni hai tampoco dichas mas puras, ni fortunas mayores ni mas noblemente ganadas que las que se adquieren cavando las entrañas de los cerros. Todos los afanes que el hombre se toma para crear la riqueza material, tales, por ejemplo, como los de la agricultura, el comercio i la industria rural o fabril, no son ni con mucho tan bellos ni tan nobles como los trabajos del minero, que a nadie empobrece con sus ganancias i que descubre i depura los tesoros mas recónditos i estimados de la naturaleza para con ellos enriquecer a los pueblos.

—¿I por qué he de trabajar yo en provecho de otros? repuso Peralta despues de un momento de muda aquiesciencia. ¿Porqué he de abdicar mi libertad i mi albedrio para hollar la tierra como el topo i convertirme en una máquina que solo se mueve a impulsos del amo? Nó, yo no quiero ser minero, ni podria nunca someterme a la vida i costumbres de estas jentes.

Oyendo estas palabras el viejo minero sonrió con lástima.

—Tú hablas de una ganancia miserable, dijo, pero es porque ignoras que se trata de algo mas hermoso i mas grande. El topo huella la tierra por un instinto ciego; pero tú deberias saber que en los profundos abismos de la tierra i al reflejo de la luz del minero, el ojo del hombre se fortifica, sus facultades aumentan i que en el estudio de las vetas i las guias i de los cruceros i empalmes de unas i otras, puede encontrar no solamente riquezas inmensas sino tambien hasta el maravilloso impulso que hace al espíritu elevarse hasta los cielos. Aunque hijo de minero, yo veo que tú nada sabes hasta ahora de minas i voi a demostrártelo.

A estas palabras el viejo vino a sentarse al lado de José i comenzó por recordarle las fenomenales fortunas que un solo barretazo habia llegado a producir en Copiapó, i a explicarle lo que él llamaba *su secreto*, la naturaleza del cerro de Chañarcillo i de sus panizos pintadores, el rumbo de sus vetas i corridas principales i lo que era una *mina jefe* con sus frontones i sus piques, etc., etc., esforzándose por hacer comprender al neófito claramente toda esa jerigonza de términos mineros.

Hablóle en seguida de la prodijiosa riqueza de Ojancos, Cachiyuyo, Paipote, Pampa-larga i otros minerales, donde dijo haber trabajado desde su niñez i haber descubierto vetas nue-

vas i sacado de ellas fortunas inmensas. Le describió el célebre chiflon de la mina *Mercedes* i los frontones famosos de la *Descubridora*, uno solo de los cuales, «el caseron», asi como la labor de la «veta-Moreno», en la *Candelaria*, habia rendido a sus dueños millares de marcos i millones de millones de pesos.

Al oir la palabra *millones* el jóven lanzó un suspiro i al propio tiempo asomó en los lábios del anciano una sonrisa de satisfaccion.

Asi siguió éste su discurso i pasó en revista todas las minas entónces opulentas, tomando calor por grados hasta llegar al ditirambo de la epopeya. A su juicio los tesoros de Monte-Cristo no eran sombra de los que podian extraerse del cerro de Chañarcillo.

Siguiendo en sus hipérboles, el entusiasmo del viejo cateador subió a tal punto que su frente se iluminó i su mirada llegó a hacerse diáfana i resplandeciente. Su cuerpo, encorvado por los años i el trabajo, a la vez tambien que por el vicio, parecia fuerte i como rejuvenecido. En su lenguaje semi-bárbaro él recorria las interioridades de los ántros mineros como las bellas avenidas de un jardin encantado. Con su ardorosa palabra i bajo la influencia de su conviccion profunda, parecia como que las piedras se animaban. El cuarzo, la almandina i las diversas cristalizaciones de la materia brillaban a su voz con un esplendor admirable. Los fósiles se movian: el polibasita, el cobalto, el rosicler i todas las preciosidades de la química mineral descubríanse ante su vista como otras tantas antorchas luminosas que guian en su trabajo al barretero.

El jóven, que al principio le escuchaba indiferente, asi que le oyó hablar de las maravillas subterráneas como jamás se las habia sospechado hasta entónces, comenzó a interesarse en la conversacion. Sus padecimientos, mas imajinarios que reales, empezaron como a borrarse de su memoria, olvidó sus penas, sus dudas se disiparon para abrir campo a la esperanza, i de repente se sintió fortalecido i como transformado en su cuerpo i en su espíritu. Los instintos de una grande ambicion, de una sed inmensa de riqueza, despertáronse en su alma i todo su ser se conmovió. Poco a poco sintió oprimírsele el pecho: parecióle que estaba ya trabajando en aquellas profundidades i que el aliciente de una gran fortuna le retenia en ellas, con un encanto superior a todo, con un aliciente tal que le hacia olvidarse hasta de la luz i del aire.

Por la presteza con que se disipaban sus tétricos pensamientos hubiérase dicho que el viejo minero, con su entusiasta explicacion i como por efecto de un poder sobrenatural, habia abierto al jóven neófito un mundo desconocido hasta entónces para él, i que todos los prestijios de ese mundo le hubieran sido como revelados desde su cuna por la ocupacion de su familia i la suerte misma de su padre. El hecho es que, cediendo a una influencia no sabemos si divina o diabólica, Peralta entró en su verdadera situacion i vió que debia seguir el consejo del cateador porque las alegrias de la existencia no le interesaban; que hasta entónces no habia podido fijarse en ningun pensamiento sério i que, sin embargo, una grande ambicion de fortuna, dudas eternas, deseos vagos i esperanzas quiméricas cruzaban por su mente sin encontrar jamas cumplida satisfaccion.

Sentia siempre, es verdad, un secreto horror a la idea de hacerse minero, pero ella halagaba por otro lado sus instintos hereditarios, satisfacia las espectativas de su niñez, en que no habia oido hablar sino de minas, i lo salvaba, sobretodo, del precipicio a que su negra melancolía tendria que conducirlo. Por eso, sin duda, complacíase interiormente en los prodijios que su diabólico interlocutor le contaba de las riquezas minerales; pero cuando quiso pedirle que continuara sus explicaciones i le cumpliera su promesa de revelarle el secreto de la fortuna, ya el viejo cateador habia desaparecido. Miró a todas partes, pero en vano, porque no quedaba de él ni su rastro, ni su sombra.

Era pasada ya la media noche i la turba minera retirándose habia dejado el tambo desierto i silencioso. El alcohol habia triunfado de la fuerza de las cabezas i de los estómagos. Los mas parcos habíanse marchado en agradable compañía, otros tendidos cerca del tabladillo dormian a mas i mejor, muchos yacian exánimes tirados por el patio o en la puerta exterior de la chingana. Todos ellos habian jugado, peleado, gritado, bailado i acabado por caer bajo el peso del licor o de su alegria bacanal. Vogando a velas desplegadas en el mar de la fortuna, i soñando con el endiablado cateador, el jóven Peralta apénas reclinó la cabeza sobre el banco en que se hallaba i se durmió tambien.

M. González.

(Continuará).

Cartas sobre el Teatro Moderno.

CARTA CUARTA.

LUCRECIA BORGIA.

Sr. D. Justo Arteaga Alemparte.

Querido amigo:

No me detendré en recordar a Ud. las dos escenas que forman la segunda parte del acto segundo del drama. Bastará que nos hagamos cargo de que en la primera, representando el teatro la plaza de Ferrara donde se halla la mansion ducal i enfrente la casa de Genaro, Rustighello cuenta al duque Alfonso la manera como salió libre de palacio el envenenado Genaro. Añadiré que meditaba el duque como completar su venganza, cuando Mafio, llamando a la puerta de Jenaro, hace que éste se presente para comprometerlo a que lo acompañe a la cena a que ha sido invitado el primero para aquella noche en casa de la princesa Negroni. El duque, sabedor de lo que va a pasarse en aquella cena, tan luego como se impone de que Jenaro va a concurrir a ella, abandona sus proyectos de asesinato, i confía en que morirá aquella noche confundido entre las víctimas de su real consorte.

El acto tercero nos presenta la escena del banquete. Allí están todos los jóvenes que insultaron a Lucrecia Borjia en Venecia. La princesa Negroni i Gubetta se han encargado de aturdir a sus víctimas hasta hacerles apurar el licor que debe envenenarlos. Todo es allí bullicio, confusion, alegría, dicharachos, en fin, una bacanal completa. Tampoco se ha olvidado el medio mas apropósito para hacer que las damas en la ocasion abandonen la sala, precisamente en los momentos en que debe hacerse ver a la concurrencia que está envenenada; i Gubetta no tarda en proporcionar la escena del pleito i del desafío con Vitellozzo. Huyen las señoras, i los jóvenes, reconciliándose un instante despues, prosiguen la bacanal estrépitosa, entregados al mortífero licor, entre cantos i risotadas.

Pero esta bulliciosa escena es interrumpida por otro cantar, el del deprofundis que entona una comunidad de frailes debajo de las ventanas de la sala en que la orjía tiene lugar. Poco caso hacen los jóvenes al principio de un acontecimiento como aquel. Pero un poco mas tarde, el solemne deprofundis interrumpe el festivo cantar, i toda la comunidad de frailes entra en escena. No queda duda entónces a los jóvenes de que han caido en un lazo: i al tratar de preguntarse en dónde se hallan, Lucrecia Borjia aparece de repente, en el umbral de la puerta, vestida de negro, para anunciarles que están en su poder.

Inútil será que yo le recuerde a Ud. que, al anunciar a cada uno de aquellos convidados que se les ha llegado la última hora i que en la vecina estancia se encuentran preparados los cinco féretros que deben ocupar en pocos momentos mas, Jenaro se presenta a Lucrecia, reclamando el sesto ataud; porque él tambien ha sido envenenado junto con sus otros amigos i comensales.

La escena tercera entre Lucrecia i Jenaro, que es la escena final del drama, nos presenta a aquella mujer rogando a Jenaro porque apure sin pérdida de tiempo el resto del pomo que contiene el contraveneno que lo habia salvado en palacio. Pero Jenaro se resiste, i cuando oye de los labios de Lucrecia que no contiene aquel pomo una cantidad suficiente para salvar a todos sus compañeros, toma de la mesa un cuchillo, i anuncia a Lucrecia que va a matarla para vengar su muerte i la de todos sus amigos.

Inútiles son las súplicas de Lucrecia, Jenaro está resuelto. Lucrecia revela a Jenaro el nombre de su padre Juan Borjia, i esto mismo contribuye a enfurecerlo mas; porque se cree hijo de la duquesa de Gandia, a quien se supone que Lucrecia ha hecho desgraciada: tiene ademas que vengar en Lucrecia todos los infortunios de su madre. Pero los llantos de aquella a quien vá a quitar la vida, las tiernas súplicas de sus amorosos labios i la idea de matar a una mujer que se encuentra indefensa entre sus manos, están a punto de ablandar su corazon i de hacerlo desistir de sus proyectos, cuando oye el reclamo de Orsini, su compañero i su amigo, escucha una voz que le grita desde el cuarto inmediato: ¡Jenaro! ¡Yo muero!... ¡Véngame! i al oir aquella voz se lanza fuera de sí sobre Lucrecia Borjia i le dá de puñaladas. Entónces i solo entónces oye por primera vez el nombre de la que tanto habia deseado conocer; Lucrecia le dice: «Jenaro! yo soi tu madre!»

Hemos llegado por fin, amigo mio, al término del drama que estudiamos. Ha sido pronunciada ya la palabra fatal que habia de desatar el nudo de la accion. Yo soi la madre de Jenaro, ha dicho Lucrecia Borjia, i esta so-

la voz, pronunciada al terminarse la catástrofe, deja concluido el drama. ¿Por qué no se pronunció ántes? ¿Por qué Lucrecia la ha reservado para el último momento?

Yo no puedo dejar de copiar aquí lo que dice Saint Marc Jirardin sobre este particular. Mi crítica poco tendrá que añadir a la de este célebre literato. Vd. me permitirá que la oigamos antes de pasar adelante. Dice así:

«He seguido con ardiente curiosidad el desarrollo de este drama enérjico; yo no lloraba, no estaba conmovido, estaba asombrado i subyugado. Esos violentos sentimientos, esos multiplicados cuadros teatrales, esos esfuerzos dramáticos me tenian en suspenso. Yo no me sentia enternecido; pero me sentia sí bajo una presion potente e imperiosa de que yo no podia sacudirme.»

«Hablando así, sé que ántes expreso la emocion física que sentía, que la emocion moral que vamos ordinariamente a buscar al teatro. Pero este drama tiene de particular que en él se confunden sin cesar la emocion moral i la emocion física. Las ideas i los sentimientos no parecen movimientos del espíritu o del alma, tan violentos e impetuosos son: son movimientos de instinto; i las pasiones del corazon humano, parece que allí se han despojado de su moralidad, como de la última debilidad, para buscar, en una clase de brutalidad calculada, una nueva causa de fuerza i de grandeza. I como estoi persuadido de que la literatura dramática, solo tiene recursos en las emociones del alma humana, preguntábame al ver a ese drama avanzarse con atrevimiento hasta a frontera invisible, aunque cierta, en que la sensacion reemplaza al sentimiento, en donde la compasion se vuelve un sufrimiento, en donde la ilusion en fin toca casi a la realidad; preguntábame, decía, si esa pieza no seria la última obra dramática posible, i si el arte no habria agotado su fuerza en ese último i terrible parto.»

«Ya se echa de ver la clase de reproche que hago al drama de M. Victor Hugo. El autor ha querido representar el amor maternal; pero mientras que Voltaire ha tenido cuidado de dar a Mérope todas las virtudes que podian todavia ennoblecer la ternura maternal, V. Hugo en Lucrecia Borjia, ha colocado ese sentimiento en medio de todos los vicios, no para que estos fuesen purificados por esa única virtud o para que ellos la sofocasen, sino para que la sirviesen de contraste, persuadido de que brillaria aun mejor al traves de las sombras que la rodearan. Ha querido, como él mismo lo dice, poner la madre en el monstruo. ¿Qué ha sucedido con eso? En la Lucrecia Borjia el amor maternal es, no una pasion inspirada por la naturaleza, aprobada por la moral i que llega a ser la mas pura i la mas ardiente virtud de las mujeres, sino una pasion ciega i violenta que obra por arranque i por capricho.»

«Hai en la Lucrecia Borjia dos partes i como dos trozos ensamblados con mucha fuerza i habilidad. En la primera parte, vemos como la madre trata de salvar a su hijo; en la segunda como el hijo ha sido conducido a matar a su madre. La primera parte se parece a *Mérope*, i la segunda a *Semíramis*; porque V. Hugo, por decirlo así, ha combinado i concentrado en su drama el interes de las dos trajedias de Voltaire. Sigamos en las dos fases del drama el desarrollo del carácter de Lucrecia Borjia.»

Conviene que recuerde a V. el momento en que Lucrecia se ve obligada a servir ella misma el veneno a Jenaro. Prosigue nuestro autor: «El espectador que no sabe que ella tiene el recurso del contraveneno, se asombra de ver como consiente una madre en envenenar a su hijo. ¿Sabe ella si podrá darle a tiempo el contraveneno? ¿sabe si don Alfonso la dejará sola con Jenaro? i sobre todo ¿por qué ceñirse a esos peligrosos espedientes, cuando ella puede con una palabra salvar a Jenaro? Alfonso cree que Jenaro es el amante de Lucrecia, i hé ahí porque desea su muerte. Diga Lucrecia que es su hijo, i los celos del duque estarán aplacados i Jenaro se habrá salvado. Pero ese hijo es el fruto de un incesto. Despues de los reproches que Alfonso hace a Lucrecia, yo no veo a lo que se esponga confesando esa falta; nada tiene que perder en la estimacion de su esposo i tiene que ganar la vida de su hijo. ¿Qué es, pues, lo que la detiene? Su hijo va a perecer por el acero o por el veneno i ella lo sabe! ¿Es por temor? ella es Lucrecia Borjia.»

«Por otra parte ella ha suplicado; ha lisonjeado, ha sido insinuante i nada ha podido obtener; ha amenazado, se ha acordado del bello movimiento de Clitemnestra que, en el Orestes de Voltaire, defiende a su hijo contra Ejisto, aunque ese hijo haya venido a Argos para inmolar a su madre; le ha recordado a su *cuarto marido* que no la coloque en una estremi-

dad. Tanto saca de sus amenazas como de sus súplicas. ¿Qué le queda, pues, para salvar a su hijo sino el grito lamentable de Mérope?

Sí, si Lucrecia dice esa solemne palabra, Jenaro se ha salvado; pero tambien se ha acabado la pieza: porque esa solemne palabra debe hacer el desenlace: es esa palabra suprema durante todo el drama la que el autor reserva para la última como la palabra que esplica i consuma todo. Una vez pronunciada, la pieza se detiene. Suspéndese, pues, en el momento terrible en que Lucrecia sirve ella misma el veneno i le presenta la copa, aunque yo dudo que la firmeza de una madre pueda jamas resistir a semejante prueba. Pero ¡cuidado con ello! porque para suspender semejante palabra, es preciso un gran motivo, es preciso otra causa que la necesidad del drama, es preciso que el espectador pueda creer que el personaje, no diciendo esa palabra que debe esplicarlo todo, tiene buenas razones para callarla. Decis que Lucrecia Borjia se confia en el contra-veneno, i que ella puede aun salvar a Jenaro, sin confesar que es su hijo. Está bien. Pero cuando Jenaro se resiste a beber el contra-veneno, podria Lucrecia sin esfuerzo alguno salvarle la vida pronunciándola, podria hacerle ver que no trata de envenenarlo diciéndole esto solamente: Tú eres mi hijo! Lucrecia ha podido callarse cuando la cuchilla estaba levantada sobre su hijo, cuando el veneno habia sido servido, cuando ella misma lo ofreció a Jenaro; ella ha podido callar entre todos esos peligros aunque cualquiera madre hubiera hablado; porque ella sabia que aun le quedaba medio de salvar a su hijo. Pero cuando ese medio le falta por la desconfianza de su hijo ¿cómo convencerlo i cómo salvarlo? Con una palabra: Tú eres mi hijo! ¿Porqué no la dice? qué puede detenerla? Tiene acaso otras palabras que mejor que esas puedan persuadir a Jenaro? Teme que despues de oir esa solemne palabra, Jenaro la insulte i la maldiga? Nó: los sentimientos del corazon humano conocen sus derechos, su dignidad. Lucrecia es madre, i con ese título sabe que debe ser respetada por su hijo. Que todos la injurien i la maldigan, que sea para todos envenenadora, adúltera, incestuosa, para su hijo es madre i si la ultraja se hace despreciable i criminal como ella.»

«Cuando oigo a Jenaro es clamar *¿Qué desgraciado por abandonado que del cielo sea quisiera tener semejante madre? ¡Ser el hijo de Lucrecia Borjia!* me horrorizo de esas blasfemias involuntarias i me pregunto con cierta especie de impaciencia; por qué esa desgraciada ultrajada, no se subleva en fin contra el ultraje; por qué no le grita a ese implacable vengador para castigarlo a su vez: ¡Tú eres mi hijo! Gritádselo, señora, yo os lo ruego, gritádselo para convencerlo de que no quereis envenenarlo; porque vuestro corazon maternal debe sublevarse contra esa desconfianza; gritádselo para cambiar sus injurias en sollozos i sus maldiciones en súplicas; porque vuestro orgullo maternal debe sublevarse tambien contra esa sacrílega cólera. Que llore, al fin, que llore por vos i por él. Cambiad en enternecimiento i en compasion ese terror que pesa sobre la escena; i como la compasion solo puede venir a los espectadores por la emocion de los personajes, haced que vuestro hijo os reconozca por vos i por él mismo: por vos que lo amais en medio de tantos remordimientos i con tanto amor; por él, el único hombre en el mundo que deba respetaros, pero a quien ese respeto se hace tanto mas sagrado cuanto es mas penoso. Por humillada que os tengan vuestros crímenes, no temais dar testimonio de la majestad del carácter maternal: esa majestad es sagrada, aun en vos.»

En mi quinta carta proseguiré el análisis del carácter de Lucrecia, que es el mas raro i estraordinario de todos los caractéres de las piezas de Victor Hugo.

HERMOJENES DE IRISARRI.

A Napoleon III

EN LA PAZ DE VILLAFRANCA.

Provoca Austria orgullosa a la pelea
Al águila de triunfos coronada;
I del tercer Napoleon la espada
Salvadora de Italia centellea.

Cual númen tutelar el héroe llama
Del tronco de su estirpe la memoria;
I el jénio de la guerra i de la gloria
Desde el Hotel de Inválidos le inflama.

Vuela con huestes raudo al suelo Hesperio,
Que con su jefe i su valor se engrien;
I de la tumba afables le sonrien
Los Capitanes del antiguo imperio.

I en cada marcha una victoria abruma

La enemiga lejion amedrentada;
I apénas seguir puede fatigada
Su batallar i su vencer la pluma.

Que el sol ni la mitad de su camino
En la bella estacion marcó en el Cielo,
I ya triunfó en Turbigo i Montebelo,
Maleñano, Magenta i Solferino.

De las falanjes el veloz torrente
Armaduras, i carros, i cañones,
Infantes, i jinetes, i bridones,
Todo lo arrastra en su raudal hirviente.

Pero ¡ah! designio mas grandioso ajita
La mente del caudillo previsora;
I al torrente en su furia asoladora,
«No mas, no mas devastacion,» le grita.

Con firme brazo su violencia estanca,
I noble a par de audaz i de esforzado,
Ofrece al enemigo atribulado
La oliva de la paz en Villafranca.

Basta de sangre : las marciales teas
Ya satisfecha la justicia apague,
Antes que el voraz fuego se propague
Por todas las comarcas europeas.

Repose el vencedor; que se desploma
Rendida ya la usurpacion jermana,
I la Italia renace soberana,
Bajo el sagrado príncipe de Roma.

No mas, no mas triunfar : cese la guerra,
Sin que, a favor de su espantable estruendo,
De la intestina lucha el monstruo horrendo
Se alce cruel a devastar la tierra.

¡Qué! ¿El gran monarca i sus guerreros fieles
Abrirán un abismo a la concordia,
I el huracan de la civil discordia
Marchitará en Italia sus laureles?

¡Jamás! Que al conquistarle independencia
No ha de entregar la Italia emancipada
A los caprichos de la turba airada
I a los horrores de brutal licencia,

Quien, del patrio furor llena la copa,
Contra la demagojia se armó un dia,
I a la garra feroz de la anarquía
Arrebató la acongojada Europa.

¡Suelo que en jénios i en valor fecundo
Brilla en la historia artística i guerrera!
¡Abrigo de la alegre primavera!
¡Dominio del placer! ¡Jardin del mundo!

¡Italia a par de bella desdichada!
¡Mísera esclava de estranjero odioso!
Sí: te arrancó a un monarca poderoso
Del Cesar triunfador la ardiente espada,

Para exhumar tu gloria i tus blasones,
Para dar bien andanza a tu belleza,
No para que su cínica fiereza
Ceben en tí rastreras ambiciones.

Borre eterno esplendor tu vilipendio:
Salva como la Francia fué salvada
Que cual por arte májica animada
Se alzó gloriosa del civil incendio.

Se alzó gloriosa i libre. La sagrada
Libertad, alto prez de la cultura,
No se deleita en bacanal impura,
Ni a la infame codicia sirve armada;

Ni hace de una nacion cáos inmenso;
Ni la destruye con poder infausto;
Ni acepta la injusticia en holocausto,
Ni el humo de la sangre por incienso.

La Libertad eleva, no embrutece:
La Libertad conserva, no destroza:
El soláz del palacio dá a la choza,
I bajo el órden i la paz florece.

Se alzó la Francia, si, libre i gloriosa
Del frenesí de libertad mentida;
I segura i feliz bajo la ejida
De su preclaro Emperador reposa.

¡Nunca ¡oh Emperador! tu estrella muera,
Que rompió, cual la estrella de los Magos,
Tinieblas de desórdenes i estragos,
I astro de redencion hoi reverbera!

¡Rayo que el cielo en su justicia envia
A castigar con fuerza misteriosa
Ya el desborde de plebe licenciosa,
Ya la opresion de osada tiranía!

¡Ministro de la gloria, que de inmundo
Fango de orjías torpes i sangrientas
Sacas la patria impávido i la sientas
En trono excelso a dirijir el mundo!

¡Iris, que en las postreras agonías
De la paz i del órden apareces,
I manantial de vida, resplandeces
Para las moribundas monarquías!

¡Jénio siempre inspirado i poderoso,
Ya alces del alma paz bajo el auspicio
Del patrio bien el sólido edificio,
Ya acaudilles tu ejército animoso!

¡Príncipe, ante quien calman i enmudecen
Inertes las pasiones destructoras,
I bajo cuyas leyes creadoras
Poder, riqueza i bienestar florecen!

¡De ardor, concierto raro i de prudencia!
¡Vástago ilustre de linaje augusto!
¡De la justicia antemural robusto!
¡Brazo de la Divina Providencia!

Te manda desde el Rimac voz amiga
Su sentimiento de adhesion profundo.
Para el progreso i la quietud del mundo,
¡Tercer Napoleon! ¡Dios te bendiga(1)!

F. PARDO.

Octubre de 1859.

(1) Al publicar los versos que acaban de leerse hemos atendido solo al nombre americano i justamente célebre de su autor, creyendo que las simpatías que arrastra el poeta suplirán las que han de faltar sin duda al objeto de su canto en el ánimo de muchos de nuestros lectores.

Ecos de la quincena.

Santiago, marzo 31 de 1860.

SUMARIO.—Necesidad de principiar por no decir nada. —Enfermedades i coqueterías de la estacion.—Partida postergada.—Las gracias que se dan, se pierden. —Fortaleza sin templanza.—Un pensador homeópata.—Novedades diplomáticas.—Defunciones notables —Novedad bibliográfica.—La maledicencia rimada. —Círculo literario.

Os confieso, benévolos lectores, que despues de quince dias de silencio experimento cierto embarazo para reanudar nuestra interrumpida conversacion; i tanto es él que me obliga, para principiar, a echar mano de un recurso supremo. Empiezo, pues, por hablaros del tiempo, tema obligado de las visitas en que no hai nada que decir i preludio favorito de aquellas en que hai que decir mucho i se quiere comenzar por no decir nada. Esto no significa sin embargo que el tiempo sea cosa de poco momento e incapaz de despertar interes: mui al contrario, el tiempo es un momento de la eternidad bastante largo, que ya cuenta algunos siglos, i ha sido clasificado por los *yankees* entre los metales preciosos; si bien parece que tal clasificacion no se ha adoptado todavia entre nosotros, atendida la prodigalidad con que lo derrochamos. Fuera de eso, es incuestionable la importancia del tiempo, que dulcifica los pesares, disipa las dudas i madura las esperanzas, procurando así consuelo a la desgracia, luz a la verdad, satisfacciones al espíritu. I finalmente, es tan universal su utilidad, que los que no saben qué hacerse del tiempo, hablan de él.

Hecho así el elojio del tiempo en jeneral, es sensible no poder hacerlo del tiempo particular que hoi alcanzamos. El otoño se ha mostrado hasta ahora adverso a los niños, diezmados por la membrana, a los periodistas, atacados de atrabilis, i a la política, torturada aun por los dolores del alumbramiento. Agregad a estos contrastes los fantásticos caprichos de la atmósfera, que en estos momentos podria habérselas con la coqueta mas refinada de nuestra poblacion femenina. En unos cuantos dias ha cambiado cien veces de aspecto, i alternativamente ha llorado, se ha entristecido, ha vuelto a alegrarse, se ha reido, ha sido sombría como el remordimiento, fria como el desden, lánguida como la melancolía, tibia como el amor de los casados, ardiente como el odio, sofocante como el abrazo de un Judas.

A la vista de esta versatilidad e indecision, las aves, prontas a partir, han detenido su vuelo i continuado gorjeando entre el amarillento ramaje; las hojas, descoloridas i próximas a caer, han seguido prendidas de los árboles esperando el viento que ha de arrebatarlas; i a ejemplo de las hojas i las aves, las muselinas i las gasas han prolongado su reinado i luchan todavia ventajosamente con la cachemira i el terciopelo. Empero, no reinan solas, i una gran parte de su poder expirante ha sido usurpado por el manto, verdugo de la forma, tirano de los colores, celoso enemigo de los talles esbeltos i amigo oficioso de los prendidos descuidados i de los tocados deshechos. Por lo demas, este desgraciado vestido, desgraciado a pesar del favor que le dispensa el bello sexo, está en consonancia con la situacion presente, que no tiene nada de gracioso. Empeñados todos en dar gracias, cada cual se despoja hoi de las suyas i las ofrece en pago de sus culpas al Supremo acreedor.

Entre los deudores mas puntuales, si no para con Dios, para con los hombres, ha descollado la *Revista Católica*, que debia una respuesta al *Ferrocarril* i se la ha pagado el sábado anterior con intereses, i mui subidos. Jeneralmente se teme que la *Revista*, para satisfacer esta obligacion, haya tenido que contraer fuertes empeños con la caridad evan-

jélica; mas ese temor no debe desvelar a la jente piadosa, porque la falta de templanza que se moteja al periódico católico está ampliamente compensada por el exceso de fortaleza que ha desplegado, i que no era de esperarse en esta época de ayunos i penitencia.

Tampoco era de esperarse el nuevo campeon que la iglesia católica se ha encontrado estos dias de buenas a primeras en la parte no-oficial del periódico oficial: el *Araucano*. Consagrado exclusivamente este periódico a rejistrar en sus columnas los documentos oficiales, carecia de mucho tiempo atras de la voz oficiosa de un redactor que echase su cuarto a espadas en las discusiones de la prensa. Ved aquí que ese redactor ha aparecido, que esa voz se ha dejado oir i que el *Arancano* ha venido a tomar asiento a la mesa redonda de la publicidad, animado de un espíritu católico de los mas alarmantes. Poseido de un ardor místico desenfrenado, el redactor incipiente del *Araucano* no se contenta con ser católico en relijion, sino que tambien quiere serlo en lejislacion, en ciencia, en arte; no se satisface con que el catolicismo sea una doctrina de moral pública e íntima, como él dice, o privada, como diria otro cualquiera, sino que tambien pretende que sea adoptado por sistema de política i de gobierno. Ya se echa de ver que el redactor del *Araucano* es pensador homeópata i se empeña en curar los males sociales por el sistema de los semejantes. No puede venir de otra causa esa tenacidad con que receta su panacea del principio católico a una sociedad que está enferma del principio autoritario i que no hallará la salud sino en la libertad absoluta de la conciencia, en la independencia i soberanía de la razon humana.—Despues de lo que acabo de deciros, habreis imajinado acaso, benévolos lectores, que el redactor del *Araucano* ha de haber comenzado por dar un ósculo de paz i un abrazo de fraternidad a la *Revista Católica* diciéndole:

Nosotros, ni mas ni ménos,
Nosotros somos los buenos.

Nada de eso ha sucedido i el viejo adajio se ha cumplido al pié de la letra: *No hai peor enemigo que el de tu oficio.*—Entretanto i antes de pasar a otra cosa, saludo a nombre de *La Semana* al *Araucano* convertido i le deseo toda especie de prosperidades en su piadosa carrera.

A estas novedades relijiosas, hai que agregar las novedades diplomáticas, en que abunda nuestra capital de algunos dias a esta parte. España nos ha enviado un encargado de negocios en la persona del señor Tavira, Bolivia otro ajente diplomático de igual clase con el señor Santivañez, el Papa un internuncio en el señor Eizaguirre, i la vecina república de Arauco tres robustos embajadores, cuyos nombres no he logrado retener en la memoria.

Aun hemos recibido otro huésped, que viene de parte de las Musas. La señorita Larumbe, cantarina mui aplaudida en Valparaiso, se ha hospedado recientemente entre nosotros i hará su estreno por la Pascua en el Teatro Municipal.

Mientras estos huéspedes llegaban, otros se iban para no volver, i Santiago ha tenido que llorar durante la quincena sensibles i numerosas pérdidas. Entre las mas irreparables es menester contar la muerte de la señora doña Cármen Velazco de Alcalde i la de don Francisco Ruiz Tagle: éste, vecino respetable de Santiago i antiguo funcionario de la república en el primero i glorioso período de su vida política; i aquella, una de esas mujeres privilejiadas que hacen suceder a la hermosura i las gracias de la juventud las gracias i la hermosura del corazon, i son así siempre jóvenes porque son siempre interesantes; que son admiradas de los felices, bendecidas de los desgraciados, i que al dejar la existencia no pueden arrepentirse de haber vivido.

La bibliografía ha apuntado por su parte una novedad. Los diarios de Santiago i Valparaiso han hablado de un opúsculo que acaba de ver la luz pública con el título de *Correcciones Lexigráficas* por don Valentin Gormaz. Como no ha llegado todavia a mis manos (el libro, no el autor), me veo forzado a esperar una ocasion posterior para daros cuenta de este opúsculo.

Finalmente, la maledicencia, que no es sin duda una novedad, se presenta ahora bajo una forma nueva. Rimada i manuscrita ha circulado por Santiago en estos últimos dias en una pieza de versos, que pone en boca de un candidato a la presidencia un monólogo denigrante i hasta cruel para varios hombres po-

líticos a quienes supone rivales suyos. Es de admirar la avidez con que estos versos han sido leidos, la dilijencia con que han sido copiados i la profusion con que se han esparcido.

Lleguemos al *Círculo de amigos de las letras*.

En la reunion que tuvo lugar el viérnes de la semana pasada, don René Moreno leyó un caloroso alegato en favor de los intereses intelectuales i literarios de Sud América, sembrado de juicios acertados e interesantes observaciones.

En la reunion de anoche, el señor Valderrama leyó la primera parte de un estudio sobre el reino vejetal. Al escuchar esta lectura no sabia a punto fijo si era un trabajo analítico o un poema lo que oia, tan amenudo se halla sofocada en ese estudio la voz de la observacion por el canto entusiasta del poeta.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Al señor Cronista del Mercurio.—La ausencia de la *Semana*, que Vd. tiene la amabilidad de echar ménos en su oficina, nace exclusivamente de falta de correspondencia por parte del *Mercurio*. La visita que le hizo la *Semana* con su número 35 no ha sido pagada hasta ahora por ese estimable diario, a quien, por otra parte, agradece i corresponde mui cumplidamente la amistad i simpatías con que la favorece, i se complace en asegurarle que jamas ha temido por su recato en sus relaciones can un caballero de tantos años i tan conocida circunspeccion.

Errata.

En el número 36 de *La Semana*. pájina 185, columna 1.ª, líneas 23 i 24,

DICE :

no le avisa mas tarde que su amo se encuentra en el banquete de la Negroni.

LÉASE :

no le avisa que su señor acaba de ser tomado preso por una partida de hombres armados.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL "JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Abril 7 de 1860. Núm. 10.

LA SEMANA.

SANTIAGO, ABRIL 7 DE 1860.

El diarismo

EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

V.

Nada refleja mejor que un diario la estructura material, intelectual i moral de una sociedad. En sus columnas se estudia un pais, sus necesidades, sus recursos, sus esperanzas, sus deseos, sus grandezas como sus miserias, sus convicciones como sus versatilidades, mejor que observando cada acto de su vida.

Por mas empeño que un diario ponga en oscurecer ciertas verdades, en aclarar ciertas perspectivas sombrias, en hacer ostentacion de confianza cuando la duda se aposenta en los corazones, de duda cuando la creencia se arraiga en las almas,—siempre se le escapará una palabra, hará una reticencia, se impondrá un silencio, que sobrarán para alumbrar la oscuridad mas profunda, dar a conocer el secreto mejor guardado.—Un diario, lo quiera o no, es impertinente, habla lo suyo i lo ajeno: ni tiene, ni guarda secreto.—Los diarios todo lo dicen para el que sabe leerlos.

De aquí que quien busque conocer la situacion de un pueblo en sus variadas manifestaciones, no tiene mas que recurrir a sus diarios. Por ménos clara que sea la fuente, encontrará algo que lo ilustre, lo guie i le haga adivinar, cuando no le diga, mas que un estudio largo i paciente.

¿Quién, leyendo el *Ferrocarril* o el *Mercurio*, no viene en cuenta de que Chile es un pais inclinado a lo práctico, a lo que se vé, se toca, se escudriña; que vive poco para lo que no ofrece una utilidad inmediata, pronta, asible; que razona mas que imajina, piensa mas que siente; que es realista hasta los últimos tejidos, callado, sério i laborioso, nada espansivo, ajeno al chisporroteo del entusiasmo superficial?

¿A qué lector se le escapa, hojeando el *Nacional* o la *Tribuna* de Buenos-Aires, que la nacion arjentina es ardiente, ruidosa, exhuberante en todo, vehemente i voltaria, poco práctica, amiga del movimiento por amor al movimiento, charladora, espiritual, aventurera, superficial i hasta mala cabeza; capaz de grandes bienes como de grandes estravíos, que no teme ni duda de nada i vé en la palabra imposible una sombra creada por las imajinaciones enfermas i tímidas?

El *Tiempo*, el *Porvenir* i ese sin fin de diarios de todos tamaños que cubren la Nueva-Granada ¿no muestran un pueblo de vida intelectual exhuberante, visionario, empapado en la teoría, adorador de la utópia, enamorado de todo lo nuevo, creyendo firmemente que la novedad i la bondad coexisten o, por lo ménos, debieran coexistir?—La Nueva-Granada, lo estan pregonando todas sus hojas liberales i retrógradas, moderadas i destempladas,—es la tierra de los soñadores.

El *Comercio* de Lima ¿no está diciendo dia tras dia de la sociedad peruana, mas de lo que pudiera descubrir el viajero mas observador e independiente? Quién se atreveria a decir tanto mal de ese pueblo como se encarga de propalar una sola columna de su primer diario?

El diario i la sociedad son siempre cómplices en cuanto dicen i hacen. Si un diario es licencioso, desbocado, indigno, es porque la sociedad se lo permite o por lo ménos se lo tolera.

Al entrar, como vámos a hacerlo, a juzgar a algunos de los órganos mas autorizados del diarismo americano, vamos en cierto modo a poner en trasparencia las tendencias dominantes en cada uno de los grupos en que se halla fraccionada la gran familia de Colon.

En todos esos diarios hai en el fondo una propia aspiracion, se persigue una idéntica esperanza, búscase el remedio a un mismo i

comun dolor; pero cada uno lo busca a su manera :

El chileno pensando;

El arjentino improvisando;

El neo-granadino soñando;

El peruano polemiqueando.

Por esto el diarismo chileno es, casi constantemente, moderado en su espresion, lento en su andar, digno en su porte. Pocas veces se desmanda. Es indispensable que la sobreexitacion que producen los odios, los resentimientos i las ceguedades de partido lo domine, para que se deje arrastrar a los bajos fondos de la personalidad i la diatriva. Cuando lo hace es con pena : se siente ahogado en esa atmósfera mal sana, pugna por salir de ella. Sobre todo, en estos últimos tiempos, ha arrojado pocas veces su túnica por sobre los molinos. Casi al momento de hacerlo se ha arrepentido, se ha avergonzado de su falta, ha buscado disculpa i ha concluido por pedir gracia de su estravío de un momento.—Tiene tino para juzgar, ojo certero para ver la cuestion en su verdadero terreno, para desprenderla de esos juegos de luz i sombra que son tan fáciles de estraviar al observador mas esperto.—Es sí un poco tímido. No se permite esas franquezas que tan bien sientan al diario. Dice mas de una verdad solo a medias : se guarda otras en el cajon mas secreto de su oficina. Sobrado atento con las preocupaciones, se mira mucho ántes de tratar ciertas cuestiones, i, cuando las aborda, es torturando su pensamiento.—Es reservado como un diplomático, poco entusiasta como un hombre positivo; calcula cada uno de sus tiros como un artillero; sabe siempre el efecto que va a producir.—Esto le quita toda espansion, embaraza sus movimientos i lo hace poco popular.—Nuestros diarios de importancia parecen destinados a ser leidos tan solo en el salon elegante i encontrarse fuera de su centro en el zaquizamí del pobre i entre sus manos callosas.

Aquí está el flaco del diarismo chileno.

Pero la culpa es mas de nuestra sociedad que suya.—El chileno, es intolerante por demas con la exajeracion, la burla, la befa, la corre. Basta para perder la mejor idea, el pensamiento mas útil, con señalarle sus ribetes de ensueño. El diarista, que lo sabe, vive siempre sobre aviso.—No hai en Chile un solo diario que se haya atrevido jamas a sostener de frente una utopia, algo de práctica difícil. ¡Ai! de él si lo hubiera hecho!

Con todo, preciso es confesar que esta misma falta de espansion que se permite el diarismo chileno, tiene, en medio de sus inconvenientes, mas de una ventaja. Ante todas cosas, lo obliga a estudiar la sociedad, a penetrarse bien de sus necesidades, de sus tendencias reinantes, de sus deseos mas ardientes, de las ideas i esperanzas que la dominan. Esto dá al diarismo confianza en sí mismo, una utilidad constante que hace grandes bienes a la sociedad; lo aparta de las cuestiones ociosas, de las divagaciones, de los tanteos, haciéndolo marchar casi perpetuamente en busca de un resultado.

Qué distinto no es en esto el diarismo chileno del arjentino i del neo-granadino.—Están en polos completamente opuestos.

El diarismo arjentino es turbulento como su nacion. Vive con el dia. Rara vez recuerda hoi lo que ha dicho ayer. Es franco como un mozo alegre. Nunca se guarda una sola verdad : le pesaría como un remordimiento.—El diarista arjentino escribe mientras tiene papel i fuerza. Solo la fatiga lo detiene. I escribe, sin fijarse ni en la forma ni en el fondo. Cuanto le viene a la punta de la pluma es bueno. Se presenta una cuestion, enristra con ella i es capaz de tratarla hasta que le sorprenda la muerte, sin que jamas le falten las palabras aunque las ideas se le hayan agotado. Con media idea hace un largo artículo. Con dos buenas ideas hace un *in folio*. Es irrespetuoso con todo, empezando por la lengua. Un diarista arjentino, puesto en el aprieto, encuentra en un dia cien espresiones de su propia invencion i mil jiros eminentemente suyos.—En jeneral los diarios arjentinos están escritos en una lengua especial, son una rebelion perpetua contra la gramática de la lengua castellana.

El diarismo arjentino tiene sobre el resto del diarismo américo-hispano, la superioridad de vivir siempre de actualidad: no busca las cuestiones, es buscado por ellas.

Esto depende de varias causas.

La nacion arjentina sometida por un largo trascurso de años al despotismo del caudillaje, ha arrastrado una vida sin actividad, sin labor, en que todo era embrionario. Mientras las demas sociedades de América pugnaban por constituirse, ella—o dormia el sueño de la opresion,—o meditaba en la oscuridad i el si-

lencio el zapar las cuatro paredes en que la barbarie la tenia comprimida. Así, ántes de entrar en el pleno uso de sus facultades ha tenido que romper dos yugos, que ganarse dos independencias:—la de la colonia i la del caudillaje.

Con la caida de Rosas ha empezado, pues, para la república arjentina una tarea nueva de rejeneracion i reorganizacion. Cuanta cuestion levantan esas dos necesidades de los pueblos están en ella a la órden del dia. Esto hace su vida activísima, llena de problemas en que se en vuelve todo un porvenir; problemas que absorben la atencion jeneral, que mantienen en efervescencia constante a su pueblo i, como es consiguiente, a sus diarios.

Las cuestiones de actualidad se agolpan, llueven, granizan, vienen en torrentes a la pluma del escritor. Llega esto a un punto tal que lo absorben completamente, no lo dejan levantar los ojos del va i viene de su vida interna. Esto esplica lo provincial, lo casero que es el diarismo arjentino, la estrechez de sus horizontes, su ninguna variedad.—El diario arjentino está entregado, en alma i cuerpo, a la política. Nada lo saca de esa esfera. Si alguna cuestion estraña a ese órden de hechos viene por casualidad a despertar su curiosidad, llama a su puerta, es casi imposible que no la obligue, ántes de darla franca entrada, a que se deje esplotar en favor de la política.

De esta manera la luz falta en mas de una cuestion de trascendencia que debia ser ventilada, para serlo bien, fuera de toda pasion, de todo cálculo, de toda mira ulterior o estraña. Esta manía es achaque comun al diarismo hispano-americano, con la sola diferencia que en el arjentino no tiene contrapeso ni freno.

Pero cuenta ese diarismo una cualidad inestimable i en la que corre parejas con el chileno; cualidad que apenas se comprende en diarios inspirados por hombres que imajinan mas que piensan, que escriben soplando constantemente en su cerebro la improvisacion con todos sus desarreglos, sus ardores, sus desvíos i sus torbellinos.—Esta cualidad es el sentido práctico, el divorcio eterno con la utopia i su fraseolójica teoría.

El diarista arjentino, como el diarista chileno, no inventa sistemas, no anda a la pesca de la novedad, de lo que sorprende, de lo que ofusca; no trabaja por decir lo que nadie ha dicho, sino al contrario, por decir lo que todos dicen: tiene puesto el oido a la charla social.—El diarismo arjentino, en todos sus matices, es liberal; pero sin temeridad, sin hipérbole, sin perder nunca de vista el mundo real;—no sueña.

Aquí está el débil del diarismo neo-granadino:—es el utopista de Sud-América.—Ese diarismo no se va a inspirar en la sociedad, no la estudia ni se acuerda de ella para nada; se inspira en los libros, vive de la vida del libro, busca como él la compostura, se permite como él echar a volar teorías tras teorías sin curarse de su realizacion. – No hai un solo manufacturero de artificiales organizaciones de la sociedad, que no haya hallado eco, amparo i coronas en el diarismo neo-granadino. Este diarismo ha hecho en materia de utopias lo que los alemanes en manufacturas—aclimatar en su suelo cuanto inventa en ese órden el mundo.—La guerra a la propiedad, el derecho al trabajo, la ruina de la competencia, la muerte del interes i, con él, la del capital, la supresion de las aduanas i de toda contribucion indirecta han encontrado en el diarismo neo-granadino apóstoles llenos de temerario valor.

Con seriedad imperturbable ha alzado su voz ese diarismo para dolerse de la tiranía del capitalista, de la suerte urjida del proletario. ¿Dónde lo ha hecho? Nada ménos que en medio de una naturaleza pródiga en sus dones, en medio de una sociedad casi embrionaria, que desconoce esa vida comercial e industrial rápida, complicada, exhuberante, que tiene necesidad para alimentar su movimiento de esas máquinas portentosas que centuplicando la produccion i limitando la demanda de brazos enjendran recesos de trabajo que ponen temporalmente a las puertas de la miseria a toda una poblacion de obrera.—Cuando el diarismo neo-granadino se compromete en estos delirios, en estas quejas, en estas lamentaciones, se nos figura uno de esos mocitos barbilampiños que apenas dejadas las aulas i sin haber divisado ni aun el perfil de la existencia, hablan de desengaños, se sienten hastiados, lloran perdidas ilusiones e infieles queridas.

Sin embargo, apesar de sus temeridades, de su vida mas especulativa que práctica, de su respeto a las ilusiones ese diarismo es fecundo en verdades, ha desmoronado no pocas preocupaciones, ultimado no pocos vicios i hécholse oir i respetar con bien de su nacion.—Si no es tan práctico como el diarismo chileno i el

arjentino, es mas franco que el primero, mas libre en sus movimientos, mas ámplio en sus miras, mas cosmopolita que el segundo. No hai una sola verdad que el diarismo chileno se guarda de decir, i el diarismo arjentino no dice, porque no se le ocurre o porque no le dá importancia, que el granadino no la diga con todo desenfado. Mientras el diarismo arjentino olvida mucho i el chileno respeta mucho, el neo-granadino nada respeta ni nada olvida, i ventila con igual independencia i soltura de pluma una tésis política como una relijiosa.

Por eso el dia que el diarismo neo-granadino sea ménos especulativo i mas observador, ménos utopista i mas realista, haga de las teorías, no una luz que estravie, sino una luz que dirija, hará grandes bienes a su nacion i a la América.

Bien pocos puntos de semejanza tiene con los anteriores, el diarismo peruano. Este diarismo no es teórico ni es práctico, no es realista ni es utopista, ni busca la verdad ni busca el error, o, mejor dicho, nada busca en el campo social fuera de la personalidad.—El diarismo peruano es el diarismo personal i polémico por excelencia. Para él no hai principios, hai hombres, i nada mas. Así, los bienes que ha hecho a su sociedad son negativos.—El diario peruano es el pregonero obligado de la vida íntima de todo el mundo; es inspirado por la maledicencia i escrito con una pluma empapada en lodo. Es desenfrenado mas allá de toda ponderacion. Pero este desenfreno no tiene sus épocas, no es intermitente, es constante, es su mal crónico. Haya paz o haya guerra, calma o ajitacion, ¡nal haya lo que le importa! no por eso muda de tono ni cambia de traje.—Arroja diariamente sobre la sociedad mil reputaciones en jirones, abofetea nombres honorables; no perdona ni sexo, ni edad, ni condicion. Vive i hace vivir del insulto, de la calumnia, de la diatriba, del enredo.—En Francia i otros estados europeos hai jentes que ganan su vida con el oficio de llorones, en el Perú las hai que viven cómoda i tranquilamente con el de insultadores públicos.

Para quien conoce al peruano que riñe i se inmuta por quítame allá estas pajas, que es mas puntilloso que un gascon, es incomprensible este desborde de la prensa, este imperio absoluto de la personalidad; i, mas que todo, la tolerancia, el apoyo que la sociedad le presta.

En el Perú no existe en realidad el diario, —solo existe el pasquin.

El que busque moderacion, decencia, calma, maneras siquiera, no las espere en el diario, solo en las revistas puede encontrarlas. Es ahí donde ha tenido que refujiarse la intelijencia.—Por eso si en el Perú hai muchos escritores, no hai un solo diarista, o todo el mundo es diarista cuando tiene que herir a mansalva, que llamar la atencion sobre alguna cuestion mezquina. Nadie va a pedirle a los diarios sus columnas si no es para defender individuales intereses, insultar a un mandatario, hacer sufrir a un vecino, ejercer, en fin, una venganza o dar un escándalo.

Esto esplica la falta de educacion política del pueblo peruano, el que su vida esté reducida en ese órden, a cubiletes, farsas i miserias. Esto esplica tambien, el dominio idolátrico que sobre él ejercen los nombres propios, que lo vienen arrastrando en esa série de versatilidades que agotan sus fuerzas i desperdician sus buenas cualidades.

Nada dá una idea mas acabada de esta situacion del todo escepcional del diarismo peruano, que el *Comercio*, su primer diario. El *Comercio* no tiene color político, es una empresa sin mas mira que la especulacion i que lucra como ninguna otra de Sud-América.—No hai un solo pueblo del Perú donde no penetre el *Comercio*, i no hai tampoco casi uno solo que no contribuya con su continjente de improperios. Sus columnas son un campo abierto a las venganzas, a los odios, a las mas bajas i personales desvergüenzas. Esa hoja no rechaza insercion en siendo bien pagada.—Su seccion mas importante para el público peruano i para su caja es la que lleva por rubro :—*Asuntos personales*. ¡Cuánta hiel i cuánta infamia, cuanto lodo i cuanto desenfreno no se amontonan en ocasiones infinitas en unos cuantos renglones de esa seccion!

Pero hai algo raro i triste :—es que esa seccion es la que hace la circulacion del *Comercio*. Si fuera espurgada, si no se diera en ella cabida a cuanto se le antoja vomitar a la pluma mas verdulera, ese diario moriría a pesar de sus años :—cuenta ya veinte i dos.

Como hoja noticiosa solo cede a los diarios de Chile.—Tiene en Europa varios corresponsales, uno de ellos escritor brillante, lozano i fogoso, que siempre mira la vida europea bajo el prisma de los intereses de la democracia i la

república. Suele errar de vez en cuando, al apreciar sobre todo la situacion de la Francia imperial; pero en jeneral, el buen sentido, la abundancia de observaciones i un acopio nutrido de datos reinan en sus crónicas, que son reproducidas por casi todos los diarios sud-americanos. Estudios literarios acompañan con frecuencia a sus cartas económicas i políticas. En ellos revela el corresponsal del *Comercio* una crítica sana, justa, levantada en sus tendencias.

En estos últimos tiempos ha comenzado a traer el *Comercio* algunos editoriales i una crónica de la capital. Ambas secciones están redactadas con moderacion. Pero, apesar de todo, el mercantilismo domina en la hoja peruana. Le faltan altas miras, una tendencia fija i constante. Si las adquiere podrá prestar importantes servicios a su pais.

Tal es el primer representante del diarismo peruano.—Los otros periódicos cotidianos no merecen una mencion especial,—son flor i nata de personalidad i desenfreno.

La Nueva-Granada no cuenta con ningun representante notable de su diarismo. El *Tiempo* i el *Porvenir* que son las dos hojas que gozan de mas crédito i circulacion, son periódicos. El *Tiempo* se publica una vez por semana, el *Porvenir* dos.

La mayoría de los diarios i periódicos neogranadinos son de cortas dimensiones. Esto hace su lado noticioso deficiente, minora su interes, que siempre es mas local que jeneral.

El *Tiempo* es político i literario. El *Porvenir* es ante todo político. Aunque representantes de partidos distintos, ambos son republicanos democráticos. Su redaccion es templada i abunda en ideas elevadas i nobles. El *Tiempo*, sobre todo, ha estado siempre dirijido por los escritores mas notables con que cuenta la Nueva-Granada. Sin embargo, en ambos falta con mucha frecuencia el sentido práctico, abundan las teorias i suele asomar el ensueño i hasta el absurdo. Se ocupan mucho de su propio pais, poco del estranjero.

En esto se parecen bastante a los diarios arjentinos. Estos, apesar de sus dimensiones, —la *Reforma Pacífica*, es el diario de mayor tamaño de la América del Sur,—son tambien mui caseros, están absorbidos por su vida íntima i por la polémica.

El *Nacional*, la *Tribuna*, el *Comercio del Plata*, la *Reforma Pacífica*, los mas importantes, se hallan monopolizados por la política militante. Casi nunca se ventila en sus columnas cuestion alguna literaria, económica o social: todo es política. Pero no esa política alta en sus miras i propósitos, sino esa otra pequeña, ciega, raquítica, que se alimenta de recriminaciones, de personalidades, que nunca levanta la vista de los sucesos del momento, del choque de los intereses encontrados de los partidos.—Así la vida de estos diarios es casi estéril para las grandes ideas. Traen en todas ocasiones muchos artículos de fondo: pero con poco fondo. Todo esto dá a esos diarios cierta monotonía, cierta aridez que nada es parte para endulzar.

La *Tribuna*, que es la hoja cotidiana que mas se ocupa de noticias estranjeras, que cuenta en Europa con varios corresponsales, no presta a esa seccion sino una importancia mediocre.—Cuanto se relaciona con el movimiento político i social de los estraños, está en sus columnas un si es no es perdido, arrinconado, siempre en segundo término.

Haya órden o desórden, estabilidad o anarquía, progreso o atraso en los otros paises sud-americanos, ninguno de esos órganos autorizados de la prensa arjentina se acordará de decir una palabra, de dar un consejo, de esponer una idea, de manifestar siquiera una estéril simpatía.—Nunca pasan de indicaciones sumarias.

Aquí está la superioridad incontestable de los diarios chilenos. Estos, sin olvido ni descortesia para con la vida propia, dan un amplio lugar a la ajena.

El *Ferrocarril*, el *Mercurio*, el *Comercio* ocupan una parte considerable de sus columnas con correspondencias estranjeras, con artículos notables de la prensa francesa, inglesa, española i americana. Su redaccion no está completamente entregada, como acontece en los diarios arjentinos, a la política militante ni doméstica. Todo grande interes encuentra cabida en esas hojas cotidianas, es ventilado por ellas, i no bajo un punto de vista estrecho, restrinjido, sino bajo un punto de vista amplio, jeneral, americano.

Esto comunica a los diarios chilenos mas variedad, mas interes i utilidad que a cualesquiera de los otros de la América del Sur: son americanos, son europeos, son cosmopolitas, sin dejar por eso de ser chilenos.

El *Ferrocarril* es el diario con mas circulacion en el pais. Se publica en Santiago i es la hoja cotidiana mas barata de Hispano-Amé-

rica. Sus dimensiones son considerables. Su redaccion es poco política. No penetra en ese campo sino en las épocas de ajitacion, en las que siempre se ha puesto del lado de la paz. Sostiene la república democrática, que cree está representada, hasta donde es posible sin caer en la exajeracion, por la administracion actual. El *Ferrocarril* es ante todo gubernamental, i acaso estará con todo gobierno por el solo hecho de serlo. Lo que parece seguro es que jamas se dejará comprometer en las oposiciones sistemáticas. Buscando el fomento de los intereses de su pais en el comercio, en la industria, en la agricultura, en el acrecentamiento del crédito, en el mejoramiento de las vias de comunicacion, en la instruccion pública, juzga que sin paz i órden no puede obtenerse en estas esferas una marcha desembarazada, rápida i fecunda.

Pero el *Ferrocarril* es ante todo un diario noticioso. En esto no cede en nada al *Mercurio* que está perfectamente montado por este lado. El *Mercurio* tiene corresponsales en Paris, en Nueva-York, en California, en Panamá, en Lima i en todas nuestras provincias.

El *Mercurio* es tal vez el diario de Sud-América con mas circulacion en el esterior. Este diario ha prestado i presta importantes servicios al pais.—Sin embargo, sus marcadas tendencias a la especulacion, la absorcion que el presupuesto ejerce sobre sus opiniones, le hacen jugar en política un papel a veces poco simpático.

El *Mercurio* es frio, calculador como todo hombre que suma i resta demasiado. Es incapaz de un grande acto de valor. Está siempre atado, siempre indeciso, siempre en un va i viene en el que pierde de vez en cuando la cabeza. Se preocupa demasiado del viento que sopla, para permitirse dar suelta a todas sus velas. Aunque dirijido por españoles, no quemará jamas sus naves como Cortes i sus compañeros.

Esto ha hecho del *Mercurio* un diario sin fin ni objeto cierto, que ni pone ni quita rei, i que hace con frecuencia el papel rol de Quevedo en la cesta. Es un hombre que ha vivido demasiado, que ha presenciado muchos alumbramientos i muchas defunciones, que ha visto mas de una verdad vencida, muerta, olvidada, lo que le ha llevado a la pérdida de toda ilusion i enseñádole a contemplar la vida desnuda de todo ropaje poético i sin que el vidrio de mil facetas de la imajinacion venga a ofuscarlo. El *Mercurio* personifica, en fin, esa edad en que no hai ni pasiones que pierdan, ni vicios que avasallen, ni amores ardientes, ni odios pertinaces, ni admiraciones estrepitosas, ni censuras severas; en que se lleva la tolerancia hasta la indiferencia i la meditacion hasta la frialdad.

El *Ferrocarril*, al contrario, es mas espansivo sin serlo tampoco mucho, es mas independiente del abonado, no es especulador.—Pero en jeneral ambos están atacados de ese achaque crónico en nuestro diarismo,—la reserva!

Se caen a los piés las alas del alma cuando se advierte en esos diarios, intelijencias comprimidas, casi amordazadas; escritores que a cada momento tienen que detener su pluma, que pasar una raya de condenacion sobre mas de un arranque espontáneo. ¡Qué de cuestiones de alta trascendencia no hemos visto apénas orilladas por los diarios chilenos, i orilladas con mano temblorosa, leyendo i releyendo, pensando, meditando, masticando cada renglon, echando un velo pudoroso sobre cada media verdad que se insinuaba; pidiendo permiso para decir:-no!—La sociedad asi lo quiere; i los diarios presentan humildes el pié para que se les remache ese pesado grillete que se llama respeto a las preocupaciones.

El *Comercio*, que es otra de las hojas de importancia con que cuenta el diarismo chileno, ha tenido la desgracia de venir al mundo de la publicidad, teniendo al poder por padrino. Esta es su fatalidad. Si hai algo que el poder no puede,—es dar popularidad a los hijos de la prensa que se encarga de tener en las fuentes bautismales.

Todos estos diarios se tocan en un punto, están avasallados por una preocupacion, por un defecto idéntico,--son adoradores reverentes i casi esclusivos de los intereses materiales. Si no creen, como uno de nuestros paradojistas mas temerarios, que vale mas para estos pueblos un fardo de jéneros que un cajon de libros, los colocan por lo ménos en la misma línea.

Estas impiedades, que tan a la moda están en este siglo de los ferrocarriles i los telégrafos, a nadie es mas prohibido que a un diario el sostenerlas i popularizarlas.

Un diario no debe servir a este o el otro interes, debe servirlos a todos. Comprometido en la senda de las preferencias, minora su alcance, limita su mision. ¿Qué seria, del mundo sin la intelijencia? qué del hombre sin la ciencia

que le enseña a esclavizar la materia, sin el arte que lo levanta a la concepcion de lo bello i lo grande, sin la inspiracion, esa chispa escapada del cerebro divino?

Si el desarrollo de los intereses materiales vale para el progreso humano, es porque duplicando, centuplicando las fuerzas del hombre lo independiza, lo emancipa de la materia. Elevar la materia sobre el espíritu, el trabajo que dá monedas sobre el que dá ideas, el tráfico de las mercaderías sobre la circulacion de las verdades, es no comprender las necesidades i aspiraciones de las sociedades, es romper la cadena de la armonía humana, sin la cual el progreso no es sino una negacion de cuanto ennoblece i dignifica al hombre. —La prensa sirve de complemento al vapor, el diario al ferrocarril, el libro a la mercadería.

Es indispensable que ambos progresos coexistan para que el mundo camine hácia la igualdad, esa meta suprema de sus labores, vijilias i meditaciones. —Todo lo demas es hacer del cuerpo social una monstruosidad, entregar a las pasiones desbordadas de la materia, es decir, al egoismo, los medios de ahogar en un apreton impío toda nocion de lo bueno, de lo verdadero i lo justo.

Dos entidades se combaten desde el principio de los siglos en el palenque de la humanidad :—la materia i el espíritu. Cuanta batalla se libra, cuanta sangre se derrama, cuantas llagas maceran el cuerpo social, cuantos antagonismos lo dividen, obran sus colisiones perpetuas, tienen ahí su punto de partida.—¿Entónces una de ellas está de mas?—No! ambas son condiciones de vida, de vigor, de actividad para la humanidad, que el hombre en su fatuidad ignorante, bajo el influjo de las tendencias inarmónicas del vicio i la especulacion, ha hecho contrarias i antipáticas.

En tanto que la paz no sea firmada entre el espíritu i la materia, la libertad, que es armonía, i el progreso, que es igualdad, serán para el hombre i la sociedad una aspiracion imposible.

Pero esa época llegará, no lo dudemos,—i vendrá en brazos de los mismos que procuran retardarla. Entónces verémos al lado del banco en que se vive para el oro, la cátedra en que se vive para el pensamiento, al lado del taller la escuela, al lado del monton de monedas, el cofre májico de la idea. Entónces sabremos construir ferro-carriles i levantar monumentos al arte i la poesía, hacer grandes máquinas i grandes libros, admirar los prodijios de la materia i adorar en los de la intelijencia. Entónces el progreso humano habrá dicho su palabra magnífica :—armonía! i el hombre la habrá convertido en un hecho diciendo :—libertad!

Es necesario que el diarismo chileno, comprenda estas verdades si quiere colocarse a la altura de su mision.—Nada de preferencias ni de supremacias que desvian a las sociedades del camino que la lójica les traza. Lo que no busca la igualdad, busca la lucha, la muerte, el caos :—La igualdad es armonía porque es justicia, es justicia porque es verdad, es verdad porque es libertad.

En fin, es necesario que el diarismo américo-hispano persiga siempre grandes ideas, que anime, que impregne, que inocule en todo i por todas partes ese espíritu que vive pensando i calculando, ideando i realizando cosas grandes; que haga que las intelijencias i los brazos, las cabezas i los corazones vivan a la par; que se haga superior a los lodos de la pasion, a los estravíos del ensueño, a las alianzas con el error.

Esto nos hace pedir :

A los diarios arjentinos mas ideas i ménos polémica;

A los neo-granadinos mas buen sentido;

A los peruanos mas moderacion;

A los chilenos ménos timidez.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Don Guillermo.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

XVII.

SEGUNDO CUADRO.

De noche ya, van entrando en una ciudad opaca i silenciosa un viejo i un jóven. El primero tiene narices para dar i prestar, i el segundo, aunque niño todavía, muestra unos ojos celestes tan poderosos i ardientes, como si fuera mujer. Sí, porque los hombres, aunque tengan ojos hermosos, jamas los tienen poderosos, como las mujeres.

Entran ambos a una casa que estaba iluminada i concurrida.

—Hai posada para dos viajeros? preguntó el viejo.

—Como nó, le respondieron, i para mas tambien: entren ustedes al salon, por aqui,

inter se les prepara un cuarto. ¿Con dos camas, no es esto? Porque ustedes no deben ser la pareja de macho i hembra que acaba de venir a buscar la policía.....

Estas palabras fueron dichas por el fondista adentro del gran salon, donde habia muchos parroquianos: todos levantaron la cabeza hácia la puerta por donde entraban los viajeros, i muchos se miraron entre sí, como de intelijencia mutua.

El niño que acompañaba al viejo, haciéndose mas indiscreto que el fondista, replicaba a este:—Pierda Vd. cuidado: tras de la misma pareja andamos nosotros, porque somos ajentes secretos, como muchos de estos señores que están aquí.

El fondista se descubrió i saludó a los recien venidos, cosa que no habia hecho ántes, porque no les habia adivinado la autoridad. Ellos por su parte tomaron asiento mui familiarmente al rededor de la mesa a donde estaban los demas velando un tazon, o mas bien abismados en la llama de un tazon de ponche.

—¡Loado sea Dios! dijo uno cuando se estinguió la llama.

—¡Cómo tarda eso en quemarse! dijo otro.

—Esto es siendo espíritu, agregó un tercero. ¡Cuanto tardaria el cuerpo de un hereje cuando se usaba la hoguera!

El viejo, como si hubiera tenido algo de hereje, esclamó conmovido: ¡Afortunadamente hoi no se quema a nadie!

—Quienes pierden con eso, replicó el niño, son los mirones. ¿Que mas le da al que muere que lo maten a fuego de leña o de fusil, a hierro de cuchillo o a soga? Todo es morir: la muerte es la que espanta, la que encanece todos los cabellos en una noche, no el instrumento.

Todos callaron, como aterrados por la locuacidad del niño, quien sin ser invitado se sirvió ponche i continuó: El hombre necesita matar a su semejante, porque solo la muerte sacia su orgullo: si hubiera un dolor mas supremo que la muerte, el poder del hombre no se saciaria con ella, i la muerte dejaria de ser pena capital, quedando al nivel de cualquiera otra de esas penas que no satisfacen. En otro tiempo la relijion servia de pretesto para quemar, porque no se hallaban bastantes delincuentes en el órden ordinario. Felipe II, ese corazon seco, que solo estaba apasionado de su autoridad, i que castigaba con la muerte cualquiera contradiccion a su poder, no teniendo rebeldes que ahorcar, fué a buscar en las hogueras de la inquisicion una satisfaccion a su orgullo: por eso la fomentó i por eso esclamaba que mas queria no tener ningun vasallo, que tenerlos herejes. Desacreditado aquel pretesto, la autoridad ocupó el lugar de la relijion: hoi no se usa de la hoguera para castigar la opinion relijiosa, pero se usan muchos jéneros de muerte para castigar las opiniones políticas. ¡I se dice que han mejorado las costumbres!

—A mí poco me importa que se empeoren, esclamó uno de los circunstantes escanciándose una buena parte de la ponchera. Todos imitaron su ejemplo, i otro, mirando el fondo de su vaso despues de haberlo apurado, agregó:

—¡Quisiera Dios mostrarme mi porvenir en el asiento de este vaso!

—Eso es lo que interesa, i no la mejora de las costumbres, dijeron varios con algazara.

—Por eso hacen ustedes bien en mirar el concho, agregó el viejo, porque el vaso suele decirlo todo cuando se llena i se vacia repetidas veces.

—En lo que hacen mal, observó el niño, es en pedir a Dios que muestre el porvenir: Dios no se ocupa en eso, ni tiene para que pensar en el porvenir de bribones como nosotros. ¿Quieren ustedes que yo evoque al Diablo para que nos cuente nuestro horóscopo?

—Sí, sí, repitieron todos; veamos como....

El niño trazó encima de la mesa, con una varita que sacó de su ropa, dos triángulos inversos, i dijo: esta es la cruz de Salomon. Despues hizó tres círculos concéntricos a la cruz, i puso sobre esta la ponchera. Vació una botella de ron; allegó la luz i revolvió con la varita, recitando entre dientes un conjuro. De repente surjió una hermosa llama de fondo azul i flancos amarillentos, que dió a todos los semblantes un color lívido i cadavérico: las luces de la sala se apagaron solas, i las sombras de los que rodeaban la mesa se retrataron tremulosas i jigantescas en las murallas.

Todos miraban de hito en hito la llama i con unas caras ávidas i desconcertadas. El viejo solo tenia un aire tranquilo i meditabundo.

En el centro de la llama comenzó a delinearse un objeto. Todos se apiñaron, devorando con los ojos la figura, hasta que apareció bien perceptible en el puro azul de la luz

una máscara roja, de cuya ancha boca salian siete lenguas, i cuyos costados estaban guarnecidos de multitud de orejas.

—¡Qué es eso! ¿Quien es ese? preguntaron varios precipitadamente.

—¡Todos! respondió el niño.

—No, nó, nó; ese no puede ser el porvenir de todos, gritaron muchos. Toda la vida no hemos de estar escuchando, chismeando i mintiendo; esta es una carrera como cualquiera otra. Nuestro horóscopo no es ese.

—Nó, es el presente, replicó el hechicero: cada cual verá su horóscopo en su vaso. Apronte cada uno el suyo, voi a servir para que bebamos.

—Empecemos por el principio, esclamó uno, el primero toca al mas anciano. Despues continuarémos a la redonda: vamos, número uno; i señaló al viejo.

Este alargó impasible su vaso. La máscara habia desaparecido, i la llama del tazon borbollaba formando jirones, círculos i tirabuzones, como impulsada por un fuego activo. El niño llenó el vaso que se le presentaba, cayendo el licor como si hubiera sido de rubíes derretidos, i coronando los bordes una tenue llamarada azul, que poco a poco fué condensándose i mostrando una figura.

Era un viejo de estatura elevada, pero inclinado hácia adelante. Parecia absorto con un pensamiento terrible. Sus lacias canas bajaban hasta confundirse con su blanca barba. Tenia un ancho sombrero, cargaba sobre su hombro una manta, i llevaba un largo bordon en la mano derecha.

Todos miraban con curiosidad, pero el asombro se pintó en los semblantes, cuando vieron que el viejo se trasformaba en un hermoso jóven, que dando la mano a una mujer radiante de belleza, se elevaba con ella hasta confundirse en una estrella vivísima que iluminó por un momento la estancia, dejando a los circunstantes deslumbrados.

—¿Qué es eso? preguntaron varios.

El niño respondió con una sonrisa, i el viejo dijo secamente que él comprendia su horóscopo, i no tenia para que revelarlo.

—¡Número dos! gritaron todos, i el que sentaba al costado del viejo alargó su vaso. La misma operacion se repitió, pero la llama dibujó otra figura, que no fué comprendida a primera vista, i que despues de examinada apareció ser una banda o faja bicolor enredada en un baston.

Hubo un silencio profundo. Todos miraban la figura i cavilaban, hasta que alguien dijo con énfasis: «¡Eso significa poder, autoridad, mando!»—I una carcajada universal estalló como eco de esas palabras.

—*Varios* ¡Hombre! Tú con poder! Tú mandatario! A los cincuenta años de vicios, de pereza i de misterios! Cómo puede ser cierto este horóscopo! Ja ja jaaa!

—*Número* 2. Vamos por partes, mis amigos : ¿acaso no estoi yo en carrera como ustedes? No puedo llegar a donde ustedes se proponen? ¿Qué mas tienen ustedes que yo? La mayor o menor edad, no importa; aunque han dado en creer que los jóvenes son mejores para el mando porque son mas enérjicos, cuando no son mas que atolondrados. Puesto en el caso yo, probaría que solo en mi edad se encuentra la verdadera enerjia, i demostraría que hai *siúticos* capaces de mucho!

—*Uno.* ¿Eso quién lo duda? Pero tú debes tener *pé* líquida, porque hai *siúticos* i *psiuticos*.....

—*Otro.* No toquemos esas cuestiones de nobleza!

—*Varios.* ¡Qué bestia! Qué tiene que ver con esto la nobleza?

—*Número* 2. Ahora no hai mas nobleza que la del vicio o el talento. La nobleza de pergamino está en derrota. Cualquier hombre como yo puede elevarse i hacer fortuna por el trabajo.

—*Todos.* Ja ja ja jaa! En qué trabajas tú! Ni tú! ni tú tampoco!

—*Uno.* ¡Ni nadie! Quién de nosotros sabe hacer nada? Quién quiere trabajar? Vamos claro : cuando se nos ofrece una mayordomía, la desechamos por el poco sueldo i mucho trabajo. No aprendemos oficio, porque es indigno de nosotros, aunque nuestros padres hayan sido zapateros. Ni queremos trabajar bajo la dependencia de otros, porque hemos nacido para patrones. Pero lo que hai de cierto en todo esto es que no sabemos hacer nada, que no queremos hacer nada, i que solo aspiramos a tener fortuna por medios cómodos, por caminos fáciles, sin trabajo, aunque sea a costa de la honradez i de la decencia.....

—*Varios.* Cierto! Es verdad! Bueno ha estado el sermon! Qué se repita! Número 2 tiene la palabra.

—*Número* 2. Entendámosnos : cuando yo he hablado de trabajo, es porque he tomado la palabra en su sentido mas lato. Todos tra-

bajamos : el que entre nosotros sobresale por su talento o educacion tiene la breva segura, es verdad, con solo alistarse entre los servidores de la buena causa, pero sin embargo no deja de tener que trabajar. El que no posee aquellas ventajas, como yo, debe trabajar el doble, primero para congraciarse con los que mandan, a fin de conseguir un destino, i despues para acreditarse de buen servidor. ¡Cuánto no tendré yo que hacer todavía para poner mi crédito a la altura en que debe estar el de un candidato al mando político de un pueblo! Yo trabajaré en ello, no hai duda, alcanzaré lo que otros muchos : por eso he dicho que un hombre como nosotros puede elevarse por el trabajo. Estas ajencias en que andamos, son un trabajo como cualquiera otro; ¡I para qué habriamos de tener este cargo, sino hubiéramos de subir! Valdria mas entónces seguir la carrera de la virtud, que aunque no conduce a los puestos públicos ni a la fortuna, nos llevaria siquiera al Cielo, aunque tarde. Si queremos lo positivo, lo mas pronto i bueno en este mundo pecador, es necesario sacarle el quilo al vicio, i para esto es necesario trabajar. ¿Me entienden ustedes? Me he esplicado? ¡Caballeros! El siútico deja de serlo, cuando mejora su traza, cuando cambia su tipo, que es puramente transitorio; i para esto es necesario trabajar, no en tareas manuales, que son pesadas i duras; ni en faenas serviles, que son indignas de nuestras aspiraciones; en algo mas grande i de pronto lucro!

—*Uno.* ¿Pero en qué, si no tenemos una profesion ni talentos, ni cabeza para nada?

—*Número* 2. ¡Vean qué bruto! ¿Qué no sabes que la maldad i el vicio han sido siempre necesarios al sosten de las grandes causas? Un jeneral en campaña necesita de los espias para triunfar; la inquisicion fomentaba i pagaba a los delatores; el despotismo necesita de muchos ajentes : esto sin contar el interes individual, que tambien echa mano mui a menudo de los servicios de un bribon. ¿Para qué necesitamos de profesiones ni de talentos? Yo tengo el talento de la maldad, i eso me basta.....

—*Muchos.* ¡Es claro! Es evidente! Tiene mucha razon! Has hablado como un libro! Vamos a otra cosa! Número 3, número 3!

Este puso su vaso. La llama de su líquido representó al instante un grupo informe, que poco a poco fué aclarándose i dibujando charreteras, espadas i trofeos militares.

Nueva algazara de risas, hurras i esclamaciones.

—Señores, pido la palabra, gritó uno : el niño nos embroma : no dudo yo de que un calavera sin oficio ni beneficio, tenga talento para distinguirse de algun modo, aunque sea un triste ajente de maldades, i que a fuerza de constancia llegue a ennoblecerse i a procurarse un destino que le eleve a la majistratura i a los honores: ese tunante de Número 2 puede llegar a ser gobernador de alguna ínsula, aunque no tenga otro talento que el del vicio, porque yo, como Sancho Panza, he visto ir mas de dos asnos a los gobiernos, i que llevasen a éste no seria cosa nueva. Pero que este otro salvaje pueda llegar a los honores militares, *nequaquam* : eso no me entra a mí, porque para ascender en la milicia, cuando no se tiene valor, se necesita siquiera no ser un tonto como Número 3.

—*Número* 3. Nadie es tonto para su negocio, amigo; i yo tengo para mí que el niño no nos engaña i que mi horóscopo puede ser cierto; pues aunque no soi militar, ni ganas tengo de serlo, no estoi léjos de llegar a ser coronel. Todo está no mas en que al diablo se le antoje, pues si yo me doi maña para meter bulla a tiempo, i para acreditarme de buen servidor, aunque no sea mas que de correveidile o de patrullero en épocas de bochinche, no está léjos que me emplumen i que salga cierto mi porvenir.

—*El niño.* Lo que está escrito, está escrito: yo no quito ni pongo rei. El diablo es quien les predice a ustedes la buena ventura: pero si no la creen, asunto concluido.

Todos.—No, no, siga usted, hasta ver el porvenir de todos.

El niño.—No es posible, la llama casi no arde ya, solo hai para tres, i acabemos.

Los tres números siguientes ponen sus vasos: la llama del cuarto representa una pluma negra, grande i gruesa; la del quinto, una soga, i la del sesto, otra pluma mas chica jaspeada de blanco i negro. Todos se paralizan sin comprender lo que ven. Un rato de silencio. . . . .

Uno.—Lo de la soga está claro: éste va a parar en verdugo o va a morir ahorcado.

Otro.—¡Sin duda! I bien lo merece. Pero que quiere decir esa pluma de Jote i esa otra de pavo? . . . .

Número 4.—Que seremos escritores con el tiempo i la voluntad de Dios.

Otro.—Solo así, obrando Dios un milagro pueden ustedes ser escritores.

Número 6.—¡Hombre, no seremos escritores de pluma de acero, ni de pluma bien cortada; pero por qué no lo hemos de ser de pluma de jote o de pavo? La cosa no es difícil. Yo por ejemplo me siento con vocacion para cronista o para corresponsal de un diario.....

Número 4.—I yo para historiador. . . . .

Número 6.—Ustedes son desconfiados i mas que todo intolerantes e ignorantes: si supieran que Rousseau empezó a escribir a los cuarenta años de edad, no estrañarian que nuestro porvenir sea el de escritores, porvenir que sin duda es el de mas fácil realizacion. ¿Qué se necesita para ser escritor? Nada mas que voluntad, porque el papel i plumas abundan, i las palabras sobran. ¿Qué mas hai que poner por escrito lo mismo que hablamos? Si yo fuera diarista, escribiria contra los abogados, contra los literatos i contra los que pretenden monopolizar las plumas que Dios ha dado a todos los pájaros de este mundo i que ha hecho del dominio comun, como el aire i la luz. Escribiria. . . . .

Número 5.—¡No sigas, hombre! Que habias de escribir tú, cuando no sabes ni ortografía, ni siquiera tienes buena letra! Para escribir, se necesita tener alguna educacion.

Número 4.—Tú estás chafado, porque te ha salido una soga en tu llama. No eres voto. Si te hubiera salido una pluma, comprenderías, como nosotros, que no se necesita saber escribir para ser corresponsal o cronista de un diario: así se principia la carrera, i uno comienza a hacerse espectable, vistiéndose al efecto de negro, andando con paso sério i con cara *feira* por la calle. ¿Qué educacion ni ortografía se necesita para alabar a la autoridad por angas o por mangas, para dar cuenta de las muertes repentinas, de los albañales o pantanos, de los ascensos civiles i militares, i de todas las demas porquerias, calumnias, mentiras i adulaciones al poder con que se llena la prensa diaria? ¡Al fin para ser historiador, como yo deseo, se necesita algo mas! Pero tambien se puede salir del paso con solo parlotear un poco, sobre todo si se escribe para el otro mundo, es decir para América. Cuando yo sea escritor, enseñaré a los americanos que «la principal mision del partido conservador de esos paises es la de restablecer en la civilizacion i en la sociabilidad el espíritu español para combatir el espíritu socialista de la civilizacion francesa;» no el espíritu español actual, porque la España tambien está fuera del buen camino, sino el de la España del tiempo de la colonia. Yo haré ver a aquellas pobres jentes que al meterse a improvisar repúblicas con las reminiscencias del contrato social i el ejemplo del réjimen anglo-americano, se han olvidado de una sola cosa, i es que para constituir *democracias* se necesitan *pueblos*! . . . .

El viejo.—¡Bravo! No tiene Ud. mas que escribir lo que dice i ya está realizado su horóscopo. Pero no olvide de decirles a los americanos que aunque sus pueblos no eran educados para la democracia, cuando establecieron sus repúblicas, eran sin embargo buenos, dóciles i bien intencionados; que con esto tenian bastante para principiar, porque siempre se ha de principiar por algo; i que si en los cuarenta años que llevan de vida política, no los hubieran corrompido i estraviado, pervirtiendo su espíritu, desmoralizándolos, i acostumbrándolos a ver en las formas republicanas una farsa i en el poder un negocio de granjería, ya estarian mui adelantados en la carrera pública, mui acostumbrados a su sistema republicano, porque no hai nada que eduque mejor i con mas prontitud al pueblo que la práctica leal i real de sus derechos. Para constituir democracias se necesitan pueblos, es verdad, pero mas que todo se necesita que los que las constituyen sean honrados i comprendan con amor la forma. Si los norte-americanos, en lugar de sus Washington i Jackson, hubieran tenido los mandones que han deshonrado a la América española, sus pueblos no habrian servido tampoco para la democracia ni para gobierno alguno.

Número 4.—¡Eso nó! Es Ud. un animal! No diré yo semejantes disparates, porque perderia mi carrera. Diré al contrario que los Americanos han hecho mui bien en corromperse, en pervertir i desacreditar la forma republicana, en llegar a ser ingobernables por su falta de fé, de patriotismo i de principios fijos, porque eso es lo que conviene para el triunfo de la reaccion del espíritu antiguo de la colonia: así seré premiado, laureado, encumbrado a los mas altos puestos. I tú, número 6, si llegas a realizar tu vocacion de cronista, no salgas de este tema, que así serás grande!

Número 6.—I alcanzaremos, hijo, a poseer la gloria mas brillante de estos tiempos, la gloria literaria! . . . .

—*Número* 2. ¡Error craso! no es la gloria literaria la mas brillante: es la del mando!

—*Número* 3. ¡Mentira insolente! Es la gloria militar! ¿Qué puede compararse a la aureola deslumbrante del guerrero?

—*Uno.* Eso es cuando es guerrero, cuando el militar tiene el talento de la destruccion i el valor de una fiera, pero no cuando es un cobarde i una bestia como tú!

—*Número* 3. ¡Qué engaño! Ese talento i ese valor se suplen, amigo mio, con un poco de maña: si encuentro a tiro a una tropa de enemigos indefensos, me los como, aunque sean mis hermanos; o si se presenta la ocasion de hacer una delacion, la hago aunque arda Troya. En uno i otro caso gano grados i honores, i no necesito talento para destruir, ni valor para pelear. Mas hace un tonto con un poco de trapacería a tiempo que un cuerdo con su talento. Sobre todo, hijos de mi alma, tengamos confianza i audacia que la fortuna ha de favorecernos a todos, pues que del pueblo salen i han salido siempre los grandes hombres!

—*El viejo.* Sí, pero cuando el pueblo es ignorante i sus hijos son corrompidos i egoistas, en lugar de dar grandes hombres, dá grandes malvados.....

La ponchera voló por la cabeza del viejo a estas últimas palabras, estinguiéndose la débil llama que aun le quedaba. La oscuridad fué profunda. Las blasfemias i gritos fueron aterrantes. Las puertas del salon estallaron súbitamente, i la policia se presentó intimando silencio.....

—*El niño.* Por aquí, Guillermo.....

—*El viejo.* Sálvame, Lucero.....

Ambos se escurrieron como sombras por la oscuridad, i dejaron a la policia i a sus ajentes secretos ocupados en un prolijo rejistro de la fonda.

ORTIGA.

Cartas sobre el Teatro Moderno.

CARTA QUINTA.

LUCRECIA BORGIA.

Sr. D. Justo Arteaga Alemparte.

Querido amigo:

Despues de haber oido a Saint-Marc Girardin a propósito de nuestra Lucrecia, me he preguntado si lo que él le critica seria solamente aquello de que podria acusársela.

Yo he seguido con la misma avidez de Saint-Marc Girardin el desarrollo de este espantable drama, i he probado las mismas impresiones que el crítico frances. Durante todo él me he sentido bajo el imperio del terror, jamas bajo la presion del enternecimiento. Hai en él todo lo que puede despertar el alma a las emociones de la sorpresa, del susto i del odio; pero no he encontrado una sola ocasion en que el autor haya conseguido arrancar una lágrima al corazon del espectador. ¿Por qué?

¿No ha pretendido, como Victor Hugo nos lo dice en su prólogo, pintarnos a la madre en su Lucrecia? ¿En qué consiste que el amor maternal, el mas puro, el mas sagrado, el mas tierno de todos los amores, el sentimiento mas delicado, el mas dramático sin duda de todos los que se conocen, el amor que Racine ha sublimado en la Clitemnestra de su Ifijenia, el sacrosanto sentimiento con que Scribe hace rendir a los piés de una plebeya los blasones del poderoso par de Inglaterra, cuando apenas el espectador puede distinguir, por entre el velo de las lágrimas con que está mirando el inmenso sacrificio de aquella madre, como el orgulloso Lord Melvil le abre por fin sus brazos, vencido i anonadado en aquella lucha sublime; en qué consiste, digo, que ahora podamos contemplarlo con ojo enjuto en todas las desgracias de Lucrecia, en todos sus sufrimientos, en todas sus agonias, en todos sus dolores? ¿Acaso Lucrecia Borjia no es la madre de Jenaro? ¿no vá a morir Jenaro envenenado por su propia madre? ¿no ha hecho la madre hasta lo imposible para salvarlo?

Precisamente es eso lo que a Lucrecia le falta para que en ella se revele el amor de madre digno de la escena dramática. Lucrecia es siempre mujer vengativa i cruel, Lucrecia siempre calcula hasta los minutos que puede tardar un veneno en producir el efecto deseado. Lucrecia todo lo mide como un jeómetra. Pesa i mide el contraveneno que lleva consigo, como tiene medidos los instantes en que debe producir su efecto el tósigo que toman sus enemigos en el banquete. Cuando la transporta algun sentimiento, es el de la venganza; si se abandona es para amenazar a su marido con la muerte, nunca a las dulces emociones del amor maternal, ni aun cuando se ve colocada en la mas dura de las pruebas. Sus arranques son los de una furia, jamas los de una madre. Por mas que diga Victor Hugo i

los que sostienen que en esta pieza se halla representado el amor maternal, el verdadero amor dramático digno de la escena, no es así. Lucrecia Borjia es falsa como madre, i en este carácter está falseada la madre hasta el momento de pronunciar la última palabra; i es falsa tambien esa misma última palabra al pronunciarse, si le buscamos consecuencia al carácter que Victor Hugo ha querido representarnos. Lucrecia no es verdadera ni como Lucrecia.

Me esplicaré. Pasemos que haya podido callarse la madre delante del inminente peligro de envenenar a su hijo por sus propias manos, cuando con una sola palabra podia salvarlo. Creamos que semejante amorosa madre pueda existir. Creamos tambien que despues de envenenado Jenaro cuando se resiste a beber el elixir que ha de darle la vida, todavia puede hallar una madre otras palabras que las de: Tú eres mi hijo! para obrar el convencimiento de sus puras intenciones en el alma de la víctima; cosa imposible, pero creámosla. Creamos tambien que puede callarse ante la última prueba.

Jenaro está con el cuchillo en la mano. Va una madre a morir por la mano de su hijo, asesinada por el ser que mas ha amado. por aquel a quien ama mas que a su vida, por la única criatura por quien desea ser virtuosa i borrar un pasado de horrores con un presente de honradez i de buenas acciones, i sin embargo, todavia Lucrecia calla la palabra salvadora, la que le dará la vida a entrambos. ¿Es esto posible? Creámoslo si queremos, aunque presenciemos el resultado de ese silencio: la muerte de la madre por la parricida mano del hijo; cosa imposible, pero creámosla, puesto que para esto se me dirá que no debo buscar en Lucrecia otra cosa que Lucrecia.

I esto quiere decir que Lucrecia Borjia no es mas que la madre que no quiere revelar a su hijo el secreto de su nacimiento; porque teme que en lugar de recibir amor de aquel hijo que idolatra solo reciba ménosprecios, horror i maldiciones. Tampoco, se añade, quiere dar a su hijo el acerbo pesar que le causaria saber que era hijo de una mujer tan criminal. Quiere que ignore el secreto que debe costarle lágrimas de dolor.

Si todo esto es cierto, Lucrecia debe recibir la muerte de manos de su hijo i callarse al sentir el golpe, como callaba cuando le dió el veneno, de la misma manera que guardaba silencio cuando no queria Jenaro beber del pomo salvador, del mismo modo que sellaba el labio, cuando en la última escena, en vez de revelarle el secreto por entero, lo estravia diciéndoselo a medias. Si Lucrecia ha querido durante todo el drama que su hijo no sepa que ella le ha dado el ser, porque no quiere hacerlo infeliz descubriéndole ese misterio, ¿cuál momento ha escojido para tan penosa revelacion? El instante en que acaba de ser herida por él, precisamente la ocasion en que mas doloroso i terrible debia serle el conocimiento de aquel secreto, cuando debia seguírsele inmediatamente el mas horrible de los remordimientos, el que debe sentir el parricida. ¿Hai consecuencia alguna en este carácter? No parece sino que Lucrecia habia salvado todas las ocasiones de amargar el alma de su hijo, para derramar en ella el espanto i la desolacion en la hora fatal en que a nada se le encuentra remedio, en la hora de la muerte. ¿Es esta la Lucrecia del poeta?

Nó, no es esa la que quiso pintarnos; pero, por desgracia, es ella la que salió de su pluma. De cualquier manera, pues, que consideremos el amor maternal en Lucrecia Borjia, es un amor que no existe ni puede existir en la naturaleza de la madre ni tampoco en el carácter de la mujer que quiso crear el autor; porque ese carácter es falso donde debia revelar toda su intensidad, toda su enerjía, toda su terrible novedad.

Ahora se comprenderá porque el público no se enternece en medio de los horrores de Lucrecia Borjia. ¿Qué estraño es que el espectador no sienta las emociones que aquellas situaciones manejadas de otra manera hubieran producido, si los personajes del drama no las sienten o no atinan a espresarlas, si Lucrecia no quiere ser madre como todas las madres, i deja de ser lo que quiso i pretendió representar?

Concluiré con la pieza de que me ocupo sin tocar por ahora a las cuestiones sociales que ella podria suscitar i de que hablaremos en otra oportunidad, i no incubaré sobre el mal efecto que hacen en esta pieza la desnudez de ciertos detalles, que revelan todo lo crudo de los caractéres que obran en ella. En mas de una ocasion encuentro frases indignas de la cultura del teatro frances moderno, i que pudieron ser sostituidas por otras no tan mal sonantes. Tampoco haré a Victor Hugo el reproche de ser demasiado desnudo en la rela-

cion de los crímenes de Lucrecia Borjia i de todos sus incestos, que bien pudieron relatarse de una manera que no diera asco a los espectadores; aunque el autor pretendiera hallar en esa manera cruda i desnuda el efecto que no encontró. Quiero pasar toda la jenealojía de Lucrecia, repetida hasta la saciedad, quizás porque en ella figura como tronco un papa, lo que, si no es mal intencionado, es de mal gusto i de peor efecto, escribiéndose para paises donde impera el catolicismo como la relijion del pueblo. Tampoco me detendré en criticar la injustificable escena del envenenamiento de Jenaro por Gubetta, i sus cómplices. Gubetta no pudo un solo momento consentir en ello sin contar con que iba inmediatamente a perder la cabeza. La razon que Gubetta dá en el primer acto para no velar sobre la conservacion de Jenaro, no es una razon, es un desvarío. Ningun personaje puede obrar por capricho en un drama. Si el capricho fuese una razon, cualquier disparate se justificaria con él.

Quiero por ahora abandonar, como digo a Ud., las cuestiones sociales que pudieran debatirse a propósito de este drama, porque ya tendremos ocasion de volver sobre ellas, i terminaré con la cuestion moral que envuelve el prólogo de Victor Hugo. No voi a hablar yo, es Saint-Marc Girardin quien se encarga de ello.

«El autor ha querido reparar la deformidad moral de Lucrecia Borjia por la belleza del sentimiento maternal; ha querido, segun su enérjica espresion, poner a la madre en el monstruo. Hagamos aquí una distincion. Admiro la ternura que tienen para sus hijos los animales mas feroces, i cuando la leona moribunda cubre a sus cachorros con su ensangrentado cuerpo, la admiro i me siento conmovido. Pero la mujer que es madre debe en su ternura por sus hijos, tener mas intelijencia i mas elevacion que la leona. El instinto no le basta, necesita el sentimiento, el sentimiento que no escluye el instinto, sino que lo perfecciona i lo depura. Así cuando en Florencia una madre se arrojaba desesperada delante del leon que habia cojido a su hijo, i el animal asombrado de aquella desesperacion o comprendiéndola, deponia el niño a sus piés, era el instinto el que habia impulsado a aquella madre, i era quizás tambien el instinto del leon el que respondia. Pero los buenos instintos, por bellas que sean las acciones que promuevan en determinados momentos, no son sino el jérmen i el principio de las virtudes humanas; i aun lo que distingue profundamente a los instintos de las virtudes verdaderamente humanas, es que son estériles aunque fuertes: un buen instinto coexiste con uno malo, sin inquietarse por cambiarlo o depurarlo, sin que el último tampoco lo alcance ni lo pervierta. Una sola virtud en una alma viciosa, puede enteramente convertirla al bien; así como un solo vicio en una alma virtuosa, puede tambien corromperla enteramente. Pero el instinto aun cuando es bueno, soporta sin inquietarse la vecindad del mal; i así es como en Lucrecia Borjia, la madre i el monstruo están colocados la una al lado del otro, sin tocarse i sin combatir, por decirlo así, el uno contra el otro. Ahora, pues, no hai nada ménos natural i ménos dramático que esa mutua tolerancia. Los personajes en quienes se mezcla el bien i el mal, no son dramáticos sino porque en su alma los sentimientos contrarios luchan uno contra otro a los ojos del espectador.

«Pero en la Lucrecia Borjia ¿en dónde está la lucha entre el bien i el mal? ¿cuál es el momento en que la virtud maternal alumbre i depure de repente aquella alma perdida en las tinieblas? ¿Cuándo se verifica esa transfiguracion maravillosa i no obstante natural? I no creais, que ese momento de conversion seria el momento ménos dramático. Ah! si Lucrecia Borjia se atreviese a decir por un instante a Jenaro ¡hijo mio! ¿no creeis que a esa sagrada palabra que conmueve tantos buenos sentimientos, todos esos sentimientos hasta entónces sofocados en el alma de Lucrecia, se despertarian i se levantarian, i como por un súbito esfuerzo, arrojarían las impuras pasiones que la asediaban? Mostradme, pues, esa rejeneracion de una alma criminal, verificándose en los abrazos sagrados de una madre i de su hijo; mostradme cómo, a aquella palabra sagrada: *yo soi tu madre,* huyen los vicios que atormentaban aquel corazon desesperado. Entonces me sentiria a la vez elevado i enternecido, que es el mas bello placer que las artes puedan dar al hombre.»

Ya lo ve Ud.: la lucha no ha existido. Lucrecia ha sido consecuente en el drama solo en la persistencia de sus maldades. Apenas se nos ha revelado la madre en uno que otro instinto, no en el mas acabado de sus caractéres jenerosos. Yo no encuentro, como tampoco halla Saint-Marc Girardin, en donde tiene lugar en este drama la ocasion en que la ma-

ternidad haya purificado la deformidad moral. Bajo este aspecto, faltó completamente el autor a su promesa.

Pero en cambio advierto en la pieza otros signos que distinguen a la escuela que quiso fundar el célebre autor de la Lucrecia i que los Dumas i otros muchos no se han desdeñado de copiar. A este propósito concluye Saint-Marc Girardin:

«Cosa singular i que marca el cambio que se ha efectuado en nuestras ideas morales: en otro tiempo los poetas daban a sus personajes un solo vicio o una sola pasion, teniendo gran cuidado ademas de hacerlos virtuosos, a fin de que fuesen dignos de interes; en el dia nuestros poetas dan a sus personajes yo no sé cuantas pasiones i vicios, con una sola virtud por contrapeso. I aun esa virtud débil i solitaria, no se halla encargada de purificar el alma pervertida en donde se ha conservado por casualidad; respeta cuidadosamente los vicios que en su cercanía la consienten; ni tampoco se ha encargado de inspirar interes a los espectadores, porque hoi es el vicio quien lo inspira, puesto que se le da yo no sé qué aire de nobleza i de altivez, que se saca de los héroes de Lord Byron i que seduce al público. A menudo el vicio es tambien sentimental i melancólico; interesa, enternece, bajo pretexto de que todavia conserva en su postracion yo no sé qué de grande o de bueno. Parece en verdad, que gustaramos de las ruinas en moral como en arquitectura, i que mas nos agradara lo que se halla derrumbado que lo que queda en pié. Consiento que gustemos de lo que se encuentra de bueno i de puro en las almas pervertidas, como un testimonio de la dignidad humana, que jamas puede perderse enteramente; pero no admiremos las ruinas, sino como recuerdo del edificio; pero no demos mayor estimacion al jiron que a la tela de que se sacó; en fin, miremos en el crímen lo que queda de virtud como una escusa, i no llevemos la compasion que inspira la escusa, hasta respetarla i admirarla.

«La leccion que daba la trajedia antigua, tal como Racine la habia concebido en su Fedra, era la idea de que solo se necesitaba una mala pasion para perder un alma; dura i austera leccion, que hace temblar al hombre por su frajilidad i que le inspira escrúpulos i vijilancia perpétuos: leccion digna de un siglo cristiano i digna de un discípulo de Port-Royal como Racine lo era. La leccion moral que fluye de nuestros dramas modernos, es la de que basta una sola buena cualidad para escusar muchos vicios; leccion induljente i que deja el corazon del hombre completamente satisfecho.»

HERMOJENES DE IRISARRI.

Un recuerdo de Chañarcillo.

Continuacion.

V.

Poseido de una emocion vehementísima a consecuencia de las promesas del viejo cateador, parecióle a Peralta que estaba como magnetizado i que una especie de catalépsis se habia apoderado de su voluntad i hasta de sus sentidos, porque despues de los prodijios mineros que acababa de escuchar érale imposible ver ni pensar en otra cosa que en las minas.

Apesar de la educacion que habia recibido el jóven, por los instintos peculiares de su familia i del pueblo de su nacimiento, él era, como lo son de ordinario los mineros, los jugadores i jeneralmente todos los que se consagran a negocios de azar, era, deciamos, un verdadero soñador, un ente supersticioso que vivia de preocupaciones i creia en los presentimientos, en visiones estrañas i en presajios absurdos de fortuna o de adversidad. Así, mientras dormia íntimamente trabajado por la mistificacion del cateador, se figuró vogar a toda vela en un mar terso como un espejo i bajo un cielo oscuro i cubierto de nubes densas i borrascosas. Mas cuando miró las aguas vió que lo que habia creido un mar no era sino una ancha veta metálica, una masa compacta i brillante de plata purísima en cuya superficie resplandeciente le pareció como que se confundian su cuerpo i su alma. Pero si el mar era una veta, a su turno el cielo nebuloso no era otra cosa que las cajas oscuras de un *pique chiflon*.

Llevado por una fuerza desconocida trató de mirar hácia adelante, pero de repente todo dió vueltas en derredor suyo i como otras tantas olas surjieron de la veta plantas de metal, que desde el piso de cada labor elevaban sus ramas i sus flores i las entrelazaban formando grupos hermosísimos. El suelo de donde nacian era tan diáfano que el jóven podia percibir hasta sus raices. Penetrándolo con su vista, creyó distinguir en el fondo una bella mujer de cuyo seno salian esas plantas i esas

flores, i cuando ella sonreia con su semblante anjelical, las plantas i las flores crecian rápidas i se elevaban a una grande altura.

Un conato indefinible de deleites i de ambicion se apoderó entonces de todo su ser i un mundo de amor i de deseos ardientes se dibujó en su alma. Despues de un extásis momentáneo, una luz repentina, salida como relámpago del interior de la vena metálica, le mostró distintamente la figura de esa mujer i los tesoros inmensos tenidos bajo su guarda. Una voz tierna i que espresaba la desolacion le llamó por su nombre: era la voz de su madre. Sin embargo, cuando trató de acercársele encontró que esa mujer no era otra que la niña que pocas horas ántes habia venido a abrazarle en la chingana.

Un eco duro i desapacible prorrumpió entonces: —«José Peralta, ¿cómo te encuentras en medio de estos esplendores? ¿quieres morir todavia o esperas correr tras de la dicha en alas de la fortuna?»

El jóven sonrió como en memoria de sus preocupaciones pasadas, i per uadido entonces como nunca de la necesidad de abandonarlas i tomando en sus amorosos brazos a la niña, confundióse con ella en la resplandeciente veta, hasta que poseido de esa ansiedad que produce siempre toda pesadilla por dulce que sea, despertó de su misterioso ensueño llevando en el corazon grabado su recuerdo.

Salido a la calle lo primero que encontró fué al viejo cateador. Tiembla de acercársele, pero atraido como por un poder magnètico júntase con él i hablando de la riqueza fenomenal del cerro de Chañarcillo llegan hasta su morada.

La jóven del abrazo estaba allí adornada todavia con su traje de fiesta. Sus cabellos divididos en dos hermosas trensas daban vuelta en derredor de su cabeza, i sus puras facciones i el perfil de su cara española revelaban esa gracia nativa, esa especie de honesta voluptuosidad que los amigos del arte encuentran en las hermosas vírjenes del pintor sevillano. Pasaba por hija del viejo i llamábase Chávela, los mineros la conocian con el nombre de *reina Isabel*, i aunque no poseia en tan alto grado todas las dotes de alguna soberana de este nombre, el jóven soñador, al mirarla en su dichosa situacion de espíritu, creyóla por lo ménos una Lucrecia i pensó que un rayo divino del amor i de la inocencia doraban su graciosa figura.

Al sentirse al lado de la jóven i en vísperas tal vez de ser dueño de una gran fortuna, su alma visionaria mas que poética se encendió en una alegria celeste, i la pasion secreta i los conatos de felicidad que albergaba su corazon encontraron como un doble blanco donde dirijirse i concentrarse. Era *la reina*, sí, era ella la que en medio de su despecho contra la vida le habia consolado, la que en su sueño reciente le habia tendido una mano cariñosa para sacarle del precipicio i entrar con él en una nueva existencia de ventura i prosperidad. Al momento creyó comprender la verdadera inteligencia de ese sueño i olvidándose de las desgracias de su familia, de la ingratitud de los favorecidos por su padre, de las riquezas de el famoso *Manto* i de la célebre *Colorada* que descubrió i trabajó en provecho de otros, i de todos sus padecimientos mas fantásticos que positivos, pensó tan solo en la bella jóven i bendijo mil veces la suerte que le habia hecho venir al lugar aquel con el propósito de hacerse minero.

VI.

Pocos momentos despues, Peralta era ya todo un hombre del oficio. Convenido con el viejo en hacer juntos un cateo, al partir, en el mineral de la *Punta del Diablo*, el jóven puso desde luego el continjente de su trabajo i su corto capital para explotar desde aquel mismo dia, en Chañarcillo, una pertenencia antigua i abandonada, la *Contadora*, donde el viejo decia tener la conviccion de encontrar una gran fortuna; pues aunque la corrida no era de crédito, la mina, sin embargo, estaba atravesada de sur a norte por una veta real mui metalera, en cuyos planes dijo haber visto piedras de lei de seis mil marcos, fuera de haberse encontrado en su superficie reventones i llampos de un valor extraordinario.

Los que hayan visitado a Chañarcillo u otro mineral trabajado regularmente, habrán pensado mas de una vez, estamos ciertos, que al interior de alguna mina como aquellas fué sin duda donde bajó el Dante para formarse una idea verdadera del infierno con todos los horrores i tormentos de sus condenados. I en efecto, que una mina es algo de mui imponente i terrífico, algo que asusta i sorprende, algo que conmueve el espíritu i sobrecoje los sentidos, porque presenta a la vista uno de los mas soberbios testimonios del poder i de la osadía del hombre. Cuando éste surca impávido los mares o cuando labra su pecho al fu-

ror de un enemigo irritado, no prueba tanto la grandeza de su destino como cuando recorre i salva las simas que él mismo ha elaborado bajo el enorme peso de desquiciadas montañas.

Al marino como al guerrero mil esperanzas les rodean en medio del peligro : un bote, una tabla, una piedra, un foso, pueden salvarlos. Muchas veces la fuerza de sus brazos libra al nauta de perecer entre las olas, asi como la de sus piernas o las de su cabalgadura salvan al soldado cobarde que arranca en presencia del enemigo. Al minero, entretanto, solo le circundan las tinieblas i una vez desviado su pié del difícil sendero que a cada momento recorre, si se descuida al cargar o descargar su tiro, nada hai que le favorezca, seguro es su naufrajio, su pérdida es inevitable i ni siquiera tiene tiempo de divisar a la muerte que le sorprende al dar la prueba mas vigorosa de la enerjía de su voluntad i del poder de su existencia.

Imajinad sinó un pozo de doscientas i aun trescientas varas de hondo, casi vertical, como se encuentra en muchas de esas minas que no se han trabajado *frontoneando*, o que se esplotan de otra manera que por los modernos *pique-tornos*; suponed una profunda i oscurísima cueva cavada en el cerro, por donde solo puede bajar un hombre pisando sobre pequeñas grietas o cavidades dejadas en la roca para apoyar apénas la punta o el talon del pié; un antro frijido, inundado constantemente por el olor de la pólvora i falto de aire, o mas bien lleno de un aire grueso incapaz de colarse hasta el pulmon. I una vez allí, figuraos a los apires subiendo con su capacho al hombro, encorvados bajo el peso de dos i aun tres quintales de piedra metálica, i prorrumpiendo a cada paso en un quejido sordo i gutural para bajar en seguida cantando una cancion obcena i luego tornar a subir; i al fondo de cada labor un barretero bañado en un sudor helado, trabajando desnudo a la luz de una vela de sebo i prorrumpiendo a cada golpe de su combo en un quejido lamentable i tristísimo!

Si una mina es cosa imponente de suyo, el trabajo que estos hombres hacen en ella es tambien algo que compadece i lastima. Si los apires, en el alarido que lanzan al salir a respirar el aire libre, parece como que reconvienen al cielo por haberlos escluido de los trabajos propios de la humana especie, el barretero a su turno es la *vera efijies* del Vulcano de la fábula martillando en su fragua del Averno. I luego, la esplosion terrible del tiro que éste ha preparado en su taladro, el estallido de la pólvora que despedaza la roca, la conmocion producida en la enorme mole cuyo centro se hiere i el estruendo cien veces repetido por las concavidades i grietas de la mina ¡oh! esto no hai palabras con que describirlo porque es lo mas imponente que puede esperimentarse, es la impresion sublime de la omnipotencia de la industria, es un terremoto espantoso sentido en la propia montaña donde estalla, es como el estertor del jénio del cerro mineral que siente despedazadas sus entrañas por la mano atrevida del hombre. I no es esto lo peor, sino que, por preparado que uno se halle a oir aquel tremendo estámpido, sobrecójele a pesar suyo un terror inmenso i aun despues de pasado el fenómeno todavía se sienten la conmocion i el estruendo, dudándose que éste haya podido verificarse sin hundirlo todo allí mismo i sin otro resultado que algunas piedras desprendidas de la labor i que dejan a descubierto el metal de la veta que se persigue.

VII.

El primer tiro que Peralta descargó en su pertenencia no pudo ménos de impresionar profundamente una organizacion tan delicada i nerviosa como la suya.—Ah, señor de mi vida, esclamó el jóven al esperimentar la terrible sensacion, ¿qué son todos los horrores de la tierra i del mar comparados con el trabajo del hombre en estas rocas oscuras i profundas? Que ruja la tempestad i el suelo tiemble o que las nubes desciendan en torrentes sobre el universo; todo esto es nada; el sol resplandece al fin i ante su faz risueña todo enmudece i calla. Pero lo que yo siento aquí es horrible, nunca la luz penetra en estas negras cavernas, jamás un soplo de aire refrezca el pecho del pobre minero!

Al preparar su segundo tiro en el fondo del pozo infernal, volvió a latir fuertemente el corazon del jóven; pero pensando en su hermosa *reina*, arrastrado por la ambicion i haciendo todos los esfuerzos posibles para dominar sus temores, logró vencer su repugnancia instintiva i siguió entregado todo entero al trabajo que le ocupaba.

A poco trecho, sin embargo, sobrevino el desencanto; la veta se hallaba toda a la vista i no obstante la plata no parecia. Envuelto en

el humo de la pólvora, oprimido el pecho por la espesura del aire i cuando la luz de su velero apénas alumbraba el estrecho diámetro de su labor, el jóven vaciló, sintió evaporarse sus alhagüeñas esperanzas, i al prorrumpir en una blasfemia i lanzar una maldicion contra su endiablado mistificador, sintió un golpe violento que le hizo caer el barreno de las manos, un viento sulfúrico apagó su vela i una dura interjeccion le hizo conocer que tenía a su lado al viejo cateador.

—Mira, díjole éste con voz tonante, hai una creencia entre nosotros i es que el fuego, las rocas, la pólvora i todos los elementos en medio de los cuales trabaja el minero, deben estarle completamente sometidos. El minero debe forzosamente ser osado i tener siempre la voluntad de hacerse superior a esos elementos. De lo contrario, si cede a pensamientos capaces de debilitar sus fuerzas, o si consagra su atencion a cualquiera otra cosa que al trabajo material que le absorbe, sobre que no alcanzará nunca la fortuna, en el momento ménos pensado i al menor descuido pagará con la vida su desaliento o su falta de vocacion por el oficio. He estado observándote, José, i si has de seguir así, si te ha de intimidar lo pendiente de la labor o la explosion de un miserable tiro, mejor es que lo dejes : así no alcanzarás la fortuna que buscamos, pero tampoco sucumbirás tristemente como tus hermanos i tu padre.

Peralta, sobrecojido i avergonzado, quiso preguntarle cómo se encontraba allí, cuándo i por dónde habia venido hasta aquella labor; pero el viejo no le dió tiempo de pronunciar ni una sílaba, porque para mostrarle la manera de trabajar con resolucion i buen éxito, dió en la roca un combazo tan estupendo que saltaron mil chispas i el eco lo repitió con una fuerza atroz por todos los ámbitos de la mina. Aquello fué harto mas espantable todavia para Peralta que el rudo estruendo del tiro.

—Ya ves, prosiguió el cateador, lo que yo hago con mis años i apesar del desgaste de mis órganos. Pero tú ¡oh! tú eres débil i miserable como los tuyos i no dudo que acabarás como ellos!

Al oir estas palabras inflamóse de cólera el corazon del jóven; sin embargo sus esperanzas i un secreto temor le contuvieron.

—No soi miserable ni débil, esclamó; yo os lo probaré i os arrepentireis entónces de haberos engañado..... Sí, es aquí donde se encuentra mi tesoro, mi vida, mi esperanza i mi todo; porque, decid lo que querais, yo he de ser descubridor, sí, yo he de ser minero opulento como mi padre. Venid, maestro, venid i enseñadme a trabajar con éxito..... reveladme el secreto de la fortuna, única i sola esperanza que deseo alimentar!

Diciendo estas palabras, Peralta quiso atraer al viejo i encender su luz; pero ántes de que las hubiese concluido, éste desapareció saltando por los piques i frontones con la lijereza de un gamo. Cuando aquel hubo de notarlo, solamente alcanzó a percibir los últimos écos de un verso de la *moza-mala* que el viejo iba tarareando.

Creyéndose en una profunda oscuridad echó entónces la vista en torno suyo, i, aunque su velero estaba apagado, una luz resplandeciente i súbita alumbró de repente la labor en que se hallaba. Sus murallas negras hiciéronse transparentes como el cristal, la veta se mostró desnuda de las piedras que la cubrian, la plata en barra apareció brillante como el estaño pulido i su sueño de la noche anterior se representó en su espíritu con todos sus atractivos. Extasiáronse sus ojos en un mar de delicias donde el metal aparecía en torrentes brillantes i luminosos, i en un corto momento creyó logrados todos sus deseos i realizadas todos sus locas esperanzas de fortuna i felicidad!

M. González.

(*Continuará*).

Tomamos de la prensa estranjera el siguiente artículo bibliográfico, doblemente interesante por la materia de que trata i por el simpático nombre de su autor.

Cuzco i Lima (1).

Entre los raros libros de viajes sobre la América del Sud que la prensa inglesa ha enviado en el presente siglo al activo mercado del mundo literario, la obra de que vamos a ocuparnos merece un puesto distinguido.— Bajo la modesta forma de un itinerario de Lima al Cuzco, esta obra es uno de los ensayos mas completos i variados que conocemos sobre el Perú, i aun creemos que seria el único publicado en la época moderna, si el

(1) Cuzco: a journey to the ancient capital of Peru, with an account of the history, language, literature, antiquities of the Incas; and Lima, a visit to the capital and provinces of modern Peru, etc., by Clements R. Markham.—London, 1856.

erudito Von Tschudi no hubiera dado a luz su notable viaje en el Perú, ejecutado entre los años de 1838 a 1842.

I ciertamente que el jénero de estos trabajos es de un mérito particular en este pais, que hasta el presente no ha tenido la fortuna de poseer, como la mayor parte de las naciones hermanas de Sud-América, uno de aquellos injénios vastos i comprensivos que estudien pacientemente los tesoros de sus reinos naturales, que mediten en el profundo i singular carácter de su historia, i a la par revelen al mundo la grandeza de su destino, que hasta aqui pasa solo como un proverbio del vulgo, o mas bien como una tradicion ociosa de su antigua fabulosa riqueza mineral.

La ciencia europea no ha enviado, en efecto, todavía, a esta vasta rejion uno de aquellos pacientes i sagaces operarios modernos que todo lo analizan, todo lo esplican, todo lo refunden en el crisol del espíritu, i al fin exhiben un cuadro completo i saliente, en que las formas tipográficas, los recursos materiales, los jiros del comercio, se encuentran desarrollados juntamente con el caudal de las esperiencias históricas, el oríjen i carácter de la sociabilidad nacional, i por fin, las causas de los males públicos, al mismo tiempo que la esplicacion de su procedencia i su remedio. Tal ha sido en cierto modo, bien que nunca de una manera tan completa como fuera de desearse, la mision que han llenado Codazzi en Colombia, Martius i Von Spix en el Brasil, Sir Woodvine Parish i el colector Angelis en la República del Plata, el sabio naturalista Gay en Chile, i aun el viajero frances D'Orbigny en Bolivia.

El Perú es pues un terreno virjen todavia que convida con magníficos atractivos a la investigacion europea, ya que no es posible aguardarla en la escala apetecida de entre sus propios hijos; i esta situacion parece tanto mas estraña, cuanto ella forma un contraste con épocas anteriores de mayor brillo literario i de mas alta elaboracion científica. No pretendemos remontarnos a aquella edad de oro de la literatura peruana, que tiene por iniciador i príncipe a un aborijene de su raza, el inmortal Garcilazo, i en la que su historia, su gobierno, su jeografía i sus famosas discordias sirvieron de tela de trabajo a tan variados injénios españoles, entre los que las sagaces investigaciones del licenciado Polo de Ordegando i del consejero Sarmiento sobre la raza indíjena, los apuntes jeográficos de Cieza de Leon, las crónicas militares de Pedro Pizarro i Sancho Navarro i las memorias contemporáneas de Francisco Xeres, secretario del primer conquistador, aparecian a la par con las historias todavia famosas del clérigo Lopez Gomara, del tesorero Zárate, i sobre todo, las de aquellos insignes cronistas, fundadores venerables de la historia de la América, Gonzalo Fernandez de Oviedo i Antonio de Herrera, i sin contar empero con aquel insigne poeta de Arequipa de quien el mismo Cervantes dijo esta dulce metáfora:

"Su divino injenio ha producido
En Arequipa eterna Primavera."

Pero nos abstenemos de ver aquella época verdaderamente portentosa en una via de ponderacion con el presente, i solo hemos querido referirnos a un período mas reciente de que el Perú deberia enorgullecerse, o siquiera consolarse por la esterilidad presente.

Aludimos a la última mitad del siglo pasado en que este pais fué un teatro de competencia para jénios ilustres que se encadenan desde Juan i Ulloa, hasta el inmortal baron de Humboldt i desde Ruiz, Pabon i Haenke hasta los ilustres peruanos Baquijano i Unánue a quienes habian precedido ya con un glorioso renombre, Peralta i Olavide. Por lo demas, durante la mitad ya transcurrida del presente siglo apenas han visto la luz pública en Europa viajes parciales sobre el pais, entre los que sin duda merece el lugar mas distinguido el trabajo del malogrado Rivero sobre las *Antigüedades peruanas*; pero con esta escepcion todas las obras con relacion a esta República son apenas una plumada hecha al pasar, un error recojido indiscretamente, o acaso una calumnia maliciosa soplada al oido del viajero por un especulador burlado, o un estranjero ignorante, o un ciudadano perseguido en el caos de las revoluciones. A este jénero de escritos pertenecen sin duda libros como los de Smith (*Perú as it is*), el del negociante Proctor i el mas moderno del semidiplomático Bonelli. Otras obras son por cierto de un carácter mas elevado como los viajes de Stevenson, las notables memorias del ilustre jeneral Miller, i las que acaba de publicar el famoso conde de Dundonald; pero como se sabe, el interes de estos trabajos no pasa de ser una contribucion, no pocas veces cuestionable, al repertorio puramente histórico del Perú.—En cuanto a trabajos ménos

especiales podrian citarse entre los modernos a los ingleses Maw, Smith, al conde de Castelneau i a los americanos Herndon i Gibbon, pero estos no han hecho sino un itinerario lijerísimo, al atravesar la costa i la Sierra del Perú, dirijiéndose a sus esploraciones hácia el Amazonas i rios tributarios.

Por qué entónces ha ocurrido un interregno tan infecundo para la *historia i la ciencia* nacional? (No hablamos con particularidad por ahora de la literatura ni la política.)—Un dolor comun i universal en nuestra América explica por desgracia demasiadamente esta decadencia del arte i este desaliento jeneral de los injénios. Pero es verdad que hoi dia hai anuncios de una época mejor, i la mision del señor Llorente en Europa, las investigaciones i acopios históricos de los señores Mendiburu i Lavalle, i la fundacion de un periódico especial como la *Revista de Lima* presajian que una rejeneracion notable está al punto de tener lugar en este ramo importantísimo de la existencia pública de este pais.

Pero es ya tiempo de que volvamos al libro de que ibamos a ocuparnos, i del que nos han alejado reflexiones casi inevitables al hacerse cargo de su contenido i de su naturaleza.

Si las obras pueden juzgarse por lo que son sus autores, el lector de los viajes de M. Markham sentirá brotar una emanacion de simpatía de cada una de las pájinas de este libro esencialmente agradable. El señor Markham conoció por la primera vez el Perú en aquella época de la vida en que se ama con el primer amor, i en que un velo de inocencia i de candor parece envolver el delicado misterio de las primeras emociones. Siendo casi niño vivió en nuestras costas por algunos años como guardia marina del navío *Collinwood*, i cuando volvió a cruzar los mares i pisó la nebulosa tierra de sus mayores, comprendió que en su jóven corazon habia ya un culto por la lejana patria de los hijos del sol.—Desde entónces solo pensó en venir a sus playas, i en internarse por las selváticas gargantas de su sierra par oir el canto lastimoso del *ave perdida*, que llora en los bosques de la montaña la memoria de la raza desheredada, mientras el solitario *coraquemque*, desnudado de su divino privilejio, pule con descuidada tristeza sus doradas plumas, insignias ya ociosas de una estinta dinastía.

I cuando a los atractivos de una naturaleza primorosa se juntaron los de la tradicion i la gloria, el jóven marino abandonó su hogar i aun su profesion i vino por la segunda vez a las playas peruanas. El autor acababa de leer, en efecto, aquella patética epopeya que nos ha trazado la pluma maestra de Prescott i que los americanos leemos desde niños con el extásis del encanto en los viejos folios de Garcilazo. El libro de M. Markham es pues antes que todo un voto de simpatía por la nacion peruana, una pájina de amor por la suerte que corre hoi dia, i una lágrima tambien caida sobre los escombros del jigantesco imperio incario, de cuyos monumentos i de cuyas tradiciones casi perdidas, él ha querido levantar un túmulo de espiacion a una raza hoi proscripta i envilecida por el yugo de sus conquistadores.

Tal es el carácter jeneral de la obra de que nos ocupamos.

En cuanto a sus detalles, ella es mas bien que un libro de viajes, una especie de epítome curioso i de grata lectura sobre el Perú. Así es que el autor no solo habla estensamente del pasado i de los aboríjenes de la tierra, sino que consagra pájinas interesantes a la situacion actual (1853) del Perú, a la historia de sus vicisitudes políticas, los ensayos de su moderna literatura, i particularmente a la navegacion de su magnífica red de rios afluentes del Amazonas.

Diremos una palabra de la manera como el señor Markham dilucida cada una de estas partes de su obra. Este plan, el mas lacónico i preciso, dará a conocer mejor su obra, pues que espondremos a la vista su esqueleto.

Lima, enero 31 de 1860.

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

(*Concluirá.*)

Teatro Municipal.

Se anuncia para mañana el estreno de doña Adelaida Larumbe en un concierto en que, ademas de esta cantarina, tomarán parte el tenor don Octavio Benedetti i el pianista don Alberto Frenchel.

Con este estreno se junta el del *Café del Teatro*, que ha recibido una sorprendente metamórfosis. La nueva empresa que lo ha tomado a su cargo, ha empleado en su transformacion mucho dinero i mui buen gusto.

De esta manera, el teatro ofrecerá mañana atractivos no solo a los *dilletanti* sino tambien a los golosos i los gastrónomos.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO:

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Abril 14 de 1860. Núm. 11.

LA SEMANA.

SANTIAGO, ABRIL 14 DE 1860.

El diarismo

EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

VI.

Nada manifiesta mejor la marcha desigual que la ilustracion i el progreso llevan en las sociedades sud-americanas, que los periódicos de provincia.—Mientras los centros de actividad i poblacion cuentan con hojas cotidianas que están en camino de alcanzar la importancia de las europeas, de gran tamaño, de lenguaje comedido, de porte decente; que persiguen en su mayor parte alguna idea, propagan alguna verdad, ofrecen alguna enseñanza, —las provincias solo producen hojas cotidianas o periódicas de cortas dimensiones, de corta vista i larga lengua, que no hacen, ni dicen, ni piensan, ni enseñan nada.

Parece imposible; pero no es por eso ménos cierto,—en la jeneralidad de las publicaciones de provincia, hai renglones, palabras, letras, sin haber renglon, palabra ni letra que leer.—Esas publicaciones no tienen importancia ni local, ni jeneral. Aspiran casi siempre a la segunda, i se quedan sin ninguna.

Por lo comun su vida es alimentada por los diarios centrales. Esto les arrebata todo interes i las hace innecesarias de hojear.—No quieren someterse al rol modesto de cronistas de la localidad, i su vanidad las pierde.

Así vemos una multitud de esos diarios provinciales completamente entregados a la trascripcion de noticias europeas i americanas, de trocitos del *Correo de Ultramar* o *del Eco Hispano-Americano*, —esos inspiradores de los redactores de tijera,—sobre algun descubrimiento científico, algun fenómeno atmosférico, o narrando alguna historieta tan insulsa como mentirosa.—Siempre parecen empeñados, para salir del paso de ennegrecer sus columnas, en buscar cuanto no tiene valor ninguno para la poblacion a que se dirijen. Si, por ejemplo, la provincia es agricultora, su órgano es mui capaz de darse a publicar un largo tratado sobre laboreo de minas.

Las secciones en que se divide casi todo periódico de provincia son:—Seccion editorial, que la llena algun artículo mal escrito i peor pensado, en que se habla de reduccion de indios, donde no hai indios; de irrigacion, donde no hai agua. A veces se pica mas alto todavia; i entónces el diarista se lanza a discurrir con gravedad risible sobre la política europea, los misterios de su diplomacia, los discursos de lord Palmerston, el Czar ruso o el César frances.—Seccion de crónica local, que es el receptáculo de todos los chismes de los ociosos, del perro que rabió, del jinete que galopó, del vecino que murió, i de cuanto, sin interes para nadie, se pesca en esa existencia conventual de nuestras provincias.

Viene en seguida la seccion de correspondencias, que es escasa en sus materiales.—En épocas pacíficas la llenan artículos congratulatorios o calumniosos, en que algun periodista de ocasion insulta siempre a la gramática i al buen sentido.

Fuera de estas tres secciones, de un microscópico folletin i de uno que otro dato sobre el mercado, el resto del periódico lo completan los avisos, entre los cuales se cuentan, de la localidad, uno o dos a lo mas.

Como se advierte, la importancia de estas hojas es ninguna. Esto hace que su vida sea de las mas estrechas. Hai mas de un periódico de provincia que apénas alcanza a cuarenta abonados.—Así se ven en la precision de ser oficiales o semi-oficiales para vivir. Esto viene a poner el colmo a su desprestijio, a su nulidad, a su esterilidad.

Cuando estos periódicos se animan, se sueltan a hablar i hablan por diez, es en las épocas de ajitacion política.—Entónces se arman en guerra. ¡Qué armas, santa decencia, las que gastan! La personalidad mas cruda es

arrojada diariamente por sus columnas. ¡Cuánto despropósito, cuánta injuria, cuánta torpeza no suelen amontonar esas hojas!—Entre tanto ni una idea, aunque sea homeopáticamente propinada.—El que no es conmigo es mi enemigo—es toda la ciencia política de esos diarios, ciencia parda como su gramática i como sus fines.

De esta manera la prensa es una peste para las provincias. En tiempos normales no fomenta ni se cuida de sus intereses. En tiempos anormales solo se ocupa de escandalizarlas con su desenfreno.

Periódicos así montados, valdria mucho mas para la ilustracion, moralidad i órden de los pueblos de provincia, el que fuesen suprimidos. ¿De qué les sirven órganos que siempre les harán mal i nunca bien? Para qué necesitan hojas que azucen sus malas pasiones, que desunan sus familias, que introduzcan la confusion, la intranquilidad en sus hogares patriarcales?—No hai casi una sola localidad en los estados de Sud-América, que cuente con imprenta i periódico, en que sus vecinos no lo pasen constantemente envueltos en polémicas destempladas. El periódico se convierte así en el ánjel malo de la localidad, en el Satanás tentador de sus pacíficos habitantes.—Si la prensa lleva a todas partes la ilustracion, en Sud-América, lleva a las provincias la desunion.

¿Se creé nuestro cuadro recargado en sus colores?—Hojéense los periódicos de provincia peruanos, arjentinos, neo-granadinos i hasta algunos chilenos.—En cuanto a Chile, es justo hacer una escepcion: sus hojas provinciales superan por el lado de la moderacion a todas las hispano-americanas. Sin embargo, esto no obsta para que se dejen arrastrar a la sima de la personalidad con mas frecuencia de la que seria de desear.

Pero, lo que encontramos sin perdon, es lo que los gobiernos disipan en mantener estas publicaciones sin abonados ni lectores.—¿Cuál es el objeto que se proponen? Será protejer la publicidad? No vémos en que se la proteja con alimentar hojas sin crédito, sin influencia i sin elementos para cumplir con ese deber primero de todo diario. ¿Será para tener en todas partes defensores de su política?—Pero un mal defensor hace mas daño que diez enemigos.

Para nosotros no hai otro móvil en la creacion i subvencion de estos periódicos insulsos, impotentes, verdaderos hermafroditas de la publicidad,—que la vanidad de hacer consentir se tiene a la mayoría con uno. I hasta esta satisfaccion es engañosa i funesta.—Engañosa porque esas hojas no se cuentan por nadie para nada al pesar la popularidad o impopuloridad de un gobierno.—Funesta, porque casi siempre provocan la fundacion de hojas contrarias que vienen a dar la última mano a la obra de perversion que las primeras iniciaran.

En realidad, los gobiernos arrojan los dineros nacionales por la ventana para sembrar la intranquilidad, la subvercion, la inmoralidad, el bastardeamiento de la publicidad, i nada mas. Esto es una traicion a su mision de conciliacion, de paz, de armonía.—Todo poder que fomenta la desnaturalizacion de cualquiera de los rodajes de la mecánica social, se daña mas a sí mismo que a la sociedad, produce un vicio que mas tarde o mas temprano, si no es hoi será mañana ha de dificultar su vida i su accion.

En todos los tonos se duelen los gobiernos hispano-americanos de los desbordes de la prensa, de la influencia perniciosa que ejerce sobre la paz pública, de la inmoralidad que siembra, de los miasmas mefíticos con que corrompe la atmósfera social;—i al propio tiempo alimentan esos jérmenes mal sanos que tanto los asustan. ¡Contradiccion monstruosa!—Si se quiere que la prensa sea digna, desinteresada, independiente de sujeciones estrañas ¿por qué no se predica con la palabra i con el ejemplo?

Pero nada de eso. Se acerca una época de ajitacion,—el poder es el primero en crear esas hojas, monopolizadas por la polémica, que van a propinar diaria o periódicamente por todos los rincones del pais, la mentira, la calumnia, la desvergüenza.—El contrario responde a ataque con ataque, a desman con desman, a cinismo con cinismo,—i las batallas de pluma se comprometen terribles, con daño de pueblos i gobiernos.

La prensa, como mas de una vez lo hemos dicho, no tiene otro freno que la modere, la obligue a la decencia, la dignidad,—que la opinion. En las provincias falta este freno. Esa parte de la sociedad capaz de constituir la entidad social llamada opinion, es por desgracia bien reducida en las capitales de provincia de Sud-América. La mayoria se complace en los desbordes de la prensa, en los

periódicos-pasquines. Así es que estos se echan a navegar con todas sus velas en el Mar Muerto de la personalidad i la infamia.

Donde la accion moralizadora de la sociedad está ausente, debe encontrarse siempre presente la gubernamental. Deber es este que los gobiernos hispano-americanos olvidan con demasiada frecuencia en materia de publicidad. Dictan leyes contra la prensa; pero ninguno se ocupa de obrar sobre ella por otros caminos que los de la represion.

A nadie importa mas que a los gobiernos el que los periódicos o diarios de provincia sean una fuente clara i leal de publicidad.—La distancia todo lo abulta. Así se advierte que en las provincias cada cargo que las hojas centrales hacen contra las primeras autoridades nacionales son exajerados fuera de toda ponderacion. En las provincias se imajina en infinidad de ocasiones agonizante al gobierno central, cuando goza de salud perfecta.—De aqui la facilidad que encuentra un trastornador esperto para poner en armas a sus pueblos.

Mientras tanto ¿qué han hecho los periódicos subvencionados?—Nada!.... Toda su grita, si para algo ha servido, ha sido para azuzar la cólera del enemigo herido, rabioso con sus ataques.—Si trata de probar la solidez del gobierno central ni sus mismos amigos lo creen, i sus contrarios se le rien a las barbas.—Está subvencionado. Dice lo quo le ordenan decir. No merece ninguna fé,—son las palabras que se escapan espontáneamente de los lábios de todo el mundo.

Ilusion mayúscula es la que acarician los gobiernos al prometerse algo del apoyo de los diarios semi-oficiales. Por eso un poder no tiene arma mejor ni mas digna que esgrimir contra los ataques que se le hagan—que la publicidad!

Esto nos hace pedir, tanto para bien de los gobiernos como de las provincias, la cesacion de esos periódicos polémicos, que la autoridad paga; pero que dirije en privado i siempre ocultándose.—Lo que se necesita i conviene es que cada gobierno cree, bajo su patrocinio franco, en las capitales de provincia, periódicos que se veden toda injerencia en las polémicas políticas, que sostengan al gobierno central i a la autoridad local con solo la imparcial i desapasionada publicacion de todas sus medidas, que den amplia publicidad a las discusiones lejislativas, a los proyectos de lei presentados a su aprobacion; que promuevan los intereses morales, intelectuales i materiales de su provincia; que ataquen las preocupaciones i errores dominantes con prudencia i moderacion; que sigan su movimiento comercial, industrial i agrícola.—En una palabra, periódicos en cuyas columnas pueda estudiarse la situacion de las provincias a que sirvan de consejeros i cronistas, en todas sus faces diversas de bien i mal, de atraso i adelanto, i conocer sus necesidades, sus recursos, sus deseos i reclamos.

¿Cuántos males no se evitan porque se ignoran? Cuántos adelantos no se empujan porque se desconocen los medios de hacerlo? Qué de medidas espedidas con la mejor buena voluntad de beneficiar a una localidad no van a provocar resultados del todo contrarios, porque no se sabe los arbitrios que es menester tocar? Cuántos abusos fáciles de cortar no viven casi consagrados, porque quien debiera ultimarlos los ignora?

Es constante reclamo de toda provincia el que se le nombre por intendente o prefecto a un habitante de la localidad.—En esto se ha querido ver una satisfaccion de amor propio. En la mayor parte de los casos no hai tal, se formula un deseo justo.—Cada nuevo intendente que entra a mandar una provincia, tiene que empezar por estudiarla en todas sus esferas. Esto le hace perder un tiempo precioso. Al fin, ni conoce la provincia, porque los medios de lograrla le faltan, ni promueve su progreso, porque tiene que caminar a tientas. Mas de la mitad sino todos los desaciertos que cometen las primeras autoridades de una localidad sacan su oríjen de ignorancia i no de mala voluntad.

No encontramos un arbitrio mas espedito para romper con esa ignorancia en que los gobernantes viven de las necesidades de sus gobernados, que el que tenemos indicado. Ese arbitrio es no solo de frutos indudables, sino de ejecucion fácil.—Haga cada gobierno sudamericano un presupuesto de lo que disipa en subvenciones misteriosas, i tendrá con ello, estamos ciertos, los medios de fundar i mantener holgadamente en cada capital de provincia una hoja oficial concebida en el espíritu de una publicidad leal.

Pero se dirá:—basta que sean diarios oficiales para que el público los mire con desconfianza i no los lea. Esto no es exacto; los leera ¿Quién rehusa conocer la estadística de

su nacion? Qué comerciante no querrá saber a cuanto montan las importaciones que, en la plaza en que negocia, se han hecho de tales o cuales artículos de que él tambien es tenedor? Qué agricultor despreciará el enterarse de las cifras que le indiquen el resultado de las labores agrícolas de su provincia? I como el comerciante i el agricultor, el capitalista, el hombre de estado, el diarista, el industrial i hasta el artesano.

Diarios o periódicos en esta forma no tendrian ninguna de las contrariedades de los diarios o periódicos oficiales o semi-oficiales, favorecerian a los gobiernos i a los pueblos :—a los gobiernos, haciendo clara su conducta, poniéndola fuera de los tiros de la calumnia, el resentimiento i la pasion :—a los pueblos, haciéndolos conocerse a sí mismos, percibir los bienes de que gozaban, los males que necesitaban estirpar, las preocupaciones i vicios que retardaban su perfeccionamiento.

¿Qué de veces no se ha visto a mas de una provincia en armas contra la lei i la autoridad por obra de una especie mentirosa? Qué de veces una calumnia burda corre los ámbitos de un pais haciendo papel de verdad clara, terminante, sin réplica? Qué de cargos que se hacen a los gobiernos no serian risibles si la franqueza sostituyera al misterio, si en lugar de contestar a la calumnia gratuita con la injuria a sueldo se respondiera con hechos, con documentos incontestables?

Pero no son estos los únicos males del uso desacordado que los gobiernos hacen de la prensa. No solo la desprestijian, la invalidan, la degradan sino que tambien se alegan defensores desinteresados, dignos i nobles de su política.—Los diaristas de oposicion se andan siempre lisonjeando de su valor para combatir a la autoridad. Pero no hai tal valor; para lo que en Sud-América se le necesita e imperturbable es para defenderla.—La sociedad reverencia a un héroe en todo diarista de oposicion,—i desdeña como un venal, como un pobre *condotieri* de la pluma a todo diarista oficial.

Con estas ideas, la subversion nunca carece de defensores francos, decididos, al paso que el órden tiene dificultades sin número para encontrarlos; i, aun encontrados, todavia le queda que vencer la preocupacion que vé en sus palabras la obra de la venalidad, que cree sentir con cada frase el ruido del saco de monedas.—Así, mientras la palabra que censura, que condena tiene de su parte la fuerza moral que siempre comunica el creerla obra de la conviccion, del desinteres; la palabra que defiende, que alaba trasmina para la mayoría a lisonja, a venalidad.

De esta manera los gobiernos son constantemente débiles en el terreno de la polémica i aun de la discusion. I sin embargo, se ven cargados con todas las antipatías, las desafecciones, las malas voluntades i las indiferencias que acompañan al fuerte.—Si un diario gubernamental tiene quinientos abonados, un diario de oposicion tendrá mil abonados i cuatro o cinco mil lectores.

El primero se lee con toda la prevencion que anida el alma contra el poderoso.

El segundo, con esa cordialidad que acompaña al desvalido, al oprimido, al perseguido.

Todo para estos es fortuna i para los otros desgracia.

En prueba de la debilidad de los gobiernos ante la polémica, vamos a citar aqui los datos que nos suministra un publicista eminente.—Sin duda fué bajo el gobierno de Luis Felipe cuando la prensa tuvo mas vida en Francia; pues bien, en esa época mientras los diarios ministeriales contaban con un efectivo de 8,150 abonados, los diarios de la oposicion contaban con mas de 41,200 abonados (1).

El combate es mui desigual. Un gobierno está a medias derrotado en el campo de la polémica aun ántes de haber roto la primera lanza.

La culpa es suya.

Es manía malditísima de todo poder el gustar mas de los lisonjeros que de los amigos, de los panejiristas que de los jueces. Esto deriva de que tiene siempre sus humos de infalibilidad. Así es que se cree o quiere, por lo ménos, que lo crean impecable.—El diarista oficial se halla en la precision de colocarse en ese terreno falso i resbaladizo, en el que se vé obligado con frecuencia a torturar su inteligencia, a ahogar el grito de su razon, a hacer sonar perpetuamente la misma tecla, a usar de la propia entonacion aunque se haga monótona i fastidiosa. Imposible nos parece concebir un rol mas ingrato. La cabeza mas despierta se fatiga, se gasta, se amodorra en esa incesante salmodia.

El hombre busca en todo la variedad : la

(1) Emile de Girardin. *Etudes politiques. De la presse périodique au dix-neuvième siècle*, paje 244.

variedad es su primero i su último amor. Lo que no cambia le fastidia. Odiaria la virtud i el bien si no fuesen con continuidad relevados por el vicio i el mal. Sobre todo, no se puede conformar con que nada humano sea o se pretenda perfecto siendo él tan imperfecto.—La sociedad es ni mas ni ménos lo que el hombre:—gusta de la variedad i es feliz con la imperfeccion. Así es que los diarios oficiales hieren su tendencia mas dominadora, el perfil mas gráfico de su fisonomía.

Por esto, si los gobiernos aspiran, como deben i lo necesitan, a hallar en la prensa un apoyo sólido i no delesnable de su política i sus actos, es preciso que empiecen por descender de las rejiones de la infalibilidad i la impecabilidad,—que se mundanicen.—De otro modo serán perennemente litigantes desairados ante el tribunal de la preocupada conciencia pública.

Rompan con los polemistas oficiales i semioficiales, con los panejiristas a sueldo, con los *bravos* de la pluma, como tan pintorescamente ha dicho un poeta americano,—en la confianza de que si obran bien los defensores espontáneos les han de sobrar.—La lei, la justicia, la verdad nunca estarán faltas de caballeros que emplacen a sus contrarios al palenque de la discusion, mientras haya en el mundo corazones bien puestos i almas empapadas en el bien.—Concluya de una vez ese comercio infame en que se convierten la conciencia i la opinion, lo mas santo e inviolable que tiene el hombre, en mercaderías traficables.

Justo Arteaga Alemparte.

Don Guillermo.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

XVIII.

HUYE, QUE SOLO AQUEL QUE HUYE ESCAPA.

Puestos en salvo i en la calle los dos fujitivos, Lucero declaró que era indispensable que ambos se separasen para distraer la atencion de la policía, que naturalmente debia fijarse en todas las parejas que encontrara, puesto que era una pareja lo que buscaba.

El ingles recibió con pesar esta órden i aun se atrevió a objetarla con la consideracion de que era mucho peor que aprendiesen a uno solo. Pero Lucero lo convenció, ménos con argumentos, que con el ascendiente que sobre él tenia, i lo persuadió a separarse.

Si tú caes, le decia, quedo yo libre para trabajar en tu salvacion. Pero si a mí me toca esa mala suerte, tu debes solo pensar en hallar la salida de la cueva para ir al mundo a emprender la peregrinacion que ha de salvarme. Harias mal en emplear aquí tu tiempo para arrancarme de mi cautiverio: no lo conseguirias; i aunque tuvieras la felicidad de romper mis prisiones, no podrias desencantarme miéntras aquí permanecieras. Haz lo que te digo, sigue fielmente mis instrucciones, si no haz de volverme a ver en estos lugares; no dejes nunca de tenerme sobre tu corazon. Si perdieras mi recuerdo, no solo serias ingrato para mi amor, sino traidor a tus convicciones i a la santa causa que has jurado. Vete i no olvides un momento ni mis consejos ni mi amor.

Dijo, i ambos se estrecharon mudamente, confundiéndose en un espíritu sus dos almas en aquel momento de efusion íntima i completa. Despues, cada uno caminaba en opuestas direcciones al punto de reunion que se habian señalado, pero por un movimiento eléctrico i simultáneo, los dos volvian a mirarse de cuando en cuando i a suspirar, hasta que se perdieron de vista.

Hicieron bien: las calles estaban atestadas de brujos que acechaban i que se aprontaban listos para lanzarse sobre la primera pareja que hubieren husmeado. La policía de aquel lugar estaba montada a la francesa, es decir, no porque anduviese a caballo, que eso habria sido a la chilena, sino porque sus ajentes eran invisibles: no gastaban uniforme, ni porte, ni armas militares, ni corrian, ni pitaban, ni gritaban, ni miraban a lo turnio por las calles; sino que eran mansos i vestian i andaban como todos i entre todos.

Don Guillermo apresuró su paso, i en pocos minutos llegó al lugar de la cita, que estaba fuera de la ciudad.

La noche estaba fria, pues aunque primavera en aquel pais, era ya una de esas altas horas en que la tierra comienza a despedir vapores húmedos que destemplan la atmósfera, i afectan el sistema nervioso de los que no estan recojidos en su cama. Don Guillermo se sentia enteramente crispado por un calofrio mortal, i trató de guarecerse en el alfeizar de una enorme puerta que vislumbró cerca. Pero allí seguia tiritando, apesar de que estaba resguardado; i entónces comenzó a comprender que su calofrio partia del corazon. En e-

fecto Lucero tardaba mucho ya para que su enamorado no estuviera rodeado de temores i aprensiones, que le hacian afluir a borbollones la sangre al corazon, helándole las estremidades i la superficie.

¿Qué hacer? pensaba el ingles : si voi a buscarla, me espongo a que ella venga, i no encontrandome en el sitio, se alarme i vuelva al pueblo en busca mia. Todo parece ya en silencio. ¿Habrá terminado la San Bartolomé que los brujos han representado esta noche? ¡Ah! ¡Qué va a ser de mí si pierdo a mi Lucero! Esa mujer es el complemento de mi ser : su corazon es parte de mi corazon; su intelijencia es la luz de mi intelijencia; su vida es mi vida. Nó, con esa mujer no se cumplirá jamas en mí aquella eterna lei que hace que el corazon aborrezca hoi lo que ayer deseaba con fervor. Esa lei se ha hecho para el curso ordinario de la vida humana, i en esa lei está el principio de actividad que lleva al hombre siempre tras de lo mejor, en pos de la perfeccion. Pero cuando uno ha encontrado esa perfeccion i la siente en todo su ser, el corazon late satisfecho i no se cansa ni sacia jamas con la felicidad.

I tenia razon de sobra M. Livingston, porque hai ocasiones, aunque raras, en que dos seres se complementan como un tornillo con su tuerca; de modo que si llegan a encontrarse i a concertarse, quedan como en su centro, como queda el tornillo cuando se le ajusta la tuerca, i el corazon deja de volar tras de las ilusiones que lo arrebatan cuando todavia no ha encontrado otro corazon que lo complete.

Esa era su situacion respecto de Lucero, i hé allí la razon porque tiritaba con solo la aprension de perder a su hechicera.

En estos i en otros pensamientos converjentes al quicio sobre que rodaban todas las ideas de nuestro ingles, fueron pasándose las horas, hasta que los primeros albores de la mañana comenzaron a desprenderse de las montañas i a inundar el llano. Los pajarillos desperezándose i sacudiendo su plumaje, lanzaban las primeras notas del armonioso concierto con que saludan el alba. La brisa embalsamada ajitaba los follajes, i las flores como sensibles a su aliento, se elevaban para alcanzarla, sacudiendo las gotas de aljófar que durante la noche habian inclinado sus córolas hácia el suelo. Ruidos indefinibles se alzaban por todas partes, porque la naturaleza toda comenzaba a despertar.

Don Guillermo estaba arrobado, porque esas grandes escenas de la naturaleza tienen el poder de arrebatarnos la atencion i de hacernos olvidar aun los pensamientos que dan aliento a nuestra existencia. Todo renace, decia él, todo se renueva cuando la naturaleza sacude el sueño de la noche. ¿Qué es el hombre en ese cuadro portentoso que se reproduce sin cesar siempre bello, siempre fresco i nuevo? No es mas que esa flor, no es mas que ese árbol, que esa avecilla : ínfima parte de un todo infinito, detalle insignificante, elemento perecedero i frájil, que no se renueva i que solo aparece por algunos instantes a embellecer un punto del inmenso cuadro de la naturaleza, que no perece jamas, i que se muestra cada vez mas jóven, lozana i brillante!.....

Pensamientos son estos capaces de quitar el frio a cualquier cristiano; pero como don Guillermo era protestante, no se le alcanzaba que el rei de la creacion, destinado por Dios para la vida eterna, no puede ni debe ser considerado como una avecilla destinada a ser comida en estofado, o como una flor, que si llega a tener buen fin no es otro que el de perecer desecada en el album de un enamorado. El hombre, aunque pecador, debe ser mas respetado : basta que todo le pertenezca en este mundo i el otro, segun lo ha dicho no sé que santo. Don Guillermo pensaba en aquellas herejías naturalmente, i por eso no perdia el frio que lo tenia yerto i sin accion.

Subitamente se abre de par en par la puerta en que estaba apoyado, i por poco hubo de caer, al sentirse flaquear en cuerpo i alma, pues que a mas del espanto natural que esto le producia, perdia el punto de apoyo que habia hallado en la puerta cerrada.

Una especie de hombre fué lo que vió detras M. Livingston cuando volvió sus ojos espantados, i luego otro, i otro mas, todos vestidos uniformemente i con aire i actitud iguales,

—Recóbrese, hermano, le dijo uno de ellos, i pase adelante, si se le ofrece algo.

—Gracias, replicó el ingles medio aturdido, debo permanecer aquí.

—Es inútil, agregó otro, porque la persona a quien Ud. espera no vendrá. Anoche ha sido aprendida, a poco de separarse de Ud. i Ud. mismo lo habria sido, si no hubiese salido tan pronto de la ciudad.

Don Guillermo ocultó su rostro en sus dos manos, como para esconder la impresion do-

BIBLIOTECA NACIONAL

lorosa que le causaron estas palabras. Quedó irresoluto, perplejo, temiendo que aquello fuese otra prision donde se le hacia entrar con buenos modos para que no se alarmase. Casi estuvo a punto de echar a correr para salvarse, pero vio que no tenia para donde. El valle era allí estrechísimo i cerrado por altos cerros, que describian en su curso el estremo de una elipse, cuya parte abierta se prolongaba por el lado donde estaba situada la ciudad. ¿Será este el término de la cueva, pensaba entre sí M. Livingston, o será la entrada?

Los personajes que tenia al frente lo miraban como adivinándole sus pensamientos. Entre Ud. le dijo uno, tal vez estaria Ud. mas seguro entre nosotros que aquí afuera; no tema Ud. nada, que estamos dispuestos a ampararlo.

Mal de su grado hubo de corresponder el ingles a tan bondadosa oferta, i siguió los pasos de sus nuevos protectores que lo conducian en silencio.

XIX.

VIDA CONTEMPLATIVA.

Nada mas propio de un amante desgraciado que meterse en un convento; testigo de ello la célebre poetiza cubana que cuando enviudó por primera vez se retiró a las monjas i no salió de ellas, sino cuando le volvió el estro del consuelo i se reconcilió con el mundo. Otros muchos testigos podrian citarse en apoyo de esa verdad; pero para que se necesita mas testimonio que el de una mujer que por sí sola equivale a un rejimiento. El dolor, con ser la lei primordial de nuestra flaca naturaleza, es sin embargo siempre una cosa nueva para nosotros, siempre nos toma desprevenidos, i nunca, a pesar de su frecuencia, nos produce efectos análogos, sino bien diferentes i hasta contradictorios. En unos desarrolla la sociabilidad hasta el punto de confundir sus efectos con el miedo, porque el dolorido no puede quedarse solo un momento, i halla su alivio en la compañia de otro ser que lo comprenda; pero en los enamorados, el dolor desarrolla la mas seca misantropia, los hace ariscos i fieros, insociables i fastidiosos, hasta que pára con ellos en algun convento, como en busca de arrepentimiento, o les inspira el saludable deseo de suicidarse, como para libertar a la especie humana de un ente inútil. Todo eso es natural i sucede porque debe suceder: luego no debemos condenarlo; ni tampoco debemos admirarnos de que nuestro héroe se hubiese hallado tan bien i tan a sus anchas en aquella especie de convento donde lo dejamos entrando, que pasados algunos dias, ya no pensaba en salir, porque solo allí podia llorar con libertad la pérdida de su Lucero. I afortunadamente lloraba, que asi pudo salvarse de la enfermedad propia de los de su raza, que se suicidan hasta por libertarse del trabajo de abrocharse los pantalones. ¡Que sabia es la naturaleza! Solamente a los ingleses les ha regalado esa enfermedad que se llama esplin, porque solo ellos son los mas orgullosos de los hombres, i por tanto los que mas necesitan de un mal que les haga comprender que son tan miserables como los demas humanos. Asi nos ha dado tambien a los españoles la mania de gobernar demasiado, porque precisamente somos los mortales mas ingobernables, cuando tenemos libertad, acostumbrados por tantos siglos como estabamos a ser arreados a látigo en todo i para todo. Este mal de nuestra casta ha sujerido a algunos sabios el pensamiento de que no somos aptos para el sistema republicano ni para ejercer nuestros derechos: con la misma lójica podrian discurrir que el esplin hace a los ingleses incapaces para la cocina, i esto no seria tan erróneo, porque todavia no se ha visto entre los ingleses ni un Botargus, ni un Brillat Savarin, ni un Soyer.

Pero don Guillermo no pasaba todo su tiempo en llorar, que al fin los ojos son una brillante porcion de la humanidad, i naturalmente cumplen tambien con la lei de cansarse de hacer siempre una misma cosa. Largos i frecuentes ratos empleaba en sabrosas i sabias conversaciones con sus albergadores, pero sin llegar jamas a comprenderlos a derechas. Al principio tomólos por escribas i fariseos por lo doctos i leguleyos que eran, i tambien por ciertos ribetes de hipócritas que les hallaba; pero luego varió de parecer i los calificó decididamente de Esenios. No era mui versado el ingles en materia de cultos, ni mucho ménos en conocer órdenes relijiosas, pues todo su saber no pasaba en el asunto de ciertas reminiscencias bíblicas; pero creia encontrar en sus huéspedes los mismos principios i sistema que aquella secta judia profesaba. Hacian vida comun, sin comunidad de bienes; se trataban como hermanos i tenian su espíritu de cuerpo, sin fraternidad; creían en la inmortalidad del alma, pero negaban absolutamente el libre arbitrio, como los Ese-

nios, pues sostenian que todos nuestros actos i pensamientos son el resultado necesario de un órden superior que no comprendemos ni podemos variar; practicaban el celibato, pero sin negar ni desconocer las ventajas del matrimonio, sino solo por motivos de pureza, a diferencia de aquel mozo de perros de que nos habla Víctor Hugo, que habia renunciado a varios matrimonios ventajosos, i se habia consagrado a cuidar perros, por la sencilla razon de que esos tienen solo siete especies de rabia i la mujer mil.

Como quiera que fuese, los Esenios de la Cueva, ya que por tales los tomó quien pudo observarlos de cerca, eran allí una potencia, en cuanto no se movia una paja sin su voluntad en todos aquellos contornos: ellos dirijian las conciencias i las opiniones, o mas bien eran los dueños del pensamiento, porque presentándose como ministros de Dios i como intérpretes de su divina voluntad, su palabra era la lei, i cada persona merecia una especie de adoracion, como que era el reflejo del poder eterno en cuanto repartian a su arbitrio la bienaventuranza o la perdicion. I para que su analojía con los Esenios antiguos fuese mas perfecta, estos tenian el mismo talento organizador, pues por medio de asociaciones piadosas, reglamentaban la caridad en su práctica, el sentimiento relijioso en todas las formas imajinables, hasta las de la idolatría, i todos los demas sentimientos i deberes, i hasta los usos, trajes, maneras i modales, proporcionándose así un ejército devoto que no les costaba un centavo, i consiguiendo por medio del ascendiente relijioso mucho mas que cuanto pudo alcanzar Pedro el Grande con todo su poder, cuando se propuso domesticar a los rusos. De esta manera les pertenecia a ellos, mucho mas que a los Jénios, la sociedad entera de Espelunco, i si habia jentes en quienes no tenia mucho prestijio el poder de los Esenios, esas jentes, sin embargo se sometian a él por no aparecer como rebeldes i conservar su buen crédito, o por no chocar lo que en su lenguaje llamaban preocupaciones del vulgo, i que, a pesar de creerlas tales, acataban i reverenciaban como verdades i como justas i sabias creencias.

Don Guillermo, hombre poco vividor, nada práctico, como hemos podido ya conocerlo, no podia estar en paz con las jentes que por indolencia soportaban i aun aprobaban lo que su conciencia rechazaba i su juicio condenaba como malo. A él no le causaba estrañeza que los Esenios no se contuvieran en el verdadero límite de su ministerio, i que arrastrados por la facilidad de conquistar poder, fuesen hasta sojuzgar la razon i pervertir el buen sentido con supercherias i mentiras: al fin en eso no hacian ni mas ni ménos que lo que hace todo ambicioso sin nobleza i todo el que especula con el engaño. Pero lo que no podia soportar era que hombres que se daban el aire de tales, reconociendo aquella invasion i condenándola en secreto, se abstuviesen de elevar su voz i su poder contra ella i la tolerasen con indiferencia o con respeto, ya por indolencia, ya por no poner en peligro su nombre o su quietud. En esto pensaba como ingles de educacion i honradez, pues que en su pais son mui raras esas transacciones de la indolencia i del egoisme con la maldad o el error, o a lo ménos no son tan frecuentes como en los pueblos de nuestra projenie, i tal suponemos al de la Cueva, donde la indolencia raya en imbecilidad i el egoismo en crímen.

Estas i otras observaciones de nuestro héroe casi son capaces de hacernos creer que los habitantes de la Cueva eran medio porros, pues vivian enbaucados, imbunchados i estraviados en todos sus actos i pensamientos i a todas horas. Don Guillermo que habia conocido al pueblo i a los hijos del pueblo cuando corria la caravana con Lucero, estaba ultimamente entre los Esenios colocado mui ventajosamente para tratar i conocer a la flor i nata de aquella sociedad, i hallaba que no era ella menos que el pueblo pobre la víctima de la ignorancia, de la mentira, del fanatismo i de la ambicion. En todas las clases notaba la misma indolencia, el mismo egoismo, el mismo descontento i malestar moral; la misma falta de principios, la misma carencia de amor i de fé por alguna idea o sistema, i por fin la misma ansiedad por algo nuevo, por algo que variase la situacion social entera; i en nada contribuia la fé relijiosa para consolar ese eterno dolor, porque en realidad no existia tan siquiera esa fé, i lo que se tomaba por tal no era otra cosa que miedo a la vida eterna en unos, especulacion en muchos, i en los mas, principalmente en las mujeres, necesidad de un principio, de un sentimiento, de algo en que ocupar la actividad humana que no hallaba en aquella sociedad muerta para todo lo bueno i lo grande ni empleo, ni estímulo, ni asiento.

Tenia razon Lucero, decia entre sí don Guillermo: si las jentes de allá arriba son como estas, no pueden ni con mucho tener el sentimiento del patriotismo. ¿Qué atractivo para el espíritu, qué goce para el corazon pueden hallar en una sociedad semejante? Fuera de los afectos domésticos, no hai nada que ligue al individuo con la patria, nada que halague siquiera su orgullo nacional; i fuera de los goces íntimos, el corazon no encuentra ni gloria que lo haga palpitar, ni grandeza que lo atraiga, ni belleza moral que despierte su amor ácia la patria, ni goces ni bienestar que lo adhieran al lugar de su residencia. El hombre se apega a las cosas por el sentimiento, i cuando la sociedad que nos da el ser no tiene medios de insinuarse en nuestros corazones, i por el contrario, nos hace pesada la vida, no puede ni debe contar con nuestro amor. Apostaria que no hai un habitante de Espelunco que no desée ser estranjero! . . . .

El trato con Lucero habia hecho filósofo a M. Livingston, i el retiro del claustro en que vivia, el silencio de sus parques i jardines, i mas que todo las penas que lo atormentaban, lo hacian meditar i moralizar a menudo, i aprovechar las lecciones de la esperiencia: es cosa sabida i mui repetida que los viajes i las desgracias enseñan mas que una biblioteca.

Pero habia una cosa que le hacia perder sus ínfulas de filósofo i lo hacia reir en medio de su dolor, i era la pretension que tenian algunos caballeros de los que frecuentaban su asilo de querer hallar un remedio a aquellos males sociales en la monarquía o en el gobierno de un rei. No estaban contentos con la oligarquía de los Jénios, i querian un solo dueño, una familia consagrada que les diera gobernantes de casta, a modo de los aficionados a las riñas de gallos que buscan el pollo fino i lo cultivan desde que es huevo hasta que tiene estacas que afilarle, con la diferencia de que los galleros se comen en cazuela los pollos que salen malos, mientras que los monarquistas son comidos vivos por el rei de casta que sale bribon.

Don Guillermo no discutia con estos políticos, sin embargo de que departia a menudo con ellos, paseándose en los jardines o descansando en los hogares de los Esenios. Ni como discutir con hombres que leian los escritos de algunos españoles a quienes se les ha ocurrido justificar las crueldades de don Pedro el colorin, porque con ellas se proponia dar unidad a la autoridad real, o rehabilitar a Felipe II porque tambien se proponia otras grandes cosas, como si el fin justificase todos los medios, o como si esos grandes fines no hubieran podido conseguirse sino con enterrar hombres vivos i con quemar en la hoguera, perseguir i espatriar a jeneraciones enteras. Naturalmente esos políticos debian estar enamorados de los gobiernos fuertes, i llamar a Felipe, con cierto obispo electo de acá arriba, el pio, humano i liberal monarca, justificándolo porque otra reina herética mató mas cristianos, como si un bandido pudiera escusarse con presentar otro mas bandido que él. Con su pan se lo coman, decia entre sí el ingles: si éstos creen que por que hai grandes naciones bajo el gobierno monárquico, deben esa grandeza a la monarquía i no a una antigua i vasta civilizacion i a otras causas benéficas que se han desarrollado a pesar de esta forma de gobierno, yo les daria que viniesen a remover con veinte yuntas de reyes los hondos males que aquejan este pais. Nó, no es el despotismo de uno o de muchos, cualquiera que sea su forma, el que puede estinguir la ignorancia, desterrar la mentira, atajar los avances del fanatismo i evitar los estravíos de la ambicion en una sociedad, sino el gobierno que, naciendo del pueblo, respeta su orijen i corresponde al pueblo, protejiendo sus derechos, haciéndole justicia, sirviéndole con amor, i cimentando su autoridad en el interes comun, en la union de las opiniones, en la fraternidad que surje naturalmente de la concordia i armonía de todas las aspiraciones.

Algun egoismo habia al parecer en esta reserva de M. Livingston, pero aun sin atenerse al refran que dice: en el pais donde fueres haz lo que vieres, él necesitaba mucha circunspeccion para no chocar a los que le retenian en un asilo tan seguro, del cual no se atrevia a fugar, mientras no tuviese siquiera algun conocimiento de la topografía de aquella comarca, para dirijirse en busca de la salida de la Cueva.

¡Terrible situacion la de nuestro amigo! Era víctima del amor como Abelardo, un Abelardo prisionero, sin saber donde, como Monte-Cristo; un Monte-Cristo pobre como Aman; un Aman lleno de paciencia i de esperanza, como Job; un Job dispuesto a sacrificarse por salvar a un pueblo como Marco Curcio. ¿Qué va a ser de él? Cuándo podrá salvarse? Cual será el premio de tanto sufrimiento?

ORTIGA.

Santiago en cuaresma.

Si bien no nacemos para pecar, como mui bien pudiera creerse estándose a la práctica de la vida, no puede negarse que pecamos mucho despues de nacidos, cuando se considera el modo como en esa práctica cada cual campea por su cuenta i propio riesgo, comprendiendo tambien a las veces el ajeno. —Pecar, parece la jeneral e irresistible tendencia de la frájil humanidad i lo único que abona esta fea propension, ya que no la disculpa enteramente, es el principio consignado en el adajio popular de «quien lo hereda no lo hurta» —Así es la verdad: nosotros, todos descendientes de la misma pecadora pareja, no hurtamos esa tendencia que nos asimila a las jeneraciones que fueron i a las que despues serán nuestra posteridad, uniéndonos con la nunca rota cadena del pecado, de cuyos eslabones mui pocos logran desprenderse a fuerza de sobrehumanos combates.—La ciencia médica ha observado que hai ciertas enfermedades, como la *gota* por ejemplo, que en algunas familias salta a menudo una jeneracion entera para reaparecer en la subsiguiente. Así un individuo no se la trasmite a su hijo muchas veces, pero los nietos resultan usufructuarios de tan linda herencia i con intereses.— El pecado, esta gota moral, no sigue esa estraña lei de la naturaleza: toma el camino trillado i desdeña esa caprichosa singularidad.—Del primer hombre lo heredaron sus hijos i desde entonces cada cual lo trasmite a los suyos sin necesidad de testamento ni de la mediacion de un notario.—En la sucesion de este fatal legado, fácil es imajinarse los perfeccionamientos i modificaciones que ha de haber recibido pasando por tan distintas manos.—Al principio fué uno solo el pecado que nos arrebató la herencia del Paraiso Terrenal i al presente no bastaria un millon de Paraisos si hubiesen de repartirse a los hombres en razon de lo que han multiplicado sus faltas.—Es la historia de la bola de nieve: fué casi un átomo al desprenderse de la cima del cerro i en la llanura es una mole inmensa, a cuyo empuje ceden i besan la tierra los mas robustos árboles de que se enorgullece la selva—¡El mundo avanza! He aquí la fórmula del progreso moderno, el *credo* de los optimistas del dia. Pero en su marcha lleva consigo al pecado, sin que la civilizacion haya podido esquivar su abrazo degradante, i así turba la mística contemplacion del que busca en continuas preces el camino del cielo para su alma atribulada, como los ensueños de la vírjen que al contacto de su aliento, pierden su diáfana pureza i tornan las alas al mundo de los pecadores en que vamos rodando.

Llega la cuaresma i todos se proponen la enmienda. Pero el hombre propone i lo demas corre de cuenta de su frájil cuanto imperfecta naturaleza. El niño sigue robando los dulces que su madre ha puesto bajo llave; el comerciante sigue prestando su dinero mediante un interes que avergonzaria a un israelita; el militar sigue aprendiendo el modo de despachar a sus semejantes al otro mundo, cuando la ocasion se presente; las beatas siguen comulgando todas las mañanas, por via de desayuno, i murmurando de las amigas en la noche por via de cena; el tendero sigue vendiendo por varas cuando la lei le manda hacerlo por metros; el empleado sigue codiciando el puesto de su superior; las niñas mirando en la iglesia a los mozos en lugar de mirar a los santos; los hombres en jeneral deseando la mujer del prójimo si es bonita i los escritores mintiendo cuando les conviene.—I mientras todos practican en cuaresma los mismos pecados que acostumbran en lo restante del año, muchos creen llegar a la perfeccion i rescatar sus estravíos comiendo de viérnes, ayunando tal cual dia i cumpliendo con la iglesia, ya que no cumplen con sus severos mandamientos.

Otros en quienes la voz hambrienta del estómago tiene mas imperio que la contricion, toman, como vulgarmente se dice por la tanjente, i se creen con la conciencia purificada enviando al estanco por *bulas* para satisfacer a mansalvo sus voraces apetitos, quejándose en sus adentros de que no se vendan bulas para todo.

Pero en las dos categorías que llevamos apuntadas, figuran solamente los que tienen la debilidad de confesar con franqueza sus creencias i no reniegan de la comunion católica. Hai otra clase, i no poco numerosa, que aprovecha la cuaresma para hacer valer su importancia de espíritus fuertes i su enerjía de volterianos.—Estos, bien entendido, se rien del ayuno i de las bulas que llaman burlas, i atacan encarnizados al infeliz que habla de confesarse, sin perjuicio de rezar su Pater cuando tiembla o sobreviene otro peligro cualquiera. Por supuesto que para ostentar su independencia i desprecio por semejantes pa-

trañas, ellos elijen los círculos en donde hai mujeres, por que saben que nada fascina los femeniles corazones como esa enérjica impiedad de voluntades incontrastables que ponga de relieve sus varoniles enterezas. Entre estos volterianos, figuran tambien muchos de los que a pesar de un vehementísimo deseo i el uso cuotidiano de la paveza i otros injeniosos cosméticos, no han podido violentar la naturaleza haciendo apuntar el bigote que los emancipe de la patria potestad. Ellos aparentan igual fuerza de racionalismo que aquellos, mientras contemporizan con los de su casa proporcionándose una cédula de comunion.

Pero al lado de los indiferentes, de los que cumplen por dar ejemplo, de los que compran bulas i de los espíritus fuertes, aparecen por todas partes los que componen el seráfico gremio de los beatos.—Estos son los que realmente resplandecen en cuaresma; estos los que invaden los templos, las calles i las plazas; estos los que se ocupan en catequizar al prójimo i hacer oir su melifluo acento en todas las esferas sociales.—El hombre perteneciente a este gremio pasa casi desapercibido entre la multitud i como pidiendo perdon a los demas de hallarse dentro de su levita, tanta es la humildad de su porte i la suavidad de su voz.—El beato orgulloso es una escepcion, es un ser dejenerado de la especie, puesto que renuncia por este solo hecho a los beneficios de la bienaventuranza.

El orgullo del gremio entero, la perla de la especie, el brazo fuerte de esta falanje es la beata. Ella está en pié desde el alba i armada de su alfombra i su manton.—La beata de buena raza desdeña la crinolina o guarda infante: ella no tiene nada que guardar mas que el ayuno. —La cuaresma es su edad de oro, es la época de su gloria i de sus triunfos.—Hija de Eva, quiere rescatar a fuerza de constancia el mancillado crédito de su sexo i probar que aquello de la primera frajilidad es una invencion maligna de los tiempos.—Para esto su actividad es infatigable: su primer paso es a la iglesia, despues de haberse levantado, por supuesto, en gracia de Dios. Allí se desayuna con una hostía, oye su misa, pisotea todas las basquiñas bonitas que encuentra al paso, hace señas a frai Fulano para anunciarle que el mate está pronto en la casa, oye del sacristan las noticias de la víspera, toma el agua bendita i sale como una sombra de la iglesia. Desde entónces se encuentra en todas partes, recorre todas las casas posibles, oye todas las pláticas, se informa de cuanto acontece, no falta a ningun sermon, se multiplica al infinito, siempre infatigable, siempre con la vista baja i el oido alto, siempre condolida de ajenas frajilidades i haciéndose perdonar las deudas asi como ella perdona a sus deudores. Para multiplicarse de este modo, necesita de una incesante locomocion, asi es que la alcanza el tiempo para todo, ménos para hallarse en su casa al cuidado de su familia i de los suyos. Al recorrer las calles no levanta jamas la vista sobre los hombres, pero examina el traje de cada mujer que pasa a su lado, alzando al cielo los ojos si la que ve va un tanto escotada, como para tomarlo por testigo de la nefanda profanacion de aquella descarriada oveja, que bien puede ser una buena madre de familia que consagra su tiempo a sus deberes domésticos.

El lenguaje de la beata lleva tambien el sello de esa constante peregrinacion de templo a templo, de la existencia nómade que arrastra en medio de poblaciones ocupadas de la vida material i especulativa.—Su trato continuo con los hombres consagrados al culto, la dota de un vocabulario en que confunde lo sagrado i lo profano, los términos del devocionario i los de le conversacion vulgar, formando un barullo insufrible en el que se invoca a la vírjen i a todos los santos para los mas triviales objetos.

—Padre mio san José ¡vaya con la mujer flaca! dice una beata a su amiga divisando a otra que pasa i la saluda.

—Ay, vírjen de mi alma, hijita, si la envidia es lo que la tiene tan seca, dice la otra.

La beata lo sabe todo, hasta callar cuando la conviene, lo que no es tan fácil como a primera vista parece; conoce los gustos del confesor i no descuida el dia de su santo para enviarle las mejores *coronillas*, que son el clásico agasajo de las jentes de aquel gremio. Ella se encuentra al cabo de los incidentes del capítulo en cada convento, trabaja en favor de su candidato, se lamenta si está de *cola*, arregla los altares cuando se halla triunfante i la queda tiempo para sacar ánimas del purgatorio en los ratos perdidos. Así vive en incesante afan, ajitándose por gusto i por instinto, averiguándolo todo por curiosidad, rezando por costumbre, invocando a los santos por manía i, hablando del poder temporal del Papa el que, a diferencia de la circular de Mr. Thouvenel, cree inseparable del poder espiritual.

Figuraos ahora esos elementos etereoj éneos de nuestra sociedad lanzados a la calle en la noche del Juéves Santo a correr las estaciones, como dicen, i pensad en las estrañas escenas a que darán lugar tan encontrados gustos i creencias.

Algunos dias ántes del citado, los distintos círculos de Santiago se hallan preocupados de la misma idea : ¿habrá o no cucuruchos? Esta es una duda que asalta cada año a nuestra poblacion desde que se aproxima la Semana Santa.—La voz jeneral declara que sin cucuruchos no se puede hacer nada : una Semana Santa sin cucuruchos sería una fiesta ilusoria, incomprehensible, como un diez i ocho de setiembre sin formacion en el campo de Marte.

—Dicen que la Intendencia no ha querido permitirlos, observa uno de esos cronistas sociales que pr t nden saberlo todo, antes de que nada haya sucedido.

—Nó, esclama otro, permiten que salgan cucuruchos; pero sin bonete ni baston, porque el disfraz puede ser peligroso.

—Pero así nadie querrá pedir limosna mas que los rotos, dice uno de mas allá.

—Mejor sería que no saliesen, dice una niña; a mí me dan tanto susto.

—Pero hija, si son hombres no mas, le replica la mamá con la autoridad de la esperiencia.

—Ademas, dice el padre de familia, que sin cucuruchos el pueblo quedará descontento i.....

—Ríase Vd. del pueblo, le contesta un político, la jente sensata.....

I como de los cucuruchos se pasan a la política, las niñas se retiran i los hombres quedan dueños del campo.

El juéves santo llega, por fin, disipando las dudas sobre los cucuruchos, los que desde por la mañana se desbandan por las calles haciendo oir en los patios de las casas la voz tan conocida : *¡Pal santo entierro de Cristo i soleá de la Virje!*

Alármanse con esto los niños que corren chillando en todas direcciones, salen a carrera las criadas para ver si el cucurucho es ño Fulano i ladran los perros ante la estraña i sombría pirámide que semeja el que pide la limosna.

En la calle el cucurucho va siempre escoltado por tres o cuatro pilluelos que observan sus movimientos con el interes de la infancia por aquello que se reviste de algun misterio i, diz que entre estos piadosos buscadores de limosna, se intercalan algunos cucuruchos apócrifos que entran a las casas sin gritar como los verdaderos i dirijen la palabra a las niñas con preferencia a las señoras.—¡Ya se vé, el amor es capaz de inventar tantos disfraces en este pícaro mundo!

Atendiendo, pues, a lo que el público vé i a lo que solo ven algunos mas observadores que el público, se puede establecer que :

Hai cucuruchos lejítimos a quienes inflama el amor a la relijion i a su brillo.

I cucuruchos falsos o, con perdon del habla, cucuruchos de *contrefaçon*, a quienes mas inflama el amor al prójimo con tal que este sea del sexo prohibido, es decir del femenino.

Por lo demas i en honor de la verdad, es preciso decir que tanto los cucuruchos lejítimos cuanto los otros, son siempre urbanos, modestos i amables.—Lástima grande da el pensar que los hombres tengan necesidad del disfraz para mostrarse tales como debieran ser siempre.

Resuelto ya el problema de los cucuruchos con su presencia por las calles i plazas, la sociedad se declara satisfecha en jeneral, bien que las niñas se asustan, que los chicuelos de cada casa atruenan los ámbitos de su residencia repitiendo hasta el cansancio las palabras con que piden limosna i que ciertos maridos celosos no dejan de temer que alguno de los que piden para el entierro de Cristo venga con intenciones de enterrar su honra, porque ha oido decir aquello de los cucuruchos apócrifos i como suele decirse, los celos hacen ver las cosas de otro color. Mas, salvo estas escepciones, la sociedad se encuentra satisfecha i apénas da la oracion sale a correr estaciones con un ardor que los santiaguinos despliegan mui rara vez.

Largas columnas de las hermandades relijiosas, que van rezando las oraciones del caso; grupos de mujeres de varias edades que rezan el rosario; parejas de jóvenes que conversan con poca reverencia; niñas que pasan i los miran a lo que ellos nunca dejan de responder; estranjeros que salen a observar; criados que han conseguido licencia; colejiales que se hallan en asueto; jentes de los suburbios que traen de allí su curiosidad i sus olores; pobres que piden limosnas i ricos que no la dan; he aquí lo que forma una masa ambulante i casi compacta en las calles de la

capital, en sus plazuelas i templos en la noche del Juéves Santo.—Esos elementos se ajitan, se vuelven en direcciones opuestas, se empujan, tropiezan, oran i maldicen, suspiran i rien en la peregrinacion que emprenden de iglesia a iglesia, sino animados del relijioso respeto que la noche reclama, movidos sí por la curiosidad de verlo todo, curiosidad que acaso no dista mucho de parecerse a la que apiña en torno de la cárcel el inmenso jentio que nunca falta, cuando sacan a algun infeliz a sufrir el último suplicio.

Varios jóvenes se acercan a una iglesia, llevándose por delante a la jente de manton que encuentran al paso i haciendo que alguna vieja intercale un juramento nada piadoso entre un «Santa María» i un «madre de Dios.»

—Mira, allí va la Fulana, esclama uno de ellos.

—¿A donde? preguntan los otros.

—Allí, va entrando a la iglesia ¿no ven?

—Sigámosla, responden los otros i avanzan hasta la puerta del templo, que se halla obstruida por la apiñada muchedumbre.

Ellos son jóvenes i no reconocen obstáculo: dan un primer empuje i a su impulso la masa de cuerpos humanos se ajita en espesas oleadas, cayendo algunos, vociferando otros, estas defendiendo sus crinolinas, aquellas asiéndose del manton que quiere escaparse, pisándose, dándose codazos desesperados i tratando cada cual de ganar el terreno que ha perdido.

—Aquí no debe *pecharse*, dice una voz.

—Podian ver que están en la casa del Señor, observa otra.

—Mamita ¡que me ahogan! grita una chiquilla.

—No te descuides con tu pañuelo, dice un papá a su hijo.

—¡Ah! esclama turbada una niña sin decir a su madre lo que la sucede.

—*Pa los pobres presidarios*! jime una voz lastimosa, haciendo sonar una cadena al mismo tiempo.

—*Pal señor de la Caña*, vocifera otro al interior.

—Fuera los *futres enteraos* dice un ciudadano de los arrabales.

—*Pá la cera del Santísimo.*

—Allí vá, allí vá, esclama uno de los jóvenes divisando a la Fulanita perseguida, la que de en medio de la borrasca tiene tiempo de lanzarles sus brillantes miradas como una sirena.

I los jóvenes cobran con esto nuevo aliento, i gritan las víctimas de la apretura, se encomiendan las beatas a todos los santos, apura su doliente queja el presidario de la puerta i domina con su tiple, todo el bullicio aquel que pide para el Señor de la Caña.

Por el estilo de esta escena se repiten infinitas durante la noche hasta la hora en que se cierran las iglesias i cada cual vuelve a su casa a contar lo que ha visto i lo que ha hecho, a describir la iluminacion de tal iglesia i a deplorar los contrastes que le han acaecido corriendo las estaciones.

Al dia siguiente, despues que muchos han dormido su siesta, despues que muchas han llorado en las tres horas i despues que todos han hecho la última comida de viérnes, la poblacion vuelve a esparcirse por las calles para ver la procesion que tiene lugar en la noche.—En esta se repiten escenas parecidas a las de la noche anterior, los mismos que rezan, los mismos persiguiendo a las mismas, el pueblo arrojándose como un torrente, no límpido ni cristalino por cierto, para seguir la marcha de las andas; los fieles alumbrando i dejando caer la cera derretida en la espalda del vecino; los niños llorando, los que visten de judios causando las delicias del soberano pueblo i los cucuruchos, como gladiadores estenuados por la lucha, arrastrando las cansadas piernas bajo el empolvado traje i probando que no hai entusiasmo humano que no decaiga ni fiesta que no tenga su ocaso.

Al dia siguiente se prende a Judas i todos se regocijan, menos los perros que corren despavoridos, huyendo de los cohetes con que el pueblo santiaguino manifiesta su alegría.

Despues, la capital toma de nuevo su aire grave i apático, revístese de su manto de soberana indiferencia i olvida, hasta el diez i ocho de setiembre próximo, que todavia puede divertirse de cuando en cuando.

Abril 10 de 1860.

NADIE.

Cuzco i Lima.

Conclusion.

El señor Markham llegó a Lima por la vía de Estados-Unidos (donde preparó su viaje permaneciendo algunos dias en compañía del ilustre Prescott) i Panamá, a fines de 1852; i como su mision especial era estudiar las ruinas de la época incaria que existen en el

interior del antiguo imperio, se puso en marcha para el Cuzco el 7 de diciembre de 1852, sin mas compañía que la de un soldado de caballería que debia servirle de mui precaria escolta en su peregrinacion.

El itinerario del viajero ingles desde Lima al Cuzco no ofrece nada de mui notable.

Detúvose de paso en las célebres ruinas de Pachacamac, a las que así como a las de Tiahuanuco, en las orillas del lago Titicaca, atribuye un orijen acaso anterior a la civilizacion comparativamente moderna del fundador misterioso del Cuzco; i despues de recrearse algunos dias entre las hospitalarias mansiones del valle de Cañete, subió la sierra, i deteniéndose en Ayacucho para visitar el campo que simboliza sus glorias, se apeó de su mula en la prefectura del Cuzco el 18 de marzo de 1853.—El autor siguió hasta Cañete el itinerario de otro viajero americano a quien cita varias veces.—Aludimos al chileno don Pedro F. Vicuña que en 1846 recorrió esta parte del Perú.

A propósito de la batalla de Ayacucho no podemos ménos de hacer una reflexion sobre la tendencia acaso mas pronunciada que tienen la mayor parte de los viajeros ingleses, a saber, de encontrar por do quiera en su camino la huella altiva de la poderosa nacion a que pertenecen i de la que con justicia viven tan orgullosos. La Inglaterra es sin duda una gran nacion, es la Roma de los modernos dias, pero el celo de sus hijos exajera de tal manera sus hechos, su prestijio, i las hazañas de sus héroes en tierra estraña, que provocan en todas partes una contradiccion tanto mas natural, cuanto que está fundada en un sentimiento nacional herido con injusticia.—Así acontece precisamente al señor Markham, a pesar de la modestia que respira su obra, escrita sin pretensiones i aun con un candor simpático i caloroso. Al hablar de la batalla de Ayacucho, en efecto, el autor no solo trae a colacion los poderosos recursos monetarios que la Inglaterra proporcionó a la América del Sud, (lo que mui presente nos lo hacen tener las bocas de sus cañones apuntados siempre sobre nuestras pobres tesorerías,) sino que al hablar de los soldados de fortuna que vinieron a segundar noblemente la causa independiente, afirma (páj. 318) «que el valor de los ingleses fué el *principal instrumento* para afianzar la independencia de las repúblicas de Sud-América,» i alega, a propósito, que en la batalla de Carabobo la lejion inglesa salvó a Colombia, i en Ayacucho, la carga de caballería del bizarro jeneral Miller decidió de la suerte del Perú. Mas adelante todavia sostiene (páj. 318) que la otra gran victoria de la independencia peruana (Pichincha) se obtuvo «principalmente por el valor de los ingleses bajo Mackintosh» i poco despues todavia, (páj. 327) insiste, aunque ciertamente con mas visos de razon, en atribuir la obra de la independencia del Pacífico a su compatriota Lord Cochrane i a los marinos ingleses que lo acompañaron i que en realidad prestaron a la escuadra de Chile distinguidos servicios.

Pero nosotros no hacemos una acusacion especial al señor Markham por este desvío político de su imparcialidad histórica. Este es una especie de hábito de los escritores ingleses, al tratar de sus alianzas militares con otros paises, i particularmente cuando se habla de la raza española. Véase como un modelo en gran escala de esta verdad, lo que han escrito sobre las campañas de la Península, Southey, Napier, Ford i el mismo circunspecto duque de Wellington en sus famosos despachos.

El señor Markham, que como vemos no parece fuerte en entender nuestras batallas *anglo*-sud-americanas, comete tambien respecto de Ayacucho algunos otros errores de no pequeña monta, como el atribuir la derrota del ejército realista a la *traicion* de Canterac, de quien dice era un *frances* en servicio de España, lo que es tan cierto como decir que Espartero (que el 9 de diciembre de 1824 se encontraba en Burdeos) se hallase presente en aquella accion de guerra, lo que tambien, como muchos otros, afirma el señor Markham.

Pero nos es fácil perdonar al autor del libro que analizamos este lijero despunte de vanidad sajona, porque (digámoslo de paso) tenemos entendido que el es un hidalgo (*gentleman*) de Yorkshire, i como tal es aficionado a las glorias nacionales, cosa que segun Walter-Scott es peculiarísima de aquella tierra.

Olvidemos pues, o mas bien pidamos perdon al lector peruano i al viajero ingles de nuestra digresion, i dejémonos conducir por el último en el recinto sagrado de la vieja ciudad imperial.

Esta es la parte verdaderamente notable i nueva de esta obra curiosa. El Cuzco no es conocido, i Prescott apénas ha podido dar una

lijera idea de su estructura por las notas que el jeneral Miller ha insertado en sus memorias; pero el señor Markham lo describe en todos sus detalles con una gran claridad, valiéndose de un paciente estudio de los historiadores primitivos i del exámen personal de los lugares. A veces, en efecto, asciende el entusiasta anticuario el montecillo de Sacsahuaman, contemplando la ciudad que yace silenciosa i casi desierta a sus pies, mientras que los paredones del palacio de Colcampata ruedan en escombros por las faldas abruptas de la gran fortaleza, divisando mas allá la nevada cabeza del Asungato que se alza por entre los picos de la lejana sierra, como otra ruina de las convulsiones jigantescas de la América, que sin duda precedieron a los trastornos humanos de los pobladores. Otras veces el viajero nos conduce a los palacios de la grandeza, o a los claustros de las vírjenes, o a los templos transformados cuyos cimientos cícopleos, testigos de la grandeza de un pueblo, están acusando el turbulento i mezquino imperio de sus vencedores, en las paredes calisas i en las cornizas derruidas que vulgares albañiles han edificado sobre las obras de jénios misteriosos. O ya son las ruinas militares del imperio lo que llama la atencion del esplorador, i nos hace visitar la fortaleza—palacio de Ollan Itaytambo, sin duda alguna el monumento mas estraordinario de su ciencia que los artífices aborijenes nos han dejado.

Toda esta parte en la obra que a la lijera analizamos, tiene un encanto particular, i está escrita con una grata simplicidad que creemos jenial a la índole del autor. Pero lo que ofrece todavia un interes mas vivo i mas simpático, son sus escursiones en las montañas vecinas, donde el simpático viajero, no busca ya los escombros de las ruinas, sino al pueblo vivo, la tradicion palpitante de la raza, i estudia las costumbres, la lengua, i lo que es mas, la literatura, acaso ficticia, pero característica del pueblo aborijene. El Sr. Markham nos cuenta, en efecto, que se internó hasta los valles de Paucartambo, con el solo objeto de estudiar la lengua quichua i adquirir la posesion de algunas piezas o trasuntos de la literatura primitiva. A este propósito transcribe algunos pasajes de un drama que con el título de *Apu Ollantay* encontró en poder de un viejo cura de la montaña, llamado D. Pablo Justiniani que se decia descendiente de las familias de los Incas.—El argumento, el lenguaje, i la composicion dramática de esta pieza curiosa, es demasiado perfecta para que pueda atribuirse a la época semi-bárbara que precedió a la conquista; pero de todos modos es un trabajo lleno de orijinalidad, que cuando se conozca en toda su estension, no podrá ménos de producir una sensacion considerable en el mundo literario. El señor Markham adquirió tambien una versacion mas que mediana en la lengua quichua, de lo que ademas de excelentes nociones jenerales derivadas de las gramáticas de los jesuitas Gonzalez Olguin i Torres Rubio i de Von Tschudi, nos dá por via de apéndice un copioso i útil vocabulario *quichua-inglés*.

Como hemos ya dicho esta parte de la obra de Mr. Markham es lo mas especial, puesto que a esto se limitaba su viaje, i es lo que nos atrevemos a recomendar al lector peruano. Pero al mismo tiempo llamamos la atencion a otros dos de los once capítulos en que está dividida la obra, a saber, el octavo en que trata con estension de la hidrografía interior del Perú, i el décimo que contiene acaso la mejor relacion que se conozca de los sucesos de la era revolucionaria que ha corrido para el Perú desde la batalla del Portete de Tarqui en 1828 hasta la de la Palma en 1854.

Tal es ese lijerísimo bosquejo de ese interesante trabajo. Nosotros lo hemos reducido a tan breve espacio con la esperanza de que alguna pluma peruana, dote a su pais con la traduccion de una obra que promete a sus lectores horas de solaz i un acopio no escaso de ilustracion.

El señor Markham es ademas autor de varias obras de viaje a que su carrera de marino i su propia inclinacion le ha inducido. Se conoce de él una breve relacion de una campaña ejecutada en el buque la *Assitence* en los mares árticos, en busca de Sir John Franklin, con el título de *Franklin's Footsteps* i dos narraciones de antiguos viajeros, publicadas por la Sociedad Hakluyt de Lóndres, de la que el señor Markham ha sido secretario por algunos años.—Una de éstas i tiene por título *Narrative of the embassy of Ruiz Gonzalez de Clavijo to the court of Timour* i la otra: *Espeditions into the valley of the Amazonas*. Este último ofrece un interes considerable al Perú por ser la traduccion de los viajes hechos por Gonzalo Pizarro, Francisco de Orellana i el padre Acuña, que el autor ha estractado de los orijinales de Garcilazo, Herrera i Acuña,

ilustrándolos con una copiosa introduccion. Ambas obras forman dos volúmenes de 200 pájinas cada uno.

Sabemos que el señor Markham ha llegado por la tercera vez al Perú, en prosecucion de su tarea de investigaciones históricas i que en esta ocasion se propone llegar hasta las ruinas del Tiahuanuco en las fronteras de Bolivia, para cuyo pais está revestido de una mision diplomático industrial del gobierno ingles.

El señor Markham no viene solo en esta vez. Acompáñale una esposa jóven i bella, partícipe de su entusiasmo i de su amor por la tierra privilejiada que ahora van a recorrer i dotada ella misma de una brillante intelijencia i de las mas amables cualidades. Sea propicio a ambos el cielo del Perú, i puedan estos viajeros a quienes animan intenciones tan puras, el contar cuando regresen a su patria, que todavia brilla en el Perú con todo su esplendor aquel sol benéfico que hizo de estas zonas un paraiso i creó entre sus pobladores, con la prodigalidad de sus dones, la mas dulce de las virtudes de un pueblo: la hospitalidad.

Lima, enero 31 de 1860.

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

Ecos de la semana.

Santiago, abril 14 de 1860.

SUMARIO.—Un peligro i una cuestion en que nadie pára mientes.—Fuego para tanto frio.... i tanto hereje.—Frutos probables de la tardanza i la impaciencia.—Teatro.—Círculo literario.

El calor relijioso se fué con la cuaresma, el calor atmosférico ha empezado a irse con las hojas, sin que estas pérdidas hayan sido reemplazadas todavía por el calor de nuestra sociedad, cuyo termómetro sigue marcando muchos grados bajo cero. Soportable era tanta frialdad miéntras la atmósfera i la cuaresma, compadecidas de nuestro entumecimiento, se afanaban por mantenernos en calor; pero hoi que la una i la otra nos han dejado de la mano, tanta frialdad es insufrible i peligrosa ademas. No seria pues sobrenatural que de la noche a la mañana Santiago toda apareciese helada i sus dignos habitantes trasmigrasen, en calidad de fósiles, a los dominios del reino mineral, para servir de pábulo, andando el tiempo, a las investigaciones i conjeturas de algun jeólogo futuro. Dado tal caso, ¿en qué especie de animales nos clasificaría ese nuevo Cuvier? No parece que nuestra imprevisora capital ponga mucho interes en resolver esta cuestion, ni dé grande importancia a la proximidad de aquel peligro. Inmóvil i aterida de frio, continúa con su cara de viérnes, apesar de haber vuelto las comidas de carne i apesar de la Pascua, que no ha sobrevenido sino en el calendario.

Entretanto los friolentos deben sendos votos de gracias a la *Revista Católica* del sábado anterior i al incendio de antenoche, cuyas llamas han logrado reanimar por algunos momentos los miembros embargados de la novedad i de la charla. Las del periódico católico particularmente han sido majestuosas i voraces, dignas de un auto de fé i bastantes a consumir un centenar de jansenistas i otros herejes mas o ménos impenitentes.

Empero este calor transitorio no ha contribuido de modo alguno al éxito de la incubacion en que sigue trabajando la política. El nuevo ministro que debe suceder al antiguo está aun por forjarse i hasta ahora se mantiene sobre el yunque de la expectativa. Tal retardo acrecienta de dia en dia la impaciencia de los cronistas i corresponsales, quienes están resueltos, segun se susurra, a proveer por sí mismos la vacante si el esperado nombramiento no llega sin mas demora.

Por su parte el teatro, que segun todas las apariencias será el único asilo de nuestra sociedad contra las largas veladas de este invierno, se empeña tambien en proveer su vacante. Es seguro que esa vacante será llenada por una compañía dramática, próxima ya a organizarse i funcionar. Mientras esto sucede, el teatro ha abierto sus puertas el domingo último i volverá a abrirlas mañana a los *dilletanti*, para hacerles oir la fresca i hermosa voz de la señorita Larumbe, que no es una cantarina vulgar, i que en un primer concierto ha hecho su estreno en medio de jenerales i calorosos aplausos. ¡Tampoco le faltaron el domingo tales i tan buenos a Benedetti, cuya voz insinuante i expresiva vibró deliciosamente, ni a Frenchel, que es un pianista de sorprendente ejecucion.

Los *Amigos de las Letras* que asistieron anoche al *Círculo* escucharon la lectura de un artículo de costumbres, lleno de donaire i palpitante observacion, el cual bajo el título de *Santiago en cuaresma* enriquece las columnas del presente número de *la Semana*

Don Alberto Blest Gana fue quien leyó el artículo, pero *Nadie* lo ha escrito.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Abril 21 de 1860. Núm. 12.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION AMERICANA "JOSÉ TORIBIO MEDINA"

LA SEMANA.

SANTIAGO, ABRIL 21 DE 1860.

El diarismo

EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

VII.

La influencia de los gobiernos en la prensa ha sido hasta hoi casi siempre funesta. Con mas odio que amor por ella, la han llamado en su ayuda como uno de esos servidores impuestos por la necesidad de las circunstancias.

En jeneral, gobiernos i oposiciones, han visto en la prensa mas un arma de combate, un medio de desfogar sus resentimientos, sus odios, de dar una palabra a sus quejas, a sus amarguras, que un campo neutral en que toda idea, toda verdad, todo pensamiento, toda opinion tenian el derecho de hacer descender a él sus paladines para que los sostuvieran con conducta noble e hidalga.

Conocidas tenemos ya las simas a donde este error nos ha conducido; las dejeneraciones, los disgustos, las devastaciones, los abatimientos que en las rejiones de la publicidad tiene obrados; la confusion imperdonable que ha hecho de los alientos del desinteres i los resoplidos de la especulacion, de las abnegaciones magnánimas i los cálculos sórdidos, de las espansiones que honran, que elevan, que dignifican, i las hipocresías que manchan, que degradan, que corrompen.—Es necesario salir de esta callejuela enlodada, donde los miasmas que infectan la atmósfera, están en camino de ahogar las intelijencias, de estraviar los corazones, de encenagar los sentimientos, de arrebatar al alma su irradiacion, de envenenar las fuentes de la verdad, la creencia i la justicia.

Las sociedades hispano-americanas, es preciso confesarlo, por mas vergüenza i dolor que ello cause,—son impotentes para emprender esta obra, de que depende lo presente i lo porvenir, la ventura de hoi i la de mañana, el imperio del derecho, la consolidacion de la democrácia, la muerte sin resurreccion del mal i el entronizamiento del bien.—Ya se las ha visto en la obra. Ya se las ha visto coronando el vicio i volviendo la espalda a la virtud; dando vítores i aplausos al esclavo lisonjero, indiferencia i desprecio al censor independiente; complaciéndose en la adulacion, en el ditirambo cortesano, en el incienso venal, en el palmoteo pagado, i desdeñando ilusas! la verdad severa, el consejo desinteresado, el valor justiciero. Ya se las ha visto correr desaladas, jadeantes para ir a presenciar las contorsiones, entusiasmarse con los ademanes indecorosos, con las palabras irrespetuosas, con los escándalos. las maledicencias, las calumnias de la despechugada polémica;—miéntras que la discusion moderada, que busca la verdad i tizna con mano firme el error, quedaba sin oyentes, sin amigos, sin curiosos siquiera, cuando no se veia silvada por algunos pilluelos impertinentes.

Cuando todo esto se observa, es imposible aguardar que la sociedad reaccione sobre sí misma de su propio motivo,—es indispensable que una mano estraña venga a acepillar sus enlodados vestidos, i un aliento, tambien estraño, a soplar en las miserias que alberga en su corazon.—Si es cierto que el bien para ser estable necesita subir de abajo a arriba, en lugar de descender de arriba a abajo, hai momentos en que se debe romper con esa gran lei si no se quiere dejarse llevar por las corrientes impetuosas del mal.

Estúdiense estas sociedades de Hispano-América en todas sus esferas, altas, medias, bajas; búsquese la iniciativa, la personalidad, la vida propia, el acto propio; éntrese en el palacio, en el almacen, en el taller; póngase el oido a la charla social en el salon de tono, en el corrillo del paseo, en el círculo político, en las reuniones de la juventud,—i en donde quiera se encontrará desaliento e indiferencia,

el pesimismo con todos sus desencantos, la duda con todos sus miedos, el sarcasmo con todas sus impotencias. La risa, ese argumento de los idiotas, o la maledicencia, ese argumento de los bribones, están siempre i por todas partes en actividad para matar el arranque jeneroso, la concepcion levantada, el destello de verdad que se insinua en alguna cabeza jenerosa.—Así, no hai fé que no vacile, entusiasmo que no se apague, esperanza que no se disipe. Así, la intelijencia es la víctima de la necedad, la ilustracion la de la ignorancia, el valor la de la cobardía. Así, el hombre que piensa, que siente, que comprende, que es capaz de concebir una idea i perseguir su realizacion, que es poeta, que es artista, que es escritor, debe tronchar las cuerdas de su lira, romper su cincel, arrojar léjos de sí su pluma, si no quiere maldecir de todos i de sí mismo.—Vá tras la gloria, hallará el desprecio.—Vá tras el elojio, hallará la murmuracion.—Vá tras el aplauso, hallará la sonrisa importuna de algun titiritero de sensatez, que lo compadece.

Cuánta miseria, cuánta pequeñez, cuánto egoismo, i al mismo tiempo cuánta infatuacion, vanidad i quijotismo no encontraríamos mezclados, confundidos, amalgamados, formando casi un solo cuerpo, en estas sociedades, si fuéramos a dar a cada cosa su nombre, a cada acto su valor, a cada hombre su lugar; si fuéramos a arrancar su careta al gazmoño, al patriota de ocasion, al hombre de estado improvisado; si fueramos a echar a un lado el biombo cubierto de rótulos prometedores tras el cual cada partido se parapeta!—Pero esta seria una peregrinacion demasiado dolorosa, seria un segundo descenso al infierno del Dante, que queremos ahorrar al lector i ahorrarnos a nosotros mismos.

Dejemos a un lado la llaga que avergüenza, la putrefaccion que ahoga, la debilidad que degrada, i contraigámosnos tan solo a certificar un hecho.—Este hecho es que las sociedades sud-americanas caminan sin tino ni concierto, no saben a donde van ni lo que buscan, son navegantes perdidos en el Océano inmenso de la vida, embarcados en una galera averiada i sin mas brújula que una esperanza desfalleciente;—i sin embargo, pugnando por arribar al puerto de la verdad.

En esta situacion solo el valor i la fortuna de sus pilotos pueden salvarlas.

El gran ajente de esta obra de salvacion debe ser la prensa. Ella que, como el evanjelista, habla todas las lenguas, que no reconoce jerarquías, que se dirije lo mismo al potentado que al plebeyo, que penetra en el nido dorado i perfumado del aristócrata como en el desvan deteriorado i mal sano del pobre mano de obra;—ella sola es la que puede alumbrar la oscuridad de la ignorancia, disipar las neblinas del error, desentumecer las almas heladas por la desidia.—La prensa es una tribuna que tiene un pedestal mas alto que la cima de los Andes, desde ella se puede hablar a todo un mundo, sin que el mar con sus rújidos, el viento con sus bramidos, la tempestad con sus truenos, ni el hombre, ese moscardon intelijente, con sus zumbidos,—puedan apagar su voz.

¿Qué mejor eco quiere ni necesita la verdad?

Pues bien: demóselo.—Esta es en Hispano-América la obra de los gobiernos. Por qué, si ellos dan a la sociedad la escuela en que instruye a sus niños, la cátedra donde adquiere las nociones de la ciencia, el ferro-carril que empuja su comercio, su industria, desarrolla todos sus jérmenes de progreso material ¿nó le han de dar tambien la prensa, esa escuela, esa cátedra, ese ferrocarril de la verdad?

Hasta el dia los gobiernos han andado de riña con la prensa, han sido sus corruptores. De hoi mas es necesario que su interes i el de las sociedades los hagan cambiar de proceder.

¿Qué es lo que enjendra la mitad si no todas las perturbaciones de la América Española?—La ignorancia! la ignorancia que exajera el derecho i desconoce el deber; la ignorancia que persigue la sombra i huye de la realidad; la ignorancia que no sabe discernir la verdad del error, el bien del mal; la ignorancia que vé lo que le hacen ver i no lo que debe ver; la ignorancia, en fin, que, por una fatalidad incomprensible, es dócil a las seducciones del engaño, rebelde a las prescripciones de la lealtad.

Llévese a la América a los mundos de la luz i se la habrá salvado.

¿Han hecho sus gobiernos algo en este sentido?—Nada los mas; bien poco los ménos.—Los mas ni siquiera se han acordado que es indispensable que el pueblo sepa leer, para que sepa ser ordenado, trabajador, previsor i prudente. Los otros le han enseñado a leer sin darle nada que leer, sino son libros necios

i diarios apasionados.—De esta manera; los primeros gobiernan hatos de seres que debieran ser racionales;—los segundos, masas esclavas de la preocupacion o víctimas propiciatorias de las ambiciones tumultuarias.

Bajo cualquiera de estas condiciones no hai otro poder posible que el del látigo o el del sable; el poder que manda i no encamina, que impone su voluntad, no atrae a su voluntad; que degrada, que arrebata toda personalidad, toda intelijencia, toda espontáneidad, todo deseo, toda actividad propia, a la nacion que rije, i no la eleva a la conciencia de su personalidad, no sopla en ella la intelijencia, la espontáneidad, el deseo, que son la fuerza i la vida para hombres i pueblos.—En sociedades condenadas a una menor edad perpetua no hai otro gobierno posible que el teocrático o el autocrático; el poder infalible por la gracia de lo alto, o el poder infalible por el derecho de la fuerza. Llámese ese poder republicano o monárquico, aristocrático o democrático, absoluto o libre; sea la que se quiera la palabra con que se le bautice, el signo que lo represente, tiara, corona o banda,— siempre con esa tiara, esa corona o esa banda habrá un látigo o una espada.

Por esto las naciones americanas que aspiran a ser libres, grandes i prósperas a fuerza de teorías; que creen en la democracia que sanciona una carta constitucional que las turbas no conocen, no comprenden, no respetan ni aprecian, i que las clases altas miran con indiferencia, protestan de ella con cada uno de sus actos, con su conducta privada i pública, con sus costumbres, sus ideas, sus creencias i preocupaciones, - adoran en un ídolo de barro, pretenden dar solidez, consistencia i estabilidad a un edificio de carton colocado en una elevada cima, donde debe ser azotado por los cuatro vientos del Cielo.—De aquí es que cada revolucion política que en estas sociedades se emprende es una ilusion perseguida en medio de una atroz pesadilla.

Hagamos una justicia; no falta algun gobierno hispano-americano que comprenda estas verdades i que trabaje por empujar a la sociedad a las revoluciones sociales, que tienen su mas poderosa arma de guerra en la ilustracion. Con este fin se construyen ferro-carriles, se abren bibliotecas, se fundan escuelas. Pero esto no basta : es necesario que se creen tambien diarios, que es la manera mas rápida, fácil i segura de propagar las ideas.

No queremos grandes diarios, imitaciones del *Monitor* frances. Léjos de nosotros semejante idea. Nuestro pensamiento es otro.— Querríamos diarios que tuviesen abiertas sus columnas a todas las opiniones honradas, a todas las discusiones comedidas, a todas las teorias racionales; diarios en que el poeta, el literato, el publicista, el hombre de ciencia, encontraran un órgano de publicidad i una retribucion para sus labores.

La fundacion i sostenimiento de hojas como las que proponemos, exijirian en un principio fuertes desembolsos; pero ¿qué son estos desembolsos en presencia de los resultados?.... Con un diario de esta naturaleza publicado en cada capital de la América española, se daria a la intelijencia una proteccion eficaz i directa, a la sociedad un alimento intelectual sano i fecundo en bienes.

El mal mayor del presente, en materia de periódicos, es el estragamiento que en el gusto público ha obrado la polémica. Para combatir ese mal no hai arbitrio mas decisivo que el que proponemos. - Una nacion que contára con una hoja cotidiana que le diera la verdad sobre todas las cuestiones de su vida política, comercial, industrial, agrícola, literaria, científica; con una hoja en que todos los intereses encontraran su palabra, todas las buenas causas su defensa, todas las buenas ideas su lugar, todas las buenas obras su recompensa ¿podria mirar a esa hoja con desprecio? la dejaría morir?—No lo creemos. Los que hubieran tomado el hábito de ir a buscar su entretenimiento, su instruccion, la satisfaccion de su sed de curiosidad en un diario digno, abundante de noticias, abundante de sano juicio, de ciencia, de talento i verdad ¿qué aliciente hallarían en hojas en que la mayor parte de esas calidades estuvieran ausentes?

Diarios sobre tan amplias bases fundados, están llamados, no solo a adquirir una incontestable popularidad, sino a obrar una verdadera revolucion en la prensa.—Ellos serian la mejor lei contra los desmanes de la polémica, que quedaria de hecho invalidada.—Ellos serian el mejor Mecenas de las letras, que encontrarian en él un éco i un protector que las ayudaría con algo mas que buenas palabras i votos estériles.

La sola objecion que puede hacerse a esta idea, es que con la fundacion de diarios tan vastos en sus proporciones, tan jenerales en su interes, todos los diarios actuales vendrian

al suelo, se aruinaria mas de un industrial. Esta objecion tiene peso en Chile donde hai hojas cotidianas de consideracion mantenidas por empresas particulares, lo tendria en Buenos-Aires, lo tendria en Méjico; pero, de ahí en fuera, en parte alguna. ¿Cuánto no convendrian esos diarios a Bolivia, al Perú, al Ecuador, a la Nueva-Granada, a Venezuela?

Con respecto a esos paises donde la publicidad cuenta con representantes de valer, habria un temperamento que adoptar. —Este temperamento seria el que los gobiernos dieran al diario o diarios mas notables una subvencion que sus empresarios se comprometerian a emplear en gastos de redaccion, vedándose, desde el momento de admitirla, el mezclarse en polémicas apasionadas.

El impulso que de esta suerte tomaria el diarismo se escapa a toda conjetura. A dónde no subiria la importancia, el poder, la utilidad de un diario que pudiera tratar cuanta cuestion surjiera con ciencia i talento; que fuera profundo en todo, en todo razonador, en todo moderado; que pudiera ventilar con igual tino, saber i luces una cuestion política como una comercial; que hablase sobre industria como el mejor industrial, sobre ferro-carriles como el mejor hombre especial, sobre política como un profundo hombre de estado, sobre finanzas con toda la precision de un economista.

Entonces el diarismo seria en América el primero de los poderes, el amigo desinteresado del bien i la verdad, maestro i censor de la sociedad. Entonces llevaria a todas partes la luz, la ciencia, la enseñanza. Entonces dirijiria siempre, no estraviaria jamas. Entónces dejaria de ser el cómplice de los partidos, para ser su guía, su apoyo, cuando iban por el sendero de la justicia, la verdad i el progreso; su juez, sin misericordia ni apelacion, cuando ciegos, sordos, rabiosos i temerarios, querian lanzarse i lanzar con ellos a la nacion en las simas de la subversion i la anarquía. Entonces no habria verdad sin apoyo, mérito sin recompensa, interes sin representacion, injusticia sin castigo, especulacion dañada sin freno, talento sin fruto. Entonces todas las intelijencias i todas las voluntades, los estudios del literato, las inspiraciones del poeta, las concepciones del publicista, las observaciones del economista, las mentiras preciosas del novelista; todo lo que estudiaba, pensaba, trabajaba, meditaba, realizaba en el campo social, vendria a afluir a ese foco de luz para refluir de ahí en torrentes de ciencia i verdad hasta los rincones mas apartados del pais.

El dar una realidad a este pensamiento, monetariamente hablando, costaria bien poco a mas de una nacion de la América del Sur. En Chile se llevaria a cabo con treinta mil pesos anuales. Con treinta mil pesos, agregados a sus entradas actuales, se hace de cualquiera de nuestros diarios una hoja tan espléndida como el mejor periódico cotidiano frances, i que hasta pueda sufrir el paralelo con los diarios norte-americanos, i, quién sabe, si ingleses.

Un gran diario en cada capital sud-americana i diarios de provincia basados en una publicidad leal, serian los mejores ajentes de ilustracion i paz, de tranquilidad para los pueblos i estabilidad para los gobiernos.

Nunca lo repetiremos bastante:—nada de opresion ni de corrupcion para la prensa. La opresion va a santificar el mal. La corrupcion suele con frecuencia arrebatar su poder hasta al bien.— No es cortando el brazo que mata, como se estorba que otro brazo se contamine, es enseñándole a no matar.—En la opresion, como en cuanto emana de la fuerza, se traspira siempre la venganza que pervierte todos los sentimientos, subvierte todas las buenas cualidades i lleva a los corazones la compasion, esa media absolucion que acompaña al crímen castigado.—En la corrupcion hai degradacion para el corruptor, perdicion sin vuelta, sin esperanza de rehabilitacion, para el corrompido.—Todo poder prudente debe rechazar la opresion. Todo gobierno digno debe alejar léjos, mui léjos de sí hasta la intencion de corromper.

Reasumamos.

La corrupcion trae los diarios vendidos, las opiniones mercancias que nadie lee, que nadie respeta, que nadie atiende i que sobre nadie influyen.

La opresion, como dice mui bien un publicista brillante, «comete la mas culpable de las usurpaciones, la que se apodera del saber universal, fruto caro i penoso de innumerables jeneraciones, recompensa preciosa que Dios dá a la mas noble de las industrias, la de la intelijencia (1).»

Cuanto no se base en la absoluta justicia suspende el curso de las leyes actuales de la sociedad. Puede traer un bienestar mentiroso,

(1) Ambrosio Montt. Ensayo sobre el gobierno en Europa.

en el que se mece el hombre superficial, el político sin vista, el potentado orgulloso; pero no el que conoce el mecanismo social i puede apreciarlo en su conjunto, seguir en el hecho de hoi el resultado de mañana. – Hai una rueda que jira demasiado lijero, se modera su movimiento, se cambia el eje sobre que vuelve; ¿quién seria el temerario que fuera a suprimirla, sin producir un resultado funesto?

Purificar la publicidad, no limitarla ni bastardearla,—tal es la mision de los gobiernos hispano-americanos; mision hacedera con un poco de buena voluntad.—Cuando la primera máquina de vapor estalló, nadie dijo :—el vapor es un mal! todo el mundo dijo :—la máquina es imperfecta,—i se inventó la válvula de salvamento.

Justo Arteaga Alemparte.

Don Guillermo.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

XX.

TERCER CUADRO.

Era una tardecita de invierno, i el sol habia traspuesto los montes vecinos, dejando los parques i jardines de los Esenios iluminados con los últimos reflejos que todavía inundaban la bóveda celeste. Pero la oscuridad invadia ya las grutas i cenadores, los bosquecillos i los laberintos de aquella deliciosa mansion. Un aire sutil penetraba por los ramajes i enfriaba el ambiente.

Don Guillermo, que meditaba o penaba solitario en aquellos sitios, se retiró a los cláustros, sintiendo la necesidad de abrigo. Allí notó un movimiento desusado: multitud de notables de la ciudad llenaban los corredores, i secreteaban como tratando sobre algun gran acontecimiento. Poco a poco fueron desapareciendo, pues, entreverados con los Esenios, entraban a un salon reservado, i cerraban tras de sí la puerta.

El ingles quisó mostrarse desentendido de todo i ganó otro cláustro, tomando una galeria en alto que corria al costado del salon i que estaba ya oculta entre las sombras de la noche. Allí se pusó a pasear a lo largo i cabizbajo, sin tener en su mente idea fija ninguna: estaba en una de aquellas situaciones en que suele uno encontrarse cuando se propone averiguar un misterio i no halla por donde principiar, ni tiene luz alguna que le dé entrada a la cuestion que quiere resolver. Pero habiéndose acordado ya su vista con la oscuridad del sitio, al poco rato de estar allí, divisó un bulto que lo sorprendió, i que estaba inmóvil cerca de una puertecita aislada que habia como única abertura del largo paño de muralla que formaba aquel corredor. Aproximóse a él, i vió claramente que era un viejecillo pequeño, enjuto, de mala pinta, narigon i de ojos grandes que relampagueaban en la oscuridad, como los del tigre. Una conmocion involuntaria le heló la sangre i le hizo dar un chasquido en el corazon.

El viejo, sonriéndose i en una jerga poco intelijible, le preguntó:—¿Has perdido tú un rosario?

—No, respondió don Guillermo un poco amostazado.

—Ahí está uno colgado en el tirador de esa puerta, le dijo el viejo, i si tú lo quitaras i lo arrojaras bien léjos, me harias un gran servicio.

El ingles lleno de sospechas se acercó a la puerta, pasando por detras de su interlocutor, por precaucion, i notó que ademas el viejo tenia en su espalda una enorme joroba. Descolgó el rosario, i conoció en el tacto que era de cuentas de Jerusalen i que tenia en su estremo una gran cruz i un corazon pequeño de paño, que sin duda contenia alguna reliquia. Al volverse al viejo como señalándole al rosario, notó item mas que el hombrecillo era cojo, pues dió un paso hácia atras con una pierna tiesa e inflexible que parecia de palo.

—¿Crees tú en la virtud de ese sartal católico, apostólico, romano? le preguntó el viejo.

—No, dijo el protestante, porque no creo que nuestro Señor lo haya autorizado, ni en las sagradas escrituras se encuentra nada que lo autorize.

—Arrójalo entónces.

—Será mejor colocarlo en esta baranda, replicó el ingles, acercándose a la de los balcones del corredor, basta que haya aquí una cruz.

—Lo mismo dá, pero allá bien léjos, añadió con sonrisa el viejo i haciendo chispear sus ojos: ese talisman no me dejaba abrir la puerta. Me has hecho un favor, porque me interesa mucho asistir de tapado a la conferencia que hai adentro de esa sala. ¿Quieres tú asistir tambien?

Don Guillermo no se queria otra cosa, pero dudando aceptar la invitacion que le hacia un desconocido, que no le habia sido presentado,

le dijo:—No sé si deba, pues no sé con quien hablo, aunque me trata de tú....

—¡Hum! esclamó el viejo, escrúpulos de ingles! I resbalando hacia atras su pierna de palo, hizo un esguince en forma de cortesía, i añadió, accionando con su mano derecha:—Tengo el honor.... Soi el señor Asmodeo, interventor en todos los negocios humanos, i que ya una vez, hace trece años, tuvo que ver contigo, hijo mio.

Otro tiriton volvió a retirarle la sangre de las estremidades al ingles, al oir esta peregrina presentacion. Se quedó estático, i miéntras tanto, el viejo se acercó a la puerta, la tocó con dos dedos para abrirla de par en par sin ruido, i volviendo a repetir su cortesía con el cuerpo i la mano derecha, le dijo:—*Come in, Come along,* conmigo....

Don Guillermo titubeó; estuvo a pique de arrancar. Pero luego tuvo una corazonada, i siguió a su cortés compañero, entrando a una tribuna alta i balconada que daba vista al interior de una sala espaciosa i de murallas altas sin adorno arquitectónico de ninguna clase.

El viejito se sentó en un taburete de los que allí habia, puso su pierna buena sobre la mala, sacó de su bolsillo una ancha cartera roja, cuyo lápiz revisó, i apoyando su barba en el puño cerrado de su derecha, inundó la sala con sus ojos grandes i redondos, que lanzaban rayos siniestros i que se armonizaban con una perpetua sonrisa que pendia de sus finísimos labios.

Allá en el fondo del salon se divisaba una larga mesa cubierta con tapete verde i rodeada de sillones del mismo color, en los cuales estaban como incrustados los Esenios i los caballeros. A lo largo de la mesa corrian en hilera veinte blandones de metal con sendas hachas de cera verde coronadas por una llama azulada, que despedia reflejos inciertos i que apenas aclaraba los ángulos i la bóveda del salon.

¡Miren qué cuadro! dijo Asmodeo. ¡Miren qué caras! Ninguno de los convidados tiene ni lo negro de la uña del padre Schwartz, pero no por eso dejarán de ir a hacer tertulia en los infiernos a este reverendo inventor de la pólvora. Unos son panzones, otros enjutos; unos viejos, otros mozos; unos soberbios, otros humildes; pero de todos ellos no se puede hacer un buen demonio. I diciendo esto, comenzó a escribir en su cartera con mano convulsa, pero lijera, velóz, rápida, como si fuera movida por vapor; i sin dejar la operacion, preguntó a don Guillermo:—¿Qué dices tú de esto, hijo?

M. Livingston se iba familiarizando con un viejo tan afable, lijero i gracioso; i tomándolo por un instante por taquígrafo de algun diario como el *Times*, le correspondió con esta otra pregunta:—¿Tóma Ud. apuntes para publicar esta sesion?

¡Qué disparate! le replicó el viejo con una mirada que avergonzó al ingles. ¿Me has visto cara de chorlito o de escritor que es lo mismo? Mira, en este pais no hai ente inverosímil de esos que estás mirando que no sepa hacer su negocio mejor que los escritores; pues estos nenes cifran toda su dicha en verse reproducidos por la estampa, i por tal de publicar sus ideas en urdiembre, se despestañan i gastan su dinero, tiempo i salud, a sabiendas de que nadie los lee, ni entre ellos mismos, porque nadie sabe leer, aunque algunos sepan decorar. ¡Con qué! Me ves pinta de pertenecer a esa especie de locos? Vamos atendiendo a la sesion: allá tienes un tonel que habla.

I en efecto un señor casi cuadrado, que se divisaba de frente, llevaba la palabra en ese momento. «Yo vivo retirado del mundo i pensando solamente en estar bien con Dios; pero no por esto me liberto de vejaciones atroces. No hago mal a nadie.»....

—Pero tampoco haces bien, refunfuñaba entre dientes Asmodeo, rasguñando, que no escribiendo en su cartera; ni eres capaz de dar un grano de trigo al gallo de la pasion, por que piensas que con solo rezar por tu alma cumples con el que está allá arriba.

«Yo, agregaba otro de los notables, he consultado con mi conciencia mui detenidamente i hallo que la resistencia es un deber.»

—Así puedes hallarte sábio en tu conciencia, gruñía Asmodeo, porque tú te la formas a tu paladar, pues la conciencia no es sino la opinion que cada cual se forma segun sus creencias, errores, gustos e inclinaciones.

Otro convidado tomó la palabra, protestando que él no pensaba mas que en sus negocios, sin mezclarse en nada, i que sin embargo sufria mucho en su persona e intereses.

Pero Asmodeo le acotaba.—Piensas en tus negocios, pero mucho mas en los ajenos, por que tienes los instintos de la sanguijuela, a pesar de tu figura de tábano.

«Yo esclamaba uno, hago todo el bien que puedo;» porque estás cansado de hacer

mal i temes a la muerte, añadia el viejo siempre tomando notas.

«¡Para qué cansarnos, señores! gritó con enfásis otro: ¿Quiénes mas acreedores a respeto i consideracion que nosotros, que siempre hemos apoyado el poder i permanecido devotos a nuestra relijion?....

—Sí, dijo Asmodeo riéndose, la devocion es vuestro fuerte. Sois devotos al poder porque os gusta gobernar o porque sacais siempre piltrafas de estar bajo el ala del poderoso; i sois devotos a la relijion de puro miedo al infierno, porque os imajinais saldar con golpes de pecho vuestra larga cuenta con el diablo, i no por amor a Dios ni a su lei, que no conoceis ni por las tapas. En el fondo no teneis mas que egoismo i presuncion, indolencia i orgullo.

—¿I es posible, preguntó el ingles, que todos sean tan malos?

—No, replicó Asmodeo, hai tambien buenos, i con esos no hablo, porque están en memoria, i se limitan a llorar i deplorar la corrupcion jeneral. Allá en el cielo se duerme mucho, amigo, o se pasa el tiempo mui bien entretenido, pues nunca se acuerdan de las cosas de acá abajo i dejan a los buenos sin proteccion, i a los malos sin atajo: por eso es que nuestra cosecha es siempre mejor i mas abundante que la del padre viejo, i por eso es que mas gobernamos nosotros en el mundo que el Dios de los buenos.

En ese momento tomaba la palabra uno de los Esenios, encantando con su dulce semblante i sus suaves ademanes a la concurrencia; pero arrancando al viejito algunas esclamaciones, como éstas: ¡Brigand! Bribon! Rascal! Impostore! Conspirador! Traditore!

«Confiando nosotros, decia aquel, en el parecer que uniformemente han mostrado todos estos respetables señores, hemos tomado algunas medidas preventivas. Entre otras, por ejemplo, hace tiempo que retenemos aquí a un estranjero que era perseguido con una hechicera que lo acompañaba en su fuga. Una noche en que hubo de ser aprehendido, pudimos obrar de modo que lo fuese su compañera, i él quedase libre i asilado entre nosotros.» (Esto es contigo dijo Asmodeo al ingles). «Este hombre puede servirnos mucho. Estando a nuestra disposicion i en nuestra casa misma la salida de la Cueva, porque nosotros dirijimos la inspiracion de los Jénios al mundo, i mantenemos la comunicacion con esas rejiones, podemos facilitarle la salida con la condicion de que nos procure el auxilio de los de afuera para derrocar a los Jénios i establecer nuestro poder.» (D. Guillermo no respiraba; no era mas que orejas para oir i ojos para mirar). «Este hombre necesita vengarse de su larga peregrinacion en la Cueva, se afiliará con entusiasmo a nuestro servicio. Nosotros poseemos la clave del sistema sobrenatural de que los Jénios se valen para influir en las cosas humanas, pero no tenemos la fuerza necesaria para derrocarlos, para ocupar su lugar i ejercer su poder. Apelémos a la alianza con los hombres que en el otro mundo profesan nuestra doctrina. Pero para llevar a cabo el plan es necesario que podamos disponer de un caudal, que lo formemos entre todos».....

El discurso fué interrumpido por los regüeldos de un notable a quien le habia dado flato.

—¡Fuit Illium! dijo Asmodeo, ardió Troya, i se echó a reir convulsivamente.

El enfermo se habia levantado de su asiento, i con él casi todos los concurrentes. Algunos de ellos, ganando la sombra de los otros, se acercaban a la puerta mui disimulados i desfilaban para afuera. Otros se ponian en corrillos a conversar por lo bajo con gran seriedad; aquellos se paseaban, i muchos, contajiados por el flato, comenzaron a sentirse indispuestos. En un cuarto de hora mas, habiendo ya mui pocos concurrentes, el senescal de los Esenios creyó prudente aplazar la reunion para otro dia, i el salon quedó desierto i a oscuras. La reunion habia terminado sin acuerdo ninguno, sin resultado, repentinamente, como termina la sesion de una cámara, cuando se ve en apuros un ministro que dispone de la campanilla. Tal vez los Esenios i sus afiliados no tenian hábitos parlamentarios, o tal vez entre estos últimos habia costumbre de salvar un compromiso o de conjurar un peligro, recurriendo al flato.

Como quiera que sea, los dos espectadores de este espectáculo se habian quedado en la tribuna, el uno riéndose i refunfuñando, i el otro estupefacto, como una estátua de piedra, i casi en ayunas del contenido i significacion de lo que acababa de ver.

XXI.

EN DONDE SE VE QUE NO ES MALO SALIR COMO SE HA ENTRADO.

¿En qué piensas Guillermo? decia Asmodeo un momento despues a su compañero, sacu-

diéndolo de un brazo; i este alumbrado en medio de aquellas tinieblas por los dos carbunclos que usaba por ojos el otro, tomó un asiento, como fatigado i siguió pensando, puesto un dedo en la sien i la vista fija en el suelo.

—¿Piensas quedarte aquí? No puede ser porque voi a cerrar la puerta, agregó el viejo.

—No, al contrario, dijo el ingles; pienso en irme ahora mismo. ¿Cómo ha podido escapárseme la salida de la Cueva, puesto que está en esta misma casa, que tanto he recorrido i examinado. ¿Qué misterio es este? Miente acaso el Esenio que acaba de hacer esa revelacion?

—Dice la verdad, replicó Asmodeo, i tú debes haber pasado mil veces por esa salida sin reconocerla: está al fin del parque mas inmediato. ¿Pero por qué no esperas a que te nombren embajador?

—¡Si hubiese de ser para que todos cayeran, esperaria. ¡Mas, la salida! Dios mio!!....

—Cuidado con esas esclamaciones, si quieres hallar la salida.

—¿Por qué? Podria señalármela Ud.?

—Es claro que sí. Favor por favor: tú me has abierto la puerta de esta tribuna; yo te abriré la otra. Pero necesitas, no solamente el valor que tenias cuando entraste a la Cueva, sino otro tanto mas: vas a atravesar un camino espantoso. Yo te acompañaría, porque solo no saldrás jamas. Sí, te acompañaré con una condicion. . . .

—No admito condiciones: fio en mi valor i en mi porvenir.

—Corriente. Voi solamente a ponerte en la puerta; favor por favor i estamos a mano. Vamos.

—Vamos pronto.

I salieron de la tribuna, cerrándose tras de ellos suavemente la puerta. Bajaron de la galeria, tomaron un cláustro, se introdujeron por un pasadizo, pasaron una puerta, otra mas i despues otra; todavia un callejon i salieron a un parque cuyos frondosos árboles dormian en silencio, sin que la mas lijera brisa ajitase su follaje. El silencio era profundo; solo se oía el golpe de la pierna coja de Asmodeo en el suelo limpio i endurecido de la avenida de árboles que habian tomado. El viejo marchaba a paso redoblado adelante, i el ingles tenia que apurar el suyo para no quedar atras.

Al fin de la avenida, se esplanaba el lugar, pues terminaba la arboleda; i solo tenian a su frente un cerro elevadísimo que parecia tocar las estrellas con su cumbre. M. Livingston veia levantarse sombras vaporosas por todos lados, i comprimió sus ojos con la mano, para persuadirse de que esos fantasmas eran una ilusion de su vista. Pero cuando volvió a mirar, los halló mas cerca, i no pudo ménos de esclamar:

—¡Estamos perdidos, nos han rodeado los Esenios!

—No hai cuidado, son mis espíritus, que me hacen los honores de ordenanza, esclamó el viejo, al momento de llegar a tocar una enorme roca que se avanzaba del cerro, como centinela. Aquí está la puerta,: busca un boton que debe estar ahí.

D. Guillermo recorrió su mano durante algunos minutos en el paraje que se le indicaba i halló un punto redondeado que le pareció de fierro.

—Aquí está, dijo conmovido.

—Apriétalo, le replicó Asmodeo; i el peñasco dió una media vuelta sobre su eje, a la presion violenta que el ingles hizo en el boton, dejando en su base una abertura oscura i renegrida, larga i angosta, que seguia en su curso la curba de la figura de la roca.

—Entra, agregó Asmodeo, i buenas noches; hasta mas ver.

El ingles intentó darle la mano en muestra de agradecimiento, pero él le volvió su joroba mirando ácia el parque i silvando despacito un aire de Roberto el Diablo.

Bajó M. Livingston lleno de emocion, i adentro sintió una atmósfera tibia i seca que lo paralizó.

—Adelante, derecho, sin titubear, valor!... le gritó de afuera Asmodeo.

El obedeció, i sintiendo el suelo firme i parejo bajo su planta, echó a andar con rapidez. Despues de algun tiempo de marcha no interrumpida, notó que la oscuridad no era tan profunda ni el silencio tan continuado, pues que algunos ruidos indefinibles herian su oido. Pensó en Lucero, suspiró por ella con dolor i con esperanza, i recordó la descripcion que en otro tiempo le habia hecho del camino de la salida i las instrucciones que le habia dado. Pronto debo encontrar, dijo entre sí, al monstruo de la ignorancia.

Un rujido espantoso aturdió a don Guillermo, pero no conmovió su corazon. Sintió que

se acercó triste, mirando al suelo, i saludó. El del coche le pasó su mano estendida i cubierta de monedas; el peregrino tomó una sola.

—¿Cuál es su nombre? le preguntó aquel en ingles.

—*Pagan* (peegan), respondió éste i saludando siguió su camino.....

¿Por qué ese otro nombre? Cuál es el verdadero?

Como quiera que sea, Livingston o Pagan, él es digno de las bendiciones del cielo.

FIN.

ORTIGA.

Un recuerdo de Chañarcillo.

Continuacion.

VIII.

Peralta salió de la mina contentísimo i pasó una noche deliciosa figurándose convertido de un soplo en minero opulento como su padre. Una vez fuera reconoció sus piedras i encontró en ellas la plata poco ménos que en barra i con manchas de polibasita i rosícler de un valor inestimable. Sin embargo, cuando fué a ensayarlas químicamente, resultó que las tales piedras apenas contenian otro metal que galena o súlfuro de plomo combinado con carburo de hierro.

Despechado de cólera i creyéndose ruinmente engañado por el viejo cateador, su primer impulso fué irse sobre él i escarmentarle; pero dominó algun tanto su rabia oyendo asegurar al perito ensayador que percances como el suyo eran entónces i siempre habian sido frecuentes en Copiapó.

En efecto, es teoría inconcusa entre los mineros la de que cada tesoro escondido tiene su dueño, que por lo regular es un jénio que lo defiende i vijila sobre él bajo una forma cualquiera, (huanaco, buitre, zorro, niña hermosa o anciano valetudinario, todo es lo mismo); i que cuando algunos de estos jénios quiere hacer la felicidad de cualquier pobre diablo, valiéndose de medios estraños le revela su secreto, i descubre súbitamente ante sus ojos deslumbrados una veta que mas que de metal es de oro o de plata riquísima.

En honor de la verdad, justo es decir que nunca o cuasi nunca se cumplen las benéficas intenciones del jénio; pero esto no quita un ápice a la inveterada preocupacion de los mineros. Los beneficiados por el pájaro o la bestia, el anciano o la jóven, quedan despues de su hallazgo tan pobres como ántes; pero eso no les priva de seguir creyendo que el dia ménos pensado los hará poderosos la interposicion en su camino de cualquier ente misterioso como aquellos.

Mil episodios curiosos de riquezas halladas i desvanecidas en un abrir i cerrar de ojos se cuentan constantemente en las veladas de Copiapó i al amor de la lumbre de las faenas de Chañarcillo. Es fama, por ejemplo, que en un lugarcillo vecino de aquel pueblo vivian, hace poco, unos indios bastante pobres, pero que repentinamente comenzaron a prosperar sin que se supiese el cómo: ricos caballos i monturas, buena ropa i valiosas prendas, repetidas comilonas i parrandas sucedieron de repente a su antigua escasez i parcimonia. Uno de ellos, denominado Campillai, encontrándose una noche de visita en casa de un su amigo, despues de echar con él repetidos tragos de aguardiente e inspirado sin duda por la jenerosidad que despiertan comunmente los licores, díjole que iba a hacerle rico descubriéndole un secreto importantísimo.

Instigado por la amistad i cediendo a las influencias alcohólicas, le contó entónces que él i sus tres hermanos trabajaban clandestinamente una mina cerca de allí, de la que explotaban metales tan ricos que estaban vendiéndolos como plata piña. Que se habian comprometido a guardar el secreto i que su revelacion costaria la vida al que la hiciese, pero que a él, por su amistad, le participaría desde luego con algo de su fortuna.

Salieron i favorecidos por la oscuridad de la noche treparon hasta la cumbre de un cerro, donde Campillai dijo al compañero que ya estaban en el sitio i que no se asustara por lo que viese. Tomóle entónces por la mano i le introdujo en una excavacion, de donde salió un gran pájaro dando horribles graznidos. Campillai, sin asustarse, llenó de grandes piedras sus alforjas i las del amigo i ámbos tornaron contentos al punto de donde habian partido....

Pocos dias despues el jeneroso Campillai fué asesinado por sus hermanos i la mina trasportada no se sabe donde: el rico tesoro escondido en ella desapareció i no ha sido posible encontrarlo, aunque se le ha buscado con el empeño que es de suponer. Pero el lugar del hallazgo hasta ahora se llama «*cerro de los candeleros*,» porque cierta noche un indíjena se presentó al cura pidiéndole una misa por el alma de Campillai, i diciéndole que en

la Iglesia encontraria un capacho de piedras de plata para hacer a la Vírjen unos grandes candeleros. Asi fué en efecto, díjose la misa, los candeleros se trabajaron i son los mismos que hoi alumbran diariamente la celebracion del divino misterio en el altar mayor de la Matriz de Copiapó.

IX.

Lances como éste han ocurrido innumerables. El mundo minero, si no es todo un misterio, es por lo ménos una loteria como la del cielo, donde son muchos los llamados i poquísimos los escojidos, viniendo a ser la riqueza de las minas un puro capricho del acaso, un antojo de esa divinidad, jénio o diablo cuya diversion permanente es hacer bailar los títeres a la orgullosa especie humana. ¿Quién habrá que ignore, entre los copiapinos, la historia del *reventon del zorro*? ¿quién no ha visto las riquísimas piedras que él produjo i que embellecen hoi las colecciones de tantos *aficionados*? ¿quién no conoce la *quebrada de los buitres* o la trájica historia ya referida del pobre Campillai?

Pero en el caso de Peralta ocurria algo de mas inusitado i sorprendente. En un soñador como él no seria estraño imajinar que sus ojos se hubiesen deslumbrado por alguna vision, que su cabeza se hubiera desvanecido, que las fibras de su cerebro se hubiesen dislocado i perturbádose sus sentidos hasta el punto de tomar una cosa por otra. Mas él habia cargado por su mano las piedras negras, duras, frias i con todos los atributos de los cuerpos metálicos: habia visto la veta limpia de los desmontes que la cubrian i transparentando una masa de metal brillante como un espejo. Traidas las piedras i calcinadas al fuego habian producido bastante cantidad de plata piña, i sin embargo, al tiempo de ensayarlas en regla, las leyes de la materia habian sido violadas ante sus propios ojos i su curso subvertido enteramente, convirtiéndose la plata en galena de plomo i el rosícler en carburo de fierro.

Investigando cuál podria ser la causa de tan raro fenómeno, Peralta supo que desde mucho ántes del descubrimiento de Chañarcillo i cuando solo se trabajaban en Copiapó los minerales de *Chanchoquin* i *Ojancos*, vivia en la cerranía de la «*Punta del Diablo*» un minero llamado Juancho, que debió ser de los primeros que hicieron florecer en Atacama la industria metalúrjica. Nadie entendia en cateos tanto como él, ni nadie sacaba de las minas mayor cantidad de metales. Como si hubiese estado poseido de un poder sobrenatural, las vetas mas opulentas se descubrian ante sus ojos. Agrégase a esto que él no se enriquecia como otros cateadores o esplotadores de minas, sino que la fortuna que encontraba la cedia toda entera a beneficio de sus compañeros de profesion. Siempre tétrico i sombrío, absorto en sus pensamientos, sin mujer ni familia, sin casa ni hogar, sin Dios i sin lei, él vivia solo en los cerros, hollando las negras cabernas de éstos o vagando en sus cateos por las mas ásperas soledades, i si bajaba al poblado alguna vez, no era sino allá por las pascuas, para venir a hablar de descubrimientos minerales i a beber en dósis enormes el aguardiente endemoniado de los támbos.

Como nunca se le vió cambiar de método ni aun embriagarse por el estilo de los otros mineros, comenzaron éstos a decir que Juancho era brujo o que al ménos tenia hecho pacto con Lucifer, puesto que, por su jénero de vida i por su gran conocimiento en asuntos de minería, no era posible que dejase de estar en secreta intelijencia con el poder misterioso que prepara los metales en las entrañas de los cerros. Era él quien predecia a sus compañeros la fortuna cuando trabajaban con decision i empeño, o una desgracia irremediable cuando seguian el oficio sin entusiasmo ni verdadera vocacion.

Lo que mas le lastimaba en los mineros era siempre la falta de esa fé ardiente, invencible, ciega, que unida a la confianza del hombre en sus propias fuerzas produce, en el trabajo, a los *ricos*, en la política a los *héroes*, en la relijion a los *mártires*. Por eso cuantos llegaron a ser opulentos sin merecerlo, pronto se vieron pobres como en cumplimiento de sus vaticinios. Entre otros los Peraltas, los Volados, Godoyes, Callejas i muchos otros denunciantes i primitivos explotadores de las mas famosas vetas de Atacama, animados solo por el espíritu de lucro i despues de haber nadado en la opulencia, habian acabado por hacer felices a muchos individuos estraños a la profesion, pero ellos al fin i al postre habian perecido en la miseria.

Pasado algun tiempo i cuando el viejo Juancho hubo desaparecido de Copiapó, hiciéronse en la provincia nuevos descubrimientos minerales. Chañarcillo i Tres Puntas, Bandurrias i San Antonio, Sacramento i el Romero,

contribuyeron poderosamente a la riqueza de Atacama por la abundancia fabulosa de metales de todo jénero contenidos en sus ricos filones, a tal punto que pocos paises del globo podian entónces rivalizar con el nuestro en la exportacion de productos minerales, todo a causa de la preciosa composicion jeolójica de los cerros de aquella provincia. Pero aun entónces i apesar de que nadie sabia desde mucho tiempo el paradero de Juancho, siempre los trabajadores pretendian haber visto en sus faenas a un viejo que se le parecia, que les daba consejos de buena explotacion, les mostraba los lugares a donde debian dirijir sus cateos i les determinaba el rumbo i recuesto de las vetas mas poderosas que encontrarian en ellos.

Volviendo ahora a Peralta, cuando éste oyó lo que se le contaba, no pudo ménos de pensar que el ánima de Juancho, a quién sin duda Lucifer no se llevó al infierno despues de su muerte, tornaba de vez en cuando a la tierra poseida del mismo interes que ántes por el éxito de los trabajos mineros. Aun pensó en otra circunstancia, i es que al viejo cateador que le traia mistificado tambien le llamaban Juancho, i que tampoco tenia como aquel mujer ni familia, pues *la reina* era solo una pobre muchacha a quien habia adoptado por compasion. Pensó en otras varias analojías de su carácter i su jénero de vida, i por esto i por el gran conocimiento que manifestaba en asuntos de minas, asi como por la fuerza sobrenatural que le habia visto desplegar en su trabajo de barretero, llegó a persuadirse de que el viejo cateador no era otro que el antiguo minero Juancho; i puesto que él le aconsejaba que trabajase *la Contadora* seguro de que encontraria en ella una fortuna, siguiendo los dictados de su ambicion, volvió a dar vuelo a sus esperanzas i tornó a sentir en su oido el eco de las sacramentales palabras del viejo: *trabaja, confia i espera!*

X.

Despues de lo que supo del viejo cateador, el sueño de Peralta, ántes dulce i apacible, comenzó a ser turbado por delirios fantásticos i quiméras estrañas que ni aun despierto conseguia alejar de su memoria. Pero es probable que las emociones que él decia haber esperimentado habrian pasado solo en el interior de su cerebro i sin que el verdadero mundo externo tuviese mas que pequeña parte en ellas. Fenómenos tales acaecen en toda parte donde haya cabezas débiles, pero principalmente en las minas i entre los mineros,—i talvez eso mismo es lo que determina la credulidad de muchos de los que se consagran a trabajos de esta especie.

En Copiapó i sobretodo en Chañarcillo, a la fecha de esta historia, llamaban *francés* a todo el que se dejaba embaucar por cualquier vendedor de barras en beneficio. Embustes i patrañas de todo jénero daban lugar entónces a innumerables transacciones en materia de minas. Las vetas se hacian correr a merced de todos los vientos. Unas cuantas rayas trazadas en forma de plano probaban a los incautos que el filon jefe de cada corrida atravesaba infaliblemente la pertenencia cuyas barras se trataba de vender. Si del exámen de la propiedad contigua resultaba que la veta no era real, hacíase aparecer al ménos como veta de atravieso, pero metálica siempre i siempre rica en llegando con la labor a los panizos pintadores. I en todo caso, aun cuando la mina no tuviese veta alguna superficial, es indudable que siempre las tomaria en hondura; i aun probándose que ni lo uno ni lo otro podria verificarse, siempre quedaba al vendedor el recurso de los *chorros*; porque los negociantes de barras han descubierto en Chañarcillo que los tales chorros o vetarrones bobos desvian las vetas metálicas de su rumbo natural i las hacen tomar las direcciones mas extraordinarias i caprichosas.

Sucedia, empero, que de estos engaños hechos a los *franceses* tampoco estaban a cubierto los habitantes mismos del mineral, que se dejaban embaucar a su turno por otros cateados o negociantes mineros mas duchos i esperimentados; de manera que como todos, con raras escepciones, eran allí traficantes en barras de mina, cada cual comenzaba por ser víctima para despues convertirse en verdugo. I lo peor era que nadie podia verse libre de caer en las redes tendidas a la codicia i a la ambicion, porque nadie queria convencerse de que la explotacion de las minas fuese una ciencia sometida a principios fijos, sino un negocio de pura rutina o de simple observacion, creyéndose todo hallazgo de riquezas minerales nada mas que como un prodijio de la casualidad o un capricho de la suerte.

Peralta era el primero i el mas empecinado sostenedor de tales convicciones. Decia que las almas frias i los espíritus positivos jamas se apasionan, i que por tanto no pueden hacer

una fortuna grande i rápida, porque no creen en esa fuerza misteriosa que muchas veces coje al hombre entre sus brazos invisibles. Ellas no ven sino la superficie burda de las cosas mundanas,—agregaba; i como criaturas débiles que son en realidad, aunque en la apariencia fuertes por su espíritu, se regocijan a la vista de la cosa que brilla, pero sin saber que en su interior se oculta talvez algo peor que el misterio o la nada, que es la muerte!

Sin embargo, tambien es cierto que en las almas sencillas e incautas suele existir el presentimiento de un poder desconocido i misterioso, divino o fatal, que cuando no las hace felices se adhiere a destruirlas i a perderlas en la esencia misma de su ser.

Sí, no hai duda de ello : existe un poder secreto que tiende constantemente ante nosotros redes en las cuales nos enlaza, para arrastrarnos despues por una via, próspera i feliz o fatal i peligrosa, pero que sin la influencia de ese poder nunca habríamos tomado. I si tal poder existe, preciso es que él tome una forma análoga a la nuestra, que se haga como nuestro propio yo, porque no es sino de esta suerte como le acordamos en nuestro corazon el lugar que ha menester para comenzar i concluir su misteriosa obra.

A ese poder, como a todos los poderes usurpados e lejítimos, solo se le domina combatiéndole. Si nuestro espíritu está bastante fortificado por la esperiencia para reconocer toda impresion estraña i funesta, i para proseguir lójicamente la senda que nos traza la conciencia o nuestra natural inclinacion, ese poder misterioso debe sucumbir en sus vanos esfuerzos por tomar una forma semejante a nosotros. Pero si nos entregamos a él i nos dejamos arrastrar por su peligrosa influencia, es seguro que él proyectará en nuestra alma las estrañas imájenes que el mundo exterior nos presente, i que la ilusion con todo su imperio, la esperanza i el deseo vehementísimo animarán en nosotros el ser que nos hable a nombre de esa imájen gravada en nuestro corazon. En nuestra vida i al lado de nosotros marchará siempre esa fantasma de nuestro propio yo, esa imájen cuya afinidad nos engaña i cuya accion profunda sobre nuestra alma acabará por precipitarnos con ella al infierno o transportarnos al cielo.

M. González.

(*Continuará*).

Ecos de la semana.

Santiago, abril 21 de 1860.

Sumario.—Un libro.—Un concierto.—Un nombramiento.—Círculo literario.

La semana que termina no ha corrido sin novedades. Un pequeño libro, un gran concierto i un nombramiento inesperado han salpicado sus dias de interes i variedad.

El libro de que os hablo es uno que ha dado a la estampa la imprenta de la Opinion con el título de *Tres instrucciones para los fieles: dos sobre el baile i una sobre los enamoramientos*. Este libro es un tesoro de observaciones las mas sutiles i profundas sobre una materia de suyo oscura i delicada, i acusa en su autor una prolongada experiencia i un estudio práctico mui perseverante.

El concierto del mártes, a favor de la viuda de Mr. Howell, fué brillante i concurrido. Las señoritas Guzman, Price i Smith, que llevaron a él el precioso continjente de sus gracias i talentos musicales, fueron secundadas a las mil maravillas por varios artistas i profesores de la capital. Es un delicioso espectáculo el que ofrecen tales conciertos presentando asidos de la mano el arte i la caridad.

El nombramiento del señor Varas para Ministro del Interior i de Relaciones Exteriores ha venido a poner término al interregno ministerial, dejando burladas las conjeturas mejor fundadas i los cálculos mas probables de los políticos. La alta significacion e importancia de este nombramiento han sido indicadas ayer de una manera bastante explícita por el *Ferrocarril*, órgano mui autorizado en el particular. Si, como no seria justo dudarlo en presencia de lo sucedido, la candidatura oficial ha quedado suprimida i eliminada la influencia gubernativa para las próximas elecciones, Chile se halla en vísperas de dar a sus hermanas de Sud-América un hermoso ejemplo i a la democracia un triunfo glorioso. En él cabrá una parte no pequeña al señor Varas, que merecerá de tal suerte bien de su pais i será contado entre los mas grandes ciudadanos i los republicanos mas ilustres.

En el *Círculo de amigos de las letras*, el señor Valderrama leyó anoche la segunda parte de su estudio sobre el reino vejetal, la cual lleva por título: *Cosmos*. En breve tendreis ocasion de leer este trabajo, notable por mas de un concepto.

Domingo Arteaga Alemparte.

Imprenta del Correo, pasaje Búlnes, núm. 14.

lo repelian con violencia, i fijando con toda intensidad su vista, vió delante de sí que la bóveda de la caverna habia desaparecido, i que marchaba por una angostura aclarada por una vislumbre opaca que dejaba ver a uno i otro lado elevadísimas murallas de roca. A pocos pasos mas, ya no pudo andar, sintiendo sus piés enlazados como por un anillo de hierro. Cruzó ambas manos sobre el pecho i esperó. El anillo de hierro subia lentamente, pero mas bien eran nuevos anillos los que le abrazaban las piernas, puesto que mas arriba del primero que le ligó los piés, sentia otro i otros que se le enroscaban i apreteban, produciéndole una impresion de hielo que le daba un frio mortal a pesar de sentirse empapado de sudor. Un jadeo silbante i áspero, como el del boa constrictor, llegaba a sus oidos, i sentia un álito pestífero, cuando los anillos le subian ya hasta la cintura.

El peso de los anillos casi lo doblaba, i al mover sus brazos para balancearse i equilibrarse, sintió con ellos la cabeza enorme de la serpiente que lo envolvia i tocó la forma i la morvidez glacial de su cuerpo. Entonces los levantó ácia arriba para que en ellos se enroscase el monstruo i preservar su cuello de la estrangulacion. Así sucedió, i aquella serpiente atroz dobló sobre el codo del brazo derecho su cabeza de un pié de largo, con ojos de ascuas, de boca abierta i de lengua de saeta que movia horizontalmente con velocidad, i la colocó cerca de la cara del animoso ingles.

«¡La luz de la Justicia, el ardor del Patriotismo i el poder de la Democracia disipan las tinieblas, i aniquilan la ignorancia!» Dijo el héroe con voz trémula i pausada.

La serpiente dió un silbo parecido al que hace la tempestad en la jarcia de un navio, i se desplomó al suelo.....

El héroe quedó inmóvil algunos instantes i repitiendo—Justicia, Patriotismo, Democracia, emprendió su marcha rápida i segura hácia adelante..

Una luz viva i rosada inundaba entonces aquel estrecho por donde apenas cabian cuatro hombres de frente. A uno i otro lado se notaba la superficie desigual i ondulada de la montaña, que al parecer habia sufrido un rajamiento obrado por un cataclismo, como se ve en la angostura de Chañarcillo i en las gargantas del Caspio. Los ángulos i demas formas salientes de un lado correspondian a las hendiduras i curbas del otro; i el perfil de ambas líneas culminantes era igual, i ese perfil se divisaba a una elevacion prodijiosa.

M. Livingston abarcó de una mirada la fisonomía del lugar, i siguió las ondulaciones del camino, sin saber lo que habia detras del punto que le interceptaba la vista. Pero marchaba con valor i confianza, a pesar de que todavia sentia helada su sangre, húmeda su frente, i se miraba las manos como si fueran de mármol.

A medida que avanzaba, notó que la vereda se ensanchaba, pero que la luz disminuia i se ponia de un tinte incierto que estraviaba la vista i hacia vacilar la cabeza. Trató de sobreponerse a aquel prestijio i redobló su paso; pero al dar vuelta a una curba de la montaña, se halló con tres caminos. Paróse dudoso i casi se aflijió: no sabia cual de esos caminos debia tomar, i habia perdido la direccion del rumbo que traia.

Una mujer bellísima se presenta en el punto que hacia centro a los caminos. Vestia ropas lucientes i ricas, tachonadas de máscaras i lenguas rojas; mostraba solo una pierna por la abertura de su túnica talar, porque la otra le cojeaba; i llevaba en la mano un haz de pajas ardiendo, i cuyas llamas deslumbraban i perturbaban la vista del viajero.

—¿A dónde vas? le preguntó con una sonrisa que descubria una boca negra i oscura.

—En busca del Patriotismo, respondió con severidad don Guillermo.

—¿Para qué? Con qué fin?

—Porque esa virtud nos traerá la luz de la Justicia i el poder de la Democracia, que hacen triunfar la verdad i matan la mentira!

—¡Marchad! dijo ella i se extinguió repentinamente la llama del haz de pajas, despidiendo humo renegrido i hediondo.

—¿Cuál es el camino? preguntó el viajero.

—El de la derecha....

—¿I por qué no el de la izquierda?

—El que querais, dijo la bella, i dió vuelta las espaldas ocultando con el manto su pierna coja.

Pero el ingles miró con vista fija i cierta, i distinguió bien que el camino del centro estaba iluminado, miéntras que los otros eran oscuros, diferencia que ántes no habia notado, porque su vista vacilaba i la llama del haz de pajas la estraviaba. Entónces tomó con denuedo la senda iluminada, miéntras que la Mentira se perdia en las sinuosidades ló-

bregas del camino de la derecha, i se oia el gárrulo sonido que hacia al andar con sus vestidos.

La luz fué mas viva i dorada por algun tiempo i la angostura mas ancha i derecha, pero allá a lo léjos se divisaba una columna negra que cerraba el camino en toda su altura, como si fuera su término. Así anduvo el viajero una inmensa distancia, hasta que vió distintamente que la columna no era un cuerpo perpendicular, como le habia parecido, sino una abertura profunda, que indicaba que el camino continuaba oscuro como una caverna, estrecho i sinuoso. Por un instante sentió que el corazon se le oprimia, pero un rayo de su mente le representó la imájen de Lucero i cayó sobre su corazon, desahogándolo i dándole contento?

¡Adelante! dijo i penetró en las tinieblas. Pero al punto tropezó en un estorbo i una voz gutural, ronca i desapacible como la que sale de un pecho enfermo esclamó:—«Cuidado con mi pierna, que es la mala, mi buen Guillermo! Eres valiente i sagaz. ¡Bravo! Has dado pruebas mas espléndidas que las que dió en su mocedad nuestro hijo Napoleon el Grande, ¡Eres mas grande tú! ¡Eres un Wellington! I a propósito, ¿sabes que ese diantre de viejo se conserva todavia en todos sus brios i comiendo uvas como un viñatero.

M. Livingston habia reconocido al mismo Asmodeo, su compañero en la tribuna, que estaba allí sentado en el suelo i que lo miraba con sus ojos redondos i ardientes.

—¿Qué hace Ud. aquí? le preguntó sorprendido.

—Hijo, le respondió, me adelanté a tí luego que te ví triunfar de la sierpe, pues te habia seguido desde la entrada, i aquí me he puesto a esperarte.

—¿Para qué?

—Para aconsejarte que no sigas adelante. Me das lástima, i me intereso por un valiente como tú.

—Estoi decidido: yo no vuelvo a la Cueva, suceda lo que sucediere.

—¡Ah, tú no sabes lo que te espera!

—Pero Ud. lo sabe i me lo dirá.

—Me gusta tu confianza: pues, hijo, aqui en esta noche de mar en tempestad en que vas a entrar, te encontrarás con una bandada, nó, con una turba, ménos; con una atmósfera de cuervos voraces que te harán pedazos i para quienes no valdrán los conjuros que te ha enseñado Lucero.

—Yo venceré, pasaré adelante.

—Lo creo, tu te volverás águila, porque puedes hacerlo i pelearás, hasta salir desplumado. Pero mas adelante i en el término de la salida, no te valdrá ninguna brujeria, ningun ensalmo, ningun valor. Allí el suelo está herizado de bayonetas, al estremo de no haber donde pueda pisar un mosquito; i la atmósfera está cruzada en todas direcciones de balas de todos los calibres imajinables, que te matarian aunque te volvieras pulga. Hijo, yo te lo digo con esperiencia: con los cuervos i los soldados que manejan aquellas armas no hai medio, pues que los unos pican i los otros matan todo lo que no les pertenece. Lo mejor es no hacerles frente, no luchar con ellos a la descubierta, i dejarlos que solos entre sí se piquen i se destrozen, porque cuando tienen enemigos que combatir, se unen i se hermanan respectivamente a las mil maravillas.

—Es cierto que yo no debo combatir ni resistir.

—Ya, pero tampoco debes siquiera presentarte a esos monstruos en ningun caso. Un hombre cuerdo no lo hace jamas. Lo que importa es huir bien léjos de ellos, dejarlos aislados, solos, que se devoren en su propio fuego.

—¿Qué hacer entónces?

Asmodeo se quedó pensativo un rato. Luego continuó:—Hombre, yo te salvaria, pero no puedo hacer nada de valde, i tu no admites condiciones. ¿Me darias tu alma?

—La tengo dada a Lucero.

—Para dirijirla solamente, para ser tu padre espiritual.

—Lucero me dirije.

—¡Qué diablos!.... ¡Pero me ayudarias allá en el mundo en algunas cosas que yo te encargaria de vez en cuando?

—Eso sí, con tal de que no me estraviase de mi principal mision.

—¡No hai temor! Yo tengo hecho ya el ánimo a ver triunfar la democrácia. Los hombres son hombres siempre, i tanto me da pezcarlos en China como en Inglaterra, en Turquía como en la Union Norte Americana. Vamos, manos a la obra.

El viejecillo se levantó, i dando una cabriola, volvió las espaldas al ingles. Súbitamente se desprendieron de su joroba dos enormes alas de murciélago que desplegó con natural

donaire. En la articulacion superior de esas alas aparecieron dos pequeños cuernos rosados que las coronaban graciosamente.

—Ya está, esclamó, échate sobre mí i aferrate de esos cuernecitos. Cuernos de cabron fueron los que te simbraron a la playa del mar, cuando entraste a la Cueva, i cuernos de murciélago son los que te sacan para lanzarte a la ceja de la cordillera. Lo mismo dá, i saldrás como has entrado.

Dijo i partió volando hácia arriba como una bomba arrojada por el mortero.

El vuelo fué atroz, violento, mas veloz que el huracan, mas impetuoso que el rayo. Don Guillermo aferrado de los cuernos i tendido en las espaldas de Asmodeo, sentia silvar el aire en sus oidos, veia precipitarse como una ilusion las montañas hácia abajo, i un vértigo doloroso le quitó el sentido. El instinto o mas bien la crispatura de sus nervios, lo mantuvo asido a los cuernos.

Asmodeo llegó arriba i sentó airoso su planta. Sacudió el cuerpo i tiró su carga al suelo. El ingles estaba exánime, lívido, sin pulso. El viejo le echó una mirada al soslayo, sonriéndose; i haciendo una castañeta con ambas manos, ahuecó su boca dándole el sonido burlesco de un calabazo, i se desprendió a la Cueva como un águila sobre su presa.....

XXII.

1841.

El sol estaba en su cenit, i desprendia a torrentes sobre la tierra esa luz caliente, confortante, clara, nítida, espléndida con que nos regala en un dia de junio, cuando el suelo está ennegrecido por la lluvia, i los árboles en esqueleto nos presentan su triste desnudez.

La bóveda celeste ostentaba toda su pureza, ni un vapor la empañaba, i su limpio azul relucia mas, en vez de atenuarse, con el esplendor del sol. La vista podia dilatarse i penetrar hasta las últimas ondas de aquel éter dulcísimo que azula nuestro cielo en un dia de invierno.

Ese calor vivificante obró en los miembros ateridos de nuestro héroe, que vuelto en sí, recobra todo su vigor i se pone en pié. Estaba en la cumbre de una montaña, a cuyo pié se extendia manso, inmenso i portentoso el océano: allá a lo léjos se divisaba una franja de espuma blanca como la nieve, describiendo el mismo curso de la base de las colinas, que formaban una extensa bahia. En el fondo aparecian como columnas flotantes algunos buques que surcaban las olas, i otros se veian de costado ostentando todo el lujo de sus velas, como las gabiotas que se columpian en sus alas desplegadas. Al pié de la montaña se elevaban columnas de humo, i en los últimos declives se distinguian casas apiñadas, cuyos techos de diversos colores estaban limpios como despues de un aguacero.

Don Guillermo suspiró con efusion inefable i sintió que las lágrimas se le agolpaban i le eclipsaban la vista. Se arrodilló i oró.....

Despues de pasada esta primera impresion consagrada a Dios, reconoció que estaba en una senda que se prolongaba por toda la ceja de la montaña i descendia al mar.

—¡Este es el camino de Carretas, dijo, no hai duda! Allí está Valparaiso!!!...

I corrió como un niño hácia abajo, lanzando gritos de alegría i ajitando sus brazos de contento. Despues de largo tiempo, se sintió fatigado; paró, se sentó en una peña, i desde allí descubrieron sus ojos una ciudad etensa, cuyas calles se prolongaban a la orilla del mar, formadas por edificios elegantes, limpios i de variados colores. Sintió el bullicio, i en las casas que faldeaban las colinas mas próximas, vió el movimiento de los habitantes.

—¡Nó, esclamó tristemente, nó, Valparaiso no es ese, no es tan grande, no es asi! ¡Adonde estoi!

Mucho rato estuvo absorto, pero sin pensar en nada; i al fin su vigorosa intelijencia despertó.

Se puso en marcha de nuevo, pero pausadamente i aun con tristeza. Asi comenzó a penetrar por entre las primeras casas, i no siéndole estraño el tipo de las jentes que encontraba, paró enfrente de unas mujeres que cosian tomando sol a la puerta de una habitacion.

—¿Qué barrio es este, niñas? les preguntó en buen español?

—El cerro de Carretas, señor, le respondieron con afabilidad.

—Gracias, dijo i siguió su camino.

—Mira, ¡qué gringo tan buen mozo! oyó que decia una mujer.

—¡Qué pálido! De dónde vendrá? decia otra.

Don Guillermo iba mas tranquilo, i su continente era ya el de un hombre que ha sufrido grandes desgracias, mas calmado.

El sol descendia tras de la punta de Cúraumilla, cuando el ingles bajaba las últi-

mas laderas de la quebrada del Arrayan i penetraba por callejuelas estrechas i barriosas.

Despues de algunos minutos desembocaba a la plaza municipal i se dirijia sin vacilar a la calle de la Planchada. Multitud de jentes cruzaban en todas direcciones, pero nadie se dignaba echar una mirada sobre el viajero. Entre tanto él los miraba a todos i a cada momento creia encontrar a algun antiguo conocido; el corazon le palpitaba con violencia, la cabeza se le reventaba i sentia vahidos que le hacian sudar, las piernas le flaqueaban: tal era la fuerza de su emocion al verse salvo en los mismos sitios donde ántes soñó venturas.

De repente i casi maquinalmente, paró en el hotel de Francia, en cuya ancha puerta habia unos franceses con sendos i poco fragantes puros en la boca, hablando todos a un tiempo, *sans façon*, como si estuvieran en casa. El ingles entró derecho, i ellos, haciéndole paso, lo miraron de alto a abajo, no sin fijarse en el hermoso sobretodo que le cubria su elevado cuerpo, hasta mas abajo de las rodillas.

En el patio se presentó un mozo, i M. Livingston se dirijió a él preguntándole por madama Ferran.

—Ya no está aquí, señor, le dijo aquel, tiene ahora el hotel de Europa.

—¿A dónde?

—En la plaza Municipal, a la entrada de la calle de los Alamos.....

M. Livingston dió media vuelta i desanduvo su camino, volviendo a llamar la atencion de los franceses de la puerta, que lo tomaron entonces por capitan de buque.

Llegó a la casa señalada, i apenas entró al patio sintió que madama Ferran llenaba todos los ámbitos de la casa con su voz sónora, dando órdenes desde los altos. Subió la escala, siguió el rumbo de la voz, i llegó hasta la persona que la producia. La voz paró un momento, pero luego se desató como una catarata. La servidumbre entera se puso en movimiento. Corrian luces por todas partes, tronaban los pisos entablados con las carreras, tropezaban los mozos llevando ropas de cama, bandejas, cubiertos, i uno de ellos se despeño escala abajo, impulsado por madama Ferran que lo mandaba a la cocina.

Un cuarto de hora despues todo estaba tranquilo.

Pasados algunos dias, en una tarde húmeda i nebulosa, M. Livingston estaba tomando café en el Aguila i sucedia lo que se refirió al principio.

XXIII.

1860.

Pronto se enteráran diez i nueve años contados desde aquella tarde, M. Livingston habrá hecho hasta entonces dos mil ocho cientos cincuenta viajes entre Santiago i Valparaiso, i habrá repetido en cada una de esas ciudades mil cuatrocientas cincuenta veces tres palabras misteriosas.

¿I nosotros qué hemos hecho? Nada: ¡Un solo viaje! ¿Para atras o para adelante? Ese es el problema. Los descontentos que son muchos dicen que para atras. Los contentos que son pocos dicen que para adelante. M. Livingston que nos vé con ojos serenos, tal vez creerá que principiamos a andar cuando él emprendió su peregrinacion, pero que a pocos pasos que dimos tropezamos i nos caimos de cabeza en un abismo.

¿Pero cuales serán esas tres palabras sacramentales que el ingles pronunciará todavia ciento cincuenta veces hasta enterar sus veinte años de peregrinacion? ¿Serán las mismas que pronunciaba al salir de la Cueva—JUSTICIA, PATRIOTISMO, DEMOCRACIA? No lo sabemos; puede ser que sean, si es cierto que el amor a la patria, cuando es puro i verdadero, estimula al patriota a practicar la justicia i a buscar la felicidad de la patria en el triunfo de la democracia.

Lo que es indudable, porque Lucero lo dijo, es que el dia en que se halle el patriotismo perdido, será dia de gloria, de contento, de paz i de fraternidad.

Entonces tal vez se aclarará el problema ántes indicado, i sabremos si hemos vivido hacia atras, como Quevedo, si hemos ido adelante como la tortuga, o si hemos estado en un abismo, como suelen estar los zapos entumecidos i sin accion en las entrañas de la tierra.

M. Livingston viaja todavia. Su constancia es un ejemplo. Hoi se le vé ya extenuado de fatiga, flaco i andrajoso. Su color se ha atezado, sus ojos se han apagado. La melancolia mas profunda se pinta en su semblante, ¿Acaso desespera de hallar lo que busca? Morirá ántes de ese dia de gloria que le anunció Lucero?.....

Hace mui pocos dias que un coche paraba en el camino de Valparaiso, i un ingles de figara respetable sacaba medio cuerpo por la portezuela para llamar a don Guillermo. Este

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Abril 28 de 1860. Núm. 13.

BIBLIOTECA NACIONAL

LA SEMANA.

SANTIAGO, ABRIL 28 DE 1860.

El diarismo

EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

VIII.

Tocamos al fin de nuestro trabajo.—Hémos seguido al diarismo hispano-americano en todas sus fases de luz i sombra, de virtud i estravío, de bien i mal. Hemos presenciado el sin número de peripecias de su vida. Lo hemos visto oprimido hasta el mudismo, libre hasta el desenfreno, riendo i llorando, perdiendo i conduciendo, trastornando i edificando, pregonero de error i pregonero de verdad, ánjel i demonio, hombre honrado i hombre malvado, tribuno siempre, conspirador jamas.

Pero nuestro estudio no estaria terminado si, despues de examinar la situacion del gran representante de la intelijencia, no dijeramos una palabra sobre esta.

Tarea dolorosa es la que vamos a acometer. —No es con un rei, con un potentado en todo el auje de su poderio con el que vamos a hacer codearse al lector; no es una epopeya repleta de triunfos, de coronas, de vítores, de aplausos, la que entramos a recorrer, no; es un largo martirolojio en el que abunda el desprecio, la indiferencia, la burla, el dolor i la miseria;—es de un rei sin trono del que vamos a ocuparnos, no de un potentado como esos orgullosos señores italianos, que por no enajenar las obras maestras que heredaron de sus antepasados, se someten a gastar un sombrero ajado i un traje de ropa vejero, sino de un potentado que tiene que someterse a la pobreza porque no encuentra quien dé nada por sus tesoros.

Es inconcebible la situacion que en Hispano-América cabe a la intelijencia, las preocupaciones que a su respecto alimenta la sociedad.—En todas partes el diarista, el poeta, el escritor, poseen una llave dorada con la que no hai puerta que no abran, eminencia a que no trepen, honor que no adquieran. En Europa el hombre que escribe un libro encuentra editor, comprador, lector, elojios; es un hombre que algo significa, tiene en su libro un pedestal. En América nada de esto. Aquí el hombre que escribe un libro lo escribe para sí mismo, para el amigo, para el conocido, para el vecino i nada mas; lo escribe para ser burlado por los unos, criticado por los otros, mirado con indiferencia o lástima por la jeneralidad.—La sociedad europea vé en el que hace un libro un obrero de la intelijencia.—La sociedad hispano-americana vé en el escritor un ocioso, un soñador, un miembro inútil.—Thiers se hace del *Nacional* una tribuna desde la cual asedia, bate, arruina una dinastía, habla a la Francia entera, la llena toda con su nombre, i no baja de esa tribuna sino para subir las escaleras del poder: de diarista pasa a ministro. En casi toda la América del sur, Thiers diarista, Thiers historiador, Thiers estadista, no habria llegado a pesar de todo su talento, de todo su jénio, no diremos a ministro, quién sabe si ni a intendente.

Esto se esplica.—En Europa, el diarista es un gran señor de la intelijencia. En Sud-América se le considera como el simple cronista de la sociedad. En Europa saber es poder. En America saber es no poder con tanto enemigo, con tanto rival, con tanto calumniador.

De esta manera la intelijencia halla casi siempre murados sus caminos naturales. ¿Cuál es el escritor que puede decir en el dia: vivo de mi pluma? Cuál es el que puede contar con ella para hacerse un nombre, un puesto, una fortuna mediocre? No lo conocemos.—¿Qué es lo que ha ganado Irisarri, el primer publicista, el primer panfletista i el primer diarista sud-americano con ese sin fin de periódicos, de folletos, de libros llenos de alta crítica, profunda erudicion i saber portentoso que ha ido sembrando por todo este continente? Qué han de-

jado sus obras a Lastarria? Qué a mas de otras treinta notabilidades por lo ménos con que cuentan estos paises en la política, en la poesia, en la novela, en la critica, en la historia?

I sin embargo, de todas partes se piden grandes escritores i grandes obras. Grandes escritores ¿para qué? Será para hacerlos tragar toda la hiel de la maledicencia i la envidia? Grandes obras ¿para qué? Será para dar a los especieros mas papel impreso para cucuruchos?

Cada escritor notable que aparece, cada obra importante que es dada a la estampa, no es un resultado natural del progreso intelectual, es un fenómeno; no es el producto de una necesidad pública sino de una necesidad individual, es la fuerza de la vocacion que se sobrepone al desencanto, a la indiferencia, a la falta de vida intelectual de la sociedad. Esa obra, téngalo seguro el lector, no ha venido al mundo de la publicidad sino tras una larga batalla entre la fé i la duda, entre la esperanza i el desencanto, entre la ilusion i la realidad, entre la espansion jenerosa de la intelijencia i el consejo desesperante del desengaño. Esa obra ha sido principiada i abandonada, vuelta a principiar i vuelta a abandonar mas de mil veces. Esa obra, aunque sea suscrita por una pluma jóven, ha sido inspirada por una intelijencia desalentada i empapada por mas de una lágrima.

Estúdiese la literatura hispano-americana en aquellas de sus creaciones en que el alma del escritor se deja traslucir; siempre se hallará superabundancia de tintas sombrias, la juventud del sentimiento faltando, en vez de himnos entusiastas quejidos desgarradores, en vez de un alma llena de vida i de creencias, un alma fatigada por la lucha, perdida en todas las oscuridades de la duda.—La intelijencia vive en América en una perenne agonia, vive muriendo, para servirnos de la espresion de un poeta.

La indiferencia de estas sociedades por las labores de la intelijencia se atribuye por muchos al positivismo que les tiene prendido en sus redes alma i corazon, pensamiento i sentimiento. Esto es cierto; pero tambien lo es que esta indiferencia no es el resultado del verdadero positivismo, sino de un positivismo apócrifo; no es el resultado de ese positivismo del yankee que lo hace el cartajines forrado de romano del siglo XIX, sino del positivismo, no trepidamos en decirlo, del ignorante que vé en la moneda, en el billete de banco, no un medio de procurarse todos los goces de la materia i del espíritu, del cuerpo i del alma, sino ajentes de ostentacion, de necia vanidad, de oropeles falsos, de relumbrones postizos.—El hispano-americano gasta sumas injentes en muebles que son su tormento, en palacios a los que vive sacrificado, en piedras preciosas que no sabe apreciar, en carruajes que no necesita, en cuanto despide luz, mete ruido, llama la atencion del vulgo; en una palabra, vive para los demas. El hombre verdaderamente positivo, al contrario, vive para sí propio sin curarse de los demas, busca lo confortable antes que lo lujoso; si construye palacios se fijará mas en el interior que en el esterior, mas en su gabinete de trabajo, en su comedor que en sus salones de recepcion: tendrá en muchas ocasiones asientos duros en estos, butacas muelles en los otros.—El positivista vanidoso, es decir, el positivista sud-americano sacrificará sus piés a sus botas, su cuerpo a su levita: el positivista de buena lei hará todo lo contrario. Para el primero se han inventado los cuellos postizos. Para el segundo los vestidos holgados.

Un millonario europeo o norte-americano buscará la amistad del poeta, del escritor, del diarista; será su cortesano. Un millonario sud-americano se dará con ellos aires necios de protector.—El europeo no se acordará para nada de su pasado, nunca le preguntará al hombre de talento—¿qué has sido? Le basta con saber lo que es. El sud-americano querrá siempre conocer al hombre de ayer ántes que al de hoi. Aquel cree en la aristocracia de la intelijencia. Este no la comprende ni se cuida de ella.—Talma, el maestro de majestad de un jénio coronado, el camarada de duques i mariscales, de ministros i senadores,—no habria sido en la América española sino un pobre cómico.—Béranger, el májico pulsador de todas las cuerdas armoniosas del corazon de un gran pueblo, Béranger el cancionero sublime, Béranger el amigo i consejero de un potentado, Béranger una potencia a su vez, Béranger cuya muerte es para la Francia una desgracia pública, Béranger, por último, una majestad del otro lado del Atlántico, no habria podido hacer olvidar de este lado de los mares, su oficio de lacayo ni de aprendiz de impresor,—habria sido un jénio canalla.

Despues de esto ¿qué razon tenemos para dolernos de que no haya en estas sociedades una sola intelijencia que se levante una pul-

gada, una línea, una nada del nivel comun, sin ir a asediar antesalas o a perorar en clubs, sin consagrar sus facultades a la intriga cortesana o a la maquinacion revolucionaria?....

Nada es mas natural.

El hombre que se siente vivir, que cree en sí mismo i en su intelijencia, que tiene ideas, esperanzas, aspiraciones, no se conforma con vivir oscuro, con ser supeditado por el millonario ignorante, por el heredero fatuo, por el necio feliz,—quiere tambien, el aplauso, la ovacion, la gloria. ¿Dónde hallarlas si no es en la política?—Todos, pues, acuden a ella, llaman a su puerta, se disputan la entrada, desperdician, gastan, agotan muchas veces todos los recursos de una cabeza privilejiada en planes miserables, en empresas bastardas, en cubiletes indignos, en tramoyas de entre bastidores políticos, en farsa, en mentira, en pasion, en egoismo, en rivalidad.—Cuánto servidor no tiene perdido por esto el arte i la ciencia, la historia, la alta política misma! A cuántos hombres de talento no estamos viendo ocupados en husmear incesantemente la pista del potentado que ha de triunfar para colgarse de su casaca, para hacerse sus panejiristas en calles i plazas, en paseos i cafés, en teatros i salones! Cuántos no corren tras el rico ensimismado, lo cumplimentan, lo halagan, lo veneran, arrebatan de manos de sus lacayos el fuelle de la adulacion, i, segunda edicion del mendigo de que hablan los libros santos, aguardan humildes el momento de recojer las migajas de sus festines! Pero, cómo no hacerlo, cómo no prostituirse cuando ese rico puede mañana subir a la cima, dar empleos, honores, diputaciones, intendencias, secretarías; puestos a los que no llevan por cierto las letras!

De esta manera las cuestiones de la política de estos paises están siempre selladas por la personalidad, se hacen una especulacion como cualquiera otra. En Hispano-América se especula con el alza i baja del órden o del desórden, de la paz o de la guerra, como en las bolsas europeas con el alza i la baja de los fondos públicos.—De aquí es que las sociedades sud-americanas se trastornan, se baten, se despedazan, lo entran todo a sangre i fuego, no por el triunfo de esta o aquella verdad, de este o el otro principio, sino por la caida o la elevacion de un hombre, de una bandería.

De valde es que se predique contra este mal, de valde que se quiera levantar la política de los lodazales de la personalidad, del cálculo sórdido, de la abnegacion mentirosa. Esto será imposible mientras sea ella el único camino en que la ambicion encuentre sus satisfacciones, la gloria sus coronas, la vanidad sus ovaciones.

¿Será alguna vez la intelijencia un poder, el capital intelectual un capital?—La duda i la esperanza luchan en el ánimo del observador en presencia de esta cuestion.

Los que confian en el porvenir, los que creen en el progreso, dicen que—sí!—Los que solo miran el presente i hallan en donde quiera corazones monetizados, intelijencias sin espansion, almas sin entusiasmo, voluntades sin espontaneidad, dicen que—nó!

Con todo es necesario confesar que las primeras claridades de una reaccion literaria empiezan a alborear en los horizontes de las sociedades hispano-americanas. Por todas partes se crean asociaciones literarias, las intelijencias se unen, se comunican, forman una falanje.—Es verdad que el vulgo rie de estos esfuerzos; pero el vulgo siempre rie de todo, como que no sabe cosa mejor que hacer. Dejésele reir i adelante! que si hoi rie, mañana, el dia de la victoria, será el primero en ir a palmotear.

Si la América Española quiere ser un gran pueblo es preciso que empiece por comprender que la materia sin el espíritu nada puede, que la riqueza material es efímera en sus goces, cansa el cuerpo, deja vacía el alma, huérfano el sentimiento; que la vida no es una perpétua operacion aritmética, un monótono agrupamiento de cifras, una esterilidad sin límites, desde que el hombre ha nacido para ser, no un torpe sibarita, sino un rei intelijente, desde que no alienta un corazon de estopa i un alma de cieno, sino un alma i un corazon capaces de apreciar virtud i vicio, bien i mal, grandeza i miseria, la belleza que arranca del alma del artista, la armonía que brota del instrumento, los raudales de inspiracion en que se esparce, se disuelve el alma del poeta, la fé que hace los mártires, la abnegacion que hace los grandes servidores, el jénio, en fin, de donde todo parte i adonde todo vuelve.

El hombre esclavo de la materia es un ente raquítico, un maniquí de resortes, una miseria dorada.

El hombre intelijente es algo mas que un grano de arena, que una gota de rocío perdi-

dos en la inmensidad del desierto,—es un semi-Dios.

Mañana las sociedades hispano-americanas habrán tocado la cima del progreso material; una red de ferrocarriles, de telégrafos, las apretará en todos sentidos; grandes ciudades, grandes fábricas, grandes bazares, máquinas portentosas, palacios suntuosos, todos los tesoros del comercio i de la industria vendrán a amontonarse en sus centros de poblacion i vida.—¿Les bastará con esto? Se detendrán aquí sus aspiraciones? Será este el oásis que buscan, porque trabajan, perseveran, sufren? Estará aquí la satisfaccion de todos sus deseos, la realizacion de sus esperanzas todas? No habrá tras la sed del oro apagada otra sed que apagar tambien? Si que la habrá:—la sed del saber.

Pero si sacrificamos el espíritu en el altar de la materia, dia vendrá, i pronto, en que, como nuevos Tántalos, la necesidad de ilustracion nos consuma.—Entonces ya será demasiado tarde. Precipitados en pleno materialismo, veremos debilitarse, apagarse i morir toda creencia, toda verdad, cuanto hai de noble, grande i bello; la fatiga nos ganará, no sabremos que hacernos, no sabremos que pensar, que desear, que buscar; doraremos el cieno, colorearemos el macilento rostro de la sociedad, nos embriagaremos con opio o con *hachich*, apuraremos todos los goces malsanos de la materia i moriremos en medio de una desenfrenada orjía, oyendo por *de-profundis* una cancion de beodos.

¡Mal haya de tal vida i de tal muerte! No: la América no está destinada a ese porvenir i otra es su mision. La Providencia que permitió a Colon adivinar un nuevo mundo de este lado de los mares, i lo lanzó en su busca a la inmensidad de un océano desconocido, no lo hizo en vano.—Este nuevo mundo, libre de la tradicion monárquica de la Europa i del fatalismo teocrático del Asia, fuerte con su juventud i con su espíritu democrático, está llamado a ser el apóstol de una gran verdad, de una gran doctrina, que rejenere los imperios caducos, vuelva la fé a los corazones, la fuerza a las voluntades, la grandeza a las sociedades, i dé al universo la libertad enlazada con el progreso.

Improba es su tarea, inmenso su deber, terribles los dolores por que tiene que pasar, profundos los abismos de malas pasiones que tendrá que salvar; pero los salvará a pesar de traidores i ambiciosos, de conspiradores i fanáticos, de hombres de odio i hombres de error.

No desconfiamos: Dios es justo, robusta nuestra juventud, imperecedera la virtud i la verdad, efímero el vicio i la mentira.

Cuando Colon venia a descorrer el velo que ocultaba este continente, el desaliento, la cobarde duda, la desesperacion asaltaron al equipaje de sus carabelas. La conspiracion asoma, el asesinato afila su puñal, el porvenir del mundo está en peligro; pero de repente el viento sopla, la confianza vuelve i un continente maravilloso como un ensueño oriental rompe la superficie de las aguas tranquilas.

No lo olviden los tímidos, las almas sin vigor a quienes vence la dificultad del momento, rinde la incertidumbre, espanta el peligro soñado. Es preciso no dudar de nada cuando se vá en busca de los continentes de la luz, la verdad i la justicia eternas. A ellos no arriban sino los navegantes de buena voluntad!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

La flor.

Dios es la intelijencia infinita i el alma una chispa de esa intelijencia encarnada en la naturaleza.

INTRODUCCION.

ALMA.

Si es cierto que el hombre es el primer ser de la creacion, no lo es ménos que solo permanecemos en este pensamiento cuando lo consideramos despojado de sus pequeñeces de insecto, de sus ambiciones de jigante i de sus miserables controversias. Pero si vemos al hombre como el principio de una escala orgánica que se prolonga indefinidamente hasta el fondo de la vida vejetal microscópica, grandiosamente pequeña, i recorremos esta escala misteriosa estudiando las modificaciones contínuas de la materia en el círculo de la vida orgánica, tenemos que convenir en que los seres que ocupan los escalones mas inferiores al hombre, no le ceden en la hermosura de la forma, ni en la grandeza de sus íntimas elaboraciones.

No ha sido pues el estudio de la forma, ni el de la interna actividad de la materia, lo que ha hecho llamar al hombre el rei de la creacion; consideraciones mas elevadas, caractéres mas culminantes han servido a la humanidad para declararse ella misma superior a

todas las otras especies de animales i atar a su carro de triunfo al ánjel desconsolado de la naturaleza orgánica. Pero ¿cuáles han podido ser estas altas consideraciones? ¿qué carácter particular coloca al hombre en el derecho de erijirse en árbitro de los destinos del mundo i hollar con su planta los mas bellos productos de la vida orgánica?

Los filósofos todos contestan, al parecer victoriosamente, diciendo que el hombre posée la intelijencia, símbolo de una alma espiritual que palpita en el fondo de su organismo. ¿Pero qué es esta alma i cómo puede hallarse en el cuerpo humano? Si es un espíritu, no tiene estension, i asignarle una morada como el cuerpo, es un contrasentido imperdonable; si no está en el cuerpo ¿cómo obra sobre él i determina las funciones del cerebro, ajente de sus manifestaciones sensibles? ¿Dónde está el alma? vaga talvez en alas del céfiro liviano i nos envia desde allí su influencia májica i creadora? ¿Hai talvez una alma universal que, como una pila eléctrica, arroja su fluido misterioso en la larga cadena de la creacion organizada? Pero si es así ¿por qué habia de detenerse el fluido en mitad de la cadena? Es un círculo eterno i continuo; ¿por qué pues estas aberraciones de la trasmision del fluido?.....

Pero ¿para qué preguntarlo? Estas aberraciones solo existen para el hombre que pretende haber cortado la cadena del mundo con el hacha devastadora de su implacable soberbia.

Cain acababa de asesinar a su hermano, i sobre el charco de sangre derramada en el primer asesinato, Dios compadecido dejó caer uno de los brillantes de su magnífica diadema i allí brotó la flor de la esperanza, la madre del reino de las flores, la Eva de la flora universal, don misterioso que el hombre altivo mira con un desprecio injustificable, casi impío; desprecio hijo de su orgullo, compañero de la rastrera envidia i de la negra ambicion. El reino animal le embarazaba; colocado delante del mono temblaba por el cetro del mundo, i creó la palabra instinto para calificar la intelijencia de los animales, no queriendo echar una sola mirada sobre la flora del universo, regalo inestimable de la providencia divina, i que en sus secretas elaboraciones está protestando contra tan inmerecida indiferencia.

I ¿qué hai en la vida de la flor que sea incompatible con la existencia de una alma en el fondo de su trama organizada? Muda, sin movimientos estensos, sin mímica, atada a la tierra con el grillete de su destino, no espresa con ménos enerjía que el hombre las aspiraciones de su vida, las borrascas de su corazon, los sentimientos de su alma. Pura como las primeras aspiraciones de un niño, sufre tranquila el yugo de su esclavitud i muere prendida en la frente de una vírjen, quemada por el aliento de su señor. Bella sultana criada para embellecer otra vida, se mece en los jardines hasta que el capricho de su tirano envilecido mancha su frente con el caliente beso de su sexual molicie.

¡Pobres flores! Ellas, que no tienen alas para cruzar el espacio i cernerse en los aires, exhalan su perfume en el ambiente. i esta exhalacion, parte de ellas mismas, es la aspiracion de su vida, el ala de las aves, la palabra del hombre. En la tarde, cuando el sol ha terminado su carrera i se ha ocultado lentamente en el fondo de los mares, cuando la luz va desvaneciéndose poco a poco i se acerca la noche con su manto salpicado de brillantes estrellas, el ambiente se llena de este aliento vejetativo, divina aspiracion de la planta, oracion misteriosa de la flora universal.

Hai en toda la naturaleza una secreta tendencia que la acerca al Cielo. El ave se cierne en el inmenso espacio de la atmósfera, los otros animales inferiores al hombre levantan sus ojos al cielo i lanzan así en el aire la secreta inquietud de su vida, el hombre eleva su vista i su pensamiento a la eternidad i pide alas para volar en pos de su oracion, la flor no quiere pedir imposibles, i resignada con su destino, arranca una por una las fibras mas preciosas de su corola para dejarlas vagar en el aire como una ofrenda hecha al cielo, como un misterioso canto de su alma.

¿Qué es pues este perfume de la flor mas que el producto de una aspiracion, el grito de un sentimiento?

Sopla el huracan, la flor tiembla sobre su tallo, trónchase al fin, i al rodar despedazada por el suelo, su última palpitacion vital es tambien su último perfume; esta última exhalacion de su espíritu es el canto del cisne moribundo, la postrera oracion del hombre.

¿Dónde podremos fijar la vista sin ver un jénio misterioso que nos ofusca hasta en los últimos momentos de la vida vejetal?

El sol se vá, la tarde se acerca envuelta en el negro manto de su melancolía, el viento

murmura apénas entre las hojas del follaje remedando los melódicos acentos de una harpa eolia, calla el arroyo que saltaba bullicioso por entre las rocas de su cauce, quiebra el sol sus últimos rayos ensangrentados en las tajadas peñas del monte, las tinieblas se acercan i surca el aire alguna ave estraviada en la montaña. Un aroma suave i embriagador se difunde en la atmósfera tibia; ¿qué es ese aroma? ¿qué flor lo produce? Es imposible decirlo.

Ese aroma que nos encanta i que hace brotar de la frente del poeta el rayo de la inspiracion, es una fusion misteriosa de todos los perfumes, es la concentracion de todas las emanaciones de la flor, es la union de todas las aspiraciones de la planta. I estas variadas exhalaciones vejetales que se desarrollan en una sola espresion sensitiva ¿qué son mas que el grito de una aspiracion, producto de un sentimiento que se personifica en un acto, que se resuelve en una forma?.... I este sentimiento ¿qué oríjen puede tener mas que el misterioso espíritu que vaga en las microscópicas fibras de su organismo maravilloso?

Donde quiera que fijemos la vista en el vasto campo de los reinos organizados encontraremos las huellas de un sentimiento, la sombra vagarosa de un alma.

Era en el norte de la República, i meditaba yo sobre este objeto recostado en una inmensa roca que se avanza en el mar como un centinela de nuestro continente. A poca distancia de la costa, una grande isla elevaba su blanca frente en medio de las encrespadas olas, que la cubrian de vez en cuando con collares de brillantísimas perlas. Todo estaba en silencio, las olas lamian blandamente el pié de la sorberbia roca i el céfiro murmuraba apenas en torno de las verdes algas que flotaban sobre la lámina trasparente del mar tranquilo. De repente el viento se levanta, encrespadas i jigantescas olas elévanse contra el inmóbil peñasco, lánzanse contra él, que por un momento desaparece bajo las espumosas ondas; rueda la trasparente espuma hasta besar el pié del jigante de granito i un rujido semejante al estámpido del trueno asorda los aires para ir a morir en las sinuosidades de las cercanas peñas. Sobre la blanca isla, grupos de lobos marinos rujen enfurecidos; la mar en su encono rabioso los lanzó sobre aquella roca, como a otros tantos Prometeos del reino de Neptuno.

Volvia yo de presenciar este magnífico espectáculo iluminado por los últimos rayos del sol, i en mi camino encontré unas pequeñas flores que brotaban a un lado del sendero. Aunque no eran unas mismas, estaban tan agrupadas que se me ocurrió que aquellas plantas tenian alguna relacion, porque ya las habia observado juntas en otras ocasiones. Aquello no me parecia amor; era una cosa mas fria, ménos vehemente que lo que se llama una pasion, pero mas franca, mas leal, mas desinteresada, mas noble: aquello me pareció amistad.

Así debia ser, en efecto; hai plantas que se llaman sociales i que viven casi siempre juntas. I ¿qué hai en estas pequeñas flores para que vivan en sociedad? ¿qué instinto particular las une? ¿Es quizá la semejanza del terreno que necesitan para vivir? Si es así, esto tambien envuelve un sentimiento, de aquí brota la idea espiritual encarnada en la naturaleza, viviendo en ella, desarrollándose en su constante actividad interna, reflejo brillante de la eterna espiritualidad del Cosmos, última manifestacion de la innegable sentimentalidad de los seres organizados. Si hai en el fondo de la planta algun *algo* misterioso que inspira sus actos, que mide los latidos de su existencia sensitiva i lanza al mundo esterno las señales inequívocas de su vida espiritual, ¿por qué no llamar tambien alma a este ajente desconocido? ¿por qué envolvernos en el manto de nuestro orgullo para atribuirnos todo lo grande, deprimiendo a toda la naturaleza, para elevarnos un palmo sobre las pintadas corolas de las flores?

¡Miserable corazon humano! El hombre honrado teme profundizar el estudio de las plantas porque no querria encontrar al rei de la creacion entre las flores del jardin; el hombre honrado que rompe con su escalpelo las fibras de la planta para estudiar la marcha de la vida vejetal, renuncia avergonzado al análisis del corazon humano porque no quiere ver su miserable pequeñez.

Es verdad, el creador del universo hizo el mundo para el hombre. Las altas montañas i los inmensos mares, los anchos llanos i los caudalosos rios, los animales i las plantas, el aire i el insecto, todo fué hecho para él, i como si tantas maravillas no fueran suficiente pábulo para la intelijencia del hombre, Dios le dice lanzando el rayo en medio de la tormenta enfurecida : toma, admira i espera

que el continente americano tenga a Franklin.

Todo fué hecho para el hombre, pero no se lo entregó Dios para que lo deprimiese i lo tirara por el suelo; se lo entregó, como a la mujer, para que lo admirara i viera en la sublime creacion la consecuencia de leyes eternas emanadas de la primera *causa*. La creacion no es un juguete para que el hombre se divierta, es un templo en el cual no se puede estar sino de rodillas, es un altar donde el hombre debe orar noche i dia iluminado por esa inmensa lámpara que se llama creencia.

No miremos pues con tal desprecio esas bellas flores de la pradera; hai en ellas una aspiracion, hai dolor, hai amistad, hai amor; ¿por qué no habian de tener una alma?

En la continuacion de este trabajo iremos conociendo profundamente estos seres tan desgraciados como bellos, i espero que de su comparacion con el hombre surjirá mejor la idea que domina en esta breve introduccion, necesaria por otra parte para conocer el jiro particular de mi obra.

PRIMERA PARTE.

EL MUNDO VEJETAL.

En esa flor hai un alma
Oculta e indefinible,
Hai un corazon sensible
Que sabe amar sin latir.

J. V.

CAPITULO I.

EL ÓVULO.

El óvulo considerado en su espresion mas simple es una vesícula que no principia su desarrollo sino despues de la fecundacion. Se compone de membranas i de un contenido líquido, informe i sin significacion embriolójica actual. En una palabra, el óvulo de las plantas es casi idéntico al óvulo humano bajo el punto de vista de su anatomía. Pero lo que hai de particular en ambos, es que el elemento esferoidal domina sus contornos, como domina toda la organizacion que de ellos ha de brotar por un mecanismo maravilloso, que es todavia un secreto para el hombre. Cada una de estas pequeñas vesículas es un mundo en embrion, i como el mundo lanzado en el caos, estos elementos de la vejetacion i de la animalidad se desarrollan en el silencio de la vida universal i son los embriones de una creacion.

Veremos mas tarde que su desenvolvimiento es un círculo, i que su vida es una série de círculos maravillosos que envuelven un foco en que palpita el jénio del desarrollo.

Todavia no hai maternidad, el óvulo está encerrado en el ovario sin que le hayan dado el impulso vivificante de la fecundacion; está allí oculto como un elemento material a que falta el espíritu del trabajo íntimo i que espera en su estoica tranquilidad el grito de alarma dado por el movimiento universal de la naturaleza.

Acerquémosnos, veamos qué hai en él que espliquesu destino, que haga entrever su porvenir. Nada, absolutamente nada; es un caos incomprensible, una vesícula orgánica muda que espera un *algo* que le falta, i si se pudiera ver su vida atomística, se reconoceria que su tranquilidad es mas aparente que real; debe haber una vibracion profunda de su ser que espresa la impaciencia de su organizacion, el ansia del desarrollo progresivo de su existencia inquieta i sin significacion individual.

Acerquémosnos todavia, rompamos el utrículo misterioso que vela el fondo de ese mundo, penetremos en ese caos incomprensible i sin nombre que encierran las membranas del huevo vejetal. Nada, siempre nada: un líquido mudo como las aguas del mar muerto, indiferente como la inmobilidad, sombrio como el campo del misterio. ¿Dónde está, pues, la planta que un dia hemos de ver nacer de este óvulo singular? Sombra i siempre sombra, siempre una vesícula orgánica fria, que envuelta por una curva misteriosa, espera el fuego divino de la organizacion.

Un círculo envuelve al mundo, un círculo es el elemento de toda organizacion, un círculo es la imájen del infinito, un círculo es el misterio que en vano queremos ahora arrancar a la taciturna i grandiosa naturaleza. I, nótese bien, el círculo es ya un misterio que asombra, es la carrera de la eternidad, la figura mas simbólica de cuantas el jénio humano copió de este gran cuadro que llamamos creacion, mundo, naturaleza.

¿Qué hai pues en esa vesícula tan pequeña i que contiene sin embargo, en el espacio que cierran sus membranas, toda una creacion orgánica? Mientras mas se mira, ménos se comprende; el desierto se prolonga sin fin, el viento del misterio oscurece cada vez mas el aire i borra hasta las huellas del sendero. ¿Existe el mismo secreto en el huevo humano? El mismo, la sombra sigue siempre densa e impenetrable, el observador marcha a tientas i ape-

nas calma la abrasadora sed de su intelijencia con la copa refrijerente de la fé. Pero en fin ¿que es ese óvulo, porque no levanta el velo que cubre su secreto? Es una vesícula orgánica que espera un elemento de desarrollo.— ¿Dónde está ese elemento i cuando vendrá?— Esperemos.

Encima del ovario nace un cáliz, sobre éste una corola i en el fondo de esta corola despréndese del ovario un filamento terminado por un ensanchamiento esponjoso; la antera, en virtud de una fuerza que casi podriamos llamar erótica, lanza de su seno el polen fecundante i el estigma lo recibe como el complemento de una existencia que espera el jénio de su desarrollo; pero ¿qué es el pólen? Una vesícula tambien que está envuelta en esa figura simbólica i misteriosa que se llama círculo. En donde quiera que encontremos este sombrío círculo jeroglífico de la naturaleza tropezarémos con un misterio, veremos oscurecerse el aire i llenarse de negras sombras el ántes despejado horizonte. El pístilo conduce el líquido fecundante hasta la cavidad del ovario en que palpita el óvulo, jérmen de una creacion, i al llegar allí, nuevo misterio, nuevas confusiones: todos los fenómenos que tienen lugar en aquel mundo de la vejetacion son un secreto de la naturaleza. Mañana, cuando el viento haya destrozado el cáliz de la flor, ese ovario misterioso rodará por el suelo i se desgranarán de su fondo los embriones de una nueva jeneracion vejetal.

La fecundacion queda hecha. Pero no abandonemos ese óvulo sombrio e incomprensible que acaba de recibir un elemento nuevo, el único que le faltaba para principiar su desenvolvimiento maravilloso; asistamos a ese misterio que envuelve en sus secretos procedimientos la perpetuidad de los seres vivos, ya que hemos visto esa última escena del cariño, esa misteriosa cristalizacion de la vaga idealidad del sentimiento que se llama fecundacion. Nada se puede observar todavia, todo está envuelto en la noche eterna de ese óvulo sin nombre que oculta un mundo vivo i palpitante: el líquido fecundante está en contacto con él i le imprime la fuerza de su desenvolvimiento en el silencio de su éxtasis jenerador. Esperemos todavia un momento:... pasó.

En el fondo de ese caos incomprensible, noche sombría de una creacion, víspera misteriosa de un gran acontecimiento orgánico, aparece una línea apenas perceptible, blanca, inmóbil: es el embrion. Ahora principia la maternidad. La flor que, al recibir sobre su estigma el líquido fecundador, sintió la conmocion íntima de ese acto orgánico, el mas espléndidamente grandioso de la naturaleza, ella, que en ese momento acarició la bella esperanza de ser madre, en la místicamente eró tica convulsion de su organismo, ve ahora realizada esa esperanza en el primer movimiento vital de su seno, i se conmueve, i sus pétalos vibran en el interior de su trama organizada, como vibran los labios de una vírjen que recibe el primer beso de amor.

Se dirá talvez que la flor no acaricia a su hijo como las aves i los otros animales, que no hai en ella esa ternura indescriptible de la mujer i de la paloma; pero es preciso no fundir en materialidad el sentimiento, i sobre todo es preciso analizar la idealidad en sí, sin tener la pretension de tomarnos como modelo i como término de comparacion. ¿Quién ha dicho que un beso, un abrazo, es la mas enérjica espresion del cariño, tomado éste en toda su profunda e inmensa latitud? La manifestacion esterna es la forma, lo accidental del sentimiento, mientras éste puede vivir solo e imperecedero en la tranquila e insondable profundidad del alma. I ya que se quiere hablar de la mujer, ¿qué hace la mujer cuando tiene a su hijo en el vientre, este misterioso cláustro del embrion? Nada, absolutamente nada, mas que conmoverse del mismo modo que la flor, sentir íntima esa fruicion de una alma que siente palpitar una vida en su vida, un mundo naciente en el mundo de su organismo.

Esta profunda vibracion de la vida molecular de la planta vale pues bien un beso de la madre, porque por ser insensible no es menos la espresion de un sentimiento, la última fruicion de la maternidad.

Hemos visto aparecer en el fondo del óvulo una línea imperceptible que hemos considerado como el vago rudimento del embrion; ¿qué es esa línea i cómo se ha formado? No bastan los ojos desnudos para estudiar este fenómeno maravilloso; armémosnos pues de un microscopio i vamos a buscar la incógnita de la vida allá en el misterio de ese óvulo májico que parece negarse a confiarnos su secreto.

Roto el óvulo entre dos cristales i colocado bajo el microscopio, deja ver los harapos de sus destrozadas membranas i un líquido compuesto de pequeñísimos glóbulos esféricos, que

son los elementos del embrion. El líquido fecundante, puesto en contacto con la totalidad del huevo de la planta, imprime a los glóbulos que forman el contenido del huevo una fuerza particular de concentracion, i bajo el influjo de esta fuerza los glóbulos pierden la independencia de su vida aislada, se agrupan, se concretan, i de su condensacion organizadora resulta esa línea, masa informe en la cual el jénio de la vida tiene que delinear los contornos de una planta.

¿No es cierto que todos estos procedimientos de la naturaleza son grandiosos, arrebatadores? ¿No es cierto que en ese pequeño óvulo de la planta hai tanta grandeza, tanta sublimidad como en toda la creacion? ¿No es cierto que el estudio solo del óvulo es el mas sangriento azote contra el impío ateismo?

¡La naturaleza! Basta nombrarla para definirla; ella es el sublime en su mas espléndida inmensidad, la poesía en toda su seductora belleza; es un canto épico del Hacedor Supremo, es el *exegi monumentum* de la eterna Sabiduría.

CAPITULO II.

EL GRANO.

Llega el otoño, el viento arrastra las amarillas hojas de los árboles; ya no es el céfiro blando que besa cariñoso las pintadas corolas de las flores, es el huracan que azota rebramando las rocas de los contornos i lleva en su rápido curso el pálido ropaje del bosque. Todo ha muerto al parecer en el reino vejetal, i la naturaleza entera parece tomar parte en este triste interregno de la vejetacion; los arroyos se cambian en torrentes, entúrbianse los rios caudalosos, azota el mar enfurecido las inmóbiles rocas de la playa i el cielo embózase en los pliegues de negras i apretadas nubes. De vez en cuando cruza las sombras de la noche relámpago fugaz que deslumbra nuestra vista, i luego todo vuelve al movimiento jeneral del frio i desconsolador otoño.

I el hombre tambien tiene sus estaciones, tambien siente caer una por una las mas bellas esperanzas de su vida, las mas puras aspiraciones de su corazon; el huracan del desengaño sacude bruscamente el árbol querido de sus dorados ensueños, i roto el prisma de la existencia no queda mas que la fria i descarnada realidad del sepulcro. ¡Ai! si a lo ménos al abandonar las galas de la vida pudiéramos como la planta dejar caer un grano en la escena del mundo e incrustar en el fondo de un pedazo de materia el espíritu vital que nos abandona! ¡Dichosos los que tienen esta felicidad!

Pero la planta no muere en el otoño, duerme solamente como esos animales invernizos que se aletargan durante el invierno, para levantarse con los primeros rayos del verano i para levantarse altiva, lozana, radiante de animacion i de vida. Pero si es cierto que la planta no muere, fisiolójicamente hablando, no se puede negar que sufre una verdadera muerte civil. El código de la ciencia no le reconoce derechos; ha perdido la flor, que es lo que le da individualidad, significacion orgánica, lo que le da un papel en la escena del mundo; i la planta en otoño aparece como una monstruosidad, sin fin, sin valor, a pesar de encerrar una jeneracion entera en el silencio de su existencia indiferente. ¿Qué ha quedado pues de todo ese destrozo del otoño sombrío i vivaz?

Un dia en que los cielos principiaron a cubrirse de apiñadas nubes la flor sintió en el fondo de su vida el movimiento desorganizador de su negro destino, su frente pálida como la de una vírjen enferma se inclinó sobre su pedúnculo, i el viento del norte vino a poner término a esta escena de amargura rompiendo los últimos vínculos que la ligaban a su prole i arrastrándola sin piedad por el escabroso sendero. Se estremeció la planta al mirarse despojada de sus hojas i de sus flores, i dejó caer sobre la fértil tierra un mundo vejetal, toda una creacion, *el grano.*

El grano, compuesto de muchos elementos, debe llamarnos la atencion por el embrion solamente, pues es el mas importante de todos; él es el rudimento de la nueva planta, para él son todos los otros órganos del grano, por él perecen todos en su servicio.

La *plúmula*, representante de la estremidad aérea de la planta; la *radícula*, que será mas tarde la raiz del vejetal; el *cuello*, articulacion de la raiz con el tallo aereo, punto en el que vienen a cambiarse en provecho del desarrollo jeneral los productos de la elaboracion subterránea i de la elaboracion aérea, he aquí el embrion, he aquí la planta. Hai pues en el grano una pequeña planta organizada casi en totalidad, pero débil, sin fuerzas para vivir por sí sola, i que por esta razon necesita ser nutrida por los órganos del grano como el recien-nacido necesita de la leche de la madre

para poder mas tarde tener una vida independiente i propia.

La flor al morir dejó pues una herencia a su prole: los elementos de su completo desarrollo, i esta herencia misteriosa nos conduce de nuevo a reconocer en la flor una intelijencia maternal, casi la prevision del porvenir. I nótese bien, el sentimiento de la materdidad es el mas esencialmente espiritual de todos los sentimientos; la esperiencia i la reflexion nos lo demuestran claramente.

Ahí teneis una mujer de la alta sociedad que huye de su familia i que atravesando mil peligros llega jadeando i con el rostro cubierto hasta el aposento de su querido. No se ha cuidado de su traje, su bata entreabierta deja ver la blancura de su seno, un mal atado lazo de cintas ciñe apenas su talle esbelto i flexible; vé al objeto de su amor, llega, le abraza i con los ojos lánguidos, el labio rojo i caliente, i palpitando convulsivamente el blanquísimo seno, le entrega su corazon, su vida i su honor en cambio de un solo béso de cariño franco i leal.

¿Creéis que ese beso ardiente i apasionado, que quema los lábios i se pierde en el desmayo de la pasion, vale en espiritualidad la mirada quieta i tranquila de una madre que acaricia a su hijo? Nunca, jamas. Ese beso, dado despues de tantos sacrificios, está palpitando de materialidad i de impetuosidad orgánica; quitad la materia, la parte orgánica del acto, atad las manos a esa mujer, obligadla a permanecer inmóbil, i su fisonomía no sabrá espresar mas que la mas desagradable sensualidad. I no se diga que en el fondo del alma hai un amor puro, espiritual, porque la fisonomía es el espejo del alma, i la fisonomía no engaña a un buen observador.

No sucede lo mismo con la madre; dejadla inmóbil, sin palabra, sin accion, siempre vereis brillar en esa maravilla mímica de la fisonomía el espíritu del sentimiento maternal, la mas pura idealidad del cariño, i del cariño eterno i desinteresado de una madre.

No quiero yo decir que en ese beso ardiente no entre para nada la idealidad; de ninguna manera, porque en ese caso seria preciso huir de las caricias de una mujer; pero sí digo que esa idealidad desaparece entre las llamas de la materia que se incendia, que ese beso es la llamarada de un leño mal prendido, i no el fuego vivo i duradero del hierro que sale incandecente de la fragua.

Ya tenemos pues el grano formado, con todo cuanto necesita para vivir hasta que lo reciba la tierra, esta madre universal que todo lo vivifica, que todo lo calienta en su seno para transformarlo i hacerle sufrir las íntimas i profundas elaboraciones de una metamórfosis maravillosa. El embrion está formado; el tallo i la raiz se divisan facilmente en este óvulo maduro que se llama grano; dejadlo vivir todavía i luego contraerá relaciones con el suelo que ha de ser la fuente de su vida i de su progresivo desenvolvimiento.

Al parecer, ese pequeño grano es un pedazo de materia indiferente e inservible, pero en él se encierra una creacion entera, en su fondo palpita el jénio de la vida. De él vamos a ver brotar una planta, un vejetal, jigantesco talvez, que vá a ser el rei de la montaña, que vá a mecerse impunemente al choque impetuoso de los aquilones, i sobre cuya cima reventará el rayo temiendo que su elevada copa toque la bóveda celeste i pueda servir de escala al orgullo insolente de la familia humana.

ADOLFO VALDERRAMA.

(*Continuará.*)

Cancion.

A LA SEÑORITA Q..... R.....

No es mas súbito el rayo que parte
Al través de la nube inflamada,
Como lo es tu graciosa mirada
Con los dardos de amor para herir.
I es en vano que al pecho la duda
Martirize con cruel desconfianza,
Porque al punto tambien la esperanza
Viene grata su lumbre a esparcir.

Yo te ví i al instante, te juro
Que sentí que el amor me abrasaba,
I la dulce quietud me robaba
Cual la brisa su aroma a la flor;
Como el rayo del sol que evapora
Fresca gota de suave rocío,
Ai! i en cambio tenaz desvarío
En su copa me brinda traidor.

Pero tú, dime, hermosa ¿no es cierto
Que al mirarme penar, condolida
Bañarás hechicera mi vida
Con el cáliz de tierna pasion?
¿No es verdad que al oir mis suspiros
Abrirásme tu pecho inocente,

Como se abre sensible al ambiente
De una rosa el precioso boton?

Tu belleza cautiva i no puedo
Creer que tengas una alma insensible,
Como juzgo igualmente imposible
Que un querube la pueda abrigar;
I por mas que el temor i la duda
Me atormenten, bien mio, a porfía,
La esperanza me anuncia que un dia
Llegarás mi pasion a premiar.

RAFAEL SANTOS.

Un recuerdo de Chañarcillo.

Continuacion.

XI.

Dominado siempre por el misterioso poder i ántes de irse al trabajo de su mina Peralta volvió en esa mañana a casa de Juancho, pero esta vez «*la reina*» no vino a recibirle como en la tarde del dia anterior. Con la vista baja i los ojos preñados de lágrimas ella estaba sentada al lado de un jóven, que tenia su mano entre las suyas i se esforzaba por decirle cosas amables, pero a las cuales Chavela no parecia prestar atencion.

En el estado de ajitacion fébril de Peralta eso bastaba i sobraba para acabar de exasperarle. Al instante sintió su pecho como atravesado por cien puñales. Era vista para él la fatalidad de su destino. Sus ilusiones de riqueza i de amor se desvanecian al mismo tiempo i él no tenia, no diremos valor, pero ni aun siquiera lágrimas ni palabras para quejarse de su desencanto.

A parte de esto: en pago de su promesa de hacerle rico él habia entregado a Juancho treinta onzas de oro, suma total de las economías de su vida de marino, que debian emplearse en la habilitacion de la mina que trabajaban, i desde entónces sus esperanzas de fortuna habíanse reducido al hallazgo de la plata contenida en la veta de esa mina, o bien al encuentro de algun buen rodado o reventon en su próximo cateo a las cerranías de la vecindad.

Mas como la plata aquella se evaporó segun dejamos dicho, convirtiéndose el metal fino en galena de plomo i el rosícler en carburo de fierro, i como el cateo se dilataba i era todavía de un éxito mas incierto, el jóven se sintió poseido de un profundo despecho i ahora tanto mas agriado por su encuentro con aquel presunto amante de «*la reina*.» El engaño de que se creia víctima presentóse a sus ojos como una continuacion de los que habian envenenado los últimos dias de su padre, i creyendo ver realizadas en sí mismo las desgracias que ántes habia tenido ocasion de lamentar en su familia, apesar de los temores que le infundia la historia de Juancho, no por eso desistió del propósito de castigar en su persona el doble agravio que a su juicio acababa de inferírsele. Por lo visto, la perturbacion de su espíritu hacía al jóven tener de su honra ideas algo exajeradas; i aunque embaucado en un mal negocio de minas como si hubiera sido un *buen francés*, parece que eso mismo le determinaba a tomar venganza de su endiablado mistificador.

Asi que divisó a Juancho le apostrofó con duros epítetos a los que él le respondió con los de *desconfiado* i *miserable*! Fuéronse de voces i oyéndolos la reina adivinó al instante lo que resultaria si ella no viniese a interponer su mediacion.

Peralta i el cateador, sombrios i silenciosos i sus ojos arrojando llamas, disponíanse a emvestirse, el jóven armado de su combo i el viejo de un agudo puñal que siempre traia pendiente de su cintura. Figuraos las estátuas de la Locura i del Furor próximas a chocarse entre sí. Jamás sobre las tumbas, ni en las fábulas de fantasmas, ni en los cuentos de duendes o aparecidos podria verse figura mas iracunda i sombria que la de Juancho, ni otra mas pálida i descompuesta que la de Peralta, desgreñado el cabello, dislocada la vista por la alteracion de su cerebro, la boca entreabierta i ardiente por el calor de su sangre, convulso su cuerpo i sus piernas trémulas cual si estuviese repentinamente atacado de parálisis.

—Hombres feroces! esclamó Isabel entrando.... Matadme, sí, matadme a mí ántes de ofenderos uno al otro.... I diciendo esto se dejó caer de rodillas entre ámbos descompuesto su semblante i anegada en lágrimas.

El combo de Peralta cayó de sus manos. Sus ojos se fijaron en los de «*la reina*» i al momento se despertó con un dolor íntimo i profundo el cariño que habia sentido por ella desde el instante de conocerla. Echóse a sus plantas pidiéndole perdon i el viejo, calmado algun tanto i acusando entre dientes la ingratitud de Peralta, vino corriendo a abrazar a la jóven i despues de haberla levantado i be-

sado su frente, como por un esfuerzo supremo hecho sobre sí mismo dió una media vuelta i desapareció.

Peralta se sintió tambien como aliviado de un gran peso despues de esta indirecta reconciliacion, i cediendo al misterioso poder que guiaba sus pasos, le pareció como que habia logrado escapar de un gran peligro que amenazaba anonadarle. Poseido entónces de un nuevo rapto de desesperacion pero sin decir palabra, salió de la casa corriendo desaforadamente i no se detuvo hasta llegar a la boca mina de *la Contadora*.

—«Juancho! Juancho! esclamó con una voz tonante, que despertó el eco de los dos cerros fronterizos de «Chañarcillo» i «Pajonales.» Sí has llegado ya, héme aquí!

Tú tenias razon, harto bien lo conozco: yo he sido un desconfiado i un miserable que cedia nada mas que al deseo de enriquecerme sin merecerlo i para gozar tan solo de la vida terrenal. En adelante ya no será así. Desde ahora ¡te lo juro! es aquí solo donde yo emplearé todas mis fuerzas, es aquí solo donde quiero encontrar mi tesoro, mi esperanza i mi felicidad. Aguárdame, Juancho, que vengo en tu busca para entregarme a tí todo entero i para que me enseñes la manera de trabajar con éxito. Espérame i que yo descubra, a la par contigo, la riqueza que se encuentra en la veta que elaboramos.»

El jóven prendió su luz i bajó hasta la labor de planes sin que apareciese el viejo cateador. Pero ¿cuál no fué su sorpresa cuando despues de reconocer el trabajo del dia anterior, apercibió clara i distintamente la veta con el metal a la vista? I luego ese metal no era ya esta vez galena de plomo, era una piedra ferujinosa, dura, pesada, fria i en la que aparecian como sobrepuestos infinitos clavos de plata purísima.

En presencia de tal espectáculo todas sus bellas esperanzas i las encantadoras ilusiones de la noche anterior se mostraron nuevamente a su espíritu. Mas por lo mismo que su cerebro estaba débil, la impresion que recibió con ello fué tanto mas fuerte. Su cabeza se desvaneció i deslumbróse su vista. Sus ojos se sumieron dentro de una veta métalica tan poderosamente rica que la plata habia saturado hasta las rocas i se dilataba i estendia aun por las cajas que la cubrian i formaban la labor en beneficio. En partes ella aparecia como una gruesa vena de estaño pulido i cortado a cincel que al reflejo del velero arrojaba en todas direcciones surcos brillantes i luminosos.

Continuando el paroxismo parecióle ver allí a su reina fidelísima i tomarla en sus brazos i estrecharla contra su corazon. Al llegar a esta imájen un rayo ardiente penetró su pecho i le hizo perder hasta el conocimiento, no esperimentando otra sensacion que la de verse mecido por las olas de un mar dulcísimo, transparente i diáfano como el aire de los cielos.

Asi permaneció un buen rato aletargado i como en éxtasis. - José Peralta! gritó entónces desde arriba una voz fuerte i en el mismo momento el reflejo de otra luz iluminó la veta. Era el viejo que esta vez bajaba verdaderamente en busca de Peralta a quien habia visto correr i arrojarse con la temeridad de un furioso en la negra caverna.

—¿Qué has hecho, jóven imprudente? esclamó Juancho como poseido de un tierno interes. ¿Ignoras que ántes que la fortuna está la vida? ¿I nó sabes que has podido matarte bajando como un loco por estos profundos precipicios? Vamos, prosiguió con tono entre imperativo i cariñoso, si has de tener fé, ten tambien juicio, porque de otro modo estamos mal. Ven i sube conmigo.

Peralta guardó silencio. Su conducta para con el viejo le hacía estar corrido i avergonzado. Nada le dijo por eso mismo en cuanto a la riqueza descubierta. Saliendo de su letargo i como arrastrado por una fuerza irresistible, siguió los pasos de Juancho i sin hablar palabra llegaron hasta la casa. La reina, cuando vió aparecer al jóven, exhaló un suspiro i corriendo a arrojarse en sus brazos le prodigó las caricias mas tiernas. El viejo prorrumpió entónces :

—Los celos, Peralta, han podido en tí mas que la razon. Demasiado lo he visto : un despecho pueril ha ofuscado tu fé i la confianza ciega que como minero debes tener en tu próspero destino. Hoi he conocido por ello que tú estás léjos todavía de ser un hombre del oficio. El jóven a quien has visto con «*la reina*» es su hermano que viene a llevársela; pero yo soi su padre, sé que tu la quieres i mi deseo de verla feliz me autoriza para ofrecerte su mano. Si gustas, desde hoi serás mi yerno, viviremos juntos i si tienes fé i constancia, te juro que serás rico. Todo lo que necesitas para conseguirlo, te lo repito, no es mas que entusiasmo i abnegacion.

Peralta que no deseaba otra cosa que una reconciliacion tan dulce i tan grata, se sintió no solo obligado sino realmente enternecido al oir las palabras del viejo cateador. Estrechólo en sus brazos i sus ojos se inundaron en lágrimas de delicia i de placer. Toda la felicidad que ofrece la vida del hombre habia en un corto espacio de tiempo descendido sobre su corazon, i tal era la situacion de su espíritu que, viéndose contento i rico, amado i poderoso, llegó a creerse el juguete de una nueva ilusion de su fantasía como la de la noche precedente.

XII.

La jóven, que en lo que pasaba veia tambien colmada su ambicion, no dijo nada a su amante cuando Juancho se hubo marchado para dejarlos solos; pero tomó su mano i la estrechó dulcemente entre las suyas.

Sin duda que los enamorados han hecho bien de inventar esta manera tácita de decirse que se aman. El uso es bien cómodo i por eso se sigue en todas partes, hasta en Chañarcillo, donde pocas veces la palabra es la prueba de los amores. I en efecto que no diciéndose nada a nadie se engaña, cada cual es libre de imajinarse lo que mas le cuadre respecto de su caro bien, lo que si por una parte pone a salvo la delicadeza i los escrúpulos de conciencia para lo futuro, por otro deja tambien el campo libre a la fatuidad, que al decir de la crónica no es un milagro en los enamorados. Convencidos íntimamente de la verdad de este axioma, parece que el hombre i la mujer han acabado por convenir en que el silencio es la lengua del corazon.

Pero como nada hai eterno en la vida humana i ménos todavia en la de los amantes, (excepto la variabilidad, porque los hai que desean seguir viviendo solo para seguir variando,) el silencio de nuestros prometidos interrumpióse al fin.

—¿En qué piensas? preguntó de repente «*la reina*» a José, que, como extasiado en su felicidad, parecia sumido en profundas reflexiones.

—Pensaba, replicó el jóven, en que mi vida es tuya como la tuya es mia desde hoi; i pensaba tambien en que si Dios ha hecho muchas clases de felicidad, yo no conozco sino una.

— Cuál?

—La de quedar siempre a tu lado como ahora lo estoi, con tus manos entre las mias i con un eco tan dulce como el de tu voz para mi oido i mi corazon.

—Lisonjero!

—Solo porque te digo lo que siento! ¿Nó me lo crees?

—Yo creo, José, todo lo que dice tu boca i lo que prometen tus ojos, que son el reflejo de tu alma bellísima.

—Eres tú, Isabel, la que me lisonjeas i me engañas. Pero, sea como fuere, engáñame siempre de ese modo i sea yo feliz, que mi felidad será la tuya. La vida es tan breve i tan triste de ordinario, que la mayor dicha es no pasarla mal i poder hacer felices a los que se aman.....

Un recuerdo de las pasadas distracciones pareció atravesar entonces por el alma de «*la reina*,» pero su jóven amante lo disipó diciéndole:

—Piensa, Chavela, que yo nunca he amado i que Dios no te hubiera echado en mi camino si no quisiera que yo consolase los dolores de tu alma i las pasadas angustias de tu corazon.

—Cuán bueno eres, replicó Chavela, elevándome a tu altura i sirviendo a mi rehabilitacion! Yo seria indigna de tí si no correspondiese tus afectos con usura.

—Gracias! cumple tu propósito i ámame siempre, por que lo que hasta aquí ha hecho mi carácter caprichoso i excéntrico, no ha sido otra cosa, bien lo veo, que la ignorancia en que estaba de un amor verdadero i profundo.

Estas i otras palabras se decian, pero a veces en voz tan baja, que si no hubiesen escuchado a sus corazones talvez no habrian podido oírselas.

XIII.

Peralta estaba en el apojeo de sus ilusiones i podia decir que hasta sus mas ambiciosas esperanzas se habian convertido en una hermosísima i alegre realidad. Esa mano de mujer que solo una vez habia tocado en la chingana de *Juan Godoi*, esa mano teníala ahora entre las suyas, i las palabras de amor que tanto ansiaba oíalas repetir por una linda boca, en medio de la calma, de la serenidad i la poesía que él se imajinaba como el complemento de la dicha humana.

I ciertamente que en el principio de todo amor, grave i sério o fútil o frívolo, lo que hai de mas encantador es que todos entran en él de buena fé i con la íntima conviccion de que aquello será eterno. Entonces hai momentos

de felicidad real, de dicha perfecta i pura que una palabra puede borrar, que empaña talvez hasta una simple sospecha, pero que por breves que sean i por pronto que pasen no dejan de tener un perfume que embellece la existencia, aun cuando apénas dejen en la memoria otra cosa que un simple recuerdo.

A pesar de las protestas demasiado sinceras del jóven soñador, Chavela sin embargo no estaba satisfecha ni tranquila, por que conocia toda la distancia que la educacion i su jénero de vida habian puesto entre ella i Peralta, i aflijíase pensando que sus cariños i los consuelos que él la otorgaba serian apénas el arranque de un afecto impremeditado, o bien obra de la compasion, mas no la prueba de un amor verdadero i durable. Ante tal hipótesis bajó su vista i arrugó la frente, púsose su semblante tétrico i sombrio i pasó la mano por sus ojos, como para borrar en presencia del amante hasta la sombra de estas tristes i dolorosas ideas.

En vano Peralta le aseguraba que a su lado era feliz, i que poseyéndola i llegando a ser dueño de una gran fortuna, que decia tener a la vista i como en su mano, estaban llenas ya todas sus aspiraciones.

—No, un hombre como tú, replicaba Isabel, no puede entretenerse con mi pobre lenguaje ni darse por satisfecho con mi amor.

—Sí, una mirada tuya, contestaba el ardoroso minero, una palabra me dice mas que toda la sabiduría i todos los libros humanos. Lo que los hombres decoran con el nombre de espíritu, a menudo no es otra cosa que tontera i vanidad.

—Mira, replicaba Isabel, yo tenia una hermanita.....

—Un ánjel si se te parecia.....

—Ella formaba todo mi encanto i como desde pequeñas quedamos huérfanas, creció en mis brazos, mis afectos se concentraron en ella i queríala mas que a mí misma, porque era buena, intelijente i bellísima; pero el Destino la creyó sin duda mal colocada conmigo i la sacó de mi lado para llevársela al cielo. Ah! qué linda pareja habria formado contigo! Ella sí habria sido una esposa digna de tu mano!

Peralta la tranquilizó repitiéndole :—No, nadie como tú!

Mas la pobre *reina* aun no daba crédito a su felicidad. Oyendo esas palabras daba vueltas a un clavel que tenia entre sus manos, i despues de arrancarle sus pétalos, decia en voz mui baja: no, si, no, si.....

— Qué dices, reina mia? prorrumpió Peralta, pareciéndole que contemplaba nada ménos que a una figura celeste.

—Nada, contestó la jóven.....si lo supieses talvez te burlarias de mí.

Pero entretanto, a cada hoja que arrancaba i echaba en sus faldas seguia diciendo: no, si, i arrancando por fin las dos últimas hojas, esclamó con una loca alegria: No me ama: Si me ama!!!

—Sí, ánjel mio, repuso en el acto nuestro jóven minero: que la prediccion de esta flor sea para tí el oráculo de los Dioses. Sí, yo te amo! ¿Comprendes tú todo lo que significan para un hombre de honor estas palabras : *Yo te amo*?

Diciendo esto Peralta volvió a tomar las manos de «*la reina*» i aplicando sobre ellas sus ardientes labios continuó:—Que este beso te diga lo que yo no puedo espresarte..... sí..... que se unan nuestras almas ardan en un amor progresivo i eterno!

M. G.

(Continuará).

Ecos de la semana.

Santiago, abril 28 de 1860.

Sumario.—Dichas intempestivas i desdichas oportunas.—Los políticos al pairo.—*Los Alleghanians.*—La compañía dramática.—Funciones teatrales.—Los pajaritos sabios.—Una funcion dramática de aficionados.—Círculo literario.

En este mundo de relaciones en que vivimos, no hai nada absoluto, nada que pueda existir por sí mismo, nada que se conserve independiente de las influencias i modificaciones exteriores, las cuales a menudo cambian de arriba a abajo la naturaleza de las cosas. A la verdad, la correlacion es el alma del universo. Tan cierto es esto que el bien mismo deja de ser tal cuando se desvia de ciertas condiciones i va a estrellarse contra la oportunidad. Por eso sucede que hai a veces felicidades intempestivas que se vuelven en desgracia, como hai en ocasiones desgracias a tiempo que dejeneran en felicidad. En estos momentos jime nuestra capital bajo el peso de una de aquellas felicidades, i eleva al cielo sus preces mas fervorosas en demanda de una de esas desgracias : está aflijida con el buen tiempo i espera impaciente el malo. Ese cielo monótonamente azul que vemos todos los dias,

ese sol inofensivo, suave i amable que nos acaricia cotidianamente, esos campos estrellados en que noche por noche se pasea la luna, la fastidian, la enojan, la sacan de juicio. Quiere que los nublados se agrupen i condensen, que asorde el trueno los espacios, que el rayo caiga sobre la montaña i el aguacero sobre nuestros techos; en una palabra quiere, para estar contenta, que el cielo se entristezca, se conmueva i llore. I bien mirado, el deseo de nuestra capital por cruel que aparezca no deja de ser razonable. Su cumplimiento nos libertaria de la monotonía atmosférica, insoportable a pesar de su celéste oríjen, i pondria en paz al calendario con la estacion, que está encandalizando al otoño con su cielo de primavera. Ademas de que Santiago no goza de buen tiempo inpunemente, sino a costa de su buena salud, reciamente cascada por las enfermedades, de muchos dias a esta parte. Hoi que el cielo está cerrado al sol, el corazon empieza a abrirse a una esperanza de lluvia.

La ambigüedad del tiempo se ve remedada por la política, que despues de la novedad ministerial de la semana anterior ha vuelto a su calma ordinaria. Si bien ha cambiado verosimilmente de estacion como el tiempo, los efectos de tal cambio no se han dejado sentir todavia, i los políticos dudan si la estacion en que han entrado es el otoño, o la primavera, i de consiguiente, si deberán aguardar para en breve el verano con sus doradas espigas i sus frutos sazonados, o el invierno con sus borrascas i temporales deshechos. En este océano de incertidumbres, los políticos han puesto sus naves al pairo i procuran orientarse antes de tomar rumbo.

Entre tanto el teatro ha abierto sus puertas al empezar la semana, i durante toda ella las ha mantenido abiertas proporcionando a nuestra sociedad amenas variedades. Si no por lo interesante. por lo nuevo es preciso dar la preferencia a los Alleganhians, que el mártes por primera vez nos hicieron oir sus campanillas i nos sorprendieron agradablemente con el partido que de ellas saben sacar, por mas que supiésemos nosotros el partido que suele sacarse de ellas en los congresos. Es de admirar la flexible variedad de sonidos, las notas delicadas i las prolongadas vibraciones que los Alleganhians consiguen arrancar a unos instrumentos destinados esclusivamente entre nosotros a llamar a los criados i a hacer callar a los representantes de la nacion. I no se han limitado a esto solo; han cantado tambien con bastante aplauso, i uno de ellos ha ejecutado con deliciosa maestría i sentimiento un trozo de la Norma en un instrumento que anda en manos de los niños, en la *concertina*. A la concertina i las campanillas debe agregarse el piano de madera i paja, en que tocó otro de ellos; i de esta manera quedará completa la coleccion de mediocres instrumentos en que los Alleganhians se han mostrado tan superiores. Si como dice el adajio, el hábito no hace al monje, es preciso creer tambien que el instrumento no hace al músico.—Para esta noche se anuncia la última funcion de estos artistas.

La nueva compañía dramática, no completa todavia, ha dado principio el domingo a una temporada de treinta funciones i presentado en escena dos nuevos actores, la señora Liron i el señor Risso, que han encontrado buena acojida en el público. La primera, si trae a la memoria algunas reminiscencias de la antigua escuela, tiene en cambio intencion i propiedad en su declamacion, distincion en sus maneras, elegancia en su porte, una figura mui aceptable i bastante intelijencia para interpretar su papel. En cuanto al segundo, lo han contado los intelijentes entre los mejores galanes que han pisado nuestras tablas, a la verdad que no se hace difícil creérselo porque Risso junta muchas dotes de excelente cómico, con lijerísimos defectos que acaso no pasan de la jesticulacion. Pero apénas hemos oido una vez a éste i dos a aquella, lo que hace aventurado todo juicio i discreta cualquiera reserva a su respecto.

Al estreno de estos artistas hai que añadir la reaparicion de muchos otros que nos son conocidos: la Sotomayor, que adelanta visiblemente, Flores, siempre en candelero, los esposos Gaitan, etc., etc. I a esta reaparicion i a aquel estreno hai que añadir annvarios estrenos futuros mas o ménos cercanos: el de las señoras Fedriani i Arroxo, que no tardará mucho, i el de algunos otros actores, que deben llegar por el próximo *Vapor*.

Integrado de esta manera el personal de la compañía dramática, se nos promete que tendremos en escena las mejores composiones del

teatro moderno. No son por cierto merecedoras de tal calificativo las piezas que hasta hoi se han dado.

Fortuna contra fortuna, comedia en tres actos de don Tomas Rodriguez Rubí, ejecutada el domingo, fué aplaudida como todas las de este autor por su donosa i feliz versificacion; la cual hizo olvidar cuanto era dable el enredo poco diestro de la fábula, su ambiguo desenlace i la ausencia de lances dramáticos. —*Una sospecha*, drama en un acto con que terminó la funcion de aquella noche, es la traduccion de una pieza francesa, *L'Ouvrier*, en que está esplotada con bastante maestria una situacion bastante inverosímil: la de un marido que cree tener la certidumbre de la infidelidad de su consorte, i que sin embargo ni la abandona ni le pide cuenta de su honra, sino que persiste en vivir a su lado i trata de vengarse de su afrenta arruinándose al juego. Por fortuna, la sospecha del marido era infundada, i la virtud de la consorte a prueba de malos tratamientos.

En la funcion del juéves, el escasísimo público espectador logró ver cómo se hace una comedia i cómo se hace reir con una *consola* i un *espejo*. En efecto, gracias a estos dos muebles don Ildefonso Bermejo ha logrado hacer jugar a las escondidas a muchos personajes durante los tres actos de su comedia, en medio de la hilaridad de los concurrentes.— El fin de aquella funcion fué una pieza en un acto : *el amante prestado*, i una prueba de la verdad que encierran los adajios. Ved sino en esa pieza a una linda muchacha que no tiene ni un amante i que busca alguno, siquiera sea prestado, para lograr tener así muchos pretendientes en propiedad. Supérfluo es decir que lo consigue dejando confirmado el proverbio frances que dice : *c'est le premier pas qui coûte*.

Aquí no paran las novedades i las exhibiciones. La de los pajaritos sabios tendrá lugar esta noche en el salon de la Filarmónica, i será de ver a estos alados i parleros habitantes del aire. Sin embargo, en la opinion de los hombres de peso, la sabiduría de esas avecillas no puede ser mui positiva, atendida su garrulidad proverbial tan opuesta al axioma chileno : *callar es saber*.

Aun nos queda una novedad en espectativa : la funcion dramática de aficionados que se prepara a dar la Sociedad de instruccion primaria. En la semana entrante, *Don Francisco de Quevedo* será puesto en escena e interpretado por varios jóvenes de nuestra sociedad, entendidos en la declamacion i el arte dramático i aun mas entendidos en buenas acciones i esfuerzos útiles al pueblo.

Los *Amigos de las Letras* tuvieron la oportunidad de oir leer anoche a don Joaquin Blest Gana un curioso estudio sobre las costumbres i estado social de los indíjenas del Ecuador. Es un pequeño fragmento de las detenidas e interesantes observaciones que este distinguido literato tiene acopiadas sobre aquella rejion, i que seria mui de desear viesen la luz pública para bien de nuestras letras i de la mal conocida historia de América.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Importante

A LOS SUSCRITORES DE PROVINCIAS.

Suplicamos a nuestros suscritores de Provincias que no hayan pagado hasta ahora el importe de la suscricion a la *Semana* del 3.° i 4.° trimestre, tengan la bondad de remitírnoslo en sellos de franqueo.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA ALEMPARTE
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Mayo 5 de 1860. Núm. 11.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La flor.

Dios es la intelijencia infinita i el alma una chispa de esa intelijencia encarnada en la naturaleza.

Continuacion.

CAPITULO III.

HOJAS I FLORES.

El desarrollo de los órganos de la planta tiene lugar por el cumplimiento de una lei que Raspail ha llamado filiacion (*prolificatio*). Esta lei, que consiste en el aumento de la materialidad por la asimilacion i elaboracion de elementos estraños a la planta, se cumple aumentando solo el número de elementos orgánicos; pero la direccion particular de esos elementos, ese instinto maravilloso que los hace transformarse en hoja, en flor, en parte del tallo, depende de otra causa.

Hai otra lei que llamaremos de transformacion, como la llama Raspail, bajo cuyo influjo se verifica esa direccion especial de la materialidad de la planta; esta lei es la que hace brotar del vejetal hojas i flores, espresion palpitante de la fisonomía del bosque, alma de las selvas, que en sus variadas formas i colores arrojan la idea de una chispa de la existencia espiritual.

Allá en la cumbre fria i elevada de las montañas se ven unas plantas de un verde oscuro que entristece el alma; son las *coníferas*; el pino i el ciprés se destacan como fantasmas en aquellos lugares: verdaderos conos cuyas puntas se elevan inmóbiles en el aire enrarecido de las rejiones superiores. ¿Por qué son tan tristes esas plantas con sus hojas oscuras i apegadas al tallo? ¿por qué la mano del hombre las arranca de sus montañas para hacerlas vivir en el frio i misterioso suelo de nuestros cementerios? ¿Por qué el ciprés entreabre su apretado ramaje para albergar las aves nocturnas que cruzan, al morir el dia, por sobre las cruces de nuestros mausoleos? No lo sabemos, pero la fisonomía especial de estos vejetales nos oprime el corazon como si ellos fueran los mensajeros de la muerte. Ese ruido que se oye de vez en cuando en nuestros panteones ¿será talvez la íntima vibracion de su alma entristecida o el frote lijero del aire al pasar por entre sus negras i apretadas ramas? ¿Quién puede saberlo?.... Dejemos este misterio para ir a contemplar otros vejetales bajo un cielo menos helado que él de la patria del ciprés.

En la movible arena del desierto crece la palma, cuyo tallo dió a la arquitectura ejipcia el tipo de la columna. Este coloso del reino vejetal nos arroja siempre la idea de la fuerza i de la grandeza; eleva su magnífico ramaje con el orgullo que le presta su vigor vejetativo i el viento del desierto respeta estas reinas jigantescas de la soledad.

En la fertil tierra de la India, patria de los tigres i de las panteras, i en algunos puntos de la isla de Madagascar, nacen varias especies del jénero *nepenthes*; sus hojas están terminadas por un filamento en cuya cima hai una especie de urna hueca provista de una tapa que se abre i se cierra naturalmente. El agua del cielo se deposita en estas urnas, que sirven de bebedero a las aves cuando son pequeñas i que cuando son de grandes dimensiones refrescan mas de una vez las inflamadas fauces del viajero. Estas plantas tienen algo que las engrandece a nuestra vista; parece que tienen en su alma el espíritu de la caridad cristiana; son los monjes del monte San-Bernardo que parecen brotan de la tierra para socorrer al fatigado caminante.

Aquí el llano esta cubierto de flores cuyas estrelladas corolas parecen el reflejo de las estrellas del cielo; algunas tienen hojas en forma de un corazon; ¡es una semejanza singular!

Mas allá se pueden ver varias especies de *crucíferas;* sus flores estan formadas por pétalos dispuestos en cruz; parecen caballeros cruzados.

Mas léjos aun está la flor de la Pasion, simbolizacion fantástica del sangriento drama del

Calvario, recuerdo permanente de la perfidia de los hombres, remordimiento imperecedero de la humanidad. Esta sangrienta alegoría del reino vejetal debió nacer sobre el Gólgota fecundada por la sangre del Justo, que muere perdonando a sus enemigos.

La forma nos arroja pues por do quiera la idea de cierto carácter, de cierto jénio que palpita en el fondo de la flor, i si a esto agregamos las tintas infinitamente variadas de la coloracion, esta idea se destaca todavía con mas claridad, i de la fusion de estos elementos brota un alma.

Las plantas que viven en la sombra, que no parecen tener vida sino envueltas por el manto sombrio de las tinieblas, no tienen color; son jeneralmentes plantas parásitas, que viven un instante mientras dura la noche. Cuando su vida es mas larga no se adhieren a otro vejetal i permanecen en la sombra de las cavernas en que se desarrollan.

La coloracion de la flor es mui pasajera, cambia por las diversas modificaciones de los objetos esteriores. El influjo del sol las modifica profundamente a veces dándoles el aire de una graciosa coquetería. Tal sucede con el *Hibiscus mutabilis* de los botánicos, cuya corola blanca por la mañana, se colora de un mátiz rosado pálido a medio dia i de un rosado vivo en la tarde; es un camaleon vejetal; sus células diáfanas descomponen la luz produciendo esta movible coloracion.

El color de la planta parece hijo del sol; las que viven en la oscuridad o en el fondo de los mares no se coloran sino de un modo vago; al contrario, las que nacen en el suelo abrasador del Africa tienen colores subidos; sus brillantes pétalos, tersos i espléndidamente coloreados, parecen vivificados por la sangre inflamada del africano.

El color es el reflejo de un alma; ¡cuán bien pinta la naciente rosa la enrojecida frente del pudor! Pero ya se abren sus pétalos rojizos, i entónces parece una mujer que ha perdido su timidez en una orjía i cuya frente ha coloreado la embriaguez.

El junco inclina su frente sobre su esbelto pedúnculo; sus hojas caen lánguidamente hasta besar la tierra; está pálida siempre como si llevara en su alma el recuerdo de un pesar profundo, que no quisiera manifestar. Esta flor es el símbolo del sufrimiento; su color amarillo nos recuerda las franjas de los ataudes i no podemos mirarla sin tristeza; quisiéramos poder leer en el fondo de su espíritu para arrancarle el secreto de su melancolía o sorprenderla en medio de la noche cuando los últimos rayos de la luna doran su frente solitaria. Quizá en esa hora de silencio confía a otra flor la historia de sus desgraciados amores.

El color pues es otra de las esternas manifestaciones de la idealidad.

Forma i color son los elementos que dan existencia a la planta, i la asombrosa variacion de estos elementos parece que echa un abismo entre ellas; pero todas son un reino compuesto de tribus mas o ménos semejantes, todas viven, crecen i mueren como el hombre; todas se enlazan para formar esa inmensa i magnífica guirnalda que se llama mundo de las flores, ofrenda de la tierra al Creador del universo; sublime exhalacion de esta roca en que se ajita convulsiva la desgraciada humanidad.

¡Las hojas i las flores! ¡El color i la forma! Esta es la vida de la planta, el alma de su existencia muda i solitaria, lo que constituye la fisonomía de las selvas i dá a cada vejetal una significacion especial.

Setiembre empieza, el manto de blanquísima nieve aun no ha caido de los jigantes hombros de nuestras majestuosas montañas; el Maule caudaloso arrastra sus turbias aguas por entre las peñas jigantescas de su orilla, miéntras el sol lanza sus ardorosos rayos sobre la blanca superficie de las cordilleras. La colina empieza a cubrirse de ese color verde esmeralda que alegra el corazon, i se oye en el fondo del bosque el golpe del hacha del cansado jornalero. El huaso de nuestros campos cruza con el lazo en la mano el bosque solitario o despeña el brioso caballo desde la enhiesta cumbre de la colgada montaña. El viento acaricia blandamente los coloradas flores del copigüe o azota rebramando las copas de los coigües i de los canelos; el avellano se cubre de flores, el cóguil i las variadas especies de arrayanes cubren las laderas; pájaros mil de variado plumaje cantan posados en las ramas del bosque, i rueda el jugueton arroyo besando el pié de las flores con los trasparentes cristales de su espuma.

Un ruido, como el que produciria un jigante que se desploma, se escucha en el fondo del bosque; es un lingue monstruoso cuyo tronco carcomido ha cedido al recio impulso del viento. Una nube de abrillantados pilmes

huye despavorida cruzando la llanura, i todo vuelve al murmurio jeneral, a esta excitacion misteriosa de la primavera, en que la naturaleza se engalana con sus vistosas flores i con su sol brillante, como si esperara una fiesta grandiosa.

Esta estacion en las plantas no es mas que el desarrollo de las flores i de las hojas. Forma i color, vago i misterioso perfume, inesplicables murmurios entre el ramaje de la selva, hé aqui la primavera, estacion de los amores en que la planta exhala en actos materiales la idea de su vida espiritual.

CAPITULO IV.

RAIZ, SAVIA, PLANTAS PARASITAS, VEJEZ, MONSTRUOS.

Qué es una raiz? Es solo una parte del tallo pue no se diferencia de éste sino en virtud de las modificaciones que le imprime el medio en que vive.

¿Luego la raiz puede transformarse en tallo i vice-versa?... Eso es lo que precisamente sucede.

¿Luego en la planta las diferencias no son esenciales? No lo son, puesto que todas sus partes pueden reducirse a un tipo único, si se las considera bajo el punto de vista embriolójico.

¿Qué es pues la planta? Una célula producto de una combinacion de elementos materiales.

¿Qué son esos elementos? La materia.

¿Qué es pues Dios? El gran fundador de las leyes naturales i el creador de la materia primitiva.

¡Sublime creacion! Del fondo de la tierra donde se oculta una raiz nos elevamos a la concepcion de una lei maravillosa que toca por sus estremos a la tierra i al cielo. Dios vive en sus obras, i su figura colosal se destaca en el fondo de la naturaleza, con mucho mas esplendor que entre el incienso mezquino de nuestros templos.

Siempre se vé en la naturaleza esta lei jeneral que todo lo domina: unidad en todo, maravillosa complicacion producida por las modificaciones de una lei.

La raiz puede considerarse, pues, como uno de los polos de la planta, i siendo esta una célula en su orijen primitivo resulta que la celdilla elemental es un mundo en embrion, cuyos polos magnéticos envuelven en sí la potencia de una jeneracion vejetal, al mismo tiempo que la fuerza de la transformacion recíproca.

La raiz internándose en la tierra recoje en ella los elementos de su vida, bebe la sangre maternal que asimila a su propia sustancia elaborándola, i clavada en el fecundo suelo que la alimenta, eleva su espléndido ramaje en ese otro mar inmenso de vida que se llama atmósfera. ¿Quién la guia en la eleccion de los elementos que necesita para la vida del vejetal? ¿Tiene tal vez la fuerza de asimilarse todo lo que encuentra a su alcance? Si esto sucede ¿por qué muere de consuncion en el terreno gastado de nuestros jardines? ¿Por qué no puede vivir en los climas frios la palma del desierto?

Pero dejemos la raiz para entrar en el fondo de la planta i contar, si es posible, las pulsaciones de su corazon.

La savia sube de la raiz hasta las hojas, pulmones del reino vejetal, i esto es lo que podria llamarse circulacion venosa de la planta. En efecto, esta sangre tiene que sufrir en las hojas una modificacion profunda que la hará propia para acrecer el individuo, i al bajar de ellas para recorrer el tallo, formará la circulacion arterial. Cada vuelta de este círculo maravilloso es una pulsacion del corazon vejetal, es una conmocion jeneral de la organizacion de la planta.

¡Es admirable! Hai entre el hombre i la planta semejanzas tan grandes, que casi me atreveria a mirar a la flor como a un hombre dejenerado o como a un hombre que ha sido metamorfoseado por el conjuro de algun nigromántico caprichoso.

Cuando la savia ejecuta estos movimientos de ascension i descension ¿qué espíritu misterioso la mueve ? ¿qué mano oculta la lleva a su destino? ¿hai en ella algun jénio escondido que dirija sus actos, que le enseñe la via que tiene que seguir para cumplir con su mision rejeneradora i vivificante? Si le hai ¿dónde está? ¿por qué no se muestra a nuestros ojos?...

Nada de sombras, el siglo XVIII echó a latigazos del templo de la ciencia a los brujos de la edad media: las leyes de la vejetacion resuelven el problema.

Aquí como en la vida de los animales no hai mas espíritu que las inmutables leyes de la naturaleza, no hai mas jénio que sostenga el movimiento orgánico, que la materia con su natural actividad. I esto es precisamente lo que engrandece a los reinos naturales, lo que

nos hace contemplar a la creacion no como el capricho de un instante sino como el desenvolvimiento sublime que tiene lugar en el tiempo i bajo los ojos de las jeneraciones,.....

Hai plantas que no viven en la tierra i que se alimentan con el jugo de otros vejetales; son las parásitas, plantas demasiado perezosas para buscar en el seno de la tierra los elementos de su existencia. Su vida suele ser mui pasajera, i cuando existen por mucho tiempo embarazan el desarrollo del vejetal en que viven, i no pocas veces son la causa de su muerte prematura.

¿Cuál ha sido el oríjen de estos vejetales? ¿han vivido siempre alimentados con la vida de otras plantas? ¿Cómo el grano elije su morada? Hai en todo este procedimiento algo que nos recuerda el *instinto* de los animales, que nos eleva hasta la espiritualidad de la misma raza humana. I qué! ¿no habrá mas que pereza i egoismo en estas pobres plantas? ¿Ningun otro sentimiento ajitará su corazon vejetal? ¿por qué hai algunos de estos seres que no pueden vivir sino en ciertos árboles? ¿tendrán tal vez la misma savia? Pero esto es un parentezco, hai entonces una cadena de amor que lleva a las plantas parásitas hasta el tronco del árbol querido i las ata allí para siempre. El amor! ¡ah! sí, debe ser el amor, sublime sentimiento que domina al mundo, que hace inclinar la erguida cabeza a los monarcas de la tierra; sentimiento grandioso que inflamó el corazon del mismo Dios i que le hizo lanzar aquellas admirables palabras desde lo alto del sangriento Calvario: *Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen.* Sí, debe ser el amor, esta bella emanacion de los cielos que palpita en la naturaleza entera, que vive en el fondo de la tierra, como en el alma de una mujer, en las entrañas de los profundos mares, como en el puro i anchuroso espacio que cubren los azulados cielos. Sí, debe ser el amor, él solo es capaz de conmover las recónditas fibras del corazon de la planta, él es el aparato galvánico que conmueve nuestro corazon humano cuando nos sentimos desfallecer en los brazos de una mujer apasionada, él es en fin el aliento divino que nos hace doblar la rodilla en la sublime i majestuosa oscuridad de nuestros templos.

Lord Byron describe la destruccion del mundo. En medio de la profunda oscuridad de la tierra, dos hombres se encuentran cerca de la última hoguera moribunda que alumbra con sus siniestros resplandores la desolacion universal; dice que aquellos hombres eran enemigos. Imposible! la última escena que tenga lugar en el mundo no puede ser una escena de odio; el amor está mui profundamente grabado en el corazon humano i no se concibe como el hombre puede ser menos sensible que los animales que, olvidando sus rencores venian a buscar asilo al lugar en que las llameantes hogueras iluminaban los rostros pálidos i desencajados de la familia humana. La hoguera moribunda no alumbrará aquel cuadro de horror, su última llamarada dorará el rostro de una mujer i de un hombre que arrodillados elevan al Eterno la misma oracion; i cuando todo haya perecido, cuando el universo vuelva a la nada de donde lo sacó la mano de Dios, sobre los amontonados escombros del mundo, un solo ánjel batirá sus alas: el ánjel de los amores.....,.....,.....

Muchos soles han pasado sobre la tierra i muchas jeneraciones se han hundido en el polvo de las tumbas, i entre tanto la guadaña del tiempo respeta ciertos vejetales que tienen el privilejio de sobrevivir a todos los desastres i a todas las conmociones de la naturaleza. Aquellos son los cedros del Líbano: ellos han presenciado todas las revoluciones del globo, ellos vieron las angustias del Christo moribundo, i antes de desplomarse i caer sobre la tierra que los alimenta, verán probablemente la ruina del universo, verán rodar en el espacio los astros inflamados que han perdido sus leyes; verán entrechocarse los mundos desquiciados i aparecer en el fondo de este cuadro horroroso la faz implacable i sombria de la muerte.

Allí está el huerto de los Olivos; hace ya siglos el Dios hombre estampó en él su planta sagrada, i esos árboles viven todavia, como si al reflejo del Salvador hubieran sentido latir en su alma el soplo de la inmortalidad. En vano la tempestad azota sus ramas; en vano el jénio del tiempo, que todo lo destruye, golpea con sus potentes alas sobre el hendido tronco; pasan los siglos, las jeneraciones pasan i ellos permanecen erguidos i talvez guardan en su corazon la história de la humanidad. ¿Son eternos esos árboles misteriosos? Dios solo lo sabe.

¿Hai tambien monstruos en el reino vejetal? Sí, los hai, desgraciadamente; pues no debiera haberlos en el reino mas hermoso i mas inocente de la naturaleza.

Una especie de *copo de nieve* de nuestros jardines es un ejemplo palpitante de estas monstruosidades; no tiene órganos sexuales como las otras flores i si se la observa bien se ve que esta flor desgraciada casi no tiene olor: este carácter que con razon debemos mirar como el elemento mas esencial de la planta no existe en ella. I ¿por qué esta pobre flor carece de órganos sexuales? ¿nunca los ha tenido? ¿Es talvez una horrible mutilacion hecha por la mano del hombre? I si es así ¿para qué vive este Abelardo del reino vejetal? ¿por qué sus hojas no han sido arrebatadas por el huracan enfurecido i esparcidas sobre la tierra del jardin?

No tratemos de arrancar este secreto al corazon de esa desgraciada planta i respetemos este misterio de su existencia.

CAPITULO V.

DISTRIBUCION JEOGRAFICA DE LAS FORMAS VEJETALES, SUEÑO DE LAS PLANTAS, MUÉRTE.

La jeografía botánica es un ramo de la ciencia que ha hecho mui pocos progresos, por el falso modo de considerarlo que han tenido los sabios hasta la aparicion del celebre i laborioso Raspail en el mundo científico. La reunion de las especies mas o ménos raras traidas por los viajeros a algunos sabios llenos de paciencia i de gusto por la botánica, era en esa época la fuente de donde brotaban leyes sobre la distribucion jeográfica de las plantas. Pero se concibe fácilmente que no es el capricho de la naturaleza lo que ha hecho nacer a la palma en los abrasadores climas en que vive i que debe haber una razon, una causa especial de esta diversidad de vejetacion que se observa en los diferentes lugares del mundo.

Esta razon se encuentra en la naturaleza tan diversa de los terrenos i en las condiciones especiales de temperatura, altitud del lugar, etc., etc. Ahora bien, la naturaleza de estos terrenos es la obra de la última revolucion que ha sufrido nuestro globo. La influencia de esta conmocion jeneral de la vida del mundo es la que dá a los terrenos un sello especial en la naturaleza de su vejetacion. Seguid pues la marcha de esa revolucion, marcad la direccion de las corrientes i viajad con las inmensas rocas que ellas arrastraron en su curso, i despues de estudiar el clima de los diversos lugares se tendrán datos para formular leyes. Esta opinion profesada por Raspail con esa mirada inmensa, que contempla las revoluciones del mundo como las insignificantes inundaciones de nuestras ciudades, está palpitando de verdad i de grandeza, es inmensa como el hecho que formula, abraza un mundo como el mundo cuya conmocion anuncia.

¿Esta diversidad de condiciones especiales tiene el mismo influjo sobre el hombre? El mismo. Comparad a un hombre del norte con uno que viva en los climas cálidos; es un abismo el que hai entre ellos; porte, costumbres, fisonomia, actividad, intelijencia, todo es diverso i aun opuesto. Las plantas reciben pues esta influencia lo mismo que el hombre i en este punto la vida de los vejetales se toca con la nuestra.

¿A qué se ha llamado *sueño de las plantas*?

Talvez no hai una sola planta cuyas hojas describan entre ellas i el tallo el mismo ángulo en la noche que en el dia. Las hai que siguen el movimiento del sol i tuercen su tallo. Este fenómeno singular es el que Lineo llamó *sueño de las plantas*.

Las hojas de los *Heliotropos*, de la malva, de las *Sinantereas* siguen la direccion del sol. Las sensitivas i en especial la *Mimosa pudica* sufren la influencia de la noche i se conmueven al menor contacto; en fin todas las plantas son influenciadas como el hombre por la llegada de la noche, que sacude sobre la frente de la naturaleza su ramo de amapolas. ¿Puede decirse de las plantas que el sueño es la imájen de la muerte? El hombre muere como animal durante el sueño, pero su vida vejetativa continua su trabajo i las funciones que estan bajo su influencia se ejecutan con regularidad; pero las plantas no tienen vida de relacion (segun dicen los sabios): ¿a qué se reduce entónces su sueño? Pero antes de contestar a esta pregunta séame permitido preguntar ¿cuál es la esplicacion que se dá al fenómeno conocido de la *Sensitiva*? Si ella no tiene vida de relacion ¿por qué se conmueve cuando la tocamos? Desde el tiempo del celébre Adanson se conocian las propiedades de la sensitiva, pero no se habian esplicado: Raspail confiesa que es imposible negar la analojía de estos fenómenos con los de la innervacion animal, i que siendo un hecho que las combinaciones que tienen lugar en la planta desarrollan como todas una cierta cantidad de fluido eléctrico, es mui probable que sea este fluido la causa del fenómeno que estudiamos.

Por otra parte, el fisiolójista Adelon confiesa que es imposible saber en que se distingue el fluido eléctrico del fluido nervioso, i nos

sentimos mui inclinados a creer, en vista de estos datos, que hai en la planta sino un sistema nervioso de la vida animal al menos un desarrollo de electricidad que lo suple. ¿La vida animal será talvez la electricidad? El abismo es insondable.

¿Qué es la muerte en la vejetacion? La cesacion de las combinaciones i descomposiciones que tienen lugar en la planta, en fuerza, no solo de la naturaleza de los elementos que entran en este trabajo, sino de las mil influencias de la naturaleza entera, es lo que hasta ahora se llama muerte. La muerte es una especie de transformacion; el vejetal cae sobre el suelo herido por el rayo o tronchado por la mano del hombre, i desde este momento principia una lucha horrible entre las leyes organizadoras que rijen a la materia que se llama viva i las frias combinaciones i descomposiciones de la química bruta; la humedad se evapora, las vesículas orgánicas quedan inmóbiles, la planta entera se petrifica por la falta de nutricion, i la vida termina. A esto llamamos *momia vejetal.* Pero esto no sucede siempre; en otras ocasiones la paralizacion de las funciones se ejecuta en tales circunstancias, que la humedad no falta i la fermentacion pútrida tiene lugar produciéndose no solo la muerte sino la destruccion del vejetal.

¿Qué diferencia hai entre la muerte vejetal i la muerte de los animales? Yo no la encuentro i cada vez hallo mas semejanza entre los animales i las plantas; cada vez hallo nuevos motivos de confirmar aquella maravillosa lei del universo: unidad en todo, eternas complicaciones debidas a la modificacion de una misma lei.

CAPÍTULO VI.

FISONOMIA DE LAS PLANTAS, SUS PASIONES.

¿Las plantas tienen una fisonomía? Para resolver esta cuestion es preciso de antemano haber fijado bien el sentido de la palabra fisonomía. Si por fisonomía hubiera de entenderse la manera particular de ejecutar ciertos actos, ciertos jestos especiales del semblante, la fisonomía no existiria en el vejetal. Pero si, como yo creo indudable, la fisonomía es la fusion del color i de la forma en un tipo que espresa una idealidad, yo creo que hai en la planta una fisonomía como la hai en el hombre, como la hai en una montaña, etc.

Rompamos la planta, destrozemos sus ramas i sus flores, tronchemos su tallo, i la fisonomía habrá muerto con este desórden; ya no hai forma una, compacta, típica; hemos roto la forma i el color i con ellos hemos destrozado tambien la idealidad que representaban. Pero la flor no está rota, conserva su forma i su color en sus relaciones propias, forma un todo compacto i acabado, espresa una idealidad, tiene pues fisonomía.

Cuando miramos una planta que eleva con orgullo su espléndido ramaje, nuestra mente se se forma la imájen que representa ese árbol, desenvuelve el color i la forma en una idea jeneral que abraza toda la materialidad de la planta i el órden especial de cada una de sus partes: de esta fusion se desprende una idea, i este aspecto particular que es capaz de elevarse hasta la imájen de una idealidad, es precisamente lo que constituye la fisonomía de la planta.

Así decimos que una planta es triste o que es hermosa i alegra el corazon, segun la armonía particular que reina entre su forma i su color, segun el aspecto jeneral que presenta a la vista.

De esta fisonomía de la planta brota la idea de las pasiones que deben dominar en ella, i este estudio interesantísimo crea una ciencia nueva: la *Craneoscopia vejetal.*

Tomemos una pasion cualquiera para estudiarla en la vejetacion. Sea, por ejemplo, el amor. La rosa vermeja de nuestros jardines, cuya espansiva fisonomía espresa con bastante claridad este sentimiento, tiene un olor fresco, como los labios de una mujer, embriagador como el sentimiento que representa. Si ella no se mueve para buscar un amante, es porque en el fondo de su corola tiene todo cuanto pueda desear. Esta impúdica vírjen de la vejetacion abre sus pétalos rojizos con una especie de desvergüenza increible i su pasion no tiene horas en que manifestarse. Su pasion no tiene freno, i mientras tiembla en brazos de su esposo lejítimo, recibe los besos cariñosos del céfiro liviano, sin sentir siquiera la conmocion imprescindible de la mujer adúltera.

La *Vallisneria* se ha hecho célebre por su modo de fecundacion. La flor de este curioso vejetal se desarrolla con él debajo del agua, i el procedimiento por medio del cual se efectua la union de los sexos espresa con mucha claridad la pasion de que debe hallarse poseida. Las flores hembras estan sostenidas por un pedúnculo que se arrolla en espiral; las flores machos, al contrario, estan reunidas en una cabeza que sostiene un pedúnculo radi-

cal i muí corto. Cuando llega la época de la fecundacion, las flores machos se desprenden de la planta i vienen a flotar sobre la superficie del agua; la flor hembra no tarda en llegar a la cita, desarrolla su espiral, sube hasta donde la llaman sus amores, i cuando ha sentido sobre su estigma el pólen fecundante, pierden su rijidez las fibras que la sostienen, i en el deliquio de la pasion vuelve al fondo de las aguas arrollando la deshecha espiral de su pedúnculo. ¿Qué es sino amor este fenómeno singular?

Pero hai masí por una ternura inherente al reino vejetal, él es el encargado de conservar la gran familia de los animales, él es el que nos dá aire puro para respirar, él es el que cambia en dulce morada el clima abrazador de la zona caliente, él es en todas partes el mas bello compañero del hombre. Incendiad los bosques, decid al huracan que arrebate en su curso la luma i el pino de nuestras selvas, los corpulentos robles i los jigantes lingues de la montaña; destruid las praderas, secad el musgo que brota de las entreabiertas grietas de nuestras rocas; bajad todavía a la playa, destruid allí los últimos restos de la vejetacion, i la muerte arrasará el mundo, i el jénio de la desolacion batirá sus renegridas alas sobre los deshechos escombros de la desierta naturaleza. ¿Nó hai amor en esta mision?

Pero desgraciadamente el odio i la traicion encuentran tambien sus representantes en el reino vejetal. Ese es el *mata-palo*, plantita miserable al parecer i que representa la traicion i la envidia en toda su horrible desnudez. Busca un árbol corpulento para apoyarse i paga la jenerosa hospitalidad que se le da, estendiendo sus ramas, apretando entre sus anillos de fierro el tronco de su bienhechor i envolviéndolo como el boa constrictor hasta hacerlo exhalar el último suspiro. Aqui se vé el alma negra de un vejetal sin corazon, traicionero, envidioso de la dicha ajena, que no repara en medios para lograr su elevacion i que destruiria todo el reino vejetal con tal de tener un apoyo que le facilitase su engrandecimiento.

Aquel es el *litre*, árbol cuya sombra envenena i que parece que no está contento con la situacion que el hombre le ha asignado, pues le hace tan sangrienta guerra. Es el representante de la ira, pero de la ira reconcentrada, implacable, horrible. Sus amores deben ser sombrios como los amores de los tigres i de los leopardos. Su aspecto es triste; sus hojas inmóbiles i sus ramas inflexibles indican la iracunda rijidez de su alma.

En algunos puntos de la isla de Madagascar se hallan varias especies del jénero *nepenthes*; son los representantes de la caridad i de la compasion.

La palma espresa con toda claridad el orgullo de su raza jigantesca, al paso que la violeta pinta de la manera mas leal la sencilla modestia que vive en su corazon.

Basten, pues, estos ejemplos para probar que estos actos i este aspecto particular de ciertas plantas envuelven la idea de la espiritualidad encarnada en el mundo i que, sea instinto, sea intelijencia ellos nos arrojan la idea de una alma.

ADOLFO VALDERRAMA.

(*Continuará.*)

La opinion pública.

(*Una paradoja a propósito de una verdad.*)

Casi es cosa convenida que el siglo XIX es el siglo de la incredulidad.—No hai un solo pensador con ribetes, con pespuntes siquiera de creyente, que no clame contra la impiedad que todo lo invade, que trastorna las creencias mas santas.

Si uno fuera a fiarse en sus observaciones, a prestar oido a sus lamentos no podria ménos de creer,—quedándose siempre en un término medio, que es el mejor camino de no quedarse en nada i por lo tanto el mas jeneralmente seguido;—no podria ménos de creer, repetimos, que la sociedad actual está espuesta a irse de bruces, el dia ménos pensado i esperado, en un precipicio sin fondo, en que relijion, lei, derecho, patria, conciencia se han de ver despeñados, mutilados, destrozados. No falta mas de un timorato de buena fé que se imajine en sus vijilias penitentes, en esas altas horas de la noche en que los duendes corren el mundo, en que las brujas cabalgan en palos de escoba, en que las ánimas de los muertos vienen a golpear a la puerta de los vivos, en que no hai sombra que no se proyecte colosal, ruido que no sea siniestro, en que un gato basta para espantar al mas valiente i una rata para obrarto do un tumulto de alcoba que interrumpe el ensueño de la virjen, la cavilacion del sabio, el ideado plan del político, la pluma del escritor, la inspiracion del poeta; no hai un solo timorato que no vea en esas horas en

que todo es sombra, silencio, misterio, a Satanas i sus camaradas arrojando de sus fauces cavernosas, homéricas carcajadas por el triunfo que se les aguarda.—El mundo está perdido. La creencia es un cuerpo en descomposicion. El torrente del mal todo lo invade. Impiedad! impiedad! es el grito de angustia que de todas partes se escapa.

Bien puede ser esto cierto. Pero si el siglo XIX no es el siglo de la creencia, es sí el de la credulidad.—Esto debe ser por aquel principio que asegura que el hombre necesita creer algo, porque es un ser eminentemente crédulo i cuando la verdad se le escurre se aferra con todas sus uñas a la primera mentira que atrapa.

¿Cuál es la divinidad a que rinden culto en este bajo mundo grandes i pequeños, pueblos i reyes, oprimidos i opresores, esclavos i señores? Cuál es esa divinidad cuya existencia nadie se atreve a negar, ante cuyas decisiones todos inclinan humildes la cabeza? Cuál es ese poder sin mas lei que su capricho i contra el cual sin embargo no se conspira, no se levantan tumultos, no se hacen asonadas? La opinion pública.

La opinion pública, se dice, es el gran tribunal de la humanidad, la luz que señala el camino del bien i la verdad, juez sin miedo i sin odio que premia o castiga sin que nada sea parte a influenciar sus fallos, conciencia de la sociedad que puede mas que ejércitos i escuadras, que cadalsos i verdugos, que presidios i cadenas; palabra misteriosa que se escapa nadie sabe de dónde, cómo ni cuándo, pero que penetra en todas partes: en la choza como en el palacio, sin curarse de guardas, espías, centinelas, puertas, cerrojos ni espesas murallas; palabra misteriosa que alienta al justo que sufre, hace temblar al poderoso que abusa, sonrojarse al que ha cometido una falta, huir al criminal.

Con verdad que uno se siente maravillado ante tanto poder. ¿Pero ese poder es una realidad o una ficcion? es puro como todo lo que viene de lo alto, o impuro, efímero, fugaz como todo lo que viene del hombre?

La mayoría cree lo primero. Bien está. Nosotros creemos lo segundo.

Entremos a cuentas, despojemos a esa divinidad de todos los oropeles, cascabeles, campanillas, cintas i colgajos que la regala la imajinacion del uno, el miedo del otro, el cálculo de este, la especulacion del de mas allá, la necedad del mayor número, i veremos que esa divinidad opinion pública, es como tantas otras divinidades que corren el mundo, un fantasma, unasombra, un ídolo de barro.

Por todas partes se oye:

—Respeto a la opinion pública!

—La opinion pública debe decidirlo!

—Qué tiemblen ante la opinion pública!

—No hai que reirse de la opinion pública!

—Desgraciado del que desprecia la opinion pública!

Un ministro:—Aguardo tranquilo el fallo de la opinion pública, a ella apelo, a ella pido justicia de las calumnias que se me dirijen.

Un opositor:—La opinion pública tiene ya condenada vuestra política. Vuestra política está en desacuerdo con la opinion pública.

Abra usted los diarios, los libros, los folletos de todos tamaños i dimensiones, de todas cualidades, buenos, malos i peores, i a cada renglon encontrará escritas con todas sus letras esas dos palabras:—opinion pública.

Pero ¿qué es la opinion pública?—La opinion pública, segun los mas entendidos, es el juicio que forma la mayoría de la sociedad sobre los hombres i los sucesos. Si hai alguna definicion que diga mas que esta no la conocemos. Por tanto, ciñéndonos a ella vamos a permitirnos nuestras observaciones.

¿De qué se compone una sociedad?—De hombres, es claro.

¿En cuántas categorías se dividen esos hombres? En hombres de talento i necios.

¿Por cuáles está la mayoría?

Corred los paseos, los teatros, los cafés, los salones; id examinando uno por uno a cuantos entran o salen, hablan o gritan, miran o duermen, comen o beben, i hallareis la contestacion a la pregunta anterior.

En este supuesto, si la opinion pública es el sentir de la mayoria, lo que dice, piensa, juzga el necio, el fatuo, el chisgaravis, el archi-necio, el archi-fátuo i tambien el archi-bribon, la opinion pública es el sentir de cuanto no siente, no tiene derecho, ni razon, ni justicia para sentir en este bajo mundo.

Asi cuando se pide respeto a la opinion pública, se pide respeto al bribon, al necio, al fatuo, al patan.

Cuando se le dice a un hombre :—oiga Vd. los consejos de la opinion pública! se le dice ni mas ni ménos que pida a los necios su parecer.

¿I este dios formado con todos los desper-

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORICIO MEDINA"

dicios de la racionalidad, es el dios a quien todos rinden culto, ante cuyas aras se prosternan reverentes, cuyas dulces palabras se disputan?

Aseguran que el hombre vá en progreso. ¿Cuál es ese progreso? Hoi como ayer i mañana como hoi solo sabrá incensar, santificar, hacer inviolable, unjida la necedad.

La opinion pública! Seguidme lector i veremos lo que es la opinion pública.

Veis esa triste alcoba. Las cortinas de su ventana caidas dejan apénas penetrar una luz indecisa.

Nada se vé todavía. Pero ¿nó oís una respiracion difícil, suspiros entrecortados?

Haced por ver.

En un rincon está recostada en una mala silleta una mujer pálida i desmedrada. Sus ojos están cárdenos.

Un mal empapelado cubre las paredes.

Cuatro sillas, que parecen restos escapados del naufrajio de una fortuna, están colocadas en desórden.

En una de las testeras de la pieza hai un lecho sin cortinas.

—Pobre mujer! dirá el lector.

—Sí, pobre mujer!

—¿Por qué tanto desamparo? Por qué tanto llanto i tristeza?

—Escuchad lo que dice.

—Amé! fuí engañada, i tras ser la víctima de un infame, los hombres que se dicen honrados, caritativos, justicieros, me desprecian, me rechazan, me arrojan léjos de su contacto.

La opinion pública ha penetrado aquí. Ahí tiene el lector uno de sus condenados.

Un coche hace retemblar puertas i vidrieras. Dos alazanes de raza lo arrastran arrojando espuma de sus bocas i haciendo volar con sus cascos el lodo que cubre la calle.

Un hombre hermoso i elegante vá muellemente recostado en cojines de tisú.

Cuantos encuentra a su paso buscan, provocan, mendigan su saludo.

—¿Quién es ese hombre?—Es Z...

—¿Qué ha hecho en su vida?

—Seducir mujeres, arruinar padres de familia i sembrar por donde quiera que pasa oro i corrupcion.

—Ese hombre es un malvado!

—Nó : ese hombre es un calavera de tono!

—Ese hombre merece la argolla del presidario.

—Nó : ese hombre halla abiertas todas las puertas, todos los lábios dispuestos a sonreirle; ese hombre será cuanto quiera.

—Pero ¿i la opinion pública qué hace?

—Asegurarle su corona i aplaudirlo.

¿Qué es ese tumulto? Qué dice esa jente? Qué hai?

Es un mendigo que acaba de sustraer de una tienda cercana algunas especies.

Ladron! Que se le prenda! que se le castigue! es la voz que se escucha por todas partes.

Acuden los ajentes de la fuerza pública, lo atan, lo golpean sin que haga resistencia. Quién se fija en ello, es un mendigo: no tiene familia, no tiene casa, no tiene nombre.

Ya se le conduce.

Dos hombres obstruyen la acera por donde debe pasar.

Uno de ellos exije. El otro se escusa. El primero amenaza. El segundo suplica.

—El tres por ciento era lo convenido, dice el primero.

—Es verdad : no lo niego.... pero no tengo en este momento con que cubrir a Vd.

—Entónces irá Ud. a la cárcel,... no acepto dilaciones.

—Pero.....

—Nada....

—Mi familia morirá.... Soi su solo apoyo.

—Lo debió Ud. haber pensado antes.

Los policiales que conducen al mendigo, llegan cerca de nuestros personajes i para no incomodarlos obligan a su prisionero a tomar el medio de la calle.

Dos transeuntes se detienen en este mismo instante i preguntan a los policiales:

—¿Por qué conducen a ese pobre viejo?

—Por ladron! contestan unos cuantos oficiosos.

El mendigo i sus guardias siguen su marcha.

Nuestros dos transeuntes los imitan. Uno de ellos hace al pasar una reverente cortesía al acreedor que exije, i ambos rien del deudor en conflictos.

Opinion pública! hé aquí cuales son tus justicias : prendes al débil, ries del desgraciado, cortejas al usurero. A tontas i a locas levantas o abates, das la fortuna o das la miseria, la felicidad o la desgracia, la alegría o la pena, el goce o el dolor;—i todos son tus cortesanos : el rei i el ministro, el orador i el tribuno, el escritor i el poeta, el hombre de jénio i el patan, el virtuoso i el bribon; todos

te piden una sonrisa, todos te asedian, te abruman, te confunden porque les arrojes una migaja de tus favores, de los tuyos ¡opinion pública! que marcas la frente de la pobre mujer apasionada e inciensas a su seductor, que llamas ladron al hombre sin pan, sin abrigo, sin nombre, sin apoyo, sin esperanzas, que roba una vara de lienzo, i vas a arrastrarte en las antesalas del usurero enriquecido que te desprecia, que no te compra porque no te necesita i que en cada uno de sus actos se mofa de tus fallos.

Opinion pública, tú no eres mas que el lodo moral divinizado; eres preocupacion, adulacion, cobardía, necedad; eres el dicho del murmurador de oficio, la calumnia del bribon, el cuento vil del enredoso, la diatriba del panfletista a sueldo, el arranque del odio, de la rivalidad, de la envidia.

El cobarde te teme.

El bribon te busca.

El necio te respeta.

La nulidad te ama, porque siempre la elevas.

El hombre honrado ni te teme, ni te busca, ni te respeta, ni te ama; te desprecia o te mira pasar sin inmutarse.

La vida es una comedia i tu eres el *claqueur* obligado de todos sus cómicos de oficio.

Justo Arteaga Alemparte.

Un recuerdo de Chañarcillo.

Conclusion.

XIV.

La próxima satisfaccion de sus esperanzas de amor i de dinero tenia a Peralta contentísimo. En un breve espacio de tiempo i con bien pocos esfuerzos él veia cumplidos sus dos deseos supremos: la adquisicion de una gran fortuna i la correspondencia de la mujer que amaba.

Toda la felicidad que ofrece la vida del hombre habia, pues, de un golpe descendido sobre su corazon i viéndose tranquilo i satisfecho, amado i opulento, llegó a creerse no ya el juguete de una nueva ilusion de su fantasía como la pasada, sino al contrario un hijo mimado por la suerte entre la turba inmensa de pobres i desgraciados mineros.

Por supuesto que, conociendo a la jente de su oficio, él se guardó mui bien de decir palabra de su hallazgo. Sin embargo, cuando bajó de nuevo al fondo de *la Contadora* su corazon volvió a latir con fuerza extraordinaria. Tan pronto la falta de aire respirable oprimia su pecho como la presencia de un vapor grueso i tibio amenazaba sofocarle. Ya se apagaba su luz i, creyendo ver por todas partes fantasmas enemigas, caia su velero por tierra, o bien al levantarlo i encenderlo de nuevo se golpeaba sobre las rocas vivas i puntiagudas, sus piernas temblaban, su cabeza se desvanecia i todos los cuentos que habia oido de apariciones i desapariciones de fortunas mineras acudian en tropel a su mente. De cada fronton o vuelta del pique de bajada parecíale ver salir figuras horribles de hombres armados, que envidiando su fortuna venian a arrebatársela o por lo ménos a estorbarle su tranquila posesion.

Como para infundirse ánimos volvió a pensar entonces en su Reina, creyó ver su figura pálida vagar sobre la veta como el ánjel que con su espada de fuego guarda la puerta de los cielos, i olvidó los horrores del precipicio i las fatigas del penoso trabajo imajinándose que sus esfuerzos no podrian dejar de ser coronados por un éxito feliz, pues era ya cosa resuelta en su mente la de que, si se daba a su mina con fé i verdadera vocacion, llegaria indudablemente a ser en breve un hombre de fortuna.

Pero apenas hubo puesto el pie en la labor de planes cuando su cuerpo tembló como el de un azogado viendo en el fondo del pique chiflon un bulto negro i horripilante. La luz del velero se reflejó en sus ojos que semejaban dos carbunclos, i al oirle exhalar un resollido fuerte i duro como el estertor de un moribundo, el jóven sintió vacilar sus piernas: lleno de pavor trató de volver sobre sus pasos, pero estaba como clavado en el sitio, i apagada su luz i habiendo hecho para salir un movimiento descompasado, cayó rodando sin sentidos hasta la labor de planes. Al darse contra las rocas prorrumpió en un grito de dolor agudo, i entónces un enorme mastin saltó sobre él i salió corriendo hasta desaparecer en las labores superiores.

Allí estuvo Peralta no sabemos cuántas horas ni en qué estado, pero el hecho es que al fin recobró el conocimiento i que sintiendo su cuerpo adolorido i maltratado por el terrible golpe, sin atreverse siquiera a reconocer la labor donde habia encontrado al dia ántes las piedras salpicadas de clavos de plata riquísima, como quien escapa de un grave peli-

gro, salió de la mina trabajosamente i creyendo que con la vision aquella su fortuna toda habia desaparecido talvez para siempre.

Semejante encuentro no solo aumentó la perturbacion de su espíritu sino que produjo en todo su físico una verdadera enfermedad que le retuvo varios dias en cama. Pasados éstos, siempre se pintaba sobre el semblante escuálido del jóven el terrible efecto de aquella vision: vértigos frecuentes debilitaban su cabeza i terrores estraños i delirios fantásticos trabajaban su razon durante el sueño. Talvez el mundo real no tenia sino pequeña parte en ellos, pero es indudable que él los sentia en el interior de su cerebro i que su memoria, sobretodo, se los representaba sin cesar como otros tantos testimonios de desgracias providenciales e inevitables.

—¿Qué tienes, mi José? decíale la Reina.

—Sí, tú eres mia, ahora todo irá bien, contestábale el pobre Peralta.

Pero, aun en medio de sus ilusiones de felicidad, el jóven creia sentir siempre una mano fria como el hielo que oprimia su pecho i escuchar una voz sombria i enemiga que le preguntaba con burla:

—«¿No temes que la fortuna prometida por Juancho se haya disipado como el humo? ¿Creés que habrás realizado todos tus votos cuando te cases con Chavela? ¿No tendrás que lamentar, entónces mas que ahora, tu pobreza i tu infortunio?

XV.

El fantástico señador no sabia qué pensar de tales imajinaciones, ni comprendía tampoco qué analojías existirían entre su amor i su fortuna. El se limitaba a desear ámbas cosas con un ardor ciego, profundo, invencible, sobretodo la riqueza; porque una riqueza grande, inmensa i rapidamente adquirida era en su concepto la única felicidad que se podia desear sobre la tierra. Pero él olvidaba sin duda la fé, el entusiasmo i mas que nada la absoluta consagracion al oficio que Juancho le habia exijido para revelarle su secreto i hacerle feliz.

El viejo cateador conocía perfectamente la turbacion o mas bien el trastorno de las facultades mentales del jóven, pero, continuando en su maleficio, o no queria remediarlo, o lo atribuia solo a sus desgracias pasadas, a la tristeza hereditaria en su familia i sobretodo a la terrible impresion que él decia haberle causado sus trabajos de minero.

Por Chavela, sinembargo, no pasaba otro tanto. Sobrecojida de secretos temores ella estrechaba a su amante para que le dijese qué horrible suceso, o qué presentimientos fatales bastaban para tenerle constantemente triste, hasta el punto de hacerle olvidarse de todo i aun de ella misma.

Al tratar de esto el pecho de Peralta amenazaba romperse. En vano se esforzaba por querer contar a su amada la vision misteriosa que dos veces habia tenido dentro de su mina, la aparicion de su riqueza i las desapariciones repentinas de Juancho, i el encuentro fatal del animal aquel que tan mal parado le dejó la última noche. Parecíale que si contaba lo que sus ojos habian visto su fortuna se evaporaba, i que si pronunciaba una sola palabra de sus secretos mineros todo iba a cambiar en daño suyo; asi es que hasta la magnificencia misma de la veta metálica que le habia llenado de tan grata felicidad durante algunas horas, parecíale como un infierno lleno de desesperacion i de tormentos i adornado de atractivos facticios nada mas que para alucinarle i perderle.

Su enfermedad le obligó, decíamos, a guardar la casa unos dias para curarse de la indisposicion que parecia estar minando su naturaleza. Durante ellos el amor de la Reina arrojó en gran parte de su mente el recuerdo de sus aventuras mineras. Peralta comenzó a revivir. Sus locas esperanzas de adquirir una fortuna grande i rápida se desvanecieron o por lo ménos se calmaron: empezó de nuevo a gustar de los placeres de la juventud, a recordar su familia i su vida de marino, a pensar en sus libros i en su existencia antigua de escolar i de estudiante, i a creer en otra felicidad que la de la riqueza, a creer en las dichas del amor i en los encantos de las letras i de la amistad que ningun poder hostil bastaria a arrebatarle en adelante.

Una vez, empero, vuelto a la mina, todos sus delirios tornaban a renovarse i su ambiciosa fantasía le hacía otra i otra vez volver a desear la riqueza inmensa i a creerse infeliz desde que no pudiera llegar a ser un minero opulento como lo eran los favorecidos por su padre. Las venas mas ricas, aun antes de inspeccionarlas, se hacian transparentes i diáfanas ante sus ojos. No soñaba ya con la riqueza sino que le parecia tenerla como en su mano i eso le hacia redoblar su celo en el trabajo de la faena. De tal suerte impresionado estaba

por la minería i sus prodijios que, olvidándose hasta de la falta de aire i de luz, salido de las labores i vuelto al lado de su futura, todavia necesitaba que ésta i Juancho le dirijesen la palabra para venir a creer en su existencia, pues su memoria no se la habria recordado de otra suerte;—i una vez allí, parecíale aun que la mejor parte de su ser,—su verdadero yo,—reposaba en el centro de aquellas negras cavernas, donde cifraba todas sus esperanzas de fortuna i felicidad i de las cuales salia lo mas tarde posible para venir a ganar su pobre morada del pueblo de *Juan Godoy*.

En vano la Reina le hablaba de su amor: él comenzaba a referirle la magnificencia de su veta de «*la Contadora*» i las riquezas inmensas contenidas en ella. Su mirada se hacia vaga i resplandeciente, representábase en su pensamiento la verdad de sus ilusiones, caia en un éxtasis de celestial ventura, i era tal su entusiasmo que perdia siempre el hilo de sus discursos para caer en las hipérboles mas extravagantes o en las quimeras mas incomprensibles i absurdas.

XVI.

Viéndole tan demudado, en una de esas veces díjole la Reina cuánto temia que se volviese loco.

—Ah! ojalá pudiera serlo, replicó Peralta.

I luego, pasado un momento de muda concentracion i despues de elevar su vista al cielo, prosiguió:

—Mira, lo que yo creo mas hermoso i útil en el universo es el sol: pues bien, yo me abstendría con gusto del sol durante un año por tal de verme loco durante un mes. Despues de haber estudiado bastante en los libros i en el mundo, una cosa solo deseo i es la locura, que me haga creer que soi feliz, que ilumine mi vida con una luz nueva, que bañe mi corazon en alhagüeñas esperanzas i mi pensamiento i mi memoria en alegres recuerdos. Ah! volverse loco!!! ese es el mayor de los beneficios de la Providencia, es la mas bella de las cosas terrenales, i por eso yo pido a Dios todos los dias que me enloquezca. Díme, ¿no comprendes tu esa estraña felicidad de olvidar las cosas que son para imajinarse tan solo las que podrían ser? ¿no sentir nada de lo que pasa sobre la tierra para soñar únicamente con los esplendores del cielo?

En vano Chavela se aflijia i se devanaba el cerébro preguntándose si el pobre jóven estaba o nó en su juicio. Si tras de sus tétricos pensamientos hubiese una desgracia real i un sufrimiento contínuo i acerbo, si sus deseos fuesen el resultado de dolores incurables o de necesidades imprescindibles i eternas, ella los habria comprendido al instante. Pero era espantoso pensar que por dudas i presentimientos vagos, por una loca ambicion de fortuna o por una triste disposicion de espíritu que podria remediarse fácilmente, Peralta se condenase a ese desvarío continuo, a esa especie de muerte moral anticipada, cuando podria mui bien tomar de la vida lo que tuviese de bueno i guardar en el fondo de su corazon una esperanza de amor i de ventura. Ella, la pobre, guardaba sin embargo en el suyo la de verse pronto feliz al lado de su amante; pero es que no sabia lo que se la esperaba.

En uno de sus viajes a la mina, el jóven volvió una tarde sumamente desencantado i mas triste que de ordinario. Poseido de una grande ajitacion febril llegó a la casa poco ménos que de carrera, i se quejó de un fuerte dolor de cabeza diciendo que temia reventaran sus cienes por el ardor excesivo de la sangre. Su cara estaba lívida i amoratada i la sequedad de su cútis i la ausencia de toda transpiracion hacian refluir todo su calor sobre el cerebro.

Contristábase la Reina temiendo la proximidad de un ataque violento, pero él la tranquilizaba repitiéndole: – No tengas cuidado, tu serás mia i todo irá bien!

—Además, continuaba, ¿qué importa, Chavela, el que yo muera o viva? Una de las pocas satisfacciones de la existencia es la de imajinarse que todo puede desaparecer sin arrancar de nuestros ojos ni una lágrima. Por mi parte, yo me complazco en pensar que puedo morir sin variar el tono de una sola nota de la naturaleza i sin cambiar ni un ápice de la harmonia universal. Para mi no hai en el mundo mas verdad que Dios i la naturaleza. Pues bien, aqui como en medio de mis trabajos mineros yo converso con Dios i me extasio en la naturaleza. Solo estoi en el mundo, mis padres i hermanos perecieron, Dios me ha dejado aislado i mísero i es menester que viva como él me hizo i que torne a él lo propio que haya vivido. El destino me ha traido aquí, i puesto que me hallo en un asiento mineral, me he hecho minero i voi a ser feliz, no lo dudo, con la fortuna i con tu amor, con Dios i la naturaleza!

Entregada la pobre Chavela a mil temores i cabilaciones salió en busca de Juancho; i el jóven entónces principió a caminar de un lado al otro de la habitacion, pasándose a menudo la mano por la frente i deteniéndose en cada paseo delante de la puerta por donde entraban aun los rayos de un sol brillante i luminoso. Desvanecidas sus otras esperanzas, en esos rayos veia el jóven su encanto i su vida i se quedaba contemplándolos como en un éxtasis de muda satisfaccion. Luego tornó a sentarse, pero notó que sentia en todo su cuerpo una impresion estraña, levántose otra vez i su rostro se puso rojo i amarillo. Estaba sofocado i su pecho oprimido sentia la necesidad del aire. Luchaba al parecer contra una especie de adormecimiento profundo que pesaba sobre él como un velo de plomo: su sangre hervia en sus venas i por instantes creia volverse loco segun sus deseos; pero por grande que fuese el ardor con que habia ambicionado la locura, los momentos que la precedian eran tan dolorosos i sus emociones tan estrañas que acabó por temer lo que tanto apetecía. En fin, agotado de fatiga como el que sale de una lucha terrible, no pudo por mas tiempo resistir al entorpecimiento de sus facultades i de sus miembros, i poseido de una especie de catalépsis acompañada de convulsiones nerviosas, cayó por el suelo cuan largo era, i con una respiracion apresurada i dificultosa quedóse sumido en un letargo pesado i profundo.

XVII.

Peralta salió de su paroxismo, pero ántes i despues de esos dias todos se decian en Chañarcillo que el viejo Juancho le habia embrujado.

El pobre jóven no hacia mas que hablar de vetas i guias, llampos i reventones, cruceros i empalmes de vetas metálicas. Con cara risueña anunciaba a cuantos le veian los magníficos filones contenidos en el cerro mineral, i cuando se iba a buscarlos i solo se encontraban vetarrones bobos o labores antiguas i en completo broceo, soltaba sendas carcajadas diciendo con aire burlesco que él solo sabia descifrar los signos misteriosos i la escritura simbólica que el destino gravaba sobre las piedras, i que bastaba comprender esos signos para ser feliz i opulento sin necesidad de revelar al mundo lo que ellos representaban.

Al oirle hablar asi Chavela miraba con profundo dolor al jóven que, ansioso de fortuna i los ojos brillando en inspiracion, soñaba solo con el paraiso que ocultaban las entrañas del Cerro de Chañarcillo.

Llegó por fin el dia del matrimonio i Peralta casualmente se encontró mas tranquilo i sombrio que de ordinario, pero al mismo tiempo nunca habia hablado ménos de minas ni manifestado tampoco mayor estimacion por Isabel. En dos dias no habia asistido al trabajo de «*la Contadora*» i hasta parecia querer alejarse de su vida de minero, porque ninguna palabra que tuviese relacion con las maravillas subterráneas asomaba a sus lábios.

La pobre *Reina* estaba radiante de felicidad desde que veia próxima a realizarse la mejor i mas bella de sus esperanzas. Acostumbrada a los maleficios de Juancho, la pobre temia i no sin motivo, que los jénios del mineral de que el viejo le habia conversado tantas ocasiones, no arrastrasen a Peralta a su completa pérdida o por lo ménos al estravio total de su razon, pero este temor por fortuna estaba disipado.

Momentos ántes de las bendiciones, el jóven, a quien habian apellidado por sus inmensas espectativas el *Rei José*, se presentó a *su Reina* con el semblante risueño, pero alterado i pálido como la muerte.

—Yo vengo, le dijo con voz trémula, vengo a decirte que estamos próximos a alcanzar al apojeo de nuestra felicidad. La fortuna de «*la Contadora*,» que tantas veces he visto aparecer i evaporarse ante las influencias maléficas del Destino, acaba de realizarse i me ha sido revelada hace un momento.

Abajo, en la labor mas honda de nuestra pertenencia, se encuentra a descubierto la riquísima veta cuyas líneas contienen el presajio de nuestra suerte futura. Yo voi a traerte la piedra que contiene esas líneas para que ellas te iluminen i te sirvan como mi regalo de bodas. Esa piedra es mas valiosa i bella que el brillante mas espléndido de las coronas réjias i por eso quiero que la conserves como mi dona nupcial. Si ligados por un amor puro miramos su luz radiante, veremos que nuestros corazones estan unidos por los vínculos maravillosos del Jénio que habita en el seno del orbe. Esa piedra me espera a mí solo i voi a buscarla. Entretanto, Chavela, ¡adios! pronto nos veremos!

En vano la *Reina* lloró, se desesperó i rogó a Peralta que abandonase tan romanesca empresa, porque ella presentia una desgracia

si su amado *Rei* la abandonaba en aquellos momentos. Peralta insistió diciéndole que sin esa piedra no serian felices, ni él podria quedar tranquilo no teniendo aun asegurada la fortuna: asi que despues de estrechar a Chavela entre sus brazos partió como desaforado i para volver al instante.

Porcion de mineros con sus familias habian sido convidados a la fiesta. Solo faltaba el novio. Mientras llegaba, afinábanse la guitarra i el harpa, los bardos preparaban sus *cogollos*, las cantoras preludiaban sus bailes populares, i el pisco, el coñac i el brandi, solos o convertidos en *ponche*, cubrian las mesas o circulaban en sendos vasos por entre la animada concurrencia.

De repente siéntese un ruido, asustánse los asistentes, la casa tiembla amenazando desplomarse sobre sus débiles cimientos, i en medio del pavor producido por el inesperado terremoto i como saliendo de un infierno sulfúrico, preséntase Peralta alegre i feliz, pero jadeante i fatigado, trayendo consigo una gran piedra metálica en que la plata cortada como a cincel aparecia brillante i luminosa.

Sus ojos saltados i queriendo como salirse de sus órbitas, buscan a Isabel i así que la encuentran:

—Aqui tienes, la dijo, mi regalo nupcial.

Apenas proferidas estas palabras, vacilaron sus piernas i cayó por tierra sin conocimiento.

Cuando abrió los ojos estaba loco. Apénas pudo fijarlos en su *Reina* cuando volvió a cerrarlos al terrible estallido de una apoplejía fulminante.

La Reina le estrechó en sus brazos como para no separarse jamas de su yerto cadáver i todos la rodearon penetrados de una emocion verdadera i profunda.

Sin poder derramar una lágrima, los suspiros de la pobre jóven fueron siendo mas i mas débiles i al fin se perdieron en sonidos sordos e inarticulados.

Los concurrentes trataron de levantarla, pero ella habia exhalado el último aliento sobre el cuerpo exánime de su malogrado consorte. Sus almas, que no pudieron unirse en la tierra donde en vano se busca la quimérica felicidad, habitarán sin duda juntas en la celestial esfera; pero sus cenizas, sí, reposan cerca de Chañarcillo, en el cementerio del pueblo de Juan Godoy i contiguas al teatro de su amor i de su infortunio.

I el viejo Juancho ¿qué se hizo?—Hasta hoi les sobrevive, sostenido sin duda por la fuerza que le comunica su contacto con los jénios infernales. Pero la riqueza de la «*Contadora*» desapareció sin que él ni nadie hasta ahora hayan logrado encontrarla.

Siguiendo en su oficio de cateador i despues de haber desflorado infinitas otras minas i embaucado a muchos franceses con la venta de barras *en beneficio*, el viejo ha cambiado de rumbo en estos últimos años i diz que creyendo a su patria esclavizada, se ha dejado arrastrar por el noble deseo de reconquistar sus derechos políticos. Alistado como voluntario en el ejército Constituyente del 58, mas de una vez descargó su certero fusil en «dos Loros» i «Cerro Grande» i concluyó por emigrar de los últimos a la República Arjentina, donde es fama que sigue viviendo como el Judio Errante de la fábula i que despues de haber propendido durante su larga vida al éxito de los trabajos mineros, aun conserva la esperanza de volver a servir en Chile al triunfo de la libertad.

———

Hemos narrado un episodio histórico-fantástico de los muchos que se cuentan en las veladas de Chañarcillo, i el lector ha visto el triste fin de José Peralta, hijo de uno de los mas célebres explotadores de la riqueza de aquel mineral i muerto como ellos en la desgracia i la miseria. Resta ahora que los hombres opulentos que poseen las grandes fortunas improvisadas en Copiapó, no olviden a los pobres que los enriquecieron con su trabajo i su desprendimiento, i que cumpliendo con un deber de justicia i de honor atiendan sobre todo a la subsistencia i educacion de las familias de los primitivos descubridores que aun existen.

M. González.

La noche serena.

Grato silencio respira
La noche. Solo suspira
La brisa en el verde prado,
Como el pecho acongojado
Que desahoga su dolor.
A la luz de las estrellas
Que sobre el mundo vacila,
Irrádian las gotas bellas
Del rocío que destila
El cielo en la tierna flor.

Todo es quietud, dulce calma
Que derrama sobre el alma,
Mientras caminan las horas,
Ideas consoladoras
Que alientan al corazon.
Se remonta el pensamiento
De su poder en las álas
Hasta el azul firmamento,
I cruza las réjias salas
De la divina mansion.

Allí escucha prosternado
El concierto regalado
Que al son de sus harpas de oro,
Forman en precioso coro
Los ánjeles del Señor.
Hermoso fulgor de rosa
Alumbra constantemente,
Como la luz vaporosa
Del rosicler trasparente
De la aurora precursor.

No hai esencia comparable
A la ambrosía inefable
Que perfuma aquella estancia;
Es sin duda la fragancia
Que exhala en su aliento Dios.
Que ni la naciente rosa
Que zahuma la pradera
Aroma tan deliciosa
Derrama, cuando hechicera
Se abre a la brisa veloz.

Ah, Señor! cuanto ambiciono
Morar al pie de ese trono
En donde tu gloria ostentas;
Allí donde te presentas
Con toda tu excelsitud!
Que la vida allí no es vida
Sino una grata ventura
Que a beberla mas convida,
Miéntras con ansia se apura
En copa de rica luz!

Allí no hai tiempo que vaya
Poniendo mezquina raya
A nuestra dicha, no hai horas
Que marchen desgarradoras
Marcando nuestro vivir.
Que solo eterna alegría
Existe, pura, inefable;
Una infinita harmonía
Que apénas al hombre es dable
En su mente concebir.

.....
.....

Feliz si en noche serena
Para calmar la honda pena
Puede libre el pensamiento
Elevarse hasta el asiento
Donde descansa el Señor:
Entónces ah! no hai dolores
Que cerquen nuestra existencia,
Porque hermosísimas flores
Con su aromática esencia
Cambian en dicha el dolor....

Venid, pobres criaturas,
A endulzar las amarguras
Que se filtran sobre el alma,
Venid en plácida calma
A tornar vuestra afliccion.
Haced que en rápido vuelo
Suba vuestra fantasía
Hasta la rejion del cielo,
I vereis cuanta alegría
Saborea el corazon.....

.....

Siempre, noche silenciosa,
Bajo tu ala cariñosa
Olvidando mis pesares,
Entonaré mil cantares
Agradecido de tí;
Que eres talvez mensajera
Para el corazon que llora,
De la santa i hechicera
Meditacion que atesora
Cuanto con mi mente ví.

RAFAEL SANTOS.

Ecos de la semana.

Santiago, mayo 5 de 1860.

SUMARIO.—Expectacion política.—Dos novedades bibliográficas.—Teatro.—Círculo literario.

Cómo sabeis, con el cambio ministerial del mes anterior los hombres políticos, que lo son casi todos los hombres, se pusieron al acecho de las novedades que, a su entender, debia tal cambio arrastrar en pos de sí. Mas, ya porque esas futuras novedades sean demasiado pesadas i difíciles por tanto de arrastrar, o porque no existan sino en la esperanza de los que las desean, la verdad es que hasta hoi no han llegado, i que los políticos se

conservan en su primera i fatigosa posicion, atento el oido, extendido el cuello, inquieta la mirada. Entregados a su expectativa, hablan poco i lo que hablan carece de interes, como que no pasa de conjeturas arbitrarias, de sospechas antojadizas. Hai quien recela, por ejemplo, que las promesas de novedades políticas no sean mas reales que la de cierto barbero, de quien se cuenta que habia fijado sobre la puerta de su tienda una muestra en que se leia: «aquí se afeitará gratis mañana.» Claro está que el *mañana* del barbero nunca llegaba a ser *hoi*.

La semana ha caminado, pues, sin dar que decir, si bien ha dado que leer. Dos publicaciones recientes rejistra la bibliografía.

La una de ellas es un opúsculo, publicado por la Imprenta *Nacional*, que lleva por título : *Cuestion de límites entre el Ecuador i el Perú, segun el uti possidetis de* 1810 *i los tratados de* 1829. Su autor es un estranjero distinguido que tenemos actualmente entre nosotros, don Pedro Moncayo, ciudadano del Ecuador, el cual aboga en ese opúsculo por los derechos de su patria con todo el calor de un buen hijo i con perfecta intelijencia de la materia. Conocida es la cuestion que divide a aquellas dos repúblicas de nuestro continente, conocida tambien la manera con que no ha mucho ha tratado de dirimirla el Perú, i si la violenta política de este estado ha encontrado pocas simpatías en la opinion de la América, no ha encontrado mas defensores de sus pretensiones. Así es que el señor Moncayo, en su opúsculo, no ha hecho sino corroborar el juicio del mayor número sobre esta cuestion, dejando basados los derechos del Ecuador en el principio del *uti possidetis*, principio adoptado jeneralmente por las naciones, i en particular por las de la América española.

La otra publicacion a que me refiero es una que acaba de dar a luz la imprenta del *Correo*: *Don Guillermo, Historia contemporánea*, novela que ha enrriquecido algunos números de la *Semana* i que hoi se reparte de obsequio a sus suscriptores. Supérfluo sería que os hablase del mérito de esta novela, ensayo felicísimo en un jénero de literatura tan difícil como poco cultivado. Poner al servicio de una crítica elevada i de una intencion profunda el ameno interes i recursos del romance, i discurrir de este modo por las diversas esferas de la sociedad buscando sus males i ofreciéndoles el remedio, tal es el fin que se ha propuesto este libro i que no es posible negar que ha alcanzado. Decidlo sino vosotros, benévolos lectores, que lo habreis leido, que lo volvereis a leer, i que siempre encontrareis en sus pájinas un delicioso pasatiempo i mas de una enseñanza provechosa.

Fuera de estas dos lecturas, la semana no ha suministrado mas entretenimientos que las dos funciones teatrales del domingo i el juéves.

En la del domingo, una concurrencia algo entresacada asistió a la representacion de una comedia en tres actos : *el Amante universal*, de don Patricio de la Escosura, i pudo gustar en esta pieza de un diálogo vivo, gracioso i bien versificado, que no era secundado por el interes de la fábula, reducida como estaba a una sola situacion prolongada durante tres actos. Este defecto, por lo demas, es casi inevitable en las comedias de carácter, faltas de accion i enredo, i cuyo desenlace es sorprendido a menudo desde las primeras escenas por la prevision del espectador. I la pieza del señor Escosura es una comedia de carácter, i el carácter que personifica es uno bastante comun entre los hijos de Adan : un hombre enamorado de todas las mujeres, una coqueta masculina, un picaflor con pantalones.

En la funcion del juéves, la verdadera novedad fué el estreno, o con mas verdad, la reaparicion en nuestras tablas de la señora Fedriani, que fué acojida del público con calorosos aplausos. Ella por su parte hizo cuanto pudo para corresponder a esas ovaciones, apesar de que su estado interesante favorecia poco el éxito de sus esfuerzos. En cuanto a la pieza, la *Gracia de Dios*, no era nueva para el público.

Anoche, en el *Círculo literario*, don Eduardo de la Barra leyó dos o tres composiciones en verso bastante felices.

Domingo Arteaga Alemparte.

A nuestros suscriptores.

Con el presente número de *la Semana* recibirán nuestros suscriptores un ejemplar de la novela: *Don Guillermo, historia contemporánea*, que les ofrecemos como prima de su suscripcion.

Dicha novela se halla a venta en la librería del señor Morel, calle de los Huérfanos i en esta imprenta.

Imprenta del Correo, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Mayo 12 de 1860. Núm. 15.

BIBLIOTECA NACIONAL
HEMEROTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

La flor.

Dios es la intelijencia infinita i el alma una chispa de esa intelijencia encarnada en la naturaleza.

Continuacion.

CAPITULO VII.

LA METEOROLOJIA I LAS PLANTAS, FÓSILES VEJETALES, EL HOMBRE I LAS PLANTAS.

Bien conocida es la influencia que la meteorolojía tiene sobre la vejetacion.

En muchos pueblos bárbaros no tienen mas calendario que los guie que el nacimiento de ciertas plantas. Los sabios mismos de nuestros dias hacen mencion de estos curiosos calendarios i aun de verdaderos relojes vejetales. Hai en efecto plantas cuyas flores se abren o se cierran a una hora fija i con las cuales puede saberse la hora que es, casi a punto fijo tambien.

La *calendula africana*, que se abre entre seis i siete de la mañana, no se abre sino mucho mas tarde cuando el higrómetro anuncia lluvia. Esta es una de las flores que Lineo llamó *meteoroscópicas*; hai una segunda clase que el mismo naturalista llamó *tropicales*, i son aquellas que se abren regularmente por la mañana para cerrarse en la tarde, pero que modifican la hora segun que los dias son mas largos o mas cortos. Por último hai otra clase que el mismo infatigable sueco llamó *equinoxiales* porque en lugar de abrir i cerrar sus pétalos segun el cuadrante turco, como las tropicales, lo hacen segun el reló europeo.

Todos estos hechos demuestran no solo la influencia de la meteorolojía sobre la vejetacion, sino que prueban que la planta siente esa influencia aun antes de manifestarse i modifica su manera de existir para esperarla.

Pero ¿qué es la meteorolojía? Ella es el concurso de todas las influencias físicas de nuestro globo, i este concurso poderoso no se reduce a modificar la hora en que algunas flores abren sus corolas, tiene un alcance mucho mayor que el que se cree jeneralmente, pues llega a modificar de tal modo las plantas, que sufren una verdadera transformacion. En vano se alegará que en los sepulcros ejipcios se encuentran paquetes de gramíneas antiquísimas cuyas formas son las mismas que en nuestros tiempos; esto nada prueba sino que las condiciones no han variado, que esas gramíneas no han sufrido la influencia de circunstancias capaces da modificar su forma i su estructura. Si no vemos nosotros mismos esas transformaciones vejetales es porque la vida del hombre es nada delante de la vida del mundo, porque los siglos son los minutos de la eternidad, i en fin porque miéntras una jeneracion se hunde en el polvo de la tumba apenas ha tenido el tiempo de latir una vez el corazon del universo.

Es cierto pues que no podemos ver por nuestros ojos esas transformaciones completas de las formas vejetales, pero la planta como el hombre tiene en la vida dos estados; el de barbarie i el de civilizacion, i ¿quién no sabe que los vejetales son profundamente modificados por el cuidado i la cultura de nuestros jardines?

Pero ¿para qué continuar probando esta influencia que todos reconocen, si el hombre mismo la siente siendo mucho mas vigoroso para resistirla? ¿Quién dá a los americanos la raza que tienen? Porque algunos viajeros encontraron en el Orinoco tribus salvajes con cabezas deformes i con fisonomías sanguinarias ¿hai acaso el derecho de espulsarnos de la raza caucásica para considerarnos como inferiores a ella? No, de ninguna manera; viajeros menos superficiales han demostrado que esas deformaciones del cráneo no eran naturales, que eran producidas por vendas que se aplicaban a la cabeza de los recien nacidos para darles un aspecto mas feroz. Raza salvaje i valiente, su vida era la guerra, mas de una vez tenian que disputar su alimento a las fieras i a las tribus enemigas, i su aspecto feroz hacia temblar a las mismas serpientes del monte. Pero esto no bastaba a la orgu-

llosa raza del Cáucaso, era preciso que la ciencia jeolójica arrojase un puente en el estrecho de Behring para que nos llamaran sus hermanos. ¡Maldito sea el orgullo de la raza humana!

¡Quien lo creyera! Debajo de nuestras plantas hai un mundo vejetal; los siglos han ido amontonando con las revoluciones del globo los testimonios de su pasada existencia i petrificando en su paso a esos seres que marcan la marcha del mundo en el espacio de tiempo que nos separa de su creacion.

Sobre el dedo de una mujer veo brillar una piedra; es un pedazo de ágata incrustado por capricho en un anillo; esa piedra tiene arborizaciones que la niña mira como un juego de la naturaleza; esa niña no sabe que lleva en su dedo una planta petrificada, no sabe que hace ya muchos siglos que esa planta vivió, no sabe que esas arborizaciones son el testigo de una época, de una revolucion jeolójica talvez. Estos restos de las pasadas jeneraciones vejetales se encuentran a menudo en las entrañas de la tierra, sirviendo de guia al observador infatigable que se ocupa de la historia de las revoluciones que ha sufrido nuestro planeta.

¿Se ha encontrado algun fósil humano? No, pero esto no quiere decir que el hombre no sea contemporáneo de los fósiles vejetales i animales que se han hallado en el fondo de la tierra; ni tampoco quiere decir que no existe el hombre fósil; ulteriores investigaciones le encontrarán probablemente mas tarde, puesto que se ha encontrado el caballo que lo llevaba al combate, el buey que lo acompañaba en sus trabajos i mil otros animales hijos de las mismas influencias i del mismo medio organizador.

——

Hemos pues terminado la rápida ojeada que nos proponiamos echar sobre el reino vejetal. Si se recorre la marcha de la vida de los animales se verá que es la misma que hemos estudiado en las plantas i que las pequeñas diferencias que pudieran hallarse son el resultado de influencias estrañas a la esencia misma del ser, condiciones particulares de desarrollo, modificaciones pasajeras de una misma vida, sombras que halagan el orgullo humano, pero que no alcanzan a cubrir la gran verdad que hemos formulado. El hombre no existe pues; nada hai en nuestro planeta mas que naturaleza, materia, espiritualidad, leyes: i esto en todo, lo mismo en el hombre que en el musgo de nuestras rocas.

SEGUNDA PARTE.

COSMOS.

Quiero decir cuatro palabras antes de dar principio a la segunda parte de mi trabajo.

Aunque parezca a primera vista que no está ligada por ningun vínculo con la primera, yo creo que esto depende mas bien de la forma que del fondo del objeto mismo. Cuando habia terminado la primera parte era fácil convencerse por su lectura que mis ideas sobre el desarrollo embriolójico del mundo debian separarse algo de las que jeneralmente se tienen sobre el objeto; iba pues a dejar un vacío en el espíritu de los que me leyesen si no daba como conclusion de mi trabajo un cuadro jeneral en el cual el lector pudiese ver toda mi alma. Para ser consecuente con mis principios, debia mirar a la creacion del mismo punto de vista en que me habia colocado para contemplar las bellezas de la flora universal. Voi pues a dar principio a la segunda parte de este escrito, i si aun borrando los perfiles de la forma no se hallara entre las partes que lo forman la ligazon que tienen en mi espíritu, considéreselas como dos trabajos aislados, pero sin olvidar que *el mundo vejetal* es una dependencia del *Cosmos* i el *Cosmos* una irradiacion de *el mundo vejetal*, dos fragmentos de una misma roca, dos cuadros del mismo estilo.

En esta rápida ojeada sobre el cuadro jeneral de la creacion se verá muchas veces a Dios, pero esto no es el resultado de ideas panteistas; al ver al creador en el fondo de la naturaleza yo no hago identificaciones que me parecen impias, veo a Dios en sus obras, porque en ellas se refleja su grandeza i porque al penetrar en el fondo de la vida vejetal el espíritu no puede ménos de elevarse a la causa primera, a la fuente creadora, al eterno orijen de todo lo que existe.

Al separar la mano de Dios de los fenómenos naturales no he establecido un divorcio entre la naturaleza i su creador, he creido solamente dar un golpe al desconsolador sistema del fatalismo, que hace que Dios conduzca la mano del asesino que clava el puñal en el pecho de su hermano, i probar que ese sistema léjos de dar unidad al mundo no hace mas que fracturarlo i condenar al supremo lejislador

BIBLIOTECA NACIONAL BIBLIOTECA AMERICANA "JOSÉ TORIBIO MEDINA"

al trabajo constante de las infinitas creaciones particulares de nuestro planeta.

He creido necesario decir estas cuatro palabras antes de leer la segunda parte de mi trabajo, porque personas que estimo i cuyo voto me merece el mayor respeto han creido ver en él la sombra del panteismo desconsolador; no sé si al trazar el cuadro que concibió mi intelijencia me habré estraviado en el camino, pero si tal cosa ha sucedido, confieso que mi pluma ha ido mas allá que mi intelijencia i que ha contestado mui mal a los latidos de mi cristiano corazon.

——

CAPITULO VIII.

EL CAOS I LA CREACION ACTUAL.

Nada habia, las sombras llenaban el espacio infinito, i la masa del mundo, recien salida de la mano de Dios, rodaba incandescente en el vacío. La creacion palpitaba en la mente del Eterno a cada vuelta llameante del globo lanzado en el caos; el silencio i las sombras del espacio anchuroso eran los únicos testigos de esta jigantesca incubacion de un mundo. El tiempo pasaba. Con el frote de las heladas tinieblas del caos el mundo fué enfriándose poco a poco i llegó un momento en que su superficie formó una costra cristalizada. Esa costra se fué espesando cada vez mas de la circunferencia al centro; el vapor de agua se condensó en la superficie en las desigualdades de la costra; los gases compusieron la atmósfera; el granito cristalizado perdió su cohesion en fuerza del choque de las aguas, de la influencia de los cambios súbitos de la temperatura i de la accion de las composiciones i descomposiciones de los otros elementos del planeta; la tierra estaba pues preparada para recibir los seres organizados. ¿Cómo se formaron estos?

No fué un capricho la causa de su formacion, no fué un prestidijitador el que, tocando con su vara májica el suelo, hizo nacer el primer ser organizado; la obra de la creacion habia terminado i Dios descansaba segun la hermosa i poética espresion del Jénesis. ¿Cuál fué pues la causa de la primera creacion orgánica? ¿cómo se formó la primera vesícula organizada?

El ácido carbónico i el agua combinada con los otros elementos de la atmósfera formaron un dia un cuerpo esférico que en contacto del mismo aire se enfrió en la superficie i cayó sobre la tierra preparada de antemano para recibirlo. Este cuerpo, que al tocar la superficie del mundo sintió en sí mismo la fuerza de las cristalizaciones sucesivas, la potencia de desarrollarse por continuas combinaciones i descomposiciones, es la primera creacion orgánica que ha tenido lugar en el planeta que habitamos.

Los espíritus apocados que no ven la grandeza de la creacion sino viendo trabajar con sus propias manos al Dios eterno, no comprenderán talvez estas creaciones hijas de una intelijencia, porque querrian mejor mirarlas como el producto de una fuerza. Pero yo no escribo para esos espíritus, i estas opiniones admitidas por hombres de jénio reconocido solo deben depositarse en el seno de intelijencias claras i vigorosas; ellas conocerán su alcance, i mirarán al creador no como un májico caprichoso, sino como el gran fundador de las leyes naturales.

Pero solo hemos visto nacer la primera vesícula orgánica, i esto no esplica todavía la variedad inmensa de los seres organizados; entremos pues en esta esplicacion para ver terminada la obra de los siglos.

Parece en efecto increible que vesículas iguales, formadas por los mismos elementos i bajo la influencia de las mismas leyes, produzcan resultados tan variados en su desarrollo; pero eso es precisamente lo maravilloso de la creacion, esa tendencia a la unidad unida a la inmensa complicacion de sus resultados. Las vesículas, iguales en su forma, en sus elementos i en su desarrollo, principiaron a tomar diversa forma i diferente direccion orgánica bajo el influjo de las circunstancias que las rodeaban; la inclinacion del terreno, su naturaleza, su mayor o menor humedad, todo en fin contribuia poderosamente a esta variedad increible de seres organizados, que iban poblando poco a poco el planeta en que habitamos.

I ¿por qué nos admiramos de estos fenómenos singulares al parecer? ¿Obra acaso de otro modo la naturaleza en la época que atrevesamos? La esencia de rosa está formada con los mismos elementos que el espíritu de trementina (aguarras) ;i ¿quién diria que estos líquidos son iguales entre sí? Nadie seguramente. Pero la humanidad mira con desprecio todo lo que se acostumbra a ver con sus propios ojos, i ve levantarse el sol todos los dias sin preguntarse por qué se levanta, ni qué es ese globo misterioso, lámpara refuljen-

te que alumbra en su marcha a las jeneraciones. El marino surca indiferente el mar inmenso, i nunca talvez se ha arrodillado sobre el puente de su navío para adorar en la grandeza de esos mares al Creador del universo? ¿Dónde podemos tender la vista sin encontrar una maravilla, sin ver a Dios, gran todo, divino fundador de las leyes que rijen al mundo? I sin embargo todo nos parece hacedero i fácil, i nosotros que resolvemos todos los problemas diciendo : Dios lo quizo, no podemos comprender la creacion si ese Dios eterno, suprema intelijencia i suprema sabiduría, no la ha amasado con sus sagradas manos! Esa es una blasfemia. Dios no es un trabajador que gasta su fuerza en la creacion, es el jénio director, la intelijencia que ordena, pero no la materia que obra; el alma que piensa, pero no el cuerpo que ejecuta.

No tenemos pues que admirar esa multiplicidad de productos hijos de una misma lei; lo que debemos admirar es esa lei maravillosa, esa soberana intelijencia que la fundó, ese Dios eterno que lanzó los mundos en el espacio infinito, que guia al sol en su carrera, que marca los pasos de las jeneraciones i que aparece en todas partes en donde está la grandeza i la sublimidad.

CAPITULO IX.

CREACIONES ESPONTANEAS.

Hemos visto anteriormente como se formaron los primeros seres organizados bajo el influjo de las leyes naturales; hemos asistido a la primera creacion del mundo i hemos podido ver la igualdad de oríjen de todos los seres vivos. Esta identidad es una prueba mas en favor de la idea dominante en este trabajo: Dios es una intelijencia infinita i el alma una chispa de esa intelijencia encarnada en la naturaleza.

Pero la obra de la creacion no ha terminado, se continua indefinidamente i produce todos los dias nuevos seres, hijos de la materia, productos de la tierra, del agua, de la atmósfera i del sol. Es cierto que Dios terminó ya su obra; pero la creacion de la materia primitiva i de sus leyes eternas es esa obra, la mas grande i la mas digna de un Dios. El no necesita, para que la naturaleza continue su marcha, poner sus manos sobre el mundo: lo lanzó en el espacio infinito con su potente brazo, le dió sus leyes, i el globo incandescente rodó por las eternas sombras del vacio, llevando en su seno el alma de las jeneraciones orgánicas i de las constantes elaboraciones de una creacion interminable.

La creacion se continua pues indefinidamente i podemos ver con nuestros propios ojos esas producciones orgánicas hijas de la materia i de las leyes que la rijen.

Sangrienta ha sido la guerra que se ha hecho a las creaciones espontáneas; espíritus metódicos que lejos de acomodarse a la naturaleza querrian que ella se doblegase a sus mezquinos sistemas, han proclamado como una verdad, que no puede nacer un ser organizado sin una verdadera jeneracion. Pero este es un error cuya defensa es mui fácil; no se puede exijir la prueba de una proposicion negativa i de este modo quedaba a los partidarios de las creaciones espontáneas el trabajo de hacerlas patentes a los ojos de los incrédulos. Pusiéronse pues a la obra, i la fria i tranquila observacion de los hechos les ha puesto en estado de decir a sus adversarios: mirad, la obra de la creacion continúa, el mundo no ha muerto, la vida circula en las palpitantes entrañas de la materia.

Déjese un poco de agua en un lugar cualquiera i al cabo de algun tiempo, su superficie principiará a cubrirse de seres orgánicos sin que haya sido necesario el concurso de la jeneracion. Esta sencilla esperiencia no convence todavia a los adversarios que alegan que pudo haber en el agua jérmenes vejetales que se han desarrollado. Esta objecion estaba prevista, dice Raspail, Ingenhouz hizo pasar el agua por un tubo de porcelana que habia enrojecido al fuego de modo que tuviera una temperatura tal que ningun jérmen pudiera vivir en ella por mas vivaz que fuese. Sin embargo de esto, los seres orgánicos se desarrollaron, las creaciones tuvieron lugar. ¿En dónde está pues el jérmen en la esperiencia de Ingenhouz? El agua i el aire habian sido purificados al pasar por aquel tubo incandecente, no habia allí mas que agua i aire; ¿dónde está pues el jérmen?

Sin duda que estas creaciones no pueden producir seres de organizacion complicada, pero esto nada prueba sino que el globo no está en las circunstancias propias para producirlos; muchos animales han desaparecido de la creacion i apenas se conocen por las descripciones que de ellos nos han dejado los antiguos o por sus ,mutilados esqueletos, pero si ya no existen es porque el mundo sigue enfriándose i las influencias atmosféricas han

cambiado. Las organizaciones simples se producen sin embargo todos los dias bajo el influjo de las circunstancias actuales i la superficie de nuestras rocas presenta el espectáculo mas brillante de esas creaciones orgánicas hijas de las influencias cósmicas, de nuestros dias.

Una duda me asalta en este momento. Sobre la helada piel de un cadáver se desarrolla muchas veces un animal bastante conocido: el *pediculus corporis*: ¿existiria sobre el cutis de ese hombre muerto el jérmen de ese animal inmundo? ¿Será talvez una creacion espontánea hija de la materia impulsada por esa última vibracion vejetativa del cadáver? Confieso que no me he ocupado de este asunto.

No faltará alguno que, viéndome defender estas ideas, me eche una mirada de compasion i me considere como un espíritu estraviado que se pierde en las tinieblas del error; no importa; si no se ha de echar mano de otras armas para combatir estos principios, si no se ha de entrar en el campo de la lójica i de la esperimentacion, yo abandono una lucha en la que los combatientes no harian mas que enlodarse sin llegar jamas a un resultado positivo.

No quiero terminar este capítulo sin hablar de un animal que se desarrolla en el tubo dijestivo del hombre; es la *tenia* (lombriz solitaria). Este animal que constituye una enfermedad grave cuando se halla en el cuerpo humano ¿es el producto de una jeneracion verdadera o es una creacion espontánea? Examinemos esta cuestion.

Si es la tenia el producto de una jeneracion, i debe su existencia a padres semejantes a ella, esos padres no pueden existir sino en el interior del tubo dijestivo o en el mundo esterno. Lo primero no puede tener lugar por la razon de que esta hipótesis equivaldria a afirmar que todos los hombres tienen la *tenia;* lo segundo parece mas probable, pero éste animal no se encuentra sino en el tubo dijestivo i de este modo nos vemos obligados a confesar que su oríjen ha sido una creacion espontánea, que ese animal es el hijo de las influencias microcósmicas, organizacion producida por el concurso de los elementos químicos i de las influencias fisiolójicas del ser en que se desarrolla.

Las creaciones espontáneas tienen pues lugar aun en la época actual, i esto nos demuestra que la creacion continúa i que la naturaleza se vale ahora de los mismos medios organizadores, que en los primeros momentos de la creacion primitiva, cuando el mundo vacio puso en accion las eternas leyes del desarrollo.

De estas ideas brotan naturalmente otras no menos evidentes. La mas importante de todas es la igualdad esencial de los seres creados; la union del vejetal con la roca i de ésta con el animal. Los reinos desaparecen i la naturaleza se presenta sola, una, inmensa, eterna.

CAPITULO X.

UNIDAD DE LA MATERIA, CÍRCULO ETERNO, INMORTALIDAD.

Del estudio que hemos hecho del reino vejetal considerado como representante de una sociedad que vive i obra por sí misma, resultan consecuencias lójicas i necesarias que es imposible que pasen desapercibidas para el hombre que piensa con tranquilidad i cordura. El estudio filosófico de la naturaleza vejetal no es un trabajo bonito i agradable en el que la poesía tiene la mejor parte, es un trabajo inmenso que envuelve nada ménos que la historia del mundo i que nos conduce a resultados de un alcance increible.

En efecto, de la vida de las plantas considerada bajo el punto de vista de su desarrollo, no podemos ménos de elevarnos a la consideracion de las analojías que entre ellas i el reino animal existen. La planta vive como los animales, como ellos tiene sus necesidades i sus especiales tendencias, como ellos, en fin, muere por el desórden de sus funciones orgánicas.

Lineo, espíritu observador i metódico, quiso señalar los límites de los tres reinos conocidos i dijo : *Los minerales crecen, los vejetales crecen, i viven i los animales crecen, viven i sienten.* Pero ya lo hemos dicho, la naturaleza no se doblega a nuestros mezquinos sistemas, asi es que este aforismo de Lineo, bueno para distinguir un tigre de una palma, de nada nos sirve cuando comparamos los últimos escalones de la vida animal con los primeros de la vejetacion.

Por otra parte si echamos una rápida ojeada sobre el oríjen de la creacion primitiva, si nos desprendemos de todo lo que nos rodea para asistir a ese maravilloso alumbramiento del mundo, vemos que los primeros elementos son los mismos i que la materia

que produjo la malva dió tambien por resultado el *cervus jigantes*. Reducido, pues, cualquiera de los seres creados a su mas sencilla espresion orgánica, fracturada su multiplicidad, simplificado hasta dejarlo reducido a su primera vida vesicular embrionaria, las diferencias desaparecen i solo vemos vesículas idénticas, materia orgánica primitiva.

La materia es pues una i la multiplicidad que presenta a nuestra vista es el resultado de las influencias cósmicas de la época en que se la observa, es hija de las circunstancias especiales en que se encuentra colocada, que le imprimen un carácter i una direccion particulares.

El globo incandescente formó la atmósfera i ésta combinada con los elementos del planeta formó los seres organizados; ese es el mundo. Estas transformaciones tienen lugar ahora mismo en la creacion actual; a estas transformaciones o modificaciones especiales de la materia es a lo que se llama muerte. ¿Quereis seguir la marcha de esas metamórfosis sorprendentes? venid conmigo.

Aquí teneis un hombre que ayer solo gozaba de los placeres de esta vida infeliz i transitoria; ya es un cadáver, le van a enterrar i el orgullo humano levantará sobre sus helados restos un monumento suntuoso. Los años pasarán, las lluvias i los vientos azotarán constantemente su erguido mausoleo, su cadáver se convertirá en polvo i las jentes olvidarán su nombre. Ya le veis vuelto a la tierra sin corazon i sin alma. Pero observad, cerca del mausoleo un árbol inclina su verde ramaje; es el *salix babilonica* (sauce lloron;) sus numerosas raices penetran profundamente en la tierra i se alimentan con el polvo del cadáver; nada queda ya de ese cadáver en el fondo de la tumba, terminó ya su vida mineral i vive ahora en el sauce que cubre su sepulcro. El tiempo pasará, i sufrirá nuevas transformaciones, irá a vivir en el organismo de un animal, talvez vivirá en sus hijos para volver despues a la tierra i continuar ese círculo eterno de la naturaleza, roca, árbol, hombre.

El mundo es pues un círculo constante, eterno; la materia no hace mas que transformarse incesantemente bajo el influjo de las circunstancias que la rodean, i la transmigracion continua de los reinos naturales viene a ser la vida íntima de la creacion, el movimiento orgánico jeneral de la naturaleza.

De estas mismas consideraciones que anteceden se desprende una idea: la inmortalidad de la materia.

En toda la vida del mundo no vemos mas que cambios, transformaciones de los mismos elementos, pero nunca el aniquilamiento de la materia elemental. La roca se pulverizará, será árbol, leon, hombre, todo lo que se quiera, pero jamas se la aniquilará, nunca se la verá desaparecer de la creacion.

Los filósofos de gabinete, esos que estudian la naturaleza encerrados entre las cuatro paredes de una pieza i a la luz de una lámpara que apenas les ilumina el semblante meditabundo, esos sabios que nos lanzan sus opiniones como otros tantos rayos del cielo de la intelijencia, desprecian estos principios i creen combatirlos victoriosamente diciendo que les repugnan ideas semejantes; pero la naturaleza no se deja comprender por los que no saben preguntarla; para entenderla es necesario observarla con atencion, poner la mano sobre ella i sentir palpitar sus calientes entrañas.

¿Qué importa pues la reprobacion de esos sabios que ha puesto pálidos el hábito de estar a la sombra? ¿Qué importa que nos digan que la materia es perecedora porque ellos pueden aniquilarla mentalmente? Tambien yo puedo aniquilar mi alma en mi imajinacion i no por eso palpita ménos en el fondo de mi organismo; tambien el ateo aniquila a Dios en su mente i no por eso llena ménos con su divino aliento el espacio infinito en que jiran los mundos que él creó.

La materia es pues eterna, las formas mueren; las modificaciones solo tienen de eterno su constante variacion, pero la materia primitiva, los elementos fundamentales de los objetos, son imperecederos, vivirán eternamente si la mano de Dios no los aniquila en sus juicios eternos.

ADOLFO VALDERRAMA.

(*Concluirá.*)

Las ilusiones de la Libertad.

¡Qué infeliz personaje es el hombre! Su desgracia solo puede compararse con su orgullo. Este es inmenso, colosal, piramidal. Cuanto existe o se forja parece destinado a alimentarlo.

Se creyó un dia el rei de la creacion porque hablaba, i desde ese momento no supo de superioridad, se imajina que todo cede a su omnipotente voluntad, encuentra en todos los or-

bes de lo creado, en cuanto alienta, respira, vive i se mueve súbditos, esclavos de sus caprichos.

No hai duda, un demonio burlon debe estar soplando perpetuamente en su cobeza mentiras, ilusiones i ensueños mil.—De otra manera ¿cómo esplicarse tanta vanidad, cómo comprender esa conciencia que el hombre tiene de su poder, cuando el guijarro que arroja un niño, la rana que se desgaja basta para matarlo; cuando un estorbo cualquiera que salva de un salto su corcel de pelea basta para detenerlo entregado a su solo esfuerzo, i aun para hacer rodar por el lodo su majestad?—¡Rei absoluto de la creacion! i el toro lo coje entre sus cuernos i lo levanta como sútil pluma, i el leon con su rujido lo hace temblar, i el tigre lo aprieta, lo estruja, lo despedaza entre sus garras; i el débil pajarillo se le escapa cuando no pide su ausilio al plomo asesino; i la zorra lo burla, lo desatienta, lo enloquece, lo fatiga, lo desespera, i manifiesta mas lijereza, mas astucia, mas invention que él—¡qué él el ser de la intelijencia, del pensamiento i de la palabra!

Desde el planeta que se mueve en los espacios hasta la abandonada luciérnaga que lanza su fulgor amarillento i pérfido en la oscuridad de la noche, todo en este bajo mundo camina en órden, obedece a ciertas leyes que jamas quebranta, es una prueba de la inmensa sabiduría.—Mientras tanto, solo el hombre no sabe que hacerse, i no hai lei que no viole, mal que no enjendre, dolor que no sufra, debilidad de que no se vea atacado.

No por esto se dá por vencido. Léjos de eso. En esas mismas contrariedades halla un signo de su poder i su grandeza.

Es la libertad, asegura, la que le trae todas sus desazones.—En tanto que leyes fatales señalan al astro la órbita que debe recorrer, presiden al desenvolvimiento de la planta, al alumbramiento i desarrollo del bruto, del ave, del insecto,—el hombre es libre para desarrollarse como mejor le cuadre, para ser honrado o bribon, noble o miserable, héroe o cobarde, rei o patan. ¡Buena libertad! Ni ¿qué valen todas esas libertades al lado de la fatalidad del nacer? De qué nos sirve poder serlo todo cuando no tenemos el derecho de no ser nada?... Para que esa libertad de que tan orgulloso está el hombre existiera, seria necesario que empezase desde ántes de la cuna.—Desde que no tiene la libertad de nacer o no nacer, el hombre no es libre. Suponerlo tal es dar la esclavitud como el oríjen de la libertad.

La esclavitud no enjendra sino esclavitud.

El hombre libre! disparate! El hombre es el ser mas esclavizado de la creacion. Una sola libertad le quedaba, la de matarse, – i hasta esa libertad le ha sido arrebatada contra toda lei, derecho, justicia i razon. ¡Desgraciado mortal que no tiene ni siquiera el placer de nacer o no nacer, de morir o no morir! ¿Cuántos son los mortales que han dejado la vida cuando mejor les ha cuadrado? Ni uno solo. Los mismos que rompiendo esa cadena que se llama el deber de no atentar contra sí mismo, han entregado sus sesos al viento i su alma a Satanás, estamos ciertos que al rendir el postrer suspiro, ese suspiro ha sido un triste recuerdo a la vida que se escapaba.

De no ¿cuál es el suicida que contenido en su intento ha vuelto a tener el mal gusto de atentar contra sus dias?..,. A uno hemos conocido que, despues de haber tenido la torpeza de volarse una oreja, en vez de la tapa de los sesos, preguntaba asustado, con los ojos preñados de lágrimas i el rostro bañado en sangre:

—Por Dios! Estoi muerto o vivo?... Confiésenme la verdad.... No me engañen ustedes.

El ánsia de vivir lo enloquecia.

Decididamente, solo la esclavitud existe. Colocaos, lector, en todas las situaciones posibles, empezando por galeote i concluye por czar o césar ¿Dónde está para el hombre la libertad?

Es niño,-será el esclavo de cuanto le rodea.
Es jóven,-será el esclavo de sus ilusiones.
Es viejo,-será el esclavo de sus recuerdos.
Es rico,-será el esclavo de su oro.
Es pobre,-será el esclavo de su pobreza.
Es orgulloso,-será el esclavo de su orgullo.
Es fuerte,-será el esclavo de la enemistad.
Es débil,-será el esclavo del desprecio.
Es poderoso,-será el esclavo de la envidia.
Es padre,-será el esclavo de su prole.
Es amante,-será el esclavo de su querida.
Es amigo,-será el esclavo de la amistad.

El hombre es esclavo de todo hasta de su perro.

Cuando no es una cadena ajena la que le ata los piés, es una que él se forja, en que se aprisiona, se envuelve, se oprime i se ahoga por su propia mano. Amor i odio, virtud i

vicio, grandeza i miseria, verdad i error, pasion i preocupacion, todo es para el hombre esclavitud. Suba o baje, levántese o abátase, siempre es un pobre prisionero de sí mismo o de los demas.

Pero nada: el hombre no quiere reconocerlo, i se cree libre o con derecho por lo ménos de serlo; i habla, perora, grita, desbarra en defensa de la libertad; i se deja perseguir, encarcelar, desterrar, matar por ella; i por ella hace discursos, escribe libros, entona himnos, levanta tumultos i dá batallas. Quiere libertad, i solo sabe crearse tiranías empezando por la tiranía-libertad.

Qué hacerle! Vaya Vd. a decirle a los pueblos que desbarran, que persiguen una sombra cuando se comprometen camino de la libertad, i los verá desatarse en improperios mil contra el que tal cosa les diga.

—No : necesito libertad, bastante libertad, mucha libertad, dice el hombre mientras aprisiona sus piés en el callejon sin salida de sus botas, mientras solo le es posible ver el cielo por entre vidrios, correr a guarecerse cuando llueve, temblar de las epidemias, huir de los insectos, ser sacado de quicio por el moscardon que zumba a sus oidos, tiritar cuando hace frio, sofocarse cuando calor, llorar casi siempre, reir casi nunca, rabiar las mas veces, alegrarse ninguna.

Liberté! Liberté! tu fus toujours sacrée,

Dice la cancion de un gran pueblo que ha hecho calaveradas ciento por esa señora de sus pensamientos.

Viva la libertad! decia el *sans culotte* frances al hizar hácia el tejado de algun edificio al *perro aristocrata.*

Viva la libertad! gritaba todo un pueblo al cortar la cabeza del habil cerrajero Luis XVI.

Viva la libertad! gritaban tambien los verdugos del terror al abofetear ¡villanos! el rostro de María Antonieta, sin respeto a la mujer, a la desgracia, ni a la muerte.

Viva la libertad! vociferaba la plebe de Paris cuando la cortesana Méricourt caia como leona herida sobre el guarda de corps su antiguo amante.

—Pero esa no es la libertad, dirá al lector.

—¿Cuál es entónces la libertad?

—La libertad es el derecho de hacer cuanto no daña a un tercero.

—Pues si eso es la libertad, no es libertad. La cosa es clara.

Primero, porque al hombre siempre le gusta hacer cuanto daña a un tercero, i para no hacerlo tiene que contrariar sus instintos i por lo tanto que matar su libertad.

Segundo, porque la libertad no admite limitacion, i,—o es inmensa como el espacio, perdurable como el tiempo, absoluta, omnipotente como Dios—o no es tal libertad.

Pero esto es matafísica pura, es decir, puro embrollo. Démosle sus pasaportes i vamos adelante.

Si el derecho de hacer cuanto no daña a un tercero no es libertad, ¿qué es entónces la libertad?... La libertad es la mas encantadora i funesta de las mentiras.

Mas de un liberal, nuestro amigo, se escandalizará de esta definicion que vá a romper con sus esperanzas, con sus aspiraciones, con sus mejores ensueños. Lo sentimos mui de veras; pero ¿qué hacerle? A esta pluma pecadora se le antojó comprometerse en este camino, i a pesar de mis protestas, de mis consejos, de mis reflexiones no ha querido detenerse i pretenciosa me ha respuesto :

—Eh! cobarde! déjame alguna vez decir la verdad!

I yo la he dejado blasfemar de lo que mas amo, de mi ensueño de niño, de mi ilusion de jóven; la he dejado hozar en mi corazon i despedazarlo, importuna golpear a la puerta de mi intelijencia i obligarla a pensar lo que nunca habia pensado, a creer lo que nunca habia creido. I ahora, al correr sobre el papel, se me imajina que me dice entre sería i burlona :

—Lo ves, liberal... eres mi esclavo.

Mal que me pese confieso que mi pluma tiene razon. Si todos gastaran la franqueza que gasto por mi parte en este momento ¿qué de convicciones que el mundo cree profundas, sin sombra de cálculo o necesidad no se verian cojidas en sus propias redes?

Es preciso que reconozcamos que el hombre no siempre sabe lo que se hace i, lo que es mas triste, que no siempre hace lo que quiere.

De no: obsérvesele en las situaciones mas comunes de la vida ¿Cuántas veces logra lo que pretende? No es verdad que lo inesperado domina constantemente? El dolor llega siempre en medio de la risa. La enfermedad que mata en medio de la salud mas perfecta. ¿Qué de bodas no vemos todos los dias trocadas en duelo? Qué de placeres no matan mas pronto que el mas intenso de los dolores? Qué de navegantes no naufragan a la vista del puerto?

El hombre con nada cuenta, ni con el dia, ni con la hora, ni con el minuto que sigue al que señala el reloj del tiempo. Es impotente para ser perennemente dichoso o infeliz, grande o pequeño, ilustre u oscuro. Hoi puede ser un porquero i mañana un papa; hoi ministro omnipotente en cuyas antesalas se arrastran enjambres de cortesanos, de aduladores, de criados de librea i sin librea, i mañana un proscripto desconocido, rechazado, renegado por los mismos que hoi lo halagan, lo rodean, lo inciensan, se hacen los pregoneros de su gloria, los juglares de sus ocios.

—Yo quiero clavar la rueda de la fortuna, dice el ambicioso en sus momentos de paroxismo.

Corre tras ella, trabaja, sufre, rabia, se humilla, apura todas las angustias de la espectativa, i en fin de cuentas en lugar de clavar se vé clavado.

Hé aquí en su plenitud la libertad del hombre. La tiene para desear, para perseverar, para sufrir, mas no para realizar uno solo de sus deseos, la menor de sus esperanzas:—tiene libertad a veces para hacerse desgraciado, nunca para hacerse feliz.

Un rico quiere arruinarse-i se arruina.

Un pobre quiere enriquecerse-i no lo consigue.

Un sano quiereestar enfermo,-i sin gran trabajo lo obtiene.

Un enfermo quiere volver a la salud, a la vida, a la felicidad,-trabajo perdido.

Basta un segundo para ser desdichado.

Un siglo no seria bastante para ser feliz.

Los caminos que llevan al mal son espeditos, fáciles, se les corre al vapor.

Los que al bien conducen llevan a sus viajeros entre espinas i abrojos.

Desgraciado del hombre que cree en la libertad. Belleza i perfidia son sus atributos.—Belleza para atraernos, para encantarnos, para dorarnos el cieno.—Perfidia para colocar siempre delante de los ojos de nuestra alma risueños panoramas, horizontes velados en cortinajes de rosadas nieblas.

I el hombre, caminante perdido en las arenas abrasadoras de la existencia, anda, corre, vuela tras esos mentidos oásis, i el oásis no llega, i el desierto se estiende, se estiende i se estiende siempre hasta turbar su mirada, cortar su respiracion, i ya, sin poderse valer, dejarlo abandonado en lo mejor de su viaje a todas las inclemencias del desengaño.

Huid, mortales, de esa virjen de los ensueños cuyas promesas matan!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Cartas sobre el Teatro Moderno.

CARTA SEXTA.

LE ROI S'AMUSE.—HERNANI.

Sr. D. Justo Arteaga Alemparte.

Querido amigo:

Hemos recorrido todo el drama que nos propusimos analizar. La *Lucrecia Borjia* contiene casi todas las bellezas de los dramas de Víctor Hugo, i tambien casi todos sus defectos. Puede tomarse como una muestra de la manera del autor. La concepcion en la mayor parte de sus dramas, aventaja con mucho a la ejecucion.

En *Le roi s'amuse* peca, como en el anterior, por la ejecucion. *Triboulet* no es mas que un bufon defectuoso de cuerpo i de alma, por quien es imposible que el espectador se interese hasta el punto que el autor pretende. Triboulet tiene una hija a quien ama como era capaz de amar Triboulet. Es padre; pero no ama como aman los padres, sino como un hombre defectuoso física i moralmente ama. El amor de Triboulet es amor egoista; no el amor noble i jeneroso del padre que ama no por calculo, sino por amor. La figura de Triboulet es i será siempre una figura repugnante, a la que si se compadece, no es porque ella haya hecho nada para simpatizar con el espectador, sino porque este se interesa siempre por todo el que sufre.

Por otra parte, querer, como quiere Víctor Hugo, que en medio de toda la abyeccion i la inmoralidad se encuentre la grandeza i la abnegacion, es una pretension exorbitante. Para tamaña concepcion podia ser suficiente un jénio extraordinario, el jénio de un gran poeta. Cuando no ha bastado el de Victor Hugo, es menester que renunciemos a la esperanza de ver realizada esta especie de milagro.

Era un milagro esperar que Lucrecia interesara como madre, persistiendo en sus atrocidades. Es un milagro que un facineroso como Triboulet pueda aparecer a los ojos del espectador de otra manera que como un facineroso. Si alguna leccion moral se desprendiera de *Le roi s'amuse* no seria otra que la de Lucrecia: que los padres criminales dan la muerte a sus propios hijos.

¿Fué eso lo que quiso el poeta? No, fué otra cosa mui distinta. Ya Vd. lo vió en el prólogo de la Lucrecia, que en parte reproduje en mi primera carta.

Le ha sucedido con el honor castellano en el *Hernani*, lo que con el amor de madre en la *Lucrecia*, lo que con el amor paternal en *el Rei se divierte* : pintar estas pasiones, las mas jenerosas, mas nobles i mas desinteresadas por el lado ménos poético, sin que con ninguna de ellas consiga el objeto que el autor se propuso. Purificar la deformidad moral fué el objeto de *Lucrecia*, i *Lucrecia* muere mas criminal que habia vivido. Embellecer la deformidad física fué el objeto de *el Rei se divierte*, transformar una criatura degradada, hacer que el ser pequeño se volviese grande, que el ser deforme se trocase en bello; pero el Triboulet no ha conseguido ser otra cosa que un bufon con instintos paternales, un frenético vengativo, un asesino que tiene de grande la grandeza de su fealdad i de su desgracia, sin que la criatura degradada haya dejado de serlo un solo momento i sin que deje de ser antipática un solo instante.

En el *Hernani* es el honor castellano la materia del poeta. ¿Quién lo representa en la pieza? ¿es Hernani? ¿es Rui Gomez? ¿es Cárlos V? ¿son los tres personajes a la vez? Véamoslo.

Hernani alza el pendon de la sedicion contra el monarca. Tenia agravios que vengar. Hernani es desgraciado, ha sido derrotado i busca un asilo en la casa de Rui Gomez. Síguelo de cerca Cárlos V con sus secuaces. Apenas ha tenido tiempo Hernani para penetrar en la mansion de Rui Gomez i este ha descubierto sus amores con Doña Sol, cuando el Rei se presenta exijiendo que Rui Gomez ponga a su disposicion al prófugo Hernani. Rui Gomez resiste la entrega con todo el ardor propio de un caballero que ha empeñado su palabra i que no cometerá la accion indigna de quebrantarla ni por ruegos ni por amenazas. Gomez de Silva es la personificacion del honor como puede serlo Hernani i el monarca mismo. Gomez de Silva consiente en que se arrasen las murallas de su palacio antes que consentir en que una mancha empañe el esplendor de su antiguo nombre. Ha prometido una cabeza al rei; pero le dará la suya i no la del fujitivo que se oculta en su casa. Pues el mismo noble, nobilísimo castellano capaz de tan bellos movimientos, es el que en el último acto de la pieza va a tocar la empeñada trompeta para obligar a Hernani a quitarse la vida, es el mismo cobarde que acepta la promesa que le hizo Hernani de matarse al oir el sonido del instrumento que pone en sus manos. Este no es sin duda el representante del honor castellano.

¿Lo es Hernani por ventura? El mismo Hernani que rehusa pasar a Cárlos V con su espada cuando lo tiene entre sus manos i lo provoca i lo desafia, hallándolo en casa de Doña Sol, no puede ser el honrado castellano que vaya a quererse contar entre el número de los asesinos que envidian la gloria de atravesar al afortunado monarca con un alevoso puñal. El castellano del primer acto no es el castellano del cuarto. Aquí hai dos Hernanis diferentes. Aquí hai dos Silvas: el jeneroso, el noble, el caballero; i el mezquino, el cobarde, el vil. ¿Cuál de estos personajes representa el honor castellano?

¿Lo representará Cárlos V? Evidentemente que no, puesto que el autor no quiso darle al drama su nombre. El honor, segun el autor, está aquí representado por Hernani que al oir sonar la trompeta fatal se quita la vida en cumplimiento de su palabra. Pero esta palabra, sin motivo empeñada, cobardemente recibida, no era la única que habia Hernani dado. Tambien habia empeñado sus juramentos i su fé a Doña Sol, fé i juramentos que olvida por acudir al reclamo de la trompeta. Tambien habia empeñado su palabra, tambien habia jurado asesinar a Cárlos V, i esa palabra i ese juramento los olvida de la misma manera que podia, con mejor razon, olvidar la que se le antoja cumplir. Si quiso Víctor Hugo hacer que sus castellanos obrasen por capricho i antojadizamente, lo ha conseguido; pero estos no serán jamas personajes dramáticos.

Rui Gomez de Silva mismo, no es mas dramático que Hernani, ni es mas consecuente. Rui Gomez, que olvida los antecedentes de sus mayores, antecedentes que se complacia en recordar lleno de orgullo, Rui Gomez el noble que no recuerda que le debe la vida a Hernani, quien no quiso quitársela en consideracion a sus años, es el mismo que, lleno de ciega cólera, obliga a aquel a darse la muerte ¿Por qué? Porque se supone que el amor en Rui Gomez es mas fuerte que la razon i la justicia; porque se quiere dar a entender que, amando a doña Sol como la ama, no

puede consentir en que otro la posea, otro cuya vida él tiene en sus manos. Esto tambien es falso.

El hombre que no vive, que no alienta sino al calor de una sola pasion que embarga su alma, sofocando en ella todos los instintos jenerosos, el hombre que ante todo ama i no puede vivir sino para amar, haciendo el sacrificio de su alma a aquella pasion que se ha enseñoreado de su ser, no es el Rui Gomez de Silva que ofrece a Hernani devolverle la prenda de su fé i darle en matrimonio la mano de su querida por que le ceda el puesto de asesino que le cupo en suerte a su rival. ¿Quien es pues Rui Gomez? ¿es el enamorado o es el vengativo? ¿es el honrado caballero o es el asesino? Como enamorado jamas pudo proponer a Hernani el cambio que le ofrece, la mano de su querida por el puñal. Como vengativo i celoso, mayor rencor deberia abrigar contra Hernani, amante preferido i afortunado, que contra Carlos V, que al parecer en nada le ofendiera. I sin embargo el mismo Rui Gomez es el que asi se desmiente en todos sus actos. Si el personificara el honor castellano, no habria imbécil en quien no encontráramos un trasunto de la nobleza de los tiempos en donde quiso el autor colocar la escena.

Concedo voluntariamente a V. Hugo el derecho de no sujetarse a la forma antigua, como lo desea en el prólogo de su Hernani; démosle toda la *libertad* que apetece, toda la *tolerancia* que reclama. Ponga sus personajes donde quiera en el primer acto, i aunque recorra con ellos varios paises, hágalos terminar la catástrofe donde le parezca mejor. Convenimos en que no guarde la unidad de lugar, no se sujete tam poco a la de tiempo, pero no me puede parecer dramática la accion que se ejecuta con personajes que obran por mero capricho, despreciando el autor la unidad de caractéres, ya que quisiéramos tambien despreciar la de accion, que, infrinjida, tantos inconvenientes las mas veces acarrea distrayendo la atencion del espectador.

«Mueran las viejas reglas de D'Aubignac con las antiguas costumbres de Cujacio, está bien; que a una literatura de corte se suceda una literatura popular, todavia es mejor; pero sobre todo, que una razon interior se encuentre en el fondo de todas estas novedades. Que el principio de libertad haga su labor, pero que la haga bien hecha. En letras como en sociedad, nada de etiqueta, nada de anarquía: leyes. Ni tacos rojos, ni gorros colorados.»

Por lo mismo que el ilustre poeta no quiere la anarquia, es menester que ajuste los caracteres de sus personajes dramáticos a un molde ménos anárquico; la naturaleza les ha dado leyes i no es posible infrinjir todas las del arte. Pretender lo contrario seria querer hacer una estatua perfecta sin cabeza. El Hernani es un drama que tiene un sin número de pies i manos, es una monstruosidad, i es tanto mas monstruoso cuanto que le falta la cabeza. Nadie puede decir tal cosa es el Hernani.

El mismo autor nos dá a saber en su prólogo que a la fecha en que lo publicaba aun no habia llegado quizás el momento de juzgarlo. «Hernani, añade, no es hasta aqui mas que la primera piedra de un edificio que existe construido entero en la cabeza del autor; pero cuyo conjunto solo puede dar algun valor a este drama. En algun dia quizás no se le llevará a mal el antojo que ha tenido de ponerle, como el arquitecto de Burgos, una puerta casi morisca a su gótica catedral.»

Esperaremos que el tiempo llene en las obras del poeta lo que falta al edificio que construye, i puesto que hasta ahora no se haya llegado quizás la época de juzgarlo, esperemos el fin de la vida del autor, porque ya hace treinta años que se escribieron las palabras que dejo a V. copiadas mas arriba. La paciencia nos sobrará, la vida es probable que nos falte antes de que se llegue el momento favorable que el autor ambiciona.

En el Hernani, sin embargo, hai bellezas dignas de la pluma del hombre estraordinario que le ha dado el ser, pero esas bellezas pertenecen casi esclusivamente mas que a la dramática, al lirismo que se desborda en el corazon del poeta. Si V. Hugo no ha hecho un drama esento de defectos capitales, ha hecho con él algo mas que una leyenda. Si el Hernani no es un personaje de bulto, si no puede decirse de él lo que de las grandes creaciones de la fantasía, que es otra figura que viene a aumentar el número de las que moran entre los vivos, muchos de los cantos que en esa produccion han embelesado el oido, vivirán en nuestra memoria, como recordamos las melodías de una sinfonía maestramente orquestada.

Con esto dejo el Hernani para ocuparme despues aunque sea a la lijera, en mi séptima carta, de las otras piezas del teatro de Víctor Hugo.

HERMOJENES DE IRISARRI.

A una estrella.

(Soneto.)

Cual de la dicha la impresion tranquila,
Cual de esperanza la ilusion brillante,
Tu plácido fulgor, claro diamante,
En la celeste bóveda titila.

Siempre me fuiste grata. Mi pupila,
Si el llanto la oscurece, en tí anhelante
Clavada permanece hasta el instante
En que al desparecer tu luz vacila.

Sin desviarte, sigues el camino
Que te trazara el dedo omnipotente.
Arrebatado en éstasis divino,

Tras de tí lanzo el pensamiento ardiente,
I en sus rápidas alas me avecino
Al Ser de quien es sombra el sol fuljente.

MANUEL J. CORTÉS.

El amor.

Es el amor una esencia
Que embalsama la existencia
Porque evapora de Dios.
Es un lazo misterioso
Que siempre puro i hermoso
Confunde en una alma dos.

Luz del cielo desprendida
Que en la vida de otra vida
Va absorbiendo nuestro ser;
Destello que al alma envía
En cada hora una alegría,
En cada instante un placer.

Fiel sentimiento apacible,
Dulce, vago, indefinible,
Que nos hace sonreir;
Emanacion deliciosa
Que en el corazon se posa
Para hacerlo revivir.

Mistificadora llama
Que en el pecho se derrama
En infinito raudal;
Que desde el cielo se escapa
I nuestras almas empapa
De ambrosía celestial.

Suave, mística armonía
De lejana melodía,
Que oimos con embriaguez,
Que nos deleita i encanta
I en el corazon levanta
Vaporosa languidez.

Música de puros sones
Que embriaga los corazones
En delicia sin igual,
Que llega a nuestros oidos
Como los gratos sonidos
De algun coro anjelical.

Sueño que la mente eleva
I que soñando nos lleva
En otro mundo a gozar;
I entre sus suaves vapores
Sentimos por sobre flores
La existencia resbalar.

Esencia divina i pura
Que el alma humana depura,
Rayo de santa verdad
Que cuando en el pecho brota
Destila en él gota a gota
Suprema felicidad.

Perfume que aromatiza
I el corazon diviniza,
Aliento del creador,
Sublime luz de consuelo
Que nos hace ver el cielo,
Porque es del cielo el amor.

L. RODRIGUEZ VELASCO.

La ausencia.

La sombra majestuosa
Coronada de hielo,
Levántandose al cielo,
Se dibuja en las nubes de arrebol.

Al lanzarse impetuosa
De la roca escarpada,
En iris, la cascada
Torna su bruma que colora el sol.

¿Qué importa aquesta escena
Magnífica i sublime,

Cuando doliente jime
El alma separada de su amor?

¿Qué a mí, si me condena
Contrario mi destino
A este penar contino,
A esta prueba incesante de dolor?

Recuerdo de mi amada!
Calma con tu presencia
De la funesta ausencia
Las penas, el terrible padecer.

Como en la tumba helada
Vé la fe nueva vida,
Así el alma oprimida
Muéstrase la esperanza del placer.

Ven, muéstrate en la pena
Que mi pecho devora,
Cual se muestra la aurora,
Disipando la densa oscuridad.

Mi corazon serena,
Ahuyenta la amargura,
I vuelvan, de ventura
Los sueños a poblar mi soledad.

Ven, imájen querida,
De mi duelo en las horas,
Vuélveme, encantadoras,
Las que de dichas tuvo el corazon.

Mientras lenta mi vida
Paso cubierta en luto,
Te rendiré el tributo
De una lágrima ardiente de pasion.

MANUEL J. CORTÉS.

Versos escritos en Aténas:

Traducidos de Lord Byron.

Se agotaron placeres que duran un instante,
Despareció el hechizo; la fiebre delirante
Acabó de la vida; rompióse el talisman:
¡Insensatos! reimos, cuando debiera el llanto
Del dolor inundarnos. Nuestro mentido encanto
Es tan solo delirio, delirio nuestro afan.

A cada instante el alma recuerda un sentimiento,
Cada intervalo viene a ofrecerle un tormento
A que naturaleza al hombre condenó:
¿I el sabio sentir puede dejar tantos quebrantos
Cuando su vida ha sido la muerte de los santos,
Martirio prolongado de angustia i de dolor?

MARIANO RAMALLO.

No te olvido.

Flor, recuerdo misterioso
De esperanza lisonjera
Malograda;
Con cuyo aspecto grasioso
Torna la dicha que fuera
Ya pasada;
I tornan pasados bienes,
Risas, amores, desdenes,
Blandas lides,
Cenizas de antiguas llamas,
Díme, flor ¿cómo te llamas?—
No me olvides.

MORA.

Fany, mujer adorada
Por mi suerte malhadada
Te he perdido.
Pasa en solitaria ausencia,
Triste, amarga mi existencia,
I un jemido
Por tí exhala en suelo ajeno
Mi pecho de angustia lleno;
No te olvido.

Brilla en la serena tarde
La luz pura de una estrella:
Complacido
La contemplo mientras arde,
Porque tu mirada bella
He creido
Hallar, en su rayo hermoso,
I te he dicho cariñoso,
No te olvido.

De tu voz el tierno acento,
Tu mirar, tu suave aliento,
El latido
De tu corazon amante,
Aquel venturoso instante
Que ha corrido
Llevando tras sí mi gloria,
Todo vive en mi memoria:
No te olvido.

Fany, ¿i tu pecho suspira
Por larga separacion
Oprimido?
¿Sabes que al dolor espira
De tu amante el corazon
Ya rendido?
Mira que mi pasion crece,
I que me digas merece,
No te olvido.

MANUEL J. CORTÉS.

Revista Teatral.

Santiago, mayo 12 de 1860.

La semana teatral ha sido bien interesante. La compañía dramática parece en la intencion de batir en brecha a los pesimistas hasta ponerlos fuera de combate. Es justicia confesar que lo va consiguiendo.

Los dos últimos dramas puestos en escena han sido escojidos, obras maestras en su jénero. El público las ha recibido bien como tales i aun mejor por su ejecucion, que ha ido mas allá de lo que se esperaba.

El *Trovador*, de García Gutierrez, el domingo, *La Dama de las Camelias*, de Alejandro Dumas, hijo, el juéves, han hecho de la semana que hoi se despide, la mas completa por el lado teatral. Ya que en las demas esferas de la sociedad hai ausencia de noticias, de ruidos, de cuentos, de chismes e historietas mas a ménos picantes i verdaderas,—el teatro nos ha dado algo que gustar, algo en que matar nuestros ocios, algo con que entretener nuestra espectativa, que tiene ya mucho parecido con la tela de Penélope.

Solo dos cosas hallan un pronto término en este bajo mundo,—los amores ardientes i la moneda corriente. De lo primero es un ejemplo el trovador Manrique. De lo segundo lo es Margarita Gautier, la de las Camelias.

Sin sus desgraciados amores Manrique habria muerto en su cama. Sin la jenerosidad que Armando Duval quiso gastar con Margarita, talvez o sin talvez las alarmas del padre de aquel no habrian llegado al punto que llegaron. Hacemos quizá una suposicion; pero de suposicion en suposicion es como se arriba a las playas de la verdad, pasando es cierto por los bajíos de la calumnia i del error; mas ¿qué importan estas contrariedades si al fin se llega? Lo importante es llegar i llegar a tiempo.

Hé aquí otra de las desventuras que han padecido Manrique i Duval. Ambos llegaron a destiempo;—el uno al campo de batalla;—el otro a la casa de su querida. Esta es una leccion que no deben echar en saco roto los pretendientes políticos ni ningun pretendiente.

Pero volvamos al teatro i empecemos por el *Trovador*.

Esta creacion ha hecho suerte entre nosotros como ópera i como drama. ¿Quién no ha escuchado, quién no se ha sentido penetrado, conmovido, electrizado por las armonías de *Il Trovatore*? Quién no ha paladeado como un vivo jeneroso los robustos versos del Trovador? Quién no ha aplaudido a García Gutierrez en italiano i en español, con música i sin música? Injusticia seria no haberlo hecho.

El *Trovador*, como ópera, es para mí, apesar del decir en contrario de mas de un crítico musical, una de las mas felices partituras del Víctor Hugo de la música. El *Trovador* como drama es de lo mejor que nos ha dado el teatro español moderno.

Pocos mas completos en su conjunto i ménos defectuosos en sus detalles. Sin estar libre enteramente de los pecados del teatro a que pertenece, esos pecados están tan compensados con bellezas de primer órden, que casi se escapan al espectador.

¿Se quiere gozar de los encantos de una versificacion robusta?—Vaya a escucharse el *Trovador*. ¿Se quieren escenas dramáticas, situaciones de grande efecto, lucha, pasion, vida en la accion?—En el *Trovador* se las encontrará del primero al último acto.

Pero no son estas por cierto las únicas cualidades del *Trovador*. Hai tambien en él caractéres dibujados con un pincel tan caliente como atrevido i orijinal ¿Qué figura mas encantadora, mas suave, mas bien tocada que la de doña Leonor? Es de creer que el autor la concibió teniendo delante de sus ojos una vírjen de Rafael. Su trazo revela un pincel acariciador como una brisa de primavera i firme como la punta de un estileto. A su lado viene Manrique el trovador, Manrique el favorito de la gloria i del amor, Manrique el prototipo del paladin de cota ferrada i corazon de sensitiva; uno de esos personajes en los que parece se viene a resumir toda esa época en que amar i guerrear, hacer trovas a las damas i dar estocadas i mandobles a los rivales eran la mejor ocupacion de todo caballero sin tacha i sin reproche.

Entre estas dos figuras, simpáticas ambas, tierna la una, viril la otra, se coloca un rostro atezado, con sonrisa de demonio, que hace jestos horribles a las ilusiones de los dos amantes:—es Azucena la jitana. ¡Qué virilidad, qué poder de toques hai en este rostro! Parece imposible que hayan sido dados con el mismo pincel que delineara el purísimo de doña Leonor. Hai en Azucena algo del lápiz de Callot. El espectador pugna por apartar de ella la vista. Trabajo perdido, no lo consigue.

Azucena lo atrae, lo domina, lo magnetiza, lo obliga a contemplarla, a temblar de ella cuando aparece, a temer que se presente.

El conde de Luna, el desdeñado amante, es una figura de segundo plan delineada con facilidad; pero que nunca atrae hácia sí la atencion, que no se hace amar ni odiar. Las víctimas de los desdenes de amor pocas veces saben interesar.

Tales son los principales personajes del *Trovador*. Póngaseles al servicio de una fábula bien concebida i mejor desarrollada, que nunca cansa, que de acto en acto hace mas i mas intensa la curiosidad del espectador, i se tendrá una idea aproximada de lo que es ese drama de García Gutierrez, en que hai todo el calor de la juventud, toda la fuerza de la primera inspiracion i mucho de ese no sé qué que caracteriza las obras del jénio. La poesía lírica i la dramática se dan en él la mano, se apoyan mútuamente i no se traicionan jamás.

Con diez dramas como el *Trovador*, el teatro español podria decir con justicia : – he resucitado.

Despues de admirar con estrépito a García Gutierrez el domingo, Alejandro Dumas, hijo, se ha encargado de impresionarnos poderosamente el juéves con su *Dama de las Camelias*.

Esta es otra de las creaciones que ha hecho furor por estos teatros. La crítica hipócrita, porque Tartuffe ha echado al mundo tambien hijos críticos, ha escrito con sangre revuelta con incienso mas de una diatriba contra el drama de Dumas, hijo.

—Oh! Dios! la tísis en el teatro : esto es nauseabundo; i la tísis prostituida: esto clama al arte i a la moral.

Si se fueran a seguir los preceptos de estos Aristóteles que parece se han guardado el corazon i la intelijencia en el bolsillo, el arte dramático tendria que encerrarse en un estrecho círculo en que la orijinalidad faltaria siempre i en que el jénio seria otro Prometeo encadenado bajo el Etna de las reglas rancias de unos cuantos moscardones de la crítica.

—¡La tísis en el teatro! qué horror! qué abominacion! qué desacato! Quién le mete a Dumas, hijo, hacer lo que no ha permitido Aristóteles ni Horacio, La Harpe ni Boileau, lo que no han hecho ni Sófocles ni Eurípides, ni Racine, ni Voltaire? Sobretodo, cómo aventurarse a hacer simpático el vicio, santa a la prostituta que ama? Esto no puede, no debe ser.

Pues bien, señores críticos, vosotros los que querriais que el arte fuese hipócrita como la sociedad, los que querriais el cielo en las tablas, ánjeles en vez de mujeres, santos en vez de hombres,-sabed que el arte moderno no quiere eso, porque no quiere espectadores que bostecen en la primera escena, se restreguen los ojos en la segunda, cabeceen en la tercera, se duerman en la cuarta i ronquen en la quinta. El arte moderno busca lo que busca la sociedad,—verdad ante todo. Verdad amarga a veces, antipática con frecuencia, dolorosa siempre. El arte moderno no quiere correjir mintiendo, no quiere sanar la llaga gangrenosa que mina la organizacion con bálsamos de empíricos, sino con el hierro candente de la realidad. Por eso no saca al proscenio padres, hijos, esposos, héroes de convencion, bribones que el espectador desea sean enviados cuanto ántes a galeras, ni criaturas puras, inmaculadas, celestiales que estarian mejor entre los santos que en las tablas de un teatro, porque esto es una mistificacion que ya a nadie cuadra. El arte moderno ofrece el bien i el mal como es en sí, como corre el mundo, no como lo debiera correr. Pone de vez en cuando delante de los ojos desnudeces; pero qué hacerle cuando son necesarias, cuando deben producir un gran resultado.

Los críticos moralistas i los moralistas críticos pueden decir cuanto les cuadre, mas no por eso la *Dama de las Camelias* dejará de ser una creacion llena de jenio i atrevimiento. Tendrá escenas inmorales, tendencias que pugnan con las conveniencias sociales, que son en mas de una ocasion chicoteadas sin consideracion; pero, sin embargo, en el fondo del drama de Dumas, hijo, se asienta una verdad que no por posarse en el cieno pierde nada de su limpieza ni de su brillo.—Esa verdad es que el amor, como el fuego, todo lo purifica, que un noble sentimiento es capaz de volver a la virtud a la cortesana, que es posible quebrantar las cadenas del mal, que hai en todas las almas un rayo de la divina luz que puede amortiguarse en su irradiacion, nunca por nunca estinguirse.

Margarita Gautier la loreta, Margarita Gautier, la muchacha galante, sin alma i sin corazon, que gasta en flores lo que puede hacer la tranquilidad, el contento de una familia, que en nada cree, en nada confia i

nada busca sino es engañar su presentimiento de muerte próxima entre el ruido de los festines, entre los lodos del vicio dorado, perfumado, cargado de vida, de encajes i de brillantes,—siente de repente en su interior algo que no comprende, algo tan dulce como desconocido que la encanta, la atrae, la seduce i la cambia, como por el efecto de una varilla májica, de loreta en amante, de demonio en ánjel. Horizontes para ella ignorados se abren delante de su vista atónita, oye partir de lo mas profundo de su corazon una armonía que la arroba. Ya no quiere ruidos, fiestas, lujo, carruajes; quiere soledad, silencio, aires puros, una atmósfera cargada no con los miasmas deletéreos de la orjia sino con los perfumes de la flor, de la planta, del árbol. ¿Qué ha obrado esta metamórfosis? El amor. Margarita Gautier ama i es amada. La mujer liviana, la cortesana ha desaparecido. ¡Poder del amor! La oveja estraviada ha vuelto al redil. Magdalena la pecadora es ya Magdalena la arrepentida. Cuántos encantos en el presente! Qué de gratas ilusiones para el porvenir!

De súbito todo cambia. Las conveniencias sociales vienen con mano impía a despertarla de su ensueño.—Tu has sido prostituta, le gritan. No tienes derecho al arrepentimiento. La sociedad te rechaza. No hai para tí misericordia. La pobre mujer llora, suplica, se humilla, se arrastra en demanda de misericordia.—La sociedad por boca de un anciano encorvado hácia el sepulcro le responde:—No hai misericordia! la misericordia es imposible! Es necesario que vuelvas a ser lo que has sido, cortesana sin corazon! Sicofante obligado de la riqueza cínica!—La ilusion se ha disipado. La esperanza ha muerto. El corazon late; pero es preciso ahogar sus latidos. Todo llama a la virtud; pero es preciso zampuzarse de nuevo en el vicio. El mundo así lo quiere. —Adios felicidad! dice Margarita, con los ojos anegados en lágrimas i el corazon despedazado.

Vuelve a Paris, de donde la habia alejado su error i adonde la vuelve su desventura. I vuelve para ser tiranizada por un rico imbécil, e insultada, ultimada por el único hombre a quien ha amado. Ya no le queda mas que morir! Qué dulce es la muerte cuando la última lazada que nos amarraba a la vida se ha roto! Entonces si que es la muerte lo que decia Mirabeau:—la mas bella invencion de la naturaleza. Margarita va a morir i a morir recibiendo la muerte como un bálsamo. Pero no: no ha contado con la sociedad! Cuando la ve espirante, se arrepiente de lo que ha hecho. Tiene compasion para su víctima i quiere hacerle justicia. Esa justicia llega tarde, como todas las justicias sociales. Llega cuando no debia llegar, cuando nada puede sino es amargar los últimos instantes de esa víctima. El mundo solo en la tumba sabe perdonar!

Tal es poco mas o ménos la *Dama de las Camelias*. Añadid a este argumento sencillo al par que tierno i dominado por una alta intencion social, situaciones de grande efecto, escenas maestramente fabricadas, un diálogo maravillosamente verdadero i natural, i tendreis que confesar que el drama de Dumas, hijo, es una creacion de primera fuerza en que si sobra el atrevimiento i de vez en cuando la desnudez, no falta jamas el jénio. *La Dama de las Camelias* tendrá si se quiere inmoralidades de detalle, recargo de tintas sombrias; pero lo volvemos a repetir, en su fondo encierra una gran verdad i una alta leccion de moral. Despues de haber visto la *Dama de las Camelias* es imposible no creer en el arrepentimiento, en el consolador principio de la rejeneracion por el amor, que tiene por modelo a Magdalena, la cortesana ayer, hoi la cristiana, la santa.

No dejaremos la pluma sin decir algo de la ejecucion de los dos dramas de que hemos venido ocupándonos. En ambos la Fedriani i Riso han dado pruebas de que pueden vencer con fortuna constante mas de una dificultad. En la *Dama de las Camelias* sobre todo, ostenta la Fedriani un lujo de recursos que revelan en ella una actriz nada comun.—Risso, por su parte, nos confirma cada dia mas en la opinion que de él se tiene formada el público. —Es sin duda el mejor galan que hemos oido por estos teatros: tiene pasion, tiene intencion i amor por el arte. Este actor andará siempre sin tropiezos su camino.

Gaitan tuvo tambien mas de un momento de fortuna en su rol del conde de Luna, en que no le faltó ni el calor ni la vida.

Los demas actores se desempeñaron como mejor pudieron, cumplieron con su deber.

Justo Arteaga Alemparte.

Imprenta del Correo, pasaje Bulnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Mayo 19 de 1860. Núm. 16.

La flor.

Dios es la intelijencia infinita i el alma una chispa de esa intelijencia encarnada en la naturaleza.

Conclusion.

CAPITULO XI.

ESPIRITUALIDAD I MATERIALISMO.

El estudio que de los vejetales hemos hecho, ya sea mirados bajo el punto de vista de su organizacion, ya sea considerados como seres sensibles, nos ha conducido como por la mano a la creencia de que las plantas tienen una alma que vive en ellas, que inspira sus actos, que realiza en fin en la vejetacion la vida moral del hombre i de los otros animales. No ha sido pues una mirada puramente poética lo que nos ha conducido a esta verdad, i el calor que pudiera verse en este trabajo es mas bien el grandioso reflejo del objeto que el producto de nuestra intelijencia. Ya lo hemos dicho: el estudio de las plantas es de un alcance increible i ahora mismo que vamos a poner en frente del hombre a la flor de nuestros campos, el corazon late mas apresurado en el pecho al mirar el borde del insondable abismo en que tenemos que colocarnos para llegar a las últimas consecuencias que se desprenden de los hechos. Sin embargo, es necesario decirlo todo, es preciso llegar al término fijado i no acabar hasta haber penetrado en el fondo del objeto.

Orijen, vida, desarrollo, tendencias especiales, todo en fin nos demuestra las analojias innegables de todos los seres creados; todo está señalando a gritos la unidad maravillosa de la materia i de las leyes que la rijen, i esa es la naturaleza, grande, eterna, sublime; obra digna de la suprema intelijencia i del poder supremo que la creó.

Tenemos pues que confesar que las plantas tienen una alma, que palpita en el fondo de su organismo ese vago aliento que circundaba el globo antes de la primera creacion orgánica. Esa es la *espiritualidad*.

Atrévase a negarla el orgullo humano i caeremos en el materialismo, tendremos que negar el alma a los animales ¿qué digo? tendriamos que negarla al hombre mismo i nos arrancariamos el corazon con nuestras propias manos para ver en sus latidos postrimeros el vago soplo de la inmortalidad espiritual.

¡Divino aliento que ahora mismo inspiras estas líneas, tu vivirás siempre, tu me acompañarás en el árido desierto de la vida, i cuando la naturaleza me pida el tributo de mi existencia, i mi cuerpo pulverizado ruede en el círculo eterno de la creacion, tú volverás al seno de Dios; tú, soplo divino que ajitas mi cerebro intelijente, asistirás a la *última* escena de mi transformacion orgánica i luego volverás al seno de la eternidad, de donde te sacó la suprema intelijencia. ¡Bendito sea el cielo que grabó la esperanza en el fondo de nuestro corazon!

No, el mundo no está vacío de espiritualidad; esas ideas son las sombras que cruzan la mente de un fanático sectario del materialismo, son los reflejos del hacha sanguinaria que levanta insensato el corazon empedernido de un ateo, para cortar de un solo golpe el árbol robusto de la fé. ¡Atras, vanos fantasmas de una imajinacion exaltada! del fondo mismo de la incredulidad se levanta el coloso de la esperanza i cuando llegamos al borde del sepulcro, última escena de una existencia desgraciada, la intelijencia enmudece, el corazon reune todas sus fuerzas i lanza en sus latidos postrimeros la aspiracion del infinito, el sentimiento de su inmortalidad.

La duda es pues imposible; el alma vejetal se revela en los actos de la planta, vive en su organismo delicado, circula con la sávia que la alimenta. Ni porque se habia de dudar! ¿qué es pues lo que pedimos a la humanidad? ¿acaso queremos que se desprenda de sus derechos, que pisotee su dignidad, que niegue su divino orijen? No, le pedimos

solo que observe la sublime creacion, que ponga sus manos sobre el mundo, i sienta palpitar en él el jénio de la vida: pero cuando haya hecho todo esto, le pedimos tambien que arroje el manto desgarrado de su orgullo i con la rodilla en tierra adore en el grandioso templo de la naturaleza al espíritu eterno que lanzó los mundos en el espacio infinito del caos.

Nosotros tambien habiamos mirado a la planta como una esclava que debia estar siempre a nuestros pies, pero nuestros ojos se han abierto a la luz de la verdad; nos hemos arrodillado en presencia de la divina creacion, hemos contemplado las inmensas montañas, la superficie inmensurable de los mares i la suntuosa cabellera de los bosques. Lanzados por el ímpetu frenético de nuestro brioso caballo, hemos sentido azotar nuestra frente las alas del huracan bramador, miéntras el cóndor de los Andes cernia sus negras alas en los aires i escondia su cuello en las altísimas nubes. Todo eso hemos visto i nunca nuestro corazon se sintió mas grande, nunca tuvo mas vigor la oracion que brotó de nuestros labios.

Esta adoracion no es humillante para el hombre; el alma se eleva a rejiones superiores, el corazon se ensancha, i brota de nuestro ser la aspiracion de la inmortalidad. Nada temais, no vais a caer en la idolatría, poneos de rodillas, es el templo de Dios, orad a nuestro lado.

CAPITULO XII.

DIOS.

Nos queda una palabra todavia, una palabra que es el fin de nuestro trabajo i el principio de nuestras creencias; con ella daremos una prueba mas de la verdad de los principios que hemos espuesto i calmaremos talvez la ajitacion de algun corazon asustadizo que, sorprendido de nuestras consecuencias, crea ver en estas pájinas el monstruo de la incredulidad.

En vista del modo como hemos considerado a las plantas i a la naturaleza en jeneral, podemos ya calcular las relaciones de Dios con su obra grandiosa i hacerlo asistir al desarrollo del mundo con todo el esplendor de una intelijencia suprema. Las sombras no ofuscan nuestra vista, la verdad aparece brillante i eterna como la causa de que emana, se ha roto el negro cortinaje que nos encubria a la naturaleza i en el fondo de este suntuoso altar, la Divinidad se destaca como la primera causa, como el primer elemento de vida, como la fuente inagotable de verdad i de luz : la humanidad la contempla de rodillas.

Mirada pues la creacion bajo este punto de vista ¿aparece el Creador ménos grande, ménos sabio, ménos poderoso que cuando el error le hace trabajar con sus propias manos i lo condena al trabajo constante de las infinitas creaciones particulares de nuestro planeta? Seguramente que no. Lo hemos dicho i lo repetiremos todavia una vez: Dios no es un prestidijitador que crea cada ser con un golpe de su vara májica; no es un jornalero que necesita de la fuerza de sus brazos para que el mundo siga su marcha maravillosa i eterna. El es el creador de la materia primitiva i el fundador de sus leyes admirables; esa es su obra, asombro de las jeneraciones, testimonio vivo de su omnipotente sabiduría. No necesitamos verlo a los últimos ensangrentados rayos del sol poniente, colgado en una cruz por la perfidia humana, para saber que existe, que es grande, que es poderoso i eterno; él vive en sus obras i la naturaleza nos muestra su colosal figura en las menores pulsaciones de sus palpitantes entrañas.

Nuestros principios no son sin embargo inamovibles: pero si se quiere negarles la estabilidad que les prestan el corazon i la intelijencia, muéstresenos un sistema en el que Dios aparezca mas grande, en que se vea mas claramente su infinito poder, i lo aceptaremos al momento. Pero no, se trabaja inútilmente; la naturaleza es mas grande que las fábulas que pudiera idear la intelijencia humana; la verdad desnuda es mil veces mas brillante que los sueños de la locura.

Si Dios hubiera de poner su mano sobre cada fenómeno que tiene lugar en el mundo, no seria tan grande, no seria tan sabio. El rayo surca el espacio i con su siniestro resplandor ilumina el llano i la montaña: ¿ese rayo brotó acaso de la mano de Dios? No i mil veces nó. El Dios cristiano no es el Júpiter tonante de la mitolojía pagana; se vé en sus ojos mas què el refuljente brillo del odio el apacible resplandor de la piedad.

¿Necesitaré decir tambien que el rayo no es ya un misterio en la época actual? Inútilmente se trabajará pues para echar por tierra estos principios copiados de la naturaleza misma, calcados sobre el código del mundo,

grabados con carácteres de fuego en el corazon i en la intelijencia de la humanidad.

El mundo es, en verdad, admirable; el ave que cruza el espacio como la saeta que parte del arco, la cascada que cae de la colgada montaña formando mares de blanquísima espuma, los rios caudalosos, los altísimos montes que ocultan la frente en la rejion de las nieves perpétuas, el mujiente océano que se azota contra los continentes en lucha eterna, el sol que ilumina con sus dardos de fuego las angulosas rocas del monte i las elevadas torres de nuestras ciudades, todo es una maravilla i nos parece imposible comprenderla si el mismo Dios no pone sus manos sobre el mundo i lo mueve i lo dirije. Pero dejad que pase la primera impresion de asombro, i cuando la intelijencia esté libre, recojeos un momento, penetrad el objeto, seguid la marcha de los fenómenos naturales, preguntad a la ciencia i vereis surjir la verdad de vuestra misma confusion, vereis brotar la luz de las negras tinieblas en que os arrojó vuestro asombro.

Asi solo se puede llegar a los resultados que hemos espuesto, asi solo Dios deja de parecer hombre en sus actos, i elevándose sobre las particularidades insignificantes de materialidad, el pensamiento llega a la esencia misma de las cosas, conoce a su Creador, vé su grandeza, siente su poder i cae de rodillas.

Ya lo hemos visto pues, Dios vive en sus obras, la naturaleza es su altar. Los siglos pasan, las jeneraciones se suceden unas despues de otras, los templos i las ciudades se destruyen i en medio de este desórden jeneral, solo una cosa subsiste : el mundo i sus eternas leyes; el creador lo conserva como un testimonio de su grandeza infinita, como uno de los brillantes de su magnífica corona.

Hemos terminado pues nuestra tarea i creemos haber dado a la planta toda su importancia como ser orgánico. Hemos visto su semejanza con el reino animal i al estudiar su orijen, su vida, sus pasiones, no hemos podido ménos de ver en ella el jénio de la espiritualidad. En vista de estos antecedentes el mundo parece mas concreto, la lei de la unidad no se rompe en el cuadro jeneral de la creacion i Dios aparece en él con todo el esplendor de una intelijencia creadora i eterna.

Un globo incandescente rodando en el espacio, lenta cristalizacion de su inmensa superficie producida por el enfriamiento, formacion de los gases que componen la atmósfera, combinacion de estos elementos para formar vesículas orgánicas; esa es la historia embriolójica del mundo; Dios es su autor, creador de la materia primitiva i fundador de las leyes naturales.

ADOLFO VALDERRAMA.

Reproducimos del último número de los *Anales de la Universidad* el siguiente artículo biográfico, que juzgamos digno de llamar la atencion asi por el interes que encierra como por el nombre de su autor, nuestro erudito literato i notable historiador D. *Diego Barros Arana*.

Historiadores de Chile.

FRAI MELCHOR MARTINEZ.

Durante la ajitada época de la revolucion de nuestra Independencia, los bandos contendientes pensaron mas de una vez en escribir relaciones históricas de aquellos sucesos, ya para recordar los hechos militares de nuestros ejércitos, ya para rectificar los errores con que se referian las ocurrencias de Chile, o para informar acerca de ellas a las autoridades superiores. En varias ocasiones se trató de formar la historia oficial de nuestra Revolucion; pero jamás se adelantó este trabajo hasta dejarlo en estado de dar una idea completa de los sucesos que formaban su materia.

En nota de 28 de mayo de 1811, en efecto, la Suprema Junta que gobernaba el pais pidió al Cabildo de Santiago que formase una relacion de los sucesos de Chile hasta la malograda revolucion de Figueroa, para rectificar las noticias que acerca de este suceso publicaba una gaceta de Buenos-Aires. Mas tarde, a principios de 1813, cuando el ejército insurjente salió por primera vez a campaña contra las fuerzas invasoras que mandaba el brigadier Pareja, el Gobierno anunció que en poco tiempo mas haria escribir i publicar una Memoria histórica de aquella guerra para inmortalizar las proezas i las hazañas de los militares chilenos. Casi parece excusado decir que estas dos obras quedaron en proyecto.

Posteriormente, en 1818, cuando nuestra Independencia estaba perfectamente asegurada por las victorias de Chacabuco i Maipo, el Director supremo O'Higgins encargó al doctor don Bernardo Monteagudo, que formase una Historia militar de nuestra revolucion. El comisionado comenzó a trabajar en esta obra: consultó los recuerdos de la mayor parte de los oficiales que habian hecho las campañas de 1813 i 1814, i recojió abundantes notas i

apuntes para dar principio a los trabajos de redaccion; pero sus otras ocupaciones no le permitieron hacer nada en este particular. En 1820 salió para el Perú con la espedicion libertadora, i ya no volvió a pensar mas en la proyectada Historia militar de Chile.

El doctor don Juan Egaña tomó entónces a su cargo esta tarea. Reunió un gran número de documentos públicos i privados, recojió los partes oficiales de las batallas, las actas de las sesiones celebradas por varios cuerpos, voluminosos espedientes relativos a varios sucesos, e infinitos papeles de todo jénero, i comenzó entónces su trabajo. Para esto, formó una especie de índice de los sucesos mas importantes, a los cuales agregaba las mas veces la fecha del dia, mes i año en que ocurrieron, como por via de efemérides; pero su trabajo quedó reducido a este descarnado esqueleto. Las copias de estas efemérides, que se conservan hasta hoi, llevan por título *Épocas i hechos memorables de Chile.*

En las peripecias de aquella lucha, cuando los vencidos estuvieron en el Poder, trataron tambien de escribir la historia de sus triunfos. Confiaron este encargo a un padre misionero español, hombre de luces i de talento que habia comprendido mui bien el movimiento de la Revolucion de Chile, i que pudo esplicarlo con bastante claridad i exactitud. Este artículo está destinado a juzgar aquella obra, i a dar a conocer la vida de su autor.

El padre frai Melchor Martinez, así se llamaba éste, nació en Monteagudo, pequeño pueblo de la provincia de Búrgos, por los años de 1762. Desde mui jóven tomó el hábito de recoleto franciscano para recibir las órdenes sacerdotales, e hizo mui buenos estudios de Teolojía i Cánones, a fin de prepararse con sólidos conocimientos para predicar el Evanjelio. En aquella época, las Misiones de América, que habian corrido a cargo de los jesuitas hasta la espulsion de la Compañía de los dominios del Monarca español, estaban confiadas a la Orden en que se habia enrolado frai Melchor. Con este motivo, le cupo a éste pasar a Chile a prestar sus servicios en el convento de Chillan, o en el *Colejio de propaganda fide*, como entónces se le llamaba.

Era todavía novicio al llegar a aquel pueblo. Allí recibió las órdenes sacerdotales cuando apénas cumplia veinte i cuatro años, e inmediatamente entró en el territorio araucano para comenzar la predicacion evanjélica. Los misioneros franciscanos tenian la obligacion de cumplir este sagrado misterio durante cierto número de años; pero casualmente, a fines del siglo pasado, las guerras en que estuvo envuelta la España no permitian el libre tráfico de los mares, i ponian mil trabas i dificultades al viaje de los misioneros encargados de predicar en la Araucanía, obligando por tanto a aquellos que residian en Chile a permanecer entre los indios mas tiempo del que les imponia el reglamento de su Orden. Por esta circunstancia, el padre Martinez se vió precisado a servir estas misiones diez i nueve años consecutivos, durante los cuales no solo conoció todos los usos i costumbres de los indios, i aprendió la lengua araucana, sino que pasó largas temporadas «entre estos salvajes, los mas bárbaros que se conocen, como él mismo decia, sin hablar ni tratar comunmente mas que con ellos i en su idioma.» En la misma pieza de que tomo estas palabras, declaraba que poseia un «conocimiento práctico i esperimental sobre los indios de Chile, sobre sus tierras, costumbres o cualesquiera otras particularidades, adquirido en diez i nueve años contínuos empleados en la conversion i civilizacion de dichos indios, con residencia contínua entre ellos, intelijencia i uso de su idioma, estudio i observacion particular, en cuyo tiempo he residido i recorrido muchas veces casi todo el pais de estos bárbaros, conocido i tratado casi todos sus principales Caciques, i observado todas sus costumbres e inclinaciones.»

En el desempeño de su cargo, el padre Martinez manifestó mucho celo i una enerjía superior a todo elojio. Mas de una vez puso en peligro su vida para calmar la ira de algun Cacique; i por los medios de la conciliacion i de la dulzura consiguió evitar funestísimos males. Para predicar el Evanjelio entre los araucanos, no perdonaba trabajo ni sacrificio de ninguna especie : recorria vastas estensiones de territorio, visitaba a los Caciques mas influyentes de Arauco, i trataba por todos medios de estirpar los abusos mas arraigados entre aquellos bárbaros por la ignorancia i la idolatría. Su robustez le permitió trabajar ardorosamente en esta santa obra por mas de diez i ocho años consecutivos, sin descanso alguno; pero al cabo de este tiempo su salud de fierro comenzó a abandonarlo. La vida ajitada que habia llevado, la falta de toda comodidad, i su permanencia en un clima húmedo i destemplado, durmiendo de ordinario sobre la tierra i el aire libre, le acarrearon un fuerte reumatismo en una pierna, que lo tuvo gravemente enfermo durante tres meses. Entónces, no mas, se oyeron sus instancias para que se le separara del servicio activo. En 1805 fué llamado a Chillan por el padre superior de la órden, i de allí pasó a Santiago ántes de concluirse aquel año.

Frai Melchor venia buscando una colocacion mas tranquila, que le permitiera pasar los últimos dias de su vida en una modesta comodidad, léjos de los azares i fatigas de las Misiones. Felizmente encontró esta colocacion en el convento de su órden de la capital. Proponíase hacer allí algunos trabajos sobre la lengua araucana, i correjir i aumentar la gramática i el diccionario que, medio siglo ántes, habia publicado en Lima el padre jesuita Andres Febres; pero ántes de dar principio a esta tarea se encontró detenido por el Presidente de Chile don Luis Muñoz de Guzman, que

le pedia con urjencia un Informe o Memoria sobre un punto importante del servicio público.

Seguíase desde 1793 un espediente sobre establecer Misiones viajeras o transeuntes en la Araucanía, para bautizar a los niños indios que nacen i se crian sin este sacramento, por falta de Misiones, como creian algunas personas de aquel tiempo. El Presidente don Ambrosio O'Higgins habia acojido mui bien esta idea, pensando talvez que aquellas Misiones podian tener un importante influjo para promover la civilizacion de los araucanos. Los padres que recorriesen este territorio, podrian quizá suavizar las costumbres de aquellos bárbaros; correjir ciertos abusos i desterrar sus vicios mas execrables. De la misma opinion de O'Higgins eran algunos padres misioneros, i aun los mas ilustrados jefes de la guarnicion fronteriza; pero el superior del Colejio de Chillan el padre Delgado, el Obispo de Concepcion don Francisco de Borja Maran i su Promotor fiscal se oponian a este dictámen, fundados en las disposiciones de un breve pontificio, i considerando enteramente inútil la nueva institucion. Segun ellos las misiones transeuntes servirian a bautizar a algunos niños; pero esto iba solo a desprestijiar el sacramento entre los araucanos, puesto que esos niños no habian de profesar mas tarde el cristianismo.

El presidente Muñoz de Guzman trataba de realizar el proyecto de O'Higgins. Para esto, consultaba el parecer de todos los hombres que tenian conocimientos prácticos acerca de aquellos indios, sus usos i costumbres, i esperaba reunir datos fijos sobre el particular para proceder con acierto en tan delicado asunto. El arribo del padre Martinez a Santiago fué para el Presidente una oportunidad que no quizo despreciar. Con fecha de 15 de febrero de 1806, le dirijió una nota en que le consultaba su opinion a este respecto, i le pedia le pasase un informe sobre las ventajas o inconvenientes de los tales Misiones. Al cabo de tres meses, el 15 de mayo, el padre Martinez le presentó una larga Memoria en que trataba la materia con ilustracion i tino; i, apoyándose en los estudios que habia hecho en Ciencias Sagradas i en la esperiencia que habia recojido en las Misiones, acababa por manifestar su opinion en favor del indicado proyecto. Con todo el respecto debido, refutaba los argumentos en que se habian apoyado el Obispo Maran, su promotor fiscal i el padre Delgado, fundándose en las doctrinas de San Pablo, en las Sagradas Escrituras i en algunos santos Padres.

Pero la Memoria del padre Martinez tiene un interés mas importante e inmediato para el historiador, el filósofo i el estadista. Sus pájinas están llenas de curiosísimas noticias acerca de los araucanos, sus costumbres, sus creencias relijiosas, sus estravagantes preocupaciones i hasta acerca de su organizacion social. Refiere infinitas anecdotas ilustrativas, debate varios puntos importantes i manifiesta claramente que aquellos indios son mucho mas salvajes de lo que jeneralmente se creia. De la lectura de esa interesante pieza, se saca en limpio que el abate Molina, al tratar de aquellos bárbaros en su *Compendio de la historia civil de Chile*, hizo un retrato hasta cierto punto fantástico, les atribuyó una metódica organizacion social que no tienen, i bosquejó un cuadro, mas lisonjero i agradable que verídico. Locura seria pretender tachar el testimonio del padre Martinez en este particular, cuando habla el lenguaje de la verdad i de la conviccion, i se apoya en su propia esperiencia. Es verdaderamente digno de lamentarse que esta interesante pieza haya corrido la suerte de muchos otros documentos preciosos sobre la Historia Nacional, i que hasta hoi se conserve inédito cubierto por el polvo de las bibliotecas.

Desde entónces el padre Martinez fijo su residencia en Santiago. Solo en 1809 pasó, en calidad de capellan, a la hacienda de Bucalemu; pero venia con frecuencia a la capital, i se hospedaba en el Convento de los relijiosos de su órden. De este modo, él pudo ser testigo presencial de todas las ocurrencias de los primeros tiempos de nuestra Revolucion, i observar paso a paso el movimiento que se desarrollaba delante de sus ojos. Como hombre que veia a donde irian a parar los cambios gubernativos i las reformas de sus primeros años, el padre Martinez, español de nacimiento, leal i exaltado partidario del sistema monárquico, se declaró desde luego en enemigo decidido del movimiento revolucionario. Al ver comprometida de este modo su causa, él seguia con el mas vivo interés todas sus peripecias, trataba de imponerse de todo i fijaba su atencion en cada avance de los caudillos insurjentes. Entónces, cuando se convertia el púlpito en tribuna política, el antiguo predicador de las Misiones de Arauco concurria siempre al templo para oir las nuevas doctrinas que se desorrollaban desde la sagrada cátedra; pero salia rabioso i colérico de ordinario, protestando contra las opiniones vertidas como altamente subversivas. En los años posteriores recordaba distintamente todos estos sermones; i uno predicado en la Catedral el 18 de setiembre de 1811, en que se comparaba a Chile con el pueblo israelista, salvado de la tiranía de Faraon, le traia a la memoria el gran disgusto que esperimentó al oirlo. «Queriendo algunos insurjentes que salian de la iglesia conocer mi sentir acerca de lo espuesto, escribia en 1815, me interrogaron sobre la calidad del sermon, a que respondí con indignacion, que no solo el ministerio, la relijion i la casa de Dios quedaban profanados, sino a mas la plaza, si se dijera en ella quedaria profanada. Intentaron contenerme por temor; pero no me hallaba entónces en circunstancia de temer.»

Fácil es inferir, cuánto sufriria en aquel

tiempo un hombre de las exaltadas ideas del padre Martinez. Si bien él no queria tomar parte alguna en los proyectos contra-revolucionarios que entónces preocupaban a muchos españoles residentes en Chile, i si se guardaba bien de ostentar en público sus opiniones, su fidelidad a la causa de España no podia pasar desapercibida. Mas de una vez algunas partidas de jóvenes alborotadores que se habian enrolado en las filas de los revolucionarios, hicieron burla i escarnio de su persona al encontrarlo por las calles. «Mas de dos veces, escribia tambien en 1815, detuvieron en las calles públicas al escritor tropas de facciosos, sin mas motivos que verlo con la compostura i seriedad propias de su estado, i lo obligaron a gritar *Viva la patria!*»

La Reconquista de Chile efectuada en octubre de 1814 por las armas realistas bajo el mando de Ossorio, fué un suceso que el padre Martinez celebró grandemente. Cuando entró a Santiago el Jeneral español se apresuró a presentarse en palacio a visitar al vencedor de Rancagua, i a felicitarlo por sus triunfos que venian a restablecer el antiguo órden de cosas; i Ossorio, que tenia algunas noticias sobre su carácter, ilustracion i esperiencia, le preguntó qué pensaba acerca de la situacion de Chile i del modo de gobernarlo para arrancar de raiz el espíritu de insurreccion que tanto habia cundido en este pais. «Señor, le dijo el padre Martinez, reuna U. E. los soldados que acaba de conducir a la victoria, i pase las cordilleras en busca de los últimos restos del enemigo. Los facciosos se repondrán de sus quebrantos; i la inaccion de las tropas vencedoras puede costarnos mui caro.» El improvisado consejero del Presidente Ossorio, presentia entónces la invasion que efectuaron los insurjentes de 1817.

Pero Ossorio no era el hombre aparente para acometer tamaña empresa. Quedóse en Santiago persiguiendo a los patriotas que no habian emigrado al otro lado de los Andes, i cimentando el gobierno de Chile segun las instrucciones que le daban el Virei del Perú i los Ministros del Rei de España. En abril de 1815 recibió una Real Orden de 31 de julio del año anterior, trasmitida por el Ministro universal de Indias Lardizabal, en la cual se le mandaba que hiciese formar una *Relacion histórica de los sucesos de la revolucion de Chile*. «Siendo conveniente por muchos respectos, decia aquella pieza, saber el verdadero oríjen de los alborotos que se han esperimentado i que todavia se esperimentan en algunas de esas provincias; i consten en lo venidero de un modo auténtico los fines, ajentes medios con que se sostuvieron i jeneralizaron, i tambien aquellos que contribuyeron a minorarlos o estinguirlos, de manera que el todo de su narracion sirva en lo sucesivo de una útil advertencia para evitar la renovacion de tan terribles males: quiere el Rei que U. S. encargue inmediatamente, a uno o mas sujetos de conocida literatura, sagacidad, madurez i criterio, el escribir en estilo sencillo i correcto, unas Memorias en que se describan imparcialmente i con toda verdad, bajo el método, órden i division que mejor les pareciere, cuantos sucesos de esta especie han sobrevenido en esos paises del distrito de su mando, desde la ausencia i cautividad de S. M.; las causas que los han ocasionado; carácter e instruccion de las personas que surjieron i figuraron en los mismos alborotos; objetos que se propusieron en ellos; medidas que adoptaron para frustrar sus designios; qué ausilios i ayuda recibieron esterior e interiormente; qué ligas o pactos formaron, o intentaron formar con otras provincias de la Monarquía o de Reinos estraños; con todo lo demas que fuere del caso i conviniere para ilustrar la materia i dar una completa i exacta noticia de las ocurrencias militares i políticas que ha habido en el largo curso de tan desgraciados acontecimientos, procurando tambien acompañar los planos i documentos orijinales que sea posible adquirir, a costa de la mayor solicitud i diligencia, para comprobar los hechos i convencer plenamente de su realidad, i desvanecer las dudas i falsedades que por la diversidad de opiniones e intereses particulares se suscitarán probablemente en otros escritos, en que se tratará talvez, con siniestro empeño, de desfigurar en todo o en parte, lo que se dijere sobre estos asuntos. Lo participo a U. S. de real órden para su puntual cumplimiento, en la intelijencia de que es la voluntad de S. M. que US. proporcione cuantos socorros i ausilios esten a sus alcances, a las personas que se ocupan en este trabajo; cuidando de remitirse las Memorias i documentos orijinales luego que se concluyan i hayan terminado los disturbios, i despues un duplicado en que esten testimoniados en debida forma estos mismos documentos; quedando ademas un triplicado de todos estos papeles, tambien testimoniados, en la secretaría de ese Gobierno para la debida constancia.»

El Presidente meditó largo tiempo ántes de resolverse a confiar a persona alguna la redaccion de esta Memoria. Solo despues de un mes, cuando se hubo consultado con los hombres de mas ilustracion que poseia el pais, el 23 de mayo, encargó esta obra al padre frai Melchor Martinez. «Informado de la capacidad de V. P., decia la nota que le pasó con este motivo, he resuelto encargarle esta obra, para cuya ejecucion le proporcionaré todos los ausilios que requiera: entre ellos serán de la mayor importancia la coleccion de los materiales impresos i manuscritos de actas o diarios, i relaciones que haya en el Gobierno. V. P. podrá recoger los demas conducentes que se encuentran de particulares en esta capital, i entablará correspondencias para las provincias distantes. Si fuere conveniente dividir el trabajo para la mayor prontitud, tomará ausiliares de su satisfaccion, sin perjuicio de

las uniformidades del plan, método i demas calidades que constituyen la perfeccion de semejantes trabajos. Para asegurar esta, he nombrado de consultores al Ilmo. señor Obispo Doctor don José Santiago Rodriguez; i a los señores Doctor don José Joaquin Rodriguez i don Judas Tadeo de Reyes, asesor i secretario de esta Presidencia, por sus luces, esperiencia de los sucesos, i vasta intelijencia de las materias, a quienes consultará V. P. el prospecto de la obra i las dificultades que se le ofrezcan en su continuacion: propondrá las asignaciones que necesite para gratificacion de ausiliares, escribientes, gastos de escritorio, i para personal subsistencia, sin distraerse en el servicio de capellanías, o cualquiera otro que impida dedicarse totalmente a esta ocupacion: a ella coadyuvará el reverendo padre provincial, dando a V. P. su licencia, dispensa i comodidades que consistan en sus facultades, i ofrezca el Convento como se lo encargo; i de este modo espero el mejor desempeño de tan importante obra, cuyo premio le dispensará S. M. a proporcion de su mérito.»

El padre Martinez carecia en aquella época de títulos para hacerse merecedor de tamaña consideracion. Hasta entónces solo habia escrito una corta *Memoria sobre las Misiones de la Araucanía*, de que he hablado mas arriba; i aun cuando este sea un trabajo mui apreciable bajo cierto punto de vista, dista mucho de constituir la reputacion de un escritor. En esa misma Memoria pedia que se disimulasen los defectos de estilo, impropiedad de espresiones i otros fáciles de notar, «atendiendo, dice, a que la flor de mi vida, desde veinte i cuatro años hasta cuarenta i tres, la he ocupado entre estos salvajes, los mas bárbaros que se conocen, sin hablar ni tratar comunmente mas que con ellos i en su idioma.» Esto mismo probará cuán grande era la escasez de hombres aptos que habia entónces en Chile.

La eleccion de Ossorio era, sin embargo, mui acertada bajo otros puntos. El padre Martinez era un hombre observador, que habia comprendido mui bien el movimiento revolucionario que se desarrolló delante de sus ojos, las tendencias de los bandos políticos i el carácter de sus caudillos, i que poseia una singular laboriosidad i un espíritu de investigacion digno de un historiador. Inmediatamente comenzó a reunir sus recuerdos, consultó los de los hombres que mas habian figurado en aquella época, obtuvo licencia para rejistrar todos los documentos, i encargó a Ossorio que pidiese al Perú todos los que allí se encontrasen. Cuando ya hubo reunido una inmensa masa de apuntes i piezas oficiales, dió principio a los trabajos de coordinacion, por medio de una redaccion sencilla que pensaba retocar mas tarde.

Entónces vino a palpar una nueva dificultad. La comision revisora nombrada por Ossorio, era compuesta de chilenos, los cuales debian tener cierta afeccion por alguno de los caudillos revolucionarios; i temió que la censura de estos pudiese hacerse pública, i comprometerlo personalmente delante de un parte quizá mui considerable de las familias que componian la sociedad chilena. Este pais, ademas, estaba todavia espuesto a nuevas conmociones, de modo que habia otros motivos que bajo este aspecto embarazaban al escritor que no tuviese toda la valentia necesaria para esponer francamente sus convicciones. Al cabo de pocos meses, el padre Martinez habia avanzado mucho en este trabajo; pero entónces se penetró de que ni el tiempo ni el lugar en que escribia eran los mas aparentes para trazar una Historia con toda independencia. Con fecha 11 de diciembre de 1815, dirijió una solicitud al Presidente Ossorio, a fin de que pidiera al Rei permiso para volver a España, en donde podria concluir la *Memoria histórica* de una manera conveniente.

Para obtener este permiso se necesitaba remitir a la Metrópoli algunos documentos, que probasen que el solicitante habia servido en las Misiones de la Araucanía el tiempo prescrito por los reglamentos del caso; i aun así era necesario que el Monarca o sus Ministros mirasen con interes esta solicitud para quedespachasen prontamente la licencia. Todo esto exijia tiempo; pero ántes que pudiese llegar la licencia, nuevas ocurrencias vinieron a distraer al historiador preocupándolo otros afanes de diverso jénero.

En los últimos dias de 1815 llegó a Chile el Mariscal de campo don Francisco Marcó del Pont, nombrado sucesor de Ossorio en el mando de la Capitanía jeneral. Desde luego llamó a su lado al padre Martinez, en calidad de miembro de una camarilla de Consejeros de que se rodeaba. A ellos consultaba Marcó sobre los planes de Gobierno i las medidas militares que debia tomar contra los amagos de una invasion capitaneada por San-Martin. El padre Martinez habló en esas reuniones sobre atacar a los insurjentes de Mendoza ántes que ellos invadiesen a Chile, i trató de persuadir al Presidente a que adoptase este partido, como el único que podia salvar a este pais de ser nuevamente presa de la revolucion i el trastorno. Marcó, inmensamente mas inepto que su antecesor, no se atrevió a dar paso alguno a este respecto, se dejó engañar por las astucias de San-Martin i de sus ajentes, i no pudo defender el territorio chileno de la enunciada invasion.

En aquella época llegaban dia a dia al palacio del Presidente mui variadas noticias, acerca de los aprestos que San-Martin hacia en Mendoza. Este mismo hacia llegar a sus oidos los avisos mas estravagantes i contradictorios para mantenerlo en contínua alarma, i acabar por confundirlo. En octubre de 1816, se anunció de un modo positivo que el

Jefe insurjente habia celebrado un parlamento con los indios pehuenches que habitan los campos del sur de Mendoza, para pedirles el permiso de pasar por sus tierras, porque pensaba invadir a Chile por aquel punto. Deciase, ademas, que San-Martin tenia hechos todos los aprestos necesarios para acometer esta empresa i pasar el rio Diamante, que corre por aquellos campos, i que trataba de avenirse con los indios araucanos a fin de aliarse con ellos.

Inmediatamente, Marcó se propuso entrar en comunicaciones con los pehuenches para descubrir la verdad de estos anuncios, i tomar las precauciones necesarias. Para esto, encargó al padre Martinez, como hombre sagaz i conocedor del carácter de aquellos salvajes, que fuese a situarse a Curicó, i que desde allí entablase comunicaciones con los indios del otro lado de la Cordillera. «Se anuncia, decia Marcó a sus subalternos que mandaban en el territorio comprendido entre los rios Rapel i Maule, que el Gobierno de Mendoza por medio de los indios de su frontera inmediata, i Maulahue, intenta confederar a las demas reducciones de pehuenches i de butalmapus de la Concepcion, i que quiere que intenten otras escursiones por aquella parte, mediante haber apostado preparativos de puentes al rio Diamante. Para eludir estos designios, es necesario redoblar nuestras intelijencias con los indios, asegurando la adhesion de los de nuestra frontera, i atrayendo a los de Mendoza; esta debe ser obra de la sagacidad i de conocimientos personales, para la buena eleccion de emisarios, i movimiento de todos los resortes conducentes, con el mayor sijilo i adecuadas precauciones, esforzando con agazajos a los Caciques e indios de mas influencia en sus aillegues i mas propios para difundir entre ellos el concepto ventajoso de nuestras fuerzas, justicia de la causa, i mayores conveniencias para ellos que deben esperar de nuestra amistad i servicio, ántes que los insurjentes, que luego desaparecerán i sufrirán mil daños de la venganza que tomará contra ellos el Gobierno de Chile: de la direccion de este plan, vá encargado el relijioso misionero frai Melchor Martinez, que posee el amor de los indios, noticia de la tierra i prudencia para la mejor combinacion de las circunstancias. En su consecuencia, le he comisionado con este objeto, dándole mis instrucciones: oígalas Ud., i ponga en planta lo que mútuamente acordaren, conviniendo las operaciones con los demas Comandantes inmediatos del paralelo de la Banda Oriental enemiga de la cordillera, i déme contínuos partes de lo que sobre esta importante materia se fuere adelantando.»

De nada le sirvieron en esta vez al padre Martinez su natural sagacidad i el conocimiento del carácter de los indios con quienes tenia que tratar. El Jefe enemigo era sobrado hábil i astuto para tramar una intriga con todo el pulso posible. Habia tenido, en realidad, una larga conferencia con los Caciques pehuenches, en que les anunció que pensaba invadir a Chile por su propia territorio si ellos le concedian el permiso, i los habia engañado perfectamente a este respecto. Inútil fué que el padre Martinez se diese todo jénero de trazas para descubrir los proyectos del astuto Jeneral insurjente: desde Curicó remitió varios espías para arrancar la verdad a los indios pehuenches; pero todos sus esfuerzos fueron estériles i vanos. Ellos se impusieron por sus propios ojos de que los fuertes del sur de Mendoza estaban mal guarnecidos, i de que no existian los aprestos de puentes para pasar el rio Diamante, de que tanto se habia hablado; pero fueron informados por los mismos indios, que efectivamente San-Martin trataba de invadir a Chile por aquellos lugares. «Mis espias supieron, escribia el padre Martinez el 19 en Curicó, que la espedicion que debe venir a Chile, está dispuesta a pasar la Cordillera por la Pascua de Natividad, i que vendrá al mando de don Bernardo O'Higgins; pero que su tránsito será por el boquete de Antuco, paralelo a Concepcion.» Despues de otros trabajos igualmente infructuosos, el padre Martinez dió su vuelta a Santiago a fines de diciembre de 1816.

En esa época, la dominacion española en Chile tocaba a su fin. No es este el lugar de referir el paso de los Andes por el ejército de San-Martin, ni la batalla de Chacabuco, que puso término al gobierno de Marcó; pero sí, es preciso recordar que los mas fieles partidarios del Gobierno español i los restos del ejército realista salvados de aquella jornada, marcharon en desordenada fuga a Valparaiso, i que allí se embarcaron sin órden ni concierto con rumbo al Callao. Frai Melchor Martinez, que tenia contraidos mui graves compromisos con los mandatarios de Chile, siguió los pasos de los fujitivos, i fué tambien a buscar un asilo en el Virreinato del Perú.

En Lima residia entónces el brigadier Ossorio en calidad de Comandante jeneral de artillería. A su lado se acojió el padre Martinez, i vivió en su propia casa hasta que el Virrei Pezuela organizó, a fines de 1817, una nueva espedicion realista destinada a reconquistar a Chile. Como Ossorio debia mandar el ejército espedicionario, frai Melchor Martinez tuvo que aceptar el puesto de capellan militar. Su buen juicio, su conocimiento práctico del territorio chileno i de sus habitantes, i su acendrada fidelidad a la causa del Rei, eran cualidades mui importantes que lo constituian en un utilísimo consejero.

El padre Martinez se halló siempre al lado de Osorio en la campaña de 1818, que tocó a su fin en la memorable batalla de Maipo, el 5 de abril. En este dia se encontró en el sitio del combate; i cuando vió que la suerte de las armas se mostraba esquiva con el ejército realista, él se ofreció al Jeneral para condu-

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

cirlo por caminos estraviados, i salvando de caer en mano de los vencedores. A las tres de la tarde, ántes que la batalla estuviese completamente perdida, frai Melchor llevó a Ossorio, por senderos que él conocia, hasta llegar a la cuesta de Prado, en el camino de Valparaiso. Atravesó esta cuesta; i así que se hubo hallado al poniente de ella, siguió su marcha por el espacioso valle del sur hasta llegar a Melipilla, en donde los fujitivos hicieron una frugal comida. El siguiente dia, Ossorio se encontró en la hacienda de Bucalemu, de donde pudo seguir su marcha hasta Concepcion sin ser mui molestado.

Al padre Martinez le cupo mui diversa suerte. Las partidas volantes del ejército vencedor que se estendieron por aquellos campos, lo apresaron en la misma hacienda de Bucalemu, i lo trajeron a Santiago algunos dias despues. Aquí permaneció detenido con sus compañeros de infortunio hasta que, en compañia de ellos tambien, fué remitido a San-Luis en calidad de prisionero de guerra. Merced a la jenerosidad de un compatriota suyo, don Rafael Beltran, que le dió letras de crédito para un comerciante español de Mendoza. el padre Martinez pudo contar en el presidio con los ausilios necesarios para su mantencion.

En en presidio de San-Luis permaneció frai Melchor hasta principios de 1820, en compañía de muchos Jefes i oficiales del ejército realista de Chile. En esta época, un vecino de Mendoza, don Agustin Moyano, consiguió permiso para llevarlo a su casa de campo, situada a inmediaciones de este pueblo, en calidad de capellan. El padre Martinez vivió allí pobremente, sin abusar de la jenerosidad de sus protectores, i contraido al cumplimiento de sus deberes sacerdotales i a la lectura de los pocos libros ascéticos que podia encontrar a la mano. En este tiempo compuso una pequeña obrita de *Meditacion sobre el Padre Nuestro*.

El padre Martinez vivió en Mendoza algunos años mas. Allí le conoció, en 1825, el Nuncio Apostólico señor Muzzi, cuando pasaba a Chile; i el secretario de éste, Salusti, que lo trató con bastante familiaridad, le ha consagrado un recuerdo en la relacion del viaje. Posteriormente, el padre Martinez consiguió pasar a Buenos-Aires i embarcarse allí para España, en donde al fin vino a encontrar el descanso que inútilmente buscaba desde tantos años atrás. Estableciόse en Búrgos, obtuvo el destino de capellan de un Monasterio, i llevó una vida modesta i tranquila, aunque no libre de los achaques de su edad avanzada. Las enfermedades, sin embargo, no le impidieron consagrarse al cultivo de la literatura histórica, a que habia tomado una verdadera pasion. En Búrgos se ocupó en redactar por sus recuerdos una relacion de todos los sucesos de la Revolucion chilena, desde sus primeros tiempos hasta 1820. Se asegura que era tan grande el mérito de esta relacion, que cuando los Ministros de Fernando VII mandaron escribir la Historia de la Revolucion hispano-americana en 1829, hubo muchas personas que indicaron a frai Melchor como el hombre mas a propósito para llevar a cabo una obra de esta naturaleza; pero el antiguo misionero de la Araucanía no tenia título delante de los palaciegos, i la comision fué confiada a don Mariano Torrente, hombre laborioso i apasionado, conocido ya por otros trabajos literarios, i que gozaba de los favores i proteccion del Ministro Calomarde.

Este contraste, con todo, no le desalentó. El padre Martinez, impedido así de hacer una obra que debia darle reputacion e importancia, trató de publicar su *Relacion histórica* con el auxilio i ayuda de varias personas que habian figurado en los sucesos de Chile; pero, para colmo de su desgracia, éstos le negaron la proteccion que les pedia, i dejaron que aquel libro, que talvez posee un gran mérito, quedase inédito. Hasta ahora, solo es conocido por lo que acerca de él dice el historiador Torrente en el prólogo de su *Historia de la revolucion hispano-americana*.

Fué esta la última decepcion que sufrió el padre Martinez. Despues de este postrer desengaño, hastiado por tanto contratiempo i gastado por la pérdida de su salud, frai Melchor murió por los años de 1840. Su vida habia sido un tejido de sufrimientos físicos i morales, en la cual, si alguna vez se dejó ver alguna risueña esperanza, fué solo para desvanecerse despues.

La única muestra histórica del padre Martinez que conozcamos, es la Memoria que comenzó a escribir por encargo del Presidente Ossorio. Es esta una relacion minuciosa de todos los sucesos de nuestra Revolucion, desde sus primeros dias hasta principios de 1814, en que se encuentran hacinados infinitos hechos con sus detalles i pormenores, apoyados i justificados en *documentos* que el autor se proponia intercalar en el testo.

De la lectura de esta Memoria se deduce claramente, que todo cuanto conocemos no es mas que un borrador, que el autor pensaba correjir i completar ántes de darlo a la prensa, o de remitirlo al Monarca español para quien escribia. A pesar de esto, esos simples apuntes revelan el carácter i el gusto del escritor, i dan a conocer regularmente sus méritos i defectos: De ellos se infiere que el padre Martinez, si bien escribia con bastante claridad, distaba mucho de manejar el lenguaje con gracia o soltura, i que desconocia absolutamente el verdero estilo histórico. En su Memoria, la narracion es sumamente pesada e indijesta : los hechos están contados de ordinario en un regular órden cronolójico, pero espuestos en tropel, sin detenerse un poco en los mas importantes, i casi sin que le merezcan al autor mas pausa i mesura que los accidentes mas insignificantes. El malogrado motin de Figueroa, por ejemplo, lo ocupa

tanto como la noticia de un sermon que el autor habia oido predicar.

Frai Melchor, en efecto, era mucho mas pensador que literato i que escritor. Su relacion, tan imperfecta como es, esplica algunas veces los sucesos con aquel colorido que solo dan los testigos presenciales, i revela los hechos i los caractéres con gran exactitud i verdad. Sus apreciaciones son de ordinario mui justas, i los retratos de los personajes, aunque severos e induljentes segun fueron amigos o enemigos, tienen un golpe de luz que nos los dan a conocer casi completamente. En la lectura de la Memoria, se conoce mui bien que su autor comprendia bastante el movimiento revolucionario que se habia desarrollado a su vista, i que conocia a fondo el carácter de los hombres que habian figurado en él. Pero dominado por la pasion, cegado por su lealtad al Rei de España, él ha llegado a estraviar su juicio en ciertos puntos mui importantes de su obra. El censura amargamente la Revolucion, aunque parece convenir en que éste era un suceso necesario e inevitable.

En este sentido, cada una de sus pájinas es una diátriba contra los revolucionarios chilenos. Facciosos i perversos son los epítetos que les prodiga de ordinario, i descarga sobre ellos golpes de todo jénero. El autor los somete a un juicio escrupuloso, refiere todos sus hechos, i les censura tambien cuanto hicieron. La libertad de los hijos de esclavos que naciesen en Chile, sancionada por el Congreso de 1811, la libertad de comercio decretada por la primera Junta Gubernativa en aquel año, la dotacion de Párrocos i mil otras medidas de indisputable utilidad, le merecian únicamente las mas amargas críticas. Miéntras tanto, los realistas todos, aun los que comprometieron torpemente la causa del Rei de España, han alcanzado alguna justificacion en su obra.

A pesar de eso, la Memoria del padre Martinez no adultera los hechos. Su pasion resalta a los ojos del observador ménos esperimentado porque consiste mas en la forma que en el fondo de la historia. Muchas de sus apreciaciones sobre las desaveniencias de los revolucionarios chilenos i sobre los caudillos de éstos, poseen una exactitud incontestable, i pueden servir de seguro luminar a los historiadores futuros.

El padre Martinez trabajó con documentos de toda especie, i supo sacar gran provecho de ellos. Su relacion, apoyada siempre en algunos de esos documentos, posee bajo este punto de vista un mérito particular. Despues de la derrota de Rancagua i de la victoria de Chacabuco, los patriotas primero, i despues los realistas, saquearon los archivos públicos para sustraer todas aquellas piezas que podian comprometerlos ante los vencedores. Con estas piezas se ha perdido una rica i abundante fuente de noticias históricas, que solo podia reponer un testigo ocular de los sucesos a que ellos se referian; i esta ha sido en gran parte la mision del padre Martinez. Con la ayuda de los documentos que quedaron en la secretaría de Gobierno i en la de Cabildo, él pudo descubrir muchas cosas; pero sus propios recuerdos, i los de inumerables personas, a quienes consultó empeñosamente, le fueron de la mayor utilidad. Su relacion ha venido a suplir en gran parte la falta de aquellos documentos.

Gran fortuna ha sido que se haya conservado la apreciable Memoria del padre Martinez, en vez de correr la suerte desgraciada que ha cabido a muchas de las relaciones i diarios manuscritos del tiempo de la Revolucion. Cuando entraron a Santiago los vencedores de Chacabuco, encontraron en el palacio de Marcó un voluminoso cuaderno manuscrito, que formaba el borrador de esta obra. O'Higgins guardó con particular apreció ese cuaderno; i en 1818, siendo Ministro de Estado don Antonio José de Irrisarri, se hizo sacar una copia para ser depositada en la Biblioteca Nacional, uniéndole todos los documentos que están encuadernados en un mismo volúmen con la Memoria; pero aunque ejecutada con bastante esmero, esa copia tiene varios defectos, algunos de los cuales son de bastante consideracion. He tenido cuidado de cotejar esa copia con el manuscrito autógrafo, que hoi es de mi propiedad, i he notado la falta de pájinas enteras i otros errores de ménos importancia. La impresion de esta obra, hecha en Valparaiso en 1848, se resiente tambien de todos estos defectos (1).

La publicacion completa de los documentos i Memorias históricas, es un trabajo que exije estudios detenidos, i que todavía está por emprenderse entre nosotros. Si esto se hace, preciso será dar un lugar preferente en la coleccion de crónicas chilenas a la Memoria de frai Melchor Martinez.

(1) Se anuncia ahora, que una empresa particular va a emprender la publicacion completa de todos los historiadores chilenos, en volúmenes iguales, i con todo el órden i correccion que exije una obra de esta naturaleza. A los Gobiernos americanos, i particularmente al de Chile, i a todos los aficionados a los estudios sérios, corresponde prestar su apoyo a una publicacion tan interesante.

DIEGO BARROS ARANA.

En el mar.

Brisas lijeras que escuchais mi canto,
Estela blanca que quedais en pos,
Llevad a aquella tierra que amo tanto
Este postrero i doloroso adios.

Todo lo que amo queda en la ribera
Que allá a lo léjos se divisa ya;
Adonde ahora voi, nadie me espera,
I por mi ausencia llorarán acá....

Patria, familia, amigos, todo dejo.

¿Nunca a verlos mis ojos volverán?
¡Ai! si vertiendo lágrimas me alejo,
Allá llorando por mi ausencia están!

Que venga opaco o luminoso el dia,
Que el aura sople o brame el aquilon,
No me darán ni pena ni alegria.
¡Llevo herido de muerte el corazon!

Qué importa ¡oh Dios! que con furor deshecho
Se alze airada la azul inmensidad,
Cuando se lleva en lo interior del pecho
Desatada i horrible tempestad!

¡Oh, si algun dia, bendecido suelo,
Mi suerte quiere que te vuelva a ver!
¡Oh si al menos morir bajo tu cielo
Quisiérame mi estrella conceder!

Mas ¡ai! en vano la esperanza quiere
Con sus delirios mi dolor calmar:
Al desterrado, «desespera i muere»
Dicen solo los cielos i la mar.

Brisas lijeras que mirais mi llanto,
Estela blanca que quedais en pos,
Llevad vosotras a los que amo tanto
I a aquella tierra mi postrer adios!

Setiembre 18 de 1859.

GUILLERMO BLEST GANA.

La eleccion de una carrera.

En graves apuros me he visto uno de estos dias para haber de dar un consejo que uno de mis amigos me pedia sobre la carrera o profesion a qué dedicaria a su hijo, tierno retoño aun i primojénito de una prole de seis individuos.

La educacion de un hijo, i sobre todo del hijo mayor, es asunto que con justa razon preocupa a los padres de familia. No es de estrañar por lo tanto que mi amigo don Vicente de Peralta anduviese vacilante i confuso sobre la direccion que haria tomar a los estudios de su querido vástago que ya era un muchacho de 8 a 10 años, recien salido de la escuela de primeras letras.

—Pero hombre, me decia paseándose a grandes pasos por la pieza en que nos hallabamos, dáme un consejo, házme observaciones, ilumíname en la resolucion que he de tomar.....tú sabes que el cariño ciega a los padres i no vemos con claridad las mas veces lo que realmente conviene o perjudica a nuestros hijos.

— Cierto, replicaba yo, pero es el caso que yo no conozco las inclinaciones de tu chiquilla, ni su carácter, ni.....

—Mira, me interrumpió Peralta, yo te haré su retrato. Carlitos es vivo, despejado, comprende facilmente cuanto se le dice, su carácter es suave cuando no le contradicen, manifiesta mui buenas disposiciones para todo.... en una palabra, es mi retrato en miniatura, i con esto te lo digo todo.

— Comprendo, i si es así, cualquiera profesion le seria ventajosa, solo se necesita, buscarla mejor, por ejemplo, la de abogado.....

—¿Tambien tú eres, me replicó Peralta medio enfurecido, de los que creen que en Chile no se puede ser nada, ni valer nada, ni pensar en nada sin ser abogado? Por lo que estoi oyendo a cada instante, aquí en este pais no se debia decir únicamente como en la *Pata de Cabra*, *cedant armas togæ*, sino *cedant omnia togæ*, i por esto es que tenemos abogados para usar, dar i prestar mas de lo preciso, ¿adónde te vuelves tú que no te encuentres con un abogado, qué niño no estudia para abogado, adonde demonios me sacas pleitos para tanto abogados?. ....i pobres de nosotros si todos ellos tuvieran ocupacion, pero como esto es imposible, resulta que en la carrera del foro muchos son los llamados i pocos los escojidos. Por 100 que se reciben hai, 8, o cuando mas, 10 que obtienen buen éxito, i los demas apenas sacan sus costos de aprendisaje, i esto es mucho conseguir.

—Mas no negarás que quedan siempre en disposicion de optar a buenos puestos i de poder hablar en toda cuestion, i son bien mirado en la sociedad.....

—Sí ¿i con qué la sociedad te mire bien i con que hables a troche i moche sales de apuros i te procuras entradas?..... yo no niego por un instante que el título de abogado sea honroso pero, ¡ai amigo mio! en los tiempos que alcanzamos la honra sin provecho satisface mui poco. Ademas, en la carrera del abogado no es oro todo lo que reluce: cierto es que la Universidad se ha propuesto hacer de ellos unas enciclopedias ambulantes i los obliga estudiar, aparte de todos los ramos de humanidades, química, física, aljebra, jeometría, trigonometría: i con el tiempo tendrán que estudiar, segun van las cosas, mecánica, arquitectura, anatomía, obstetricia i aun as-

tronomía; la Universidad, te lo prometo, encontrará excelentes razones para probar la necesidad de estos estudios en la carrera del foro, asi como las ha encontrado para hacer que los estudiantes cursen seis años de latinidad, de los cuales, sabes tú mui bien el provecho que los jóvenes i el pais reporta. Casi estoi por creer que la Universidad ha puesto esos seis años de latinidad como un espantajo que obligue a los jóvenes a dedicarse a otras carreras. Pero si es así, nada ha conseguido con ello, i los jóvenes se engullen unos tras otros los estudios sin masticarlos ni dijerirlos, con el único fin de dar exámen, llenar las exijencias de los reglamentos universitarios i alcanzar su título de licenciado en leyes. De todo esto resulta lo que dice el refran; *quien mucho abarca poco aprieta*, es decir, que los estudiantes de derecho llegan al fin de su carrera olvidados en su mayor parte de casi todos los primeros ramos que estudiaron. Esto no impide sin embargo que la Universidad quede mui satisfecha con los certificados de *haber dado exámen* que presentan los aspirantes.

—Peralta, yo creo que tú exajeras.

—Que exajero dices? pues bien, tú sabes que es mui facil encontrarnos en un círculo de 8 a 10 abogados. Lleva contigo un Horacio i un Virjilio, o si quieres un Ciceron i presentáselo a cada uno de ellos, i si uno de los ocho traduce medianamente i mide bien un verso (a lo cual le dan mucha importancia en los estudios de latinidad) te autorizo para que me hagas los reproches mas amargos i severos. Mas, te digo; échales cualquiera cuestion de filosofía, física, algunas preguntitas sobre el mapa, otras sobre economía política i literatura, i si quedas satisfecho de tu indagatorio, si te persuades que recuerdan algo de esos estudios, predícame el sermon mas rijido sobre la temeridad i lijereza de mis juicios. Advierte que en todo caso, yo no culpo a los abogados de la superficialidad de sus conocimientos, sino al sistema de enseñanza actual que se apoya mas en la memoria que en la intelijencia de los alumnos.

—Está, pues, resuelto que Carlitos no será lumbrera, candil, ni candileja del foro chileno: pasemos a otra carrera, ¿qué te parece la de agrimensor.?

—Los oigo quejarse mucho de falta de trabajo.

—La de médico.

—Por ahora no, porque hai un sabio que opina que en Chile solo los médicos franceses, alemanes, e ingleses saben su profesion, i que los chilenos por mas que estudian i practican en los hospitales solo logran ser curanderos titulados : cierto es que quien opina esto no es chileno, pero de todos, modos tú sabes que respeto mucho la opinion de los sabios.....

—Que estudie entónces para injeniero.

—Se encuentran en el mismo caso : para ser injeniero útil en Chile se necesita que sea europeo o haya estudiado en Europa.

—En caso tal, manda a Carlitos a Europa.

—Primero lo mando a Tetuan, no a freir monos, como se dice, sino a ver matar moros que es lo que ahora se hace.—Ya la esperiencia nos demuestra cada dia lo que aprovechan la mayor parte de los jóvenes que van de aqui a Europa. Van a aprender, i pierden lo poco que han aprendido en su pais. Lo único que parece han estudiado con atencion en esos mundos es el modo de saludar, no soltar el sombrero en las visitas, cierto aire de *fashion* que se necesita para conservar el bárniz europeo, bárniz que a veces parece dado con brocha gorda. Muchos no descuidan, eso si, en importar la última moda, cuello *guillotina*, sombrero *maceta vidriada*, pantalones *aerostáticos*, mangas *alforjas*, todo lo cual podrá tener otros distintivos mas elegantes, pero no mas exactos que los que yo les doi.

—Pero, Peralta, otros hai que han aprovechado i madurado allí sus estudios en provecho del pais.

—Un cuatro por ciento, amigo mio, i nada mas. No quiero que Carlitos vuelva a mi casa con pretenciones de amueblarla a la Luis XV; i no se hable palabra sin que el salga a cada instante, *cuando estuve en Paris*..... Ya que tenemos sombreros de *Paris*, botas de *Paris*, muebles de *Paris*, corbatas de *Paris*, ropa de *Paris*, que no tengamos al ménos hijos a la *Paris*!

—Si no quieres que vaya a Europa mandalo al Seminario.

—Seria cantorberiano.

—No importa, pero podria llegar a ser Arzobispo o cardenal, pues, a todo se aspira en el : pero me parece que el niño no tiene vocacion por la carrera eclesiastica!

—Haslo entónces literato, talvez haga fortuna con sus obras.

Aqui mi amigo Peralta me echa una mirada airada, toma su sombrero.—Tú te estás

burlando de mí, me dijo, i el asunto no es para bromas – dicho lo cual se marchó sin darme lugar a responderle.

Manuel Miquel.

El fallo de la posteridad.

Dichoso el hombre que acaricia en su alma alguna ilusion. Ese puede creer, puede esperar, puede soñar, puede reir con esa risa que nace del corazon, puede llorar con ese llanto que calma, que consuela, que fortalece. Para ese hombre, si la flor tiene espinas, tiene tambien perfumes que penetran, que arroban, que lo mecen en una atmósfera en que el placer se derrama en efluvios portentosos.

Si la ilusion no fuera una neblina que se disipa con los primeros soplos del viento de la realidad, qué bella podriamos hacer nuestra existencia! Entónces llamariamos mentira al dolor, verdad al goce. Entónces nos bastaria querer la felicidad para obtenerla. Nos hariamos dueños de su territorio como César de las Galias, llegando, viendo i venciendo. Qué de fabulosas riquezas no nos crearíamos con la imajinacion! Cada hombre seria un rei, un nabad indio rodeado de perfumes, envuelto en cachemiras, pisando tapices de persia, bebiendo el nectar de los dioses en copas cinceladas por Cellini, viendo hácia donde quiera que volviese la vista perlas i rubies, diamantes i esmeraldas, ópalos i topacios, soñando con cuanto se puede apetecer fuera de la riqueza, con mujeres divinas, con queridas constantes, con amigos fieles, con servidores desinteresados.

A cuán poca costa no podria el hombre ser feliz! Sin embargo plúgole a la naturaleza otra cosa; i aquí lo tienen ustedes andando a traspiés su camino, desesperando siempre, no aguardando jamas; hallando con cada dia que pasa una ilusion de ménos i un desengaño de mas; cambiando minuto tras minuto una mentira por una verdad, es decir, un goce por un dolor.

De mil maneras protesta contra esta tendencia de sus destinos, que lo empuja, lo empellonea hácia la realidad. Cuanto piensa, concibe, acomete i realiza va en busca de un lenitivo para las asperezas de la via que su fatalidad le fuerza a recorrer.—Para calmar pesares canta el poeta, compone el artista, trama el político, bebe el ebrio, cuenta su oro el avaro, roba el ladron, ahorca el usurero, finje amar la mayoría de las mujeres, corteja el seductor, busca honores el ambicioso, lisonjas el fatuo, hace memoriales el aspirante, discursea el diputado, protesta el ministro, vocifera el tribuno i se levanta, se mueve se reune, se condensa, se enciende, se irrita, ruje i se desborda la plebe.

Pero nada; el pesar se procrea mas rápidamente que el pólipo,—para uno que muere o se adormece, nacen ciento.—Al cabo de tanto esperar para desesperar, de tanto andar noche i dia en persecucion de la sombra que pasa, de la idea que surje, del sentimiento que alienta, se va ya convenciendo el hombre de que mientras viva su existencia ha de ser corta para el placer, larga, interminable para el dolor. Entónces se ha puesto a creer en cierto juicio póstumo que debe indemnizarle todas las contrariedades, labores, fatigas i dolores que viene cosechando de la cuna a la tumba.

¿Qué no hace el hombre por merecer ese juicio póstumo? Qué privaciones no se impone, qué de trabajos no sufre, qué de males no lleva en paciencia alentado por esa ilusion? I al lado de esas privaciones, trabajos i males ¿cuánta necedad no hace tambien por que se hable de él cuando ya no es mas que polvo? El uno, como Erostrato, quema el templo de Delfos. El otro, como Régulo, se vá a entregar maniatado al cartajines para que lo cargue de cadenas. El de mas allá se hace matar en desigual combate.—No hai locura que no se emprenda por esa maldita ilusion que se llama el juicio de la posteridad.

Ni un solo mortal se cuenta que no sea mas o ménos dominado por esta idea.

—¿Qué juzgará la posteridad? se dice siempre el político al meter mano en una arriesgada empresa.

—¡Hareis vuestro nombre imperecedero! esclama con voz enfática el jeneral que desea lograr que sus soldados se dejen matar con buena voluntad.

—Pueblos! escribe todo demágogo—es su lenguaje consagrado,—de vuestra conducta de hoi debe nacer una gran leccion para las jeneraciones futuras. Si cumplis con vuestro deber,—esto es, si os dejais estropear, sablear i prender,—habreis dado un ejemplo que los que han de venir os tendrán en cuenta.

Un escritor sin lectores :—Qué me importa a mí! La posteridad me hará justicia, sabrá

comprenderme i darme renombre imperecedero.

Un rimador en ciernes:—Me abriré paso: me haré conocido. Mi nombre será inscrito en el libro de la historia. No todo perecerá conmigo. *Non omnis moriar.*

De esta ánsia que el hombre alienta por la inmortalidad de su nombre, han deducido los teólogos una prueba en favor de la inmortalidad del alma. De veras, no se nos alcanza la relacion que puede haber entre una i otra cosa.—Si ambas inmortalidades toman su vida en una propia fuente, ambas no son mas que una ilusion, el resultado de ese anhelo que tiene el hombre de hallar en alguna parte el ideal de felicidad que siente en sí, que vé levantarse a cada momento delante de sus ojos.

Esta cuestion es espinosa. A un lado con ella i a nuestro propósito.

Es cosa indudable que hai en la mayoría de los hombres un verdadero i poderoso deseo de no morir completamente cuando abandonan su envoltura mortal. Todos quieren dejar una huella de su paso por este mundo. He aqui el oríjen de los apellidos. No encontramos otra razon mas espedita i natural de esplicarnos esto de que el hijo ha de llevar el mismo apellido del padre.

¿Qué es lo que pregunta siempre el moribundo a los que lo rodean?—Me olvidarán ustedes? Habrá alguien que vaya a plantar algunas flores a la orilla de mi tumba?

Un enamorado lo primero que pide a su querida es que no lo eche en olvido.

El hombre de estado dice siempre con pena:—los pueblos son ingratos.... solo saben olvidar. Me olvidarán.

El temor del olvido es la gran preocupacion de todo el mundo. Sondee cada uno de mis lectores su propio corazon i hallará que mi observacion es verdadera. En el temor a la muerte entra en gran parte ese temor al olvido. Por eso, lo que hace el héroe es,—o el desprecio a lo que vendrá despues,—o la conciencia de que no ha de desaparecer todo con él.

Dése a los hombres la seguridad de que la muerte, si los segrega de la comunidad de los vivos, no los segrega de su memoria, i estamos casi ciertos de que no verán su último dia con el espanto que acostumbran.

Prueba, los grandes hombres. ¿Cuál es el hombre verdaderamente superior que no ha dejado la vida resignado, como quien abandona una carga que pesa? Cuál es el hombre verdaderamente superior que en sus momentos postreros ha manifestado ansia de vivir, se ha desesperado, ha temblado, ha blasfemado contra la hora fatal?—Casi todos han recibido la muerte, cuando no con indiferencia, por lo ménos con calma.

Rousseau, el filósofo de la naturaleza, pidió ver el cielo.

Voltaire dijo un chiste.

Talleyrand lanzó una sátira.

Mirabeau tuvo un golpe oratorio.

Bonaparte dió unas cuantas voces de mando.

La idea de la muerte no los absorbia. ¿Por qué esto? Porque esos hombres no se sentian morir completamente. Porque tenian la conciencia de que no todo con ellos perecia. Nacian para la historia, es decir para el fallo de la posteridad.

El fallo de la posteridad! cuánto no dicen esas dos palabras! En ellas, está la clave que alumbra, hace comprensibles, claras, si maravillosas naturales, mas de una de esas grandes fisonomías que vienen destacándose en el cuadro inmenso de la historia, i salvando los siglos, las revoluciones, las pasiones, las antipatías, los olvidos de mil jeneraciones.—El fallo de la posteridad! por él se mata Caton, perora Ciceron, es César gran capitan, Bayardo caballero sin tacha i sin reproche; por él Francisco I, se deja morir de hambre, Cárlos V, el político consumado, el flemático Cárlos V, acepta, como el primer calavera de su corte, el reto que a combate singular le endereza ese rei caballero!

El fallo de la posteridad! ¿Veis esa luz amarillenta, indecisa, casi estinta que se escapa por entre los postigos entornados de aquella ventana?—Todo a su derredor es sombra, silencio. Todo duerme o sueña. Las alas del reposo se han cernido sobre millares de cabezas que esperan las primeras luces de la aurora con la tranquilidad del justo o con la ajitacion del criminal, con la indiferencia del que nada vé en el nuevo dia que va a lucir o con la preocupacion del que aguarda en él mas de un desenlace, mas de una esperanza por perder o por realizar.

¿Qué alumbra esa luz? Un gabinete de modesta apariencia.

Un hombre está de codos sobre una mesa cubierta de libros i papeles. De vez en cuando toma la pluma i escribe algunos renglones.

Dos profundas arrugas surcan su frente espaciosa. Sus ojos como que tratan de leer en un mas allá desconocido. De momento en momento sus cejas se arquean como por el efecto de una contraccion nerviosa.

—¿Quién es ese hombre? preguntará el lector curioso.

—Es un pensador.

—¿Qué busca?

—La verdad i la gloria.

—Para qué?

—Para hacerse de un nombre que nada sea parte para hacer perecer.

Las noches se sucederán i con ellas los meses i los años, i esa luz se verá aparecer incesantemente dia tras dia i alumbrará siempre la misma escena. A las prematuras arrugas de hoi, acompañarán mañana otras nuevas. La cabellera, poco ántes negra como el ebano, empezará a nevarse, pero nuestro hombre constante en su labor no recordará el tiempo i sentirá siempre en su interior, nuevo Judio Errante del pensamiento, una palabra misteriosa que le dice:—estudia, medita, trabaja, persevera; i él perseverará miéntras la fuerza no le falte, i todo lo sacrificará en aras de su ensueño de gloria, de fama póstuma, juventud i vejez, los placeres de la primera, la calma de la segunda. Hasta que al fin la muerte llega, pero la verdad no.

Entónces tendrá que esclamar como Sócrates:—lo que sé es que nada sé.

Esta es tal vez la mas espantosa confesion que hasta ahora se haya hecho de la impotencia del hombre. El vulgo asegura que hai mucha verdad en esa confesion del filósofo griego. Lo que hai en ella es amargura i una amargura en que parecen resumirse todos los tormentos de la impotencia en lucha perenne i perennemente derrotada.

Pero el hombre quiere un nombre : es necesario encontrarle o perecer en la demanda. *Væ victis.*

¡Ilusion! loca ilusion!

Un nombre! ¿para qué? Para ser en vida el blanco de la calumnia, de la envidia, del odio, de la maquinacion del vil, de la traicion del cobarde, de la rabia del necio, del despecho del impotente, que ya que a él no le es dado subir, hace porque suba el lodo que arroja de su boca de sentina; para tener todavia que soportar ya cadáveres el juicio sin compasion, sin alma, sin corazon, sin respeto, frio como la razon o destemplado como la prevencion que ha de venir una jeneracion tras otra haciendo de su vida. Si ayer algo suyo se respetaba, mañana ya nada será sagrado para esa impúdica mujer que se llama la historia, que no deja velo por levantar, secreto por comunicar, misterio por aclarar; que se complace osada en sorprender las debilidades, en abultar las faltas, en mancillar por siglos la memoria de mas de un martir del deber o de la conviccion; que cuando hace justicia la hace tardía.

La historia! ¿Quién habla de sus fallos? Será *Sila* de quién ha hecho un monstruo? Será Catilina de quien ha hecho un malvado? Mientras tanto ha ido a encarnar la justicia en don Pedro el Cruel; la grandeza en bribones redomados como Felipe II de España, el jénio de todo un siglo en el fatuo Luis XIV, el del edicto de Nantes.

Pero basta de citas.—Si fuéramos a agrupar aquí las glorias que la historia ha fabricado, aun nos quedaria mucho por escribir. La historia, como la sociedad, solo vé lo que está arriba, mui arriba; sigue siempre el instable viento de la fortuna.—Entrese a investigar como se la hace, los elementos estraños a la verdad i la justicia que llevan la voz en sus fallos, que la dominan en sus juicios de hoi i la estraviarán en los de mañana, i respóndasenos ¿de qué sirve el fallo de la posteridad? qué es ese fallo?

Ese fallo no es otra cosa que el derecho concedido a los vivos de profanar las cenizas de los muertos; es el derecho concedido al hombre de decir a los que fueron lo que ¡cobarde! no se habria atrevido a decirles cuando aun podian pedirle cuenta de sus espresiones.

Así cuando oimos asegurar que la posteridad ha llegado para esta o aquella celebridad, nos parece divisar en segundo término a la calumnia i la difamacion que se restregan las manos i se dicen *sotto voce*:—Nuestra hora ha llegado.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Teatro Municipal.

Los ecos de la novedad continúan mudos, las nubes sordas a los ruegos de los devotos de San Isidro, la política atacada de parálisis, los niños diezmados por la membrana, los hombres abrumados con el catarro o el *spleen*; i de esta manera nuestra capital no es en este

momento sino un vasto hospital lleno de enfermos i falto de médicos.

El teatro es hasta ahora el único remedio que se ha presentado, si no para el catarro o la membrana, para el fastidio i la monotonía que traen consigo las eternas veladas de la estacion; i nuestra sociedad se ha servido de este remedio con ménos economía que lo que suele. En las dos funciones que cuenta el teatro esta semana, la concurrencia, sin ser compacta, ha sido bastante numerosa.

La funcion del domingo, gracias a un drama de Federico Soulié : *Diana de Chivri*, procuró a sus espectadores la feliz oportunidad de presenciar en pocas horas mas calamidades i horrores que acaso presenciarán en muchos años de vida. Es aquel drama un cuadro de desolacion i cruel carnicería, que da por resultado una niña deshonrada, cuatro muertos i no sé cuántos heridos, debiéndose contar entre estos últimos el buen gusto i el buen sentido del público, que lo fueron gravemente. I lo habrian sido mucho mas sin la felicidad que los actores tuvieron en la ejecucion, digna de mejor drama. La Fedriani i Risso se dieron un hartazgo de aplausos tan ruidosos como bien ganados.

La Escala de la vida, comedia de don Tomas Rodriguez Rubí, compensó jenerosamente el juéves los muertos del domingo, haciendo nacer i crecer en tres actos tres jeneraciones i presentando así al público espectador el cuadro jenealójico de una familia con sus competentes abuelos, padres, hijos i nietos. Por lo demas, la pieza se distingue por una hermosísima versificacion i por algunas bonitas escenas, ya que la condicion de su argumento le quita el interes al enredo i la unidad a la accion, por mas que el autor haya puesto singular talento en salvar el escollo de la exposicion que cada acto demanda.—Como fin de fiesta vino aquella noche una preciosa zarzuela: *El Amor i el Almuerzo*, en que la Liron se hizo aplaudir de buen grado i estuvo jentil i oportuna.

La actual compañía dramática sigue acrecentando su personal i ganando en el favor del público, el que acaso logre asegurarse si no desmaya en sus esfuerzos.

Entretanto, la semana teatral no ha concluido todavia, pues se anuncia para esta noche la funcion de aficionados a favor de la Sociedad de Instruccion Primaria. ¿Quién no acudirá al teatro para aplaudir i admirar a esos artistas de la filantropía?

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Importante.

A LOS SUCRITORES DE PROVINCIAS

Suplicamos a nuestros suscritores de Provincias que no hayan pagado hasta ahora el importe de la suscricion a la «Semana» del tercero i cuarto trimestre, tengan la bondad de remitírnoslo en sellos de franqueo.

DON GUILLERMO.

Historia Contemporánea.

Esta interesante novela se ha publicado por la imprenta del «Correo» i se vende a cuatro reales ejemplar, en la libreria de don Ramon Morel, calle de los Huérfanos i en dicha imprenta.

Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Mayo 26 de 1860. Núm. 17.

LA SEMANA.

SANTIAGO, MAYO 26 DE 1860.

La propaganda de las ideas.

Mirabeau decia en un momento de calor:—la libertad no se pide, se toma! Consejo pernicioso de que estamos ciertos se arrepintió mas de una vez el gran orador. Se le puede dispensar como un golpe, como un efecto, como una fanfarronada oratoria, i nada mas.

Con todo, ha hecho escuela.—En él se resume esa política que imajina llegar a donde quiera entre el humo de las batallas i los tumultos de plaza; esa política de empíricos sin alma que creen en el poder de los bautismos de sangre, que robustecen debilitando, ordenan destruyendo, dan el choque como la fuente de la armonía.

Apénas se comprende el imperio de este error que cada hecho, que la esperiencia de mas de medio siglo de dolores i lágrimas, de caidas i abatimientos, de glorias de un instante i largos pesares ha venido incesantemente combatiendo.

Sin embargo él crece, se propaga, hace nuevos prosélitos i nuevas víctimas gracias a la impaciencia individual i social, indómita i antojadiza señora que pide ir adelante i siempre adelante sin curarse del riesgo de hoi, del peligro de mañana ni del resultado final.

Asi encontramos por donde quiera que toda sociedad comprimida, estrujada por la fuerza, casi sin aliento entre sus brazos de hierro, pide aun a esa misma fuerza que la ahoga amparo i salud. Así encontramos por donde quiera opuestos al absolutismo gubernativo, las oposiciones sistemáticas, al patíbulo el puñal, al esbirro del mandon la plebe del demagogo, al desenfreno de unos cuantos el desenfreno de todos, al *Væ victis* del poder el *ça ira* de los pueblos amotinados, al verdugo pagado el verdugo gratis, a la voluntad de uno la voluntad de todos, poderosa siempre para el mal, perennemente impotente para el bien.—De esta manera todos contribuimos a la muerte de la justicia que buscamos i del buen derecho que proclamamos.—Ponemos a los pueblos en movimiento, los hartamos de deseos, de necesidades, de exijencias, i solo podemos al fin de la jornada darles en recompensa de sus esfuerzos, de sus fatigas i sacrificios, amargos desengaños.—Gritan decepcion i no gritan impotencia. El nuevo poder tiembla i se vé en la precision de perseguir hoi a los mismos que ayer lo elevaron. ¿Qué hacer? El principio de su propia conservacion se lo manda.

Hé aquí en bosquejo la historia de casi todas las revoluciones por que las sociedades han pasado en este siglo. Cada trastorno ha sido un cambio de hombres, nunca un cambio de ideas; ha sido una conmocion que ha puesto en ebullicion los lodos aposados en el fondo de la sociedad, que ha provocado la confusion, obrado la desunion, enjendrado el odio, dado rienda suelta a las inspiraciones de la pasion, sin traer ni una verdad salvadora, ni una idea consoladora, ni un principio rejenerador.

Nada mas natural. No es en medio de la lucha, en medio de la embriaguez de la pólvora i la sangre, cuando la imajinacion está excitada i la razon amordazada, el momento de pensar en el dia siguiente, en lo que vendrá tras el resultado de hoi. En semejante situacion la suerte de los pueblos se juega en el tapete rojo del campo de batalla sin otro consejero que la temeridad. Por eso decia Danton:—audacia, siempre audacia, mas audacia!

De esta manera tras cada trastorno el campo social no es sino un hacinamiento de escombros, de ruinas en que se ven revueltos i mutilados, pisoteados i manchados sin distincion el bien i el mal, la verdad i el error, lo santo i lo sacrílego. Se quiso demoler el obstáculo pronto, sin órden ni concier-

to i cuanto habia de pié fué echado a rodar camino de los abismos.

¿I hai quién llame esto salvar, rejenerar una sociedad, llevarla a la vida, a la libertad, al progreso?... Aqui no hai salvacion sino perdicion, no hai rejeneracion sino martirio; por esta ruta no se vá a la vida sino a la muerte, no se vá al progreso sino al atraso.—No es matando como se progresa, es enseñando.

Esto es lo que no queremos comprender. Es tan hacedero el trastorno i tan difícil la reforma tempestiva! Basta un pigmeo para destruir, una jeneracion a veces no alcanza a edificar nada!—La demagojia triunfa i con ella el engaño, la mentira, los sacrificios estériles.—Esto esplica la inconsistencia en las opiniones, el desconcierto en los trabajos, la anarquia en las ideas, la nulidad i la ignorancia enseñoreadas de los pueblos.—Esto esplica el por qué logra la especulacion vestir el ropaje del patriotismo, los hombres que buscan estado pasar por hombres de estado. —Esto esplica el por qué el odio puede mas que la razon, la pasion que la idea, la parcialidad que la justicia, la astucia que la franqueza.

No se crea que condenamos las revoluciones. ¿Qué seria sin ellas el mundo? Aun no habria salido del atolladero de la edad media, ese absolutismo al pormenor; la revolucion francesa de 89 no se habria hecho ni su espíritu democrático desparramádose en torrentes de luz i verdad por el mundo; la América seria aun pupila de la España; los verdugos de mitra i los de corona, los imbéciles convertidos en semi-dioses por la gracia del nacimiento estarian siendo todavía los amos de millares de seres intelijentes; el pensar seria un crímen, la abyeccion una virtud, i el hombre no seria mas que el esclavo del sacerdote i el rei, de la preocupacion que se infiltra i del error que compele. No! las revoluciones de la idea, las revoluciones que sustentan un principio, una verdad, que son la obra espontánea de una sociedad, esas revoluciones son santas i deben tener la aquiescencia de todos los grandes corazones.

Pero estas revoluciones sociales no tienen su fuente en alzamientos de cuartel, en decisiones de conciliábulo, en maquinaciones de unos cuantos; son el resultado de largas discusiones en que todas las intelijencias entran a tener participacion, las unas para alumbrar, las otras para ser alumbradas; en que cada uno lleva, como al arca del pobre, su continjente espléndido o humilde, pero siempre bien intencionado: el hombre del pensamiento su idea, el hombre de la accion su brazo, el débil su simpatía; en que el potentado i el plebeyo confraternizan en un propio sentimiento, en una misma esperanza, en un idéntico deseo; en que corazon i lábios, tendencias i palabras no se traicionan, no se desmienten, no se reniegan. Entónces la voluntad de un pueblo es omnipotente i cuanto a ella se opone es arrastrado en su corriente, que Dios desata i ampara con sus votos.

Mas las revoluciones por revolucionar, los trastornos por trastornar, estos si que son una plaga para la sociedad. Toda lucha que no se haga en nombre de una idea, toda accion que no es el resultado de una conviccion nada podrán en bien de nadie; producen el mal consiguiente a la perturbacion, jamas su remedio, rompen todo lazo, apagan toda estrella i dejan a la sociedad en una oscuridad espantosa de la que solo la casualidad es capaz de sacarla.

No otra cosa sucede en las naciones americanas. Con cada trastorno sus confusiones i sus incertidumbres aumentan, las verdades mas imperecederas se ven desacreditadas, las mas fecundas teorías calumniadas, declaradas impotentes para llevar a buen puerto a una sociedad. Muchos se fatigan, desfallecen, son cojidos por el desengaño i esclaman desesperados:—nada se puede hacer. El mal triunfa. —Otros pactan con él i aprovechando de la anarquía que divide a los unos, de la ignorancia que posee a los mas, entran a especular con la desgracia pública. Solo unos cuantos firmes en su conviccion sufren, trabajan, perseveran.

De esta manera la sociedad se fracciona en cuatro campos:

El de los aliados del mal,
El de los indiferentes,
El de los cobardes,
El de los patriotas.

En esta situacion no queda otro recurso que la perseverancia en propagar la idea. Lo que conviene a los patriotas es que haya discusion para que su voz sea oida, escuchada. Aquí está su victoria. Débiles por el número, la fuerza material no puede sino anonadarlos. Fuertes por la conviccion, la fuerza moral está por ellos i con ellos.

El arbitrio no puede ser mas espedito. Con todo ¿en dónde está puesta en juego el arma de la verdadera propaganda? cuál es el partido, el círculo, el hombre siquiera que sin darse reposo ni dar tregua predique la verdad libre de odio, de pasion, de miedo o cálculo? dónde está el diarista, el publicista, el hombre de estado americano que haga de su pluma, cuando es necesario, un hierro candente para infamar el vicio? No lo conocemos. La prensa es una cortesana de la sociedad que solo sabe alabarla hasta la bajeza, que escribe dia a dia su panejírico i que cuando se aventura a decirle una verdad, a lanzarle una sátira, es para pedirle, a renglon seguido, perdon por su desman.

Así vá la sociedad! Llena de orgullo, habituada a la lisonja, rechaza indignada la verdad i es capaz de despedazar al temerario que se aventura a arrostrar sus iras. Quiere Píndaros que canten sus glorias mentidas, pero nó Juvenales que le afeen sus miserias, sus debilidades, sus impotencias i sus cobardías.

Se imajina que ha alcanzado a la cima de la civilizacion i el progreso porque anda en coche, se alumbra con gas, construye hermosos edificios, mora entre tapices, viste a la europea, tiene todas las esterioridades de los grandes pueblos, ménos sus virtudes. Esto es lo que nadie se atreve a hacerle comprender i esto es lo que ha menester saber i comprender. La sociedad americana es una sociedad a medias, una sociedad en principio, un voluminoso libro casi en blanco que aguarda una idea que prohijar, una verdad que circular, un principio que proclamar. La sociedad americana es una sociedad sin fisonomía, pues carece de una personalidad propia i suya.

De no ¿qué es en este momento?

¿Es republicana?—No.

¿Es monárquica?—Tampoco.

¿Es democrática?—Ni por pienso.

¿Es aristocrática?—Algo por tradicion.

Una sociedad sin rasgos característicos, sin facciones prominentes no puede ménos de fluctuar, de vacilar, de caer a cada jornada do su viaje. No sabe a donde vá, camina *per umbras*.

Hé aquí lo que se debe remediar i en lo que nadie sin embargo piensa. Se dice: la sociedad americana es dócil para recibir la forma que se le quiera dar, a todo se amolda, para todo está dispuesta,—i con esto se cree honrarla. No, por cierto. Esto hace concebir a su respecto la mas triste idea. Sociedades sin autonomía nada son ni nada pueden, son planetas fuera de su orbita, son maniquíes de resortes que los mueve el primero que de ellos se apodera, son una nave sin timon, un cuerpo sin cabeza, una locomotiva sin vapor.

Desarrollar la autonomía social, hacerla fuerte, poderosa, respetable es la labor que está llamado a emprender todo lo que piensa, medita, trabaja i realiza en el campo social.

Esta autonomía tiene por fuente la dignidad humana i por base la libertad. Dése a ambas una realidad i la era de la justicia i el derecho habrá empezado para la América.

¿Cómo alcanzarla? Por la propagacion de las ideas. Pero no la propagacion tímida sino valiente i entera; no la propagacion que transa hoi con un error, mañana con una preocupacion; sino esa propagacion que tiene al buen sentido i la buena fé por consejeros, que es el caballero sin miedo de la verdad i busca constantemente los mundos de la justicia.

Mucho habrá que sufrir, mas de una tempestad rujirá sobre la cabeza de los apóstoles de la palabra nueva, de la palabra salvadora i rejeneradora. En unas partes la tiranía, en otras la preocupacion, en otras el fanatismo, siempre las ambiciones de abajo i de arriba querrán ahogar su voz; pero no importa, alguna semilla habrá caido en el corazon del pueblo i empezará pronto a jerminar. En un principio débil planta desconocida, azotada por los cuatro vientos de la mentira, se alzará de repente corpulenta i viril desafiando todas las cóleras del pasado, que caerán sobre ella en deshecha tempestad para arrastrarse pronta a sus piés pidiendo misericordia.

Nada resiste a la propaganda de las ideas ni nada la contiene.—Cuando enmudece la tribuna i está amordaza da la prensa, queda todavia el salon, el paseo, el gabinete para hacer escuchar la verdad, a uno, a dos, a diez, que, a su turno, la van llevando de boca en boca hasta hacerla penetrar en media sociedad. La idea nace, crece, se esparce, se insinúa en donde quiera sin saber cómo ni de qué manera. De improviso todos los corazones se sienten poseidos de un mismo sentimiento, un pensamiento idéntico surje en todas las cabezas, un propio impulso pone todos los brazos en movimiento i todos los lábios pronuncian una misma palabra; hai un no se sabe qué en hombres i cosas, algo impregna la atmósfe-

ra, se esparce por el aire i pocos momentos despues todo un pueblo está en la plaza pública. Ha venido sin que nadie lo llamara. No ha oido ninguna voz, no ha obedecido a ninguna señal convenida; pero está ahí de pié, poderoso, dispuesto a todo lo noble, lo justo i lo grande.

Tal es la obra de las ideas. A esto se llega con su propaganda. En un momento dado que nadie puede predecir, conjeturar ni impedir una sociedad en masa se alza como un solo hombre, llama a su tribunal al pasado, sus errores, sus vicios, sus crímenes, sus preocupaciones, sus desigualdades i sus injusticias i con un solo movimiento de su brazo poderoso los cubre bajo la losa del sepulcro.

Propaguemos las buenas ideas i aguardemos con fé en lo que ha de venir.

Justo Arteaga Alemparte.

De la escasez de moneda de plata.

I.

Algo se ha escrito ya i mucho mas se ha hablado sobre la escasez de moneda de plata; pero no considero inútil tratar de nuevo esta materia ya que, en cuestiones que afectan a todos, nunca está demas la discusion razonada de la cual debe salir la verdad.

Algunos consideran esta escasez como puramente transitoria i juzgan que en mui poco tiempo mas desaparecerá del todo; otros, demasiados pesimistas, auguran fatales embarazos; mas yo creo que la verdad se encuentra en el término medio entre esas dos opiniones i que la escasez en la proporcion en que ésta desarrollada será pasajera, pero que subsistirá despues en menor escala miéntras que el gobierno i sobre todo los particulares no arbitren medios para hacerla cesar, o miéntras no baje el precio de la plata en los mercados europeos i por consiguiente en el nuestro, que está en relacion con aquellos. Para examinar la cuestion, partiendo de bases fijas, haremos una enumeracion de las causas que han determinado la escasez, las cuales pueden dividirse en dos clases : unas de resultados permanentes i otras que solo los producen transitorios.

II.

En Chile como en muchos otros mercados de la América Española, el comercio de artículos estranjeros es solo de consignacion. Los fabricantes de Europa i de Estados-Unidos remiten sus efectos a Valparaiso, en donde se encuentran las casas mas fuertes o mejor relacionadas, mas no en venta sino para que estas casas los coloquen en manos del comercio por menor, mediante el pago de una comision fijada de antemano. Son mui raros los casos en que las casas consignatarias compran artículos para venderlos de su cuenta. Organizado de esta manera el comercio, lo que mas importa a los consignatarios es vender siempre i vender mucho para que el producto de las comisiones sea mayor. Asi es que tratan de tener todos los almacenes i tiendas bien provistos i de halagar a los compradores con bajos precios cuando las ventas van disminuyendo. ¿Qué resulta de esta organizacion del comercio? Necesariamente una internacion forzada, una internacion que en muchos casos es excesivamente mayor que el monto de los consumos.

Esto no ocasionaria serios perjuicios si nuestra industria estuviera bien desarrollada, si, aprovechando con intelijencia los jérmenes naturales de riqueza que se encuentran en nuestro suelo, pudiésemos retornar con productos útiles en los mercados estranjeros todas las cantidades que se nos envian. Entónces podriamos satisfacer aun las necesidades ménos imperiosas. Pero desgraciadamente no sucede asi. Nuestra industria, aun cuando en los últimos años ha progresado mucho, puede decirse que está todavia en mantillas; comenzamos a andar. En estas circunstancias, una internacion demasiado crecida de mercaderías nos coloca en una pendiente resbaladiza por la cual es mui fácil que lleguemos a las crísis comerciales, i produce como primer efecto la estraccion de las reservas metálicas i particularmente de la moneda. Lo que necesita el comerciante consignatario es retornar pronto a los consignantes el valor de sus envios i, como muchas veces no encuentra con facilidad mas artículo que la moneda, hace uso de ella porque le es indispensable hacerlo así. Segun se vé, la organizacion misma del comercio i la deficiencia de nuestra produccion son las causas primeras i permanentes de la esportacion de la moneda. Con todo, estas causas no son las que han producido la escasez que actualmente sufrimos.

Otra de las causas que mas han influido para que se esporte la moneda de plata es el desnivel que hai entre el precio de la plata en barra i el de la amonedada.

Segun la lei de 9 de Enero de 1851, el peso de valor de cien centavos debe contener veinticinco gramos de plata de lei de 0,900 fino i, segun esta disposicion, la Casa de Moneda solo puede obtener de un marco de plata fina diez pesos veintidos centavos en monedas. Un marco; de plata fina en barra cuesta en la actualidad diez pesos setenta i cinco centavos, porque está gravada con un derecho de cinco por ciento o de cuarenta i cinco centavos en marco, por consiguiente, esportando plata amonedada se ganan cincuenta i tres centavos en marco con relacion a la pasta. No es asi raro que se esporte la moneda de plata que deja tan pingüe ganancia. Pero debemos advertir que ni aun esta diferencia entre la pasta i la moneda ha sido la causa inmediata de la escasez actual. Las transacciones se han verificado hasta hace pocos meses con holgura, i si bien es verdad que en 1857 se esportó solo por la Aduana de Valparaiso i bajo rejistro mas de un millon de pesos, tambien lo es que, para producir ese resultado, influyó mas que la diferencia entre pasta i moneda, la crísis comercial que entónces nos aflijia i por la cual tuvimos que hacer uso de la reserva metálica.

La causa inmediata de la escasez ha sido la importacion i acuñacion del oro traido en pago de los bonos del último empréstito Anglo-Chileno. Con una importacion tan crecida en comparacion con la cantidad de moneda circulante, se desniveló naturalmente el valor real del oro i de la plata, i como el valor legal no cambió, el oro que valia i vale ménos reemplazó en la circulacion a la plata, i comenzó esta a ser esportada. En vano se busca en otra parte la causa mas directa de la escasez de plata en la proporcion en que actualmente la sufrimos.

III.

La simple enunciacion de las causas de la escasez da a conocer que no continuará en la misma escala. La internacion i acuñacion del oro de Inglaterra produjo inmediatamente su efecto necesario, la estraccion de mucha parte de la moneda de plata; pero, a consecuencia de esa misma estraccion, la moneda de plata obtiene ya un premio de cambio i es difícil que con este premio algo subido se siga esportando. Por otra parte, se ha comprendido tambien la necesidad que hai de la moneda de plata i se retiene con mas empeño por los comerciantes al menudeo i por casi todos en jeneral, destinándola solamente al pago de cantidades que no pueden completarse con monedas de oro.

El Gobierno ha tomado al mismo tiempo las medidas que ha conceptuado mas oportunas. Ha dispuesto que solo se sellen monedas de diez i cinco centavos i que se entreguen a la circulacion en pequeñas cantidades i de modo que puedan quedar circulando por largo tiempo ántes de ser esportadas. Los empleados públicos i personas que gozan de pensiones, a quienes se han mandado entregar monedas de plata en proporcion al cinco por ciento de sus sueldos o pensiones, no son seguramente los que han de pasar esas monedas a los ajentes de las casas esportadoras, sino que por el contrario satisfarán con ellas sus pequeñas necesidades i contribuirán así a que tengan una larga circulacion. Ojalá que se dictaran medidas de esta naturaleza para todas las oficínas de la República.

Creemos por las razones espuestas que la esportacion de la plata no continuará en la misma escala i que comenzará a declinar i a declinar en grandes proporciones. No vemos que haya motivo de alarma desde que, por la lójica de los hechos, las cosas deben volver a su estado normal. Solo se necesita un poco de prudencia en los particulares, i juzgamos que no faltará.

No esportándose en adelante tanta plata, principiará la esportacion del oro, que se encuentra en el mercado en cantidad excesiva, i poco a poco se restablecerá el equilibrio en la circulacion de las monedas.

IV.

Pero ¿cesará la esportacion i la escasez de la plata absolutamente? De ninguna manera. De las tres causas que hemos asignado a la esportacion, la última es de resultados transitorios i que, segun lo hemos indicado, cesarán probablemente en poco tiempo; mas las dos primeras son de resultados constantes que no cesarán miéntras no haya una baja en el precio de la pasta o miéntras que los esfuerzos de los particulares no aumenten la produccion del pais i hagan innecesarias las medidas que el gobierno deberá tomar en el caso contrario.

Partiendo de esta base, no considero inútil entrar en el exámen de los recursos que se han indicado para impedir la escasez. Los principales son la imposicion de un derecho de estraccion sobre la plata amonedada, la libre internacion de monedas estranjeras i la fabri-

cacion de monedas de menor lei que la que tienen actualmente.

La imposicion de un derecho sobre la plata amonedada seria enteramente inútil para impedir la estraccion i daria en todo caso lugar a fraudes i contrabandos. ¿Qué costaria burlar la vijilancia de los resguardos para estraer la moneda que puede llevarse, ya en los bolsillos mismos de los viajeros, ya oculta entre cualesquiera mercaderías. Casi nada. Poniendo un derecho, se dictaria una medida inútil i se prestaria ocasion favorable al fraude para que se desarrollara. La misma Ordenanza de Aduanas reconoce esta verdad, ya que a las alhajas cuyo despacho es mas difícil que el de las monedas solo las grava, por temor de fraude, con un derecho insignificante.

El derecho sobre la plata dificultaria por otra parte los retornos sin producir ventaja alguna.

Si la imposicion de un derecho sobre la plata me parece inútil i perjudicial, aun considero de mas fatales consecuencias la internacion de monedas estranjeras. ¿Qué monedas se introducirian? No serian por cierto las francesas ni otras de buena lei, porque de los mercados en que circulan monedas lejítimas no nos vienen retornos en metálico; sucede todo lo contrario. Solo podriamos introducir monedas del Perú i Bolivia, paises con los cuales tenemos relaciones comerciales que nos dejan un saldo en dinero, i en esos paises la circulacion monetaria no es mui pura.

Llenariamos el mercado de monedas febles, se harian difíciles las transacciones porque nadie querria recibirlas por su valor nominal aun apesar de los decretos que se dictaran, no se recibirian tampoco por su valor real pues seria difícil conocerlo, i, dado caso que llegaran a circular, seria necesario purificar despues la circulacion a costa de grandes sacrificios para el Estado o para los particulares. Los largos trabajos hechos por los gobiernos de Chile para que circule siempre moneda buena i uniforme serian inutilizados en uno o dos meses. No considero que esta perspectiva sea mui halagüeña.

Llegamos ya al tercer medio que se ha propuesto : la fabricacion de moneda con menor lei que la que actualmente tiene, i en este punto debemos proceder con cuidado porque la materia es importante i delicada.

Chile, despues de varias transiciones, ha llegado a tener una moneda que no trepidamos en llamar magnífica. El sistema está basado sobre el frances, que puede considerarse como el modelo de monedas decimales i hácia el cual tienden todas las modificaciones que se van introduciendo en la lejislacion de diversos estados. Mui doloroso debe sernos por consiguiente abandonar ese sistema i debemos hacer algunos sacrificios para conservarlo. Duro nos será ver que en la esportacion de nuestra moneda haya una pingüe ganancia obtenida por las casas esportadoras; mas antes de dar un paso que pudiera confundirnos con las demas naciones en que las monedas estan desacreditadas, es indispensable que hagamos esfuerzos largos i quizas penosos. Toda cosa buena solo se obtiene jeneralmente despues de grandes trabajos.

V.

He dicho al principio que tengo el convencimiento de que la escasez de moneda de plata en la proporcion en que está desarrollada cesará en mui poco tiempo, pero que, aun cuando en menor escala, continuará despues, porque, a mas de la internacion del oro del empréstito que desniveló la circulacion monetaria, hai otras dos causas permanentes que contribuirán a que escasee. I ya que he indicado i esplicado el mal, segun lo concibo, diré tambien el remedio que a mi juicio debe aplicársele.

La lei de 9 de Enero de 1851, al desestimar la plata respecto del oro, estableciendo la relacion de 1 a 16,389 en vez de la de 1 a 15, 75 que antes habia, desniveló el valor de la plata amonedada i de la pasta del mismo metal. Ahora vemos que un marco de plata fina en barra cuesta diez pesos setenta i cinco centavos mientras que el mismo marco de plata en monedas importa solo diez pesos veintidos centavos, i toda la dificultad consiste en nivelar el precio de la plata amonedada al de la barra. Mas este desnivel proviene de que la lei de 9 de Enero de 1851 no ha sido completada todavia. Se dictó en la intelijencia de que la pasta de plata seria exenta de derechos de esportacion, i como la lei de 20 de Enero de 1852 restableció el derecho, fijándolo en un cinco por ciento, de esta lei resulta la diferencia que hai entre pasta i moneda. Solo pido el cumplimiento de lo que al dictarse la lei de 1851 se prometió. Quítese el derecho de esportacion sobre la pasta i el equilibrio se restablecerá naturalmente. La plata en monedas valdrá tres centavos ménos que en pasta,

pero esa diferencia a favor de la moneda no será de ninguna manera motivo para que se prefiera en la esportacion a la pasta, porque la dificultad de reunirla i la necesidad de fundirla compensan con exceso aquella diferencia.

El sacrificio que propongo es algo costoso, porque el derecho que se percibe en la esportacion de la plata en barra no baja anualmente de setenta i cinco mil pesos, pero al mismo tiempo que se cumpliria una promesa, i se dejaria perfecto nuestro sistema monetario, sin que tuviéramos que temer nuevas escaseses, interin no subiese mucho mas el valor de la pasta, lo que no es probable, se daria un notable empuje a la industria minera que tanto lo necesita, planteada como se encuentra entre ásperas cerranías. Cúmplase con esa promesa de exencion i al mismo tiempo que podremos conservar nuestro sistema monetario por el cual debemos tener orgullo, lograremos que la industria minera resarza el sacrificio, aumentando la riqueza de la nacion. Ademas, la abundancia de pastas que se introducirán a la Casa de Moneda hará que los gastos jenerales de acuñacion sean menores i que la Casa obtenga una ganancia que compensará en gran parte la pérdida que se esperimente con la exencion de las pastas.

VI.

Si no se considera oportuno aceptar esta indicacion i, como es natural, la escasez continúa, antes de proponer otros remedios, conviene hacer una distincion: o las pastas de oro o plata siguen al mismo precio o bajan, o alcanzan otro mas alto. Partimos siempre del principio de que conviene conservar el sistema actual de monedas miéntras no imponga sacrificios mui crecidos.

Si el precio de las pastas continua siendo el mismo que ahora o baja, la Casa de Moneda podrá seguir amonedando sin pérdida porque la que tiene en la amonedacion de la plata, se compensa con la ganancia en la amonedacion del oro. Bastará entónces que establezca una ajencia de compra de pastas en Copiapó para que haga anticipaciones directas a los mineros, i que las monedas se emitan de modo que pierdan algo por el uso en la circulacion antes de que lleguen a ser esportadas. Con prudencia, la circulacion podrá marchar desembarazadamente hasta que el incremento de la industria permita hacer los retornos en otras mercaderías.

Con las anticipaciones directas a los mineros a bajo interes, al mismo tiempo que se obtendrian pastas en abundancia, se prestaria un poderoso auxilio a los esplotadores de minas que ahora obtienen capitales al uno o mas por ciento mensual i que los recibirian del Fisco al cinco por ciento anual.

VII.

Si el valor de las pastas sube, ¿deberá continuar el sistema actual? Entónces con mayor razon que nunca deberia quitarse el derecho de esportacion para no dejar subsistente el desnivel entre el precio de pasta i moneda, que proviene, como se ha visto, de un aumento de valor en la pasta que no trae su orijen de los costos de estraccion sino del recargo impuesto por la lei. Mas si ni aun en ese caso se quisiese suprimir el derecho de esportacion, ya la Casa de Moneda no podria encontrar pastas que amonedar i, si amonedara, no haria otra cosa que arrojar plata acuñada que irremisiblemente deberia salir fuera de la república apesar de las precauciones que se tomaran para evitarlo.

En el caso estremo de que llegasen a subir las pastas i de que no se quitase el derecho de esportacion, todavía seria conveniente esperar algun tiempo que bajasen, haciendo entretanto anticipaciones directas en Copiapó i entregando por partes las monedas para que hubiese pastas que amonedar i las monedas circulasen por un tiempo mas estenso.

Pero si la alza continuara por un período largo, ya no podria evitarse la escasez sino disminuyendo el peso de las monedas, no su lei. En este caso, creo que seria conveniente hacer la reforma partiendo de las siguientes bases:

1.ª Como la lei de las monedas no puede averiguarse con facilidad, no convendria hacer variacion en la lei para que no se dudara en caso alguno de su lejitimidad. I como el peso puede comprobarse por todos, valdria mas disminuirlo. Así por ejemplo, un peso tendria menos de veinticinco gramos; pero siempre subsistiria la lei de 0, 900 finos.

2.ª No conviene tampoco de ninguna manera disminuir en grandes proporciones el peso de las monedas, i por consiguiente deberian tomarse otras medidas suplementarias que permitieran disminuirlo solo en una cantidad corta.

La Casa de Moneda deberia poner en jiro una suma mayor que la que actualmente tie-

ne como fondo de anticipaciones, i haciéndolas directamente en Copiapó a un cinco por ciento anual obtendria, como rebaja en el precio de las pastas, la diferencia entre esta cuota de interes i la del corriente.

No se diga que el Erario perderia mucho anticipando fuertes sumas a un interes tan bajo. Hai una notable desigualdad entre el Fisco i los particulares en materia de intereses. Si aquel tuviera sus capitales a interes no habria diferencia alguna, mas, como sucede que casi todos sus capitales están en reserva, haria por el contrario un ¡buen negocio poniendo en jiro fuertes sumas que le producirian interes con beneficio inmediato de la industria minera.

Con esa rebaja que, por las anticipaciones, obtendria la Casa en el precio de las pastas, podria sellar moneda, segun cálculo que considero mui aproximativo, con un peso inferior al actual en dos décimos de gramo.

Esta pequeña disminucion en el peso bastaria para disminuir la esportacion i no alcanzaria a desestimar la moneda.

3.ª Convendria así mismo que se acuñara con prudencia, cuando mas, una cantidad un poco inferior a la necesaria para todas las transacciones a fin de que no hubiera desestimacion.

La modificacion propuesta no produciría ningun embarazo, pues que variaciones mas trascendentales como las orijinadas de las leyes de 18 de agosto de 1843 i de 19 de enero de 1851, que cambiaron la relacion legal de las monedas de 1 a 17,800 a 1 por 15,750 i de 1 a 15,750 a 1 por 16,389 no han traido consigo perturbaciones comerciales.

VIII.

En resúmen, creo que la escasez de moneda de plata tal cual ahora la sufrimos será solo transitoria, si, como es de esperarlo, el comercio obra con prudencia; pero creo que despues subsistirá, aunque en menor escala. El remedio para hacerla cesar es completar la lejislacion vijente, acordando la exencion de la pasta. Si este remedio no se acepta, aun quedan otros medios, mas a estos solo debe recurrirse con reserva.

MIGUEL CRUCHAGA.

Cartas sobre el Teatro Moderno.

CARTA SEPTIMA.

ANJELO.—LA DAMA DE LAS CAMELIAS.

Sr. D. Justo Arteaga Alemparte.

Querido amigo:

Al llegar a tocar con el *Anjelo* del dramaturgo que nos hemos propuesto estudiar, se hace mas necesario que en otras ocasiones remontar al prólogo de la obra, en donde el autor ha vaciado el pensamiento que presidió a la creacion dramática. Victor Hugo exorna siempre sus piezas con un prólogo: allí se encuentra la intencion del drama; en él debemos buscar la razon del poeta. Veamos lo que nos dice en el Anjelo.

«Afrontar en una accion toda resultante del corazon, dos graves i dolorosas figuras, la mujer en la sociedad, la mujer fuera de la sociedad; es decir en dos tipos vivos, todas las mujeres, toda la mujer. Exhibir esas dos mujeres, que todo lo reasumen en ellas, a menudo jenerosas, desgraciadas siempre. Defender a la una contra el despotismo i a la otra contra el desprecio. Enseñar a qué pruebas resiste la virtud de la una i con que lágrimas se lava la mancha de la otra. Echarle la culpa a quien la tiene, es decir al hombre que es fuerte i al hecho social que es absurdo. Hacer que en esas dos almas escojidas, venza la piedad filial a los resentimientos de la mujer, el amor de una madre al amor de un amante, la adhesion al odio, el deber a la pasion.»

La pretension parece desde luego exorbitante. Tenemos en el Anjelo dos mujeres es verdad: tenemos a Catalina i a Tisbe; pero esas dos mujeres apénas son otra cosa que dos mujeres escepcionales, colocadas es cierto en los dos estremos de la escala social; pero dos mujeres que no son otra cosa que los dos anillos en que remata la cadena de los seres de su especie, remontando sobre todo a la época en que pasa el drama. Como pueden esos dos personajes representar a todas las mujeres, ni como puede hallarse toda la mujer en cada una de ellas, es cosa que yo no comprendo.

La gran señora violentada en sus mas íntimos afectos, que hace el sacrificio de su amor a la razon de estado, es Catalina la mujer del Podestá. Tisbe no es mas que la cortesana impúdica, la osada meretriz que pasa con la mayor facilidad del lado de su amante prefe-

BIBLIOTECA NACIONAL

rido a la alcoba del potentado a quien engaña. Si Catalina está pintada con los colores mas apropósito para simpatizar con el espectador, Tisbe es un personaje imposible. ¿Tisbe que no se desdeña de acudir a la citas del Podestá, es la misma Tisbe que se atreve a pedir fidelidad a Rodolfo, es la misma que pudo un solo momento pensar en que ella seria el único amor de Rodolfo? ¿Es esto posible? Sin embargo este es el drama.

La celosa Tisbe se introduce en la alcoba de Catalina buscando a su amante, a un amante que no quiere descubrir, mas tarde, porque Catalina es la mujer que salvó a la madre de Tisbe. Un crucifijo reconocido por la última revela el hecho, Tisbe renuncia a su venganza i se propone salvar a Catalina; lo consigue, haciéndole beber un narcótico en lugar de un veneno.

Yo encuentro en esta pieza muchas bellas escenas: algunas hai en que el autor ha llegado a ser sublime. La escena VI de la jornada III, parte primera, es de este jénero. Esa mujer, esa Catalina es verdaderamente sublime en el momento en que se despide de Rodolfo; ocultándole sus padecimientos, ocultándole su muerte próxima, por no esponerlo a todos los efectos de su desesperacion i del resentimiento, por no darle un pesar. Eso es mui bello: nada hai tan dramático como ese momento en el Anjelo.

El desenlace es imprevisto. Tisbe ha salvado la vida a Catalina: pretende hacer que huya de Padua con su amante, única persona con quien estará segura; i para eso la hace conducir a su habitacion en donde espera a Rodolfo a fin de que huya con ella, una vez vuelta del parasismo. El celoso Rodolfo entra resuelto a vengar en Tisbe la muerte de Catalina. Esta escena es toda falsa por parte de Tisbe. Ya hemos visto como no es posible concebir en una cortesana como Tisbe, el amor que a Rodolfo profesa, i que ella pretenda ser correspondida como lo quiere.

En el arte dramático se pueden pasar muchas cosas, menos los falsos sentimientos, ménos colocar pasiones contradictorias en un mismo personaje. Tisbe la jenerosa no puede ser Tisbe la vengativa. Es preciso que cuando un personaje luche entre dos sentimientos opuestos, alguno se sobreponga al otro. Asi Tisbe la cortesana no puede amar a Rodolfo como pretende, ni es regular que quiera que Rodolfo la ame, sino como puede amarse a una cortesana. Tisbe en el último acto no es mas que una loca que ha hecho la buena accion de salvar a una pobre mujer de una muerte inevitable.

Convengo en que en la mas degradada de las criaturas puedan encontrarse buenos sentimientos: convengo en que haya algunas que sean capaces de bellas acciones. Pero ¿acaso se deduce de aquí que la cortesana impúdica pueda pretender de nadie el amor puro i desinteresado, el amor noble i jeneroso, esclusivo i eterno que ella pretendia de Rodolfo? ¿Qué habia hecho Tisbe para que en el alma de Rodolfo hubiera conseguido ocupar el lugar que ambicionaba? ¿Era acaso uno de sus títulos, el de ser al mismo tiempo que amante de Rodolfo la querida del Podestá? Este es un absurdo, i es un absurdo tanto mas ridículo, cuanto que es imposible que semejante personaje exista en las condiciones de la sociedad actual, con sus costumbres i con su relijion. Tampoco podia existir entónces, en la época en que pasa el drama. Las cortesanas entónces, las meretrices, eran lo que son hoi dia, criaturas despreciables que no pueden ser dignificadas jamas.

Si no basta el jénio de Víctor Hugo para una empresa tan colosal, ménos bastaria el talento de Dumas hijo que ha querido mostrarnos que la cortesana era capaz de sentir un últraje, era capaz de hacer un gran sacrificio, era capaz de abandonar al hombre a quien amaba por que él fuese feliz en el mundo que a ella la rechazaba. Yo convengo en que una mujer puede arrepentirse, creo que aun caida puede levantarse i llegar a ser una buena madre de familia; porque ante todo creo que el corazon humano es suceptible de perfeccionamiento, i porque los buenos instintos pueden despertarse con el soplo de los afectos jenerosos, i elaborarse en el alma una reacion que la encamine por los senderos del bien.

Creo todo eso: pero tambien creo que si Margarita Gauthier habia alcanzado ya el grado de purificacion que pretendia adquirir para ser digna de la mano de Armando, era menester que su arrepentimiento no hubiera sido una ilusion, un capricho fugaz como lo fueron sus primeros amorios; era preciso que no la hubiéramos visto en el cuarto acto de la pieza, despues de todas sus promesas i sus propósitos, entregada a un hombre a quien aborrecia. Ese carácter no puede dejar de ser despreciable, siempre indigno de la escena,

por mas que V., mi querido amigo, se esfuerze con todo el talento que indisputablemente tiene en sostener lo contrario.

Víctor Hugo nos dice que ha querido enclavar todo el sufrimiento humano de su drama en el espaldar de un crucifijo. Si tal fué su propósito ¿por qué no quiso hacer de la desolacion de Tisbe una amargura, un dolor mas resignado que el de la violenta escena que termina su drama, una pasion mas tierna, aunque fuese ménos sanguinaria? ¿Acaso el crucifijo de que hace su bandera principal puede inspirar a Tisbe el diabólico pensamiento de engañar a Rodolfo para instigarlo a que la asesine? ¿Es el crucifijo quien puede aconsejar tamaña aberracion? La escena final pudo ser mas tierna, aunque ménos horrorosa. Pudo tener en lugar de un rio de sangre, el rocio de las lágrimas de Tisbe, de Catalina i de Rodolfo. Los espectadores en lugar de salir horrorizados, pudieron retirarse conmovidos i satisfechos; porque sobre el pecho de Catalina estaba el crucifijo colocado por las manos de Tisbe, aunque el puñal brillaba en la diestra de Rodolfo. El crucifijo en las manos de Tisbe es una herejía, si no habia de inspirarle otra cosa que el pensamiento de perder la vida a manos de su amante, compeliéndolo a ello con una astucia infernal.

«El drama que debe dar a la multitud una filosofía, a las ideas una fórmula, músculos a la poesía, a las llagas secretas un bálsamo, a cada uno un consejo i a todos una lei,» no es el drama caprichoso que obra por instintos desarreglados, llegando a la catástrofe sin la enseñanza prometida, sin el ofrecido bálsamo i dejando al corazon i al alma en situacion de abandonarse a todos los caprichos de la pasion, sin que lei alguna, ni la del Cristo, que se ha invocado inútilmente, sirva para otra cosa que para manifestar la inutilidad del esfuerzo que se ha hecho, rompiendo con las costumbres i con las creencias sociales i políticas. Todo el sufrimiento humano del drama de Víctor Hugo, no se ha enclavado en un crucifijo: el crucifijo casi es un adorno en esa pieza: cualquier otro recuerdo de la madre de Tisbe hubiera dado el mismo resultado. Otro era el papel que hubiera podido hacérsele representar.

«Preciso es decir,» concluye nuestro poeta, «que las condiciones del arte deben ser desde luego llenadas por entero. La curiosidad, el interés, la diversion, la risa, las lágrimas, la observacion perpetua de todo lo que es naturaleza, la envoltura maravillosa del estilo: el drama debe tener todo eso, sin lo cual no seria drama; pero para ser completo, es menester que tenga la voluntad de enseñar, al mismo tiempo que la voluntad de agradar. Dejaos encantar por el drama; pero que encierre una leccion, i que siempre se la pueda encontrar cuando quiera disecarse esa tan bella i viva cosa, tan poética, tan apasionada, tan magnificamente vestida de oro, de seda i de terciopelo. Siempre debe haber una idea severa en el drama, como en la mas bella mujer hai un esqueleto.»

Esto es precisamente lo que le falta al Anjelo: lo que le falta a las piezas de su clase. Marion de Lorme, Margarita Gauthier son otros tantos ensayos desgraciados de la misma escuela, escuela que bien podria llamarse la escuela de Víctor Hugo en el siglo XIX. A propósito de esta escuela quiero concluir con Saint-Marc Girardin, diciendo que la corrupcion de la intelijencia no siempre tiene, gracias a la inconsecuencia del espíritu humano, los malos efectos que de ella pueden temerse, i muchos obran mejor que piensan o hablan. Es preciso, sin embargo, no hacernos ilusion sobre los peligros de la inmoralidad literaria. La fanfarronería del vicio, a menudo inocente para el fanfarron, es funesta a cuanto se le avecina: daña sobre todo por el ejemplo: poco a poco los buenos sentimientos se alteran, cuando se oye preconizar los malos; i es demasiado tentar la enfermedad humana, poner siempre a su alcance una escusa ¡qué digo! un elojio preparado para cada falta!

La Tisbe i la Margarita Gauthier pertenecen a este jénero peligroso.

HERMOJENES DE IRISARRI.

Una escena nocturna,

EN 1804.

I.

Existia en una calle
Antiguamente en Santiago,
Un edificio guarida
De ladrones i borrachos.
Al divisarlo de dia
Por lo viejo i desgarrado,
Hácia la acera contraria
Todos torcian el paso.
Así, cualquiera juzgara
Fuera imposible habitarlo,
Sin esponerse a quedar
Bajo un escombro enterrado.

Pero cada noche habia
Juego, pleitos i fandangos,
I háciansa impunemente
Horribles asesinatos.

Era una noche de invierno;
La lluvia, caía a cántaros;
I de aquel negro edificio
En un apartado cuarto,
Hasta quince bandoleros
Se ven al naipe jugando.
El que lleva la baraja
Es un sañudo mulato,
De fatídica mirada
I de revuelto mostacho.
Echó cartas a la mesa
Despues de haber barajado,
Tirando luego el sombrero,
I dijo—Con este gano.
Dos o tres de los del frente,
—¿Cuánto gana? contestaron.
—Esta mañana no mas
En seis pesos lo he comprado,
Con que si a alguno conviene
Pierdo dos i vale cuatro.
—Convengo, respondióle uno,
I el monte corre copado.
Dió el mulato vuelta al naipe
I al fijarse—¡Voto al diablo!
Esclamó, que en esta noche
De oro perderia un saco.
Sobre la manta, señores,
Dijo, i siguió barajando,
Quince pesos me costó
I hasta siete la rebajo.
Mas no contestando nadie
Se alzó furioso el mulato,
Abandonando la estancia
Con acelerado paso.
Otro se sentó a tallar
I continuaron jugando,
Habiendo primeramente
Echado algunos su trago.

Media hora pasado habria,
O tiempo algo mas escaso,
A que el mulato dejara
De los tahures el cuarto,
Cuando a la puerta asomó
Sonando oro entre sus manos:
—Vamos, dijo, aquí hai dinero;
Tengo mas derecho al banco;
El que talle, salga de él
Que yo doble fondo tallo.
Le entregaron la baraja,
I en oro tiró sellado
Sobre la mesa, nueve onzas
Duras i dos o tres cuartos.
Al punto los jugadores
Con ojo lince miraron,
I empezaron a apuntar
Certeros todos ganando.
—¡Por el Santo de mi nombre,
Que estoi esta noche malo;
Ni una parada siquiera
En tres horas he ganado!
I el mulato así diciendo
Arrojó el naipe en pedazos.

En este instante llegó
Una mujer al perdido,
I algo díjole al oido
Que solamente él oyó.

—Bueno, contestó altanero:
Tráeme luego esa alhaja
Que, juro por la baraja,
Ganar con ella dinero.

I si alguna otra te queda
Traerla paréceme cuerdo,
Por si la primera pierdo
Recojer con la otra pueda.

Salió a prisa la mujer
I en el momento volvió,
Trayendo un rico reló
I de oro un gran alfiler.

—Ea! sobre ellos jugar!
En ocho onzas los conchavo,
I ¡voto por San Gustavo!
Que no os tendrá que pesar.

Pidió un naipe, se lo dieron,
I continuó la partida,
I todos con alma i vida
Apuntándole siguieron.

Echó cartas el montero,
I rei i sota salió,
I a la que mas le gustó
Cada cual vació dinero.

—Me voi, dijo el que tiraba:
¿Nadie mas quiere ganar?
—Esperad: voi a jugar,
Respondió uno que llegaba.

Este nuevo personaje
No era de tan mala traza,
I cada cual por do pasa
Le hace calle i homenaje.

—¿Qué es el fondo? dijo recio.
—Esas dos prendas, señor,
Contestóle un jugador.
—I se pierden ¿en qué precio?

—Solo en ocho onzas, repuso
El banquero, si quereis
Copar, don Cárlos, podeis.
—Corred cartas, no rehuso.

Dió al naipe el mulato vuelta
I empezó a correr lijero,
Cuando de súbito fiero
I colérico lo suelta.

—¿Qué sucede? dijo el mozo

Que habia el monte copado:
Venga eso acá si he ganado....
¡Soi un apunte famoso!

Eh! Lorenzo, si quereis,
Seguir jugando *al honor*,
Yo soi mui buen jugador,
Mi bolsillo aquí teneis.

Por que yo....mas bien me voi
A charlar con las mujeres,
Que a sus sabrosos placeres
Doble aficionado soi.

Pero aquí os dejo mi oro
I mi crédito además,
Malo estareis cual jamás
Si perdeis tanto tesoro.

I atrás de los jugadores
Haciéndose el buen don Cárlos,
A la mujer de Lorenzo
Habló a la oreja despacio.
—Voi al punto, la muchacha
Contestóle un poco claro,
I con el noble galan
Abandonaron el cuarto.
—¡Por la calva de San Pedro!
Murmuró un descamisado,
Q e sentado en una banca
Estaba mas que borracho,
¡Qué aficionada parece
La criatura a don Cárlos!
—Quién dice tal! con voz ronca
Se alzó gritando el mulato,
Si así fuese ¡voto a Judas!
Ya les habría pesado.
¡Eh, señores! de esta bolsa
No jugaré ni un centavo,
Sin convencerme primero
Que lo que se ha dicho es falso.
I así Lorenzo diciendo
I el puñal desenvainando,
Saltó por sobre la mesa
I afuera salió de un tranco.

II.

Es en un cuarto distinto
Aunque de la misma casa,
I de una orjía se escucha
La música i algazara.
Como unas treinta personas
Se ven dentro la jarana,
Unas bailan, otras beben,
I otras platican sentadas.
De estas últimas hai dos
En un rincon de la sala,
Que parecen dos amantes
Que se revelan sus ánsias.
Es la mujer una jóven
A quien natura dotara
De una belleza tan pura,
Que hechiza i cautiva el alma.
Son de sus hermosos ojos
Tan graciosas las miradas,
Que mas parecen de un sueño
Dos ojos que nos engañan.
Cae en rizos espirales
Su cabello por la espalda,
Cual si fuera el lindo velo
Con que el pudor la recata.
En sus lábios de coral
Hai tal seduccion i gracia,
Que se mira a la inocencia
Si ríe con ellos o habla.
Es una jóven, en fin,
Que tal vez no bosquejaran,
Ni Rafael con sus tintas
Ni Espronceda con sus cántigas.
Tambien es el hombre lleno
De juventud i arrogancia,
De presencia varonil
Que, aunque mas severa, agrada.
Sentada sobre un sillon
La amante beldad descansa,
I a su lado está el galan
Que con un brazo la enlaza.
Despues de amates sonrisas
Que entrambos se prodigaran,
I de ardientes miradillas,
Entablaron así plática:

EL.

—Perdido él allá ha quedado
I no vendrá a importunar,
Que hasta el dia ha de jugar
Con lo que yo le he dejado.

Con que, querida Leonor,
No tenemos que temer,
I nos podemos perder
En el mar de nuestro amor.

Dame a besar el clavel
Que tienes por linda boca....
Encantador me provoca
A beber su rica miel.

¡Ah, qué dulce!.... No la quites
Por Dios, mi querida hermosa....
Con esa boca de rosa
El corazon me derrites!

ELLA.

— Soi tuya Cárlos!....

EL.

—¡Leonor!
Dí, ¿aborreces al mulato?
En el instante le mato
I será libre tu amor.

El no sabe como debe
Adorar tu perfeccion,
I su negro corazon
Solo a ultrajarte se atreve.

ELLA

—¿Qué me pedirá tu acento,
Qué me pedirá tu lábio,
Que yo sin hacerme agravio

No lo quiera en el momento?

I así diciendo la bella
A su adorador constante,
Acaríciale el semblante
I mil besos en él sella.

En este instante la puerta
Lorenzo abrió de la sala,
I entróse en ella gritando
Crispado el cuerpo de rábia:
—¡Miserables! ¿qué contemplo?....
¡Mil rayos!.... ¡No me engañaban!
¡Los dos moriréis al punto
Al filo agudo de esta arma!
Alza el brillante puñal
I contra ellos se abalanza,
Cuando en el instante mismo
La luz que ardia se apaga.
—¡Cien infiernos me sofoquen!
Entre la oscura algazara,
Siguió gritando el mulato,
Dando robustas patadas.
En esto por otra puerta
Que al mismo salon dá entrada,
Salió aquel descamisado
Que tan importuno hablara:
— ¡Por el alma de Pechoña
Que do quiera me acompaña,
Que no me he portado mal
Si hice una fanfarronada!
Yo los veré que han de hacer
Estando oscura la cuadra.
Entre tanto allá en la pieza
Ayes i voces ahogadas
Se escuchan, i otros que gritan:
¡Socorro! ¡Luces! ¡Me matan!
Al fin llegaron algunos
Con luces allí a la sala;
I unos estaban heridos,
Pero de pié, i otros daban
Las postreras agonias
De la muerte entre las ánsias.
El mulato está tambien
De pié en mitad de la sala,
Bañado en sangre el puñal
Hasta el marfil de la cacha.
¿I Leonora?.... Yace muerta,
Teniendo en su blanca espalda
Hasta el puño introducida
De su adorado la daga.
Que en medio la oscuridad
No supo a quien la clavara,
I su destino crüel
Hizo fuerza a su adorada.
Pero él no podrá sentir
Tan horrorosa desgracia,
Porque tambien moribundo
Cerca de Lorenzo se halla.

El cielo sin duda fué
Quién tan solo castigara,
Al seductor i a la adúltera
En aquella noche aciaga.

RAFAEL SANTOS.

La eleccion de una carrera.

Sr. D. V. Peralta.

Paisano i señor mio :

Por un artículo publicado en el último número de *La Semana* he sabido que tiene Vd. un vástago en estado de recibir educacion i que, como buen padre de familia, anda cabisbajo i meditabundo pensando en la carrera o profesion hácia la cual sea mas conveniente enderezar al susodicho.

Yo soi un individuo que he simpatizado siempre fuertemente con los afanes de la paternidad i que en donde quiera que veo a un projenitor en apuros, alli me meto de rondon sin mas dimes ni diretes para ayudarlo a salir de la estacada. En vista de esto, no le parecerá a Vd. estraño que al saber las vacilaciones que lo ajitan, me haya resuelto a dirijirle la presente, apesar de no tener el gusto de conocerlo ni de vista; Vd. necesita de consejos i es menester que sin pérdida de tiempo oiga los mios, que seguramente habrán de serle de provecho porque a falta de tino para el manejo de mis propios negocios, Dios, cuyas inspiraciones nunca engañan, me ha dado la mas decidida vocacion para consejero. Baste pues de preámbulos i al grano.

La cuestion que lo anda trayendo a V d. preocupado es sin disputa de la mas alta importancia : educar a los hijos, i educarlos de manera que a la vuelta del tiempo puedan los anjelitos reportar honra i provecho; abrirles el camino para llenar las gabetas decentemente del modo mas facil que posible sea, i cuidar a la vez de prepararles una posicion conveniente en el mundo de la intelijencia, puntos son, amigo i señor mio, en que a la verdad no todas las opiniones estan conformes i en que la esperiencia necesita meter la mano para disipar con la luz de los hechos las mortificantes vacilaciones del espíritu.

Vd. sin embargo es, por lo que entiendo, uno de aquellos individuos que sin dejar de comprender toda la dificultad de esta situacion, i sin confiar lo bastante en sus propias reflecciones, hasta el punto de creer innecesarios los ajenos consejos, suelen no obstante calzarse de vez en cuando las espuelas i ponerse de pié firme en las resoluciones que han tomado. Digóselo, i perdóneme, porque leyendo el artículo de *La Semana* a que ántes he hecho referencia, noto que está Vd. en la irrevocable determinacion de que su primojénito,

a quien desea educar con todas veras, no sea agrimensor ni abogado, médico ni clérigo, injeniero ni literato.

Perfectamente; puesta la cuestion en este terreno, Vd. la simplifica.—¿Tiene en ello razon?—créame que no disto de sospecharlo.

En último resultado, el agrimensor suda i se moja, el médico es editor responsable de toda defuncion, el literato se muere de hambre i el clérigo ha de encontrar de enero a enero profanos que le esten jorobando la paciencia con aquello de «mi reino no es de este mundo.» Por lo demas, mejor es tener injenio que ser injeniero i en cuanto a la profesion de abogado, sabido es que tiene el inconveniente de que en ella se jura demasiado, cosa un si es no es peligrosa para la conciencia, i que siendo por otra parte mui tramposos los clientes, se aumenta cada dia el número de licenciados *honorarios*, precisamente por falta de estos mismos.

Pero es el caso que descartadas esas profesiones del programa de educacion que Vd. trata de formar, se ponen ya los hilos tan delgados que no ha de ser mui fácil hallar para su Carlitos una carrera con la cual satisfaga su anhelo de gloria a la vez que las justas aspiraciones de su bolsillo.

Si Vd. lo hace empleado público i lo pone como suele decirse en escala, puede acontecer que suba i tambien que se resbale i caiga. Sin embargo, alternativas son estas de que se resienten todas las cosas de la vida i que no deben retraer a un hombre de razon, mientras no obren en su ánimo consideraciones de mas peso. Piénselo Vd. despacio i no olvide que a la vuelta de cuarenta años, despues de una vida siempre igual, tranquila i metódica podrá Carlitos iniciar su espediente de jubilacion.

Si por ventura no fuese de su agrado tan remota perspectiva, si quisiera Vd. hacerlo llegar a buen término por camino ménos tardio i mas lucido, cuide ante todo de evitar un peligro en el cual se han envuelto muchas claras intelijencias de este siglo; peligro tanto mas inminente cuanto que se presenta con todo el aparato de una ciencia, con toda la seduccion de la verdad. No haga Vd. a Carlos economista.

Muchos se han dicho, i Vd. mismo lo habrá pensado tambien en sus cavilaciones: la economía política es la ciencia de la riqueza pública; es asi que el público se compone de particulares i que lo que a todos atañe atañe a cada cual; luego es evidente que quien profundiza aquel estudio ha de estar en camino de hacerse rico, como que tres i dos son cinco.

Pero 3 i 2 no son 5, amigo, sino 32. Créame que despues de los libros de caballería andante que volvieron loco a don Quijote, no se ha inventado cosa mas a propósito para perder el tiempo i para trastornar un cerebro que los libros de economía política. Manifestárselo a Vd. con la respetable autoridad del ejemplo, ha sido i es el principal objeto de esta carta, porque tan luego como supe que habia proscrito del sistema de educacion de su hijo todas las profesiones conocidas, me asaltó el temor de que obedeciendo a inspiraciones propias o a malos consejos, pudiera talvez dejarse desvanecer por el sofisma de que le he hablado i malograr lastimosamente a su vástago.

¡Ai, señor Peralta! Yo que sin elojiarme puedo decir que fuí en una época modelo de cordura i de buen juicio; yo que estudié latin, cursé filosofía i estuve en via de ser con el tiempo Presidente de la Suprema Corte o Arzobispo, yo tambien..... tuve mi debilidad. Cansado de Horacio i de Cousin, armé una fogata con mis testos, compré cuantos libros de Economía me vinieron a las manos i concebí resueltamente la idea de que si para algo me habia hecho Dios era para estimular la produccion, reglar el consumo e impedir que la oferta i la demanda se echasen zancadillas.

Despues de dos años de sostenido estudio, mi vista se fijaba demasiado, pero las ideas no tanto; mis parientes i amigos, empezaban a no contradecirme en lo mas mínimo cuando emitía alguna opinion, i los ojos de los transeuntes me seguian con curiosidad siempre que andaba por las calles. En presencia de tales manifestaciones que a cualquiera habrian seducido, no dudé por un momento de que era sabio—¡maldicion!!—ellos no dudaban de que era loco!

Mi memoria conserva frescos los recuerdos de esa época.

No pasó mucho tiempo sin que me creyera Ministro de Hacienda, aspiracion bastante modesta sin duda, atendido el carácter de la enfermedad i los síntomas comunes a todos los que la sufren: Godoi es ser supremo i Rioja emperador universal.

No obstante, por poco elevada que fuese esa posicion al lado de estas, ella me colocaba

en aptitud de poner en práctica todas las ideas económicas que habia aprendido en los libros i que se sucedian alternativamente en mi espíritu, no ya gastándolo con la contradiccion i la duda como en los tiempos anteriores, sino imperando en él, cada una por su órden i con absoluta prescindencia de sus adversarias.

Una mañana me acordé de haber leido no sé en qué autor que el consumo era lo que daba alas a la produccion, lo que la estimulaba a desarrollarse. Sin mas autos ni traslado dirijí a todos los ministros del despacho una circular concebida en los siguientes términos:

«La riqueza de un pais está en razon directa de los productos que elabora; el número o cantidad de estos últimos está a su vez en razon igual con las necesidades que los reclaman, i las necesidades finalmente son mayores o menores segun sea mayor o menor el consumo; luego consumo importa produccion i por consiguiente riqueza.

A la vista de tan claro raciocinio creo que VS. no trepidará en ordenar que en todos los establecimientos públicos dependientes de ese ministerio en que se dé alimento a alguien por cuenta del Estado, ese alguien, sea uno o muchos, coma como un sabañon.

Dios consuma a VS. para aumento de la poblacion.»

Recuerdo que en ese mismo dia sufrí una indijestion que me tuvo al borde del sepulcro.

Mas no pasaron muchas horas sin que me apercibiese de que otro autor aseguraba formalmente que todo consumo, escepto el reproductivo, era una verdadera pérdida de riqueza; i a fin de neutralizar los efectos de la medida solicitada anteriormente me apresuré a organizar una sociedad de temperancia a la que fueron invitados todos los sirvientes del barrio. Todavía debo conservar entre mis papeles la estensa memoria contra las plazas de abasto que leí en la sesion inauguratoria.

Escusado me parece decir a Vd. que, a semejanza de todos los locos, yo no veia en mi rededor sino hechos relacionados con la causa orijinaria de la enajenacion mental que sufria. Es este uno de los caractéres distintivos de aquella enfermedad, i natural era que resintiéndome de él solo divisara antecedentes económicos i traslujera consecuencias de la misma especie en todo cuanto heria mis sentidos. Asi por ejemplo, si las cosechas eran escasas, si la mortalidad de párvulos tomaba proporciones alarmantes o si ocurria cualquier otro acontecimiento por el estilo, yo para nada me acordaba del polvillo o de las pestes, pues eso habria sido dejar sin pito en la funcion a la falta de brazos, a la escasez de numerario i a las teorías sobre la miseria, que aunque nacidas en paises donde la poblacion superabunda, no por eso debian tener ménos aplicacion en el nuestro.

La pérdida de los mercados de California i Australia me daban tambien en todo evento un último recurso a que apelar: ¿faltaba la jente del teatro por efecto de una mala compañía? ¿se habian paralizado los bailes i tertulias, a consecuencia de estar desazonados los espíritus por las cuestiones políticas? ¿quebraba algun comerciante imprudente?.... pues nadie sino aquellos malditos mercados tenian la culpa de todo esto, ellos que burlando las espectativas de la agricultura i del comercio, habian puesto en conflicto las fortunas particulares, hecho imposible toda fiesta que demandara capitales (término técnico) i aun arrastrado al pais en la funesta vía de las contiendas civiles.

I no crea Ud. que en esto paraba la historia de mis locuras económicas. Siempre constante en la tarea de practicar los diferentes sistemas, a medida que les llegaba su turno, apenas transcurria una semana sin que alguna nueva idea viniera a preocuparme.

En cierta ocasion saqué de mis estantes uno de los libros de la escuela comunista i a poco rejistrar dí con un acápite que decia mas o ménos lo siguiente: «Todo cuanto alcanza la mano del hombre es un don gratuito de la naturaleza; Dios no dividió entre Cain i Abel los frutos de su potencia creadora, sino que antes bien quiso que la fuerza productiva de la tierra, los animales que pueblan su superficie, los tesoros que se ocultan en su seno fuesen el patrimonio indiviso de la humanidad. Quien sustrae alguna parte de esta herencia comun, quien se apropia lo que a todos pertenece burla los designios del artífice supremo, se hace reo de hurto: la propiedad es el robo.»

No necesitaba de mas un loco timorato. Al dia siguiente mis muebles i mi ropa se distribuian en las casas de asilo, yo negaba el habla i la vereda a todos los propietarios i sostenia como misterio de fé que los pobres de solemnidad eran la única jente honrada que habia en este mundo.

Sin embargo, vea Vd. lo que es una teoría de economista. Cuando mas dominado estaba por esas ideas, sentí una vez, en medio del tumulto de una procesion, que cierta mano furtiva se deslizaba por mi faltriquera. Apercibirme del hecho, cojer por el cuello al delincuente i entregarlo medio ahogado al policial del punto, todo fué obra de un instante: la práctica habia vencido a la teoría.

Verdad es que ya estaba labrándome el espíritu la doctrina de Bastiat, el mas popular de los economistas franceses, quien, refutando los principios del comunismo, asegura entre otras cosas que lo que constituye el valor de los objetos, lo que única i esclusivamente se paga en ellos al comprarlos, es el *esfuerzo* empleado por el hombre, pero jamas el don gratuito de la naturaleza, i que por consiguiente será mayor la estimacion o el precio cuanto mayor sea el *esfuerzo* i vice-versa.

Holá! me decia yo mismo en mis ratos de meditacion—¿con qué es decir que los tejidos de una fábrica, cuyos operarios fuesen mancos, los servicios de un escuadron de infantería lijera que se compusiera de cojos i las dilijencias de un tullido que tomara el oficio de corredor de plaza, serian en su jénero lo mas valioso que circulase en el mercado?.... pues necios i miopes han sido los gobiernos que ignorantes de las leyes económicas, no han sabido esplotar hasta el presente la inagotable fuente de riqueza que guardan los hospicios!

Vd. debe presumir que cada una de estas deducciones lójicas en que resultaban desestimados los preceptos mas claros de la ciencia, ajitaban violentamente mi cerebro i me preocupaban tanto mas cuanto que habia tomado a lo serio la mision de *economizar* a la sociedad, de que me creia investido. Toda contravencion a esos preceptos me parecia un desacato digno de severa reprimenda; i a tal punto habia llegado la exaltacion de mi celo que creia a piejuntillos que la sociedad se habia hecho para las leyes económicas i no las leyes económicas para la sociedad. No estrañará Vd. en vista de esto que, acordándome de que era ministro de Hacienda, dirijiera una vez la siguiente nota a los empresarios del teatro:

«Con mucho sentimiento ha notado este ministerio que en la boletería del teatro municipal se venden siempre al mismo precio las entradas i los asientos, cualquiera que sea la concurrencia que los demande. Noches hai en que los palcos i la platea están como el vaso de agua de la Academia silenciosa, i sin embargo no por eso han pagado los asistentes de tabla ni un ochavo mas de lo que pagan cuando aquellas aposentadurías están casi desiertas.

«Semejante abuso mina por su base los principios a que debe sujetarse el precio de las cosas con arreglo a la oferta i la demanda que se haga de ellas, i como esto es un escándalo a los ojos de la Economia política, espero que Vds. tomarán las providencias necesarias a fin de que en lo sucesivo no se quebranten tan lastimosamente aquellas leyes en el establecimiento de su cargo.»

Locuras de este jénero se repetian todas las mañanas, amigo Peralta, i si yo quisiera hacerle de ellas una relacion completa, seria asunto de nunca acabar. Talvez lo dicho sea bastante para manifestar a Vd. el deplorable estravio mental a que me habia arrastrado esa ciencia, que todavia no ha podido justificar este elevado título con una sola verdad incuestionable i sólida. Porque si a tales estremos me conducia la aplicacion lójica i rigurosa de los principios mas sencillos que ella inicia ¿cuáles no serian los absurdos, siempre que trataba de poner en práctica aquellos otros que sustentan tantas escuelas o sistemas como economistas hai sobre la superficie de la tierra?

Por fortuna, quiso Dios al fin que la luz volviese a iluminar mi razon i que mis ideas se tornasen a indagar la utilidad positiva de ese cúmulo de contradicciones que habian debilitado mi cerebro. Búsquéla en vano con afan, i solo entónces empecé a persuadirme de que una terminolojía prestidijitadora era el resúmen de ese estudio por el cual habia arrojado a las llamas las bellas pájinas de Virjilio, las nociones eternas del Derecho, las verdades universales de la Filosofía. Me arrepentí i me arrepiento aun de tan loca temeridad; i ya que las lecciones de la esperiencia me dan autoridad para mostrar el precipicio a los padres de familia ocupados en la educacion de sus hijos, no he querido dejar de decir a Vd.;—señor Peralta, haga a Carlitos sacristan, hagalo tinterillo o diablo coronado, pero no lo haga economista.

Su paisano i amigo.—Pero Grullo.

Santiago, mayo 25 de 1860.

Imprenta del Correo, pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Junio 2 de 1860. Núm. 18.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA [illegible]
JOSÉ TORIBIO MEDINA

LA SEMANA.

SANTIAGO, JUNIO 2 DE 1860.

La propaganda de las ideas.

ARTICULO SEGUNDO.

La política es la manía dominante de las sociedades sud-americanas. ¿Quién no piensa, no habla, no discute, no juzga, no opina sobre política? En todas partes tiene franca entrada. Ella es el tema obligado de las conversaciones del salon, de las charlas de la intimidad. En la tienda i en el taller, en el banco i en el almacen, entre un contrato realizado i una letra cubierta, ha de venir por precision la cuestion política. Esto llega a tanto en ciertas épocas que cada sala de café, cada pasillo de teatro, cada corrillo de paseo son un club político volante.—Hasta la dama elegante convierte su perfumado retrete en gabinete de estadista, olvida sus adornos, el lazo de cintas, el pliegue del traje por ocuparse de candidatos i elecciones, de cambios ministeriales i sistemas políticos. Entónces, adios novelas, ya no la interesan. Lo que busca son las calientes pájinas de algun panfleto de circunstancia que la seduzcan, la encanten, la arroben.

¡Cuánta exuberancia de espíritu público no se imajina uno advertir en la sociedad! Qué de ilusiones no se forja el que solo mira la superficie i cree el ruido trabajo, la charla discusion, la curiosidad accion, la vocinglería entusiasmo! Pero penetrando en el fondo de las cosas, procurando averiguar cual es la tarea de cada supuesto obrero, que es lo que cada uno emprende, propaga i realiza en el campo social no queda admiracion de pié, esperanza con vida, ni fé con vigor.—Cada uno de esos obreros que uno vé ir i venir, ajitarse, correr, moverse en todos sentidos, levantar por donde quiera que pasan un estrépito colosal; no saben casi nunca ni adonde van ni de donde vienen, ni lo que quieren, ni lo que hacen; no hai en ellos ni un pensamiento, ni una idea, ni una opinion clara, determinada, precisa. Van porque todos van, como la ola sigue a la ola i la corriente a la corriente.

Esto hace que ese hervir social sea mas facticio que real, mas bullicioso que fecundo.

Cuando ha pasado, se corre a buscar la huella de su paso i nada se halla. Todo ha vuelto a su antiguo estado. No hai ni una preocupacion de ménos ni una verdad de mas. —Sin embargo la sociedad se ha conmovido, ha estado en la plaza, en el comicio popular, sus representantes han hablado, sus diarios han hablado tambien, sus masas han gritado, ha habido ajitacion, no se puede dudar. Si es así ¿cómo se esplica ese esfuerzo sin resultado, ese andar sin ganar terreno, ese caminar sin llegar a nada?... Por la carencia de un objeto cierto, visible, comprensible, hácia que tender.

Es imposible formarse una idea de lo que son en estos paises las conmociones políticas. Monopolizan el pensamiento de unos, la atencion de otros, la curiosidad del mayor número, i nada mas. Cada uno vé en ellas lo que quiere i no lo que debe. Si se vá a preguntar al orador, al tribuno, al estadista, al diarista, al capitalista, al simple ciudadano, cuál es su pretension, su proyecto, la realidad que persigue, ninguno lo sabe. Su contestacion será alguna vaguedad, alguna de esas frases tan cómodas como huecas que de tanto decir nada dicen.

De aquí tiene por precision que resultar el desconcierto en la accion, la anarquía en la direccion i como última palabra todas las tinieblas de la confusion. Ahí están nuestras luchas i sus triunfos para manifestar la verdad de esta observacion.

¿Qué partido subido al poder, por la obra de un golpe de mano popular si se quiere, no ha empezado su mando divagando, tanteando, zozobrando, cayendo con frecuencia, siendo perennemente el esclavo del acontecimiento, su juguete, su víctima inerme?

Cuanto nuevo poder se crea vive de lo imprevisto, de lo casual, de los caprichos populares, es una nave que no sabe el viento que la favorece i se entrega al primero que sopla.

Se dice que la atmósfera del poder pervierte a los mas bien intencionados, que tiene redes en que se prenden las mejores voluntades, mirajes engañosos que pierden a los viajeros mas espertos. Con esto se piensa haber encontrado la clave de las abjuraciones, las apostasias i traiciones que marcan cada palabra, cada acto de los poderes flamantes. Esto no es verdad: la verdad es otra.

En esta senda casi fatal que llevan los gobiernos no es la volubilidad la que empuja, es la impotencia; no es el olvido de la promesa de la víspera, es la imposibilidad de mantenerla. Por eso cuando se observa a un gobierno renegar de sus tradiciones, burlar sus promesas, desertar su causa, no se debe odiar a ese gobierno, se le debe compadecer; no se debe mirar en él un criminal, se debe mirar una débil i achacosa personalidad. ¿Quién se pierde de propio motivo?

De aquí nace el que no haya momentos mas supremos para una nacion que los que se siguen a una revolucion victoriosa. El desconcierto se cierne sobre todas las cabezas. Es necesario obrar i sin embargo nadie obra: hombres de arriba i de abajo se mantienen a la espectativa. Mientras tanto el desquiciamiento esta por donde quiera; cada esfera social ha perdido su centro; el bien i el mal, la razon i la pasion, el patriotismo i la especulacion, la abnegacion i el egoismo están revueltos, confundidos, sin apoyo los unos, sin valla los otros. ¡Dios salve al pais! se esclama como el orador español. ¡La ola sube, sube! se dice como Mr. Thiers en el paroxismo de la impotencia.—Las mejores coyunturas se pierden i cuando la luz viene es tan solo para alumbrar el error, para imponer el arrepentimiento i hacer clara la nulidad.

En medio de estas dudas, vacilaciones, incertidumbres i oscuridades, los buenos jérmenes han permanecido detenidos en su desarrollo i los malos libres en sus irrupciones. De esta manera ya no hai únicamente un edificio que levantar, hai un aire viciado que purificar, una llaga que cauterizar, un torrente desbordado que volver a su cauce. Se pide amparo a la fuerza. Es necesario volver al pasado.

No se crea que para trazar este bosquejo hemos ido a pedir al pesimismo sus sombrías tintas. Mui al contrario, hemos atenuado el fuerte colorido de la realidad. Nada es mas triste que una sociedad asediada por la incertidumbre. En esa situacion es la aliada obligada de la aberracion i el absurdo, que siempre están a su lado para abrirle horizontes iluminados por mentidas esperanzas.

De no ¿cuándo aparecen sino entónces las dictaduras, como la tabla providencial a que es preciso asirse para surcar las corrientes de la reaccion? La dictadura es la mas esplícita confesion que puede hacer un pueblo de su nulidad. El pueblo que se entrega a un dictador reniega de su personalidad, no tiene ni fé, ni creencia, ni esperanza. Sin embargo a la dictadura o la demagojía vá toda sociedad que se lanza al combate sin plan fijo, sin unidad en la accion i en el propósito.

La revolucion francesa de 48 es una prueba de esta verdad. Paris se levanta, echa a rodar un trono, proscribe una dinastía. La Francia en masa sigue el movimiento impreso por su capital. Un gobierno se improvisa. La república democrática es proclamada. Pero esto no basta. Las palabras no conjuran el rayo, no reparan la injusticia, no alivian el mal, no satisfacen los deseos, no realizan la esperanzas que su influencia ha hecho jerminar. Todos se preguntan ¿qué hacer? Nadie lo sabe. La demagojía juzga que el momento de obrar ha llegado. De súbito sus lejiones que se imajinaba contener con decretos, con proyectos, con ensayos, con cobardes concesiones caen sobre Paris i enarbolan la bandera roja. El miedo bate sus alas sobre la sociedad, hiela los corazones i pierde las cabezas. Se toca jenerala, se proclama la lei marcial i el jeneral Cavaignac es nombrado dictador. La república ha muerto. La metralla que barre a los insurrectos de junio demuele con las barricadas las esperanzas de la revolucion.

¿Por qué este resultado? ¿Faltaba en los hombres depositarios del destino del pueblo frances la buena intencion, la intelijencia, el entusiasmo? No! no era eso de lo que carecian, era de un plan preconcebido, de unidad en la accion, de armonía en el deseo.—La revolucion vino cuando nadie la aguardaba ni aun sus principales obreros. Todos estaban ocupados en prepararse al combate, ninguno en organizar la victoria. Esto los perdió.

Los que creen hallar la esterilidad de esa evolucion de la sociedad francesa en la ilu-

sion, en la incapacidad, en el egoismo, en la cobardia i hasta en la traicion, toman el efecto por la causa, el resultado por las premisas.

Pero ¿a qué fin ir a buscar tan léjos los frutos que cosecha el desconcierto? ¿cuál de los estados americanos no es un ejemplo palpitante, actual, siempre presente, de los trances a que arrastra a las naciones? No hai otra manera de esplicarse sus veleidades. Una nacion que sabe lo que quiere no se deja conducir sin transicion del despotismo a la anarquía, no quema hoi lo que ayer adoraba, no reconstruye al dia siguiente el edificio que demoliera la víspera.— Es la pasion de estos, la especulacion de los otros, el estravío de unos cuantos, el egoismo de casi todos, lo que enjendra i produce esta instabilidad.—No lo negamos. Pero pedimos a nuestra vez que se nos conteste si no es posible enfrenar esa pasion, burlar esa especulacion, alumbrar ese estravío, vencer ese egoismo? Vaya que sí. Nunca el mal ha sido invencible habiendo voluntad para combatirlo. Tres son sus ajentes, —la duda que trae la incertidumbre, el dasaliento que trae la postracion, la cobardia que invalida la accion. Una vez esos tres elementos, esas tres fuerzas del mal vencidas, este perece de su propio motivo, sin que nada ni nadie sea parte a detener su ruina.

Esta tarea no es de una hora, de un dia ni de un año; es larga, afanosa, dificil; exije no un trabajo intermitente sino perseverante; no la accion aislada de unos cuantos sino la accion combinada, fuerte por la fé, fuerte por el concierto del mayor número posible. Esta tarea, si debe i puede contar para su éxito con la fortuna, es necesario que cuente ante todas cosas con el poder de sus obreros, con su constancia en la idea que persiguen, con su respeto a la verdad que pugnan por realizar.

¿Qué puede entónces oponerse a la marcha triunfante de las ideas? ¿Qué puede la pasion en presencia de la razon? ¿Qué la especulacion ante el patriotismo ilustrado? ¿Qué el egoismo ante la abnegacion? Cuando cada buen servidor está en su puesto las sorpresas son difíciles, imposibles.

Si los partidos sienten, conocen, comprenden estas verdades en América, no las practican ; i aquí está el mal de que se ven perpetuamente acometidos con daño individual i jeneral.

Un partido tiene en su apoyo las simpatías de la mayoría de la sociedad, cuenta en su seno con los ciudadanos mas probados, con las intelijencias mas culminantes, con todo lo que piensa, influye, goza de voz i voto en las deliberaciones de la masa social. Ese partido parece sin duda una potencia que tiene el derecho i la fuerza necesaria para hacer de la sociedad lo que quiera. Ese partido no es posible que encuentre resistencia, tendrá siempre de su lado la victoria.—Pues bien: no sucede así.

Nada es mas natural. ¿De qué vale tener una gran fuerza intelijente cuando no se la usa? Ese partido que concentra en sus dominios tanta vida, tanta luz i tanto esfuerzo moral no los pone en juego, i en vez de seguir el camino de la propaganda en que todas las probabilidades están por él, se compromete como las banderías, en el de las maquinaciones, de los conciliábulos, de las conspiraciones i las asonadas. Cae de su eminencia, abdica su soberanía i de gran partido que era se convierte en círculo mas o ménos peligroso, justificando así las persecuciones del poder.

¿No es verdad que es insensata semejante táctica? ¿No es verdad que con ella es imposible sacar a una sociedad de los pantanos de la iniquidad, de la ignorancia i la violencia? ¿No es verdad que esto es dar armas al enemigo para que logre nuestra propia ruina? Sin embargo no es otra la táctica política de los pueblos americanos.—No saben esperar, perseverar i mucho ménos prepararse.

Se emprende una campaña, se pone sitio a la fortaleza de un gobierno, se hacen unas cuantas escaramuzas, i tras ellas sin brecha, sin intelijencias con el enemigo, sin conocer los puntos débiles se va al asalto fiando en Dios i en la fortuna. Qué mas se quiere un gobierno?

Esto esplica ese poder omnipotente de la fuerza material en los destinos de estas sociedades. Un buen ejército importa en estos paises mas que tribuna i prensa, que lei i derecho. Nadie tiene fé ni conciencia del valor de estos soldados de la fuerza moral.

Funesta ceguedad! Aconsejados por ella se desvirtuan i dejeneran esos grandes medios de propaganda, de union i de triunfo. La tribuna, la prensa se ven abatidas hasta el desairado papel de servidores de la fuerza material. Ellas que tienen por mision comprimirla, desacreditarla, invalidarla, se ocupan en prepararle el campo de su accion i en cavar su propia tumba.—«Dejad penetrar en

Francia nuestra palabra i antes de pocos meses vereis lo que queda de vuestra corona i vuestro trono!» decia Victor Hugo a Napoleon III. Napoleon no aceptó el reto, e hizo bien. En América semejante reto hecho por un partido vencido a un poder triunfante ¿no es cierto que no pasaria de una fanfarronada? Aquí ni la tribuna ni la prensa hacen revoluciones. Su voz no tiene eco, su palabra no arrastra la conviccion ni tampoco la busca.

Ambas al servicio de la fuerza material están destinadas a soplar en los volcanes del odio, de la pasion, del resentimiento, del frenesí que han de concitar la tempestad, nunca conjurarla; no a retemplar los corazones en el bien, las intelijencias en la verdad; no a servir de conductores entre el hombre del pensamiento i el hombre de la accion; no a proclamar la idea i desparramarla en simiente de vida por toda la estension de la sociedad, como cumple a su deber i su mision.

En esta situacion nada tiene de raro que solo la pasion, el interes egoista del partido, del círculo, del corrillo, del hombre encuentren palabra, defensa i soldados, miéntras la fuerza intelectual i moral de la nacion quedan sin representacion, sin influencia, sin voz en el parlamento i en la plaza, en el club i en el salon.

¿Qué significa entónces la actividad social? Qué es lo que puede dejar de fecundo i bueno el desborde del torrente popular? Nada! Donde la idea falta, todo falta. Donde la pasion inspira, dirije, manda, compele, no hai sino las mutilaciones de la ceguedad, las venganzas del resentimiento, las colisiones de la desarmonía.

Sin ideas no existe para una sociedad alternativa alguna de buen suceso.

Si se mueve, es sin resultado.

Si triunfa, es para caer en la incertidumbre i perderse en los desenfrenos de la demagojía o abdicar de su soberanía ante la espada de un dictador.

Pero casi perpetuamente lo que consigue es irritar sus llagas, hacer mas intensos sus dolores, mas poderosas las cadenas que la atan, asegurando así a la fuerza en su usurpado sólio.

El que dude de esta verdad no tiene mas que abrir a la casualidad la historia de las revoluciones americanas e interpelarlas a todas una por una, para que hagan visible la tendencia que las dominara, el principio que las dirijiera, los obstáculos que venian a allanar i los horizontes de derecho i justicia, de libertad i democracia que se prometian hacer visibles a los ojos de los pueblos atónitos.

Desconsoladora interpelacion seria ésta. Bien pocas de esas revoluciones podrian decir lo que querian ni lo que buscaban. Si en sus intenciones no estaba ausente el desinteres, el patriotismo, la abnegacion, todo sin embargo era vaguedad en los deseos, fluctuacion en los propósitos, nebulosidad en las aspiraciones, oscuridad en las esperanzas.

Los pueblos americanos cuando no se han lanzado en la lucha estraviados por la obra del cálculo o de la sorpresa, de la especulacion o la conspiracion, lo han hecho en persecucion de lo desconocido, de un mas allá que los atraia, que los llamaba, que divisaban, que adivinaban como por entre las nieblas de un ensueño;—nunca como el jóven soldado de las *Palabras de un Creyente* sabiendo porqué se sacrificaban, combatian i morian.

Triste confesion es esta por cierto. Pero ella no prueba, segun lo pretenden los cobardes i los pesimistas, que nuestra raza es incapaz para la libertad, para la felicidad, para el progreso. No! lo que prueba es que hemos perdido el camino recto porque temerarios o ignorantes no hemos querido seguir el rumbo que nos señalaba la idea, esa nube de fuego de los Israelitas de la libertad.

Justo Arteaga Alemparte.

La eleccion de una carrera.

Sr. D. Pero Grullo.

Paisano i señor mio :

No sin alguna estrañeza comencé a leer la carta que Vd. me dirije en el último número de la *Semana*, pero a medida que iba enterándome de su contenido, reflexionaba que solo a Pero Grullo podia ocurrírsele dar consejos que no se le pedian i darlos del modo que a Vd. le es peculiar. A cualquiera otro le hubiera tildado de intruso, pero a Vd. hecho proverbial por su injénio truanesco i ladino, se le dispensa todo, i tanto mas, cuanto que de los entrometidos ha sido siempre el reino de los cielos.

Apesar de todo, créame Vd. que me alegro de haberle dado pié para lucir sus agudezas i proporcionar asi un rato de holgura a los lectores de la *Semana*, quienes, como yo, saborean aquel chiste, aquella gracia i aquel donaire

que le han granjeado a Vd. una celebridad tradicional. Confieso, sin embargo, que me entró su poquillo de desconfianza cuando ví que Vd. se proponia darme consejos a renglon seguido de haber declarado que le faltaba a Vd. el tino para sus propios negocios. Mal precedente para consejero, me dije, i aunque por de pronto tuve su declaracion por un chiste, al fin vine a convencerme que en el dia su proceder de Vd. era mui corriente i usado.

Pero dejemos circunloquios a un lado i vamos, como Vd. dice, al grano, que, segun veo, le ha de gustar a Vd. mas que la paja picada.

Conviene Vd. conmigo en que ni la carrera de abogado, ni la de clérigo, ni la de médico, ni la de agrimensor, ni la de literato, ofrecen ventajas a mi primojénito cuya educacion me causa tantos sinsabores i aun me pone en el caso de escuchar los consejos de un Pero Grullo, desfacedor de entuertos forenses i adalid de abogados noveles, porque, tíreme el Diablo de una oreja, si ciertas observaciones que hize ha poco sobre la carrera del foro no han sido la causa de verme enredado con Vd. en una polémica epistolar. Conviene Vd. en ello, repito, i agrega ademas que si pienso hacerlo empleado público, lo reflexione con detencion, porque en tal carrera puede acontecer que suba i tambien que se resbale i caiga. Como a Vd. lo considero hombre esperimentado en tales subidas, bajadas i resbalones, aténgome a su dicho i no hablemos mas sobre empleos.

Llegamos a lo mas gracioso de su carta i adonde Vd. tenia reservado el golpe maestro.

Llevado por su manía de dar consejos, trata Vd. de persuadirme que evite un peligro inminente; i con un tono melodramático me dice Vd.—No haga Vd. a Carlos economista!

Pero Grullo o Pero Camueso, ¿ignora Vd. a quién le da tal consejo? No atisbó su malicioso majin en aquella consulta que tuve con un mi amigo, que yo debia ser aficionado a la ciencia económica, a la ciencia de Smith, de ese Smith que prueba numéricamente que veinte zapateros ganan mas que veinte abogados?—Que no haga a mi Carlos economista!—No lo haré, porque no es una profesion determinada i circunscrita como no lo es la del moralista, del filósofo, del estadista, pero lo dedicaré, con perdon de Vd., se entiende, a la carrera en que mejor pueda observar i ejercer los principios económicos; i ya estaba pensando en aleccionarlo e instruirlo para el comercio, cuando vino a interrumpirme su carta en mis meditaciones.

Pero volvamos a la economía política que tan de mal talante lo trae a Vd. Respecto de ella me dice:

«La economía política es la ciencia de la riqueza pública, es asi que el público se compone de particulares i que lo que a todos atañe, atañe a cada cual; luego es evidente que quien profundiza aquel estudio ha de estar en camino de hacerse rico, como que tres i dos son cinco.»

Hé aquí a la economía política definida por Vd., señor Grullo, e indicada en su fin i objeto; i con qué concision! con qué desplante! con qué exactitud! En lo que sabios i concienzudos varones han gastado mucha contraccion i estudio, Vd. apenas gasta unas cuantas palabras i emplea apenas un minuto.

¿Con qué el que estudia la economía política se ha de poner precisamente en camino de ser rico? Si al estudiar Vd. esa ciencia buscaba en ella una varilla de virtud o los polvos de la madre Celestina, si llevaba Vd. la intencion de enriquecerse con la simple lectura del testo ¿qué estraño es entónces que Vd. asegure que 3 i 2 son 32 (aunque tal modo de sumar no deja de tener sus peligros para sus clientes de Vd.), i se haya vuelto loco, i haya perdido su tiempo, i hecho mas tonterias que Godoi i dicho mas desatinos que Rioja: i de que Vd. todavia está algo repuntado de flato a la cabeza, como dicen las viejas, tiene Vd. la prueba en estas palabras de su carta:

«Créame, que despues de los libros de caballería andante que volvieron loco a don Quijote, no se ha inventado cosa mas a propósito para *perder el tiempo* i para trastornar un cerebro que los libros de economía política.»

¡Pobres economistas! Como los ha puesto Vd.!....Quién os habia de predecir, a vosotros Quesnay, Turgot, Smith, Malthus, Ricardo, Mill, a vosotros padres i fundadores de la ciencia económica, el resultado que habian de tener todos vuestros estudios i observaciones, todos vuestros esfuerzos i trabajos! i tú J. B. Say que redactaste el primer tratado de economía política, i tú Bastiat que pagaste con tu vida el amor a esta ciencia, i vosotros todos que habeis hecho célebres vuestros nombres con el estudio de la economía política, quien os habia de augurar que en pleno siglo XIX, en este siglo que se llama de las luces, ibais a ser declarados locos i autores de libros los mas

a propósito para hacer perder el tiempo i la cabeza! ¡incomprensibles arcanos de la providencia!.....un jóven imberbe, un novel abogado del foro chileno, un licenciado en leyes i ciencias políticas por la Universidad de Chile, ha podido él solo i de una sola plumada, derribar, destrozar, pulverizar el edificio de una ciencia que se habia logrado levantar en el trascurso de un siglo por las mas distinguidas i preclaras capacidades de la ilustrada Europa? – Quién lo creyera? I ese portento es Vd. señor *Pero Grullo*, Vd. a quien tengo el honor de escribir; Vd. a quien quisiera quitar el anónimo para legar su verdadero nombre al respeto i acatamiento de la época presente i de las jeneraciones venideras.

Si cada uno ha de ser responsable de sus propias obras, Vd. debia haber firmado con su nombre propio esas palabras suyas que acabo de citar: si ellas son una verdad luminosa, qué mas recompensa? si son un descomunal disparate ¿qué mas castigo? Pero de todos modos, Vd. con ellas se ha hecho de un mérito incontestable.—*Tu Marcellus eris!!!*

Pero asi me las dé Dios, señor Licenciado Grullo; no se aflija Vd. si en algun tiempo comienza a conocer que ha dicho un gran desatino. Por desgracia, no es Vd. el único de los jóvenes brillantes de la sociedad chilena que burla i desprecia la economía política; ciencia que conocen tanto como Vd.: Grullos ha de tener Vd. i no pocos, que lo aplaudan, lo recomienden i lo feliciten por cuanto diga i haga en este sentido. Pero tenga Vd. siempre cuidado de hacer sus observaciones entre chuscadas, pues en estas consiste todo el mérito de ellas.

Pero miéntras tanto, Chile debe enorgullecerse de poseer jóvenes que piensen como Vd. Si allá en Europa trabajan las mejores intelijencias en propagar los sanos principios de la economía política que están llamados a rejenerar la sociedad, si merced a ellos se emancipan ahora en Rusia millones de siervos, si por ellos han caido i caerán hechas trizas las barreras i trabas con que el espíritu proteccionista maniató la libertad de comercio en Inglaterra, Francia i otras naciones, si vemos a los soberanos mas poderosos de ese continente jactarse de ellos en sus programas administrativos, si todo eso se vé allá, aquí, en Chile, se vé a Vd. i otros como Vd. señor Licenciado Grullo, que no solo niegan i befan esos principios, sino que los consideran como una terminolojia prestidijitadora, indigna del nombre de ciencia, (palabras testuales de Vd.) Si esto no es una gloria i un progreso que honra a Chile, que me lo claven....digo mal, que se lo claven a Vd. en la frente, que suyo es el laurel, i lúscalo en buena hora donde mejor se vea. La única diferencia está en que la nueva ilustracion que Vd. pretende iniciar en el pais, es una ilustracion *negativa* i que lleva camino de dar al traste con todas las ciencias.

Vd. me asegura que estudió dos años la ciencia económica i que por único resultado obtuvo Vd. el volverse loco, creerse Ministro de Hacienda i hacer no sé qué otras diabluras o tonteras: de aquí deduce Vd. que la tal ciencia no vale un comino i que solo sirve para perder el tiempo i tornar los cascos a la jineta.....qué lójica tan concluyente, i sobre todo, tan cómoda para disimular torpezas o faltas. Si así como no le entró a Vd. por el caletre la economía política, no le hubiesen entrado las demas ciencias, Vd. en castigo enarbolaría su bien cortada pluma i....zas! en un verbo las sepultaba en el abismo de la nada. Si Vd. no ha comprendido la economía política, si Vd. no ha conseguido mas que hacer disparatadas aplicaciones de ella ¿cómo es posible que haya otros hombres que la entiendan i obren bien conforme a ella? pues señor, no hai tal ciencia i *laus Deo*. Bravo, bravísimo, señor Licenciado Grullo, bien veo que Vd. no es hombre que se para en pelillos i que se encoja para salir de dificultades.

El sistema es cómodo i espedito i no dudo que tendrá imitadores.

Permítame con todo observarle que la crítica que hace Vd. de la economía política es mui consiguiente al aprovechamiento que sacó de su estudio. La crítica razonable aunque jocosa, se hace cargo del conjunto de la cuestion que ventila, toma en cuenta la hilacion de los principios i señala despues el vacío, la falta que hai en ellos. Pero llevado por el deseo de hacer reir a costa de la economía política i de los economistas, toma Vd. tal o cual principio aislado, lo confecciona Vd., de modo que en su aplicacion resulte algo de grotesco i ridículo; lo ameniza Vd. con chistes i cuchufletas, i héteme aquí a la ciencia sirviéndole a Vd. de títere; asi es como ha podido Vd. citar aquello de que el consumo importa produccion i por lo tanto riqueza, de que los consumos improductivos son con-

sumos de riqueza: al hacer la aplicacion práctica del primero de estos axiomas económicos, ignoraba Vd. otro mas sencillo i fundamental (i esto prueba lo entendido que es Vd. en economía política) i el cual es, que el consumo se mide *forzosamente* sobre la produccion actual, de modo que Vd. no puede consumir a tontas i a locas cuanto tiene, so pena de verse obligado, o a pedir limosna o a tener que trabajar hasta satisfacer con un au mento de produccion el aumento de consumo: respecto al segundo, levanta Vd. un testimonio feroz a la economía política, dando a entender que ella considera como improductivos los consumos destinados a satisfacer las necesidades vitales de la existencia humana. Convengo, con todo, que Vd. se ha visto obligado a enunciar los principios económicos tales como se encuentran en su carta, porque sino ¿cómo habria podido Vd. traer a colacion aquello de la circular a los empleados, de la indijestion, de la memoria contra las plazas de abastos, del escuadron de cojos, i de tantas otras cosas chuscas i graciosas con que Vd. procura hacer reir a los lectores? Pero todo eso señor Grullo no es crítica sino parodia, eso no es hacerse cargo de los principios para señalar la falta o error que resulta de su exámen; eso es tomar un retazo de acá, otro de allá, otro de acullá i unirlos grotescamente para formar el traje de un payaso que haga reir aun a costa del buen sentido.

Lo mismo sucede respecto a lo que Vd. dice sobre la pérdida de los mercados de California i Australia: ¿ha hecho Vd. la crítica de la mas o ménos influencia que se la atribuye en todos los actos de la vida comercial, en cualquiera esfera que ésta tenga lugar? nada de eso; Vd. no niega, ni afirma, ni discute; Vd. lo que quiere es hacer reir i vuelve Vd. a la parodia, a la crítica de arlequin.

Con suposiciones grotescas i aplicaciones contrahechas i exajeradas puede Vd. hacer caer el ridículo sobre las cosas mas sérias i circunspectas, pero esto acarrea en sí un triste mérito i un aplauso bien poco envidiable: la jente de buen humor, golpeará las manos con tal que Vd. los haga soltar la carcajada; la jente mas pensadora que busca en todo escrito un fin social en cualquiera sentido que sea, verá con desconsuelo que el escritor ha puesto en tortura su majin para estampar en el papel frases mas o ménos chistosas que a nada conducen.

Niega Vd. a la economía política el nombre i carácter de ciencia porque ha dado lugar a muchas escuelas i opiniones opuestas i contradictorias. ¡Ai señor Licenciado en ciencias políticas, i que corto anda Vd. en hacer uso de su licencia! Niegue tambien la filosofía, la medicina, que pocas ciencias habrá como estas que hayan dado lugar a mas escuelas, sistemas i opiniones contrarias. Niegue Vd. la jurisprudencia que es interpretada i aplicada, Vd. lo sabe mui bien, de tantos modos diversos cuantos son los pleitos que se litigan en los tribunales.

No entraré, pues, a disertar con Vd. sobre sus demas locuras económicas porque siendo locuras como Vd. mismo las llama, no merecen discusion séria i menos chistosa, porque la materia no se presta al objeto i porque no quiero calentarme los cascos a trueque, no digo de sonrisas, ni aun de risas i carcajadas.

Si Vd. realmente piensa de la economia política lo que ha dicho en su carta, espóngalo de modo que pueda someterse a una discusion séria i razonada, salga Vd. a la palestra sin Pero, ni Camueso, ni Grullo, ni anónimo que le valga. Tenga Vd. valor para presentar una responsabilidad abierta i franca a sus ideas i principios, i pierda Vd. cuidado que yo dejaré los Vicentes i las Peras altas i bajas, i me presentaré a la discusion a cara descubierta, como lo hice en mi primer artículo. Pero si hemos de cuestionar, que sea en un debate del cual Vd. o yo saque algun provecho; no pretenda llevarme a una pugna de chistes porque en este terreno le cedo a Vd. la palma, el laurel, el mirto i cuantas yerbas Vd. quiera.

Concluyamos, que esta carta va mas larga que lo que yo quisiera i lo que tal vez quieran los lectores de este periódico; pero no será sin darle a mi vez algunos consejos en pago de la oficiosidad que Vd. ha tenido para dármelos en una cuestion de tanto interes para mí.

A pesar de su laudable empeño por aparecer modesto, bien se deja traslucir en su carta que Vd. confia mas de lo preciso en su capacidad e injénio: i sino, ahí está ese fallo *ex-cátedra* que Vd. ha lanzado sobre una ciencia aceptada en las mas elevadas esferas de la ilustracion del siglo: bien podrá Vd. ser un jénio en embrion, destinado a efectuar una revolucion en el mundo científico; yo no lo niego: pero le aconsejo con la mas sana intencion

que se ponga en cuarentena por algun tiempo; no se precipite Vd., que aunque el mundo i el foro sufran algo con su ausencia, esté seguro que ella le ha de ser provechosa porque con el tiempo maduran las frutas i adquieren mejor sazon. Ademas, bien pudiera ser que con la reflexion i el estudio, i sobre todo, con la esperiencia, se reconciliara Vd. con la ciencia económica i diera consejos mas acertados respecto de ella.

Mire señor Licenciado, que de algun tiempo a esta parte corre cierto airecillo de petulancia i suficiencia que se cuela sin sentir en la cabeza de algunos de nuestros jóvenes; i una vez colado en la mollera, Dios nos asista! cada uno se cree un Salomon, un Montesquien, un Gizot, un Cousin, un qué sé yo qué demonios: ni escuchan consejos, ni respetan autoridad científica i literaria por elevada i lejítima que sea, se creen poseedores de una sabiduría infusa, innata, todo lo saben, sobre todo opinan, todo lo han estudiado, todo se lo merecen; enfermedad maldita! amigo Grullo, i que está causando perjuicios inmensos al pais porque las ciencias de mas útil aplicacion no pueden hacer camino a causa de que se estrellan con el menosprecio de estos sabios prematuros. Pídale Vd. al cielo que le mande un tabardillo, señor Licenciado Grullo, que al fin i al cabo de este puede sanar, pero que lo libre a Vd. de ese airecillo de petulancia, porque si una vez se le cuela en la mollera se queda Vd. con él hasta el valle de Josafat: i haga su plegaria con mucho apremio i fervor, que por su carta veo es liciado de la tal enfermedad. Tenga a mas presente que es Vd. abogado que ha hecho sus estudios segun el plan actual, i este por abarcar demasiado deja mucho vacío en la cabeza i por consiguiente mucha cabida para aires colados.

Le agradezco sinceramente los cuidados que Vd. se toma por la educacion de mi hijo Carlos, i no dude que si alguna vez pienso hacerlo sacristan o tinterillo, se lo enviaré, porque tengo para mí que ya que Vd. aconseja i recomienda esas dos carreras, bien pulseadas i esperimentadas tendrá Vd. las ventajas que ofrecen.

Su paisano i amigo.

VICENTE DE PERALTA.

Mayo 29 *de* 1860.

—

Dos sepulcros.

I.

Ya del sol espiraban los rayos,
La tarde caia,
I en las peñas de la árida costa
Soplaba la brisa.

I al pasar por las cóncavas grietas,
De cuervos guarida,
El rumor de borrasca lejana
Sus ecos mentian.

Era el vago crujir de la nave
Que lejos peligra,
La plegaria del mísero náufrago,
Del agua las iras.

Pura línea de inmenso contorno
Detiene la vista
Que del mar sobre el vasto horizonte
Las olas limita.

Mas acá de blanquizcos penachos
Se cubren las islas
I al doblarse las ondas elevan
Brillantes aristas.

Casi muertas sobre ellas fulgaran
Las últimas chispas
Del sol rojo que altivo se esconde.
¡Fugaz despedida!

I va haciéndose mas i mas débil
La banda rojiza,
Ténue velo que allá en Occidente
Despliega sus tintas.

Se apagó; cual se escapa una sombra,
Su lumbre indecisa
Fué a morir a otro cielo, dejando
La atmósfera limpia.

Solo aisladas atras se quedaron
Inmobles, tranquilas,
Con sus senos besando las olas
Dos nubes blanquizcas.

II.

El crepúsculo huyó. ¡Qué apacible!
Descanso en el alma!
Dulce queja del mar al oido
Apenas alcanza.

I es su voz cual la voz de los sueños,
De notas lejanas,
Cual vibrar melancólico i triste
De tímidas harpas.

Al sentirla de lánguido goce
La mente se baña
I acaricia otras suaves ideas
Mas puras i diáfanas.

Ora ya claro cielo, horizonte,
Pacíficas aguas,
Aparecen cubiertas de bruma
Sutil i delgada.

Las orillas del mar se dibujan
Informes i raras,
Cual conjunto de sombras estraño
Do jimen las auras.

Junto a mí soledad i silencio
Profundo se exhala;
Dulce paz, misterioso quietismo,
Mis sienes empapa.

Aquí roca desnuda contemplo,
Allá otras mas altas
Al rigor de aquilones i lluvias
En círculo se alzan.

En sus cimas, fantásticas yerbas
Se mecen escasas,
Que tal vez sin verdor ni frescura
Las brisas desgajan.

Solitaria mansion de los vientos,
¡Cuán honda es tu calma!
No la turban humanos ruidos
Ni voces profanas.

Solo flébil, en brazos del aire
Volando arrastrada,
Suele enviarte sus notas dispersas
Marina romanza.

Ella en sones cortados i errantes
Acaso se escapa
De infeliz pescador que cantando
Gobierna su barca.

Talvez viene a espirar dulcemente
Aquí en esta falda
Donde duermen su sueño profundo
Dos tumbas aisladas.

III.

Son dos tristes, groseros sepulcros
De duro granito,
Toscas piedras sin arte hacinadas
Que azota el olvido.

Los dos pobre batel figurando
De rudos aliños,
Del naufrajio infeliz de la vida
Son fúnebre símbolo.

Solo queda una cruz medio rota
I un nombre allí escrito
Cuyas frases en lengua estranjera
Grabó algun amigo.

Ya borradas apénas si quedan
Postreros vestijios,
De la accion de los vientos i lluvias
Callados testigos.

Ni una flor, ni una yerba silvestre
Jentil ha crecido
En las grietas profundas que el tiempo
Abrió en el granito.

Seca arena en redor solamente
I escuálidos riscos
En su seno desnudo i su sombra
Les dieron asilo.

¡Oh qué triste impresion hace al alma
Tan mudo recinto!
Contemplándolo así la existencia
Parece delirio.

Nada llega hácia aquí, ni una huella
Se vé en estos sitios,
Que quizás condenó al abandono
Injusto destino.

Cual se muestran en ruinas parece,
Que aquí reunidos
Muchos soles sobre estas arenas
Dormir los han visto.

I talvez los que aquí ora reposan
En sueño tranquilo
De remotas comarcas vinieron
En fuerte navío.

¡Ai no valen mil barcas veleras
Ni duros castillos
Contra el torvo aquilon de la muerte,
Traidor remolino!....

IV.

No mui léjos, mirando al Oriente
La vista descubre
Una playa pequeña que lamen
Las olas azules.

Silenciosa unas veces dormita
En hondas quietudes
Sin que el céfiro tibio del norte
Ni un eco murmure.

I es entónces su voz leve queja
Suavísima i dulce,
Como el eco de errante suspiro
De un pecho que sufre.

Otras veces hinchadas sus olas
Coléricas rujen,
I las piedras brillantes i lisas
Con fuerza sacuden.

Mas allá el horizonte infinito,
Las aguas, las nubes,
Grandiosas, sublimes escenas,
Que dan pesadumbre.

Vieja crónica el cuento refiere,
Sin notas ni apuntes,
Que una barca a esta playa condujo
Los dos atahudes.

Desde entónces se ven los sepulcros
Allí en esa cumbre,
Por el eco del mar arrullados
Sus túmulos fúnebres.

A la tarde, al morir del crepúsculo
La pura vislumbre
Suele enviarles la luna su rayo
De pálidas luces.

I en su lánguido velo se empapan
Que suave los cubre,
Mientras vaga talvez del olvido
El triste querube.

David Campusano.

Derechos de esportacion sobre la moneda.

I.

Entre los medios propuestos para hacer cesar la escasez de moneda de plata que actualmente sufrimos se ha indicado i sostenido, como el principal i mas decisivo, la imposicion de un derecho que la grave en su estraccion. Créese que una lei espedida con ese objeto paralizaria la esportacion o la diminuiría mui considerablemente, i se pide como medida salvadora. Pero una medida de esta naturaleza produciria mas bien que mal? Sería fácil que tuviera cumplimiento? Cuestiones son estas que bien merecen ser tratadas con alguna detencion ya que a su interes de actualidad reunen una importancia constante, como la de todas las que afectan a las monedas i por medio de ellas al comercio.

II.

Ninguna cuestion económica puede tratarse tomando por bases ilusiones que se disipan, esperanzas que, segun la lójica histórica, no debe creerse que se realizen. Aun cuando nos sea duro desprendernos de esas ilusiones, es con todo mui necesario hacerlo, pues de otra manera nos esponemos a tomar como medidas decisivas las que no tienen utilidad alguna para obtener el fin propuesto. Este es el defecto que encuentra en la base que se ha adoptado al proponer la imposicion del derecho sobre la moneda. Se ha creido que la lei que la gravara seria obedecida por todos en jeneral i que de este modo se impediria la esportacion; mas ocupemosnos un poco en examinar la cuestion i veremos que los hechos se verifican en sentido diverso.

¿Todas las casas de comercio guardan fidelidad en sus despachos, todas dan el ejemplo de moralidad comercial? Ojalá que asi fuera; el pais seria entónces un eden en que la virtud podria fijar su trono. ¡Pero que distantes nos encontramos de la hermosa época en que esa moralidad estricta sea la base de las operaciones del comercio! A pesar de los reglamentos de Aduana redactados con escrupuloso esmero, apesar de los numerosos empleados fiscales que honradamente velan para que sean cumplidos, continuamente se oyen quejas porque algunas casas introducen contrabandos que desnivelan el precio de las mercaderías i hacen sufrir al comercio de buena fé. Si estos fraudes tienen lugar aun en la internacion de mercaderías de gran peso i de mucho volúmen, ¿por qué razon no se deben esperar iguales fraudes en la estraccion de la moneda? La facilidad de cometerlos respecto de este artículo seria motivo para que no se hicieran? No ciertamente: la razon indica que lo que es mas fácil se hace con mas facilidad.

La imposicion del derecho seria inútil para impedir la esportacion i solo serviria para crear una fuente de delitos. Hartos conocemos ya, no agreguemos otros nuevos.

Si, como es de esperarlo i lo creemos, algunas casas respetasen la lei i no esportaran la moneda, otras cometerian el fraude i ofrecerian sus mercaderías a mas bajo precio que aquellas porque la ganancia obtenida en la estraccion fraudulenta les permitiria hacer esa rebaja. A los contrabandos que se hacen en la actualidad se vendrian agregar estos otros i el comercio de buena fé tendria nuevas causas de sufrimiento.

Pero si todas las casas de comercio cumplieran con la lei, no creemos que esto fuera suficiente para impedir la esportacion. Quizas se establecerian entónces contrabandistas de otro jénero; pero que no por eso dejarian de producir un mal i un mal grave. A mas de dar oríjen a contrabandos i de aumentar así las causas de desarreglo en el comercio, el derecho de esportacion sobre la moneda produciria otros resultados funestos, entre los cuales no seria el menor el aumento en el precio de venta de las mercaderías.

Segun lo hemos dicho en el artículo anterior, el comercio en Chile está organizado de tal modo que necesita retornar pronto los valores que los fabricantes estranjeros le envian i, como uno de los artículos que con mas facilidad i ventaja se le presentan es la moneda, hace uso de ella en grandes cantidades. Por consiguiente si llega a subir de precio en la estraccion por los derechos, el comercio que la toma como mercadería de retorno subirá el precio de los efectos para compensar el aumento de valor de la moneda con la cual los permuta.

De las observaciones precedentes, que creemos exactas, resulta que con la medida propuesta no se evitaria la esportacion ni la escasez i se ocasionaria un desarreglo en el comercio, se produciria una alza jeneral en el valor de las mercaderías i se crearia una nueva fuente de delitos.

Hasta aquí he considerado la cuestion, guiado únicamente por el raciocinio, pero mi principal intento al escribir este artículo es manifestar con la historia que ni la prohibicion de esportar la moneda, ni mucho ménos los derechos de esportacion impuestos sobre ella han impedido que se estraiga. No recurriré a los tiempos modernos en que el Perú nos dá un buen ejemplo del efecto que puede esperarse de la imposicion de los derechos; hablaré de épocas anteriores en que el sistema dominante habia aceptado como base de bienestar la retencion de la moneda.

III.

Desde tiempos mui antiguos data la costumbre de considerar al oro i plata i por consiguiente a las monedas de estos metales como la riqueza por excelencia o mas bien dicho como la única. Acostumbrados los hombres a ver que las monedas intervenian en casi todas las transacciones, que su valor era poco variable i que nadie desdeñaba recibirlas en cambio de cualesquiera mercaderías, llegaron a creer que el progreso de un pais no podia tener mas sólido apoyo que una gran acumulacion de metales preciosos. Estas ideas produjeron el sistema de la Balanza de Comercio, con arreglo el cual una nacion hacia negociaciones favorables o perjudiciales segun pagase o recibiese un saldo en plata u oro. Un escritor moderno pinta perfectamente esa tendencia de las ideas en las siguientes palabras: «cuando se supo en Europa que la España se acababa de enriquecer con un pais inmenso en que el oro i la plata no costaban otro trabajo que fatigar al pueblo conquistado, por grandes que fueran las torturas impuestos a esas desgraciadas víctimas, por rápida que fuese su despoblacion, no se encontró persona alguna que contestase al conquistador la lejitimidad de su derecho, sobre todo la felicidad que le reservaba su conquista. La imajinacion palideció ante la realidad i en vista de los esplendores del Perú, de las maravillas de Potosí, se llegó a tener compasion de los sueños del Eldorado. Los moderados colocaban desde luego a la España en el rango de potencia predominante en Europa. (1)»

En estas palabras se encuentran indicados los principios que dominaban en el siglo quince, principios que produjeron continuas guerras i que se refunden en la siguiente frase: «desear la grandeza de su pais es desear mal a sus vecinos..... es claro que un pais no puede ganar sin que otro pierda.»

Estas ideas eran las de todos, sabios e ignorantes, i por consiguiente se trataba de retener la moneda aun a costa de grandes sacrificios.

(1) Joubleau.—*Etudes sur Colbert*: vol. 1, páj. 224.

IV.

Las leyes, espresion del estado de instruccion de la sociedad, vinieron en apoyo de esas ideas. Tomamos por ejemplo a la España de la cual podemos sacar mui útil enseñanza.

Segun la lei 67, tít. 21, lib. 5.°, de la Nueva Recopilacion se prohibió absolutamente la esportacion de moneda, mas no contentos don Fernando i doña Isabel con esa prohibicion tan terminante i jeneral, espidieron en 1480, (lei 1.ª, tít. 18, lib. 6.°, N. R.) confirmando leyes anteriores, una órden en que impedian hasta la estraccion de la plata u oro en vajillas bajo la pena de muerte i otras segun los casos. Las palabras testuales de esta lei son las siguientes: «prohibimos i defendemos que persona ni personas algunas no sean ossadas de sacar, ni saquen de aqui adelante, oro, ni plata, ni vellon, ni en pasta, ni vajilla, ni moneda otra alguna para fuera destos nuestros Reinos, so pena que si el oro, plata i vellon, o la moneda de oro, i de plata, o vellon, sacare, fuere de doscientos i cincuenta excientes, o de quinientos castellanos abaxo, o de su estimacion, que por la primera vez, que aya perdido, i pierda todos sus bienes, i sea la mitad para nuestra Cámara, i la otra mitad se parta en dos partes..... i por la segunda vez que muera por ello, i pierda todos los sus bienes..... i si sacare quinientos castellanos o dende arriba, que por este mismo hecho muera por ello(1). Como se vé nada quedaba exceptuado. Pues bien, apesar de esa prohibicion cuya infraccion era penada con la muerte, no obstante las ideas dominantes en la época, que, como lo he espuesto anteriormente, consideraban como medida mui útil la retencion de la moneda a todo trance, no obstante las inmensas cantidades que se internaron en España con procedencia de América, no obstante las repetidas leyes que posteriormente se dictaron para hacer cumplir las antiguas(2), qué sucedió? Ya las cortes de Valladolid en 1548 en una de sus peticiones relativas a moneda, decian al emperador: «allende de la que se sacá para V. M. i llevan los que van en su servicio, que es en gran cantidad, por otras vias asi de negociacion como de ganancia que en ella se sienten, se saca, i por esto procuran por vias esquisitas de sacalla..... por lo que estos reinos se empobrecen cada dia mas i vienen a ser Indias de estranjeros?»

(1) Ordenanzas de Cárlos V i de Felipe I.
(2) Memorias de la Real Academia de Historia, tomo 6.° páj. 276.

Esta esportacion no disminuyó ciertamente en tiempo de Felipe III. «Apenas entraban en los puertos el oro i la plata traidos de América, desaparecian al momento para pagar las mercaderías importadas de naciones mas industriosas. Este estado de cosas produjo en el pais tanta escasez de los metales mas preciosos, que el año ántes el duque de Lerma habia fijado por un edicto real, el valor nominal de la moneda de cobre casi igual al de la plata(1)?»

Omito otras citas. Basta decir que de los veinte i cinco mil millones a que, segun Dufau, ascendieron las cantidades recibidas por la España en doscientos años, en 1782, segun la memoria del Ministro de Hacienda Musquez, solo tenia en circulacion cuotrocientos cincuenta millones.

V.

Muchas han sido las naciones que, poseidas de las mismas ideas dominantes en el siglo XV, han impedido la esportacion de las monedas o la han recargado con fuertes derechos. Los Romanos prohibieron la esportacion del oro en dinero i alhajas, i por este motivo sus leyes suntuarias trataron de quitar el gusto por los perfumes i especias que solo se obtenian con el envio de metales al oriente.

En Inglaterra, un estatuto publicado en 1512 en el reinado de Enrique VIII declaró que toda persona que trasportase a paises estranjeros especies metálicas debia ser castigada con una confiscacion del doble del valor de los mercaderías confiscadas(2).

Qué ha quedado de todas estas coartaciones? Absolutamente nada. Los pueblos han sido llevados por sus teorías monetarias hasta la guerra, han costeado numerosas flotas para arrancar a la España sus caudales, que ella guardaba con teson, i sin embargo los derechos de esportacion sobre la moneda han desaparecido de todas partes. O suponemos que esos derechos i prohibiciones no han impedido la esportacion, o que han producido embarazos en el comercio o que todos los pueblos se han dejado llevar del capricho para despreciar un sistema ántes aceptado como el único verdadero por los sabios i por todos en jeneral. Por respeto a la especie humana, debemos creer que al abolir las antiguas prohibiciones ha

(1) Historia de Felipe III, por Watson, Tomo 1.° páj. 228.
(2) Dictionnaire d'Economie Politique. Tomo 1.° páj. 648.

procedido con cordura i aprovechando las lecciones de la historia, que manifiestan la inutilidad de los procedimientos observados anteriormente.

En resúmen, la razon nos indica que los derechos de esportacion son perjudiciales porque dan lugar a fraudes, entorpecen el comercio i deben contribuir a la alza en el precio de las mercaderías; la historia i con ella la opinion de los pueblos esperimentados manifiestan que ni la prohibicion de esportar moneda bajo pena de muerte ni mucho ménos los derechos impuestos sobre ella bastan para impedir que se estraiga.

MIGUEL CRUCHAGA.

POESIAS.

Cancion.

Tambien hoi, como anoche, la luna
Melancólica i triste se aleja,
I del nítido disco refleja
A mis ojos sangriento un albor.
I en mi pecho la miro que cae,
Como lágrima ardiente que inflama,
Ajitando su pálida llama
En un iris de vago color.

Un recuerdo de muerte me trae;
¡La mujer que yo amaba no existe!
Tú en mis brazos, ¡oh luna! la viste
I ahora solo i doliente me ves.
Tú me viste en un cáliz divino
Ir la miel de sus labios sorbiendo;
Tú me viste embriagado cayendo
De ventura rendido a sus piés.

I ahora el polvo, la muerte i la nada
Son el resto de amor i fortuna
Que mis brazos ¡oh pálida luna!
Solo pueden del númen asir.
Cuánto amaba en el mundo he perdido:
Ya no temo tus golpes ¡oh suerte!
No; que venga, que venga la muerte;
Yo la amaba i la quiero seguir.

W. CASTELLON.

A un tacaño.

Yo conozco un tacaño tan.... canalla,
Que el aire escatimára mui contento.
No piensa por guardar su pensamiento,
O por guardar su voz, si piensa calla.

Contra la ciencia misma de Dios falla,
I en los astros del rico firmamento,
I en las olas del mar, que impele el viento,
Ostentacion i lujo inútil halla.

El menguado que todo lo cercena
I pasa dias tristes, infelices,
Sufriendo los tormentos del infierno—

¿Cómo a ser mutiladas no condena
Sus narices, que son, mas que narices,
Deforme *yuca* o retorcido cuerno?

MANUEL J. CORTÉS.

A.....

Pues que el panal defienden
Las abejas, picando a quien le toca;
Pues que a precio de sangre nos le venden
I tanto nos provoca;
Yo mi sangre os daria,
Si en premio, vida mia,
Tú me dieras un beso de tu boca.

W. CASTELLON.

Ecos de la semana.

Santiago, junio 2 de 1860.

SUMARIO.—La omnipresencia del invierno.—La enfermedad de nuestra capital.—Una estátua prematura.—La apertura del Congreso.—Dos semanas teatrales.—Círculo de Amigos de las letras.

El calendario pretende candorosamente que vivamos todavia sometidos a la jurisdiccion del otoño, pero el fango trascendental de las calles, la densa nieve de las cordilleras, las vides tiempo há despojadas de sus racimos, la tibieza creciente del sol, las nubes lloronas i caprichosas como un niño mimado, todo cuanto nos circunda se empeña a porfia en quebrantar las prescripciones de aquel código atmosférico i declinar de esa jurisdiccion, para someterse a la del invierno; como si entre nosotros ni las leyes naturales debieran cumplirse a derechas. I por esta vez no se ha contentado el invierno con ejercer su autoridad sobre el mundo exterior, sino que ha penetrado en los dominios del alma i hecho soplar sobre el espíritu de nuestra sociedad su cierzo mas glacial, difundiendo fastidios i enojos i apagando las luces de toda alegre esperanza. De esta suerte las frentes se han nublado a la par que el cielo, el calor de los corazones se ha entibiado como el sol, el buen

humor se ha desprendido de los ánimos como el racimo de la vid, i las disposiciones hipocondríacas de nuestra naturaleza se han estancado en charcos de esplin, no mas fáciles de atravesar que los pesados lodos de la via pública. Todo yace pues sujeto al imperio del invierno, que domina en los hombres i en las cosas, en el cuerpo i en el alma, i se ha constituido, como el Czar de Rusia, soberano temporal i espiritual de nuestra sociedad.

Esto empero no significa, amigos lectores, que el invierno haya venido a hacer desgraciada a nuestra sociedad, puesto que ántes de su llegada no era mas feliz que ahora, ni tampoco que él sea la única causa del malestar que la agobia. Porque nuestra sociedad no está buena, sufre visiblemente i sufre de una enfermedad cuyos efectos todos sienten i cuyo oríjen nadie se esplica. Ya parece que fuera el ánsia de una vaga aspiracion, ya la inquietud de una espectativa incierta, ora el desaliento de un desengaño profundo, ora el torcedor de una duda punzante, acaso el presentimiento de un peligro próximo, acaso el recuerdo de un bien perdido, tal vez miedo, tal vez despecho. Sean o no sean estos los motivos de aquella enfermedad, no será por eso ménos cierto que la enfermedad existe i amenaza hacerse crónica. Hace mucho tiempo que la animacion i el contento huyeron de nuestra sociedad, como palomas asustadas por la detonacion de la escopeta; pero las palomas vuelven al palomar luego que sosiegan su temor, i la animacion i el contento no han vuelto todavia a nuestra sociedad. Agrupada ésta al rededor del hogar encendido, contempla su rojiza llama, i en vano le pide un poco de su calor vivificante para reanimar una conversacion que desfallece. Apenas si logra iluminar sus largos silencios con las efímeras chispas de una charla intermitente. Ni ¿de qué hablar para hacerla mas sostenida? Será de modas? ya nadie se somete a ellas. Será de historias domésticas? ya nadie las cuenta. Será de política? ya nadie la trata. Será de literatura? ya nadie lee, mal que pese al aumento de las escuelas primarias.

La sola novedad que ha dado pábulo a la charla de estos dias, es la próxima inauguracion de la estátua levantada a don Diego Portales, tan prematura, en la opinion de muchos, como el invierno vijente. Portales, se dice, como todos los hombres que descuellan sobre los demas, arrastró en pos de sí violentos odios i adhesiones profundas, odios i adhesiones que están todavia palpitando entre nosotros; de tal suerte que si aquellos no condenan, estas no justifican tampoco al famoso ministro. Solo cuando los unos i las otras hayan callado i dejen oir su voz a la razon desapasionada, podremos escuchar la sentencia inapelable que el pais pronuncie sobre el autor de un sistema de política mas vigoroso que justo, mas cómodo que provechoso i cuyos frutos están mui léjos de saber bien al paladar de todos. Solo entónces tambien podrá hacerse una justa reparticion de méritos i recompensas, atribuyendo a cada cual lo suyo, al ministro la obra de sus esfuerzos, al pais i al tiempo sus esfuerzos i sus obras. — Pero no es solo prematura la ereccion de esa estátua, piensan algunos otros, sino acusa tambien un lastimoso olvido de la cronolojía : cuando ménos por la fecha, son superiores a Portales muchos grandes servidores de la patria cuya ilustre memoria aun está aguardando de nuestra gratitud i respeto un poco de bronce i un molde en que vaciarlo. —Hai por último quien augura corta vida a la comentada estátua i teme que los que vengan mañana enmienden nuestra lijereza de hoi.—Entretanto, se ha fijado para el miércoles de la entrante semana la esperada inauguracion, en que no faltarán los discursos del caso ni la asistencia oficial de las autoridades i corporaciones civiles i militares.

Tampoco faltó la asistencia oficial i el discurso del caso en la apertura de las sesiones del cuerpo lejislativo, que tuvo lugar ayer con la solemnidad de estilo. El último acápite del mensaje presidencial, destinado a indicar los principios políticos que imperan en la Administracion i a insinuar su pensamiento respecto de la cuestion de candidatos, ha puesto en juego la hermenéutica de cada cual i acarreado mil interpretaciones mas o ménos inconciliables. Si la antigüedad pagana tenia las predicciones de los oráculos para saber a qué atenerse, el cristiano siglo en que vivimos tiene los documentos parlamentarios, que tanto valen.

Pero lleguemos al teatro, que ha sido el único antídoto contra la motonía i lánguida inaccion de las dos últimas semanas trascurridas. En él la novedad se ha dado la mano con el interes para poner en escena dos dramas del teatro frances : *El honor i el dinero* i *El Payaso*, otro del teatro español : *Don Juan*

Ruiz de Alarcon, i una comedia de Breton de los Herreros: *Un novio a pedir de boca*, cuatro representaciones que han puesto a prueba las fuerzas de la compañía dramática. Injusto seria no decir que ésta ha salido airosa de su empeño. El público ha aplaudido su acertada ejecucion i la eleccion no ménos acertada de las piezas que ha exhibido.

Entre ellas la mas gustada ha sido sin duda *El honor i el dinero*, arreglada al teatro español con mucha maestría por don Juan de la Rosa González. Como su nombre lo indica, esta pieza ha presentado en accion dos poderosos móbiles de nuestra naturaleza, i en la lucha en que los compromete ha dado la palma del triunfo al que rara vez la alcanza en los combates del mundo, al honor. Vale la pena de detenerse a recordar como ha conseguido el autor sacar victorioso a tan poco afortunado campeon i correjir así las injusticias de la realidad.—Luis es un jóven que ha heredado de su madre una cuantiosa fortuna i de su padre una deuda no ménos cuantiosa, tanto que para cubrir esta es necesario sacrificar toda aquella. El excelente hijo, colocado en la fatal disyuntiva de renunciar a un opulento bienestar o a la herencia i con ella a la honra de su padre, no vacila en aceptar el primer partido i someterse a la pobreza. No bien ha consumado tan hermosa accion, cuando queda justificado el dístico de Ovidio: *Donec eris felix* etc. Sus amigos vuelven caras, su prometida lo abandona i apenas si unos cuantos le tributan desde léjos una fugaz admiracion. El inesperto Luis no tarda en sentirse presa del desaliento i en pedir exasperado al mundo la recompensa de su buena obra. ¡Vana peticion i exasperacion peligrosa! Felizmente Luis tiene a su lado un Mentor, quien le hace comprender que en esta vida el testimonio de la conciencia satisfecha es la única recompensa de la virtud, i, auxiliado por el corazon de una niña anjelical, logra reanimar la luz expirante del deber en el corazon del buen hijo. Pero la derrota del dinero no podia ser completa, i Luis ha menester volver a ser rico ántes de volver a ser feliz.—Tal es la trama en que ha tejido el autor la fábula de esta pieza. En ella la accion camina perezosamente i buscando ocasiones para que hablen los personajes, algunos de los cuales disertan con elocuente verdad i en mui bonitos versos sobre las funestas consecuencias de la hidrópica sed de oro que devora a nuestro siglo.—Esto hace que la intencion del autor se revele con demasiada desnudez de cuando en cuando, i que el espectador se aperciba de que se trata de convencerlo mas que de conmoverlo.

Un empeño contrario he animado al autor de *El Payaso*, drama encerrado en un argumento inverosímil, sembrado de personajes episódicos i que no obstante consigue, en algunas escenas preparadas con suma habilidad, interesar i conmover.—El público aplaudió mucho ménos esta pieza que la anterior, i no merecia serlo mas.

Don Juan Ruiz de Alarcon, drama orijinal de don Luis de Eguilaz, ha sido inspirado por una idea hermana de la que presidió a la creacion tan celebrada de don Florentino Sanz. En esa pieza ha querido el autor glorificar la memoria de un insigne poeta dramático a quien una desgracia física hizo víctima de la malignidad de sus contemporáneos i de la envidia de sus émulos. Pero Alarcon no fué una víctima inerme: su injénio crítico i mordaz lanzó punzantes dardos a la sociedad de su tiempo, tan certeros cuanto eran merecidos i tan envenenados cuanto partian de su carazon despechado por la conciencia de su imperfeccion física i exacerbado por la desapiadada saña de sus enemigos. Este carácter misantrópico i vehemente del poeta ha sido fielmente trasuntado en la pieza del señor Eguilaz, al mismo tiempo que Alarcon aparece en ella revestido con todo el atractivo del infortunio i con toda la grandeza del martirio. Empero no deja de perjudicar a la noble índole del héroe la revelacion que hace de la debilidad de una mujer, por mas poderoso que fuera el motivo de esa revelacion, eje sobre que rueda la fábula del drama. Por lo demas, esta fábula, que tiene mucho interes, está apoyada en una versificacion injeniosa, en que el poeta ha imitado con gracia i naturalidad el estilo conceptuoso i figurado de la época en que hace hablar a sus personajes.

La última representacion de la compañía dramática no ha sido ménos feliz que las anteriores, aunque la pieza puesta en escena fuese una comedia de Breton conocida de nuestro público. ¿Quién oye sin placer los versos inimitables del Moliere español i contempla sin sonreirse la semejanza completa de sus personajes cómicos con las cómicas personalidades de la vida real?

En el desempeño de todas estas piezas Rosso ha sido aplaudido con perseverancia i,

lo que vale mas, con justicia; si bien sea preciso añadir, en honor de esta; que dejó algo que desear en el papel de Alarcon; es a saber: que hubiese sido ménos tierno en todo el curso de la pieza, para haberlo sido mas en ciertas escenas que quedaron debilitadas por la uniformidad del tono de su declamacion. Los demas actores han sido bastante acertados en su ejecucion, en especial la Liron i la Sotomayor, Gaitan i Flores.

I ya que os hablo de teatro i buena ejecucion, no dejaré de recordaros la funcion de aficionados del sábado anterior, que atrajo sobre sus actores las mas ardientes ovaciones i la admiracion mas debida. I esta admiracion no solo era promovída por la hermosa accion de esos artistas improvisados, si que tambien por su brillante desempeño.

Sábado como es hoi, la semana teatral sobrevivirá a la del almanaque, gracias al dios Momo, que prepara esta noche a sus adoradores i a los alumnos de Terpsícore una fiesta ruidosa. A propósito de ella, debo prevenir a mis lectores, por si toman algun disfraz, que se guarden de tomar el traje marroquí, ni tomen tampoco el aire de vecinos de Tetuan, en atencion a que esta ciudad debe ser asaltada i entrada a saco esta noche por el ejército español, que no dejará moro a vida. En cuanto al temor de que el estrépito del combate ahuyente las ilusiones de las enmascaradas parejas, vosotros como yo sabeis, benévolos lectores, que es enteramente infundado. Sus ilusiones pueden resistir hasta el fuego de la artillería.

La reunion que atrajo anoche el *Círculo de Amigos de las Letras* fue bastante numerosa, i cuantos asistieron pudieron felicitarse de haberlo hecho para tener la oportunidad de oir una interesante lectura, un estudio sobre *El carácter*, de Don Adolfo Valderrama, que en este trabajo ha dado una nueva muestra de su laboriosidad sostenida, de su raro talento de observacion i de su estilo caloroso i penetrante.

A esta lectura se agregó la de una poesía del señor Campusano, *Dos sepulcros*, que mis lectores pueden leer en otro lugar de *La Semana*. Es una delicada i melancólica inspiracion la que reina en esos versos blandos i sentidos. Para ser poeta, no le falta a Campusano sino querer serlo; prodigar un poco mas sus visitas a la Musas, con quienes se muestra sobrado esquivo.

Domingo Arteaga Alemparte.

A nuestros suscriptores.

Un entorpecimiento inevitable ha demorado hasta hoi la reparticion de *la Semana*. Suplicamos a nuestros suscriptores que disculpen este retardo imprevisto.

Importante.

A LOS SUCRITORES DE PROVINCIAS

Suplicamos a nuestros suscritores de Provincias que no hayan pagado hasta ahora el importe de la suscricion a la «Semana» del tercero i cuarto trimestre, tengan la bondad de remitírnoslo en sellos de franqueo.

DON GUILLERMO.

Historia Contemporánea.

Esta interesante novela se ha publicado por la imprenta del «Correo» i se vende a cuatro reales ejemplar, en la libreria de don Ramon Morel, calle de los Huérfanos i en dicha imprenta.

Imprenta del Correo, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Junio 9 de 1860. Núm. 1°.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA ARTEAGA
JOSÉ TORIBIO MEDINA

Opresion i espansibilidad.

ÉSTUDIO SOBRE EL CARACTER.

Dedicado a mi amigo Manuel Dominguez.

I.

Si la fisonomía es realmente el espejo del alma i se puede descubrir en los contornos del semblante las profundas vibraciones del espíritu, no es ménos cierto que *todos* los actos de la vida envuelven algo que nos revela la naturaleza del carácter i que nos pone en estado de juzgar la direccion particular de la impulsion psicologo-orgánica del hombre. Hai en efecto en los menores actos de la vida social un sello indeleble que nos revela a la persona que los ejecuta; es una cosa que es mas fácil concebir que esplicar, pero que una vez que se ha observado con detencion queda grabada en la mente i es la clave que nos guia en nuestras relaciones sociales.

En fuerza de la recíproca influencia del alma i del cuerpo, estos actos son muchas veces impulsiones orgánicas mas bien que voliciones del espíritu, pero no por eso son menos el reflejo del carácter, las esternas manifestaciones de las tendencias psicolójicas.

Como no siempre las disposiciones del espíritu están en una exacta relacion con la organizacion, hai ocasiones en que la vida es una lucha constante, por un lado las determinaciones del alma, por otro los instintos orgánicos; i en esta lucha terrible de dos fuerzas antagonistas el resultado no puede ser ni un triunfo del espíritu ni un triunfo de la organizacion: será la resultante de estas fuerzas antagonistas, i si queremos apreciar la impulsion psicolójica por las manifestaciones de esa impulsion misma será necesario agregar al resultado lo que le quita la direccion orgánica. Hai pues que formar lo que en física se llama paralelógramo de las fuerzas, para hacer una exacta apreciacion.

II.

Si se toman todos los caractéres imajinables i se los quiere en seguida clasificar, yo creo que todos ellos pueden entrar en esta gran division. Carácteres en que domina la opresion i carácteres en que domina la espansibilidad.

En los primeros se puede observar la reserva, la concentracion de espíritu, el teson, la ira profunda, los grandes remordimientos. Este carácter ha dado muchos grandes hombres, pero tambien famosos criminales. Ahí está Napoleon I, ese hombre que con una voluntad de fierro mantuvo al mundo temblando en presencia de su espada i que hambriento de gloria fué a revolver las cenizas de los reyes del Ejipto i a plantar el pabellon francés en la abrasadora arena del desierto. Ahí están el Tasso, Rousseau, Zimmermann, hombres de jénio esclarecido; pero ahí está tambien Luis XI con su amigo Tristan, siempre con el *cuerpo de Christo* en la boca, mezclando sus hipócritas esclamaciones con la sangre de sus crímenes; ahí está Tiberio, el artificioso Tiberio que despues de la muerte de Augusto, rehusa hipócrita el imperio que se le viene a ofrecer.

En los caractéres espansivos se observa mui comunmente la lijereza, la facilidad de concepcion, la inconsecuencia, las pasiones ardientes pero rápidas. No faltan hombres de jenio en esta division, pero mueren casi siempre desconocidos. Son poetas que no tienen bastante constancia para terminar un trabajo, que escriben sonetos porque son composiciones cortas; son naturalistas que describen plantas o animales, pero que no escribirian un tratado completo. El carácter espansivo casi no cuenta un solo historiador: es necesario mucho cuidado, mucha paciencia para recojer datos, revolver archivos, desenterrar manuscritos juntarlos, leerlos, comentarlos i luego despues fundirlos en el crisol de la crítica para estamparlos en el mármol de la historia. Los caractéres espansivos no tienen esta paciencia.

Si se buscan ejemplos de este carácter, será preciso citar hombres de temperamento sanguíneo o nervioso, tales como Enrique IV, Luis XIV, Mirabeau, Voltaire, el gran Federico, etc.

Véase como Plutarco hace la pintura del carácter espansivo, segun Pinel, en el retrato de Marco Antonio. «Esplosion la mas violenta de sentidos en la época de la pubertad, relaciones íntimas con los hombres mas corrompidos; prodigalidad inmensa en festines i orjías; inútiles precauciones de sus parientes para hacerle viajar por la Grecia, pais brillante de las ciencias i de las bellas artes; tibieza i repugnancia a los puros goces del entendimiento i sujeto a las pasiones mas viles; barba negra i poblada, nariz aguileña, frente ancha, cara colorada, cuerpo atlético i digno de un pretendido descendiente de Hércules;

afectacion en vanagloriarse de este oríjen; fuerte inclinacion a la licencia i tumulto de los campamentos; humor jovial i jactancioso; valor ardiente en un dia de combate, pero inconstante movilidad i frecuentes faltas en la carrera de la ambicion i de la gloria; en fin el sacrificio escandaloso i sin cesar renovado de la conquista del mundo a las orjías de la voluptuosa Cleopatra i a la depravacion de las costumbres asiáticas.»

El retrato es completo; la espansibilidad está brotando a torrentes de ese magnífico cuadro. Si se hubiera encontrado en lugar de Marco Antonio, Robespierre, seguramente que no se habria presentado con la claridad que el primero; habria oprimido su corazon, habria hecho lo que le conviniese para no ser tachado i siendo tan malo como Marco Antonio habria cubierto sus faltas con el velo de la hipocresía.

III.

Esta rápida ojeada era necesaria para comprender en toda su estension lo que yo entiendo por opresion i por espansibilidad en el carácter, i ya que nos hemos hecho cargo de la significacion exacta de estas palabras, podemos entrar con planta segura en el estudio de las manifestaciones esternas de estos diversos modos de ser del espíritu.

No son ciertos actos especiales los que nos revelan el carácter de un individuo cualquiera, son todos los actos de su vida, todos los menores movimientos del semblante i, cosa mas rara todavia, sus enfermedades mismas nos desmuestran las tendencias especiales de su vida. Mirabeau debia morir de una afeccion del corazon; esta era una consecuencia lójica de su espansibilidad de carácter, casi me atreveria a decir una consecuencia necesaria. En este caso no es la enfermedad lo que revela el carácter, es el carácter lo que hace prever la enfermedad; pero entre estos dos elementos hai una reciprocidad innegable, de tal modo que el uno puede producir el otro, i siempre la existencia del primero es la prueba de la existencia del segundo i *vice-versa*.

En consecuencia de estos principios estamos en el caso de proponernos este problema: dado el carácter de un individuo, determinar las enfermedades que debe padecer i la direccion especial de todos los actos de su vida; o la recíproca: dadas las enfermedades que padece i la naturaleza de los actos que ejecuta, decir si es la opresion o la espansibilidad el elemento que domina en su carácter.

Para un espíritu observador la resolucion de cualquiera de estos problemas no presenta ninguna dificultad.

IV.

Vamos a recorrer la fisonomía del hombre i sus actos mas comunes i trataremos de buscar en todo este cuadro la opresion o la espansibilidad de su carácter.

Frente.—La frente es una de las facciones de mas importancia cuando se quiere ver en la fisonomía la direccion del carácter. Hai en ella mucho que estudiar, como que las pasiones deprimentes o espansivas dejan en ella las huellas de su actividad i de su constante manifestacion. En las frentes estrechas i algo hundidas en su parte media se lee facilmente la concentracion del carácter, i si la depresion existe en su parte superior i la frente parece huir hacia atras, la astucia se revela con todos sus caractéres. Las arrugas de la frente cuando son perpendiculares i estan situadas en la raiz de la nariz demuestran un carácter duro o meditador, al paso que las transversales unidas a la movilidad de la piel nos muestran un hombre sensible i de pasiones ardientes i espansivas.

Cejas.—Las personas que tienen las cejas mui altas no tienen enerjía de carácter i son francas, pero las que las tienen bajas i pobladas tienen un carácter observador i reservado.

Ojos.—La mirada es una de las manifestaciones mas claras del carácter pero es mui difícil esplicar los carácteres especiales con que se presenta. Hai en ciertas personas una mirada lánguida que atrae i que es mui comun observar en las mujeres; este modo de mirar denota un estado mórbido del alma i un carácter blando i melancólico.

No hai que confundir, dice Descuret, la mirada *penetrante* con el mirar *de fuego*, i tiene mucha razon: la primera denota espansibilidad i la segunda concentracion del espíritu, reserva i cálculo.

Boca.—La boca es otra de las partes de la cara que es la espresion viva del carácter. Los labios son movibles o firmes i son el espejo en que se refleja el alma. La risa es como el termómetro del estado del espíritu. Hai risa concentrada i risa espansiva, risa franca i risa de desprecio, risa que hace gozar i risa que hace morir.

Mejillas.—En las mejillas imprimen las pasiones sus surcos característicos con no menos vigor que en la frente. Los padecimientos morales las escavan i la vida brutal i grosera les imprime surcos hondos i toscos como las pasiones que les han dado oríjen. Los glotones las tienen flacidas i gordas i los que se dedican a trabajos intelectuales tiesas i como contraidas por la meditacion.

Cuello.—El modo como el cuello sostiene la cabeza es tambien mui significativo; si la cabeza cae hácia adelante denota timidez i falta de enerjía, si se mantiene siempre erguida indica jovialidad, orgullo o una franca sencillez.

Forma de la letra.—En la forma de la letra se puede estudiar facilmente el carácter. La letra redonda i apretada indica órden i poco talento; la letra tendida i fácil es la prueba de la espansibilidad del carácter. Los hombres de jénio tienen siempre mui mala letra; esto se concibe: ellos quieren que la pluma corra tan velozmente como su pensamiento i

no es estraño que la pluma no pueda seguir al espíritu que, arrebatado por la inspiracion, atraviesa como un rayo el cielo inmenso de la intelijencia.

La letra desigual i que parece haber sido hecha por una mano temblona demuestra poca firmeza; es la letra de las mujeres.

Movimientos de la mano.—Con la mano, dice Montaigne, «requerimos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, rogamos, suplicamos, negamos, rehusamos, preguntamos, admiramos, nombramos, confesamos, nos arrepentimos, tememos, avergonzamos, dudamos, instruimos, mandamos, imitamos, alentamos, juramos, atestiguamos, acusamos, condenamos, absolvemos, injuriamos, despreciamos, desconfiamos, irritamos, lisonjeamos, bendecimos, aplaudimos, humillamos, nos burlamos, reconciliamos, recomendamos, exaltamos, festejamos, alegramos, compadecemos, entristecemos, desalentamos, desesperamos, sorprendemos, clamamos, callamos.....,...¿qué mas? con una variacion i multiplicacion igual a la del lenguaje» (Essais, lib. 2, cap. 12).

Montaigne tiene razon, la mano es un órgano maravilloso cuyos movimientos pueden pintar todas las sensaciones del espíritu, todas las menores modificaciones del alma. El anciano cuya voz balbuciente como la de un niño apénas pronuncia las palabras del sagrado rezo, eleva sus manos al cielo, i este acto es tan elocuente como la súplica que el labio trémulo apenas puede articular. El niño que al pié de su cuna junta por la mañana sus manecitas inocentes, al ejecutar esta leccion de su madre entona un cántico al Todo poderoso. En fin, la mujer que al mirar a su amado vé en sus ojos el ímpetu de su pasion i teme que el delirio lo haga faltar a su deber, interpone su blanca mano entre ambos i este acto impone, subyuga, manda i es preciso obedecer.

Es fácil concebir pues que los movimientos de la mano deben darnos una idea del carácter de la persona en que los observamos. Ellos pintan con toda claridad esos interiores movimientos del espíritu, esas determinaciones incesantes del alma humana, que en vano trata de ocultar el hombre reservado i que el hombre espansivo i franco no necesita espresar con la palabra.

Voz i jesto.—¿Quién confundirá jamas la voz clamorosa del dolor con la voz ardiente i entrecortada de la cólera? Nadie seguramente. La voz de las pasiones no se confunde, tiene en cada una de ellas un timbre particular, un aspecto *sui jeneris*, característico. En vano el hombre poseido del terror tratará de aparecer valiente i sereno; su voz, implacable delator de los movimientos de su espíritu, demostrará la inquietud de su azorado corazon.

El jesto es no ménos espresivo que la voz, él dá mas vigor a la palabra i puede por sí solo pintar el carácter de un individuo. Allí se ve un hombre cubierto de adornos i que con el sable en la mano pasa a galope por delante de sus soldados; es Murat que con un jesto manda cargar a sus valientes dragones. No necesita hablar, él domina todo el campo e imprime a sus soldados el valeroso aliento de su corazon.

No deben quizá a otra cosa los oradores su celebridad. Cuando se habla delante de un numeroso auditorio, la correccion del lenguaje pasa desapercibida para la mayor parte; pero el jesto, esta estatuaria, de la idea ajita nuestra alma sensible i colora las desaliñadas frases con ese tinte particular que constituye la verdadera elocuencia. Talien armado con el puñal de Bruto escalando la tribuna en la Convencion nacional; Saint-Just clavando los ojos en el azorado Robespierre, miéntras formulaba su implacable acusacion; son ejemplos de una verdadera elocuencia, de esa elocuencia muda producto de una alma capaz de reflejar en la fisonomía las internas conmociones del corazon.

Traje.—El modo de llevar el vestido es tambien de mucha significacion; él pinta con mucha claridad la naturaleza del carácter. Véase andar a esa mujer: lleva su vestido como llevaria una reina el manto real, no la incomoda, ha sido hecho talvez para una pobre que gana su pan con el sudor de su frente, es de una tela ordinaria, no importa, sobre los hombros de esa mujer desaparece la tela, la materialidad del objeto, i el sello de la espansiva dignidad se destaca como la manifestacion clara del carácter. Al contrario: tomad una mujer tímida i reservada, espíritu concentrado en que domina la opresion, vestidla de reina, llenadla de perlas i rubies; su carácter la delatará i debajo del manto réjio un buen observador descubrirá a la beata insípida i sin gracia que arrastra tímida i avergonzada el manto de los reyes.

V.

Con todos estos datos no puede uno ménos de caracterizar a cualquier individuo que se presente, i si bien es algo difícil caracterizarlo con la observacion de un solo acto, no es ménos cierto que un observador un poco atento puede deducir de ese acto solo toda la vida íntima del sujeto, toda la naturaleza especial de su carácter.

Como comprobante de las ideas que preceden, quiero estudiar una fisonomía que al mismo tiempo de ser una de las mas hermosas que yo haya visto, tiene el mérito de ser la de un hombre ilustre cuyos trabajos conoce el mundo entero i cuya alma llena de abnegacion i de enerjía ha prestado mas de un servicio a la humanidad i a las ciencias. Quiero estudiar la fisonomía de Raspail, el sabio autor de la *Fisiolojía vejetal* i del *Nuevo sistema de Química orgánica*, el escritor humanitario que con tanto injénio escribió su *Historia natural de la salud i de la enfermedad*, el atrevido político que redactaba con tanto calor

El amigo del pueblo en aquel tiempo feliz en que la Francia soñaba con el gorro frijio de la libertad, sin pensar que miéntras ella soñaba, un oscuro soldado se preparaba a oprimirla bajo sus botas de campaña.

Como no he conocido a este hombre, me contentaré con estudiar su retrato que corre litografiado i que dicen que se le parece muchísimo.

Lo primero que llama la atencion en Raspail es su cráneo, cráneo bellísimo, algo despoblado por el exceso del estudio. La frente es espaciosa, una honda arruga perpendicular cae sobre la raiz de la nariz, miéntras que dos pequeñas arrugas transversales la modifican espresando la mobilidad que parecia quitarle la primera, hija de la continua observacion; el pelo largo cae neglijentemente sobre sus sienes, suave i flexible como su corazon.

Las cejas sumamente pobladas indican de la manera mas clara su espíritu de observacion i su profunda concentracion mental. Pero lo que hai de mas bello i de mas significativo en la fisonomía de este hombre, es la mirada; ¡qué ojos! parece que mira al infinito: el párpado superior, grueso i arqueado, descubre una pupila que si bien la edad ha amortiguado, el espíritu reanima con el fuego inestinguible del jénio: es una mirada llena de suavidad, pero al mismo tiempo llena de penetracion.

La mejilla es algo gruesa pero enjuta, i del ala de la nariz parte una arruga que se pierde en la cara i que es, sin duda, hija de la amarga ironía que habia en su desgraciado corazon.

El labio grueso i flexible demuestra la franqueza de su alma i su carácter afable i bondadoso; por eso Jacot tuvo que retratarlo en Vincennes. ¡La virtud no inspira respeto a los malvados!

El cuello ancho i vigoroso sostiene con valor su magnífica cabeza, que está levantada ménos por el orgullo que por la interior tranquilidad de su alma.

El cuello de su camisa doblado sobre su sencilla corbata dá a su fisonomía un aire de despreocupacion infantil que contrasta con la profunda espresion de su semblante, i su levita ancha i sencilla muestra mui bien que no se ocupaba mucho de su vestido.

Aunque no haya oido su voz, se puede asegurar que seria clara como su intelijencia i vigorosa como su cuello. Tambien era orador, i la suave gordura de sus labios al mismo tiempo que la profunda espresion de su semblante, dicen que debia hablar con facilidad i aun con calma, si no se desafiaba a su espíritu ardiente i creador.

En fin, el aspecto jeneral de la fisonomía de Raspail i aun su letra descuidada pero clara, espresan con bastante verdad, la espansibilidad de su carácter i la brillante lucidez de su creadora intelijencia.

VI.

Vemos pues que las ideas que hemos espuesto al principio, no son creaciones de la fantasía, son el fruto de la observacion de la naturaleza, cuyos resultados siempre son importantes i dignos de atencion.

En la vida pública como en la vida privada, los estudios fisiognomónicos prestan importantes servicios. El padre que tiene hijos que educar, el catedrático que tiene que dirijir intelijencias i caractéres tan variados, el comerciante que tiene que elejir sus dependientes, el médico que debe mirar un poco mas allá de la musculatura i el pulso, todos tienen necesidad de saber buscar en los perfiles del semblante los sentimientos del corazon i las particulares tendencias de la intelijencia.

Ojalá que este interesantísimo estudio ocupe en Chile a intelijencias claras i observadoras, que puedan ayudar en algo a los hombres que en el viejo mundo se ocupan de tan importante estudio.

ADOLFO VALDERRAMA.

Colombia de 1826 a 1830.

Constitucion de Cúcuta.—Movimiento político.—Triunfo de la democrácia.—Caida i muerte del Libertador Simon Bolivar.

Al constituirse Colombia, apenas se hacia sentir la lucha de los dos elementos que están en continua ajitacion: *el democrático* i *el aristocrático*. Todos los espíritus, preocupados con los cuidados de la guerra i deseosos de terminarla en honra i gloria de la América, no daban tanta importancia a esas funestas divisiones que debian empañar mas tarde el esplendor i la fama de sus glorias militares. En Angostura i en Cúcuta habian triunfado completamente los principios democráticos sin violencia, sin oposicion, sin lucha. El Libertador habia respetado las vivas aspiraciones de sus compatriotas i prestado su sancion a la constitucion liberal de 1821. Su educacion clásica, sus estudios históricos, sus viajes, la revolucion imperial de Francia, que habia presenciado en los primeros años de su juventud, los nombres de César i de Napoleon que habian despertado tantas veces su entusiasmo e inflamado su corazon noble i jeneroso, le inclinaban fuertemente hácia la república aristocrática, que se habia levantado con Rómulo en el Capitolio i perecido bajo Cesar en los campos de Farsalia. Bolívar, César el mismo, se creia bastante fuerte i bastante poderoso para sostener en sus manos el cetro del nuevo mundo. Pero el nombre de Washingthon, elevado por el consentimiento unánime de sus contemporáneos, a una altura a que no habian llegado los mismos antiguos, aterraba su conciencia todavia tímida ante el crímen de la usurpacion i de la violacion de los derechos sociales. Bolívar juró la constitucion, i ese juramento simbolizó en su persona la independencia i la gloria de Colombia. Bolívar

i Colombia, hé ahí dos entidades que parecieron i desaparecieron al mismo tiempo: brillaron i se eclipsaron en un mismo dia. Como si Colombia no pudiese existir sin el brazo omnipotente que la sostenia, como si Bolívar no pudiese sobrevivir a la desmembracion i destruccion de la gran república. Colombia nació en los brazos de su héroe victorioso en los campos de Boyaca: se glorificó con él en Carabobo, Pichincha i Ayacucho, i espiró con él en los desiertos solitarios de santa Marta.

No nos proponemos esplicar las causas de los grandes desastres que ocurrieron de 1826 a 1830, porque eso corresponde al grave i concienzudo exámen de la historia.—Si Bolívar perdió su prestijio popular por haber roto con su espada el código de igualdad i libertad sancionado i jurado en Cúcuta; si cayó por haber sostenido i hasta cierto punto estimulado la ambicion i el orgullo de sus tenientes; si provocó, el primero, la guerra del privilejio i de las inmunidades contra la santidad de las leyes i de la justicia; si entrevió i codició el esplendor de una corona sobre las ruinas de la república, si olvidó al fin de sus dias el ejemplo de Washingthon, tan presente a su memoria en los primeros años de la independencia, si vencido en una lucha, en que habia sacrificado honra i gloria, murió acozado de dolor i de remordimiento, son cuestiones que mas tarde resolverá el juicio imparcial de la posteridad. Contentémonos, por ahora, con referir los hechos mas memorables de este hermoso período de la historia colombiana i esponer sencillamente el espectáculo de esa guerra fratricida, en que el principio democrático obtuvo toda la victoria contra los embates i violencias del despotismo.

La constitucion de Cúcuta habia asegurado a todos los colombianos el libre ejercicio de sus derechos sociales. No estaba sancionada la libertad de conciencia, pero la constitucion guardaba un silencio respetuoso sobre materia tan importante. El Estado como ser moral no tiene relijion; como ser político no puede dominar sobre las conciencias ni traspasar los límites del fuero esterno: el interno, libre e independiente, es individual i por consiguiente irresponsable.—La libertad del pensamiento no era absoluta, pero estaba organizada de tal modo, que la prensa llenaba casi siempre los objetos de su interesante mision. La tribuna tímida, inesperta se estraviaba de continuo en los campos estériles de la metafísica, sin dejar por eso de mostrarse grande i apasionada en la defensa de los derechos del ciudadano i de los intereses de la sociedad. La esclavitud estaba abolida, los títulos i mayorazgos suprimidos, i la libertad electoral garantida por el sufrajio universal i directo. Dos veces la urna cívica habia recojido los nombres de Bolívar i Santander para la primera i segunda majistratura de la república: Bolívar que simbolizaba la *unidad* como el jénio de la guerra i de la victoria, Santander que representaba la *administracion* como la capacidad práctica i ejercitada en el manejo de los negocios.

Colombia marchaba atrevidamente por el sendero de la reforma i de las mejoras sociales llamando la atencion de la Europa i conciliándose la estimacion de todos los amigos de la libertad i del progreso. Era un pueblo activo, enérjico, laborioso, lleno de fuerza, de vigor i de entusiasmo; dominado por el amor de la libertad, de la ilustracion i de la gloria: se creia grande, i lo era en efecto, porque habia conquistado su independencia i afianzado con sus victorias la independencia de los demas pueblos. Despues de quince años de reñidos i sangrientos combates, su ánimo inquieto no podia acostumbrarse a las dulzuras de la paz, i buscaba impaciente qué empleo dar a esa exhuberancia de vida i fortaleza que habia adquirido en la guerra de la independencia. Amaba apasionadamente la constitucion; pero veia en ella algo de incompleto, de ignoble, de vicioso que deseaba correjir i reparar. En el seno de la democrácia existian todavia fueros i privilejios que destruian virtualmente el dogma sagrado de la igualdad: ¿por qué semejante inconsecuencia despues de haber proclamado i reconocido este principio primordial de la república?—La paz entregaba los espíritus al estudio i exámen de los elementos de la ciencia social. La prensa combatia todo lo que no estaba de acuerdo con la existencia de la verdadera democrácia; i pedia animosamente la reforma del ejército, la estincion de los fueros i privilejos, la supresion de las facultades estraordinarias, terrible azote que amenazaba todas las cabezas i disipaba el amor i la confianza de los pueblos. La *Bandera Tricolor* preguntaba en su estilo enérjico i demagójico:—¿Se ha conseguido el grandioso objeto de la revolucion? Los enemigos de las instituciones democráticas han desaparecido completamente en los campos de batalla que ilustraron las armas colombianas?—No quieren los *vencedores* guardar para sí el poder i los fueros que arrebataron de las manos de los *vencidos*? No intentan formar una casta superior i privilejiada? A quien pertenecerá el poder público, al pueblo o al ejército, a la lei escrita o a la fuerza armada? Tales eran las graves i delicadas cuestiones que preocupaban a los colombianos en 1826.

Asi Colombia en medio de sus triunfos i acabando apenas de recojer los laureles segados en los campos de Junin i Ayacucho, vivia inquieta, sobrecojida con la perspectiva de un porvenir sombrío i amenazante. Los que en el tumulto de los combates habian vivido en completa independencia de la lei, i de las instituciones; los que se habian elevado al pináculo del poder i de la gloria, como otros tantos héroes i *semidioses;* los que habian pisoteado audazmente los blasones i escudos españoles como insultantes a la libertad i a la dignidad del hombre; los que habian

vencido, en fin, en nombre del pueblo, aspiraban a la dominacion jeneral i desdeñaban ese mismo pueblo que los habia elevado i engrandecido ¿Vendrán a combatir por su propia impunidad i supremacía personal? Llegarán a derramar sangre hermana por afianzar su poder i sus fueros individuales? Sí, la sangre correrá porque es necesario luchar todavia por la libertad i la independencia; la tierra no está aun purificada; la ambicion i las preocupaciones renacen por todas partes i promuevén el desórden i la anarquía, que producirán al fin el aniquilamiento i la muerte de Colombia.

Un dia el coronel Infante es arrastrado ante los tribunales de justicia i su cabeza cae bajo la espada inexorable de la lei. El ruido de esta ejecucion resonó hasta las últimas estremidades de la república i fué la señal precursora de la guerra civil. El jeneral Paez, citado a juicio por abusos de autoridad, levantó el estandarte de la rebelion i se negó a dar cuenta de su conducta. Los dos campos se establecieron desde entónces: en el uno figuraban todos los ambiciosos privilejiados, que habian ejercido i querian seguir ejerciendo las facultades estraordinarias: en el otro los partidarios de la constitucion i de la lei, los defensores de la libertad i de la igualdad, en una palabra, los hombres consecuentes que habian derrocado el cetro español para abolir todo pretesto de supremacía, de arbitrariedad i de injusticia.—El Libertador se puso a la cabeza del primer bando, el jeneral Santander a la cabeza del segundo; i la lucha comenzó con todos los furores, los escándalos i crímenes que mancharon las brillantes pájinas de la historia colombiana. La gran república se inmoló al triunfo de la democrácia: el jeneral Santander sufrió por ella todas las amarguras de la persecucion i del destierro, i el Libertador se apagó dejando una fama incierta, dudosa, cuestionable, por no decir marchita, oscurecida.

¿Que iba a ser de Colombia en tan críticos momentos? Iba a ser la presa de todas las pasiones políticas i de todas las iniquidades que han producido siempre el despotismo, la anarquía i la guerra civil; pero debia tambien ilustrarse con grandes i nobles sacrificios, el desprendimiento, la abnegacion i el martirio que honra i glorifica todos los principios.—Una juventud ardiente i apasionada, loca de entusiasmo par las doctrinas, en cuyo nombre se habia hecho la revolucion de 1810, debia volar a los campos de batalla en defensa de su libertad i de sus derechos, como sus padres habian volado a sacrificarse en honra de la independencia americana.—La libertad debia tener sus mártires como la independencia habia tenido sus héroes. Restrepo fusilado i asesinado en nombre de la dictadura *militar* debia morir con tanto valor i heroismo como la Pola fusilada i asesinada en nombre de la dictadura *rejia*. Las causas i los principios eran los mismos. La lucha de la independencia fué una lucha de redencion, una lucha de esperanza. El Americano queria tener patria, nombre, libertad, queria pertenecerse a sí mismo, abrirse un camino en la vida de las naciones i conquistar dignamente el puesto que la naturaleza i el derecho le habian designado. El colombiano adoraba la república porque la república es el réjimen de la lei i de la justicia sin la opresion ni la degradacion del individuo, porque es el réjimen de la igualdad sin fueros ni escepciones de ninguna especie, porque en fin es la lei de Dios i de la naturaleza que ha creado al hombre igual al hombre, i la república sola alza, eleva i levanta la frente del hombre a la altura de sus semejantes. Asi en 1810 i en 1826 las mismas causas i los mismos principios dividieron i armaron los brazos de los colombianos. Arriba los godos afiliados al lado de Bolívar, arriba los *independientes* colocados al lado de Santander.—En vano se intenta disfrazar el móbil de las pasiones humanas cambiándoles de nombre i vestidura: el tiempo clasifica todas las cosas i las coloca en el lugar que les corresponde. Los *godos* podrán llamarse conservadores o aristócratas, pero serán siempre *godos*: los *independientes* podrán apellidarse liberales, republicanos, demócratas, rojos, pero serán siempre los defensores de la libertad i de las instituciones. El pueblo reconocerá los viejos partidos i sus malas i buenas tendencias al traves de las nuevas denominaciones i de sus nuevas enseñas.

Ya la constitucion de Cúcuta ha caido, ya ha cesado el réjimen de la lei i de la justicia, ya han desaparecido a son de trompeta todos los derechos i garantías sociales. Una sola voluntad, un solo poder domina sobre el suelo colombiano. Los escuadrones i los batallones recorren i atraviesan la república proclamando i estableciendo la dictadura. La prensa calla, la tribuna desaparece, el sufrajio popular queda abolido, i Colombia se convierte en un vasto sepulcro donde no se oye mas que el ruido aterrador de las bayonetas. La instruccion pública se restrinje, la enseñanza se encadena. Benthan i Constant son desterrados de las escuelas como Voltaire i Rousseau fueron proscriptos de la república. Los municipios se degradan i se convierten en ecos serviles de bastardas ambiciones; la mayor parte de ellos usurpa la voz del pueblo i pide en su nombre lo que mas detesta el pueblo—un gobierno vitalicio, fuerte, omnipotente, radicado en la persona del Libertador. I como si las actas municipales no bastaran para violentar la opinion pública, ni las bayonetas fueran suficientes para doblegar su indómita voluntad, se prostituye el nombre sagrado de la relijion de Cristo haciéndola intervenir en las intrigas mundanas. Las mismas actas que proclaman i consagran el despotismo del Libertador, constituyen i proclaman la relijion católica como la relijion dominante del Es-

tado. I no se impone semejante servidumbre a la conciencia individual del hombre por amor a la relijion i a la conservacion del órden público, sino por engañar al pueblo i afianzar el poder del menor número i la usurpacion de los privilejios e inmunidades contra los intereses de la mayoría i la autoridad de la lei i de las instituciones. Asi todo el edificio levantado en Cúcuta desaparece: el árbol de la libertad regado i fecundado por la sangre de los mártires de la independencia se marchita i cae bajo el aliento fatídico de la dictadura militar.

Sí, el Libertador se proclama Dictador ¿Contra quién? dónde estan los enemigos, dónde los invasores? En los cuarteles? pero los cuarteles son sus amigos, son su apoyo ¿En los comicios? pero los comicios le han honrado con sus sufrajios i lo han elevado al rango supremo de Presidente de la república. Volvemos a preguntar ¿dónde estan los enemigos? En las instituciones, en la lei; en los principios que dieron vida a Colombia i muerte al réjimen español; en esos principios que abrieron camino a nuestras victorias, elevaron nuestro nombre i nos dieron patria i existencia; en las ideas que dispertaron a la América i la sacaron de su fatal letargo de tres siglos; en las esperanzas concebidas i burladas; en el amor de la libertad i del progreso; en la ilustracion que comenzaba i que debia conducir a los pueblos a sus mas altos destinos. ¿Dónde? En la prensa, en la tribuna, en el sufrajio popular, en el ejercicio, en fin, de los derechos sociales. Contra tales enemigos se asume la plenitud del poder, se levantan i organizan grandes ejércitos, i se declaran en estado de sitio todos los departamentos de la república.

¿Mas qué hará Bolívar para sostener su autoridad, legalizarla i darle una sancion pública? El poder de las actas municipales es efímero, transitorio; el poder de las bayonetas es odioso i detestado; el poder del pueblo es omnipotente, pero el pueblo no quiere la *dictadura*. No hai mas que un medio para salir del conflicto.—La reunion de una Convencion nacional; pero este medio es peligroso i Bolívar no echará mano de él sino a desesperacion de causa, i tomando todas las precauciones que suelen tomar en casos semejantes los poderes fuertes i suspicaces. Todos los departamentos yacen bajo la presion de las facultades estraordinarias; el réjimen colonial recupera toda su fuerza; el poder civil i militar se reune en una sola mano; los consejos de guerra se establecen en toda la república; la proscripcion, el destierro i la muerte amenazan a todos los hombres de corazon i de conciencia independiente; las urnas electorales se ven rodeadas de jendarmes; i los electores, forzados, como los *conscritos*, a sufragar a presencia de sus verdugos. I con todo ¡oh poder de la opinion pública! el partido liberal mandará a la Convencion de Ocaña los Representantes mas valerosos i esclarecidos del nombre colombiano.

La Convencion será rodeada de bayonetas, amenazada por protestas militares que irán de todos los departamentos. Bolívar se acercará, como una sombra aterradora, creyendo imponerla con su nombre i abrumarla con su poder. Pero en vano: la ilustre mayoría, firme i decidida, resuelta a inmolarse en las aras de la patria, se prepara a sacudir el yugo del opresor juzgándolo i condenándolo en nombre del pueblo. El conflicto es tremendo, la crísis espantosa ¿qué hacer para conjurarla? Seducir, corromper una parte de la representacion nacional, introducir la division i la discordia, aniquilarla por la desercion i por la apostasia, vencer, en una palabra, la mayoría por la minoría abyecta, venal i corrompida. La Convencion de Ocaña apareció i desapareció como un metéoro dejando abierto el camino de las deserciones a los partidos que no pueden vencer por el número, la inteligencia i el derecho (1).

Bolívar se hizo proclamar nuevamente Dictador. Las actas municipales i los cuerpos del ejército le confirieron nuevos poderes; i la persecucion i la tiranía volvieron a organizarse con una fuerza i un carácter que no habian tenido en los primeros momentos: los calabozos se abren, los presidios se llenan de víctimas, i el espectáculo sangriento del patíbulo sobrecoje de espanto a todos los pueblos. Colombia conoció entónces, que tenia que haberlas con un tirano dispuesto a sacrificarlo todo a su desmesurada ambicion. Las almas ardientes se exasperan i juran venganza; la ajitacion i el furor llegan a su colmo; los clubs se organizan; las conspiraciones se arman. Unos predican la doctrina del suicidio como el único recurso contra las calamidades públicas; otros mas valientes i animosos presentan el tiranicidio como un principio lejítimo. *El Catón de Utica*, monólogo de Vargas Tejada, glorifica la muerte voluntaria como el supremo amor de la libertad i de la patria. El poeta parecia presentir su triste destino. En medio del delirio causado por la desesperacion, los espíritus exaltados comienzan a entrever la imájen del puñal i a murmurar sordamente el nombre de Judit, Débora i Bruto. La Biblia habia deificado en cierto modo a la bella i seductora asesina de Holofernes: la antigüedad habia consagrado una especie de apotéosis a la abnegacion, a la virtud, al patriotismo de Bruto. El pasquin Romano alentaba diariamente el valor del hijo de César: *Tu duermes, Bruto, i la patria jime en servidumbre*. El pasquin hacia los mismos oficios en la capital de Colombia. La juventud se embriagaba con los recuerdos históricos. Tito Livio traia a su memoria el valor i el patriotismo del primer

(1) La Convencion se disolvió por la desercion de treinta i cinco diputados a quienes se dió el nombre de *Persas*. La mayoría no pudo continuar sus trabajos por falta de número.

Bruto. Plutarco habia ceñido de una corona inmortal el nombre de los Gracos. Salustio, Ciceron, César mismo habian fulminado los rayos de su elocuencia contra la tiranía. *Dulce i glorioso es morir por la patria*, decia el Orador Romano(2). ¿Quién no admira en Camma el dolor sublime de la patria esclavizada? Quién no lee sobre la sien pura i virjinal de Carlota Corday la noble indignacion de la virtud i del patriotismo? Asi Colombia presentaba en esos momentos la imájen de un pueblo exaltado e inflamado por el amor de la patria. Se hubiera dicho que un soplo de la Francia de 89 habia recorrido el suelo colombiano i derramado en su seno el jérmen de la libertad i de la igualdad. Pero la pasion no se detiene jamas en los límites debidos i marcha audazmente por el triste sendero que le abre el destino. ¿A dónde se precipita esa juventud ciega i temeraria? hasta la muerte, hasta el parricidio. Bolívar, el padre de la patria, está juzgado i condenado. Cada miembro del club cree tener la mision de libertar a Colombia i de vengar, como Bruto, las deplorables iniquidades de que ha sido víctima. Así apareció la horrible i funesta noche que debia cubrir de luto i espanto a la América del Sur : el 25 de setiembre de 1828 los conspiradores se encaminan a palacio en busca del *Tirano* i el *Tirano* se salva cubierto por el manto de la Samaritana.

Bolívar comprende entónces su misterioso destino i la proximidad de su caida : ya no es el Bolívar, ídolo del pueblo, a cuya voz poderosa se levantaban lejiones de hombres armados i corrian presurosos en pos de la muerte i de la gloria. Adios prestijio, adios jénio, adios secreto don de gobernar a los pueblos : su cabeza se estravía en medio de la tempestad, su corazon grande i valeroso decae i desfallece. Quisiera arrojar de sus sienes la diadema que ha usurpado : quisiera devolver a la patria sus dogmas sagrados i favoritos por recobrar el amor i confianza de Colombia. Dichosos los dias de la independencia, en que los peligros i los sacrificios habian elevado su fama pura e inmarcesible al nivel de Washingthon. Tanta gloria, tanta grandeza habian desaparecido con el humo de las batallas. Bolívar no es ya bastante fuerte para detenerse en el camino de la tiranía. Sus tenientes le empujan i le arrastran apesar de *él*. Los pretorianos se han apoderado ya de la urna electoral; ordenan i deciden arbitrariamente de los destinos del pueblo. Asi Bolívar sobrecojido, espantado no sabe que alimento dar a su espíritu cansado e indeciso. La plenitud del poder que ejerce no satisface ya su corazon desgarrado por los pesares. La guerra civil lo desespera : sus amigos, sus conmilitones levantan lanzas contra él, i perecen sentidos i bañados en las lágrimas del pueblo. Padilla sube al patíbulo, la frente erguida i orgullosa, con que en otro tiempo habia asaltado i combatido la Escuadra española; Córdoba, el ínclito Córdoba, muere asesinado en medio del combate; i Santander lleva al destierro un nombre eminente i los aplausos de sus compatriotas. Si al ménos Bolívar pudiera encontrar enemigos estranjeros i consolarse con nuevas victorias; pero la suerte infausta le niega aun esta última esperanza. Mientras que el ejército del Perú holla con planta osada el territorio de Colombia, el traidor Obando lo detiene al pié del Juanambú, i Sucre victorioso recoje solo los laureles de Tarqui. El Dios de la Justicia premia las virtudes del héroe sin mancha.

La paz nacional se restablece bajo los auspicios del Libertador. La guerra estranjera está concluida, las facciones internas domadas, los caudillos dispersos o inmolados. ¿Qué hará entónces para seguir ejerciendo el poder dictatorial? Tentará de nuevo la excelsa prueba de las Asambleas? Buscará segunda vez el voto severo de la representacion nacional? El sabe que todo poder, por arbitrario que sea, tiene que apelar a esta fuente primitiva, sin la cual nada hai lícito ni lejítimo en la vida de los pueblos. Se violentará el voto de los ciudadanos, se repetirán las escenas escandalosas del año 28; pero el resultado será siempre funesto i contrario a las miras del Usurpador. El Congreso *admirable* se reunirá en Bogotá, dará una constitucion liberal, i elejirá un majistrado tan liberal como la constitucion ; pero este será el último esfuerzo de Colombia, su última gloria. Allí terminarán su nombre i su grandeza, sus combates i sus victorias, su marcha i sus progresos.

La *Democrácia* habia triunfado de la espada de Bolívar para morir ahogada en los brazos de sus pérfidos tenientes. El Héroe abandona la capital i se refujia en las playas de Santa Marta; i allí, en medio de una lenta i dolorosa agonía, oye el ruido pavoroso de la guerra civil. En vano ruega i clama en nombre de Colombia : Colombia ya no existe : ese gran nombre se apaga i oscurece como el jénio que la habia creado. Paez levanta su trono en Venezuela, i el triste i desheredado Ecuador se convierte en patrimonio del Jeneral Flores. Solo Sucre, el inmortal Sucre, el héroe por excelencia, ese tipo de moderacion, de virtud i de patriotismo viene a morir injustamente en la sombría i tenebrosa caverna de Berruecos, i Berruecos no es la última palabra todavía : el sepulcro de la gloria i del nombre colombiano está en Santa Marta. Bolívar, al ruido de tanto crímen i de tanto escándalo quiere abandonar el suelo de la patria. ¿Pero a dónde irá que no lleve el sentimiento de sus desgracias i la vergüenza de sus pasados errores : ya no es el símbolo de Colombia, la imájen augusta de la independencia, el Washingthon de la América del

(2) Se hacian alusiones a varias épocas de la historia en impresos que circulaban clandestinamente en la capital i en algunos departamentos.

Sur. César desprestijiado i vencido quisiera huir de la vista de los hombres, huir de sí mismo ¿A dónde irá? A la tumba, descanso eterno de una vida ajitada i tempestuosa, grande por sus virtudes, grande por sus sacrificios, grande aun por sus faltas, i sus sufrimientos. Hé ahí la última palabra. Bolívar i Colombia desaparecen. Una misma capa de tierra cubre los restos del guerrero victorioso i de su hija predilecta. La posteridad olvidará los errores del grande hombre, i le levantará estátuas; pero Colombia no volverá a *ser* sino cuando la patria de Bolívar i de Sucre esté purificada i libre de toda servidumbre, por que Colombia es la democrácia, i esta no tiene fé en los hombres de espada, que tantos males han hecho a la América del Sur.

Así terminó la epopeya de Colombia, bella i sublime como un canto de la Iliada. Victorias asombrosas; sacudimientos estraordinarios; transformaciones súbitas i maravillosas; el paso de la esclavitud a la libertad, este supremo bien de la especie humana; lucha inmensa entre el poder i la idea, entre el hombre i el principio; grandes virtudes al lado de grandes miserias; la sublimidad del jénio i el polvo del egoismo; la gloria i la postracion; la virilidad i la fuerza de un pueblo nuevo i la decrepitud i los vicios de un pueblo viejo; de una parte el valor i el heroismo, de otra la adulacion i la cobardía; lo que eleva i lo que degrada; el martirio, la espiacion i el cataclismo. ¡Adios Colombia! tus hijos no te olvidarán jamas.

P. M.

Las sociedades hispano-americanas.

Contestacion a un *Comunicado* de D. José María Aguilar i Sanchez, publicado en *La América* del 8 de Abril de 1860.

Dos clases de hombres han sido hasta hoi los ajentes de los males que padece la América española:—los cobardes i los temerarios. En todas partes se les encuentra conteniendo o precipitando el progreso, trayendo las oscuridades del absolutismo o las confusiones de la licencia, produciendo siempre las colisiones de la desarmonía.

No se recorre una hoja de la historia de estas sociedades sin hallar a la cobardia o la temeridad torturando la verdad, calumniando la libertad, desacreditando la república i gastando sin fruto alguno el vigor, la voluntad, la accion social;—para gritar despues que todo lo pierde nuestra incapacidad, que ha hecho de la luz i la justicia, del derecho i el bien una plaga desoladora que no ha dejado creencia con vida.

En el primer momento hai angustia, duda, incertidumbre, desaliento; pero pronto, volviendo con fé, imparcialidad i sed de verdad sobre los hechos, la perspectiva cambia de súbito i la calumnia o el error se disipan i la claridad despunta de nuevo en los horizontes de lo porvenir.—Entónces se comprende que el mal que se creia crónico, resultado de un vicio orgánico del cuerpo social, es mas aparente que real, es transitorio i tendrá que desaparecer en el instante mismo que todo recobre su centro, viva, crezca, se desarrolle, obre segun sus leyes propias; rompiendo así con el imperio sin contrapeso del capricho de unos, de la especulacion de otros, de la ceguedad de estos, de la ignorancia del mayor número.—El mal de la América española es el desequilibrio de sus elementos de existencia, fuerza i accion, es ese ir i venir sin transicion, sin preparacion, a la ventura. En estas sociedades no hai incapacidad, hai ausencia de cordura; no hai impotencia, hai volubilidad; no hai perdicion, hai estravío.

Hé aquí lo que no quieren o no saben comprender los ateos del progreso que, incapaces de levantar su intelijencia a las grandes concepciones, tienen atadas las alas del pensamiento, envueltas en torno de los ojos las vendas del pesimismo i cerrado el corazon a la fé!

Ven el acontecimiento de hoi, la desgracia del momento, nunca lo que tras ellos tiene que venir. Reñidos con el presente, desesperando del porvenir, se echan en brazos del pasado, que hermosean con cuantos oropeles les presta la imajinacion. Todo es recuerdos al tiempo que pasó, al puerto dejado atras. Es un ditirambo que raya en salmodia, un entusiasmo que causa pena, una desesperacion que hace reir. Bañado el rostro en un cómico llanto, piden incesantemente a la sociedad que no camine, que no mire hácia adelante, que no viva para el cambio, para la reforma, sino para la inmovilidad, la conservacion, el retroceso. Cada paso que dá la sociedad, cada empresa que acomete, cada verdad que conquista, cada vicio que desarraiga, cada bien que obra, cada virtud que levanta, los hacen temblar.—Su gran tarea consiste en buscar sin descanso la debilidad que desencanta, el dolor que desalienta, la llaga que repugna, para ponerlos de relieve en todo su sombrio colorido, en toda su fea realidad, i poder repetir a los pueblos aquellas palabras que en forma de inscripcion encimaban la puerta del infierno dantesco:—

Lasciate ogni speranza voi ch'entrate.

Pero no: no son los pueblos que alientan una poderosa voluntad, que persiguen su salud i su rejeneracion sin fatigarse con el obstáculo, sin miedo por el precipicio que finje la cobardia, sin escuchar las profecías de la incredulidad, los désahogos del vencido; los que deban abandonar toda esperanza: son los que engañados i muellos se detienen a la mitad de su jornada.—Esos pueblos han perdido la fé en sí mismos: ya no son nada.

A la primera categoría pertenecen felizmente las naciones hispano-americanas. Por eso es que nada ha sido parte hasta hoi para alejarlas de la senda en que una vez se comprometieron. Pasiones, resentimientos, odios, exajeraciones, egoismos, cálculos, se chocan, se reunen, se mezclan, se condensan i por último caen sobre su cabeza; pero sin suceso. Ellas marchan, mal o bien, pero marchan, tras la verdad que presienten.

¿Qué puede en esta situacion enjendrar i mucho ménos justificar un absoluto desconsuelo? El progreso no es la obra de un dia. No hai nacion que haya llegado a constituirse sobre sólidas bases, a tener estabilidad, libertad, paz, una personalidad, sin haber apurado ántes todas las amarguras del ensayo, todas las caidas de la inesperiencia, sin haber visto en mas de una ocasion desconocido su derecho, dejenerada su justicia, mancilladas sus mas santas verdades. — La Inglaterra, ese arsenal de argumentos para liberales i retrógrados, de cuántas tempestades no ha sido azotada para alcanzar las libertades de que disfruta. De Juan sin Tierra a Jorje II cuántas dominaciones no ha soportado, cuántos océanos de sangre i odio, de anarquía i absolutismo no se ha hallado en la precision de atravesar para dar consistencia, vigor i realidad a su parlamentarismo, para desarrollar su autonomía.

Pero se dice : — la América era mas próspera, mas feliz como colonia de la España, que como continente independiente i soberano. Bajo la dominacion colonial no habia motines, asonadas, revoluciones; no habia conspiradores de oficio, leguleyos intrigantes, sableadores ambiciosos; se podia fiar en el dia siguiente; no habia prensa que desparramara por la sociedad la subversion, que hiciera pública la concusion del majistrado, la crueldad del mitero; no habia una tribuna en que la masa social hiciera oir por el órgano de sus representantes lo que deseaba, lo que esperaba, el vicio que la degradaba, el dolor que la aquejaba, la violencia que se la inferia. Era necesario llevarlo todo en paciencia. ¿Qué mas podiamos exijir nosotros los colonos que un sueño tranquilo, una subsistencia barata i *vivir en un santo temor de Dios*?

La independencia, la soberanía nacional, la libertad del pensamiento, la inviolabilidad de la conciencia i de la palabra, la muerte del monopolio, la libertad del comercio, nuestros puertos abiertos a las naves de todo el mundo, a la inmigracion de todas las razas, a la invasion de todas las ideas, a la introduccion de todas las industrias ¿qué valen al lado de los suntuosos monumentos, de las universidades, de las academias, donde el teólogo inquisidor, el retórico desgreñado, el poeta bucólico, el escritor seráfico, el pensador sin ideas libraban discusiones en latin sobre algun testo de la biblia, algun precepto de Horacio, la cadencia de un verso, la construccion de una frase o el mejor medio de armar un buen silojismo? Esas academias no podian ménos de ser focos de luz i de ciencia, de dignidad i verdad; de su recinto no podian dejar de partir en efluvios portentosos las altas esperanzas i las grandes aspiraciones. ¿Qué libertad no amparan, no siembran, no fecundan en el corazon de un pueblo los catecismos de Ripalda i los colejios de jesuitas, las magníficas catedrales i los tribunales de la inquisicion?

No nos admira que a mediados del siglo XIX se sustenten todavia tales doctrinas : ¿qué no aconseja el despecho? Lo que nos admira es que con su amparo se quieran combatir errores, rectificar las ideas de la Europa respecto de la América española. Esto arguye ceguedad, presuncion o mala fé. Sostener que el coloniaje valia mas que la independencia, la esplotacion del débil por el fuerte que la igualdad de ambos ante la lei i la justicia, es cosa que repugna a la razon i lastima el buen sentido.

Sin embargo asi ha sucedido, i es un americano el que en esta tarea se aventura.

Vamos a seguirlo en su empresa.

II.

Empieza el señor Aguilar i Sanchez por sostener que el coloniaje no fué para Méjico, su patria, ni ignorancia ni opresion. Esto lo prueba negando redondamente ambos cargos: flaca argumentacion a la verdad, con la que no hace mas que poner de manifiesto su impotencia. ¿Cómo sostener tampoco de otra manera que el sistema colonial no fué opresivo, cuando está ahí la monstruosa *Recopilacion de Indias* para testificar lo contrario? ¿Se puede decir que el coloniaje no tuvo para Méjico nada de opresor, cuando se le vé rejido como al resto de los dominios castellanos en América por ese código, hacinamiento confuso de leyes, de decretos, de reales cédulas en que para nada se tomaba en cuenta la manera de ser de los americanos, sus necesidades de civilizacion, de prosperidad, de bienestar; en que faltaba hasta la compasion; en que se desconocia a toda una raza el derecho de pedir garantías para su vida, para su propiedad, para su trabajo; en que se legalizaban las arbitrariedades del majistrado, los atentados del hombre de espada, los abusos del sacerdote; en que no dominaba otro espíritu que esclavizar para esplotar mejor? Se encuentra de vez en cuando en él, como una perla de rico oriente sumida en un lodazal, uno que otro estéril destello de conmiseracion. Pero, en jeneral, ese código parece dictado por la avaricia i escrito por la rapiña. Ese código no es la espresion de las aspiraciones de una sociedad, de sus esperanzas, de sus deseos; es la negacion de toda humana dignidad, es una conspiracion legalizada, consagrada contra los fueros de millares de seres intelijentes i libres. — O el señor Aguilar i Sanchez no ha leido la historia de la colonia o la olvida de propósito. Solo así es posible comprender a medias su pretension

de sacar incólume de toda opresion el sistema colonial.

Esto por el lado de la opresion.

Ahora por el de la ignorancia, aunque se detiene mas a combatirla, aunque ya no se limita a negar, su argumentacion no es mas feliz. Suponer que la ilustracion es compañera de las academias i las universidades, es llevar su influencia hasta donde nunca ha ido. Si en el dia que su organizacion es mucho mas vasta, si en el dia que pueden encerrar en su círculo todos los grandes intereses de la sociedad en ciencias i letras, en política i sociabilidad, su influencia pasa casi desapercibida en el desarrollo intelectual de la masa social, ¿cuál seria esta cuando se veian de todas partes estrechadas, cuando las esferas de su accion, de su vida i su actividad se hallaban comprimidas en todos sentidos, no podian apartarse de cierto órden de investigaciones, meditaciones i controversias?—Las universidades i las academias son soles que no fecundan, estrellas sin brillo, flores sin perfumes; son como esos instrumentos cuyas suaves notas nos encantan, nos arroban, nos mecen en un mundo de muelles armonías; pero que no golpean el corazon, no levantan la intelijencia ni comunican los estremecimientos del entusiasmo.

No son, señor Aguilar, las universidades i las academias, los teólogos i los juristas, los poetas i los literatos, los matemáticos i los arqueólogos, los políticos i los moralistas, los historiadores i los biógrafos, los escultores i los arquitectos, los pintores i los mecánicos, los que forman absolutamente la ilustracion de un pueblo como Vd. lo pretende. Qué nobleza mas instruida que la rusa? qué eminentes estadistas, qué poetas tan varoniles, qué novelistas tan orijinales, qué diplomáticos tan consumados no ha producido el imperio de los Czares! I sin embargo, la Rusia es un pais semibárbaro, porque si los boyardos todo lo saben, el pueblo nada sabe, porque si los boyardos viven en pleno siglo XIX, el resto de la nacion permanece aislada del movimiento que el roce con las naciones cultas, la comunicacion de sus ideas, de sus usos, sus costumbres, sus libros i sus diarios ha impreso en las clases privilejiadas.

Un sistema social i político propende a la ilustracion de los asociados cuando derrama la instruccion sin distincion de clases. Ni las universidades, ni las academias, ni los colejios cumplen con ese deber. Al contrario, hacen de la instruccion un privilejio, el patrimonio de unos cuantos, i dejan a la masa social completamente desheredada de sus beneficios. En toda la América española abundan en este momento los hombres en el camino de las distinciones, los títulos i los diplomas universitarios; ¿i bastaria este solo hecho para sostener nuestra ilustracion? Sabe Dios si seria un argumento en contrario. No se cuenta una sola capital americo-hispana que no posea su universidad. En varios de estos estados se las encuentra hasta en las capitales de provincia. Pero, rara coincidencia! donde las universidades sobran, las escuelas faltan, donde los doctores en leyes son casi una plaga, una epidemia, llueven, granizan, el pueblo no existe, está supeditado, comprimido, anulado, ahogado por la masa bruta.—El señor Aguilar i Sanchez lo sabe tan bien como yo i acaso mejor que yo.

¡El sistema colonial favoreciendo la ilustracion! ¿cómo, cuándo, de qué manera? Seria negando al estranjero la residencia en nuestras ciudades? Seria prohibiendo la introduccion i venta de todo libro, fuera de devocionarios?—i esos con permiso de la autoridad (1)? Seria sumiendo en los calabozos de la inquisicion al temerario que se permitia leer a Rousseau o a Voltaire, a Montesquieu o a Becaria? Seria propagando entre el pueblo el odio a todo lo que no era español? Seria haciendo imbéciles en vez de hombres? Mal haya de semejante ilustracion! I es el señor Aguilar i Sanchez el que nos trata de ignorantes? La ignorancia no es nuestra, es suya.

Al aseverar, como lo hacíamos en nuestro primer artículo sobre las sociedades hispano-americanas, que la América tenia durante el coloniaje «encorvada su alma por la ignorancia i su cuerpo por la cadena del esclavo» no hemos procurado confeccionar *una figura poética* ni cedido a *un arranque de la imajinacion*, hemos apuntado un hecho que confirma la historia, que respira en cada una de sus disposiciones la lejislacion de Indias i de que se encuentra la huella aun en el dia en casi toda la estension de este continente. La España misma lo confiesa. Lea Vd., señor Aguilar, a cualquiera de los jóvenes escritores españoles de la época i hallará Vd. testificadas las apreciaciones nuestras que tanto le escandalizan. ¿Qué quiere Vd?.... la jeneracion presente no ha nacido para escribir panejíricos al pasado, para dorar sus vicios, justificar sus preocupaciones, santificar sus crímenes i hacer de la historia i de sus fallos la espresion de la parcialidad embustera. Otra es su mision, i los injénios castellanos la cumplen como leales i como buenos.

Tampoco ¿por qué no hacerlo? Por acaso la España de hoi que trabaja, persevera, sufre i lucha por una causa casi idéntica a la nuestra; que busca, como el mundo de Colon, una solucion al problema de su rejeneracion; que hace la guerra a errores, opresiones i vicios comunes a la raza latina en ambos continentes, tiene que responder de este lado de los mares por lo que combate del otro?—De cierto que no, i torpe andaria el americano español que semejante cargo formulara.

III.

Siempre en su manía de sacar sano i salvo al coloniaje, entra el señor Aguilar i Sanchez

(1) Leyes del tít. 24, lib. 1.º de Indias, citadas por el señor don José Victorino Lastarria.

a negar que la virilidad de que dió pruebas la América española al lanzarse a los campos de batalla en reivindicacion de su soberanía, no fué el resultado de la necesidad de independencia. ¿Nos podrá decir, el señor Aguilar i Sanchez, cuál fué entónces el móbil de esa lucha homérica en que se empeñaron estos pueblos? Cómo se esplica esa armonía en el propósito que dominaba de un estremo al otro de las colonias? Cómo que la misma palabra fuera pronunciada, la misma bandera enarbolada de Méjico a Chile?

Pero el señor Aguilar i Sanchez se apoya para dudar de la rejeneracion de la sociedad hispano-americana por obra de la independencia, en que hai razas independientes que no son razas rejeneradas. Esto es argumentar como se quiere, mas no como se debe.—¿De dónde deduce el señor Aguilar i Sanchez que nosotros establecemos como consecuencia precisa, necesaria, fatal de la independencia, la rejeneracion? Lo que hemos dicho ha sido que la independencia abrió el camino de su rejeneracion a la América española. Hemos certificado un hecho, no hemos establecido una lei como antojadizamente lo supone el señor Aguilar.

Asi es que toda su argumentacion en este punto es falsa como la base de que parte i no merece que la tomemos en cuenta.

¿Que no nos habrá comprendido o no querrá comprendernos el señor Aguilar i Sanchez? Pregunta es esta que nos hemos hecho mas de una vez leyendo su artículo. No hallamos otro modo de esplicarnos las contradicciones que se imajina encontrar en nuestras opiniones.

Oigámoslo disertar.

IV.

Los pueblos americanos olvidaron, decíamos nosotros, que si la independencia es rápida como la fuerza, la libertad es lenta como la costumbre, que si la primera se conquista, la segunda se adquiere, i que de este olvido han nacido sus males pasados i presentes, sus dudas, desilusiones, fluctuaciones i caidas.»

Estas palabras cree el señor Aguilar i Sanchez que nos obligaban a censurar a los pueblos hispano-americanos por haber pasado sin transicion de la independencia a la república i la democrácia. Pues él i todo el que tal cosa piense se engañan. Esto a lo que nos obligaba lójicamente era a manifestar el error que, fuertes con las funestas consecuencias de un estravío, han querido elevar a la categoría de verdad los pensadores sin ideas i los observadores sin vista.

La república ha sido prematura, dicen, porque desde que fué proclamada los conspiradores i los demágogos, los especuladores i los ambiciosos, se han dado cita para soplar en los volcanes del odio, para revolver los lodazales del egoismo, para llevar a los hogares la alarma o la corrupcion, para mancillar la justicia, prostituir el derecho, levantar a la categoría de pueblo soberano a turbas frenéticas de rapiña, ebrias de sangre i vino, a cuya cercanía la honradez se estremece, la propiedad tiembla i cuanto hai de digno en la sociedad huye a ocultarse.

¿Dónde está aquí la república verdadera, la democrácia pura? Conspirar, estraviar, ambicionar, especular, engañar, concitar al haragan contra el hombre laborioso, al gañan contra el capitalista, al patan contra la intelijencia es hacer república i democrácia? Matar toda personalidad social, toda dignidad individual, perseguir todo noble propósito, toda opinion desinteresada; reir de la abnegacion, del patriotismo, de la buena fé, ¿cuándo ha sido la obra de la república ni la democrácia?

¿Qué es la república? Discusion.

¿Qué es la democrácia? Justicia.

¿Dónde está la discusion, dónde la justicia en este continente desencadenando los torrentes del odio? En parte alguna. Entónces ¿cómo podríamos darlas sin calumnia por causa de la instabilidad, la confusion i el caos que reinan por donde quiera?

Su causa, señor Aguilar i Sanchez, es bien diversa, i si usted hubiese leido nuestro artículo que impugna, con calma i un poco de buena fé, la habria encontrado en él en toda su claridad. Pero es que miéntras nosotros hacemos estribar, como usted lo dice mui bien, en ambas la libertad, usted quiere hacerlas el maljénio de estas sociedades, la simiente funesta que la calaverada de un momento derramara en toda su estension. Por eso cuando presentamos el lado sombrío del cuadro de nuestra situacion, usted se complace, se regocija, se entusiasma, bate las palmas contemplándolo. La causa de todos los trastornos, contrariedades, fluctuaciones, caidas i aun retrocesos que han venido marcando cada jornada de nuestra ya bien larga peregrinacion, es el antagonismo perpetuo, de cada hora, de cada momento, entre el pasado colonial i el presente republicano, entre ese pasado que era opresion, ignorancia i este presente que debe ser libertad e ilustracion; entre el principio de autoridad que forcejea por no rodar a la sima en que tendrá que hundirse, i el principio liberal que sostiene a pié firme el terreno que ha sabido conquistarse con la espada, i que pide espacio, paz, discusion para incrustarse en el corazon de estos pueblos.

Interroguense todas las revoluciones por que la América ha pasado i se verá que cuando no son las maquinaciones del absolutismo las que las han producido, ha sido su compresion i sus desafueros, han sido sus insultos a la república, sus atropellos a la justicia, sus negaciones del derecho, su temerario empeño de contener, de dejenerar toda esperanza, topa aspiracion, todo deseo i todo brio social; su empeño perseverante, su conspiracion en permanencia contra la idea salvadora—la idea democrática!

En esta situacion nada es mas natural que la

razon comprimida se trueque en pasion, que la creencia combatida se trueque en fanatismo, que a la discusion suceda la polémica i que tras el torrente contenido venga la inundacion. No son los soldados de la libertad los que rompen el equilibro, exacerban las almas, irritan las conciencias i traen el delirio, el vertigo, el paroxismo, son los hombres del pasado, los cobardes del progreso los que en nombre de mentirosas necesidades quieren estorbar la corriente de civilizacion que empuja al mundo Americano.

Si hai en América producciones calenturientas de cerebros irritados por la fiebre de las pasiones, es porque hai traidores a la democrácia i la república que no cesan de tramar en contra de los pueblos, de despedazar su corazon, de calumniar sus intenciones, de comprimir su intelijencia i entrar en sus derechos como en pais conquistado.

Respétese la autonomía social, no venga el principio de autoridad sin lei ni freno a contenerlo todo, enjendrando asi la temeridad, no venga la fuerza bruta a sobreponerse sobre la fuerza intelijente, la voluntad de unos cuantos sobre la de la totalidad, i la América será salva.

Mientras ese momento llega, que llegará! nos fia Dios i la justicia! huyamos de los hombres agriados por la lucha i la derrota, no escuchemos sus vaticinios i trabajemos i perseveremos en el buen camino, sin miedo por los eclipses momentáneos de la verdad que solo deben espantar a la preocupacion i la ignorancia; i pidamos al cielo que nos libre de rectificaciones que son un desahogo, un brusco ataque, una condenacion irreverente a toda una jeneracion de héroes, de mártires i de patriotas, ante cuyo recuerdo deben enmudecer los lábios del odio i descubrirse todas las cabezas.

Justo Arteaga Alemparte.

La eleccion de una carrera.

PUNTO FINAL.

Señor don V. Peralta.

Paisano i señor mio:

Siempre constante en el propósito de evitar que el primojénito de Vd., a quien estoi queriendo, pueda verse alguna vez envuelto en los peligros que indefectiblemente trae consigo el estudio de la terminolojía económica, voi a tomarme la confianza de añadir algunas lijeras observaciones a las que tuve el gusto de hacerle en mi anterior comunicacion. La premura del tiempo no me permitió consignar en ella sino un pequeño número de los estravios mentales que de ordinario afectan a los que se consagran a ese estudio; i aun cuando no es mi ánimo bosquejarle a usted el cuadro por entero en la presente carta, creo sin embargo conveniente darle a conocer algunos síntomas que entónces omití i que por su naturaleza valen la pena de que se les mencione.

La locura económica es sin disputa una enfermedad que presenta fenómenos orijinales, dignos bajo muchos respectos de que la medicina les preste una seria atencion. Usted habrá notado que en los casos comunes de enajenacion mental sucede casi siempre que el paciente adquiere una aversion instintiva a los objetos que fueron orijinariamente causa de su locura, i que si bien es verdad que su imajinacion está constantemente preocupada por ellos, no lo es ménos que esta preocupacion enjendra mas que otra cosa sentimientos repulsivos. Así, el que se vuelve loco de celos odia a las mujeres; el que pierde su juicio despues de fatigarlo en la contemplacion de los desengaños de la vida, huye de sus semejantes i busca con afan la soledad, i el que finalmente debilita su cerebro en la investigacion de la verdad filosófica, relijiosa o matemática acaba por entregarse a una triste decepcion, creyendo que todo es utopia o mentira.

Al loco económico le sucede precisamente lo contrario. No bien han empezado a gastarse sus facultades con las contradicciones de la supuesta ciencia a que se ha consagrado, cuando ya se desarrolla en él una ternura apasionada que indentificándolo con los principios de la Economía, haciéndole por decirlo así vivir con su aliento, lo induce a mirar los intereses de esta como si fuesen sus propios i particulares intereses. Dígale usted que tal proposicion importa un error, que tal teoría envuelve un absurdo: el ecónomo-maniático saltará sobre Vd.; si Vd. es clérigo le dirá monigote, si médico, mata-sanos, si abogado, tinterillo.

I no parará en esto su furor. Recordando a todos los autores, cuyos nombres haya visto figurar en los catálogos, los apostrofará familiarmente para que salgan de sus sepulcros i les aconsejará que una vez salidos v uelvan otra vez a encajarse dentro a fin de no presenciar el desacato que está cometiendo Vd., pobre bergante para quien no se hicieron los arcanos de la prestidijitacion. Mas, como es probable que los autores no hagan caso de tal llamado, tanto mas cuanto que se les quiere hacer jugar a las escondidas como a las estátuas del Don Juan Tenorio, nuestro economista dará por resuelta la cuestion, en representacion de los finados, i le dirá a usted vanidoso, presuntuoso i todo lo demas que se le venga a mientes.

Porque este es sin disputa uno de los carácteres de la enfermedad de que me ocupo. El loco, en su rol de economista, cuyos despachos se ha tirado él mismo, debe saberlo todo, tener voz i voto en cualquiera cuestion de su ramo, desde que ha estudiado a Say que todos hemos estudiado i leido, a Bastiat o a Coquelin, que todos hemos leido. A él nadie puede atribuirle vanidad, ni presuncion: es

un sacerdote ejipcio que habla con los Dioses i que deja entrever al profano vulgo los misterios de la ciencia; pero si otro que él aventura un juicio que discrepe en algo de sus propias opiniones, ese es un casquivano presuntuoso que se mete a camisa de once varas, que habla de una materia que no entiende, que invade en fin el sancta-sanctorum de la Economía política, en donde solo pueden tener vela los de misa, i uno que otro motilon para que sirva de acólito.

Ya se deja ver de qué parte están la presuncion i la vanidad en este caso; sin embargo Vd. notará siempre que miéntras mayor es la posesion que el monómano tiene de su suficiencia, miéntras mas competente se considera para dogmatizar sobre la materia que lo preocupa, mayor i mas audaz es la fatuidad que él atribuye a los que invaden los dominios económicos, que mira como el esclusivo patrimonio de su caletre.

Es natural que esta personificacion de *la ciencia* (nombre convencional) le haga mirar los anónimos con horror instintivo, porque al fin, ¿cómo se ha de poder discutir racionalmente una cuestion si no se sabe el nombre del sujeto a quien se quiere refutar? Si la Economía politica dejó ya de ser un ser moral para tomar las piernas i la encarnadura de un hijo de vecino, poca hidalguía ha de haber forzosamente en aquel que la impugne bajo el cómodo velo del anónimo. Seria un solisma sostener que ella es una abstraccion, una serie de ideas, puesto que viste de tal modo, calza de tal otro i vive en la calle cual, casa número tantos.

No ménos pronunciada es la animadversion que nuestro loco profesa a las caras sin patillas. A su juicio, es imposible que un *imberbe* pueda hacer otra cosa que golpear en la herradura, sin dar jamas en el clavo; i a semejanza de los barberos, que solo hacen saludos i dan muestras de deferencia en donde encuentran algo que afeitar, el personaje susodicho le mirará a Vd. los cachetes veinte veces, siempre que emita una opinion, a fin de cerciorarse sobre si hai o no en ellos mérito bastante para parar la atencion en lo que Vd. ha dicho.

Monómanos he conocido que dejándose llevar demasiado léjos por las influencias de esta preocupacion, han llegado a creer que los chibatos estaban dotados de brillantes dotes naturales para poder profundizar los arcanos de la ciencia económica; i de deduccion en deduccion i de raciocinio en raciocinio han avanzado hasta el punto de imajinarse que una propaganda bien sistemada de aquellos ciudadanos podria estinguir la esclavatura en Norte-América, asi como economistas ménos barbudos han conseguido estinguirla en otras partes.

Porque ha de saber Vd. que ya no son las influencias civilizadoras del cristianismo, ni las doctrinas políticas sobre la igualdad las que van restableciendo la dignidad del hombre i rompiendo las cadenas del servilismo—no; es a la Economía política con sus teorías de la oferta i la demanda, del producto i del consumo a quien le va tocando ahora la gloria de meterse en la cabeza de Alejandro en Rusia i de Castilla en el Perú para hacer lo que ajentes estraños habian realizado antes con detrimento de sus peculiares atribuciones.

I esta, amigo, es otra de las manías en que suelen incurrir los locos en cuestion, cosa que no le parecerá a Vd. estraña despues de lo que le dije en mi carta anterior sobre ese panteismo económico que les hace ver en todas partes la accion vivificadora de su Divinidad.

Por cuanto acabo de esponerle podrá Vd. conocer fácilmente el inmenso peligro a que queda espuesto el que tiene la desgracia de adquirir aquella enfermedad. Hacer locuras seria de lo ménos si fuera posible contar con algun sistema curativo que dominase el mal i arrancase de la cabeza del paciente los jérmenes dañosos que la tienen desvanecida: pero un loco que empieza por creerse infalible, que se considera el dispensador esclusivo de la verdad, la personificacion de la ciencia, que está resuelto a no admitir ningun médico lampiño i que renegará de las barbas el dia que les conozca cualquiera tendencia anti-económica, ese loco, amigo Peralta, adolece sin duda de una enfermedad casi incurable; solo un milagro, *un don gratuito de la naturaleza* podrá volverlo a su juicio. Yo no me canso de dar gracias a Dios porque se dignó sacarme a puerto de salvacion, ni me canso tampoco de pedirle que haga que todos los economo-maniáticos, a imitacion de don Quijote, echen al fuego sus malditos libros, resen el *mea culpa* como yo i se dejen de andar invitando a discusiones serias, que uno no debe aceptar aun cuando sea loco cesante, puesto que se las hace un loco vijente, i que por otra parte no pueden tampoco proponerse a un hombre razonable en épocas que no son de vacaciones.

I aqui voi de mi carta cuando el editor de *La Semana* viene a golpearme a la puerta, preguntándome qué horas tengo. Vd. me dispensará de que entienda la indirecta i quede sin mas de Vd. su paisano i amigo.

PERO GRULLO.

Santiago, Junio 9 de 1860.

Proteccion al Teatro.

Desde que la Municipalidad de Santiago edificó el lujoso teatro que lleva su nombre, la capital contó con un monumento mas i los espíritus comenzaron a soñar con esperanzas que acabarán por frustrarse, si Dios no lo dispone de otra manera.

Poco podia lisonjear a la capital la barraca empotrada en el claustro de la antigua uni-

versidad que existia hace algunos años i se habia bautizado con el nombre de teatro; asi es que no tardó en surjir en algunas cabezas el pensamiento de levantar un edificio digno de tal nombre i de la cultura de Santiago.

La Municipalidad acojió sin demora ese pensamiento i trató de ponerlo en ejecucion, desafiando las injentes dificultades que ofrecia tamaña empresa i las críticas que provocaba. Tan bien se manejó el ilustre cuerpo que al poco tiempo se vió salir de entre las derruidas tablas del viejo cajon el monumento que es hoi el orgullo de Santiago.

Erijido el suntuoso edificio, varios especuladores se presentan; todos llenos de fé en la negociacion, todos llenos de entusiasmo, hacen sus propuestas i al fin la sociedad Pradel i compañía obtiene la adjudicacion.

Los rimbonbantes anuncios de la compañía que iba a llegar de Europa mantenian a la ciudad en un estado febril. Se esperaba que todo correspondiese a la grandeza del monumento. Pero el desengaño fué grande, la compañía no pasaba de ser una mui mediocre compañía, donde faltaban las dos partes principales, la dama i el tenor de fuerza: la Fabri i Mamoni eran de lo mas malo de que puede tenerse idea. El público conoció a poco andar que los empresarios se habian engañado, que habian hecho crecidos gastos, que pagaban sueldos enormes; pero que ni esto, ni el haber ellos personalmente contratado la compañía en Europa, habia bastado para librarse de pagar una contribucion mui pesada a la inesperiencia.

De todos modos, el público no abandonó el teatro como era posible que hubiera sucedido, siguió concurriendo, pero entónces saltó a la vista de aquella desgraciada empresa otro rayo de luz que acabó de desencantarla. El teatro con buenas entradas no alcanzaba a producir lo bastante para cubrir el presupuesto mensual. El teatro no hacia mas de mil quinientas personas cuando estaba lleno, i poniendo una entrada media de 750 personas por noche dejaba una pérdida de dos a tres mil pesos mensuales, si no habia de funcionar mas que dos veces per semana. Diversos espedientes se intentaron para salvar de una ruina. Todos fracazaron, nada bastó a remediar el mal. La empresa sucumbió i el hermoso edificio volvió a manos de la Ilustre Municipalidad para que de nuevo entrase a probar fortuna con otra empresa.

Mui arrojada deberia ser la que tratase de salvar los escollos en que tropezó la antigua. Apenas se creia que hubiese alguno que se atreviese a arrrostrar los peligros de tan difícil negociacion. El teatro aun quedaba desprovisto de útiles de gran valor: escaso de decoraciones, que cuestan un dineral para un proscenio tan espacioso, pedia gastos diarios que aumentan considerablemente todo presupuesto calculado. El teatro tiene vendidos cuarenta palcos que hacen pagar a toda empresa un arriendo de 12,000 pesos anuales, aunque aparezca que se dá de valde; i no es posible dotarlo con una compañía cuyo gasto mensual baje de seis mil pesos. Sin embargo de todo esto, hubo una segunda empresa que intentase la negociacion, i la de Zegers i Solar tomó en arrendamiento el teatro municipal.

Escusado es decir que la nueva empresa se encontró en la imprescindible necesidad de contratar dos compañías, las únicas posibles en la época en que abrió el teatro, una de zarzuela i otra dramática, dos compañías que estaban formadas i que alternando funciones dramáticas i líricas variaran los espectáculos i atrajeran la concurrencia. Aquellas compañías dieron el resultado que se esperaba, el teatro estaba concurrido. Pero eso no bastó para hacer que la empresa hiciese un mal negocio; porque al cabo de la temporada hubo déficit en lugar de haber ganancias: los gastos sobrepujaron a las entradas.

Con mas tiempo i mejor acuerdo se ha organizado nuevamente la compañia que funciona en la actualidad, compuesta de los actores que gozan de mejor reputacion en la costa del Pacífico. Ha comenzado a funcionar con siete mujeres i trece hombres, entre las primeras las mejores damas i entre los segundos los mejores galanes i barbas. La empresa ha hecho cuanto ha estado en su mano hacer, es fuerza confesar que no es posible exijir mas. Pero resta saber si esta empresa hará un negocio que la recompense sus trabajos i el riesgo que corre.

Hasta ahora nos consta que tiene un deficit mensual. El teatro no da para cubrir los gastos que ocasiona, i acaso se espera que en los meses venideros se recuperen las pérdidas de los presentes.

La compañía ha dado quince representaciones, que son otros tantos dramas i comedias diferentes de diversos jéneros. Ha probado que el trabajo no la asusta i que es capaz de llamar la curiosidad con otros tantos dramas nuevos en otro igual número de funciones: esto por lo que hace a la compañía. La empresa se esmera cada vez mas en el mejor servicio de la escena, i el público parece estar contento con el esfuerzo que se hace por complacerlo. Pero es cierto que ni esto, ni nada por parte del público bastará para que no volvamos a vernos por mucho tiempo sin teatro, si las autoridades no van en socorro de él.

Es preciso desengañarse una vez por todas: el teatro municipal no dará jamas con que pagar una compañía numerosa i buena si no se trata de subvencionarlo. El teatro de Santiago es un teatro de lujo, no es un teatro de especulacion: es un teatro chico para que dé los gastos que ocasiona. Está montado en pié de lujo tal que nada soporta a medias; todo debe corresponder a la magnificencia de la localidad.

Pasaron los tiempos en que era posible te-

ner una mui regular compañía dramática con un gasto mensual de 1,000 a 1,200 pesos. El teatro municipal no se surte de 15 decoraciones con un gasto de dos mil pesos como el antiguo teatro: no se alumbra con 10 a 12 pesos por noche. Todo se ha decuplicado: ningun galan del mérito de Casacuberta vendria hoi a funcionar por 100 o 150 pesos mensuales, que era lo que el cobraba cuando vino a Chile, ninguna primera dama cobrará hoi 100 o 150 pesos, que era lo mas que en aquel entónces se les pagaba. Al teatro municipal no se le hace una nueva decoracion por ménos de ochocientos a mil pesos i su alumbrado no baja de 60 pesos por noche. Se le ha construido un proscenio que demanda un grande gasto en sueldos, en maquinistas i operarios, i estos gastos no puede sufragarlos ninguna empresa. Las entradas del teatro no bastan para mantenerlo i decorarlo competentemente a medida de las necesidades.

El teatro de Santiago, colocado en el pié de lujo de los teatros franceses, requiere un servicio como lo tienen esos teatros a quienes ha tomado por modelos. Se ha construido, pues, un teatro de lujo, no uno de especulacion, i se ha olvidado lo principal, lo primero, lo único que puede hacer vivir al teatro municipal de Santiago, la subvencion.

La grande ópera en Francia recibe una subvencion anual de 620,000 francos, el teatro frances 300,000, la ópera cómica 240,000, el teatro del Odeon 100,000, importando estas subvenciones la enorme suma de 1.260.000 francos por año. Pero esos teatros están bien servidos, bien decorados, i sin embargo i a pesar de todo esto esos teatros tambien hacen bancarrotas mui amenudo i tiene el tesoro nacional que acudir a llenar un déficit mas o ménos considerable.

¿Por qué sucede eso? Porque esos teatros son como el nuestro, teatros de lujo, no teatros de especulacion; porque son teatros chicos, teatros que apénas hacen de 1,500 a 2,000 personas, teatros, en fin, en que no puede contarse sino con un reducido número de concurrentes i que no dejan a las empresas la posibilidad de especular sobre la baja de los precios para atraer mayor número de espectadores. Cuando se pudiera bajar el valor de las entradas i de los asientos en esos teatros, la pérdida seria enorme i la ruina mucho mas segura.

Terminaremos, pues, pidiendo a las autoridades que fijen seriamente la consideracion en el teatro de la capital; que no lo dejen entregado a sus propias fuerzas, que lo ayuden, que lo apoyen poderosamente, que no lo carguen con gabelas como actualmente lo hacen. Que no suceda con esta empresa lo que con la anterior, que sucumbió por falta de subvencion; que el gobierno se convenza de que es menester votarle una cantidad que ayude a sufragar los gastos anuales, como lo hizo en los primeros años de las compañías líricas, en los que tanto él como la municipalidad llevaron al teatro su contingente de socorros. Hoi nos ha sorprendido saber que la municipalidad cobra ochenta pesos de contribucion por cada baile de máscaras que se dá en el teatro i que ademas le hace pagar doscientos pesos por contribucion de sereno i alumbrado. Si la municipalidad diera seis mil pesos de subvencion anual i el gobierno otros tantos, apénas bastarian para resarcir los doce mil pesos que estan pagando de arrendamiento las empresas teatrales por la venta de los cuarenta palcos mejores que nada producen, siendo como son las localidades de preferencia, las únicas vendibles en tiempos ordinarios. La municipalidad que tiene para su uso dos hermosísimos palcos con varias salas que de ellos dependen, el gobierno a quien tambien se le han destinado otros tantos, deberian ser mas largos, ménos económicos i comprender que el teatro municipal no puede vivir sin una subvencion: que miéntras esto no suceda llevará una vida enfermiza i triste, espuesto a cerrar sus puertas el dia ménos pensado, i a convertirse en almacen de depósito de telas apolilladas i de ratones. Despues de la primera tentativa que fracazó abandonada, no hagamos por donde tenga lugar un segundo desastre. Si la empresa actual entrega el teatro, pasada la temporada presente, es mas que seguro que no habrá nadie que quiera probar de nuevo un tercer desengaño; que si ese se presentara, seria para aumentar la lista de las ilusiones.

UN OBSERVADOR.

A nuestros lectores.

Con el presente número termina el cuarto trimestre de suscripcion a *La Semana* i se completa el segundo tomo de nuestra revista. Satisfechos por esta parte los empeños que teniamos contraidos con sus suscritores, hemos resuelto suspender temporalmente su publicacion.

Al anunciarlo así a nuestros ilustrados lectores, nos complacemos en significarles el sincero agradecimiento que les debemos i guardamos, así por la acojida bondadosa que desde el principio hicieron a *La Semana*, como por el constante favor que han seguido dispensándola hasta ahora.

Empero, por mas lisonjeros que sean para nosotros este favor i aquella acojida, no nos han cegado hasta el punto de ocultarnos su verdadero orijen, que no está sino en la colaboracion variada i escojida que ha enriquecido estas columnas.

Gracias a sus interesantes trabajos, no han quedado defraudados los propósitos i esperanzas que dieron nacimiento a *La Semana*. La actividad intelectual que existe entre nosotros se ha revelado brillantemente en el curso de esta publicacion por los felices esfuerzos de nuestros colaboradores, a quienes tributamos aquí el homenaje de nuestra admiracion mas ardiente.

Gracias tambien a tales trabajos, nuestra tarea ha sido fácil i proporcionada a nuestra debilidad; sin que por eso creamos haberla llenado como era debido. En este punto, solo puede disculparnos, ya que nó absolvernos, la intencion, que ha sido buena, i la consagracion a realizarla, que ha sido decidida.

LA REDACCION.

Imprenta del Correo, pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL "JOSE TORIBIO MEDINA"